

JUICIO UNIVERSAL

GIOVANI PAPINI

COLECCIÓN ÓMNIBUS

Título original: GIUDIZIO UNIVERSALE

Traducción del italiano por

ISIDORO MARTÍN

© Herederos de GIOVANNI PAPINI, 1959

Primera edición:

ABRIL DE 1959

DEPÓSITO LOCAL. B. 5116-1959

Talleres Gráficos «Dúplex». - Fontova, 6 – Barcelona

*PRESENTACION*

*Desde su primera juventud Giovanni Papini tuvo el anhelo de escribir una obra fuera de lo común, excepcional, grandiosa de concepción y de dimensiones: «una de las que perduran en los siglos». Todavía adolescente había soñado con hacer, él solo, una enciclopedia universal. Incluso había comenzado a escribirla, pero, naturalmente, le faltaron las fuerzas. Se volvió entonces hacia una Historia, también ésta universal, que se frustró, asimismo, al nacer. Como se frustró, de modo análogo —y se comprende—, el proyecto más modesto de una Historia, igualmente universal, de las literaturas. Después de ello ya no se hicieron otras tentativas.*

*La ambición de emprender una obra de gran aliento quedó por algún tiempo adormecida. Pero no había de tardar mucho en despertar. La primera idea de un Juicio Universal es de 1904. También en esta ocasión se trataba, en cierto modo, de una enciclopedia, aunque muy distinta de las acostumbradas; una enciclopedia de la vida humana representada en todos sus aspectos por una multitud de resucitados. Es cierto, sin embargo, que Papini, ocupado aquellos años en otras actividades, principalmente en el Leonardo, abandonó en seguida el atrevido proyecto para el cual apenas había pergeñado unos cuantos apuntes; tanto, que no sabemos cómo había concebido exactamente la obra. Sabemos, por el contrario, que el propósito de representar en un gran libro el drama del hombre y de la humanidad lo recogió de allí a poco para no abandonarlo ya. De ello se encuentra un rastro exacto en el capítulo Dies irae de Un uomo finito («Un hombre acabado»).*

*Sin embargo, la concepción cambió en seguida. En efecto, el Juicio Universal se transformó en un Rapporto sugli uomini («Informe sobre los hombres»), que fue comenzado en 1908, y algo más tarde, aunque por poco tiempo, hubo de asumir el título de Adamo («Adán»). El Informe no era, según una definición del autor, más que un «Juicio Universal sin personas», del mismo modo que el Juicio Universal no hubiera sido, bajo otra forma, más que un informe sobre los hombres, la diferencia estaba en que en el Informe, Papini pretendía describir y representar directamente, en rápidos capítulos, pasiones, actividades, condiciones, cualidades generales del hombre, mientras que el Juicio se hubiera servido de la palabra de centenares de personajes históricos, legendarios o imaginarios. El segundo método permitía, claramente, finis variedad y más matices en los casos, pero uno era el intento, uno el fin: el manifestado por el Juicio, de «dar una idea de todas las formas, de todos los problemas, de todas las grandezas y de todas las miserias de la vida humana. Aunque también ha de decirse que ambas obras no son un duplicado la una de la otra, sino que, más bien, mutua mente se integran de un modo esplendido.*

*En su reciente Vida de Giovanni Papini, Ridolfi, recordando la que fue para Miguel Ángel “tragedia de la sepultura» (el monumento a Julio II), atinadamente llama a la de Papini «la tragedia del Juicio y del Informe». Baste en cuanto al Informe, que, comenzado en 1908, fue dejado y recogido una docena de veces y sólo definitivamente abandonado en 1952. Hoy tenemos 20 capítulos del mismo que, también, serán publicados a su tiempo.*

*En cuanto al Juicio Universal fue comenzado, si olvidamos los apuntes de 1904, hasta 1904, y Papini trabajó en el animosamente hasta todo el 1944. En 1945 escribió otros capítulos Luego, durante cinco años, ya nada Volvió a su tarea tu 19SI, peto fatigosamente. En 1952 hizo todavía un capitulo y fue el último. Por lo demás, el lector sólo tiene que recorrer el índice cronológico al final del volumen, donde se recoge para cada capítulo la fecha en que fue compuesto. Para redactarlo no se ha hecho más que expoliar las agendas del autor en las que anotaba sucesivamente cada uno de sus trabajos. El lector encontrará allí títulos que faltan en el texto del Juicio que publicamos. En parte son capítulos que el mismo Papini decidió descartar, quizá con intención de rehacerlos desde el momento en que todos estaban reunidos en una carpeta distinta. Otra parte, capítulos de los que no sabemos más que la notación de la agenda, porque en los papeles del Juicio no se han encontrado, Ni el Informe ni el Juicio fueron, pues, terminados. Ambos fueron abandonados en 1952 y quizás aunque no hubiese sobrevenido, en el otoño de aquel año, la enfermedad que había de llevar al autor a la tumba, e incluso si éste hubiese vivido mucho más, a las dos obras ya no se les hubiera puesto la palabra fin. Y, sin embargo, ambas habían alcanzado ya las dimensiones que Papini se habla prefijado. No parece, por otra parte, que la terminación del Juicio hubiera de depender, rigurosamente, de un número determinado de capítulos, porque no había sido concebido según una exacta e inmutable arquitectura. En el fondo, que los personajes elegidos fueran 400 o 500 no podía tener mucha importancia, siendo cada uno independiente, sin vínculos externos con los demás. Y he aquí por qué mientras de un lado hemos de considerar absolutamente incompleta la obra que hoy presentamos al público, por otra parte podemos considerarla acabada, en el sentido de que los centenares de personajes retratados en el Juicio son más que suficientes, en su variedad y multiformidad, para dar aquella «idea» de la vida humana, en todas sus formas, en todos sus problemas, etc., a la que miraba Papini. Además, repetimos, todos los capítulos están, en sí mismos, completos y concluidos y cada uno de ellos es suficiente por sí, de modo que aun formalmente la obra no presenta lagunas ni interrupciones.*

*Pero también hemos de tener en cuenta, más que nuestra opinión objetiva, la opinión del autor. Éste consideró imperfecta su obra, aunque en realidad más en el orden estético y espiritual que en el orden material. No sólo esto, sino que renunció a terminarla y no dio nunca disposición alguna, ni a los familiares ni a nadie, acerca de una posible publicación póstuma. Nos hallamos, en verdad, ante un caso sorprendente. Pensemos en un escritor que durante toda su vida se muestra celosísimo de la suerte de cada uno de sus escritos, artículo o libro; que cuida extremadamente la publicación de cada una de sus obras, aunque fuese insignificante, siempre atento al éxito, al favor de la crítica y de los lectores; el cual, después de haber gastado tantos años y tanto esfuerzo en una creación más alta y elevada, en la que cifra sus mayores esperanzas, y después de haberla casi llevado a cabo en un momento la abandona, no dice de ella una palabra más a nadie, no deja a los que han de sobrevivirle instrucciones ni indicaciones y, en definitiva, no se cuida en absoluto de su futura suerte; casi parece que la considere en adelante res nullius.*

*Digamos otro tanto de la obra fundamental y predilecta: el Informe sobre los hombres.*

*¿Cómo debían comportarse, entonces, aquellos a quienes Giovanni Papini había confiado en su testamento el cuidado de sus papeles inéditos? Ante todo, ¿debían publicar o no el Juicio Universal?*

*Qué significase para Papini esta obra, lo verá el lector en los pasajes de su Diario que reproducimos a continuación. No tienen necesidad de comentario. Ellos testifican suficientemente no sólo el valor que Papini atribuía a esta su empresa suprema, sino las ansias, las dudas, las esperanzas, las turbaciones, las desilusiones, los renovados propósitos que sucesivamente le acompañaron en el esfuerzo ingente (1). El lector encontrará allí, en la fecha del 4 de abril de 1945, incluso «la idea de quemar todo el manuscrito del Juicio Universal»; pero debió de ser una tentación fugacísima, suscitada por un extravío momentáneo, ya que en la fecha del 11 de abril leemos: «Es absolutamente necesario que ponga fin al Juicio Universal». El hecho es que, después, Papini nunca ha renegado ni ha rechazado en todo o en parte su magna obra. Y si nunca ha manifestado explícitamente el deseo de que fuese publicada, tal como estaba, póstuma (y puede comprenderse), tampoco manifestó el deseo de que permaneciese inédita.*

*¿Se podía dejar que «cuatro años de trabajo» (pero fueron bastantes más) «nutrido por cuarenta años de estudio, de experiencia y de meditación» con «toda una riqueza de pensamientos y de sentimientos» se perdiesen? ¿O que el fruto de ello permaneciese ignorado? Evidente-mente, no sólo era legítimo, sino obligado, ofrecer al conocimiento del público, y lo más pronto, la obra de mayor aliento de Giovanni Papini, aunque inacabada.*

*La cuestión era, más bien, otra; esto es, qué ordenación convenía dar a la materia del libro.*

*Sabemos que, primero, Papini había concebido una ordenación por épocas. Superadas las edades primitivas, más desiertas, en la edad histórica los resucitados serían llamados a Juicio según la sucesión crono-lógica, de siglo en siglo, diez por cada uno. A cada decuria (por emplear el término usado por Ridolfi) seguiría un coro. Es la concepción inicial, que, sin embargo, no agradó por mucho tiempo al autor, el cual la cambió y la substituyó por otra, que tampoco conocemos, desgraciadamente, si no por indicios. Resulta, sin duda, de las agendas que Papini andaba construyendo la nueva ordenación y la cosa se confirma, aunque vagamente, por el Diario, pero ni en éste ni en aquéllas precisa sus intenciones. Ayudan, por el contrario, algunos apuntes encontrados en otros de sus papeles, en uno de los cuales, fechado en febrero de 1950, se lee: «¿División según los pecados?», y en otro, no fechado: «Las grandes filas de los Resucitados, no divididas según las culpas, sino conforme a la misión que tuvieron en vida», que parece desmentir al primero. Pero, examinando, a la muerte de Papini, el montón de los escritos mecanografiados que componían el Juicio, tal como él los había dejado, se ha visto que buena parte de ellos (casi un tercio) habían sido colocados en legajos adecuados, cada uno de los cuales llevaba una*

*frase relativa al cargo o estado (por ejemplo: Reyes, Sacerdotes, Capitanes y Soldados, Pastores y Campesinos, Sabios, etc.), u otra referente a la culpa, al error, a veces sólo a una situación íntima (por ejemplo, Luciferinos, Asesinos y Ladrones, Suicidas, Mujeres desgraciadas, Desesperados, etc.). De lo cual debería deducirse que Papini había resuelto, definitivamente, conciliar, o mejor, adoptar y alternar los dos modos o tipos de ordenación, al no prestarse, quizás, uno solo de ambos a albergar del modo más adecuado a la serie completa de los resucitados. Y obsérvese que también los coros responden perfectamente bien a uno o a otro de los criterios elegidos (por ejemplo, Coro de los Monarcas, Coro de los Ateos).*

*Cierto que nadie podría disipar algunas dudas, nadie podría garantizar que éste haya sido exactamente el último pensamiento de Papini acerca de la estructura de su obra. Y por esto se ha presentado también la propuesta de ofrecer el Juicio Universal sin estructura alguna, a manera de papeles inéditos, apenas ayudándose, si acaso, del orden en que Papini escribió los diversos capítulos, tal como resulta del índice crono-lógico antes citado. Pero una solución semejante, sugerida por el escrúpulo de no forzar o falsear en modo alguno, en una obra de tal índole, las intenciones no del todo explícitas del autor, ni siquiera hubiese evitado la arbitrariedad, porque no se hubieran tenido en cuenta aquellos propósitos y esbozos de ordenación que Papini nos ha transmitido claramente. Además de que una disposición de los capítulos por orden cronológico de escritura hubiera constituido también una ordenación, en cierto modo, la más lejana de la presumible voluntad y conocida mentalidad de Papini. Sin decir que el lector se habría encontrado desprovisto, entre aquella muchedumbre de personajes amontonados y mezclados sin distinción alguna, de toda posibilidad de orientación. Consideremos, en efecto, que los pecadores que figuran en el Juicio sólo en una pequeña parte son universalmente conocidos; otros, aunque realmente hayan vivido no pueden resultar conocidos más que de unos pocos; y la mayor parte son imaginarios, de modo que sus nombres desde el primer momento resultarían al lector totalmente vacíos de sentido y de contenido.*

*Ha prevalecido, pues, al final, una solución que si no es con absoluta certeza la escogida en definitiva por Papini, tiene las mayores probabilidades de ser, por claras señales, la que, por lo menos, está más próxima. Sin duda que tratándose de tamaña obra y de tamaño autor duele haberse visto obligados a tomar una iniciativa y asumir la responsabilidad. Pero valorados escrupulosamente el pro y el contra había, por fin, que decidirse. Así, teniendo que ordenar los capítulos que habían quedado fuera de los legajos mencionados, hemos proseguido por el camino hallado y los hemos reunido con los demás en los lugares oportunos, ya según el oficio de los juzgados o ya según su pecado, según lo sugería mejor el contenido de los capítulos. Conviene decir que algunos capítulos y los correspondientes personajes podían ir indiferentemente en uno o en otro grupo; para otros, por el contrario, no hemos encontrado una buena y pronta colocación, de modo que nos hemos arriesgado, pero por una sola vez, a crear un nuevo grupo: el de los Delirantes. Y también, aquí y allá, hemos ampliado las denominaciones acumulativas para hacerlas más apropiadas a la diversidad de los resucitados comprendidos en ellas. La denominación añadida la hemos puesto entre paréntesis cuadrados.*

*Luego, dentro de cada parte, los juzgados han sido distribuidos cronológicamente, restableciendo con ello, en un ámbito más pequeño, el primer pensamiento de Papini sobre la ordenación del libro. Bien entendido que para los imaginarios nos hemos tenido que contentar con los apoyos que el texto proporcionaba (cuando los proporcionaba).*

*Finalmente, no podíamos eximirnos de disponer en un determinado orden los grupos en que habían sido subdivididos los juzgados. A este propósito no se ha podido encontrar ninguna indicación entre los papeles del autor. Hemos adoptado el criterio que, a nuestro parecer, satisface mejor la doble exigencia de la organicidad y de la variedad, y el lector juzgará hasta qué punto hemos logrado el intento. Otros criterios hubieran sido igualmente plausibles.*

*Sin embargo, en el transcurso de nuestro trabajo habían de asaltarnos otras dudas.*

*Todos conocen las discusiones y las polémicas suscitadas por “El Diablo”. Es probable que el Juicio provoque otras y más vivas. Pero el caso es aquí distinto. En El Diablo, Papini expresaba personalmente una idea suya o, mejor aún, una esperanza. En el Juicio imagina una reunión de pecadores de toda clase, destinados a representar a la humanidad en todos sus errores, en todas sus pasiones, «en todos sus problemas», y hubiese sido absurdo que entre ellos no hubieran habido también herejes, apóstatas, blasfemos y sostenedores de muchas clases de errores, y así también hombres y mujeres poseídos por pasiones abominables o que llevaron una existencia conforme a una concepción más bien pagana que cristiana de la vida. Y era natural que tales pecadores reconocieran, a veces, su culpa y otras veces intentasen justificarla sin faltar, cuando es necesario, una adecuada crudeza de lenguaje.*

*Pero sería igualmente absurdo suponer que Papini participase de las aberraciones mentales y morales de sus pecadores. No se olvide que la entrega artística implica siempre una participación. Sin duda una personificación del autor en su personaje, pero no una aprobación. Papini no podía dejar de transferirse a los sometidos a juicio y representar e iluminar sus estados de ánimo, sus pasiones, sus argumentaciones, del modo más eficaz, más convincente, incluso cuando se oponían más a sus propias inclinaciones e ideas. Por lo demás, tampoco hay que excluir que experimentase simpatía, o una mayor comprensión hacia algunas actitudes, hacia algunas aventuras del espíritu descritas en el Juicio. Pero cuál sea la inspiración que ha movido la obra, y que, en realidad, la llena toda, se deduce de su conjunto, no de algún capítulo aislado. Es una inspiración, superfluo resulta decirlo, profundamente católica y cristiana. Giovanni Papini fue no sólo un creyente convencido, sino animoso e inflamado, y todas las cuestiones de su religión, doctrinales y morales, fueron para él fe vivida, fe meditada, discutida y perennemente renovada.*

*Creemos que no se equivocaría quien definiere el Juicio Universal como una gran obra de apología del cristianismo. Y sin duda que esta cualidad hubiera recibido un mayor relieve en el prefacio que el autor no habría dejado de poner al libro, siguiendo su costumbre. Habría expuesto allí, con su altura, su propio proyecto, sus propias intenciones, sus propias aspiraciones. Habría disipado también aquellas dudas y aquellas perplejidades que hubieran podido surgir en algún lector más temeroso o más prevenido. No habría olvidado de aclarar, entre otras cosas, que el planteamiento general de su Juicio implicaba una ficción literaria. En efecto, desde un punto de vista de estricta lógica, en el Valle de Josafat los resucitados no podrían cambiar la suprema sentencia con arrepentimientos y disculpas. Pero la hipótesis era necesaria para justificar la obra misma en su multitud de confesiones y testimonios humanos.*

*En éstos, y sólo en éstos, en su valor espiritual y poético está la razón de ser del libro.*

*Debernos añadir, para terminar, que muchos capítulos del Juicio no han recibido el último repaso del autor. Pero es sabido que Papini, que escribía, ordinariamente, de corrido, acostumbraba a corregir poco tanto el manuscrito como las pruebas. Y no se dice que ciertas imperfecciones, ciertos descuidos, ciertas acritudes y asperezas que se encuentran aquí o allá en el escrito del Juicio y que, probablemente, hubieran desaparecido en una revisión definitiva, no sean estimadas por muchos lectores como una prosa papiniana en todo y para todo perfecta. También en otros detalles, como en el uso desigual de la puntuación o, por ejemplo, de las mayúsculas (en Iglesia, Tiempo, Rey, Muerte, etc.), se adviene que el texto no fue revisado, pero pueden constituir asimismo una curiosidad y nos hemos guardado mucho de retocarlos.*

*Con esto juzgamos que hemos proporcionado a los lectores todas las explicaciones y todas las aclaraciones que tenían derecho a esperar de nosotros al publicarse la obra más amplia de Giovanni Papini, la que había de reunir todas sus experiencias de hombre y de escritor y constituir como la cúspide de su ascensión terrena. Aunque sin imaginarnos que siempre hayamos superado del modo mejor las muchas dificultades con que hemos tropezado, nuestros lectores podrán creer que hemos hecho cuanto estaba a nuestro alcance para cumplir dignamente nuestra tarea.*

(1) *De sus esperanzas y de sus ambiciones informan también pasajes de su epistolario. Además del correspondiente a una carta dirigida a su hija Viola, citado por Ridolfi («Si se logra, tendremos una de aquellas obras que perduran en los Millos»); valgan algunas referencias en cartas escritas a su amigo Giuliotti: «Estoy trabajando en mi Juicio, que debería (odia la soberbia) ponerse al lado de las antiguas obras maestras». «Soy siempre, y cada vez más, el antiguo Gianfalco, como verás mi Juicio. si logro acabarlo.» «La obra que sabes me espera, enorme, pavorosa, sobrehumana, y, sin embargo, pienso acabarla en otoño» (era en el otoño de 1943). También a Piero Bargellini le escribía hablando de sus obras: «A ésta que estoy escribiendo quisiera unido mi nombre, si es que lo*



*imponente del tema y su grandeza y amplitud no sobrepasan mis fuerzas. Todos mis recursos y reservas de poeta, de pensador, de creyente, de moralista, de historiador, de hombre que ha vivido, intento gastarlos en este libro gigantesco y tremendo. Pide a Dios que me de fuerza a fin de que no me muestre demasiado pequeño para el grandioso tema».*

## DEL DIARIO DEL AUTOR

1941

24 de septiembre. Vuelvo a coger el J. U. Escribo «Coro de los Ángeles»

1942

28 de septiembre. Marchionni, hablando del «Juicio», me dice: —Verás que, al final, ese libro te agradará también a ti.

27 de octubre. No quiero interrumpir mi «Juicio», al cual tendré que dedicar todavía un año (si basta) de trabajo.

6 de noviembre. El manuscrito del «Juicio Universal» ha llegado ayer a 2.700 páginas, pero creo que estoy a la mitad o poco más del trabajo. Y algunos capítulos ya escritos tendrán que rehacerse.

12 de noviembre. Hace un sol espléndido, pero el ánimo está triste. No acierto a reanudar el trabajo. Temo que no lograré terminar tampoco esta última obra.

24 de noviembre. Quiero dedicar todas las horas y fuerzas al «Juicio».

26 de diciembre. Reanudo, después de una larga interrupción, el «Juicio Universal».

30 de diciembre. No por casualidad he comenzado a escribir el «Juicio» a los sesenta años. Sólo a esta edad existe la seguridad y la amplitud de la experiencia humana. Fui predestinado para tal obra desde que en 1908 pensé en el «Informe sobre los Hombres» (luego rebautizado como «Adán»). Los largos años empleados en este libro han sido

necesarios para llegar a la idea del «Juicio» y proporcionarme la materia.

1943

20 de febrero. Cada vez más me atrae y me espanta mi «Juicio Universal». ¿Podré llegar a dar una idea de todas las formas, de todos los problemas, de todas las grandezas y de todas las miserias de la vida humana? Centenares de confesiones y de apologías son mu chas para un libro; casi nada respecto a la complejidad de la vida y a la multitud de las gentes.

17 de febrero. Pienso continuamente en el «Juicio Universal». Veo que habré de volver a escribir algunos capítulos. Nuevos reos acuden de todas partes y de todos los siglos; no alcanzo a ver el fin. Temo» alguna vez, ser tentado por problemas de pensamiento más bien que por casos verdaderos del alma. El amor de lo nuevo y de lo paradójico amenaza —y debo estar en guardia— a la humilde verdad humana.

21 de febrero. Leo en Hamann: «quien desea convertirse en un juez de los hombres ha de hacerse él mismo un hombre...». Leo en San Agustín (De Quantitate Animae): «Nunc vero non puto nos ipsos supra nos esse».

Veo entre estos dos pensamientos (recogidos casualmente el mismo día) un nexo que no sabría indicar con exactitud. Juzgar significa ponerse por encima de los juzgados, pero el hombre no puede estar por encima del hombre. ¿Soy yo un hombre? ¿Puedo juzgar a los demás hombres?

17 de noviembre. Es necesario que renuncie de ahora en adelante a todas las tentaciones e interrupciones y me dedique enteramente al «Juicio Universal». He de revisar muchos capítulos, escribir otros, antes de que el pensamiento se extinga y se enfríe.

3 de diciembre. He llegado al capítulo trescientos del «Juicio Universal». Pensaba, al principio, que trescientos habrían bastado. Ahora me doy cuenta de que debería escribir casi otro tanto. Es verdad que algunos de los ya escritos habrán de suprimirse o rehacerse.

En esta obra confluyen dos libros (quizá tres) que desde hace muchos años meditaba (y en parte hice): el «Informe sobre los Hombres» y «Mil almas» (breves biografías de hombres de toda edad y de toda tierra). Hay, además, algo que hubiera puesto en el «Segundo Nacimiento» —continuación del «Hombre Finito»—, es decir, confesiones de pensamientos y fantasías personales. Para hacer una verdadera confesión completa se requieren centenares de portavoces.

11 de diciembre. Ya hay escritas cuatro mil páginas de mi libro, cerca de seiscientas páginas impresas. Los personajes son cerca de trescientos. Comienzo una especie de inventario y registro para descubrir si existen lagunas, duplicaciones, redundancias. Pero, ciertamente, tendré que escribir otro millar de páginas.

1944

1 de enero. Sólo me dolería de no dejar acabado y corregido el «Juicio Universal». Me propongo trabajar con ánimo más asiduo durante los meses próximos.

6 de enero. Me doy cuenta de que en 1943 he trabajado y he publicado poco. Sin embargo, he escrito 105 capítulos de mi libro...

25 de enero. He llegado a escribir 324 capítulos y he pensado que es tiempo de ordenar y limar lo ya hecho. He comenzado hoy y he corregido a fondo los capítulos que deberán iniciar la obra. He visto que el trabajo realizado hasta ahora lo debo considerar como una primera redacción. Algunos Capítulos habrán de ser enteramente escritos de nuevo.

26 de enero. Sí no tuviese el desahogo y la descarga liberadora de este libro mi estado sería bastante más doloroso de lo que es hoy. Me doy cuenta de ello por la noche cuando me despierto y no puedo recobrar el sueño: delirio y martirio de pensamientos, de recuerdos, de presentimientos terribles.

Muchas ideas y fantasías que me persiguen hago que las manifiesten los Resucitados y de este modo vacío, en parte, el oscuro fondo del alma de donde suben miasmas y espectros.

28 de enero. Me atormenta la duda acostumbrada. ¿Acabar la gran obra de mil páginas con centenares de figuras vivas o escribir la obrita de doscientas páginas que dé el retrato y la esencia del hombre? Me decido así: acabar el «Juicio» y después —si me queda un poco de vida y un poco de vista— escribir el otro libro, doloroso adiós al mundo.

6 de febrero. Desde hace muchos días he interrumpido mi trabajo. No me he encontrado bien. Debilidad, melancolía, obsesiones. Y, sin embargo, el tiempo agobia. Tendré que trabajar también de noche para dejar acabada la gran obra de mi vida.

17 de febrero. No obstante el hielo crudo que entumece mi mano y mi cerebro he logrado escribir un nuevo capítulo de mi libro. He determinado que la obra tenga 500 capítulos. No es posible hacer menos si quiero decir todo y llamar a todos.

4 de marzo. Aquel sistema de representar al hombre en su elemental desnudez, como quisiera exponerlo en el «Informe sobre los Hombres», podría llamarse Sincerismo —más allá de los mitos, de las ilusiones, de los disfraces, de los enmascaramientos—. Pero es demasiado pronto para publicar un libro tan crudo y desconsolador. Es mejor acabar primero el «Juicio Universal» donde muchas de aquellas téticas verdades están ensombrecidas, pero donde hay también luz de fantasía y de esperanza.

El «Informe», si alcanzo a vivir y a escribirlo, será mi última palabra a los hombres.

2 de abril. ¿Tendré tanto tiempo para escribir que pueda terminar del mejor modo el «Juicio Universal»? I s todavía muchísimo el trabajo que hay que hacer para llevar a cabo esta inmensa obra.

Estoy continuamente tentado de dejarla en bruto —y es el trabajo de casi tres años - y redactar en poco tiempo, en doscientas o trescientas páginas el «Informe sobre los Hombres» que ahora, después de las últimas desilusiones, veo cada vez, más claramente.

10 de abril. He reanudado la corrección de mi libro. Las dificultades de la dosificación y del orden de los personajes son grandes. Es necesario que el juicio sea «universal» no sólo en el nombre. Cada pasión, cada arte, cada raza, deben estar representados. Quinientas almas, para cualquier otro tema, serían demasiadas; para este mío costará gran trabajo para que basten.

17 de abril. Estoy un poco como el asno de Buridán: ora atraído por la grandiosidad del «Juicio», ora por la despreocupada sinceridad del «Informe». Pero no moriré de hambre. Alternaré el trabajo de los dos libros según la inspiración de los días.

20 de abril. He reordenado y distribuido los capítulos ya escritos del «Juicio Universal». Me doy cuenta de que, en comparación, son pocos los llamados anteriores a Cristo y demasiados los de las épocas últimas, especialmente de este siglo. He pensado, sin embargo, consagrar la última parte a los hombres que aún no han nacido, a los vivientes de los siglos futuros, por lo menos de los próximos. Será difícil empresa, pero vale la pena intentarla. Así mi obra, si lograra sobrevivir, aún permanecería viva durante un largo espacio de tiempo.

2 de mayo. Desde ahora mi deber es llevar a cabo —si me es concedido— mis dos obras: el «Juicio Universal» y el «Informe».

26 de mayo. Hace ya un año entero que estoy en Bulciano. He escrito cien capítulos de mi libro.

31 de mayo. He pensado poner en las últimas partes del «Juicio Universal», personajes de los siglos próximos. Habré de imaginar lo que será la vida del futuro —intento arriesgado y arduo—, pero haré de este modo todo lo que pueda para que el «Juicio» resulte verdaderamente «universal» también en el tiempo.

16 de junio. Hemos decidido esconder o enterrar las cosas más importantes en vista de la próxima ocupación de nuestra casa por parte de los soldados. Este diario, junto con los manuscritos del «Juicio Universal», va dentro de poco bajo tierra.

19 de junio Trataré de salvar por lo menos la copia del «Juicio Universal»; es el trabajo de tres años.

31 de julio. He aquí lo que, poco a poco, me solicitan el pensamiento y la pluma: el «Juicio Universal» (para acabarlo)...

11 de agosto. Esta semana, después de las vacilaciones de los últimos días, decido reanudar el «Juicio Universal».

14 de agosto. Reanudo, después de tanto tiempo, el «Juicio Universal» y escribo un breve capítulo. Desde el 11 de junio había abandonado la gran tarea.

18 de agosto. No me siento bien. Debilidad del cuerpo y del ánimo, ¡Escribo, no obstante, un capítulo del «Juicio»! No quiero ceder ni declararme vencido mientras tenga un vislumbre de luz en los ojos y un pensamiento en la mente. Quiero resistir y obrar.

24 de agosto. A pesar de las tristes vicisitudes he logrado escribir, en estos últimos tiempos, cuatro capítulos del «Juicio». Ninguna de mis obras ha sido escrita a través de tantas angustias y congojas-

4 de septiembre. ... En septiembre de 1941 comencé el «Juicio Universal» (1).

3 de octubre. Quisiera terminar, por fin, el «Juicio» y prepararlo para la imprenta.

16 de octubre. Sí, no hay que hacer otra cosa que concluir en el tono más intrépido y elevado el «Juicio Universal». Estoy llamado y preparado para esta obra por mi propia índole, por mi cultura multiforme, por mi aptitud para escuchar y comprender estados de ánimo distintos y opuestos, por mi antiguo deseo de juzgar y transformar a los hombres.

30 de octubre. Piensa en la enorme responsabilidad que has asumido al proponerte escribir el «Juicio Universal». Aunque tuvieses que trabajar en esta obra otros dos o tres años no debes perder el ánimo. Sólo es necesario que el libro resulte lo más digno posible del pavoroso tema: el género humano que por mi boca se confiesa a Dios.

1945

1 de enero. Ya he escrito 5.275 cuartillas del «Juicio Universal», pero tendré que escribir muchas todavía porque hay capítulos que rehacer y otros que suprimir y sustituir.

12 de enero. Acuérdate de quitar del «Juicio Universal» todo lo que es curiosidad, extravagancia, puro capricho de fantasía y de pensamiento. Deben estar los dramas de la vida humana, de toda la vida, pero no los antojos del destino y de la mente.

10 de febrero. Hoy, de improviso, ha fulgurado ante mí una nueva construcción del «Juicio Universal». En vez de una serie de confesiones en orden cronológico una verdadera y propia tragedia, toda diálogos, con audaces contiendas entre el Bien y el Mal y entre resucitado y resucitado. Sacra y profana representación, toda agitada y movida por invectivas, defensas, luchas. Misterio en 40 tiempos.

28 de febrero. El «Juicio» no puede ser impreso por ahora y yo tengo necesidad de apartarme de él durante un poco tiempo para juzgarlo mejor y acabarlo.

4 de abril. Me viene la idea de quemar todo el manuscrito del «Juicio Universal».

17 de abril. Es absolutamente necesario que poner fin al «Juicio Universal». Hay muchos capítulos que quitar o que refundir, pero hay toda una riqueza de pensamientos y de

sentimientos que no debe perderse.

Cuatro años de trabajo que vienen sostenidos por cuarenta años de estudio, de experiencia y de meditación. Dentro de este año quiero que esté acabado.

18 de abril. Escribo, después de un mes, otro capítulo del «Juicio».

25 de abril. Escribo dos capítulos del «Juicio Universal». Me he reconciliado con esta obra que me permite mostrar todos los aspectos de la vida y del pensamiento en vez de una visión unilateral, necesariamente demasiado azul o demasiado negra.

Pero es preciso que trabaje todavía mucho, rehacer, refundir, añadir, corregir. Un libro semejante tiene que ser muy fuerte; de otro modo caería en lo ridículo o en lo tedioso.

18 de junio. Prometo a Enrico Vallecchi entregarle en octubre el «Juicio Universal», que así podría salir para la Pascua de 1946. Habré de ponerme inmediatamente al trabajo porque todavía hay mucho que hacer.

5 de julio. Hago que Gozzini me relea los capítulos de las primeras partes de mi libro. Me sucede, de vez en cuando, que admito la fuerza y la lucidez de mi prosa. Verdaderamente vale la pena de terminar y publicar esta obra.

18 de noviembre. Pienso que después de las Cartas de Celestino VI no puedo ya publicar obras no universales. O el «Poema del Hombre» o acabar el «Juicio». De éste he escrito ya seis mil páginas. Algunos capítulos serán rehechos, otros añadidos, pero podré acabar todo dentro del próximo junio.

1946

10 de febrero. Sería necesario compendiar el «Juicio Universal» en un libro de trescientas páginas que narrase la vida de los hombres desde la piedra de las cavernas a la bomba atómica. Poema y, al mismo tiempo, acto de acusación.

23 de marzo. Es todavía pronto para el «Informe sobre los Hombres». Es demasiado tarde para el «Juicio Universal»...

18 de septiembre. ...quiero acabar el libro dentro del año para volver luego al «Juicio Universal».

3 de noviembre. ...en 1947 no trabajaré más que en el «Juicio Universal»...

1947

23 de enero. No veo la hora de consagrarme del todo a la terminación del «Juicio Universal» que será, creo, la última obra de mi vida.

16 de septiembre. Debo terminar el «Juicio Universal» (obra gigantesca y concluyente).

7 de octubre. Debería terminar de escribir cuatro libros: ... Juicio en junio...

1949

22 de octubre. He vuelto a leer algunos capítulos del «Juicio Universal». Hay ideas ingeniosas (a veces sofisticadas), expresiones felices, y por aquí o por allá alguna señal de poesía, pero en conjunto no es cual había soñado, como quisiera que fuese.

Retorna la antigua perplejidad: ¿las confesiones de centenares de resucitados o una corta y atroz y sintética requisitoria de la vida humana? Bajo esta última forma me fulguró la primera idea en el verano de 1908, en Bulciano: «El Informe sobre los Hombres». Y también hoy me tienta.

30 de octubre. En mi «Juicio» hay demasiada complacencia para las teorías extravagantes, las morbosidades cerebrales, las curiosidades históricas. Hay que volver, por el contrario, al pathos, a la pasión elemental y violenta, al pecado crudo y común, a la vida. Mucho tendré que descartar, mucho tendré que rehacer.

2 de noviembre. Veo que habré de volver a escribir gran parte de los capítulos del «Juicio Universal». Y sin embargo, no me espanto y espero constantemente entregar la obra antes del verano. ¿Quién sabe si dentro de un año seré todavía capaz de escribir por mí mismo?



(1) En realidad se comenzó en agosto de 1940, pero hasta septiembre de 1941 el trabajo debió de ser escaso y de preparación más que otra cosa. Sólo sabemos con seguridad que en aquel período se escribió «Nuevo cielo y nueva tierra».

## PRÓLOGO

### NUEVO CIELO, NUEVA TIERRA

Sobre la nueva tierra, bajo el nuevo cielo, el Juicio ha comenzado.

El nuevo cielo está desierto. No hay sol, ni luna, ni estrellas. La luz no desciende ya desde la altura, sino que sube de la tierra para iluminar con igual esplendor el desolado giro. Luz inmóvil, inmutable, vespéral, no engendada por rayos ni amenazada por tinieblas, sin caída de sombras ni estallidos fulgurantes. Luz abstracta, opaca, muda, sin color ni calor; luz de un crepúsculo que no tendrá fin.

Desaparecieron los astros y ha terminado, por ello, el alterno sucederse de los días y las noches. El tiempo ya no es mensurable; se ha dispersado de nuevo en la eternidad. El Juicio ha comenzado. Quizá hace una hora, quizá hace siglos.

La nueva tierra es una ilimitada llanura que dulce y uniformemente desciende hacia la remota línea del horizonte. Ni un hilo de hierba ni un árbol nace en ella. Parece un desierto de ceniza petrificada y luminosa.

No presenta vaguadas ni realces, menos en el fondo, en la línea del cielo, donde surge una inmensa exedra hecha de rellanos elevados, en forma de túmulos, altos y negros. En medio de cada meseta se alza una gran figura, radiante, cubierta de rojo vivo. Parecen, desde lejos, numerosos estandartes ensangrentados, fijos sobre las explanadas de una sobrenatural fortaleza.

Son los Ángeles acusadores, que interrogan y escuchan a los Resucitados antes de que Dios los salve o los condene.

Delante de cada Ángel, un ejército inmenso de Resucitados. Multitudes paralelas, atestadas en cada explanada, una separada de la otra por un surco de tierra luciente.

No se advierte dónde acaban los infinitos ejércitos. Ninguno de los reos habla, pero el inhumano silencio de aquellas inmóviles falanges de expectantes es más pavoroso que cualquier tumulto.

Y sin embargo, los Resucitados no son sombras, no son fantasmas o espectros, sino cuerpos verdaderos y vivos, con las señales de su antigua condición. La luminiscencia que llega arriba desde el suelo ceniciento, aquí o allá, arranca, en la calígene de los hacinados, algún rasgo de los rostros tensos y hace brillar, en la espesura de las turbas, innumerables pupilas que esperan.

Cada Ángel llama uno a uno por el nombre. El llamado sube ante él sobre el rellano y, después de haber hablado, desaparece más allá donde comienza otra luz más poderosa.

El Juicio ha comenzado. Quizá hace unos instantes, quizá hace miles de días.

#### CORO DE LOS ANGELES

Ahora que se ha desvanecido el mundo como un sueño interrumpido y las estrellas se han apagado una a una como pobres candelas al término de un funeral; ahora que el sol, convertido de hollín, se ha disuelto, polvareda negra en la oscuridad; y la luna se deshizo y cayó a manera de blanca rosa ya marchita; ahora que la vieja tierra, reblandecida por la sangre y el llanto, se ha partido como un blando grumo de barro; por fin ha acabado, para vosotros, el terror del final. Todos habéis resucitado, todos sois eternos: sólo la muerte ha muerto para siempre.

La gran experiencia terrena ha concluido, la humana prueba ha llegado a su término.

Después de milenios transcurridos en la frialdad de las tumbas, en la vorágine de los océanos, en la gruesa corteza del planeta, sólo vosotros, los hombres, habéis resurgido de la inmensa laguna de la muerte.

Por primera vez todos reunidos a un tiempo, todos, a un tiempo, presentes; no separados ya en los turnos de las generaciones; no separados ya por la sucesión de los tiempos, por fin todos iguales en la resurrección y en el temor; todos iguales ante un mismo Juez, todos iguales: excepto en el peso de la infelicidad y en la carga de los pecados.

De la antigua estancia todo se ha disipado y desaparecido, excepto la memoria de vuestras miserias y de vuestras culpas.

Ya todo está acabado: vuestros pensamientos y vuestros actos no pueden borrarse ni esconderse.

Los anales de la vida de cada uno de vosotros están abiertos y son indelebles.

Ya no podéis cambiar de acento ni de signo, esconder lo que creísteis secreto, ocultar un solo movimiento del alma, un solo gesto del cuerpo.

Pero una última gracia se os ha concedido: manifestarnos vuestra defensa y vuestra acusación,

antes de presentaros ante Aquel que os creó, ante Aquel que os salvó, ante Aquel que os resucitó, ante Aquel que os llamará a la luz de la eterna presencia o que os abandonará a las tinieblas de la eterna ausencia.

Podréis decirnos lo que vuestro corazón, de nuevo vivo, recuerda y espera, podréis confiarnos todo lo que haga subir a vuestros labios, mudos desde hace siglos, el hambre y la sed de la salvación.

Es el último refugio que os ofrece la Misericordia antes de entregaros a la Justicia.

A todos se les ha concedido esta suprema apelación, a los que parecieron inocentes y a los que espantaron al mundo con sus delitos.

Abrid, pues, sin temor, las entrañas de vuestra alma

Lo que nos digáis será escuchado también por El que os ha restituido carne y voz para que podáis invocar, por última vez, su Amor.

AMANTES DE DIOS

LUCIFERINOS

CORO DE LOS ATEOS ATEOS

AMANTES DE DIOS

TEBENIS

Ahora que he llegado a la puerta de la última luz y se me manifiesta aquel que busqué en vano por todos los caminos de la tierra, concédeme que te cuente la historia y la tragedia de mi hambre.

Fui toda la vida el desesperado amante de un Dios al que no supe conocer. Lo busqué en los santuarios, en las selvas, en los desiertos, en las grutas de los misterios, en los libros de los profetas, en las tumbas de los muertos, en las palabras de los iniciados, pero jamás supe encontrarlo. De todas las peregrinaciones retornaba siempre como un mendigo que de la fiesta, adonde llegó demasiado tarde, no trajo más que un trozo de vidrio y una flor seca que se deshace en las manos como polvo semejante a herrumbre.

Y sin embargo, mi deseo era tan tenaz que ningún fracaso logró cambiarlo en desesperación. Pensaba que el hombre no podía tener más alto destino que éste: conocer, adorar, servir a Dios. Pero ¿qué Dios? La tierra estaba poblada de innumerables dioses; pero ¿cuál era, en aquella turba inmensa, el Dios verdadero?

En mi patria, en Egipto, parecía que todas las religiones se hubiesen dado cita. En Alejandría se encontraban maestros y ministros de todas las creencias. Cada uno ensalzaba y defendía la suya, pero no podía creer que todas fuesen verdaderas. En aquel ilimitado ejército de simulacros y de imágenes ¿cuál era, pues, la efigie del Dios real y supremo? ¿Por qué señales habría podido reconocerlo? ¿Era imaginable que estuviese confundido entre la plebe, en la grey de los ídolos?

Lo busqué con todas las fuerzas de mi corazón, como el camellero sediento buscaba el pozo, como el amante enloquecido perseguía a la amada, como el niño en el vientre oscuro de la madre aspiraba la evasión a la luz de la vida. Había quien navegaba sobre los mares y cabalgaba por todas las tierras por amor de mujer, de ganancia, de gloria, de imperio. Dejé caer lágrimas y sudor en todos los caminos, dejé un poco de mi sangre y de mi manto en todos los tocones; los días de la juventud y de la vejez en todos los eremitorios y en todos los templos, agoté mi vigor, ni dinero, mi inteligencia en la búsqueda del Dios verdadero.

Fui a Heliópolis y a Sais y aquellos sacerdotes no supieron retenerme junto a sus ídolos de cabeza de toro y de halcón. Pasé a Persia y conocí a los discípulos de Zoroastro, pero aquella su inútil batalla contra el mal me defraudó. Pasé a la India, hablé con los gimnosofistas que vivían des-nudos e inmóviles en las selvas, pero de ellos no aprendí más que la condenación del universo, no la revelación de Dios. Me detuve, al retorno, en Jerusalén, donde un pueblo de circuncisos sacrificaba carneros y palomas en el templo del Altísimo, pero era gente orgullosa y desconfiada que adoraba a un solo Dios, pero a aquel Dios lo quería todo para sí y esperaba de Él la revancha y dominio sobre todas las gentes.

Volví hacia Occidente, fui a Atenas, a Olimpia, a Delfos, a Eleusis. Vi imágenes maravillosas en las celdas de los templos, pero no hablaron a mi alma; no eran más que atletas de bronce y heteras de mármol, perfectos pero encerrados en sí, tristes con una tristeza que parecía nacer de la misma perfección. Me inicié en los misterios dionisiacos, pero yo no buscaba sólo ritos simbólicos y promesas de inmortalidad. Buscaba al Dios que ha creado todo y que todo lo hará divino. Aquel que yo buscaba no podía ser, ciertamente, el efebo ebrio despedazado por las bacantes. En Roma la religión no era más que uno de tantos oficios de la vida cívica. Tenía algo de jurídico y de mercantil; como un cambio de ofrendas contra gracias, minuciosamente regulado por normas y por tarifas. Cualquier acto y cualquier cosa tenía allí su dios, excepto el corazón del hombre.

Vuelto a la patria no sabía hallarme en paz e interrogaba a todos los que volvían de lejanos reinos, a todos los que prometían enseñar la verdad. Conocí en Alejandría a un viejo judío, el cual me dijo que el verdadero Dios aún no se había revelado, pero que pronto descendería a la tierra para manifestar la plenitud de la verdad, para librar a los hombres del pecado y de la muerte.

Escuchaba con temerosa avidez al viejo judío que me hablaba del Mesías venidero, y de improviso le centelleaban los ojos y me estrechaba las manos con manos que abrazaban. También en Roma algunos magos me habían dicho que los signos celestes anunciaban la llegada de un nuevo Dios, de un misterioso redentor que aparecería en Oriente. Estos presentimientos me consolaban y me torturaban. Eran como avaras gotas de agua sobre los labios resecos por larga sed, refrigerio divino, pero demasiado breve y que, luego, hacía la sed más torturante. Sólo vivía ya por aquella esperanza, resplandor fatuo en un subterráneo de terror.

Una tarde, en una taberna, oí a un piloto narrar una extraña historia. Navegando de noche, cerca del islote de Paxos, había oído en cierto instante una lejana voz que, viniendo de la tierra oscura y despoblada, decía su nombre que era Tomous. Espantado se puso a escuchar y oyó, de nuevo, la misteriosa voz que por tres veces gritó en las tinieblas: el Gran Pan ha muerto. La narración del piloto me turbó y jamás pude olvidarla. Se asoció en mi mente a las profecías de la revelación inminente del verdadero Dios y se hizo en mí la luz. El Gran Pan quería decir la multitud de los viejos dioses destinados a desaparecer para dejar lugar al Dios único y verdadero. Quizás en aquella misma noche que el piloto oyó el anuncio había descendido a la tierra el Dios esperado y comenzaba una nueva edad del género humano. Pero ¿en qué parte del mundo esperaba el nuevo Dios la hora de su manifestación victoriosa? Empecé nuevos viajes a Oriente, llegué hasta el Éufrates y el Indo, pero nadie supo darme indicio o confirmación de la gran epifanía. Pero ¿podía un Dios, el verdadero Dios, permanecer largamente desconocido y oculto? Esperaba de día en día el gozoso anuncio, la buena nueva. La muerte apagó toda mi esperanza. Sólo ahora he sabido, sólo ahora se me ha revelado que mi confiada expectación no era sueño supersticioso, sino verdad que se había revelado en una gruta de Belén. Unos pocos años más de vida me hubieran bastado para ver, escuchar, amar y seguir al Dios irrefutable y fraterno que había buscado y esperado hasta mi último suspiro.

Hubo en mi suerte una sombra de injusticia casi despiadada. Había rechazado por instinto los dioses percederos, en mi corazón había creído en el verdadero Dios había invocado, anhelado, adivinado su advenimiento, había llegado a las últimas horas de la gran vigilia, había tocado con mi mano la jamba y el inicio del umbral y hube de morir un instante antes del alba, fui condenado a morir con hambre del pan de Dios, con sed de la sangre de Dios. Había inmensas multitudes de hombres que no habían esperado, ni anhelado, ni sufrido y a ellas les fue dado el tocar su vestido, el escuchar su voz. No lo merecían y lo vieron; a mí me correspondía más que a ellos y no lo vi.

Pero Cristo, al que amé antes de que se manifestase, tenderá su mano al viejo peregrino que esperó bañarla un día con el llanto de su felicidad.

MATERNO

ÁNGEL

En ti, más que en ningún otro hombre, fue glorificada la victoria sobre la muerte. La primera vez, te resucitó Cristo a las puertas de Naim; la segunda, en Elgia, te hizo resurgir de la tumba el amor de Pedro. ¿Cómo te hiciste digno del reiterado milagro?

## Materno

No aumentes mi confusión con tus preguntas. A ti, quizá, te fue concedido fijar los ojos en los abismos de las intenciones divinas; yo nunca me he atrevido ni me atrevo. Todavía hoy mi ánimo se ensombrece por una tristeza que mana continuamente de la alegría. ¿Comprendes por qué?

Creo ser el único hombre que haya conocido tres veces la muerte y tres veces la resurrección. Privilegio sólo a mí concedido, pero privilegio incomprensible y tremendo.

La primera vez el mismo Hijo de Dios me ordenó que me levantase del ataúd donde era llevado al sepulcro. ¿Por qué quiso el Mesías arañar carne, precisamente a mí, de las fauces de la muerte? ¿Qué méritos tenía ya en aquel tiempo? Era mozo, pero ya vencido por los estímulos de la carne, la lujuria me había corrompido hasta hacerme morir. ¿Por qué, quiso, pues, Cristo devolver la vida a aquel cuerpo todo él empapado ya de pecado?

¿Quizá por compasión hacia mi madre a quien la muerte le había arrebatado el marido y que ahora veía cómo se le arrancaba su único hijo? Pero ¿no había otras viudas en Judea y otras madres que igual que la mía lloraban a sus hijos muertos?

¿Acaso deseó que yo me liberase para siempre del pecado y que, para siempre, me hiciese del todo suyo? Pero ¿no eran ya muchos los que le seguían? La liberación del pecado es gracia infinita, pero ¿quizá no es la vida, con frecuencia, una enfermedad que sólo se cura con la muerte?

Sin embargo, nadie podrá decir el temeroso y ávido estupor del retorno a la vida, desde el hedor del lecho mortuario al calor del sol, desde la niebla de la nada a la nueva adquisición del universo. La sangre refluye más ardiente a las venas, los ojos descubren de nuevo, poco a poco, como en una persecución de prodigios, los aspectos familiares de las cosas. El yo, de repente, se encuentra a sí mismo y vuelve a palpitar en victoriosas afirmaciones. Estaba anegado y me hallo de nuevo en la orilla, estaba hundido en la nada y heme dueño, otra vez, de todo. Quien nunca resucitó no ha conocido el sabor verdadero de la vida.

¿De qué modo podía manifestar mi gratitud al resucitador? Él me devolvió a mi madre pero yo me di a Él. Ya no le abandoné más: le amaba tanto que deseaba dar por Él la vida que me había restituido. No pude ofrecerle mi sangre, pero recibí de Él el depósito de la palabra: fui de los setenta y dos que habían de llevar su mensaje a los pueblos más remotos.

Cuando Pedro, a semejanza de su maestro, me llamó del reino de los muertos había transmitido el Evangelio a los bárbaros durante una larga serie de años; estaba ya en el umbral de la vejez, había acogido con gusto la llamada al último reposo. Aunque la mies era mucha no faltaban entonces trabajadores jóvenes, más gallardos que yo. ¿Acaso quería Pedro que compensase mi juvenil pecado con un suplemento de trabajo, haciéndome llegar a todo el mundo, hasta su último paso? Pero si la primera resurrección me devolvió a un mundo henchido de intactas certezas, mi tercera llegada a la vida, en aquella nubosa y fría comarca, en aquella avanzada edad, fue penitencia más que premio. Durante veinte años todavía, trabajé por Cristo, bajo aquel cielo sombrío, como un viejo buey de lomos huesudos y ennegrecidos arrastra sus pezuñas en el surco fangoso para obedecer la voz del viejo amo. En aquellos años de mi tercera etapa sólo la nostalgia del sepulcro devolvía una sonrisa a mis labios arrugados que habían conocido demasiado pronto la humedad ardiente del placer.

La resurrección que me ha reconciliado para siempre con el gozo es ésta, la última, la que ya no tendrá fin. El Dios que por tres veces, por un misterio de amor que confunde a la justicia, quiso sacarme de las tinieblas de la muerte, no me negará, ahora, el esconderme en su luz.

## SERAPIÓN

Una sola fue mi culpa, pero irremisible: la desconfianza hacia el Señor, la duda sobre el cumplimiento de sus promesas. A nadie he confesado antes de ahora mi culpa, nadie ha sabido lo duro que fue mi sufrimiento. Te contaré cómo sucedió.

A los diecisiete años las palabras de un viejo y santo monje me persuadieron para dejar el mundo y seguirlo en su monasterio. Viví con alegría los años del noviciado, llevé en resignada paz los que siguieron. Pero apenas hube cumplido los cincuenta años cuando un pensamiento insidioso y molesto comienza a torturarme día y noche. ¿Estás seguro y cierto —decía la voz del enemigo interior— de que has escogido la buena carta de tu vida? Vivimos una sola vez y has consumido todos tus años más hermosos en esta melancólica y monótona soledad, sin otra alegría que gastarte las rodillas delante de las santas imágenes y cansar la garganta a fuerza de salmodias. Con esta renuncia a toda alegría terrena esperas haber adquirido para siempre un puesto en el cielo. Pero reflexiona bien: se trata de una esperanza tuya, de una fe tuya, no de una indudable y tangible certeza. Y si, por ventura, no existiese la segunda vida ¿no habrías perdido la primera, esta vida, la única verdadera, por haber creído ciegamente en un espejismo de tu deseo y en las palabras de aquellos que antes que tú fueron víctimas del mismo espejismo?

Si no es verdad nada de lo que hoy te parece verdadero —acosaba el demonio— has cambiado la única riqueza que se ha concedido por la ceniza y el silencio de la eterna nada.



¿Y cómo puedes tú decir que el mundo por ti abandonado y renegado no era digno de tu alma si no has conocido sus alegrías, sus ventajas, sus misterios y sus triunfos? No se puede escoger sin haber hecho la experiencia de una y otra vida. Pero tú, pobre loco, has recorrido una sola, la del monasterio, y no puedes saber qué felicidades, qué maravillas, qué compensaciones habrías encontrado en la otra, de la que has huido y que está cerrada eternamente para ti.

Piensa, susurraba el maldito, en las voluptuosas mujeres que hubieras podido poseer, en las extrañas ciudades lejanas que hubieras podido admirar, en la olorosa tibieza de los jardines del sur, en los amigos que te hubieran acompañado en las empresas y en los juegos hasta la serena vejez, en las obras que hubieras podido crear. Tendrías, en esta hora, hijos de tu sangre que serían tu fuerza y tu orgullo y, acaso, podrías ya jugar con un sonriente y rizado nietecillo. Quién sabe en cuantas victorias hubieras podido tomar parte, en qué fiestas, en qué banquetes, en qué conquistas del espíritu. Por el contrario, estás aquí marchito en las prácticas cotidianas, entorpecido por la mezquindad de las costumbres, entumecido antes de tiempo en las ligaduras de la devoción mecánica, ignorante del mundo, ignorado por el inundo, inútil a los demás y a ti mismo. Ya es demasiado tarde. Si tu esperanza corresponde a la verdad has vencido. Pero ¿y si nada de lo que imaginas es real, si todo lo que has creído es ilusión y mentira? Entonces has perdido, lo has perdido todo, y para siempre, y sin resarcimiento ni desquite.

Intenté todos los medios para hacer que callase la voz maldita y todos los medios fracasaron. Ayunos, maceraciones, oraciones desesperadas, razonamientos y penitencias. Todo fue en vano, el pensamiento retornaba constantemente, insuprimible, irresistible, incansable, a todas las horas de la jornada, cuando estaba solo en mi celda, cuando estaba en la celda con los demás monjes, cuando la gente viéndome tan turbado me preguntaba. Luego, la noche no me daba descanso. El cansancio de aquel suplicio me concedía alguna hora de sueño o de sopor, pero apenas me despertaba he aquí que el pensamiento dominante y constante comenzaba de nuevo a perseguirme con sus malignos sofismas, con sus evocaciones tentadoras, con sus tenaces fantasías infernales. Tuve, a veces, la tentación de huir del monasterio, de volver al mundo para hacerme del todo suyo, para sorber en los últimos años de la vida lo que aún podían sorber mis viejos labios secos.

Ya es tarde, repetía la voz, ya no hay tiempo ni refugio. Los años del vigor y del placer los has desmenuzado y perdido entre estos grises muros, entre el tufo de las velas apagadas y de las tentaciones reprimidas. Ahora tú serías como un fantasma que llegase al último momento del convite y sólo encontrarías huesos rebañados en los platos y un poco de hez en el fondo de los vasos. Si existe Dios y el premio que ha prometido a sus siervos, estás salvado, pero si toda tu teología es una necia fábula y toda tu liturgia una fúnebre comedia has perdido la partida, la has perdido para siempre.

Intentaba con todas las fuerzas de mi mente rebatir aquellas infames dudas. Aunque

no existiese el Paraíso, decía, mi vida plácida y contemplativa, sin conmociones ni vergüenzas, es siempre más feliz que la que hubiera llevado en las batallas y en las vergüenzas del mundo. Una vida santa tiene en sí misma su paga y su corona. Y después ¿quién te dice que yo no tenga certeza y comprobación alguna de las promesas divinas? Las palabras de los profetas, las lágrimas de los santos, las visiones de los iluminados, me aseguran que Cristo ha descendido a la tierra y jamás abandonará a los que han creído en Él y le han seguido hasta el monte del suplicio y han aceptado los clavos de su cruz.

Pero nunca pude, por más que hice, reducir al silencio la satánica voz que hizo un infierno de mis últimos años. Y pienso que no fue sólo el demonio el que me tentase de aquel modo. El demonio no puede entrar en un alma si no encuentra en ella un cómplice que le abra de par en par las puertas. La duda estaba en mí, mi fe no era bastante viva, bastante operosa y profunda; había obediencia, inercia, hábito, más que ascensión y conquista.

Y aunque haya sido atrozmente castigado allá abajo por mi propia culpa reconozco delante de Dios la traición de mi duda, el sacrilegio de mi desconfianza, la ignominia de mi debilidad. Haga Él de mí lo que quiera; no me atrevo a pedir apelación a su caridad contra su justicia.

## ATENÁGORAS

Fui, en la antigua tierra, Atenágoras ateniense. Nací pagano, renací en Cristo, llegué a ser abogado de los cristianos, apóstol de la resurrección, filósofo de la Trinidad. En esta hora soy infinitamente más feliz que lo fuera en la primera vida.

Ni muchos ni graves fueron, según pienso, mis pecados. Fuera de cierta complacencia orgullosa por la agudeza de mi razonar y la limpidez de mi escribir no advierto otros pecados en mí por más que busque y escudriñe en el fondo de mi memoria.

Espero, de todas formas, que me sirva de válido contrapeso la súplica que hice a los emperadores para combatir las calumnias de los gentiles contra los cristianos.

El odio contra mis nuevos hermanos era, en aquel tiempo, tan frenético y alucinante que los seguidores de Cristo eran inculcados de los delitos que más repugnan a su propia fe.

Creían amorosamente en un Dios único con tres personas distintas y eran acusados de ateísmo. Aborrecían toda clase de fornicación y eran acusados de transformar sus asambleas en orgías de lupanar, en triunfos de incestuosa y adúltera libidine. Condenaban aun el solo

deseo de la muerte ajena y eran acusados de alimentarse con las carnes de los niños despedazados por ellos mismos. A los más puros e inocentes entre los hombres se les atribuían los crímenes más atroces y vergonzosos; suerte común a Cristo y a sus fieles. No bastaba matarlos, querían también mancillarlos. La mentira había que preparar o que completar la obra de la llama o de la segur.

Esta demasía en la injusticia movió mi enojo y mi pluma. Me pareció haber estado persuasivo y elocuente, pero logré poco efecto sobre aquellos a quienes me dirigía. Uno, Marco Aurelio, era un filósofo, un estoico, un literato, más soberbio en su austeridad que blando en su humanidad; el otro, Cómodo, se reveló de allí a poco como uno de los monstruos más malhechores que haya parido vientre de mujer. Y la vida de los santos, de aquellos que querían renovar y salvar el mundo estaba en las manos de semejantes amos. Quien no adoraba los ídolos de mármol y de metal era condenado por ateo; quien comía, en el pan consagrado, la carne de un Dios era confundido con los caníbales; la mesa eucarística se transformaba, en la fantasía de los perseguidores, en el festín de Tieste. Los hijos de Satanás acusaban de costumbres satánicas a los hijos de Dios.

Mi aliento más asiduo, para tanto dolor, fue la fe en la resurrección. Hubiera querido escribir con mi sangre la última apología, aquella que se olvida menos. No me fue concedida la gloria del martirio, pero disfruto hoy, con tan fuerte gozo que mi arte no lo sabe expresar, la alegría de verme y saberme resucitado. Cristo, al que supe reconocer, no rechazará a uno de los que le amaron hasta en el último de sus hermanos.

MÓNICO

ÁNGEL

Tú, Mónico, abandonaste todavía joven la ciudad, donde tantos de tus prójimos tenían necesidad de tu ayuda, para esconderte en un desierto y consagrarte sólo a la salvación de tu alma. ¿No recordabas la palabra del Evangelio? El que quiere salvar su alma la perderá.

El cristiano verdadero había de amar a Dios en el amor de los hermanos infelices; no podía salvarse a sí mismo más que salvando a los demás. La tuya fue deserción en plena guerra, es decir, traición. Toda tu vida de soledad y penitencia era egoísmo bajo olor de santidad.

MÓNICO

En medio de los hombres, en aquellos días, no había más que persecuciones y tentaciones y otras mil desventuras. Temía perderme si aún hubiera permanecido entre la despreciable sociedad de Alejandría; temía el contagio maligno, el ejemplo de la sensualidad, el odio de los violentos. Y por eso hui a la Tebaida.

## ÁNGEL

Es decir, huiste del dolor y del peligro y de la guerra al pecado y de la defensa de la verdad, de todo lo que era la misión propia del cristiano. Te faltó la confianza en tus fuerzas y, culpa todavía más grave, en la protección de Dios. Quizá temiste más que el pecado, el martirio. Debías recordar que al cristiano se le ordenó aceptar con ánimo alegre vejaciones y tormentos, combatir entre los hombres todas las formas del mal, no abandonar a sus hermanos y ni siquiera a sus enemigos mientras tienen necesidad de él. El cristiano no debía esconderse, aunque fuese para orar, en las cavernas, sino que debía permanecer donde Dios le había puesto, hombre entre los hombres, cristiano entre los cristianos descuidado de ultrajes y de calamidades. El precepto esencial para él era la caridad con el prójimo. En la soledad absoluta el anacoreta no podía, aun queriéndolo, obedecer el esencial precepto de Cristo, ni siquiera respecto a sí mismo.

## MÓNICO

Mi pensamiento era otro: quería martirizar mi cuerpo por estar cierto de salvar el alma. Y en este propósito fui Confirmado por maestros venerandos que tenían gran fama en Egipto. Renuncié a las delicias de la comida, a las comodidades de la casa paterna, a los placeres de Venus, a la compañía de los amigos, a la adquisición de riquezas, a la alegría de la metrópoli, para retirarme entre las peñas ardientes, solo, miserable, donde cada día me abrasaba el sol que caía de plano, y cada noche me espantaban los rugidos de las fieras. Unos dátiles y algún sorbo de agua bastaban para mi sustento. En pocos años llegué a parecerme más a las momias de las tumbas que a un hombre; mi cuerpo, mi enemigo, estaba por fin domado.

## ANGEL

Pero ¿por qué quisiste destrozar tu cuerpo? ¿No era también tu carne materia creada por la palabra y por el poder de Dios? ¿No fue, acaso, revestido de carne semejante a la tuya el mismo Hijo de Dios? Y el cuerpo humano, como ves ahora, ¿no estaba destinado a volver, con luz de gloria, al día de la Resurrección?

¿Hubiera podido tu alma vivir en la tierra sin la compañía y el sostén del cuerpo? Y

¿qué mal te había hecho tu carne? Si de ella surgían tentaciones tocaba a tu espíritu el vencerlas con la oración y con la voluntad, pero no con la violencia y la tortura. No permitía la nueva ley ofender a un enemigo y ¿podía ser acepto a Dios flagelar y herir el propio cuerpo, esto es, el precioso estuche que Dios había concedido a tu alma? Tu obstinación contra la carne era signo de flaqueza del alma. Quien sabía hacerse obedecer por el esclavo no tenía necesidad de recurrir a cilicios y a látigos. Cuanto más pinchabas a la bestia más recalcitraba y pensaba más en venganzas.

## MÓNICO

Jamás hubiera creído en mis vigiliias solitarias que mis padecimientos hubieran sido en el último día tantos puntos de acusación. Reconozco ahora mi error. Mi huida del mundo era huida del pecado, pero al mismo tiempo era también abandono del combate contra el mal y desobediencia a los mandatos del amor. Pensé únicamente en salvarme a mí mismo y, precisamente por esto, temo no ser salvo. Pero Dios recordará mis lágrimas, mis desesperaciones solitarias, mis oraciones apasionadas y, sobre todo, mi ceguera. A Él sólo confío, en contra de ti, mi causa.

## BRIGITTE

Tú, Ángel de Dios, sabes bien cuáles fueron mis pecados y qué graves. Yo no sabría entresacarlos, fuera del orgullo que cubre a mi vista todos los demás.

Pero tú no conoces quizá las grandes alegrías que el Señor quiso concederme, a mí, indigna, en la tierra. Mi padre quiso darme pronto un esposo y yo lo acepté por reverencia filial aunque me atrajese la vida monástica. Lo serví fielmente hasta que las palabras del Ermitaño lo indujeron a partir para la Cruzada. Supe, después de mucho tiempo, que había muerto junto a las murallas de Jerusalén y el dolor de aquella pérdida se dulcificó en mí por el pensamiento de que mi esposo había dado su sangre por el sepulcro de Cristo y por su gloria. No pude dejar el mundo porque no tuve corazón para abandonar a mi vieja madre y a una hijita, pero más que antes quise vivir junto a Dios, a sus ministros, a su casa.

La mayor parte de las horas que me dejaban libres mis deberes de hija y de madre, las pasaba en nuestra catedral o en otras iglesias. Ningún placer me llenaba y me exaltaba el alma como el deleite de la oración. Sea que uniese mi elevada voz a la de los cantores y de los sacerdotes, o sea que me sumergiese en la dulzura de la oración solitaria, me parecía estar bajo la mirada de Dios, en el círculo de su luz, en la tibieza de su afecto paterno. La belleza de las ceremonias, de las preces, de las músicas, me arrebatava hasta un mundo más feliz y perfecto donde mi alma se deshacía toda en la suavidad del amor. Las luces de los altares, los esplendentes senderos de sol que descendían de las vidrieras, los reflejos que iluminaban en

la oscuridad los pálidos rostros de los celebrantes, disolvían todas las pesadas sombras que la vida cotidiana condensaba en los débiles corazones de las criaturas. Mi éxtasis era a veces tan profundo que traspasaba los propios muros de la catedral y los duros confines de la tierra. Delante de mis ojos aparecía la visión infinita del Paraíso. Veía en lo alto, en vez de la oscuridad de las bóvedas, las hileras de los Patriarcas, los ejércitos de los Mártires y de los, Confesores, las coronas de las Vírgenes, las densas legiones de los Santos, los coros inmensos de los Ángeles. Y me parecía que desde las sedes de las Viudas algunos rostros me sonriesen y como que me invitasen.

Eran apariciones fugaces, de instante, y, sin embargo, bastaban para consolar y transfigurar mi vida.

Y de aquellas ascensiones mentales tornaba aquí abajo no saciada, con el deseo de morir pronto. El pensamiento de la muerte que a tantos, espíritus aterraba era para mí fuente viva de alegría.

La esperanza de la salvación eterna me hacía soportable y casi deseable toda congoja, toda contrariedad y tortura del mundo. ¿Acaso no había de unirme a Cristo en su pasión dolorosa para estar cierta de unirme a Él en su resurrección y en su triunfo? Cuando me encerraba en mi estancia y me arrodillaba ante la imagen de Nuestra Señora y a ella le abría toda mi alma sin hablar, me parecía despojarme del peso de la carne, dejar toda huella del fango de la tierra, limpiarme de la suciedad y de la basura del exilio cotidiano. Las obras de misericordia, las renunciaciones y los sacrificios de la caridad, todo me resultaba fácil al mismo tiempo que me daba fuerza aquel perenne comercio con la palabra eterna, aquella familiaridad continua con Jesús y con su Madre. Con mi viejo cuerpo permanecía en tierra, pero con el espíritu me parecía que, cada día, me trasladaba al cielo.

Sólo ahora que se aproxima el momento de presentarme de veras, resucitada por su amor, bajo el destello relampagueante de su mirada siento mi corazón más tembloroso que cuando en la sombra olorosa de la catedral elevaba hasta Él mi oración y me parecía conversar con Él y que, por su infinita benignidad, respondía al balbucir de mis invocaciones.

## RONALDUS

De una sola culpa me avergüenzo; del más vil de los pecados me reconozco pecador. Ante ti, ante mis hermanos, ante Dios. Me acuso, Señor, de no haber obedecido lo bastante el supremo precepto de Cristo, de no haber hecho a mi prójimo todo el bien que hubiera podido y debido hacer.

Viví toda la vida con el deseo irrefrenado de la perfecta caridad. Me esforcé por amar a todos los hombres, aun a los que apenas conocía, aun a los que no me amaban, aun a los que se lanzaron injustamente contra mí como perros rabiosos, como osos asateados. Viví como pobre entre los pobres, como pecador entre los pecadores, como desterrado entre los desterrados, para que los pobres fuesen menos infelices, los pecadores menos tercos, los desterrados menos dispersos. Partí mi es caso pan con los hambrientos, compartí mi lecho con los fugitivos, lloré con los afligidos, di esperanza a los desesperados. Perdoné a todos, todo lo perdoné. Hice de mi alma un fuego que tentaba a los fríos, hice de mi corazón un refugio que atraía a los entristecidos.

El amor de Cristo me abrasaba como un sol escondido dentro de mí y porque me abrasaba me encenizaba y cada día sentía en la boca la ceniza del remordimiento. Me parecía siempre que no había hecho lo bastante para corresponder a la infinitud de aquel don inmerecido que Cristo me había hecho viviendo en mí, muriendo por mí. Cuando pensaba en la gracia increíble que me había correspondido en suerte, en mi ser cristiano, en mi alearía al sentirme y al quererme cristiano, en el bien Inconcebible que Cristo me había concedido y prometido, mi mente vacilaba como la del ebrio, mi ser se deshacía en la angustia de no acertar a merecer ni a compensar aquel divino derroche de alegría y de amor.

¿Quién más feliz en la tierra que el cristiano que se acordaba de Cristo cada día? Por cualquier desgracia que le afectase, en cualquier estado en que se encontrara o en que cayese, el cristiano estaba seguro de sus hechos, era feliz. ¿Adquiría riquezas? Tenía la felicidad de darlas a los pobres. ¿Perdía todos sus bienes? Tenía la felicidad de estar entre aquellos pobres a los cuales se les dará todo tesoro. ¿Era perseguido y encarcelado y torturado? Tenía la felicidad del llanto, la felicidad de la inocencia que está cierta de la salvación, la felicidad de ser más semejante a Cristo y estar más cerca de Él en los tormentos de la pasión.

Si el cristiano se despojaba, pronto se daba cuenta de que era más rico; si el cristiano se humillaba, he aquí que misteriosamente era ensalzado; si el cristiano se entregaba todo a los demás, sucedía que era colmado y lleno de nueva fuerza; si el cristiano era colocado en los últimos puestos, Dios le hacía saber que era el primero a su diestra. Quien lo insultaba acrecía su gloria; quien lo menospreciaba lo ensalzaba hacia el cielo; quien lo mataba le hacía nacer a una vida más duradera y más feliz.

El cristiano era invulnerable, el cristiano era intangible, estaba no ya, como decía el vulgo de los fuertes, en un tonel de hierro, sino en una esfera de diamante: luz y escudo al mismo tiempo.

Pero ¿de qué modo ser cristianos, es decir, dignos de Cristo? De un solo modo: sabiendo reconocer siempre en los hermanos, en todos, el rostro doloroso y suplicante de Cristo. Mirar a los hombres como si cada uno de ellos fuese un Cristo disfrazado y

desfigurado para poner a prueba nuestro amor por Él. El género humano tenía que ser, a los ojos del cristiano, un Cristo único y eterno encarnado y dividido en seres innumerables que pedían, con la voz y la mirada, lo que Cristo eternamente ha pedido: la limosna del amor. Cristo estaba hambriento, Cristo estaba desnudo, Cristo no tenía piedra donde reposar la cabeza, Cristo lloraba, Cristo no podía sonreír, Cristo era abandonado y traicionado, eternamente solo, divina e indeciblemente solo. Nos tocaba a nosotros, a nosotros los cristianos, saciar su hambre y su sed, cubrirlo y acogerlo, enjugar sus lágrimas y consolar su soledad. No es cierto que después de la Resurrección dejase la tierra. Cristo no ha abandonado la tierra mientras en la tierra hubo un solo hombre viviente. Fue, por esencia, el gran omnipresente. Subió al cielo, pero quedó igualmente con nosotros, bajo nuestra figura, aunque sea espantosa; con nuestros vestidos aunque sean andrajosos y piojosos.

Él mismo nos advirtió, Él mismo proclamó que todo cuanto se hiciese a los pobres, a los niños, a los afligidos, a los llorosos, a los atormentados, se le haría a Él. Y ¿quién de nosotros en la tierra no fue, de una o de otra forma, mendigo y llagado? ¿Quién más indigente que los ricos? ¿Quién más melancólico que los afortunados según el siglo? Pero muy raramente supimos reconocer a Cristo en el hermano, alegre o triste, que necesitaba nuestra caridad.

Pero si cada hombre no es más que un Cristo retornante bajo humanos despojos y falso nombre, también en mí estaba Cristo, también yo era un reflejo y un fragmento de Cristo. Y porque lo sabía hubiera debido imitarlo en la plenitud de su oficio de socorredor, de curador, de iluminador, de liberador. Ser digno, en definitiva, de la parte que me había confiado, de la dignidad casi divina a la que me había elevado, de la beatitud a la que me había llamado. Y sin embargo, yo mismo, aunque tuviera presente en el corazón este cotidiano y perpetuo deber, ríe hice todo lo que hubiera podido hacer para responder a las mudas imploraciones de Cristo que se escondía, con nueva prueba de humildad, tras el rostro de los míseros y de los afligidos. No supe ver todas las heridas que esperaban la caricia de mi mano, no supe adivinar todas las hambres que enflaquecían y mataban a mis hermanos.

Mi caridad, aun cuando procurase ser grande, no fue más que una brizna de vidrio sucio dada a cambio de una estrella fulgente —de la felicidad infinita que Cristo me concedió a mí, criatura finita, aun antes de la muerte—. De esta mi avaricia en la caridad, oh Señor, me acuso y me arrepiento. De este solo pecado me ruborizo porque supe lo que hubiera debido hacer y no hice todo lo que hubiera debido hacer.

Que al menos mi humildad, quizá más poderosa que mi caridad, me valga de Ti, Cristo, un suplemento de gracia: el perdón de no haberte reconocido cada vez que estuvo ante mí tu rostro.

ETIENNE JOURDAN



## ÁNGEL

Pareciste a todos honesto y pío, pero más débil que bueno, más des-contento que preocupado. Nadie conoció el secreto de tu alma; quizás ahora quieras decirlo.

## ETIENNE JOURDAN

Te sorprenderé, ciertamente, si te digo que fui un mártir, un mártir de mi fe. Mi vida, en efecto, transcurrió ordenada y tranquila. Nada tuve que sufrir de los enemigos de la religión, que apenas repararon en mí; de nadie fui perseguido y mucho menos atormentado. Tuve muerte placidísima en mi lecho, y un sacerdote me confortó hasta los últimos instantes.

Y, sin embargo, como te he dicho, fui un mártir, un taciturno y resignado mártir del cristianismo. Quizás otros semejantes a mí padecieron en el mundo; no sólo los tigres y las llamas fueron instrumentos de suplicio. Cada edad tuvo sus formas de martirio, y tuvo su martirio cada diverso temple de cristiano.

El mío fue terrible y duró toda la vida. Los perseguidores estaban en mí: mi sensibilidad de artista y de creyente, mi inteligencia de crítico y de juez. Mi martirio consistía en mi voluntad de ser cristiano y de vivir entre los cristianos.

Mucho sabía y mucho meditaba e indagaba. Las dificultades que los dogmas presentan para una inteligencia formada y sagaz me persiguieran a despecho mío durante todo el tiempo de mi vida; turbaron la entereza de mi fe, me hicieron sufrir indeciblemente. Rechacé y vencí siempre aquellas dudas, pero fueron igualmente clavos y tenazas de mi martirio.

Aún más agudo sufrir tuve por la bestialidad, por la hipocresía, por la tibieza, por la ignorancia, por la indiferencia de mis compañeros de fe, sobre todo, de los sacerdotes. Para un espíritu delicado y sincero, vivir entre las exhalaciones de aquella devota grey era una cotidiana agonía.

Era, como te decía, un artista y la frecuente contemplación de la miseria, de la tristeza, de la chabacanería de algunas iglesias feas y sucias, polvorientas y fétidas, me hería el alma. Trataba de persuadirme a mí mismo de que lo externo nada cuenta; que la plegaria sube hasta Dios aunque se diga en una pocilga; que Cristo desciende a todas partes y puede estar doquier presente, incluso en el más innoble cuchitril. Así razonaba y creía, pero, sin embargo, sufría

agudamente por aquel desorden, por aquella negligencia, por aquella sucia y repulsiva mediocridad de lugares y personas. Recuerdo con infinita melancolía algunas misas en iglesias malolientes, tristes, sin luz, sin gracia ni recogimiento, aún más mezquinas e inhabitables por los altares barrocos, por las flores de papel, por las imágenes estúpidas y presuntuosas, tan vulgarmente convencionales que inspiraban repulsión más que veneración.

Y todos estos sufrimientos eran también, lo sé, culpas. Una fe más viva hubiera aceptado con mayor abandono los misterios, hubiera tolerado y, quizás, amado a los compañeros más innobles, los santuarios más ofensivos a mi sentido de poeta y de místico.

Fueron culpas, lo confieso, pero fueron también persecuciones y torturas, fueron, todas juntas, un perpetuo martirio. De tal martirio, aunque crudelísimo, no pido premio, sino pena, con la esperanza de que Dios quiera aliviarla pensando en lo que sufrí en la tierra por su amor

## EMELINA

Infinitas veces en mi lejana vida he deseado este momento y ahora que ha llegado me fallan corazón y voz. Si pienso que se aproxima el instante en que seré abismada y consumida en la gran luz de Dios, me parece que toda palabra humana viene a ofender su omnipresencia y su bondad.

Él sabe lo que he hecho, no ignora nada de lo que he sentido, de lo que he temido y pensado. Siempre me esforcé por vivir junto a Él, de vivir en Él, de sentirle vivir a Él en mí. Desde el día en que abandoné mentalmente el siglo no hubo movimiento del ánimo, suspiro o pensamiento que no fuesen dedicados a Él.

No era a los ojos del mundo más que una pobre mujer sola, pobre, enfermiza, desconocida para todos, ni buscada ni amada por nadie. Mantenía mi vida con el trabajo de mis manos y a fuerza de hacer punto lograba sustentarme a mí y quitar el hambre a alguno todavía más pobre que yo.

Y, sin embargo, creo que ninguna emperatriz del más potente y poderoso imperio fuese más rica y más feliz que yo. Vivía sola y jamás estaba sola. El Rey de los Reyes estaba siempre ante mis ojos, vivía en todas las gotas de mi sangre, palpitaba en cada latido de mi corazón. Era mío porque era toda suya.

Considerarlo y llamarlo esposo me hubiera parecido blasfemia. Me contentaba con

llamarlo Padre, con reconocerlo Hermano, con poseer en Cristo al amigo de todas las horas, el amigo que jamás falta o traiciona.

Yo sólo podía llegar al Padre por medio de Él, Cristo. Cristo había sido hombre, había conocido de cerca nuestra debilidad había amado a las mujeres hasta las más humildes, hasta aquellas que el mundo condenaba.

Con Cristo yo me sentía en amorosa confianza; nada hacía sin pensar en Él, sin que Él fuese testigo de cualquier secreto mío. Tenía la certeza de que toda mi vida exterior e interior se desenvolvía ante su mirada y me esforzaba para que todo fuese puro y digno de Él. Cristo era para mí la razón misma de mi ser y de todo ser, el punto de apoyo y el quicio del Universo.

Cualquier cosa que me sucediese estaba cierta de que era por su voluntad y, por lo tanto, no dudaba ni sufría. Aunque me hubiesen llevado inocente al lugar de la muerte no hubiera derramado una lágrima porque hubiera estado segura de que Jesús quería que yo dejase la tierra de aquel modo y esto por un bien inefable, superior a todo afecto terreno.

No era resignación o simple tolerancia sino abandono gozoso en todas las sombras, en todos los suplicios, en todos los precipicios de la vida. Él estaba siempre a mi lado, la historia de mi vida se extendía en su perpetua Presencia como el libro bajo los dedos del Maestro. ¿Qué mal podía sucederme?

Estaba Él más cerca de mí que yo lo estaba de mí misma y esta constante compañía me daba una seguridad, un sosiego, una paz, que el corazón lo sabe, pero el labio no lo puede decir.

No tenía nada mío, pero sentía poseer a Cristo, es decir, a Aquel que posee el mundo entero y sus glorias. ¿Quién podía gloriarse de ser más rica que yo? Un Rey sin Dios no era más que un mendigo de tierra y de obediencia, un necesitado de todo, un pobre. Me sentía más poderosa que él, tenía compasión de él.

Y esta divina quietud en la posesión del Amigo absoluto y único me libertaba de los mecánicos abusos de la devoción vulgar.

Recitaba cada día mis oraciones, nunca dejaba la santa misa, me alimentaba a menudo del cuerpo del Señor. Pero huía, sin condenarlas, de las insistencias formales y externas de algunos devotos que se imaginaban comprar al minuto la gracia de Dios a peso de

sílabas, a expensas de las rodillas.

Estaba siempre con Cristo dondequiera que estuviese y no sentía necesidad de ir constantemente a buscarlo donde los hombres lo habían pintado o esculpido. Todo gesto de mi jornada se lo ofrecía, mi tácita adoración era toda una plegaria, mi alma se elevaba ante Él y ardía más viva que cualquier lámpara.

¿Es, acaso, este orgullo de la fe solitaria el pecado que no supe ver ni vencer? Y, sin embargo, no temo. Cristo mismo me prometió muchas veces la salvación y firmemente creo que su Amor infinito perdonará también mi injusto temblor.

### FRITZ SCHNABEL

Toda mi vida fue anhelo de alteza y de pureza. Morí en el cielo, morí en las llamas antes de ser marcado por el mal de la tierra.

Era huérfano de madre y enamorado, desde los días escolares, del aire y del sol. Los libros me repugnaban como rastros sucios de almas ociosas; los juegos de muchachos me parecían ofensas al severo misterio de la vida. Todo contacto lo sentía como un contagio. Sólo quería estar cerca de Dios y sin otra compañía. Apenas tuve edad quise ser aviador. Entre todas las ocupaciones de los hombres —todas fastidiosas, todas mortificantes y duras— sólo aquella me parecía menos hostil a mi naturaleza y a mis sueños. Volaba días enteros, cada vez más lejos, cada vez más alto, por encima de todas las brumas y de todas las nubes, cada vez más cercano al ojo ardiente de mi sol. Raramente miraba abajo a la tierra que humilla y que envilece. Los bosques sagrados eran desde lo alto, costras negruzcas sobre la lepra de los montes, las ciudades eran horrendos cánceres sobre la parda o amarilla desolación de las llanuras.

Allá abajo, pensaba, los hombres pecan y sufren, gimen y mueren. Siempre hacinados, siempre solos, siempre ausentes de ellos mismos y enemigos de su propia alma. No podía compadecerles sino sólo huirles. Las horas que había de pasar abajo, en medio de ellos, eran para mí un suplicio. Los mismos compañeros me eran insoportables y me escondía de ellos; casi todo el tiempo lo gastaba en fantasear y dormir. Sólo en lo alto, en el cielo abierto, en el aire limpio y claro, por encima de todo y de todos, me gozaba de existir, descubría y poseía mi alegría de hombre que renegaba de su propia humanidad. Me parecía que, cada vez, me aproximaba más al sol, me acercaba más al trono de Dios. Cada vez más estaba ebrio de espacio, de soledad y de victoria. Cuando volvía a bajar al campo me sentía extraño, sufría horriblemente por aquel suelo duro, por aquellos rostros vacíos, por aquella vida en tropel y manada.

Hubo en aquel tiempo una gran guerra y fui llamado a combatir en los cielos. Con alegría salvaje hacía caer el fuego destructor sobre las inmensas ciudades nocturnas donde estaban acovachados, entre la porquería, los terrícolas. Era ya de otro mundo, de otra estirpe. Todos eran, para mí, extraños o adversarios. Me elevaba hacia las estrellas como si buscara reunirme con mi familia errante, perdida desde mucho tiempo. El exilado en las cárceles del fango volvía a sentir el hálito frío del firmamento natal.

Pero fue breve alegría. Una noche el motor de mi aeroplano se incendió y fui consumido por las llamas en el altísimo cielo, en mi patria, en presencia de mis adoradas constelaciones. También aparecí yo, por un momento, como una estrella solitaria que arde en los abismos de la noche. Pero sólo un instante. Tenía veintitrés años y nada humano; nada terreno me había manchado.

No puedo imaginar de qué modo juzgará Dios mi vida, mi vida tan feliz, mi vida tan dolorosa y fugitiva. Cualquiera que sea la sentencia amaré siempre por toda la eternidad al Padre que está en los cielos.

## UMANSKI

No sé qué palabras haya de dirigir a Dios por medio de ti. Lo he buscado siempre y nunca lo he poseído. Toda mi vida ha sido una lucha cuerpo a cuerpo con el Gran Desconocido, con el que los hombres llamaban Dios. Pero fue lucha en las tinieblas densas y no estreché más que la sombra de una sombra, sólo abracé la cruz de mi desesperación.

Cuando era niño creí que creía en Dios, llevado por la mano de mi madre. Pero mi fe no era, como después vi, nada más que fórmulas, genuflexiones, temores y gestos. Apenas el ardor de mi juventud se abrevó en las primeras fuentes que brotaban en torno mío, aquella fe pueril se me cayó de encima como la camisa de la serpiente con los primeros soplos cálidos de la primavera.

Rechacé a Dios como se sacude una molesta argolla, abandoné a Dios como se abandona a un ayo ceñudo y pedante, me hice enemigo de Dios como un prisionero se hace enemigo de su celda sin espacio y sin fuego. Pero Dios no me dejó. La idea de Dios se obstinó en perseguirme aun en mis negaciones más demoníacas. No quería ser suyo, pero parecía que Él no desesperaba de ser mío.

Mi espíritu eruptivo se había liberado de Él como un volcán se libera del fuego que le ruge en el abismo del vientre, pero en el fondo hay todavía llama que se agita por subir a lo

alto. Para rescatarme de la obsesión me propuse, como muchos antes que yo, elevar por obra mía la divinidad. Si Dios no existe, pensaba, pero existe en nosotros la exigencia de un ser absoluto quiere decir que Dios está todavía por crear y que será creado por el hombre, quizá por un hombre. Yo seré este hombre, el primer hombre sobrehumano, no ya hombre, sino Dios

Nada parecía imposible a mi jactancioso, tenaz y arrebatado exceso juvenil. Me sentía como un arcángel maldito que teme desplegar sus alas porque no sabe dónde le dejará su loco vuelo: quizás en el centro del todo, quizás en el vórtice de la inefable ausencia. Dura y larga fue la escalada del cielo, consolada por engañosos éxtasis, interrumpida por negros vértigos, acuciada por ráfagas de horror exultante, moderada por convulsiones de remordimiento.

Bajo mis pies la tierra se hundía, pero sobre mi cabeza no se aproximaba el cielo. Mi alma estaba desierta como una landa en el crepúsculo; mi linfa vital se entorpecía como la de un árbol descuajado por el torbellino. En mí, el vacío; el vacío en torno a mí; en aquella vacuidad ni siquiera brillaba la mirada de un espectro. Dios no era el mal, como había dicho un rebelde, sino el engaño, la trampa espantosa que el hombre se tendía a sí mismo. La divinidad no existía y ni siquiera el hombre podía hacerse divino. Sus uñas lo retenían en su bestialidad, sus cabellos, como hilos de hierba brotados de un tolmo, lo condenaban a la esclavitud de la tierra.

Entre las visiones de este solitario desatino se me mostró entonces la de Cristo. Había sido un hombre, circunscrito en la carne y en el tiempo, que había afirmado ser Dios y que muchos le habían reconocido como Dios. Quizás en Él sólo había sido posible la conjunción del cielo y de la tierra, en Él sólo se había realizado el cruce estupendo e inconcebible de lo divino y lo humano. Me abracé a Cristo como el nadador extenuado se abraza al madero que flota sobre las olas. Me arrojé sobre el Evangelio como el nómada hambriento se arroja sobre los dátiles caídos de las palmeras del oasis. Las palabras de Cristo eran palabras de vida, el rostro de Cristo estaba iluminado por otro sol, la boca de Cristo decía palabras que no eran palabras humanas, sino traducidas de un idioma que la tierra jamás había oído. Fuera de Cristo no había salvación. En Cristo se posó, como en el refrigerio de una selva encantada, mi alma agotada por el bochorno de las estepas. El paraíso terrestre no se había perdido; lo había encontrado, estaba en mí, al alcance de mi mano: se llamaba caridad, se llamaba amor, se llamaba adoración. Cristo no había desaparecido dentro de la nube, estaba junto a mí, multiplicado y disfrazado: se llamaba pobre, se llamaba infeliz, se llamaba hermano. Dios no era inalcanzable con tal de buscarlo en el costado de Cristo, en el Corazón de Cristo, en la sangre de Cristo. El sepulcro era la casa de la vida eterna; la cruz era la escala para llegar al cielo; la Pasión, la única tragedia capaz de purificar las pasiones. Sentí a Cristo más próximo a mí que mi mismo padre. Me escondí en sus llagas, en su dolor encontré la alegría, en su obediencia fui libre, en su resurrección supe morir a mí mismo.

Fueron tiempos de felicidad insoportable, de fiestas que me sumían en lágrimas. Pero el descanso fue breve. El mismo exceso de mi ímpetu lo detuvo inesperadamente. El ardor del incendio fue tan fuerte que sus mismas cenizas lo cubrieron, lo apagaron. Me volví en torno: las promesas de los primeros cristianos no se habían mantenido. San Pablo había caído en vano sobre las piedras del camino de Damasco. La sangre de los mártires se había convertido en costra seca bajo las piedras de las basílicas. La llama del Evangelio había decaído en velas humeantes sobre los altares ahumados. La voz tonante de los Apóstoles se había reducido a mascullamiento de jaculatorias en la sombra de los coros. Los discípulos impetuosos del Resucitado se habían convertido en empleados de administración ordinaria que se cuidaban de sus intereses y de sus beneficios más que del hambre de las almas. Cristo, en sus manos, se había convertido en un ídolo rediticio, en el fiador respetable de una moralidad elemental enteramente burguesa y terrena. Los muros y los contrafuertes de la Iglesia construidos para proteger la llama del Evangelio contra los huracanes de la persecución y de la herejía se habían hecho tan altos, gruesos, opacos y macizos que la llama ya no se veía, sino que apenas brillaba en la cripta más honda del templo como una luz agonizante colgada en una sepultura.

Los hombres, después de tantos siglos de la bajada de Cristo, permanecían fieras rapaces, brutos egoístas y ávidos, más dispuestos al estrago que al perdón. Todos le habían abandonado. Los mismos que no se ruborizaban de llamarse cristianos asistían al sacrificio de Dios como se asiste, indiferentes y fríos, a una ceremonia obligatoria, a la que el hábito ha quitado todo sentido sobrenatural y recibían entre los labios el pan de vida, el mismo cuerpo de Dios, como los niños reciben de un criado distraído una medicina sin sabor.

El alma, con aquel descubrimiento, se heló y se ajó como una rosa de invernadero llevada de repente al cierzo del invierno. Pensé que era necesaria una tercera teofanía, la manifestación de la Tercera Persona, la última desbordante y arrastradora oleada del amor divino, la venida triunfal del Espíritu Santo. Deseé, esperé, invoqué el bautismo de fuego prometido por San Juan. Puse toda esperanza y todo anhelo en un segundo Pentecostés que no iluminase sólo a los Doce encerrados en el cenáculo, sino que descendiese sobre la cabeza de todos los hombres y fuese, por fin, la fúlgida vigilia del reino de los cielos sobre todas las tierras.

Después de este fulgor deslumbrante e irrecusable, después de este suplemento de la prodigalidad del divino amor, ya no sería posible duda alguna, ya no sería concebible ninguna excusa; los gélidos se harían lámparas encendidas; los libios, antorchas resplandecientes; toda la Iglesia, un zarzal ardiente.

Para fundar la certeza de la tercera revelación me pareció necesario echar el escandallo al abismo de la esencia divina. ¿Qué era, en definitiva, este Dios que los hombres no alcanzaban a comprender ni a obedecer? Esta afanosa búsqueda fue la piedra de escándalo que me hizo caer. Todas las teologías me hicieron el efecto de telarañas que quisieran

capturar un rayo; todas las definiciones, nada más que juegos de equilibrista en torno a la única realidad que importa al hombre. Las mentes más luminosas sólo habían sabido acumular tinieblas en torno a un misterio. Dios no podía negarse porque negarlo significaba negar el universo mismo y a nosotros mismos, pero nada se podía decir, de Él. Toda tentativa de hablar de ello era sacrilegio, todo esfuerzo para encerrarlo en un concepto lo destruía, todo conato de acercarse a su verdad degeneraba en error, se reducía a blasfemia. El Areopagita me advertía que nada puede decirse de Dios que no equivalga a una injuria contra Él, que está indeciblemente más allá de toda palabra inteligible; Escoto Eriugena repetía que Dios está fuera de todas las categorías, es el incomprensible, el Nada; el mismo Bossuet afirmaba que toda la vista de la fe, cuando se lija en Dios, se reduce a ver que no descubre nada, a confesar que no lo ve. Es el principio de todo, esto es, el principio incognoscible del universo todavía desconocido. Es lo Otro, es decir, lo que el hombre no puede imaginar, ni prever, ni describir, ni delimitar. Toda tentativa de forzar su secreto inefable me pareció demencia de la soberbia castigada con la derrota. Cuanto más se acercaba más se alejaba; cuanto más ahondaba, más huía; cuanto más fijo lo miraba, más se desvanecía ante mí. Dios, hube de concluir, es necesidad e imposibilidad a un mismo tiempo; la única forma de la fe humana no puede ser más que el silencio; la única liturgia, la desesperación. Los que se glorían de conocerlo son ateos que lo ofenden sin saberlo.

En estas alternativas de orgullosas derrotas y de victorias imaginarias se consumió mi vida. Fui, siempre, la desgarrada víctima de Dios. Creí poseerlo, creí matarlo, creí ocupar su puesto, creí haberlo encontrado en el Hombre Dios, creí presenciar su retorno, creí asir con el pensamiento su ser. Pero todo ello no fue más que frenesí de la fantasía. No podía prescindir de Dios y jamás lo alcancé; no pude sumergirme en Él y no pude olvidarlo; siempre abrazado a Él para poseerlo o aniquilarlo, y siempre derribado, burlado, agotado, eternamente vencido.

¿Señalará la resurrección el nuevo día de una nueva derrota o podré, por fin, apagar mi ardor en el torrente de su luz inextinguible?

## LUCIFERINOS

## VISARION

No tuve otro pecado que el orgullo intelectual, pero tan fuerte que hinchó mi fantasía hasta el delirio. Comencé, adolescente, los estudios para ser pastor protestante, pero tuve que interrumpirlos de improviso porque a mi padre y a mis dos hermanos mayores, que eran pescadores, se los tragó juntos el mar del Norte. Mi madre no tenía dinero para hacerme pastor y no tenía corazón para hacerme pescador. Obtuvo para mí, no sé cómo, una plaza de torrero del faro más septentrional de mi país, casi al borde del círculo polar. Los primeros meses fueron tristísimos; no tenía otra compañía que las olas negras y furiosas, el recuerdo de mis muertos hundidos allí cerca, el rencor contra los hombres y contra Dios. Yo me había



esforzado por ser digno de servirle; mi padre y mis hermanos se habían esforzado por hacer de mí un futuro ministro de Dios. ¿Por qué había matado Él a mi padre y me había condenado a mí a aquella solitaria prisión en medio de las tempestades?

Surgió entonces en mí la más terrible pregunta que un hombre pueda formularse a sí mismo: ¿Por qué ha creado Dios el mundo? En mi torre entre los escollos no tenía más libros que la Biblia y algún manual de teología, recuerdo del seminario. Pero en aquellas páginas, ni en las divinas ni en las humanas, lograba encontrar respuesta que me convenciese y que me aquietase. Los hallazgos de los teólogos me parecían infantiles e irreverentes. Dios había creado el universo para manifestar su gloria, su poder, su amor. Pero si Dios es el ser único, infinito, perfecto, el ser completo y absoluto en sí mismo, ¿qué necesidad tenía de dar prueba de sus divinos poderes? Obrar significa una necesidad, un deseo, una incomodidad. Pero ¿es concebible que un Ser perfectísimo, que todo lo posee y abarca, pueda ser impulsado por aquellos móviles demasiado humanos? Él era espíritu puro y ¿por qué había tenido que crear el universo que es espíritu mezclado con materia? ¿Es imaginable que lo perfecto haya sentido la necesidad de crear lo imperfecto, lo infinito crear lo finito, el Eterno crear los mortales, el Altísimo crear los humildes gusanos?

Dios creó a los hombres —afirmaban los maestros de aquellos tiempos— para que pudieran servirlo, honrarlo y amarlo. Pero ¿se ha visto nunca un emperador riquísimo y poderosísimo bajarse a fabricar con sus manos figuritas frágiles y efímeras para que bullesen en el último escalón de su elevado trono áureo, se prosternasen y canturreasen sus alabanzas al son de organillo?

Si Dios es, por definición, el Ser perfecto, ¿qué gusto y qué honor podrán darle aquellos insecticillos infinitesimales e imperfectos que sufren a sus pies?

En las vigilias infinitas y solitarias, junto a mi linterna deslumbrante, en el estruendo de las olas convulsas y frenéticas, me afanaba y me desesperaba por encontrar una respuesta que pudiese calmar mis dudas y satisfacer mi inteligencia. El universo, pensaba, no es, pues, el benéfico y munificente milagro que dicen los teólogos. Aquella desatada, rugiente y tenebrosa naturaleza que yo podía descubrir desde lo alto de mi faro me hacía pensar más bien en un castigo que en un portento, y si pensaba en las infinitas miserias y desventuras de los hombres me parecía cada vez más imposible que Dios hubiese creado el mundo por deseo de gloria y prueba de amor.

Una noche, mientras temblando y pensando escuchaba los aullidos de la borrasca boreal, tuve, o así pareció a mi exaltada soberbia, la revelación de la verdad. Una inesperada luz envolvió mi espíritu. La creación es una decadencia, un descenso, una caída, respecto a la perfección divina. Por lo tanto, el universo no puede ser otra cosa que la humillación, el sacrificio de Dios, y, consiguientemente, una expiación. Este pensamiento, al principio, me

aterró, pero bien pronto me pareció la única solución inteligible del pavoroso enigma.

Dios es Trinidad, es decir, se manifiesta en tres personas, que, sin embargo, tienen una sola y única naturaleza. De estas tres Personas divinas una nos es mucho mejor conocida que las otras porque ha tomado forma humana y ha vivido en medio de nosotros: el Hijo. Pero la esencia misma de Cristo ¿no es, acaso, su oficio de Redentor? Si el Hijo es Redentor necesariamente hemos de pensar que en las otras dos personas de la Trinidad tenía que haber también una idéntica voluntad redentora. Es decir, también el Padre tenía que haber sido un Redentor. Pero Redención implica rebajamiento, sacrificio, abyección. Y la Creación, para un ser infinito y perfecto, ¿no es acaso caída y humillación? La Creación, pues, es la forma que la Redención asume en el Padre. El universo entero es la infame cruz en la que se ha crucificado, con sus manos, el Creador. La humildad del Dios que se hace hombre, que se encarna, había sido precedida por la humildad del Dios que ahora se hace demiurgo, que se materializa.

Pero en aquel punto se presentó a mi delirio otro misterio. La redención de Cristo había sido necesaria para expiar el pecado del hombre. ¿A qué expiación de pecado ajeno se podía atribuir aquel descenso humillante que el Padre había tenido que hacer creando el Universo? Y la respuesta no tardó. Así como el Hijo había expiado la culpa de Adán, el Padre había querido expiar la culpa de Lucifer. El pecado de Lucifer había sido semejante al de Adán. También el ángel rebelde había soñado ser igual que Dios y por eso fue precipitado en el abismo. Pero la obra redentora fue diversa. El pecado de Lucifer había sido la soberbia; la expiación del Padre fue el máximo acto de humildad que un Dios pueda realizar: La creación del bajo mundo, de la materia vil, de los míseros vivientes. El Padre mortificó y casi desgarró su perfección en la obra de siete días para que el abismado Satanás pudiera subir de nuevo a la luz del último cielo. Más el rebelde no se convirtió por tanta prueba de amor y, por el contrario, logró hacer que desobedecieran también las dos criaturas puestas por Dios en el jardín de la tierra para que lo creado tuviese su conciencia en el ánimo del hombre. Por la caída de Lucifer el Padre había tenido, en cierto modo, que encarnarse en el universo; por la caída de Adán el Hijo había tenido que encarnarse en la tierra y tomar figura de hombre; en los tiempos fueros, pensaba, también la Tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, tendría igualmente que encarnarse de algún nuevo modo misterioso para realizar, asimismo, su misión redentora, para expiar el pecado del género humano que traicionaba, destruía, infamaba, negaba el mensaje de Cristo. Así, en mi furor teológico, me imaginaba los Tres Redentores divinos y me gozaba con el pensamiento de haber descubierto, por fin, yo el primero y único entre los hombres, el gran secreto de Dios, la verdadera causa de la creación del universo. La creación había sido, en cierto sentido, una traición de la esencia divina, es decir, un pecado, pero un pecado hecho necesario por el pecado de los ángeles, un pecado por amor.

Desde entonces tenía ya un fin en mi vida: componer la gran obra que habría titulado: Las Tres Redenciones. Consagré mis días y mis noches a esta obra gigantesca que hubiera debido abrir una tercera edad en la historia del Cristianismo. Poseído y obsesionado por aquellos locos pensamientos, olvidé, al parecer, mis deberes de torrero: dos barcos de

pescadores se fueron a pique por mi culpa. Fui detenido y llevado a una gran casa de dementes donde venían con frecuencia a interrogarme y decían que era un caso singular y extemporáneo de locura religiosa. Me quitaron mis manuscritos y supe que habían sido dispersos o destruidos. Pero mis presuntuosas fantasías no me abandonaron.

Mi objetivo fue santo: justificar a Dios. Sólo Él, ahora, puede justificar mi culpa.

## DISYPATOS

No hablo, como todos éstos, para suplicar e intentar salvarme. Mi pecado está más allá de todo perdón. Conozco la suerte que me espera y nadie me puede socorrer. Ni siquiera Dios podría libramme, puesto que debería, para absolverme, olvidar que es Dios y tal abdicación es imposible incluso a su omnipotencia.

## ÁNGEL

¿Por qué, entonces, has comenzado a hablar? Tu renuncia al perdón ¿es aumento de pecado o estudiada esperanza de una negativa divina?

## DISYPATOS

¿Me crees tan necio que ponga mi última esperanza en la astucia? Si Dios pudiera ser engañado ya no sería Dios y no tendría ningún derecho a juzgarme.

Sólo hablo para manifestar que fui condenado aún antes del juicio y que, para mí, todo consiste en pasar de un infierno a otro infierno. Rechazo la esperanza porque el temor no me aterra.

Sabe, pues, que yo nací como todos los hombres para ser campo de guerra entre el bien y el mal. Has de saber que mi libertad quiso escoger, en principio, el partido del bien. Y precisamente porque sentía en mí, poderosísima, la fuerza que me solicitaba hacia el mal, intenté con el más prudente y tenaz ingenio desarraigar y expulsar a tan fuerte enemigo. Los más esclarecidos monjes de Mistra y del Monte Athos fueron mis padres tutores en esta batalla. Me oculté, solo, entre las peñas amarillas de los desiertos, maceré mi carne y mi alma en las cuevas, fui, durante días enteros, boca orante y corazón sangrante. Recurrí a la contemplación inmóvil y continua de un punto de mi cuerpo porque me habían prometido que, al fin, me perdería a mí mismo y me encontraría envuelto en la salvadora luz divina.

Incluso imaginé llegar a la santidad por aquella vía pasiva.

Fueron increíbles los frutos de mi obstinada ascesis. El mal, lejos de sofocarse en aquel aire enrarecido de penitencia, agitaba mí ser con más ahínco las tentaciones se multiplicaban, cada vez más abundantes y poderosas; las imágenes de mi mente eran más nefandas que los pecados cometidos con sencillez por los pecadores.

Quise, por fin, dejar la soledad y dedicarme a la caridad. Pero los enfermos a los que asistía hubiera querido que muriesen; daba a los pobres la limosna con repugnancia y acompañada de maldiciones mal reprimidas.

Un día, mientras estaba arrodillado en Santa Sofía sin que lograrse orar, tuve la inesperada revelación: Dios no me quería entre los suyos Dios no bendecía mis esfuerzos. Le repugnaba que fuese suyo. No me había creado para el bien, sino para el mal. Me había destinado a la paganidad y no a la santidad. Me rechazaba, me expulsaba, me arrójate en brazos de mi verdadero dueño: el Diablo.

Sentí que ésta era mi sentencia y mi vocación. Acepté la sentencia y seguí la vocación. Me pareció, en aquel despertar primero, que había sido liberado de un yugo no hecho para mi cuello. Y no me contenté como hacían los más, con resbalar hacia el pecado cuando la ocasión o el deseo daban el impulso. Me propuse, resueltamente, cambiar mi naturaleza de hombre en un perfecto demonio. Puesto que Dios no quería que fuese santo, buscaría la perfección en el mal; dejaría la imitación de Cristo por la consciente, constante y apasionada imitación de Lucifer. No quería ser uno de tantos temerosos e intermitentes pecadores que deshonoraban la tierra. Pecaban, pero casi siempre porque eran vencidos por la tentación, y luego, después de haber pecado, cedían a la vileza del remordimiento, de la confesión y de la expiación.

Yo, por el contrario, quería deliberadamente el mal por el mal, y siempre, aun cuando no me agradase ni me favoreciese. Y sólo temía un remordimiento: no haberlo cometido suficientemente y con todo el vigor de mi fe infernal. Dios me vomitó, pero Satanás tenía que estar contento de mí.

Quería, sinceramente, desertar de la humanidad; ser más que hombre. Quienes habían tenido semejantes veleidades anhelaban ser ángeles, semidioses o dioses de veras. Yo, por fidelidad a mi naturaleza, quería hacerme una copia de Satanás. No presa y víctima de los demonios, como todos, sino cambiarme yo mismo en demonio.

Adoré a mi nuevo dios con mayor fidelidad que había adorado al otro, aquel que me

había impedido su reino. Y llegué a soñar que Lucifer, el gran exilado del abismo, reanudaría en un día próximo la guerra contra el emperador y derrotaría, con ayuda de los suyos, a Miguel y a sus legiones de arcángeles, y entraría victorioso e implacable en el cielo que ya había visto su esplendor y derrocaría del trono al viejo monarca celoso y nos distribuiría a nosotros, sus fieles en los tiempos de desventura, los feudos celestiales.

Mi embriaguez demoníaca no duró más tiempo que la otra. Me desfogue locamente en todo delito y torpeza, pero sin que lograra desarraigar mi imbecilidad de hombre y mi conciencia de cristiano. Era imposible, para mí, hacerme un santo, pero me resultaba igualmente imposible hacerme un demonio.

Había matado en mí al ángel, pero sobre aquel cadáver angélico había podido nacer más que un tísico aborto de diablo. Dios era siempre el más poderoso: no quería que yo fuese santo, pero tampoco permitía que me hiciese un demonio. Estaba condenado para siempre a aceptar toda la miseria de mi humana condición, a ser para siempre un esclavo de Dios, agarrado eternamente por las uñas de Satanás.

Ni santo ni demonio, sino un santo fracasado y un demonio fallido, un tizón apagado para echarse al fuego inextinguible.

¿Comprendes ahora mi desesperanza de toda salvación? Esta desesperanza, ya antigua, es mi infierno y Dios no logrará, aunque quisiera, aceder a mi suplicio.

## N J U D O T H

No estoy aquí como el último de los transgresores sino como el más grande, el primero de los blasfemos. No me quitéis, por lo menos, la atroz voluntad de este infame primado.

Aquellos que deliraron con matar a Dios fueron, en comparación conmigo, casi inocentes. Un Dios muerto se sepulta, pero no se calumnia ni se injuria. Algunos de ellos fueron deicidas por exceso de veneración: el Dios no bastante perfecto de las teologías no merecía existir.

Muy otra fue mi maligna temeridad. Cristo me perseguía desde los primeros años. No lograba ser suyo, pero no lograba huirle. Me debatía entre sus manos sin poderlo abrazar, sin poderlo negar. En mi espíritu había caos y tempestad. Escuchaba ávidamente a todos los tentadores, pero a ninguno de ellos me entregaba. Había quien juzgaba al Cristianismo un

embrollo de hebreos aventureros; quien lo consideraba un ingenuo sueño de ilusos; quien lo estimaba una invención de débiles y esclavos para corromper y enervar la fuerza de los fuertes; los más, en fin, el auténtico mensaje de Dios encarnado y salvador. Me pareció que todos estaban en el error y busqué la verdad que me liberase de la pesadilla. El primer impulso para mi espantoso descubrimiento lo recibí de un versículo del Evangelio de San Juan: «Y a la manera en que Moisés levantó la serpiente en el desierto así es preciso que sea levantado el Hijo del Hombre».

Un rayo de luz infernal me hirió: Jesús comparado, casi identificado con la Serpiente, me recordaba invenciblemente el primer capítulo del Génesis. La Serpiente es Satanás; ¿acaso sería Jesús en vez del vencedor de Satanás un instrumento suyo? Y entonces todas las confirmaciones y las pruebas iluminaron mi mente de tenebrosa luz.

Jesús repetía a los hombres la tentación de la Serpiente en el paraíso: sed perfectos como el Padre, es decir, haceos semejantes al Padre; también vosotros seréis como dioses. Y aconsejaba, abiertamente, a sus discípulos, incluso la imitación de la Serpiente: sed astutos, esto es, sagaces y engañadores como la Serpiente.

Nadie se había dado cuenta de que los primeros en reconocer a Jesús como Mesías e Hijo de Dios fueron, precisamente, los demonios que expulsó de los posesos.

Las tentaciones de Satanás en el desierto eran una comedia para desviar las sospechas y en realidad, a mis ojos, una decisiva aprobación. De otro modo: Jesús obedeció a los mandatos de Satanás. No cambió las piedras en panes, pero transformó el agua en vino y el vino en sangre. No se arrojó desde el pináculo del Templo, pero caminó sobre las aguas del lago sin hundirse. No aceptó para sí los reinos de la tierra, pero los entregó a sus apóstoles, y su Vicario, andando el tiempo, se proclamó solemnemente Rey de Reyes.

Cristo apareció a mi delirante fantasía el cómplice y no el enemigo de Satanás. Él, en efecto, sabía que Satanás había entrado en Judas y, sin embargo, lo llamó amigo en el huerto y respondió a su beso.

Aun antes de aquella hora Él buscaba y prefería a los discípulos de Satanás, a los pecadores, a los delincuentes, y exhortaba en la parábola del mayordomo infiel a imitar a los hijos de las tinieblas. Él mismo, anunciando su inesperado retorno a la tierra, se comparó al ladrón que viene de noche. Y añadió que había venido al mundo para traer divisiones, escándalos y fuego. Lo mismo que Satanás, renegó de todas las instituciones que cimentaban la unidad de los hombres: la familia, el Estado, el Templo. Y, por el contrario, lo mismo que un secuaz del diablo, amaba los banquetes, el vino y los perfumes.

Pero Satanás, después de haberse servido de él, lo abandonó y lo traicionó. Cristo fue condenado como blasfemo y rebelde; su muerte fue envuelta por las tinieblas.

Así disparataba y deliraba mi espíritu enfermo. Y al fin me persuadí de que el Cristianismo no era obra de Dios, sino estratagema de Satanás. No pudiendo seducir a todos los hombres bajo su verdadero aspecto de Satanás, había querido engañar a los hombres bajo la máscara de la dulzura y del amor. Y yo me enorgullecía de ser el primero y el único en descubrir aquel torpe fraude. El Mesías crucificado era la última y más refinada insidia de Satanás.

Cristo había dicho que al árbol se le juzga por sus frutos. Y los frutos del Cristianismo ¿no habían sido, en efecto, diabólicos?

Pidiendo al hombre lo imposible ha arrojado a los mejores en la desesperación. Con la multiplicación de las Iglesias, de las sectas, de las herejías, de los cismas, ha aumentado pavorosamente las divisiones entre los hombres y ha creado formas de odio antes desconocidas. Guerras, estragos, mortandades, han ensangrentado el mundo en nombre de la verdadera doctrina de Cristo. Las piras de la Inquisición han sido encendidas en nombre del Evangelio. Ha suscitado turbas de locos masoquistas que han atormentado su cuerpo y renunciado a toda alegría en nombre de la ascesis.

Con su exhortación al descuido del mañana ha fomentado la pereza, propicia a todas las fermentaciones del pecado. El Cristianismo ha multiplicado y no disminuido los pecados del género humano. Ha dado pábulo a nuevas y más engañosas formas de orgullo. Basta uno solo de mis pensamientos, pensaba el devoto, para entristecer a Dios. Y Dios ha dado la sangre de su mismo hijo para salvarme, y Lucifer, que fue el más encumbrado de los ángeles, delira por hacerme suyo. Luego ha aumentado infinitamente la hipocresía, porque la máxima parte de los cristianos, permaneciendo paganos en la carne y en el alma, han tenido que simular la fe con la afectación de las prácticas exteriores. La superstición, a su vez, hizo renacer la idolatría, negación del Dios verdadero.

Éste es mi malvado frenesí, la blasfemia luciferina que oscureció la inteligencia. Yo no podía decir que no conocía la suave sublimidad del Evangelio y la irresistible evidencia de una inspiración de lo Alto.

La miserable vanidad de haber encontrado algo nuevo sobre Aquel quo por tantos siglos había dominado las almas y los pueblos de Occidente me hizo caer en la trampa de Satanás.

Creo que fui poseído por Satanás y que todo lo reduje, con mi dialéctica en delirio, a su devoradora majestad.

Pero si fui poseído de Satanás y si desencajó mi mente con un furor demencial, ¿puedo llamarme verdaderamente culpable?

Era propiedad suya, su sometido, incapaz de una palpitación, de un llanto, de un movimiento libre de amor. ¿Quién deliraba con mi pensamiento? ¿Quién blasfemaba con mi boca?

¿La locura es, ante Dios, inexplicable? Puedo parecer el más execrable, pero ¿no soy quizás el más traicionado, el más miserable, el más dañado de los hombres?

V E N U S I O

ÁNGEL

¿Por qué, Venusio, te levantaste contra Dios y pasaste la vida que Él te había dado maldiciéndolo en tu corazón y blasfemándolo con tu boca?

Venusio

Una sola fue la razón profunda de mi rebelión: la condena a muerte de todos los hombres. No podía aceptar la idea de la muerte, me repugnaba y me horrorizaba el pensamiento fijo del fin necesario.

¿Por qué había señalado Dios un término, y un término tan breve, a la vida de los hombres? ¿Por qué haber puesto a cada uno de nosotros en medio de las maravillas del mundo y de las delicias de la existencia, si después nos quitaba de repente aquel bien inestimable, cerraba nuestros ojos, para siempre, a la viva alegría del sol y nos arrojaba como un viejo utensilio a pudrirnos bajo un palmo de tierra? ¿No era quizá Crueldad inconcebible que yo saborease durante algunos años, es decir, en rápidos instantes, los divinos frutos de la vida, la embriaguez del espíritu, los deleites de los sentidos, el espectáculo del universo, y después exilarme de mi dulce tierra patria, reducir mi cuerpo, mi única propiedad, a un montón de barro y a un puñado de polvo?



Este delito no podía perdonárselo a Dios; mi mente, a pesar de los esfuerzos que hice, jamás quiso absolverlo.

¿No había dicho Él que nos había creado a su imagen y semejanza? ¿Por qué no había hecho, por lo tanto, eternos a sus hijos lo mismo que Él? Ni siquiera el ejemplo de Cristo vencía a mi resentimiento. Cristo había muerto en cruz, pero Cristo era Dios y sabía que había de resucitar después de tres días. Es fácil ofrecerse a la muerte cuando el alma tiene la certeza de la resurrección.

Pero yo no tenía aquella certeza. No había testigos indudables de aquella promesa. El único era Cristo, que tenía el aspecto y la carne del hombre, pero que no era hombre. Lázaro había resucitado, pero a fin de morir cuando llegó su hora verdadera.

Los argumentos para demostrar la inmortalidad del alma me parecían, como en efecto eran, nada más que vanas sutilezas, inspiradas por la piedad, destinadas a multiplicar el terror de los hombres. Las teorías de los físicos sobre la inmortalidad de las partículas que componían mi ser me daban todavía más rabia. La vida, para mí, no era concebible sin una envoltura de materia y sin la conciencia del yo. Los unos me prometían un alma sin cuerpo; los otros, una supervivencia en polvareda de átomos sin la memoria de mi alma. Los primeros se imaginaban consolarme con lo imposible; los segundos me escarnecían con una engañosa imagen de eternidad, de una eternidad que no era ni podía ser la mía.

Yo no podía soportar sin espanto y horror la idea de una separación de mi alma y mi cuerpo. Los sentimientos de mi corazón y los ídolos de mi fantasía eran propiedades únicas y preciosas terriblemente unidas a mí como las sensaciones de mis miembros y el fluir y refluir de mi sangre. Nada quería abandonar, nada quería perder. La substancia y la apariencia de mi ser me pertenecían por derecho absoluto, eran para mí igualmente esenciales.

¿Por qué aquellas manos que habían acariciado los rostros queridos tendrían que convertirse en helados artejos de esqueleto? ¿Por qué aquellos ojos que habían acogido y contemplado las formas y las armonías de la tierra y del cielo tenían que apagarse de improviso para deshacerse en la sombra vacía del cráneo? ¿Por qué aquella boca que había besado bocas tiernas y ardientes de amor y había proferido palabras articuladas e inteligibles tenía que cambiarse en un gesto blanco y mudo, llenarse de tierra gusanosa?

El gran culpable de este ejemplo inhumano era Dios. Él era el juez inexorable que había condenado a muerte a todos los vivientes, el padre carnicero que quitaba la vida a todos sus hijos.

Al primer hombre, decía, le fue prometida la inmortalidad, pero la había perdido por su pecado. La ferocidad era aquí semejante a la injusticia. Si Adán no había sabido resistir a la tentación de aumentar su semejanza con Dios ¿qué pecado habían cometido todas las criaturas nacidas de su semilla? Hacer que recayera sobre los hijos el castigo de una debilidad del padre podía ser natural en un déspota implacable del viejo Oriente, no en un Dios que había creado al hombre, según afirmaban sus profetas, por sobreabundancia de amor.

Si el hombre hubiese sido hechura de Satanás no me hubiera extrañado de nuestra condena, porque es propio, precisamente, de Satanás el seducir con el encanto del placer para aumentar luego el tormento de la caída en las tinieblas. Si Dios ha obrado a semejanza de Satanás, ¿tenía derecho a expulsar del cielo a Satanás y a ser adorado por los mortales?

Y aunque hubiese asignado a los hombres esta feroz pena, ¿no hubiera podido, por lo menos, exceptuar a alguno más digno de pensar y de gozar para siempre? Que hiciese morir a la plebe de los ciegos y de los obtusos, a la plebe sólo destinada a derramar sudor, a verter lágrimas, a llenar letrinas. Pero ¿por qué condenar también al último suplicio a sus obras maestras, a los iluminados, a los héroes, a los reveladores de la verdad, a los creadores de belleza, a los felices, a los poetas? Me parecía que yo era uno de éstos: poseía todas las facultades que constituían la grandeza y la fortuna de los hombres y hubiera podido dar al mundo ideas sublimes, obras perfectas, ejemplos magnánimos, nueva luz de llama nueva, si Él con maligna avaricia no hubiera interrumpido, tan pronto, mi vida.

¿Cómo podía, pues, dejar de odiar al autor de esta universal condena? Y Dios no logró de mí ni oraciones, ni alabanzas, ni agradecimientos, sino sólo maldiciones.

Ahora que su promesa ha sido mantenida, ahora que he recuperado, después de tan largo espacio de tiempo, mi antigua alma en un cuerpo enteramente nuevo, no puedo más que recordar las razones de mi error y confesarlo y avergonzarme.

Pero es demasiado tarde para salvarme. El arrepentimiento, ahora que la evidencia me vence, no puede ser título de impunidad. Y la misericordia de Dios, aunque infinita, no podrá absolver a un rebelde que agravó el descaro y la ingratitud con la locura blasfema.

## MOSADÉS

Estuve entre aquellos que se rebelaron contra Dios. No ya por haberlo matado —sólo una vez fue posible el deicidio en la tierra—, sino por envidiarlo y condenarlo.

Creía en Él, creía firmemente que era hechura y criatura suya y, precisamente por esto, lo maldije. Nunca he podido perdonar a Dios que me hubiera creado débil en medio de un mundo enemigo, que me hubiera entregado a la vida como se arroja una brizna de paja en el remolino de un abismo furioso. No le he perdonado nunca que me haya dado el alma de un titán y los miembros de un infante, la fantasía de un leviatán y la fuerza de un gusano. A su omnipotencia no quiso perdonarla mi impotencia, que era también la de todos los hombres. Nos había dado la facultad de soñar, de imaginar, de desear la verdad y nos había negado el hacer verdadero todo querer. Por todas partes confines, límites, cercas, barreras, prohibiciones, calles sin salida y las odiosas murallas de lo imposible.

Todo era imposible al hombre. O, más bien, era imposible aquello que nos era más deseable y necesario. La impotencia casi total del hombre frente a la naturaleza y al destino era la causa primera de su infelicidad. Hubimos de aceptar las ofensas del cielo, las resistencias y las traiciones de la tierra, esperar el beneplácito de las estaciones para obtener un poco de alimento, soportar las agresiones de las enfermedades, obedecer al torrente incontenible de los días demasiado rápidos y breves.

No era posible imperar sobre los elementos, no era posible cambiar el alma propia ni la ajena, no era posible derrotar las brutas fuerzas adversas, no era posible sustraerse a la voracidad de la muerte.

El hombre deseaba sumamente dos gracias: no sufrir, no acabar. Pero todo conspiraba para hacernos sufrir, todo estaba dispuesto para oponerse a nuestra duración. Se nos concedió suspender el dolor, hora-dar las montañas, unir los mares, matar a los animales, a los hombres y a nosotros mismos. Pero tales poderes apenas eran aquel poco de infantil victoria que aguza el apetito para dominaciones muy distintas. Si yo no puedo superar y dominar los meteoros y reducir los océanos a esclavitud, si no puedo hacerme amar y temer de todos aquellos a los que amo y temo, ¿de qué me sirve aquel humilde principio de poder? Un niño que logra desviar, con diques de guijarros, el hilo de agua de un arroyo, ¿es acaso un Demiurgo?

Y hasta que el hombre no hubiese logrado matar a la muerte ¿se podía hablar de un imperio total sobre la naturaleza?

¿Por qué desplegar ante nuestros ojos los fulgores del infinito si no se nos dieron las alas para alcanzar los soles lejanos? ¿Por qué crear las águilas para encerrarlas luego en los gallineros?

Las nubes eran mis enemigas, las olas me injuriaban, la resistencia de las rocas y de

las mentes eran un atentado contra mi dignidad de soberano de la tierra. Y más que ninguna otra resistencia me era insoportable la del tiempo; del tiempo que nunca borra o cambia un latido siquiera del pasado cruel, que no revela ni descubre ni siquiera un instante del inexorable futuro.

Feliz aquel que nunca fue lacerado por el hambre de lo imposible. Con aquella hambre estuve toda la vida hambriento y mi fe en Dios temo que estaba alimentada por la necesidad de atribuir mi angustia a sus celos.

Reproché a Dios una sola cosa: no habernos concedido también a nosotros el divino privilegio del milagro. Eché a Dios en cara su perjurio: ¿por qué no nos había creado más verazmente a su imagen y semejanza? Acusé a Dios, en definitiva, de no haberme hecho igual a sí mismo. Si este loco deseo fue culpa, Él podrá vengar ahora en mí la envidia que el fuego fatuo tuvo del sol.

## SOLOGUB

¿Quieres saber cuál fue mi mayor pecado? Mi presencia en la tierra. Pero éste no fue pecado mío, ni siquiera de mi padre y de mi madre, también víctimas tuyas igual que yo.

Quien hizo nacer al hombre fue ciertamente un enemigo. Y enemigo sin razón, pues los no nacidos no habían podido ofenderlo. Enemigo, nunca saciado, de todos nosotros y de todas nuestras culpas, si puede hablarse de humanas culpas, sólo él debe rendir cuentas.

Éste fue, por lo menos, mi pensamiento desde el día en que me pareció clara la traición.

La Nada era para mí el sumo bien buscado en vano por miles de inteligencias en los siglos de la barbarie brillante. Pasar de la Nada a la Vida era, pues, el primero de los males y sólo podía curarse con la Muerte. No ya que la muerte fuera, como decían algunos obsesos, misteriosa, dolorosa y trágica. La grandiosidad de un suplicio, de un conflicto, de una tragedia, hubiera podido ser indicio de estimación por parte del enemigo y, para nosotros, un «divertir» el pensamiento de la atrocidad de la originaria condena,

Pero, no obstante, la vida era una persecución cotidiana de miserias mínimas, de contratiempos asquerosos, de hábitos y estímulos innobles, de escrúpulos y de trabas ridículas, de tímida asquerosidad, de baja mezquindad. El protagonista no era la sangre como en las tragedias de los poetas, sino una transpiración húmeda y hedionda, mezcolanza

repelente de sudor, moco y pus.

La vida no era, como la imaginaban los poetas, una pira sobre la montaña negra, sacudida por los rayos de la justicia o del hado, sino una oscura cloaca pestilente, donde aguas perezosas y grasientas albergaban multitudes de seres viscosos y tibios, voraces de porquería caliente, pero avergonzados de todo, aun de ellos mismos.

Y con razón avergonzados, porque allí, en aquella estancada basura, no conocían otro placer que el de hincharse y aparearse.

Todo era diabólico, pero no imaginando al diablo como héroe rebelde, grande aun en la misma luz negra de su derrota, no como el Satanás y el Lucifer de los versificadores visionarios, sino, al contrario, como un pueblo de diablos ínfimos, domésticos y sucios, más malignos que malvados, más astutos que furiosos, más molestos que amenazadores. Su elemento no era el fuego, sino más bien la baba goteante de las más vulgares concupiscencias.

El demonio familiar de nuestra vida no era, pues, el antiguo león que rugía en el fondo de los desiertos ardientes, sino un informe, taciturno, flácido cliente de las tinieblas: escolopendra, proteo ciego, escarabajo, tarántula.

Y, por esto, la vida no tenía siquiera la satánica majestad de la guerra. Era sólo un fastidioso, nauseabundo, inútil arrastrarse entre detritos y residuos, entre esputos, cascajos, en medio de parapetos de estiércol y de lodo. Todo pequeño, todo mezquino, todo blando y sucio. La vida no era, no, trágica, sino desesperadamente cómica, de una comicidad empachosa de máscaras cadavéricas.

Contra esta sumersión en la abyecta hediondez de la bajeza cotidiana no había más que un camino de salvación: la muerte precoz.

En los niños, que aún se acordaban confusamente de la felicidad prenatal, la vida era soportable. El estupor de lo nuevo hace que parezca habitable incluso una atarjea fangosa. La juventud hacía nacer la nostalgia de la muerte. El que no la escuchaba era condenado a una vida indeciblemente más pavorosa que la muerte. Después de una cierta edad éramos todos muertos, muertos que no se daban cuenta de estar muertos, muertos desde el momento en que habían aceptado la vida. La muerte, la verdadera muerte, la feliz muerte nocturna, estaba más viva que nuestra vida miserable.

Y entonces, para salvar al menos el honor del mito, no me quedaba más que la negación: negación de Dios, que, existiendo, sería el único responsable de nuestra forzada salida de la felicidad de la nada; negación del mundo exterior y hasta de mis semejantes.

Como también yo era vil y no supe merecer a tiempo la redención de la muerte, tuve que crear, para resistir al disgusto, un pequeño universo de un solo ejemplar, en el que yo lo era todo, divinidad y sacerdote, monarca y súbdito. Para mí no existía más que mi alma sola en todo el mundo y todo lo que veía y oía provenía en cada instante de mi potencia mágica de poeta demiurgo. Era mi honesto modo de venerar y de adorar. La nada era para mí el supremo bien y yo atribuía a la perfecta nada aun aquello que parecía más real a los demás hombres: la existencia de las cosas, la existencia de los seres animados. Con los restos y los desperdicios de mis voluntarias alucinaciones construía mis obras. Y como quiero decir todo, diré que no escribía aquellos libros sólo para conservar memoria de mis evocaciones, sino para obtener lo necesario para la vida y, debilidad menos perdonable, para hacer que resonase mi falso nombre, para que me despertasen las desafinadas trompetas de la gloria.

Ahora me ha sido arrebatada aun la esperanza de la nada. Esta resurrección es para mí la más dura condena.

#### CORO DE LOS ATEOS

Nosotros te hemos negado y, sin embargo, nos atrevemos a pedirte que no reniegues ni siquiera de estos tus hijos estos hijos parricidas, pero creados también por tu hálito y redimidos por tu sangre.

Negamos, sí, tu existencia, pero tú no podrás renegar —ni siquiera contra nosotros mismos— tu esencia que es Amor.

Lo puedes todo, Omnipotente, excepto una sola cosa: contravenir a tu naturaleza, cesar, aunque sólo sea un instante, de ser Tú mismo, de ser Aquel que no puede menos de amar aun a los que quisieron matarlo.

Nosotros somos de aquellos, Dios; fuimos los fugitivos, los desertores, los verdaderos deicidas, deicidas todavía más frenéticos que aquellos que desangraron a tu Hijo, porque aquéllos querían destruir la carne, y nosotros, por el contrario, incluso tu nombre y tu presencia en las almas de los hombres. Y, sin embargo, también has de escucharnos.

No puedes cerrar el corazón a nuestras palabras, no puedes rechazar nuestra defensa.

Escucha, Omnividente, óyenos, pues, Tú, el Omnisciente. Es verdad, sí; nosotros no supimos verte, no fuimos capaces de descubrirte, no logramos reconocerte.

Pero fue sólo culpa nuestra, de nosotros, gusanos ciegos, que se retorcían en la espesa humareda vespertina; ¿o fue también culpa tuya, de Ti, demasiado celado y velado? Tú sabes que la fe es hija no sólo del querer;

Tú sabías que los hombres eran, a menudo, ciegos en la mente, indóciles y reacios en el corazón, tentados por todo aspecto y voz del orgullo.

¿Por qué no ayudaste, pues, a nuestra incredulidad? ¿Por qué no socorriste nuestra debilidad? ¿Por qué tus signos no fueron más manifiestos y decisivos? ¿Por qué tus escrituras y tus intérpretes no fueron más límpidos, más persuasivos, más irrecusables?

¿Por qué no has hablado con voz más tenaz y resonante en el desierto de nuestro pecho?

Tú mismo nos habías creado sujetos a la duda y al error. ¿Por qué no redoblaste contra nuestra oscuridad las espadas de tu luz?

Tú mismo nos expulsaste del esplendor de tu rostro ¿Por qué, pues no consolaste con relámpagos más potentes las cavernas de nuestro exilio?

Pero quizá fue enteramente nuestra la culpa de permanecer cerrados a tu fulgor, sordos a tu trueno, inmóviles en tu torbellino, helados en medio de tu fuego.

Los pecados obstruían toda apertura de la mente, ocluían todas las entradas del corazón.

Una ciencia mutilada e inquieta nos había hecho perder la claridad de la ignorancia natural y nativa; la sangre turbia de los Titanes fermentaba en nuestros miembros de pálidos sedentarios.

Pero eras, sobre todo, para nosotros la Ley antagonista de la libertad y de la voluptuosidad.

Era el ímpetu del mal en nosotros el que veía en Ti al enemigo.

La frialdad embotaba la inteligencia, la soberbia hechizaba la conciencia, la sensualidad oscurecía el espíritu.

Tú eras una traba para nuestra vanagloria, un escándalo para la razón, una rémora fastidiosa para el amor propio, una condena de la carnalidad, un dique contra el delirio del Yo.

Y por esto no quisimos señores ultrahumanos.

Y por esto fue proclamada por nosotros la decadencia y la caída del Rey de Reyes, e intentamos aniquilar al Padre después de haber crucificado, en vano, al Hijo.

Creímos que la muerte del Dios vivo podría hacer a cada uno de nosotros más divino.

Fue envidia, quizá, fueron celos, fue rivalidad demente, lo que impulsó a alguno de nosotros para asesinarte, esto es, a mutilarse a sí mismo.

Pero no sólo por razones innobles buscamos expulsarte del pensamiento y del universo.

Algunos de nosotros te negaron porque te amaron demasiado.

Heridos por las injusticias, por las vergüenzas, por las miserias del mundo, no pudieron admitir que Tú fueses el autor de ellas; se rebelaron contra la idea de que Tú las tolerases y mejor que concebirte cruel te llamaron fantasía de los hombres: el ateísmo fue para ellos tu única apología.

Otros juzgaron indigno de la dignidad humana tener necesidad de un supremo Guardián del vivir honesto- y les pareció virtud más perfecta el ser justos sin esperanzas de premios y sin terrores de castigos.

Sin embargo, los más de entre nosotros fueron impulsados a la negación por aquellos



mismos que decían adorarte y ser los más legítimos traductores de tu Verbo.

La mayor parte de los que se gloriaban de conocerte y de amarte no eran menos sucios y viles que quienes decían ignorarte o haberte abandonado.

Tus mismos siervos, aquellos que todos los días repetían tus palabras, nos parecieron, a veces, más flacos y falsos que aquellos que sólo veían en Ti una fábula confortadora y una venda contra el pavor del fin y de la nada.

Y pensamos: si aquellos mismos que creen en Dios y viven junto a Él se muestran todavía tan próximos a la bestialidad primordial, ¿no es, quizá, signo de que su fe es pura fantasía o enteramente corruptora?

Fueron a menudo tus creyentes los que nos hicieron perder la fe en Ti: aquella su fétida e hinchada mezquindad, aquellas sus cotidianas traiciones, aquella nauseabunda mecánica de prosternadores y salmodiadores.

Más funestos nos fueron todavía aquellos que pretendían conocer todos tus secretos, revelar todos tus designios, descubrir todas tus propiedades, iluminar todos tus misterios.

Algunos de ellos, los más sabios, afirmaban que nada podía decirse de Ti y nos dejaban solos frente a los enigmas de lo creado.

Los otros, con su pedantesca arrogancia, querían discutir demasiado, demostrar demasiado, convencer demasiado y recurrían a pruebas no siempre válidas, argumentos no siempre irresistibles, ilustraciones no siempre iluminantes.

Tus confidentes y tus defensores fueron, a veces, con su infinita presunción, cómplices de nuestra duda y de nuestra apostasía.

Quien quiso buscarte demasiado nos ayudó a nosotros, infelices, a perderte y ahora que tu fulgor nos ciega de otro modo ahora que tu arrolladora evidencia nos hace dudar de nuestro mismo existir porque Tú solo eres, Tú solo existes y nosotros no somos más que sombras trémulas de tu sueño, átomos de tu polvo, chispas apagadas de tu amor ahora que te afirmas despiadadamente sin palabras articuladas y nuestro antiguo negar no es más que leve peso de vapores sobre el mar celestial de lo absoluto no tenemos que ofrecerte, oh Dios, más que nuestro remordimiento no tenemos otro intercesor, oh Dios, que Tú mismo. Porque

fuimos condenados al hambre eterna, al convite de cenizas de nuestra árida soberbia.

Tú eres también siervo eterno de tu eterno amor y tu perdón calmará aquellos mismos corazones que no quisieron acogerte salvará a nuestras almas que sólo reconocieron tu presencia con el deicidio.

ATEOS

STIRNER

ÁNGEL

Tú, Gaspar Schmidt, llamado Stirner, enseñaste la más inhumana y necia filosofía que jamás se haya anunciado en la tierra: la proclamación de los derechos del yo absoluto, único, omnipotente, del yo que niega a Dios e ignora a los hombres, lógico hasta el delirio, intolerante hasta el delito. Si la muerte y la resurrección han cambiado tu pensamiento y han hecho que surjan en ti el arrepentimiento y el remordimiento, aquí estoy para escucharte.

STIRNER

Ni remordimiento ni arrepentimiento como esperas, pero habrás de escucharme lo mismo. No es que yo quiera disputar contigo en torno a mi filosofía. Tú estás, para tales doctrinas, demasiado lejano o demasiado por encima de mí y los diálogos no son posibles entre dos que provienen de mundos opuestos y hablan dos lenguas diversas.

Yo negué en mi antigua vida la existencia de Dios y no por juego o por puntillo. Las apariencias y ciertos indicios y señales me hacen pensar que yo estaba en el error. Y, por otra parte, casi estoy contento de que el antiguo Señor del Antiguo Testamento exista de veras. Negar su existencia real fuera de las mentes humanas me pareció un testimonio de estima, un homenaje de profundo respeto. No podía imaginar, en honor suyo, que pudiese existir un autor responsable de aquella horrible farsa, abyecta y lacrimosa, que fue la vida de los hombres sobre la tierra. Pero si verdaderamente existe Dios, por fin podré hacer oír en su trono mi dolorosa protesta. Podré ajustar, si Dios quiere, las cuentas con Dios.

Yo no soy uno de esos borregos sin riñones que gimen, se excusan, se acusan, se humillan y por todos los medios que en otras partes usaban sólo las mujerzuelas más viles tratan de apiadarlo. Yo no; no soy ni quiero ser uno de estos pusilánimes. Yo quiero ser aquí,

en medio de este rebaño de temblorosos, el acusador de Dios, el juez de Dios.

Fulmíneme y destróceme y tortúreme y despedáceme y dispérseme y aniquíleme, pero antes oiga mis demandas.

¿Por qué quiso crear a los hombres? Si era el único y perfecto, infinito y eterno, ¿qué necesidad o pensamiento le movió a crear este miserable linaje de brutos mediocres e infelices? ¿Acaso para ser adorado y amado? Pero ¿cómo puede concebirse que un ser en sí completo y perfecto pueda rebajarse a aceptar el amor, la alabanza, el culto de criaturas que ante El no eran ni podían ser más que invisibles y efímeros mosquitos ante un sol inmenso que fulgura en la inmensidad? Si los creó como decían, por impulso de amor, ¿por qué los hizo, entonces, tan débiles, tan ciegos, ineluctablemente infelices? Se hicieron infelices, afirman, por culpa del primer hombre. Pero ¿por qué creó al primer hombre tan débil y necio que no supo vencer a la primera insidia del demonio? Para concederle, insisten, en el gran don de la libertad. Pero si Dios era omnipotente ¿no podía crear un ser que fuese libre, pero, al mismo tiempo, de voluntad que no se doblegase fácilmente y de inteligencia que no se oscureciese con facilidad? Nada podía ser imposible para su poder y su previsión. ¿Por qué, entonces, modeló una criatura que había de caer al primer soplo, aun sabiendo antes que tal sería su suerte? ¿Y en nombre de qué justicia el Dios justo ha decretado que todos los descendientes deban llevar el peso de la culpa del primer padre?

Sé lo que querías responder: Él envió a su Unigénito a pagar nuestro rescate. Y sea así. Pero ¿por qué, pregunto, los hombres no fueron redimidos por aquella muerte divina, por aquel suplicio, por aquella oblación, por aquella sangre, y siguieron todavía, durante milenios y milenios, siendo tristes y feroces, rapaces y desesperados?

Nos hiciste a todos nosotros de una calidad sujeta a corromperse y a romperse. Nos has dado un alma para que nos atormentase con la conciencia sin liberarnos de la animalidad. Impusiste a los caracoles una ley que sólo estaba hecha para las águilas, una ley que ninguno de nosotros, sin excepción alguna, tuvo jamás la fuerza de observar ni de obedecer. ¿Por qué, pues, se burló de nosotros? ¿Por qué su bondad permitió el infinito e inútil martirio de nuestra especie? ¿Quién le había pedido nacer? ¿Qué misteriosa crueldad le ha inducido a interrumpir, después de tantos miles de años, el miserable espectáculo de la vida humana? ¿Quiso hacer una experiencia que le salió mal o fue como el niño que se entretenía contemplando las desgraciadas luciérnagas aprisionadas en el vaso boca abajo? ¿O hubo en Él, en el inescrutable misterio de la soledad y de la nada, un instante de locura, un acceso de frenesí funesto para nosotros y para Él?

De todos modos, si tú eres un fiel servidor de Dios, dile que yo lo proclamo aquí, frente a todo el género humano, esto es, ante su víctima, injusto, despiadado, egoísta, perseguidor. Dile que éste no debería ser el juicio final de los hombres, sino el juicio de los

hombres contra Dios. Y si el Hijo fuese de veras tan humilde y suave como lo pintaban sus apóstoles, Él debería descender entre nosotros y justificar a su Padre y reconocer sus culpas y pedir nuestro perdón. Y, para merecerlo, debería, si está en su poder, dar a todos, en compensación y premio, aquella felicidad total y pura que ninguno de nosotros jamás pudo conocer en la tierra.

ÁNGEL

Calla, por fin. He podido tolerar que eructases todas las blasfemias de tu pavorosa demencia. Tendrás la respuesta que pides, pero no aquí ni de mí, sino de Aquel que por nada ni por nadie puede ser herido

DAVID STRAÜSS

ANGEL

Ahora que has sabido y visto, ahora que estás para comparecer ante Aquel a quien quisiste matar en el corazón de los hombres, ¿qué palabras podrá articular tu boca deicida? Pero si quieres hablar, habla. Tienes derecho a hacerlo como todos.

David Strauss

Deja, sí, que también yo diga mi verdad.

Estuve, en la tierra, entre los que intentaron matar a Dios. Pero sólo abusando del lenguaje se puede hablar de deicidio. Dios, para nosotros, era sólo una ilusión, un concepto fantástico en la mente del hombre; nada más. Se trataba, pues, de extirpar de los ánimos una fábula inútil, de devolver al hombre lo que es del hombre, no ya matar a un Ser que no existía y, por eso, no se le podía matar

Toda la agudeza de mi razón, toda mi cultura, mi doctrina, mi ciencia, me llevaron a la negación de Dios, a la inexistencia histórica del Cristo, a la mortalidad del alma.

Lo que ahora siento aquí es el más inaudito estupor que jamás haya sacudido espíritu de hombre. He de persuadirme de que, a despecho de la fuerza de las evidencias terrenas, Hasta el último día he vivido en el error, que mi razón me ha engañado siempre, que mi alma

estaba sorda a toda voz, ciega a toda luz. Error espantoso e inexcusable porque se refiere al problema más grave que podía presentarse al hombre: el de Dios y de nuestro futuro destino. La única distinción verdadera entre los hombres era exactamente ésta: los que están ciertos de ser hijos de un Padre y los que creen que sólo son un instante de fosforescencia en la infinitud oscura de la nada.

Toda la vida del hombre dependía de su respuesta a esa primera y terrible pregunta y yo me jugué toda mi vida al no.

Aquel Cristo que creía haber destruido con todos los recursos de la crítica y de la historia, había bajado de veras a la tierra, era verdaderamente Dios y será, mañana, mi juez.

Aquella alma que yo creía firmemente destinada a desvanecerse con el cuerpo es de veras inmortal y con ella resucita incluso la carne que la revistió en el mundo.

Mi inteligencia no era, pues, más que una trampa, y engaño y alucinación. Toda mi vida fue, pues, un necio y pavoroso fracaso.

Pero ¿la culpa es toda mía? La razón humana era más llevada a destruir que a crear y me arrastró, con la violencia de la dialéctica, al ateísmo. Más la razón ¿no es, acaso, don de Dios, o más bien, como los mismos creyentes decían, uno de los mayores dones que Dios haya concedido a los hombres? Un padre humano jamás habría dado a su niño un cuchillo cortante o la llave del armario de los venenos. ¿Por qué Dios entregó al hombre un ingenio tan peligroso que había de alejar de Él a millones de almas?

Para creer en Él era necesaria, en la tierra, la fe. Pero ¿por qué no ha dado a todos la fe como ha dado a todos la razón? La fe, decían, es don de la Gracia, pero Dios no hacía descender igualmente sobre todos la Gracia. Si yo no tuve, pues, el don de fe iluminadora, ¿es sólo mía la culpa?

¿Quiso, quizá, Dios empujarme a la perdición? ¿Decretó Dios mi condenación aun antes de que yo llegase al fin de mi vida de fatigas y de afanes? Pero ¿por qué remota e ignorada culpa ha querido perseguirme tan cruelmente? ¿Quizá por el orgullo que hinchaba mi estudiosa juventud? Pero ¿no es» quizá, aquella soberbia herencia imborrable de la caída de Adán? Y ¿acaso no es inseparable de la grandeza y potencia de la mente?

Pero el dolor atroz que me corroe y me combate, la horrenda vergüenza de mi derrota, el remordimiento que me doblega y me postra ante Dios, demasiado tarde descubierto, son

quizá castigos bastantes para el error que fue más bien debilidad del entendimiento que verdadera voluntad deicida.

## APÓSTOLES Y PROFETAS

OLENO CALENO

ÁNGEL

Engañaste a hombres y a pueblos con los oráculos de la aruspicina y trataste también de engañar a alguno de los que recurrían a ti para la adivinación del futuro. Has de confesar ahora si creías en tus profecías o si abusabas de la credulidad ajena.

OLENO CALENO

En mi arte hubo y no hubo engaño. No dudé, en modo alguno, de que el hombre pudiese, merced a reglas, señales y ritos, llegar al seguro conocimiento del futuro. Viví siempre con la mente en el futuro y me di cuenta de que todo el aspecto del universo, desde la hoja que vibra en el viento hasta la estrella que hiende la calma, es indicio y prenuncio del futuro. Mi sabiduría era, en aquellos remotísimos tiempos, incompleta, pero los hombres que vinieron después se esforzaron constantemente, en todas las doctrinas y las ciencias, por prever y adivinar el futuro. Los astrónomos que vinieron muchos siglos después de mí, fueron y quisieron ser profetas como los arúspices de mi tiempo.

No pensé, pues, engañar a quien se dirigía a mí, porque estaba cierto de que podía conocer el futuro todavía mejor que el pasado. Y, sin embargo, confieso hoy que, a veces, quise engañar conscientemente, porque no siempre dije lo que descubría en el futuro. Anuncié siempre los acontecimientos felices; no siempre, o envueltos en velos poco penetrables, los infelices. Y esto no lo hice por deshonestidad o por vileza sino por piedad hacia los hombres.

El pasado no vuelve y no puede cambiarse en modo alguno; el presente huye y es, casi siempre, molesto. A los míseros hombres no les queda otro aliento que el porvenir. Sólo el futuro es bello y deseable, sólo el futuro no se ha hecho aún melancólico pasado ni penoso presente. El futuro está todavía virgen y libre. El pasado es de los hombres, el porvenir es de los Dioses, es divino. No existe, pues, más que el porvenir. El hombre no me pareció una criatura que es, sino un ser que será.

No quise quitar a los hombres que venían a mí temerosos y esperanzados, este último resplandor de felicidad. Traicioné mi arte para no acrecentar la tristeza de los hombres. Decía toda la verdad, aun siendo espantosa, a los enemigos y a los malvados; la oculté, cuando era terrible, a los que me fueron queridos. Les era ya demasiado fatigoso el presente y no quise aumentarles la carga con los terrores del futuro. No añadí humo a la calígine del mundo, ya tan espesa.

Nadie puede imaginar cuán angustiada y dividida estuviese el alma de un profeta y cuán triste fuese su destino. El profeta sólo tiene la visión, pero no el poder, y dice todo el mal que vendrá sin que le sea dado evitarlo. Pone tristes y temerosos a sus hermanos antes de tiempo. Si calla todo o parte de lo que descubre en el futuro, traiciona su deber y a quien cree en él. Es terrible la condición del profeta. Sólo él sabe en medio de una multitud que ignora, sólo él sufre, además del presente, las desgracias inminentes o próximas. Yo supe antes que ningún otro, por adivinación, el fin inevitable de mi nación y el vaticinio se comprobó después de mi muerte. Pero ¿podía yo contristar y turbar a mi pueblo anunciándole aquella ruina fatal? Los guerreros esperaban, i os jefes gozaban tranquilos aquel descanso de paz, los señores se sentaban alegres en los banquetes y elevaban las copas de plata a los Dioses. Jóvenes y jovencitas se amaban, se besaban, ardientes, en espera de las nupcias prometidas, los campesinos pacientes sembraban el trigo sagrado en las llanuras. No tuve corazón para envolver en sombras aquellos últimos años felices. Quedé solo para llorar en secreto sobre aquella destrucción y mi dolor no encontraba aliento más que en la plácida serenidad de aquel pueblo condenado. Sonreía con ellos, pero por dentro padecía y temblaba y así fue hasta la muerte.

Éste fue mí engaño, éste mi pecado: engaño de misericordia, pecado de caridad

PRISCA

ÁNGEL

¿No eras tú, Prisca, una de las mujeres que, juntamente con Montano, profetizaban al pegonero del Espíritu Santo? ¿Qué piensas ahora de tus profecías?

PRISCA

Pienso que fui engañada juntamente con Maximila y con Montano, porque el Espíritu no descendió sobre Pepucia y nuestras invocaciones y admoniciones no fueron más que clamores sin mañana.

Pero ¿por quién fui, pues, engañada? ¿Por los demonios, como susurraban nuestros enemigos, o más bien por el mismo Dios? Porque, en verdad, aun hoy podría jurar que aquellos nuestros éxtasis y visiones, aquellas desbordantes irrupciones de vaticinios, eran enteramente semejantes a las de los profetas y de los apóstoles del verdadero Dios. Una imperiosa luz interior nos aseguraba de su verdad, de su divina fuente. Yo no iba profetizando por afán de lucro o de honores, por vacua vanidad de predicadora o de adivina callejera. Hablaba porque una voz interior me forzaba a hablar y las palabras dictadas por aquella voz eran palabras de esperanza, de promesa, de enardecida fe en una nueva manifestación de la misericordia de Dios. ¿Por qué habría de sospechar que palabras tan rociadas y preñadas de amor cristiano pudieran ser el vómito de la baba de Satanás? Ni siquiera hoy logro creer que haya sido una obsesa para juego del demonio. Si fui engañada por un frenesí diabólico, también Débora, Ana y María fueron engañadas. Pero ¿por qué Dios me tendería aquel lazo? ¿Es imaginable que el Creador se convierta en piedra de escándalo para una de sus criaturas? ¿Era delito esperar y anunciar la venida del Paráclito, prometido por el mismo Jesús para consolar y defender a los hombres?

La Iglesia de Cristo, desde aquel tiempo, estaba convirtiéndose ya en una sociedad legalista, constrictiva y celosa, totalmente diversa de la de los tiempos apostólicos. Los carismas eran abandonados o mal vistos; el entusiasmo de los primeros redimidos cuajaba en los molde» de los dogmas; la libertad del espíritu era sofocada bajo la abundancia de la disciplina; a los apóstoles que resucitaban almas y cuerpos en nombre de Cristo les habían sucedido los obispos, procónsules y procuradores, que todo y a todos los querían someter a una disciplina niveladora, casi curial o militar.

Nos levantamos contra esta gelificación del Cuerpo místico de Cristo. ¿Con qué derecho proclamaban los obispos que la edad de las revelaciones estaba ya cerrada para siempre y 'que era locura demoníaca esperar la bajada del Espíritu Santo? ¿No hablaban, quizá, como los Fariseos del tiempo de Cristo, que consideraban terminada para siempre, después de Malaquías, la sucesión de los profetas?...

Si fui engañada por Satanás yo afirmo que a Satanás le fue concedido el don de imitar a la perfección las palabras de Dios. Si fui engañada por Dios, me postro con desesperada humildad ante el enigma de su misterioso querer y sólo le pido un átomo de piedad para esta víctima que quiso y esperó servir su causa con toda el alma.

MAHOMA, RIBANA, FATIMA

Ángel



Tú, Mahoma, fuiste profeta y anunciaste a los hombres el último juicio. ¿Sabías, sin embargo, que también tú tenías que comparecer a este juicio?

MAHOMA

Si eres de veras un ángel de Dios omnipotente —que siempre sea bendito— no tienes necesidad de preguntarme. Pregunta a tus compañeros, a los que me dictaron los mensajes de Dios, quién fui yo y qué hice.

Si Alá me sacó fuera de la ilimitada grey de los vivientes e hizo de mí el último de sus profetas, ¿piensas que pueda ser sometido a juicio?

ÁNGEL

Ningún resucitado tiene salvoconducto de garantía; ni siquiera los profetas, ni siquiera los santos. Si rehúsas contestar pediré el testimonio de los que vivieron a tu lado, junto a ti,

MAHOMA

¿Quieres, entonces, que sea juzgado por la palabra de mis esclavos?

ÁNGEL

Quien ha vivido en presencia de Dios no teme a ningún testigo.

Pero ¿quién eres tú, mujer, que vienes aquí delante con relámpagos en los ojos?

RIBANA

Éste me reconocerá si tiene el valor de resistir mi mirada. ¿Te acuerdas tú, Mohamed ben Abdallah, de Ribana, la hebrea de Medina a la que mataste el esposo y luego la arrastraste por la fuerza a tu harén? Hiciste morir a todos los hombres de mi pueblo, que no habían realizado ningún mal contra ti, y a los que habías jurado solemnemente amistad y

salvación. Pero tú, profeta falsario, engañador de Dios y de los hombres, estabas avezado a la traición y a la ruina: zorro cuando temías, lobo cuando te creías seguro.

Todo se lo quitaste a los hebreos: las palabras del Libro, el honor, las riquezas, la libertad y la vida. Si Dios hubiese cedido al vigor de mis maldiciones no habrías salido vivo de mi lecho. Cuando te acercabas a mis carnes, con el aliento grosero y acre de macho cabrío salaz, y me sobabas con tus duras manos de viejo camellero y querías besarme con tu boca avezada a mandar al asesino, todo mi ser se alzaba contra ti, y contra ti hervía mi sangre y te rechazaba y execraba.

Tu sacrílega comedia de profeta, en la que tenías por éxtasis los accesos de la epilepsia, no me inspiraba respeto ni temor alguno, antes bien aumentaba mi asco. No eras, no, el revelador, sino el explotador de Dios.

Un verdadero profeta no se casa con una viuda vieja para hacerse rico, como hiciste tú, que te vendiste a Cadix. Un verdadero profeta no vuelve las armas contra su patria, reasolamente de no haber dado fe a tus presuntuosas alucinaciones. Tú no fuiste, en verdad, más que un desterrado lleno de orgullo y de rencor que por venganza agredías y expoliabas a las caravanas de La Meca hasta que lograste, por la vileza de los mercaderes más que por tu valor, hacerte jefe del país. Durante largos y largos años no fuiste más que un cabecilla de beduinos salteadores, que sólo creían en tus palabras porque los guiabas en los saqueos y en los estupros. Era fácil engañar a aquellos rudos nómadas, ignorantes ávidos y manilargos. Tu ambición se sirvió de su avidez para vencer y robar a quien valía mucho más que tú y que ellos.

Todo lo has robado siempre, incluso los principios de tu pretendida religión. Robaste a los hebreos el principio del Dios único y los mandamientos, a los cristianos la fe en la resurrección y el precepto de la limosna; a los árabes paganos la adoración de la piedra negra y la santificación del pillaje. En aquella religión no tuya no pusiste de ti más que la astucia y la soberbia. Te presentaste como profeta para convertirte al fin en tirano e inmisericorde tirano.

¿Se vio jamás a un profeta que se confesase impotente para hacer milagros? Nuestro Elías, nuestro Moisés y hasta Jesús de Nazaret hicieron prodigios. Tú solo, que pretendías ser más grande que ellos, no fuiste ni siquiera capaz de hacer que a tu mandato cayese un solo dátil de una palmera. No fuiste, no, un profeta ni un fiel siervo de Dios, sino un vil charlatán que mancilló la gloria del Altísimo para ser impunemente ladrón y homicida.

¿Y cómo te atreves ahora a querer sustraerte al juicio de Dios, como si no fueses hombre y más culpable que muchos otros?

## F A T I M A

¿Hasta cuándo permitirás a esta judía embrutecida que insulte a mi padre, que fue también el Padre de los creyentes? Aunque no fuese, como innumerables hombres han creído en todos los países de la tierra, el verdadero y último profeta del verdadero Dios, ¿no ha realizado en sus días cosas grandes y no ha inspirado con su palabra, la fe y la obra de innumerables generaciones?

Fue mi padre quien transformó un pueblo de paganos en un pueblo de adoradores del Dios único y omnipotente. Fue mi padre quien recogió una estirpe desparramada de nómadas para hacer de ella un ejército que en pocos años conquistó gran parte del mundo. Fue mi padre quien elevó una ciudad de mercaderes y de esclavos hasta hacer que se convirtiera en una metrópoli de oración y de caridad.

Éstos son sus milagros, éstos son sus prodigios y más beneficiosos que devolver la respiración a un cadáver. ¿Habría podido realizarlos el que tuvo por única propiedad su alma y que no tuvo otra escuela que el desierto, sin la ayuda de Dios? Dios le habló, Dios lo sostuvo y socorrió para dar una ley nueva a su gente, para que aquella tribu de pastores errantes pudiera conocer la luz y dar una nueva civilización a todo el Oriente. Para obtener un triunfo tan inesperado fue necesario recurrir a las armas y a la fuerza, pero ¿cuándo se han realizado entre los hombres empresas sobrehumanas sin derramamiento de sangre? ¿No fue necesaria la sangre de los Mártires y la sangre de los Cruzados para la victoria de Cristo?

Mi padre veneró a Cristo sobre todos los profetas que habían venido antes que él, pero quiso reformar con la verdad carnal su doctrina, demasiado espiritual. Mi padre reconoció y legitimó los derechos del cuerpo después de los del alma. Sabía que los hombres, por la naturaleza que Dios mismo ha creado, deseaban principalmente dos cosas: gozar de las mujeres y matar a los enemigos. Por eso prometió a los que fuesen muertos en guerra justa el poder gozar eternamente las inmortales jóvenes del paraíso. Cristo había querido deshumanizar al hombre exaltando al eunuco y al inerte. Mi padre restituyó al hombre la alegre, la humana libertad de la espada y del sexo. El Islam, por él creado, no fue un rebaño de eunucos y de viles, sino un ejército de hombres enteros, no castrados, que seguían sin remordimientos la misma ley de la naturaleza que consiste en difundir generosamente semen y sangre, en procrear hijos y en vencer las batallas. ¿Y qué otra cosa hacían, a despecho del Evangelio, la mayor parte de los Cristianos? Pero la religión fundada por mi padre, más sincera y más conforme con los instintos primordiales del hombre, pudo derrotar durante muchos siglos a la Cristiandad y se ha mantenido en la tierra, no obstante las escisiones y las sectas, hasta el fin de los tiempos. La enseñanza sabia y viril de mi padre no sólo ha suscitado héroes victoriosos, sino teólogos, mártires, místicos y poetas que han honrado y renovado al género humano. Un mesnadero impostor no habría podido conseguir tales efectos sin la perenne protección de Dios. Aunque Dios quiera juzgarlo estoy cierta de que algún día lo

llamará a su diestra, donde están los que han combatido y vencido en su nombre.

ÁNGEL

Hemos oído las dos voces. ¿Deseas tú, Mahoma, añadir alguna palabra a la acusación y a la defensa?

MAHOMA

No rae preocupo de los escarnios de la judía y perdono a mi hija predilecta la réplica superflua. Dios no necesita de las chácharas de mujeres para saber quién fui y pesar mi suerte con la aguja infalible de su balanza. He invocado al principio el testimonio de los ángeles y me arrepiento. Invoco ahora nada más que la misericordia del Misericordioso.

NINIAN

He descubierto en mí graves culpas demasiado tarde, pero todas pueden reducirse a una: fe pobre y débil. Te lo dirá la historia de mi amarga vida.

Era joven, rico, amado, no ayuno de saber, más a pesar de todo y de todos estaba aburrido y hastiado. La gente de la ciudad era odiosa, ruidosa, pendenciera, fastidiosa, no podía soportar ni siquiera su vista. Era hijo de comerciante y querían que yo traficase para aumentar las posesiones paternas. Pero cualquier arte vulgar y demasiado humano repugnaba a mi espíritu inquieto. Soñaba, por el contrario, con una vida totalmente diversa de aquella que todos los días me hacía sufrir, una vida enteramente nueva que fuese lo opuesto a la vida normal, común, de la llamada vida civil. Escrutaba y maniobraba para cambiar de camino y, por fin, descubrí que la vida de los ascetas y de los monjes consistía esencialmente en escoger, como deber y alegría precisamente aquellas cosas que los demás huyen con terror: el destierro, la soledad, el ayuno, el hambre, la castidad, la miseria, la persecución. Todos deseaban estar bien comidos, bien provistos, bien acompañados; los monjes, por el contrario, querían ser solitarios, pobres, mal alimentados y mal tratados. Tuve la revelación de la divina paradoja del Cristianismo, Todos buscan la felicidad y por esto encuentran la angustia. Quien, por el contrario, busca el padecer, encuentra, en compensación, la alegría o, al menos, la paz.

Esta originalidad de los anacoretas, que a muchos parecía locura, atrajo y sedujo a mi espíritu inquieto. Era la fuga de lo tedioso habitual que buscaba desde hacía tanto. Mi fe en Dios era tibia, pero abandoné todo, familia, patria, fortuna y me encerré en un monasterio.

Pero después de alguna temporada, aquella monótona vida monacal entre celda y capilla, entre melancolía y salmodia, me heló el alma. Pedí a mi obispo que me enviase lejos como apóstol de los bárbaros. Había en aquel tiempo remotas gentes septentrionales que no habían oído aún la palabra del Evangelio.

Me marché solo a una gran isla, habitada por pueblos rapaces y feroces, y en donde, durante la mitad del año, no salía el sol. Tuve, ante todo, que aprender el idioma de aquellas gentes y no fue empresa fácil porque desconfiaban de mí, extranjero. No me quitaron la vida sólo porque se dieron cuenta de que era pobre e inerme.

Comencé, luego, a anunciar la alegre nueva de la Redención, pero aquellos bárbaros no lograban comprender la tragedia de la Pasión. Sabemos —decían— que un Dios puede descender del cielo a la tierra, pero no para ser muerto, sino para matar a los enemigos de su pueblo.

Tú afirmas que murió por nosotros, pero nuestro juicio afirma que corresponde a los hombres, si acaso, ser sacrificados a los Dioses, pero no a los Dioses destrozados por los hombres. Tú vienes a contar historias imposibles, sueños de borracho. Nosotros somos gente ruda e ignorante, pero no hasta el punto de creer en tus extravagantes invenciones. Si el pecado contra Dios, como tú dices, lo cometió el hombre, ¿por qué había de pagar Dios la deuda del hombre con su propia muerte? ¿Y matar a un Dios no era un pecado aún mayor que la desobediencia primera? En verdad, nosotros no entendemos lo que quieres decir.

Trataba entonces de hacerles conocer a aquellos espíritus obtusos la belleza de la moral de Cristo. Pero no era más afortunado. Tú, me respondían, nos aconsejas que amemos a los enemigos, pero no comprendes que es lo mismo que aconsejarnos la muerte. Si el enemigo me hace mal y lo perdono, he aquí que se me echará encima y si antes me había robado ahora me hará su esclavo y si antes me había herido ahora me matará. El malo, sabiendo que es amado incluso por su maldad, se hará todavía más cruel y quien escuchase tu palabra perecería sin razón ni justicia. Nosotros vivimos de la guerra y la rapiña, como hacen los hombres fuertes, y si te prestásemos oídos moriríamos todos de inanición.

Y por mucho que me esmeré en persuadirles ni siquiera uno de ellos aceptó el bautismo. Por el contrario, después de algún tiempo, estaban tan molestos con mis discursos que me huían y me rogaban que no les contase más mis fábulas. Y decían: ¿Por qué no inventas otras más bellas?

Estaban contentos aquellos salvajes con sus mitos, con sus ritos y no sentían ningún deseo de cambiar. Y observando atentamente su vida descubrí que no eran mucho peores que

los pueblos cristianos que había conocido en mi juventud; antes bien, en algunos aspectos, mejores. Eran, sí, ladrones del mar, pero ¿qué otra cosa hacían en aquellos tiempos muchos sedicentes cristianos?

Estaba solo, envejecido, me flaqueaban las fuerzas, me faltaba el ánimo para luchar. Estaba, a veces, tentado de volver a mi patria, pero el orgullo rechazaba la tentación. ¿Cómo hubiera podido presentarme de nuevo a mi obispo, con las manos vacías, sin haber logrado ni siquiera un alma, una sola alma, para Cristo?

Con tal de huir de aquella desesperación hubiese aceptado gustoso el martirio. Lo busqué, desafiando con amenazas y maldiciones a aquellos bárbaros reacios. Pero ninguno quiso tocarme un cabello de la cabeza.

Es un pobre, un mentecato, decían, y tiene la protección de los Dioses. No nos hace mal porque no tiene fuerzas ni armas y matándolo no se ganaría nada porque nada tiene.

Y así, en la tristeza y en la vergüenza, dejaron que muriese de muerte natural, después de una vida que fue para mí derrota continua.

Si hubiese tenido mayor fe en mí hubiera permanecido en mi ciudad, útil al mundo; si hubiese tenido más fe en Dios habría superado, ciertamente, toda dificultad, habría entregado a Cristo algún alma, o, por lo menos, habría alcanzado la gloria de los mártires. Fui mal operario del mundo y mal operario de la viña divina. Por amor a la novedad me hice monje, por temor al tedio me hice apóstol. Pero siempre estuvo ausente en mí el fuego del amor de Cristo. No para buscarle a Él, sino para huir de mí mismo, me prometí a Él. Y\*la promesa no fue cumplida. ¿Podrá Él perdonar lo imperdonable?

R A D U L F

ANGEL

Te creías y llamabas hombre de Dios, confesor de Cristo, pero tu mente estaba toda ella cogida y ocupada por el demonio. No ya que fueses seguidor de Satanás, sino que sólo su reino llenaba tu fantasía e inspiraba tu elocuencia.

Te gloriabas de llevar los hombres a la penitencia, pero en verdad tu único goce era espantar y aterrar a tus oyentes. Te exaltabas y exultabas representando al vivo los tormentos,

los estragos, los monstruos, los fuegos del infierno. Parecía que quisieras desahogar, bajo el manto de la religión, tu gusto cruel por los suplicios, tu feroz iracundia contra los hombres.

No recordabas del Evangelio más que las amenazas, las invectivas y las condenas. En todo el ultramundo no sabías ver más que los abismos infernales; toda música se reducía para ti a los aullidos de los réprobos y al rechinar de dientes. Dios no era en tus palabras el Dios misericordioso, sino el justiciero sin piedad, el vengador inexorable.

¿Por qué tan rabiosa dureza contra tus hermanos?

R A D U L F

Lo que dices tiene aspecto de verdad, pero no debes condenarme antes de haberme oído.

Fui allá en el mundo, como sabes, un predicador errante. Andaba de corte en aldea, de castillo en puerto, adonde me llevaba la aventura, adonde los pueblos me llamaban para exhortar a los cristianos a que repudiasen los pecados.

Y mientras iba de lugar en lugar, hollando con mis sandalias el polvo y el lodo del mundo, unos días con el hervor loco del sol, a veces bajo el alterno abofetear de la lluvia y del viento, meditaba sobre la resistencia y la penitencia del hombre, sobre el desprecio y el dolor de Dios.

Hacía casi mil años, cuando yo vivía, que había sido inmolado fuera de Jerusalén el Cordero de la nueva Pascua que había venido a lavar con su sangre la infinita inmundicia de los pecados humanos. Pero los hombres a mí me parecían que no habían cambiado, que no se habían hecho limpios, sino que casi eran peores de lo que fueran en los tiempos de César Augusto, antes de Belén.

En mis peregrinaciones no oía más que los bramidos, los gruñidos, los rugidos de las bestias humanas irredentas. En todas las regiones de la tierra había asesinatos, rebeliones, latrocinios, estragos, envidias, incestos, fornicaciones, blasfemias, maleficios, rencores, concupiscencias y furores. Parecía que Cristo hubiese muerto en vano, que en vano hubiesen sufrido los Mártires, en vano hubiesen hablado los Apóstoles, en vano hubiesen orado los Santos.

Habían pasado diez siglos desde el día en que fue erguida la cruz y las generaciones estaban apestandas por todos los pecados, revueltas siempre en su vómito, en su estiércol, en su sangre.

Pensé entonces que la dulzura evangélica había sido un error. Cristo mismo no había entendido la infecta y áspera naturaleza de los hombres. Los hombres son brutos, son fieras, son lobos aullantes, son simios sin inteligencia. Para inducirlos al arrepentimiento y a la práctica del bien no había más que un medio: el terror. La persuasión no duraba en aquellas mentes obtusas o volubles; la conmoción apenas encrespaba por un instante aquellos corazones acortezados; la fuerza del ejemplo la gobernaba la inercia de la memoria; el mismo fuego de la caridad se apagaba casi inmediatamente en el helor de las almas cerradas.

Los que domaban a las fieras hacían uso de otro fuego, de barras incandescentes, horcas que salen rojas del horno. Y lo mismo, pensé, había que hacer para sacudir y curar la pertinacia cainesca y diabólica de los cristianos. Con las bestias era necesario usar medios bestiales.

Y por esto yo escogía siempre como argumento de mis predicaciones los portentos de los últimos días, las señales y los flagelos del Apocalipsis, las llamas y las torturas del infierno.

Hacía oír a aquellas multitudes indóciles y puercas que Dios, después de mil años de espera, estaba ya dolido por las deserciones, defecciones y ofensas de los hombres, por la testarudez, por la repulsa, por la apostasía de los hombres. Y que ya había renunciado a su misericordia, y había restaurado la inflexibilidad de la justicia en lugar de la paternal tolerancia. Habían matado y vilipendiado al Dios del amor, y entonces volvería a reinar sobre las multitudes reacias y reincidentes el antiguo Dios de las venganzas, el Dios del diluvio y de las batallas. Y como había rechazado a Cristo, el género humano había sido entregado de nuevo a su antiguo amo, al adversario, al acusador, a Satanás.

Por esta razón yo no me cansaba de presentar ante los ojos de los pecadores, con todo el ímpetu de mi palabra arrebatada, las torturas de los condenados, la fiereza de los demonios, las llamas perennes, los suplicios, los gritos, los horrores del infierno. Si lograba hacer temblar y llorar me parecía que había hecho obra santa, que había arrancado algún alma de los colmillos de Maligno.

Dices que había en mí complacencia cruel y hastío secreto contra los hermanos. No puedo negarlo, aunque entonces no me diese cuenta de esta nueva insidia del gran Enemigo. Y confieso, con dolorosa vergüenza, que las conversiones realizadas por mí mediante el espanto no eran más duraderas que las otras. Y el terror de la condenación eterna, que



infinitas veces había tratado de infundir en el ánimo de los otros, al fin se adueñó también de mí. El hombre me pareció un bruto incurable, hasta desesperé de mi salvación. ¿No era yo también, sin quererlo, un címbalo que resonaba en vano, un retórico del miedo y del horror, un inconsciente fámulo de Lucifer?

Ahora, a punto de escuchar yo también la sentencia inapelable, re\* conozco mi error, pero ya no desespero del perdón de aquel Dios tantas veces calumniado por mí, por exceso de amor.

RANIERO FASANI

ANGEL

A ti, Raniero, se te pedirá cuenta del furor que te llevó a excitar y a capitanear multitudes de exaltados que iban por los campos c de ciudad en ciudad, fustigándose hasta derramar sangre, gritando y gimiendo como dementes.

RANIERO FASANI

Lo que tú llamas locura no fue en mi espíritu otra cosa que voluntad de imitar más fielmente a Cristo. Pensaba que a los cristianos les correspondía completar con sus propios sufrimientos, en lo que a ellos correspondía, la Pasión del Señor. Habían pasado doce siglos desde su muerte y, sin embargo, sus padecimientos no habían sido todavía bastantes para redimir al hombre del pecado. A su sangre divina había que añadir, en justicia, la sangre humana. Ésta fue derramada en abundancia por los mártires de los primeros siglos y a aquella sangre le fue debido el triunfo de la Iglesia.

Pero en mi tiempo ya no había mártires, por lo menos en las naciones cristianas, y la inundación de pecados aumentaba y crecía hasta en la misma Iglesia de Cristo. Quería otro padecer, quería otra sangre, sangre cristiana, sangre de inocentes y sangre de pecadores. A los cristianos les estaba vedada la muerte voluntaria, como fue la de Cristo, pero no estaba impedido imitar a Cristo, por lo menos, en la tortura de la flagelación. También los azotes y las disciplinas y las varas hacen correr sangre; no olas de sangre, sino gotas, hilos y arroyuelos. La multitud suplía tal parsimonia y el rojo licor de vida regó las espaldas de los azotados y los caminos de mi patria. En una edad tan pecadora era necesaria una penitencia fuera de lo ordinario, una penitencia atroz y arrebatada. Los golpes de mis seguidores compensaban los pecados inmundos de los señores y de los prelados; la sangre que goteaba de nuestra carne había de ser el infalible cancelador de nuestras culpas y de las ajenas.

Los Flagelantes fueron, pues, mártires voluntarios, imitadores del divino Flagelado, que se propusieron cooperar con sus padecimientos a la Pasión del Hijo, de modo que el rescate del hombre fuese pagado hasta el último céntimo y también con humana moneda.

Si esto fue demencia o locura, yo apelo al Apóstol que habló, por inspiración divina, de la locura de la Cruz.

ÁNGEL

Cristo no pidió a los hombres que le imitasen en su Pasión, sino en su perfección. Lo que Él hizo en el plano infinito no puede repetirse o realizarse en el finito. Él sufrió para que los hombres pudieran gozar; se humilló para que los hombres pudieran ser exaltados; se hizo atar en el patíbulo para que los hombres pudieran liberarse de los cepos del mal; aceptó sucumbir para que los hombres lograran triunfar; descendió a la tierra para enseñar a los hombres el camino de subir al cielo.

No pidió id hombre que se atormentase en la carne, sino que se purificase con el arrepentimiento y con la aflicción del espíritu. Después de su Encarnación el cuerpo humano se hace todavía más digno de reverencia por haber sido envoltura de un Dios. Y este Dios fue hacia los hombres para darles salud y perdón, alegría, vida, no tormentos y heridas. Quería que sangrase, dentro, el corazón, pero no, fuera, el dorso. Un movimiento de amor valía para Él bastante más que cien cardenales y golpes. Tú creíste imitar a Cristo mientras le ofendías y ésta fue tu locura.

ARNALDO DE BRESCIA, ADRIANO IV

ÁNGEL

Un santo te persiguió, un emperador te encarceló, un pontífice te condenó. Las más altas potestades de tu tiempo te fueron adversas. ¿Estás cierto, Arnaldo, de que en tu ánimo no hubo ninguna tara o defecto?

ARNALDO DE BRESCIA

Excelso libro fue para mí el Evangelio. Y en el Evangelio está escrito: «Nadie es bueno. Sólo nuestro Padre que está en los cielos es bueno». ¿Quieres que yo pretenda una

perfección que recusó el mismo Cristo? Bien puede ocurrir que en mi duro trinar contra la clerigalla de sucia vida, infecta e infiel hubiera algo de aquel resentimiento que estaba oculto en el fondo del ánimo de todos los castigadores y que, gustosamente, se cubría de profético desdén.

Pero de esto nunca me di cuenta. Lo que siempre tomé a pecho fue la observancia del Evangelio. Si un Dios había venido precisamente a la tierra por nosotros, para decir cómo se debía vivir, ¿es imaginable que cada una de sus palabras no fuese escuchada y bendecida? Y puesto que en el Evangelio leía que para seguir a Cristo es necesario renunciar a toda forma de riqueza temporal y a toda forma de reino secular, pensé que era, más que un derecho, un deber llamar al clero a la obediencia evangélica. No se podía pretender que los laicos no adquiriesen bienes y no usasen dinero y no se cuidasen del gobierno y del Estado. Una sociedad compuesta toda de penitentes y de contemplativos no hubiese podido vivir. Pero, al menos, aquellos que se consagraban solemnemente al servicio de Cristo estaban obligados a la puntual conformidad con el Evangelio. Los clérigos no debían poseer ni gobernar. Y como la cristiandad estaba repleta de prelados que buscaban, aún más que los seculares, acaparar rentas y patrimonios y además usurpaban los poderes civiles de los príncipes y de los pueblos, yo no hice más que recordar a estos extralimitados avaros las enseñanzas de Aquel a quien reconocían, de palabra, su Maestro y Dios. Ésta fue toda mi culpa, ésta la causa primera y verdadera de mi muerte.

Bernardo de Claraval, que la Iglesia proclamó santo y que fue mi adversario vigilante y tenaz, era hombre de Dios y deseoso, como yo, de que sacerdotes y monjes volvieran bajo el yugo de Cristo. Fue mi ene-migo sólo porque sostuve, como Abelardo, mi maestro, que la razón humana podía ayudar e iluminar la fe.

No por razones filosóficas quiso el Papa mi muerte. Era éste de nación bárbara y casi hiperbóreo, hijo de un monje y monje él mismo, odiado a causa de su dureza por los monjes. El pueblo romano se había sublevado contra los pontífices para gobernarse por sus propias leyes y yo sostuve y guíe a los romanos libres porque consideraba que el Papa, representante de Cristo en la tierra, debía ser el primero en dar ejemplo, contentándose con el solo poder espiritual.

Adriano IV, en su arrogancia y ambición de mando, no podía tolerar la nueva libertad romana y odiaba en mí el mayor obstáculo para la revancha pontificia. Barbarroja, alemán, descendió, entretanto, a Italia para ceñirse en San Pedro la corona imperial. Adriano y Federico, aunque aborrecidos el uno por el otro, se concertaron y se pusieron de acuerdo. Mi cabeza fue ajustada como prenda de la reconciliación; mi sangre fue computada en el trueque de la coronación. El emperador me entregó al pontífice. Fui ahorcado, después quemado y las cenizas echadas al Tíber. De este modo castigó un Vicario de Cristo a quien no había cometido otro delito fuera de predicar el Evangelio de Cristo.

## ADRIANO IV

Delante de todos, Arnaldo, me has injuriado y acusado; quiero responderte delante de todos.

Con dolor advierto que ni siquiera los milenios de sepulcro han curado tu ceguera y moderado tu jactancia.

No basta aducir el Evangelio. El Evangelio es palabra de Dios y por esto es verdad, más para hacerlo triunfar había que tener en cuenta la naturaleza del hombre, que es obra de Dios y, por esto, verdad. Tú querías que el clero renunciase a todo poder y riqueza y, en el orden del espíritu, tenías razón, Pero en el orden de la realidad que no podía olvidarse por quien desea guiar a los hombres, acaecía que los indigentes y los inermes eran harto más admirados que seguidos, mientras que los ricos y los poderosos eran, sí, envidiados, pero siempre obedecidos. Porque los hombres se inclinaban sólo a quien sabía ayudarles o perjudicarles, esto es, a quien podía quitarles el hambre y la vida, es decir, a quien poseía y reinaba. Y yo tenía que haberme con hombres de aquella clase, con hombres de carne y de instinto, no ya con puros espíritus. Quitar al clero privilegios y beneficios quería decir quitarnos a nosotros todo prestigio y a los pueblos toda reverencia. Si el Evangelio hubiese transformado ya a los hombres en verdaderos seguidores de Cristo habrías tenido razón para pedir a los sucesores de los Apóstoles que arrojasen báculo y peculio. Pero como después de mil años de predicación evangélica estaban todavía alejados de la luz de Cristo no se podía pretender que el sacerdote se convirtiese en un mendigo sujeto a los abusos y a los caprichos de los gobernantes laicos.

Y tú mismo, Arnaldo, ¿has obedecido siempre al Evangelio? El Evangelio decía que a los niños y a los sencillos de espíritu les serían abiertas las verdades negadas a los sabios, y tú, por el contrario, te gloriabas de la soberbia dialéctica de los filósofos paganos que debería, según tu Arnaldo, prestar apoyo a la fe. El Evangelio quería que los discípulos de Cristo no se empachasen de política, y tú, en Brescia y en Roma, te hiciste cabecilla de guerrilleros facciosos que aspiraban al dominio de la ciudad. Y cuando locamente codiciabas la resurrección de la antigua república de Roma, ¿imaginaste acaso que trabajabas por el Evangelio? ¿No recordabas que los Romanos antiguos trataron de apropiarse de las tierras y de las riquezas del mundo y no eran por eso, según tu misma predicación, para ponerlos como modelo de un pueblo cristiano?

El Evangelio, finalmente, prohibía juzgar, y tú, con petulante obstinación, juzgaste acerbamente a tu obispo y a tu Papa y hasta a aquel Bernardo que más que tú ardía en el amor de Cristo.

No seas, pues, tan altivo de tu humildad y tan poco obediente al Evangelio, que no quieras perdonar ni siquiera después de siglos a tus enemigos o que te parecieran tales. ¿Tiene derecho a sentenciar según el Evangelio el que no siempre siguió el Evangelio?

#### ARNALDO DE BRESCIA

Por el amor de Cristo al que amé y amo sobre todo, a Dios que si en alguno de mis actos o de mis pensamientos erré, y también a ti, Nicolás Breakspear, que quisiste mi muerte, pido perdón. Pero antes de implorar juntos la misericordia de Aquel que también padeció y sangró por nosotros dos, quiero dirigirte una pregunta. Si los hombres, después de mil años de Cristianismo, no eran todavía cristianos, ¿de quién era la mayor culpa? ¿De la imperfectibilidad humana o de la imperfección sacerdotal? ¿Por qué los Apóstoles descalzos convirtieron a las turbas y los Pontífices en el trono vieron separarse naciones enteras de la Iglesia de Pedro?

#### Adriano IV

De todos nosotros fue la culpa: del clero holgazán y tibio, del pueblo sordo y reacio. De todos la culpa, también mía, también tuya. Eras asimismo clérigo, maestro de almas, jefe de gentes. También tú tienes obligación de responder a tu pregunta, de asumir tu parte de culpa. Más fácil es zaherir que gobernar, y si mi error fue muy grave, más grave era todavía el peso que Dios me había puesto encima.

Con corazón humilde acepto tu perdón y pido juntamente contigo, aunque menos digno, la misericordia del Redentor, al que allá en el mundo, aun separados, le rogamos con las mismas palabras. Si yo quise la muerte de tu cuerpo, imploro y espero que tu alma viva para siempre en el esplendor de la salvación.

#### HALLAG

#### ÁNGEL

¿Eres tú, Hallag, aquel que osaba mandar al mismo Dios? Creías y afirmabas que Dios hablaba por tu boca a los hombres y que eras, por ello, la verdad misma. ¿Quieres decir por qué camino llegaste a tanta presunción?

## HALLAG

Tú sabes cuán horrible fue mi fin. Azotado, mutilado, crucificado; y fui, después de muerto, decapitado y, finalmente, quemado. Creía haber expiado, con aquel estrago, mi delirante soberbia.

Pero como me pides razón de mi doctrina, te diré que mi locura no era tan loca como pareció a los jueces de Bagdad. Yo no presumía de ser Dios o de poder subir hasta la divinidad; enseñaba, por el contrario, que Dios podía descender a las almas de los justos, de los purificados, de los santos. Y cuando Él hubo tomado en mí el lugar de mi alma no era yo el que hablaba, sino Él mismo. Yo no era más que el canal y el vehículo de aquella palabra, un medio material, un vil instrumento, un frágil cálamo a través del cual pasaba la melodía divina. Fue soberbia mi certidumbre de haber sido escogido por Dios como sr, morada y su boca, pero soberbia harto menos culpable y demente que aquella que se coloca por encima de Dios y se opone a Dios y se gloria de haberlo desterrado del universo y haberlo matado.

A la misericordia divina nada le es imposible y el espíritu de Dios podía, pues, dignarse cohabitar, por lo menos durante un momento, con el espíritu de un hombre. Mi pecado fue de impaciencia: no quería esperar a la muerte para gozar de la visión y la verdad de Dios. Bastaba purificar la propia alma, limpiarla de toda escoria de afectos humanos, sublimaría con la meditación, con la oración, con la renuncia, abandonarse humildemente, anular la conciencia y el amor a sí mismo, y entonces la unión con Dios habría venido en la visión feliz del éxtasis. Y a tal estado llegue varias veces. Si fuese engaño de Satanás o premio de Dios, hoy no lo sé.

Mi fin, de todos modos, era altísimo y no merecía tan despiadada pena. Todos los hombres, para merecer el descendimiento de lo divino hasta el alma, hubieran tenido que hacerse santos, y cuando hubiese descendido en todas las almas purificadas, los hombres se hubieran hecho partícipes y huéspedes de la divinidad, y Dios habría habitado en el seno de sus criaturas y la alegría estática habría hecho de la tierra dolorosa el exultante vestíbulo del paraíso. Aunque la unión suprema hubiese sido imposible era, asimismo, un incentivo para el perfeccionamiento del género humano, porque Dios sólo podía descender a las almas limpias por el amor.

Éste fue el sueño y el anhelo de los místicos de todas las edades y de todas las naciones. Supremo, ahora, si Dios quisiera castigar a los que sufrieron por la impaciencia de unirse a Él.

## SAVONAROLA

## ÁNGEL

Muchos hombres de tu tiempo te juzgaron un maniático exaltado o un astuto simulador; muchos de los tiempos siguientes un profeta mártir, digno de ser colocado en los altares. Quisiste tentar a Dios con la prueba del fuego y al final te retrajiste, pero el fuego, por mano de tus enemigos, quemó igualmente tu cuerpo. Amenazaste a los hombres con las llamas del cielo y luego no supiste huir de la pira. Elegiste a Cristo rey de tu pueblo, pero con el tácito acuerdo de que tú sólo habías de ser su virrey.

Pareciste a los hombres, en vida y en muerte, un enigma. Tú solo, con tu plena confesión, puedes descifrarlo.

## SAVONAROLA

Fui misterio también para mí mismo hasta el día del fuego y ahora estoy dispuesto a decir la verdad sobre mí ser.

Había nacido con ánimo ávido y encendido, deseoso de sobresalir y de mandar. En mis tiempos y en mi patria todos aspiraban a conquistar o aumentar su dominio, por cualquier medio, legítimo o no, con tal de que fuese apto para ese fin. Se veían todos los días hombres carentes, pero sagaces y atrevidos, convertirse en señores de tierras y de ciudades, a veces hasta de reinos. Capitanes de bandas mercenarias, mercaderes astutos y liberales, señorcillos de provincia, aventureros de toda procedencia y de toda ralea habían logrado, en aquel siglo, hacerse jefes y regidores de casi todos los Estados italianos. Yo vi, desde joven, que por dos caminos llegaban éstos a la señoría: por la fuerza de las armas ayudada por la del engaño o con la fuerza del oro ayudada por la del engaño. Yo no tenía oro para pagar soldados o para corromper ciudades.

Y, sin embargo, en mi ánimo ambicioso, exaltado por la vehemencia de una voluntad firme, sentía urgir aquella ansia de imperio que poseía a tantos corazones de mi siglo. Y me di cuenta de que quedaba abierta una tercera vía para el dominio de los pueblos: la palabra. Pero ¿qué palabra? No, en verdad, una elocuencia puramente humana que no habría sabido conquistar a los futuros súbditos. Una oratoria poética y enteramente retórica como la de los humanistas podía hacer que se adquiriese gracia ante un mecenas, pero no dar el poder sobre las ciudades. Y como una juvenil desilusión de amor, unida a la pasión del estudio y de la perfección, me habían impulsado a hacerme fraile, me di cuenta de que la palabra inspirada por Dios, anunciada y proclamada en nombre de Dios, podía ser un medio para la adquisición de un poder absoluto sobre las almas de los hombres, es decir, de orientar su querer hacia nuestro intento. Pero no bastaba para esto la dulzura de la palabra evangélica, que, por sí

misma, es renuncia al dominio de este mundo. Vi, por experiencia, que algunos pueblos son llevados a obedecer más con la amenaza y con el temor que con las suaves caricias de la esperanza; y en mis sermones y en mis cuaresmales tomé como texto y modelo los profetas del Antiguo Testamento, que tan a menudo recriminaban y maldecían a los pueblos y anunciaban azotes y desventuras. También yo con el correr del tiempo me hice semejante a un profeta de la antigua ley y logré con lo terrible de mi palabra brillante arrastrar detrás de mí a las gentes, primero al pueblo sencillo y a las mujeres y luego a todos los demás, hasta los poetas y los filósofos. No pudiendo tener lanzas o florines para apoderarme de la ciudad, usé armas todavía más seguras: la profecía y el espanto. Fui un profeta en apariencia inerme, pero mis violentas y convincentes profecías de desgracias, de calamidades y de llantos fueron mis verdaderas armas y, por lo menos durante algún tiempo, armas victoriosas. Se dijo que yo era el rival del Magnífico, que entonces mandaba en Florencia, pero en verdad, más que rival yo quería ser su sucesor en el dominio y me hice tal. No hablaba en mi nombre, sino en nombre de Dios. Dios era el emperador del Universo, Cristo el rey de la ciudad y yo, en aquella ciudad, el virrey de Cristo. Por eso dije al pueblo, aterrorizado a causa de las desventuras por mí anunciadas, que para sustraerse a los castigos que se preparaban no había más que un solo camino: la conversión perfecta a las leyes divinas, el desprecio de las vanidades y de las diversiones mundanas, el retorno a la antigua pureza cristiana. Y como yo era el verdadero suministrador de tales remedios en aquella ciudad, pude, durante algunos años, ejercitar en ella un poder como no habían tenido mis predecesores, mercaderes enriquecidos que hablaban en nombre del hombre, mientras que yo hablaba en nombre de un Señor mucho más poderoso: en nombre de Dios.

Advierte, sin embargo, que yo no era en aquella predicación hipócrita y simulador, como dijo alguno. Creía firmemente que la palabra de Dios era palabra de verdad y su ley la verdadera ley. Pero, además, presumía que Dios me inspiraba a semejanzas de sus profetas antiquísimos y que por esto podía prever con certeza y desviar con autoridad los castigos que se preparaban contra mi patria. Sólo en este orden hubo abuso y presunción por mi parte, mas no engaño, pues creía con toda el alma lo que afirmaba. Pero ahora reconozco que a esta firme creencia en mis virtudes proféticas y políticas me impulsaba secretamente aquel ansia de dominio que he confesado al principio. Si yo hubiese sido más cristiano, esto es, despojado de todo deseo de poder terreno e inclinado a la humanidad, muy distinta hubiera sido mi vida y mi suerte. Pero llevado del prepotente estímulo de ser el dueño y rector —aunque fuera en nombre de Cristo— de una ciudad, imaginé que en pocos años se podría reducir a vida piadosa y pura un pueblo acostumbrado al lucro, al lujo, al arte, al placer. Allí se hubiera querido un santo y yo no era santo, y por eso, después de un breve triunfo, la empresa fracasó y fui vencido. Había hecho quemar las vanidades, pero entre aquellas vanidades estaba también la belleza y la sabiduría, y por aquella culpa contra el espíritu fui, también, castigado con el fuego.

Logré hacerme príncipe también a mí, pero como los demás príncipes nuevos acababan, de ordinario, bajo el hierro de los conjurados, yo, aunque príncipe cristiano, acabé mi vida entre aquellas llamas con las que tantas veces había amenazado a la ciudad pecadora. Y mi esperanza está toda en Aquel a quien, aunque con demasiado orgullo, quise servir.



## SHABRATAI SEBI

### ANGEL

Proclamaste que eras el Mesías que el pueblo hebreo esperaba desde hacía tantos siglos y muchos creyeron en ti. Pero el final vergonzoso de tu aventura demostró que tus seguidores se habían engañado. Ahora se te preguntará si fuiste también víctima de tu sueño o un impostor fracasado.

## SHABRATAI SEBI

No puedo ya fingir ni mentir. La verdad es ésta: de joven no creía en mi vocación mesiánica. La admiración de los amigos, la veneración de los discípulos, la superstición de la plebe, la protección de algunos poderosos caballistas y negociantes, me persuadieron poco a poco que yo podía ser el Esperado; me imbuyeron día a día que yo era aquel que debía redimir, por fin, a Israel. Creí, pues, en mí mismo por breve tiempo. Cuando fui aprisionado y condenado a muerte por los turcos y se me prometió la vida y la libertad sólo con el pacto de abjurar de la fe hebrea y no tuve el valor de rechazar la salvación, no estuve seguro de que el Altísimo me liberaría. En suma, fui temeroso y vil y acepté hacerme musulmán. Entonces comprendí que mi mesianismo había sido desde el principio un miserable error. Un Mesías no se atrae los prosélitos con dinero, como yo había hecho en Jerusalén; un Mesías no se hace acompañar por los hombres de dinero, como hice yo en Egipto, sino por hombres de espada; un Mesías no se hace detener como un ladrón de la calle; un verdadero Mesías no teme a la muerte porque sabe que está salvaguardado por el Dios que lo envió; un verdadero Mesías no reniega de la fe de sus padres, la fe de Abraham y de Moisés, para seguir el culto de un camellero árabe.

Había resistido largos años la tentación, durante largos años me arrepentí de haber cedido. Mi vida fue una embriaguez efímera precedida por una vigilia de incertidumbre y seguida de un sombrío crepúsculo de remordimientos.

De joven era bello, poeta, cantor, asceta, admirado, amado y todos estos dones fueron el origen de mi ruina. Los vapores del orgullo y los remolinos de la ansiedad popular me cegaron y me trastornaron. Y el que debía salvar al pueblo elegido y someter a todas las gentes, no fue capaz de salvarse a sí mismo. Salvé únicamente mi cuerpo miserable, pero renunciando a mi dignidad heroica, perdiendo mi alma. Sólo quien aceptó la muerte pudo vencer a la muerte y devolver a todos la vida, Sólo a Él apelo y me encomiendo.

CORO DE LOS MONARCAS REINANTES POLÍTICOS DICTADORES CORO  
DE LOS JEFES DE GUERRA CAPITANES Y SOLDADOS

CORO DE LOS MONARCAS

Nos entregaste, Rey de Reyes, los pueblos de la tierra y a Ti hemos de rendir cuentas de ello.

Pero los más entre nosotros sienten en la boca sabor de polvo y de ceniza y no saben más que extender hacia Ti las manos vacías que tiemblan.

Los lisonjeros, los cortesanos, los panegiristas, los historiógrafos aúlicos ya no son más que espectros acusadores.

Los oprimidos, los vencidos, los siervos, aquellos que por temor parecieron mudos son hoy, con su silencio, testigos de cargo, más pavo-rosos que todo acusador.

Nosotros que fuimos bajo el sol los primeros, ahora estamos a merced de los últimos.

Nosotros que, sentados en los tronos, fuimos tan untados de elogios, fuimos, después de la muerte, enfangados por las calumnias y apuñala-dos por los insultos.

Tú sólo, Señor, puedes compadecerte de nuestra suerte.

Tú sólo puedes tener piedad de nuestra grandeza y de nuestra miseria.

Tú sólo puedes ser para nosotros justicia y salvación.

Nosotros conocemos ya todas nuestras flaquezas, todas nuestras deficiencias, todas nuestras vilezas y sordideces.

Tú quisiste hacer de nosotros los pastores de las naciones y, por el contrario, fuimos a menudo gozantes indolentes y rapaces voraces.

Hubiéramos querido guiar las naciones hacia el bien en la paz y a menudo encontraron en nosotros ejemplo o razón de mal y a veces fueron diezmadas y ensangrentadas y devastadas por culpa de nuestra soberbia.

Buscamos más nuestros placeres que la felicidad de los pueblos, la gloria nuestra más que la gloria tuya.

Y más que pastores hubimos de ser, por necesidad, actores; que sobre los pueblos podía más la fantasía que la razón y para domesticarlos hacían falta también los harapos y los gestos de la comedia.

Hubo entre nosotros asustadizos y monigotes, dragones demasiado feroces y carneros demasiado medrosos, rapadores pródigos y rapadores sórdidos, amadores de carne voluptuosa y amadores de carne de cañón.

Y si podemos gloriarnos de algún santo también hemos de contar emisarios y escapados del infierno.

Reconocemos y confesamos todas nuestras omisiones y prevaricaciones, todas nuestras insuficiencias y nuestras demencias, nuestros abusos y nuestras vejaciones, todas nuestras dolorosas y vergonzosas miserias.

Pero Tú, Dios, que eres justicia, Tú que conoces la debilidad y la prepotencia de la sangre de Adán.

Tú solo puedes decir que también nosotros no fuimos, al fin y al cabo, otra cosa que criaturas humanas, míseros frutos de vientres humanos, nada más que hombres entre los hombres y de las demás criaturas sólo nos distinguía un poco de metal que nos encadenaba la cabeza y un bastón enjorjado, más pesado que la vara del boyero, más inútil que la varita del mago, más frágil que el cayado de los pontífices.

Tú debes dar testimonio delante de todos, ¡oh, Señor!, de que nosotros éramos criaturas pequeñas y nos fue asignado un oficio demasiado grande, que éramos débiles en la carne y en el espíritu como todos los mortales y que se echó sobre nuestras espaldas una

carga demasiado grave, que éramos poco más que gusanos sacados del barro común y que se nos impuso el ser generosos lo mismo que los leones y volar por las alturas igual que las águilas.

Tú debes decir, Señor, hasta qué punto fue superior a las fuerzas humanas la responsabilidad hacia Ti y hacia las multitudes.

Tú debes recordar, Señor, cómo las tentaciones, estimuladas por el poder y hechas impunes por la aquiescencia, fueron en nosotros más frecuentes y persuasivas que en todos los demás hombres.

Tú debes reconocer que, a menudo, nos fueron confiados pueblos marchitos y tercios, hipócritamente bárbaros o bestialmente reacios, pueblos toscos o corrompidos que ni siquiera un rey santo, en la brevedad de su reinado, hubiera podido pulir o sanar.

Todo esto lo debes decir, Rey de Reyes, a todos los que acusan e injurian y envidian y odian a los portadores de corona y de cetro.

Debes decir nuestra angustia y nuestra miseria, Señor, porque Tú sabes mejor que ellos y mejor que nosotros qué es verdad.

Tú debes decir a los que nos condenan cuán dura fue nuestra subida, cuán duro fue nuestro suplicio, cuán insoportable el peso que se nos impuso, cuán triste nuestra vida en medio de los placeres, cuán fatigosa en medio de los siervos, cuán esclava de la omnipotencia, cuán solitaria en medio de los súbditos, de los aduladores, de los enemigos.

Pocos supieron nuestras ansias nocturnas, el temor de las traiciones, de las derrotas, de las rebeliones; de la envidia de los grandes y del rencor plebeyo.

Nuestro manto de púrpura era presagio de la sangre vertida para nosotros y por nosotros, no sólo de la sangre ajena, sino de la nuestra.

Muchos de nosotros fueron muertos en batalla, muchos muertos a traición por los próximos o por los rivales o por los sicarios; muchos muertos por decreto del pueblo o por venganza de mercenarios; muchos muertos por la ira de un impaciente o de un loco.

De tu misericordia, Señor, estamos ciertos porque mucho se condonará a quien fue gravado en demasía.

Pero nosotros pedimos que, en nombre de nuestra fragilidad e infelicidad, en nombre de nuestro llanto y de nuestra sangre, quieras obtener para nosotros el perdón de todos aquellos que fueron por nosotros ofendidos y oprimidos, aun de nuestros infamadores y matadores.

Sólo el Rey del Universo puede arrancar un poco de piedad para estos sus siervos infieles, para nosotros que fuimos dueños de reinos y, sin embargo, igual que todo hombre, súbditos del error y del pecado.

REINANTES

LI-HGANG

El cielo, que todo lo puede, quiso ser cruel con mi alma y me puso a la cabeza de un reino.

Era todavía joven cuando fui hecho rey y con la sencillez de mi mente creí que un rey tenía que ser un padre solícito y benigno del pueblo. A todos los súbditos, humildes y grandes, los traté con dulzura y benevolencia, como hijos amados, no como siervos o enemigos. A todos les concedí dones y protección, consolé la pobreza del pobre, aumenté la riqueza del rico, satisfice la ambición de los ambiciosos, perdoné las culpas, mitigué las penas. Me imaginé que responderían, al menos con respecto a la bondad, con afecto a la piedad. Fue doloroso mi estupor cuando advertí que el pueblo correspondía con el desprecio a mi benevolencia. En vez de venerarme como se hace con un padre todos se reían de mí y se aprovechaban descaradamente de mi buena voluntad.

Hasta los eunucos, los más viles de los hombres, se mofaban de mi actitud. «No tenemos mi verdadero rey, decían, sino un muchacho temeroso que oculta su terror con sonrisas y caricias.»

Mi corazón se colmó de desdén y deliberé cambiar de camino y de aspecto. Pero no quise recurrir a la dureza que repugnaba demasiado a mi espíritu. Los hombres, pensé, son

criaturas racionales y las gobernaré con las palabras de la razón. Si la dulzura las hace irreverentes el razonamiento las hará obedientes. Traté, por ello, de guiar a mis súbditos hacia el bien con los razonamientos de la verdad, de inclinar sus inteligencias con el arte de la persuasión.

Tampoco este proceder surtió el efecto que esperaba. En vano recordaba las virtudes y los ejemplos de los antepasados, los ritos de la antigüedad, las sentencias de los sabios. No comprendían o fingían no comprender. Cada uno seguía sus pasiones y su utilidad particular. El rey no era obedecido, el reino se deshacía en la negligencia y en el desorden. «Nosotros queremos un rey que gobierne, decían, y no un maestro de escuela que discutiendo consuma, en vano, aliento y saliva.» Y una vez más mi corazón se llenó de tristeza y de amargura. Mis súbditos no soportaban el ser amados como hijos, se negaban a ser instruidos como discípulos.

La desesperación y la indignación me asaltaban alternativamente. Veía que un solo camino se mostraba delante y era el que no hubiera querido seguir, pues pretendía gobernar a hermanos y no a bárbaros, a hombres y no a brutos. Pero la confusión crecía, la universal sordera, impertérrita y maligna, me aterraba. Al fin, después de larga prueba tuve que resolverme a emplear la vara en vez de la lengua. La despiadada resolución doblegó a todos a la obediencia. Todos obedecían, pero todos murmuraban contra mí. El vilipendio se cambió en odio. Hice detener y castigar a los murmuradores y creció el descontento. Creció hasta el punto de estallar en rebelión abierta. El pueblo se sublevó y fui obligado a huir. Sólo en el exilio conocí la calma y la felicidad de la vida. Nadie se prosternaba a mis pies, pero yo podía prosternarme en paz ante mis abuelos y meditar sin afán sobre la locura y la perversidad de los hombres.

Y, sin embargo, en algún momento, una melancolía profunda teñía de negro mis pensamientos y hacía llorar a mis ojos. ¿Era posible que los seres creados por Dios no pudieran tolerar ni el gusto de la miel ni el sabor del pan? ¿Había existido en mí, quizá, debilidad o necedad? Pero ¿qué otro alimento habría podido ofrecer y suministrar? ¿No había realizado lo mejor que había en mí para vencer aquella obstinación?

Al fin ni tuve ni tengo remordimientos. Me di cuenta de que el pueblo es una bestia alocada que no hay arte alguna capaz de amansarla. Había entregado mi amor y fui burlado; había empleado la razón y fui incomprendido; había recurrido a la severidad y fui expulsado.

El cielo me castigó bastante haciéndome rey. No será tan injusto que castigue en mí la terca intolerancia de los rebaños humanos.

THÜTMOSE

¿Por qué debo hablar a un Dios al que no conocí? Mi Dios, Amón, a quien serví durante toda la vida, como sacerdote, como soldado y como Rey, sabe lo que hice por su gloria. Pero quizás Él me escuche también y tomará mi defensa.

Nací de un Rey, pero hijo de una humilde concubina, sin esperanza de reino. Amón me llamó a su templo y un día me escogió, ante los sacerdotes y los grandes, para que ciñese la diadema de las Dos Tierras. Reiné durante cincuenta y cuatro años sobre el país de Egipto y sobre los países de más allá del mar y del Nilo, más allá de los montes y de las cataratas.

Mientras duró mi reinado fui el león y el falcón de Amón. En su nombre, a la cabeza de mis soldados, expugné ciudades, conquisté nuevos reinos, castigué a los príncipes rebeldes, navegué hacia las islas, atravesé profundos ríos para perseguir a los enemigos, y me hice dueño del mundo habitado por los hombres. Diecisiete fueron mis campañas todas ellas victoriosas. En el espacio de un solo año celebré en Tebas tres fiestas de triunfo.

Los reyes de toda la tierra se arrodillaban ante mi trono, y me presentaban su tributo. Mi tesoro se llenaba cada año de varas de oro y de barras de plata. Los prisioneros de todas las estirpes trabajaban como esclavos en los campos de Amón y del Faraón, bajo el látigo de los egipcios. Jamás fue tan amplio, rico y temido el reino de las Dos Tierras.

Mas ¿para qué he de enumerar aquí mis empresas? Los obeliscos de granito por mi alzados recordaron a los pueblos mis victorias, los muros pintados de los templos y los rótulos de los escribas estaban llenos de mis gestas. El Ni lo, durante mi reinado, enriqueció con su limo los campos del pobre y los del rico, a nadie le faltó nunca ni la cebada ni el trigo. Todo campesino y todo artesano estuvo seguro en su casa y en su trabajo. Los Dioses de mi casa eran venerados por los pequeños y los grandes, por mi pueblo y por los pueblos sometidos a mi espada.

No alcé la frente contra el cielo, como los ingratos, ni llené mi corazón de soberbia.

No me olvidé de ser el servidor y el hijo querido de Amón. Si pude recorrer los caminos del mundo sobre mi carro de elegido y pude pisotear con los cascos de mis caballos la cerviz de tantos pueblos sabía que mi fuerza nacía de la fuerza de Amón. Y por eso le devolví lo que me había regalado. Despojos y presas se convirtieron en murallas y columnatas y estatuas y aromas para su culto.

Fui siempre el ministro, el profeta, el intérprete, el instrumento infatigable del Dios. Nadie puede acusarme, nadie puede inculparme, nadie puede castigarme. Creo que ahora

Amón me ha vuelto a la vida y aquí estoy, dispuesto a obedecer sus mandatos y a glorificar su poder.

SALOMÓN, ADONÍAS

ÁNGEL

Tú, Salomón, fuiste célebre entre los pueblos como rey de suma justicia y sabiduría. Por lo tanto, podrás, mejor que otros, dar cuenta de tu vida.

ADONÍAS

¡No dejéis que hable! No permitáis que vomite de su boca las palabras de la mentira. Lo conozco mejor que ningún otro y sé que podría arrastrar al engaño, con el encanto de sus pensamientos, aun a los ángeles del Señor.

Desde hace innumerables siglos espero esta hora, no como desahogo de represalia sino por deseo de verdad. Éste fue, desgraciadamente, mi hermano, engendrado por mi padre David, pero fruto de adulterio.

A mí, primogénito, me correspondía el trono de Israel, pero su madre supo engañar al viejo rey insensato y robarme la corona. Y, sin embargo, éste, el gran Salomón, el rey sabio, el rey justo, el rey santo, no contento de haberme quitado la herencia y la gloria de mi padre, me arrebató también la vida. Y se hizo, además de usurpador de mis derechos, imitador de Caín. Toda su vida fue digna de su origen impuro y de su fratricidio. Fue mercader más que rey, hombre de pluma más que de espada, sofista más que monarca, derrochador y fanfarrón más que padre solícito del pueblo.

Amó lo fausto y toda vana esplendidez, más para proveer a su prodigalidad tuvo que ordeñar y esquilar a pobres y ricos. Quiso construir templos y palacios para que se hablase de él en todo el Oriente, esperando, quizá, cubrir con la magnificencia real la indigencia de sus súbditos y su propia infamia. Tuvo centenares de concubinas compradas por mucho a los Egipcios, a los Filisteos, a los Fenicios, a los Edomitas y para complacer a aquellas esclavas dueñas permitió que se levantasen altares a ídolos extranjeros, olvidó y traicionó a Yavé. Su elogiada sabiduría consistía en decir que todo es vanidad, que no hay nada nuevo bajo el sol y que el destino del hombre, después de la muerte, es igual al de los jumentos y los demás animales de los campos. Es decir, una sabiduría que llevaba al descorazonamiento, al ocio, a la incredulidad, a la condena de todo valor humano.



Este es el hombre que se halla ante ti. Si de veras representas la suma justicia no concedas defensa a este fratricida, a este odioso inventor de oportunidades, a este amante de mujeres, a este envilecedor de toda esperanza.

## SALOMÓN

El rencor no se nutre solamente de la mentira. Es verdad que éste fue mi hermano primogénito; es verdad que tuve que hacerle morir para restablecer la unidad y la paz en el reino. Pero él no lo ha dicho todo. No ha dicho que intentó hacerse coronar rey por sus partidarios cuando aún vivía nuestro padre. No ha dicho que después de la muerte del rey intentó casarse con Abisag que había sido el último aliento de mi padre, con la esperanza de reivindicar nuevos derechos y sublevar al pueblo. Mi padre me había escogido y me había coronado. En Israel no había lugar para dos reyes; tuve que sacrificar su vida para salvar la mía y la de muchos. Reconozco mi culpa que fue horrible, pero el Juez habrá de reconocer también mis razones y mis afanes. Aquel delito aunque necesario, turbó mi alma para siempre. Mi hermano no conoció ni pudo conocer la infinita tristeza que quitó todo gusto a mi vida. Durante todos mis días fui oprimido por un tedio insoportable que nada pudo deshacer jamás. Quizá me tocó a mí llevar, además del peso de mis pecados, el de los pecados de mi madre y de mi padre.

Para huir de aquella tétrica sombra, de aquel agotador remordimiento, recurrí a todo: al poder, al amor, al estudio, a la oración, a la riqueza, a la poesía. Pero nada pudo curarme. En cada fruto que llevaba a mis labios sentía el sabor a ceniza; en las mujeres que se abandonaban a mi abrazo percibía olor a cadáver; detrás de la pompa de mi corte vislumbraba la faz luctuosa de la miseria; en el fondo de mi pensamiento no descubría más que la dura voluptuosidad de la negación. Por todas partes aparecía delante de mí, pintada en todas las hojas de los árboles, en cada mejilla de doncella, en cada pilastra del templo, en cada guijarro de la calle, en cada flor y en cada nube, el horroroso fantasma del fin, de la muerte, de la nada. Todas mis ostentaciones, todas mis concupiscencias, todos mis escritos no fueron más que tentativas desesperadas de fuga, tentativas siempre renovadas y siempre inútiles. Mejor hubiera obrado si en vez de hacer morir a éste mi hermano se me hubiese quitado la vida. Me venció la vileza y tuve que pagarla mil veces más con una vida que no fue vida sino cotidiana agonía.

¿No fui bastante castigado por la muerte de mi hermano? El Señor hará el justo cómputo de su sangre y de mi suplicio.

## ADONÍAS

¿Qué te decía? ¿No oyes cómo el hipócrita asesino sabe melodiar su melancolía para encubrir la voz de la justicia?

ÁNGEL

Calla también tú. Sólo Dios tiene derecho a confrontar tu vida trun cada con su vida torturada.

ALEJANDRO

ÁNGEL

A ti, Alejandro, de Filipo el Macedón, se te reprocha la ambición furiosa de las conquistas, el hambre de reinos y de imperios, la inmoderada avidez de gloria, el espíritu de venganza, de ira y de orgullo que se mostró en muchas de tus acciones.

ALEJANDRO

Durante millares de años los hombres quisieron discurrir sobre mi brevísima vida, pero pocos me comprendieron. Y yo mismo mientras permanecí vivo no entendí plenamente mi naturaleza ni mi destino. Sólo ahora a la luz de la muerte, veo y descubro toda la miseria de mi grandeza. Fui de aquellos que sienten la tierra demasiado pequeña para su alma, que sufren por ello como el prisionero sufre en su celda, el león esclavo en su foso, el profeta en su silencio. Aspiraba a lo infinito, a lo inmenso, a lo ilimitado. Macedonia era para mí una cuadra de bárbaros; Grecia, la estrecha sala de un banquete; el mundo entero, circunscrito en el anillo del Océano, apenas me parecía suficiente para mi hambre de espacio y para el furor de mi juventud en rebelión. Cuando partí hacia el Oriente y atravesé los desiertos del África y los montes y los ríos de Asia, no me movía por la sed de conquista, sino por la impaciencia de la liberación. Mi empresa no fue una gran empresa militar, sino la fuga de una cárcel, la salida de una fortaleza, la evasión de mi corte provinciana, de la pequeña Europa.

Los hombres ordinarios podían contentarse con la guarida donde habían nacido, con el recinto donde estaban obligados a comer. En mí, por el contrario, se agitaba la levadura avasalladora de una divinidad prometida, esperada, próxima; el instinto y el querer de ser más que un hombre, de ser ya un semidiós, de poder llegar a ser un Dios. Cuando en el desierto de Egipto me encerré solo en el templo de Amón sentí verdaderamente el escalofrío y el hálito de una investidura divina. Mis triunfos milagrosos confirmaron mi fe y probé aquellos tormentos que una criatura mortal y débil y limitada prueba cuando habita en ella un

alma inmortal, poderosa e infinita. No lograba saber con certeza si era Dios o si sólo era hombre. La necesidad del sueño y del alimento me persuadía de mi humanidad, pero la fortuna de mis gestas, el fuego de mi pecho, la adoración de los camaradas y de los vencidos me inducía a crearme de la raza de los Dioses.

En el colmo de la gloria y del poder, a las orillas de los grandes ríos de la India remota, sentí, sin embargo, la inutilidad de todas las conquistas. Contemplaba el alto cielo encendido por el centellear de millares de estrellas y pensaba en mi interior que la conquista de nuestro miserable planeta era un entretenimiento de pobres hormigas feroces, pero efímeras. Comprendí en aquella dura tristeza del día siguiente de las victorias, que no hubiera podido conquistar el firmamento, que era sólo la sombra y el simio de Dios. Sentí que la única empresa digna del hombre es la conquista de sí mismo para moverse a la conquista de Dios. Todo, para mí, era finito. El fugitivo sólo había encontrado una prisión un poco menos estrecha, el hombre que quería convertirse en Dios se encontraba apenas un poco más grande que los demás hombres por su virtud de hacerse amar, quizá por su poder de hacerles morir.

A un Dios fracasado —grandísimo a los ojos de los pequeños, mísero a los propios— no le quedaba más que una última huida: la huida a la muerte. Una indomable fiebre, a los treinta y tres años tan sólo, me salvó de la desesperación de mi doble derrota. La aventura del conquistador victorioso acababa con el fracaso. No supe ser hombre ni supe ser Dios. Como hombre fui demasiado ebrio, celoso de los Dioses, desgarrado por aquel germen divino que había en mí. Todos mis restantes pecados no son nada en comparación de aquella vergüenza y de aquella desventura

CONSTANTINO

ÁNGEL

¿Tur qué te arrodillas delante de mí, emperador Constantino? No has de arrodillarte ante mí. No has de esperar de mí auxilio o remisión. No soy más que un pobre explorador del Juez. Yo sólo puedo escucharte.

CONSTANTINO

¿Querrá Dios borrar y hacerme olvidar mis horribles pecados? Tú sabes que los hombres me han alabado desmesuradamente en vida y después de la muerte. En vida por mercenaria adulación; después de la muerte como reconocimiento por haber tolerado y protegido el culto cristiano. Hasta algunos sacerdotes de Cristo me han absuelto en gracia de aquella que fue más bien superstición que conversión. Tuve la misteriosa certeza de que el

emblema de los cristianos había asegurado la victoria de mi ejército contra Majencio. Después de aquella visión ordené que la Iglesia de Cristo ya no fuese perseguida más. Pero yo, aun entonces, me creía un Dios, una encarnación de Apolo, y el Dios supremo, el único, era, para mí, el Sol invicto. A mis ojos, aquella cruz fue más bien un talismán que el símbolo de un martirio divino. Tan es verdad que yo la estimaba principalmente por su mágica potencia para la destrucción de los enemigos, es decir, en un acto contra la ley misma de Cristo. Y, de hecho, sólo casi a punto de morir acepté el bautismo, y más por senil flaqueza que por verdadero deseo.

Pero aquel rito tardó ¿me habrá podido lavar de toda culpa? De las absoluciones de los presbíteros poco me fiaba entonces y mucho menos me dejan seguro en este día.

Porque mis delitos fueron verdaderamente horribles. Hice ahorcar a Maximiano, después de haberle perdonado de palabra su rebelión; hice estrangular a mi cuñado Licinio, mi compañero en el imperio. Estos delitos podían excusarse con la dura servidumbre de la ambición y del poder, pero no hay absolución para aquellos, aún más espantosos, que tuvieron por víctima a los mismos amigos próximos. Di fe a la denuncia de Fausta, mi esposa, e hice matar a mi propio hijo primogénito, Crispo. Luego, impulsado por la ira más que por el remordimiento, hice ahogar a Fausta, madre de cuatro de mis hijos.

Un filósofo, Sopatro, me dijo que no había expiación posible para semejantes delitos, pero los sacerdotes cristianos me confortaron afirmando que la misericordia divina es infinita y que puede perdonar incluso a aquel que derrama la sangre de la criatura que ha engendrado. Apaciguaron así mi atroz tormento pero ya no obtuvieron ningún beneficio de mí. En los largos siglos del sepulcro he meditado sobre el infinito mar de sangre que cubrió el mundo por orden y culpa mías y, cada vez más, desespero de mi salvación. No fui más que un bárbaro afortunado, hijo de una pobre moza de hostería, pero el Dios que toleró mi ascensión a la suprema sede del Imperio tiene derecho a exigirme, más que a un siervo oscuro, razón de mis delitos. Amé demasiado el poder y la gloria, uno y otra instigadores de fuertes y funestas tentaciones. El imperio era un vino demasiado fuerte para la cabeza de los hombres, especialmente de los victoriosos, y pocos lo resistieron. No tengo otra esperanza que las oraciones de mi madre y el corazón que fue herido en aquella cruz adoptada por mí como señal de triunfo.

## JUSTINO, EMPERADOR

El pecado que me pesa en el alma es la maligna y descarada soberbia que me indujo a aceptar, aunque indigno, la corona del Imperio de Oriente. Aunque cristiano observante no quise confesar en vida aquel pecado y por eso me pesa doblemente.

Tú conoces mi vida. Nací de campesinos pobres y bárbaros; por la miseria peregriné joven hasta Bizancio, donde fui soldado y llegué a ser, ya casi viejo, jefe de la guardia imperial. A los setenta años fui aclamado emperador por las milicias palatinas y durante nueve años, hasta mi muerte, reiné sobre el áureo trono de Bizancio. Pero fue sólo el orgullo —mezclado con bajos conatos de revancha— lo que me persuadió para solicitar y aceptar una dignidad que no estaba hecha para mí. No pensé en la defensa de la fe ni en el bien de los pueblos, sino en un triunfo del amor propio que aunaba las torpes alegrías de la vana gloria y de la venganza. Cuando llegué por vez primera a Constantinopla toda mi riqueza consistía en medio saquito de pan tostado y cuando llegué al Imperio encontré en el tesoro más de trescientas veinte mil libras de oro, suma inmensa, que ya nunca llegó a las manos de otros emperadores. Había sido en mi juventud boyero y porquerizo y ahora, en vez de bueyes y cerdos, me estaban sometidos los más sabios y poderosos pueblos que existieran en el mundo durante mis días.

Era un tracio, es decir, un pobre bárbaro y había ascendido a dominar a aquellos griegos y a aquellos romanos que habían sometido, depredado y humillado a mi nación. Siempre habían sacado esclavos de la Tracia y ahora un tracio se había convertido en dueño aun de sus propios dueños.

Jamás supe leer ni escribir, ni tuve ninguna doctrina, era ignorantísimo y rústico, y, sin embargo, después que me ceñí la sagrada diadema, teólogos y obispos, doctos y poetas, se inclinaban ante mí, me obedecían y me temían.

De joven, cuando era un oscuro soldado, fui condenado a muerte por una leve culpa, y, con gran esfuerzo, indultado. Hecho emperador tuve derecho de vida y muerte sobre todos mis súbditos e hice matar a elevados dignatarios y a jefes del ejército.

Y tanto más innoblemente sabroso fue mi desquite contra los que me habían despreciado a mí y a mi pueblo, en cuanto que en ello participó la compañera de mi vida. Era ésta una bárbara, vendida como esclava en Bizancio. Aunque pobre logré comprarla y la tuve como concubina hasta que alcancé la púrpura imperial. Y quise que aquella vieja sierva de sangre impura fuese conmigo coronada y proclamada Augusta y en mi corazón me gocé maliciosamente viendo las desdeñosas y melindrosas damas de noble familia forzadas a arrodillarse delante de la que había sido ofrecida por unas pocas monedas en el mercado público y había sido hasta aquel día la manceba y la criada de un lugareño acomodado lo mejor posible.

Quizá nunca la dignidad imperial, el orgullo de Grecia y del Oriente fueron tan humillados y mortificados. Una pareja de bárbaros analfabetos, mal educados, salidos de razas destinadas a la esclavitud, reinaban en el fasto solemne del palacio de Bizancio, sobre pueblos de aquende y allende el Bósforo, en el trono que en un tiempo fue de Augusto y de

Constantino.

Quizá Dios quiso servirse de mí para mostrar su desdén contra aquel Imperio que primero había perseguido, y, después, corrompido a la Iglesia de Cristo. Pero así como me gocé demasiado, por duro gusto mío, personal, de aquel inaudito descenso del Reino de los Romanos, y en esto fui cristiano infiel y contradije las enseñanzas del Evangelio, fui igualmente culpable y ahora, demasiado tarde, me duelo y me arrepiento de no haber rechazado la ocasión y la satisfacción de una necia represalia.

TEODORICO, BOECIO

ÁNGEL

Muchas y graves, a juicio de los hombres, tus culpas de hombre y de rey: avaricia de posesión y de destrucción, tolerancia excesiva de la ferocidad y de la codicia de tus secuaces, orgullo e impostura. Pero el mayor motivo de acusación, en los siglos, contra ti, fue el haber hecho cortar la cabeza a Boecio y a Símaco, nobles espíritus que la posteridad consideró y proclamó víctimas inocentes inmoladas a tu terror de perder el reino. De éste y de otros delitos tienes la facultad de justificarte.

TEODORICO

Calumniar a los fuertes fue siempre, en la tierra, la venganza de los débiles. La pluma vil de los sedentarios envidiosos trató siempre de herir a los que vencieron con la noble espada. Fácil empresa para un retórico tremebundo encerrado en su celda, el demoler con palabras malignas lo que fue creado por la audacia y la fuerza. La negra tinta de los envidiosos vengativos ha tratado siempre de borrar el rojo de la sangre a sus victorias y sus virtudes.

Y tú, que siempre fuiste ciudadano del cielo, habrás, sin embargo, de reconocer cuán terrible fuese en mis tiempos la situación de las cosas. Por una parte un pueblo refinado y culto, pero enervado, marchito y casi corrompido por un predominio demasiado largo. De otra parte un pueblo rudo y feroz, pero joven de fuerzas, dispuesto a combatir y a morir, deseoso de mi puesto bajo el sol de Dios. Bandoleros antiguos debilitados por haber gozado en demasía; bandoleros nuevos estimulados por la promesa de una mesa conquistada en el banquete de las naciones. Allí un imperio que se deshacía por infecto e inepto; aquí hordas errantes no asentadas todavía en reinos.

Estaba al frente de una de estas bandas de famélicos nómadas y toda mi autoridad de capitán y de rey no podía cambiarla en un momento en una grey de salmodiadores y arrodillados. Pero apenas hube conquistado Italia me propuse reunir y hermanar, con iguales derechos, a vencidos y vencedores, restituir la dignidad y autoridad a los antiguos dueños decaídos, hacer menos zafios y feroces a los nuevos dueños. Romanos robustecidos y Godos refinados habrían debido fundirse en un pueblo único y fuerte, capaz de devolver a Italia el primer lugar en la tierra. No fue sólo culpa mía si aquel sueño quedó en sueño. Fue culpa de todos, tanto de los dominados demasiado altivos y sagaces, como de los dominadores demasiado ansiosos y obtusos.

Cometí o permití errores y delitos, pero quisiera preguntar a todos los que en el mundo fueron príncipes o caudillos de pueblos si fue alguna vez posible conquistar tierras y crear nuevos Estados sin dejar cadáveres y rencores.

Aquel Boecio que los ignaros han venerado como mártir, obtuvo de mí honores, dignidades y oficios para sí y para sus hijos, pero no obstante, se obstinaba contra mis servidores más fieles y secretamente deseaba mi ruina. En un libreo suyo escrito en el destierro proclamaba su inocencia, pero nunca pudo explicar por qué, él, defensor de la libertad y de la santidad del Senado, fue juzgado culpable no sólo por mí, sino por la casi unanimidad de los senadores. Puede ser que él no hubiese escrito aquellas cartas que demostraban su traición, pero es muy cierto que en su corazón y en sus sueños y en las más confiadas conversaciones se vaticinaba próximo el fin de mi dominio. Si la traición no se escribió en el papel estaba fija en el ánimo.

## BOECIO

Aunque has dicho demasiado en tu descargo, Teodorico, no prosigas, deja que yo también me acuse. Desde hace ya tiempo te he perdonado el haberme quitado la vida. Tenías entonces setenta años y los viejos se hacen todavía más suspicaces y temerosos, especialmente si son príncipes usurpadores y mal aconsejados. A mí me abreviaste una vida que se había hecho ya dolorosa; a ti la muerte te quitó, apenas dos años después, aquella corona que creías salvar, quién sabe por cuánto tiempo, con mi sangre.

Pero mi fin desgraciado no fue sólo obra de tu temor, sino también de mi vacilante naturaleza.

Deseaba, sí, el final de tu dominio, pero mientras tanto aceptaba de ti aquellos cargos que me colocaban entre los poderosos del reino. Mi verdadera culpa fue la traición hacia mí mismo y hacia Cristo.

Era de antigua estirpe romana y me puse al servicio de los bárbaros, saqueadores y destructores de mi patria. Estaba enamorado de la filosofía y en vez de retirarme a la vida estudiosa y contemplativa, quise, para complacer a mi suegro, a mi mujer y a mi inconfesada ambición, participar en los manejos del Senado y del Estado.

Era católico y no me avergoncé de ponerme al servicio de los herejes arrianos. Me llamaba, finalmente, cristiano, pero cuando, en vísperas de la condena y de la muerte, busqué consuelo escribiendo la obra que me hizo famoso, no recurrí a la fe de los mártires y de los padres, sino que invoqué únicamente el socorro de la sola filosofía y en todo aquel libro, plagado de lugares comunes de la fría sabiduría estoica, no se recuerda la Redención y la Pasión, no aparece ni siquiera una vez el nombre de Cristo.

Sepas, pues, Teodorico, que yo no fui infiel a ti, sino a mi origen, a mi patria, a mi vocación, a mi fe. Por estas traiciones —que tú ignorabas o no comprendías— fui injustamente condenado. Tú fuiste el arma inconsciente de la justicia divina y, por lo tanto, inocente. Yo no fui un verdadero mártir, sino la natural víctima de mis contradicciones.

Perdona, pues, Teodorico, a quien anheló tu muerte y te perdona con toda el alma el haberle quitado la vida. Dios tenga piedad de ambos: del gran rey y de su siervo.

#### TEODORICO

Me has vencido, Boecio. Y confieso que tu mente es más alta y pura que la mía. ¿Por qué temes no ser cristiano? Yo te hice morir y tú ahora ruegas por la felicidad de mi segunda vida. A mi antigua soberbia le cuesta demasiado aceptar el perdón de uno que, a mis ojos, fue inferior y traidor y, sin embargo, tu magnanimidad me fuerza a recibirlo. Pero no te hice morir a ti sólo, allá en el duro mundo, y quizá Dios sea menos benigno que tú.

#### BOECIO

Blasfemas, Teodorico. No desesperes nunca de Aquel que ofreció su sangre aun por los deicidas. Ni tú ni yo podemos medir los confines de la divina misericordia, que es desmedida e inconmensurable. Ninguno de nosotros dos es inocente, pero la oración concorde que sube del corazón de los infelices puede vencer aun a la justicia de Dios.

#### FREDEGUNDA



## ÁNGEL

Fuiste reina, Fredegunda, a costa de atroces asesinatos. Tu camino por el mundo fue, hasta el final, un amasijo de sangre y una siembra de cadáveres. Si tienes algo que decir en tu disculpa es el momento. Habla.

## FREDEGUNDA

Mi defensa tiene un solo nombre: amor. Amé locamente a Chilperico y a los hijos que de él tuve. Todas las muertes que tú llamas delitos I nerón los efectos de aquel poderosísimo amor.

Chilperico fue el primer hombre y el único que yo haya conocido y no quise cederlo a nadie. Él me tuvo algún tiempo como concubina, pero luego me despidió para casarse con Galswinta. A fin de reconquistar para siempre a Chilperico lo persuadí de que matase a la nueva esposa. Llegué a ser la reina y para salvar a mi esposo y rey del odio de mi hermano hice matar por un sicario a mi cuñado Sigeberto. Pero Chilperico no era aún todo mío. Quedaba su primera mujer, Andowera, y quedaban sus hijos. También yo era madre y quería que sólo mis hilos poseyeran el afecto y el reino de su padre. Meroveo se mató por no caer en mis manos; hice matar también a sus hijos y a Clodoveo, su hermano, y finalmente a su madre también. Al fin, yo sola reinaba en el corazón y en la corte de Chilperico. Estuve tranquila. Pero un dios celoso quiso castigarme: mis hijos murieron uno tras otro de una extraña enfermedad. Y siguió un castigo más horrible todavía: mi Chilperico fue asesinado por un hijo de Sigeberto que quiso vengar a su padre y usurpar mi reino. De todos aquellos a quienes había amado, de todos los que amé y por los cuales había derramado tanta sangre no me quedaba más que un niño de cuatro meses. Era el último recuerdo de mi Chilperico y combatí hasta el último momento para asegurarle el trono de su padre.

Toda mi vida estuvo dedicada al amor de mi esposo y de sus hijos.

Por aquel amor me hice homicida, por aquel amor sufrí temores y re-mordimientos, por aquel amor perdí mi alma para siempre y seré condenada. Aquel amor fue mi felicidad y mi desventura, la razón de mi grandeza y de mi infamia. No fui de aquellas mujeres frías y viles dispuestas a ceder el hombre que las ha escogido, el hombre que se ha hecho su propiedad. Yo fui como una leona que emplea sin piedad uñas y dientes para no ser separada de su león; fui una fiera que jamás quiso renunciar al que era, juntamente, su presa y su dueño. Mi sangre bárbara no toleraba renuncias. Al rey me sentí unida en cuerpo y alma, siempre, antes y después de las nupcias, antes y después de su muerte y le sacrificué la vida ajena y hasta mi eterna salvación.

El amor de una mujer cuando llega a estos límites es locura más que afecto. Dios quizás use de misericordia con una criatura dominada y arrastrada por aquella fuerza indomable que Él mismo puso en el pecho de los hombres.

Por aquel amor me hice homicida, por aquel amor sufrí temores y re-mordimientos, por aquel amor perdí mi alma para siempre y seré condenada. Aquel amor fue mi felicidad y mi desventura, la razón de mi grandeza y de mi infamia. No fui de aquellas mujeres frías y viles dispuestas a ceder el hombre que las ha escogido, el hombre que se ha hecho su propiedad. Yo fui como una leona que emplea sin piedad uñas y dientes para no ser separada de su león; fui una fiera que jamás quiso renunciar al que era, juntamente, su presa y su dueño. Mi sangre bárbara no toleraba renunciadas. Al rey me sentí unida en cuerpo y alma, siempre, antes y después de las nupcias, antes y después de su muerte y le sacrificué la vida ajena y hasta mi eterna salvación.

El amor de una mujer cuando llega a estos límites es locura más que afecto. Dios quizás use de misericordia con una criatura dominada y arrastrada por aquella fuerza indomable que Él mismo puso en el pecho de los hombres.

### OTÓN III

¿Qué cuentas podré rendir a Dios puesto que me arrancó del mundo cuando era poco más que un jovencillo, sin darme tiempo para acuñar en la realidad el sueño elevadísimo de mi mente?

De este sueño que llenó los breves años de mi vida puedo responder. Si fue demasiado soberbio, Dios me perdone y me absuelva porque fue soñado, ante todo, en servicio de su gloria.

Soñé, todavía muchacho, confederar los pueblos del mundo bajo un cetro único, reunir en mi persona la corona de Oriente y la de Occidente, resucitar el Imperio romano y asociarle el Imperio griego; efectuar por fin el mandato del Evangelio: un solo rebaño y un solo pastor. Quería ser el rector del género humano, no ya por sed inmoderada de poder, sino en nombre de Cristo y con la guía del Pontífice. Soñaba, en definitiva, ser emperador del mundo, ser el único Señor sobre la tierra a semejanza del único Señor que hay en los cielos.

Te parecerá esto, más que sueño, vanidad de un loco, pero si piensas así estarías en un error. En mi sangre se reunían las sangres y los derechos más sagrados de aquel tiempo: era asiático por mi abuela, griego por mi madre, germano por mi padre, romano por el deseo y la

fe. Heredé por derecho de nacimiento el reino de Germania, el reino de Italia y el Imperio de Occidente; a través de mis abuelos podía aspirar al Imperio de Oriente. A los tres años tan sólo fui proclamado rey, a los quince fui coronado emperador; la conversión de los infieles y la fuerza de mi espada me habrían dado el resto. Quería convertir y dominar a todos los pueblos aun no cristianos y de este modo, hermanos, por fin, los hombres en la verdadera fe y gobernados por una sola justicia habrían recobrado la paz y la luz. Ya no más luchas en las ciudades, ya no más guerras entre las naciones. A las indicaciones de una sola espada y de un solo báculo todos los hombres se habrían saciado en los pastos de la tierra antes de subir a los tronos del cielo. Dos solos concordés —el Emperador y el Papa— habrían dado generosidad de esplendor y calor a todo linaje y a toda alma.

Este era el sueño de mi mente, quizá demasiado sublime para la poquedad y la brevedad de la persona humana, pero no simple delirio de enfermo, tanto que a ello me animó el hombre más sabio de mi tiempo, aquel Gerberto que después fue, por deseo mío, pontífice de la Iglesia.

Pero en mi alma no sólo había aquel sueño de universal dominio. No tuve junto a mí en mi adolescencia, sólo emperatrices ambiciosas y prelados mundanos. Habían pasado casi mil años desde la aparición de Cristo, pero la tierra era todavía rica en hombres de Dios. Los tres mayores santos de aquella edad —San Adalberto, San Nilo, San Romualdo— subyugaron uno tras otro mi alma adolescente. Y muchas veces me vino a la mente dejar a otros la majestad y la dignidad del imperio y seguir el ejemplo de los ascetas solitarios que no buscan otro reino que el de los cielos, reino excelso y sin fin. Como romero que caminaba solo hice peregrinaciones. En un determinado momento abandoné los cuidados del Estado y de la guerra para encerrarme en mi soledad, en oración, sin otro pensamiento que la pasión de Cristo y de mi salvación última.

Una interna y alterna lucha conmovió mi ánimo todavía fluido y maleable. Algunos días me exaltaba con la idea de hacerme el emperador máximo del mayor de los imperios; otras veces, invadido de furor místico, pensaba que todo era abyecto y percedero en el mundo y que el único fin digno del hombre era conquistar la santidad en la primera vida y la felicidad en la segunda y eterna. Pero luego surgían las dudas. ¿Esta sed de vida ascética no era acaso la tentación de la flojedad y del temor a la cómoda escapatoria para sustraerme a los riesgos y a las fatigas del gobierno de los hombres? ¿La búsqueda de la salvación personal no era quizás una traición a los hermanos que tenían igualmente gran necesidad de quien les condujese al bien? ¿No era más cómodo refugiarse en una caverna con un crucifijo y un salterio que afrontar en las asambleas de los grandes, los peligros que lleva consigo el ejercicio de la suprema autoridad? ¿Revolver al mundo contristado y lacerado los máximos bienes de la justicia y de la unidad no era acaso obra más heroica y santa que mortificar la carne en el desierto? Y si Dios me había hecho nacer hijo de emperador y había puesto en mi corazón aquel sueño del universal imperio cristiano ¿no era signo de que aquella era la voluntad divina y mi verdadera suerte? Venció las más de las veces, mi primer sueño, el sueño imperial, y, aunque tentado, nunca quise deponer mi corona. Y, sin embargo, la vocación ascética, la necesidad de la renuncia y de la soledad, se asomaban de continuo a mi

alma y turbaban mi obra. Y a veces la caridad del asceta refrenó en mí la necesaria severidad del monarca: ya harto despiadado para un santo, ya demasiado blando para un emperador. Ningún hombre fue tan lacerado interiormente como yo. Declaré abiertamente el deseo de ser siervo de Cristo y esclavo del Apóstol, pero permaneció en mí el propósito de ser un segundo Constantino Magno, un nuevo Carlomagno, y constituir un imperio más vasto que el de Augusto.

Pero Dios que también había inspirado en mí, según creía, esta inaudita vocación no me concedió seguirla. Para llevar a punto firme la inmensa obra de reunir en torno a mí todos los imperios y todos los vivientes se hubiera requerido, por lo menos, medio siglo de reinado. No se oponía la brevedad de la vida humana porque a los quince años ya comencé a reinar. Dios me arrebató vida y corona a los cinco años tan sólo, de imperio. A los veintiún años, después de haberme librado por milagro de la rebelión de Roma por mí tan amada, mientras estaba para llegar del fabuloso Oriente de Bizando, la esposa destinada para mí y por mí desconocida, un mal imprevisto apagó en pocos días el sueño y la vida.

Quizá Dios, después de las primeras pruebas, no me juzgó digno del fin demasiado grande que había confiado a mis manos de muchacho orante y soñador. ¿Qué culpas, qué errores me merecieron aquella precoz condena de muerte? ¿Quizá porque castigué demasiado atrocemente al rebelde patricio de Roma? ¿O porque fui demasiado benigno con otros rebeldes? ¿O porque advertió mi interna discordia y quiso ahorrar a mi alma una doble derrota? ¿O quiso castigarme porque no tuve el valor de seguir la invitación y el ejemplo de San Nilo y, después de algunos días de prueba, abandoné las penitencias de su eremitorio para lanzarme cruelmente sobre los enemigos del imperio? ¿O quiso salvarme quitándome jovencísimo del mar de la vida, de los pecados terribles que hubiera cometido para apoderarme de la tierra y que habrían impedido para siempre la salvación de mi alma? Cualquiera que sea lo verdadero puedo decirte, Dios, que sólo a Ti te amé sobre todas las cosas con todas mis fuerzas. En tus manos amorosas pongo, pues, mi causa.

## THIERRY DE YAUDUN

Si al emperador del mundo, nuestro Señor, he de rendir cuenta de mi vida no diré nada que no sea verdad enteramente pura como sale del alma.

Fui señor libre de un gran señorío, entre la montaña y el mar, y no tuve sobre mí otros soberanos que el Rey en la tierra y Dios en el cielo.

Cuando estaba en el torreón de mi castillo, en alto sobre la más alta cima de un monte, entre torres de piedra y nubes, sereno, sentía henchido el pecho de alegría. Todo cuanto los ojos descubrían y miraban alrededor era mío, y en todo aquel espacio yo sólo era dueño, yo

sólo era libre. En torno a mí, más acá del foso y del muro, hombres de armas bajo mi mando; abajo en los valles los techos de bálago de los siervos que trabajaban mis campos; y esparcidos acá y allá los bosques donde se acogían los animales destinados a mi arco y a mi jabalina.

Sobre todos, sobre los siervos de la gleba y sobre las fieras de las selvas, sólo yo tenía derecho de vida y de muerte. Mi reino era pequeño pero en aquel angosto dominio yo sólo reinaba como rey absoluto y nadie hubiera osado oponerse a mi voluntad. Todos, familias e hijos, hombres y mujeres, eran de mi propiedad, lo mismo que los caballos que pateaban en mis cuadras; como los cerdos que tragaban las bellotas bajo mis encinas. También los monjes de la abadía vecina me temían; el capellán del castillo no era sino el más instruido de mis servidores; mi esposa sólo mandaba en sus camareras y en las marmitonas.

Todo lo que necesitaba para mi vida y la de los míos era fruto y tributo de mi dominio. No dependía de nadie para mi alimento y mis vestidos. Sólo armas y joyas venían de fuera, pero las pagué casi siempre con el hierro, raramente con la moneda.

Para mantenerme y salvar mi vida tuve continuamente que mover las manos o matar o herir.

A menudo el Rey, mi señor, alzaba su estandarte de guerra y yo, por obligación de fiel vasallo, tenía que acudir en su ayuda con mis hombres.

A menudo era invitado a los torneos y allí combatía con toda mi fuerza, no por juego, sino por la esperanza de dones y ganancias. Pude gloriarme durante muchos años de no haber pagado nunca un rescate.

Y también tenía que usar las armas en las cacerías, pues halcones y canes apenas bastaban para las presas menores. Con mi daga derribaba al oso, con mi pica acababa con el jabalí, con mi arco alcanzaba al ciervo. La caza no era para mí, simple ejercicio de los miembros, sino necesidad para abastecer de carne las mesas del castillo.

Y, finalmente, tenía que administrar justicia sobre todos los habitantes del dominio y aunque tenía entre mi gente dos verdugos la necesidad o la ira me impulsaron más de una vez a ejecutar las condenas con mis propias manos.

Esta fue mi vida, mi suerte, mi alegría. Grandes fueron mis pecados, pero fue grande también mi generosidad hacia mis iguales y mi devoción a Nuestra Señora.

No siempre respeté a las hijas y las esposas de mis siervos; no raramente golpeé y condené sin razón ni derecho. A menudo pasé con gran violencia con mi jauría a través de las viñas y de los pastos de mis campesinos; y puse tallas y peajes por encima de lo pactado; pagué mis débitos con la leña de mis bosques; gustoso expolié a mis enemigos vencidos compitiendo con mis escuderos; no respeté la propiedad de la Iglesia ni los límites ajenos.

Pero de estos pecados y de otros que ahora, quizá, no recuerdo, siempre tuve cuidado de confesarme e hice, como penitencia, una peregrinación a Compostela y doné más de un cáliz y de un candelabro a las iglesias de mi provincia.

Si fui rapaz, injusto, adúltero, homicida, culpo de ello a mi estado de señor libre, seguro de la impunidad. Pero no traicioné nunca la fe de un amigo ni la fe en Cristo. Si he matado estaba dispuesto a desafiar a la muerte, si he derramado la sangre estaba dispuesto a derramar por justa causa la mía.

Ningún nial he ocultado y estoy preparado para acoger la sentencia que al Emperador del Universo le plazca emitir contra su infiel vasallo.

ALFONSO EL SABIO

ÁNGEL

Igual de grandes fueron en el tiempo tu fama y tu desventura, tu sabiduría y tu insipiencia. Dios te quiso Rey; tú quisiste desobedecerlo y hasta juzgarlo. Aquí no cuenta la gloria o la corona, sino sólo el alma que se abre a Dios.

ALFONSO EL SABIO

A la Emperatriz del Cielo, a la que canté en la tierra como mi única Señora, encomiendo mi causa de rey inepto e infiel.

Mi primer funesto pecado fue el de aceptar la corona de mi padre. No había nacido para ser pastor ni rector de pueblos y como en el momento de subir al trono tenía más de treinta años, capaz del propio conocimiento, hubiera debido seguir mi verdadera estrella en vez de procurar mi desventura y las ajenas.

Nada me agradaba en el mundo más que el saber y el versificar. A mi modo trataba de acercarme, todavía vivo, al cielo; al cielo estrellado, con la astronomía; al cielo prometido, con la poesía.

En un hombre ordinario estos amores serían legítimos y laudables; en un monarca que debía responder de la justicia, de la felicidad, de la fuerza, de la paz de tres reinos eran traiciones. Dios me había confiado millones de criaturas humanas a fin de que fuese guardián y guía para el bien de todos mientras que yo pasaba días y noches con astrólogos y trovadores, con matemáticos y nigromantes —y no sólo cristianos, sino judíos y musulmanes— dejando los deberes del reino en manos poco seguras y malvadas.

Y, sin embargo, a despecho de mi culposo incumplimiento, mi soberbia me cegó hasta el punto de aspirar a la corona imperial.

Y también me sentí vanamente orgulloso de mi insegura y pobre ciencia. Fui poco más que un aficionado recopilador, pero creía con gusto a los aduladores que me reputaban como el hombre más sabio de mi tiempo, y el orgullo me empujó a la blasfemia. Dije, en efecto, un día que si el Creador me hubiera consultado al principio de la primera semana, la gran máquina del mundo habría resultado bastante más perfecta.

Pero el pecado del abandono y el pecado de la vanidad no quedaron impunes. Los súbditos, presionados a causa de mi negligencia, por ricos engañadores, se rebelaron. Una parte del reino fue tomada de nuevo y saqueada por los moros, y finalmente fui vencido y depuesto por uno de mis mismos hijos. El claro juicio de Dios no me desentenebreció la mente. Para recobrar el cetro que olvidé por la pluma, no me avergoncé, yo cristiano y cantor de la Virgen, de pedir ayuda a un sultán enemigo del nombre y de la ley de Cristo contra mi sangre y mi pueblo. Pero la ira y el afán me arrancaron de la vida antes de que pudiese añadir culpa a culpa, traición a traición.

A ti, Esposa del Espíritu Santo, consagré casi todas mis fatigosas rimas. Acoge ahora, en nombre del fruto de tu vientre, el despiadado testimonio contra mí mismo, mi angustioso remordimiento, mi desesperada apelación. Intercede cerca del Rey de Reyes para que salve de la segunda muerte a este rey que no supo reinar ni servir.

RICARDO III

ÁNGEL

Ricardo, duque de Gloucester y por usurpación rey de Inglaterra, eres acusado de traición y crueldad. Hiciste matar sin piedad a todos los que podían o querían oponerse a tu avidez por el reino. El más atroz de tus delitos fue el asesinato de tus sobrinos, los jóvenes Eduardo y Ricardo, cuyo padre, tu hermano, a punto de morir había confiado a tu custodia.

### RICARDO III

Reconozco haber hecho lo que dices, eso que la plebe de la tierra llamaba delitos. Pero yo quisiera que sólo me juzgase un tribunal de reyes, de príncipes, mis iguales. Sólo ellos podrían comprenderme y absolverme. ¿Acaso no tiene el Rey derecho de vida y de muerte? Sin tal derecho nadie podría reinar ni gobernar. Si no hiciesen matar serían muertos. Pero nadie ha de tocarlos porque fueron puestos por Dios, por castigo o por necesidad, sobre la cerviz de los pueblos.

No maté lo bastante; tan es verdad que después de un brevísimo reinado, me quitaron la corona y la vida.

Has recordado a mis sobrinos y los llamas inocentes. Pero ¿hubieran sido más inocentes que yo, una vez crecidos, si yo les hubiese dejado vivir? ¿No eran, acaso, menos dignos de reinar que aquel que había dado buena prueba de astucia y de arrojo? ¿Y no recuerdas que por aquellas muertes yo mismo fui pronto castigado con la muerte de uno de mis hijos y con la muerte de mi esposa?

Mi reinado fue brevísimo, de apenas dos años, y terminó con la muerte violenta en batalla, a los treinta y tres años. ¿Crees, acaso, que yo gocé un solo día, una sola hora? Era deforme e infeliz, odioso, odiante, odiado. Jamás un momento de reposo y de alivio, jamás en paz dentro de mí ni fuera de mí. Perseguido por las pasiones hirvientes del ánimo, amenazado por los enemigos y por los rivales, execrado por el vulgo y por los grandes, destinado a un precoz y sangriento fin, mi vida fue un infierno desde que, jovenzuelo aún, hube de huir al destierro. Quien nunca pudo amar, quien nunca fue amado por nadie, ¿no ha sufrido ya lo bastante, no ha sido castigado para siempre?

La sangre que vertí la he pagado con mi cotidiano suplicio y con mi misma sangre.

### CARLOS V

### ÁNGEL



¿Por qué, emperador Carlos, tantas guerras, tantas luchas, tantas conquistas, tantos estragos, tantos trabajos y penas e injusticias y renunciaciones? ¿Qué beneficio se derivó de ello para tus pueblos y para ti mismo? Ninguno te quedó agradecido por tan constante y cruenta agitación. Ni siquiera la Iglesia, porque mandaste una horda de herejes a saquear la capital del Vicario de Cristo y al fin diste libertad a los partidarios y secuaces de Lutero.

## CARLOS V

Ahora que toda vergüenza se halla extinguida y toda simulación es inútil te diré la verdad, tristísima verdad que intenté velar mientras tuve vida. Tú sabes que nací de una loca, pero nadie supo que también yo fui loco. No se dieron cuenta de ello porque mi demencia tuvo una sola forma: el continuo temor de la muerte. Todo en mí fue precoz, el poder y el miedo. Fui rey a los diecisiete años, emperador a los diecinueve, pero aquellas dignidades no hicieron más que aumentar la turbación de mi ánimo, y desde la adolescencia fui perseguido por las horrendas imágenes de la muerte. Para olvidar o, por lo menos, alejar este helador pensamiento propuse a mi juventud un gran proyecto que ocuparía y llenaría mis días y mis noches. Aprovechando las coronas que la suerte había colocado sobre mi cabeza juvenil, soñé reunir Europa en un solo imperio, resucitando a Augusto y Carlomagno, y extender el dominio de Europa, esto es, el mío, sobre África y sobre América. Y durante muchos años puse todas las fuerzas de mi espíritu, todos los recursos de mis pueblos, todos mis ejércitos y mis flotas, al servicio de aquel sueño. Pero sólo en mínima parte se realizó el sueño. No logré reunir toda Europa, ni pude conquistar más que un solo punto del África, y los dominios de América eran para mí demasiado remotos e ignorados.

El imperio universal anhelado por mí no se logró, pero el terrible pensamiento de la muerte perduró, implacable, invencible, y jamás me abandonó, jamás me dio reposo. En mis reinos, según decían mis aduladores, nunca se ponía el sol, pero en mi corazón, sin embargo, todos los días se ocultaba el sol de la esperanza. Pensaba en mi madre loca que pasó los últimos años de su vida junto a un sepulcro y también yo tuve una vez el pensamiento de acabar mi vida junto a las tumbas esculpidas por Miguel Ángel cuya vista renovó, más aguda, mi angustia. Y, finalmente, viendo inútil también aquel gigantesco remedio del imperio, me decidí, todavía joven en años, pero viejísimo de espíritu, a ceder las coronas a mi hijo y a mi hermano.

Pensé que la continua meditación de la muerte podía ser la medicina más cierta contra el terror de la muerte. Y tanto me enfervoricé con tal persuasión que para arrojar con mayor seguridad la obsesión aquella y hacer familiares al espíritu las imágenes que acompañan al fin, quise que los monjes celebrasen mis exequias estando yo vivo y presente. Echado, inmóvil y mudo, sobre un catafalco, rodeado de grandes cirios encendidos, escuché las salmodias de los monjes, el canto del Dies irae, seguí la majestuosa y odiosa liturgia de la muerte, fui absuelto y bendecido, alabado y recomendado a Dios, pero tampoco aquella

macabra comedia valió para suprimir mi espanto. Ocultaba a los demás, bajo la gravedad del monarca, aquel perpetuo temor, pero el tener que reprimirlo de continuo, acrecentaba su fuerza. Tú, criatura perfecta y eterna, ¿qué puedes saber de los secretos terrores de nosotros, mortales que habíamos de morir? Para un loco como fui yo, cada tarde que cae es el principio de un tormento, cada noche una pesadilla, cada campana que oiga es un toque de muerto, cada mal, cada dolor es anuncio de agonía, cada alborada es un paso más hacia el sepulcro. Intenté ser el monarca más poderoso del mundo con la esperanza de que los hombres no se atreviesen a tocarme y Dios se dignase retardar para mí el último día. Apenas me di cuenta de que tampoco el dueño de la tierra lograba adueñarse de mis extravíos y espantos, ni curar mi locura, dejé la corte por el claustro y me abandoné en las piadosas manos de Dios. Mi agonía duró casi tres años y, por fin, la muerte misericordiosa me libró del terror de la muerte. Ésta, y no otra, es la justificación de mis empresa» y de mis culpas.

## FELIPE II, DON CARLOS

### ANGEL

Eras uno de los más poderosos reyes de la tierra, pero contigo comenzó, y en parte por tu culpa, la decadencia de tus pueblos. Sombrío y codicioso fue tu natural, soberbio hasta la crueldad. Te agradó ser llamado Rey Católico, pero en la religión viste el terror más que el amor; en la política, el ansia de adquirir más que la felicidad de tus súbditos; en el manejo de los hombres, el arte de simular más que de persuadir; en el arte una pompa real y sepulcral más que un gozo del alma. Dios te envió sus avisos en forma de desgracias, pero no supiste descifrarlos. Tu Armada Invencible fue dispersa y destrozada por la tempestad; tu hijo primogénito, aquel que hubiera debido ser el sostén de tu vejez y el heredero de tu inmenso imperio, te odiaba ferozmente y murió, jovencísimo, en la cárcel solo y desesperado. Se dice que rehusaste verlo por última vez; hasta se dijo que habías dado la orden de hacerle morir.

### DON CARLOS

¡No, no, basta! Tú infieres más de lo justo contra él. Recuerda que fue desventurado como rey, como esposo, como padre. Soy yo, su hijo primogénito, el mismo que lo odió, el que fue encarcelado por obra suya, quien se levanta a defenderlo. Yo ya no soy joven y enfermo, soy viejísimo y resucitado; comprendo mis errores, compadezco los errores ajenos. Si en él hubo alguna culpa mucho más graves fueron las mías y ante ti, que eres el oído de Dios, le perdono con la esperanza de que me perdone. Fue mi padre y mi rey y a él le debo todo. Durante muchos años me amó, soportó mis caprichos, toleró mis extravagancias, sufrió mis males. Estaba enfermo y sólo en la carne. En la mezcolanza infeliz de mi naturaleza estaba lo peor del hombre: glotonería y sensualidad, rebelión y superstición, crueldad y soberbia, estupidez y locura.

Era una criatura contrahecha y malpensada, enferma y deforme, nacida para sufrir y hacer sufrir. Todos me toleraban por ser hijo del rey, ninguno me amaba ni me podía amar. Al nacer hice morir a mi madre; para mi padre fui una congoja y un peligro más que una alegría y un apoyo.

Intentó hacer de mí un hombre, me introdujo en sus consejos de Estado, buscó para mí una esposa. Pero era intransformable. Mi extravagante perversidad me había hecho importuno para mi padre, para los grandes del reino, para mí mismo, para todos. Las enfermedades me hacían más cruel y fantástico; la misma piedad religiosa era para mí beatería más que disciplina redentora. Mi vida era un infierno y no pesaba sólo sobre mí. Hubiera debido esforzarme por sanar, por hacerme juicioso, por ser como conviene a un hijo y a un hijo de rey. Por el contrario, mi frenesí me impulsó a ver en mi padre a un enemigo porque a mi mente desordenada y proterva le parecía un obstáculo para el libre desahogo de mis instintos, un dique alto y severo para mi demencia. Comencé a odiarlo, a odiarlo con toda la fuerza de mi alma bestial, a odiarlo hasta el punto de maquinarse una terrible venganza contra él. Pensé huir de España, ponerme a la cabeza de sus enemigos y de las provincias rebeldes hasta quitarle la corona y quizá la vida. Escribí a capitanes del ejército y a grandes del país, vasallos de mi padre, para pedir dinero y ayuda. Todos sabían que era un ser miserable y nadie me escuchó. Fueron descubiertas las pruebas de mi designio parricida y presentadas a mi padre. Él sufrió en silencio y vaciló, pero luego los deberes del monarca ahogaron los sentimientos del padre y justamente, como peligroso para él, para el reino y para mí mismo, me hizo encerrar en una torre.

Todo lo que han imaginado los poetas sobre mis desventuras es falso. Es falso que yo estuviese enamorado de mi madrastra; es falso que yo me inclinase a las ideas de los herejes perseguidos por mi padre; es falso que yo pensase alzar la bandera de la libertad contra la tiranía de Felipe, es falso, falsísimo, que él hubiera ordenado y procurado mi muerte. No fui muerto más que por mí mismo y por mis pasiones oscuras y furibundas. En la cárcel medité sobre mi naturaleza y sobre mi suerte y reconocí que era indigno de vivir y quise quitarme a mí y a los demás la vergüenza y el daño de mi vida. Pero no tuve el valor de matarme con la espada o con el veneno. Escogí un medio más innoble, digno de mi bestial furor. Era voraz para el alimento y la bebida desde la niñez y varias veces por mis hartazgos estuve en peligro de muerte. Ahora, enfurecido por mi desesperación donde había hartado más rabia que arrepentimiento, y por ello resuelto a morir, me entregué sin moderación a mi bestial voracidad, engullendo a no poder más pitanzas picantes y bebidas heladas, tanto que mis vísceras ya estropeadas por semejantes excesos, al cabo se rebelaron y me condujeron al fin. Y así ni supe vivir bien ni quise bien morir. Si mi padre, en vez de ser el jefe de uno de los más vastos imperios de la tierra hubiera sido un ciudadano particular, habría podido reprocharle el haber recurrido demasiado pronto a la separación en vez de intentar las artes del afecto y de la persuasión para someter al hijo pertinaz, más desatinado que malvado. Pero Felipe era un rey, un gran monarca, rector de pueblos y de naciones, responsable sólo ante Dios de la suerte de millones de hombres. Reinaba en tiempos de vastas conmociones, en medio de gentes descontentas e indóciles, de súbditos rebeldes, de enemigos declarados, de ejecutores poco fieles, de sospechas, de rivalidades, de pensamientos de venganza y de

traición, perseguido y exacerbado por desventuras públicas y familiares. Como defensor de la fe católica, era odiado y calumniado por todos los herejes y cismáticos de Europa, como señor de un ilimitado imperio era envidiado y acechado por todos los príncipes de la tierra. Lo que se consideraba taciturnidad no era más que tristeza contenida por los deberes de la majestad, lo que pareció crueldad no era más que resuelta defensa del reino y de la verdad, en medio de innumerables enemigos internos y externos. Y sobre este hombre ya tan oprimido y contristado se desplomó una de las mayores desgracias que pueden afectar a un padre y a un rey: el único hijo, antes su esperanza y luego su tormento, es poseído por un delirio parricida y se prepara para huir de su padre, a levantarse contra su rey. Él tenía el deber en aquel momento de juzgar en mí al príncipe rebelde y no al hijo. Y fue prueba de clemencia haberme recluido en una cárcel. Si yo no hubiese sido de su sangre, ciertamente que habría debido pagar con la cabeza mi delito. Hasta el fin, al morir de muerte voluntaria, fui pecador delante de Dios, pero ahora soy feliz porque la resurrección me ha concedido, finalmente, confesar mis pavorosas culpas, proclamar delante de todos la inocencia de mi padre, llorar a sus pies lágrimas de arrepentimiento y no de ira o de despecho, y pedirle aquel perdón que hubiera debido implorar cuando sobre ambos resplandecía la luz del sol. Y humildemente le pido que suplique al Omnipotente que Su corazón paterno reúna en la eternidad a este padre y a este hijo que fueron separados en la tierra por la desventura y el odio.

## FELIPE II

Tú eres, Señor, verdaderamente misericordioso y tu amor es aún más fuerte que tu poder. Todo lo había perdido: corona, imperio, vida; los gusanos habían reducido a polvo mi persona; los siglos habían reducido a escombros incluso mi tumba, aunque amplia y solemne como una ciudad santa, la tierra misma no era ya más que polvo desvanecido y memoria amarga y he aquí que por tu querer no sólo recobro vida y palabra, sino aquello que siempre deseé y no tuve jamás: el amor de mi primogénito, el perdón del hijo que creí dos veces perdido. También yo aunque entonces me pareció ser más justo que duro, me halle, quizás, en culpa respecto a él y, sin embargo, no se ha contentado con perdonarme, sino que ha dicho en mi defensa lo que hubiera podido, pero no hubiera querido, decir yo mismo. Y a sus palabras no puedo añadir más que mi llanto y mi perdón. Dígnese Dios absolver a mi infeliz hijo juntamente con su padre ya no más infeliz.

## CRISTINA DE SUECIA, GIOVANNI MONALDESCI

## ANGEL

Extraña pareció a los hombres tu alma, Cristina de Suecia. Renunciaste al trono seguro de tu padre y luego codiciaste en vano, durante toda la vida, otras coronas. Abjuraste la religión paterna para seguir la católica, pero deshonoraste tu conversión haciéndote, no mucho más tarde, amante de un cardenal y asesina de uno de tus favoritos. Grande fue la

indulgencia de los hombres hacia ti, pero ahora de nada te valdrá haber sido bella, reina, docta y poetisa y habrás de dar cuenta de tus delitos.

#### GIOVANNI MONALDESCHI

Permite al hombre que sin piedad fue muerto por orden de esta infeliz que pida para ella un poco de piedad. Horrible fue su culpa y todavía, después de tantos siglos, vuelvo a sentir el escalofrío de aquel espantoso día. La víspera era poderoso, honrado, amado, y de improviso, por voluntad de ésta, no fui más que un mísero cadáver ensangrentado. Su crueldad fue tal que apenas me concedió dos horas para encomendar el alma a Dios.

El tiempo y la misma muerte que cambia y trastorna la perspectiva de las cosas humanas, han apagado en mí todo rencor. Gravísima fue la culpa de esta mujer para conmigo, ahogado como un perro rabioso sin darme ni siquiera tiempo para la defensa, pero gravísima había sido mi culpa respecto a ella. Se puede decir que me había sacado de la nada. Era un gentilhomme de familia venida a menos y había hecho de mí el amante de una reina, su gran escudero, su favorito, el confidente de sus afectos y de sus secretos. Embriagado por estas gracias me asaltó el temor de perderla. Los celos me extraviaron la mente y me hicieron escribir cartas falsas en las que fingía que el rival la insultaba y revelaba sus designios políticos. La falsedad fue descubierta y lo que debía ser la ruina ajena fue causa de mi atroz final. Reconozco ahora haber sido indigno de mi noble origen y de mi fortuna. Por ninguna razón hubiera debido traicionar a la que me había acogido en su lecho real, que rae había colocado por encima de sus otros servidores, que me había confiado sus más celosos y peligrosos secretos, que me había colmado de todo favor. Fui infiel, traidor como amante, como caballero, como su ministro. Merecía un castigo. La ira y quizá la pasión desdeñada la indujeron a una condena demasiado súbita y cruel. Piensa, sin embargo, que era joven, y ambiciosa, orgullosa, mujer y reina, pero también fue castigada ella porque el horror suscitado por mi asesinato le quitó el apoyo del monarca más poderoso de nuestros tiempos. Ni entonces ni después logró volver a ser reina. Si me quitó la vida yo la quité a ella, con mi sangre, el triunfo y el trono. Ahora que todo se ha extinguido en la calígene de los milenios, invoco para esta infeliz que tuve entre mis brazos el perdón de Aquel que perdonó a sus asesinos.

#### CRISTINA DE SUECIA

Agradezco al antiguo siervo infiel que haya defendido a su reina. Pero temo no merecer el olvido de los hombres ni la misericordia de Dios. Mi avidez de poder y de oro, mi impaciente altivez, mis ímpetus coléricos, mi inquieta carnalidad, mi ansia insaciable de intrigas y de coronas me hacen acercarme con temor al último juicio. Válgame, por lo menos, ante Dios la abierta confesión de mi vida inútil y pecadora.

## POLÍTICOS

### LAIPUT RAJ

### ÁNGEL

Como ministro de príncipes y real dueño de un reino fuiste, Laiput Raj, más insaciable y malintencionado que lo fueron, de ordinario, tus semejantes. Los súbditos fueron pisoteados por ti como enemigos; en tus manos la justicia se convirtió en persecución y despojo, la guerra se hizo carnicería y exterminio. Dios te colocó en alto y, por eso, ha de pedirte mayor cuenta.

### Laiput raj

No mayor, creo, que la que ha de pedir a todos los que gobernaron a los hombres. Unos fueron más conscientes y duros; otros, más ciegos y blandos. No conozco ni hubo otras diferencias.

No me hallé entre los segundos, pero mis culpas —si quieres dar el nombre de culpa a la necesidad— no fueron de mi espíritu, sino efecto de la naturaleza fatal de las cosas, de la misma existencia de los Estados.

Tú sabes lo que fueron los hombres antes de estar reunidos en sociedad: animales que vivían al modo de los animales, el uno enemigo y peligroso para el otro, como tigres feroces y rapaces. El temor de los más débiles más que la ambición de los más fuertes, suscitó a los jefes y los reyes, que fueron jueces y protectores contra el robo y el asesinato. Pero ¿qué medios tenían los rectores de los pueblos para amenguarles el temor de aquellos males, sino la amenaza de los mismos daños? Para debilitar, en lo posible, latrocinios y homicidios, los gobiernos no hicieron ni podían hacer otra cosa que reservarse el monopolio del delito, la justicia humana no podía hacer otra cosa que prometer la confiscación al ladrón y la muerte al que daba muerte.

El gran mal de las tribus salvajes había sido el espíritu de venganza de los particulares y nadie podía sentirse seguro. Los nuevos jefes se convirtieron, por investidura común, en los contratistas de las venganzas privadas. La ley del talión fue ejercida únicamente por los guardianes de la ley, que reclamaron para sí toda represalia.

Los reyes prohibían por eso las rapiñas y las muertes, pero a fin de intimidar a los reacios y a los desobedientes se veían obligados a traer a los ciudadanos una parte de sus bienes, a quitar la vida a los asesinos. Los gobiernos prohibían la extorsión para que sólo a ellos se les concediese el ejercerla bajo la forma de tributos ocasionales y requisas; prohibían el uso de las armas porque sólo a ellos les era permitido usarlas en la persona de sus verdugos y de sus soldados. Y, en efecto, los oficios propios de los príncipes fueron la justicia y la guerra: la justicia que consistía en quitar libertad, goces, haberes y vida a los inocentes y a los culpables; la guerra, que no era sino la rapiña y el homicidio al por mayor.

¿Qué otra cosa eran las tasas que oprimían a ricos y a pobres sino un medio robo, puesto que los Estados hacían pagar a los ciudadanos un precio demasiado alto por los servicios que les prestaban? ¿Y qué otra cosa eran las conquistas sino gigantescos robos acompañados de matanzas?

Los gobiernos no castigaban a los delincuentes porque considerasen los delitos verdaderos y propios males, indignos del hombre, sino porque veían en los transgresores de las leyes otros tantos rivales en aquellas acciones que el Estado, por la fuerza de las cosas, consideraba lícitas sólo para sí mismo, es decir, para sus ejecutores y ministros. No toleraba otro ladrón fuera del fisco y del tesoro; otro homicida fuera del verdugo y el guerrero.

Y esto no sólo fue verdad respecto a los Estados bárbaros, sino respecto a todos, aun de aquellos que se llamaron civilizadísimos; no sólo las monarquías más antiguas, sino también las repúblicas más iluminadas y progresivas. Sólo la fuerza de unos pocos fuertes podía frenar la malicia de muchos. En algunos Estados hubo rudeza más sincera, en otros hipocresía más astuta, pero la esencia fue la misma, es decir, el empleo del temor para asegurar a los temerosos, el uso de la apropiación para pagar a los castigadores de las rapiñas, el uso de la violencia para atemorizar a los violentos, el uso de la crueldad para mantener respetuosos a los crueles.

Todo gobierno, consecuencia de la concupiscencia y de la ferocidad de los hombres, fue castigo querido e ineluctable, peso y tormento para quien lo sufría, riesgo y remordimiento para quien lo encarnaba, delictivo contra el delito, despiadado contra los despiadados.

Si ésta fue su esencia y su interna ley, ¿qué acusación puede moverse contra los que tomaron parte en ella y hubieron de someterse a su mismo principio, a su pecado de origen? Cuando los gobernantes aflojaron y se mostraron débiles e indecisos, siempre fueron castigados por las rebeliones, que dieron el poder a hombres más resueltos, más sanguinarios, más ávidos e implacables que los expulsados.

No tengo necesidad de recurrir a defensas y excusas para mi obra de ministro. La historia del mundo, mirada con ojos lúcidos, es la apología más persuasiva que pueda invocar. Sólo añadiré que los pueblos, formados en gran parte por criminales indefensos, tímidos o reprimidos, fueron siempre envidiosos de los que les mantenían sujetos y que podían realizar lo que a los más les estaba prohibido. Aquel celo rencoroso nacido de envidia y no de virtud, aumentó y exageró siempre los abusos y las culpas de los poderosos. También yo fui víctima de tales calumnias de fuente impura y, por lo que veo, su eco ha llegado hasta este día. En verdad no fui más duro y perverso de lo que exigía mi ingrato oficio ni de lo que lo fueron otros infinitos ministros del poder legítimo. No se me puede echar a mí la culpa de la fiera índole de los hombres, causa primera y única de la forzada ferocidad de los gobiernos.

Si hubo culpa en mí no me toca expiarla, sino a Aquel que creó tan bestiales e imperfectos a los habitantes de la tierra.

DRACÓN

ÁNGEL

¿Recuerdas, tú, Dracón, lo que se dijo de tus leyes?

DRACÓN

Lo recuerdo. Dijeron que estaban escritas con sangre. Hombres de poco juicio o de frágil honestidad pudieron sentenciar de tal modo, no los que supieran de qué puerca arcilla estaba formado el hombre, por lo menos en el siglo en que fui llamado a la vida.

No hacía mucho tiempo que habían salido de las cavernas y de las selvas los supervivientes del Diluvio. Eran, los hombres, bestias recientemente domesticadas, y, por lo tanto, domesticadas imperfectamente, aun en las ciudades que estúpidamente se gloriaban, lo mismo que villanas enriquecidas, de las primeras y escasas adquisiciones de refinamiento. Escorias y estigmas ferinos se descubrían aun en aquellos que se cubrían de púrpura o que hacían de intermediarios entre la envidia de los dioses y el temor de los mortales.

En todos sobrevivía, más o menos celada, la naturaleza rapaz y belicosa de las fieras alpestrés. En todos, en el fondo del ánimo, se hallaba el impulso, más o menos constante, de apoderarse de los bienes ajenos y de quitar la vida al que le hacía sombra o daño.



Alguno era frenado por el temor de la venganza, otros se detenían por el miedo a las leyes. Pero no todos temían lo bastante el sobrepasar deseo y ferocidad. Ladrones y homicidas se multiplicaban también en toda el Ática porque las viejas leyes eran pocas y no suficientemente severas.

Cuando los atenienses, aterrorizados por la altivez de los malhechores, me llamaron para que hiciese unas leyes comprendí que sólo el terror, un terror inexorable, podía cortar uñas y colmillos a los bípedos lobos. No había en mí inclinación alguna a la crueldad, ni me alegraba el corazón, como sucedía a otros, la vista y el olor de la sangre.

Pero estaba persuadido, por la razón y la experiencia, de que no había otro remedio para limpiar la ciudad de tanta bellaquería. Había que ser ferocísimo con los feroces, ser tigre con los tigres. La pena para los homicidas era clara y simple: quitarles a ellos lo que habían quitado a otros. Pero con los ladrones había mayor indulgencia. La ley del talión difícilmente podía aplicarse a mendigos que no poseían nada y que todo lo adquirido lo enterraban o lo dilapidaban. La cárcel no me parecía pena apropiada; no habían sustraído libertad, sino aquellos bienes que son parte y sostén de la vida.

La propiedad era un todo con el hombre, y casi su misma posibilidad de vivir, casi su sangre. El que robaba mi alimento o el dinero para comprarlo era como si intentase arrancarme a mí y a los míos la vida misma. Y creo que no había en aquellos tiempos un griego que no robase o que no deseara robar los bienes ajenos.

También el ladrón merecía, pues, la muerte por su semejanza con el homicida, y por eso en mis leyes amenacé con la pena capital a cualquiera que robase cualesquiera que fuese el valor y la cantidad de las cosas robadas.

Esta ley, sobre todas las demás, me procuró una mala reputación de fiereza a lo largo de muchos siglos. Mas ¿para qué, dime, hubiera debido conservar la vida del que se había mostrado capaz de robar un solo pan? El que era inclinado a la rapiña difícilmente hubiera podido enmendarse. Con el tiempo hubiera pasado desde el pan al oro. No era fácil, en tal materia, señalar medidas: el hurto de una dracma al pobre era igual culpa que el hurto de un talento al rico.

Las almas mixtas, que tienen en sí algo del hombre y del bruto, se podían someter a veces con la razón; las almas innobles, sanguinarias y rapaces sólo se podían atemorizar con la segur. Los hombres no habían de tener repugnancia de mi implacabilidad, sino de su infame y obstinada naturaleza.

No tengo remordimientos. Las vidas que fueron sacrificadas en fuerza de mis leyes ahorraron innumerables vidas y delitos. A muchos, con el terror, los retuve en los confines del bien obrar, con gran ventaja de ellos mismos y del pueblo.

En nombre de aquellos a los que mis duras leyes salvaron de la maldad propia y ajena, no pido perdón, sino alabanza.

## SVAYASURI

Mí integridad no fue nunca manchada. El único Brahma, el supremo, tuvo en mí un obediente fiel. No he traicionado la verdad, no transgredí las reglas santas de mi casta. Y sólo para defender las tradiciones de los padres y la doctrina inmutable me hice perseguidor. Si esto pareció culpa a los ojos de los herejes que vinieron a subvertir las mentes, no tengo ningún temor de pena. Si a ti te fue concedido sondear las almas, te diré lo que suscitó mi ira y tú pesarás mi vida con las balanzas de la divina justicia.

En mi tiempo comenzó a predicar una nueva doctrina Gautama, que renegó incluso a su nombre de familia y fue llamado por sus seguidores ora Sakia Muni, ora Sidharta, ora Buda. Era éste hijo de rey y de casta brahmánica, pero en vez de aceptar con docilidad su destino se rebeló contra la vida, se escondió en el bosque y cuando salió fuera de él se glorió de llevar a los hombres una nueva revelación y prometió vencer para siempre el dolor.

En su juventud, por lo que cuentan sus discípulos, tres cosas le habían entristecido y aterrorizado: la enfermedad, la vejez y la muerte. Y creyó descubrir que toda la vida era dolor y era dolor porque era deseo y todo deseo era vano porque siempre recaía en el dolor. Pretendió enseñar una vía para liberar a los vivientes del deseo, del dolor, de la vida; para interrumpir las reencarnaciones, para volverse a fundir en la unidad suprema, para liberarse de las pequeñeces, para llegar a aquel final y eterno anulamiento que él llamaba el Nirvana.

Buda era un príncipe y su contacto no podía contaminarme. Me acerqué, pues, para escuchar de su boca su enseñanza, pero en vez de arrojarme me indignó. Su espanto frente al dolor me pareció innoble vileza; su condena de la vida, sacrílega demencia; su negación de los dioses, insensata arrogancia.

Este desertor de su casta y de su pueblo deformaba y empobrecía, sin excusa, la realidad. La enfermedad, la vejez, la muerte, le hacían horrorizarse y retroceder. Pero ¿acaso no estaba junto a la enfermedad, la salud floreciente y feliz, que durante largos años permitía toda justa alegría y toda victoria de la felicidad? La enfermedad era una pausa breve en el

largo curso de la salud, un reposo, una defensa, una promesa de curación, es decir, reconquista de un mayor bien. Y antes de la vejez ¿no se le daban al hombre los inocentes placeres de la niñez, las fogosas alegrías de la juventud, las serenas alegrías de la edad madura? La vejez era la última etapa de la vida, no la vida misma; era un sereno ocaso después de una jornada de horas infinitas y plenas. ¿Y no tenía, quizá, la misma vejez su luz propia, su confortamiento y su triunfo, en la más alta sabiduría lograda, en la veneración de los más jóvenes, en la memoria de las experiencias, en el mayor acercamiento al espíritu divino?

¿Y qué era, en fin, la muerte para los que estaban ciertos del renacimiento y de la resurrección? Nada más que el fin de un tiempo de prueba, la esperanza de una infancia nueva, de una nueva juventud, de una nueva virilidad, de una nueva purificación, de otro paso hacia la perfección. Los nacimientos sucesivos no eran suplicios, sino gracias ofrecidas por el amor de Dios para borrar las culpas de las vidas anteriores, para subir cada vez más alto por la escala del ser.

El miedo al dolor no me parecía en Buda y en sus apóstoles más que cobardía, debilidad y pereza, indignas de verdaderos hombres. El dolor podía ser o benéfica expiación de culpas o módico pago de felicidad cada vez más profunda. El que quería suprimirlo era, para mí, un deudor recalcitrante o un loco perezoso. Pero más que nada desdeñaba la intentada y proclamada negación de la vida humana. Si Dios en su divina sabiduría había querido que los hombres existiesen y que su vida transcurriese en el mundo de las apariencias, ¿quién podía atreverse a rechazarla como una tortura demoníaca y preferir a la existencia la vacía y negra nada? La vida estaba hecha de sombra y de luz, pero las luces vencían casi siempre a las sombras; era mezcla de alegría y de dolor, más para los sabios y los buenos, las alegrías superaban siempre a los dolores. La vida era el divino itinerario que partiendo del Ser llevaba de nuevo al Ser; era una certeza de felicidad total, obtenida a través de ascensiones de felicidad combatidas, pero siempre vencedoras. Rechazar la vida era, pues, la suprema ofensa a Dios; desear la nada era la máxima injuria, la más frenética blasfemia contra Aquel que había creado el universo para que fuese morada y redención de los vivientes.

Fue esta mi fe antigua y viril la que me hizo enemigo de Buda y perseguidor de su doctrina, que era insulto contra la divinidad e ingratitud hacia la vida, hija de una medrosa imbecilidad. Si tú eres, como creo, ministro luminoso de Dios, tengo la esperanza de que serás buen testigo de mi guerra contra los desvaríos nefastos de los insensatos.

ANITO

ÁNGEL

Tu nombre está ligado a una de las más inicuas sentencias de muerte de los más remotos tiempos de la tierra. Por instigación tuya fue condenado a beber veneno, en nombre de la justicia, un anciano que más tarde, durante milenios, fue considerado el modelo de los justos. Muchos fueron tus errores; sólo de éste debes exculparte.

## ANITO

No sólo yo acusé a Sócrates, pero de buen grado tomo sobre mí solo el honor de aquella acusación. Si las cosas del mundo, como pensaron algunos, comenzasen de nuevo punto por punto su camino y me volviese a encontrar en Atenas en aquel mismo año y ante los mismos hombres, en la misma coyuntura, volvería a hacer sin vacilación ni temor lo que hice entonces para que se diera muerte al maléfico hijo de Sofronisco. Y si él está aquí y me oye, no me asusto ni me arrepiento y denunciarle a su gusto con sus adiestrados discípulos, acostumbre a decir siempre que sí, como aquellos borriquillos de barro que se daban como juguete a los niños.

He experimentado la injusticia humana durante mi vida y, más aún: después de mi muerte; espero haber llegado, por fin, al lugar donde reina la divina justicia.

Escucha, pues, mis palabras de verdad.

Al omniparlante Sócrates, llorado por tantos papagayos como un milagro de sabiduría, lo conocí demasiado bien. No era, en verdad, más que un artista frustrado. En su juventud intentó ayudar a su padre a ultimar estatuas, después quiso ayudar a Eurípides a componer tragedias, pero era negado tanto para la escultura como para la poesía. De viejo, su demonio le aconsejó que estudiase música, pero era demasiado tarde y estoy cierto de que ni siquiera en aquel arte hubiera conseguido buen éxito, porque las Musas nunca quisieron sonreír a su hocico romo.

Pero este artista fracasado no quiso acomodarse a ser un artesano útil. Su pasión dominante era el hablar, discutir, disputar, tender lazos y trampas de palabras, para gloriarse luego con fáciles victorias. Hubiera podido ser uno de aquellos oradores que en las asambleas públicas guiaban e iluminaban al pueblo, pero a Sócrates le faltó todo sentido político y el verdadero amor a la patria. Era locuaz y gárralo, no elocuente. Se divertía en punzar como una avispa molesta a los inocentes ciudadanos, para sacar a la plaza pública su ignorancia, con la excusa de que tampoco él sabía nada. Después de su fracaso como artista fue atraído por la filosofía, o mejor aún, por la sofística, porque no era otra cosa que un sofista, lo mismo que aquellos sofistas a los que él, un poco por envidia y un poco hipócritamente, combatía. Más astuto, en verdad, que ellos, que no se hacía pagar y que no desdeñaba hablar con los

más humildes y desconocidos, con tal de satisfacer su manía, que era la de hurgar en la mente de los ingenuos y la de exhibir su virtuosismo en la caza de las definiciones.

## ÁNGEL

¿Y te parecían bastantes estas razones para hacer que se condenase a muerte a un hombre como enemigo de la religión y corruptor de la juventud?

## ANITO

Dispénsame. Me he detenido demasiado en colorear el retrato de aquel charlatán. No he dicho todo aún; ahora vengo al punto que habrá de persuadirte.

Quiero ser justo también con Sócrates. Se proponía, y quizás era sincero, hacer mejores a los hombres. Pero los medios escogidos para tal fin eran harto más peligrosos y perniciosos que aquellos vicios que según afirmaba, quería debelar. Eran, como todos sabemos, los conceptos, los silogismos, los razonamientos, los métodos inquisitivos, los juegos de prestidigitación de una capciosa dialéctica. Se le había metido en la cabeza que para obrar bien es preciso razonar bien, que el conocimiento de la verdad es lo mismo que la práctica del bien. Espantoso error, delito evidente contra la humanidad y, sobre todo, contra la juventud.

Para cambiar al hombre, para hacerlo virtuoso, hacían falta armas muy distintas. La moral fundada sobre el razonamiento fue siempre inoperante entre los hombres. Para convencerlos, para transformarlos, se necesitaba la magia del arte, el calor de los sentimientos, el impulso de las pasiones, el soplo del entusiasmo y, sobre todo, la fuerza del ejemplo. Los conceptos generales son demasiado vagos y fríos, cepos lógicos y equívocos que quieren abarcar demasiado y no aprietan nada. Los brutos humanos podían ser transformados en hombres verdaderos por los poetas, por los cantores, por los profetas, por los santos, por los héroes, no ya por los sofismas genéricos de un sofista punzante y puntilloso. Sócrates apagaba en las almas la verdadera fuente de la moralidad y luego pretendía que se volvieran a la virtud. Este artista frustrado rechazaba y sofocaba todo aquello que en el espíritu humano podía llevar al heroico furor y a la locura del sacrificio, a la divina paradoja de la virtud desinteresada.

Y sus doctrinas eran funestas, sobre todo, para los jóvenes. La juventud es imaginación, fuego, impulso, espontaneidad creadora. Sócrates, el maléfico Sócrates, se rodeaba de jóvenes a los que quería reducir a una prematura vejez, enseñándoles la duda, la primacía del juicio frío, la cautela y el análisis, rémoras fatales de toda acción generosa.

Sócrates, en suma, quería fundar la moral sobre el puro conocimiento racional y por esto truncaba los únicos fundamentos activos de la moral, aguzaba las mentes pero secaba los corazones. Si hubiera logrado su intento, toda profunda energía vital se hubiese extinguido en los jóvenes atenienses. Ésta era la corrupción de la juventud y no tengo ningún remordimiento de haberlo acusado ante los jueces y de haber hecho que lo condenaran.

Sócrates no compensaba el veneno de su método con el ejemplo de su vida. No se cuidaba de los asuntos públicos, no practicaba ningún oficio, abandonaba durante todo el día a su mujer y a sus hijos para vagabundear por plazas y tiendas para hablar a su gusto y extender su cola de pavo real filosófico delante de los desocupados. Era un ocioso orgulloso que perturbaba la conciencia y la vida de los buenos ciudadanos. Su humildad era una ficción. Se complacía en citar el oráculo que lo declaraba el más sabio de los hombres y durante el proceso osó decir que, por el bien hecho a Atenas, merecía ser mantenido en el Pritaneo a expensas del Estado.

Si el árbol se ha de juzgar por sus frutos, véase quiénes fueron sus discípulos preferidos. Uno, Alcibíades, con sus locas empresas, fue la desventura de la patria y acabó marchándose a combatir junto a los enemigos de Atenas. El otro, Platón, instiló en las inteligencias la duda sobre la existencia del mundo visible y apartó a muchos jóvenes de la realidad del mundo y hasta de la vida.

También yo fui, en mi juventud, discípulo de Sócrates, pero pronto me di cuenta del mortal peligro de su enseñanza y lo abandoné. Y sólo después de muchos años, conociendo los progresos del mal, me decidí a acusarlo. Tenía setenta años y había dicho ya todo lo que quería decir, y a la cicuta, es decir, a mí, debió por lo menos la mitad de su póstuma gloria.

Yo, por el contrario, fui su víctima. No se quiso ver en mí más que el delator, el acusador de Sócrates. Y, sin embargo, también yo fui acusado injustamente y a duras penas me salvé de la muerte. No obstante, fui compañero de Trasíbulo para liberar a Atenas del yugo de los Treinta Tiranos y por ello obtuve la alabanza de todos los buenos. Pero la plebe es tan mudable que, después de la muerte del nefasto corruptor, me convino huir de la patria que había salvado y refugiarme en Heraclea, donde me tocó una muerte bastante más acerba que la de Sócrates: fui lapidado por un pueblo extraño.

Fui víctima de la ingratitud y de la ferocidad de los hombres, pero nadie compadece mi suerte, nadie me conmisera, los más me insultan, Lauros y laudes son todos para Sócrates, para el envenenador de la vida; a mí me quisieron sepultar bajo un montón de piedras y de calumnias.

Y con todo ni me avergüenzo ni me arrepiento, como te dije, de lo que hice, y volvería a repetirlo mañana. Sócrates, con su máscara de sabiduría, era un portador de veneno para la juventud y para la grandeza de la patria; era sumamente justo que muriese por el veneno. Y la mayor parte de los atenienses, en aquel día, estuvieron de acuerdo conmigo. Los posteriores ignorantes glorificaron a Sócrates e infamaron a Anito, pero estoy cierto de que el Juez de los humanos juicios me hará, finalmente, aquella justicia que espero desde hace tantos siglos.

CATÓN, FLAMININO

ÁNGEL

A ti, Marco Porcio Catón, llamado el censor. Te llamaron tus aduladores el Demóstenes de Roma, y no te faltará en esta última causa el nervio de la elocuencia. Cincuenta veces fuiste públicamente acusado por tus conciudadanos y hubiste de aprender bien las artes de la defensa.

CATÓN

No entiendo de qué defensa pretendes hablar. ¿Tengo acaso necesidad de que me defienda la palabra? ¿No basta abrir el libro de mi vida? No me propuse otro fin que practicar las virtudes mayores que convenían al hombre privado y al ciudadano, y, a semejanza del atleta que llega victorioso al final de la carrera, espero corona y no látigo. Pues no sólo procuré ser puro en actos y pensamientos, sino que siempre quise extirpar la corrupción de las costumbres y denunciar la malicia de los hombres, aun de los grandes y famosos, y aunque mi odio contra el vicio atraía sobre mí el odio de los poderosos.

ÁNGEL

¡Cuidado, Catón, que inspira invencible sospecha el que se alaba a sí mismo, el sedicente justo orgulloso de su pureza! Harto mejor sería que buscaras con humilde severidad tus culpas y que dejases a otros el cuidado de mostrar tus virtudes.

FLAMININO

¿Permitirás que un contemporáneo y conciudadano suyo, que lo conoció bien, ayude a la memoria perezosa de Catón? Si tu justicia lo consiente te diré con mesurada sinceridad cuál fuese la naturaleza de éste.

ÁNGEL

Habla, si tu solo deseo es dar testimonio de la verdad. Y recuerda que tú también serás acusado y juzgado.

CATÓN

¿Con qué derecho se entremete este inoportuno en nuestro coloquio? Si amas la equidad no toleres que hable. Fue mi amigo en vida y hube de reprocharle en pleno Senado. No quiero, en modo alguno, que hable.

ÁNGEL

Te olvidas, Catón, que aquí no estás en la Curia o en el Foro, cuando un movimiento o un grito tuyo doblegaba a tu gusto la voluntad de los Quirites. Aquí puedes recibir mandatos, no imponerlos. Tú, Flaminio di lo que has prometido.

FLAMININO

Has de saber, pues, que la celebrada rigidez y rectitud de Catón no fue otra cosa que máscara y pretexto para satisfacer el hastío, el resentimiento y los celos.

Si la primera señal del hombre sabio y virtuoso es la natural benevolencia del ánimo, juro que Catón no fue ni virtuoso ni sabio. Toda su vida no fue más que odio inconfesado o desfogado. De todo y de todos fue enemigo. Enemigo de los patricios y de los ricos, enemigo de los filósofos y de los médicos, enemigo de los Griegos y de los Cartagineses, enemigo de las artes más refinadas y de las alegrías más exquisitas del espíritu, enemigo hasta de las mujeres. Pero su enemistad no nacía de filosófica ascesis o de espontáneo afecto del bien. Toda su aversión tenía la raíz en la envidia, en la rudeza o en la impotencia; toda su renuncia a los placeres comunes tenía por fin su insaciable y cruel deseo de envenenar y prohibir los placeres ajenos.

Vivió a modo de pobre, pero no por sincero amor a la sencillez, sino para tener el derecho de arrojarle contra el lujo y la elegancia, contra lo que hacía más cómoda y bella la vida.



Fue rígido y recto en el manejo de la cosa pública, pero sólo para que no le fuese arrebatado el contentar su gusto más feroz, que era el de criticar, de acusar, de zaherir, de perseguir. Su pureza fue una coartada; su austeridad, un puñal. También él fue un vicioso voluptuoso y su voluptuosidad consistía en turbar los ánimos de los demás, en infamar a los famosos, en contristar a los alegres, en arrebatar la libertad a los libres.

Ávido de honores y de alabanzas, fue celoso de las grandezas ajenas y sus pertinaces acusaciones suscitadas por la envidia abreviaron la gloriosa vida de Escipión.

Se opuso a los aristócratas por rencor de plebeyo encumbrado; despreció los elegantes contornos y ornamentos de la vida por nativa rusticidad y cerrazón de viejo campesino; hostigó las más audaces creaciones de la filosofía y de la poesía porque su mente estrecha, vuelta únicamente hacia lo útil y lo práctico, no sabía elevarse a las desinteresadas y nobles contemplaciones.

Se colocó como adversario de los ricos no ya porque condenase en sí la adquisición de las riquezas, puesto que él mismo se ingenió para procurárselas y aumentarlas, aun por medios abyectos, tales, por ejemplo, la especulación sobre la cría y la venta de esclavos, la especulación sobre la compraventa de las tierras y la usura. No detestaba, pues, el dinero, sino que al ser por naturaleza mezquino y rencoroso, condenaba a los que se servían del dinero por amor a la liberalidad y a la magnificencia, para hacer menos oscura y menos dura la vida. De su avaricia sólo recordaré dos pruebas: que vendía los esclavos que habían envejecido a su servicio para que no le sirviesen de molestia en sus últimos años, y que transformó su casa, para su ventaja, en una especie de burdel, permitiendo que los esclavos se entretuviesen, al son de dinero, con sus esclavas.

Censuró con frecuencia a las mujeres, a quienes echaba la culpa del avance de la blandura y de la suntuosidad de la Urbe, pero luego no podía prescindir de ellas. Al quedar viudo y ya viejo de más de setenta años, se servía para su lujuria de una esclava joven y sólo para evitar el escándalo se casó en segundas nupcias con la jovencísima hija de uno de sus clientes.

Éste fue, representado en breves rasgos, el integérrimo Catón, el incorruptible censor Catón, es decir, el envidioso, el avaro, el codicioso, el lascivo, el despiadado Catón, que ostentó virtud para saciar odio y crueldad.

ÁNGEL

Has dicho bastante, Flaminio. Oigamos ahora a Catón, si quiere responder.

CATÓN

Ahora que mi enemigo ha vomitado toda su hiel, una sola cosa añadiré, para ti, no para él, no en mi defensa, sino en memoria de la verdad. Hubo en mí, supremo y prepotente, el amor a mi patria y a su grandeza. Todo lo que hice y pensé, por oprobioso o sublime que os parezca, lo hice y lo pensé para la salvación y la gloria de Roma. Si en mí hubo odio hacia muchos —y no quiero indagar si fue odio contra el mal o contra las personas—, afirmo y proclamo, aun a riesgo de mi segunda muerte, que para conservar sanas y gallardas las repúblicas es necesario odiar, odiar tenaz y fuertemente. Apenas los marchitos griegos y asiáticos pudieron infestar y apestar libremente a Roma, comenzó su decadencia, se preparó su caída. Con el amor se salvan, quizá, las almas, según la nueva doctrina venida de la Judea, pero no se conservan los imperios. Y si viví para salvar a mi Roma, no me importa, por amor a Roma, ser condenado. El Dios óptimo y máximo que amó y odió a los hombres hasta el punto de exterminarlos podrá entender, mejor que todos vosotros, cuál era el temple y la alteza de mi ánimo.

RODRIGO MALDONADO

ÁNGEL

Tú sabes, doctor Maldonado, cuál es la mayor culpa de que te acusa la historia humana: haber ridiculizado la esperanza del genio, haber retardado con la ceguera de tu pedantería el descubrimiento de un nuevo mundo.

¿Te ha hecho la verdad del hecho arrepentirte de tu pecado contra el espíritu?

RODRIGO MALDONADO

De más culpas estuvo manchada mi vida, que los hombres no conocen. Engañé a un joven inexperto para arrebatarle una casa que me gustaba; afirmé varias veces lo falso para sacar de ello ventaja o para defenderme; fui durante años y años fornicador y adúltero; sufrí el vergonzoso mal de la envidia. De todos estos pecados me confieso y me arrepiento; aquel que tú dices me pesa bastante menos en el alma.

Era doctor en Salamanca y fui llamado para examinar la famosa propuesta de Colón

de llegar al Oriente por el Occidente. Este hombre, en seguida, me agradó poco. Con su capa raída, con sus ojos vacilantes, entre el sueño y el orgullo, con su castellano italianizado, con su quejumbrosa pertinacia, me pareció un marino aventurero, un visionario ambicioso y nada más.

Tres máximos defectos hacían menos grata, a mi juicio, su triste figura de postulante: era pobre, era extranjero, no estaba doctorado por ninguna universidad. Entre los que patrocinaban su causa había un judío renegado y un camarero del Rey, personas a las que yo no tenía razón para estimar. Y ciertamente fue pecado esta desconfianza: el Evangelio hubiera debido recordarme el amor que se debe a los pobres, a los extranjeros, a los indoctos.

Por otra parte, la altivez de Cristóbal no me disponía a escucharle con mente desprevenida.

Por sus discursos agitados y delirantes parecía un fantaseador más que un cosmógrafo, un aventurero más que un capitán. En unos momentos proclamaba que su empresa tenía por único fin la conversión de los infieles a la fe cristiana, pero luego ponía delante, como estímulo para aquella navegación a través de lo desconocido, las ilimitadas riquezas que se encontrarían en los reinos lejanos donde él contaba llegar por una impensada vía.

No alcanzaba a comprender si lo movía solamente el amor a Cristo o a nuevos triunfos de la Cruz, o, más bien, la avidez de aquellas fabulosas riquezas que hacían brillar su mirada. A veces se encendía como un apóstol, como un profeta enamorado de la gloria de Dios; a veces, como un mercader ofuscado por la visión del oro.

Un día me confió, en gran secreto, que contaba con descubrir, en su viaje a través del no surcado océano, nada menos que el Paraíso Terrestre que, según la opinión de un famoso poeta de su país, debía de yacer en el hemisferio austral, hasta aquel día jamás surcado por proas de hombres. Aquel propósito me pareció delirio presuntuoso, más bien sacrílego, como contrario a la Sagrada Escritura, que pone el Edén entre cuatro ríos y no en medio del desierto de los mares. Pensé, por esto, que sería temeridad inconsiderada arriesgar los bajeles y los súbditos de Su Majestad Católica en una aventura dictada por la fantasía de los poetas más que por los cálculos de los doctos.

Poco me persuadían los cálculos de la ruta y de las distancias, aunque Cristóbal se afanase en examinar ante mis ojos ciertas cartas llenas de cruces, de estrellas y de círculos, trazados por hombres que jamás se habían movido de las orillas de Europa. Y, en efecto, en sus viajes él jamás llegó a la India ni al Catay, como se gloriaba de poder hacer, pero encontró islas nuevas de un nuevo continente del cual nunca dijo una palabra en su apasionado razonar.

Reconozco, sin embargo, que hubiera debido escuchar con más atenta benignidad los discursos y las súplicas del futuro almirante. Lo que fue realizado por él en los años que siguieron y mudó la figura y la imagen de la tierra, su admirable constancia frente a los obstáculos interpuestos por la naturaleza y por los hombres, la fortaleza de su ánimo cuando fue castigado por la ingratitud de los poderosos, lo hicieron digno, más tarde, de mi respeto. Sabía leer en los viejos libros, no había sabido leer en el alma de un hombre más grande que su destino.

Pero si reflexiono sobre los efectos de aquel descubrimiento engrandecido, casi desaparece mi remordimiento.

Los nativos de aquellas tierras, que hasta entonces habían vivido en paz y en una natural inocencia, fueron las víctimas de la crueldad y rapacidad de los seguidores y sucesores de Colón. El testimonio de Las Casas dirá cuál fue la horrible suerte de aquellos pueblos. Más que la fe de Cristo recibieron como don las persecuciones de Satanás. Pocos y débiles, los misioneros; muchos, insaciables e implacables, los conquistadores, que se arrojaron contra aquellos infelices como manadas de lobos en medio de rebaños indefensos, a la busca de oro, de mujeres, de botín y de exterminio. La corrupción y la extorsión reinaron en el nuevo continente; los primeros poseedores fueron desposeídos por la violencia y tuvieron, en cambio, bebidas inebriantes y una fe que, aunque verdadera y santa, se convirtió pronto en superstición de ritos y máscara obligada.

Aún más grandes fueron los males que aquel descubrimiento y aquella conquista aportaron a mi desventurada patria. A los caballeros de Cristo que habían libertado a España de los Moros, a los santos que tanto habían acortado el camino entre el alma y Dios, siguieron poco a poco turbas de bandoleros famélicos, de corsarios despiadados, de mercaderes voraces, de gobernadores ávidos y feroces que procuraron a mi nación la envidia y el odio del mundo.

España prosperó durante algún tiempo, merced a los lingotes de oro de los galeones, pero aquel oro fue su veneno, su tentación diabólica, el origen de su decadencia y de su miseria. Al cabo de tres siglos los españoles eran más andrajosos y despreciados que en tiempos de Colón; y las gentes de América, ayudadas por los celos de los reinos rivales, se rebelaron contra nuestros Reyes, de modo que no nos quedó ni siquiera una playa, ni siquiera un escollo, donde se alzase todavía el pendón de Fernando e Isabel. Éstos fueron los frutos del descubrimiento del genovés, fatalmente marchitos poco a poco en los pecados y en los errores de la nación española.

Si vuelvo a pensar en lo que sucedió después de mi muerte, siente casi disiparse el remordimiento de aquella antigua culpa que muchos, por ligereza de espíritu y cortedad de

vista, me han reprochado.

Si ésta sola fuera la acusación y si yo no supiese, por el contrario, qué otros pecados gravan mi conciencia, podría confiar sin soberbia osadía en la bondad omnividente de mi Redentor.

## TORQUEMADA

La hipócrita represalia de los rebeldes y la imbecilidad lacrimosa de la plebe me representó en la tierra como un asador infernal vestido de fraile que por fanatismo frenético y feroz ambición se complacía en enviar turbas de inocentes a las llamas.

En verdad, yo siempre me inspiré, para mi terrible oficio, en el bien de la sociedad civil en la tierra, y la salvación de las almas para la segunda vida. La unidad espiritual del pueblo es necesaria para la paz y la prosperidad de las naciones; sin orden y justicia aun el ejercicio de la virtud resulta, para los más, casi imposible. Si no hay unidad de fe, concordia de espíritus, no puede existir tampoco aquella unidad moral y política que es la primera condición del bien común. Realicé, pues, obra necesaria condenando a quienes intentaban quebrantar y romper esta unidad. Los judíos no eran sólo los descendientes de los deicidas, sino que son de otra sangre, de otro culto, de otra índole, enteramente contrarios a la naturaleza de los pueblos cristianos. Los musulmanes eran invasores infieles, enemigos del nombre y del imperio cristiano. Los herejes eran todavía menos excusables, porque se sustraían simultáneamente a la autoridad del pontífice y a la del rey.

Y tal extirpación de los obstáculos para el beneficio supremo de la unidad no era contraria al espíritu del Evangelio, como andaban gritando los calumniadores. Una parábola famosa ordena al campesino prudente que arranque la cizaña que ha crecido entre el grano y que la eche al fuego. Y Jesús aconsejó también sacarse el ojo o cortar la mano que servía de escándalo. Cuando el escándalo está en el pensamiento, esto es, en la cabeza, no hay otro remedio para el escándalo que la muerte; tremenda necesidad, pero necesidad.

Yo fui el campesino cuidadoso y obediente que se preocupó de quitar las hierbas venenosas del buen trigo de la Cristiandad

Y después la verdad cristiana se me apareció tan clara y evidente, derivada de la Revelación, confirmada por la Razón, comprobada por las profecías y aprobada por los milagros, que ningún hombre sano de espíritu y puro de corazón podía negarla y rechazarla. A los contradictores, a los desterrados, a los revoltosos, los juzgué como de mala fe, esto es, en culpa más que en error. Erraban porque querían errar, conocían la luz y escogían

deliberadamente las tinieblas. No había, pues, que compadecerlos únicamente como a aquellos que por debilidad de la mente son seducidos por el error, sino que había que reprobarlos y detestarlos al ser llevados al error por malicia pertinaz y voluntad determinada. A través de la purificación del fuego salvé para siempre sus almas. Con el tormento de pocas horas las sustraje a los tormentos eternos. La dura expiación terrena los hizo dignos de la indulgencia celestial. Entregué al fuego las carnes mortales para salvar las almas inmortales.

Mi tarea era ardua y grave, y yo he sufrido por la obstinación y el sufrimiento de los heresiarcas bastante más que éstos pudieran imaginar. También yo fui criatura humana, también yo tuve un corazón, también yo fui tentado de continuo por la piedad. En mi interior hubo siempre un encarnizado conflicto entre mis deberes de preservador de la fe y mis impulsos de perdón, y a veces fui vencido por estos impulsos. Y lloré secretamente cuando tuve que condenar y secretamente me alegré cuando pude absolver. Pero de todo lo que hice para defender la unidad amenazada, necesaria al género humano, no me arrepentí ni rae arrepiento.

ÁNGEL

¿Estás seguro de que en aquella acérrima defensa de la unidad no te movieron también razones temporales y cálculos políticos? ¿Y estás verdaderamente cierto de que en tu naturaleza no hubo, quizás inconscientemente, una complacencia morbosa en los terrores y en los tormentos ajenos, un punto de orgullo por el temor que inspiraba tu poder, alguna esperanza de provecho o, al menos, de fama?

TOROUEMADA

¿Y no sabes tú cuán pavoroso es el temor de aquel que inspira el terror? ¿Y no recuerdas que por mi obra no recogí más que el desprecio y el odio de muchos en vida y perpetua infamia después de la muerte? Yo fui, si pequé, la mayor víctima de mi pecado.

CROMVELL

ÁNGEL

Esperamos de ti, Oliverio Cromwell una palabra clarificadora sobre las extrañas e increíbles contradicciones de tu vida. Hiciste cortar la cabeza a tu Rey porque no respetaba la libertad del pueblo y después, al ocupar su puesto, llegaste a ser tirano bastante más duro que él lo fuera. Hiciste cortar la cabeza a tu Rey en nombre de los derechos del Parlamento y

luego, por dos veces, hiciste expulsar a los miembros del Parlamento que se oponían a ti, por mano de soldados. Predicaste la justicia y la humanidad y luego hiciste juzgar y condenar a tu Rey por un tribunal de sus enemigos y por culpas no contenidas en las leyes. Te gloriaste de ser seguidor y defensor de la religión de Cristo y luego hiciste asesinar, expoliar y deportar a todos los que adoraban a Cristo de modo diverso al tuyo. Te presentaste al mundo como defensor de la independencia de la nación y luego te obstinaste en someter por las armas a Escocia e Irlanda, que no querían caer bajo tu dominio. Fuiste, en suma, un cristiano perseguidor de cristianos, un republicano que acabó déspota sanguinario, un soldado que se transformó en asesino. Éste es el compendio veraz de tu vida. Te pedimos las razones de aquellos contrastes y de aquellos enigmas.

## CROMWELL

No hablaré. No diré ni una sola palabra para defenderme ni para acusarme. En todo lo que hice y dije seguí la inspiración de mi conciencia guiada por el pensamiento de la presencia de Dios y del bien de mi nación. Si obré según el querer divino seré salvo sin que yo pronuncie palabra. Si, por el contrario, erré, toda mi elocuencia, aunque fuese mayor que la del apóstol Pablo, no podría mudar un ápice del decreto de la divina justicia. En vida fui siempre juez y nunca estuve en el banco de los reos. Si hoy soy también un acusado no quiero otro juez que Dios mismo.

## WILLIAM PITT

Nada te diré de las vicisitudes de mi vida y de mi gobierno. El reino que durante tantos años regí, que parecía tan poderoso y era tan soberbio, ya no es más que pálida reminiscencia de sombras, el párrafo casi borrado de una historia muerta.

Hablaré sólo de mi alma desgraciada y hablaré sin astucia, no callando ni disimulando nada. Olvidaré el haber sido dominador de comicios y de Parlamentos y haber puesto la mentira al servicio de la causa que a mí me parecía justa, haber engañado a los hombres por el deseo de salvarlos y de salvarme.

En mi vida incurrí en errores, caí en culpas, cometí pecados, rocé el delito. Durante larguísimos años fui ministro de un Rey que era al mismo tiempo incapaz e importuno, jefe de un pueblo ambicioso y rencilloso, estuve al frente de un partido que me sostenía al modo que la parrilla enrojecida sostenía al antiguo mártir.

El drama del rector de pueblos, medido con las pobres medidas terrenas, era terrible. Grandes las responsabilidades, grande el riesgo y la carga, pequeños los hombres, los

instrumentos, los apoyos.

Un ministro, en mi tiempo, era legal y teóricamente responsable ante el Rey, ante el Parlamento, ante el pueblo, ante la historia, ante Dios. Y, sin embargo, no era más que un hombre, un hombre con sus debilidades, con sus lagunas, con sus vínculos, con sus vicios, un hombre con un solo corazón y una sola inteligencia lo mismo que todos los hombres, pero con mayores presunciones y cargas que los demás hombres.

Había que tomar, a veces, decisiones que comprometían a la nación entera, y la vida de sus hijos, y su honor y su futuro, y eran decisiones que no se podían aplazar o apartar, decisiones que había que tomar inmediatamente en medio de obstáculos y opiniones y contraopiniones y tumultos e intereses de toda clase.

Durante mi vida tuve que llevar mi país a la guerra. Mi conciencia, mi inteligencia, mi previsión, me decían que aquella guerra no podía evitarse, que la paz a toda costa hubiera sido más vergonzosa que una derrota. Sin embargo, mi ánimo estaba más ansioso y estremecido que ningún otro. Yo sabía lo que significaba la guerra, y los sacrificios del pueblo, y los gastos graves hechos más graves aún por el pillaje, y las privaciones, los dolores, el despilfarro de riqueza, de tiempo y de sangre. Aunque la guerra parecía favorable a nosotros, no me faltaban remordimientos y temores.

En tiempo de paz el drama del ministro era diverso, pero igualmente trágico.

Tenía que contentar a un monarca de origen extranjero que pensaba, sobre todo, en los intereses de su dinastía y en la satisfacción de su vanidad; a un pueblo que, lo mismo que todos los pueblos, estaba descontento de los que lo gobernaban y hubiera querido hacerse el más rico y glorioso del mundo a costa de no pagar impuestos y de no ir a la guerra; a un Parlamento donde poquísimos pensaban en el bien de la patria, y los más, por el contrario, en los propios asuntos y en los de sus amigos, en los artículos de las gacetas y en los aplausos de la plebe; a un partido que me reconocía como jefe con tal que obedeciese a sus sugerencias, sus deseos, sus presiones.

No podía contar con mis colaboradores, a menudo ineptos, a menudo corrompidos, a menudo traidores, desleales siempre; ni con los plumíferos, que ponían el ingenio y el rencor al servicio del que mejor pagase; ni con el pueblo, dispuesto siempre a criticar y a refunfuñar y raramente a sostener y aplaudir.

Estaba, pues, casi solo y, sin embargo, tenía que afrontar y evitar las insidias de los rivales, los asaltos de los partidos contrarios, las pretensiones de los cómplices, las discordias



de los partidarios, las calumnias de los libelistas, los humores variables de los salones y de las plazas, las asechanzas de los envidiosos, las ambiciones de los mercaderes, las intrigas de los grandes, las vacilaciones y los caprichos del Rey.

No era posible pensar en todos, proveer a todos, contentar o debelar a todos. Por todas partes bocas abiertas para gritar, manos tendidas para arrebatar o mendigar, sonrisas más temibles que carcajadas. Hubiera necesitado las fuerzas de Hércules y los tesoros de Eldorado.

Tal fue mi drama durante largos y largos años, durante temporadas Infinitas y desesperadas. Para defenderme tuve que ser mentiroso y perjuro, para defender a mi Rey y a mi pueblo tuve que urdir engaños y ordenar estragos. Y no obstante toda prodigalidad en el pecado, llegó al fin la impopularidad, el abandono, la catástrofe. El protagonista del drama fue también la primera víctima. Después de todos los cotidianos suplicios de mi dignidad, fui, como siempre acaecía, arrojado y maldito.

Dios juzgará si después de esta expiación he de esperar alguna otra más larga y más dura.

DICTADORES

ROSAS

ANGEL

Tú, Rosas, sólo viste en el poder el exterminio de tus enemigos, que también habían nacido en tu misma tierra y de tu misma sangre. La tuya, más que dictadura, fue carnicería.

¿Cómo podrás responder de tanta sangre?

Rosas

Respondo a ello del mismo modo que cualquier otro regidor de pueblos. Todos los que fueron llamados a reinar sobre naciones divididas y turbulentas han tenido que recurrir a condenas y matanzas. Todos, aun aquellos que representaban a Cristo en la tierra, aun aquellos que se presentaban como portadores de libertad y de felicidad.

Las pasiones encendidas en los corazones de los hombres no podían apagarse más que con el terror y la muerte. En tiempos de bonanza se podía reducir la sangría; en tiempos de guerra civil era forzoso matar en grande sin piedad. No había otra elección: renunciar al poder y a la vida o dar todos los días trabajo a los fusileros y a los verdugos. Los semibárbaros —y los hombres de mi tiempo y de mi país eran salvajes malamente barnizados de civilización— no podían ser doblegados con palabras elocuentes o persuadidos con razonamientos sutiles. Ni siquiera la amenaza del fuego los domaba; sólo comprendían el lenguaje que salía de las bocas de los fusiles, de las pistolas y de la artillería; no se sometían a otra luz que no fuese la del sable y del machete. No soy yo el autor de los hombres y el responsable de la perversa obstinación que constreñía a todo dominador al uso de la fuerza.

Y no se crea que la caza de los hombres fuese para mí un gran solaz. Te confesaré, por el contrario, que mis noches eran, a menudo, angustiosas, infernales. Yo no era, por nacimiento y naturaleza, una fiera; todo cadáver acrecentaba el peso que me quitaba el sueño y el aliento. Ciertas órdenes le costaban a mi corazón bastante más de lo que revelaba mi rostro. Las multitudes de los muertos ocupaban todo mi cielo; me sentía hundir, a veces, en un fango rojo.

Pero no era posible volver atrás. Cada día resurgían bandas de insurrectos, confabulaciones de traidores, movimientos de descontentos y adversarios. Había que cortar, truncar, extirpar, diezmar sin reposo.

Muchas veces deploré no haber permanecido en las ilimitadas pasturas de mi padre, junto a mis gauchos, y no haberme contentado con reinar sobre los inmensos rebaños de terneros y de toros. Hubiese sido más libre, más feliz y más inocente.

Pero había en mí el instinto y la ambición del mando. Quien no ha probado la delicia del poder absoluto, aquella taciturna embriaguez que nace del ejercicio y del imperio de nuestra voluntad sobre las manadas de los inferiores; quien no ha probado el placer soberano de leer la obediencia, el temor y el entusiasmo en todos los rostros que te circundan, no puede comprender y, por consiguiente, no puede juzgar a los que por virtud propia, por efecto de atrevimiento y de victorias, ascendieron desde súbditos a príncipes, desde subordinados a dueños. Sentir en las propias manos un pueblo entero, imaginarse guiarlo, refrenarlo, hacerlo más potente y glorioso, era la suprema alegría que pudiera corresponder a un hombre que fuese digno del nombre de hombre. Alegría que era necesario pagar a un precio terrible. Era necesario cortar en la carne viva, diezmar al pueblo mal sometido, asumir delante de Dios la responsabilidad de toda aquella sangre, donde la inocencia estaba por necesidad mezclada con la culpa, y, finalmente, pagar aquella doma de las bestias humanas, con el exilio, con la muerte. Me sustraje de la condena a muerte con el destierro. Veinticinco años de triste exilio en tristes países después de veinticinco años de tristes triunfos bajo el sol de mi patria.

No bastó el destierro para aquietar mis remordimientos, pero no basta tu invectiva para disipar mis razones.

## CORO DE LOS JEFES DE GUERRA

Nuestro corazón no tembló, ¡oh Dios!, cuando te invocamos en la vigilia y al término de nuestra empresa de estrago.

No tembló nuestra voz para pedir el apoyo de tu fuerza para debelar la fuerza de los enemigos.

Nuestro orgullo insensato quería que Tú fueses nuestro celestial aliado, que Tú caminases a la cabeza de los ejércitos como el general invisible de legiones exterminadoras.

Se pretendía que Tú, autor de la vida, te hicieses el cómplice de la destrucción y el favorecedor de las matanzas.

No bastaba a nuestro odio la guerra entre los hombres, sino que se soñaba con que también los Dioses descendieran al campo de los unos contra los otros, para mostrar quien fuera el homicida más poderoso.

Infinitas veces se imploró el socorro del mismo Dios implorado por nuestros adversarios como si el Dios del Amor pudiera desdoblarse para mejor diezmar a sus hijos.

Ahora, por el contrario, nuestro corazón tiembla como jamás tembló en las horas más terribles de nuestra vida.

Tiemblan, al pronunciar Tu nombre, nuestros labios avezados ya al duro placer del mando.

¿Podrás olvidar, Tú, Dios de la paz, cuál fue nuestra obra sobre la tierra?

Tú sabes cuánto dolor costó nuestra grandeza, Tú conoces sobre qué cimientos de carne y de huesos se alzó nuestra gloria.

El rojo del fuego fue nuestro heraldo, el rojo de la sangre señaló las etapas de nuestro camino.

Semejantes a vengadores sin ley y sin piedad nos lanzamos sobre el mundo para violar los confines, para abatir las naciones, para degollar a los pueblos.

A nuestro paso se apagaron los hogares, pero se alzaron los incendios, lloraron las madres pero rieron los saqueadores, agonizaron los hijos, pero fueron violadas las hijas.

Donde maduraban a Tu sol las mieses para el hambre de los hambrientos dejamos soledad de raíces ennegrecidas; donde surgían las ciudades dejamos montones de piedras y ruinas humeantes; donde se extendían campos generosos de sombras y de frutos dejamos la desolación del desierto; donde la tierra había acogido la semilla del pan dejamos una horrible sementera de cuerpos sin alma.

Fuimos los más infatigables proveedores de la muerte, los más diligentes abastecedores de hospitales y de cementerios.

Bastantes más cadáveres fueron amontonados por nosotros que por las pestes y por los volcanes; hartos más ruinas que por los terremotos y por los torbellinos.

La rapiña fue nuestra compañera, la carestía nuestra retaguardia, el hambre y la desesperación nuestra herencia.

A pesar de todo, a despecho de todo, los hombres seguían, obedecían, admiraban y casi adoraban a los grandes segadores de hombres.

Los soldados, que bajo nuestras banderas arriesgaban cada día la vida y que cada día veían aclarados sus rebaños, no se rebelaban, no maldecían, no desertaban.

Había en muchos de ellos las mismas pasiones nuestras y aceptaban serenamente toda miseria y todo peligro, impulsados por los reflejos del botín y de la victoria.

Venían detrás de nosotros cantando, turbas dóciles y, a menudo, alegres; a través de estepas salvajes, montañas nevadas, regiones desconocidas, hostiles, remotas.

Renunciaban, para ser carne de hierro y de cañón bajo nuestras órdenes, a la dulzura de la casa, de la familia, de la patria, de todo humano afecto.

Nuestro pueblo se embriagaba con aclamaciones a nuestra vuelta; los mismos pueblos vencidos no lograban reprimir, aun en el rencor y en el terror, una mal reprimida admiración hacia aquellos que los habían sometido a la miseria, a la vergüenza y a la esclavitud.

Los sacerdotes suplicaban a Dios por nuestra salvación; los volúmenes de las historias y los muros de las ciudades estaban llenos de nuestros nombres.

Durante siglos y siglos nuestras imágenes de piedra y de metal cabalaron orgullosamente sobre las plazas iluminadas de las metrópolis y nuestros brazos eternamente inmóviles blandieron las espadas herrumbrosas en el cielo solitario de las noches.

Los hombres se hacían gustosamente esclavos de los grandes maldores de hombres con tal de que esperasen un reverbero de gloria, un jirón de honor, un puñado de botín, el orgasmo de la destrucción y de la revancha.

Pero los más de nosotros conocieron en secreto las melancolías del desengaño, las angustias de la derrota, las tentaciones de lo imposible, las punzadas del remordimiento.

La suerte de los antiguos Estados, la vida de inmensas multitudes era confiada a nuestras manos y nuestras manos eran débiles manos de hombres, de hombres no siempre humanos y siempre no sobrehumanos.

Nuestro arte era un juego, un horrendo juego que tenía por apuesta la vida y la muerte de los pueblos-

No todos, entre nosotros, jugaban bestialmente aquel juego por gusto de matanza y por ansia de latrocinio. Los menos indignos de nosotros buscaron en la guerra un placer del intelecto profético y un desahogo de más nobles pasiones.

El general era, a sus ojos, un matemático y al mismo tiempo un poeta, una mente que había de resolver problemas, una imaginación que debía mover la fuerza bruta de los hombres, una voluntad que tenía que doblegar las almas y cambiar la suerte de las gentes.

Vencer con el poder del ingenio, superar el ingenio ajeno y la ajena potencia, cabalgar por país enemigo acosando al enemigo, destrozando toda barrera, entre gritos de júbilo y gemidos de fugitivos, hacer resurgir la esperanza en los derrotados y poner el pie sobre la nuca de los caídos, mudar la faz del mundo, imponer nuevas leyes y civilizaciones, nueva lengua y nueva fe, dilatar un imperio o salvarlo o destruirlo, eran para nosotros placer de un genio que casi nos igualaba a los poetas.

Pero ahora que nuestra nombradla no es más que soplo de viento sobre las sombras de los ocasos, ahora que nuestros monumentos son precipitados desde los pedestales de mármol, en las fauces de la nada, ahora que el serpentear de las fronteras ha desaparecido como surcos de niños en la arena después de la marca, y ha desaparecido el confín mismo de la tierra en el firmamento y todo está consumado en el error del tiempo, ¿qué queda ¡oh Dios! de nuestra sangrienta grandeza y de nuestra obra?

Aquellos pedazos breves o grandes de tierra que los padrones y los anales de los hombres llamaban provincias y reinos, imperios y continentes; aquellas prominencias estrechas o ilimitadas de tierra que conquistamos o reconquistamos con tanto dispendio de sangre, de esfuerzo, de aflicción, de ingenio, de llanto y de infamia fueron perdidos y reconquistados, y vueltos a perder y devastados y divididos y recuperados, y arrebatados y rescatados y reunidos y liberados y reincorporados y entregados y reivindicados y abandonados veces y veces en el transcurso de los milenios.

Cada terrón, en el último capítulo de la historia, había sido pagado muchas veces a peso de carne y de lágrimas y no pertenecía a ninguno de aquellos que se lo habían disputado; cada trozo de piedra había sido golpeado por el casco de los caballos de cien conquistadores y ya no era de ninguno.

Todo el ímpetu de los héroes y el genio de los capitanes tienen ya un solo nombre, un doloroso y único nombre: lo inútil.

¿Qué podemos, pues, esperar de Ti, Dios del perdón, de quien aún en nuestras acciones de gracias hemos blasfemado, puesto que te acusamos de haber favorecido y bendecido el fratricidio?

Si hubo en nosotros algún átomo de clemencia, de piedad, de horror, de arrepentimiento, recuerda esto sólo, de modo que todo lo demás, arrastrado por el peso de la infamia, se hunda para siempre en la infinita misericordia de la nada.

## CAPITANES Y SOLDADOS

### ILUSIUM

Que Asur, el dios grande de los ejércitos, me proteja y me salve porque siempre lo he servido y siempre le ofrecí sacrificios al término de cada guerra.

Salmanasar, mi rey fuerte y victorioso, puede dar testimonio de mi vida. Lo seguí fielmente en sus campañas; mi brazo, sin cansarse jamás, golpeó a sus enemigos. Cada año en el mes de Tammuz acompañaba al carro del Rey por los desiertos y las montañas para castigar a los pueblos rebeldes o arrancar nuevas tierras a los otros reyes. Durante años y años fui el soldado obediente de mi Rey. Por servirlo dejaba mujer e hijos en mi casa y sufría a veces hambre, a veces sed, siempre el cansancio. A menudo mi casco de cuero era encendido por las flechas del sol; a menudo mis manos entumecidas por el hielo apenas podían gobernar el asta de la lanza. Y más de una vez vi correr mi roja sangre por la tierra.

Grandísimos, sin embargo, los placeres de mi vida de guerrero. Ningún placer, ninguno de los que gozaba en el lecho de mi mujer era igual al placer de quitar a un hombre la vida. Cuando sentía hundirse mi lanza en las carnes del enemigo una alegría impetuosa sacudía mi corazón. Muchos de ellos maté y mucho me confortó la vista de los últimos estertores de los cuerpos ya abatidos en el polvo, en el fango y en la sangre.

Pero no era éste sólo el deleite del guerrero. Mi Rey quería dejar eterna señal y recuerdo de sus victorias. Cuando se tomaba una ciudad después de largo asedio, el Rey ordenaba que fueran reunidos por nosotros los muertos y los prisioneros. A los cadáveres se les quitaba la cabeza que luego se ponían en fila encima de las murallas, como ornamento o, si eran demasiadas, se amontonaban en pirámides a las puertas de la ciudad. Algunos prisioneros eran empalados alrededor de los bastiones y de las torres; a otros se les cortaba manos, testículos, lengua y labios y en su presencia se echaban aquellos sangrientos despojos como pasto a los peces de las piscinas, a los canes y a los puercos. Otros eran desollados vivos por nosotros y con las pieles se cubrían los muros de la ciudad. Otros, finalmente, eran puestos aparte para ser llevados a Nínive e inmolados a los dioses. También a mí me tocó el honor de desollar a los vencidos o de cortarles la cabeza; también yo tuve la alegría de cortar sus árboles frutales y de prender fuego a sus mieses. Y también gozaba de ello porque sabía hacer cosa grata a mi Dios y a mi Rey.

El Rey victorioso hollaba el país de los enemigos con la misma furia que un toro salvaje. Las ciudades eran saqueadas, los templos expoliados, los graneros, los tesoros, los palacios, vaciados. Al final, cuando ya no había nada que se pudiera llevar fuera, el Rey hacía quemar lo que quedaba: inmensos cipreses y pinos de humo subían al cielo como para

anunciar a los dioses el triunfo del hijo de Asur.

Tuve también mi parte de botín, porque mi mano no había cesado nunca de matar ni de cortar, jamás había rehusado usar mi maza de bronce para exterminar a los enemigos del Rey.

Este fue mi camino por la tierra de los grandes ríos. Hasta el fin, sin miedo ni cansancio, cumplí mi deber de soldado. Ningún pecado manchó mi vida. No me olvidé de honrar a Asur y a Marcluk y no negué mi abrazo a las mujeres que servían a la diosa Istar en su templo. Istar conoce todos mis pasos por el reino de la vida y ahora me presento tranquilo al juicio divino como un niño que nunca ha dejado la orla del vestido de su madre.

### HIPÓLITA

Si tuve pecado en el mundo sólo fue el de haber rechazado el vil destino común de mi sexo. Nacida en pueblo de montes, de una cazadora de halcones y de un domador de caballos, no pude soportar la vida muerta de mi aldea y todavía jovencilla hui junto a las Amazonas y hecha semejante a ellas, junto a ellas di y recibí muerte en batalla.

Breve fue mi vida, pero alegremente heroica y casi divina. Las otras mujeres, tanto de los Griegos como de los Bárbaros, eran tratadas poco menos que como esclavas. Recluidas en los gineceos, atormentadas por los celos y por la lujuria de los hombres, laceradas y aniquiladas por los partos, envilecidas en las sucias y monótonas faenas de la casa. Era la suerte de las mujeres que aceptaban el ser sólo mujeres. Únicos y tristes alientos: dar hijos a la patria e hilar lana y lino en silencio.

Estoy orgullosa, aun ahora, de haber repudiado aquella innoble condición de portadora de fetos. Me agradó bastante más matar a un varón en combate que dar vida a nuevos seres destinados a padecer y a morir. En vez de ofrecer dócilmente la mama a los lactantes, como las ovejas o las demás hembras de los brutos, me agradó quemarla para apoyar mejor sobre el pecho el arco duro que a los alejados les da muerte. A las demás mujeres les bastaba derramar cada luna el tributo clandestino y vergonzoso de su sangre; yo quise que el mismo sol viese también la sangre pura de mis heridas. No quise recibir en mi seno el germen del hombre —que la raza de los hombres fue condenada por los Dioses al llanto y al afán—, pero, sin embargo, me expuse a recibir su hierro en mis carnes. Querían los varones que las armas y la guerra fuesen su perpetuo privilegio para mejor tenernos a nosotras, débiles mujeres, en esclavitud —nada más que como concubinas, cocineras y enfermeras.



Feliz y digna, por el contrario, nuestra vida viril en nuestras casas y en los campos de guerra. Ya no más fastidiosas faenas de cocina, ya no más hijos lloriqueando. En lugar del huso una brillante espada; ya no la escoba sucia, sino la larga asta con su aguda hoja en lo alto. Nuestro hogar fue un vivac en los claros de los bosques; nuestro honor no consistía en huir del hombre, sino en afrontarlo en campo abierto.

Las Amazonas demostraron que el valor no es sólo virtud de los hombres y que las mujeres no sólo saben engendrar, sino combatir igual que ellos. El placer de sentir abrirse bajo el filo de la espada la carne del hombre en el furor de la contienda no era ciertamente inferior al pasivo deleite que las demás mujeres buscaban sometiéndose a su lúbrico amo.

Pagué aquel placer con la vida. Si los Dioses quisieran castigarme por haber rechazado mi destino de esposa y de madre no me extrañará; ya conocí sobre la tierra a qué miserable estado la injusticia divina condenó a mis hermanas.

## CURIO DENTATO

Soy demasiado orgulloso para acusarme y no lo bastante para alabarme. Concede, sin embargo, que manifieste mi estupor por la fama que se unió a mi nombre, aun después de que mi sepulcro fue, a su vez, sepultado.

En el Ade una sola pena, pero cruel, turbó mi reposo: asistir, mudo, a la decadencia vergonzosa de los hombres de mi sangre y de mi tierra.

Apenas hacía un siglo que había descendido entre los muertos cuando los memorialistas de mi pueblo comenzaron a escribir de mí como si hubiese sido un prodigio de virtudes inauditas y heroicas. Más que nada me indignó la primera razón de aquella reverencia: el haber rechazado el oro y la plata de los Samnitas que querían ser protegidos por mí en el Senado.

En verdad, yo no hice nada en mi tiempo que otros no lo hicieran o no lo pudieran hacer. Muchas veces fui cónsul y muchas veces triunfé de los enemigos, pero ¿acaso no era deber de los ciudadanos servir a la República si les llamaba el pueblo, y no era misión de los cónsules vencer en campo abierto a los enemigos del pueblo romano? Obtuve por estas victorias los honores del triunfo, pero más que el triunfo fue para mí premio sumo la alegría de no haber frustrado la esperanza de los ciudadanos que me habían elegido para guiar nuestros ejércitos. Piensa, en fin, que yo era propietario de tierras y padre de familia: haciendo que Roma venciese yo defendía, al mismo tiempo, mis campos y salvaba de la esclavitud a mis hijos. No hice, pues, más que mi deber de romano, de soldado, de hombre.

Mi fama póstuma fue prueba de la infamia de los posteriores.

Estupor aun mayor fue el estupor que suscitó durante tantos siglos mi repulsa de los dones samnitas. Dolorosamente supe que los hombres habían olvidado la noción de los mayores bienes de la vida. Los cuales eran, a mi juicio, y al de todo sabio, la tranquilidad del ánimo y la sanidad del cuerpo. Aceptando el oro de los Samnitas hubiera traicionado a mi patria, es decir, a mí mismo, hubiera turbado mi conciencia y manchado mi fama, esto es, habría vendido la inestimable riqueza que es la serenidad del espíritu, por unas libras de metal, para mí, de ningún modo necesario. A la salud del cuerpo comparaba, asimismo, la paz del ánimo y la sobriedad de la vida; no hubiera querido ser mendigo, pero temía más aún, y por justas razones, hacerme rico. Tenía mi casa, algún campo, algún esclavo; comía el pan de mi hacienda, bebía el vino de mi viña, me vestía con la lana de mis ovejas, hilada y tejida por mis mujeres. ¿Qué otra cosa me hacía falta para ser feliz y sano?

Hubiera sido necedad trocar aquellos bienes ciertos y esenciales por unos puñados de monedas y de joyas.

¿Qué cosas hubiera podido comprar con el oro, más necesarias y preciosas que las que ya poseía? ¿Con el oro no se compra ni la salud, ni la fuerza, ni la victoria, ni la buena fama, ni la felicidad de aquel que vive sin deudas y sin remordimientos!

La riqueza era más bien maldición que protección: atraía la envidia de los pobres, el recelo de los iguales, las tentaciones de la lujuria, la adulación de los parásitos, la persecución del fisco, la avidez de los enemigos. ¿Por qué habría de ser tan loco que me procurase a precio de eterna vergüenza, tantas molestias y tantos peligros?

De mí se dijo, ya no sé por qué conmovido retórico, que nunca pude ser vencido ni por el hierro ni por el oro. Un elogio semejante me pareció, en la soledad de la muerte, casi un insulto. Si yo hubiese sido vencido por las armas hubiera sido inepto y vil; si hubiese sido vencido por el oro, un hombre que se vende. ¿Y era, pues, digno de esa injuriosa alabanza quien no había sido, por fortuna suya, ni un bellaco ni un traidor ni un prostituto?

Que de mí se contasen con desmesurada admiración tales pequeñeces era signo de que los romanos, poco a poco, se habían mancillado y entenebrecido sin remedio. Fue éste el dolor que hizo más sombrío mi exilio del sol de la vida. Y no quiero ser juzgado por aquellos calumniosos encomios de los nietos corrompidos, sino por lo que yo fui verdaderamente en los laberintos del alma donde sólo es permitido entrar a los Dioses.

ANÍBAL

## ÁNGEL

Ni la grandeza de tu ingenio ni la fortuna de tus muchas empresas salvaron a tu patria de la derrota ni de la esclavitud ni te salvaron a ti del exilio y del suicidio. ¿Había, pues, en tu alma una culpa secreta, pero capital, que destruyó el más maravilloso don? ¿Fue el odio, quizás, el que incineró tu grandeza?

## Aníbal

Los hombres ligaron a mi nombre la palabra «odio» como se clava un cartel de infamia sobre la cabeza de un ajusticiado: destino del vencido que fue durante demasiado tiempo vencedor.

De mis gestas nada diré, pues de ellas escribieron demasiado en la tierra amigos y enemigos; las batallas, desde esta altura, ya no son más que apagado zumbido de mosquitos en tomo a una manzana caída de la rama.

Pero hablaré sólo del odio, que es enfermedad del alma y, por esto, razón de condena aquí donde sólo el alma cuenta. Podré decir en mi disculpa que el odio se halló en todos los hombres y siempre, tanto que pareció elemento fijo de su naturaleza. No hubo jamás nadie, por cuanto supe, que no odiase a alguno de sus semejantes, ya fuere vecino o lejano, justo o injusto. En los pequeños, el odio estaba frenado y oculto por la impotencia; en los grandes más descubierto y más malignamente juzgado.

Pero de este odio personal, abyecto y vulgar, mi corazón estuvo limpio. A ningún hombre odié ni siquiera al que me venció en batalla y truncó mis esperanzas y oscureció mi gloria. El grande se esfuerza por ser más grande y raramente se humilla hasta el odio que es el aliento vil de los viles.

Pero el odio contra un pueblo, contra un principio, contra una potencia maléfica se hallaba también en las mentes más altas y nobles, pues siempre era afecto y prueba de un justo amor.

Abierta y pertinazmente odié —como el mundo supo— al pueblo romano, pero aquel odio no fue más que la cara externa de mi inmenso amor hacia Cartago. Amaba infinitamente, por pasión y razón, a mi ciudad, a mi patria, a mi casta, a mi pueblo y estaba, por ello, constreñido a odiar a quienes querían destruir mi ciudad, esclavizar mi patria, expoliar mi

casta, dispersar mi pueblo. Odiaba a Roma sólo en cuanto Roma quería decir negación y ruina y muerte para Cartago. No me movió en mis empresas la desmedida avidez de gloria ni el ansia de desfogar con pretextos honorables mi nativa fiereza. Amaba la paz y la estudiosa meditación; con gusto hubiera consagrado mis ocios a la filosofía o a la poesía. Sólo el odio enemigo me impulsó a la guerra. Pero yo no quería exterminar a los Romanos, ni arrebatár su legítimo dominio, ni restablecer el desierto donde surgía su ciudad. Sólo quería que fuera considerada mi tierra y respetada mi gente. No invadí Italia como conquistador de países ajenos, sino como protector y defensor de nuestro dominio. Hubiera podido asaltar y saquear Roma. No lo hice porque esperé que algún día Roma, si fuese también victoriosa, habría hecho gracia a Cartago. No sucedió así luego, y Cartago fue demolida y, sin embargo, se habló siempre y sólo de odio púnico.

De que yo amase a mi patria más que a mí mismo se tuvo prueba cuando para apartar de la ciudad vencida las amenazas de los victoriosos, la abandoné voluntariamente, dejé a todos los que amaba y a mi casa y mi casi absoluto poder, para dirigirme al destierro. Ninguno de mis conciudadanos intentó retenerme porque mi odio hacia la corrupción había atraído sobre mí, como sucede con frecuencia, el odio de aquellos a quienes había amado y defendido. El odio tenaz de los Romanos me persiguió también en el exilio y sólo el veneno me sustrajo a la captura y al ludibrio.

¿Cuál fue, por lo tanto, mi culpa? ¿Odiar a aquellos que ya antes de mi nacimiento habían jurado y preparado la destrucción de mi patria? Pero ¿no era, acaso, el odio santo que los Hebreos alimentaron siempre en su corazón contra los Asirios y contra los Egipcios, contra los Filisteos y contra los Romanos? Y la misma religión de Cristo, aunque fundada sobre el amor ¿acaso no recomienda el odio contra el mal, contra Satanás? Cuando promete el fuego de la Gehenna a quien deserta del banquete ¿no enseña, acaso, que el odio es justo castigo para los que rechazan el amor?

Quien no sabe odiar, se dijo, tampoco sabe amar. Las chispas del odio saltan desde el hogar mismo del amor. Y en mí el afecto, uno de los más nobles afectos del hombre, fue incomparablemente más fuerte que todo rencor.

Si mucho le será perdonado a quien mucho amó —según la promesa divina—, tampoco yo desespero de la salvación.

GAIUS RHESO

ANGEL

¿No eras tú uno de aquellos que extendieron sobre la cruz al Hijo de Dios? ¿Qué puedes decir de tu vida antes y después de aquel día?

## GAIUS RIESO

No sé adónde se encamina tu pregunta. ¿Acaso querrías echarme parte de culpa en la muerte de Aquel que llamas Hijo de Dios? Si fuese así serías cruel contra un pobre soldado que no hizo otra cosa en su vida más que su deber, que era el de obedecer las órdenes de sus jefes. Había jurado fidelidad al águila; se me pagaba por servir, ¿qué otra cosa podía y debía hacer sino cumplir con diligencia los mandatos de mi centurión?

En Judea y en otros países me tocó muchas veces acompañar a los condenados al suplicio y me cuesta trabajo acordarme de aquel que en Jerusalén llamaban Jesús de Nazaret. A mí, verdaderamente, no me pareció que tuviese nada de un Dios porque si hubiese sido lo que tú dices no se hubiera dejado clavar de aquel modo, sin hacer nada para salvarse, como un cordero empujado al matadero. A mí me pareció un misérrimo hombrecillo, extenuado y endeble, tanto que ni siquiera tuvo fuerza para llevar la cruz a cuestas hasta la cima del monte.

Mi Dios era Mitra, el sol invicto. Si se hubiese encontrado en trance semejante, aunque sea imposible imaginarlo, te juro, por todos los Dioses vivos o muertos, que nos hubiera arrojado por tierra a nosotros soldados con un soplo y habría volado, libre, para reunirse con él esplendor de su astro.

Pero si también aquel Jesús era un Dios no quieras encuadrarme en la legión de los deicidas. Si aquella condena fue un deicidio toda la culpa fue de los sacerdotes judíos y del legado de César. Yo, como te he dicho, no fui más que un humilde instrumento de aquella crucifixión; nada más que una mano pagada para manejar el martillo y para levantar el patíbulo. Si Aquel fue, como decía la plebe, el más grande de los profetas y el más inocente de los justos no puede recaer sobre mi cabeza una sola gota de su sangre.

Añado sólo, para ser del todo sincero, que la suerte de los dados me hizo dueño de la túnica del condenado. Pero yo, no sé por qué supersticioso recato, ni me la puse ni la guardé entre mis paños. El día siguiente la vendí por pocos denarios a un hebreo y ni siquiera aquellas monedas las conservé más de veinticuatro horas. Una meretriz siria y dos tragos de vino aromático me volvieron pronto a la acostumbrada pobreza soldadesca.

Pocos años después, militando bajo Vitelio en Mesopotamia, derramé también mi sangre y terminé honrosamente mi vida de milite fiel. Si tú eres ministro, como oigo, de aquel

Dios crucificado, recuérdale que escuché con estos oídos sus palabras de perdón para aquellos que le daban muerte. ¿Cómo podré no tener fe en su promesa?

OMAR

Si tú eres ángel del Dios verdadero no he de gastar demasiadas palabras en manifestar mi ser y quedar salvo.

Fui el heredero del primer heredero del Profeta y a mí me correspondía sustraer los pueblos más vecinos al yugo de los infieles. Mis guerreros eran sanos y pobres, fortalecidos por la fe más que por la vana doctrina, dispuestos a morir, contentos de morir. Tenían forzosamente que vencer y vencieron.

Los enemigos eran blandos por demasiada molicie de vida rica, más orgullosos que atrevidos, más doctos que ardientes. Tenían necesariamente que ser derrotados y fueron vencidos. Fue la guerra de los nómadas adustos contra los sedentarios pálidos, de los obedientes contra los refinados. En pocos años los más ricos reinos del Imperio de oriente estuvieron en nuestras manos.

A mí me tocó la misteriosa suerte de apoderarme de la Biblioteca de Alejandría, última fortaleza del Paganismo vencido y del Sepulcro de Jesús, máximo tesoro del Cristianismo. Se dijo que yo había incendiado la biblioteca y destruido la tumba. No fue verdad. Pero era, sin embargo, justo que una y otra cayeran en poder de los campeones de la verdadera ley. La filosofía de los Helenos se había convertido ya en sucias migajas de sofisticada supersticiosa y los cristianos habían perdido ya la caridad y la temeridad de los primeros siglos y se consumían en la airada sofisticada de las herejías. Unos y otros debían ser castigados y yo no fui más que una lanza desnuda en la visible e invencible mano de Alá. Cuando él me consideró cansado permitió que un vil esclavo persa me matase. Y de ello no me duelo; está bien todo lo que el Misericordioso quiso y quiere. Por lo que hice en el mundo con el brazo y con la sangre no pido premio; fue demasiado grande el que se me escogiera para servir al verdadero Dios.

HARFAGRI

Si en este parlamento de muertos la muerte de los hombres es juzgada, según parece, gran delito, yo no sé de qué modo sustraerme a la venganza de tu Dios. El más grande de los Dioses era, para mí, el sol, ojo de llama sobre las aguas y sobre las playas de mi patria, pero tu Dios, acaso por celos, lo ha destruido y dispersado. El sol ya no puede defenderme con su fuerza; tu Dios ha vencido y es forzoso someterse a sus extrañas leyes. El sol sabía, el sol

comprendía ¿cómo puede un hombre vivir y gozar si no mata a los hombres?

Yo fui uno de aquellos famosos guerreros Vikingos que corrían por los mares mugientes y espumosos del septentrión, con las naves veloces, en busca de presa, de placer y de gloria. Quien no ha probado aquella nuestra vida libre y salvaje no sabe qué deleite fuera vivir sobre la vieja tierra. Se partía al alba en nuestros navíos largos y ligeros, semejantes a monstruos marinos, con la cabeza de reptil esculpida en la proa, y se surcaba el mar gris y tumultuoso sin cuidarse de los chubascos gélidos y de la furia celosa de las ondas. El viento hacía semejantes a vientres preñados nuestras velas, o si no los golpes duros de los remos nos abrían un surco a través del agua encrespada. Éramos todos, en la barca, jóvenes, nervudos, temerarios, felices. Y nuestra felicidad no nacía tanto, ahora que pienso en ello, de la esperanza de la victoria y del botín, cuanto de la embriaguez de nuestra fuerza, de nuestra desencadenada juventud, libre entre el cielo y el mar, sin leyes y sin sombras, sin frenos y sin contrastes. Nuestra fe no prohibía, como a los cristianos, lo que al verdadero hombre le place más: la muerte del enemigo, la sangre de la estupro y del vencido, el arrancar las riquezas al débil que no las merece. Nuestros dioses aceptaban sacrificios humanos, permitían varias mujeres, premiaban la muerte del extranjero y el robo victorioso. No eran, como ocurrió luego, pedigüños y temerosos que prefieren los llorones a los héroes.

Pero nuestra alegría mayor era el combate. Cuando se desembarcaba en las costas de los comerciantes sedentarios y de los señores ociosos y se asaltaban burgos y ciudades, con grandes gritos, ignorando o des-preciando todo riesgo. Y entonces comenzaba la verdadera fiesta, la va-talla sin piedad, la roja orgía de la sangre, y aquel arrojarse y abrazarse al enemigo, más voluptuoso para mí que cualquier otro apareamiento» Caían los hombres, gritaban los moribundos, gemían las mujeres despavoridas, con los hijos estrechados contra el pecho y contra el seno. Yo mismo resultaba herido en varias partes, la sangre brotaba cayendo por los brazos y el rostro y el pecho, pero yo no sentía nada, ningún dolor ni quemadura; la exaltación de la pelea y de la muerte me transfiguraba, me hacía olvidar todo, como un licor divino, y sentía sólo la espada en mi mano y el deleite atroz de herir y de ser herido, de matar y de ser muerto. En una de estas embriagadoras batallas caí, muerto, en medio de un círculo de cuerpos muertos por mí. Y ya nunca más volví a nuestra cueva en el fondo del fiordo escondido entre las montañas negras. Toda mi breve vida no fue más que una gozosa oferta de vidas humanas al Dios Sol y la última fue la mía. Así viví y así morí y ni siquiera hoy podría pensar otra vida para el hombre que fuera verdaderamente hombre, esto es, nacido para la aventura y para la guerra, para el amor y para la muerte. Si ha cambiado ahora la ley del universo no ha cambiado mi alma y espero sin temor la venganza del nuevo Dios,

JACQUES DORNAN

Mis huesos se deshicieron en Tierra Santa y fui llorado como uno de los soldados de Dios que había atravesado el mar para la reconquista del sepulcro de Cristo. No tuve,

entonces, tiempo de confesar la verdad de mi paso y de mi fin y ahora no quisiera simulaciones ni repulsas.

Diré, pues, con infinita vergüenza, que yo no me puse la cruz en el pecho, detrás de Raimundo mi señor, porque sintiese desdén contra los Infieles y deseo derramar mi sangre por Aquel que con su sangre me había rescatado. Muy distintos fueron los estímulos que me llevaron a señalarme entre los cruzados: el deber feudal por ser yo vasallo de Raimundo; el deseo de la novedad y de la aventura, la esperanza de hacer fortuna, de volver a la patria con buen botín y mejor fama, sobre todo la gran pasión de mudar de vida, de olvidar deudas y litigios, de huir de la casa enojosa, hecha más insufrible por mía mujer más vieja que yo, áspera, celosa y quejumbrosa.

El Oriente extraño, suntuoso y cálido, fue para mí un aturdimiento, un carnaval de fascinaciones, un paraíso infernal. Más que Jerusalén y su sepulcro me atraían las ciudades de la costa, los valles opulentos, los fuertes castillos de los emires, donde se podía coger un botín de tapetes, de sedas, de gemas, de mujeres. Cumplí mi papel de soldado fiel y valeroso, pero sentía reblandecerse el ánimo, vacilar la fe. Poco a poco era arrastrado a admirar a aquellos sarracenos que había ido a combatir,

Me parecían, en muchos aspectos, más sabios y más afortunados que nosotros. Me agradaba, especialmente, su religión que aprendí de algunos prisioneros, mucho menos tétrica, menos pedantesca que la nuestra cristiana. Y aprobaba con todo el ardor de mi sangre joven la costumbre de tener varias mujeres por esposas y la promesa de tener jóvenes encantadoras e inmortales en la otra vida. Envidié, con el transcurso del tiempo, yo cristiano bautizado, a los perseguidores del nombre y de la sangre cristianos, a los secuaces de Mahoma. El gran enemigo del verdadero Dios venció al fin a mi alma desgraciada y me oscureció la mente y me castigó por haberlo escuchado.

En una serena noche de primavera, descompuesto por voluptuosas alucinaciones, dejé, sin que nadie lo supiese, el campo cristiano y me encaminé hacia la ciudad sarracena que en aquellos días asediaba Raimundo. Había aprendido algunas palabras árabes, quería desertar de mi bandera y de mi fe. Un maldito centinela, escondido bastante antes de la primera puerta, creyó que yo fuese un espía cristiano y sin hacer movimiento, saltó de improviso sobre mí y a puñaladas me acabó. Antes de consumir hasta el extremo mi pecado pagué con la vida la loca y mala intención. Quiera Dios misericordioso que el hierro del infiel y el largo penar del corazón arrepentido me ahorren el fuego de Satanás.

GAUTIER DE CAUSSY

Tú, que eres escudero del Señor, podrás entender mi vida de caballero que las almas



villanas juzgaron mal.

Fui armado, joven aún, por mi Emperador y bendecido por un santo Obispo. Desde aquel bendito día intenté unir en mí las virtudes del santo y las del héroe.

No poseía en el mundo más que mi caballo, mi lanza, mi espada y una sólida túnica de hierro. Todo mi ejército se reducía al siervo armado que me seguía por desiertos y selvas; mi único talismán era la cruz. Tenía dos únicos dueños: Dios en el cielo y el Emperador en la tierra.

No poseía castillos provistos ni campos arados en la tierra. No tenía morada fija ni obligaciones de vasallaje. Era pobre al igual que un monje, pero libre lo mismo que un halcón.

Había jurado combatir, en todo lugar, en todo momento, contra los enemigos de Cristo y de su Evangelio, Era mi ley, por esto, buscar y asaltar a los paganos infieles y también a aquellos cristianos —más negros de alma que los moros sarracenos— que ofendían y oprimían a los débiles, a los pobres, a los huérfanos, a los abandonados.

No combatía por avidez de ganancia o de imperio, sino sólo por amor: amor a Dios, amor a los humildes, amor a mi Dama.

Cristo no había abrogado, ni siquiera para sus caballeros, la ley de la espada que mata a quien usa la espada, pero estaba cierto de no ser condenado después de la muerte, pues yo sólo usaba la espada por el honor de Su nombre, por la gloria de su Madre, por el respeto de sus mandamientos. También Pedro empleó la espada y le fue dada la silla de Roma y la guarda del Paraíso.

Muchos hombres recibieron de mí la muerte, pero todos eran enemigos del Dios verdadero y de su divina voluntad. Las bocas infames que blasfemaban a Cristo eran cerradas para siempre por mi lanza, las manos que querían robar al inerte su pan o a la mujer el honor eran harneadas por mi espada. Si tuviera que responder de aquella sangre tendría que maldecir a los que me impusieron aquella regla y me pidieron aquel juramento. El Emperador era, para mí, investido por Dios y consagrado por el Papa; el Obispo era, a mis ojos, otro Cristo en la tierra; no podían engañarme. Estoy seguro de que no me engañaron. Mi mano fue homicida, pero mi voluntad fue pura y mi corazón inocente.

Servía a Dios lo mismo que los monjes, no olvidaba nunca devociones y oraciones,

pero no podía ser como ellos, ciego para la belleza de las cosas y de las criaturas, sordo a la música del mundo y del amor. El monje odiaba su cuerpo, temía a la mujer, desconfiaba de la naturaleza. Por todas partes, por temeroso y extenuado, veía insidias y peligros. En él estaba abolida la Humanidad y casi rechazado aquel divino don que es lo creado.

Yo quería, por el contrario, ser el hombre en su integridad, carnal y espiritual, el hombre al servicio de Dios, pero que ama también a Dios en sus criaturas, sobre todo en aquel milagro gentil que es la mujer y en la amada misma veía una guía para la adquisición del paraíso. Y el pensamiento de ella, no tocada, no alcanzable, me salvó de los bajos amores y me hizo, a veces, semejante a un asceta, hermano con frecuencia de los poetas.

Vi auroras sobre los cielos de todos los reinos, atravesé los bosques poblados solamente de lobos y de eremitas, a lo largo de los ríos y a lo largo de los mares, en las mañanas claras y frescas como una muchacha que desciende de la luz de un sueño, canté mis serventesios de amor y de guerra. Y a la noche, bajo el gran manto negro que las pupilas de los ángeles adiamantaban, repetía a mi mente de solitario los salmos de penitencia o los estribillos de una canción de gesta.

Así, amando y combatiendo, transcurrieron los años que Dios quiso concederme; no muchos, pues en una emboscada de infieles, en los montes de España, pagué con la vida la gloria.

Y ahora me presento a mi Señor, que he amado y servido con la fuerza de mis miembros y con la sangre de mis venas, me presento al verdadero Emperador del cielo y de la tierra, me presento tal como fui, caballero leal y sin vileza, con mi espada ensangrentada y mi alma intacta y estoy cierto de que la Virgen reconocerá a su fiel, de que Cristo premiará a su servidor.

## RABUINO

Si yo me quisiera hacer santo a fuerza de palabras habría de razonar cien años hasta reducir la lengua a una paja seca y no obtendría salvación de los garfios del infierno. Y puesto que viví como diablo, en lenguaje diabólico contaré mis hechos.

Sepas que fui soldado de ventura en una de las más celebradas compañías que hubo en mis tiempos, duro de piel y de corazón al par de aquellos que juntos conmigo llevaban las armas y vendían su atrevimiento en servicio de los príncipes y de las repúblicas.

Pero superé a todos en el odio hacia la religión y busqué con diligencia desfogar mi furia contra las cosas y la gente de iglesia. Cuando el capitán daba el arbitrio de entrar a saco en ciudades o poblados era el primero en correr hacia las iglesias y los monasterios, no tanto por gula de botín cuanto de venganza y de estrago. En cuantos gznates y panzas de frailes haya hundido mi daga ni siquiera lo sé yo; fueron tantas que sólo el demonio las habrá podido apuntar en mi libro. Había algunos frailones viejos, preñados de incienso y de malvasía, que no querían morir y ponían cara de fanáticos y se encomendaban con las manos juntas a mí y a todos los santos del paraíso para dejar a salvo el poco aliento que les quedaba. Yo estallaba de risa al ver aquellas torpes contorsiones y los santos del paraíso debían de saber los pecados que guardaban éstos debajo de la túnica porque jamás movieron un dedo en su ayuda y fueron a terminar como los demás, desbuchados en medio de la iglesia, delante de las candelas del Santísimo.

Me gustaba, como conviene a un soldado gallardo, yacer con mujeres y cuanto más se agitaban brazos y piernas para huir del abrazo más gozaba.

No me olvidaba, sin embargo, de los ornamentos de iglesia ni del oro ni de la plata que me llevaba con mano libre, que para la taberna y los dados tenía necesidad de llenar la bolsa, siempre vacía, con florines y ducados. Dios sólo sabe cuántos cálices, cuántas capas pluviales, candelabros y ostensorios he vendido a los judíos de Milán y de Ferrara y cuántos linos y velludos he regalado a las cortesanas de Venecia y de Padua, rubias como el oro y ardientes como el sol de mayo.

## ÁNGEL

Tú no estás aquí para gloriarte de tus infamias, sino para dar razón de ellas, si razón puede haber y la sabes y quieres decirla.

## RABUINO

Haré como quieras y en breve daré satisfacción a tu deseo. Has de saber, pues, que mi odio mortal contra la Iglesia tuvo motivos antiguos y legítimos que crecieron cada vez más al crecer yo. Todavía niño, salté al huerto de un sacerdote para coger dos peruchas agrias. Aquél me cogió, y no contento con romperme una costilla de uno de sus palos, me dio por su propia mano a los hombres de la policía para que me encerraran en la cárcel como ladrón sacrílego. Apenas estuve en edad de buscar amor me fui tras el refajo de una moza del campo y la llevé a satisfacer mi antojo. El padre de ésta, encontrándose a la hija embarazada, recurrió a un solemne canónigo que me llamó a su casa y, después de haberme escupido en el rostro mil vituperios, dijo que me mandaría a la horca si no me casaba con la muchacha. Yo, que tenía más ansias de libertad militar que de servidumbre matrimonial, repliqué con puñetazos y

patadas a aquel cura loco y hui de la casa y del pueblo. Siendo joven vigoroso fui tomado a sueldo por el famoso Aten dolo y bajo sus banderas comencé la época más hermosa de mi vida. Pensando en las cosas pasadas y comparándolas con las presentes, mucho más alegres y conformes a mi modo de ser, me confirmé en la idea de que la religión, más que todo lo restante, se oponía a la verdadera felicidad del hombre.

Decían los mandamientos: no matar, no robar. Pero ¿de qué modo podían ganar honores los soldados sino matando? ¿Y de qué otra manera hubieran podido agenciarse comodidades y placeres sino robando, puesto que el sueldo era escaso y no siempre pagado?

Mucho peor el otro mandamiento: no fornicar. Diga Dios qué remedio habían de encontrar para el natural calor de la sangre joven aquellos pobrecillos que no habían tomado mujer y no sentían en su cuerpo la vocación de la castidad.

Pero el más loco de los mandamientos era el de perdonar a los enemigos, mejor aún, devolver bien por mal. El arte y la práctica de la guerra hubieran desaparecido del mundo si los príncipes y los capitanes y soldados hubiesen seguido este increíble precepto. Todos los días se veían cristianos que traicionaban y ofendían a los amigos; y también había entre ellos sacerdotes y hasta Papas. Si tal era el humor y el hábito de los pueblos ¿podía pensarse, sino por un mentecato, que pudiera llegarse a besar la mano de quien te hería?

Si semejante moda se hubiese introducido en la tierra, a los pobres soldados que no conocían ni buscaban otro oficio les hubiera tocado en suerte el hambre y la miseria. ¿Acaso no vivíamos todos nosotros para vengar las ofensas, para debelar y exterminar a los enemigos?

Si yo hubiese respetado los dictámenes de la religión enseñada por los sacerdotes ¿qué me hubiera ocurrido a mí? Hubiera tenido que renunciar a mis gustos, a mis placeres, a mis ganancias, a todo lo que para mí y para mis compañeros era la esencia de la vida. Tú comprendes ahora por qué perseguí con mi odio y con mi espada a quienes esparcían entre los hombres aquellas perniciosas enseñanzas. Para obedecerlos hubiera tenido que renegar de mí mismo, volverme a hacer otro cuerpo y un alma nueva. Pero ¿quién podía obrar un milagro semejante sino Dios? ¿Había sido yo, acaso, el autor de mi persona y de mi mente?

Aquel que me fabricó de esta materia y me proveyó de tales pasiones juzgue ahora si fue mía o fue suya la culpa de los estupros y de los asesinatos que no pude menos de cometer.

NAPOLEON

## ANGEL

Tú fuiste el más grande capitán de ejércitos de tu tiempo y uno de los más famosos conquistadores de toda edad. Muchos vieron en ti un nuevo y mayor Alejandro; alguno, por el contrario, te juzgó un adelantado del Anticristo.

Pero después de haber puesto en movimiento y en lucha y en sumisión a tantos pueblos, después de haber sacrificado tantas vidas, inspirado innumerables amores, furores y terrores, de tu borrascoso paso por la tierra no quedaron más que tizones de derrotas y humareda de orgullos.

## NAPOLEÓN

Quedó una visión de gloria y una necesidad de grandeza. Las generaciones llegadas después de mí no supieron y no quisieron olvidarme, Sobre mi vida se escribieron, en todas las lenguas del mundo, centenares de millares de libros. Cuando un simple mortal ha sabido dejar semejante hambre de recuerdo en el corazón de los hombres es señal de que ellos se sienten sus deudores. Exprimí sus haberes y los llevé a morir y, sin embargo, muchos de ellos me amaron apasionadamente hasta lo último e innumerables otros, después de mi muerte, me admiraron, fueron atraídos por mi nombre y por mis gestas, y las imágenes de mi vida exaltaron en ellos fantasía y voluntad. Si sólo hubiese sido un diezmador de jóvenes, un asesino de multitudes, un usurpador charlatán, los hombres me hubieran odiado en seguida y olvidado pronto. Han sentido, aun cuando ya no podían ni esperar ni temer nada de mí, que yo representaba mitos y principios queridos por el pensamiento del género humano: la juventud victoriosa de Alejandro, la unidad europea de Augusto y de Carlomagno, el ímpetu de justicia y la igualdad de la Revolución, la revancha del genio removedor contra los viejos esquemas, contra los viejos regímenes, sobre los viejos generales y los viejos monarcas. Y a causa de todo esto, a pesar de que yo haya desangrado a tantos pueblos, fui amado y adorado por aquellos mismos que apremiaba hacia la muerte.

También mi corazón se turbaba cuando recorría, al día siguiente, los campos de batalla, entre los cadáveres de los caídos y los gemidos de los moribundos. Pero pensaba que el único camino que se abre a los pequeños y a los oscuros para participar de la grandeza, es el de ofrecer oro, sangre y vida, por las grandes ideas y las grandes empresas. Aquellos que se horrorizan con la idea de los hombres considerados como carne de cañón no piensan que la mayor parte de la humanidad no es otra cosa que carne de trabajo, de letrina y de burdel.

No niego mis culpas, no rechazo mis responsabilidades. Mi frenética pasión de gloria, mi ambición de ilimitado imperio, mi pertinaz voluntad de mandar, de dominar, de rehacer y

de vencer, mi desprecio hacia el rebaño humano, y hacia aquellos que representaban el poder espiritual, mi indiferencia, mi simulación, mi crueldad fueron tales que sólo la divina generosidad de mi Creador podrá comprenderlas y, quizá, perdonarlas.

Pero ya en la tierra tuve un castigo que yo no podía imaginar entonces, más duro y severo. Una paradójica venganza quiso que yo obtuviese en la historia de los hombres todo lo contrario de lo que había soñado y querido.

Me había propuesto reconstruir el imperio de los Césares y de Carlomagno, esto es, la unidad europea que me parecía escalón necesario hacia la unidad del planeta, y, por el contrario, suscité y promoví las pasiones de independencia nacional en los más nobles pueblos del continente: Grecia, Italia, España y Alemania. Me propuse abatir el poderío de la piratesca y mercachifle Inglaterra y hube de dejarla más poderosa que nunca, mientras agonizaba en las manos de alcaides ingleses.

Quise ser apóstol armado de la Revolución y, por el contrario, después de mi caída, prevaleció durante largos años la Santa Alianza, es decir, la restauración del viejo despotismo y la reacción contra los principios que habían triunfado en mi alma juvenil.

Aspiré a fundar una nueva y duradera dinastía, pero mi único hijo murió oscuramente, sin haber reinado, en las manos de mis enemigos y aquel sobrino que logró un instante volver a levantar las águilas y hacerse dueño de Francia, fue arrastrado por la derrota y murió en el destierro.

En mí se vieron reunidas aquellas grandezas que raramente se hallan juntas: grandeza de inteligencia, grandeza de voluntad, grandeza de fortuna, de poder, de fama. Y, sin embargo, después de tantas victorias, después de tantos sacrificios, después de tantas empresas y tantas glorias, después de haber movido y conmovido la mitad de la tierra habitada, tuve que confesarme a mí mismo, allá abajo en la remota prisión oceánica, que yo sólo era, al fin, un fracasado y un vencido. Un hombre que sólo había logrado obtener lo contrario de aquello que su alma había anhelado y codiciado. El jugo de todas mis gestas, que parecieron, sin embargo, maravillosas, es éste: la pequeñez de los grandes, la derrota de los victoriosos, la miseria de los conquistadores, la impotencia de los poderosos. Y Dios me quiso, quizá, grande e infeliz para que fuese una amonestación y un castigo para los hombres.

VVEYERDONK

Del juicio sobre mi vida privada no temo. En todo momento cumplí mi deber de caballero y de soldado prusiano. Fiel siempre a mi Rey y a mi esposa, a mi patria y a mi

vocación. Ni hijos, ni amigos, ni compañeros de armas, ni subordinados pueden testificar contra mí si no quieren ser infames embusteros. Nací rico, morí pobre, en batalla, sin ser llorado.

Pero en caso de que tuviese que responder ante Dios de mi conducta de jefe militar en guerra, lealmente reconozco el haber conducido a muerte segura a millares de jóvenes de mi sangre y haber procurado la muerte, en cuanto de mí dependía, de millares y millares de enemigos. Pero ¿habré yo de responder, realmente, de esta riada de sangre?

No fui sólo general, sino científico de la guerra. Mi gran maestro enseñaba que la guerra es duelo a muerte, un acto de violencia para imponer al enemigo nuestra voluntad. Para reducirlo a obediencia era preciso reducirlo a la impotencia; era necesario destruir sus fuerzas sin piedad para sustraer las nuestras del aniquilamiento.

Se podía pensar que la guerra hubiera de condenarse y evitarse a toda costa, como residuo vergonzoso de la primitiva barbarie. Pero si el poder político la juzgaba necesaria, como sucedió a menudo en mis tiempos, había que llevarla con rigor extremo, como una operación científica que tenía sus términos obligados, sus factores inmutables. Si el Estado escogía el camino de la violencia éste tenía que ser explotado hasta su límite extremo. Había que exterminar para no ser exterminados, invadir para no ser invadidos, destruir para no ser destruidos. La guerra era un juego, en el cual era absolutamente necesario vencer. Juego trágico, terriblemente serio, en el cual no podían tolerarse compromisos ni remordimientos. En todas las campañas en las que tuve el honor de mandar y de combatir no ahorré ni sangre, ni fuego, ni hierro, ni almas, con tal de conseguir el fin: hacer doblar las rodillas al enemigo, no dejarle elegir más que entre la sumisión y la desesperación.

Nada había en mí de la hiena o de Nerón, ningún goce perverso en aquellas destrucciones, en aquellas carnicerías, en aquellos horrores que azotaban a vencedores y a vencidos. El olor de la sangre no me embriagaba; el fuego de los incendios no lograba caldearme, la vista de los cadáveres amontonados me repugnaba. Mi única alegría estaba en la obediencia cotidiana a mi deber de soldado, es decir, de fuerza espiritual y física destinada a destruir. Mi ejército no era más que una máquina con millares de cabezas y de brazos que yo tenía que hacer trabajar para la victoria. No tenía sentimientos sádicos, pero tampoco podía permitirme el lujo femenino de la piedad.

La primera elección de aquel espantoso medio correspondía al poder político, a mi Rey. Yo no era más que un ejecutor diligente y obediente. ¿Un hacha bien afilada es, acaso, responsable como la mano que la empuña y la mano que la guía?

Aquel que fue llamado el Dios de los Ejércitos sabrá entender y perdonar a un viejo

soldado que quiso cumplir su deber hasta la muerte.

[DELIRANTES

YANG-CHU

ÁNGEL

Durante tu vida se te hizo, Yang-Chu, esta pregunta: si la salvación del mundo dependiese de un solo cabello de tu cabeza ¿lo darías? Aquel día no quisiste responder, pero tu silencio fue confirmación y prueba de tu doctrina del egoísmo absoluto. ¿Querías responder hoy?

YANG-CHU

Aquella pregunta, si bien reflexionas, era una estupidez y no tenía obligación de caer en la trampa de los malintencionados. Pero si tú quieres que conteste, he aquí mi respuesta: No; no hubiera dado un solo cabello de mi cabeza por la salvación del mundo. Y no porque yo tuviese odio al mundo, sino por razonada obediencia a la voluntad misma del universo.

No me creáis loco. Sólo yo supe, quizá, ser sabio en la tierra. Busqué, como todos los hombres han hecho siempre, el camino de la felicidad y bien vi que era uno sólo: seguir la naturaleza, conformarse en todo a la verdad y a la ley de naturaleza. La naturaleza me había dado un cuerpo con sus cinco sentidos. Aquel cuerpo tenía sus necesidades; aquellos sentidos tenían sus deseos. El único deber del hombre que quería vivir sabio y feliz, es decir, de acuerdo y en armonía con la naturaleza, era satisfacer aquellas necesidades, contentar aquellos deseos. Contrariar los instintos naturales —como estúpidamente pretendían los filósofos, los poetas, los maestros de moral, los apóstoles de la utilidad ciudadana— quería decir rebelarse contra la naturaleza, contradecir el orden establecido del mundo.

¿Cómo podía el hombre, criatura efímera e impotente, erigirse en mutilador o en



corrector de la inerrante naturaleza?

La naturaleza quería sólo el pleno florecimiento de mi persona, esto es, de mi cuerpo y de sus sentidos. Reprimir las necesidades y oponerse a los deseos me parecía, además de irrisorio, topar contra la necesidad, despilfarro de fuerzas, es decir, debilitamiento de mí mismo, de mi cuerpo, de aquella parte de lo real que había de llegar libremente a su natural perfección. Derroche de fuerzas que quería decir abreviación de la vida, esto es, hurto en daño de la naturaleza, pecado contra el universo.

No tenía otro patrimonio que mi cuerpo, un cuerpo de sangre y de nervios, y este cuerpo estaba condenado a la muerte. El espíritu, el alma, el yo eran ecos de sueños, meros sonidos de jerga, reclamos para los ilusos. Yo me atenía a lo cierto, a lo visible, a lo tangible, a lo indudable. No tenía más que un cuerpo, no tenía más que mis cinco sentidos. No tenía felicidad posible y pensable fuera de las satisfacciones del cuerpo y de los sentidos. Buscar la felicidad en bienes fuera de nosotros, como muchos hacían, era sacrilegio y locura. Los honores, la gloria, las dignidades, los deberes del Estado y del culto eran trampas para los dementes cuya incurable demencia consistía en creerse cuerdos. Se afanaban toda la vida para perseguir aquellos bienes y en un instante se encontraban al borde de la tumba sin haber gozado jamás ni un solo día.

Yo no quise ser de aquellos locos. Mi bien lo busqué sólo en dejar libre curso a la porción de energía vital que el cosmos me había confiado. Mi único deber era respetar aquella energía y su crecimiento en vez de intentar en vano domarla y sofocarla, como acostumbraban los presuntuosos castradores de la naturaleza. Y como no tenía otra propiedad que mi cuerpo, depósito que se me había entregado por la inescrutable sabiduría del universo, el sacrificio aun de una mínima parte del mismo, con mis manos, sobre el desnudo. Pero no podía y no quería secretos de la naturaleza.

No creáis que yo fuese avaro. Si me sobraba un pedazo de pan con gusto lo daba al hambriento; si me sobraba un vaso de vino, con alegría se lo hacía beber al sediento; si poseía un vestido de más lo ponía yo mismo, era la culpa máxima porque significaba desobedecer a los verificados en nada mi cuerpo, la única riqueza de que tenía que responder. Y ahora, ¿entiendes por qué no hubiera dado un solo cabello de mi cabeza, ni siquiera para salvar el mundo? Sólo en la última hora hubiera entregado serenamente todas las moléculas que formaban mi persona. Antes, no. Como estaba dispuesto a aceptar la muerte tenía antes el derecho y el deber de aceptar la vida. Y la vida era esencialmente vida corpórea y no existía para el hombre otra ley que la búsqueda del placer, esto es, del tranquilo y dócil aquietamiento de los sentidos. Todo lo demás era fraude y engaño, hipocresía y locura.

Esta fue mi doctrina, esto es, el humilde obsequio a los principios de la naturaleza. No puede existir nadie por encima de la naturaleza que la desmienta y la condene. Dios no puede

ser más que el autor de la naturaleza y si la hubiese querido distinta la hubiera creado diversa. Si me castigase no haría más que renegar de su obra, es decir, de sí mismo.

## MILAREPA

Te suplico que me digas tú, que, ciertamente, no eres hombre, qué culpa haya cometido después de la muerte para merecer esta pena de una nueva encarnación. Veo en torno a mí una infinita multitud de resucitados y no me admiro de que en la tierra pocos imitaron mi ejemplo, pocos consagraron toda la vida a fin de que fuese imposible para siempre el retorno de la vida.

Pero tú sabes quién soy. Los Dioses no pueden haber olvidado a Milarepa, el discípulo de Marpa que fue iniciado en la doctrina del Gran Vehículo y recibió todas las fórmulas de la verdad y de la liberación y durante años y años vivió solo, sin alimento, sin vestido, en medio de las nieves eternas y en el eterno horror de las más altas montañas del techo del Mundo.

De joven fui pecador, mejor aún, asesino despiadado y fiero perseguidor de todo un país, pero todo el resto de mi vida estuvo dedicado a extinguir, a expiar, a borrar mis culpas. Y de estas culpas no todo el peso fue mío. Ávidos parientes me despojaron de todos los bienes, a mí huérfano, pero sólo por consejo de mi madre y para vengarla a ella y a una hermana de las injusticias padecidas, me dirigí a los maestros que me enseñaron las artes más poderosas de la magia, tanto que logré malar a los enemigos de mi familia y a destruir las casas y las mieses de aquellos que me habían escarnecido y desterrado.

Pero poco tiempo después el dolor de los grandes males que había realizado con los sortilegios no me dejaba descanso y busqué purificación y redención en la santa doctrina que enseñaba a cortar de raíz todo dolor, a detener para siempre la rueda de las nuevas encarnaciones.

Encontré un Lama sabio que había aprendido todos los secretos de la Iluminación, junto a un famoso maestro de la India. Pasé a su lado laicos y tristes años, porque mi Lama se mostraba conmigo, que me sabía malhechor, severo hasta la ferocidad y me hizo pagar a elevadísimo precio y después de terribles pruebas, las fórmulas preciosas y liberadoras que al fin me confió. Por su mandato tuve que levantar, solo, con mis manos, doce torres sobre los montes y con mis manos las hube de deshacer todas, devolviendo a su sitio tierra y piedras, antes de que el Lama se aviniese a entregarme los tesoros por él recogidos en la India.

Pero el premio fue indeciblemente divino. Supe con certeza que el mundo, el infinito

fluir de las infinitas apariencias, no tenía realidad, no correspondía a la verdad. Era perpetua ilusión, engañosa inestabilidad. Sustraerse para siempre al engaño cósmico era el sabio fin de los anhelos, la única salvación. Pero era necesario destruir también nuestro yo, con todos sus errores y deseos y alcanzar, sin subyacer al suplicio de nuevas futuras encarnaciones, la beatitud sin término ni límite del Nirvana. El mundo no era nada; era necesario que también la persona fuese aniquilada, vuelta a confundirse y sumergirse en el divino Nada.

Y para alcanzar, con la meditación y la mortificación, la forma total de toda desvinculación, de toda apariencia y sufrimiento, me oculté, después de haber dejado a mi Lama, en las más salvajes soledades de los montes de mi patria, sin compañero, sin viático, sin dinero, sin libro ni lecho, ni utensilios, ni fuego. Una gélida gruta era mi casa, un caldero de hierro todo mi ajuar, una estera sucia mi yacija, un saco de tela mi vestido, las ortigas silvestres todo mi alimento. Y allí pasé innumerables estaciones, meditando para no sentir el frío ni el hambre y matando todo lo que aún en mí sobrevivía de demasiado humano. Quedé reducido, con el tiempo, a una especie de esqueleto verde, mis venas estaban unidas, mi carne apenas era un velo de cera sobre los huesos debilitados. Unos cazadores extraviados que un día me vieron, huyeron espantados, gritando que habían encontrado un espectro.

Esta fue mi vida durante millares y millares de días y de noches y no dejaba de meditar sobre el infinito Nada y de sumergirme cada vez más en el invocado abismo de la Nada. Me hice, con el tiempo, horrible a la vista, más semejante a un monstruo extenuado y desfigurado que a una criatura humana, objeto de escarnio, de piedad y de horror. Pero luego que hubieron transcurrido lustros y lustros tuve la comprobación de que mis esfuerzos y mis tormentos no habían sido vanos: pude elevarme al cielo con mi cuerpo de carne y vi y descubrí todos los reinos y los modos de las reencarnaciones.

Y todas aquellas miserias las soporté sin temor ni lamento, el aterrimiento de los hielos, la mordedura del hambre, los ataques de los brutos y de los hombres y de los demonios, porque estaba seguro, infaliblemente seguro, de que huiría de todo renacimiento, de que jamás sería condenado a revestirme de nuevos miembros, que alcanzaría, gracias a la doctrina del maestro y a mi martirio, mi final evasión del mundo, la muerte del yo, el abismarme en el mar feliz del no ser.

¿Qué es, por lo tanto, esta atroz sorpresa? ¿Qué sentido y qué razones tiene esta traición? ¿Por qué delito, olvidado o nuevo, soy castigado con este segundo nacimiento? La resurrección es para mí una ofensa, una pena, quizá la injusta venganza de los Dioses. Los pecados de la juventud fueron plenamente expiados, todos. Y tuve ya la visible confirmación de que mi renuncia y mi sacrificio alcanzaron su fin, esto es, •mi salvación definitiva en el seno materno de la Nada.

¿Por qué, pues, me siento otra vez vivir de nuevo como persona separada del todo y

me veo cubierto de carne que parece carne de hombre mortal?

No quiero resurgir. No quiero resucitar. No es justo que yo, Milarepa, el santo, deba someterme al tormento de una nueva existencia. Los Dioses no pueden mentir ni traicionar. Si tú eres un Dios o un servidor de un Dios, habla y sálvame de nuevo de la vergüenza de existir.

## SAMUEL NAAR

El estudio demasiado sutil del Libro de la Ley fue para mí piedra de tropiezo y boca de abismo. Por haber querido conocer demasiado de cerca a Dios perdí la fe y la vida. Te diré cómo acaeció y quizá no te niegues, después de haberme escuchado, a impetrar mi gracia.

Mi padre era el humilde hazán de una pequeña sinagoga, pero sus noches y sus días eran un solo y maravilloso sueño: nacer de su hijo un doctor de Israel, un rabino. Él mismo me enseñó a leer en los rollos venerandos de la Torah, y al final de mi infancia me entregó a un santo y célebre talmudista que en su misma casa enseñaba a una asidua familia de escolares famélicos: hambrientos de doctrina y de alimento\* Fueron para mí años de infinita mortificación, lejano de mi madre, sin caricias ni libertad, mal vestido y mal alimentado, viví de limosna, conocí tiempos de hambre y tiempos de tristeza. Consolación y luz, sólo la escuela y su salmodiar en coro durante las oscuras mañanas, y la palabra cantante e iluminadora de nuestro maestro. Era feo, demacrado, agachado, pobre, nuestro maestro, pero hacía vida de santo y se decía en el pueblo que poseía, además de la pequeña ciencia del Talmud, los misterios más elevados del Zohar y de los demás libros de la Cábala. Sentado durante largos años a sus pies llegué a ser, por mi parte, dueño de la Michsna, de la Guemara, de la Halakba y del Midrash. Pero mi máximo placer era la investigación y la meditación del sentido puro de la Torá, donde el Eterno había fijado su eterna voluntad. Mi mente después de la cotidiana ascesis talmúdica, se había hecho agudísima en el cotejo de los textos y en la disección de la letra, había llegado a ser expertísima en el arte sublime e inútil de rajar en ocho un pelo ya rajado en cuatro.

Mi perseverancia en la investigación del texto divino no alcanzó re-compensa, sino que se hizo para mí pócima de muerte. En la profundización de los primeros capítulos del Génesis dos puntos me detuvieron y me turbaron: la expulsión de Adán del Paraíso y la condena de Caín.

La narración del primer libro santo me reveló una verdad inaudita: Dios no expulsa a Adán y a Eva para castigarlos por haber comido los frutos del árbol de la ciencia, sino sólo por el temor de que ellos coman también los frutos del árbol de la vida que les hubiera hecho inmortales, es decir, semejantes a los Dioses. El texto era clarísimo: «Dijo luego el Señor

Dios: He aquí el hombre hecho como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal. Pues bien, que él no pueda, alargando su mano, coger aun del árbol de la vida y comiendo del mismo, vivir eternamente. Por lo tanto, el Señor Dios lo expulsó del jardín del Edén» y puso los querubines para impedir el acceso al árbol de la vida.

Descubrimiento semejante fue para mí un relámpago de tinieblas en mi cielo de luz serena. Aquel Dios que estaba acostumbrado a contemplar cómo la suprema Sabiduría y la perfecta Justicia se revelaban en un momento torpemente envidioso y celoso de su misma criatura. Había prometido hacerlo a su imagen y semejanza, pero apenas surgía el peligro de una más íntima semejanza entre Adán y Él, he aquí que se atemoriza y se aira, quiere defender y conservar su privilegio, no tolera compañeros en la divinidad y expulsa al hombre del lugar mismo que había preparado y querido como asilo suyo, igual que un amo receloso que echa a los criados del huerto para que no puedan parecer o hacerse sus compañeros de felicidad en vez de esclavos e inferiores. O Dios era el verdadero y único Dios y entonces no tenía nada que temer aunque el hombre hubiera llegado a ser inmortal, o era un Dios caprichoso, cruel y malvado y entonces no era digno de ser obedecido y mucho menos adorado. Un Dios celoso y temeroso del hombre era a mis ojos escándalo y abominación: un Dios más pecador y menos excusable que Adán.

Prosiguiendo el estudio del Berescit tuve otra dolorosa confirmación de ello. El Señor acoge favorablemente las oblacones de Abel y desdeña las de Caín. No hay en el libro ninguna justificación de semejante injusticia. No se dice que Caín fuese malvado y Abel perfecto. Por el contrario, los presentes de Caín estaban pagados con el áspero trabajo de los campos mientras que los de Abel provenían, sin esfuerzo, del tranquilo pastoreo. ¿Por qué, pues, aquella inconcebible parcialidad que llevó a Caín hasta el delito y a Abel hasta la muerte? ¿Acaso el Señor Dios prefería las víctimas sangrientas, al modo de un caníbal y no agradecía los incruentos frutos de la tierra? ¿Quizá quería tentar cruelmente a Caín como ya había tentado cruelmente a Adán? ¿Y quizás había condonado al uno y al otro la muerte inmediata por razón del remordimiento? ¿O no, más bien, por refinada fiereza? ¿Había creado Él aquellos desnudos e inermes seres sólo para burlarse de ellos y para deleitarse con sus padecimientos?

Dios se mostraba a mis ojos, cuanto más reflexionaba sobre los libros por Él mismo inspirados, como injusto, envidioso, despiadado, sin escrúpulos, inclinado a la traición y al arrepentimiento. Su majestad me parecía una vergonzosa comedia, como un padre que se da cuenta de haberse equivocado intenta salvarse y, para ocultar su error, golpea con los puños y alza la voz. O el libro mentía o aquel Dios no era Dios. Ya no podía amarlo y para respetarlo tuve que abandonarlo, rechazarlo, negarle en absoluto toda existencia excepto en la mente confusa de los mendigos de esperanza y de saber.

No tuve el valor de confesar a mi maestro aquellos espantosos des-cubrimientos, pero no tuve tampoco la prudencia de ocultarlos a mis compañeros. Uno de ellos, horrorizado, me

traicionó. Fui expulsado de la escuela; mi padre me maldijo; las comunidades de Israel me desterraron como a un leproso o me persiguieron como a un enemigo del pueblo y de su ley. Viví durante algunos meses como un lobo venteado y acorralado; luego, en un pueblo de judíos adonde el hambre y el frío me empujaron en una tarde de invierno, fui reconocido y los muchachos, instigados por los viejos, me persiguieron a pedradas. Una piedra me golpeó fuertemente en la sien y me mató. No tuve ni siquiera tiempo de pedir misericordia al Dios de mi niñez, ya perdido. ¿Podrás, tú, interceder por un infeliz sofista que se separó de Dios por amor de su gloria?

EPÍFANES

ÁNGEL

¿Reconoces verdadera, Epífanos, tu fama de apologista de la más desenfadada disolución?

EPÍFANES

Tú denominas fama a lo que sólo fue leyenda de ignaros y calumnia de enemigos. ¿Cómo podía yo, extinguido con sólo diecisiete años, hacerme apóstol de la lujuria? Has de saber, por el contrario, que morí virgen y que no tuve afán ni tiempo de disiparme en el lodo de los discípulos de Circe.

Compuse, ciertamente, antes de morir una obra sobre la justicia, en la que, siguiendo las huellas de Carpócrates, mi padre, demostraba que Dios hizo todo común a todos y a todos, igualmente, a despecho de las humanas diferencias, les concedió la luz del sol, la posesión de la tierra, las alegrías de la carne y del espíritu. Hombres avaros y malignos establecieron límites y prohibiciones bajo el nombre de leyes y para usurpar injustamente lo que Dios había dado a lo universal, introdujeron el maldito tuyo y mío y pusieron el temor como guardián del exceso.

La ley humana era, pues, para mí, la negación de la justicia divina; la muerte de la ley era la resurrección y el triunfo de la verdadera justicia. Todos tenían derecho al libre goce de lo que el hombre, creado por Dios, desea y anhela.

También el matrimonio me parecía un ilegítimo abuso de propiedad fundado en el egoísmo de los celos y en el legalismo de los hipócritas. Afirmaba, por esto, que también las mujeres deberían convertirse en bien común de todos aquellos que las apetecían y que no

repugnasen a ellas por algún motivo razonable. De este pensamiento —que ni siquiera era nuevo porque ya estaba en Platón cinco siglos antes de que yo naciese—, surgió, creo, la infamante habladuría que acompañó durante milenios a mi pobre nombre de muchacho filósofo.

Primer fin de mi libro era la reivindicación de la voluntad de Dios contra la injusticia de las humanas leyes. Soñaba con que todos los hombres pudieran formar una inmensa y única familia que lo tuviese todo en común, que lo gozase todo en amigable armonía, todo lo distribuyese fraternalmente según los deseos y las necesidades, fuera de los odiosos estorbos de la propiedad de los particulares. Quería, en suma, alegría y libertad para cada hombre y para cada mujer.

Era un ingenuo sueño de adolescente que ignoraba la perversidad de la especie humana, pero no, en verdad, el evangelio de libidine y apología de la corrupción. ¿Y no se podía pensar que la perversidad humana hubiese nacido o fuese, al menos, favorecida y fecundada por la ley, que el mismo Pablo consideraba madre del pecado?

De todas formas creo que será manifiesta a Dios la candidez de mi alma y de mi fe y que Él sabrá vengar mi inocencia contra la mala fe de los mancilladores.

## PHANJAS

¿Debo, en verdad, confesarte lo que sabes igual que yo? Todo mi pasado pugna con este día y Jo niega. Toda mi vida es refutación y negativa de cualquier juicio.

Tú sabes cuál fue mi pecado, pecado de la mente más que del corazón, pero pecado imperdonable. Tu mirada me constriñe a repetirlo con las palabras que tan a menudo, allá en la tierra, oyeron de mí.

Yo no creía en el libre arbitrio, por eso no creía en la culpa, por eso no creía posible un verdadero juicio final. El hombre no tenía ninguna libertad y por eso no pedía pecar. Su alma sólo era el campo de competición y de lucha de Cristo y de Satanás, y ya prevalecía el bien, ya vencía el mal. Había seres que necesariamente eran inclinados a la bondad; otros, los más, que necesariamente se sumergían, se hundían, se envolvían, se consumían en el cieno de la depravación.

Y en esta persuasión me confirmaba el ver que no existían hombres enteramente inocentes y hombres completamente inmundos.

Aun en los santos aparecían tentaciones que sólo podían surgir del fondo más ruin; aun en los criminales más inhumanos esplendían, de improviso, resplandores de caridad. Si el hombre hubiera sido libre, pensaba, su voluntad siempre hubiese sido fiel a sí misma: pura siempre en los buenos, demoníaca siempre en los malos. Aquel alternarse de esplendor y de oscuridad en todas las criaturas era, para mí, la comprobación de que el hombre era campo de lucha de poderes adversos y no libre monarca de sí mismo.

Y, sin embargo, la vida del género humano estaba repleta de pecados. Si no era debido al querer del hombre —simple instrumento de las fuerzas que en él chocaban— ¿por qué castigarlo? Yo comprendía que la sociedad con el brazo cruel de su justicia, cortase de sí, con la segregación o con la muerte, a los miembros peligrosos de la comunidad. Era necesario defenderse: la pena era protección contra un daño; no ya afirmación de una culpa.

Pero no concebía que Dios pudiese condenar eternamente a sus hijos; no me imaginaba que pudiera, ni siquiera, juzgarlos. Todo juicio presupone responsabilidad, y el hombre, al no ser libre, no era tampoco responsable.

¿Quién era, pues, responsable del mal que en todas sus partes en gangrenaba la vida? Era, sin duda, Satanás. Pero ¿por qué en los corazones de los hombres tenía Satanás mayor prestigio e influjo que Dios? ¿Y por qué Dios, el omnipotente, permitía que Satanás pudiese hollar y ocupar las almas de los mismos hijos de Dios?

¿Por qué los abandonaba, botín demasiado fácil, a la instigación y al acoso de Satanás? No por debilidad, ya que Dios es, necesariamente, el más fuerte. ¿Quizá para castigo de los hombres? Pero ¿qué culpa habían podido cometer contra Él? ¿No era Él mismo quien los había creado de aquel modo, tan frágiles y flacos, con aquella sangre hirviente y aquella carne tan vil y servil?

¿Quizás había creado libre al primer hombre y la consecuencia de la primera culpa había sido la privación de la libertad? ¿Dios se vengaba, por lo tanto, en todos los nietos de Adán de la única desobediencia de Adán?

No era posible. Dios era, para mí, Cristo, esto es, el Amor perfecto.

Y entonces imaginé que todos los hombres, aun los pecadores, aun los sarnosos, los péfidos, los feroces, los pervertidos, los fraticidas, los deicidas, serían reunidos, al fin, con Dios en la plenitud de la felicidad, en el abrazo de una reconciliación universal. Era Dios quien había pecado contra ellos, entregándolos, casi indefensos, a los asaltos de Satanás, y



Dios revelaría finalmente el misterio de aquella aparente injusticia y pondría a su diestra a los pecadores y no a los justos, porque los pecadores habían sufrido infinitamente más y, precisamente, por culpa de Él. ¿Y por qué, en efecto, si los pecados humanos no hubieran sido culpa Suya los habría asumido todos sobre sí, haciéndose hombre y descendiendo entre los hombres para aceptar humildemente de las manos de los hombres el más oprobioso y atroz suplicio?

Pero el sacrificio de Cristo borró los pecados ya cometidos, pero no los futuros. Satanás, aun después de la crucifixión, continuó teniendo la ventaja en aquel campo de batalla que era el hombre.

Ninguno de nosotros podía, por consiguiente, ser juzgado; cada uno de nosotros, por el contrario, debería ser absuelto y premiado.

Llegué, incluso, a pensar que Satanás mismo al final de los tiempos, esto es, en el umbral de la eternidad, sería perdonado por Dios y reincorporado al ejército de los ángeles en su antiguo puesto, que era el primero. Toda su culpa y, juntamente, su pena era la negativa del amor. Pero Dios, que es Amor, podría dirigir también contra él, un día, la espada candente e irresistible de su perdón, y Satanás comenzaría, desde aquel instante, a amar, y ya no sería Satanás, sino el hijo de la luz más próximo al creador de toda luz. Una sola lágrima de piedad caída de los ojos de Cristo hubiera podido apagar en un solo instante todos los fuegos del infierno.

Y en mi fantasía, embebida por el demonio de la lógica, soñaba que uno de los deberes del hombre era el de colaborar a la redención de Satanás, a la reconciliación de Satanás con Dios, a la extirpación de toda sombra de mal en el universo. Y andaba aún delirando de qué modo el hombre, haciéndose intermediario entre el Infierno y el Cielo, hubiera podido acercar de nuevo al rebelde hasta el Perdonador, o, más bien, reunir a los dos grandes culpables: el que engendró el mal, el que hizo posible la victoria del mal y la derrota del hombre.

Muy lejos, por eso, de mi mente toda idea de juicio divino, al que consideraba imposible por injusto. Pocos en esta multitud tan estupefactos como yo por esta irrecusable desmentida.

Temo que no tenga derecho a impetrar la misericordia divina. Y, sin embargo, me queda una esperanza: que Dios reserve a todos la gracia y que la confesión sea la única expiación que Él pida a la endeble y desgraciada especie de los hombres.

NARASVAT

ÁNGEL

Eras, por nacimiento, un servidor de Brahma y, sin embargo, te hiciste, todavía joven, seguidor de Cristo. Pero no para siempre. ¿Por qué abandonaste, hacia el fin de tu vida, la luz del Evangelio para retornar a la fe de tus padres?

NARASVAT

Cuando quise ser cristiano el fuego de mi corazón derritió todos los sofismas del intelecto. Ningún catecúmeno podía ser más sincero que yo en aquellos felices días. El Evangelio era para mí la más libertadora revelación de la divinidad y no deseaba otra cosa que hacer semejantes a mí a todos los que me rodeaban. La desesperación de mi padre, que veía en mí a un traidor de mi casta por improvisado frenesí, que me impidió desterrarme de mi patria para mejor conocer la religión que se había convertido en el alma de mi alma.

Viví durante largos años en países cristianos y empleé todo mi ingenio en penetrar y profundizar en las enseñanzas registradas por los discípulos del Dios Crucificado. La natural sutileza mental, propia de mi raza, me condujo lentamente, después de amarguísimos conflictos conmigo mismo, adonde jamás hubiera querido arribar.

Te diré sólo para mi justificación algunos de mis pensamientos.

El Cristianismo condenaba el orgullo y mandaba la humildad. Y, sin embargo, meditando sobre el misterio de la Redención me parecía que los cristianos insistían, justamente, sobre la grandeza del amor divino, pero callaban, injustamente, la enormidad de la soberbia humana. Esta soberbia acariciaba demasiado el pensamiento de que un Dios, el mismo hijo unigénito de Dios, se había humillado hasta el punto de tomar la forma del hombre, de sufrir y de morir por el hombre. El pecado del primer hombre era, pues, tan importante a los ojos de Dios, tan decisivo para la suerte del mundo, que Dios mismo ha tenido que expiarlo, inmolar a su Hijo único sobre un patíbulo humano para cancelar una remota desobediencia, ¡Tanto vale y pesa y cuenta un simple acto de un ser humano! La infinita vanidad de los hombres me parecía que estaba demasiado interesada en aceptar aquel misterio, y aquel secreto motivo de creer hacía sospechosa la creencia misma. La Redención podía ser, más que una prueba de la infinita misericordia divina, una comprobación de la insensata soberbia humana.

Un elevado pensamiento me asaltaba y me confundía. Veía en los místicos exaltar continuamente el aniquilamiento del hombre y la muerte del yo, pero al mismo tiempo surgía en mí la sospecha de que la razón principal que había hecho que tantos mortales aceptasen la doctrina de Cristo fuese, precisamente, la promesa de la inmortalidad personal. Cristo ha resucitado, decían, y quien muere en Él resucitará, y no sólo con su alma, sino con su carne. De nada tenía más horror el hombre que de su propio fin. Aquel temor tenía, por fuerza, que conocer favor y fortuna. El fundamento de aquella fe era, pues, el amor a sí mismo, el amor hacia la propia duración y supervivencia, más bien que el amor de Dios. Cristo era adorado —con los labios más que con el alma— porque parecía el fiador y garante de la vida eterna. Fe demasiado conforme con el humano deseo, pensaba entre mí, y por esto sujeta a legítima sospecha. ¿Los cristianos habían, pues, aceptado una religión altruista impulsados por el egoísmo?

En los hombres había dos instintos poderosos: creerse más de lo que eran y creerse, o, mejor aún, querer ser no efímeros, sino inmortales. El dogma de la Redención satisfacía al orgullo; el dogma de la Resurrección aplacaba el temor del fin. El Cristianismo, fundado esencialmente sobre aquella presunción y sobre aquella promesa, me pareció, al final, demasiado humano y fundado más bien sobre las pasiones de los hombres que sobre la revelación de Dios.

El espectáculo de la conducta cotidiana de los llamados pueblos cristianos me confirmó en estas dudas y me indujo a pensar que mi conversión había sido un error. Recordé la primera religión, inspirada por el deseo del aniquilamiento del yo, del cuerpo, del universo mismo retornando a la inefable unidad de Brahma, y sentí la nostalgia de la antigua fe de mi casta. Sólo la vergüenza me detuvo de volver, como H hijo pródigo, a mi patria, a mi familia, a las tradiciones de mi estirpe. Y al fin volví.

Veo ahora cuál fue mi error y mi pecado. No supe a su tiempo reprimir la inquisitiva malicia de mi inteligencia, no supe liberarme de la necia capciosidad de la razón razonante y, sobre todo, no supe comprender que el Cristianismo no es juego mítico y metafísico, sino espontaneidad y generosidad de amor. Si yo hubiese sabido darme todo a mis hermanos y sufrir y vivir para ellos, no hubiera sido consumido por las corrosivas fantasías de la dialéctica. El fuego de la caridad hubiera disuelto los venenos del intelecto. Si yo hubiese permanecido siempre en mi fe, habría podido esperar la salvación; me fue dada la gracia de contemplar y de vivir la verdad y la abandoné: culpa irremisible. Ni siquiera Cristo, en la inescrutable sobreabundancia de mi amor, podrá quizá perdonarme.

JACQUES DE MOLAY

ÁNGEL

Jacques de Molay, último Gran Maestro de la Orden del Temple, ¿cuándo dijiste la verdad en el proceso que se cerró con tu muerte? ¿La primera vez, cuando confirmaste las horrendas acusaciones que se te hacían a ti y a tus compañeros, o la última vez, cuando afirmaste que aquellas confesiones te fueron arrancadas con el tormento y proclamaste tu inocencia?

## JACQUES DE MOLAY

¿Y cómo puedes dudar de ello? Mis perseguidores, contentos por haberme arrancado con la tortura las mentiras que coonestaban la codicia del Rey, me dejaron la vida. Cuando años después denuncié el engaño y declaré la verdad, fui condenado a morir en el fuego. Aquellas llamas destruyeron mi cuerpo, pero probaron mi inculpabilidad. Cuando eché sobre mí las más infames nefandades los jueces fueron blandos e indulgentes; cuando negué haberlas cometido me enviaron a la pira como hereje. Pero el pueblo supo, y me veneró como mártir, de la avidez del monarca y del servilismo del pontífice.

Los Templarios habían llegado a ser demasiado poderosos y demasiado ricos. A Felipe el Hermoso le hacía sombra nuestro poderío y le despertaban el apetito nuestros tesoros. Éstas son las únicas razones de la ruina de la Orden. Felipe obtuvo la connivencia del Papa, que era criatura suya y de ánimo débil, y se procuró jueces viles y serviles que emplearon todos los medios más atroces para complacer a su amo. Uno de éstos, Nogaret, murió antes que yo, apenas fue suprimida la Orden. Cuando me hallé en el tablado del suplicio emplacé a los dos mayores culpables de aquel delito, el Papa y el Rey, para que se presentasen dentro del año ante el Tribunal de Dios. Mi apelación fue, ciertamente, oída en el cielo, porque Clemente V sólo después de cuarenta días murió imprevistamente, aunque bastante más joven que yo.

Todavía más joven que el Papa era Felipe el Hermoso y, sin embargo, antes de que acabase el año en que fue encendida mi pira hubo de dejar el trono y la vida. Mi inocencia no podía ser convalidada por señales más solemnes.

Perdona estos recuerdos al resentimiento demasiado humano de una víctima. Y como el fuego que me abrasó purificó mis pasiones terrestres, quiero añadir que si fui inocente según la letra es igualmente verdadero que la Orden de la que era jefe fue culpable en el sentido del espíritu.

Las más espantosas acusaciones que se movían contra mí y contra los demás Templarios eran haber pisoteado y escupido el Crucifijo y haber renegado de Cristo para adorar a un ídolo monstruoso. Estas acusaciones, lo mismo que las otras, eran invenciones

infernales inspiradas por la envidia, por la avaricia y por el temor. Pero, en verdad, la vida misma de la Orden era un perpetuo pisotear y escupir al Evangelio de Cristo. Sobre nuestro manto blanco figuraba una bella cruz bermeja y nuestro brazo se levantó siempre contra los enemigos de la cruz. Pero nuestros castillos estaban llenos de monedas y de barras de oro; fuimos los grandes y pingües banqueros al servicio de los ricos de Oriente y de Occidente. Pero nosotros, aunque monjes sujetos a los votos monásticos, tuvimos siempre la espada al costado y fue nuestro orgullo el herir y el matar. Nuestra institución de vida era, pues, una cotidiana negación de la doctrina de Cristo, que amenazaba a los ricos con la condenación y prometía muerte de espada a quien usase la espada. Los Templarios, que decían consagrarse a Cristo, eran siervos del oro y de la guerra, es decir, manifiestos insultadores y despreciadores de los mandamientos esenciales del Redentor. En tal sentido, mucho más profundo de lo que pensarán, los injustos jueces de Felipe el Hermoso, habíamos puesto bajo los pies y cubierto de esputos no su imagen de madera o de marfil, sino algo mucho más sagrado: su enseñanza y su ejemplo.

Tal fue nuestra culpa. Dios se sirvió de un pontífice indigno y de un rey ambicioso para castigar nuestro pecado. Cuando la Orden inocente y, sin embargo, pecaminosa fue destruida, los dos verdugos fueron también inmediatamente sometidos a la muerte por la divina justicia.

Después de esta suprema y veraz confesión, el tribunal de Dios será, quizá para mí más benigno que el del Rey de Francia.

SELIVANOF

ÁNGEL

Dios te dio un cuerpo perfecto y tú cortaste de él las partes que estaban destinadas a procrear otros hombres.

Y no contento con ello, persuadiste a muchísimos para que imitaran aquella mutilación, a fin, según decías, de seguir hasta el extremo la palabra de Cristo. Pero debías saber que Dios no quería una pureza que no era victoria del espíritu, sino imposibilidad material de pecar. Tu castración fue, pues, señal de poca fuerza de ánimo y no de sobre-abundancia de fe.

SELIVANOF

Afirmas que mi sacrificio fue pecado. Hablas en nombre de Dios —que sea eternamente glorificado— y, por consiguiente, dices la verdad y yo incurrí en culpa respecto a Él y respecto a mí. Pero nosotros, ínfimos gusanos, no teníamos otra luz que la palabra escrita en el libro bajo el dictado de Dios y yo pensé que aquella luz me guiaba y, por el contrario, me cegó. El Señor no puede errar, el pecado es todo mío y con justicia Él me castigará en la carne y el alma.

Pero antes de juzgarme pido que escuches la historia de mi error y cómo fui engañado por Satanás.

Debes saber, ante todo, que si los estímulos del sexo no hubiesen sido en mí fortísimos no hubiera llegado a meditar sobre mi liberación.

Como persona era atrayente y las tentaciones me asediaban. Era humillante para mí, un cristiano que quería salvar su alma, ser el esclavo de un ansia que servía sólo para engendrar nuevos pecadores, nuevos esclavos, nuevos atormentados. Unos instantes de placer eran pagados con el debilitamiento del espíritu, con el envilecimiento de la voluntad. Y entonces recordé el gran premio que Dios, por boca de Isaías, había prometido a los eunucos. Me acordé de la profecía de Cristo: habrá eunucos por amor al reino de los cielos.

Y dentro de mí pensé: si para salvar a las mujeres de la lujuria de un príncipe, si para conceder a los oídos piadosos un canto más suave, se permite que se quite a los niños aquello que los haría hombres verdaderos, ¿no estará permitido hacer lo mismo a los que sólo buscan la perfección divina y quieren obedecer literalmente a Cristo para hacerse dignos del reino de Cristo?

La historia me enseñaba que la resección de aquellos instrumentos de Satanás no extinguía lo que hay de mejor en el hombre. No quitó a Bagoa ni a Narsés la capacidad de mandar, no quitó a Orígenes ni a Abelardo la fuerza para filosofar. Liberaba, por el contrario, de aquella mortificante servidumbre que incluso a los paganos más elevados, como Sófocles o Alejandro, les parecía indigna del hombre. Tú no puedes imaginar de cuántas angustias, inquietudes, sufrimientos y miserias fuese causa el deseo de la unión. No sólo en los jóvenes, sino también en los maduros y hasta en los viejos. No sólo en las criaturas carnales y groseras, sino también en las espirituales y contemplativas y hasta en los buscadores de la verdad y en los servidores de Dios.

Tú dices: había que saber triunfar sin recurrir a cuchillos ni a navajas. Te respondo que casi ninguno lograba superar la prueba: pocos santos y no durante todo el tiempo de su vida. La sangre, en nosotros, débiles, era harto más potente que la palabra y que la fe.

Dios había puesto en nosotros un demonio bastante más astuto y fuerte que el ángel. Todo el peso de la carne llevaba al mismo punto. Era necesario separar el alma de la lujuria con el abismo de lo imposible.

La persecución era grande, especialmente en los de naturaleza ardorosa, y, sin embargo, te confieso que durante meses y meses mi instinto de varón se rebeló contra la idea del sacrificio necesario. Sólo me venció la desesperación, la desesperación de la salvación eterna. El placer carnal era el cebo más sabroso del diablo, el más duro obstáculo para la imitación del Salvador.

Y Jesús había dicho: si tu mano te da escándalo, amputala. ¿Por qué no sería santa la orden para cualquier otro miembro que amenaza con arrojar todo el cuerpo al fuego y el alma a las tinieblas?

Dices que aquellas partes estaban destinadas a engendrar otros seres humanos. Surgió también en mí esta duda, pero un día, meditando sobre el Génesis, un relámpago de vencedora luz la disipó. Y tuve un pensamiento terrible: la generación de los hombres no fue más que una de las expiaciones del pecado original; condena, no premio. Sólo después del destierro del paraíso Dios ordenó a la primera pareja el crecer y multiplicarse. Si la serpiente no hubiese perdido a Eva, si Eva no hubiese perdido a Adán, no hubiese habido el mortificante deber de engendrar con espasmo y dar a luz con dolor. Interrumpir, como pensaba hacer, la rueda de los nacimientos, quería decir interrumpir la rueda de las penas, retornar a la inocencia original.

Y todavía nació en mí otro pensamiento, aún más terrible, tan terrible que no lo dije a ninguno de mis seguidores. La vida es tristeza, la vida es trabajo, la vida es suplicio y vergüenza, riesgo y dolor. ¿Por qué, pues, no detenerla, no rechazarla, no negarla, a quienes han de venir a la tierra? El suicidio es pecado, el homicidio es pecado, pero podré, por lo menos, matar, pensaba, a las multitudes de los nonatos, salvar de la infelicidad y de la culpa a generaciones enteras.

Éste fue mi pensamiento, ésta mi esperanza. Cuando predicaba a mis hermanos la necesidad de hacerse eunucos para obedecer al Señor yo no sólo estaba persuadido de asegurar la salvación de aquellas almas, sino de preparar el acabamiento de la vida, es decir, de la esclavitud, de la culpa, del dolor y de la muerte.

Dices que aquella mutilación fue pecado. Fue, por lo tanto, pecado, Reconozco y confieso haber pecado.

Dios me perdone si me enorgullezco y me glorío de tal pecado.

## NOFFO DE VANNI

De tantos pecados como el Demonio me contagió, uno solo me da pavor y de éste solo hablaré.

Fui uno de aquellos pobres hombres que en Florencia llamaban, por desprecio, Cardadores y mi arte era cardar lana. Ni siquiera supe de letras, pues todavía niño tuve que ganarme el poco pan que comía, pero mi alma estaba poseída por fantasías diversas que no cuadraban a mi baja suerte. Era bastante devoto de la Santísima Trinidad y escuchaba con gusto los sermones de los hombres espirituales, especialmente de los de la regla del Beato Francisco. Y escuchando aquellos sermones, donde se razonaba, a menudo, sobre la santa pobreza y sobre el día próximo en que descendería a la tierra el Espíritu Santo para renovar y purificar la Iglesia de Dios y el mismo todo, comencé a pensar en mi interior sobre la injusticia de mi situación y la miseria mía y de mis compañeros.

¿Acaso no eran todos los hombres hijos de Dios y todos herederos de la tierra, recobrados por la misma sangre de Cristo y destinados todos a la gloria del paraíso? ¿Por qué, pues, había quien gozaba de todas las delicias de la vida y quien se deshacía en los trabajos y dificultades sin su culpa, sacando de su esfuerzo apenas con qué comer? ¿No eran unos y otros de la semilla de Adán, no tenían todos un espíritu inmortal y, por ello, igual mérito para los bienes que el Señor había concedido al hombre? ¿Cómo los mismos hombres de iglesia que hubieran debido enseñar y practicar los preceptos del Evangelio codiciaban las riquezas y caminaban altaneros y engreídos en vez de seguir la ley de la pobreza y dar ejemplo de humildad? ¿Por qué había quien mandaba siempre y quien siempre tenía que obedecer y sufrir?

Estos pensamientos envolvían mi espíritu constantemente, lo mismo cuando atendía a mi molesto trabajo que durante las vigiliass nocturnas. Comencé a mirar de mal modo a los señores y a los priores, a los mercaderes que construían casas y compraban posesiones a expensas nuestras, a los prelados tripudos que estaban de parte de aquellos que chupaban la sangre al pueblo. No me daba cuenta de que mi resentimiento provenía de la envidia atizada por Satanás, más que de sincera piedad hacia los míseros. No sabía ni veía que las palabras del Evangelio servían más bien para cohonestar mi rencor hacia los grandes que para enseñar a mi alma los caminos de la verdadera paz y de la salvación eternas. Aquel universal trastorno de cosas que deseaba mi corazón no estaba inspirado por puro amor de justicia, sino por la esperanza de ver cambiados los papeles, de ascender a la situación de los que parecían acariciados por la fortuna. No odiaba a los poderosos y a los ricos por sincero y religioso amor a la igualdad y a la pobreza, sino porque también yo hubiera querido ser rico y poderoso



lo mismo que ellos. Tenía, en definitiva, la fea naturaleza de un tirano sin mando, de un rico sin tesoro, que se vengaba de su vileza con el arma de los viles, con la envidia.

Cuando el pueblo humilde se levantó contra la Señoría y Miguel de Lando guio a los Cardadores a la conquista de la ciudad, estuve entre los que le siguieron y fui uno de los más encendidos. La envidia se hizo en mí ansia de estragos, el odio se desencadenó en violencia. Corrimos hacia las casas de los dueños más aborrecidos y les prendimos fuego, entre gritos de desprecio y de triunfo. Fueron saqueados los ajuares, heridos y muertos los que no huyeron a tiempo. Estas mis manos de bautizado se mancharon con la sangre de una mujer que intentaba arrebatarme su joyero lleno de gemas. En nuestro pendón había pintado un ángel, pero aquel día, con las picas y con los hachones, con los rostros desfigurados por la ira y la avaricia, parecíamos diablos salidos de las entrañas del infierno.

Vino luego la traición de Miguel, la revancha de la gente gorda, y para mí y para muchos de mis compañeros de desgracia, la fuga y el exilio. Clavado en la hondura de la desesperación, mi odio creció desmedidamente y salí rabioso de mi vida de rabia, maldiciendo la iniquidad de los hombres y la injusticia de Dios.

Sólo ahora he conocido mi loca ceguedad y la vergüenza de mi error. Pero ya no puedo cambiar mi destino, pues a los muertos no se les concede adquirir ningún mérito ni siquiera con el amargo llanto del arrepentimiento. Pero si yo no puedo ya hacer nada para salvarme, está Cristo, que todo lo puede y que puede borrar cualquier culpa con una sola mirada de su infinita piedad. Sólo Él podrá salvar a un alma que el Adversario envolvió en sus tinieblas.

## RODIANEZ

Para responder de mi pecado no puedo hacer otra cosa más que contar mi vida. Mi vida fue toda un pecado inextirpable y compacto que había nacido en un solo parto conmigo, que estaba infuso en mi misma sangre y animó siempre a mi alma.

Nací para odiar y no hice otra cosa que odiar. Hubo quien nacía con la poesía, con la soberbia, con la santidad, con la sensualidad. Yo nací y viví para el odio; un odio universal, obstinado, omniforme, fue mi segunda naturaleza.

Fui precoz en el odio como otros eran precoces en la lujuria. No odié a mi madre porque no la conocí, pero odié a mi padre apenas hube aprendido a conocerlo, odié a mis primeros compañeros de juego o de estudio, odié a mis maestros y a cuantos se mezclaron en mi vida.

En mi odio no había razones o gradaciones. No odiaba a los malos y a los enemigos por malos o enemigos; odiaba a los buenos igual que a los malos, a los amigos más que a los enemigos porque continuamente arroyaba en mi ánimo un manantial de odio que por natural necesidad se extendía y afluía por todas partes. De joven, por el impulso común y bestial de aquella edad, procuré tener mujeres para mi placer, pero en el momento mismo en que las poseía sentía que las odiaba, y las odiaba más luego, por el resentimiento de haber tenido que fingir amor para lograrlas.

Odiaba las cosas bellas porque eran bellas, odiaba a los hombres grandes en razón de su grandeza, odiaba a los hombres desconocidos o mediocres por oscuros, feos, viles, fastidiosos, molestos. Odiaba al mundo entero porque no me parecía tan maravilloso y perfecto como decían los demás. Odiaba al cielo con todas sus estrellas taciturnas, odiaba a la tierra con todas sus flores descaradas y sus puercas coqueterías.

No odiaba a Dios sólo porque no creía en Dios, pero odiaba ferozmente a todos los pequeños imbéciles que creían en Dios o que decían creer en Dios.

Me enrolé con violento ardor en el ejército de los ateos militantes, pero muy pronto odié también a aquellos presuntuosos y groseros asesinos de Dios, porque, sin reparar en ello, prostituían su corazón servil con nuevos ídolos, con la patria, con la ciencia, con la humanidad.

Se produjo en mi país una revolución. Fui de los primeros en bajar a las plazas, feliz de poder desahogar mi odio en las carnes vivas de los adversarios. Estuve entre los que fusilaban a los vencidos, arrastraban con ludibrio los cadáveres, saqueaban las casas, prendían los incendios. Parecí un héroe y tuve un puesto de mando y de honor entre los nuevos amos. Pero odiaba a mis compañeros de rebelión cuanto había odiado a los odiables opresores de la víspera, y pronto me volví solo, en guerra encarnizada y secreta contra los oprimidos hechos, a su vez, tiranos. Se encendió una nueva revolución y también esta vez me lavé las manos con la sangre y calenté mis manos en las llamas de los incendios.

Todo alimentaba y refrescaba mi odio: la bondad y la fortuna, la miseria y la debilidad, la soledad desesperada y la embriaguez de las noches de triunfo. Porque mi odio no nacía de un proceso de la inteligencia o de una tabla de valores; mi odio era imparcial como la justicia, absoluto y total como el ser. Surgía del fondo de mi esencia, era el lenguaje nativo de mi substancia, trasudaba de mi espíritu con la misma espontaneidad que el sudor y el llanto. Existir no tenía en mí más que un sentido y una forma: odiar.

Varias veces intenté descubrir el origen y la causa de aquel odio. No odiaba a los

hombres porque los juzgase inferiores o infieles o perversos. Puesto que no respetaba ninguna ley, ni la moral divina ni la moral humana, no podía formular juicio ni condena sobre los simios degenerados o encumbrados que llamaban poesía a sus balbuceos y gestas heroicas a sus homicidios.

Odiaba a los hombres porque eran hombres, porque se movían, porque gritaban, porque respiraban, porque, en suma, presumían de existir. Odiaba al universo entero porque el universo era una evidencia insoportable que mi fuerza no lograba aniquilar.

Yo mismo, en ciertas horas de expectación impotente, estaba espantado de la constancia de aquel odio inexorable e incoercible. Intentaba suscitar en mí un movimiento de afecto, una veleidad de perdón, un germen de amistad; me esforzaba por afeccionarme a la inocencia de las cosas, a la infelicidad de los vivientes. Pero en cualquier pensamiento mío estaba esculpido el odio, en todas las gotas de mi sangre ardía el odio, todo gesto mío de amor terminaba en puñalada de odio. Nada pudo jamás salvarme de aquella interna voracidad, ni el estertor de los agonizantes, ni la celeste limpidez de los ojos pueriles, ni la sonrisa de las mujeres, ni el sol claro de los despertares. En mí habitaba un demonio o yo mismo era un demonio, el demonio que componía y destruía mi esencia. Porque más que a los otros me odiaba a mí mismo, odiaba mis palabras y mis actos, odiaba mis pensamientos y mi destino. Odiaba, en fin, a mi odio, pero el odio que mantenía contra mi odio no llegó jamás a convertirse en amor, amor del amor, redención en el amor. Sufría y odiaba mi sufrir, me rebelaba contra el odio y odiaba mi remordimiento.

Tan pérfida fue mi vida, tan desgarrada y furibunda, que la misma muerte, siempre odiada por mí, por su fría omnipotencia, me pareció liberación. Y odiando me extinguí como odiando había vivido.

¿No te parece que he expiado bastante el error de haber nacido? ¿Haber nacido todo odio, destinado a odiar tanto a mí cuanto a todos, fue, por lo tanto, culpa mía? ¿Quién podrá afirmar que yo haya sido mi creador, que yo haya escogido y querido ser como fui? Cualquier pena con que tú amenaces será siempre más suave que la que te he dicho. La vida fue mi eterno suplicio.

QUINTUS AUCLER

ÁNGEL

En tu tiempo la locura de los hombres trataba de destruir todo lo antiguo y hacer todo nuevo. Tu locura fue al revés, pero casi más grande. Soñaste con resucitar una religión

hundida desde hacía quince siglos y condenada por las mejores conciencias del género humano. ¿Cómo te salvarán ahora tus dioses?

## QUINTUS AUCLER

Es demasiado fácil escarnecer a un vencido antes de haberlo escuchado.

Y te diré que si el retorno propuesto por mí a los hombres hubiese sido verdadera locura me hubieran seguido; no hubiera permanecido solo. Mi voz era voz de sabiduría, y, por eso, no fue escuchada.

La revolución había decapitado a la monarquía; la filosofía había desplazado al Cristianismo. Pero ni el culto robusto de la Diosa Razón ni el seco Deísmo podían caldear y confortar las almas. La religión dominante era una encina deshojada, podrida y hueca; las religiones nuevas, esquejes sin raíz plantados en la arena. Y, sin embargo, era necesaria una religión para los más, no una religión abstracta, sino capaz, con sus ritos y con sus mitos, de agradar a los ojos y de saciar la fantasía.

Ei partido más razonable me pareció el de remontarse más allá de los negros siglos cristianos hasta la serena luz de la Paganía. El Cristianismo había sido para los pueblos una senil seducción, edad de ceguera, de traición, de decaimiento. La fortuna del Cristianismo fue debida a los bárbaros, a los esclavos, a los pueblos oprimidos y cansados. Su triunfo fue obra, en definitiva, de razas y de clases inferiores. Otros misterios y no sólo el cristianismo, prometían la resurrección y la inmortalidad de la persona, pero únicamente el Cristianismo hacía esperar, con su teoría del perdón y del amor, la impunidad de las culpas.

Si la misericordia del Padre es infinita, si la sangre del Hijo es gracia para todos los pecadores, si basta un simple impulso de arrepentimiento, aun a última hora, para obtener la salvación, no había otra religión que pudiera ser más cómoda y más acepta que la cristiana para todos los que acostumbran o desean cometer delitos, cuales eran precisamente las hordas de los bárbaros feroces y las manadas de plebeyos amargados.

Y fueron estos naturales enemigos de la antigua civilización, estos violentos groseros, ricos sólo de avaricia y de rencor, los que dieron el triunfo al Cristianismo. Un emperador de bárbaro linaje lo declaró legítimo; otro emperador de estirpe bárbara proscribió y persiguió a los últimos paganos. El temor, la ignorancia, la charlatanería, hicieron todo lo demás, y la más perfecta y luminosa religión que el mundo había visto fue sepultada y calumniada como superstición diabólica.

Yo reconocía la sublimidad de algunas enseñanzas de Jesús, pero era fácil demostrar que los más justos preceptos de su doctrina se encontraban ya en los más elevados espíritus paganos que vivieron antes que él. No había vencido por ellos, sino únicamente por la facilidad ofrecida de borrar todo pecado y de reducir toda expiación. El ladrón, el homicida, el adúltero, podían vivir ya tranquilos: una breve -confesión, una pequeña oferta, una ligera penitencia, una palabra de arrepentimiento, alguna oración y podían volver a comenzar desde el principio y luego seguir hasta la víspera de la agonía. Si el amor de Dios no tiene límites, si Cristo ama con predilección y protege a los pecadores, ya no era necesario abstenerse del mal. El hombre podía hacer, por fin, su placer en la tierra y conquistar la eterna felicidad.

Bien diverso y muy superior el Paganismo, mucho más humano y sabio en cada uno de sus aspectos. Porque yo no trataba de restaurar el corrompido y grosero paganismo de la gusanera ciudadana y cosmopolita, sino el Paganismo radiante y puro que tenía su teología en los Misterios y su moral en los Estoicos. El Paganismo no rechazaba ningún elemento de la naturaleza humana, ninguna forma justa de la vida, ningún ideal de una plena civilización. Era la religión hecha a medida del hombre, creada para todos los hombres, donde cada uno era guiado por su particular divinidad, protegido por su numen. Al soldado no se le imponía el culto de Atenas ni al sabio la adoración de Marte. Afrodita consolaba a la juventud, Júpiter fortificaba la virilidad. Cada hogar tenía su dios doméstico; cada arte, su musa; cada antro, su sibila; cada selva, su ninfa; cada hombre, su genio tutelar.

El politeísmo no era una necia fábula, sino necesidad razonable. Correspondía, en lenguaje poético, a la nativa y natural pluralidad de las inclinaciones, de las pasiones, de las aspiraciones del hombre. Un Dios único, que condenaba como sospechosa y pecaminosa más de la mitad de la vida, no estaba hecho para nuestra especie, para la especie por Él mismo creada.

Tan es verdad, que el politeísmo, por su naturaleza insuprimible, resurgió hipócritamente en el mismo Cristianismo en persona de la Virgen y de la Providencia, bajo los despojos de los santos más populares.

En los años que mi pueblo intentó a precio de sangre y de errores resucitar las austeras y libres y justas repúblicas de la antigua Grecia y de la primera Roma, me pareció, pues, llegado de sustituir una religión de bárbaros y de histéricos con la antiquísima fe de los sabios y de los poetas.

Los hombres, que pasaban de antiguas a nuevas servidumbres y alucinaciones, no me escucharon. Reanudé, por mi cuenta, en mi casa las prácticas del culto pagano, pero nadie me siguió, nadie recogió mi llamada a la salud, a la razón, a la plenitud de la vida.

Por esta tentativa, infeliz más que estúpida, pagaré la pena sin lamentos, como conviene a un filósofo. Renegar ahora con palabras no me valdría la salvación ni pido piedad a Quien tuve por enemigo. Me reconozco vencido, pero no quiero ser vil.

D U N S K I

ÁNGEL

Ni la muerte ni la resurrección han logrado extirpar de tu ánimo estos desgraciados sofismas, dignos de un niño que repita torpemente los dictados de Satanás.

Un solo latido de amor habría podido salvarte. Rechazas el apelar a Cristo, pero tu sinceridad, a despecho del orgullo, es una invitación a Su omnipotencia.

DUNSKI

Mi alma está en peligro, pero no por las ordinarias suciedades de la ordinaria canalla humana. Si la pierdo, la he perdido por mi patria, por haber amado en demasía a mi patria infeliz. Y aunque yo era cristiano de nacimiento y de deseo, confieso haber amado a mi patria, a mi desventurada y fragmentada patria, más que al mismo Cristo.

Era un amor terreno, casi carnal, casi bestial, pero no enteramente carnal, no del todo bestial. Yo no amaba en la patria únicamente el primer suelo en que vi florecer, en que maduró mi pan, que acogía los huesos de mis padres. Veneraba en mi patria la antigua y santa civilización que tantas veces se había opuesto a la barbarie, y la fe que jamás había extinguido ninguna tentación ni derrota, y la gloria y la humildad de sus hijos. Amaba en mi grande y famosa patria su misión entre los pueblos, la luz que había dado al mundo, su genio, pero más que nada sus desventuras, sus humillaciones, sus llagas, su milenarismo sacrificio, su ininterrumpido sufrimiento. Veía en ella la mártir de las naciones y, acaso blasfemando, el Cristo de Occidente.

Era, pues, un amor terreno, pero no del todo terreno. Era mi afecto\* árbol robusto que ahondaba sus raíces en la caliente blandura de la tierra, pero que con sus flores más elevadas miraba al cielo, buscaba el cielo, sonreía al cielo. Amaba a mi país, sobre todo, por lo que había dado de sí mismo al resto del mundo; amaba a mi gente porque siempre había trabajado y padecido por todos. Amaba a mi patria porque me parecía en su pasado más cristiana que todas las demás.

La suerte quiso que me hallase viviendo en una de las épocas más tremendas y funestas de su historia. Y mi vida fue larga, tan larga que pude en algún momento esperar su resurrección, su nueva grandeza; tan larga, sin embargo, que, ya viejo, hube de asistir a su desgarramiento, a su vergonzosa ruina.

Vi a la patria, todavía jovenzuelo, en el gris cansado de la miseria, del envilecimiento, de la derrota. Desde los primeros días de mi juventud me hermané con los escasos generosos que soñaron con llevar de nuevo a nuestro pueblo hasta su antigua grandeza, despertar sus virtudes heroicas y mesiánicas. Un pueblo que no sueña ser el primero acaba cayendo entre los últimos. Fueron diez años de fe, de trabajos, de luchas, en medio de las sonrisas de los escépticos y el vilipendio de los temerosos.

Obtuvimos, sin embargo, premio y revancha. Una guerra no querida ni buscada por nosotros incendió el continente. Mi patria, después de algún tiempo de inquieta incertidumbre, hubo de tomar parte en ella y venció y pudo reincorporarse las provincias que aún le faltaban para su unidad. Robustecida y reanimada por la victoria, se atrevió, algún tiempo después, a medir sus fuerzas más allá de los mares y supo conquistar tres reinos bárbaros y comenzó a llevar allí su civilización y sus colonos.

Cuando tenía veinte años, mi patria era un país de tercer orden, más despreciado que temido; cuando tuve sesenta se disponía a convertirse en un gran imperio.

Pero la alegría fue breve. Pasaron pocos años y la misma fortuna corrompió a los grandes y envileció a la plebe. Una terrible guerra, en la que por obligación de alianzas tuvimos que tomar parte, halló al pueblo dividido, extremado, intolerante, porfiado. Mal llevada y mal soportada la nueva guerra, dio lugar, después de algunos años de inútil valor de los humildes, a la derrota, a la invasión, a la rendición. La traición y la fuga en los de arriba, la discordia y el hambre en los de abajo redoblaron la vergüenza, la miseria, el horror. Cada día nuevos acontecimientos, cada vez más horribles, desgarraban las llagas y aterraban las imaginaciones.

Mi amada y hermosa tierra se convirtió en campo de batalla entre enemigos poderosos, sólo de acuerdo en el desprecio hacia nosotros. Dos gobiernos en oposición, pero uno y otro sostenidos por las armas extranjeras, añadieron a las ya insoportables calamidades la de una guerra civil. La unidad de la patria, que había costado lágrimas y sangre a tres generaciones, amenazada y comprometida; reducida a dos muñones donde los invasores incendiaban y saqueaban. Y nosotros estábamos espantados, extraviados, inermes, despojados de todo, pobres, excepto de odio.

Creía ser víctima de una alucinación persecutoria, de un sueño de fiebre infernal. No creía en mis ojos, en mis oídos, en mi inteligencia. Todo me parecía tenebrosa y ferozmente satánico. No dormía por la noche, no lograba pensar, hablar, trabajar. La imposibilidad absoluta de mover un solo dedo para contener aquel huracán de males me hacía semejante a un loco.

No se levantó ni una sola voz de salvación desde aquel abismo de oprobio, ni siquiera la desesperación pudo suscitar en el furor de lo imposible la sombra de un salvador.

Era para mí, el fracaso de toda una vida; no sólo la caída de la patria, sino la tarde sangrienta de una época y de una fe.

Aquella nación que había encontrado, al nacer, extendida en la polvareda de una somnolienta pereza y luego pareció elevarse a nueva suerte y retornar como diosa vencedora y refulgente, la volvía a ver ahora, de viejo, hundirse y sumergirse en un fango formado de estiércol, de sangre y de infamia.

El solo recuerdo de mi angustia en aquellos días me hace todavía temblar y horrorizarme. Ahora que todos los pueblos están unidos en la pavorosa fraternidad de la muerte, ahora que todas las patrias están pacificadas en la cruel igualdad de la nada, mi sobrevivido dolor me asombra a mí mismo. Y, sin embargo, aun en este momento, desde mi corazón cae alguna gota de aquella sangre turbia y acre que acertó mis últimos años

Y con vergüenza infinita confieso que aquella desolación fue tan potente que me hizo abandonar a Dios. Las terribles desgracias de mi patria parecían, a mi mente trastornada, la terminante negación de su bondad y hasta de su justicia. Mi pueblo era pobre y laborioso y durante muchos y muchos siglos había servido como esclavo, soportado todas las desgracias, afrontado todas las pruebas, siempre fiel a la ley de Cristo. ¿Por qué, apenas había intentado resucitar a la gloria, había sido tan atroz e implacablemente castigado? ¿Por qué Dios no se había movido a piedad hacia aquel pueblo suyo, menos pecador y rebelde que los demás, y por qué había permitido el triunfo de salvajes enriquecidos que lo habían recibido todo de nosotros?

Y ahora mismo, aunque liberado de las pasiones de la carne y de la tierra, no sé comprender el enigma de aquella condena, el misterio de aquel abandono. Hay todavía en mí, después de la disolución de todo lo que fue para nosotros razón de ternura y de orgullo, un oscuro pero inextinguible rencor. Si Dios quiere perdonar no sólo ha de perdonar mi rebelión, sino también mi obstinación y mi ceguera.



PAPAS

CORO DE LOS SACERDOTES SACERDOTES

PAPAS

INOCENCIO III

ÁNGEL

¿Está, por fin, en paz tu espíritu, Lotario de Segni? De tus duras batallas con emperadores y reyes ¿no te ha quedado en el corazón alguna herida?

Hablaste con frecuencia en nombre de Dios; ahora tendrás que hablarle a Él y sólo de ti mismo.

INOCENCIO III

Fui pontífice romano y durante dieciocho años, aunque indigno, el pastor, el rey, la conciencia y el guía de la Cristiandad. Indigno, he dicho, pensando en mis fuerzas, pues fui criatura de tierra en la triste tierra y, por esto, engendrada en el hedor de la culpa. No indigno, quizá, en mis pensamientos y en mis propósitos. Tuve perfecta conciencia de la pavorosa sublimidad de mi oficio. Como el alma sobrepasa y gobierna al cuerpo, así, pensaba, el Papa, que representa el principio espiritual, debe estar por encima de los rectores de los pueblos. Vicario de Cristo, esto es, heredero del reino universal de Dios, al Papa le correspondía, por absoluto y legítimo derecho, el supremo señorío sobre todos los hombres y sobre todas las naciones. El Papa, para consagrarse al gobierno y salvación de las almas, puede delegar príncipes y emperadores en el gobierno temporal de los pueblos, con tal de que gobiernen según la ley de Dios y bajo la supremacía de su Vicario en la tierra. El Papa y el Emperador eran necesarios al género humano, pero muy diversos entre sí por luz y dignidad. Eran las dos luminarias del mundo, pero el Papa era el sol; el Emperador, la luna. Ambos llevaban una espada, pero la del Emperador no podía quitar más que la mísera vida terrestre, mientras que la del Pontífice podía prohibir el paso a la felicidad eterna. Y, en efecto, el Emperador no era legítimo si antes no era coronado por el Papa, mientras que la tiara era dada por el pueblo

cristiano mediante inspiración del Espíritu Santo.

Estos pensamientos míos les parecieron a algunos delirio de ambiciosa demencia. Pero el cielo me es testigo de que yo no deseaba ni buscaba para mí vanagloria de poder o utilidad temporal. Yo sabía, con absoluta fe, cuán vana y sucia y mísera fuese la vida humana y nunca hubiera puesto en riesgo mi alma por los innobles andrajos de los triunfos terrenos.

El hombre, pensaba yo, vivía verdaderamente sólo en el alma y para la salvación eterna del alma. El espíritu, pues, está por encima de todo y aquel que guía al cielo debe estar, en modo absoluto y perpetuo, por encima de los príncipes de la tierra, que tienen cuidado, solamente, de los bienes temporales y efímeros de una breve peregrinación desde la oscuridad del útero a la oscuridad del sepulcro.

Pude ilusionarme, durante algunos años, de haber afirmado victoriosamente mi derecho solar de virrey divino sobre los monarcas de mi tiempo. Casi todos los reyes de Europa se reconocieron vasallos de la Iglesia de Roma, coroné y excomuniqué a los emperadores y a mí se sometió también, después de siglos de rebelión, el Imperio de Oriente.

Parecía que era, en verdad, el árbitro de todas las coronas, el príncipe de todos los príncipes, y, lo mismo que Aquel de quien fui Vicario, el Rey de Reyes. Esta imagen permaneció durante largo tiempo en la memoria de los hombres, pudo fascinar a los contemporáneos y a los historiadores, pero no a mí.

Todo, en aquel aparente triunfo del espíritu, fue juego y efecto de vicisitudes temporales y de intereses políticos. De mis excomuniones y entredichos se apoderaban vasallos, rivales y plebeyos para correr a la competición del dominio y al asalto de la fortuna. Algunos príncipes se sometían con las palabras y luego renegaban de las promesas con los hechos; otros se declaraban sometidos a la sede apostólica para consolidar una usurpación ilegítima; otros para huir de los riesgos de la insurrección popular o de la invasión extranjera; los emperadores, en fin, para repeler la avidez de los émulos y tener mano libre sobre los dominios ajenos. No era la reverencia hacia Dios la que inspiraba aquellos actos de vasallaje a su Vicario, sino, bajo el palio de la religión, la eterna seducción de Satanás. Mi tentativa de instaurar en la tierra el predominio del espíritu, como los acontecimientos mostraron, sirvió a los amos y servidores de la materia para sus sucios e hipócritas manejos, para sus innobles designios de conquista terrena. Parecí, en algún momento, el divino déspota de los coronados, y no fui, como ahora veo, más que un ingenuo cómplice en el mercado de los cetros o una áurea ganzúa para el eterno saqueo de los reinos.

Mi sueño era grande y divino, pero no era más que un sueño y siempre permaneció sueño. Los hombres jamás fueron dignos de someterse a la primogenitura de lo espiritual y

escogieron siempre lentejas, dornajos y rechinar de dientes.

El dolor de esta comprobación y la humillación de aquella derrota abreviaron mi vida. Aun cuando mi voluntad fuese indómita hasta lo último contra las fieras humanas, no anhelaba más que volver al Dios de infinita bondad que acoge y perdona aun a sus siervos más desafortunados.

CELESTINO V

ANGEL

Tú, Pedro de Morone, fuiste el solo Vicario de Cristo que renunció a su elevado y santo oficio. Dijeron, algunos, que por vileza; otros, que por el peso de la mucha vejez; hasta se dijo que habías traicionado al Espíritu Santo y a todos aquellos que te habían saludado como al esperado «papa angélico». Habla, pues, y haz enmudecer a tus acusadores.

CELESTINO V

Puesto que Nuestro Señor me concede la gracia admirable de hablar por última vez de nuestras vicisitudes terrenas, después de tantos siglos de silencio, diré para comenzar que ningún mortal ha comprendido o adivinado las verdaderas razones de mi renuncia al pontificado. Y por esto perdono, como perdoné de corazón desde aquellos días, a todos mis denigradores, porque, en verdad, quisieron juzgar antes de oír y oír no podían, ignorando el secreto que no quise confiar a ningún viviente.

No renuncié a la tiara por vileza. Cuando fui elevado a la cátedra de Pedro contaba más de ochenta años y no podía temer ni la prisión ni la muerte. La prisión no, porque estaba avezado a la vida cenobítica y a la eremítica, que son poco distintas de la cárcel, y a entrambas las amaba. La muerte tampoco, porque estaba ya próxima, o más bien, inminente, por el término natural asignado al hombre y habiendo vivido siempre alejado del pecado, y en presencia de Dios, no sólo no me inspiraba terror, sino que era deseada por mí como liberación y premio.

Por otra parte, la vejez, aunque grave, no me hubiera quitado de cumplir mi oficio si, como pensaba, hubiera sido entera y solamente espiritual.

Dios envía las fuerzas necesarias a los que escoge y protege. Y es necio el que habla

de una traición al Espíritu Santo que me había designado como Vicario del Redentor. Porque renuncié precisamente para permanecer fiel al Espíritu Santo y a mi íntima vocación.

Había vivido casi siempre en soledad, desde la adolescencia, entre la altura de las montañas y el pensamiento, la mirada, la presencia de Dios. Cuando fui arrancado de mi eremitorio para convertirme en Papa creí sinceramente que mi misión sería la misma que Cristo había enseñado a sus Apóstoles, la de convertir, enseñar y consolar a las almas. No fue pequeño mi estupor cuando me encontré con el laberinto y la hediondez de la Curia pontificia.

Cristo había dicho a Pedro: Apacienta a mis corderos. Yo me encontré, por el contrario, en medio de una turba de lobos rapaces, de zorros maliciosos, de leones amenazadores, de ovejas enfierecidas, de urracas mentirosas y vanas. Comprendí, al instante, que un Papa tenía por fuerza que obrar con destreza entre la fuerza de los poderosos, la estulticia de los pueblos, la discordia de los próximos y la astucia de los consejeros y ejecutores.

En los eremitorios de Morrone y de Majella había imaginado que el Vicario de Cristo tendría que imitar, en cuanto lo permite la humana miseria, las obras del Salvador mientras estuvo en di mundo: sanar a los enfermos, iluminar a los ciegos, enseñar la caridad, huir de los honores, perdonar a los equivocados, enseñar a los seguidores y a las multitudes. Me di cuenta pocas semanas después que, por el contrario, tendría que luchar con sagacidad frente a los embajadores, jugar con astucia frente a los cardenales, llegar a compromisos con las grandes familias y con los reyes, vigilar a secretarios y cajeros infieles, cuidar de la distribución de los beneficios y los Obispados, ser, en suma, un administrador y un político. Había soñado con hablar a mis hijos en Cristo, devolver al redil de Roma a las ovejas perdidas, preparar el advenimiento del Reino de los Cielos, y, por el contrario, no oía hablar más que de bulas, de sentencias, de antiguas y de nuevas decretales, de privilegios e inmunidades, de contiendas entre las Órdenes religiosas y las facciones curiales, de pretensiones del Rey de Nápoles y de amenazas de los Colonna. En vez de la caridad encontraba la envidia y la intriga; en lugar de la pobreza, la simonía; en vez del amor, el ansia de poder y la demencia del orgullo. Había pensado ser un sucesor e imitador de los Apóstoles y me encontraba como una especie de Señor temporal, entre señores paganos, clérigos infieles y plebes rencillosas.

Se dirá que hubiera debido reformar todo, cambiar todo, volver todo a la pobreza evangélica anhelada por los Espirituales. Esto también podía pensarlo yo mientras fui Pedro de Morrone, pero ya no lo pensé cuando fui Celestino V. La multiplicación de los cristianos en todas las tierras del mundo ha hecho que la Iglesia se convirtiese en una inmensa sociedad humana obligada a vivir y a moverse en medio de aquellas sociedades humanas que son los partidos, las ciudades, las repúblicas, los imperios. Esta sociedad, como todas las demás, es gobernada, y quien dice gobierno dice ley, disciplina, administración, dinero, cargos, oficios,

nombramientos, relaciones con otros gobiernos y, por consecuencia, rivalidades, concesiones, choques, guerras de palabras o de hierro, intereses creados, tentaciones y corrupciones. Son males, pero necesariamente ligados a la existencia de toda reunión de hombres, de toda iglesia, aunque sea la Iglesia fundada por Cristo. Abolir la gran máquina que mueve y rige la actividad temporal de la Iglesia no podía ni quería, pues hubiese sido daño gravísimo para todos los fieles y para sus pastores. El alma de la Iglesia es el Espíritu Santo, pero su cuerpo está formado de hombres y los hombres tienen necesidad de ser administrados y gobernados. Por otra parte, yo era un hombre de oración y no de gobierno, era un meditador y no un legista, un contemplativo y no un soberano. No era justo ni posible destruir la Curia, pero no era honesto ni posible, por mi parte, continuar siendo cabeza de ella.

No renuncié, pues, al Pontificado por las intromisiones del Rey Carlos o por las malas artes del Cardenal Caetani, sino por mi clara voluntad, inspirada por motivos puramente espirituales. Admiro y compadezco a los que por amor a la Iglesia se encargan de gobernar en medio de tantos obstáculos, sacrificios y compromisos, pero no podía traicionar mi pasado y mi sueño. Yo, asceta, orante y predicador, no podía hacerme, no quería hacerme el príncipe de una gran empresa política. Renunciar después de sólo cinco meses, al elevadísimo honor del Papado, el más glorioso que pudiera darse, entonces, a un hijo de mujer, no fue, en verdad, vileza, sino valor; no señal de temor, sino de honrada fortaleza. Si el Altísimo en su sabiduría inescrutable me juzgase culpable, desde ahora apelo a su justicia y a su misericordia.

JULIO II

ANGEL

Dijo un rey enemigo tuyo que hubieras hecho mejor emperador que Papa, y es, bajo apariencia de elogio, la más severa acusación que se podría mover contra un Vicario de Cristo. El Pontífice tenía que ser guía y juez de los emperadores y no imitarlos en el ansia de guerra, de mando y de pompa.

Anhelaste cosas grandes, pero tu grandeza se mantuvo siempre en el orden temporal, puramente humano. Y casi ninguno de aquellos designios lo pudiste colorear, pues fue demasiado desproporcionada en ti la prepotencia del querer con respecto a la efectiva potencia de los medios. Con toda tu magnanimidad y magnificencia perdiste las almas sin conquistar los reinos.

JULIO II

Has dicho palabras justas y para mí dolorosas. Si yo fuese uno de aquellos pedantescos sofistas acostumbrados en mi siglo podría detener la acusación con sagaces cavilaciones sacadas del Evangelio. Podría decirte que Cristo afirmó que había venido a traer guerra y no paz, que el reino de los cielos es de los violentos y que el primer pontífice, su primer Vicario, es el único discípulo que haya empleado la espada y haya hecho derramar sangre a un enemigo. Pero éstas no son defensas dignas de mí.

Te diré, por el contrario, que desde los años de la adolescencia tuve ánimo fiero y turbulento, empeñado de probar mis fuerzas con los demás. Soñaba en mi interior con hacerme condotiero, capitán, quizá príncipe. Pero la modestia de mi origen y de mi patria no me permitían esperar esta elevación en el siglo, y el único apoyo seguro que encontraba era un tío fraile, que me hizo rico obispo y, luego, cardenal. Estándome vedados los caminos que conducen a las coronas del siglo, con tal de reinar procuré obtener la tiara. La logré tarde, a los sesenta años, pero la vigilia demasiado larga, en vez de calmar, había avivado mis pasiones juveniles. Apenas fui Papa no tuve otro pensamiento que devolver a la Iglesia su poder y a Italia su libertad, pero sólo porque estos propósitos me darían motivo honesto de conducir ejércitos y realizar campañas. Mi naturaleza belicosa y cesárea pudo, después de tanto tiempo reprimida, desfogarse y satisfacerse. A la cabeza de mis ejércitos entré a caballo en las ciudades conquistadas, fui el primero en subir a las fortalezas asediadas, obtuve en Roma honores triunfales dignos de un antiguo emperador. Las victorias no me aquietaron y las derrotas no me doblegaron. Hice y deshice ligas y alianzas, recurriendo a las armas espirituales cuando las militares no bastaban. Desafié a emperadores y reyes; bendije a los que había maldecido; nada desdeñé con tal de vencer, excepto el veneno.

Pero aquellos designios eran, por sí mismos, absurdos. No se podía constituir un vasto y poderoso dominio de la Iglesia sin recurrir a aquellas artes y a aquellos medios que el Evangelio repudia, o mejor, condena. Y no era posible liberar a Italia de los extranjeros sino recurriendo a armas extranjeras. Yo gritaba que quería expulsar de Italia a los bárbaros, pero las circunstancias me forzaban a llamar poco a poco a franceses y españoles, suizos y alemanes, de modo que dejé en mi patria bastantes más bárbaros que había encontrado en ella. Y fue justa pena. Un pastor de ovejas que quiere hacer de guerrero y de monarca no logra tampoco ser verdadero César. El Crucifijo, aun reducido a espada, se acomoda mal con el imperio.

Me perjudicó la soberbia senil y todavía más el ánimo demasiado impetuoso. La ira me dominó, no fui sólo irascible, sino iracundo y hasta colérico.

Mi pasión por el arte fue más bien frenesí de magnificencia que amor puro de la belleza. Nacía, por esto, del orgullo. Nada me parecía bastante grande para mi gloria. Si hubiese reinado todavía durante muchos años se hubiera visto mi sepultura, mausoleo enorme adornado con estatuas gigantescas, camppear, dominar en medio de la mayor iglesia de la Cristiandad. Pero la tumba titánica, que a través de los siglos denunciaría mi protervia

aun después de la muerte, no fue acabada, y ahora estoy aquí, después de tantas esplendideces y grandezas, como un gusano tembloroso que ni siquiera se atreve a pedir perdón a su Dios.

SIXTO V

ÁNGEL

Fuiste en la tierra seguidor de San Francisco y Vicario de Cristo, y, sin embargo, los hombres te juzgaron como uno de los soberanos más sanguinarios y despiadados que el mundo haya soportado. ¿Puedes dar razón de este abierto contraste entre la doctrina de amor que profesabas y tu crueldad?

SIXTO V

Delante de Dios y de todos mis hermanos resucitados por divino poder confieso que la impetuosidad de mi naturaleza, la vehemencia del desdén contra la malicia desbordante y, quizás, un agrio espíritu de póstumo rencor, hicieron que yo me excediese en la ferocidad de las penas y en el modo de hacerlas cumplir.

Me venció, quizás, la ira; muy raramente accedí al perdón. Y el recuerdo de todos aquellos cuerpos colgados o descuartizados o quemados, de aquellas cabezas cortadas y desfiguradas, me hace en este momento temblar, tanto más si pienso que quizás entre aquellos desgraciados reducidos a ese horrendo estado podía también hallarse, por apresuramiento o malquerer de los jueces, algún inocente. De aquella sangre y de aquellos errores echo sobre mí toda la culpa.

Pero confío en que la divina e infalible justicia querrá considerar, asimismo, los justos motivos que me impulsaron a aquella despiadada justicia. Cuando se me entregó el báculo pastoral de Pedro yo no era solamente el fraile de San Francisco y el Vicario de Cristo. Era también el príncipe absoluto de un Estado temporal y tenía la responsabilidad de la salvaguardia de la vida y de las costumbres de mis súbditos. Encontré al país, por efecto de la debilidad de mis antecesores, sometido a talla y diezmo por los salteadores y homicidas, enlodado por las prostitutas y los alcahuetes, apestando por sodomitas, por calumniadores, por prevaricadores, por blasfemos. Aquel Estado que hubiera debido ser espejo y modelo para todos los Estados cristianos, se había hecho cueva de ladrones, guarida de bandidos, metrópoli del adulterio y de la rufianería, teatro de sacrilegios, de traiciones y de asesinatos. La silla de Pedro parecía apoyada en medio de una fosa infernal, semejante a un matadero de hombres junto a un lupanar.

Piensa que yo había nacido pobre y campesino y que fui también porquerizo. Me di cuenta, sin embargo, de que guiar y preparar a los hombres es tarea harto más dura y repugnante que pastorear cerdos. Los hombres se habían hecho en aquel tiempo más puercos que los puercos, más lobescos que los lobos.

Piensa que yo había traspasado los umbrales de la vejez y había visto y observado mucho, soportado y sufrido mucho por el espectáculo de la malicia e iniquidad de los hombres. Apenas tuve en la mano el poder, vi que con las fieras no podía llegar a un acuerdo ni emplear mansedumbre. El mal era viejo y estaba gangrenado; desvergonzada e impúdica la audacia de los saqueadores y de los asesinos. Existían ya edictos severísimos contra ellos, pero nadie tenía el atrevimiento de hacerlos respetar. Yo, por el contrario, sentí el deber, como pastor de los corderos que Cristo me había confiado, de exterminar los lobos criminales. Piensa que en un pequeño Estado como el que yo tenía que gobernar y proteger había más de veinte mil bandoleros impunes que irrumpían por los campos e infestaban las ciudades. Con tales brutos no hubiera valido ni la elocuencia de un santo ni el temor de la prisión. No había otro remedio pronto y eficaz que el terror. Y el terror, por voluntad mía, fue instaurado sin misericordia. Si yo hubiese sido dulce y suave con los asesinos de mi pueblo hubiera sido injusto y cruel hacia los inocentes. Para salvarlos no había otro camino que matar a quien había matado.

El perdón hubiera sido sentencia de muerte para las víctimas inermes.

Y la misma severidad usé contra aquellos que mataban las almas, contra los persuasores del mal, contra los pervertidos, los herejes, los fornicarios, los propagadores de falsedades. En aquella edad depravada, cuando las madres hacían de alcahuetas de sus hijas y los padres no estaban seguros del veneno de sus hijos, no tenía derecho a ser piadoso con los despiadados, generoso con los salteadores de caminos, corruptible con los corruptores. Hubiera sido, si no, cómplice de los criminales y traidor a los inculpables. Con la suavidad de Francisco se podían formar los santos, pero no era posible gobernar los Estados, especialmente cuando estuviesen invadidos por las mujeres públicas y los facinerosos.

Si Dios lo juzga de otro modo estoy dispuesto a soportar martirios aún más ásperos que aquellos que castigaron las infamias de mi reino.

ANGEL

Pero ¿no pensaste tú, predicador famoso del Evangelio, que muchos de aquellos males provenían de la miseria de los pueblos y que aquella miseria era debida, en parte, al mal gobierno de tus ministros? ¿No pensaste que muchos de aquellos bandidos se habían



echado al campo para escapar a la injusticia, a la venganza, al hambre, y que de esto hubieran debido responder los poderosos y los jueces de tu reino? ¿Y no reflexionaste que si había tanta corrupción de costumbres, tanta crueldad y abyección, una parte de culpa debía recaer también sobre los sacerdotes de Cristo que no habían sabido ser bastante operosos y persuasivos, que no habían sabido educar en el bien y en la renuncia a la juventud, que quizás habían dado pésimos ejemplos a su grey? Un poco más de pan y de bienestar, menos extorsiones y pompa en los gobernantes, una mayor justicia para los humildes y un apostolado más ardiente, hubieran podido ahorrar muchas desesperaciones, muchas decapitaciones y ejecuciones, muchas maldiciones.

## SIXTO V

Ya te dije que llegué viejo al Papado y que sabía que presto ha de partir. Muchos de aquellos motivos eran antiguos y no míos, y no podía quitarlos de en medio en un instante.

La gangrena era vasta y profunda y no toleraba demora ni vanos emplastos; era forzoso amputar, mutilar, extirpar a los malos, y así lo hice. Era viejo y no podía ilusionarme de poder cambiar en pocos años la naturaleza feroz y porcuna del hombre. Para una llaga vieja hacía falta un cirujano solícito como yo lo fui. Cualquiera que haya tenido que sostener en su mano las bridas y los ronzales de los pueblo y de la plebe me comprenderá.

## PAULO VII

Hace millones de días que mi alma contristada por el remordimiento y por la duda suspiraba por este retorno a la luz. Sabré, por fin, si mi oración fue mérito o delito.

Tú sabes qué oficio me fue confiado en la tierra: ser uno de los últimos jefes de la Iglesia universal y visible. Hacía ya trescientos años, por efecto de la guerra que trastornó los continentes y las inteligencias hacia la mitad del siglo veinte después de la venida de Cristo, había comenzado en todos los pueblos la revolución que hizo triunfar el ateísmo. Los cristianos, en mi tiempo, estaban reducidos a unos pocos millares que habían de ocultar su fe como una enfermedad vergonzosa y como una culpa. No habían habido verdaderas persecuciones por parte de los nuevos dominadores, pero el desprecio, el escarnio, las promesas de felicidad material, de paz y de igualdad y, aún más, la saciedad de los ritos milenarios, el apetito de cosas nuevas, las ventoleras gregarias, la tibieza de los corazones, la vana esperanza de una sanción sobrenatural que rompiese la cadena de males, habían alejado poco a poco de la Iglesia, y no sólo de mi Iglesia, a casi todos los hombres. Las naciones habían caído en las manos de acero de los Anticristos.

Nosotros, los últimos cristianos, habíamos vuelto a la misma situación que los primeros. Despreciados, calumniados, atacados, no se podía guardar la fe en Cristo más que a condición de mantenerla oculta. Las mismas catacumbas ya no eran seguras; nuestro culto era considerado como injuria a la ley, nuestra doctrina era considerada demencia intolerable y superstición perniciosa.

Hacía tiempo que los Papas habían tenido que abandonar Roma y la Sede Apostólica. Yo mismo vivía en una choza de los suburbios de Jerusalén y mi dignidad de sucesor de Pedro no era conocida y reconocida más que por un extenuado rebaño de fieles dispersos. No tenía conmigo más que doce sacerdotes consagrados, doce como los discípulos del Redentor y no podían vivir juntos.

Todos estaban sujetos al trabajo de sus manos; el mismo Vicario de Cristo tenía que ganarse el pan y el vestido tejiendo esteras.

Este forzado retorno a la humildad, a la pobreza, a la oscuridad de los primeros tiempos de la Iglesia a veces me aterrorizaba y a veces me exaltaba. ¿Aquel abandono no era, quizás, el justo castigo, querido por Dios mismo, a causa del incumplimiento y de la frialdad de los cristianos de los siglos pasados? Los mandamientos fundamentales del Evangelio habían permanecido durante larguísimo tiempo incumplidos; repetidos con los labios, pero desobedecidos por las almas. Los mismos jefes de la Iglesia habían mostrado más amor de autoridad que espíritu de caridad y los pueblos los habían abandonado y hasta odiado. Si la historia era, como decían, un juicio final en el tiempo, la Cristiandad había merecido su condena.

Había, sin embargo, compensaciones que, en algunos instantes, alegraban la desolación. En algunos aquel retorno al primitivo estado de la Iglesia había reinflamado la fe y reavivado la esperanza de una inminente recuperación. Dios no podía abandonar para siempre a los que, a despecho de la universal deserción, se habían obstinado en creer en su verdad. En nuestro secreto conventículo había quien esperaba con ansia un segundo Pentecostés, había quien esperaba en la bajada de Cristo glorioso; algunos afirmaban que estaba próxima la teofanía de la tercera Persona, la manifestación invencible e irrecusable del Espíritu que reconvertiría a las multitudes y fundaría para siempre el reino de los cielos.

A semejanza de los primeros cristianos se escrutaba cada tarde la extensión del firmamento, cada aurora podía inaugurar el primer día de la nueva edad. Pero el cielo permanecía cerrado y los amaneceres se sucedían sin que se descubriese ningún signo de la invocada victoria.

Se celebraban de noche los divinos oficios, en el sótano de la casa habitada por mí,

que comunicaba con antiguas cisternas de la Ciudad Santa, donde se volvían a enterrar, cada vez, los paramentos sagrados, los cálices y los copones. En aquel angosto subterráneo mal iluminado por pocas velas, pocas decenas de hombres, celados a todas las miradas y desconocidos para todos, suplicaban al Señor para que la angustia de la prueba fuese abreviada. Cuando descendía del rudo altar de ladrillos que estaba al fondo del sótano, recordaba en mi interior, con dolorosa nostalgia, las fastuosas ceremonias de las basílicas romanas, cuando el Pontífice, con el palio centelleante de oro y la tiara de las tres coronas, impartía a las multitudes su bendición solemne. ¿Pero, acaso, pensaba, estábamos nosotros en aquel escondrijo polvoriento y oscuro más próximos al corazón del Hijo Crucificado?

No se podían cantar himnos por temor a ser oídos fuera, pero después de la misa se conversaba juntos y cada uno intentaba consolar su propia pena confortando el ajeno pesar. Cada noche alguno me confiaba la siempre resurgida perplejidad de su alma. ¿Éramos nosotros los últimos supervivientes ilusos de un mito destinado a morir o bien las primicias de un ejército de santos que reconquistaría los pueblos? ¿Por qué Dios se obstinaba en callar? ¿No habíamos expiado bastante? ¿Cristo había muerto en vano? ¿Por qué tardaba en fulgurar de nuevo entre nosotros con toda su potencia para derrocar la usurpación del Anticristo? ¿Por qué no aparecían señales y no se manifestaba ningún prodigio para descegar a las turbas?

Ésta era entre nosotros el ansia más ferviente: el hambre de milagros. Todos esperaban, pedían, imploraban un milagro decisivo que confirmase nuestra fe y confundiese a los enemigos del Cristianismo.

Confieso que también en mí existía aquel deseo y aquella espera. De día y de noche suplicaba a Dios que concediese a nuestros ojos, ya próximos a apagarse, la gracia de un milagro inaudito. Advertía que aun en los más firmes la fe comenzaba a vacilar. Uno de los doce sacerdotes abandonó el sacrificio nocturno y dos seglares desaparecieron.

Una noche uno de los doce supervivientes —el más joven—, vencido por imprevisto furor, renovó los comunes lamentos con palabras más exaltadas, casi sacrílegas. Estaba, al fin, cansado de esperar a Aquel a quien todos abandonaban porque Él mismo nos abandonaba. Con el rostro encendido, vuelto hacia el Sacramento que estaba expuesto en el Altar, prorrumpió en una blasfemia: ¡Cristo, si de veras estás presente en el pan consagrado, si de veras fuiste muerto en el Gólgota, sí en verdad eres Hijo de Dios y Persona de la Trinidad, haz que se realice un milagro y que Tu divinidad esplenda todavía en medio de los hombres!

Apenas pronunciada la última palabra, vimos desaparecer el rojo de su cara y caer en tierra, fulminado, sin grito ni suspiro. El milagro por él invocado había sucedido. Pero ¡qué impensado prodigio!

Y ahora debo confesar que mientras éste hablaba y con más violenta tensión de espíritu durante el último apostrofe, yo había pedido- silenciosamente para que Dios concediese, por fin, una señal que confortase nuestra desesperanza, que reinflamase nuestra fe. Los presentes callaban, turbados, no sabiendo si alegrarse de aquel evidente milagro o llorar sobre nuestro infeliz hermano, que yacía, todo blanco, en la sombra, como un reproche y una advertencia.

Yo no pude contener las lágrimas ni logré liberarme, durante todo el resto de mi vida, del pensamiento de que mi oración fuese la causa de aquella muerte. ¿Había sido, por consiguiente, sin quererlo, un asesino? Aquel hombre se había extinguido en pecado mortal; es decir, temperaba la segunda muerte.

No podía pacificarme; los razonamientos más sutiles y persuasivos no me proporcionaban más que algún instante de alivio. La noticia del milagroso castigo se extendió entre los nuestros; los que habían desertado volvieron, otros nuevos pidieron el bautismo. Pero ni siquiera estos retornos lograron alejar la mordedura de mi remordimiento. Tristeza y tortura me acompañaron hasta el sepulcro.

Y ahora te ruego, oh Dios, que por nosotros creaste y por nosotros moriste, que quieras disipar el ansia de tu pobre siervo. Tu sentencia será la respuesta que espera hace milenios. Si también fui culpable cuando te dirigí aquella oración intempestiva, me negarás tu contemplación. Si fui inocente tu luz pagará mil veces más mi vida consumida oscuramente en tiempos de tinieblas.

#### CORO DE LOS SACERDOTES

Dios de los limpios, Dios de los altares, Dios de los puros y de los impuros juzga todas las vidas, pesa todas las almas, todas las vidas, excepto las nuestras; todas las almas, pero no las nuestras.

El más fangoso pecador tiene el derecho de elevar la cabeza desde el lodazal del pecado y exigir el lavatorio de Tu piedad, porque vivió alejado de Ti y puede decir que no siguió Tu ley porque no la conoció.

Todos pueden invocar Tu misericordia; sólo nosotros estaremos sujetos únicamente a Tu justicia, porque nuestra vida estuvo junto a Tu vida, porque nos tocó ser promulgadores, intérpretes y guardianes de Tu ley.

Pero ¿quién podrá salvarse, Señor, si empleases sólo lo necesario de la justicia sin lo superfluo de la caridad?

Las águilas que se fijaron en el sol no pueden esperar la misericordia que usarás hacia los gusanos de la cloaca.

Más que en cualquier otro acusado, es fuerte en nosotros el temor de Tu juicio, en nosotros, sacerdotes de todos los cultos, ministros de todos los ritos, sacerdotes de todas las iglesias, en nosotros que nos gloriábamos de ser tus confidentes y tus siervos, tus auxiliares y tus embajadores.

¿Qué defensa podremos prestar por nuestro incumplimiento? ¿Qué eximente podremos aducir por nuestra negligencia? ¿Qué atenuante podremos exhibir por nuestra ceguera? ¿A qué amparo recurrir contra la acusación de traidores? Si se nos mide con la medida blanda por nosotros, ninguno de nosotros se salvará, ni siquiera los que parecieron o fueron los más santos.

Por encima de todos fuimos elevados, aun por encima de los reyes, porque a los reyes pertenecían los cuerpos, a nosotros las almas.

Por encima de toda criatura fuimos establecidos por intermediarios entre Aquel que es y aquellos que no eran pero querían ser.

Cuanto más excelsa fue nuestra dignidad, tanto más terrible la rendición de cuentas:

A nosotros nos fue dada una parte de tu poder: ¿cómo podrás perdonar nuestras debilidades?

A nosotros nos fue concedido un reflejo de Tu luz: ¿cómo podrás absolver nuestras injusticias?

A nosotros nos fue concedida la superabundancia de tu gracia: ¿cómo podrás borrar las sucias señales de nuestras caídas?

A nosotros nos fue entregada la llave de Tu ley: ¿cómo podrás perdonar las traiciones a tu voluntad?

Puesto que todo se nos dio todo nos será exigido.

¿Dónde están ahora tus dones? ¿Quién ha despilfarrado, como nosotros, las riquezas de Tu gracia?

Henos delante de Ti con las manos vacías, como deudores insolventes, no tenemos que ofrecerte en compensación de los tesoros recibidos en depósito más que los andrajos multicolores y apagados de nuestra adornada miseria.

Llamados a ser más que hombres no fuimos y no somos más que despojos de hombres, sombras de hombres, ¡ay!, demasiado humanos.

Pero ¿no se pidió a criaturas de polvo lo imposible?

¿No prometimos, a veces, por inocencia o presunción, lo que nuestras fuerzas jamás hubieran podido mantener?

¿Fue dado jamás a un hombre fatigado con la carga de la carne ser como un ángel o semejante a un Dios?

¿No era pedir demasiado a una máquina de huesos y de nervios que fuese escala segura entre la tierra y el cielo?

Tanto más que no todos, entre nosotros, fueron llamados en nombre de Tu voz.

Muchos se hicieron sacerdotes por obediencia, muchos para sentirse por encima de los demás hombres, muchos por deseo de vida menos dura y necesitada, muchos por ambición de dominio y de lucro.

Poquísimos, pues, por amor Tuyo, por cálido amor de nuestra salvación y de la ajena.

Y aun en estos pocos no ardió la llama primera hasta el final.

Aquellos que en la juventud fueron incendio y pira se redujeron poco a poco a pábilos humeantes y tizones apenas tibios.

En vez de estar siempre como antorchas encendidas en Tu presencia se hicieron a menudo semejantes a los fuegos fatuos que se hallan, sin iluminarlos, sobre los cementerios.

Aun en los más ardientes hubo épocas de pavorosa aridez, tentaciones de la sangre y de la mente.

Aun los más inmaculados conocieron horas de interior tempestad, noches de espiritual agonía, pesadillas de remordimiento y desesperación.

Los demás, los mediocres, los más, adormecieron sus débiles almas en el sudario de la costumbre, en el lecho del compromiso.

En vez de ser fuegos sobre las pendientes de los montes nos hicimos mercenarios del Eterno, indiferentes marmitones de Dios.

Demasiados, entre nosotros, no fueron más que carniceros del templo, fogneros del arar, homicidas privilegiados e impunes.

Fueron, los más, ceremonieros asalariados y distraídos, vendedores y traductores de oráculos, parásitos del santuario, fríos y apresurados distribuidores de sacramentos.

Hubo entre nosotros quien alimentó el fuego a Ti consagrado con el alma más gélida que una piedra de la montaña.

Hubo entre nosotros quien tragó cada día la bebida del sacrificio y no conoció jamás la embriaguez de Tu amor.

Hubo quien mató con sus manos culpables a los animales inocentes.

Hubo quien derramó la sangre de niños y de vírgenes sin un estremecimiento de piedad en su corazón de hombre mortal.

Hubo quien reunió el oro ofrecido por los fieles y, desde el fondo inmundo de su miseria, lo adoró más que a Ti mismo.

Hubo otros, todavía más desgraciados, que cada mañana comieron Tu cuerpo y bebieron Tu sangre, con labios todavía sucios de besos adúlteros y de asquerosas maldiciones.

Hasta hubo algunos que en nombre de Tu amor sometieron a tortura los cuerpos antes de entregarlos al verdugo para que los quemase.

Y hubo quien contristó a las almas en Tu nombre y predicó el odio e instigó al asesinato, a las guerras y a las matanzas.

¿Cuántos de nosotros podrán, pues, esperar la salvación?

¿Cuántos de nosotros podrán afrontar, sin agonizar de espanto, la ira justa de Tu justicia?

¿De qué servirán las infinitas nubes de incienso que embramaron la limpidez del infinito?

¿De qué valen, en esta hora, las infinitas palabras cantadas y salmo-diadas que durante una infinita continuidad de días subieron desde nuestras bocas y tan raramente brotaron de nuestros corazones?

En vano se hicieron callosas nuestras rodillas en las infinitas genuflexiones delante de Tus imágenes que los ojos, más que el espíritu, contemplaban.

En vano cubrimos nuestra desnudez de animales vellosos y mal domados con vestesuntuosas y lucientes, semejantes a veces a vestidos regios, para celebrar Tu pobreza y Tu humildad.

En vano renunciaron muchos de nosotros a los abrazos de las mujeres y a la dulzura de los hijos.



¿Quién, pues, podía estar cierto de cumplir siempre Tu voluntad?

¿Quién supo jamás cuál fuera, cada vez, el holocausto a Ti más grato, la oblación más necesaria, la oración menos sacrílega?

Ante mil simulacros diversos fue adorado Tu poder único, bajo diversos nombres fue invocada Tu misericordia.

Pero todos nosotros, aun los más rudos guardianes de los ídolos, Te reconocieron a Ti sólo, el creador, el gobernador del universo, el altísimo Dios del cielo.

Y a Ti dirigimos ahora nuestra plegaria, la extrema súplica.

Si nunca hubo entre nosotros algún alma que Te amó como quieres ser amado.

Si hubo entre nosotros quien, al menos por algún instante, Te sintió enteramente en su corazón.

Si hubo entre nosotros quien supo entregarse a sí mismo enteramente a Ti y quiso ser gota indiscernible en el océano ilimitado de Tu esencia.

Si hubo alguno de nosotros que con impetuosa alegría inmoló su vida a Tu gloria, una sola gracia Te pedimos: sepáranos de los demás resucitados. Renuncia al juicio sobre nuestras almas. Olvida, si puedes, nuestro empeño y nuestro fracaso. Rompe o arranca las páginas encabezadas por nosotros en el libro de los días y de las culpas.

Y si esto también te fuese imposible, si también Tú, lo mismo que nosotros, eres esclavo de Ti mismo, mira sólo en nosotros los momentos de luz y de llama y suple Tú, con Tu luz consumible, nuestra oscuridad y reaviva Tú, con Tu fuego que devora y resucita, estas almas ateridas desde hace demasiado por el hielo de Tu ausencia.

SACERDOTES

GAU TASP

¿Eres tú uno de los tres jueces que separaron las almas de los muertos? ¿Eres Mitra o Esraosa o Rasnú? ¿O un nuevo Dios?

Quienquiera que seas no tengo motivo para temerte, pues durante toda mi vida fui seguidor de Zoroastro y ministro de Ahura Mazdá, el Dios que sabe, el esplendente, el majestuoso, el venerando, que excede a todos los Dioses, que creó el cielo y la tierra y todos los seres que viven en la tierra y en el cielo.

Desde la edad de siete años fui consagrado a su culto, porque era hijo de sacerdote y tenía que hacerme, a mi vez, sacerdote. Y cuando me fue confiada la custodia de un templo no olvidé entrar cinco veces cada día en la estancia del fuego para que el sagrado elemento, el purificador supremo del mundo, no se apagase. No descuidé nada de los ritos prescritos ni de las oraciones ni de las ofrendas; ayudé con amor a los fieles mazdeístas a vencer al demonio, a redimirse de la impureza.

Pero todo esto no bastaría para mi salvación. Zoroastro nos había dicho bien claramente que no bastan el fuego del altar ni tampoco el canto de los labios o del corazón para librar del mal a la humanidad. Cada hombre podía escoger libremente su vida: o estar de parte de Ahura Mazdá con los buenos y con todo lo que es malo. Quien escogiese con Anramainyu, con los malos y con todo lo que es malo. Quien escogiese como yo escogí el primer partido tenía la obligación de ser todos los días el aliado, el coadyuvante de Mazdá contra todo lo que provenía de los demonios malignos, contra todo lo que fue creado bajo el signo del mal.

Ahura Mazdá estaba por encima de todo y a él correspondía, al final, la plena victoria y dominación del universo. Pero antes de que el fuego viniese a incendiar, consumir y renovar el mundo en la eterna luz del bien, había de transcurrir grande espacio de siglos, y en esta vigilia el mal intentaba hollar a los habitantes de la tierra, aun a aquellos que, por gracia de Zoroastro, conocían la verdad. Enorme y continuo fue mi trabajo en aquella guerra cotidiana y acérrima contra las potencias del mal que intentaban corromper y entenebreceer la vida. Para que el bien pudiera triunfar tuve que transformarme en cazador y carnicero, para matar a aquellos animales que representaban entre nosotros el principio demoníaco. A muchos lobos de las montañas les di muerte y dejé que su carroña encontrase sepultura en el vientre de los buitres; con mi bastón les obligué a salir fuera y con mi calzado ferrado les destrocé la cabeza.

Pero ni siquiera bastaban estas saludables matanzas. También en el alma de los hombres tenían su cubil el lobo de la rapiña y la serpiente del odio. Todas las cosas y las criaturas estaban de continuo amenazadas de pudrirse y, por ello, de pasarse al reino del mal. A cada instante era necesario extirpar, quemar, consumir la impureza amenazadora y

creciente. Eran necesarias legiones de purificadores vigilantes, de infatigables colaboradores y soldados del bien.

Sentí apasionadamente mi responsabilidad de sacerdote y de partidario de la luz. Sentía junto a mí la protección poderosa de Ahura Mazdá, pero sentía también que mi Dios, aunque destinado al triunfo final, tenía necesidad de mí, de mi obra de intermediario terreno al servicio del bien.

No le faltaban a Él ni a mí las ayudas celestes. Él era allá arriba el emperador de un ejército y con él luchaban gozosamente los Amena Espenta, los Santos Inmortales, los Yazata, las Venerables y los valerosos Fravastos. Y, sin embargo, no bastaban para expulsar a las hordas malditas de Ahramainyu. También los guardianes terrestres de la llama intacta y eterna, también los discípulos de Zoroastro, eran llamados a combatir. También a nosotros nos correspondía una parte en la inmensa y perenne batalla entre lo alto y lo bajo, entre el ejército del Paraíso y la turba del Infierno, que hacía milenios tenía por campo el cielo y la tierra.

El mal espumaba, rebosaba, invadía, roía y manchaba por todas partes a nuestro alrededor, y, ¡ay!, si cada día no hubiese sido rechazado, contenido por nuestra fuerza y redimido por nuestra voluntad.

En algunas horas me sentía como ebrio de amor divino, pensando que también yo colaboraba con Ahura Mazdá en la no desesperada empresa del vencimiento y de la salvación. Me parecía ser, en aquellos momentos, una palabra de la boca de Dios, una espada en sus manos, una centella de su esplendor. Puedo decir sin orgullo que en aquella espantosa guerra que se mantenía, divididos en opuestas legiones todos los seres de la creación, no abandoné un solo instante mi puesto de escolta y de asalto. El fuego perenne no sólo ardía en mi altar, sino que, más ardiente aún, llameaba en mi alma. Mientras viví hice retroceder al mal más allá de mis confines y preparé su futura derrota.

Penosa, angustiada y a veces espantosa era aquella guerra, guerra del hombre contra las milicias del antidiós, pero en las horas de mayor cansancio no faltaba el consuelo. Esperé a cada amanecer la llegada del Saosjant, del Redentor prometido por el Avesta, que había de llegar al fin de los tiempos para asegurar y sellar la plena victoria del bien en el nuevo cielo y en la nueva tierra.

Me dicen que este redentor, bajo otro nombre, descendió a la tierra pocos siglos después de mi muerte y que tú eres uno de sus mensajeros.

Yo no lo conocí, pero él me reconocerá como uno de los que esperaron en él y le amaron antes de saber su nombre. Me acogerá, estoy cierto, como uno de los suyos.

## VELTHUR

Los Dioses que se sientan más allá de los astros y los que reinan dentro de la tierra no creo que tuvieran un servidor más entregado y dócil que yo. Invoco como testigos a los que en mi tiempo vivieron en Tarquinia, mi patria, y a los mismos Dioses que en este nuevo siglo rigen la suerte del mundo. Todas mis fuerzas, todas mis horas, las gasté en adivinar los misteriosos pensamientos y deseos de los Dioses para poder obedecerlos puntualmente con los actos y con los ritos.

No era empresa fácil. Me atrevo a decir, ahora que soy ciudadano del pueblo infinito de los muertos, que era empresa terrible, superior, quizás, a las facultades humanas.

Los Dioses están de tal manera por encima del hombre que, para nosotros, incluso para mí, sacerdote, parecían enigmáticos, indescifrables, inaprensibles. Se hallaban en todas partes presentes y poderosos, pero no revelados en claros decretos, sino más bien envueltos en las tinieblas de lo desconocido, rotas aquí o allá por rápidos relámpagos, único socorro de la ignorancia humana.

Pero los Dioses eran siempre los dueños, los soberanos y los guías de los hombres. Nuestra vida estaba ligada a su querer, sometida a sus decretos. Nuestras acciones no hubieran tenido éxito ni valor si no hubiesen estado conformes, meticulosamente conformes, con las prescripciones divinas.

La vida del sacerdote era, pues, una cotidiana tragedia. La vida de su pueblo depende de la observancia de la voluntad de los Dioses, pero los Dioses están tan remotos y ocultos que parece casi imposible a la inteligencia mortal comprender punto por punto lo que verdaderamente querían.

No había otra ayuda que la doctrina encerrada en las sagradas escrituras de nuestra religión. El misericordioso Tagete, nacido un día del surco de un campo en figura de niño con la cabellera blanca, había enseñado a los hombres a reconocer algunos indicios visibles de la irrevolada voluntad divina. Eran estos signos, como sabrás, el curso de los rayos, el vuelo de los pájaros, las entrañas de los animales sacrificados. Lo que desciende del cielo llameando, lo que se eleva cantando hacia el cielo, lo que está impreso en las entrañas mismas de la vida. Los Dioses hablaban por símbolos y señales, por alusiones y figuras, y yo tenía que leer aquella hermética escritura en el fuego y en la sangre.

Pero aun cuando escrutase, con vigilante constancia, fulgores, halcones e hígados, no siempre podía estar cierto de haber comprendido plenamente el sentido de los arcanos mandatos. Y, sin embargo, de la recta interpretación de aquella huidiza escritura dependían la prosperidad, la felicidad, la existencia misma del pueblo. ¡Ay de mí, ay de todos, si aquella ceremonia no fuese ejecutada precisamente en aquel día, precisamente en aquella hora, precisamente en aquel lugar y con aquel rito! No estaba permitido al hombre escoger y decidir; a él sólo le era dado ejecutar, para su mismo bien, las prescripciones de los Dioses. En todo: se tratase de guerras o de nupcias, de siembras o de epidemias, de edificar una casa, de señalar un límite, de cavar una tumba.

Mi vida fue, pues, un continuo temblor, una permanente pesadilla, un suplicio. Varias veces deseé bajar yo también, antes del instante decretado, al reino de Charum para descansar de aquella pavorosa pena, de aquel terror. Los dioses, quizá para recompensar mi fidelidad, me oyeron antes de que la vejez ofuscara mis cansados ojos.

Había seguido durante toda la vida, en el cielo y en la tierra, las huellas inciertas del divino querer para arrancar a los Dioses sus secretos, de modo que no recayese sobre los hombres ya condenados al dolor y a la muerte el peso de fatales venganzas.

También yo, como Titán, tuve que luchar contra la divinidad. No con la fuerza, como los titanes, sino con la mente intenté penetrar su taciturna reticencia y resistencia. En esta larga guerra contra el misterio no siempre fui derrotado. Ahora espero ser salvado para siempre de las garras y de los colmillos de los demonios.

MATATÍAS

ÁNGEL

Tú eres, Matatías, sacerdote de Yavé y, por ello, constituido guardia de su Ley. En la primera Ley anunciada por Moisés estaba escrito: No matarás. ¿Por qué, pues, mataste con tus manos a dos hombres y después huiste al desierto al frente de gente armada, más semejante a bandido que a sacerdote?

MATATÍAS

¿Hablas seriamente o dices cosas para probar mi fe? ¿Ignoras u olvidas la razón fuerte y divina que llenó mi alma de furor y me precipitó a esparcir la sangre infame de un judío y

de un pagano? ¿No sabes que en el Templo de Jerusalén estaba implantado, por la demencia de un rey endemoniado, el abominio de la desolación, de modo que ya no era lícito ofrecer el culto legítimo al Altísimo, único Dios verdadero de nuestro pueblo?

Tal fue mi desesperación ante tal vista, y la de mis hijos y de mis hermanos, que rasgamos nuestras vestiduras, nos cubrimos la cabeza de cenizas y huimos de Sión, profanada por los puercos devoradores de puercos. Llorosos y cubiertos por mantos negros nos refugiamos en Modín y también aquí vinieron a tentar nuestra fe y a irritar nuestras llagas los mensajeros del demonio coronado y de sus ídolos demoníacos. Cuando vi a uno de los nuestros, un hombre de mi sangre, acercarse, ceñidos los cabellos de hiedra como un epicúreo, y extender la mano para el sacrificio del oprobio, no pude retener y contener mi furor y lo destrocé con mis manos de viejo.

El emisario del rey se arrojó contra mí, me golpeó con su bastón, pero le tocó la misma suerte que al judío sacrílego.

De aquellos dos homicidios no me avergüenzo, antes bien todavía hoy me glorío. Hay una ira que es desahogo bestial de bestia y hay una ira que es indignación justa del justo. Desobedecí la letra de la Ley para defender mejor la integridad de la Ley. La Ley prohibía matar al hermano, pero no ahorrar la vida del enemigo. El Señor mismo, el que habló a Moisés en el Sinaí, había impuesto varias veces a mi pueblo pasar a filo de espada a los enemigos de Israel, exterminarlos hasta el último. ¿Y qué enemigo de Israel podía ser mayor enemigo que aquel que repudiaba la antigua Alianza y que aquel que amenazaba de muerte a quien no traicionaba a su propio Dios? Mis manos de sacerdote se mancharon de sangre, pero era sangre de brutos en forma humana destinada a recaer sobre la cabeza de las víctimas. El rey loco quería inducirme a inmolar puercos a sus dioses y yo sacrifiqué a mi Dios dos hombres todavía más impuros que los puercos. Me enorgullezco y me glorío de haber sido asesino como Moisés y bandido fugitivo como David. La fidelidad a Dios está por encima de toda Ley. ¿Osarás tú condenar al apóstol Pedro que hizo caer fulminado a sus pies a Ananías el mendaz?

La sangre esparcida por mí hizo fructificar la semilla de la libertad de Israel. Alrededor de mí se reunieron, en la montaña y en la estepa, los fieles del verdadero Dios y, después de mi muerte, el martillo de mi Judá rompió las cadenas sirias que habían ligado y amaratado a mi desventurado pueblo. Y hombres de mi sangre reinaron, por fin, en la libertada y purificada Jerusalén

Si Dios se mantiene fiel a su pacto como yo mantuve la fe, con peligro de mi vida, habrá de darme gran recompensa a su lado y no pena. La sangre que derramé no fue derramada por mi pecado, sino por su gloria.

## MUTUMBAL

Ángel

¿Estás cierto en este momento también, Mutumbal, de que fue mérito y gloria haber sacrificado millares de niños a tu Dios?

Mutumbal

Vieja acusación la tuya, acusación de mujerzuelas y de insustanciales, pero que ni siquiera hoy me afecta. Estaban envidiosos de la fortuna de Cartago tanto los sofistas griegos como los hipócritas latinos y nos tachaban de ferocidad no recordando las cruentas costumbres de sus primeros padres.

De aquellas hecatombes de niños, yo, Mutumbal, sacerdote de Baal Hammón, estoy pronto a responder aun delante de la divina curia, sin temblor ni vergüenza. Espero que tengas juicio sano y recto, capaz de comprenderme.

No querrás negar que los Dioses eran dueños absolutos del mundo y, por ello, también de los hombres y de sus cosas. Y tampoco negarás que los hombres, por liberalidad divina en posesión de tantos bienes, tenían que pagar tributos a los Dioses, como los pagaban los campesinos a sus amos, los ciudadanos a sus príncipes. Y me concederás seguramente que los hijos eran dones de los Dioses, entre los más queridos, que pudieran enviar a los hombres. Si todo, pues, pertenecía a los Dioses, cualquier tributo humano no era más que una ínfima restitución a la celestial generosidad. Pero los hombres eran, por el contrario, amadísimos respecto a los Dioses y solamente ofrecían sacrificios cuando estaban para comenzar una empresa difícil, a fin de aplacar la ira de un Dios irritado o para agradecerle una felicidad lograda. Pero ¿podían contentarse con ofrecer un cuenco de leche o una cesta de fruta, como acostumbraban los mezquinos?

Para merecer ayuda y perdón no bastaban siquiera, a juicio de los juiciosos, las carnes quemadas de una tierna cordera o de una vaca reventada. Para obtener la benevolencia de los Dioses era también necesario ofrecer lo que el hombre tenía ionio más querido, como más precioso, como más verdaderamente suyo: los hijos. Era como ofrecer una parte de su propia sangre, la décima de la propia vida. Era el único sacrificio que verdaderamente pudiera doblar el querer de un Dios, porque era, en verdad, la más válida oblación que al hombre le era dado hacer. Mi pueblo era pueblo de mercaderes y sabía que era preciso dar mucho para

recibir muchísimo. Pero ¿acaso eran cartagineses Agamenón y Jéfté, que sacrificaron sus hijos a los Dioses? Y el mismo Dios de los cristianos ¿no mandó, acaso, a la tierra a su único hijo para que fuese sacrificado en beneficio de los hombres?

Advierte, además, que aquellos niños eran poco más que lactantes, así que no conocían aún nada de la dulzura de la vida ni nada sabían aún de los terrores de la muerte. Y no eran destrozados ni devorados como sucedía en otros pueblos. Su tránsito quedaba reducido a un instante. Los posaba sobre los brazos extendidos de la estatua del Dios y caían inmediatamente en el inmenso brasero llameante, que en seguida los consumía. Los padres los acariciaban hasta el último instante y jamás se oyeron en el templo llantos de niños ni gritos de madres.

¿Por qué, pues, habré de tener remordimiento de un deber tan augusto querido por los Dioses, reconocido por las leyes de la república, aceptado como necesario por los devotos de Baal, es decir, por todos los buenos ciudadanos? Cuando luego pienso que la mayor parte de las criaturas ofrecidas hubieran sido, viviendo, infelices y culpables; cuando pienso que aquel holocausto ahorra desgracias a la patria y a la familia, no comprendo por qué tendría que sentir en mí remordimiento.

Si hay otras acusaciones señaladas contra mí, habla y opondré mi defensa. Por esta primera acusación, según pienso, nada he de temer.

## TEVTMAR

Si alguna vez oíste hablar de la Galia, rica y libre tierra extendida en medio de tres mares, sabrás cuál era la naturaleza de las gentes que la poblaban antes de que llegaran los bandidos armados del Mediodía.

Recordarás entonces que mi nación superaba a todas las demás en el ejercicio de las armas y de la palabra. Dominaban entre nosotros los que sabían matar los cuerpos y, sobre ellos, los que sabían guiar las almas. Fui uno de aquellos que dominaban a las multitudes y que se llamaban druidas.

No era solamente sacerdote ordenador de ritos y sacrificador de víctimas, sino juez de toda culpa, cantor de las gestas antiguas de los Dioses y de los hombres, profeta de las cosas futuras. Todos los poderes espirituales se hallaban reunidos en nuestras manos como dueños de las inteligencias y señores de la palabra.



Los príncipes mandaban los ejércitos, pero nosotros estábamos por encima incluso de los príncipes como confidentes y embajadores cíe los Dioses. No sólo los guerreros podían amenazar o truncar la vida ajena. El derecho de la sangre era también nuestro, tanto porque se sacrificaban hombres a los Dioses como porque se podía condenar a muerte a los acusados considerados culpables. Elevadísimo, como ves, nuestro poder, y gravísima, por lo tanto, nuestra responsabilidad.

Ahora puedes comprenderlo si te digo que toda mi vida fue dolor y martirio. Conocí, por triste experiencia, cuán sordos son los Dioses y cuán desmemoriados los hombres.

Realizaba los sacrificios con todo cuidado, pero los sacrificios, sea por la indiferencia de los Dioses o por mala disposición de los participantes, no obtenían casi nunca aquellos beneficios que esperábamos de ellos. Juzgaba a los ladrones y a los homicidas, pero los más de ellos escapaban, con la fuga o con el engaño, a la pena merecida, de modo que los delitos se multiplicaban en todo el país. Instruía a los jóvenes acerca cíe los misterios del cielo y de la tierra, de la majestad de las leyes y el destino de las almas después de la muerte, pero casi todos aquellos jóvenes, atraídos por el placer, por la ganancia, por el afán de aventuras fuera de la patria, olvidaban mis enseñanzas, o, todavía peor, las negaban de continuo con su modo de vivir. Recitaba y escandía los cantos sagrados de las empresas divinas y humanas desde las más remotas edades y mis oyentes deleitaban el oído y el corazón con aquellas maravillosas y melodiosas narraciones, pero luego volvían a las acostumbradas tareas materiales y casi ninguno se proponía imitar los gloriosos ejemplos de los héroes. Anunciaba, cuando un dios me lo dic-taba en mi interior, venturas y desventuras, pero poquísimos daban fe a mis vaticinios, porque se hallaban casi siempre temerosos y si creían en mis palabras no hacían nada para alejar los inminentes peligros.

Colocado de esta suerte como intermediario entre el misterio de los celestiales y la resistencia de los mortales, no fui más que un siervo humillado, un dueño más reverenciado que obedecido. De mi inmenso poder no logré otro fruto que una angustia sin esperanza.

Si el Dios que te manda es más benigno que Teutates y que Esus, dile que no deje en nuevas tinieblas al doliente sacerdote que intentó en vano llevar más arriba a las almas que le fueron confiadas.

MAXIMO DE CHIPRE

Dicen todos que tu Dios es infinitamente misericordioso. ¿Será cruel conmigo porque fui fiel a los Dioses desposeídos, a los Dioses traicionados y vencidos?

En mi nativa isla era sacerdote de Afrodita, su último adorador y servidor. En las ciudades y en las aldeas donde habían resonado los himnos de amor ya no se oían más que las invocaciones al Dios crucificado. Todos habían abandonado a la Diosa de la belleza, sus moradas de claro mármol eran ya escombros donde lagartos y lagartijas corrían entre las ortigas. Sus imágenes blancas y perfectas que prometían el más ansiado deleite humano, yacían rotas bajo las ruinas y sólo aquí o allá afloraba un dulce seno ennegrecido por los incendios, un brazo divinamente torneado pero sucio por el estiércol de los pájaros.

Sus raros devotos se hallaban forzados a ocultarse como culpables, como si el culto de la diosa salida del mar para alegrar la corta vida de los mortales fuese un delito.

Tuve que refugiarme en un bosque, cerca de un tosco altar de Venus Madre, y allí había escondido una estatua salvada de la furia destructora de los Nazarenos y le ofrecía sacrificios, de noche, acompañado de unos pocos pastores y leñadores que no habían querido renegar de la madre de los Dioses y de los hombres. Aquel culto, que un día refulgió en todos los lugares del mundo bajo la sonrisa triunfante del sol, casi se había convertido en una oculta reunión de proscritos o de mesnaderos.

Pero aquella misma persecución y abandono inflamaba mi veneración por la Diosa condenada. Todos están dispuestos a besar el trono de los victoriosos, pero sólo las almas nobles saben acoger a los caídos y a los derrotados. Aquella fidelidad a los Dioses expulsados tenía para mí un singular sabor de orgullo y de nostalgia. Volví a ver con la fantasía las alborozadas romerías de los siglos antiguos en honor de la Diosa, pero aquellas lascivas danzas, aquellos abrazos, aquel estrecharse, me parecía que tenía algo de bestial y de vulgar, indigno de la Cándida hija del océano. Más bella me parecía ahora mi devoción, casta y secreta, bajo el amparo de los cedros y de los mirtos, unido en el amor común de criaturas sencillas y valerosas. Ofrecía en sacrificio a la Diosa, cada vez que podía, un par de palomas, algún grano de incienso, y ponía guirnaldas de flores silvestres en torno a la cabeza, al cuello y a las muñecas de su estatua, todavía intacta en el esplendor armonioso de sus miembros.

Ninguna meridiana belleza iguala a la amorosa melancolía de los ocasos y los otoños. A pesar de que fuese perseguido y sospechoso, aquel melancólico aliento de la fidelidad en la derrota me embriagaba. Los últimos sacerdotes de un Dios condenado me parecían iguales en dignidad a sus primeros adeptos. Toda religión tiene sus mártires: al surgir y al morir. Me agradaba ser un mártir de los últimos días de Afrodita.

No lograba comprender por qué hombres de carne y de sangre, engendrados todos de un abrazo voluptuoso, pudieran poner en el lugar de la perfecta belleza representada en el desnudo cuerpo de la mujer, el sangriento cadáver de un profeta crucificado.

¿Qué peste mental había trastornado hasta tal punto las almas de los hombres? Sólo un humo de insania exhalado desde el Averno de los muertos envidiosos, privados de todo placer, había podido entenebrececer la sana felicidad de los efímeros.

Pero no creáis que yo quise rechazar con voluntaria ceguera la nueva fe que había vencido a las divinidades de los antiguos padres.

Estudié los libros de los Nazarenos y medité sobre los rollos de Marcos y de Mateo. Advertí, con inmenso estupor, que el Cristianismo era una paradoja genial pero inaceptable: la loca tentativa de vencer la maldad con la locura. El libro de los cristianos mandaba y recomendaba lo opuesto a la razón con la irracional esperanza de vencer al mal. La prudencia aconsejaba la desconfianza contra los enemigos, y Cristo quería que se amase a los enemigos. La prudencia aconsejaba la justa devolución de las ofensas, y Cristo quería que se ofreciese la mejilla izquierda a quien te hubiese abofeteado la diestra. La prudencia exhortaba a conservar y aumentar los bienes necesarios para la vida, y Cristo ordenaba que no se pensase en el mañana y renunciar a toda riqueza. La prudencia consistía en defenderse de los ladrones; Cristo quería que se regalase la túnica a quien nos hubiese despojado de la capa. La prudencia concedía gustosa que los hombres buscasen el natural goce del amor; Cristo alababa a los que se hicieran eunucos por amor al reino de los ciclos.

Los hombres, como sabes, eran inclinados, todos, al odio, al robo, al homicidio; Cristo esperaba ingenuamente vencer al delito no haciendo resistencia a los que lo cometían, sino, por el contrario, dándoles toda facilidad y ayuda. El don y el perdón, según Él, habrían de desarmar a los rapaces y a los violentos. Invirtiendo todos los dictados de la sabiduría —esto es, siguiendo las inspiraciones de la locura— sería vencida la perversidad en el mundo. Ilusión sublime, como demuestra cada día la misma vida de los cristianos. El don y el perdón eran, en verdad, no salvaguardia, sino verdadera y propia complicidad con los ladrones, con los agresores, con los asesinos.

Y como, además de Venus, adoraba también a la sabia Atenea, sabía del verdadero bien, no pude decidirme a ser iniciado en los misterios cristianos. Y una noche que velaba solo en el santuario montano de Afrodita, fui asaltado por una turba de fanáticos sucios y asquerosos, guiados por un espía, que venían allí arriba para destruir, como ellos decían, el último ídolo demoníaco de la isla, es decir, para destrozarse la estatua de la Diosa. La defendí hasta que pude, armado sólo de un palo, y al fin mi sangre enrojeció el candor del mármol y caí moribundo al pie del simulacro divino, que fue despedazado a golpes de martillo. De este modo acabó miserablemente el último asilo de Venus y su último sacerdote. Otro amor muy diverso reinó en las palabras y en los corazones de los hombres; la luz de la belleza ya no volvió a lucir hasta después de mil años.

Cuál sea el nuevo Dios que haya de juzgarme no lo sé, pues no lo conocí ni lo

conozco. Confío, no obstante, en que sepa comprender y premiar a quien supo conservarse fiel hasta la muerte, a la causa de los cencidos.

## JUNIO CRISPO

Fui siervo de Cristo, sacerdote de la Iglesia de Roma, doscientos años después del martirio de los Apóstoles.

Grande fue mi alegría de sacerdote del verdadero Dios, pero grande fue también mi pena como pastor de almas y grande mi flojedad como obrero de la mies. Feliz, infeliz, culpable, ¿no era, quizás, ésta la suerte común de la semilla de Adán?

No poseía ningún especial carisma y no era sobreabundante mi ciencia, pero era infinita la grandeza de sentirme en comunión perpetua con Cristo, de ser un miembro de su cuerpo místico, de repetir, aunque fuese con humana ronquera, sus palabras, de invocarlo y casi personificarlo en el banquete de la Eucaristía. Cuando, al crepúsculo, descendía por las galerías de las catacumbas, guiado por el rubor de una antorcha entre las hileras de nichos de los santos dormidos y me encaminaba hacia el altar para distribuir a mis hermanos la carne y la verdad del Cordero, sentía liquidarse mi corazón en una dulzura que jamás podría referir lengua de hombre. En el fondo de aquella cueva de toba, que hedía a humo y a cadáver, ante aquellos rostros donde los reverberos de la felicidad borran, poco a poco, los surcos del esfuerzo y del ansia, mientras consagraba el pan y el cáliz del sacrificio o escandía las palabras de vida y de libertad del Evangelio, me parecía sentir en mí, hombre, una alegría divina, como si una gota de la sangre de la Cruz hubiese hecho irrupción en mi sangre para que corriese más rápida y caliente. En aquellos momentos no era yo quien vivía, sino que Cristo vivía en mí. Estaba en la presencia de Dios, bajo los ojos de Dios, imagen mortal del Eterno, dentro de poco un hermano legítimo del Unigénito. Cuando enseñaba a los catecúmenos o pronunciaba sobre el neófito, inmerso en el agua del bautismo, la fórmula de la salvación, me parecía ser semejante a los Apóstoles cuando hacían cristiano a un idólatra, cuando revestían de inmortalidad al cuerpo putrescible.

Pero no toda la jornada estaba transfigurada por semejante felicidad. El pueblo a mí confiado me daba no pocos consuelos y, al mismo tiempo, innumerables aflicciones. En cada familia una mancha, en cada calle una discordia; en cada reunión un escándalo. Todos reconocían y amaban a Cristo, pero la carne de los cristianos era siempre frágil y vencible; las verdades del Evangelio eran más recitadas que practicadas; rarísimas las almas refundidas y trastornadas por la violencia del Verbo. La concupiscencia en todas sus formas contagiaba a casi todos los fieles.

Infinitas y rabiosas, además, las disensiones sobre la regla de la fe. De cada provincia

del Imperio acudían a Roma nuevos profetas, videntes, apóstoles, teólogos, exégetas, cismáticos, heresiarcas, obsesos y endemoniados, y cada uno tenía su doctrina sobre la Trinidad, su interpretación de las dos naturalezas de Cristo, su práctica penitencial, la llave infalible para descubrir todos los misterios de la Escritura. Conventículos, sectas y herejías pululaban en la ciudad santa como lombrices en la inmundicia de un basurero. Las inteligencias eran arrastradas por aquel torbellino de opiniones y disensiones; los hermanos se dividían por una definición o una glosa; aun los más fuertes en la fe eran conmovidos y tentados. Yo estuve siempre en perfecta comunión con el obispo de Roma, pero también me resentía de aquellas saturnales heréticas y de cuando en cuando la calígene de una duda entenebrecía la serenidad de mi mente.

El dolor de tantos desórdenes en las costumbres y en el pensamiento hacía más punzante el temor y el remordimiento de no ser yo digno de ejercer aquel ministerio santo, de no tener un alma bastante pura para purificar las otras almas, de no poseer un corazón bastante ebrio de caridad para embriagar los demás corazones. Cuanto más comprendía la excelsitud de los sacramentos y la dignidad del sacerdocio, me reconocía más indigno, temeroso, tibio, negligente e incumplidor.

Muchas criaturas aún ignoraban a Cristo, estaban alejadas de Cristo, desobedecían a Cristo o lo adoraban sin comprenderlo ni imitarlo. ¿Por qué no era yo capaz de desempedrar aquellos corazones, de limpiar aquellas cloacas, de romper aquellos pretextos, de destrozarse aquellas soberbias?

Ésta era la angustia secreta y la culpa máxima de mi vida en apariencia inmaculada. Si yo no sabía convertir era señal de que no estaba del todo convertido, si no lograba prender la llama quería decir que yo mismo estaba casi apagado.

A pesar de todo, confío más que antes en el tesoro de misericordia que fue acumulado entre Belén y el Gólgota. Cristo no dejará en las tinieblas exteriores a un sacerdote que trabajó y sufrió por su victoria en la tierra

COULANGE

ANGEL

Fuiste, joven aún, sacerdote de Cristo, pero después de tu consagración perdiste enteramente la fe en la doctrina que habías aceptado y enseñado. Y trabajaste para que otros la perdieran como tú y enviaste por el mundo, bajo falsos nombres, obras que llevaban las inteligencias a la duda, a la negación, a la incredulidad. Y, sin embargo, permaneciste

sacerdote fiel en apariencia a tus superiores y a tus deberes, administrando los sacramentos en los que no creías, enseñando los principios de aquella fe que ya no poseías. Tu vida fue doble y se convirtió en una perpetua mentira hacia tu conciencia y hacia tu grey. Habrás de rendir cuentas de esta sacrílega duplicidad a Aquel del que fuiste, a la vez, ministro y enemigo.

## COULANGE

Espantosa fue mi culpa y estoy aquí para pagarla y no para negarla, Pero hubiera sido todavía más grave y dolorosa para mí y para los demás si me hubiese despojado de mi sagrado hábito y me hubiese hecho pregonero de incredulidades. La pérdida de la fe fue el mayor dolor de mi vida y por eso no fue buscado o deseado por mí. Fue efecto de mi exagerado celo de maestro y de mi nativo orgullo intelectual. Quise, joven sacerdote, profundizar en el conocimiento de los dogmas y la lectura asidua de los textos antiguos y de los controversistas modernos arrastró mi mente, ya infecta de manía crítica, a la negación de toda la dogmática. Pero siempre sentí y reconocí que el Cristianismo —no obstante que su teología escolástica estuviese fundada, a mi juicio, sobre mitos, sofismas y paradojas extravagantes o inconcebibles— era también en su moral y en su liturgia la más benéfica medicina de las almas humanas, consolación y esperanza de los sencillos y de los infelices. ¿Por qué tendría, pues, que turbar a aquellas pobres y piadosas criaturas que recurrían a mí como a sacerdote bueno y que en mi ministerio encontraban aliento? Continué, pues, celebrando la misa y explicando el Evangelio; mi vida fue pura, no di escándalo a mi pueblo y jamás con la palabra intenté sembrar dudas e incertidumbres en las almas de los fieles.

Pero al mismo tiempo —y ésta fue la verdadera culpa— cedí a la orgullosa tentación de comunicar a los estudiosos los resultados de mi crítica destructora e hice imprimir muchos libros con nombres fingidos e imaginarios. Y fui, por ello, dos almas opuestas en una sola persona. Como estudioso estaba cierto de que el Cristianismo no tenía fundamentos divinos y sobrenaturales; como hombre sentía la sublimidad del Evangelio y enseñaba con gusto a los hermanos aquellas verdades saludables, alivio y consuelo de los desgraciados. Mi mente me instigaba a ser apóstol de negación; mi corazón me aconsejaba permanecer apóstol de consuelo. Mente y corazón eran igualmente sinceros, aunque antagonistas, e imaginaba neciamente que mi vida era perfecta. Con mi inteligencia liberaba las mentes del error, con mi obra sacerdotal ayudaba a las almas a ser menos malvadas y menos doloridas. No era ya un solo ser, sino dos hombres diversos con nombres y misiones distintas. Un agudo y docto historiador juntamente con un diligente y convincente sacerdote. Descubriéndome delante de todos hubiera dañado a muchas almas humildes y buenas sin ayudar en nada a lo que me parecía útil verdad. Y puedo afirmar que no permanecí en el sacerdocio por razones materiales o innobles provechos. Si hubiese arrojado los hábitos habría obtenido, en el tiempo y en el país en que viví, aclamaciones, honores y prebendas. Sólo una profunda piedad hacia los sencillos de espíritu me detuvo.

Una sola, ahora, es mi esperanza: que una sola de aquellas almas inocentes a las que di, alguna vez, un poco de luz y de alegría dirija por mí una oración al Juez misericordioso.

#### D. TIBERGE

No me atrevo a llamarme inocente, pero no tengo recuerdo de verdaderos pecados en mi larga vida. Era pobre de bienes y de sangre, de aspecto mezquino, linfático y pusilánime. No advertí jamás los estímulos de la sangre ni los de la ambición.

Me acogí al tibio seno de una célebre Orden religiosa para evitar los choques y los riesgos del mundo. Vieron que sabía soportar y callar; me confiaron las confesiones. Durante casi medio siglo transcurrieron gran parte de mis días en el confesonario. Vosotros recordáis, quizá, lo que era un confesonario: una especie de ataúd medio abierto, de madera oscura, puesto erguido en un rincón oscuro, con una rejilla a cada lado. En aquella rejilla las pobres almas anónimas venían a descargar los pobres fardeles de las secretas inmundicias, con la esperanza de que se volvieran más limpias y ligeras. El confesonario era como el basurero público de las suciedades particulares, la cloaca máxima del fango humano. De mí esperaban consuelo y liberación, lavatorio y nueva inocencia.

Durante años y años, en todas las estaciones, en todas las horas, entumecido por aquel trono clandestino, escuché con resignada náusea las sucias miserias de las mujeres y de los hombres. Las voces eran casi siempre apagadas y tímidas, los alientos casi siempre fétidos, los pecados siempre mezquinos, siempre mediocres, siempre los mismos. Pequeñas traiciones, pequeños engaños, caídas sin resistencia, iras sin nobleza, soberbias sin grandeza. Sobre todo, baja lujuria, viles mentiras, sórdida rapacidad. Jamás un pecado conscientemente querido por obediencia a Satanás o desafío a Dios. Un hedor de comunicidad descorazonadora salía de aquellas bocas juntamente con los agrores de las digestiones difíciles. El disgusto era en mí más fuerte que el desdén o que la piedad. Eran almas más desgraciadas que culpables, sin luz y sin audacia, inca-paces de verdadero mal por más incapaces aún de verdadero amor. Almas agusanadas y como gusanos, almas encogidas o flojas, almas sin alma.

¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer? Muy a menudo interrumpía aquellas tortuosas y reticentes lamentaciones, que sabía ya de memoria, y absolvía de prisa al pecador con tal de que se fuese lejos de allí con su vómito a mitad de la garganta. Me persuadí, al fin, de que todos los hombres eran, al mismo tiempo, culpables e inocentes. Todos culpables, porque ninguno de ellos aparecía inmaculado, ni siquiera las beatas más petulantes. Pero todos inocentes, porque todos eran débiles, todos ignorantes, todos vencidos por las ocasiones, por las pasiones, por las infinitas tentaciones de la propia debilidad y de la fuerza ajena.

El hombre era, a mis ojos, un bruto, pero un bruto incurable. Era, a mis ojos, una semoviente letrina de asquerosidad, pero siempre más infeliz que pecador. Sus pecados eran casi siempre mediocres, pero eran casi siempre grandes sus desventuras, sus enfermedades, sus tormentos.

Eran tan miserables y dignos de conmiseración que ya no acertaba a condenarlos. ¿Cómo se puede condenar a una lombriz que no logra desenvolverse del asqueroso fango donde por casualidad ha caído? Aquellas almas pantanosas y martirizadas me daban tal repugnancia que no lograba amarlas.

Aquella infelicidad era la verdadera expiación de su pequeñez y debilidad; yo no hacía más que pronunciar las palabras de la absolución.

Así como en aquellos mezquinos no existía la angustia sincera del remordimiento, tampoco existía la alegría franca de la recuperada inocencia. Se marchaban, los más, indiferentes y fríos como habían venido, resignados ya a las suciedades próximas y a las renovadas penitencias.

Casi nunca un alma viva, un alma de fuego, aunque fuera fuego del infierno. ¿Y qué pecados pueden cometer los muertos, qué culpas pueden encontrarse en las almas congeladas?

Conseguía perdonarlas, pero no lograba amarlas. Éste es mi límite y mi delito. Sentía en mí una fastidiosa y amarga misericordia de aquellos rebaños de ovejas marchitas y llagadas, pero por convenida reflexión, no por impulso poderoso de caridad. He justificado a millares de criaturas, no supe abrasar de amor a ninguna. Fui un remiso ministro de sacramentos y no portavoz o sustituto de Cristo. No hubo pecados en mi vida triste y gris y, sin embargo, temo y tiemblo bastante más que los pecadores que fueron absueltos por mí.

#### JAMES TEMPLE

Fui un humilde ministro de la Iglesia Anglicana y supongo que no tengo fuertes motivos para temer al tribunal divino. No fui, ciertamente, un perfecto imitador del Evangelio de Nuestro Señor, pero, sin embargo, me dediqué, en cuanto lo consentían mis débiles fuerzas, a lograr que mi grey conociese las santas virtudes que hacen del hombre un buen ciudadano y un buen cristiano.

La mayor parte de mi larga vida transcurrió en un tranquilo pueblo de Surrey, donde



gozaba de una antigua casa rectoral y de un umbroso y florido jardín. Para vencer los estímulos de la carne me casé hartó presto con una joven de familia modesta y de nuestra unión nacieron once hijos, que me dieron no pocas alegrías e infinitas preocupaciones. Nuestra decente pobreza nos salvó de las tentaciones del vicio y de las corruptoras frivolidades del buen mundo. Los caballeros de los alrededores eran muy corteses conmigo y con mi mujer y nos invitaban a veces a su mesa, especialmente en las estaciones muertas, cuando eran más raros los huéspedes.

Pasaba el tiempo hartó plácidamente, un poco en mi biblioteca y mucho en mi jardín o en los campos vecinos, donde me deleitaba recogiendo plantas para mi herbolario. Me agradaba bastante atender al cultivo de las hortalizas y de las flores, pero no desdeñaba una buena conversación junto al fuego, con personas de la mejor sociedad de la comarca. No rechazaba jamás un buen libro ni un buen vaso y no me desagradaba la compañía de las damas bien educadas. El sábado estaba enteramente consagrado a preparar el sermón para el domingo por la mañana y era para mí la más grave e ingrata tarea de la semana. A fuerza de repetir durante casi medio siglo, más de cincuenta veces al año, los mismos conceptos, los mismos ejemplos, los mismos comentarios evangélicos, los mismos consejos y recuerdos, siempre aquellos, siempre los mismos, siempre iguales en la substancia y en la letra, mi fervor se debilitaba y sólo en raras y graves circunstancias lograba encontrar un poco de aquel entusiasmo que había iluminado mi primera juventud estudiosa. Tenía entre mis libros algunas colecciones de sermones célebres y de ellos sacaba inspiración y frases cuando la desgana y el cansancio me abatían la tarde del sábado, bajo el peso de un invencible tedio. Temo que el mayor pecado fuese en mí la tibieza espiritual. El hábito y la repetición me habían entorpecido, me habían reducido, especialmente en los últimos años, a una frialdad que en algunos momentos llegaba hasta la náusea de mi sagrado ministerio. Había comenzado como un tímido apóstol, había continuado como un diligente empleado y acabé como un pobre autómatá. Y si por casualidad sucedía que reflexionaba sobre las verdades de la fe, para hallar toda su luz y su profundo significado, me espantaban al instante las dudas que se asomaban de improviso a mi mente y me volvía atrás, dejaba allí aquellos pensamientos e inmediatamente volvía a leer la novela interrumpida o el último número de la gaceta de Londres. La suerte del Rey y la fortuna de mi país me apremiaban, para ser sinceros, cuanto la salud de las almas a mí confiadas.

Plácida, honesta, ahora soportable y ahora fastidiosa, fue mi vida. Verdaderas culpas no tuve, espero, ni como pastor ni como esposo, padre y ciudadano; estoy, como he dicho, tranquilo. Pero si el Señor, en su misteriosa justicia, quiere castigar aquella tibieza que en mí nacía de la índole natural y de la monotonía de los años, hágase su voluntad.

MESLIER

ÁNGEL

Juan Meslier, que tuviste cura de almas en tierra de Francia: ¿reconoces haber escrito aquel Testamento que fue divulgado después de tu muerte? ¿Recuerdas haber dicho que era necesario estrangular al último rey con los intestinos del último sacerdote?

## MESLIER

Es verdad. Escribí aquellas palabras porque pensaba de aquel modo. Y si en mí encuentro culpa digo que es la de no haber gritado con atrevimiento en la cara a todos lo que dolorosamente rumiaba en el espantoso silencio de mi despacho. Aquel deseo pudo parecer horrible, pero era hijo legítimo de la experiencia y no parto bastardo de la locura.

Cuando comencé a pensar habían transcurrido diecisiete siglos desde el día en que Cristo había sido clavado en el patíbulo de los esclavos por voluntad de los sacerdotes y en nombre de un rey. Y el mundo de los hombres era constantemente, mil setecientos años después de aquel delito, negación plena y abierta del Evangelio. Los sacerdotes de Cristo habían tomado costumbres y sistemas de los Escribas y de los Fariseos, con la añadidura de sucios vicios desconocidos por éstos. Los reyes continuaban como si nada pasase, gravando a los pobres y colgando a los inocentes.

Cristo había dicho: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Mi yugo es suave; la verdad os hará libres. Amad a vuestros enemigos.

Pero alrededor de mí, en el pueblo y en la ciudad, en el reino y en los reinos próximos y lejanos, se veía todo lo contrario. Todos eran siervos: los pobres, del señor; los señores, del rey. El sacerdote era esclavo del obispo, aunque ciego y vil; los obispos sometidos al Papa, aunque necio y simoníaco.

Allá en lo alto una muchedumbre de bellacos hipócritas y fastuosos, cubiertos de seda y de piel, quitaban a los pueblos, un poco por la fuerza y un poco por el engaño, bienes, paz, libertad y vida.

El hampa jactanciosa, coronada o mitrada, encadenaba a las gentes. Y quería que todos pensasen y obrasen según agradaba a su capricho o servía a su ventaja. Se veían por todos los caminos millares de inocentes atribulados, perseguidos, despojados, desmochados, descuartizados por orden de Su Majestad el Rey Cristianísimo. Y los sacerdotes, para percibir el salario de la traición y tener asiento en el banquete y parte en el botín, predicaban a los pobres la renuncia a las riquezas, a los esclavos la virtud de la obediencia, a los débiles la obediencia a los poderosos.

Cristo había prometido justicia y felicidad, perdón y libertad. Los recubiertos de púrpura y de armiño lo negaban, peor que San Pedro, a cada hora del día y de la noche, al canto del gallo y al canto de la lechuza. En vez de perdonar a los enemigos, traicionaban y mataban a los amigos, en vez de dar las riquezas a los pobres se esforzaban por ordeñar escudos aun de los andrajos de los mendigos.

Y los bisbiseadores de gabán negro no eran menos que los fanfarrones de casaca argentada. El pueblo, acobardado, padecía y callaba, y el Rey, entretanto, cubría de oro y de baba a sus amantes, y los preladados, entretanto, tenían báculo y extendían el saco, un ojo en la sacristía y el otro en el burdel.

¿Cómo podía un hombre de corazón no sentirse asqueado por este aquelarre? Si el Rey y los sacerdotes traicionaban de tal modo al Cristo en cuyo nombre dominaban, ¿no era justo que hubieran de ser muertos como enemigos del género humano?

No perdí la fe en Dios, pero precisamente porque creía en Dios y sufría por mi involuntaria complicidad de sacerdote de Cristo llegué a ser, en secreto, enemigo inexorable de la Iglesia y de la Monarquía. El Rey y el sacerdote me opusieron los únicos obstáculos para la libertad de los cristianos. Detrás del Rey venía el hacha del verdugo; detrás del sacerdote, el tenedor de los diablos. Uno y otro oprimían con ayuda del terror. El Rey quería reinar sobre los cuerpos y amenazaba con la muerte; el sacerdote quería reinar sobre las almas y amenazaba con la condenación. Uno y otro imperaban en nombre de la tortura y se aprovechaban del temor casi universal para quitar a todos lo que Dios a todos les había prometido.

Mi último sueño, esto es, que las tripas del sacerdote se convirtieran en dogal del rey, no era, quizá, cristiano, pero era justo con aquella santa justicia que nace de la indignación. ¿Y era exactamente necesario portarse evangélicamente con aquellos que pisoteaban y laceraban a cada instante el Evangelio?

La revolución que sobrevino en el reino de Francia medio siglo después de mi muerte, fue en parte, sólo en parte, la realización de mis pensamientos de rebelde reticente y clandestino. No tuve el valor de arrojar la túnica y la máscara, no tuve el valor de abrir los ojos a la plebe sacrificada, no tuve el valor de levantarme contra la manada de ruines a costa de acabar en la horca.

De estas vilezas me acuso, no de otra cosa. Y sólo por éstas quisiera sufrir condena.

## SÁNCHEZ DE CARRIÓN

En la inscripción que durante algún siglo se pudo leer sobre la losa de mi sepulcro y que fue escrita por el canónigo más latinista de mi catedral, se decía que yo fui un pastor ejemplar, digno en todo de los antiguos obispos. Pero desde que la muerte piadosa me abrió los ojos y la mente a la verdad, advertí, con dolor y vergüenza, que fui, por el contrario, un pésimo pastor de la grey que por Dios me fue confiada. Me amaba a mí mismo y a mi dignidad; amé a Dios poco, y a los pobres, nada. En vez de ser un hermano para mis sacerdotes y un padre para los humildes, me gustó parecer y ser un principón sacro, un gran señor mitrado, un administrador celoso, imperioso y orgulloso, una columna de la Iglesia y del Estado. Huía con gusto de los pobres, no me cuidé jamás de apoyar a un infeliz, de salvar a un desesperado, de enseñar y convertir a un enemigo de la fe, no tuve, en suma, verdadera caridad. Todo lo más repetía en mis homilías los lugares comunes de la predicación evangélica, fría y mecánicamente recitados, más por tediosa obligación de oficio que por arrolladora convicción. Si salía para hacer la visita parroquial procuraba pasar en un vuelo donde había pobreza o razón de escándalo, para no contristarme, para no comprometerme. A los afligidos les dirigía unas frases de condolencia, aquellas añejas y áridas frases que la retórica proporcionaba con gusto a la indiferencia.

Me gustaba, por el contrario, estar de entero acuerdo y buena amistad con las autoridades de mi diócesis, con su excelencia el gobernador de la ciudad, con el virrey de la provincia, con el comandante de la guarnición, con todos sus secretarios y acólitos y, sobre todo, con sus pías y elegantes señoras. Aceptaba complacido sus invitaciones a las cenas, a los salones, a las grandes recepciones y me agradaba dar a besar el anillo episcopal a todos aquellos gentileshombres de uniforme, a todas aquellas damas perfumadas envueltas en seda y terciopelo. No desdeñaba, en la mesa o en torno al fuego, escuchar o contar frases ingeniosas, no siempre decentes, y distaba mucho de ser severo para los pecados de acción y de omisión de los grandes dignatarios y de las bellas damas, sus compañeras y cómplices. Cerraba un ojo y, especialmente cuando había a la vista una herencia, los cerraba ambos, y, sobre todo, cerraba los oídos a los que tímidamente intentaban hacerme saber fealdades que conocía mejor que ellos, pero que no quería saber. Todo el gran mundo, pues, y el alto clero de la ciudad me reverenciaban sin temerme, me honraban sin estimarme y me alababan sin amarme. Los pobres callaban o murmuraban entre sí; todo lo más, me admiraban desde lejos, cuando estaba cubierto por el esplendor de mis ornamentos, entre las luces y los oros del altar mayor, en los días de pontifical solemne. Pero más que en la iglesia me sentía a mi gusto en el sillón de mi obispado, en compañía de obsequiosos dignatarios y astutos secretarios, charlando de los escándalos del pueblo o recibiendo a algún canciller o ministro de alto rango.

Pero no es que fuese avaro o inerte. Respeté los bienes de la sede episcopal y no me aproveché de mi dignidad para enriquecer a mi familia. No practicaba secretamente la caridad, pero no negaba mi nombre y mi tiempo cuando se trataba de beneficencia pública, de conferencias y de ferias mundanas, de patronatos presididos por algunas señoras de las clases altas. Llevaba, además, la administración de un hospicio de huérfanos, de un hospital

de incurables, de una sociedad para la buena prensa y era asiduo a las reuniones y buen expurgador de informes y de presupuestos.

Había en mí madera de un director de banca o de un gobernador más bien que de un obispo, de un amador y un guardián de almas. El temor del otro mundo no era, para mí, más que una excelente palanca para obtener favores y honores en el bajo mundo.

Mi pecado más pavoroso fue la frialdad. No había en mí fuego de celo, fuego de esperanza, fuego de elocuencia, fuego de amor. Era sólo un cerebro, y un cerebro pequeño, todavía más empequeñecido por los cálculos y por la vanidad. No hice, que yo sepa, ningún verdadero mal, pero mi no hacer, mi ausencia, mi deserción, mi frialdad, resultaron dañosos a mi pueblo, bastante más que si yo hubiese sido un franco y bestial pecador. No fui verdadero apóstol de Cristo y no lo supe, pero traicioné a Cristo, a las almas que me fueron entregadas y, más que nada, a mi pobre alma. Y mi culpa es tan espantosa que ni siquiera me atrevo a esperar en la misericordia de aquel Dios al que no supe representar en su amor mientras estuve en la tierra.

OLIMPIO SARGIANI

ÁNGEL

Fuiste sacerdote, pero sacerdote indigno. Con los hechos de tu vida bestial destruiste el poco de bien que hubieran podido hacer las grandes palabras de vida que, aun cansadamente, pronunciabas en el altar. Dios espera tu última confesión.

OLIMPIO SARGIANI

Delante del Dios al que he traicionado no podré hacer otra cosa que llorar. A ti te contaré toda la verdad de mi vida marchita y desgraciada.

Era hijo de un tratante de un pueblo pequeño, y mi padre, violento y tacaño, quería que estudiase, pero sin que él tuviese que gastar. Me enviaron al seminario más próximo. No tenía ningún amor ni disposición para las cosas del espíritu, y todo, literaturas, filosofías y oraciones, me daba tedio. Me sentía inclinado, por el contrario, a la vida sin libros, fuese activa o vagabunda, pero libre, sana, natural. Hubiera ido con gusto de pueblo en pueblo, como hacía mi padre, a las ferias, a los mercados, a comprar bestias, a mirar mujeres, a beber acompañado, a escuchar en las plazas a los charlatanes. Habría resultado un buen yegüero, o dueño de posada, y quizá comerciante; habría tenido mujer, habría tenido negocios e hijos y

mi vida hubiera sido más limpia, más en armonía con mi naturaleza. Pero todos en la familia querían un sacerdote y amenazaban, prometían y acariciaban de mil modos. El Obispo era un hombre astuto, me llevó por las buenas, me sedujo, tanto que creí, al fin, tener vocación. A los veintiséis años fui ordenado sacerdote y me mandaron a una parroquia lejana, remota, a trasmano, encima de un monte, entre gente zafia, dura y pobre. Traté de adaptarme a aquella vida desolada, a aquel triste y helado desierto. Pero nada me ayudaba, ni la oración que me cansaba ni el estudio que aborrecía. Estaba en el hervor de la juventud, de sangre fuerte y cálida. Las montarazas de aquellos pueblos tenían ojos atrevidos, tez morena, miembros torneados y firmes y poco temor del infierno. Pequé con una de ellas, una rubia robusta que cantaba como un ruiseñor enamorado y me asaltaba y me agitaba como una furia. Tuve de ella un hijo, fui descubierto, afrentado, retirado de la parroquia, condenado a un retiro espiritual más triste, para mí, que una prisión.

Después de un año de llantos que no eran todos de remordimiento, me creyeron corregido y me mandaron a otra parroquia todavía más alpestre y perdida. Las mujeres, después de lo que me había sucedido, las mantenía alejadas como si fueran tizones candentes. Pero no sabía cómo llegar a la noche. Estaba solo, melancólico, abandonado, sin amigos, sin familia, sin recursos de ninguna clase, desesperado. No tenía inclinación alguna hacia mi ministerio, cumplía lo mejor posible mi deber, pero sin calor ni alegría, y todos se daban cuenta de ello. Mi rencor me llevaba a detestar a los hombres y especialmente aquellos paletos sucios e ingratos, animaluchos paganos que ni siquiera un santo habría logrado transformar en cristianos. Y cristiano verdadero no lo era tampoco yo, sino un empleado a la fuerza en la administración de sacramentos. No tenía madera de apóstol, sino, todo lo más, del tendero o del chalán. Maldecía a la familia que me había condenado a aquella vida equivocada, holgazana y desgraciada, que para mí era una tortura. Y, sin embargo, no tenía el valor de dejarla, fuera porque ya estaba acostumbrado a aquella comodidad, a aquellas ganancias y no hubiera sabido de qué otro modo ganarme la vida, fuera por temor al escándalo y la condenación. Porque en Dios creía, pero no había nacido para representarlo y servirlo.

¿Qué camino, qué remedio hubiera podido encontrar? Mis compañeros estaban lejos, pero aun estando vecinos poco me hubieran ayudado, porque estaban casi todos en mis mismas condiciones. No tenía pasión alguna por leer ni por aprender, la caza no me gustaba, la naturaleza me aburría en seguida. Pasaba algunas horas cuidando de las flores o tocando las teclas del armonio, pero ¿y luego? Los días parecen eternos a quien tiene el alma deshabitada y la inquietud a cuestas.

Comencé a beber, y no sólo en casa. Todas las semanas iba al pueblo más vecino con la excusa del mercado y volvía borracho. Iba a menudo, también entre semana, para buscar a alguien que me ayudase a pasar una hora y los encontraba en la taberna. No veía el momento, por la mañana, de decir misa para huir allá abajo. Si había un enfermo o un moribundo al que tenía que asistir, blasfemaba dentro de mí, imprecando a la muerte que venía demasiado despacio. Las bodas y los entierros los soportaba de mala gana y sólo por el poco más de ganancia, que gastaba luego en la posada.

Yo mismo comprendía que era innoble e infame aquella vida. El pueblo, que me veía casi todos los días borracho, me despreciaba y muchos ni siquiera venían a la iglesia para demostrarme su disgusto. Cada admonición mía suscitaba la risa en aquellos que conocían mi pasado y mi presente. Pero, dime tú: ¿qué hubiera debido hacer? Un sacerdote que no tiene vocación, que no tiene amor a los hombres, a la oración, a los estudios, al arte, que no tiene compañeros, ni amigos, ni discípulos, ni hijos que vive solo, en la montaña, lejos de todos, que no tiene nada ni nadie que pueda llenar su tremenda soledad, un hombre arrancado de su verdadero destino, un sacerdote desilusionado y cerrado, ¿qué podía hacer, cómo podía salvarse? Se hubiera requerido un milagro interior o la intervención de la Gracia. Pero mi alma estaba ciega y estéril y Dios no bajó nunca a sacarme de mi lodo.

Una tarde de invierno, volviendo a casa ebrio, tarde, en la oscuridad, caí sobre la nieve helada y rodé a un foso. Al día siguiente me encontraron muerto y rieron, porque hacía tiempo que todos me habían profetizado y augurado semejante fin.

Ésta es toda la verdad de mi vida. Dios juzgará si en mí el culpable fue mayor o menor que la víctima.

CORO DE LOS DESESPERADOS DESESPERADOS CORO DE LOS ÁNGELES  
REBELDES REBELDES

CORO DE LOS DERROTADOS DESCONTENTOS

CORO DE LOS DESESPERADOS

Nadie, más que nosotras, te habla desde lo profundo, desde las últimas profundidades de los últimos abismos, donde sólo un diafragma de tinieblas separa a las almas de la nada.

Más al fondo no podemos caer; aun la más ciega vorágine tiene su fin.

Nosotros no somos los melancólicos que hacían de la melancolía una aureola de belleza.

No somos los doloridos que con las lágrimas del dolor hacían fermentar el mosto de una acre alegría.

No somos los afligidos que mitigaban y disipaban, a fuerza de gemidos, la misma aflicción.

No somos tampoco los suicidas que tenían fe, por lo menos, en la muerte como extrema esperanza y liberación.

Nosotros somos los desesperados, aquellos que superaron, al fin, el orgullo y la embriaguez de la desesperación ordinaria.

Nosotros somos aquellos que ya no esperaban nada de los hombres, ni siquiera la ofensa.

Somos aquellos que no pedían ya nada a la vida, ni siquiera su negación.

Somos aquellos que lo habían perdido todo, hasta la angustia y el dolor de haber perdido.

Somos aquellos que flotaban sobre el universo como conchas vacías en las aguas de una laguna vasta como un océano.

Muchos de nosotros habíamos perdido todo lo que gobierna y sostiene al hombre sobre la tierra firme del existir; habían perdido para siempre a las criaturas más amadas, la patria, todo bien adquirido, salud, honor y libertad.

Todo lo habían perdido, pero no todos los que han perdido se podían llamar desesperados.

Había quien en su misma desnudez encontraba fuerza para vestirse con más seguros vestidos.

Había quien sacaba del mismo exceso de angustia el secreto de una paciente revancha.

En nosotros, por el contrario, no quedó nada, ni siquiera la esperanza de poner fin a



nuestra desesperación.

La angustia es batalla, y por lo tanto resistencia, y por lo tanto vida.

Pero en nosotros no sobrevivió ni siquiera el horrible deleite de la agonía.

Quien guardaba aún una esperanza, aunque fuera loca o remota, no tenía derecho a llamarse desesperado.

Hubo en la tierra aparentes desesperados, comediantes del dolor con la máscara de los desesperados, pero sólo nosotros, nosotros, que no nos gloriamos siquiera de nuestra desesperación, nosotros solos, ni siquiera calmados con la resignación, fuimos los verdaderos desesperados, los desesperados de la perfecta desesperación.

En un campo recorrido por el fuego hay todavía, bajo los terrones calcinados y las hierbas chamuscadas, un germen escondido que la primavera llamará para que se eleve a florecer.

En nuestras almas toda luz de vida estaba apagada, toda razón de ser se había hecho sarcasmo o falta de sentido.

Todos los dioses, eclesiásticos o civiles o éticos, habían desaparecido de nuestra vista, como birlochas de papel entre nubes de borrasca.

La verdad se abría ante nosotros como la hez de un mar seco, repleto de armazones costrosas y de monstruos putrefactos.

El escalofrío, el espanto, el horror del género humano, habían destruido en nuestro corazón incluso la piedad.

Porque, en definitiva, no teníamos piedad ni siquiera de nosotros mismos ni de nuestra infinita miseria.

De nosotros no teníamos piedad porque se nos había muerto lo que en ningún otro hombre moría: la fe en nosotros mismos.

Ninguno de nosotros estimaba el propio yo, ninguno de nosotros creía tener derecho a la estimación, a la misericordia de los hombres.

Nada se admiraba en nosotros, ni siquiera lo absoluto de nuestra infelicidad; en nada se complacía ya nuestro espíritu, ni siquiera en la ultranza de la desesperación.

Caminábamos, solos, como el animal que se dirige a su última guarida, entre dos inmensas murallas sin puertas; a la derecha la muralla de lo Inútil, a la izquierda la muralla, todavía más alta, de lo Imposible.

En lo alto, entre dos murallas, un río estrecho de cielo, vacío de nubes, vacío de estrellas, ciclo sin color.

Ningún deseo de huida, ningún apetito de salvación.

Un águila que se debate entre los hierros del cepo no está aún desesperada, aunque sus alas estén desplumadas y sus garras mutiladas.

Un solo movimiento, un gesto, hubiera sido promesa de resurrección, pero nosotros, más muertos que los muertos, no podíamos ya resucitar.

Aún un solo gemido hubiese sido el comienzo del despertar, pero nosotros temíamos más que nada la vida que nos había traicionado y despojado.

Aquella quietud fría, aquella inhumana calma, aquel total abandono en la indiferencia, eran ya nuestros únicos bienes: terribles bienes, pero más terrible aún el temor de perderlos.

Habíamos rechazado todo, todo lo habíamos rehusado y arrojado\* semejantes a la infame holoturia que vomita hasta los intestinos.

Habíamos renegado de todo, incluso el dolor, incluso el desprecio; todo, excepto la desesperación.

¿Y ahora qué podemos pedirte? ¿Qué podemos esperar de Ti?

Quizá sólo Tu infinita riqueza podría calmar el infinito vacío de nuestra miseria. Solamente por la prodigalidad inconcebible de Tu amor podrá resucitar la esperanza en las almas de nosotros, los desesperados.

Pero en nosotros no sobrevivió ni siquiera el horrible deleite de la agonía.

Quien guardaba aún una esperanza, aunque fuera loca o remota, no tenía derecho a llamarse desesperado.

Hubo en la tierra aparentes desesperados, comediantes del dolor con la máscara de los desesperados, pero sólo nosotros, nosotros, que no nos gloriamos siquiera de nuestra desesperación, nosotros solos, ni siquiera calmados con la resignación, fuimos los verdaderos desesperados, los desesperados de la perfecta desesperación.

En un campo recorrido por el fuego hay todavía, bajo los terrones calcinados y las hierbas chamuscadas, un germen escondido que la primavera llamará para que se eleve a florecer.

En nuestras almas toda luz de vida estaba apagada, toda razón de ser se había hecho sarcasmo o falta de sentido.

Todos los dioses, eclesiásticos o civiles o éticos, habían desaparecido de nuestra vista, como birlochas de papel entre nubes de borrasca.

La verdad se abría ante nosotros como la hez de un mar seco, repleto de armazones costrosas y de monstruos putrefactos.

El escalofrío, el espanto, el horror del género humano, habían destruido en nuestro corazón incluso la piedad.

Porque, en definitiva, no teníamos piedad ni siquiera de nosotros, mismos ni de nuestra infinita miseria.

De nosotros no teníamos piedad porque se nos había muerto lo que en ningún otro hombre moría: la fe en nosotros mismos.

Ninguno de nosotros estimaba el propio yo, ninguno de nosotros creía tener derecho a la estimación, a la misericordia de los hombres.

Nada se admiraba en nosotros, ni siquiera lo absoluto de nuestra infelicidad; en nada se complacía ya nuestro espíritu, ni siquiera en la ultranza de la desesperación.

Caminábamos, solos, como el animal que se dirige a su última guarida, entre dos inmensas murallas sin puertas; a la derecha la muralla de lo Inútil, a la izquierda la muralla, todavía más alta, de lo Imposible,

En lo alto, entre dos murallas, un río estrecho de cielo, vacío de nubes, vacío de estrellas, cielo sin color.

Ningún deseo de huida, ningún apetito de salvación.

Un águila que se debate entre los hierros del cepo no está aún desesperada, aunque sus alas estén desplumadas y sus garras mutiladas.

Un solo movimiento, un gesto, hubiera sido promesa de resurrección, pero nosotros, más muertos que los muertos, no podíamos ya resucitar.

Aún un solo gemido hubiese sido el comienzo del despertar, pero nosotros temíamos más que nada la vida que nos había traicionado y despojado.

Aquella quietud fría, aquella inhumana calma, aquel total abandono en la indiferencia, eran ya nuestros únicos bienes; terribles bienes, pero más terrible aún el temor de perderlos.

Habíamos rechazado todo, todo lo habíamos rehusado y arrojado, semejantes a la infame holoturia que vomita hasta los intestinos.

Habíamos renegado de todo, incluso el dolor, incluso el desprecio; todo, excepto la desesperación.

¿Y ahora qué podemos pedirte? ¿Qué podemos esperar de Ti?

Quizá sólo Tu infinita riqueza podría calmar el infinito vacío de nuestra miseria. Solamente por la prodigalidad inconcebible de Tu amor podrá resucitar la esperanza en las almas de nosotros, los desesperados.

## DESESPERADOS

## UPAVASA

Aunque todos los suplicios de vuestro infierno se volvieran contra mí no tendré suplicio igual al que, en la tierra, mi alma se infligió a sí misma.

La envidia fue mi fuego, mi rueda, mi tenaza, mi lima, mi gangrena, mi locura. Una envidia omnipresente, omnividente, omnisufriente, una envidia universal, carnal e intelectual, una envidia que era algo más corroyente e insaciable que la misma envidia, una fiebre, un furor, una persecución, un delirio.

Todos los hombres eran envidiosos, lo supieran o no, lo dijeran o no, lo mostrasen o no. Todos estaban envenenados por el terror de ser segundos, todos sufrían por el gozo ajeno. Pero en mi alma esta natural nota de la naturaleza humana había superado a las demás, había animado a cada gota y fibra del pensamiento.

No podía soportar la vista de la felicidad ajena, de la ajena fortuna, ni siquiera de la ajena desventura. Hasta envidiaba a los que causaban piedad a los demás. Envidiaba a los enfermos porque ya no tenían las obligaciones y los trabajos que los sanos; envidiaba a los encarcelados porque el rey los consideraba enemigos suyos y el pueblo los compadecía; envidiaba a los pobres porque a ellos nadie les pedía y muchos les daban; envidiaba a los locos porque habían huido de la tortura de la conciencia; envidiaba a los muertos porque habían saldado sus deudas con los hombres y cerrado la partida del pasado y del futuro.

Pero envidiaba más ferozmente aún a los que tenían, o me lo parecía, lo que no tenía yo ni lo podía tener. No era pobre, pero envidiaba a los ricos; no era del todo ignorante, pero envidiaba asimismo a sabios y prudentes; no había nacido en la última casta, pero envidiaba a los brahmanes; no era esclavo ni subordinado y, sin embargo, envidiaba a todo jefe y a todo monarca. No podía menos de envidiar a aquellos que sabían, que poseían, que mandaban.

Envidiaba todo don de los dioses y todo beneficio de la fortuna; envidiaba a los jóvenes la belleza; a los poetas, la fama; envidiaba a las mujeres por ser deseadas de los

hombres; envidiaba a los ministros porque sabían los secretos de los príncipes a los sacerdotes porque conocían los secretos de Dios.

No sufría por afán de las cosas en sí mismas, sino por el único pensamiento de que fuesen de otro y no mías. Por esto envidiaba hasta lo poco, hasta lo descuidarle y lo efímero; un collar menos vistoso que el que tenía en mi cofre; la parcelita que confinaba con la mía mucho más vasta; la cabellera ondulada de una jovencita; la miniatura vista al acaso en manos de un desconocido, la infantil alegría de un niño. Pero más que a otro ser envidiaba a los dioses, a los dioses que todo lo sabían, que lo podían todo, que eran gozadores y señores del universo entero. Los adoraba porque los temía y los maldecía porque estaban por encima de mí, porque no era uno de ellos, porque no me habían hecho su igual.

Cual fuera el origen de este frenesí no lo llegué nunca a comprender. Todo lo que había tocado en suerte a las demás criaturas lo consideraba como sustraído a mí. Tenía, pues, la imaginación de que el mundo con cuanto había dentro de él, era propiedad mía, tanto que todo bien ajeno era un hurto en mi perjuicio.

Aquella intolerancia de los bienes ajenos ¿era más bien una de las formas de mi desprecio por los hombres? Los hombres, viles y perversos, nada valían, nada merecían y, por esto, no tenían derecho a nada. Toda posesión o ventaja suya era, por lo tanto, abuso, desorden y escándalo. Mi envidia era una protesta contra la injusticia que reinaba en el mundo humano.

Tan es verdad que envidiaba, como he dicho, aun aquellas cosas que no hubiera querido hacer mías, envidiaba a los mismos con los que no hubiera querido cambiarme nunca. Envidiaba al reptil porque podía soportar el ardor rabioso del sol, envidiaba al tigre porque podía devorar las presas todavía palpitantes, envidiaba al asceta porque gozaba torturando su cuerpo. Todo lo que no me pertenecía era para mí insulto, lamento, nostalgia, ansiedad, locura.

Ahora comprenderás por qué mi vida fue dolor, desgarró y mordedura perenne. Cada espectáculo del mundo era una puñalada en mi corazón, cada minuto del día un agujijón, cada recuerdo una llaga que ni siquiera el tiempo cicatrizaba.

Y, sin embargo, no condescendía con mi pecado. Lo odiaba como el leproso odia su tumor, como el herido odia la flecha clavada en su pecho. La envidia no es más que el dolor por el placer ajeno, por lo tanto, tormento sin fin y sin alivio. El gozo por la caída ajena es amargo, vergonzoso, efímero. Y, sin embargo, no logré sanar de aquella lepra, quitarme del alma aquel ovillo de negras sierpes. Era semejante a una cobra que fuese condenada a tragar a cada instante su propio veneno, sin que lograrse morir. Indecibles e invencibles fueron mis

padecimientos. Mis propias lágrimas estaban intoxicadas, mi pena no era de aquellas que elevan. Pena eterna; ni siquiera la soledad, ni siquiera la noche me libraban de este lacerante martirio. Fantasías, sueños, alucinaciones, re-cuerdos, recrudescían en mí la angustia de las felicidades, verdaderas o imaginarias, a mí negadas, a mí arrebatadas, a mí rechazadas, a mí desaparecidas. El género humano era, a mis ojos, ladrón y verdugo. El mundo entero, en cuanto no era todo mío, me parecía un escándalo in menso e insoportable.

La envidia, cuando se encarama a estas cimas de lo absurdo, ya no es un pecado sino un morbo, una herida, una maldición, una desesperación, el horrendo castigo de sí misma.

No temía lo que me espera. En comparación de lo que sufrí toda condena será un premio, toda pena un alivio.

## ETHYDYKOS

¿Por qué quieres llamarme de nuevo a juicio?

Cuando descendí al Ade no había conocido de la vida más que trabajos e infortunios; desde aquel día viví allá abajo la tácita vida de los muertos.

Fui en mi primera juventud campesino en Beocia. Era aquella tierra dura y avara. Dura al hierro del hombre, avara de los frutos que dan al hombre fuerza y alegría. Helados vientos sobre aquellos montes áridos hacían sentir aún más el hambre; y a veces mataban al ganado, nuestra única esperanza. Escaso era el grano que hace vivir, que exige nuestro esfuerzo.

Un poco de leche de cabra, un puñado de olivas secas, eran nuestro alimento. Sólo en las grandes fiestas una copa de vino mezclado con agua y miel aparecía sobre la mesa de encina.

Nuestro vestido era una pobre capa tejida en casa que apenas cubría las espaldas; el hambre redoblaba el temblor del frío. El miedo de vernos obligados un día no lejano a errar mendigando de pueblo en pueblo aumentaba la tristeza de aquella negra vida. Los dioses no se cuidaban de nosotros o quizá nos atormentaban de aquel modo, como hacen los muchachos con las hormigas o con las moscas.

Cansado, por fin, de aquella desolación, dejé la familia, marché lejos y me alojé en

casa de un mercader fenicio. Navegábamos de isla en isla, cambiando o vendiendo, pero con mayor frecuencia, robando. Mi amo era, más que mercader, corsario, y yo hube de echarle una buena mano en su empresa. Se robaba todo lo que podía dar ganancia: vasos de plata, púrpura, cereales y, especialmente, mujeres jóvenes. Pero aquella vida de latrocinios me cansó, me dirigí por mar al Asia y me hice soldado del Gran Rey.

Eran tiempos de revolución y los sátrapas persas acogían voluntarios y mercenarios. Míseros eran, sin embargo, el salario y la comida, pero había épocas de descanso en hermosas ciudades a la orilla del mar, caldeadas por el sol, donde todo parecía más alegre y más rico que entre nosotros.

Breve consuelo porque el Gran Rey nos llamaba a menudo para combatir a gentes extrañas y bárbaras, anidadas como águilas en montes nevados o que vagaban como chacales por los desiertos. En una de estas guerras fui dejado atrás por mis compañeros en un hoyo de arena.

Tenía una herida abierta en la pierna; la sed me hacía delirar.

Cayó la noche más bochornosa aún que el mediodía; entreví, en los sobresaltos de la fiebre, un gajo de luna. Luego me dormí y sólo ahora me parece despertar de aquel infinito sueño.

No sé lo que quieres de mí. Fui obsequioso con los dioses y fiel a los hombres, tuve placeres raros y viles, nadie me amó, morí solo y desesperado. Si tuviese que volver a comenzar una vida semejante a aquélla, te imploro una segunda muerte.

## HILDUINO

No me preguntéis lo que hice porque nada supe ni quise hacer. No hice el bien por pereza, no hice el mal por miedo. Mi vida fue toda un prever y un temer. Mi alma estuvo totalmente llena por el ansia del final. No sólo del fin de mi cuerpo, sino de todo lo que me rodeaba y caía bajo los ojos de la cara y de la inteligencia.

Si fue enfermedad del alma o posesión diabólica no sabría decirlo. Pero mi angustia fue siempre intolerable. No podía mirar un edificio sin considerarlo reducido a ruinas, ni a un niño sin imaginarlo decrepito agonizante, ni a una mujer en flor sin verla inmediatamente como montón de huesos en una fosa.



Reinaba el príncipe, pero en mí había sido ya arrojado y muerto; se gloriaba el valeroso señor de sus armas victoriosas, pero en mi pensamiento se deshacía ya, carroña inmunda, en el fango del campo; se extendía soberbia la ciudad a lo largo de las orillas del río con torres y palacios, pero yo descubría ya en aquel mismo lugar miseria de ruinas en desolación de soledad.

Aun el fin necesario de las cosas más sencillas y humildes me atormentaba: aquella taza volvería a ser polvo en la tierra; aquel rico vestido, nada más que jirones de sucios harapos; aquella luciente espada la consumiría innoblemente la herrumbre; aquel árbol estaba destinado a convertirse en ceniza o podredumbre.

Todo lo veía terminar y morir a mí alrededor. Se extinguían amores y amistades, desaparecían pueblos y reinos, todo poder se deshacía, toda forma se esfumaba, toda carne era destruida, sepultada. No triunfaba en el mundo la vida, sino que todo era vencido y deshecho por la muerte. Las cosas y las criaturas surgían únicamente para ser devoradas por aquellos mismos que las habían engendrado: por el padre tiempo, por la madre tierra. Dios había sido en un principio creador, pero en Él prevalecía ya el destructor. ¿No había anunciado Él mismo que el mundo, con todos sus elementos y sus vivientes, tendría un espantoso final, anunciado por prodigios y presagios pavorosos?

La tierra misma que parecía firme y segura en medio del universo, acabaría un día como una baya que el sol pulveriza y que el agua disuelve. El mismo sol, el ojo de Dios, se apagaría un día como un pábilo bajo el soplo leve de un niño.

Por todas partes descubría señales y advertencias de la universal disolución. La lectura de los profetas me atraía y me confundía; los vaticinios de las antiguas sibilas confirmaban las visiones del Apocalipsis; oía ya pisotear lejos, en los silencios de la noche, los cascos de los caballos que llevaban a la grupa pestes y estragos. En mis sueños veía elevarse hasta el empíreo las llamas que retorcerían y ennegrecerían aun los cielos y que transformarían las estrellas en carbones humeantes, en globos calcinados y vaporíferos.

Si a cada momento acaban las partes ¿por qué en el último instante no acabaría también el todo? Si cada ser finito, como continuamente vemos llega a morir ¿por qué no habría de morir también al fin de los días el Ser infinito?

Y aquí, espantado, mi desesperado pensamiento se paraba, retrocedía. ¿Era posible a un mortal imaginar la muerte de Dios? Si Él sacó de la nada todas las cosas ¿no podía con la misma deslumbrante potencia volverlas a sumergir en la nada? ¿Podría Él que es cesar de existir? Si Él es de veras omnipotente ¿qué fuerza o qué ley podría oponerse a su propio

aniquilamiento? La espera angustiada del fin del mundo me empujaba hasta el temor del suicidio de Dios. El girar cada vez más furioso de tan locos pensamientos me impulsó a la muerte voluntaria: sólo mi fin pudo vencer en mí al invencible terror del fin.

Ahora comprendes por qué no realizase nada en la vida, por qué no tenga que disculparme de nada ni de nada pueda gloriarme. Si todas las cosas estaban llamadas a la destrucción era de locos tanto el crear como el obrar. Esta renuncia mía a toda forma de obrar ¿me valdrá la salvación o un aumento de castigo? No seas, oh Dios, más despiadado conmigo de cuanto lo fui hacia mí mismo.

ANNIE HOPELAND

ÁNGEL

Fuiste una gran pecadora y acaso ni siquiera te consoló la persecución del remordimiento ni la gracia de un castigo. Pero por monstruosos que sean tus antiguos pecados no tengas temor. Habla, cuenta, desahoga tu alma. Acuérdate de que tu Juez es Amor.

ANNIE HOPELAND

¿Por qué quieres hacerme confesar lo que no dije jamás a un alma viva? ¿Por qué atormentarme antes de los tormentos eternos? Yo no puedo escapar a la condenación; mis pecados son demasiado horribles, tales como para desalentar aun a la misericordia divina. Puesto que no pido piedad ni perdón ni remisión, deja al menos que ahorre a mi alma gangrenosa los horrores del recuerdo y de la narración. Dentro de mí soy toda llama devoradora y, sin embargo, ves que tiemblo como si estuviese desnuda en la furia del viento polar. Mi cuerpo nuevo es para mí una veste insostenible, un peso, una vergüenza, un suplicio. Las lágrimas que no supe derramar en la primera vida son en mí como un veneno abrasador que me devora sin lograr destruirme.

No debería haber nacido. ¡Si por lo menos pudiera ser aniquilada para siempre!

Ángel

Si tuvieses la fuerza y la humildad de referir tu pecado te sentirías aliviada de este angustiante furor. La piedad del juez no conoce medida y quizá tu castigo no sería tan duro

como esperas. Habla, pues, confiesa, libera tu corazón.

### ANNIE HOPELAND

No puedo y aunque pudiese no querría. Dios conoce todo y sabe cuál fue mi vida y cuán espantoso fue mi abominio. Ninguna fantasía humana puede adivinarlo; ni siquiera la tuya, aun siendo angélica. No puedo tener esperanza alguna. Deja, al menos, que esconda el secreto de mi desesperación. Otra caridad no te pido que la de dejarme callar.

### GLABAS

Insanable fue mi desventura, pero más detestable, quizá, mi pecado. Hombre nací y no pude ser nunca verdadero hombre. Tuve los signos de la masculinidad y no fui varón. Tristísima suerte; más triste todavía porque no supe ni quise resignarme en mi impotencia.

Entre todas las desgracias que podían tocar a un hombre, era la mía de las más dolorosas. Se compadecía a un ciego, se consolaba a un enfermo, se intentaba curar a un loco. Pero la mía era una desgracia que no permitía confesión ni desahogo y que atraía hacia sí burlas más bien que piedad. Mi propia figura —un cuerpo lánguido, una cara hinchada y lampiña, de la que salía una aguda voz de mujer— suscitaba el escarnio y soeces sarcasmos. Hombres y mujeres en vez de compadecerme se reían de mi prosaica angustia.

No era eunuco por venalidad de mis padres, como a menudo acaecía, sino que había nacido de aquel modo sin culpa de nadie. Ni siquiera tenía la satisfacción de maldecir a los autores de mi infelicidad. Sólo a Dios podía imputar mi dolorosa situación y contra Él volví mis imprecaciones y mi rencor. Éste fue mi pecado y ni siquiera en este pecado encontré compensación ni aliento porque las blasfemias no podían hacerme semejante a los demás hombres. Pecador es también el lujurioso, pero al menos le era dada la innoble revancha de sus deleites.

Para mí no había esperanza de resurgimiento y liberación. Aunque mi espíritu aspirase a lo alto me rebajaba hasta envidiar a los fornidos mozos del puerto, a la soldadesca que estuproba muchachas en las ciudades conquistadas, a los petimetres que se encanallaban en los prostíbulos, aun a los garañones de las praderas imperiales. Hubo noches en las que hubiera dado todo mi saber y la mitad de mi peculio con tal de saborear, por fin, aquel placer que me fue vedado para siempre.

Doblemente atroz era mi suplicio: era incapaz de poseer y de gozar, pero no era

insensible ni frígido. La impotencia no me libraba de los estímulos, de las tentaciones, de las fantasías. Mientras duró mi vida fui condenado a imaginar y ansiar aquel placer que no pude probar nunca. Recurrí a médicos y a maleficios, a filtros y a encantamientos: toda cura y toda hechicería se mostraban vanas. Nadie pudo devolverme lo que jamás fue mío.

En los momentos de lucidez intentaba persuadirme de que el acto para mí imposible no era aquella gran felicidad que el vulgo decía y pregonaba. Era concedida también a los brutos y a los hombres que más se asemejan a los brutos; era, pues, satisfacción bestial de la que podía prescindir el hombre espiritual. La Iglesia alababa y veneraba a los que, aun pudiendo realizar aquel acto, se abstenían de él por amor a la perfección. La satisfacción de la libidine era mirada por los ascetas y los santos como error, como repugnada que disminuía y ensuciaba la nobleza del alma. ¿Por qué, pues, me afligía y me desesperaba?

¿No había, acaso, actividades y goces mucho más elevados que también a mí, aun faltándome las fuerzas del macho cabrío, pudieran darme felicidad durable? Más bien, pensaba, el ahorro de la fuerza vital, el estar dispensado de las obligaciones y de las molestias que llevan consigo amantes, mujer e hijos, tenía que considerarse como fortuna insigne, dones de la Divina Providencia, llamadas a más altas empresas.

Recordaba también a los eunucos que habían favorecido a los hombres y se habían procurado fama, persiguiendo de modos más gloriosos, la potencia: Favorito, el filósofo; Nurses, el general; Vagaos, Facio y Europio, ministros y amos de reyes. ¿Y no había habido, incluso, quien siguió el ejemplo del gran Orígenes y, por sí mismo, por sed de sabiduría y de pureza, se había quitado la virilidad?

Pero tales consuelos me consolaban por muy poco tiempo. Mi agitado y excitado pensamiento no conseguía aplacarse. El ansia del abrazo y de la prole ardía en mi sangre inquieta sin descanso, me abrasaba y me consumía. Imagina, si a tu inmaterialidad le es concedido descender hasta las más viles miserias de la carne, la naturaleza de un sátiro en un cuerpo de eunuco; comprenderás entonces mi martirio.

Imaginaciones de desnudeces procaces y de refinada lascivia tras-tornaban mi mente, me dejaban más desconsolado que antes, extenuado por una iracunda enervación.

La desesperación me hizo, como te he dicho, rebelde contra Dios. Me parecía que Él no era un benefactor, sino un torturador de los hombres y me veía entre sus víctimas, inocente víctima de su misteriosa injusticia. ¿Por qué me había hecho nacer? ¿Por qué quitarme lo que ni aun a los animales más viles o feroces había negado? Hubiera querido vengarme de Él y también para esta venganza me faltaba poder. Mi vida desgraciada se consumió en codiciar en vano a la mujer y en maldecir en vano a Dios. De los condenados espero piedad, no de Él.

## G ADDIEL

¿Tendré, por fin, ahora la respuesta que he pedido en vano a los sabios y a los locos, a mí mismo y al cielo? Escúchame y, si puedes, respóndeme. Si no puedes tampoco responder haz que descifre el enigma Aquel que respondió con el silencio a mi angustia.

Nací pobre y sólo después de durísimas fatigas pude liberarme de la esclavitud y del hambre. Tenía un solo campo, entre el río y el camino, una sola casa, una mujer buena, un hijo único. Vivíamos con dificultad, pero vivíamos contentos. No pensaba mal, no hacía mal, no blasfemaba contra el Señor, sino que le honraba en mi corazón y con mi sacrificio. Pero un día una montaña se resquebrajó y cayó, atajó el curso del río, el pueblo se convirtió en un lago, mi campo se lo llevaron las aguas, la casa quedó sumergida y mi mujer se ahogó. Y, sin embargo, no maldije mi suerte ni al Señor Dios. Él me había dado aquel poco de bien como se echa un pedazo al perro roñoso y ahora lo volvía a coger. Quizá no lo merecía bastante, quizá quería someterme a prueba.

Pude salvarme a duras penas con mi hijo. No todo estaba perdido. Conseguimos, a precio de humillación y de sudor, comprar un asno y un poco de mercancía. Íbamos por los campos lejanos, de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, bajo la canícula y el cierzo, nunca del todo hambrientos, nunca del todo satisfechos. Una tarde, mientras atravesábamos unos montes desiertos, los bandoleros nos asaltaron. Mi hijo quiso defenderse y fue muerto. Se llevaron el asno y la carga; me dejaron desnudo y herido en medio del sendero.

Y tampoco esta vez imprequé contra Dios que había permitido esta segunda ruina. Enterré llorando a mi hijo único en una cueva oculta entre los matorrales y abandoné aquella tierra, mendigando de puerta en puerta para no morir. Llegué a una ciudad junto al mar y me detuve en el puerto, donde otros hombres andrajosos y famélicos, lo mismo que yo, esperaban la llegada de las naves. Cuando las naves llegaban yo también me eché a las espaldas parte de la carga y así lograba comer aquel poco alimento que me defendía de la muerte. Pero sucedió que caí de mal modo debajo de un saco demasiado pesado y me quebré un hombro y un brazo. Desde aquel día tuve que pedir limosna, la vida más amarga para un hombre que nada había pedido a nadie y que siempre había obedecido al Divino Mandamiento. Y, sin embargo, tampoco esta vez me rebelé contra el Señor que me había quitado todo, incluso la fuerza de mis miembros.

Pero aún no habían terminado mis desgracias. Dormía en una balsa fuera de la ciudad, refugio de mendigos y de gente desesperada. Con indecible horror un día me di cuenta de que uno de éstos me había pegado la lepra. Era la última condena, la más horrible. La gente me huía y no se atrevía siquiera a echarme sus sobras, hasta los mendigos se apartaban de mí y desde lejos me apedreaban, por temor de que les contagiase. Y entonces comencé a dudar de

la justicia de Dios. ¿Qué delito había cometido para merecer aquella obstinada y atroz persecución? Nada había quitado a nadie, ni la vida, ni el honor, ni los bienes; no había ofendido a Dios de ningún modo ni transgredido jamás los preceptos de la ley. Había amado a mi esposa, había amado a mi hijo, había ayudado a mis vecinos, había pagado siempre mi pan con mi sudor, como Dios mismo decretó. ¿Por qué, pues, el Señor me había quitado todo, de cuando en cuando, y me había acosado con su lanza de fuego hasta reducirme a la más horrida y abandonada criatura de la tierra? Nunca había sido rico y famoso como Job. La riqueza es sospechosa y se puede hacer que crezca con el estiércol del pecado. Y yo no había eructado palabras de maldición como había hecho Job y no había rechazado las extremas consolaciones de la miseria.

Yo, desnudo, no había envidiado el manto del príncipe; yo, hambriento, no había mendigado ante la mesa del epulón; yo, solo en el mundo, no había maldecido en mi corazón al esposo que todavía tenía a su esposa, al padre que pasaba junto a mí en medio de sus hijos.

¿Qué culpa era la mía? ¿Qué delitos me habían hecho digno de tantas desgracias? Un escriba me dijo: todos los hombres son culpables, ninguno es inocente, todo castigo que Dios envía a sus siervos es justo no sólo porque todo lo que Dios hace es justo, sino porque todo hombre tiene en sí su mancha de podredumbre.

Y yo dije: Será cierto que todos los vivientes tengan su pecado escondido. Pero ¿por qué es más castigado el que tiene el pecado menos perceptible? Yo veo en el mundo al ladrón que goza en paz del fruto de sus latrocinios, veo al asesino que duerme en paz con sus manos en-sangrentadas y es respetado por todos; veo al soberbio que saca provecho y gloria de sus abusos; veo al ocioso rico que se gloria de su dinero y lo gasta sin temor para comprarse los más sucios deleites. Y todos estos prosperan, se ensanchan, se pavonean, se echan tranquilos en la impunidad y en el reposo hasta la muerte.

Si todos son culpables no todos son igualmente culpables. ¿Por qué Dios priva de todo bien y de toda ayuda al que está más próximo a la inocencia y protege a los bellacos? A mí que no quité nada se me ha quitado todo, al malhechor que hizo sufrir a los inocentes se le concede, si no exactamente la alegría, por lo menos la tranquilidad y la impunidad.

El escriba no supo responder y ningún otro supo responder a mi pregunta. Una espantosa duda se arrojó sobre mi alma. ¿Acaso es Dios injusto? Y si Dios es, por definición, justicia ¿por qué son posibles las repetidas injusticias que me han destruido? Dios es cruel o no es omnipotente. Pero si no tiene Omnipotencia no es Dios, si no tiene Misericordia no es Dios. Quizá Dios no puede justificarse más que de un solo modo: con su ausencia.

Dios descendió un día a la tierra para responder con su propia voz a la desesperación

de Job. Pero su respuesta no fue verdadera respuesta. No había iluminado enteramente el misterio del justo injustamente castigado. Sus palabras habían sido una enumeración de reproches. «Yo hice esto y aquello, yo creé la tierra y los animales y los monstruos y los astros y el abismo y el árbol que nutre y el firmamento que luce: ¿qué eres, pues, tú delante de mí, quejumbroso pigmeo?» Pero, acaso, ¿era ésta una defensa digna de un Padre? Yo no soy frente a Ti, pero eres Tú quien me ha creado, eres Tu quien me ha puesto en la tierra, eres Tú quien me ha dado deseos y necesidades, eres Tú quien me ha enseñado la ley y ha instilado la sed de la justicia y de la paz. ¿Qué me importa que tú hayas creado el esplendor del sol y el terror del Leviatán? Aunque el sol fuese mil veces más luminoso y el Leviatán mil veces más gigantesco, yo permanecería con el peso de la inmerecida miseria, con las llagas de las heridas que no merezco. No te pedí yo que crearas el universo, no te pedí que me pusieses en este universo. Pero tengo el derecho de preguntarte qué misteriosa culpa he cometido, yo que siempre obedecí tu palabra y adoré tu gloria, para que hayas querido precipitarme, antes de morir, en la gehena de todo destrozo y suplicio. Yo me dirijo al Juez y tú me muestras la faz airada del Creador.

La lepra y el hambre me libraron pronto de las torturas de la carne y de la mente. Y ahora espero, por fin, la respuesta que nadie pudo darme. Tengo todavía una esperanza: que los dolores terrenos hayan sido precio anticipado de las alegrías celestiales. Pero una última duda me asalta: ¿hubo nunca un emperador generoso y paterno que haya hecho pagar sus dones con golpes de látigo y con mordeduras de llama? Una sola compensación pido a Dios: que destruya mi acusación con la luz inextinguible de la verdad.

LUISA ACKERMANN

Tú debiste hablarme mientras tenía vida, cerciorarme de mi error; hoy es demasiado tarde. Mi destino terreno fue doloroso, mi destino futuro será horrible.

Yo rechazo esta tardía y pavorosa resurrección. ¿Qué me importa ya vuestra inmortalidad? No puede ser, para mí, más que una eterna desesperación.

Destruyeme, pues, Dios. Da pruebas de tu piedad aniquilándome.

La vida se mostró para mí como tragedia inútil y el universo entero un caos de fuerzas ciegas movidas por el mal. Odié, pues, el ser y lo odio todavía y odio la misérrima partícula de ser que es mi persona. Creía que la muerte me habría liberado para siempre del martirio de la existencia y advierto que va a comenzar una condena más dura.

No quiero, no quiero ya existir, de ninguna forma y modo quiero sobrevivir. Te

suplico que me destruyas para siempre, alma y carne- Vuélveme a echar en el oscuro abismo de la nada. Bórrame del número de los vivientes, destruye mi nombre y mi memoria. La vida me da horror, la eternidad, aunque fuese feliz, me aterra.

La única señal de perdón que invoco de ti es la destrucción. Si de la nada pudiste sacar el universo, podrás también destruir. ¿O bien tu famosa Omnipotencia ni siquiera llega a suprimir una sola de tus criaturas? ¿Mi infelicidad no puede, por lo tanto, tener fin?

## ÁNGEL

No es verdad que hayas padecido siempre. Tu vida solitaria estuvo iluminada y confortada con la poesía. No te bastó aceptar en silencio el dolor del mundo y buscaste en el canto tu redención. Fue para ti alegría proclamar el universal sufrir, encontraste tu bien en el descubrimiento del mal, gozaste en el éxtasis de tu orgullo cuando expresaste en los versos tu desdeñosa y altiva desesperación. Tu palabra, pues, no fue sincera, tus declamaciones fueron dictadas más bien por la vanidad que por la tristeza.

Si el mundo te parecía oscuro hubieras debido con tus fuerzas poner en él un hilo de luz, si los hombres te parecieron infelices hubieras debido darles consuelo con el amor. De estas culpas habrás de responder a Dios en vez de pedir un imposible aniquilamiento. Tus pensamientos sobreviven en sus consecuencias y son indestructibles. Y puesto que odiaste, el milagro de la vida será, a despecho tuyo, inmortal.

Escucha también, Señor, en este día supremo, nuestra imploración.

No somos dignos de alzar hasta Ti nuestra voz, pero nuestra indignidad, aun siendo tan grande, no puede superar a Tu piedad infinita.

Escucha también, Señor, la voz de nuestro infinito afán.

Hace milenios y milenios que dura nuestro desesperado exilio.

Hemos hecho sufrir demasiado.

Hemos sufrido demasiado.



Hace demasiado tiempo que estamos separados de Ti, alejados de nuestra patria primera, donde nacimos en el fuego de tu fulgor.

Estamos cansados ya de odiar y de ser odiados.

Estamos cansados de inspirar y de respirar el terror.

Estamos cansados de tentar la inocencia de los hombres y de ser tentados por su perversidad.

Estamos cansados de gemir y de hacer gemir en aquellas tinieblas exteriores donde el mismo llanto es carcajada y nuestra risa no es más que rechinar de dientes en la oscuridad. Vuélvénos al esplendor, Tú que nos creaste para la luz.

Vuélvenos a la felicidad, Tú que nos creaste para la alegría.

Vuélvenos a nuestros hermanos, Tú que nos creaste para el amor.

Vuélvenos a Ti, Tú que nos creaste para Ti.

No por orgullo pecamos, sino sólo por debilidad.

Nos habías hecho demasiado semejantes a Ti en el ardor, pero demasiado diversos de Ti en la voluntad.

No pecamos por soberbia, sino sólo por amor, por amor de Ti, por el frenético deseo de ser más semejantes a Ti, iguales a Ti hasta vivir contigo como iguales y hermanos.

La demencia de un equivocado amor ofuscó nuestros espíritus más que la arrogancia y la soberbia.

Nuestra rebelión fue semejante a la de hijos demasiado amados que sueñan con ser iguales que el Padre.

Pero ¿pudo jamás el Padre ser ofendido por la locura de los hijos alucinados y obstinados?

Y aún no hemos expiado bastante nuestra insensata presunción.

Aunque nuestra perfección está entenebrecida por el golpe espantoso de la vida, todavía recordamos la aurora perenne de las alturas la suavidad de los cantos que conmovían las esferas de los astros.

Tu faz escondida y revelada en su irradiar.

REBELDES

DHARMAKIRTI

Mi vida fue toda pensamiento, pura contemplación del Ser. Mi único pecado, si pecado puede llamarse, fue el no haber sabido resolver y aniquilar un resentimiento que envenenó para siempre mi espíritu.

Fui enemigo del universo, enemigo sin paz de la naturaleza. La existencia del mundo, aunque esté hecho de pequeñeces y de ilusiones, fue para mí un escándalo. Si el cosmos no era más que un torbellino de engañosos fantasmas del que había que liberarse a toda costa para volver a la inmóvil unidad del alma universal ¿por qué había creado Dios este inmenso laberinto de vulgares alucinaciones? Si el verdadero fin del hombre era el retorno al espíritu supremo, a la última realidad inmutable e imperturbable ¿por qué nuestras almas eran arrojadas y exiladas en este humillante engaño, en este confuso y penoso caos de lo inexistente? Hubiese sido más digno de Brahma, pensaba, no arrancar de sí mismo las almas individuales, no separarlas del divino principio, puesto que con él habían de reunirse con tan doloroso trabajo.

La naturaleza, por esto, me causaba horror. Aquellos que se embriagaban en la adoración de la naturaleza, hombres de baja casta, de baja mente, me parecían idiotas que besaran las manos de sus propios verdugos. Aquellos poetas que buscaban con los encantos de las palabras y de las imágenes, aficionar los hombres a las superficies, embellecer y llenar

de flores nuestra fantasmagórica cárcel, me parecían cómplices nefastos, mediadores de servidumbre.

La naturaleza en todos sus aspectos era nuestra enemiga acérrima y yo correspondía con fuerza al odio tenaz e insultante que ella mostraba hacia el género humano. Todo en ella era injuria, insidia, persecución. Se comportaba siempre como si hubiese querido mortificar y exterminar al hombre.

Del cielo que muchos necios admiraban como inaudita maravilla, venían borrascas y tempestades que atemorizaban y trastornaban la vida de los vivientes, cataratas y aluviones que hacían desbordarse a los ríos e inundar los campos, torbellinos y tifones que encrespaban los mares llevando la destrucción y la muerte, nieves que se amontonaban en las alturas, de modo que hacían inhabitable e infecunda gran parte del planeta, rayos que incendiaban y mataban, espantosos meteoros de toda clase. El mismo sol era a veces homicida. Las casas y las ciudades eran sepultadas por el fuego vomitado por los volcanes o tragadas por los terremotos o destrozadas por los oleajes y por los ciclones. La tierra amenazaba nuestra vida con los abismos y las hendiduras, con los miasmas mortíferos de las lagunas, con la furia de las avalanchas y de las riadas.

La vegetación exuberante ponía barricadas y barreras a la obra del hombre, se defendía con espinas y venenos, mataba con las exhalaciones de su follaje.

La jungla con su enredo monstruoso poblado de monstruos era asechanza, agresión y traición. Las grandes fieras asaltaban al hombre y se saciaban con sus carnes; las pequeñas e invisibles chupaban su sangre, corrompían sus entrañas, devoraban sus cosechas. De lo alto se precipitaban cóndores, buitres y vampiros; en las aguas se ocultaban escualos y caimanes prontos a destrozarnos nuestros cuerpos inermes. Océanos y selvas, lagunas y desiertos obtenían día a día su tributo de víctimas humanas.

Las enfermedades, debidas casi siempre a los alimentos ofrecidos por la naturaleza, nos laceraban y nos consumían; la putrefacción corrompía y deshacía nuestras vísceras antes de que llegase la muerte y de que los despojos pútridos de nuestro cuerpo fuesen definitivamente purificados por el fuego.

Estos eran los beneficios y dones de aquella naturaleza que los insensatos llamaban madre y los indulgentes denominaban madrastra. Era, por el contrario, un demonio de mil caras todas burlonas y malvadas, un poder maléfico que flagelaba y martillaba sin piedad. Nos alimentaba, sí, pero su maldito alimento nos veíamos obligados a pagarlo a precio de sangre, de sudor, de penas y de tiempo, a recogerlo con peligró, a masticarlo con vergüenza, a defecarlo con repugnancia. Sólo el pensamiento hacía soportable nuestra reclusión en el

infierno de la naturaleza, pero el pensamiento mismo era atacado y ofuscado malignamente por ella; los fermentos de sus frutos lo cambiaban en delirio, los gérmenes infectos lo entorpecían y lo apagaban, el cielo mismo, con su bochorno, su bruma o sus tempestades lo debilitaba y le ofendía.

La Naturaleza, y no la imaginaria encarnación del mal, era nuestro Satanás. Yo la maldije y la odié hasta que no pude liberar, con el último suspiro, el átomo de luz espiritual que había en mí.

Consideraron algunos que la naturaleza enemiga era la obra maestra de Dios. Si esto fuese verdad habría blasfemado y odiado a Dios en su obra y tendría ahora el derecho de vengarse. Pero tengo de Dios una idea demasiado elevada para creer que Él haya querido crear aquel horrible teatro de torturas, que fue el mundo, para el hombre. Si el universo no fue más que engaño, y atormentador daño, no pudo provenir del Absoluto, del Perfecto, del único. Dios, en vez de castigarme, dará explicación a todos de este repugnante misterio.

#### ELIEZER BEN MAR

Si es pecado odiar a los enemigos de la fe y de la patria, si es pecado haber creído excesivamente en un salvador que no supo salvar, si es pecado haber puesto la confianza en las armas en vez del poder de Dios, triple fue mi error, triple mi culpa.

Delante del trono del Altísimo depongo las antiguas cargas de mi alma. ¿Cómo podré liberarme de la estepa de la desesperación si Él no extiende hacia mí un dedo de su mano? ¿Cómo podré defenderme contra mí mismo si el Señor no oye mis palabras?

Escucha, Omnipotente, la historia de tu siervo Eliezer hijo de Mar. Apenas Bar Kokheba hubo levantado el estandarte de la rebelión contra los romanos, corrí a su lado y le ofrecí todo, brazos, sangre, voz, alma. Los paganos querían colocar los ídolos de Júpiter y de Venus sobre las ruinas del Templo. César prohibía que los hijos de Israel fuesen circuncidados, la desolación del abominio amenazaba una vez más a nuestro pueblo pisoteado.

¿Podía no creer en Bar Kokheba? Parecía un nuevo Sansón por la fuerza, un nuevo David por el valor, un nuevo Judas Macabeo por la voluntad. El maestro más sabio y venerado de mi tiempo, Rabí Akiba, lo proclama Hijo de la Estrella, lo reconoció verdadero Mesías, se humilló hasta el punto de llevarle las armas antes de la batalla. Había sido discípulo de Akiba y me hice seguidor y soldado de Bar Kokheba. Cada montaña y cada caverna de la Judea se habían convertido, en poco tiempo, en explanada y fortaleza. Y allí se

fulminaba y se asaltaba a los enemigos de modo que en breve tiempo el país fue purgado de la odiosa vista de los gentiles sacrílegos. También yo viví durante largos meses en una cueva, jamás harto de pan y de odio, amenazado por la rabia de los enemigos y la mordedura de las serpientes.

Pero nuestro sacrificio fue vano. Akiba se había equivocado, Dios no estaba con el Hijo de la Estrella. Los ejércitos romanos invadieron nuevamente Judea como arroyos de fuego y no dejaron más que huesos calcinados, piedras humeantes y la maldición de un desierto prohibido. Los hebreos fueron vencidos por doquier, pero no se rindieron jamás. Una inmensa multitud de los nuestros fue exterminada en los combates, otra multitud innumerable fue vendida a vil precio en los mercados de Oriente. Sólo unos cuantos miles podían sobrevivir escondiéndose, como reptiles perseguidos, en grutas y antros, y yo fui uno de éstos. Después de que cayó la última fortaleza y vi, entre las ruinas de Bethar, el gigantesco cadáver de Bar Kokheba, me refugié en una caverna, más hambriento de venganza que de alimento. Y, sin embargo, para no morir, me reduje a devorar las carnes de compañeros de desventuras, muertos de heridas o de inanición. Y allí, en el delirio de la fiebre, de la noche y de la derrota, maldije el nombre de mi cegado maestro, el nombre de mi caudillo vencido y maldije también tu inefable nombre, Señor, porque me parecía que habías abandonado injustamente, como ya otras veces, al pueblo infelícísimo que se había fiado de tus promesas. Pero ¿no era acaso, también esta vez, la justa pena de nuestras infidelidades y de nuestra jactancia? Una noche que había salido de mi caverna para recoger agua fui atacado y destrozado por una manada de chacales enfurecidos por el hambre.

¿Fue aquella muerte castigo de mi blasfemia y de mi odio o, más bien, un signo de tu misericordia que quiso acortar la congoja de mi corazón?

Escucha, Señor, mi defensa, no alejes de Ti mis súplicas. Ten piedad del ardor de esta alma consumida por un amor que sólo sabía exteriorizarse por el odio.

## CLEOMENES

Fui uno de aquellos que la plebe ilustrada llamaba perros, pero si viví a manera de bestia, no fui, entre las bestias, semejante al perro. No quise ni reconocí amo ni jamás se me vio lamer el pie que daba patadas.

Viví como una bestia porque me propuse ser menos esclavo e infeliz que los demás hombres. El hombre era, por su naturaleza, tímido, pútrido, pérfido. Si bárbaro, era un monstruo nefasto; si civilizado, un prisionero hipócrita. Y por muy civilizado que estuviese estaba mucho más encadenado, atormentado y engañado. El hombre era un anfibio tosco y estúpido a mitad de camino entre los dioses y los animales, de manera que le estaba

igualmente vedada la beatitud de las divinidades y la quietud de las bestias. No había en el mundo peor condición que la humana. Cualquiera que tuviese ardor de inteligencia procuraba salir de ella. Intentar todo con tal de no ser ya hombre.

Los caminos eran pocos. Existía la imitación de Dios, imposible a los mortales; la imitación de los muertos que debería comenzar o acabar con el suicidio, y, finalmente, la imitación de los animales seguida por mí después del ejemplo de los cínicos.

No quería continuar siendo hombre, no me agradaba convertirme en cadáver, no podía ser Dios. Única salvación, hacerse semejante, en la sencillez y naturalidad de vida, a las bestias.

La civilización corrompe, la riqueza pudre el alma, la virtud engaña, el pensamiento lima y traiciona. Quien renunciaba a los vencesijos del vivir ordinario, se sustraía a la mordaza del Estado, a la carga de la familia, a las trabas de la riqueza, a las anteojeras de la razón, a los cascabeles del arte, a las riendas de la tradición, al bozal de las leyes, a la fusta de todos los tiranos. Sólo el que aceptaba volver a la espontaneidad e ignorancia de los animales podía esperar ser libre y feliz.

No tuve casa ni techo, pero las copas de los árboles y las cavidades de los antros me protegieron de las flechas del sol y de los esputos de las nubes. No tuve esposa ni hijos, pero más de una mujer me dio la limosna de su cuerpo y fueron mejor que hijos aquellos jóvenes que escucharon y siguieron mis enseñanzas. No tuve vestes lujosas, pero nunca faltó en mis espaldas una capa cualquiera que me protegiese del frío y del pudor ajeno. Recibí en herencia, todavía joven, no pocas tierras, pero vendí todas mis propiedades y el dinero se lo regalé a mis enemigos, para que tuviesen aquellos impedimentos y aquellos daños de los que me alejaba para tener paz y libertad. No llevé alforjas porque no quise parecer mendigo, no llevé bastón porque no quise parecer pastor, no llevé cuchillo ni arma porque no quise que se me creyera asesino. Tuve por lecho la tierra porque de tierra estaba hecho y a ella habría de volver un día; satisfice mis necesidades corporales a la vista de la gente porque si Dios me había sometido a tales necesidades le hubiera ofendido mostrando el avergonzarme de ellas.

Así viví, si no propiamente feliz, por lo menos tranquilo; si no siempre libre, por lo menos no del todo esclavizado, como los más, a los crueles ídolos de las mentes y de los rebaños.

No poseía nada y, por eso, a nada estaba sujeto; no creía en las fantasías del pensamiento y del orgullo, de manera que me salvé de la desilusión y de la desesperación. El pueblo me compadecía y yo tenía piedad de él; los reyes me despreciaban y yo me reía de ellos. La sombra de un fresno, un sorbo de agua pura, el jugo de un fruto, la sonrisa de un

rayo, de una flor, de un niño, el canto de un pájaro, de un pastor, de un torrente, bastaban para mi alegría.

Se dijo que tal sistema de vida estaba manchado de pereza y de soberbia. Pero ¿hubieran soportado los perezosos, como yo hice, las miserias, las renunciaciones y las tentaciones de una vida de perro vagabundo? Y si los hombres ponían la gloria mayor en haber ascendido por encima de los brutos ¿era justo llamar soberbios a los que aceptaban deliberadamente el volver al humilde y bajo estado de nuestros hermanos inferiores?

Me han contado que los más ardientes seguidores del Dios descendido en Judea siguieron en gran parte nuestro ejemplo. También ellos despreciaban el fasto y el fastidio de la riqueza, las comodidades y dulzuras de la vida, el orgullo y la vanidad del saber, los honores y las cargas del Estado. Muchos vagaban de tierra en tierra, cubiertos sólo de llagas y de andrajos; otros se escondían en cortaduras salvajes casi imitadores y hermanos de las fieras, soportando el hambre del pan y de la justicia, la sed del agua y de Dios.

Si son verdaderas estas cosas, no temo por mí, pues supe representar en mi vida, antes de su venida, algún presentimiento o fulgor de la enseñanza de Cristo.

## WOLFART

Mi vida fue intoxicada y destrozada por el pensamiento del mal. No del mal que hice o hubiera querido hacer, sino del gran mal universal que rebosaba y se desbordaba en los hombres y turbaba mi mente y oprimía mi corazón y amenazaba mi propia fe en Dios y en la Redención.

Me parecía que el pecado se multiplicaba cada día más en la tierra y se encarnaba cada vez más en el hombre haciéndose constantemente más refinado y desvergonzado.

Me parecía que los pecadores crecían cada vez más en número y en insolencia y que el pecado se contagiaba cada vez más a todos los pueblos, a todas las clases, como pestilencia sin remedio ni amparo.

Me parecía que la vida del mundo, en mi tiempo, con sus facilidades y sus tentaciones, entregaba la mayor parte de los mortales a las cárceles del pecado.

Me parecía que por doquier crecían las multitudes de los mentirosos, de los

defraudadores, de los calumniadores, de los fornicarios, de los simuladores, de los negadores del bien y de Dios. Me parecía que la avidez de haberes y de placeres había reducido toda la tierra a una pocilga sin salida, a una red de cloacas, a una pútrida reserva de Satanás. En los hombres no veía más que hocicos babosos, corazones purulentos, entrañas de suciedad. Lo espantoso del mal llegaba a inspirarme el horror y el terror de mis semejantes, de mis hermanos. Todo hombre no era, a mis ojos, más que un vaso y un vehículo de corrupción.

Todos los pecados, según me parecía, triunfaban en aquel siglo, pero especialmente la soberbia con su leonina ferocidad, la pereza con su ovejuna vileza, la lujuria con su simiesca impudicia.

Sufría diariamente con aquel fétido aluvión del mal, no me dejaba en paz el pensamiento de su creciente poder y, sobre todo, de la impotencia de aquellos que débilmente intentaban rechazarlo y vencerlo.

Y pensaba en mi interior: ¿por qué Dios permite este crecimiento y este pulular del mal que es un insulto a su creación y a su ley? ¿No vino, acaso, el mismo Hijo de Dios para volver a los hombres a la pureza, para enseñar la guerra contra los malos pensamientos, para quitar los pecados del mundo?

¿Y por qué, entonces, el mal, después de su venida, se ha extendido aún más por la tierra y los hombres se muestran más portadores y víctimas del pecado que antes?

Y entonces nacían en mí pensamientos envenenados, dudas heladoras.

¿Por qué Dios creó al hombre puesto que en su omnividencia sabía que los más serían presa y víctimas del mal? ¿Acaso el sacrificio de Dios en la tierra ha sido vano o, peor todavía, ha hecho a los hombres aún más flacos y pasivos ante las fascinaciones del pecado?

Pero sí esto fuera verdad, Dios hubiera sido más malvado que Satanás, y Cristo sería, en vez de Redentor, un corruptor de la humanidad. Lo que resulta horrible y, por consiguiente, absurdo. Pero quedan los hechos, los inexplicables, pero insuprimibles hechos. ¿Acaso Dios no tiene otro lugar que el del ateísmo? Y mi fe, en aquellos cotidianos disgustos, titubeaba, vacilaba, a veces se apagaba.

Me esforzaba por no pecar, pero el espectáculo de los pecados ajenos me consumía, me confundía, me aterraba. La oración misma, en las horas de mayor oscuridad, me hacía el efecto de un aliento que se elevase en vano hacia la nada. Veía la creación como una



emboscada, la redención como un fracaso.

Tenaz era mi fe y obstinadamente me agarraba a ella, como el que va a morir lo hace al último vástago del barranco donde sus huesos se despedazarán. Pero hubo en mí momentos de extravío y de negación y temo que Dios no pueda perdonarme por no haber creído siempre en Él y por no haber sabido vencer, por su amor, la repugnancia hacia mis hermanos.

## ÁNGEL

Demasiado fijo en las culpas de los hombres no miraste bastante las palabras de Dios.

Cristo nunca prometió quitar los pecados del mundo; sí, el tomarlos sobre Él, esto es, asumir la carga por vuestro amor, pagarlos con su sangre. Pero varias veces anunció que hasta el fin del mundo habría en la tierra infelices y pecadores, desventuras y culpas. No tenías, pues, ningún derecho a pensar en un fracaso de la Redención.

El pecado era efecto, en el hombre, de la libertad. Dios otorgó al hombre el don más sublime que pudiera concederle, la libertad. Y esta era, como todos los mayores bienes, un peligro también, un riesgo: cuanto mayor la altura, tanto más fácil y terrible la caída. Si Dios no le hubiese concedido la libertad el hombre no hubiera sido otra cosa que un autómatas, sin luz y sin mérito. Pero el hombre se sirvió de la libertad, desde los primeros días, para escoger el mal en vez del bien, y la voluntad debilitada por las primeras caídas se inclinó más al pecado que a la renuncia.

Cada generación tenía que comenzar resueltamente la guerra contra el mal porque cada hombre nacía dispuesto a nuevas caídas. El modo más santo de afrontar el pecado no era el temblor ni el escarnio, sino la caridad. Si hubieses amado a todos, aun a los pecadores, como Cristo dio el ejemplo, el pecado mismo te hubiera parecido menos pavoroso, y más bien, alrededor tuyo, por lo menos, su virulencia se hubiera debilitado. Tu deber no era sólo odiar el pecado, sino en cuanto de ti dependía, comprenderlo y disminuirlo. Era demasiado fácil detestar los pecados; más difícil y más heroico socorrer y salvar a los pecadores.

El pecado era el tributo puesto, por necesidad, sobre la misma grandeza del hombre.

La palabra de Cristo en el huerto era terrible, pero clara: el espíritu está pronto, pero la carne es débil.

El deber de los hombres era, por lo tanto, hacer que la carne llegase a ser también espíritu, esto es, fuerte. Haber omitido esta obra de cumplimiento de la Redención fue el verdadero pecado contra el espíritu, el pecado irremisible, tu pecado.

DAURYLL

Estoy delante de ti porque no puedo huir ni morir. Pero no creas que yo quiera defenderme e invocar perdón, como tantos pobres de espíritu y de fuerza hacen aquí.

Yo no reconozco a Dios el derecho a juzgarme. No puedo y no quiero reconocirme responsable delante de Él. Quien no es responsable no tuvo culpa ni méritos, no puede ser premiado ni castigado, mucho menos por Aquel que lo creó.

Yo no pedí a nadie el peligroso privilegio de vivir. Los mismos intérpretes autorizados de los decretos de Dios siempre han reconocido que el hombre no fue su propio autor ni factor. La naturaleza de cada hombre le fue dada e impuesta y cada hombre hubo de obrar según los instintos y los modos de su propia naturaleza. La interna ley de la animalidad y de la herencia, de la carne y de la sangre me llevó a hacer lo que hice, a vivir como viví. Y, por lo tanto, no tengo obligación de justificarme de ningún pecado. Si soy condenado sabré una vez más cuán injusta es la justicia divina.

ÁNGEL

El terror de ser juzgado te hace gruñir y ladrar antes de reflexionar. En tu temor olvidas la verdad que desmiente tu furiosa protesta. Dios quiso hacer semejante a Sí a los hombres concediéndoles el mayor de los dones: la libertad de querer. Y puesto que fueron libres no pueden sustraerse al juicio,

DAURYLL

¡Jamás hubiera pensado que los ángeles se deleitasen con sofismas y en esta hora, en este lugar! ¿Crees tú que hablas con uno de estos débiles pobres de intelecto, a los que deslumbra tu esplendor y se acercan temblorosos y gimientes y aúllan perdón como canes azotados a los pies del amo?

¿Qué don fue el de la libertad? Cuando la libertad no está acompañada por una fuerza

interior e iluminada por una inteligencia segura no es don sino veneno, obstáculo y peligro mortal.

Lo que importa es la substancia originaria y la materia de que está hecho el que ha de escoger libremente. Si Dios hizo a los hombres de tal materia y de tal índole que —como testifican milenios de historia del género humano— era invenciblemente llevado a escoger lo que el decálogo llama mal, en vez del bien, ¿de quién es la culpa, de quién la responsabilidad? ¿De la estatua o del escultor? Si doy libertad a un niño que no prevé los efectos de la glotonería, los peligros del fuego y está amasado de curiosidad, de sensualidad y de crueldad, ¿qué uso podrá hacer de la libertad que le fue concedida? La esclavitud le hubiera salvado, la libertad le empuja ineluctablemente a la muerte.

¿Y los hombres no eran todos, acaso, niños, impulsos y pensamientos de locos en cuerpos de sangre ardiente y de nervios frágiles? Aunque las elecciones fueran a veces libres, ¿qué podían escoger sino lo que satisfacía lo útil y el placer, fuera bueno o malo? ¿Por qué luz superior podían ser guiados? ¿Acaso por las religiones que todas se combatían y se contradecían? ¿Quizá por las morales de los filósofos que no parecieron a los más otra cosa sino pálidas fórmulas y gélidas normas enemigas de la vida?

En los hombres dominaban y siempre dominaron los estímulos invencibles de los sentidos, los impulsos de las pasiones, los caprichos de la fantasía. En contra no había más que el vacilante resplandor de la razón, nacida de las necesidades de la práctica, pronta a justificar las desganadas y las resistencias del interés y del placer. Si el querer fue de veras libre, y muchos dudaron de ello, fue para el hombre trampa y riesgo, razón de caída y de muerte. Fantasea o insulta quien lo llama don como haces tú.

¿Y qué vas diciendo que en la libertad fuimos creados semejantes a Dios? ¿Estás cierto de que el mismo Dios sea libre?

¿Acaso Dios es libre de suprimir y destruir lo que una vez creó? Si pudiera hacerlo querría decir que se arrepiente, es decir, que ha cometido un error, y ya no sería el ser infalible y perfecto.

¿Es quizá Dios libre de sufrir, de llorar, de humillarse como hicieron y hacen los hombres? Si así fuese querría decir que algo le falta o se le quita, que un enemigo puede ofenderlo o herirlo. No sería, por esto, el ser omnipotente que proclaman y alaban todas las iglesias.

¿Es acaso libre Dios de contradecirse y de airarse, de hacer que no haya sucedido lo

que una vez sucedió, que se ha impreso en el tiempo, de hacer que lo justo se convierta en injusto y que lo injusto se cambie en justo?

Y si Dios mismo no es libre en todo, ¿cómo podía ser libre el hombre? Y aunque el hombre fuese libre, ¿podía usar de su libertad en modo distinto de aquel al que lo inclinaba la arcilla con la que el mismo Dios, y sólo Dios, lo había modelado?

Te repito, por lo tanto, que no me siento responsable hacia Él ni hacia ningún otro ser superior o inferior a mí. Jamás confesaré lo que vosotros llamáis culpas, nunca descenderé vilmente a excusar o paliar aquellos actos naturales de mi vida que los esbirros de la palabra llamaban pecados. Si esto no obstante tu Dios quiere darme el tormento, mío será el rechinar de dientes, pero enteramente suya la vergüenza.

## LILBURNE

Yo no tengo pecados que confesar a Dios, sino ofensas que echar en cara a los poderosos de la tierra. Todos, siervos del Rey y enemigos del Rey, mercenarios de la Iglesia y adversarios de la Iglesia, hombres de ley y hombres de espada, señores de castillo y borrachos de taberna, me persiguieron de mil modos. Mi vida fue una odisea de suplicios como la de Pablo.

Mi delito capital a los ojos de los perseguidores envidiosos y estúpidos era el de querer restablecer entre los hombres la absoluta igualdad querida por Dios. Los hombres eran todos hijos de un solo Padre, descendían todos de un solo antepasado, tenían todos una sola y única patria: la tierra. Iguales las formas de la persona y las necesidades del alma; única la divina ley a la que hubieran debido obedecer; igual, al fin, su destino. ¿Por qué, pues, todas aquellas divisiones y distinciones que por la malicia de los prevaricadores habían quebrantado la unidad del género humano? ¿Por qué había hombres que mandaban y hombres que tenían que obedecer, hombres que podían matar y hombres obligados a dejarse matar? ¿Por qué hombres que pretendían ser intérpretes y delegados de Dios y hombres que tenían que inclinarse y someterse a ellos? ¿Por qué hombres que se regalaban en la abundancia y hombres que carecen aún de lo necesario? ¿Por qué hombres que consumían su vida en el ocio y otros que la consumían en el trabajo? ¿Por qué eran glorificados los que roban una provincia y ahorcados los que roban un escudo?

Yo quería que fuese restaurada la igualdad absoluta en las sociedades humanas y por esto fui llamado el jefe de los niveladores. Las diferencias naturales, pensaba, no cuentan frente al ideal de la felicidad común. El que tenía más ingenio hubiera debido emplearlo para hacer a sus hermanos menos mediocres; quien había recibido más también debía dar más. No sólo había que renunciar a las riquezas si el Cristianismo había de ser efectivamente

establecido en la tierra.

Pero todas las revoluciones antiguas y modernas religiones y políticas no fueron más que hipócritas comedias representadas con sangre. Nunca se pensó en el verdadero pueblo, en los mínimos, en los ínfimos, en los últimos, en aquellos que injustamente son hollados y expoliados. Fueron siempre movimientos de minorías para apoderarse del poder, no otra cosa. Yo sólo quería igualdad y felicidad para todos.

Este sueño fue mi delito y por este delito fui condenado por los jueces del Rey, por los jueces del Ejército, por los jueces del Parlamento, por los jueces del Dictador. Fui arrastrado, en pocos años, a todos los tribunales de Inglaterra, fui encerrado en todas las prisiones, conocí los caminos del exilio. Fui sacado a la vergüenza pública, azotado en las plazas, herido por los esbirros, escupido por la plebe, encadenado como un malhechor.

Ahora que, al fin, por voluntad divina están todos los hombres nivelados por la muerte y por la resurrección, no pido recompensa por mi martirio, pido solamente que la última verdad sea mostrada a los más reacios y que mis perseguidores sean cogidos por la justicia de Dios.

## BRUNOY

Si la promesa se mantiene, si aquellos que padecieron hambre y sed de justicia serán consolados, yo seré, por fin, saciado en mi hambre y mi sed, porque sufrí aquéllas todos los días mientras viví en la tierra. Vi siempre llamar justicia a la cruel imposición de los poderosos o a la salvaje venganza de los débiles.

Nací bajo el carcomido cetro de los últimos reyes. La justicia estaba en manos de magistrados que compraban sus cargos para poder vender las sentencias. Por el hurto de un pan de tres libras se molían las carnes de un pobre; por el capricho de una amante regia se mandaba para que se pudriese en la Bastilla a un inocente.

Desde mi juventud aquellas monstruosidades y perversidades hirieron mi innato sentido de lo justo, tanto que acogí con alegría el furor regocijado de la revolución. Mi júbilo se cambió pronto en horror. La plebe, para vengarse de los pasados abusos y suplicios, no sabía encontrar nada mejor que imitarlos, engrandecerlos y multiplicarlos. Los verdugos se convirtieron en víctimas, las víctimas se hicieron de improviso verdugos, pero el abominio de la injusticia triunfó más que antes. Se habían invertido los papeles y enarbolado nuevas palabras, pero la sangre corría más copiosa que antes. Cabezas de culpables y de inocentes eran ensartadas en las picas; se asesinaba a los encarcelados en las prisiones; la hez de los

descamisados le ganaba la mano a las autoridades; los procesos se reducían a juicios sumarios donde las sentencias en vez de ser dictadas por las leyes lo eran por el rencor, por la ira, por la bestialidad pedantesca y retórica.

Para evitar el oprobio y el peligro me refugié en provincias e intenté unirme a los insurrectos bretones que combatían contra los sanguinarios jacobinos. Nueva desilusión y nueva exasperación. También los Vandeanos, aunque sublevados en nombre de Dios y del Rey, no eran más que fieras desenjauladas, prontas y dispuestas a todas las barbaridades de la guerra civil. Asesinaban en nombre de la fe a los que asesinaban en nombre de la libertad: unas y otras manos chorreaban igualmente de rojo.

Vino el Imperio. Se aplacó la carnicería política, pero volvió, cogí nombre imperial, el arbitrio regio. Una policía persecuidora y una magistratura aduladora renovaron los fastos de la injusticia legal.

También cayó el Imperio. Volvieron los antiguos príncipes, los antiguos señores, los antiguos ordenamientos y pensamientos. No volvió la justicia y no podía volver porque nadie, desde hacía siglos, la había conocido más que en las páginas de libros no leídos y en los corazones de los solitarios no escuchados. Al terror rojo le siguió el terror blanco, más astuto y no menos injusto. Hubo, por cuarta vez, una inversión de las partes y un cambio de enseñas. Pero los pobres fueron igualmente oprimidos, los inermes igualmente torturados, los amos de ayer expulsados y escupidos por los amos retornados.

Llegué a la vejez con aquella misma ávida y vana nostalgia de justicia que había envenenado mi juventud. En todo momento, con la monarquía y con la república, con la revolución y con la reacción, con el rey por derecho divino, con el dictador por derecho de plaza, con el emperador por derecho de espada, había asistido a un mismo y único espectáculo: el abuso del poder, la impunidad del asesinato, el robo llamado confiscación, la venganza bautizada expiación, los perseguidos improvisarse perseguidores, los regicidas hacerse instrumentos de la tiranía de nuevos tiranos. Canalla titulada, canalla descamisada, canalla rústica, canalla policíaca, canalla bandidesca, pero siempre, dondequiera y por todas partes, canalla y nada más que canalla.

Como adoraba a Dios y creía en el Evangelio mi estupor y mi terror fueron indecibles y a, veces insufribles. Pero no tuve dudas: el Sermón de la Montaña no puede mentir, la hora de la recompensa se avecina. Mi boca está siempre seca por aquella sed, mi boca está siempre amarga por aquella hambre. Pero el Hijo de Dios mantendrá la promesa solemnemente hecha por el Hijo del Hombre.

RUBIÓ

Mi vida fue envenenada y destruida por un generoso error. Por haber soñado libertad y felicidad en la paz fui llevado a derramar sangre y acabar destrozado.

Nací pobre, de familia perseguida, tuve corazón de rebelde y cabeza de fanático. Las injusticias y las infamias que descubría alrededor de mí, adolescente, y que yo también padecía, hicieron de mí un anarquista.

En mi imaginación juvenil tuve fe en que todos los hombres se harían buenos y felices en cuanto desaparecieran los poderosos. El amo, el sacerdote, el soldado, el ministro, el rey, el juez, eran para mí los únicos responsables de la miseria humana y del mal. Quitada toda forma de servidumbre tenía que resurgir, por fuerza, toda virtud. El hombre, en definitiva, había nacido bueno y esta bondad se perdía únicamente por el ejercicio de cualquier poder. Códigos, cetros y ejércitos eran los enemigos de la inocencia humana, de la humana felicidad.

Veo ahora los sofismas que ilusionaban mi espíritu embriagado. Si los hombres hubieran sido verdaderamente buenos, ¿para qué habrían sido necesarias, en un determinado momento, leyes y dictaduras y monarquías? Y si unos pocos bellacos salteadores se habían apoderado del poder, ¿cómo las víctimas, es decir, los más, no habían logrado en tantos siglos liberarse de ellos, sino que, por el contrario, habían aceptado y servido todas las formas de tiranía?

No lograba ver que en todos los hombres, en el alto y el bajo, hay instintos" feroces y bestiales que llevarían a matanzas cotidianas y al abuso de los violentos si no hubiese domadores armados y amenaza de castigos. No sabía comprender que los Estados, aun con los abusos y vejaciones, eran un mal menor, una severa necesidad. Hubiera sido necesario que todos los hombres fuesen honestos, fraternos, amorosos, semejantes a los santos, parecidos a los ángeles, y no unos pocos, sino todos. La esclavitud era el duro castigo infligido a los hombres por la culpa de no ser humanos.

Si yo hubiese mirado mejor la historia y a mis semejantes vivos, me hubiera dado cuenta de que también entre los humildes y oprimidos había gérmenes de maldad que sólo la impotencia y el temor ahogaban. Me hubiera dado cuenta de que el esclavo de ayer, hecho libre o dueño, adquiriría poco a poco, o de improviso, aquellas actitudes y aquellos pensamientos que hacían odiables a los poderosos. Hubiera advertido, por el contrario, que también entre los grandes de la tierra florecían a veces generosos afectos que los hacían más nobles y más infelices que aquellos que les estaban sujetos.

Pero todas estas dolorosas verdades, en aquel tiempo, no las veía ni las sabía. Creía

amar a los hombres y por eso quería suprimir a todos los que se oponían a su felicidad: monarcas y presidentes de república, generales o emperatrices.

Para devolver a los hombres la inocencia primera me hice homicida. Para dar a mis hermanos la antigua bondad quise ser cruel como una fiera. Para castigar a los que habían usurpado el bien común me hice ladrón y saqueador. Y para reconquistarles a todos la divina libertad del yo, acepté obedecer ciegamente a jefes despóticos e inflexibles.

Un primer atentado en mi patria me obligó a ocultarme y a huir. Fui condenado a muerte en rebeldía. Cambié continuamente vestido, nombre, aspecto, oficio y país. Fui perseguido por todas las policías de Europa y de América, pero logré durante largos años permanecer libre. Maté en aquel tiempo a hombres y mujeres, soberanos y traidores, inocentes y desconocidos, pero no tuve jamás ningún remordimiento.

El deseo de ver de nuevo a una mujer amada en mi juventud rae llevó a la patria; allí fui traicionado, detenido y ajusticiado.

Los buenos vieron en mí un monstruo; mis compañeros de fe, un héroe. Creo que no fui ni lo uno ni lo otro, sino sólo un infeliz de mente débil a quien un gran amor llevó a la rebelión y un Cándido sofisma al delito. A Cristo, que sentí siempre en mi corazón ateo, le confío mi causa.

## CORO DE LOS DERROTADOS

Somos los perdidosos y los perdidos, los fracasados, los que se rindieron, los vencidos. Reyes destronados, pretendientes fallidos, capitanes victoriosos muertos en el campo o en el patíbulo, conquistadores acabados en el exilio o en la cárcel, conspiradores o insurrectos extinguidos por el hierro o por el plomo, descubridores ignorados, poetas escarnecidos y olvidados, profetas inermes y traicionados, ministros caídos en desgracia, señores venidos a la miseria, filósofos que no lograron ni la verdad ni la fama, magos sin poderes, ascetas descaminados por el demonio.

Cada uno de nosotros tuvo, en el primer mediodía de la vida, un altísimo sueño, una visión de victoria.

Pero cada uno de nosotros se despertó del sueño, humillado por la derrota, entregado a muerte oscura o infame.



Menos infelices, entre nosotros, los que ni siquiera una vez bebieron el fuerte vino de la victoria; más infelices, entre todos nosotros, los que cayeron de improviso desde lo alto del arco de la fortuna.

Pero todos masticamos los mendrugos envenenados de la derrota, todos saboreamos el agror del abandono, el desconsuelo de la soledad, la amargura del injusto destino.

Y cada uno de nosotros acusó la envidia de los dioses y de los hombres, el capricho vil de la fortuna, la ignorancia y la malevolencia de los subordinados y de los próximos, la malignidad y el engaño de los enemigos, la sordera y la pereza de la plebe, la traición, la casualidad, la suerte.

Pero ahora que el antiguo velo se ha deshecho a la luz negra de la muerte sólo ahora sabemos que el hombre no puede ser vencido más que por sí mismo que nuestra protervia, nuestra demencia, nuestra presunción, nuestra ceguera e imbecilidad fueron las causas únicas y verdaderas de las voluntades abortadas, de los sueños oscurecidos, de todas nuestras caídas y desgracias.

Pero la muerte después de haber descubierto nuestras culpas ha aportado, inmediatamente, el supremo consuelo.

Ahora que la pequeña tierra ha retornado a su nada; ahora que todos los mortales han muerto para hacerse inmortales; ahora que toda suerte es registrada, toda victoria anulada, toda existencia detenida y acabada; ahora que la historia de los hombres está sellada por el sello de Dios, nosotros, los derrotados, vemos que todos, al fin, fueron derrotados, nosotros, los vencidos, hallamos que nadie, en verdad, fue en todo y hasta el fin victorioso, nosotros, los caídos, sabemos con irrefutable certeza que aun los más grandes, invisiblemente, cayeron, que toda victoria fue alucinación, todo triunfo una mascarada de los que iban a morir, que toda apoteosis no fue más que un ritual de espectros, que todo esposo o amante de la gloria tuvo, al fin, el destino de Ícaro y de Dédalo y que el camino de los hombres fue de precipicio en abismo. Y por esto no te pedimos, Señor de Justicia, ningún resarcimiento, ninguna indemnización, ninguna propina de compensación.

Pedimos sólo lo que a nadie, victorioso o vencido, puedes negar: la sonrisa de tu paterna misericordia.

DESCONTENTOS

## WENISBARKAR

¿Cómo puedo hablar de los hechos de mi alma si nunca supe dónde estuve y cuál fuese aquel yo verdadero que debería responder de mi vida?

Lo mismo que todos los hombres, no fui más que el teatro provisional y mal iluminado donde muchos actores, marionetas o espectros representaron un confuso y largo drama de triste fin. No he conocido jamás al autor que tiene, según decían, mil nombres y seudónimos. Ne he visto jamás la cara al director de escena responsable de aquellos mediocres enredos, de aquellos golpes teatrales, de aquellos lúgubres intermedios, de aquellas mezquinas catástrofes que formaron la comitragedia de mi vida. Vi un gran rodar de mariposas, de asteroides; pero ¿dónde estaba la luz, dónde estaba el sol?

Mi maestro, que fue Sakia Muni, llamado Buda, enseñaba que el del hombre no existe, que éste es, como todo lo demás, un fantasma forjado por utilidad verbal. La experiencia me enseñó que el maestro tenía razón.

¿Dónde estaba el yo en mi infancia? Tenía que obrar forzosamente según los mandatos de mi familia, tenía que pensar por fuerza según- las enseñanzas de mis maestros. ¿De qué actos tenía que dar cuenta a Dios? ¿De los que realizaba sin quererlos libremente o de los que hubiera deseado hacer pero que se quedaron en vagas imaginaciones?

Vino la juventud con sus enfermedades de crecimiento que llamaban pasiones: pasión de la mujer, de la lucha, de la gloria. Pero ¿qué eran aquellos ímpetus de la sangre y del instinto sino enajenaciones pasajeras, en las que el hombre estaba totalmente fuera de sí, y como poseído y llevado y arrastrado por fuerzas imperiosas y casi exteriores, por ciegos amos que habían entrado en él como demonios?

Sucedía alguna vez que estas fuerzas oscuras de la carne y de la sangre eran censuradas y echadas atrás. Pero nunca advertí que el represor fuese eso que llaman yo. Eran las tradiciones de los mayores los preceptos de la casta, las convenciones de la costumbre y del mito social, las reglas del ritual ciudadano o patricio, los influjos tenaces del hábito, los estímulos del ejemplo ajeno, los imperativos y las prohibiciones de la religión, las amenazas aritméticas y de la ley escrita.

Eran los adversarios que luchaban dentro de mí quienes decidían según la suerte de la pelea, lo que debía hacer o no hacer. Ningún pensamiento podía llamar honradamente mío, ninguno de mis actos me pertenecía. Todos, desde Brahma al último de mis servidores, me

guiaban, me sostenían, me invadían, me obligaban. Todos, menos aquella entidad misteriosa, aquel centro imaginario del yo que tantos hombres se imaginaban poseer y reconocer.

Más que los vivos me podían los muertos. En cada uno de nosotros, detrás de cada una de las bambalinas de nuestro fluyente e inconexo escenario, hay anidado un muerto, uno de nuestros antiguos y nunca conocidos muertos, los insuprimibles antepasados que se obstinan en sobrevivir en los descendientes vivos. En determinado momento sentía revivir en mí la irrefrenada libidine de un bisabuelo, o el supersticioso temor de la madre de mi madre, o el frenesí ascético de un remoto progenitor, o la colérica melancolía del abuelo paterno. Esta tribu de antecesores estaba en acecho dentro de mí, pronta a conversar, a prohibir, a rebelarse, a adueñarse. ¿Quién podía distinguir en aquel interior y afanoso tumulto la voz del huésped de la voz del intruso?

Yo no la he reconocido jamás. Nada hubo en mi vida que yo pueda aceptar y asumir plenamente en mi nombre. ¿Y por qué he de rendir, por lo tanto, cuenta de un enmarañado amontonarse de acontecimientos que no preví ni quise, que en verdad no me pertenecen?

Mi vida fue como un continuo hacerse y deshacerse de vapores en gotas cambiantes que no lograron nunca congregarse en una nube, quedarse en un arco iris, licuarse en el cristal de una copa. Aquel misterioso lujo de sensaciones y pasiones efímeras que fue llamado, por comodidad de lenguaje, *Wenisbarkar*, no ha sido nunca un yo, y, por eso, rechaza cualquier responsabilidad. La palabra culpa no tiene sentido alguno ni para mí ni para los demás. Al Dios que quiso vestirme con este nuevo hábito de la vida sólo le pido, de una vez para siempre, que me disuelva.

## SARDONIO

No sé qué haya cometido pecado contra los vivientes porque siempre los he huido. Temo, por el contrario, haber ofendido en algún momento de despechado cansancio a los muertos que se me daban en custodia. Fui sepulturero en el cementerio de un extenso poblado y a mí sólo estaba confiada la guarda de la pequeña ciudad solitaria y silenciosa donde se trasladaban uno a uno, y para siempre, los habitantes del burgo.

Estaba solo porque nunca había querido mujer ni ayudante. Y quizás aquella vocación nació del poderoso deseo de soledad que había sentido en mí desde la infancia, Reflexionando ahora sobre la singularidad de mi naturaleza y sobre el color de mi vida, tengo la sospecha de que hubiese en mí, desde el nacimiento, una instintiva aversión hacia los hombres. Acaso timidez, acaso temor, acaso náusea o locura, no lo sé, pero lo cierto es que siempre esquivé la compañía de los hombres e incluso su vista. No era bastante fuerte para dominarlos, bastante feroz para odiarlos, bastante cristiano para amarlos. Los huía, me sentía

mejor cuando estaba lejos de ellos, cuando no los veía.

Es forzoso que confiese la horrible verdad: no soportaba a los hombres sino cuando eran reducidos a cadáver. No toleraba a los vivos rientes e insolentes; los acogía y los perdonaba cuando se habían convertido en cadáveres taciturnos e inofensivos.

Y cada vez que el sacerdote, seguido de una comitiva más o menos nutrida de parientes y de curiosos, me llevaba uno de aquellos muertos, y yo lo conocía sólo de vista porque todos los vivos venían de cuando en cuando a visitar mi reino, se me ocurría el hecho de murmurar: ¡ También tú has venido por fin!

Tú, que ponías cara triste cuando acompañabas aquí a tus viejos o a tus hermanos y no veías la hora de que acabase todo para irte a casa a engullir la cena y abrazar a tu mujer; también tú, que andabas engreído, sacando la tripa y con la repelente sonrisa de tu dentadura también tú has venido, por fin, aquí, y no charlas ya y no sonrías ya y no saldrás nunca ya de mi recinto, de mi pequeño imperio de mentiras y de huesos.

¿Y con qué celo y aliento descargaba sobre el ataúd las paladas de tierra y con qué amarga alegría volcaba encima el mármol de la lápida? Había en mí, más que la melancolía del sepulturero, la altivez de un carcelero que goza al sentirse el déspota de sus enterrados vivos.

Los habitantes del poblado vecino —viejarrones e infantes, varones y hembras, ricachos y pobretones— acudían todos, uno a uno, a veces en parejas, a mi sombrío dominio. El acompañamiento era más o menos fastuoso, la caja más o menos adornada y pesada, pero para mí, como a los ojos de la muerte, todos eran iguales y los acogía a todos con la misma perversa complacencia. Eran mis compañeros de soledad, mis huéspedes perpetuos y casi, en algún momento, mis amigos. Por la tarde, a la hora del crepúsculo, daba una vuelta por mi jardín fúnebre. La cancela herrumbrosa estaba cerrada, las filas altas y negras de los cipreses aumentaban la sensación de aislamiento del resto del mundo, todos los extraños se habían marchado, nadie, al hacerse de noche, osaba acercarse a aquel campo donde se deshacían tantos seres a los que algunos habían amado. Recorría todos los senderos, repasaba con la mirada las altas paredes de los columbarios, las filas de las cruces, los túmulos herbosos de los anónimos y aquí o allá arrancaba un puñado de hierba crecida entre los mármoles, una flor vistosa, una corona seca y arrugada lo mismo que el corazón al que cubría.

Y a algunos de aquellos muertos les hablaba, especialmente a los que estaban ocultos bajo inscripciones más pomposas y embusteras, y les decía con el pensamiento, y a veces en voz alta, las verdades más agrias que sabía respecto a ellos.

Era inmensamente feliz sintiendo que nadie saldría de mis manos, de mi reino. Mayor contento experimentaba todavía cuando, cada cierto tiempo, tenía que echar por los aires viejas tumbas para hacer sitio a esqueletos vestidos aún, por breve plazo, de pútrida carne. Con mi pico revolvió y golpeaba sin respeto alguno aquellas viejas osamentas, aquellos cráneos desmandibulados, aquellos míseros fragmentos de míseros olvidados. Me ruborizo al confesarlo, pero era aquél uno de los trabajos que consolaban más mi lúgubre vida. Y una tarde también yo fui bajado a una de aquellas fosas para hacer compañía a los que había despreciado e insultado tanto.

Esta repulsión por los vivos y por los muertos fue, creo, mi gran culpa, mi inhumano pero quizás único pecado. Si puedo recibir perdón no lo sé. El guardián de los muertos espera con temblor la sentencia de Aquel que a todos los muertos les restituyó la vida.

## ZORO

Era un pobre mozo de cuadra, sin familia y rechazado por todos, impelido por el temor del hambre fui forzado a aceptar el más repugnante oficio del mundo: el de pocero.

Mis días y mis años más bellos estuvieron todos llenos por el hediondo martirio de transportar carretadas de estiércol humano desde las fétidas fosas de las ciudades hasta los olorosos surcos de los campos.

Mi vida estuvo toda envuelta por aquel hedor y amortiguada por aquella humillación.

Pero de esto no me duelo más de lo justo. Toda criatura tuvo su destino y era también necesario que hubiese hombres consagrados a salvar las bellas metrópolis de la inundación de los excrementos. Había oficios aún más asquerosos, aunque fuesen más buscados y estimados que el mío.

Hubiera debido resignarme, hubiera debido agradecerle a Dios que, en mi inmunda miseria, me ahorraba vergüenzas mayores y que también bacía abrirse y oler sus flores por medio de mí. Por el contrario, lo maldije y con Él maldije a los hombres que me obligaban a aquel asqueroso trabajo y me huían como de un apestado y no tenían piedad de mí.

Y, sin embargo, también yo tenía un alma y también en mí había deseos de pureza, aspiraciones a la belleza y la alegría. En las horas que me dejaba libre mi infame trabajo meditaba y leía. No tenía mujer ni amigos; sólo encontré un poco de consuelo en los libros.

Consolación dolorosa porque ellos me hacían vislumbrar un mundo ideal, superior, donde hombres y mujeres bellas no comen y no defecan, sino que sólo viven en el mediodía de la gloria o bajo los relámpagos de la tragedia, siempre en luz. En algún momento olvidaba todo, me imaginaba que yo era también un hombre verdadero entre los hombres elegidos, pero bastaba un nauseante recuerdo de improviso, el mismo hedor de mi vestido, para recordarme mi triste suerte y volverme a echar en mi re sentimiento, en mi blasfemia.

Nunca supe liberarme de la repugnancia y del odio hacia mis semejantes. Intenté, a veces, rezar, pero fueron palabras sin participación del corazón. No supe aceptar mi suerte dolorosa ni cambiarla. El pan mismo que comía me parecía impregnado de putridez y de humillación.

Dios me pareció injusto y cruel, y por no odiarlo lo negué. Los nombres me parecieron todavía más feroces y me rebelé en nombre de un sueño que, ciertamente, no hubiera hecho desaparecer mi horrible oficio. En el tumulto de una sublevación perdí la vida. De mi alma, más sucia que mis manos, tenga piedad Aquel que en su omnipotencia puede bendecir aun a los malditos.

## SINDANER

Desde el momento en que vine a formar parte del universo, sólo ahora bajo estos nuevos cielos, con esta carne que es mía y también la misma que me cubrió la primera vez, ahora sólo comienzo a sentirme escuchado, a consolar mi memoria.

Porque toda mi vida no fue más que un fatigoso anhelo de sobrepasar. Quemar etapas, pasar más allá del presente y de lo existente, superar la vieja fase, lo demasiado usado, lo demasiado bajo, lo demasiado visto; rehacer, superar, trascender.

El mundo se me mostraba como la ampolla vitrea que tardía en romperse muestra la crisálida que quiere desplegar sus alas impacientes.

Comencé desde joven a sufrir por la primitividad y rudeza del lenguaje. Escribir en aquellos míseros, costrosos y babeantes idiomas era un suplicio. El hombre ya no podía contentarse con aquellos balbuceos de bárbaros apenas desbastados, que, todo lo más, podían servir para el campo, la cuadra, la cocina y la tienda. Anhelaba la creación de una lengua enteramente nueva, translúcida y extraordinaria, que pudiera, por fin, traducir los dictados de los dioses y el rumiar del corazón.

Pero vi pronto que no habría bastado renovar las palabras. El alma misma del hombre era elevada a nuevos registros, metamorfoseada hasta el último laberinto del yo, separada de los filamentos y tegumentos de su origen animal, abastecida de virtudes novísimas, de facultades ultrahumanas, ahora apenas vislumbrables.

Sentía y pensaba que debía comenzar una edad enteramente nueva en la historia del género humano, un estadio tan superior de la civilización humana que era inimaginable. Había, por fin, que desvincularse y redimirse de las edades primitivas y bajas, de la edad de la bestia, de la edad del salvaje, de la edad del infante, de la edad de la mujer, de la edad de la lactancia, de los andadores, de los balbucesos.

A la edad del hierro y de la sangre debía seguir, por fin, después de tantos soeces y locos milenios, la edad del espíritu sobreanimal.

Vivir en medio de los hombres me inspiraba repugnancia, vergüenza, terror, como si hubiese sido un metántropo, descendido de mundos más avanzados y se encontrase viviendo entre criaturas que se le asemejan, pero pavorosamente atrasadas e inferiores. Imagina a una alondra encerrada en una cloaca oscura, viviendo entre escolopendras y tarántulas; o un santo asceta desterrado en un pueblo de caníbales idólatras, o un ángel reducido a vegetar en una cueva de marsupiales o de cuadrumanos. Semejantes a éstas eran mi vida y mi tortura.

El hombre tenía que ser a toda costa como el hombre que a su tiempo había sustituido, penosa y lentamente, al refractario e imperfectible bruto. El hombre de hoy tenía que parecer ante la esplendorosa y triunfante especie de mañana como al hombre de mi tiempo le parecían los gorilas feroces, los gibones vellosos y los babuinos obscenos.

En el mundo humano todo era pequeño, mezquino, hinchado, feo, idiota, innoble, absurdo. Sus creaciones más grandes apenas me parecían esbozos ingenuos y toscos de las futuras obras de su heredero y superador.

Un signo solo de nobleza reconocía en el hombre: sentir de cuando en cuando la propia suciedad y la dura bajeza de la condición humana.

Y soñé un sueño por ninguna criatura soñado. Pensé que se había de llegar, de ascensión en sublimación, a un estado del ser que fuese más allá del espíritu mismo, que fuese para el espíritu humano más puro algo nuevo e irreductible, como era el alma respecto a la vida corpórea, como era la y i da frente a la materia inerte. Como en la piedad había un germen de vida, como en la piedad más simple se podía advertir un comienzo de sensibilidad y en la sensibilidad una larva del espíritu contemplador y racionador, me esforzaba por

descubrir en las formas más sutiles y divinas de la mente, el indicio de un nuevo modo de ser, de existir, de aparecer, de vencer.

Quizás aquel orden excelso que yo buscaba más allá del mismo espíritu tenía un nombre: Dios. Y yo, todavía vivo, intenté participar en la negación de la nada; yo, individuo, en la libertad de lo ilimitado; yo, mortal, en el reino de la inmortalidad; yo, criatura, en el inefable poder del Creador.

Pero la muerte me encontró ayuno, inquieto, desengañado y vencido. Sólo ahora, como te he dicho, comienzo a vivir en el clima que debía ser el mío, a sentirme por encima y por fuera de la hedionda y gusanosa estancia terrena. Y espero y creo que el sueño de mi anhelante y humillante vigilia esté a punto de manifestarse en puntual verdad.

MAURO WISS

ÁNGEL

A los diez años tan sólo te llevó la muerte y te sustrajiste así de toda ocasión de sufrir y de pecar. ¿Fuiste, por lo menos, tú inocente y feliz durante aquel poco tiempo de tu vida?

MAURO WISS

Para mí también llegó demasiado tarde el final. Apenas tuve conciencia y recuerdos conocí, lo mismo que todos, tristezas y culpas. Breves tristezas y leves culpas, como conviene a la edad temprana, pero, sin embargo, capaces de hacer enojosa y casi odiosa la vida.

Tuve inteligencia despierta desde los primeros años y comencé pronto a darme cuenta de la hediondez que me rodeaba. Me di cuenta de la infidelidad de mi madre, del vicio de ano de mis hermanos mayores, de los fingimientos y rapiñas de las criadas de casa, del egoísmo avasallador y ciego de los compañeros de colegio, de la injusticia y de la imbecilidad de los maestros. Todos, con el pretexto de amarme y de guiarme, querían ser mis déspotas, todos trataban de mortificar mis instintos, de apagar la impetuosa verdad de mis sentimientos, de reducir mi alma a sus obligados raíles, a estrechos recintos, a moldes consagrados. De una parte cierto disgusto de la universal suciedad, de otra el sentido penoso de la esclavitud cotidiana, me hicieron en los últimos años de mi vida bastante más triste que alegre.



Por aquella tristeza germinaron los resentimientos, los rencores, los malos pensamientos. Comencé en mi interior a despreciar la debilidad de mi padre y la bestialidad de mi maestro; en algunos momentos me parecía odiar a todos, incluso a mi madre, que se imaginaba haber hecho todo por mí cuando me había besuqueado un par de veces al día, dejando sobre mi rostro fresco y limpio las sucias señales de la saliva y del carmín.

Y yo también distaba de ser perfecto: decía mentiras para defenderme y, asimismo, por simple juego de imaginación; pedía dinero y cosas sin verdadera necesidad, robaba en casa cuantas veces confiaba en la impunidad, comenzaba a tener curiosidades sensuales y casi morbosas; trataba de hacer mal por todos los medios a quien no me agradaba o me fastidiaba; gozaba si conseguía torturar a los animales y seres inferiores a mí.

Pero ésta mi incipiente perversidad no me hacía más indulgente con las culpas ajenas, y si alguna vez me avergonzaba de mí mismo, no por esto me consolaba con las vergüenzas de los mayores que yo.

Los mayores creo que raramente se acordaban bien de lo que ellos mismos habían descubierto y sufrido en su infancia, y creían o fingían creer a los muchachos de mi edad bastante más puros y contentos de lo que en verdad eran. A la experiencia de los años la suplía en nosotros el olfato y la malicia del animal niño. La felicidad y la inocencia de los niños eran, al menos por lo que he visto y entendido, uno de los innumerables mitos de inercia o de protección de los no jóvenes. Y quizás eran sinceros, pues en comparación de las penas y de las culpas de la edad madura, la infancia debía de brillar en la memoria como el tiempo más feliz de la vida.

Pero de los demás poco o nada sé. De mí puedo decir que desde los siete años en adelante me sentí sacrificado y malo y casi me alegro de que Dios me haya liberado tan pronto de un mundo que ya comenzaba a espantarme y a estropearme.

## HOLMAUS

Nací idiota e idiota viví hasta el final, simple de espíritu peor que un infante. No tengo, pues, que responder ante Dios de ningún acto o pensamiento. Si Él quiso que estuviese privado de toda luz intelectual y recorriese la vida a modo de bruto ignaro y no de hombre, no se puede levantar acusación contra mí, no me afectan sus leyes, plena es mi inocencia.

Pero ya que la resurrección me ha restituido aquel bien de la inteligencia que me fue negado en la tierra, no acierto a tragarme de nuevo una pregunta que me sube desde las entrañas y fuerza la barrera de los dientes. ¿Por qué Dios, que infundió en el hombre su

espíritu, que es inteligencia y poder, permitió que nacieran hombres privados de aquel don que los distingue de los animales?

Contemplo ahora con espanto el oscuro vacío de mi alma y no sé encontrar un acuerdo entre aquella injusta miseria y la justicia divina. Viví como a tuestas, semejante a un ciego que a la hora del mediodía no sabe encontrar la puerta de su casa, y ni siquiera al tacto de la caricia reconoce la mano de su madre. Viví como bestia, como un tronco que crece sin echar hojas ni flores y apenas se da cuenta de la llegada de la noche y de la iracundia del cielo. Viví como una oruga caída por casualidad en una cisterna oscura y que es llevada hacia acá o hacia allá al azar por los raros y perezosos movimientos del agua estancada. Nada vi de las bellezas del universo, nada supe de las revelaciones de Dios ni de las doctrinas de los hombres. En vano temblaban para mí en su candor las altas estrellas, pues no sabía distinguirlas de las luciérnagas de los setos. En vano la primavera iluminaba prados, colinas y rostros, pues yo apenas sentía la vuelta de la tibieza algo más que una estatua de piedra en el pórtico de una iglesia. En vano se alzaban para mí las voces de las mujeres y de los niños para cantar la natividad o la resurrección del Salvador, pues llegaban a mi ánimo cerrado y obtuso como cantilenas entre el sueño.

Miraba una rosa y no podía gozar de su color y su fragancia; miraba un libro y no sabía entender su sentido; vagaba por las calles de la ciudad como un huérfano mudo y los viandantes me parecían como sombras misteriosas y pavorosas. Me hablaban y no sabía responder más que palabras sueltas al acaso; me escarnecían y mi risa inocente hacía de bordón a su sonrisa maligna.

¿Por qué permitía Dios el vejamen de una criatura que tenía el aspecto pero no el sentido de hombre? ¿Por qué debía soportar todas las humillaciones y porquerías de la carne sin ser compensado nunca por las satisfacciones del espíritu? ¿Era aquel estado un castigo? Pero si mi alma había salido como las demás del seno mismo del Creador, ¿qué culpa podía haber cometido antes de su nacimiento? ¿Acaso estaba condenado a pagar las culpas, para mí desconocidas, de aquellos que me habían engendrado? Pero ¿todos los demás padres eran inmaculados? ¿Todas las demás madres eran perfectas y puras?

¿Dios me había hecho insensato para liberarme de todo peligro de condenación eterna? ¿Había querido que se realizase en mí la bienaventuranza evangélica que promete el reino de los cielos a los pobres de espíritu? Pero la mía más que pobreza era desolada indigencia y ausencia. ¿Cómo hubiera podido amar a Dios y desear su reino si ni siquiera lograba comprender las palabras que invocaban al Señor, si tampoco podía imaginar en las tinieblas de mi mente desierta que pudiera existir un Creador y Redentor de los hombres? Para mí Dios era el hombre viejo y desconocido que me alargaba con mal humor una escudilla de calducho, que por la noche me echaba de mala manera en mi lecho de andrajos, que me aterraba con sus gritos y me golpeaba con su bastón. Todo mi culto consistía en besar la mano sucia de aquel viejarrón para que me diese una rebanada de pan y me ahorrara palizas.

¿Por qué incomprensible decreto hizo Dios vivir en la tierra a un ser que no fue infeliz sólo porque ni siquiera comprendía su horrible infelicidad? ¿Por qué no tuvo piedad de mi demencia y no cerró para siempre mis ojos todavía antes de que yo los abriese?

Perdona estas preguntas que, quizá, son el último eco de mi antigua imbecilidad. Y Dios, que no puede perdonar a un inocente como yo fui las culpas que no pude cometer, perdona ahora el atrevimiento de mis dudas y responde a mi lamento con la amorosa ilustración de su caridad.

## WILORAIN

Ángel santo, a ti me encomiendo. No me pongas faz severa si alguna vez contravine, pedazucho de carne infecta como fui, los mandamientos de Dios. Hazte cuenta que he sido de aquellos que nacieron chacales y se redujeron, bajo los latigazos del tiempo, a vivir como gatos caseros.

Lo que yo haya padecido en el mundo, en la prensa de la civilización atormentadora y farisaica, sólo Dios puede saberlo; Dios solo lo computará en mi descargo. Imagina un volcán que estuviese forzado a transformarse en linterna y podrás medir mi sufrimiento en todo instante. Cuál fuese mi nativa naturaleza no lo sé decir con una sola palabra: quizá de primitivo, de bárbaro, de bestia de la selva, de criatura natural entre lo angélico y lo demoníaco. El hecho es que yo no podía ni sabía adaptarme a las infinitas convenciones, supersticiones y ficciones que regulaban los actos de los demás seres. Decían ser civilizados; a mí me parecían, por el contrario, esclavos hipócritas e infelices.

Nunca podía hacer lo que el instinto, el deseo y la necesidad demandaban. Por todas partes se alzaba el muro de una ley, el cancel de una norma, la red de una tradición, el cartel de una prohibición.

Me parecía que éstos, mis semejantes, hubieran transformado la tierra en un gran colegio de corrigendos donde estuviesen prohibidas precisamente las cosas más deseables y las acciones más espontáneas.

Encontraba a veces hombres tan aborrecibles y odiosos que con gusto les habría escupido en la cara y hasta les hubiese abofeteado; tan claramente se leía en sus infames rostros la indignidad de existir. Pero no estaba permitido, por lo que afirmaban, llamar feos a los feos, y mucho menos enrojecer a fuerza de bofetadas las caras pálidas y flácidas que no deberían mostrarse a la luz del sol.

Encontraba también a menudo mujeres lozanas, floridas y bien formadas a las que con gusto hubiera llevado conmigo a la espesura de un bosque o a mi cuarto porque me encendían la sangre y hubiera podido aplacarlo sin trabajo. Me dijeron también que esto era gesto de bruto. El honor del hombre, añadían, consiste en sofocar el ansia, o, por lo menos, satisfacerla en secreto, usando palabras mentirosas o dinero sonante.

Hubiera querido decir a todos las verdades estrictas y crudas que me subían a la boca. También la sinceridad era juzgada culpa y villanía. La buena educación quería que se fingiese creer en la inteligencia del idiota, en la blancura de lo negro, en la limpieza de lo sucio. La primera obligación del hombre bien educado consistía en callar, ocultar, negar, arreglar la verdad.

El instinto nativo me hubiera llevado a ofender a quien me ofendía, a perjudicar a quien me perjudicaba. Pero estas legítimas retorsiones, propias de todo ser sano y sencillo, eran consideradas delitos y a menudo castigadas. Corría por doquier la sangre humana, pero sólo los poderosos, los ejércitos, los rebeldes, los tiranos y los verdugos podían derramarla impunemente.

Por todas partes me sentía enredado e impedido. Mi naturaleza sencilla y gallarda, rica de pasiones y de impulsos, estaba continuamente oprimida. La proclamada civilización no era, para mí, más que la perenne mortificación de la libertad, toda una doma y un encadenamiento.

Hasta la saludable comodidad de los miembros era sellada como indecencia e insolencia, como ofensa y vergüenza. Existía un fastidioso código no escrito, pero despiadado, que prescribía actitudes y movimientos permitidos, y condenaba impulsos y escapes prohibidos. Olvida aquellos ritos ridículos, quebrantar aquellas normas de simulado obsequio quería decir que se nos dejaba a un lado como a salvajes y villanos. Vestir a su propio modo, levantar la voz, reírse en la cara de los imbéciles, volver las espaldas a los fastidiosos taciturnos eran infames delitos de lesa conformidad.

Inclinaciones estúpidas, sonrisas falsas, cumplimientos embusteros, maneras y vestidos de gala eran infinitamente más estimados que el ingenio y la virtud. La culpa más soez era tolerada y perdonada con tal de que se salvaran las formas, las conveniencias, las convenciones. El descuido externo era considerado mayor delito que la suciedad del alma.

Traté de penetrar en casa de gente que no conocía, no para robar, sino para interrogar, para saber mejor qué hacían y pensaban mis prójimos. Fui ridiculizado como un mentecato y arrojado como un intruso.

Para no ser apartado o asesinado hube de reprimir, poco a poco, todas mis ganas, disimular mis sentimientos, disfrazar mi índole, renunciar a mis ímpetus más inocentes, renegar a mí misma esencia. Inhumano esfuerzo, inmenso sacrificio. Mi alma no fue más que una cicatriz mal cerrada. Más para vivir en el rebaño tuve que soportar y sufrir el código que ordenaba la doma, poda, castración y mutilación del ser sencillo como Dios lo había hecho y la naturaleza quería.

Mi vida, pues, no fue más que mutilación y coacción; suplicio sin nombre y sin descanso. No me fue posible resultar un modelo bien mutilado y cercenado de civilizado virtuoso, pero a fin de mostrarme un mediocre soportable derroché más fuerzas de las que gastase el mayor santo para hacerse santo. Un jabalí que se cambió en carnero tiene méritos infinitamente mayores que el cordero. Pon tú estos méritos ante los ojos de Dios para que su piedad cancele todas mis deudas por grandes que parezcan a los maestros de la manada.

## CORRARIQ

¿Conoceré, por fin, la acusación siempre suspendida sobre mi cabeza? Mi vida no fue más que remordimiento de una culpa ignorada, defensa contra las imputaciones de jueces invisibles. Todo me fue dado con mano generosa fuera del sentimiento de la inocencia. Fui libre, pero con el continuo temor de usurpar mi libertad. Fui rico, pero con el temblor de quien posee riquezas que no son suyas. Nadie me condenó, pero mi conciencia fue mi perseguidora inexorable. Fui, día tras día, el acusador de mí mismo.

No tenía paz, no me sentía puro ni tranquilo hiciese lo que hiciese. Mis pensamientos me parecían pródromos de pecado, mis actos tenían olor a vergüenza, como delitos fallidos o mal celados. No respiraba en la serenidad de la luz, sino en una calígene opresiva de arrepentimientos y de sospechas.

Sentía pesar sobre mí una responsabilidad oscura, confusa, indefinida, pero mucho más insoportable. Era como un sapo bajo una laguna de fango. Puede uno liberarse, por la fuerza, de una roca compacta, pero ni siquiera un gigante puede desembarazarse de un enredo de fango.

Pensaba largamente cuál pudiera ser la misteriosa culpa que turbaba y ligaba mi alma. ¿Quizás el recuerdo, en mí más obstinadamente vivo que en ningún otro hombre, del pecado original? Pero, en verdad, no acertaba a reconocer en mi tormento los reproches de la primera desobediencia, de la vieja rebelión. ¿Qué había de común entre mí y el desterrado del Edén? No sentía en mis encías el gusto ácido del fruto mordido por la madre de los vivientes. Y, sin embargo, todo goce y todo aspecto de la vida me parecía infracción de una ley, voluntad de

pecado, germen de remordimiento. Lo mismo que el rey de la antigua leyenda transformaba en oro todo lo que tocaban sus manos, así todo se cambiaba para mí en ceniza envenenada.

¿Qué era tomar alimento sino destruir seres vivientes? ¿Ser amados no era acaso un comienzo de angustia y de aflicción? ¿Quién era verdaderamente digno de ser amado? ¿Quién podía responder sin medida y sin fin al amor de otro? Desengaños, traiciones, abandonos, desesperaciones, ¿no eran siempre el acompañamiento de nuestros amores?

Ser rico significaba usurpar la porción de los mendigos. Ser pobre quería decir ser un parásito molesto de los que poseían, una tentación para el robo, el homicidio, la revuelta. La belleza era una injuria a los deformes, la juventud un insulto involuntario a los viejos, la grandeza una afrenta para los mediocres, la fortuna un ultraje a los desesperados, el genio una provocación a los necios.

El simple hecho de existir y de obrar, ¿no llevaba consigo para los prójimos infinitas ocasiones de celos, de envidia, de aversión, de sufrimiento? ¿No había siempre alguien que consideraba ofensa para él nuestra fortuna, cualesquiera que fuese, que sentía como obstáculo o peligro nuestra presencia en la tierra? Una mirada mía podía herir, una palabra mía podía ser causa de llagas y de torturas para las almas, mi alegría una injuria, mi indiferencia un latigazo. Afirmar, crear, combatir quería decir siembra de resentimientos, de rencores, de tristezas homicidas. La misma caridad podía ser fuente de humillaciones inmerecidas, de fermentaciones y putrefacciones en el corazón de los infelices.

No habían, pues, pecados y virtudes. No existían culpas y liberaciones. Todo acto era una culpa. Toda la vida era, por su misma ley y esencia, incentivo de mal y causa de infelicidad, esto es, perpetuo pecado. El verdadero y único delito era el de existir porque el hombre no podía vivir sin dañar a sus hermanos, sin destruir o contristar a los vivientes. Los no nacidos eran los únicos inocentes. Y de aquella culpa sólo se podía huir con la muerte; aquel perenne delito cotidiano sólo podía ser expiado con la muerte. Los grandes y lívidos remolinos de un océano convulso sepultaron para siempre mi persona y mi remordimiento.

Espero ahora la explicación divina de mi suplicio humano. ¿Fui un vulgar enfermo de la mente o fui uno de los muy pocos desgraciadísimos que descubrieron, a sus expensas, el secreto auténtico y espantoso de nuestra vida?

## ELIONDAUS

¿Quieres saber la calidad de mi culpa o la historia de mi infelicidad? Para mí fueron una sola cosa, una carga única. No sé aún si el pecado superó al tormento o si el castigo se

igualó al delito.

De seguro que en mí hubo algo del espíritu de Satanás. Satanás fue el calumniador del mundo; yo, por instinto y costumbre, fui calumniador de los hombres. Desde las primeras insurrecciones de la juventud fui llevado, y casi forzado, a notar en la vida y en la naturaleza únicamente lo que en ellas había de feo, de vil, de sucio, de inferior y de peor. No podía contemplar una extensión de Cándida nieve sin descubrir en ella una negra huella de barro o la mancha de un excremento. No lograba contemplar la belleza de una mujer hermosa sin que se me escapase el vello entre nariz y labio o la prominencia descarada del seno. No podía mirar la majestuosa fachada de una catedral sin que me impresionasen las viejas costras de los mármoles o la destrucción harinosa de las piedras.

Asimismo cuando entraba en las salas suntuosas de un palacio, mi vista, en vez de ser arrebatada por aquellas magnificencias, buscaba con maliciosa diligencia la deshilachadura de una tela, el sombreado untuoso del trono, la raja de un cristal, la vedija de pelusa olvidada en un rincón. Cuando iba a casa de un amigo no me detenía a observar el rostro riante y sano de su hijo o lo florido y airoso de su jardín, sino la señal de un esputo, la mancha de humedad en una pared, el ánfora quebrada o las colillas humeantes en el cenicero.

En las calles más famosas y lujosas de las capitales, más que los nobles edificios o que las tiendas esplendentes de gemas y de luces, atraían mi atención las inmundicias que quedaban junto a las aceras, los rostros ingratos y desolados de los viandantes, las huellas aceitosas dejadas por los automóviles, las palabras sucias escritas en las paredes. Dentro de las casas mi imaginación evocaba las sábanas sudadas de las camas, los malos olores de cocinas y de letrinas, las telarañas de los techos, los cubos de la basura, todas las miserias y todas las porquerías de la convivencia humana.

Pero todo esto no era nada en comparación con la animosidad despreciativa con que consideraba las pasiones y las acciones de los hombres, de los muertos y de los vivos, de los grandes y de los miserables. Fermentaba en mi ánimo como un obstinado rencor contra todo lo que los demás consideraban grande, elevado y admirable. En las obras maestras más celebradas me hería el defecto de las proporciones o los daños debidos a la injuria del tiempo. En la pintura más perfecta no podía apartarme del más leve desconchado, de las más leve sombra que ofendiera la nitidez de los contornos y de los colores.

Cada vez que leía o escuchaba la narración de una vida heroica, de un acto magnánimo, de un sacrificio sublime inspirado por el genio o por la santidad, sentía la necesidad de sospechar o disminuir o manchar aquella vida, aquel acto, aquel sacrificio. Me parecía que toda grandeza fuese un insulto a mi pequeñez, que todo lo puro fuese una condena de mi bajeza, que toda gloria fuese un escarnio de mi oscura miseria. Había en mí una sagacidad verdaderamente satánica para descubrir los motivos innobles de las más

nobles acciones, los orígenes sucios y abyectos de las más alabadas virtudes, las raíces pecaminosas y brutales de aquello que parecía más sobrehumano en el hombre. Descubría únicamente orgullo en la caridad, sólo concupiscencia carnal en el amor, solamente afán de lucro y de renombre en la investigación de lo verdadero y en la creación de lo bello, sólo cálculo de utilidad y de vanidad en la amistad, sólo ansia de mandar y de enriquecerse en aquellos que guiaban a los pueblos y gobernaban a las naciones.

Único gozo enteramente mío, agudo y árido, el de vilipendiar lo que era honrado, rebajar lo que los demás ensalzaban, afejar lo que a los demás parecía limpio, envilecer lo que en la humanidad era considerado menos vil, de subvertir los valores más aceptados y consoladores, de derribar lo que tendía a la altura de los cielos.

La desconfianza universal era mi sistema, la venganza mi musa cruel. Vivía en el aura envenenada del resentimiento, pensaba sólo bajo el signo y el estro del rencor. Nada encontraba gracia delante de mí, ni la inocencia de los niños, ni la castidad de las mujeres, ni la integridad de los hombres, ni el poder de los genios. Era como si todos estuviesen en deuda y en culpa respecto a mí y que yo tuviese derecho de hacer que todos pagasen aquella deuda, de hacer que todos pagasen aquella culpa.

Era el primero en sufrir por aquella infernal malicia que me forzaba a ver sólo y en todas partes sombras, manchas y vergüenzas. Pero no sabía de qué modo librarme de aquel influjo envilecedor y envilecido. A veces me horrorizaba de mí mismo, me daba asco y rabia mi nativa incapacidad para reconocer lo que hay de luz, de alegría, de bondad, en la vida, lo que hay de celestial en la tierra, de humano en el bruto, de angélico en el hombre.

Surgía en mí la duda y, a veces, la certeza, de que la perversidad, la oscuridad y la suciedad que veía por todas partes no estuviese en los seres, sino en mi mirada, en mi espíritu, en una mala disposición de mi infeliz naturaleza. Y trataba entonces de aficionarme a la vida, de adquirir confianza en los hombres, de reconciliarme con el mundo y con Dios.

Pero aquellos pesares eran de breve duración. Me arrepentía de aquellos arrepentimientos que reputaba señales de temor más bien que de lucidez, temor de la verdad cruda y no justo remordimiento del error. Mis despiadados impulsos volvían a tomar ventaja. Me negaba a conceder cualquier atenuante a las obras de la creación, otorgar cualquier crédito a aquellos monos compuestos que se imaginaban ser hombres, mejor aún, rivales de los ángeles y de Dios. Y mi tortura se hacía más torturante, mi amargura más amarga, mi palidez más pálida.

Así de atroz y sin remedio de ayudas fue toda mi vida. Diga ahora Aquel que creó el mundo indigno de mi ideal o que hizo mi alma indigna de la belleza del mundo, si a mí me



corresponde, después de tanto martirio, castigo o consuelo.

## HOLZER

La necesidad me condenó a uno de los más tristes oficios del hombre. Fui durante larguísimos años carcelero de una antigua fortaleza. Tú sabes lo extraña que era nuestra suerte: el rey súbdito de sus súbditos; el jefe sujeto a sus seguidores; el amo sometido a sus criados; el guardián prisionero de sus prisioneros.

Hube de olvidar lo que era verdaderamente la libertad, y aquella sombra que me había quedado me volvía a la garganta como un reproche, me arañaba como un remordimiento.

Quien tiene encerrados a sus hermanos no tiene derecho a huir. Digo hermanos porque todos, encarcelados y carceleros, estábamos unidos en la culpa. Hay quien sabe detener el pecado en el umbral del acto y quien no puede contenerlo y se entrega a la acción. Pero en todos nosotros, comenzando por los autores de los códigos y por los jueces de los tribunales, germinaba la mala simiente de los pecados. No hubo hombre que no deseara en su corazón despojar y hacer morir a otro hombre.

Y a veces, aquellos que se abandonan a la fatal sinceridad del delito son en ocasiones más puros que aquellos que hacen macerar en el secreto del espíritu pensamientos delictuosos. Éstos lo repiten de continuo en la imaginación y en el deseo, tanto que al fin roban y matan por mano ajena.

Y, sin embargo, toda mi piedad hacia los desgraciados que pagaban por todos la juzgaban flaqueza y casi complicidad.

No era libre ni siquiera de ser humano. El reglamento, el deber, la administración, la dirección, parecían los guardianes —o los demonios— de aquel sucio y helador infierno.

Para vivir había que morir a todo lo que hacía más dulce la vida y, sobre todo, a la fraternidad.

Yo también tuve, poco a poco, que mortificar y ocultar todo impulso de afecto. Ya no supe responder a las imploraciones silenciosas de los ojos; a los murmullos de lamento y de ira repliqué con la indiferencia o con la reprensión.

Llegué al punto de creer, como todos, que aquellos encadenados eran, de veras, culpables, que aquellos seres semejantes a nosotros eran fieras sin alma, que aquellos ladrones y aquellos asesinos eran de una especie enteramente distinta de la nuestra, dignos sólo de dormir en ataúdes de piedra.

Me hice así con el tiempo innoble como aquellos que todas las noches encerraba en las celdas; pero a la noche, si me despertaba de improviso, no lograba recordar en seguida si era guardián o recluso.

Si la muerte no me hubiera encerrado en una estrecha prisión de madera no se hubiera despertado en mí la memoria de Cristo.

Aun la tierra que fue cárcel dura de todos los hombres está ahora abierta y dispersa. Puedo ya invocar la última libertad de Aquel que fue detenido y encarcelado a semejanza de un malhechor.

#### FILIPPO DE FERRARI

De todo me despojé en el mundo, para no ser lo que la suerte quería que fuese, pero ahora ya no puedo esconder mi primera figura. Ahora no puedo negar ni a mi padre, ni mi nombre ni mi patria; mucho menos al alma que conocí creciendo.

Todo retorna bajo el signo legal originario. La resurrección, más que la muerte, me ha restituido a mí mismo.

Tú sabes, según creo, que yo fui el más resuelto negador del propio ser que quizás haya conocido el mundo. Había nacido de familia riquísima y renuncié a toda herencia y propiedad para hacerme pobre; mi padre era duque y yo cambié nombre y estado para entrar en la plebe; pertenecía a la casta de los dominadores y me hice revolucionario, defensor de los sacrificados y de los despojados.

Pero no me pareció todavía bastante. Era italiano de nacimiento y de estirpe, pero quise ser ciudadano austríaco, y, finalmente, cambié también de nombre: ya no Filippo de Ferrari, sino Filippo de la Renautière. Dejé la patria, recorrí el mundo, no quise ligarme a ningún país, a ninguna mujer, a ningún amigo.

Mi sueño era borrar en mí toda huella de lo que me había sido impuesto por el acaso, por el destino, por las circunstancias. Quería hacerme irreconocible a mí mismo. Renuncié a todo lo que no había escogido y querido por mí, hacerme autónomo, independiente de toda contingencia exterior.

Recibir todo del no yo era, para mí, una abrasadora humillación. El dinero no ganado por mí me quemaba las manos; los títulos no merecidos por mí me parecían usurpados y por eso deshonrosos; el mismo nombre y la familia eran como marcas de esclavitud porque me imponían una cierta actitud convencional ante los hombres, como el papel obligado de un actor personaje de teatro.

Todo nos era dado por los demás, pegado encima como el letrerito en las marionetas del titiritero. No se podía escoger ni al padre, ni a la madre, ni la patria, ni el tiempo del nacimiento, ni la condición, ni el nombre. De los demás venía el patrimonio, la educación primera, la impronta espiritual, la dirección y el orientamiento de la vida. Todo de los demás, a menudo, aun el sistema de ideas, el partido, la mujer.

No había hombre que fuese verdaderamente autor y propietario de sí mismo. Cada uno de nosotros era mercancía de fábrica o de tienda, obra de otro por lo menos en su mitad.

No pude soportar semejante sometimiento, aceptado sin estupor por todas las almas pasivas y serviles. Si mi padre es noble, ¿me estarán por lo tanto, prohibido participar en las experiencias y en las pasiones del pueblo? Si mi padre es rico, ¿tendré que cargar toda la vida con el peso, la responsabilidad y las vergüenzas de las riquezas? ¿Y por qué tendré que amar a la nación en la que vine a la luz, sin haberlo pedido si hay otras naciones más dignas de mi obediencia, más conformes cois mi naturaleza?

Yo quise, en suma, rechazar todo lo que se me ofreció sin mérito mío, y querer y obtener todo aquello que por mí mismo escogí y conquisté con la libertad de mi inteligencia.

Me llamaron desertor, renegado, mentecato, tráfuga, traidor a mi casta y a mi patria. Pero no me cuidé del juicio del mundo y nunca quise encerrarme en viejas formas abandonadas. Traté, por el contraria de transformarme cada vez más, de crear en mí un ser enteramente opuesto a lo que el pasado avasallador había reunido, en último término en su obra de esbozos, de copias y de duplicados. Yo le respondí que no a la Necesidad, me sustraje a la rueda de la Fortuna.

Si esto fue o no pecado lo sabré por mi condena. Rechacé todo lo que era pegadizo, formal y social, en mi persona, no la substancia y el destino verdadero de mi espíritu. No

destruí el metal de origen divino de que estaba hecho, sino que sólo intenté descincelar y raspar los signos del cuño que no era mío.

Este rechazo de la personalidad postiza y obligada no me pareció ni me parece pecado. De una sola cosa tengo remordimiento: de haber hecho sufrir inmensamente a mi madre. Aunque duquesa, era mujer, y mujer de corazón. Sólo a ella y a Dios pido perdón si mi fuga de mi primer yo fue error del orgullo y ofensa a la ley de Aquel que es el único padre legítimo de toda criatura.

## PRIMITIVOS Y SALVAJES CORO DE LOS PASTORES CORO DE LOS CAMPESINOS PASTORES Y CAMPESINOS

¿Queréis ahora hacerme mal porque siempre he sufrido, porque siempre he temblado, porque me alimenté, como todos, de molla y de sangre, porque arranqué con los dientes el corazón de las bestias enemigas, porque di muerte para salvar mi vida?

¿Queréis acaso matarme por segunda vez? ¿Qué os he hecho? Nada os pido. Sólo quiero volver a mi pétrea yacija allá abajo en el vientre de la tierra, donde me sentía seguro, donde no era atormentado por el hambre y por el miedo, donde nadie me atemorizaba como has querido hacer tú. ¡Si tuviese, por lo menos, mi hacha y mi honda!

## DUGGA

Tú ves en mí al hombre más alto y más fuerte del país de los montes blancos. A cualquier otro le pasaba con mi estatura, mis brazos eran como ramas de roble, mis piernas como troncos de palmera, mi amplio pecho encerraba un corazón que jamás conoció el cansancio o el miedo.

Nadie osó desafiar mi ira, nadie pudo oponerse a mi voluntad. Aun a los más gallardos los doblegaba, aun a los más valientes los abatía. Ninguna ley se había escrito para mí. Era el gigante libre que libremente gozaba los placeres de la tierra.

Fui cazador de fieras en los bosques de las montañas. Busqué a los lobos en sus cuevas y los destrocé con mis manos. Esperé a los leones cerca de las fuentes y los clavé sobre la hierba con mi pica. Robé a los aguiluchos de los nidos y abatí al águila madre con mis flechas. Salvaba a nado las más furiosas riadas como un centauro; saltaba por las rocas mejor que un ciervo; corría compitiendo con las gacelas en el desierto. Los hondos valles entre murallas de montañas a pico eran mis palacios; los lagos, mis piscinas, y me bastaba

extender la mano para coger los frutos más altos.

Vagaba por las alturas desiertas, abriéndome paso con el hacha y con el fuego a través de los laberintos silvestres, seguido por los siervos que había ganado en batalla. Cuando mi vientre pedía comida hacía asar, sobre piras de troncos, un buey salvaje o una tanda de cabritos ofrecidos por los pastores a los que mi sola voz espantaba. Luego vaciaba un odre de aquel vino ardiente que en seguida se convierte en calor de sangre. Entonces me echaba a dormir en una cueva o me extendía sobre la colcha olorosa de un prado florido. Me despertaba más ebrio que antes; ebrio de luz ardiente y de libertad avasalladora.

Vinieron contra mí hombres valerosos en las armas, de aquellos que los pueblos llaman héroes, y a todos los vencí y de todos tuve trofeos: de uno la cabeza, de otro el corazón, del más soberbio los genitales.

Durante el sueño reñía con los mismos dioses y los hollaba. Cada día me sentía más lleno de sangre, rico de libidine feroz, de felicidad espumante.

No era sólo cazador de fieras, sino también de hombres, y, sobre todo, de mujeres. Descendía a menudo a los pueblos de la llanura a elegir la mujer que respondiese mejor al hambre de mi carne. La llevaba conmigo, aun despavorida hasta parecer muerta, a la caverna de sílex y de musgo, donde una noche entera y un día entero me saciaba con ella. Sucedió, a veces, que padres o esposos o hermanos intentaban oponerse a mi elección; entonces, antes del placer carnal, gozaba el placer, aún más agudo, de truncar vidas.

¿Quién podía resistir al ímpetu de mi vigor? ¿No tenía acaso una clava semejante a la de Hércules, una honda más infalible que la de David, una lanza más aguda que la de Aquiles?

Viví así de victoria en victoria, de goce en goce, libre como un soplo de huracán, dueño de todo como un rey, invulnerable como un dios. Me parecía ser, en las horas de éxtasis, el primogénito del sol.

Nadie se acercó a mí para juzgarme, nadie se atrevió jamás a castigar los caprichos de mi poder. De nadie, tampoco hoy, tengo miedo, ni siquiera de ti, que haces temblar a estas manadas de espectros cobardes.

He vivido según mi ley, según la ley de la naturaleza que hizo fuertes y grandes mis miembros, violentas e hirvientes mis ansias. Dios, si no es vil como los mortales, no podrá

castigar a quien usó abiertamente de los dones por Él dados a un hombre para que estuviese por encima de los demás hombres.

## TUBANGO

¿Eres uno de aquellos encantadores blancos venidos a nuestro país para encolerizar con tantas preguntas ridículas?

El rito mágico se realizó sobre mi tumba con todo escrúpulo y no sé qué habrás hecho tú para devolverme el aliento de la vida. Ciertamente que debes de ser un poderoso hechicero y no te ofenderé. Pero ¿por qué pretendes que un pobre negro de las selvas se acuerde de lo que hizo y de lo que dijo?

Cuál era nuestra suerte tú lo sabes. Había que matar para no ser muerto, había que matar para no morir de hambre, había que matar para librarse de las enfermedades y de la esclavitud. No he huido jamás ante el enemigo, he respetado los tabús de nuestro pueblo, no me he negado a bailar en las danzas sagradas, no he dado muerte a ninguna mujer de mi tribu, he obedecido a mi jefe de guerra y a los dioses de la selva y del cielo. Nadie podía decir que Tubango era vil y malo.

Sólo los hombres blancos venidos de países ignorados y que apenas sabían balbucir nuestra lengua eran injustos conmigo. Decían palabras fuera de tino: que se podía matar los animales, pero no a los hombres; que se podía comer los animales, pero no a los hombres.

Aquellos hombres querían enseñarnos a nosotros, pero no sabían bien las cosas. No lograban comprender que no había tanta diferencia entre los hombres y los animales. Hay hombres que se transforman, a su gusto, en animales verdaderos; animales que pueden tomar forma humana y hacerse en todo como uno de nosotros. También ellos, por lo que pude entender, adoraban a un cordero y a una paloma lo mismo que a los dioses.

Había diferencias entre el hombre y los demás animales de la tierra, pero no más fuertes que las que aparecían entre el mono y el tigre, entre el saltamontes y el vampiro. También los hombres, como los animales, vivían de la presa, se emparejaban con las hembras y estaban sujetos a la muerte.

¿Por qué habría de respetar como seres sagrados a los hombres que no eran de mi tribu? No matar, allí donde nací, quería decir hacerse matar.

Pero los hechiceros blancos tenían una monomanía más loca todavía: que no había que comer la carne humana. Había arriesgado mi vida para quitársela a mis enemigos y luego tendría que dejar aquella excelente comida a los cuervos y a las hienas. Traté de hacer comprender a aquellos extranjeros que la carne del hombre es sabrosa y substanciosa y que hubiera sido el mayor de los necios si no me hubiese alimentado con aquella sangre, que es la vida de los vivientes. Ellos afirmaban que comer la carne y la sangre de su Dios es un deber santo y que, por el contrario, comer la carne y la sangre de los hombres es un delito diabólico. A mí me parecía lo contrario y ellos no lograron persuadirme ni yo pude convencerlos de que se equivocaban.

Pero si en esta nueva vida de que hablan estos muertos no habrá temor de que nos maten y no habrá necesidad de llenar el vientre para ser fuertes, te prometo que no mataré ni comeré a ninguno de mis semejantes.

Pero allí abajo la primera vez que nací hombre no se podía vivir de otro modo del que hallé establecido por mis padres y no reconozco en mí ninguna falta o vergüenza. Tubango ha matado con su lanza a muchos hombres, pero no ha ocultado nunca la verdad. ¿Quién podrá condenar a Tubango?

KI-YA-KOE

ÁNGEL

¿Recuerdas, Ki-Ya-Koe, cuántos hombres mataste?

KI-YA-KOE

Me acuerdo, señor. Cuatro solamente, señor; no logré matar otros, para vergüenza mía. Pero piensa que yo era uno de aquellos pobres y pequeños hombres negros, que los blancos llaman Bosquimanos, que no poseían otras armas fuera de las flechas, las piedras y las puntas de hierro. Muchos más hombres hubiera muerto si hubiese tenido las hermosas y fuertes armas que tenían los extranjeros.

ÁNGEL

¿Y de aquellas muertes no sentiste o no sientes remordimiento?

## KI-YA-KOE

Sí, te lo he dicho. Tengo el remordimiento de no haber podido matar muchos más. Pero el Señor del Cielo habrá de reconocer que fui bastante valeroso y astuto matando cuatro. No era tan fácil matarlos. También ellos eran astutos y desconfiados y, a veces, más fuertes que yo. Fui, sin embargo, más sagaz y más afortunado que ellos. No creas que todos los hombres de mi aldea eran tan hábiles como yo. Algunos no lograban matar más que a uno o dos hombres y muchos morían sin haber matado siquiera a uno. Pero yo maté a cuatro y nadie me descubrió, nadie se vengó, nadie consiguió matarme a mí.

Siempre he creído que el Dios del Cielo tenía que estar contento de mi bravura y de mi astucia, como estaba contenta mi madre. Pero confieso que hubiera podido hacer aún más si hubiese tenido menos miedo. Sólo cuatro bocas llené de tierra; son pocas, lo sé, pero Dios debe de saber que pocos fueron tan mañosos como yo.

## ÁNGEL

¿No sabías que hacías mal? ¿Nadie te dijo nunca que quitar la vida a uno de tus semejantes era un gran pecado?

## KI-YA-KOE

Tus palabras me recuerdan las de un blanco que vino una vez a nuestro pueblo para contar la historia de su Dios que habían matado hijos de nosotros, mucho tiempo antes. Este hombre era más alto que nosotros, muy pálido y no hacía nada contra nosotros. Pero hablaba mucho y no siempre se tenía gana de escucharlo. Dijo un día que Dios había prohibido a los hombres matar hombres, pero no lo creí. Si Dios permitía matar a cualquier animal vivo, ¿por qué habría de prohibir la muerte del hombre, que, con frecuencia, era más débil, más feo y más feroz que los demás animales?

Pero yo creo que aquel hombre blanco hablaba sin saber bien lo que decía. Nos contó, en efecto, muchas historias del Padre de su Dios y leyó, en un grueso libro, que el viejo Dios había ordenado a su pueblo que matase a sus enemigos, sin salvar ni siquiera a las mujeres y a los niños. ¿Cómo era creíble, pues, que el mismo Dios me pudiese prohibir a mí que matase a mi enemigo? Hice notar esto al hombre blanco y él me ofendió diciendo que no comprendía nada y me anunció que un día sería terriblemente castigado. Pero nadie me castigó entonces ni nadie osó matar a Ki-Ya-Koe, que había quitado la vida a cuatro hombres. Y tú, Señor, que tienes cara buena y dulce, no querrás castigar ahora al pobre Ki-Ya-Koe. ¿Acaso me habrías



traído del país de los muertos para hacerme morir por segunda vez?

## WAMBÉ

Hasta los trece años me tuvieron encerrada en la cabaña de las niñas y no hacía nada y ningún hombre me tocó. Una noche mi padre me entregó a un joven que no conocía y me llevó con él. Me tenía junto a su lecho y me abrazaba todas las noches hasta hacerme daño. Tuve luego que construir mi cabaña, como hacían entre nosotros todas las esposas, y modelar con el barro del río las vasijas de cocer, y entrecruzar tiras de piel de buey para hacer asientos y yacijas. Todo lo tenía que hacer yo; mi marido sólo se ocupaba de los bueyes que su padre le había confiado.

Di a luz en total nueve hijos; los trabajos fueron para mí cada vez más pesados. Nadie me ayudaba, nadie me compadecía. Pero tenía uno de los mantos más ricos del pueblo, y muchas hileras de conchas alrededor del cuello y el estuche de tortuga siempre lleno de polvos para mi rostro y mis cabellos.

En el bosque, adonde iba a menudo para arrancar hierbas y ramaje, fui cogida, mientras fui joven, por hombres fuertes, cazadores errantes, y no supe cómo resistir. Pero esto sucedió pocas veces y sólo en los primeros años de mi matrimonio. La culpa no fue mía; aquellos hombres no me agradaban, eran viejos y feos y yo no quería, pero estaban enfurecidos y me cogieron a la fuerza.

Nunca dije nada a mi marido de aquellos encuentros. Mi marido estaba casi siempre lejos en la caza, porque era goloso para la carne.

Y a menudo se embriagaba con cerveza de miel y fumaba una cosa que lo dejaba como un muerto.

No tuve otro placer que las danzas. Apenas el tambor llamaba a fiesta a la tribu, me daba bien de grasa y de polvos rojos y acudía donde ya estaban reunidos tañedores y poetas. Entre una danza y otra, mientras las mujeres sudorosas descansaban, los poetas contaban las historias de leones y chacales, y los prodigios del maligno Dango y las transformaciones de Heiseb, que ya es bestia o ya hombre, que muere y renace infinitas veces.

Pero al día siguiente reanudaba el penoso trabajo de la mujer y de la madre. Me tocaba a mí atender todas las mañanas a la comida de mis hijos. Tenía que ordeñar vacas y ovejas, ir a los bosques lejanos en busca de bayas y de bulbos comestibles, de gusanos para

cocer, de lagartijas para asar. A mí me tocaba remendar las pieles de los vestidos, tallar en madera las escudillas, hacer fermentar la miel para la cerveza que conforta el corazón y lo alegra.

Hacía todo lo que había que hacer, no hacía nunca lo que estaba prohibido por los ancianos y por el gran señor Kurón. Fui poco más que animal en medio de animales peores que yo. Desde joven fui la bestia de carga de la familia. Y ya nadie me miraba ni nadie me agradecía lo que realizaba. Una noche de lluvia me dormí para siempre. Mi nombre era Wambé y ésta fue la vida de Wambé.

## DRUG AIL

Tú sabes cuáles fueron nuestras malas obras, las de los zíngaros vagabundos: engaños, robos, embrollos y hechicerías. De ningún otro modo nos podíamos ganar la vida, siempre errantes, y la libertad, allá en la tierra, costaba un elevado precio en moneda de pecado y de perdición. Yo, por mi parte, no lamento el cambio.

Los demás hombres me parecían arbustos y retoños arraigados en tierra en un lugar; esclavos, siervos, prisioneros de casas cerradas, de ciudades inmóviles, de tribus sedentarias. Nosotros éramos semejantes a los pájaros del aire, a los ligeros migrantes que en todas partes encuentran nido y alimento. El hombre estaba ya humillado por su peso que le obligaba hacia la tierra. ¿Por qué no huir, al menos, de los eternos horizontes, de los sitios fijos, de las camas hereditarias? El horror a las inmensas conejeras humanas acrecentaba en mí el goce de la huida y del cambio. Ya era demasiado pequeño y monótono el planeta adonde Dios nos había enviado a expiar una misteriosa y remota culpa. ¿Por qué contentarse con el cubil nativo, con las paredes paternas, con los horizontes acostumbrados, con los pueblos que son madrigueras hediondas, con las ciudades que son cuevas de galeotes azotados?

Nuestra casa vagabunda se detenía, a veces, a orillas de aquellos enloquecidos hormigueros, allí donde las metrópolis babeaban suciamente sobre el campo ya contaminado por su vecindad. Pero estábamos allí acampados y casi en acecho, como el delfín y el tiburón seguían la estela grasienta de los vapores: en busca de comida y de víctimas.

Venidos del Oriente, de color y de costumbres distintos de las gentes que toleraban nuestra presencia, éramos semejantes a salvajes que en vez de estar acampados en la jungla estaban en medio de la devastación orgullosa de la civilización. Había entonces dos pueblos errantes sobre la tierra: los judíos y los Zíngaros. El pueblo de Dios, maldito por Dios; el pueblo del Demonio, temido por los hombres.

Temido y buscado. El poder mágico era nuestra protección más segura en nuestro inseguro vagar. Los ciudadanos veían en nosotros los últimos restos dispersos de un pueblo antiquísimo huido en antiquísima edad de los fabulosos valles del Oriente. Gente que permanecía fiel a los demonios y a los espíritus en el mundo trivial de las máquinas. Aquellos temerosos y supersticiosos sedentarios veían en cada uno de nosotros al hechicero; en cada una de nuestras mujeres, una sibila. Parecíamos distintos, antiguos, refractarios, enigmáticos y mágicos. La fama de nuestros ocultos poderes, la belleza un poco oscura de nuestras mujeres enjoradas y procaces, la agitada violencia de nuestros violines, hicieron de nosotros, andrajosos nómadas sin tierra; de nosotros, primitivos sin patria; de nosotros, ladrones sin ley, muchos conquistadores y amos. Parecíamos príncipes destronados en busca de un nuevo reino, ayudantes de Satanás invitados a sobornar a los fieles de Cristo.

La libertad era grande, era embriagadora, pero terriblemente costosa y arriesgada. Había que escoger entre el hambre y el engaño, entre la muerte y el delito.

Entiende bien mis palabras. Era un salvaje errante por las calles y las tierras de los civilizados. No había puente de paso entre los orientales sobrevividos a los más lejanos milenios y las turbas de los blancos bastardeados, antiguos migradores decaídos y esclavizados. La nostalgia los atraía hacia nosotros, la necesidad nos impulsaba contra ellos. Y en esta guerra taciturna de siglos quedamos victoriosos. Pero la victoria era todavía más costosa que la libertad.

A mí me costó la sórdida insolencia, la sacrílega ficción, el robo cotidiano, muchas palabras mentirosas y, a veces, un poco de sangre.

El gran Padre nos conoce, recuerda mi feliz miseria y limpiará lo sucio que había más en mis manos que en mi alma.

## CORO DE LOS PASTORES

Aquí está delante de Ti la grey de aquellos a los que, embusteros en rima y falsarios en prosa, llamaron los más puros y los más felices entre los hombres.

En este día de despojo y de rendición tenemos necesidad, Señor, de tu piedad, porque sabemos que hemos sido más pérfidos y más infelices que los animales que llevábamos a los pastos.

Lo mismo que todos los hombres, fuimos inducidos a poner la traición al servicio del

hambre y de la ganancia.

Envueltos como reyes, armados de vara como los justicieros, acompañamos a nuestros dóciles esclavos a saciarse en los prados y en las selvas.

Pero aquella nuestra paternal solicitud no era más que engaño en provecho de la voracidad nuestra y ajena.

Quitamos a los machos los genitales, el amor, la libertad y, al fin, la vida.

Quitamos a las madres la blanca lana que las vestía, la blanca leche destinada a los hijos, sus blancos herederos, para que fueran degollados sobre los altares o en los mataderos.

Nuestra virtud y nuestra gloria se reducían a engordar corderos, terneros y cochinitos para hacerlos dignos de ser degollados y devorados por brutos poco menos brutos que ellos.

Pero tu justicia quiso que nuestra vida fuese semejante a la de nuestras víctimas.

Vida tediosa, de penuria, de incuria, penosa vida de bestias carceleras de bestias.

Azotados por el agua, sacudidos por el viento, helados por los fríos, abrasados por el sol, recubiertos con pieles de animales, guarecidos en tugurios semejantes a guaridas y cuadras de bestias, no conocimos otra alegría que el matrimonio casi bestial, otra compañía que la de los perros y las fieras de los bosques, otro consuelo que modular sobre rudos instrumentos alguna ruda cantilena, otros espectáculos que el monótono variar de la luna y el viaje perezoso de las constelaciones.

Ésta fue la suerte de nosotros, los habitantes de las fabulosas Arcadias imaginadas por los poetas.

Pero alguna vez, a la cabeza de nuestro rebaño velloso, nos pareció ser príncipes de la tierra, alguna vez, al viento del mediodía, al borde de una fuente, sobre la cima de un macizo desierto, nos pareció ser más soberanos que los señores del mundo, alguna vez, acariciando el hocico tibio y húmedo de una oveja más amorosa que las otras, nos pareció haber vuelto a la vieja fraternidad de Adán en su paraíso, alguna vez, en la sagrada espesura de una foresta, creímos sentir el paso leve de un dios o el roce de las alas de un ángel, alguna vez,

contemplando el éxtasis inmóvil del firmamento, estuvimos más próximos al Eterno.

Pero fueron instantes solamente, relampagueos fugitivos de sol, en la oscuridad de una jornada sin fin.

Y, sin embargo, fue más triste aún la vida de aquellos que dejaron los rebaños de las campiñas para hacerse pastores de hombres.

Ovejeros, boyeros, porquerizos, en edades antiguas, fueron llamados a ceñir mitras y coronas.

Se hicieron patriarcas de pueblos, liberadores de pueblos, fundadores de ciudades y de reinos, cantores y pintores, vicarios de Dios.

Nuestro cayado se transformó en el lituo de los profetas, en la vara del mago, en el cetro de los reyes, en el báculo de los pontífices, en el bastón de los maestros y de los que mandan.

Pero el destino de los desertores no fue menos mísero que el nuestro y quizás alguno probó el lamento de los pastizales abiertos y frescos, la nostalgia del aprisco, el remordimiento de haber dejado a sus obedientes súbditos gimientes y mugientes por las hordas pendencieras de los habladores.

Abrahán vagó, como acosado, de tierra en tierra; Moisés, después de haber rescatado a su pueblo de la esclavitud, murió antes de llegar a la tierra prometida; Saúl, después de haber perdido la razón, perdió el reino y la vida en batalla; David fue adúltero y homicida; Rómulo fue muerto por los suyos.

Ninguno de ellos conoció la vida de la paz; todos, aun los más grandes, fueron azotados por la desventura.

Pero tu redención, Cristo, fue también nuestra redención. Pastores eran los primeros hombres que se arrodillaron delante de tu divina miseria.

Quisiste ser llamado pastor y como buen pastor fuiste en busca de la oveja perdida y al más ardiente de tus discípulos le mandaste que apacentara a tus corderos.

Miraste con amor nuestra humildad y la elevaste hasta tu grandeza. Nosotros, aunque semejantes a los animales en el aspecto, cubiertos de despojos de bestias, traidores, perseguidores y matadores de bestias hediondas y cruentos parásitos de inocentes, nos atrevemos ahora a confiar en tu memoria y en tu misericordia porque no desdeñaste nuestro oficio y nuestro nombre.

En las altas soledades de las montañas, en el hedor de las cabañas, en la oscuridad de la noche y en el candor del alba, te dirigimos nuestra plegaria.

A Ti, que quisiste ser pastor de los resucitados y fuiste muerto como un macho cabrío infecto por los pastores de las naciones, a Ti, que quisiste ser inmolado como cordero sin pecado por los pecados de los hombres.

No olvides en tu gloria a estos tus viles modelos que vivieron a manera de brutos en medio de los brutos y fueron condenados, como todos los vivientes, a combatir con el hambre y con el frío, a dar muerte para escapar de la muerte.

#### CORO DE LOS CAMPESINOS

Quizá reconoces nuestros dorsos encorvados, nuestros quemados rostros, Tú que eres el gran dueño de la tierra, el amo de los amos de la tierra.

Es cierto que reconocerás a tus agricultores, a tus colonos, a ti. aparceros, sabrás quiénes somos, nosotros, los únicos que hasta lo último obedecemos la letra de tu sentencia y sobre el barro arado, cavado, sembrado, hicimos gotear el sudor de las frentes y de las mejillas.

Tú sabes que, en los últimos años de nuestra vida, nos habíamos hecho semejantes a la tierra, cuerpos inclinados hacia abajo por el continuo escarbar, buscar, arañar y recoger y las venas de las manos sobresalían hinchadas, como raíces sacadas de las cepas y los rostros estaban ya inclinados, cerca de la piedra y del terruño, como si quisieran besar a la madre que pronto les esconderá en su grueso vientre.

Nosotros fuimos aquellos que esperaban, que tenían por solo patrimonio tu promesa.

Durante innumerables primaveras esperamos que el seno de tu tierra mostrase haber

acogido y resucitado la semilla esparcida por nosotros.

Durante innumerables veranos esperamos, temblorosos, que la flor cayese para dejar su puesto al fruto, que el verdor se cambiase en amarillo, la esmeralda en oro.

Durante otoños innumerables hemos esperado tus últimos dones, Señor, los racimos de tu sangre, exprimidos por la locura.

Hemos esperado, Señor, siempre hemos esperado que Tú transformases en pan nuestro trabajo, en vino nuestras lágrimas, en aceite nuestra paciencia.

Y hemos alimentado a todos aquellos que la tierra llevaba y que despreciaban a la tierra.

Con nuestro pan hemos sustentado al santo y al ladrón, al poeta y al asesino, al mercader de esclavos y al mártir, a la pobre reina y a la pobre prostituta.

Semejantes a Ti, Señor, que hacías lucir tu sol sobre los buenos y sobre los malos, sobre los justos y sobre los injustos.

Y para alimentar a todos contra todo hemos tenido que combatir. Hemos combatido con las selvas y con las fieras de los bosques con las aguas arrastradoras y desbordantes, contra la aridez del suelo y la hostilidad de las piedras.

Hemos reducido a terrazas fértiles las montañas, a pingües llanuras los pantanos, a jardines umbrosos los desiertos.

Constantemente hemos combatido, constantemente hemos tenido que combatir.

Contra la bravura de los bárbaros ladrones, contra la rapacidad de los señores, contra las hordas saqueadoras de los enemigos, contra ladrones y bandoleros.

Cada vez que la patria estaba en peligro fuimos llamados para salvarla de la invasión, como ya la habíamos salvado del hambre, y nuestros jóvenes huesos florecieron los campos que los viejos habían abonado.

Raras y avaras fueron en compensación nuestras alegrías; cantos en la amplia melancolía de las soledades, cantos ebrios y salaces en las fiestas de las cosechas y de las nupcias, las veladas largas en los largos inviernos de cálido descanso y las competiciones de frases y de rimas, y los bailes y las cazas y los juegos.

Pero sobre todas las alegrías la posesión de una joven oliendo sola a salud y a espliego y el ver crecer a nuestros hijos, primero jugueteando sobre nuestras rodillas, luego fatigándose sobre nuestros pasos.

Y año por año nos secó corazón y carne la odiosa vejez, que roba al hombre la fuerza, el amor y el sueño y nos hicimos semejantes a troncos podados, nuestros brazos semejantes a ramas secas, nuestros dedos semejantes a trozos de hiedra muerta y nuestra piel se hizo oscura y agrietada y resquebrajada como los tornos en el ardor.

Y cuando nos hubimos hecho casi iguales a la tierra, casi reclinados en la tierra, fuimos entrando uno a uno en la tierra, en aquella tierra que nos había dado la sangre de la vida y la substancia de los miembros, en aquella tierra que tantas veces habíamos cortado, revuelto, quebrantado, surcado con nuestros hierros, en aquella tierra profunda y taciturna que ha reconocido a sus siervos y a sus fecundadores y ha sabido cambiar en espigas nuevas, en nuevos frutos, las cortezas adustas y escabrosas de nuestras pobres almas. También nosotros, Señor, pecamos.

También en nosotros prevaleció la vieja avidez de los famélicos, fe vieja bestialidad de los salvajes, la vieja libidine de los sátiros lúbricos. La perpetua batalla contra la dureza de la piedra hizo pétreos, a veces, nuestros corazones; la memoria y el temor de la miseria hizo perezosa, con frecuencia, a nuestra caridad, ladrona a nuestra mano, la convivencia con las bestias nos hizo más rudos y más violentos, en algún momento casi feroces, y nuestra fe fue, más bien, precaución mágica y cálculo supersticioso que verdadero encendido y ascensión del alma.

Pero Tú, oh Dios, mirarás también nuestras penas, nuestra carga nuestra tortura, nuestra condena. Y no cargará tu pesada mano sobre aquellos que también te pagan con el diezmo del grano y de la uva y proveyeron a Tu Hijo, hasta la última Cena, del pan que se hizo sangre en su cuerpo.

PASTORES Y CAMPESINOS

HUZAL



Fui uno de los guardianes de los rebaños de Jacob y con él vagué por desiertos de piedra, por desiertos de hierba y de retallos, vadeé torrentes y atravesé montañas a la busca de pastos y de aguas.

¿Qué puede decirte un pobre pastor errante? ¿No sabes cuál era la suerte de un siervo que debía pensar más en Los animales que en sí mismo? ¿Qué podía sentir y comprender en aquellas peregrinaciones de un valle al otro, del uno al otro pozo, siempre distintas y, sin embargo, siempre las mismas?

Nuestro primer pensamiento, tú lo sabes, era la multiplicación de la vida. En aquellas tierras casi desiertas, en medio de los peligros de la sequía y de los cuatrerros, cada uno de nosotros se disponía para aumentar el ejército de los vivientes, tanto animales como hombres. Yo siempre procuraba, con todo cuidado, que las ovejas a mí confiadas pariesen muchos corderos, que las cabras tuviesen muchos cabritos en la teta, que cada vaca tuviese su ternero junto a ella y cada asna a su pollino. Yo mismo no estuve entre los avaros de paternidad y de afecto y engendré quince hijos que sirvieron a mi amo y a los hijos de mi amo y dieron testimonio de mi sangre ante mi pueblo y mi Dios. También por mérito mío fue cumplida la promesa hecha a Abrahán. A las insidias del hambre, del odio, de la vejez, opuse la multitud victoriosa de los recién nacidos, nacidos de camella, nacidos de pollina, nacidos de mujer.

Pero en los mediodías ardientes y en las vigiliás nocturnas mi corazón se despertaba y pedía al silencio su consolación. En torno a mí, el sueño solitario de la tierra calcinada por el sol o blanqueada por la luna. Sobre mi cabeza, el inmenso cielo con sus estrellas demasiado lejanas. Y en el fondo de mi corazón, el pensamiento de Dios, todavía más lejano. En aquel silencio, en aquella soledad, temblaba de espanto y así me desvanecía. Tenía fe, sí, en mi Dios, en el Dios de Israel. Pero aquí y allá, en el ilimitado mundo, había otros dioses, dioses que velaban sobre otros pueblos, que se inclinaban por nuestros enemigos.

Había en la tierra batallas entre naciones y naciones; podían acaecer en los cielos guerras entre dioses y dioses. Yavé, que había escogido a mi pueblo como su propiedad, era ciertamente un Dios fuerte, Dios del rayo, Dios de los ejércitos. Pero ¿y si hubiese otros Dioses todavía más poderosos que Él? ¿Qué sería de nosotros y de nuestros rebaños si Yavé hubiese de sucumbir ante el Dios de los Filisteos o de los Ammonitas?

Y, sin embargo, había en el aire, entre cielo y tierra, en las sombras de los bosques y de las noches, innumerables espíritus que perseguían al hombre e intentaban engañarlo, corromperlo, matarlo. ¿Cómo defenderse de ellos? Ni siquiera Yavé era capaz de exterminarlos. Y en el desierto, Magaba, también el rey de todos los demonios, el adversario de Yavé, el Calumniador del hombre, aquel que deseaba nuestra ruina.

A mí mismo me preguntaba: ¿Cuál será nuestro destino después de la muerte? ¿Blanquearían mis huesos bajo las lluvias y bajo los plenilunios lo mismo que los de los carneros y de los asnos? ¿Comenzaba otra vida después de la vida? ¿Y Dios había creado a los hombres para que, al final, se convirtieran nada más que en carroña abandonada al pico y al vientre de los buitres?

Esto pensaba encerrado en mi silencio, en el ardor de los mediodías o en la oscuridad de las noches. Y en mi pensamiento contemplaba las generaciones futuras, que se multiplicaban, que cubrían cada vez más cada región, como las espigas del grano cubren los campos y se convierten en ejércitos de vivientes destinados a morir, y cuantos más salían de los úteros, más se obstinaba la muerte en cortarlos como hierba madura, en segarlos como trigo seco.

¿Qué ávido dueño amontonaba en sus graneros aquella ilimitada y perenne mies de cadáveres? ¿Acaso la vida no era más que castigo de una culpa ignorada por nosotros?

Nadie me respondía. El silencio del desierto apenas lo rompía la débil voz de la brisa o el respirar de algún durmiente arrebatado en el sueño.

En mi corazón vacío el mismo Dios callaba. Y yo me quedaba todavía más solo, en la soledad de la tierra y del cielo, solo con mi duda y con mi temblor.

Sólo a ti, Ángel del Señor, confío los pensamientos de mi viejo sufrir, para que tú puedas, en mi nombre, pedir misericordia a Aquel que es.

## HARIMENDRA

Que el responsable de las apariencias responda: ¿debe un hombre confesar sus culpas aunque el padecer, allá en la tierra, superó y expió todo su pecar?

Esto me acaeció a mí, Harimendra, cuando mi alma fue condenada a la encarnación en el valle del Ganges. Nací y viví en un pueblo miserable, míseramente acurrucado en una cavidad de la llanura, más semejante a nido de avispa en un agujero de barro seco que a morada de hijos de Brahma. Mi padre araba y sembraba la tierra; también yo, apenas crecido, aré y sembré los pobres campos de la familia. Mi padre jamás se había quitado el hambre; toda mi vida fue una batalla desesperada contra el hambre. Mi vientre de hombre estuvo siempre vacío o medio vacío, como la bolsa del pobre.

De nuestra hambre, casi continua, no tenía la culpa la indolencia de nuestros miembros que, tan mal restaurados por sangre nueva, hubieran tenido derecho para negarse al trabajo. Aquella misma hambre que me enflaquecía era también la que en un momento redoblabla mis fuerzas para el trabajo, con la esperanza de mayores cosechas.

Pero la tierra era las más de las veces perjura y traidora.

Parecía que Dios hubiese creado la naturaleza para engañar y torturar a los hombres. Yo daba sudor a la tierra para obtener de ella en cambio sangre, pero siempre había pérdida por parte del hombre. Yo gastaba las últimas fuerzas bajo la ofensa del sol y esperaba que la tierra me rindiese, más tarde, más de lo que le había dado. No veía, al final, más que un horrible equilibrio. La tierra me concedía con enemiga avaricia lo que bastaba para no morir y para cultivar los campos; y el renovado esfuerzo no producía un grano de trigo ni de cebada más de lo que era necesario para que todavía pudiese trabajar y sufrir. La tierra, en suma, me devolvía en alimento aquella cantidad de fuerza que había empleado para sacar de ella el medido sustento: nada más. La naturaleza no quería que yo viviese; me estrechaba, con maligna tacañería, sólo a no morir. La abundancia hubiera sido alegría, la muerte hubiera sido liberación. Ella no quería que yo fuese alegre ni libre, sino que continuase segando apenas aquel poco que perpetuase mi sufrir.

No era tan avara la tierra como adverso el cielo. En el valle que vio mi tormento nuestra suerte dependía de las aguas del cielo. Si el deseado diluvio venía demasiado pronto, y demasiado violento, y demasiado copioso, las inundaciones ahogaban y arrastraban semillas, tallos y espigas. Si, por el contrario, las lluvias tardaban, aunque fueran pocos días, el incendio solar consumía el vestido verde de los sembrados y lo cambiaba en un cenizal respunteado por espinas de herrumbre. Casi todos los años sólo quedaba, quitada la simiente, con qué vivir cuatro o cinco meses. El rey estaba demasiado lejos, la caridad de los señores se cansaba, las ciudades rechazaban con las armas las irrupciones de los hambrientos. Esqueletos apenas recubiertos de piel seca y lívida se arrastraban de pueblo en pueblo, de cementerio en cementerio hasta que se detenían para siempre, haces de huesos que hasta los cuervos y los buitres despreciaban.

Mis hijos, nacidos famélicos de una madre mal nutrida, me miraban desde el fondo de sus ojeras violáceas con la fijeza del reproche y mostraban en la sonrisa, las hileras blancas de los dientes inútiles.

¿Y qué otra cosa podía hacer, por ellos y por mí, sino herir la tierra hostil con el hierro y echar entre los surcos negros la semilla acompañada por la oración? Si luego la estación, de cuando en cuando, se mostraba favorable, sobrevenían otras desgracias: las fieras de la selva saltaban la estacada del pueblo, se prendía fuego a las cabañas, o bien la carestía de comarcas

lejanas empujaban hasta nosotros feroces bandas de saqueadores, o bien oscuras nubes de langostas se arrojaban sobre las mieses.

El hambre no daba jamás tregua ni descanso. El suplicio de mi hambre se hacía más atroz por el hambre ajena. El hambriento es aquel que, en vez de comer, es devorado interiormente por un segundo e invisible hambriento que muerde y roe sus entrañas. Entre estos dos moribundos la vida no es más que una fusta para que la carrera no se pare y la condena no se suspenda. Cuando mi esposa intentaba abrazarme con sus brazos semejantes a gráciles ramas de liana muerta e intentaba besarme con sus labios ásperos y ennegrecidos no me atrevía a estrecharla por no sentir sus huesos, no me atreví a responder a su beso por temor a ahogarla. En los campos inundados o ardientes apestaban los cadáveres; el cielo estaba cerrado y duro como el rostro del poderoso.

¿Por qué Dios nos había dado un vientre que todos los días deseaba llenarse? ¿Y por qué entonces la naturaleza, como si quisiera la desaparición de los mortales, ponía en movimiento toda su fuerza para que el vientre no quedase saciado? ¿Por qué Dios ha permitido el tormento de tantas criaturas débiles e imperfectas enviadas a combatir contra la naturaleza adversa y rebelde? Debía Dios crear al hombre menos esclavo del hambre o crear a la naturaleza más misericordiosa y generosa. Que inmensas multitudes de hombres hayan sufrido hambre por millares de años, que inmensas multitudes de hombres, durante siglos y siglos, hayan muerto de hambre no obstante nuestro trabajo, voluntad, inteligencia, humildad y resignación, es misterio que clama venganza, no ante la cara de Dios, sino contra la injusticia de Dios. Tú ves en mí uno de aquellos hambrientos, uno de aquellos agonizantes convertidos en esqueletos aun antes de ser cadáveres y te pregunto una vez más: ¿es justo que confiese sus culpas aquel que fue, día a día, despedazado y muerto, no obstante su obediencia a la ley de Dios?

## DORIS

Fui pastora en los montes de Arcadia, en los tiempos que Demeter protegía la tierra de los hombres. Pero mi vida no fue, en verdad, tan bella y feliz como los poetas, que nunca vivieron en nuestras cabañas, imaginaban.

Muy otra cosa que felices y puros mis compañeros de miseria. Casi todos esclavos de amos pobres y, por ello, no benignos. Heladas las alturas, húmedos los pastos, poco fértiles los valles. Había que padecer grandes trabajos para que los rebaños no muriesen de frío y de hambre, Largos y tetricos los inviernos; angostas y oscuras las moradas, más guaridas que casas; medido avaramente el alimento; únicas riquezas, leche y leña. Ni fiestas ni convites; juegos y danzas, muy escasos; melancólicos eran nuestros cantos de solitarios, pobres de alegrías y de esperanzas. Por las mañanas, aun las de invierno, había que levantarse antes que el sol, luego comenzaban las horas eternas de ribazo en ribazo, de umbría en umbría, de

abrigaño en abrigaño, bajo la ira del sol o los insultos de Bóreas. De todo teníamos temor, de los dioses desdeñosos que desde el cielo tronaban y fulminaban, de los ladrones errantes, de los lobos hambrientos. Y, sobre todo, de los hombres viejos y jóvenes, envueltos en pieles de bestias, más bestiales que las bestias, que se ponían al acecho en las selvas para asaltar y estuprar a las mujeres y, especialmente, a las jovencitas. No había cumplido el tercer lustro cuando, por la fuerza, me quitaron la virginidad tres sátiros en forma de hombres.

Los juveniles amores furtivos duraban poco y los raros días felices se pagaban duramente, a menudo con sangre.

Quizá nuestras ovejas y nuestras cabras, que nada sabían, estaban más alegres y mejor pacidas que nosotras. Sucedió que me aficionaba a un corderillo, a un cabritillo más amoroso y vivo que los otros, pero era breve refrigerio, pues el amo pronto lo quitaba del rebaño para venderlo o matarlo.

Tuve dos maridos y muchos hijos, y nueras y nietos, pero poquísimas fueron para mí las horas de contento y cada vez más raras conforme la infame vejez me hacía menos soportable para los demás y para mí.

Siempre había sido un poco taciturna; en los últimos años me hice triste, furiosa, vengativa. Se esparció la voz de que era hechicera y una mujer que había perdido, sin mi culpa, un hijo, me echó abajo desde el borde de un precipicio donde tristemente acabó mi triste vida.

## TAKEWARA

¿Te dignarás, hijo del cielo, escuchar las palabras de un pobre campesino? ¿Sabré yo defenderme contra los decretos de los Dioses?

Nací cerca del río de los lirios, allí donde el hijo del Sol tenía su palacio y allí viví toda mi vida, sembrando la tierra para mi señor. Una choza húmeda y baja, cerca de un bosque de cañas, fue mi albergue, el de mi mujer y de mis hijos. Una escudilla de arroz fue mi alimento; una taza de saké, en los días de fiesta, todo mi lujo. Húmedas, frías, largas, eran las noches de invierno; la lluvia golpeaba en el techo de la cabaña; los niños, en su sueño, gemían. Pero cuando llegaba la primavera la vista de las flores consolaba mi corazón y el trabajo parecía menos trabajoso y la pobreza menos pobre.

La nieve de las cimas se volvía rosa; desde el mar que vislumbraba traslucirse lejano

venían gritando los patos salvajes; los señores vestidos de hierro y de seda pasaban felices por los caminos imperiales. También yo me sentía feliz en aquellos días; me prosternaba delante del Sol y ofrecía sacrificios a las almas de los antepasados muertos.

Mi esposa envejecía, pero yo la veía siempre con los ojos del amor, como se me había mostrado la primera vez, luminosa de inocencia y de juventud, entre cerezos floridos, bajo el claro sol de la mañana. Los hijos me obedecían, los señores me respetaban, los dioses me protegían. Todo estaba en paz en la tierra y en el cielo. ¿No era acaso todo el pueblo un pueblo descendiente de los dioses, guiado por el mismo hijo del Sol?

Cuando a la noche extendía el cuerpo cansado sobre la estera, en el fondo de mi choza, daba gracias silenciosamente a la divinidad que me había hecho nacer en aquella tierra, pobre pero no mendigo, humilde pero no desventurado, oscuro pero no descontento. Y aun en las tinieblas de la noche sabía que la felicidad estaba a mi lado y que jamás me abandonaría.

Y, sin embargo, por cuanto afirmaban los dueños de la escritura, ningún hombre podía vivir sin culpa. Yo también, por lo tanto, quién sabe de cuántas culpas estaré manchado. Pero en verdad no sé decir cuáles sean, bien porque las haya cometido sin saberlo, o bien porque la muerte las haya borrado de mi mente.

Perdona, Señor, mi ignorancia; perdona mi falta de memoria. Invoca para mí, te ruego, la clemencia de los soberanos celestes.

## GRIPUS

Una extrañísima historia debo contarte, acaso no creíble para oídos humanos y, sin embargo, verdadera. ¿Quién pensaría, mirándome a mí, pastor humilde, que fui, por unos instantes, un protagonista de la tragedia del mundo?

Escúchame. No finjo ni me envanezco. Yo, precisamente aquel oscuro esclavo que te está presente, di el impulso definitivo, con un gesto imprevisto e irreflexivo, a uno de los acontecimientos más famosos de la historia humana. A mi señal se inició un vuelo de gloria que luego acabó en fratricidio y en sangre. De mí nada podría decirte si no hubiese tenido aquel gesto, si no hubiese dado aquella seña fatal. Óyeme y juzgarás.

Era joven, de alta estatura, de hermoso aspecto, enamorado del arte de los sonidos. Mi amo me había confiado un pequeño rebaño de ovejas que llevaba a pastar a los prados que descenden hacia el Adriático. Llegó al país, en aquel tiempo, un gran ejército mandado por

un general que la plebe decía más valeroso que Pompeyo. Corrió la voz entre nosotros de que César se preparaba para cruzar el límite de su provincia para dirigirse hacia Roma y castigar a sus enemigos. Pero aquel límite era sagrado y, por lo que dijo mi amo, los Dioses y el Senado amenazaban con penas terribles a quien fuese tan temerario que lo traspasase al frente de ejércitos. Hacía unos días que el ejército se detenía en las proximidades del río porque César, me contó un legionario, estaba aún titubeando ante el gran paso.

Aunque esclavo rebullían en mí los fieros sentimientos de mis padres soldados y espiaba con temblorosa curiosidad el vivac de las cohortes. Estábamos en pleno invierno y las hogueras ardían toda la noche. Aquella mañana, al primer reflejo del alba, cogí mi zampoña, marché hacia el río, me senté en una orilla en las cercanías del puente y comencé a tocar. El perezoso día de enero no se había aún levantado del todo sobre la calígene del llano, pero los soldados estaban despiertos y en movimiento. Al lamento dulce de mi zampoña acudieron muchos de ellos y estaban a mí alrededor mirándome en silencio y escuchándome. Había entre ellos algunos trompeteros que se me acercaron más que los otros Y en aquel momento un súbito e impensado impulso sacudió mi corazón. Me pareció que una voz misteriosa tronaba dentro de improviso: cesa este lamento pastoral, no se adapta a quien te escucha ni a la hora que suena.

Una llama me encendió el rostro, un vigor nuevo sacudió mi brazo. Arrojé por tierra la zampoña y sin saber lo que hacía ni lo que quería hacer cogí una de las trompas de bronce que un trompetero tenía en la mano, me la llevé a la boca, soplé en ella con aliento salvaje, corrí al puente y a grandes pasos lo atravesé, tocando con toda la fuerza de mi pecho. A este clamor los legionarios, en un primer momento atónitos se reunieron en turba inmensa junto al puente como dispuestos a seguirme.

Llegó en aquel instante César y con sus ojos relampagueantes me traspasó. Era calvo, pálido, enjuto, severo. Me pareció, a la luz que se había hecho más viva, luminoso y doloroso como un dios a la escucha. Herido de estupor quité de mi boca la gran trompa de bronce. Y en aquel silencio, al otro lado del breve puente, oí con claridad sus palabras, las palabras que no he podido olvidar: « ¡Vamos, pues, adonde los signos de los dioses y la ira de los enemigos nos llaman! ¡La suerte está echada!» A estas palabras un clamor de voces y de órdenes rompió el aire inmóvil y helado del alba. El trompetero recogió de mi mano inerte la trompa y los clamores imperiosos de todas las trompas se alzaron al cielo gris. César ya no pensativo, atravesó a caballo el puente; detrás de él, a paso ligero y corto, las cohortes armadas y el suelo endurecido por el hielo retumbaba bajo las sandalias, los zuecos y los carros. El gran ejército hasta aquel momento refrenado por la perplejidad de César, marchó a la conquista de Italia, de Roma, del mundo.

Aquí termina mi historia, la historia del pobre pastor Gripus, pero tú sabes que no acabó la historia de César. Supe más tarde que hasta el último instante su ánimo estuvo combatido entre la voluntad de afirmar por la fuerza su derecho y el temor de ser herido por la

venganza de los dioses si atravesaba con armas el sacro confín de la república. Supe que mi gesto, mi aspecto, mi toque inesperado y furioso habían superado y vencido su temor. Vio en mí, no sé cómo, un mensajero de la divinidad enviado hasta aquel punto y en aquel instante para resolverlo a desafiar el destino. Viví lo suficiente para conocer su miserable fin, después de tanto derroche y desperdicio de sangre fraterna.

A veces, a la sombra del aprisco o del pesebre, pensaba en aquella oscura mañana de enero y fantaseaba sobre lo que había visto, sobre lo que había hecho, sobre lo que había sabido. Y me decía: si yo no hubiese sido arrastrado, aquel día, por aquel arcano y atrevido impulso ¿César habría pasado también el Rubicón? De todas formas mi toque fulmíneo de trompa fue la primera señal de una historia de estragos, de matanzas, de condenas, de ruinas, de traiciones, de sufrimientos, de tormentos, que no tuvo término ni siquiera con la muerte de César.

Nació en mí, y con la edad creció nada vez más, un oscuro sentido de culpa, casi el furor punzante de un remordimiento. ¿Fui en verdad el instrumento inconsciente de un dios, como creyó César, o fui, más bien, cómplice de los infinitos males que surgieron porque no supe resistir a un desbordado impulso de furor guerrero? ¿Cabe pensar que la suerte de los hombres dependa, aunque sea en un solo instante, del improviso frenesí de un desconocido, de un siervo, de un hombre como yo que no era nada?

Sólo el sumo Júpiter, con su sentencia, podrá resolver el enigma que tanto turbó mi débil mente hasta la muerte.

## TEMUSCEV

Era hijo de un pobre campesino y tras él trabajaba de mala gana en las tierras de nuestro pueblo. A los dieciocho años nada claro sabía sobre las cosas del mundo. Comenzaban a gustarme las mujeres, pero era tímido y no llegué a pecar. Sentía en el alma una gran pena sin razón, un ansia grande de huir, de cambiar de vida. Y en aquellos días, llegó a nuestro país, de improviso, la guerra. Se oía decir que millones de enemigos se acercaban a Moscú. Quise ir voluntario, me dirigí a la ciudad, me vistieron y pocas semanas después, con mi regimiento, fui mandado a defender un río. Del cielo llovía fuego, de los bosques venía fuego y hasta encima del terreno estallaban globos de fuego. A pesar de aquel infierno habíamos resistido muchos días, luego nos han vencido y hemos huido. Nuestros oficiales han logrado reunir la mitad del regimiento. Ha venido un hombre joven, que ninguno de nosotros jamás había visto, blanco y enjuto, al que todos, incluso los oficiales, miraban con temor. El desconocido nos ordenó formar un cuadro, después comenzó a contar los soldados. El último de cada decena tenía que salir de las filas. Me tocó a mí también salir de la fila y dejar a mis compañeros. No comprendía por qué, pero todos temblábamos. Pocos minutos después, sin que nadie nos haya hablado, el hombre que parecía el amo me mató a



quemarropa con su pistola.

Toda mi vida está aquí. De esta segunda, haced lo que os plazca.

## GIGLIA DE VEZZANO

Mi vida fue tan breve que en un relámpago se cuenta. Nací pobre en una pobre casa de los Apeninos. Apenas fui mayorcita para poderme confiar algún animal, fui enviada lejos, a la cima de un monte con una familia que llevaba un gran terreno y allí pasé todos los años que me quedaban que vivir. Tenía que cuidar ovejas y cabras, nada más. Y me parecía que sufría, que estaba mal. Levantada antes que el día, lloviese o nevase; un poco de pan o de polenta que me había de bastar hasta el ocaso. El viento de las alturas, el miedo de la soledad, la fatiga de las cuestas empinadas y de las zarzas malas, el regreso triste en la oscuridad, todo me parecía tristeza y sacrificio. Crecía y decían que sería hermosa. Pero no tenía otro espejo que los charcos de los campos después de la lluvia, ninguna otra joya que las coronas de flores montaraces que hacía yo y que me ponía alrededor de las muñecas como brazaletes, al-rededor del cuello como gargantillas, alrededor de la cabeza como coronas. Y ninguna música me consolaba el corazón excepto el canto de los pájaros y el repique solemne del Verna vecino. Y, sin embargo, me parecía padecer, soñaba fortunas lejanas e imposibles, fugas al mundo, revanchas contra mi suerte. En invierno había fiestas en la casa. Yo, pequeña, me sentaba junto al tañedor absorta y encantada, pero las danzas más alegres me parecían lamentos de almas perdidas, lamentos de cautivos y casi recrudescían mi tristeza precoz.

Pensando ahora en aquellos años me doy cuenta de que eran felices. Sólo ahora sé que había sido feliz, increíblemente feliz. Recuerdo algunas alboradas límpidas y frías, todas vibrantes de rocío y de gotas, con una luz inocente y poderosa que hacía preciosos hasta los guijarros de los caminos y los troncos expoliados. Recuerdo algunos ocasos divinos de otoño, a través de los castaños solemnes y las rocas blancas frente a un cielo que desde el rosa encendido se desvanecía en el verde desmayado; y las montañas vecinas, altas y negras, parecían orladas de oro viejo. Recuerdo las praderas floridas, locas de rojos y de amarillos, de blancos y de azules bajo el claro sol de junio. Y recuerdo las oraciones y las canciones cantadas por mí en competencia con los vientos sobre las colinas soleadas, los regresos alegres de la misa, el saludo de la luna nueva en las noches cálidas, los saltos de los corderillos destetados, las procesiones de primavera entre el olor de las retamas. Era feliz, pero no sabía ser feliz y por eso no era feliz. Y aun aquella vida venturosa y melancólica acabó bien pronto. A los dieciséis años, cuando los jóvenes comenzaban a mirarme, el tifus en pocos días me dio muerte. No pude siquiera besar por última vez a mi madre, que estaba lejos, ni a mis hermanas. Morí sola, en una habitación, sin haber conocido el pecado ni la felicidad.

## SOUDREAU

No tengo pecados que confesar; sólo tengo que pedir cuenta de la culpa que se cometió contra mí.

Era un humilde campesino, envejecido en el trabajo y en el dolor y no hice nada malo. Trabajé para mi padre, trabajé para mi mujer y para nuestros hijos. Trabajé constantemente, hasta el último día, sin quejarme nunca, sin pedir jamás a nadie nada. Mi dorso se había encorvado a fuerza de doblarme sobre la tierra, mis manos a fuerza de romper y tocar la tierra se habían hecho oscuras y duras como terrones endurecidos por la canícula y por el hielo. Oraba a Dios todos los días y me contentaba con mi pan.

Un día, sin que nunca haya sabido por qué, fui detenido y muerto. Mi país estaba en guerra, pero yo no estaba en guerra con nadie. Seguía cultivando mis campos, porque también en tiempo de guerra los hombres tenían necesidad de todo; del grano que restaura las fuerzas, del vino que alegra el corazón, de las frutas que endulzan la boca. Aquel día, que era de primavera, estaba solo en un campo, cerca de la carretera, quitando las orugas a un melón en flor. Pasaron por el camino soldados extranjeros, armados, en un carro. Se detuvieron, me llamaron, me llevaron con ellos en el carro. Había más gente en el carro, hombres pobres y despavoridos. Los soldados no dijeron nada y los paisanos me hicieron puesto sin decir nada. Pregunté por qué nos llevaban de aquella manera; no respondió nadie. Anduvimos por el campo desierto, en silencio, durante mucho tiempo. Llegados a la clara de un bosque el carro se paró. Nos hicieron bajar. Los soldados nos entregaron picos y palas y nos ordenaron, en mal francés, hacer hoyos. Obedecimos, siempre en silencio. A nuestro alrededor todo estaba sereno. No se veía un alma; en la espesura de los árboles algunos pájaros cantaban alegremente a la primavera.

Cuando cada uno de nosotros hubo excavado su fosa los soldados nos dijeron que nos desnudásemos. Nos negamos. Éramos veinte, casi todos jóvenes. Alguno comenzó a llorar, otros blasfemaban e imprecaban; uno se puso de rodillas pidiendo gracia, dos intentaron huir. Estaba como petrificado por el terror, había comprendido lo que se quería hacer con nosotros.

Los soldados, siempre en silencio, nos rodearon y sacaron las armas.

Uno de ellos, a dos pasos de mí, disparó a quemarropa sobre mi frente. Caí de espaldas y no fui más que un cadáver en medio de cadáveres.

Esta fue mi vida, éste mi fin. Te pregunto ahora, si un Señor te manda —el Señor que todo lo sabe—, por qué fui condenado a aquella muerte. No había hecho mal a nadie, no había combatido contra los enemigos, no los había ofendido, no los había traicionado. Estaba trabajando en mi campo, si hubieran tenido hambre también les hubiera dado un pedazo de

pan a ellos, si hubieran tenido sed también a ellos les hubiera dado un vaso de vino.

¿Por qué me mataron? ¿Por qué Dios toleraba que fuesen asesinados los inocentes? ¿Acaso no estaba en todas partes? ¿No veía todo, no sabía todo, no lo podía todo? ¿Por qué no ha vuelto su mirada hacia nosotros, en aquellos horribles momentos, por qué no ha movido su mano poderosa para salvarnos?

No sé cuántos siglos han pasado desde aquel día, pero mi corazón no se ha resignado, mi boca está llena de preguntas, mis oídos esperan continuamente una respuesta. ¿Acaso no tengo derecho a pedir cuenta de mi sangre? ¿No es éste el día de la justicia? Yo no estoy aquí para responder, sino para preguntar. Soy un acreedor de Dios y espero ser pagado.

BRUJOS [Y MAGOS] SABIOS

LOCOS Y EXTRAVAGANTES CORO DE LOS FILÓSOFOS FILÓSOFOS

BRUJOS [Y MAGOS]

WUNDA

Eres, en verdad, un poderoso encantador, harto más poderoso que lo fui yo allá abajo si has podido devolver apariencia de vida a esta innumerable multitud de muertos. Y porque eres más fuerte que yo, estoy pronto a obedecerte. Dime lo que quieres de mí; haré lo que me pidas,

ÁNGEL

Dime toda la verdad de tu vida; nada más quiero de ti.

WUNDA

La verdad de mi vida, poderoso señor de los muertos, puedo decirla sin temor. No fui siervo de la necesidad ni de un jefe, obligado a usar las armas contra animales y enemigos. Fui, como tú, uno de los dueños del cielo y de la tierra. Poseía el secreto de las palabras y de

los ritos; seres y cosas tenía que someterse a mi voluntad.

La vida de la tribu estaba en mis manos. Todos los días recurrían a mi obra y sin ella todo se paraba o fracasaba. Cuando los cazadores marchaban a la caza derramaba fuerza invencible en los arcos y en las flechas, con el contacto de mis manos y la virtud de mi grito. Cuando la tribu estaba para emprender la guerra modelaba con arcilla muchas imágenes de los enemigos que había que vencer y los traspasaba con mi puñal mágico, de modo que no pudieran salvarse de los golpes de nuestros guerreros. Y cuando enfermaba uno de la tribu a nadie más que a mí se recurría. Me correspondía descubrir qué enemigo o qué espíritu hubiera enviado aquel mal, me tocaba alejar a ese enemigo, me tocaba evitar la venganza de tal espíritu.

Tú sabes cuán adversos malignos eran los muertos. La vida de los muertos era tan miserable que intentaban huir de las tumbas y desahogar su despecho contra los vivos. Para que no pudieran perjudicar eran necesarias ceremonias que yo solo, en mi tribu, podía realizar. Si un antepasado, no obstante los encantamientos, lograba volver arriba desde la tierra tenía que luchar con él, persuadirlo o vencerlo. Tan poderosa era mi palabra que podía hacer morir a los muertos por segunda vez.

De mi poder dependía la vida de la tribu. Si la primavera tardaba en calentar la tierra y en despertar la vida de las plantas que dan el alimento, yo la solicitaba con el rito del fuego. Si el ardor y la sequía amenazaban con hacer que muriera toda hierba y todo fruto hasta reducir a la tribu al hambre, obtenía con actos y órdenes que el agua descendiese abundante sobre la tierra.

Toda la naturaleza me obedecía, era mi simia y mi esclava. Nadie podía resistir la virtud de mis gestos y de mis cantos. Mi poder lograba a veces doblegar a los mismos dioses. Varias veces arranqué de sus manos a las criaturas que hubieran querido debilitar o extinguir. Los hombres más gallardos, viendo que los dioses me estaban sujetos, temblaban delante de mí.

Pero yo sólo quise usar mi arte en bien de la tribu. Libré constantemente a mi gente del temor: temor al hambre, temor a los enemigos, temor a los muertos, temor a la muerte. El temor era el destino del hombre y yo el vencedor de los espantos, el salvador de los hombres.

Esta es, señor de los muertos, la verdad de mi vida. Si otra cosa quieres saber, demanda y manda al que, menos fuerte, debe siempre obedecer al más fuerte.

CORNELIA TESTARSA

Me llamaron bruja. Me persiguieron como bruja. No vi jamás a Satanás ni pude asistir nunca al sábado ni atravesar volando el cielo. Pero en mí existía el deseo, la necesidad, el gusto del mal. No tuve más goce que el padecimiento ajeno y el placer era más fuerte cuando yo misma era la causa del padecer. No quise marido, hui de la familia, viví sola para tener plena libertad en los preparativos de mis maleficios. Me alegraba del miedo ajeno, el odio impotente de los débiles era para mí un placer y hacía cuanto estaba a mi alcance para aumentar aquel temor y aquel odio.

Con el pensamiento siempre fijo en la voluntad del mal logré varias veces anunciar y provocar desventuras. Busqué las hierbas de los montes y de los bosques no para sacar de ella fármacos y elixires de salud, sino para destilar filtros afrodisíacos o mortales que luego vendía a caro precio a hombres y mujeres de malos pensamientos. Fui, así, cómplice oculta de adulterios, de tragedias domésticas, de homicidios Impunes.

Pero, sobre todo, me daba alegría el hambre devoradora del fuego. En las noches más oscuras y frías salía de casa, temblorosa y feliz, para prender fuego a casas solitarias de los campos y, a veces, a tugurios y barracas de la ciudad, más fácilmente inflamables. El espectáculo del incendio, de aquellas lenguas altas y rojas que destruían los refugios tranquilos del hombre, acaso los tibios nidos del amor, era para mí un encanto, un rapto demoníaco, una embriaguez más deleitosa que todas las embriagueces. Sin embargo, no podía gozar mucho tiempo de mi felicidad porque tenía que huir, esconderme, para conservar salva la vida.

Pero una noche que había prendido fuego a una casa rectoral un poco fuera de la ciudad y me detuve más de lo acostumbrado a contemplar mi obra, fui sorprendida y encarcelada. Un mes más tarde fui condenada a la pira, como bruja e incendiaria, y mis carnes fueron destruidas por aquel fuego al que había amado demasiado.

No puedo excusar mi perversidad. Pero ¿podía dominar siempre, de veras, aquellos avasalladores estímulos que estaban en mi naturaleza demoníaca desde la niñez? Quien está poseído por el Maligno, como ocurrió conmigo ¿no es, acaso, semejante a un loco y, por eso, en cierto modo inocente del mal que hace? Y aquel amor mío por el fuego ¿no era, acaso, indicio de que estaba en poder de criaturas infernales?

Mis delitos no me dan derecho a la piedad, más yo sólo pido aquella justicia que no se niega siquiera al fratricida.

KHUNRATH

Mis propios enemigos no supieron otra acusación contra mí que de haberme perdido tras las ambiciosas fantasías de la alquimia. La cual, a juicio de los profanos, no podía ser más que engaño charlatanesco o docta locura.

No puedo negar que algún traidor de la sagrada ciencia haya prestado su favor a crueles y ambiciosos con el espejismo de la piedra filosofal. Pero yo viví siempre vida solitaria y no quise prostituir mi ciencia con la avaricia de los príncipes.

Cualquiera que haya leído mi Anfiteatro de la eterna Sabiduría sabe que yo fui hombre de pura contemplación y religiosamente filósofo.

Creía en la unidad esencial de los elementos que constituyen el mundo y consideraba que la misión del sabio era conducir las pequeñeces de lo diverso a la divina unidad. Pensaba que, para llevar a puerto seguro la empresa, había que comenzar por el mundo material y proceder por grados, transformando los cuerpos menos nobles en cuerpos más nobles y puros.

Transformar el plomo en oro no era, pues, para un verdadero alquimista como yo fui, una empresa mecánica de vil provecho, sino una verdadera y propia experiencia metafísica, comprobación tangible de aquel principio de la unidad del ser que fue vislumbrado por sabios antiquísimos y, finalmente demostrado, por la filosofía natural florecida después de mi muerte.

Y para mí aquella búsqueda del oro tenía un fin enteramente opuesto al que los envidiosos atribuyeron a los alquimistas. No era hambre de enriquecimiento, sino deseo de hacer que el oro, tan ansiado por su rareza, se hiciese común y abundante lo mismo que las piedras y, como ellas, poco o nada apreciado. La gran obra consistía, para mi pensamiento, en quitar todo valor a aquel metal que durante tantos siglos había engendrado tantos malos pensamientos y tantos delitos. Quería que toda la tierra se hiciese un Eldorado, esto es, inocente. La alquimia no era otra cosa que una de las armas de la guerra evangélica contra Mammón.

Mi sueño cristiano permaneció, entonces, sueño libresco pero ¿valdrá mi intención cerca de Aquel que quiso, divino alquimista, transformar los brutos humanos en santos y en ángeles?

WAGNER

ANGEL

Profesor Wagner, infeliz rival de la naturaleza y de Dios, dime qué fantasía te indujo a querer engendrar seres humanos por medio de retortas y de alambiques.

WAGNER

Tolero tu ironía porque de la empresa salí fracasado, pero no acepto tu condena. No por rebelarme contra Dios o por ocupar su puesto quise investigar si era dado al hombre engendrar otros hombres fuera de la unión de los sexos. Si lo hubiese conseguido habría demostrado qué admirable fecundidad residía en la materia creada por Dios y de cuánto sería capaz la mente humana, también ella obra de Dios. No me instigó la soberbia, sino quizás aquel fermento de orgullo que había en todos los que deseaban hacer nuevos descubrimientos, para mayor gloria de la ciencia.

ÁNGEL

¿Cuál fue, entonces, el sentimiento que te impulsó a hacer de la química un sustitutivo del amor, es decir, a violar el orden divino?

WAGNER

Un sentimiento enteramente cristiano: la repugnancia por aquel acto obsceno y bestial que era necesario aun a los más espirituales y reacios si querían tener hijos.

La ascética medieval había hablado con santa repugnancia de aquella cópula que se hallaba en el origen de toda criatura y que hacía a todo hombre hijo del pecado. La concupiscencia carnal no tenía otra justificación que el nacimiento de la prole. Si se hubiera quitado la única excusa honesta de tantos actos deshonestos —esto es, haciendo independientes, con mi descubrimiento, la procreación y el coito— se podía combatir y desarraigar la lujuria, que todos los cristianos puros juzgaban el mayor obstáculo para la salvación.

El acto sexual, deseado por las naturalezas sensuales y plebeyas, ofendía de tal modo a los espíritus más selectos y delicados que hasta en la ardiente época del Renacimiento hubo poetas y filósofos que escribieron de ello con tembloroso disgusto, como por ejemplo,

Jordano Bruno, Felipe Sidney y Tomás Browne. Grande fue mi alegría cuando llegó a mi vista el soneto de Shakespeare donde llamó al acto de libidine «marchitez del espíritu en tristeza de vergüenza», y también «perjuro, asesino, sanguinario, inicuo, salvaje, violento, brutal, cruel, traidor» y golpeó en duros y fuertes versos la amargura y el remordimiento que siguen al abrazo.

Leyendo una obra del gran Paracelso resurgió en mí el sueño del viejo médico mago: plasmar hombres vivos sin esperma y fuera del útero. Piensa: redención de uno de los pecados más inmundos y funestos, al cual se sentían constreñidos aun los espíritus más delicados y finos. ¿Por qué, pues, la Iglesia exaltaba tanto la castidad y la virginidad? Si la continencia triunfase, decían los enemigos de las ascesis, llevaría a la extinción del género humano. Mi descubrimiento habría debilitado el mal y salvado el bien.

Me entregué a la obra con ardiente, pero paciente pasión. Pensé mil artificios, pasé las noches como un alquimista, vigilando redomas y hornos. Más de una vez me pareció sentir una palpitación nueva en las mezclas burbujeantes sobre las llamas, sorprender un soplo, un susurro de vida en la materia forzada y me imaginé estar en la víspera de la victoria.

Dios no lo quiso. Teorías y experiencias desembocaron todas, al fin, en mortificante derrota. Pedantes impotentes y sátiros insolentes gozaron con la derrota del presuntuoso naturalista maniático. Nadie me quedó agradecido por esta tentativa de liberar a los hijos de Dios de la trampa y de la vergüenza de la unión. En vida fui ridiculizado, aquí soy amenazado de condena.

Pero tuve antes de morir una revancha en el divino mundo de la fantasía. El mayor poeta de mi tiempo, representó en su Fausto la creación de Homúnculos, el hombre todo luz y espíritu, nacido sin concúbito, por obra de un sabio que llevaba mí mismo nombre.

Hoy no sé ruborizarme, te lo confieso, por mi antiguo sueño y no creo que pueda ser condenado como sacrílego frenesí satánico. Dios es tan alto e intangible que bien puede perdonar aun a sus imitadores.

SABIOS

GALILEO

ANGEL



Fuiste uno de los hombres más célebres de la tierra por tus invenciones y tus doctrinas. Pero aquí arriba no se pesa a los hombres con medidas humanas y también tú has de responder de tu sensualidad, de tu orgullo y de las consecuencias que tuvieron para los hombres tus aclamados descubrimientos. No querrás olvidar a aquella joven de la que tuviste tres hijos y que no fue tu compañera legítima y a la que abandonaste después de largos años de fidelidad cuando fuiste llamado a más alto cargo en ciudad distinta. Responda aquí el Galileo hombre y no el Galileo filósofo y matemático...

## GALILEO

No me ruboriza haber gastado toda la vida que Dios me concedió en el estudio de las cosas naturales y, mayormente, las celestes. Me correspondió la ventura de ser entre los hombres el primero que fijó la mirada en los más ocultos, hasta aquellos días, misterios del firmamento y que leyó más allá que cualquier otro en el maravilloso libro del cielo, Y mis descubrimientos de física y de mecánica no fueron inútiles a los que vinieron después de mí y acrecieron admirablemente el conocimiento y el poder del género humano.

Pero de tales indagaciones y descubrimientos me complací demasiado y, en verdad, hartó más de lo que a un cristiano convenía. El orgullo, compañero inseparable de todo ingenio no común, me hizo olvidar que el fin verdadero y supremo del hombre no es tanto el conocer como el merecer el cielo y que la sabiduría, por vasta y estupenda que sea, no iguala a la caridad.

Me pareció que una ciencia más perfecta de la naturaleza podía aumentar la perfección del hombre y, al mismo tiempo, su felicidad. Ahora, demasiado tarde, confieso mi error. He visto con hartó retraso, con inestimable dolor, que el demasiado saber y poder en el orden de la materia hizo al hombre, al correr de los siglos, menos bueno y menos feliz. Los hombres cuanto más supieron sufrieron más, cuanto más poderosos fueron más ofendieron y fueron ofendidos. De este aumento de males en la tierra, que ya estaba llena de tantos, me duelo y me arrepiento, por haber sido yo uno de sus primeros autores. Yo que nací de padre músico, me he acordado muchas veces del remordimiento que sobrevino a Sócrates en los últimos días de su vida. Mejor haber estudiado música, que tan suavemente alivia los afanes, en vez de trabajar sobre aquellas verdades naturales que hicieron más tímida nuestra funesta soberbia.

Fui uno de los primeros que inspiraron a los hombres la perniciosa persuasión de que ya eran dueños de la tierra y de su propio destino, omniscientes y omnipotentes a semejanza de Dios. Y tal embriaguez aun podía ser justa y justificable, pero como el ánimo humano fue dominado, como al principio, por la avidez y por el odio, aquel crecido poder fue puesto al servicio del mal más que al del bien y aquella filosófica soberbia apartó a los hombres de la fe

y, por ello, de aquel Evangelio que podía en algún modo refrenar y domar nuestros feroces impulsos. Acrecí, pues, la sabiduría y el poder humanos a un precio demasiado grande: a costa de la humildad serena y del amor fraterno. Enseñé al hombre los escondidos secretos del cielo, pero hice menos fácil el camino que conduce al cielo de la bienaventuranza.

Por aquella culpa —que no estaba bastante clara en mi mente y, por lo tanto, fue menos grave de lo que hoy la considero— fui ásperamente castigado antes de mi muerte, primero con la prisión, luego con la más horrible pena de la ceguera. El proceso a que fui sometido me pareció a mí y al universo extraordinariamente injusto y era injusto por su motivo aparente, esto es, la doctrina copernicana que por mí y, después de mí, por todos fue reputada veracísima. Pero en cuanto aquel famoso proceso miraba, sin la voluntad expresa de sus promotores, a amonestar y castigar la precipitación de los talentos y el desmesurado orgullo de los filósofos que con gusto olvidan las raíces de la moralidad y de la felicidad de las criaturas ordinarias, fue justísimo y bastante menos severo de lo que merecía mí no prevista culpa. Casas entre huertos y jardines, sobre un bello y airoso monte fue mi deleitosa prisión en tanto que fue acerbísimo tormento mí forzada abjuración de la verdad sobre el sistema del mundo.

Bastante más atroz fue el segundo castigo. Mis ojos se habían adentrado en los remotos abismos del cielo mucho más allá de lo que hasta entonces estaba permitido a la humana mirada y tuve que pagar con la ceguera la inmensa alegría de mis descubrimientos. Fui como el primer navegante solitario en medio de mundos arcanos y estupendos, antes de mí no conocidos y ni siquiera adivinados. Mi exultante felicidad de aquella exploración celeste fue tan grande que tuve que expiarla, al fin, con el exilio en las tinieblas. Pero de semejante pena, aunque atroz para un hombre cual yo era, no me quejo. Aun hoy me vuelve al pensamiento la dulzura admirable de aquellas noches lejanas, cuando las fúlgidas escrituras de Dios se abrían con nuevos signos y caracteres ante mis ojos arrebatados, ante mi espíritu en éxtasis.

De mis demás pecados, como la gula y la lujuria, no quiero hablar, porque tan comunes son entre los hombres comunes que mi orgullo, aun al recordarlos, queda como herido. Pero mi amada primogénita que por amor a mí y a mis estudios tomó el nombre de Sor Celeste, rogó y ruega por la definitiva salvación de este aventurado y desventurado pecador.

HALLER

Si el hambre de indagar y descubrir todo, de probar y experimentar todo, de aprenderlo y registrarlo todo, es concupiscencia, avidez, gula del espíritu —es decir, pecado—, fui entre los hombres un precoz y pertinaz pecador.

Pero querer acercarse, unirse a Dios por la vía divina de la sabiduría universal ¿es de veras pecado?

Desde los primeros años fue en mí impulso, instinto y vocación el conocer cada aspecto del mundo, cada secreto de la vida, cada ciencia y memoria del pasado. A los diez años comentaba la Sagrada Escritura, aprendía el Caldeo, escribía sátiras en verso. A los doce leía los poemas de Homero como novelas, a los dieciséis descubría los errores de mi maestro de anatomía. No había lengua que no me atrajese, literatura que no me sedujera, doctrina que no me interesase. Los libros me eran tan necesarios como el pan cotidiano y eran alimento que jamás saciaba, hastiaba o cansaba.

No quería ser el hombre de un solo libro, de una sola vitrina, de una sola mansión. Los hombres, aun los menos resignados a la ignorancia, no me parecían hombres enteros y perfectos, sino semihombres y sub- hombres, abortos o músculos de hombres. Como si un nacido sano se contentase con mover sólo un dedo de los diez o de abrir sobre el mundo un solo ojo.

Me parecía vergüenza el no fatigarse por explorar el universo en toda su maravillosa inmensidad.

El no querer esforzarse por recorrer de nuevo lo que los hombres habían obrado y pensado y esperado, me parecía deshonor y vileza. Pasar junto a los misterios de la vida, como hacían los más, sin intentar sorprenderlos en su ritmo me parecía culpa y traición, desprecio del Creador.

El hombre completo, el hombre verdaderamente hecho a imagen de Dios, que es totalidad e infinitud, no podía, no debía quedarse y empobrecerse en uno de los innumerables recintos del saber. El hombre era un todo, un mundo, un compendio del universo y no lograba ser, en verdad, él mismo más que escrutando cada surco o porción de lo creado, que contemplando y conquistando el universo en su suntuosa y luciente magnificencia. Quien no poseía el todo no lograba comprender profundamente ni siquiera el rincón y el fragmento. El ala del insecto estaba luminosamente ligada al rayo de los astros, y a las grandes gestas de los grandes correspondían los movimientos de las mínimas fibras del cuerpo humano. Desde los pálidos archipiélagos de las más remotas estrellas hasta las pálidas flores que se escondían entre las nieves de mis montañas todo estaba unido y justificado en una natural y sobrenatural armonía. Vislumbrarla y perseguirla era el mayor placer del hombre. Dios no se descubría en los pozos, sino en el océano.

Quise, por lo tanto, saber todo, interrogar todo, recordar todo, Pero no ya al modo del

filósofo que se imaginaba abarcar en sí al cosmos cuando, por el contrario, no hacía más que jugar con los globos vacíos de su jerga abstracta. Ni tampoco al modo del aficionado enciclopédico que ansiaba enharinarse en cada ciencia, pero que con aquel espolvoreo de conocimientos no habría podido amasar un solo pan comestible.

Quise estudiar lo particular, lo concreto, lo real y estudiarlo cara a cara, sobre las cosas y no sobre los libros, con los experimentos más que con los silogismos y con las fantasías. La ciencia de la vida, especialmente como se manifiesta en el cuerpo humano, me dio alegría y gloria porque pude iluminarla con luz nueva. Pero no sólo la inquisición y la persecución de la naturaleza ocuparon mi mente. Dijeron de mí, con alguna razón, que no sólo fui fisiólogo, sino físico, matemático, botánico, agrónomo, geólogo, médico y filósofo. Pero nunca me sació el conocimiento por sí mismo. No quise ejercitar únicamente la inteligencia. El hombre es también fantasía y voluntad. Y en los años más ardorosos de la juventud, fui poeta y no ya por moda mundana o por entretenimiento juvenil, sino con plena y espontánea participación del corazón. Tanto que mi poema sobre los Alpes y mi poema a Doris permanecieron durante siglos en la afectuosa memoria de los hombres. La poesía era para mí otra vía hacia el conocimiento de lo desconocido, para la subida hacia Dios.

Para afirmar lo que creía verdadero no estimé que desmerecía en mi misión de sabio componiendo novelas, obras de historia, ensayos de crítica y de apologética.

No quería que mi saber fuese pompa egoísta y estéril sensualidad de mi ávida memoria, sino que estuviese, en cualquier forma, al servicio de mis hermanos. Y por ello no fui sólo anatómico, sino cirujano y médico para salvar vidas humanas; aconsejé como hombre político a mi pequeña pero amadísima patria; y para devolver la paz del alma a los vacilantes y a los negadores atrevidamente me hice teólogo y polemista.

Aspiraba a ser, antes que nada, un cristiano, un cristiano operante en la caridad; y la ciencia, la sabiduría, la poesía, las usé siempre para la gloria de Dios y para el bien de los hombres.

Esta fue, durante sesenta años seguidos, mi vida, una vida que no conoció cansancio ni reposo.

Mi muerte fue serena como la de un artesano que, antes de aceptar el premio del sueño, sabe que ha llenado virilmente su jornada. Pero ahora, si miro mi vida desde el abismo invertido del nuevo cielo, mi esperanza pierde color, mi alma pierde ánimos. Ahora que todo el admirable edificio del universo es reducto sombrío, recuerdo remoto ¿cómo será juzgado mi sediento impulso de omnisciencia? ¿Fue de veras desee de parecerme a Dios o voraz inquietud de una mente orgullosa, la sacrílega petulancia de un titán enano? Ahora que las

riquezas y las obras de la tierra humana fueron restituidas al seno de su padre, es decir, de la nada ¿qué gracia o perdón podrán obtenerme mis mil trescientos escritos sobre mil trescientos temas y las decenas de millares de letras que fueron conservadas e impresas y las decenas de millares de páginas de mi diario de nómada buscador de todo y los millares de versos que el fuego de la juventud destiló de mi corazón?

Sólo quizás aquel poco de amor que entre un descubrimiento y otro supe inspirar a los hombres valdrá para salvarme.

A Ti, autor del universo, confío la suerte definitiva de tu discípulo.

STEPHENSON

Mi naturaleza no era inclinada al pecado y, además, la timidez y la pasión por el saber me libraron de las tentaciones más ordinarias. Pero temo, y ahora más que nunca, haber cedido a una de las tentaciones más insidiosas de Satanás: la de poner un mayor poder en las manos del hombre la máquina por mí inventada y que pronto llenó de humo, de temor y de entusiasmo todos los países de la tierra aumentó, indudablemente, la soberbia y la avidez de los hombres; es decir, los hizo menos cristianos I os beneficios y los provechos de mi invención fueron casi únicamente materiales y mal compensaban, sí es que compensaban, las pérdidas.

Fui representado en los libros humanos como uno de los héroes de la modernidad y del progreso, pero, realmente, al fabricar mis carriles de hierro y mis locomotoras no fui impulsado, en verdad, por el deseo de ayudar a la humanidad. El verdadero origen es mucho menos noble. Mi juventud estuvo sacrificada por la pobreza y por la ignorancia. Hasta los dieciocho años no supe leer y con gran esfuerzo lograba matar el hambre. Desempeñé, para vivir, todos los oficios: vaquero, carretero de minas, sastre, zapatero, relojero, fogonero, mecánico. Envidiaba a los ingenieros que despreciaban y maltrataban a los obreros ignorantes; odiaba a los patronos que transformaban en oro, sin trabajo, nuestros mal compensados esfuerzos. Soñé desde joven poder hacerme uno de aquellos altivos ingenieros a quienes todos respetaban y admiraban; esperaba poder convertirme algún día en patrono y rico. No hay motor más poderoso que un sueño juvenil cuando va acompañado por un poco de ingenio y por la voluntad. Al cabo de pocos años fui nombrado ingeniero, y mi famosa máquina me hizo célebre, rico, independiente. Un instintivo amor hacia los aparatos mecánicos, el puntillo orgulloso de revancha de un ignorante ambicioso y envidioso, el deseo frecuente en la mayoría de liberarse de la servidumbre y de la miseria, fueron los verdaderos estímulos de aquel afortunado invento que me procuró fama de benefactor del género humano. Causas, en realidad, bajas; efectos útiles, a mi parecer, sólo en la más baja esfera de los intereses humanos.

Ya antes de morir fui asaltado por un oscuro, pero insistente, remordimiento. Dejé talleres, máquinas y honores a mi hijo y me retiré al campo donde pasé los últimos años en los prados y en los huertos, alejado del hedor, del estrépito y de la humareda de los trenes, como para purificarme, para limpiar mi alma, para recobrar mi niñez de pastor inocente.

Si cometí alguna falta en lo que hice, no lo sé. Sólo una cosa sé ahora con certeza: que el desdén de Dios es más misericordioso que la admiración de los hombres.

CARLOS DINDORF

ÁNGEL

¿No eres tú uno de los que consumieron toda la fuerza del ingenio sobre la letra de los viejos libros paganos hasta el punto de dejar aparte el libro de la vida y el libro de Dios? ¿Querrás, por lo menos hoy, acordarte de tu alma?

CARLOS DINDORF

¿Qué culpas quieres que haya podido cometer? Tú deberías saber cuál fue mi vida. Hasta los ochenta años todos mis días fueron gastados en cuidar la reimpresión de los escritores antiguos de Grecia y de Roma. Fui, desde los días escolares en adelante, el asceta y el mártir de la filología. Nada en el mundo me sedujo y me apasionó fuera de un bello texto clásico, de un códice sin lagunas y no falaz, de un fragmento nuevo inadvertido para los investigadores, de una edición bien anotada, de un comentario desconocido, de una cita rara, de una conjetura feliz, de un escollo inédito, de una miscelánea humanística, de un léxico desbordante de ejemplos, de un índice providencial, de un repertorio inerrante. Mis únicos goces eran el descubrimiento de una variante persuasiva, de una genealogía de manuscritos, de una interpolación segura. El ideal supremo de mi trabajo era el de ofrecer un texto auténtico y definitivo de los monumentos de la antigüedad, interpretar y comentar aquellas veneradas obras maestras, a fin de hacerlas comprender y amar mejor. Perdía los ojos y los meses confrontando códices e impresos y a los demás mi vida podía parecer árida, aburrida, inútil, acaso locura. Pero yo demostraba, del modo que es dado a un obrero de las letras, mi amor por aquellos magnos espíritus que habían enseñado e iluminado al mundo durante tantos siglos. Me parecían aquellas obras como estatuas mutiladas, estropeadas, sucias, desfiguradas por las injurias del tiempo y de los hombres, envilecidas por las señales del fuego y del barro y yo experimentaba una alegría indecible limpiándolas, liberándolas de aquel fango y de aquel polvo hasta hacerlas lucir de nuevo a los ojos sorprendidos de los lectores más dignos.

Raramente podía y sabía gozar de la divina belleza de aquella poesía, de la sublime profundidad de aquel pensamiento porque me apremiaba demasiado la grafía, la puntuación, la reconstrucción formal del verdadero texto. Era como el pobre borriquillo que suda y se dobla bajo el peso de los barriles de vino que a él no le servirá, sino a la embriaguez ajena.

Y a veces, al salir de mi despacho o de la biblioteca, sentía la tristeza y casi la vergüenza de olvidar tantas bellezas de la creación, tantas alegrías de la vida, tantas exaltaciones de los sentidos y de la inteligencia, y los éxtasis que podía ofrecer la naturaleza con su generosidad infinita, la poesía y la música con su portentosa magia, y encerrarme a investigar los signos desvaídos de los muertos sobre los pergaminos arrugados y los viejos papeles que saben de fúnebre humedad. Hubiera podido amar a una mujer, salvar a un alma, educar a un joven, combatir por mi patria, descubrir una eficaz verdad en vez de perder mis días y mis noches para quitar un poco de moho a una antigua comedia o poner en su justo punto un justo adjetivo.

Pero resistí, aun en la flor y en el hervor de la juventud, a todas las tentaciones carnales y sentimentales del mundo. Poco tiempo me quedó para ser hombre entre los hombres, hijo del tiempo, agradecido a mi Dios. Renuncié a todos los afectos, a todos los vínculos, incluso a los de la cátedra. No hice otra cosa que leer volúmenes, descifrar palimpsestos e incunables, copiar poemas y tratados, quitar cizaña y errores, corregir pruebas de imprenta y amontonar ediciones y volúmenes. Y si tuviese que volver a empezar, a mi elección, una segunda vida, volvería a hacer lo que hice, mejor, pero no otra cosa. Aun hoy sueño con nostalgia en mis tardes de estudio, en mis queridos volúmenes alineados, en mis afortunadas empresas filológicas, tan frías, tan taciturnas, tan penosas y, sin embargo, para mí, tan embriagadoras.

Si en aquella docta manía, si en aquella semiceguera voluntaria, si en aquella deserción del presente y de lo cotidiano hubo, a la mirada del Dios supremo, error y pecado, yo no sabré de qué modo justificarme y la pena no me hará renegar de la antigua alegría.

PETERSDORF

ÁNGEL

La esperanza de descubrir los secretos de Dios, de imitar su obra, de ocupar su puesto, guio toda tu vida. No quisiste otro Dios que lo verdadero, pero hoy el último verdadero muestra como ilusiones tus adoradas verdades. Al hombre más que al científico se le dirige aquí la suprema pregunta.

## PETERSDORF

Y estoy dispuesto a responderte. Ni la muerte ni la resurrección han cortado o enervado mi naturaleza de investigador de la realidad que nunca conoció cansancio o temor. Si lo que veo y sé en esta hora está en oposición con mis últimas hipótesis no es capaz, sin embargo, de hacerme renegar de los esfuerzos de mi pensamiento y de la dignidad de mi vida. Las que me parecieron verdades podían ser y eran construcciones provisionales y falaces del espíritu, pero lo que vale en el hombre es el ideal que mueve el espíritu para construir con tenaz fervor aquellos caducos edificios.

Los ideales que inspiraban y alentaban mi trabajo me parecen, aun hoy, elevados y nobles, dignos del hombre, no indignos de Dios. Eran, por decir tan sólo los primeros, el leal respeto a la realidad, la ambición de hacer la inteligencia cada vez más capaz de reconocer y definir las más ocultas leyes de la naturaleza, el deseo de proporcionar a los hombres fórmulas cada vez más eficaces para hacer su vida menos dura, menos oscura, menos breve.

Renuncié a toda seducción demasiado humana para dedicarme enteramente a la investigación de la verdad. No quise esposa, ni hijos, no pensé en ganancias ni me cuidé de los honores. Me bastó tener una cátedra, un laboratorio, un editor, los medios para aprender y para transmitir a los jóvenes lo que había captado interrogando a la naturaleza. Mi vida fue la de un asceta que vive cada día y cada hora en la contemplación de su Dios, en el servicio de su Dios. No tuve otro Dios ante mí, lo confieso, y si fue desventura fue también grandeza.

Paciencia, serenidad, constancia, eran mis virtudes capitales. He consumido infinitos días tembloroso, he pasado infinitas noches insomne expiando el curso de una experiencia dudosa, persiguiendo apasionadamente un principio apenas vislumbrado, una fórmula más exacta, una ley unificadora e iluminadora. Nadie que no los haya probado puede imaginarse estos goces y estas torturas. No creo que mi alegría del descubrimiento fuese superada por la victoria de los amantes o por la creación de los poetas.

A mis ojos nada valía fuera de la ciencia exacta, de la revelación y el dominio del universo. Sólo la ciencia hubiera debido reinar sobre las mentes y sobre los pueblos. Todo el resto era, para mí, engaño, ficción, ilusión, juego, oropel, opio.

No quiero ni puedo ocultar el fondo de mi pensamiento. La religión, para mí, era la magia blanca de los sencillos, la unión de los poderosos, el reconstituyente de los débiles. Y por eso pretendía conquistar uno de los últimos territorios de lo sobrenatural: la aparición de la vida. Mi sueño máximo era descubrir el origen natural, mecánico y químico de la vida sobre la tierra. Hubiera querido, más bien, repetir en mi laboratorio el surgir del viviente del



seno de lo inerte, quitar a Dios uno de sus privilegios y monopolios, hacerlo aparecer como intruso y superfluo aun a los ojos de los devotos e ignaros.

No obtuve la victoria, pero cuando me pareció que estaba próximo a conseguirla fui restituido a la tierra. Me sirvió de consuelo en la víspera de la muerte la esperanza de que otros investigadores, más afortunados que yo, consiguieran, al fin, crear la vida a despecho de los teólogos de cualquier color.

He dicho honradamente lo que de mí valía la pena recordar. Cualquiera que haya de ser mi suerte, no negaré nunca el amor a la verdad que llenó mi vida.

DAR WIN

ANGEL

Tú, Carlos Darwin, en la tierra fuiste, aparentemente, un acomodado caballero estudioso, un poco tacaño, un poco mezquino, un poco maniático, pero sin una gran carga de pecados comunes. Toda tu culpa estuvo en el orgullo del pensamiento. Hasta tu tiempo los hombres creían que lo inferior era obra de lo superior, es decir, que todos los seres, desde el gusano del agua hasta el hombre pensante, eran obra di recta de Dios. Y este origen confería dignidad a las criaturas, salidas de la mano divina, y daba a todas la esperanza de un retorno a Aquel que las había sacado de la nada.

Tú trataste de trastornar esta fe. Enseñaste que lo superior deriva de lo inferior; lo más perfecto, de lo menos perfecto: el hombre mismo, vicario terrestre de la divinidad, de los brutos.

Y tu fin secreto fue el rebajamiento del hombre y la extradición de Dios. El hombre no era ya un Dios decaído, sino sólo un cuadrumano ambicioso y afortunado; el Creador era casi expulsado de su creación, reducido a mito superfluo y, por eso, condenado y caduco. El cambio del hombre lo explicaste con la guerra y con la lujuria. La necesidad de llenar el estómago y de vaciarse en la cópula fueron, según tú, las razones que impulsaron al bruto a transformarse en ser humano. El hombre ya no estaba en relación personal con el Creador y acaso era él mismo el inventor de Dios. Fuiste, pues, un aliado de los que querían envilecer y humillar al hombre, expulsar y matar a Dios.

DARWIN

Yo sólo fui un paciente observador de la naturaleza y no tengo culpa si Dios puso tanta semejanza entre los monos y el hombre.

Y me parece no haber humillado al hombre haciéndolo descender de los animales inferiores. Que él haya logrado, a través de milenios de esfuerzos y de ingenio, elevarse desde la oscuridad de la vida feroz es, para él, prueba de grandeza y título de honor. Yo le di la esperanza de superarse a sí mismo, de sobrepasar su condición humana para engendrar una nueva especie superior a él, más próxima a la perfección, esto es, a Dios. La caída del hombre desde la perfección primitiva era para él una vergüenza. Yo enseñé, por el contrario, la ascensión victoriosa del hombre desde las basuras de la animalidad, es decir, su triunfo y su gloria.

## ÁNGEL

Olvidas, sin embargo, que con tu presuntuosa conjetura venías a quitar el fundamento mismo de la Redención. Si el hombre no está caído, sino que se ha levantado con sus solas fuerzas, la venida de Cristo a la tierra y su sacrificio no tendrían ningún sentido; el hombre habría perdido sus más altas esperanzas. Es decir, traicionaste al Dios que en tu juventud te habías preparado a servir como sacerdote cristiano.

De las dudas que inspiraste en las almas, de las ofensas que hiciste a la dignidad del hombre habrás de responder delante de Aquel a quien, por astuta vileza, dijiste que no conocías.

## GYULA ERDOS

Sólo a medias viví en la tierra y entre los hombres y tan abstraído que no logro recordar culpas dignas de ser confesadas en este supremo día.

De un solo pecado —si parece pecado al Padre que está en los cielos— he de reconocerme culpable: haber olvidado, descuidado y despreciado a las criaturas terrenas por haberme abandonado enteramente a la contemplación del cielo. No fui teólogo ni místico, sino simplemente astrónomo adscrito a un gran observatorio de mi patria. Mi nombre permaneció oscuro porque no hice ningún descubrimiento digno de recuerdo, pero creo que pocos hombres fueron como yo atraídos por el objeto de su amor y de su estudio. Vivía, aparentemente, en la tierra, junto a los árboles, ríos, campos, hombres y casas, pero en verdad toda mi mente, todas mis facultades para sentir y meditar estaban enteramente transferidas y sublimadas en aquella visión celeste que se abría ante mi mirada y mi corazón en cada noche

serena. Mi cuerpo enjuto y encorvado se movía sobre la tierra, pero mi alma habitaba y adoraba el firmamento. Odiaba a un solo astro: el sol. Con su fulgor excesivo me robaba el goce de todas las otras maravillosas criaturas que poblaban el luminoso infinito. Sabía cuán necesario era el sol para la tierra y para la vida humana y, sin embargo, no podía vencer una especie de absurdo rencor contra aquel globo de llamas que me parecía hinchado y prepotente intruso, obstáculo cotidiano para mi celestial felicidad. Las noches de bruma y de lluvia eran para mí noches de ira y de insomnio y al no lograr dormir trataba de engañar la angustia hojeando atlas estelares y fotografías de planetas. Mi júbilo y mi triunfo eran las noches límpidas de enero y de agosto, cuando la pureza del aire me permitía reconocer y saludar a millares y millares de faros amados. El cielo parecía más vasto y más solemne; las estrellas más apretadas y más fúlgidas; las nebulosas más solitarias y solemnes. Encorvado sobre el espejo del gran telescopio contemplaba a mi placer las misteriosas figuras de las constelaciones, las pálidas muchedumbres de los astros más remotos, la plácida luz de los planetas, la gigantesca riada luminosa de la Galaxia, las masas lejanas semejantes a islas formadas por innumerables mundos en el ilimitado espacio que vence a toda imaginación, el crecer y florecer en el fuego cada vez mayor de las estrellas nuevas, las espléndidas hijas de la conflagración de soles muertos. Y de cuando en cuando la aparición de un cometa errante, pero fiel al retorno, que arrastraba su hosca crin siniestra, y al mismo tiempo majestuosa, entre la plebe de los astros menores. De cada estrella conocía el nombre, el tamaño, la edad, la posición, la historia y, a menudo, aun los elementos que la formaban. El color me decía si era joven nacida hacía pocos milenios o bien estaba próxima a la muerte; las nebulosas eran, a mis ojos de astrónomo, como criaturas grávidas de una esplendorosa prole futura. Para mí las estrellas eran criaturas vivientes que nacían y florecían, que decaían y se extinguían lo mismo que los hombres, y nada me importaba si su vida se medía por siglos de milenios en vez de días, como nuestras vidas.

Entre los astros tenía mis predilectos; los amigos, aquellos que había conocido antes, que me parecían más admirables y benignos, y a éstos los amaba bastante más que a los efímeros y grises seres que tenía junto a mí en la tierra. Me resignaba a vivir en el planeta sólo porque pensaba que éste era también un astro —aunque minúsculo y sin esplendor— y que en un día lejanísimo había formado parte de un joven sol.

El verdadero mundo, el mundo auténtico y real era para mí el nocturno, el celeste, el que me proporcionaba la embriaguez de la infinitud y de la eternidad. El mundo terrestre era para mí una mediocre celda de observación, semejante a lo que puede ser el cuartucho de un portero en el palacio de un emperador. Toleraba las miserias del día por alcanzar la alegría de la noche. Las cosas de la tierra sólo me daban fastidio y disgusto. Abandoné a mi madre para seguir mi vocación y sólo la volví a ver muerta; me casé con una muchacha que tenía la misma pasión que yo, pero bien pronto la afligí con mi descuido y fue mi víctima mientras vivió; no me cuidé de los hijos y uno de ellos, por mi culpa, abandonó la casa y la patria y fue muerto misteriosamente en un país lejano. No amé a mi patria terrestre, no tuve verdaderos amigos, sino simplemente compañeros de investigación o anónimos subordinados y toda mi religión se redujo a un desesperado deseo de dejar el miserable planeta donde había nacido para ascender a la verdadera vida en las alturas del firmamento. No tuve otras alegrías, otros deseos, otras ambiciones, otros placeres fuera del conocimiento y la contemplación del cielo

y más que cualquier otra cosa me agradó, como al poeta italiano, naufragar dulcemente en el mar del infinito.

Esta mi frenética pasión me borró del alma amores, deberes, y todo humano afecto, todo lo que ligaba y consolaba dulcemente al hombre con los hombres. Si esto es culpa, confieso ser el más inhumano pecador que haya vivido sobre la vieja tierra.

## LOCOS Y EXTRAVAGANTES

### LIU LING

¿Para qué hablar? Todos conocen mis desventuras y mis locuras. ¿Quién no recuerda, entre los hombres, al poeta Liu Ling, uno de los siete poetas del bosquecillo de bambú?

Grandes fueron mis culpas. Dos, las mayores: amaba demasiado el vino y temía demasiado a la muerte.

Había nacido poeta, pero la poesía no guiaba mi pincel, si no estaba alegre por la embriaguez.

Había nacido poeta y gozaba inmensamente, más que cualquier otro hombre, de la belleza del mundo: la veladura de las nieblas sobre los montes turquesa, los colores apagados de las últimas hojas otoñales, la felicidad de las llores que se abren a la primera luz de la primera mañana de primavera, la variedad de los reflejos del bambú en las aguas del río, los cautelosos juegos de la luna en los surcos de los arrozales. Sabía gozar, te digo, toda la belleza del mundo y por eso me espantaba el pensamiento de tener que dejarla para siempre. Cuando más fuerte me atenazaba el terror del fin, copeaba con los amigos o trincaba solo, encerrado en mi cabaña sobre el monte. El vino me concedía, durante algunas horas, doble gracia: el alivio de la poesía y el olvido de la muerte. La vida sedentaria aumentaba mis tristezas y entonces abandoné para siempre mi casa y mi patria. Comencé a vagar por todo el imperio en un carro tirado por un búfalo. En el carro llevaba únicamente un barril de vino, que hacía llenar a menudo, y un ataúd.

Y tenía un solo compañero de viaje: un sepulturero con su azada. Durante mucho tiempo vagué por campos y pueblos y no me quedaba en ningún lugar más de un día, bebía para cantar y cantaba para desahogar mi corazón oprimido. El vino apagaba el temor de la muerte, el ataúd hacía más familiar y, por eso, menos horrible la espera del fin. Buscaba en el verano las altas nieves de los montes; buscaba en el invierno los tibios soles del mediodía. La sombra de una rama florida bajo el armonioso movimiento del aire me detenía encantado; y me ¡posaba sobre las hierbas de la orilla a contemplar el plateado agitarse de los peces y el aspirar de los remolinos. Sobre los viejos muros musgosos y agrietados de un templo en ruinas encontraba las señales y los versos de una poesía que aún no había tenido tiempo de trazar con mi pincel.

Bebía continuamente y dormía en el carro y del sueño sólo me despertaba para beber y para escribir. Al sepulturero que me acompañaba le decía con frecuencia: Apenas muera entiérrame donde quieras, pero pronto.

Aun en esto fui desventurado. A despecho de tanta previsión nadie me enterró. Una tarde que subía por un monte y la niebla del crepúsculo ocultaba el camino le falló un pie al búfalo cansado y todos nos precipitamos en un abismo profundo entre las agudas rocas de un torrente. El carro se deshizo, el ataúd se deshizo, mi compañero se destrozó por el golpe. Yo sobreviví hasta el alba, en el destrozo de los miembros descuartizados. Gemía y gritaba, pero nadie me oyó. Cuando muchos años después encontraron mi cuerpo, no quedaban más que unos pocos huesos blanqueados por las lluvias y por las avenidas.

Este fue el desesperado final del pobre Liu Ling, uno de los siete poetas del Bosquecillo de bambú.

SEBASTIAN BRANT

ANGEL

Juzgaste locos a todos los hombres y describiste, para ridiculizarlos, sus bufos y torpes excesos. Debes decir, aquí, si te inspiró la verdadera voluntad de llevar al bien o la maligna complacencia del desahogo satírico.

SEBASTIÁN BRANT

Creo que hubo en mí una y otra inspiración y no puedo discernir cuál de las dos prevaleció. Tú sabes qué enredada y variopinta madeja era el alma humana y cuanto más la

desenredaba Dios más la enmarañaba el diablo.

Quería ser un fustigador de vicios y de errores, pero era también un poeta, o mejor, un versificador incontinente y tú sabes qué casta eran los artistas: el escarnio moral era a menudo una máscara de rencores y de venganzas.

Los locos representados y fustigados en mi libro eran, en verdad pecadores; sucios más que locos. No por equivocación mía, sino con exacta intención. A mi modo de ver, los únicos hombres juiciosos eran los santos, esto es, aquellos que aceptan alegremente vivir una hora en el tufo y en la oscuridad de una letrina llena de tábanos y de tarántulas porque saben que después vivirán millares de años en las más airosas, espaciosas y suntuosas aulas del Eterno Rey.

Todos los demás, esto es, los que rechazaban o no recordaban aquel convenientísimo pacto, eran, a mi parecer, verdaderos y propios de mentes.

Advertí, en efecto, que las llamadas locuras de los hombres no eran más que hipérboles o consecuencias de los pecados. El delirio melancólico nacía de la pereza y del remordimiento; la megalomanía, de la soberbia; la manía persecutoria, de la vileza y del orgullo; el furor erótico, de la lujuria; la locura furiosa, del vicio de beber y de la ira; las obsesiones, de los delitos reprimidos o intentados. La locura era, pues, hija legítima del pecado. Por lo tanto, voluntaria o, por lo menos, culposa; castigo más que enfermedad.

Muchos perdonaban la locura o la provocaban o la fingían porque la locura, a los ojos de los más, era una coartada, una sustitución del derecho de asilo. El loco era considerado no responsable y, por eso, no juzgable, no condenable. Había quien se precipitaba y naufragaba en la locura con la esperanza de la impunidad en aquella y en esta vida. Quise desengañarlos y corregirlos y recurrí a las carcajadas y a los zurriagazos del estilo cómico. Mi guía era la fantasía y a la luz de esta linterna descubrí enajenados y dementes en todos los caminos y estancias de la tierra. Sufría y reía al mismo tiempo. Estaba hecho Heráclito y Demócrito con una sola boca en dos. Aun hoy vuelvo a ver aquella desgraciada chusma navegando hacia la muerte, y ríe y sus carcajadas parecen gemidos, y canta y los cantos eran más tétricos que los aullidos. Veo la cara estúpida e hinchada del beodo, la boca anhelante y babosa del libidinoso, el ceño petrificado del soberbio, el rostro desfigurado y sudoroso del rey imaginario, del dios caído, y en vez de las chanzas y del sarcasmo, como entonces ocurrió, logran de mí suspiros y movimientos de compasión y casi tengo remordimiento de aquellas antiguas bufonadas juglarescas. Bien veo ahora que la mayoría de aquellos pecadores eran más esclavos que los esclavos, más martirizados que los mártires, y que aquellos míseros locos eran más dignos de lágrimas que de desprecio.

No tengo más que una razón para esperar: también me puse a mí entre los locos embarcados en el bajel de la vida. Loco, porque por doquier veía locos; loco, sobre todo, porque estúpidamente me imaginaba poder debilitar el pecado, esto es la locura, con las trovas y las pullas de un poema burlesco. Hubo en mí, por lo tanto, una locura nacida del orgullo y pido ahora el perdón al Padre de piedad y a los hermanos de vergüenza.

## GUILLAUME MONOD

Ninguno de los resucitados puede estar tan confuso y aterrorizado en este día como yo. De muy distinto modo lo soñaba y esperaba allí abajo. En mis delirios terrestres me veía en el lugar más elevado: juzgador y no temeroso.

Y ahora soy aquí acusado entre los acusados, y más que a los otros «I corazón me desfallece.

No es que mi alma esté gangrenada por alguno de aquellos pecados, aun gravísimos, que estaban al alcance de los más pequeños, de los más vulgares.

Uno de mis pecados más locos consistía, por el contrario, en creerme orgullosamente sin pecado, inocente como un niño, puro como un santo.

Esta insensata presunción no fue más que una forma del monstruoso pecado que devoró mi vida entera: el orgullo. Un orgullo mayor que el de Satanás. Satanás sabe que Dios lo ha vencido, que él es inferior a Dios y que nunca será Dios. Por el contrario...

La primera forma de mi soberbia fue la negación. Aunque hijo y hermano de ministros de Dios y, yo mismo, pastor de almas, me alcé contra la divinidad de Cristo. ¿Había, quizás, en aquella rebelión un secreto estímulo de celos? Si yo no soy más que un hombre tampoco Él había de ser más que hombre. Fui excomulgado y por miedo de algo peor abjuré mi error. Pero los enemigos no me dieron tregua. Aprovecharon cierto desorden de mi espíritu, debido al exceso de luz que me ofuscaba el alma, y me llamaron loco y como entre mis enemigos estaban mis propios hermanos lograron hacer que me encerraran entre los enfermos de la mente.

Pero, precisamente, en aquella horrible cárcel oí un día con claridad la misma voz del Señor que me revelaba mi verdadera naturaleza. Era su hijo, un nuevo Cristo.

Muchos, en aquellos cepos de inculpables, pretenden ser hijos o hermanos de Dios pero su locura se manifiesta con otros mil signos. A mí me sucedió lo contrario. Apenas he recibido aquella inaudita revelación toda la apariencia de mis males desapareció y los propios médicos se persuadieron de la curación de mi espíritu. Fui liberado, pero sólo a unos pocos discípulos de confianza les hice saber la verdad de mí ser. Al pasar el tiempo otros creyeron en mí, se formó una verdadera iglesia que veneraba en mí al segundo Jesús y, al fin, declaré públicamente mi dignidad de nueva encarnación divina.

Cómo llegué a aquella certeza, a la persuasión de ser verdaderamente un Dios en la tierra como el que apareció en el pesebre de Belén y desapareció en la nube del cielo de Galilea, no sabría decirlo con palabras capaces de unir el movimiento ondulante de lo verdadero. Ni siquiera las irrefutables enseñanzas del sepulcro me han despejado lo bastante.

Hubo, realmente, motivos intelectuales de una fantástica teología. Si Dios había encarnado una vez en un hijo de mujer, ¿por qué no habría podido repetir la prueba? Hacía mucho tiempo que la tierra había asistido a la primera epifanía y los efectos se habían debilitado o enfriado con el tiempo. Era necesaria una segunda manifestación, distinta de la primera y, sin embargo, capaz de continuar el mensaje interrumpido desde hacía dieciocho siglos y de suscitar una resurrección de amor y de fe. Creía, por ejemplo, que era necesario llevar más adelante la divina humanidad de Jesús y su infinita misericordia.

El Evangelio tenía que alcanzar, con nuevos codicilos y corolarios, sus últimas y naturales consecuencias. Jesús había reconocido y gustado la alegría del banquete; yo añadí el reconocimiento de las alegrías del matrimonio. Cristo había prometido el perdón a los pecadores, pero sólo a los que se arrepentían; a los obstinados les amenazó con fuego y rechinar de dientes.

Yo quise ser más generoso. Anuncié la abolición total del infierno. Todos, después de una vigilia más o menos larga, tendrían la eternidad de una vida feliz. Como Cristo vino a perfeccionar la Ley, yo me imaginé poder completar el Evangelio. Pero éstos eran los apoyos y los colores de la inteligencia. La razón profunda y primera fue la voz que mis oídos escucharon y que creí firmemente ser la voz de Dios. Dios no puede mentir y no puede engañar. Si Él me proclama Cristo, ¿tendré yo derecho a desmentirlo y desobedecerlo?

No advertí que el orgullo reprimido, pero luciferinamente profundo, me hacía creer que aquella voz fuese de veras la voz del Padre que está en los cielos. En el fondo de la oscuridad de mi vida de mediocre dispensador de la Escritura, germinó y estalló el invencible impulso de una revancha de la soberbia inconfesable. La nada que llevaba mi nombre aspiró a serlo todo. La criatura humillada quiso equipararse al Creador. No pudiendo sobresalir entre los hombres se hizo elevar a Dios.



Y, sin embargo, en algunos instantes me pareció, en verdad, contener o, más bien, no saber contener en mí el alma de un Dios. Una luz imperiosa me separaba de lo real, una embriaguez de fuego y de llanto me arrebatava de mí mismo. Tenía, a veces, el mismo sentimiento que tendría un volcán cuando de sus entrañas tumultuosas sube la hirviente lava hasta colmar el cráter y lo sumerge para desbordarse en torrentes rojos sobre la negrura de la noche. En aquellos momentos sentía poseer, realmente, el derecho y la fuerza de un Dios.

Pero aquellos momentos fueron raros. Y no sé darme cuenta aún por qué satánica ceguera no advertí el infinito pero evidente contraste que había entre la mezquindad de mi alma y de mi vida y la terminante afirmación de mi divinidad. No era más que un mísero pastor asalariado del Consistorio, estudioso y escritor sin grandeza ; dos veces me casé y de ambas mujeres casi tuve miedo; fui avaro, especialmente en la vejez, y dejé un vistoso patrimonio, fruto de las oblaciones de mis fieles. Mi final no fue precisamente heroico: morí a los noventa y seis años, en mi lecho, después de largos años de puerilidad senil.

Era, en suma, un Dios hasta demasiado humano, un Cristo pequeño burgués, decoroso y morigerado, pero espantosamente común, ordinario y cotidiano, sin iluminaciones de amor, sin poderes sobrenaturales. Un respetable pastor calvinista como había tantos en la Francia de mi tiempo, nada más.

Sólo la soberbia —una soberbia tanto más poderosa cuanto más inconsciente— fue causa de aquella increíble ceguera. Afirmé en vida que no tenía pecados y precisamente sobresalía en mí el pecado mismo de Satanás.

Y ahora este risible usurpador que no quiso heredar ni siquiera una espina de la durísima corona del verdadero Cristo, no se sienta en el trono, como soñó, para perdonar todo y a todos. Semejante al último de los resucitados, espero yo también, pero con mayor angustia que todos los demás, el reino de la ira y de la piedad de Dios.

Absuelve, Cristo, a este loco que, aun en su locura, tuvo un deseo digno de Ti: que todos los hombres, aun los más desesperadamente culpables, sean, al fin, reunidos y reconciliados en tu desmesurado amor.

MELOR

ÁNGEL

Tu máximo pecado fue la pereza; una pereza obstinada y verdaderamente diabólica que duró hasta la muerte. Aunque sano y robusto, no quisiste nunca doblegarte al trabajo del hombre. Siempre viviste a costa de los demás, parásito descarado y confeso, a veces, también rebelde.

## MELOR

Es muy cierto. Nunca quise humillarme, hombre cristiano y libre, a la servidumbre del trabajo. Pero no por pereza, como creyeron mis semejantes y tú también manifiestas creer. Me sujecí a sujetarme al trabajo por convencimiento profundo de mi derecho.

Dios condenó a Adán y a sus descendientes al sudor de la frente. El trabajo es, pues, una pena, un castigo, una consecuencia dura y vergonzosa del pecado. Pero yo sabía, asimismo, que el Hijo de Dios había venido a la tierra para borrar el pecado, para quitar las cargas que pesaban sobre las espaldas de los hijos de Adán, para restituirnos la plenitud de la inocencia. La condena al perpetuo trabajo tenía, pues, que ser casada, juntamente con la Ley, por el pago infinito de la Redención.

Y yo leía, efectivamente, en el Evangelio las palabras infalibles de Cristo: «Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan y, sin embargo, el Padre celestial las alimenta. Ahora bien, ¿no sois vosotros mucho más que ellas?» Y, en efecto, Cristo encontró a Pedro y a los demás discípulos en sus oficios: quien era pescador, quien recaudador, y los llevó consigo, a correr por el mundo, y nunca se ha sabido que volvieran a aquella primera esclavitud.

Únicamente San Pablo, que no había conocido a Cristo, afirmó que no debe comer el que no trabaje. Error manifiesto. ¿Trabajan, acaso, los niños? ¿Trabajan, acaso, los viejos caducos? Y, sin embargo, ¿quién hubiera tenido el pensamiento cruel de negar a los unos y a los otros un poco de alimento?

Por estas razones, has de saber, siempre he querido sustraerme a la ley común. La sumisión al deber del trabajo me pareció signo de poca fe. Y también de presuntuosa altanería: los apóstoles del trabajo se imaginaban cambiar la faz de la tierra, es decir, reformar y mejorar la obra perfecta del Creador.

Nunca he creído que el trabajo ennobleciese al hombre, como gritaban algunos mohosos moralistas. La experiencia me demostraba que el trabajo, especialmente el material, embrutece al hombre, lo deprime, lo abate, lo mortifica, apaga la chispa divina que hay en él. El trabajo jamás me pareció noble, sino más bien asunto plebeyo para plebeyos.

Nunca quise someterme a aquella pecaminosa humillación. Mientras vivió mi padre pude, sin cuidado, quitarme el hambre. Después comenzaron las intimidaciones, las amenazas, las persecuciones. Sólo a los ricos se les reconocía el derecho al ocio y yo era pobrísimo. Aquella sacrílega injusticia me confirmó en mi resolución. Fui detenido, condenado por vagabundo, encerrado en casas de locos y en casas de pena y hasta maltratado y azotado. Pero no quise ceder. Estaban obligados a darme un poco de alimento, lo que basta para no morir, y no pedía más. Y, por otra parte, no tenían ánimo para matarme, pues el ocio voluntario no era considerado entonces como delito capital. Pero aunque me hubieran ahorcado no hubiesen podido corromper mi fe ni mi voluntad.

Fui considerado mentecato y fue mi salvación. Decían: ¿Cómo se podría vivir sin que alguien trabaje? Y respondía: ¿No habéis oído la promesa hecha por el Hijo en nombre del Padre? Mientras no tengáis fe absoluta en aquel alimento que Dios proporcionará a sus criaturas seréis condenados al trabajo.

Vuestro afanarse por hacer y producir es prueba de vuestra incredulidad. No tenéis confianza en las palabras de Cristo y como castigo seguís bañando la tierra con sudor. Yo me he liberado, según veis, y como premio vosotros mismos me habéis dado cada día un poco de alimento para mi cuerpo.

Pero todos se reían y ninguno meditaba mis palabras, nadie quería seguir mi ejemplo.

Reconozco ahora haber sido un loco, un loco razonador, es decir, víctima de la peor especie de locura que hubo en el mundo. Pero, en verdad, no hubo en mí ningún pecado y espero sin temor la sentencia divina.

RAFELSEN

Quieres saber cuáles fueron mis culpas. De una sola quiero justificarme; las demás fueron semejantes a las de todos y no merecen apologías.

Una, sí; la mayor: no quise perdonar a los hombres el fracaso de mi sueño.

Desde joven la vida humana me pareció abyecta, sucia, bárbara, angustiada y angustiadora. Mis semejantes me inspiraban una profunda conmiseración; más a menudo, escalofrío, repugnancia y temor. Me parecían, según las veces, salvajes y decadentes, infantiles y seniles, víctimas siniestras de la naturaleza y de la fortuna, esclavos de la

bestialidad y conjunto de misteriosas nostalgias celestiales; los más infelices y, al mismo tiempo, los más repugnantes de los seres que la tierra soportaba y nutría.

Tenían aspiraciones de semidioses y fuerzas de gusano, deseo de elevación y atracción hacia la basura, pagaban unos instantes de placer con años de fatigoso tedio, compensaban las breves horas de alegría con la humillación y la infamia. No lograban conquistar la verdad plena, ni la belleza perfecta, ni la fe segura, ni la resignación constante, ni el amor total. La memoria les era tan funesta como el olvido, no toleraban la guerra, pero no sabían conservar ni soportar la paz. Demasiado divinos para alcanzar la inconsciente felicidad de los brutos, demasiado brutos para lograr la beatitud contemplativa de los ángeles.

El hombre me hacía el efecto de un friolero gorila más perverso que progresivo, que, no contento ya con encaramarse a los árboles, había intentado la escalada del cielo y se había quedado a mitad del camino, más cerca de las cloacas que de las estrellas.

Pero cuanto más reconocía su desventura, más le amaba. También yo sufría por aquella suerte miserable, por aquellas promesas no mantenidas, por aquel inútil pero perpetuo desgarramiento.

Pensé entonces que había una sola vía de rescate: la transformación del alma humana. Era inútil predicar, enseñar, exhortar, amenazar, castigar, mientras la naturaleza del hombre permaneciese como era. Era inútil cambiar los regímenes políticos, sustituir las viejas religiones, cambiar las filosofías, renovar los métodos y los lenguajes, reformar las leyes, inventar nuevas máquinas, si en el hombre permanecía constantemente el antiguo animal unido a un aborto de ángel, con sus facultades rudimentarias, con sus fuerzas pobres, con su mente ruda, con sus anhelos opuestos y su alma, a la vez, torpe e inquieta.

Toda creación del hombre es fruto de su espíritu. Para que los frutos fuesen más substanciosos y sabrosos y saludables no había más remedio que elevar el espíritu, transformarlo, sublimarlo. Los viejos alquimistas soñaban con la transmutación de los metales; yo me propuse la gran obra de la transmutación de los hombres.

Surgían, alguna vez, entre nosotros hombres bastante parecidos a los que anhelábamos: los genios. Genios de la santidad, genios del pensamiento, genios del arte. Pero eran casi siempre perseguidos, a menudo incomprendidos, raramente emulados. Mi sueño, o mejor, mi locura era inventar el arte de obtener el genio a voluntad, de hacer que todos mis hermanos se convirtieran, con el tiempo, en espíritus superiores, en hombres de genio.

Repetir las verdades del Cristianismo, aunque fuese con palabras elocuentes, me

parecía empresa vana porque no se obtenían más que escasos y efímeros efectos. Había, por el contrario, que cambiar en lo íntimo el corazón del hombre, extirpar el amor propio, purgar sus instintos de primitivo, disminuir en él toda forma de concupiscencia. Y me parecía inútil excogitar y difundir nuevos sistemas de metafísica. Bastante mejor, por el contrario, robustecer, purificar, metamorfosear la inteligencia humana hasta hacerla capaz de alcanzar libre y espontáneamente definitivas iluminaciones.

Bello y santo me pareció este sueño de la transmutación de las almas. Y me dispuse a la heroica empresa de rehacer radicalmente el espíritu humano.

Reconocía que habían habido tentativas de una replasmación de los hombres: la Iglesia, el ejército, ciertas comunidades religiosas o políticas. Pero me parecía que habían sido intentos parciales, empíricos, para fines particulares, no siempre justos y afortunados. Yo miraba a un cambio mucho más profundo y más universal. Me proponía fundar una verdadera y auténtica alquimia espiritual que habría debido llevar al género humano, en el transcurso de pocas generaciones, a una etapa nueva de su historia, a un estadio indeciblemente más elevado de su vida. El hombre tenía que dar un paso más hacia Dios, alejarse de la animalidad, superarse a sí mismo.

Dos problemas hubiera tenido que resolver para lograr una transmutación semejante. ¿Cuáles eran los fines que se proponía tal cambio? ¿Cuáles los medios más eficaces para conseguir aquella reeducación esencial de las almas? Años y años de meditaciones y de experiencias me demostraban lo absurdo de mi sueño. Para escoger los fines más dignos de ser perseguidos hubiese sido necesario que yo hubiese subido ya hasta aquel estado superior del alma deseado por mí para todas las criaturas humanas. Pero ¿era posible, o más bien deseable, que la transformación se produjese en todos en las mismas direcciones y en la misma medida? Una sociedad de genios dedicados todos a la contemplación y a la creación ¿hubiera podido vivir sin una turba de ilotas que sudasen por ellos? Y acrecentando en todos la vida del espíritu, que a menudo es tortura, ¿no se corría el riesgo de aumentar la infelicidad y la desesperación? ¿Y en nombre de qué principio reconocido legítimo por todos, el poder supremo de la humanidad hubiera podido imponer a todo nacido de mujer aquel cambio integral de ánimo y de naturaleza?

Todavía más difícil parecía el problema de los medios. Una radical pedagogía de la especie humana no podía contentarse con las fórmulas incompletas y dudosas de una tradición contradictoria. Para la tarea nueva, mucho más titánica, hacía falta una gran arte, enteramente nueva, magia reflexiva y archipoderosa. Y aquí estuvo el principio de mi fracaso. En la exaltación de mi sueño no había investigado bastante la premisa fundamental: ¿Era, en verdad, posible una transmutación total y fundamental del alma humana?

No podía hacer experiencias con los demás; las intenté conmigo mismo. No obstante

mi repugnancia y mis imaginaciones proféticas, me di cuenta de que yo no era mucho mejor que aquellos a los que deseaba mejorar a toda costa. Existían en mí gérmenes, sedimentos y posos de todas las enfermedades espirituales del hombre, pecados, impotencias, resistencias, vergonzosas debilidades y obstinadas sorderas. Quise afrontar la transformación de mi alma y, a pesar de que mi conciencia estaba vigilante y mi voluntad continuamente estimulada por el gran sueño, me di cuenta con mortificante estupor de que no era capaz de liberarme de las inclinaciones más comunes, como la pereza o la carnalidad, que desde la adolescencia dominaban en mi ser. Raras victorias y no duraderas, compensadas pronto con recaídas más viles, me persuadieron de que mi sueño, tan generoso y fascinador en las primeras esperanzas, no era más que el juego de una fantasía estérilmente soberbia, la absurda revancha de un eterno vencido.

Pero la derrota fue para mí tan dolorosa que no pude perdonar a los hombres, y la ingenua piedad de mi juventud se convirtió, poco a poco, en rencor y en acritud de remordimiento y de acusación.

El único cambio acaecido en mí fue éste: el amor demasiado cerebral por los hombres se agrió en resentimiento despechado y en árida melancolía.

Tal fue mi culpa; pecado contra los hombres y pecado contra Dios. Pecado, pero que tuvo su primer impulso en el amor, y, por lo tanto acaso no indigno del amoroso perdón de Dios.

FEODOROF

ÁNGEL

¿Eres feliz, Feodorof, al ver tu antiguo sueño hecho verdad? Pero ¿por qué fantaseaste anticipando con fuerzas humanas la resurrección universal? ¿No intentabas, así, usurpar uno de los oficios propios de Dios?

FEODOROF

No cambies en agror la dulzura de este día.

Demasiado turbada está en mí esta dulzura por la vergüenza de mi fracaso. No creas que me arrepiento de aquel gran sueño; por el contrario, me consume constantemente el

resquemor de la derrota.

¿Qué pecado cometí al exhortar a los hombres a que se unieran en el amor de Cristo para obtener con nuestras fuerzas la resurrección de los antepasados?

No podía soportar el pensamiento de la muerte, el pensamiento de que todos los que habían reído y sufrido y esperado bajo el beso del sol fuesen ya trofeos de huesos polvorientos en las tumbas o puñados de barro en los senderos y en los campos del mundo. La muerte me parecía una absurda injuria de la vida, una negación de la fe y de la luz. Todo cadáver lo sentía como un remordimiento; cada urna, como un reproche. De todos los cementerios sentía levantarse imploraciones y llamadas. Cada difunto era un no que desmentía la vida de los vivientes. ¿Por qué, pues, ninguno de nosotros, vivos, sufría por su responsabilidad hacia los muertos? La vida no había de consistir sólo en engendrar nuevos vivientes, sino, sobre todo, en resucitar a todos aquellos que por cansancio o error se durmieron en la muerte.

Este olvido de nuestro deber podía encontrar excusa antes de la venida de Cristo. Después de su bajada a la tierra no era ya olvido, sino traición. Orfeo y Ulises, aunque paganos, se habían mostrado más cristianos que nosotros cuando descendieron al Hades para volver a dar libertad y voz a los prisioneros de la muerte.

¿No fue Cristo el vencedor, por esencia, de la muerte? ¿La prueba suprema de su obra de rescate no fue, por testimonio de San Pablo, su resurrección? ¿Y qué otra cosa hizo, en los breves días de su peregrinación mesiánica, sino resucitar a los muertos? La hija de Jairo, el hijo del centurión, el hijo de la viuda de Naím y, finalmente, Lázaro, recobraron por una palabra suya movimiento y respiro. En aquellas palabras y, todavía más, cuando dejó desierto el sepulcro de Nicodemos, fue verdaderamente Dios en su plenitud. El Padre fue creador, el Hijo resucitados A nosotros se nos dijo que imitásemos al uno y al otro. Si era nuestro deber de cristianos imitar a Cristo, ¿por qué no imitarlo también en aquel aspecto esencial suyo de restaurador de la vida? La obediencia a Dios y el amor hacia los padres hubiera debido, desde hacía siglos, impulsar a los hombres a aquella obra que fue el sueño de mis vigiliias. Hacer que los antepasados resurgieran de todas las tumbas de la tierra no podía ser dado a un hombre solo. Era necesario, pensaba yo, una más íntima y fraterna unión entre los hombres, de modo que nuestras fuerzas, sumadas, lograran igualar la señal de un Dios. La voluntad de hacer resurgir a los muertos habría estrechado todavía mejor el vínculo del amor entre los vivientes.

Toda la humanidad era llamada a la obra común, obra inaudita pero necesaria. Pocas almas, por el contrario, creyeron en mí y los muertos continuaron yaciendo bajo la hierba de los camposantos y volando en el polvo de los caminos y de las estepas. No fue mía la culpa; todo mío hasta este día, la amargura y el sonrojo.

Hoy es infinita mi felicidad al ver que las carnes han vuelto vivas a los huesos áridos, pero grande es también mi pena con el pensamiento de que los hombres rechazaron el preceder a Cristo en el prodigio permitido y prometido. Si esta amargura es pecado de orgullo invoco el perdón de Aquel que nos enseñó cómo devolver la vida a los durmientes.

## CORO DE LOS FILÓSOFOS

He aquí, en tu presencia, Dios único, a tus hijos más protervos, los que quisieron exilarte del mundo por igualarte.

Tú fuiste nuestra meta y nuestro tropiezo, nuestro sueño no confesado y nuestro enemigo no declarado.

Toda nuestra obra fue guerra, encubierta o abierta, contra Ti.

Como los Titanes del mito pusieron montes sobre montes para escalar la morada de los Dioses, nosotros sobrepusimos sistemas a sistemas para usurpar tu trono.

Nuestra rebelión primera fue la negación de la realidad sensible creada por tu voluntad.

Tú la quisiste prodigiosamente rica en su infinita diversidad; nosotros la rechazamos como una ofensa, como una vergüenza, como un fraude.

Nuestra inteligencia, por flaqueza o por pereza, no era capaz de contemplar el universo en su infinito fluir y refluir de infinitas formas.

Entonces opusimos nuestra negación a tu irrefutable afirmación.

Lo múltiple fue llevado por nosotros a lo uno, lo heterogéneo a lo homogéneo, el movimiento a la inmovilidad, la viviente pluralidad a la frialdad de un concepto, de un verbo, de un signo.

El universo con su irreversible riqueza de seres, de aspectos, de fuerzas, de luces, de



colores, de sonidos, no era más que un monstruoso engaño tendido por Ti a los sentidos de los hombres.

Para nosotros sólo existía la Materia con sus átomos, o el Ser, el Infinito, el Espíritu, la Idea, la Naturaleza, el Querer, lo Inconsciente, la Nada.

Tu obra admirable, Tu creación con sus esplendores y sus misterios, no era más que ilusión, mera fantasmagoría, el velo de Maya.

En seguida se manifestó de este modo nuestra soberbia luciferina, nuestro deseo de poder, nuestra presunción de colocarnos en tu puesto.

La mayor parte de nosotros, al suprimir el incómodo múltiple, colocábamos toda la realidad de lo absoluto del Espíritu, cualquiera que fuese su nombre en nuestras jergas.

Pero como todos los filósofos se consideraban que eran el ápice del Espíritu, los depositarios supremos del Espíritu, los únicos donde el Espíritu adquiriría plena conciencia de sí, sólo nosotros éramos los dueños del mundo, la esencia del universo, esto es, otras tantas divinidades.

Era nuestro satánico triunfo. A Dios, aunque fuera bajo nombres que a veces eran semejantes a tu nombre, le sustituía el Yo, nuestro Yo.

Si el universo no era, en su verdadera substancia, más que Pensamiento pensado y pensante y el Pensamiento era enteramente nuestro, éramos, con legítimo fundamento, los señores de todas las cosas.

Nuestro máximo esfuerzo fue la negación de la evidencia; nuestro talento fue talento de contradicción.

Un desechado rencor contra Ti nos llevaba a no querer reconocer lo que todos reconocían.

El mundo exterior, para nosotros, no era más que sensación y construcción humana.

La Naturaleza no era más que el pobre vestido de la Idea.

Los hombres, para vergüenza de toda experiencia humana, eran todos iguales y, en su origen, todos buenos y perfectos.

El error y el mal eran fantasmas que nuestra dialéctica bastaba para superar y disolver.

El dolor, que por todas partes atacaba la vida de los mortales, era una ofuscación que se disipaba al contacto mágico de la filosofía.

Nuestro juego de niños pedantes consistía en recusar lo irrecusable, en negar lo innegable.

No se quería aceptar lo que tú habías ofrecido, sino formar un cosmos de hechura nuestra.

Creamos así, junto y contra el mundo por Ti creado, un mundo imaginario, una arquitectura aérea de conceptos abstractos, un segundo universo más racional y real que el manifestado por Ti.

Era, la nuestra, una vía de evasión de la cárcel donde nos habías encarcelado, una fuga hacia todas las aventuras de la inteligencia y del lenguaje.

Escribimos novelas metafísicas, llamadas, por nosotros, sistemas; compusimos epopeyas de quimeras y de conjeturas que se llamaron cosmologías y cosmogonías.

En tales mundos fantásticos fabricados trabajosamente con la materia de nuestras alucinaciones, nos parecía que éramos los autores y los dominadores del gran todo, que poseíamos todo itinerario, todo secreto, toda revelación.

Se podía, finalmente, prescindir de Dios.

Algunos de nosotros te negaron, otros dijeron que de Ti nada se podía saber, otros te confundieron con la Naturaleza, otros afirmaron que, si bien existías, no te cuidabas en

absoluto ni del universo ni de los hombres, muchos te redujeron a mero sonar privado de sentido, muchos te acusaron de locura y de injusticia, y creyeron que te habían expulsado para siempre de tu reino.

Nuestras ideas no eran, las más de las veces, sino palabras, pero solas palabras eran, para nosotros, más substanciales que las substancias significadas, se olvidó lo divino real para aprender de memoria muchas palabras de jerga.

Desde lo alto de estas torres de papel y de humo miramos con disimulado desprecio e insensato orgullo al resto del género humano: a los sencillos, a los niños, a los humildes, a los poetas, a los héroes.

Y Nosotros solos éramos los iluminados y los videntes, nosotros solos los emperadores de lo inteligible, los creadores de verdad.

Tú, Dios, eras un arquitecto mal tolerado o condenado; el género humano, excepto nosotros, una plebe de ciegos.

Era tan fuerte nuestro desprecio por el hombre, obra maestra de tus manos, que nuestras doctrinas sobre la conducta de la vida aconsejaban a los hombres que no fuesen hombres.

Algunos, como los epicúreos y los cínicos, querían que los hombre» imitasen a las bestias; otros, como los platónicos y los estoicos, que se convirtiesen en semidioses; otros, como los místicos, que se transformasen en ángeles; otros, como los ascetas de la India, que fuesen semejantes a cadáveres.

Pero la mayoría, con simulada unción o con jactanciosa ostentación, incitaban a los hombres a salvar la distancia que los separa de Ti, a ser no ya tus hijos, tus compañeros en la redención y en la luz, sino tus herederos y sucesores.

Cada uno de nosotros ha repetido al hombre en mil paráfrasis, más o menos hipócritas, las palabras de la serpiente a Eva: Seréis como dioses.

Éste es nuestro pecado delante de Ti, ésta nuestra culpa de maldad y de seducción en medio de tus criaturas.

Pero si en la muerte del tiempo perdonases aún a Satanás, como pensaron algunas almas que no podían concebir límites para tu piedad, tampoco nosotros, topos que creyeron fijarse en el sol, desesperamos ser reconciliados por tu amor y disfrutar eternamente tu luz, cuya sombra sólo vislumbramos en la tierra.

## FILÓSOFOS

### EPICURO

### ÁNGEL

¿Qué dices, Epicuro, del inesperado espectáculo que tienes delante? Tú, que negaste aun la inmortalidad del alma, te das cuenta, ahora, que aun el cuerpo es inmortal. Tú, que expulsaste de tu universo a los Dioses, habrás de responder ahora de tus pensamientos al Creador de todos los seres.

### EPICURO

Tus palabras no me turban. En mi vida yo mismo fui adorado como un Dios y sé cómo se habla a los Dioses. Si el Dios de que me hablas no es sólo creador del mundo, sino también de los hombres, reconocerá en mí un inconsciente ejecutor de su deseo de bien.

Durante largos milenios fui calumniado, sobre todo por aquellos que no habían leído mis escritos. Nadie, según creo, ha sabido o querido ver el primero y más sincero motivo de mis doctrinas. Puedo decir hoy lo que ni siquiera confié a mis discípulos más queridos. Me movió a filosofar una profunda compasión por la ordinaria infelicidad de los hombres. La mayor parte de ellos, en mi tiempo, eran afligidos por innumerables dolores y estaban turbados de continuo por el terror de la muerte. Yo intenté poner remedio a esta doble fuente de males. Enseñé a los hombres el camino para librarse del dolor, especialmente del espiritual, harto más grave que el corporal, y mostré la felicidad durable en la moderación de los deseos y en la soberana paz del alma. Inventaron, después, que yo había invitado a los hombres a los goces más ordinarios, y esto es falso. Para mí el verdadero placer sólo consistía en la liberación de las penas imaginarias debidas a la ignorancia y a la flaqueza de los mortales. Y puse como supremo placer la actividad del espíritu.

Luego, para liberar a mis hermanos del terror de la muerte, quise persuadirles de que todo acaba con el fin del cuerpo y que, por eso, no hay que temer ni castigos ni torturas ni una

segunda vida infeliz a semejanza de la primera. Como casi todos los hombres son culpables, la espera de un más allá, de juicio y de suplicio, inspiraba horror y espanto y hacía aún más infeliz la vida de las criaturas humanas.

Erré, como aparece, pero mi intento fue santo y puro.

Todo mi querer, todo mi pensamiento, todo mi esfuerzo, se empleó f encaminó a alejar de los hombres el dolor y el temor, es decir, hacerlos serenos y alegres. Fui, pues, un benefactor de los mortales perseguidos y me guio, como más tarde a los cristianos, la piedad y el amor hacia los que tiemblan y gimen. Quienes vivieron a mi lado reconocieron mi amor y me creyeron un numen.

El Dios supremo, al que habré de presentarme, según afirmas, perdonará los errores de mi inteligencia en gracia al ardiente afecto que me movió para consolar y beneficiar a los inquietos corazones de los vivientes.

## EPICTETO

Sólo de la soberbia quiero disculparme. Escucha mi caso. Nací libre, Mego llegué a ser esclavo, tuve amos ignorantes y crueles, por fin volví a ser libre y fui maestro de sabiduría. Toda mi meditación había versado sobre la esclavitud y me di cuenta de que todos los hombres, y no sólo los siervos comprados, eran esclavos. Todos, aun aquellos que se vestían de púrpura y mandaban a los reyes. Esclavos, ante todo, de su cuerpo y de sus sentidos; esclavos de las pasiones, de los honores y de los bienes que codiciaban; esclavos de los enemigos y de los amados; esclavos de las opiniones, de las religiones, de las leyes, de los deseos caprichosos o malvados de otros hombres esclavos como ellos porque eran hombres.

A mí, injustamente reducido al estado de servidumbre, me pareció que el punto máximo de la filosofía era la búsqueda y la conquista de la libertad. Espartaco había querido liberar sólo a sus compañeros de esclavitud visible, yo a todos los esclavos, esto es, a todo el género humano. Y me persuadí de que las cosas del mundo, todas ellas, no dependían de nosotros, y que nosotros, por el contrario, dependíamos de ellas. Y por eso enseñé a no cuidarlas, a no desearlas, a no poseerlas. Porque en medio de tan dura y universal esclavitud había, a mi parecer, un indicio divino de libertad: nuestro puro querer. Bastaba sustraerse a las imaginaciones de la mente, a los temores de la carne, a las ansias del ánimo, y podíamos ser, al fin, libres. La salvación estaba en el ejercicio de nuestra libre voluntad.

Y aquí estaba la soberbia y, por ello, el error. La altanería filosófica, el orgullo de sustraerme a la común servidumbre, me impidió advertir que tampoco la voluntad dependía

verdaderamente de nosotros. Cada elección suya era hija tan antigua, que parecía naturaleza, de un mito venerando, de un hondo instinto, y, a veces, de aquella pasión de lo verdadero y de lo justo, que era también pasión y podía errar. Como última defensa de la libertad, yo ponía la aceptación heroica de la muerte. Podrás matarme, decía al dueño o al enemigo, pero no podrás doblegar mi libre voluntad ni inducirme a hacer lo que no quiero. Orgullosa y necia ilusión. Si el único camino de la libertad era, para el hombre, la muerte, esto es, el hundirse en la nada o en el seno de la divinidad, tenía que parecerme claro que el viviente de ningún modo podía ser libre, puesto que la última salvación de sus cárceles era la supresión de sí mismo.

No comprendí, cegado por la soberbia, que la única libertad consiste en la obediencia a Dios y no en la proterva ilusión del propio valer.

Renuncié a los bienes y a los honores del mundo por altivez, por inmoderada manía de parecer a todos, y especialmente a mis discípulos, un señor, un dueño, un príncipe y dominador del universo. Y no fui nunca tan esclavo como cuando fui liberado de mi dueño y creí sea'1 sumo y perfecto filósofo.

MAGHAYANA

ANGEL

Tu vida, Maghayana, fue vida pura de asceta y jamás te tocaron los vulgares pecados del mundo.

Pero dos culpas harto más nocivas hubo en ti: negaste la realidad del mundo —obra de Dios— y condenaste la existencia —don del Creador—. Y tú sabes que los pecados de la inteligencia merecen penas más severas que los pecados de la carne.

MAGHAYANA

Los ojos de mi cuerpo han vuelto a ver la luz, pero los ojos de la mente no saben discernir los errores que me echas en cara.

Verdad es lo que dices: negué el universo y rechacé la vida. Pero éstas que te parecen a ti blasfemias y necedades me fueron enseñadas y las creí como los más irrefutables hallazgos del espíritu iluminado.

El mundo exterior, el mundo material y sensible, no era, para mis maestros, más que ilusión efímera, engaño de apariencias, caos y sueño», Frente a la suprema realidad auténtica, que era el Espíritu único, in\* mutable y eterno, el mundo no era más que alucinación y espejismo fantasma de la nada.

Y la vida humana con sus bajas necesidades, con su decadencia y corrupción, con sus asechanzas y traiciones, no era para el sabio más que castigo y dolor.

Había, pues, que negar y rechazar el mundo, que era el error; negar y rechazar la vida, que era el mal. Y así lo hice.

Con el pensamiento me esforcé por apagar en mí la vana fantasmagoría del universo, reduciendo la materia al espíritu, lo múltiple en lo uno, lo transitorio a lo perenne.

Con el ascetismo logré domar y, por fin, abolir la vida. Los instintos mayores del hombre eran el hambre, el amor, el deseo de poseer. Renuncié a toda propiedad, viví siempre casto y, en fin, reduje de tal modo la cantidad de alimento, que por el obstinado ayuno tuve como premio la muerte.

Mientras permanecí vivo imité todo lo que pude a la muerte, hasta merecerla y conseguirla.

Y así, al fin, fui vencedor de la existencia, liberado de la engañosa sugestión del universo, liberado de mi forma y voluntad como hombre individual, separado del Ser.

Éstas fueron, por lo que dices, mis culpas. Pero ¿pueden llamarse, en verdad, errores y locuras de la inteligencia? ¿Acaso no han dicho todos los filósofos y todos los santos que han vivido en la tierra, que el mundo verdadero no es el de la materia mensurable y mudable, sino el divino mundo del espíritu, de la unidad y de la inmortalidad? ¿No afirmé, acaso, San Pablo que la figura de este mundo pasará, es decir, que el mundo sólo es imagen espectral destinada a desvanecerse? ¿Y, acaso, no ha sido disuelto ahora aquel universo que a las mentes rudas parecía realidad indestructible?

En cuanto a la vida humana, invoco como testigos a todas las criaturas reunidas aquí. ¿Cuántas de ellas se atreverán a proclamar que han sido felices? Y si alguno osara decirlo, ¿quién se atreverá a darle fe? ¿Hubo jamás ser humano que no fuese invadido por el tedio, perseguido por la duda, traicionado por sus mismos prójimos, atacado por las enfermedades,

víctima de su propia debilidad y de la injusticia ajena, rehén de la desventura? Todos los ascetas de la tierra, imitadores de los muertos, todos los suicidas de la tierra, todos los dolientes y los desesperados de la tierra, ¿no son, acaso, los innumerables abogados de mi causa?

Si Dios ha precipitado en la nada al viejo mundo ha reconocido que el mundo no era digno de existir.

Si Dios ha hecho morir a todas las criaturas por Él creadas, ha reconocido que la vida no era soportable por mucho tiempo.

Nada puedo decir aún del nuevo cielo y de la nueva tierra, nada me es dado juzgar de la nueva existencia que nos espera. Pero si el género humano y Dios mismo ha convalidado y ratificado mi antigua certidumbre, ¿por qué habré de confesar justa tu acusación?

L. ANNEO SÉNECA, CLEÓN

ÁNGEL

Alabaste, Séneca, las virtudes que hacían al hombre superior a la naturaleza y a la desventura. ¿Quieres decirnos hasta qué punto lograste conformar tu vida a tus doctrinas?

L. ANNEO SÉNECA

Me invitas a la más difícil empresa que puede pedirse a un hombre. Temo, ante todo, la natural benevolencia que cada uno tiene hacia sí mismo. Sólo quien hubiese leído mis obras y hubiese seguido paso a paso mi vida podría responder a tu pregunta con alguna esperanza de alcanzar la verdad.

CLEÓN

No te canses más, Séneca, en dar nuevo brillo a los fórceps enrabia- nados de tu vetustísima oratoria. Hay aquí uno que puede hablar en tu lugar, como deseas, que te conoció bien por dentro y por fuera. Soy yo, Cleón, aquel que fue durante muchos años tu esclavo, durante muchos años tu liberto y confidente y, por último, tu enemigo —enemigo y no sicario, como injustamente imaginaste y dijiste—. Y si en esta última y universal curia del



género humano no se escucha más que la verdad, te prometo que diré de ti toda la verdad, aun aquella parte que la posteridad no supo ni vio.

Has de saber, pues, que este tan famoso Séneca fue, bajo la corteza del retórico estoico, uno de los hombres más ambiciosos, ávidos y falsos de su tiempo. Sea que compusiese libros de filosofía, sea que recitase artificiosos discursos, sea que se acercase a los poderosos para conseguir de ellos favores e impunidad, nunca se propuso otra cosa que estar por encima de los demás, famélico a la vez de poder, de riqueza y de fama.

Baste para su gloria haber sido, durante largos años, primero el ayo y, luego, el ministro de Nerón. Lo tomó de niño, a los doce años, y supo enseñarle, purificarlo y guiarlo de aquel modo que registró después la historia de Roma. No supo inclinarlo al bien mientras fue niño, no supo impedirle el mal cuando fue dueño del imperio. Mejor aún, para allanar el camino del trono y para fortalecer su dominio personal, Séneca fue cómplice necesario de famosos delitos. Fue cómplice, al menos por consejo, del envenenamiento de Claudio; fue cómplice, al menos por el silencio, del asesinato de Británico, el legítimo heredero derribado por él; fue cómplice, al menos por su póstuma apología, de la muerte de Agripina. Nótese que de Claudio había obtenido la gracia de dejar el triste destierro de Córcega. Se lo recompensó, después de la muerte, con una sátira tan venenosa como el veneno que quitó de en medio al viejo emperador para dejar el puesto a su imberbe discípulo. Adviértase también que a Agripina le debía su cargo de preceptor y la recobrada gracia imperial.

Ésta es la forma de su reconocimiento. Séneca, estos los frutos y los fastos de tu filosofía moral. Pero tú eras, como comediante de la virtud, digno maestro y servidor del demente histrión que también por mérito tuyo fue puesto a la cabeza de la república.

## SÉNECA

Permite, querido Cleón, que yo añada a tu apología dos breves noticias: que fui desterrado por Calígula y que Nerón me forzó a darme muerte.

## CLEÓN

Lograste engañar a la posteridad, Séneca, pero no me engañarás a mí ni a los Dioses. No fue tu noble y severa filosofía, no fue la ostentada austeridad de tu vida las que te valieron aquellas condenas. Fuiste desterrado a Córcega acusado de adulterio con Julia Lívila, hermana de Calígula; fuiste condenado a desangrarte porque te habías adherido a la conjura de Pisón con la esperanza de que te hicieran emperador. No condenado, pues, por magnánima nobleza, sino por lujuria, por traición y por senil ambición de poder.

Tu filosofía, a pesar de su desdeñosa altivez y de sus resoplidos de estéril piedad, no fue más que el mayor manto de tu avidez de placer, de riqueza y de dominio. ¿Querías, acaso, hacer creer que habías reunido tus inmensas riquezas con el ejercicio de la abstinencia filosófica o con la venta de tus trataditos que apestaban a linterna y a pómez a una milla de distancia?

Todos sabían en Roma de qué fuente te había llegado tanta abundancia de aquellos bienes que despreciabas con la palabra. Todos recordaban los despojos, los donativos impuestos, los testamentos obligados, los grandes lucros de la usura y de las especulaciones, que tus altas dignidades favorecían y hacían impunes. Si entre las causas de tu muerte estuvo, como se dijo, el deseo de Nerón de apoderarse de tu gigantesco patrimonio, has de convenir en que aquel deseo no dejaba de ser del todo natural, puesto que habías arrebatado aquellos tesoros gracias a tu tarea de ejecutor y de inspirador de las amenazas y de las gracias imperiales.

Éste fue el modo, Séneca, como te agradó conformar las acciones de tu vida con las máximas no tuyas, sino por ti adoptadas y defendidas. Porque, en verdad, tu filosofía no era tuya, sino un galimatías ecléctico, reunido picoteando en las obras de la sofística helénica. Tuya no era más que la preciosidad de la forma, el encaje ingenioso de las frases. Más tuyas, quizá, las tragedias, las cuales, tejidas como estaban por espantosos delitos y manando sangre, mostraban que en el preceptor de Nerón había una fantasía digna del discípulo, peor que neroniana.

## SÉNECA

Me contaron, Cleón, que se te dio el encargo de envenenarme. Ahora me doy cuenta de que no se hubiesen necesitado muchas insistencias para que lo aceptases. El veneno de las palabras no te falta ni siquiera ahora, pero debo reconocer, asimismo, por lealtad de filósofo y de inmortal, que has dicho muchas verdades en tu diatriba, de modo que sería locura inútil querer negarlas. Sería fácil a quien tiene pericia oratoria pintarlas con otros colores, hasta hacerlas parecer menos oscuras, pero el retórico no puede engañar más que a él mismo.

Sí, Cleón, muchas verdades has dicho, pero una sola más dolorosa que las demás has callado, y esta sola quiero añadirla como codicilo a tus agrias acusaciones.

Mi suerte fue la misma que la de todos los hombres de pensamiento y de pluma. Cuando en la soledad de mi biblioteca, junto a mis amados volúmenes de sabios antiguos y recientes, trazaba con la vista atenta y la mano firme las palabras de mis obras, nadie, te juro, era más sincero que yo. Estaba persuadido y lleno de aquellas verdades, en aquella pureza;

más que humana, me abandonaba y me exaltaba. Pero después, al dejar las tablillas y el estilo, me atacaba de nuevo el segundo hombre, o, si queréis mejor, el hombre primero y originario, el hombre enteramente humano, con sus ansias y con sus temores. Muchos de aquellos actos que tú condenas y que yo también, en cuanto filósofo, condenaba sinceramente, fueron realizados o aprobados por mí porque el mundo real que me circundaba —y donde, asimismo, quería vivir y sobrevivir— era demasiado diverso del soñado por los filósofos. La inteligencia, servicial prostituta, se prestaba a proporcionar honestas excusas: razón de Estado, legítima defensa, circunstancias insuperables, necesidades superiores, la familia y los amigos.

Era el primero en sufrir por este contraste. Mejor aún, ha sido el verdadero suplicio de mi vida, el castigo más cruel de mi ambición, que enmascaraba con el amor del bien público. Era contradicción, pero no doblez deseada. Complejidad de la humana naturaleza, no baja hipocresía.

Aun fuera de mi escritorio, creía firmemente en aquellas verdades morales que los griegos me habían enseñado, pero las pasiones, las tentaciones, las ilusiones del mundo, no me permitían conservarme siempre fiel a ellas.

Mi mayor pecado fue la debilidad; la debilidad de no haber sabido vivir apartado, solo con los libros, en pobreza honrada, lejos de los temibles y horribles amos de la urbe y del orbe.

Sólo espero que las palabras de mis escritos hayan hecho a los hombres tanto bien, a fuerza de tantos lectores distribuidos en tantos siglos, cuanto es el mal que puede haber hecho mi debilidad en los años que estuve al lado de un loco demasiado joven y demasiado poderoso.

A ti, Cleón, te perdono la animosidad de la invectiva; Dios me perdonará a mí el haberme creado con dos almas contrarias.

## FRIDUGÍSO

Fui monje desde jovencillo y siempre fiel al espíritu y la letra de mi regla. Pero sucumbí a una de las más luciferinas tentaciones de Lucifer: al ansia de investigar y de conocer lo que, por divina necesidad, está prohibido a la inteligencia humana.

El ingenio ambicioso, instigado por Satanás, me apartó de la oración pura, para

extraviarme por los laberintos de la falaz especulación. Podía ser un contemplativo, un místico, un santo, y me contenté, pobre de mí, con ser un filósofo, un teólogo, un luminar de la Escuela.

El mayor problema que atormentó mi mente hasta el delirio fue el de la creación. Dios ha sacado el universo de la nada, de las tinieblas del abismo informe, y, por lo tanto, pensaba, la nada y las tinieblas son la matriz verdadera de nuestro mundo, de nuestro ser. Si el Creador recurrió a la nada para crear la materia, esto significa —así desvariaba mi cerebro— que en la nada había alguna posibilidad o conato o germen del ser, y que, por esto, la nada tiene su propia existencia, y, mejor aún, por haberla escogido Dios, una especial dignidad. Me puse, pues, a indagar la íntima naturaleza de la nada y llegué a la persuasión de que tenía que ser increada y, por ello, contemporánea con Dios. En la Escritura, efectivamente, se decía que Dios sacó al mundo de la nada, no que Él había creado la nada. La Nada, por sí misma, no tiene consistencia alguna, pero cuando sea fecundada por la voluntad del Verbo puede engendrar todo lo que tiene forma, desde el sol que arde en medio del firmamento hasta el gusano que se retuerce en el estiércol. Hay, por lo tanto, en ella una oscura virtud que se convierte en potencia merced a la intervención divina. El universo tiene, pues, dos padres: Dios y la Nada.

Me propuse, asimismo, buscar las huellas que la nada tenía que haber dejado necesariamente en el ser. ¿No decían, acaso, los místicos que el mundo visible no es más que una vana apariencia, que la llamada realidad es ilusión y alucinación, que nuestro mismo ser está llamado y destinado al total aniquilamiento? Pero si la nada es indispensable a Dios y es, en cierto modo, la cubierta y casi la substancia del mundo, ¿no merece, acaso, ser contemplada y venerada?

De este modo trabajaba y deliraba mi insensata razón, seducida por el Adversario, que por ningún otro camino podía esperar mi perdición.

A pesar suyo, todavía pude salvarme oportunamente. Me persuadí, en la vejez, de que nada era más peligroso para la fe genuina que la teología con su orgulloso deseo de hacer luz en torno a los misterios. Aquellos humanos resplandores dejan ciego para el directo fulgor de Dios. La razón es don precioso, pero sólo en el orden de las cosas terrenas; en las celestiales es engaño y veneno. La petulancia y la fatuidad de la ciencia llevaba a menudo a la herejía, a veces a la incredulidad. Los teólogos me parecieron, el Señor me perdone, progenie de la serpiente del Paraíso. El que quiere demostrar racionalmente la fe, sólo demuestra que no tiene fe bastante en su corazón y, todavía, menos razón en su cabeza. En los últimos años de mi vida eché al fuego lógicas, disputaciones y sumas, para volver a la oración y a la caridad. Y espero ahora, con ánimo más confiado, la suprema sentencia.

PICO DE LA MIRÁNDOLA

## ÁNGEL

Tu insaciable sed de conocer y de comprender embriagó tu juventud e hizo que te extraviaras en los laberintos de las ciencias demasiado ambiciosas y peligrosas, propicias a la soberbia, que conduce más fácilmente a Satanás que a Dios.

Había en ti sincera voluntad de luz, como demostró el despertar de tus últimos años, cuando hablaste divinamente de los divinos misterios; pero quizás el veneno que te arrebató a la admiración del mundo te privó de subir allí donde tu inteligencia se dirigía y borrar todo vestigio de tu presunción. Hoy puedes manifestar aquellos últimos pensamientos que la muerte detuvo en tu nobilísimo espíritu.

## Pico DE LA MIRÁNDOLA

Gracias, gentil imagen del Dios veraz, por tus palabras y por tu invitación. Con razón hablaste de juventud. Aquella ansia de saber universal que me dio larga fama en la tierra no fue más que la gran llamarada de mi orgullo de adolescente y de joven señor. Había en ella también un signo de la suprema vocación de mi vida — ¿no es, acaso, la omnisciencia uno de los primeros atributos de Dios?—, pero aquel fuego no sólo era fuego de amor puro. Había juvenil impaciencia, apresurada infatuación, atracción del misterio y, sobre todo, aires de vanagloria.

Pero el verdadero fin de todo mi pensamiento, de todos mis trabajos, de toda mi vida, era hacer que el hombre volviese a Dios, restituir al hombre su divina huella, retornarlo a su origen divino, a su primordial naturaleza divina. Soñé que era, en definitiva, el reconciliador de lo divino y de lo humano, el reconciliador perfecto de la Criatura con su Creador, de Adán con Cristo.

Nací, como sabes, señor de Concordia y el nombre de este dominio mío fue el lema de toda mi obra. Quise llevar a todas partes en el mundo del pensamiento una perfecta concordia, porque los hombres, a mi parecer, no hubieran podido reconquistar su propia divinidad originaria mientras todas las inteligencias no estuviesen unidas en una común y segura certeza intelectual. La disputa divide, separa, desvía y rebaja. Por eso intenté conciliar Cristianismo y Judaísmo, filosofía y fe, misticismo y magia, teología y cábala, Platón y Aristóteles, Agustín y Tomás, Oriente y Occidente. En todas las gotas del arco iris hay un reflejo del indivisible esplendor divino, y así en todas las ideas de los hombres podía y debía haber un átomo del dividido absoluto.

El hombre era a mis ojos el mediador predestinado entre el bajo y el alto mundo, porque me parecía un compendio de todos los órdenes del universo; una de las obras más grandes de Dios y, por eso, destinada, llamada, ayudada a reunirse con su autor.

En la historia del hombre se presentaron dos tentaciones semejantes y opuestas. Al feliz Adán, la tentación de ser semejante a los Dioses; al hombre caído, el volver a endiosarse. La serpiente y el Crucificado nos hicieron una misma proposición: seréis como Dioses. Pero entre las dos tentaciones media un abismo.

Satanás quería que el hombre se hiciese rival de Dios a través de la desobediencia y del orgullo; Cristo quería que volviera a ser hijo de Dios a través del sacrificio y del amor.

O jactancioso simio de Dios o chispa del sol divino. Yo no supe distinguir bien, en los primeros tiempos, entre el uno y el otro sendero.

En la filosofía veía la conquista de la omnisciencia; en la magia, el camino hacia la omnipotencia; en la fe y en el éxtasis, los escalones para la unión con Dios. Mi sueño era digno y grande, el más sublime que un mortal pueda soñar, pero no supe escoger el sendero justo y exacto. Era demasiado docto, demasiado filosofante, demasiado sofista, demasiado hechizado por la erudición y la dialéctica. No se llega a Dios sólo por las escalas de telaraña del intelecto. Cuando, al volver de la prisión y del exilio, me di cuenta del error, me encaminé hacia arriba por la subida segura, por el sendero del humilde abandono y de la ardiente caridad. Pero el veneno de un traidor me restituyó, antes que pensaba, al Dios que me había mandado allá abajo para que lo buscara con mayor deseo. Y ahora que todo está terminado y Dios tiene delante de sí los corazones de los vivientes en la carne nueva, tengo la esperanza de que mi sueño terreno no fuese del todo un mero sueño. ¿Qué oración podré elevar al Amado que perseguí tan furiosamente con la hojarasca de las palabras? Siento ya en el alma el aura de su presencia y no pido más.

MAQUIAVELO

ÁNGEL

Muchísimos te consideraron consejero e instigador de males. Tus costumbres y tus libros hicieron creíbles las acusaciones de tus enemigos. Por fin ha llegado para ti también la hora de hablar con palabras claras de tu vida y de tu ánimo.

MAQUIAVELO

La sorda y maligna posteridad no vio en mí más que al autor de libros; raramente al hombre. Y no supo entender bien ni a éste ni a aquél; y quien no entiende no puede juzgar. Semejante a la mía fue la suerte de todos aquellos hombres excelentes que se elevaron sobre el rebaño común por la singularidad de su ingenio, por la novedad de conceptos y libertad de vida, de modo que no me admiro ni me aflijo de la injusticia humana.

Harto se cansaron en devanar y torcer mis pensamientos políticos, pero nadie se detuvo a indagar mi ser y a compadecer mi doloroso destino. Lo que escribí no puede ser entendido más que por aquellos que saben quién fui y cómo viví.

Hubiera necesitado plena libertad, es decir, un poco de riqueza, para seguir mi genio de artista, y me encontré, por el contrario, combatiendo siempre con la pobreza, sin que me arrancaran de aquella enemiga servidumbre los míseros estipendios de los florentinos.

Hubiera querido y debido mandar, para el bien de mi república y de mi Italia, y, por el contrario, siempre estuve condenado a oficios subalternos y tuve casi siempre que obedecer a aquellos mediocres que por derecho divino me hubieran tenido que obedecer a mí.

Hubiera debido, para salvar a mi patria, ejercer yo mismo la justicia, y, por el contrario, la justicia de mi pueblo injustamente me persiguió, de manera que a mí, inocente, me tocó soportar la cárcel, la tortura y el exilio.

Nacido para reinar por claridad de inteligencia, me encontré pobre, inerme, incomprendido, ofendido. Te imaginarás ahora qué opinión habría de tener de los hombres y cuál podría ser la disposición de mi ánimo hacia ellos. Vi demasiado pronto que no merecían otra cosa sino ser despreciados y odiados por los iguales a mí. Despreciados los más, que eran necios y débiles; odiados los menos, que eran fuertes y malvados.

Fui, en mi tiempo, como un fiero león caído para su desventura en medio de una turba inmensa de gatos celosos y rabiosos, que después de haberlo enjaulado, aprovechándose del número, le reprochan que tenga garras, olvidando que a sus mezquinas uñas les falta el poder, pero no las ganas de dañar.

Me refugié entonces en el arte, como desahogadero menos peligroso de los humores, de la fantasía, de los caprichos y de los proyectos de mi mente. Y como principalmente fui, según la definición del Filósofo, un animal político, me agradó poetizar en torno a los hechos y a los estados de los hombres. No pudiendo reinar por la prudencia y por la espada, anhelé reinar por el arte y por la palabra. Y de éstas me valí para vengarme de la malignidad y

bestialidad de los hombres. Los cuales, como probó Savonarola, no eran capaces de reducirse a libre y santa convivencia, ni siquiera por las fuerzas y las verdades de la religión, ya que crucifican o queman a los profetas desarmados. Y tampoco se acomodan a vivir en paz y justicia bajo las leyes de una república bien ordenada, porque en ella convendría renunciar a la avidez de riquezas y de dominio. Las sociedades santas y buenas no duran, pues, porque no saben ni quieren ser hombres de fe ni tampoco hombres de bien. Puesto que la ingrata y perversa naturaleza les impedía la felicidad de una cristiana o civil concordia, merecían un castigo, un acerbo pero justo castigo, es decir, un amo astuto y decidido que los sometiera a su gusto y no ahorre látigo o hierro para mantener su estado. Criaturas amo-rosas y nobles merecerían pan con libertad, pero ya que casi todos los hombres eran bestias perezosas y voraces, convenía ponerlas en manos de quien sabe domar y atemorizar a las fieras. Un castigador semejante lo imaginé y describí en mi Príncipe, hijo de mi imaginación y de mi tristeza, y también, lo confieso, de mi deseo de venganza. Pero en él no quise escribir, como muchos pensaron, un recetario para déspotas y tiranos, sino más bien una especie de inusitado poema histórico. El Príncipe fue obra de arte, no de ciencia política. Homero había creado en Ulises el modelo del guerrero sabio; Virgilio, en Eneas, el modelo del piadoso capitán; yo quise crear el modelo ideal del príncipe vengador. No le di un nombre y acaso fue ésta la razón de que engañase a muchos, haciendo parecer como tratado de política lo que era sólo imaginación de arte y casi poética escultura.

Y puesto que los hombres continuaron siendo, aun después de mi muerte, bestias ingratas y obstinadas, tuvo pleno efecto mi venganza póstuma contra aquellos que no me habían conocido ni reconocido, ni recompensado ni comprendido. Mi príncipe, aunque combatido y criticado de palabra, fue imitado por muchos, como ocurría entonces a los héroes de los poemas humanos, y el sacrificado rey sin corona, esto es, el autor del poema, reinó sobre la inteligencia de los hijos y de los nietos de aquellos que le habían despreciado.

Esta complacencia de la venganza que aún hoy no ha muerto del todo en mí, fue la máxima culpa de mi vida. Un rencor tan obstinado no es, en verdad, digno de un cristiano, aunque yo recuerde haber leído que también a Dios le agradó a veces vengar las ofensas angélicas y humanas. Sírvame de excusa para tal pecado la enemistad de la fortuna, la injusticia de los hombres y la infelicidad de mi vida.

MONTAIGNE

ÁNGEL

¿Qué puedes decir, Michel de Montaigne, de tu apología de la duda que te hizo famoso y hasta infamado entre los hombres?



## MONTAIGNE

De muchas y vergonzosas culpas cometidas o acariciadas en mi mente citando viví mi primera vida debo pedir perdón al Dios sapientísimo que me hizo nacer cristiano en tierra cristiana y me otorgó otros muchos beneficios y privilegios, como el bienestar que me libró de las ordinarias servidumbres y el amor a los estudios que me salvó del enojo del embrutecimiento, y de aquellos pecados estoy aquí para responder y para recibir la pena adecuada. Pero entre aquellas culpas no me parece, a juicio mío, que deba enumerar aquel que injustamente fue llamado, tanto por amigos como por enemigos, mi escepticismo.

Era antiguo uso de los hombres poner el cartel de escéptico a todos los que se mostraban reacios a juzgar infalibles todas sus pasiones y afirmaciones. Aun el más fanático de los dogmatistas parecía siempre un poco escéptico a los ojos de aquellos que estaban poseídos por fanatismos y dogmas de otra especie.

Me atrevo a afirmar solemnemente ante Dios que jamás fui un escéptico y que tal calificativo me vino de la mala fe o de la ignorancia de los hombres.

No escribí, contra la razón, don divino de Dios, como tantos conocidos necios propalaron, sino contra la concupiscencia viciosa de la razón, contra la maniática infatuación de la inteligencia, contra la que, mejor, podía llamarse locura razonante que no razón. Combatí contra los alucinados alucinadores que presumían de resolver todos los problemas de manera que satisficiera a todos los hombres. Pensaba con más humilde y ponderado juicio, que la razón humana no podía abrir todas las puertas, salir de todos los laberintos, volar sobre todas las cimas. Había algunas verdades, precisamente las más elevadas, las más sublimes, las más importantes para el humano destino, que no se podían alcanzar con la razón pura, sino únicamente merced a la revelación divina y la fe humana. Si yo hubiese negado la divinidad de las Escrituras, la verdad de los dogmas y la superior iluminación de la fe, hubiera merecido, ciertamente, el nombre de escéptico. Fui, por el contrario, buen cristiano y buen católico, cuanto lo permitía mi imperfecta naturaleza, y mi única culpa fue haber querido enseñar un poco de humildad a los impertérritos dialécticos, sagrados y profanos, de mi tiempo, que pretendían poder demostrar lo indemostrable, y que, por esto, preparaban el camino real a la incredulidad. Quise hacer más humildes, esto es, más cristianos, aun a los filosofantes y a los sofistas cristianos, y éstos, como es su costumbre, se resistieron y me insultaron. Tuve contra mí la presunción diabólica de los teólogos y la soberbia delirante de los metafísicos. Unos y otros pretendían conocer mejor que Dios mismo las secretas y ocultas razones del universo y de la misma divinidad. Mi razonable desconfianza fue llamada temor, mi respetuosa modestia fue llamada pirronismo, mi reverencia frente a los misterios divinos fue calificada como escepticismo.

No me duelo de aquella maligna nombradía, pues estuve avezado en la tierra a

sonreírme de las humanas estulticias, pero te ruego con toda el alma que disperses toda resonancia de ella en esta vida resurgida. Dios, que conoce mi corazón y no juzga según los juicios de los hombres, castigará todas mis culpas, pero no la que tú dijiste.

GIORDANO BRUNO

ÁNGEL

Infeliz fue tu vida y miserable tu fin. Pero no sólo por culpa o por defecto ajeno, y si tu alma está purificada ya por la muerte y por los siglos, acaso podrás reconocer en qué medida fuiste autor de tu desgraciado destino.

GIORDANO BRUNO

Sólo Dios podrá vencerme hasta el perdón de los que me persiguieron y me mataron, pero basta mi inteligencia para comprender sus motivos y mis faltas.

De éstas la primera fue la soberbia filosófica. Exaltado y casi arrebatado por las nuevas doctrinas sobre los cielos y sobre los astros, creí de veras haber llegado al descubrimiento de una divina y última filosofía, de una nueva y más admirable revelación. En verdad debo ahora humillarme y decir que mi doctrina no era otra cosa que una ingeniosa mezcla de conceptos tomados de dos sabios septentrionales, de Nicolás de Cusa y de Nicolás Copérnico, y, en definitiva, una forma más arriesgada del antiguo panteísmo, coloreada y caldeada por mi fogoso espíritu meridional.

Otra y más grave falta, aunque menos conocida, mi delito juvenil. Ya en el convento, estaba fuera, con el espíritu si no con la persona, de la Iglesia a que pertenecía. Fui denunciado y se preparaban procesos contra mí. Me olvidé entonces de que era hijo de Santo Domingo y recordé, por el contrario, que era hijo de un hombre de armas. Vencido por el demonio de la venganza, arrojé y ahugué en el Tíber al fraile que me había denunciado como hereje a la Inquisición. Y no sin apariencia de justicia, hube también de acabar mi vida en el fuego en aquella misma ciudad y cerca de aquel mismo río. Aquel homicidio me obligó a la fuga, y allí comenzaron mis trabajosas peregrinaciones a través de Europa, que turbaron cada vez mi ánimo fantástico y hastiado. Y al fin, no pareciéndome bastante la filosofía para la renovación de las inteligencias y de los pueblos, surgió en mi mente un magno y temerario proyecto: el de fundar una nueva religión que destruyese el Cristianismo y ocupase su lugar. Esta nueva religión hubiera tenido por teología mi propia metafísica y del Cristianismo sólo hubiera conservado el precepto del amor al prójimo. Yo habría sido el profeta, el fundador, el apóstol, el maestro, el taumaturgo de esta Iglesia de nuevo cuño, y, más aún, en los últimos

años me había entregado al estudio de la magia para poder realizar fingidos milagros y prodigios y de este modo admirar al vulgo y atraerlo a mi fe y en mi seguimiento. Si el proyecto hubiera resultado como lo soñada en mis fantásticas vigiliass de Frankfurt y de Venecia, hubiera llegado a ser igual que Moisés y que Mahoma, el rival de Cristo, no ya jefe de secta, sino Papa de Iglesia victoriosa, y hubiera podido vengarme de todos aquellos que me habían despreciado y perjudicado, fueran católicos o cismáticos. Los temores de un discípulo delator y mi detención redujeron a nada mi ambicioso propósito. Se ha dicho después de mi muerte que fui un mártir de la filosofía y no es verdad. Los jueces no trataron de condenar en mí al obsesionado poeta del infinito y de la unidad, sino al enemigo declarado de la Iglesia católica, al émulo de San Pedro, al que aspiraba a ser el propagador y el pontífice de otra Iglesia universal. Y, en efecto, cuando en los últimos instantes de mi vida me fue presentada la imagen del Salvador la rechacé con mirada torva. Era la imagen del Galileo, al que hubiera querido desterrar del mundo, y también esta vez había vencido.

Horrible fue mi suplicio, pero pronto fue seguido de la muerte de los que me habían condenado al fuego, como si Dios hubiera querido cumplir mi venganza. Pero, no obstante este signo del cielo, mi tortuosa y rebelde naturaleza no sabe doblegarse. Puede confesar los errores, pero no puede disponerse al perdón. Aunque no sepa cuál será mi última suerte, no acierto a excusar ni a olvidar a aquellos verdugos que después de ocho años de tétrica cárcel y de fatigosas indagaciones, hicieron que me ataran desnudo a un palo para que el fuego redujese a cenizas lo poco de carne que había quedado pegada a los pobres huesos de mi cuerpo extenuado. Reflexioné, en aquellos momentos terribles, mientras las llamas subían ya hacia mis pies, en aquel fraile infeliz que había arrojado, una noche, tantos años antes, en las aguas del Tíber, y mi corazón moribundo se estremeció a un mismo tiempo de remordimiento, de envidia y de horror.

Otra sentencia muy distinta me espera. Me amparo, sin embargo, en el Evangelio y en el precepto de amar a nuestros enemigos. ¿Semejante precepto vale sólo para los hombres? ¿Y no querrá Cristo, no deberá, pues, amar también a este soñador errado y errabundo que pareció su enemigo?

FRANCIS BACON

ÁNGEL

Eras uno de los más elevados regidores de un gran reino. Y de improviso, por tu culpa, caíste de aquella altura. La mucha ciencia y sabiduría no te salvaron de la infamia y de la ruina. ¿Por qué el vigor de tu inteligencia estuvo acompañado en ti de tanta debilidad de conciencia?

## FRANCIS BACON

Fui juez, acusado y condenado. Conozco mi obligación. Allá abajo, en la tierra, confesé públicamente a los grandes del reino mis faltas y sin aquella confesión sentiría más dolorosos aún los zarpazos del remordimiento y las llamas de la vergüenza.

No me extenderé en mis culpas. Sólo diré que era el jefe supremo de la justicia de mi país y que, a pesar de ello, vendía al por menor la justicia y toleraba que la vendiesen mis subordinados.

Pero estas culpas no fueron más que las últimas consecuencias de un sistema de vida —o, mejor, de un estúpido sueño— que me cegó y me hizo al fin víctima de mí mismo.

Aspiró con toda mi alma, desde jovenzuelo, al poder: poder político, poder intelectual. Ningún medio me repugnó para obtener cargos y dignidades: la adulación más repugnante hacia el Rey, el servilismo hacia sus favoritos, la complicidad con los prevaricadores y concusionarios. Yo, hombre de ciencia y de letras, predicador de virtudes, no he vacilado, con tal de obtener cargos y prebendas, en hacer que se condenase a muerte a mi amigo y protector, de arrodillarme ante un pisaverde aventúrelo, aquel Villiers que llegó a ser, por el favoritismo del Rey, Duque de Hiiekinharn y casi dueño del reino. Para mantener mi crédito consideraba necesidad el fasto, la manía del fasto me llenó de deudas toda la vida, la necesidad de pagar las deudas me enredó en la corrupción y en la venalidad. El deseo de poder me condujo, así, a la derrota y a la infamia.

Y no es verdad lo que muchos dijeron, esto es, que mi vida intelectual redimiera los pecados de mi vida pública. Igual era el sueño en mis libros: el deseo de nuevo y más elevado poder del hombre.

Me llamaron filósofo durante muchos si j» los. Se equivocaban. Yo escarneía y rechazaba cualquier forma de metafísica y de verdadera filosofía. Sólo quise enseñar de qué modo se podría descubrir con más seguridad los secretos de la naturaleza, para apoderarse de sus fuerzas y fundar el reino del hombre. Fui preceptor y estimulador en servicio de las ciencias, no verdadero filósofo. Mi pasión por un método eficaz de investigación y de hallazgo no nacía del amor desinteresado por los objetos espirituales, sino del deseo de un dominio más extenso y fructuoso del mundo terrestre. Enseñaba a los hombres a conocer mejor las cosas para que las pudieran poseer y disfrutar mejor.

Existía también en mí la ambición de ser considerado un radical reformador de la inteligencia y del saber, el instaurador de una nueva época en la historia del género humano.

Soñé con ser el Lutero de la filosofía, más revolucionario que Lutero —que había renegado de la Iglesia y de la escolástica, para permanecer más aún esclavo del antiguo Libro—, y condené no sólo a Aristóteles y a la escolástica, sino a toda la antigüedad, a toda la filosofía. Quería únicamente que el hombre fuese un espía sagaz de la naturaleza para que, al fin, pudiera llegar a ser príncipe absoluto de la tierra, casi tan poderoso como Dios. Satanás, en forma de espíritu de dominio, estuvo en mí lo mismo cuando llegué a ser Gran Canciller que cuando compuse la Instaurado Magna. Y nada importa hoy que mis dignidades me hayan procurado la infamia y mis obras la fama. Dije, en el momento de mi caída, que era ya una caña quebrada. Fue imagen exacta: que la caña cuando está rota muestra que dentro estaba vacía, aunque antes si era sacudida por el viento hiciese un gran ruido y hasta causase temor.

Una sola certeza me conforta: haber creído siempre en Dios. Y quizás Él no quiera arrojar al fuego esta caña crecida en el fango y dos veces rota.

SWEDENBORG

ÁNGEL

Seducido por visiones y por sueños que el orgullo te hizo creer pruebas de investidura divina, te presentaste a los hombres como intermediario entre los dos mundos de la naturaleza y de la sobrenaturaleza, como intérprete inerrante de la palabra de Dios, como profeta, jefe y mesías de una nueva Iglesia que hubiera debido suplantar a todas las demás.

¿Reconoces ahora cuán profunda fue tu alucinación?

SWEDENBORG

No estoy aquí para responder, sino más bien para preguntar o para protestar. Si en vida fui engañado y Dios permitió o quiso que fuese engañado, ¿por qué habré de creer que lo que ahora veo no es un segundo y más doloroso engaño?

Fui uno de los poquísimos hombres que se atrevieron a presentar con palabras el último Juicio y no me sirvió de guía sólo San Juan con su Apocalipsis, sino más bien la revelación que inundó mi inteligencia con luz irrecusable.

Y ahora no veo aquí nada de lo que me fue enseñado, de lo que me fue dicho por una voz interior que no podía ser humana, que no era la mía.

¿Por qué, pues, tal cambio? ¿Por qué un mentís tan definitivo a todo lo que vosotros, Ángeles, me enseñasteis y me dictasteis?

No podían ser, no, alucinaciones y engaños las cosas admirables que vi y describí.

Cuando la primera visión trastornó y subvirtió mi vida no era un joven ignaro ni un decrepito infantilizado. Era un científico que había investigado en la observación y en el cálculo la verdad del universo, era un docto, honesto y paciente, honrado en toda Europa. Y una tarde, mientras meditaba sobre mis obras científicas, apareció en mi estancia, en un halo de esplendor supraterráneo, una figura de hombre vestido de púrpura y me ordenó que revelase a los hombres el verdadero sentido de las Escrituras. Y supe con absoluta certeza que aquella figura no podía ser más que Dios en apariencia humana y que aquella orden era un mandato de su voluntad y de su voz. Y, en efecto, nunca ya me abandonó. Hasta los últimos días de mi vida fui asistido, iluminado, enseñado por una sabiduría superior. Sus Ángeles, sus Apóstoles, sus Santos, surgían de improviso ante mis miradas y respondían familiarmente a mis preguntas y me exponían los inconcebibles misterios del otro mundo y del futuro, me descubrían las más inauditas intenciones y creaciones de la Divinidad.

No podían ser engaños de mis sentidos, no podían ser fantasmagorías de la mente. Había sido hasta entonces un científico desconfiado, acostumbrado a manejar sólo lo que es mensurable y experimentable, y no hubiera sido capaz de inventar por mí los estupefacientes arcanos que expuse y manifesté en mis obras. Tenía, después, un signo indudable de la verdad: veía delante de mí como una clara llama y sentía entender y penetrar los más arduos y elevados conceptos con una intuición que superaba la más alta vía intelectual y que sentía ser la misma concedida a Adán antes de la caída.

Si todo lo que me fue revelado por los Ángeles y por Dios mismo en mis visiones no responde a la verdad, ¿quién, pues, me ha engañado?

¿Acaso los demonios? Pero ¿por qué Dios permitió que sus enemigos y nuestros adversarios tuvieran tanto poder que hiciesen aparecer como verdaderas las mentiras por ellos imaginadas sobre la misma Divinidad?

¿O acaso el Dios que me inspiraba no era el verdadero Dios, sino un Demiurgo que reina en otros cielos y que no ha sabido impedir que yo cayese en tus manos?

¿O quizá Dios mismo, el verdadero Dios, el Dios-Mesías, el Cristo del Tabor y del Gólgota ha querido someterme a tentación, ha querido ponerme a prueba para castigar mi

soberbia de descifrador de los secretos del universo?

Pero ¿era digno de Él llevarme así al engaño y castigarme con tan atroz desilusión?

Y si mis visiones, mis revelaciones, mis iluminaciones, acompañadas de contraseñas tan evidentes de veracidad, fueron trampas y falacias de mi espíritu, ¿cómo podremos estar ciertos de que no fuesen puros engaños las visiones de los santos, las revelaciones de los profetas, las iluminaciones de los apóstoles y de los místicos que existieron antes que yo? Si las mías fueron alucinaciones habremos de llamar también alucinados a un San Pablo o a un San Ignacio. Si Dios o el Demonio me engañaron, todos fueron igualmente engañados por el Demonio o por Dios. Pero un Dios que se prevale de su poder infinito para burlar a un mortal, ¿puede llamarse verdaderamente Dios?

He aquí las preguntas que te hago, Ángel acusador, y sólo cuando me hayas aclarado el enigma que tengo delante te confesaré mis culpas.

AMIEL

ÁNGEL

Fuiste un desertor de la vida común de los hombres. No quisiste ser ni ciudadano, ni creador, ni esposo, ni padre, ni apóstol. No sólo rechazaste el servicio de la tierra, sino también el de Dios. Eterno ausente infecundo, ¿cómo podrás justificar tu jornada?

AMIEL

La confesión de mi poca alegría y de mi infinita infelicidad estaba toda en las dieciséis mil páginas de mi diario íntimo. Aquellos montones de papel escrito semejante a montones de tierra que señalaban en los prados el trabajo de los topes, son ahora ceniza y polvillo y sólo puedo ofrecer a Dios mi silenciosa resignación.

Aquel diario fue mi enfermedad, mi tumor, mi devorador. En vez de vivir me observé vivir. Consigné en aquellos secretos cuadernos, día por día, las iridiscencias de mi pensamiento inoperante, las babas de mis vanos sentimientos, mis renunciaciones, mis repulsas y mis fracasos cotidianos.

Dijeron que era por naturaleza y esencia un tímido. En verdad, tuve miedo y casi terror a la vida. A la vida, entiendo, que es defensa y victoria, afirmación y creación. Todo lo que comprometía al hombre —familia, Estado, obra— me espantaba. De todo lo que era práctico y corpóreo tenía desconfianza, más bien repugnancia ^ veces horror.

Jamás supe atreverme y no quise escoger. Todo mi largo rumiar espiritual, que no pudo llamarse vida, estuvo dominado por la imposibilidad de escoger, de decidir, de construir, de querer. Vacilación perpetua que me condenó a la soledad de la esterilidad. No fui capaz de crear ni de procrear. Amé a muchas mujeres, pero no quise unirme a ninguna; fui filósofo, pero no supe edificar un sistema; fui crítico y no dejé un verdadero libro; fui profesor y no tuve discípulos; soñé con ser poeta y no pude componer un solo poema.

Todo me atraía, nada me poseía. Toda idea tenía para mí su encanto, toda belleza su atracción, toda teoría su porción de verdad o, al menos, de verosimilitud, todo sistema su fundamento. Pero no sabía escoger, ni detenerme, ni conquistar, ni restituir. Era como una abeja que vaga por los campos, pero que no sabe fabricar su cera ni su miel. De todos mis vagabundeos intelectuales de Don Juan de la verdad volvía siempre como el hebreo José. Ninguno de mis gérmenes dio fruto, ninguno de mis anhelos se encarnó en actos de amor o en obras visibles. Me acerqué a todas las puertas, pero no entré en casa alguna, en ninguna iglesia; intenté acechar toda luz y toda estrella, pero permanecí en el limbo gris de la media luz.

Viví para la contemplación del mundo de las ideas puras y, por ello, en una atmósfera tan fría y rarificada que el hielo congeló toda mi virtud e hizo detener todos mis brotes. El demonio destructor fue la filosofía. La filosofía era, en realidad, un retorno del alma a la unidad primitiva, al ser universal e indistinto, es decir, consistía en la negación de la vida, en el odio a la vida, en la nostalgia de la anulación y de la muerte.

Todo lo que recordaba a la carne y a la sangre, a la naturaleza viva, a la actividad humana y concreta, repugnaba al verdadero filósofo, parecía a sus ojos envilecimiento, abyección, pecado.

Y, sin embargo, aquella visión solitaria e interior de la arquitectura del universo y del mundo ideal tenía su belleza y su dulzura, era una tentación para los espíritus delicados, un voluptuoso envenenamiento de la voluntad. En volver a soñar el indecible sueño de Dios me parecía que consistiese la verdadera grandeza del hombre. Huir todo compromiso, sustraerse a todo encarcelamiento, evitar todo contacto con la vulgar y corpórea realidad de la vida ordinaria, vida de los sentidos, vida de las ilusiones, vida sucia y temerosa, me pareció mi nativa vocación, mi ascensión, mi doloroso triunfo.



Mientras todos los hombres se esforzaban y arrebatában y sudaban por conseguir bienes perecederos, placeres pecaminosos, por construir lo que sería destruido, por buscar lo que estaba destinado a perderse, por amar o por odiar a criaturas de un día, el contemplarte, solo y en alto, considera en su aérea y abstracta pureza los sagrados misterios del universo, asiste a la cotidiana creación de la nada, se abandona al armonioso fluir de las ideas eternas, se fija en el único y sumo principio de toda realidad.

Descender a los profundos abismos de las Madres, como Fausto, asistir apartado, neutro, inmóvil, desinteresado, omnividente, a la engañosa fantasmagoría y alegoría que se desliza en la fugitiva duración del cosmos, me parecía, en mis instantes de éxtasis, una vida más verdadera y más divina que cualquier otra vida. Era, por el contrario, mi condena y mi derrota, mi muerte.

Y hoy, el desertor de la vida que por orgulloso temor buscó en el pensamiento un sustitutivo perenne, no se atreve a extender al Creador su mano blanca y vacía que no supo coger siquiera una espiga en los campos de la tierra.

MAINLÁNDER

ÁNGEL

Ofendiste a Dios y al hombre porque afirmabas que la vida no era más que vergüenza y martirio. Proclamabas que querías redimir a los hombres mientras que a sus muchas miserias añadías una más: la conciencia exagerada e irritante de aquellas miserias.

MAINLANDER

La redención propuesta por mí era la abolición total de la vida, el suicidio del género humano, y por eso era necesario echar ácidos en las heridas abiertas para que a todos se les hiciesen ya insoportables. La propia vida, en sí misma, era un mal y no había otra salvación para nosotros que negarla, rechazarla, extirparla. Yo di ejemplo y me maté, pero los hombres no quisieron escucharme ni imitarme. Han preferido padecer y gemir hasta lo último, aficionados a su propio tormento y temerosos de perderlo.

ÁNGEL

Tu suicidio universal no era más que el sueño de un retórico cogido en el cepo de su

presuntuosa sofisticada. Tenías que saber bien, aun intoxicado de filosofía hasta la demencia, que nadie te seguiría. Y entonces, si de veras te movía la piedad hacia los hombres, ¿por qué no intentaste más bien quitar un átomo de su infelicidad en vez de quererla más grave y áspera? Pero era bastante más difícil —para ti y para los demás— llevar un poco de luz gozosa a la oscuridad del mundo que ladrar y gruñir. Los holgazanes gimen, los prudentes cuidan. Eras como uno que ve un incendio y en vez de llevar un poco de agua echa en el fuego aceite y petróleo para que arda mejor. Escribir contra el fuego jamás ha salvado a nadie de las llamas. En verdad, tenías necesidad de desahogarte y no de redimirte. Tu doctrina no nació de la piedad, sino de la pereza y del orgullo.

## MAINLANDER

Estoy bastante castigado, puesto que he tenido que volver a tomar el peso del cuerpo y la esclavitud de la conciencia. Pero nunca he creído ni quiero creer en las virtudes de los emplastos o en la felicidad de los resignados. Todos los consuelos ofrecidos a los hombres me parecieron siempre narcóticos, sustitutivos o auxiliares de la vileza. La vida, para mí, era incurable y, por lo tanto, no había salvación fuera de la muerte. Y mis exhortaciones no fueron de retórico, ya que apenas acabada la obra me quitó la vida. Si la idea fue delictuosa la pagué con mi sangre.

## ÁNGEL

El suicidio no es prueba de remordimiento y mucho menos argumento de verdad. Y tampoco fue tuya la mísera gloria de haber sido la primera víctima de aquella sacrílega demencia. Muchos siglos antes que tú, en África, enseñó Egesías una doctrina semejante a la tuya, y también él, como prueba de su enseñanza, se mató. Excusa suya, pero no tuya, el haber venido antes de Cristo, es decir, antes de que se enseñase a los hombres que el dolor es camino para la felicidad o exactamente la felicidad.

Quien rechaza la vida condena la obra de Dios. El que desea la muerte demuestra que no sabe contener el asalto de los males, que no sabe ver el infinito y consolador milagro del universo.

Quien, como tú, maldice y rechaza la vida es blasfemador, débil y ciego. Pero Dios lo puede todo, aun hacerte feliz a despecho tuyo.

## NIETZSCHE

## ÁNGEL

Muchos vieron en ti —autor temerario del Anticristo— el enemigo más corrosivo de la Cristiandad. Y, sin embargo, yo descubro todavía en tu vida y en tu alma la marca imborrable del fuego de Jesús Redentor. Dime, con aquella heroica sinceridad que fue siempre honor tuyo, si me equivoco o adivino.

## NIETZSCHE

Estás en lo cierto. La muerte, como sabes, revela todo el hombre a sí mismo. Toda mi guerra contra los cristianos —no, cuidado, contra Cristo— sólo fue el rencor, la quemadura, el dolor de una atroz desilusión.

Mi alma era naturalmente cristiana. Tan profunda y espontáneamente cristiana, que no pudo encontrar su patria en ninguna de las Iglesias que se gloriaban de cristianas. La romana y la oriental eran, o me lo parecieron, hospicios recargados de estucos polvorientos y barrocos para refugio de almas somnolientas y retorcidas; la protestante era una tempestad helada, un pietismo debilitador o desvanecido. Todas y cada una de las cosas rechazaba a mi ánimo delicado y ardiente de aquellas catacumbas convertidas en caballerizas de jumentos cansados. No pude soportar el horroroso tufo y buscar a Cristo bajo aquellos enmohecidos trapajos.

Hube de alimentar y saciar mi alma cristiana fuera del Cristianismo, recurrir a los sucedáneos y a los facsímiles, parecer adversario de los cristianos para permanecer fiel a Cristo, y, finalmente, para unirme al verdadero Cristo ponerme de parte del Anticristo.

Todo mi pensamiento fue, así, la angustiosa persecución de un Cristianismo platónico, de un Cristianismo sin Cristo, y, a veces, me encontré combatiendo a los cristianos en nombre de principios que hubiera podido hallar, si no hubiera estado ciego por el asco, en el mismo Evangelio.

Mi amor fatuo no era más que la fórmula pagana de la resignación cristiana; mi superhombre no era más que un ideal nacido de la síntesis entre la caballería medieval y la santidad católica; mi teoría del eterno Retorno era la subterránea revancha de mi anhelo de resurrección y de inmortalidad; mi aspiración a la santidad y a la fuerza correspondía al genuino Cristo de los Evangelios que da la salud a los enfermos, la voluntad a los débiles, la vida a los cadáveres. Y, sin quererlo, fui semejante a los ascetas estudiosos que habían constituido la gloria de la Iglesia: hombre de la renuncia, de la pobreza, de la soledad, de la pureza, del sacrificio alegremente soportado, de las torturas serenamente aceptadas.

También aquel asceta buscaba desesperadamente a su Dios, un Dios conforme a su espíritu y a su sueño. Y no advertía que lo había dejado por excesivo desdén detrás de mis espaldas. Escogí, al fin, a Dionisos, es decir, al Dios pagano que más se parecía a Cristo, el Dios que es sacrificado y muerto por los hombres, el Dios que otorga el éxtasis y promete la inmortalidad a sus fieles. Pero la imagen de Cristo se sobreponía cada vez más a la de Dionisos y en este duelo interior mi razón fue vencida y se apagó. Los últimos, los extremos mensajes que envié a los hombres, eran firmados ora por Dionisos, ora por el Crucificado. Apenas llegué a unirme indeciblemente con Cristo, todos los cielos se abrieron y no pude sostener aquella implacable alegría y en torno a mí hubo tinieblas, como el viernes en el Gólgota. Ahora que había abrazado, por fin, después de tantos años de espasmos, al Dios ciegamente abandonado y buscado, ¿qué necesidad tenía ya de la inteligencia? Cuando surge el inmenso sol de los profetas, hasta el filósofo sopla sobre la pobre lucecilla que iluminaba y consolaba su noche.

## 9. MUJERES PECADORAS

LAIS

Ángel

Tu maravillosa belleza fue incentivo para la lujuria ajena; tu cuerpo perfecto, estatua viva vendible para todos; tu misma alma inmortal se prostituyó por algunos pedazos de oro. De los dones divinos que Dios te otorgó hiciste comercio y mercado. ¿De qué te servirá, ahora, tu hermosura y tu riqueza?

LAIS

Extrañas e increíbles, joven Dios, llegan hasta mí tus palabras. Bien advierto que este mundo nuevo está hecho al contrario de aquel en que viví. ¿Qué enemigo de los hombres lo ha trastornado tan neciamente?

Sepas que en Grecia, en el siglo que vio mis victorias, nadie habría osado reprocharme lo que tú me reprochas con palabras tan estúpidas. Todo hombre, aun el más sabio y poderoso, honraba a mis iguales como naturales ornamentos de la ciudad y de la vida. ¿No sabes que los hombres estaban creados de modo que no pudiesen prescindir de los placeres de Eros? ¿No sabes que la belleza redoblaba el goce de la unión amorosa? ¿No sabes que hasta los Dioses inmortales habían bajado a la tierra para unirse a las más bellas de las mujeres mortales?

¿Era, acaso, culpa mía si fui considerada la mujer más bella de mi tiempo y si fui admirada, deseada, buscada por cuantos varones rectos había entonces en Grecia?

¿Por qué, pues, hubiera debido negarme a dispensar el placer que era para mí alegría de la carne, triunfo del orgullo, aumento de ofertas y donaciones? ¿Hubiera debido encerrarme en la sombra de un gineceo donde mi belleza se hubiera ajado antes de tiempo, oscuramente marchita por los trabajos de la casa y de la maternidad?

¿No hubiera sido otra forma de avaricia más irracional? ¿No hubiera, quizá, disminuido injustamente el patrimonio de la felicidad humana, ya tan escaso y continuamente amenazado por la desventura? Y frente a la sobrehumana voluptuosidad que encontraban junto a mí, ¿qué eran luego aquellas joyas y aquellas monedas que me entregaban en cambio, sino pedazos de frío metal?

Yo les daba un cálido anticipo de éxtasis, les daba la más deseada felicidad, les daba algo de mi vida. Eran mis amigos los que ganaban en el cambio, no yo. Cualquiera que fuese lo que me dieran, los deudores eran siempre mis amigos.

Tenía mi compensación de otra manera. A toda mujer le complacía inmensamente agradar aun a los plebeyos, aun a los viejos, aun a los deformes. Y yo no era admirada y deseada sólo por los que vivían cerca de mí, sino por toda Grecia y por todo el Oriente, aun de los que sólo me conocían por la fama. Y de todas partes, de las más remotas y bárbaras ciudades acudían a Corinto sólo para verme, sólo para abrazarme una vez. Mi casa no estaba asediada por jóvenes ociosos o por gente oscura. Venían a mí los poetas más admirados, los estrategas todavía bronceados por el sol de las batallas, los graves magistrados de cabelleras ya blanqueantes, los oradores que dominaban con la palabra a los pueblos y hasta los filósofos austeros que a sus discípulos les indicaban el sumo bien en la virtud. Todos aquellos que conocían los secretos de los dioses, que eran dueños de la vida y de la muerte de los ciudadanos, que indagaban los misterios de los cielos y de las almas, los vi todo humildes y suplicantes a mis pies, los vi todo delirantes entre mis brazos. Y aquel espectáculo daba a mi orgullo un placer mucho más subido que a ellos les diera mi cuerpo. ¿Qué mayor victoria podía embriagar a una mujer? ¿Quién hubiera tenido fuerzas para evitar aquel perpetuo triunfo? ¿No era, acaso, más reverenciada y obedecida que una reina? ¿No era, acaso, adorada y colmada de ofrendas votivas lo mismo que una diosa del Olimpo? Mi reino era más extenso que la misma Hélade, mis devotos eran una multitud inmensa, capaz de poner celosa a la misma Afrodita.

Si crees que distribuía felicidad por ansia de lucro te engañas. También yo tenía un corazón y fue mi pérdida. La envidia de la diosa de Chipre me hizo caer en la trampa. Me enamoré de un joven amante y despedí a todos los demás. Y como una turba inquieta me

perseguía, como si hubiese traicionado a un pueblo entero; hui secretamente de Corinto y seguí al amado hasta la salvaje Tesalia. Pero fueron breves la liberación y la paz. Las bárbaras mujeres de aquel bárbaro país se sintieron celosas de mi belleza y mi elegancia, tan furiosamente celosas que deseaban mi muerte. Una manada de locas me sorprendió un día en el templo de Afrodita.

Aquellas mujeres, como bestias enfurecidas, me rodearon, me ataron, me lapidaron y destrozaron mi cuerpo después de haberme matado. La primera y única vez que intente vivir honestamente, a manera de esposa, con un solo hombre, fui horrendamente castigada. Los dioses mostraron claramente que condenaban mi desertión. Todos me deseaban y yo quise ser de un hombre sólo. Esto, a los ojos de los dioses, fue culpa. Y si de veras fue culpa, ¿no fue horrenda la expiación?

¿Qué quieres, por lo tanto, de mí? ¿Te atreverás a castigarme y torturarme por haber dispensado alegría, por haber suspendido durante algunas horas la infinita tristeza y miseria de los hombres?

Si el Dios superior a ti es Aquel —como muchos dicen— que libró de las piedras a la adúltera y aceptó los perfumes de la meretriz, estoy cierta de que será menos severo que tú. Él comprendió mejor que todos a la mujer y tuvo piedad de ella, y quizá también acoja a Lais en su banquete.

CLODIA, CATULO

Ángel

Si los hombres de tu edad no mintieron, tú fuiste, Clodia, la más desvergonzada y pérfida fémina de Roma. Tu menor pecado fue correr tras de los hombres como perra en celo. Uniste a la lujuria, como digno contorno, adulterio, envenenamiento, calumnia, traición y descaro. La belleza se convirtió en tu arma de ofensa y de ignominia. Eras en la presencia una diosa, en el ánimo una furia. ¿Reconoces o no tus culpas?

Clodia

Reconozco una sola culpa, si fue culpa, para una mujer bella y ardiente: obedecer a los impulsos de la naturaleza, darse a sí y a los demás un poco de alegría.

Pero la pintura que haces de mí no se me parece. No haces más que repetir, con menos derroche de palabras, las injurias de mis primeros acusadores. Quisiera que éstos se hallasen aquí, que los llamasen frente a frente delante de mí para desmentirlos. Sé quién soy y no los temo. Son dos solos y ambos hombres de pluma, esto es, avezados a mentir. Ambos tenían motivos de odio. Uno, porque me había amado demasiado y pretendía de mí lo imposible; otro, porque amaba en demasía su propia fama y odiaba a un hermano mío que le había obligado a huir de Roma. Llama aquí, si quieres, a Valerio Catulo y a Marco Tulio Cicerón; ni del uno ni del otro tengo miedo. Aunque mujer que nunca compuso cantos ni discursos, sabré hacerles callar. Llámalos, pues. Ni el cisalpino tísico ni el patán de Arpiño me causan temor. ¿Sabes quiénes fueron mis difamadores? Un versificador vengativo de veinte años y un retórico vengativo de cincuenta años. Uno, demasiado muchacho para comprenderme; el otro, no lo suficientemente joven para desearme. Ambos se sintieron impulsados a enfangarme por amor propio, y en modo alguno, puedes estar cierto, por amor a la verdad.

Cicerón me presentó como incestuosa y vulgar meretriz porque en mi hermano Clodio odiaba a su mayor enemigo y estaba dispuesto a recoger de las cloacas todos los esputos de las bocas plebeyas con tal de cubrir de ignominia a nuestra familia. El viejo asesino de los catilinarios hubiera querido la muerte de Clodio para sentir más segura su vida, y, mientras tanto, se desahogaba ensuciando a su hermana con baba venenosa. Sea dada eterna alabanza al gran Antonio, que hizo enmudecer para siempre a aquel vanidoso y prolijo charlatán.

Menos excusable es Catulo, el muchacho cultísimo que me recubrió de flores y de dardos bajo el nombre de Lesbia. Me vio y describió» primero, como una Diosa bajada del cielo precisamente para hacerlo feliz; luego, me vituperó como abrazadora de trescientos amantes. Se equivocó al principio y se equivocó al final; no hizo en su vida más que equivocarse. Yo no era ni pretendía ser una diosa; me contentaba con ser una mujer, una mujer de carne y de pasión, que los hombres deseaban por procaz y no despiadada. Pero no era la perra de todos los perros como, por innoble resentimiento, me describió.

Catulo era jovencísimo, provinciano, poco experto del mundo, libidinoso como todos aquellos a quienes amenaza la tisis, orgulloso y quejumbroso y ofensivo como todos los poetas, celoso como todos los hombres. Catulo pretendía que sólo en su favor fuese infiel a mi marido, a mis juramentos, al pudor. Me quería toda para sí y para toda la vida. Pensaba sólo en su placer, no en mi voluntad y en mi virtud. Sus invectivas eran hijos, más que del amor, del orgullo herido y de su maligno humor. Tan es verdad que él toleró y perdonó mis infidelidades mientras vivió Metelo Célere, mi marido. Después, por el contrario, no pudo concebir que yo fuera para otros lo que había sido para él. Su locura consistía en querer eterno lo que para todos fue siempre efímero.

En los amores humanos sólo los inicios, las primeras miradas, los primeros temores, los primeros besos, los primeros estremecimientos, los primeros abrazos, eran exultantes y

dulcísimos. En toda pasión era fascinadora la mañana, fatigoso el mediodía, odioso el ocaso. Había, sí, un amor profundo y casto que todo lo sostenía y lo superaba, inextirpable y eterno a despecho de toda vicisitud y contraste, amor de alma más que de carne, afecto perfecto más que pasión. Pero este amor jamás lo conocí ni lo conoció Catulo. No tenía, pues, derecho a juzgarme, y mucho menos a vilipendiarme. Si él no fue mi único amante, tampoco fue el hombre del único amor. En su mismo libelo se leían versos de lujuria para otras mujeres y aun para jovencitos. ¿Qué pretendía, pues, de mí? ¿Que mi naturaleza fuese distinta de lo que el hado quiso? Pero si hubiese sido diversa, o no me hubiera amado o no me habría entregado. Si hubiese sido generoso hubiera perdonado mis errores para compensarme, por lo menos en parte, del sumo placer que, según su confesión, le había dado. Y, sin embargo, aquella misma boca que tantos miles de veces se había posado en mí para sorberme y comerme, se abrió para maldecirme. Aquellas manos que infinitas veces me habían acariciado temblando, trazaron versos de lupanar contra aquella que le había revelado la plenitud de la voluptuosidad. ¿Quién fue, de nosotros dos, el más injusto? Responde, Catulo, si te basta añadir la calumnia a la mentira.

Ángel

Sube junto a mí, Catulo, si quieres responder a ésta.

Catulo

A ti te hablo, no a ella. Demasiado la amé y hartó me hizo sufrir. Mis palabras podrían ser en exceso apasionadas o demasiado acerbos, igualmente indignas de esta hora suprema.

A ti te digo que esta mujer fue víctima de sus sentidos y de sus caprichos más que perversa. Estaba corrompida, corrompidísima, pero el color de la sangre, el ejemplo de la universal corrupción, las tentaciones de los amantes corrompidos igual que ella, la excusan, por lo menos ante mis ojos, de culpable y de cómplice.

Fui injusto con ella y ahora, aunque tarde, rectifico. Tuve por ella, durante no corto tiempo, los más vivos y grandes goces de mi vida y hubiera debido, al menos por gratitud, perdonar su volubilidad y no infamarla con versos. Los celos, la vanidad, el amor propio, me arrastraron a esta vergüenza. Y también, para decir la verdad entera, mi acrimonia de satírico, que se gozaba grandemente en la mofa más atroz. Y, asimismo, la vil necesidad ordinaria en los jóvenes, en los poetas, en los enfermos, de hacer creer mayores sus propias desventajas y penas, la malsana manía de ser compadecido y llorado.

Inexcusable, pues, mi culpa hacia Clodia. Su amor me inspiró la poesía más



persuasiva y fúlgida, la que fue mi gloria en vida y me hizo eterno aun en el sepulcro. Sólo por esta inestimable gracia hubiera debido ser clemente hacia Clodia, cualquiera que hubiera sido su crueldad respecto a mí. Debería estarle agradecido como amante y, más aún, como poeta.

De ella, si hubiera sido menos impuro su amor, sólo hubiera debido recordar sus primeros latidos, las agitadas esperas de las primeras entrevistas, su risa resonante de los primeros encuentros, sus grandes ojos negros llenos de noche y de promesas, la palidez de su rostro ladeado bajo el furor de mis labios abrasadores. Hubiera debido recordar los instantes divinos, no las demasiado humanas tristezas del abandono y de la separación. Fui injusto. Dos o tres veces injusto contra esta desgraciada adorada. No invoco su perdón, pero pido tu piedad.

Clodia

Has hablado, Catulo, más elevadamente de lo que yo esperaba. Olvidaré tus improperios y no recordaré más que tus besos. Eres aún tan soberbio que no invocas mi perdón, pero quiero, a despecho tuyo, concedértelo. Dios tenga compasión de nuestros corazones heridos.

FÜLGOSA

No quiero confesar mis culpas y, mucho menos, negarlas o excusarlas. Fueron tales que sólo el Creador podría perdonarlas con el exceso de su amor.

Pero no pido perdón ni quiero absoluciones de nadie ni siquiera de Él. Siento mi alma tan manchada que ningún lavado podría volver a dejarla intacta como quisiera. Aun en el cielo el recuerdo de mis anti guas vergüenzas me perseguiría y haría dolorosa hasta mi bienaventuranza. La memoria no puede ser abolida, la huella del pecado y la mordedura del remordimiento no se borran. No puedo, ni siquiera hoy, soportar el recuerdo de mi suciedad. Me siento inmundada para siempre cualquiera que pueda ser mi suerte. Cuando vuelvo a pensar en mi vida —que no fue distinta de la de tantas mujeres— siento una conmoción que ninguna palabra podrá curar. Si Dios me perdonase no podría tener tampoco ninguna estima de Él. O su ley era un engaño o su perdón es pura demencia. Todo es inútil, todo sería inútil. Que Dios me absuelva o me condene, yo me siento sucia, irreparablemente, insoportablemente sucia.

No pido perdón porque tengo asco de mí misma; no merezco condena porque fui creada débil y quien fue débil no pudo vencer. Sólo pido ser sumergida, por la misericordia divina, en aquella nada de la que, sin mi voluntad y por mi desventura, fui sacada para sufrir

y hacer sufrir. La primera vida me ha ensuciado y destruido. Si Dios ama verdaderamente a sus criaturas, demuéstreme su amor liberándome del terror de una segunda vida sin esperanza de muerte.

## A G R I P I N A

Angel

De muchos delitos horribles eres acusada, Julia Agripina, madre de Nerón; y todos, sean amigos o enemigos de tu hijo, convienen en acusarte. Sobre un solo punto discutieron: si en ti era más fuerte la ambi-ción o la libídine.

Agripina

No sé de qué modo se juzga a los grandes de la antigua tierra en esta tierra nueva, pero confío, sin embargo, que no sea con mente de esclavos castigados o de rencorosos sucesores. Piensa en mi condición, quizás única en el mundo. Porque fuí la única mujer de todos los tiempos que pudiera llamarse hija, hermana, esposa y madre de emperadores. Pero los cuatro tuvieron triste fin y yo con ellos. Mi padre, Germánico, fue muerto por Pisón; mi hermano, Calígula, fue muerto por Querea; mi tercer marido, Claudio, fue envenenado por su médico Jenofonte; mi hijo, Nerón, pidió muerte voluntaria a su propia espada y a la mano de Epafrodito. Y yo fui, asimismo, asesinada por los sicarios á mi hijo más amado. A los catorce años fui esposa; a los cuarenta y cuatro, muerta. Durante treinta años viví junto a los dueños del más vasto y poderoso imperio de aquellos tiempos y, a menudo, fui honrada y considerada casi lo mismo que el propio emperador. El desmedido poder era un vino más embriagador que cualesquier licor terrestre y yo crecí y morí con la sed furiosa de la dominación a toda costa. La vida, cuando no podía dominar e imperar, era para mí peor que la muerte. Mucho se habló sobre mi lujuria y es verdad que tuve muchos amantes y de toda clase, pero yo sólo acogía en mi lecho a los que podían conducirme a asociarme al dominio. La lujuria no era para mí más que instrumento para el mando. Los hombres llegaban a la cumbre con la espada, que hierre y que mata; yo me serví para el mismo fin de mi cuerpo que daba placer. Y nada me repugnó con tal de participar en el gobierno del mundo. Me prostituí para mi hermano emperador y estaba dispuesta a prostituirme para Nerón con tal de que me hubiese dejado una parte de mi favor y de su poder, y me hubiera prostituido también para un monstruo peor con tal de reinar. En los tiempos de Claudio era la dueña del emperador y, por ello, del imperio, pero el ansia de mayor poderío me impulsó a hacerlo matar, para darle el trono a mi hijo predilecto, a ésta que sería, como neciamente pensaba, emperador sólo de nombre, para consagrarse a sus danzas, a sus músicas, a sus poesías y a sus concubinas. Esta fue la mayor locura de mi vida y la pagué con la muerte. Pero hasta el último día fui la emperatriz y la muerte me pareció menos atroz que el exilio y que el olvido.

Nací de sangre imperial y viví en el corazón del imperio: ¿qué maravilla si en mí, aunque mujer, se desencadenó la pasión de imperar? Los pequeños, los viles, los mediocres, los esclavos no pueden comprender un furor semejante, más noble que muchos otros, y puesto que no lo comprenden, lo odian y, odiándolo, no pueden y no deben juzgarlo. Al emperador del universo, la última palabra.

ROTRUDE

Ángel

Rotrude, hija de Carlomagno emperador, ¿puedes decir por qué llevaste vida tan poco honesta, indigna de quien nació y vivió en la luz de un trono cristiano?

Rotrude

No a mí sino a mi padre deberías pedir la respuesta. Lo que en mí fue natural debilidad de mujer en él fue tenaz error de tirano. Fui víctima, juntamente con mis hermanas, de un amor paterno que parecía amor propio hasta la ceguera y la crueldad.

No quiero juzgar a mi padre. Dios me guarde de acusarlo. Aunque fuese condenada por su culpa no quisiera faltar al afecto que le debo como a padre y a la veneración que de todos merece como excelso rey. Entre su gloria de victorioso y mi oscura debilidad ¿quién se atrevería a escoger mi causa?

No quiero, no puedo, no me atrevo a levantar la voz contra mi padre. Pero, quizá, lo conocí mejor que aquellos que en el continuo andar de los siglos glosaron y rimaron sus gestas. Lo ven siempre de lejos, con la veste del palio imperial, entre los cirios y los oros de las basílicas, figura mayor que la verdadera entre el patriarca del mundo y el santo arrodillado. Yo lo vi de cerca casi durante cuarenta años; no se parece a aquella la imagen que ha quedado en mi mente.

Dios omnipotente ponga en su gloria la gloria de mi padre. Defendió al Papa de Roma y, por ello, fue reputado enteramente católico y hombre de Dios, pero has de saber que en su vida tuvo dos pasiones que del todo y siempre le ocuparon: conquistar tierras y poseer mujeres. La oración fue lo menos mientras estuvo sano. Apenas dejaba la espada exterminadora de hombres se extendía sobre los lechos para engendrar nuevas criaturas. En las batallas de sangre y en las de amor era infatigable y en ambas victorioso.

Tuvo, como sabes, cinco mujeres y, por lo que yo sé, veinticuatro concubinas. Ildegarda, mi madre, sólo tenía trece años cuando se enamoró de ella y quiso, en seguida, desposarse, aunque apenas fuese mujer, y tan furibunda fue su pasión por ella, que tuvo nueve hijos en doce años y la infeliz murió, jovencísima, de parto. Yo soy una de las cinco hijas que Ildegarda dio a luz y, para mi desventura, me parecí en el fuego avasallador de la sensualidad a mi padre; Pero éste jamás quiso ver en nosotras, mujeres de carne, sino sólo su eterna propiedad. De las innumerables hijas, legítimas y naturales, que engendró, sólo una, Gisela, fue esposa. A mí y a todas las demás nos prohibió siempre, sin cuidarse de aducir claras y justas razones, el matrimonio. ¿Fueron inconscientes celos de varón que consideraba suyo para siempre todo ser salido de su germen? ¿O cálculo político? ¿O cruel capricho de señor?

Pero yo, como te he dicho, me parecía a él en la fuerza del estímulo amoroso. Era criatura suya, hija de su lujuria, hecha de carne, de sangre, de deseo incontenible. ¿Qué otra cosa podía acaecer sino lo que sucedió?

No podía pensar en rebeliones, en fugas, en nupcias secretas. Mi padre era un terrible señor servido por millares de ojos y de inteligencias. Su voluntad era recta e inquebrantable como su espada. Había nacido para imperar e imperaba sobre todos. Se hizo coronar por el Papa y le donó provincias y privilegios, pero en verdad quería ser y fue dueño también del Papa, de los obispos y hasta de los teólogos. Mucho debía en las guerras a sus famosos paladines, pero los trató siempre como siervos —siervos honrados y premiados—, pero siervos. ¿Qué podría intentar contra un hombre semejante una muchacha que, además, le debía la vida?

Durante mucho tiempo soporté en silencio el peso molesto de mi forzosa virginidad. Me decidí, finalmente, a suplicar a mi padre que me diera un esposo, el que a él le agradase. Sonrió, me acarició, pero no me respondió ni aquel día ni nunca.

Mi padre, casi en compensación de su extraña condena, nos concedía a las hijas mucha libertad, incluso cuando nos obligaba a seguirlo en sus lejanas empresas. Yo, a imitación de mis otras hermanas, me aproveché, por fin, de aquella libertad. Demasiado fuerte la tentación, demasía»- do fácil la ocasión, y la juventud se marchitaba. Cuando tuve el primer hijo el emperador no mostró estupor ni desdén; por el contrario, cuan» do lo vio lo acarició soldadescamente y no me impuso que lo ocultase. Ni siquiera quiso saber por mí quién fuese el padre y continuó concediéndome la acostumbrada libertad. Cuando el venerando emperador subió al seno de Dios, tenía ya cuarenta años, estaba deformada y desposada, pero ya no era tiempo de pensar en justas nupcias.

Esta es la narración verdadera de mi destino. ¿Querrá Dios castigar las culpas nacidas

del ardor de una sangre heredada precisamente de aquel que me impidió, con la prohibición inexorable de la autoridad- paterna, seguir el consejo del Apóstol Pablo?

No quiero ni puedo acusar a mi padre. Pero Él, que es dueño de los dueños de la tierra y conoce el principio y la razón de toda culpa, mirará con ojos pacientes y benignos mis caídas.

BERMONDE

ÁNGEL

Te entregaste, Bermonde, a quienquiera que te requirió. ¿No se te enseñó que la mujer había de pertenecer a un hombre sólo y sólo para dar la vida a sus hijos?

Bermonde

Esta y otras muchas leyes me enseñaron cuando de jovencita vivía al lado de mi madre. Pero cuando crecí en edad y belleza y me quedé sola en el mundo, dueña de mí y de los bienes de la casa, sentí que todo mi ser rechazaba y se oponía a tales leyes. El mandamiento se había dado en nombre de Dios, pero ¿no era mi sangre obra también de Dios? También mi sangre tenía su ley y su derecho y no supe desobedecerlos. Mi cuerpo había nacido para el deleite, no pude menos de seguir el impulso poderoso de mi naturaleza. ¿Era, acaso, culpa mía si me sentía más atraída por el placer que por los fríos preceptos de los antiguos?

La idea de la castidad me daba horror. Una fuerza tumultuosa e impetuosa me empujaba a los brazos del hombre. Un instinto irrefrenable me decía que sólo en la plenitud del amor encontraría la felicidad. Una criatura joven y ardiente estaba hecha para la alegría, quería y pedía la única alegría que podía darle la paz, la alegría suprema de los sentidos.

El amor cortés que se usaba en mis tiempos no era para mí. Me pareció un juego de coquetería poética, una hipocresía elegante que excitaba la imaginación y la vanidad, diversión y no satisfacción. La mujer era considerada como reina, casi ángel, casi diosa, pero la mujer íntegra y sincera quería cosas muy distintas de canciones y baladas. En toda mujer había una hembra que no podía contentarse con bellas palabras rimadas.

Otro instinto, hondo y fuerte como el de la sangre, me advertía que o me ligase a un

hombre, a un marido. Veía lo triste que era la suerte de Tris mujeres estropeadas y mortecinas por la esclavitud de la casa o envilecidas y corrompidas por las mentiras del adulterio. Escogí, pues, el conservarme libre de todo vínculo y saciar libremente mi cuerpo ardiente y ansioso.

No quise ser esposa, pero tampoco meretriz. No es verdad que yo me haya entregado a todos. Entre los hombres que me desearon escogía los que me inspiraban afecto o pasión; a todos los demás los rechacé. No me entregué jamás por dinero o por deseo de dones; en los amantes busqué lozanía, gracia y gallardía, no riqueza ni fama. No me bastaba que un noble fuese noble; a un señor tosco y ajado, preferí siempre un plebeyo de espíritu jovial y de elegante aspecto. Breves fueron, de ordinario, mis amores, pero nunca abyectos.

Así transcurrió alegremente mi vida, sin escrúpulos ni remordimientos, mientras la belleza y la lozanía de la edad hermosa me hicieron deseable. Recta como una espada era mi vida: me agradaba el placer y lo buscaba abiertamente. Mi cuerpo había sido manifiestamente creado para dar y recibir alegría; mi sinceridad era mi honestidad. Si no era fiel a los amantes, era fiel a mi naturaleza, justificada por mi ley, purificada por mi sinceridad. Toda tentación reprimida era culpa a mis ojos porque se habría marchitado dentro y habría podrido el alma.

No estaba llamada a la vida espiritual También el deleite tenía sus misterios, su grandeza y, diré, casi su candor. No era enteramente egoísta mi goce, más bien la alegría mayor me venía de la alegría de mi compañero. Pensaba —perdona mi demencia— que cuando una mujer inspiraba con su belleza un deseo tenía el deber de satisfacerlo. Quien prendiere fuego sólo puede ser excusado si se presta a extinguirlo. ¿Por qué hacer sufrir a los hombres que desvarían y se torturan, cuando satisfacerlos costaba tan poco a una mujer que no era triste ni grosera? ¿Acaso no se alababa sobre todas las virtudes la liberalidad de espíritu? ¿Y de qué otro modo podía ser liberal una mujer sino dando generosamente lo que en ella era máspreciado y precioso?

Sin ambages te he dicho la verdad sobre mí, sin gazmoñería ni vergüenza. Mi vida fue impura y condenable según el juicio de los hombres, pero vive en mí la esperanza de que el juicio de Dios sea distinto. ¿El Dios que en la tierra perdonó a la pecadora prosternada y llorosa podrá ser despiadado conmigo?

ELOINDE

Ángel

Durante toda la vida tu corazón estuvo entenebrecido y endurecido por la avaricia.

Los mejores sentimientos humanos fueron malogrados en ti, no tanto por la avidez de adquirir cuanto por el terror de ceder y de perder. Odiabas y rehuías como enemigos a quienes tenían que recibir de ti la retribución de sus trabajos; los pobres eran para ti gente holgazana y embustera, estiércol y vergüenza de la tierra. Respetabas, en apariencia, todas las palabras de Cristo, menos una, aquella que afirma ser más dulce dar que recibir. Era, para ti, una máxima del infierno en vez de pensamiento divino; la cima del escándalo y de la abominación.

Dios te había dado un alma capaz de afectos; tú la empequeñeciste y endureciste de tal manera que la transformaste en una máquina calculadora, estricta y fría.

Tu sordidez causó mal a muchos, pero más que a nadie a ti misma. Fuiste tan estúpida que cambiaste todo el amor de Dios y de los hombres por unos palmos de tierra y algunas talegas de metal impreso.

¿Cómo podrás invocar la caridad divina, tú que ignoraste o reprimiste la caridad humana?

Eloinde

Eres tú más severo de lo que era mi confesor. También él me reprendía porque, según afirmaba, estaba apegada en demasía a los bienes del mundo, pero se guardaba mucho de ofenderme como ahora has hecho tú. Recuerda que fui una débil mujer, que quedó pronto huérfana y prontísimo viuda, sin hijos, sin ayuda, sin apoyo.

Tenía, sin embargo, que salvar la propiedad que mi padre y mi marido me habían confiado, tenía que defenderme contra las insidias, los engaños, las sisas, las exigencias de los subordinados y de los vecinos.

Como no podía sufrir el despilfarro y el desorden, había adquirido fama de avara. Pero todos los que tenían la cabeza sobre los hombros y cerebro en la cabeza y juicio en el cerebro eran tachados de avaros por la maliciosa envidia de los holgazanes, de los gorriones y de los pedigüeños.

No tenía grandes riquezas; no más de cinco fincas de labor y algunas casas. Los tiempos eran difíciles y no podía fiarme de nadie. Los encargados eran todos unos ladrones; los campesinos, todos tramposos; las criadas, zorras y urracas con faldas.

Tenía que hacérmelo todo, estar atenta a todo. Dios no creo que permitiese ni el despilfarro ni el latrocinio. Para que no me robasen tenía que no quitar ojo de las más pequeñas minucias: de los cabos de vela, del aceite de las vinagreras, del saco de la harina, del jabón, de la sal, de las especias.

Me agradaba la economía, la prudencia, la justa medida; no podía soportar a los derrochadores, a los locos que despreciaban la gracia de Dios y dilapidaban los patrimonios reunidos con tantos sacrificios por los pobres muertos.

No creo haber hecho ningún mal en el mundo si he conservado lo mío, si he cuidado de no tirar inútilmente, si me he defendido de la falta de honradez de los trapaceros y de los aprovechados.

Aun los pobres, sí, aun los que llegaban gimiendo a las puertas de las personas serias y de bien no eran más que hipócritas aprovechados. Mostraban sus hijos descalzos, los vestidos destrozados, las llagas abiertas, las costras negras para inspirar temor y temblor. La limosna no era efecto de la caridad, sino tributo del miedo.

No quería someterme al engaño, pero no es verdad que no me cuidase de los pobres. Daba un tanto al mes a la asociación de caridad y así tenía derecho a mandar con Dios a todos los mendigos que llamaban a mi puerta. Los pobres verdaderos no iban a molestar a las personas honradas. En la chusma de los pedigüños la mayoría habían caído en la ruina por su culpa o eran gente que no tenía gana de trabajar o comediantes que recitaban con poco gasto la tragedia de la miseria. Con ellos no tenía piedad alguna.

La miseria no era casi nunca una desventura, sino casi siempre una culpa. En cada pobre veía un futuro ladrón, un futuro homicida, o, por lo menos, un descarado prevaricador. Cuando Jesús habla de los pobres no se refería, según mi parecer, a los verdaderos mendigos, sino a los pobres de espíritu, aquellos que no se habían hartado de vana doctrina. No, no he logrado amar nunca a los pobres, ni siquiera tolerarlos.

Conocía a los hombres. Ninguno habría tenido piedad de mí si un día me hubiese encontrado sin casa y sin pan.

No quité nada a nadie, no deseé las cosas ajenas. Pero hice que nadie me sustrajese indebidamente lo que era mío por legítimo derecho.



La parsimonia que empleaba con los demás, que malignamente llamaban tacañería, la usaba conmigo misma. Mi vida era casi monástica, mi mesa era más parca que la de un fraile, no busqué diversiones ni solaces, no derroché dinero en vestidos de lujo ni en joyas ni en viajes.

Observé con escrúpulo los preceptos de la Iglesia, aun cuando fuesen a mis expensas. Daba una fanega de trigo al año a mi párroco, un barril de aceite a las monjas. Hice por mi cuenta un mantel para la iglesia y también a costa míos dos farolillos para las procesiones. NI comí carne ningún viernes del año ni olvidé ninguna noche mis devociones.

¿Qué más se podía pedir a una pobre mujer que no tema apoyo alguno, que nunca hizo mal a persona alguna y que se encomendó siempre, en todas las adversidades de la vida, a la Virgen María?

## GUITAMONDA

Si yo no fui todo pura, como siempre lo quise, al menos en los pensamientos, de ello tuvieron culpa los continuos asaltos del Enemigo, que nunca dejó en paz a mi alma.

Ni siquiera cuando era niña de corta edad y pasaba los días en el campo con mi padre y mi madre. Aun entonces, Satanás me hablaba al oído sin que nadie, fuera de mí, lo oyese, y me aconsejaba éste o aquel pecado. Pecados de poca importancia, pecados de niño: robar una fruta a mi madre, cinco céntimos a mi padre, una cinta a mis hermanas, espiar los hechos vergonzosos de los muchachos de mi edad.

Casi siempre resistía tales tentaciones pero al aumentar los años crecieron en fuerza y malicia, me atormentaban en el duermevela y en el sueño, me sugerían gestos y palabras torpes, me manchaban por dentro aun cuando lograba rechazarlas.

Me di cuenta de que no hubiera podido vencerlas siempre si hubiera permanecido en el mundo y, para proveer a mi salvación en ésta y en la otra vida, solicité entrar en un monasterio.

Pero precisamente entonces se redoblaron las insidias y las seducciones del adversario inmundo. Hasta el día aquel había oído las palabras de Satanás, pero no había visto sus facciones. Desde aquel momento comenzó a aparecérseme en persona, especialmente por la mañana temprano, cuando comenzaba a rezar el sagrado oficio del día. Permanecía de pie en el espaldar del fondo de mi camastro y me miraba fijo. En aquella

penumbra del alba no contemplaba bien sus contornos; era sombra más que persona, sombra alta, pero curva escueta, que más parecía un resto de la tiniebla nocturna que un ser vivo. No abría los ojos y me escondía bajo las sábanas para no verlo, pero sabía y sentía que me miraba y que sonreía. A veces desaparecía al rayar el sol sin haber pronunciado una palabra, a veces me hablaba. Me decía que no había necesidad de repetir todas aquellas oraciones que la maestra de novicias me había enseñado. Dios, decía, conoce tu buena voluntad y no quiere que se le ensordezca con tantas salmodias. Sal fuera donde cantan los pájaros y los lirios se abren, toma una gota de rocío en el cáliz de una flor y esa será una comunión mucho más eficaz que el disco de harina que dentro de poco irás a tragarte ante el altar de la capilla.

No le obedecía, pero mi corazón temblaba como el de un lebrato sacado de la madriguera y no conseguía, por más voluntad que pusiese en ello, recibir a Jesús con la misma devoción que las otras monjas.

Cada vez que estaba sola, en mi celda o fuera de ella, Satanás se ponía a mi lado y me invitaba al placer.

¿Por qué —murmuraba— te has encerrado aquí para sacrificar tu juventud y tu virginidad a quien nada te ha pedido? ¿No sabes que Dios ordenó a la mujer que gozase del hombre y que diese hijos a luz? La vida que ahora llevas es desobediencia, es sacrificio inútil, es pecado. Tu Cristo fue siempre más benigno y amoroso con las meretrices que con las demás mujeres. Eres joven y nacida para el amor; ama y te salvarás lo mismo.

Aquellos discursos metían el infierno en mi corazón y en todos mis miembros; sentía hervir mi sangre como infinitos arroyos de fuego que quisieran desbordarse para abrazar al mundo. Todo lo que veía a mí alrededor se transformaba en atractivo e imagen de voluptuosidad. Un día de mayo cogí furtivamente una rosa roja del huerto, la llevé a mi celda, la coloqué en un vasito de agua y la escondí bajo mi lecho. De vez en cuando la sacaba fuera y la besaba. Era carnosa, bermeja y perfumada como una boca joven; hundía en ella mis labios secos para obtener confortamiento y una gran llama subía a mi rostro.

En el coro de nuestra iglesia había algunas pinturas hechas al fresco por un maestro excelente. Encima de una lucera había un ángel rubio que parecía mirarme con aire de entendimiento y yo también lo miraba a cada instante, levantando los ojos del salterio, y cuanto más me fijaba más parecía convertirse en criatura viva y sonreírme secretamente y traspasarme el pecho con las miradas, con tanta dulzura que casi me hacía desmayar.

Un día estaba en la ventanita de mi celda y seguía la caída de las hojas en el jardín claustral. En un momento surgió de un seto de boj un hermoso gato blanco y volvió hacia arriba, hacia mí, sus ojos azules. Quería dejar la ventana y huir; me faltaron las fuerzas. Sentí

una jamás experimentada dulzura en mis venas, en mis miembros y seguí contemplando aquellos ojos azules que, poco a poco, se hacían humanos y me hablaban de remotas tierras, de más cálidos cielos, de apasionadas delicias. Aquel gato que ya no volví a ver nunca, estaba ciertamente inhabitado por un demonio. Todo me turbaba en aquel tiempo: el canto de una cítara que alguna vez llegaba con el viento a nuestras estancias, el olor del heno segado en los prados vecinos, el rostro de un desconocido entrevisto por casualidad lejos, desde una de las naves, hasta las mejillas rosa de las manzanas que en los días de fiesta daban en el refectorio.

El confesor del monasterio era entrado en años, pero todavía vigoroso y de florido aspecto varonil. Satanás me tentaba para que lo tentase y yo no le hacía caso, pero pensaba en aquel monje bastante más de lo que quisiera e inventaba culpas y escrúpulos para entretenerme más ante la reja, cerca de él, escuchando su voz un poco sorda, pero cálida.

Cuando me arrodillaba en la balaustrada para recibir el Santísimo Sacramento no me atrevía a levantar los ojos hasta él, pero su blanca mano que se acercaba a mi boca me conmovía más que el cuerpo del Señor y hubiera querido que aquella mano se detuviese para acariciarme para consolar mi pena con la mórbida tibieza de aquella palma pálida que sabía a incienso.

Pero ¿por qué refiero estas miserias de mi gran batalla? Satanás me tomó como objetivo; Satanás estaba en todo lugar y en todo instante cerca de mí, y adoptaba mil formas > mil disfraces, terrible más que nunca cuando sonreía y reía sin articular palabra. Surgía, a veces, del mismo libro de las Escrituras Santas, me acechaba entre los vestidos de mi cajón se asomaba entre las frondas y las hojas de los tilos, ojeaba entre candelabro candelabro T altar, se reflejaba en el vaso de la mesa, se mostraba; - en todos mis sueños, interrumpía con su risa callada mí.

Mi vida fue guerra perpetua entre mi alma y el Diablo. Supe defenderme, pero no supe vencerlo. No logre hacerme suya, pero tampoco conseguí nunca arrojarlo de mí para siempre. Ni siquiera en la vejez me abandonó, aunque sus tentaciones fuesen otras que en mi juventud.

Lo mejor y la mayor parte de mí se gastó y perdió en estos cotidianos combates que me dejaban extenuada y humillada. Me salvé de la servidumbre de Satanás, pero no me quede fuerzas bastantes para conquistar la perfección, para alcanzar la santidad.

No me atrevo a preguntar por qué fui escogida como campo de batalla perpetua entre los ángeles y los diablos. ¿Acaso en algún pliegue de mi naturaleza había, desde mi nacimiento, algo de satánico? ¿Quizás aquellas tentaciones se daban en todas las vírgenes esposas de Cristo y no sólo en mí? ¿Quizá quiso el Señor poner a prueba mi constancia para

colocar, al fin, sobre mi cabeza una corona más fúlgida? Nada de esto sé, más espero que Dios, después de haber permitido tan cruel persecución contra una pobre mujer ex sagrada a Él, me salve ahora de las garras y de las fauces del Maligno.

## LA POMPADOUR

Fui bella, pecadora y famosa. Agradé a un rey y por complacerle dejé marido y casa. Era un rey joven, bello, amado, el más grande de su tiempo. Ninguna mujer se hubiera negado, desde las duquesas de sangre real hasta las novicias de los monasterios. Traté de hacer más alegre y serena su vida, creando a su alrededor un clima de fiesta y de belleza, y de este modo ayudé también al pueblo, porque un rey contento está menos sujeto al error y a la crueldad. Tuve por recompensa el hastío de la corte, las calumnias de los historiadores y las sátiras de la plebe. Debía soportar, además, el tedio, los caprichos, las fantasías, las infidelidades del rey e inventar constantemente nuevos espectáculos y nuevas diversiones para conservar el afecto de un egoísta, frívolo y aburrido. Todos me creían triunfante y feliz; era, por el contrario, cada vez más desgraciada y estaba cada vez más cansada. Perdí poco a poco juventud y salud, me puse tísica y parecí un esqueleto acicalado hasta el día en que la muerte me liberó, con el último golpe, de la vida y de la desesperación. Los hombres, ciegos y necios, vieron en mí, durante siglos, la encarnación de la fortuna, del fasto, de la intriga, de la lascivia; una Circe victoriosa y funesta, es decir, lo contrario de la verdad.

Pero de aquel renombre infame nada me importa. El único juicio que temo es el de Dios. En Él, en los días más luminosos y en los más dolorosos, creí siempre y Él sabe que no todo fue impuro en el corazón de esta pecadora.

## OTSÜRE

Melancólica y a veces dolorosa fue mi vida, porque mi arte era alegrar la vida ajena. Desde niña fui destinada al placer de los hombres ricos. Me enseñaron canto, música, poesía, danza, el arte de vestir y de accionar con gracia, todas las exquisiteces y refinamientos que puede amar una jovencita noble y bella.

Pero supe bien pronto que aquellos dones no eran por mí, por amor a mi persona, para consuelo de mis días y de mis noches. Eran para los hombres que me alquilasen, como un caballo, para hombres desconocidos, para hombres extraños, para todos, aun cuando fuesen malos, viejos, feos, con tal de que tuviesen dinero para pagar mi compañía.

Tenía que estar alegre a hora fija; mi canto era cantado bajo ordenación y medida; estaba obligada a bailar aun desganada y cansada; me forzaban a recitar poesías de amor

mientras mi ánimo estaba agitado por el resentimiento reprimido. No era más que una muñeca humana, obediente como una muñeca, que tenía el encargo de proporcionar un poco de alegría a los entristecidos, de enseñar un poco de gracia a los toscos, de inspirar un poco de sentimiento a los secos, de reavivar con un poco de melodía a los obtusos, a los fríos, a los caducos. No era una prostituta porque era libre y dueña de mi carne, pero era todavía peor que las pobres prostitutas de Yoshi-Wara porque ellas sólo vendían su cuerpo y yo vendía por dinero algo de mi alma. Cuando era llamada a las ceremonias del té y de los banquetes —y me llamaban a menudo porque era una de las más famosas geishas de la ciudad— tenía que enmascarar mi cara con el albayalde y el estuco hasta dejarla blanca como la de un fantasma en una noche de luna, tenía que vestirme con mis hábitos de seda y oro, y sentarme silenciosa con mi «shamisen», para esperar las órdenes de los dueños y de los huéspedes. Y en aquellas horas de suplicio, en apariencia alegre, me asaltaba muchas veces la tentación de matar alguno de aquellos hombres y de huir.

Pero ¿adónde huir? ¿A las montañas escondidas entre las nubes blancas o más allá del mar donde emigran las almas de los muertos? Sólo el miedo de morir me detenía y mi corazón maldecía a todos los parientes que me habían cedido a otros desde niña, a las mujeres que me habían encaminado por aquellas calles de llanto, a los hombres que me miraban, distraídos o encendidos, como si yo hubiese sido una marioneta para sus juegos y no una criatura humana.

Muchos me desearon, nadie me amó.

Condescendí con alguno por capricho, con otros por el engaño de una esperanza. Mis poesías fueron juzgadas demasiado tristes. Todavía joven busqué por mí misma la muerte y una amiga siguió mi ejemplo. No he ocultado ninguna de mis culpas. Cualquiera que sea la suerte que me espera, jamás podré olvidar mi vida humillada y sacrificada.

GRETE SULGER

Ángel

Los hombres te condenaron como homicida. Tú negaste hasta el final tu delito y conseguiste persuadir a alguno de tu inocencia, no a los jueces. Pero aunque fuera injusta la pena terrestre tendrás ahora que disculparte de otros pecados no manifiestos.

Grete Sulger

Vergonzosos fueron mis pecados. Amé a un hombre que no era mi esposo; deseé, para satisfacer libremente este amor, la muerte de mi marido. Pero en verdad no lo maté. Aquí, donde Dios ve la verdad hasta en los últimos pliegues del alma, sería vana toda negación mía, si no supiese que afirmo la verdad. No maté. Mi marido se extinguió de un modo misterioso, pero no por mi mano y ni siquiera por mi voluntad. De aquella muerte sólo tuve el deseo y la esperanza y, por consiguiente, según el Evangelio, no sólo fui adúltera, sino homicida.

Mis manos, sin embargo, no se mancharon de sangre. Según la letra de las leyes humanas era inocente. Pero mi inocencia no fue reconocida porque mi pecado verdadero la hacía inverosímil. Y cumplí la durísima pena, durante largos y largos años, en la desolación y en la infamia, hasta la muerte.

Si yo hubiese matado de veras me habría resignado más fácilmente a la expiación. Pero todo mi ser se rebelaba contra el atroz error: sepultar para siempre una vida joven que no había truncado vida alguna, que había ofendido la ley, pero no de aquel modo que creyeron los inmisericordes vengadores de la sociedad. La privación de la libertad era atroz para todos, pero sobre todo para quien sabía con certeza que era inocente. Los primeros años fueron para mí un suplicio sin reposo y aliento como nunca podrá describir ninguna lengua humana.

Sólo después de un fatigoso aprendizaje de sufrimiento obtuve de Dios la resignación. Comprendí que no era, en verdad, tan inocente como había creído desesperadamente; comprendí que mi deseo de la muerte de aquél al que estaba ligada, era culpa a la que sólo le faltó el atrevimiento de la ejecución. En verdad había querido, en lo secreto de mi alma, la desaparición de aquel hombre; quizá mi criminal imaginación había contribuido a matarlo.

El capellán de la cárcel se persuadió de mi inocencia, pero la demanda de revisión fue rechazada. Otros creyeron en mi inocencia, pero la súplica para el indulto tampoco fue aceptada.

En aquel continuo tumulto y contraste de resignación y de rebelión, de esperanzas y de furor, de blasfemias y de oraciones tuve que recorrer todavía largos, infinitos años hasta la muerte. Sólo la muerte me liberó de la cárcel y de la interior tortura.

Sólo ahora soy feliz cuando estoy para presentarme ante un Juez que jamás castiga a los inocentes y puede perdonar aun a los culpables.

## CORO DE LOS HOMICIDAS ASESINOS Y LADRONES

## CRUELES CORO DE LOS SUICIDAS SUICIDAS

## CORO DE LOS CONDENADOS A MUERTE

## CORO DE LOS HOMICIDAS

También a nosotros nos has devuelto la vida, Señor. También a nosotros que se la quitamos a nuestras hermanas.

Y nosotros, causantes de muerte, estamos ahora ante la vida que no se nos puede quitar.

En nuestra infinita multitud no todos son dignos de igual pena. Tú lo sabes, Señor Dios, Tú que no sólo conoces el rojo de nuestros dedos.

Tú sabes que muchos de nosotros mataron en campo abierto, por orden del príncipe y de la patria.

Que muchos mataron por obediencia a la ley, que otros, por salvarse de la muerte ellos mismos o a la mujer o a los hijos que amaban más que a sí, que otros, finalmente, mataron mientras razón y voluntad estaban oscurecidas y avasalladas por una pasión furibunda y ellos no eran ya verdaderamente ellos, cuando toda la persona estaba poseída por un demonio o por una bestia que dormitaban en nosotros, prontos siempre a despertar, ávidos siempre de sangre.

Pero son todavía más los que mataron porque quisieron matar, que mataron sabiendo que mataban, los que meditaron y procuraron la muerte ajena, y de sus muertes no se avergonzaron, sino que casi se sintieron ufanos y mataron a los inocentes por inocentes, a los débiles por débiles, a los dueños por dueños, a los ricos por ricos, a los amados por

demasiado amados o no amados ya.

Todas las cosas por Ti creadas, Señor, se hicieron para nosotros instrumentos de muerte: la piedra de la calle, la rama del árbol, el veneno de las hierbas y de las serpientes, el vigor del brazo, la furia del fuego, los metales de las montañas.

No había terrón en el viejo planeta que no hubiese sido salpicado o empapado por nosotros de sangre humana.

Y aquella sangre vertida por nosotros, recogida junta en un mismo instante, hubiera podido sumergir toda la tierra entera como un nuevo y más horrible diluvio.

Y, sin embargo, es necesario, Dios Amor, que nos ames también.

Somos fieras ensangrentadas, pero somos, asimismo, tus hijos y un Padre no puede rechazar a los hijos aun cuando levanten su mano contra él.

Tú mismo dijiste que es preciso amar a los enemigos y ¿acaso no fuimos nosotros enemigos de la vida, esto es, de tu obra, es decir, de tu misma persona?

Todo homicidio es también deicidio porque cada uno de nosotros mató un ser creado por Ti a tu imagen y semejanza, un ser por Ti rescatado con tu sangre.

Y si perdonaste a los que te mataron en tu Hijo, en la cruz de madera ¿por qué no podrías perdonar a los que te mataron en tus criaturas?

Y Tú sabes que homicidio no es sólo homicidio, sino suicidio.

El que mata a un hermano mata a una imagen de sí mismo, extingue algo de él, oculto en el aspecto y en la carne de un hermano.

El que mata a un hombre mata su propia paz, mata su propia conciencia, toda su alegría, su porción de humanidad y de felicidad; mata, por lo tanto, lo que había de más precioso en su alma, se mutiló y apagó a sí mismo.



Y también por esta pérdida de nosotros mismos, Tú, Amor, nos has de amar, porque nuestra miseria fue mucho más espantosa que nuestra culpa.

Piensa que la mayor parte de nosotros mataron por temor de ser muertos, dieron muerte por no morir.

El homicidio en muchos de nosotros, no fue más que un bestial exceso de temor, temor a la ofensa o al hambre, instinto de conservación demasiado sospechoso y tremendo; el asesinato fue, en definitiva, terror a la muerte; feroz amor a la vida que Tú mismo nos habías dado.

Y si no tienes piedad de estas tremendas ceguedades piensa en nuestra impotencia.

¿Hemos matado verdaderamente?

¿Somos, en lo absoluto y en lo eterno, verdaderos homicidas?

De cada una de nuestras víctimas sobrevivió la memoria en los corazones y en los papeles de los hombres y de muchas, también, la obra.

De cada una de nuestras víctimas sobrevivió, a despecho de las heridas, del fuego y de los gusanos, la parte más noble y divina, aquella que constituye la verdadera esencia y dignidad del hombre, aquella que no puede ser anulada por la mano del hombre: el alma.

Nosotros no matamos más que el cuerpo y Tú, Omnipotente, has querido restituir también el cuerpo a todos, lo mismo a los que fueron muertos que a los que mataron.

La Resurrección es, para nosotros, condena y derrota.

No te pedimos, Señor, el perdón, sino sólo una gota de tu infinita piedad, piedad por nuestro delito y por nuestra desgracia, por nuestra tristeza y por nuestro fin que, con frecuencia, fue horrendo.

Casi todos los que mataron, como Tú sabes, fueron muertos, casi todos los asesinos,

asesinados.

Y los que todavía escaparon durante algún tiempo a la muerte violenta fueron poco a poco destrozados y consumidos por sus propias penas o por las que les causó la venganza de los hombres.

Aunque haya sido largo y duro el sufrir ninguno de nosotros espera que le sea condonada la expiación.

Pero si elevamos hacia Ti, Padre del crucificado, nuestras manos manchadas de sangre cuajada, no podrás negarnos tampoco a nosotros, a nosotros deicidas, a nosotros fraticidas, a nosotros suicidas, la mirada de tu misericordia paterna.

## ASESINOS Y LADRONES

CAÍN

Ángel

¿Para qué elevas hacia mí tu gruesa mano todavía negra de sangre vieja? ¿Crees que no te reconozco? La marca roja está aún sobre tu frente, Caín. Fuiste el primer hombre salido del vientre de la mujer y fuiste también el primero en arrojar un hombre al vientre de la tierra. Y aquel hombre era tu hermano, nacido de tu misma madre, y era inocente. Y, sin embargo, hiciste a la tierra beber su sangre. Tu ejemplo fue seguido durante millares y millares de años, por millones y millones de hombres. Fuiste, para siempre, el maestro y el padre de los asesinos. Pero Dios, que te salvó en vida, quiso que tampoco a ti te sea negada la par labra en esta hora suprema.

Caín

Dios me ha juzgado siempre más amorosamente que los hombres. Él sabe que mi delito fue ímpetu de celos, es decir, resentimiento de amor no correspondido, delito de amor herido.

Había aceptado, obediente, la condena infligida a mi padre. Me procuraba el alimento combatiendo contra la dura corteza de la tierra, el sudor brotaba de tú frente, de mis ojos, de todos mis cansados miembros. Mi hermano, por el contrario, se estaba sentado al frescor de los árboles umbrosos, contemplando tranquilo las bestias que arrancaban las hierbas de los campos. Cada uno de nosotros presentaba a Dios sus ofrendas.

Los inocentes frutos de la tierra, frutos de mi trabajo y de mi sudor, no eran gratos. Mi hermano ofrecía animales degollados y sus dones sangrientos, obtenidos sin trabajo, eran preferidos a los míos. El Eterno, pues, prefería el ocioso pastor al fatigado labrador. Prefería las carnes de los inocentes sacrificados a las primicias terrestres, pagadas con mi sudor. Esta preferencia le pareció injusticia a mi espíritu sencillo, le pareció repulsa de mi amor y condena de mi esfuerzo. Al tormento del trabajo se añadió el suplicio de los celos contra Abel. Y en mi interior, encorvado sobre los terrones, bajo el ardor del sol, pensaba: ¿Acaso no amo a Dios lo mismo que mi hermano? ¿No obedezco, mejor que él, el mandato divino? ¿No le ofrezco a Dios lo mejor que tengo?

Y un día, exasperado y cegado por los celos, golpeé a mi hermano e hice brotar su sangre sobre la tierra sedienta. Llegué a pensar, en aquel momento de delirio, que puesto que Dios prefería las víctimas sangrientas yo ofrendaba a su sed una víctima más noble que los corderos y los terneros.

Mí delito, pues, tuvo su primer principio en el amor a Dios, por un amor que me pareció ofendido y desengañado, por unos celos rabiosos y furiosos que el pobre cavador sudoroso y despreciado no logró vencer, Error, pues, mucho más que culpa.

Dios, en su infinita sabiduría, en su infinita compasión, comprendió mi error, se compadeció de mi infelicidad, perdonó mi horrenda acción. Yo había dado muerte, pero Él amenazó de muerte a cualquiera que quisiese darme muerte a mí. Dios quiso que la roja señal del delito fuese también el sello de la absolución.

Mi vida no fue, desde aquel día, más que cansancio y pavor. Vagué por la tierra como una fiera intocable, perseguido por el remordimiento de aquella sangre y por el peso de aquel perdón. Me di cuenta de qDios, conservándome la vida, me había concedido reparar mi error coz» mi dolor. Y sorbí hasta el último latido de mi corazón inquieto, el agua amarga y negra de la expiación. Dios no me impuso otro castigo que el atroz castigo de vivir, de vivir y de dar vida, de vivir y de sufrir. Con aquellos innumerables días de sudor y de temor he pagado aquel instante de rebelión, aquel golpe, aquella muerte, aquella sangre. Ahora es tamos en paz mi hermano y yo, el Señor y yo.

Después de estas pruebas de la clemencia de Dios, lo amo ahora tanto que confío, a pesar tuyo, en la justicia final de su amor.

Jael

Ángel

Tú, mujer, mataste a traición a un hombre mientras dormía, a un hombre que nada malo te había hecho a ti ni a los tuyos, a un fugitivo al que acogiste como huésped y que se creía seguro bajo tu tienda. Millones de días han transcurrido desde aquel día, pero la sangre de Sisara pide justicia contra ti.

Jael

Sí, es verdad. Aquella sangre manchó mis manos, aquella sangre permanece aún sobre mi cabeza. Mi delito no puedo negarlo porque me hizo canto del pueblo y fue escrito en el Libro y todas las gentes lo conocieron.

Pero ni siquiera hoy sabría decir qué impulso me hizo levantar mi brazo sobre la sien de Sisara durmiendo. En mi corazón no había ningún odio contra él. No era enemigo de mi tribu; sabía, por el contrario, que era un amigo de mi esposo. Cuando Sisara llegó a mi tienda, jadeante y anhelante, tuve piedad de él. Lo acogí con palabras amables, le ofrecí leche para su sed y un lecho para su cansancio.

Apenas se hubo dormido me detuve, no sé por qué, a contemplarlo» Su grueso cuerpo, empapado de sudor y sucio de polvo, estaba extendido a mis pies, abandonado, indefenso, inerme, y la piedad se cambió casi en aversión. De su boca entreabierta, a través de los pelos enmarañados de la barba salía una respiración pesada y aullante, como de bestia herida y moribunda. No podía soportar aquella vista y no lograba separarme de allí. Pensamientos jamás pensados antes de aquel instante turbaban mi mente, como un vino fuerte bebido en ayunas. Pensaba que era una mujer y que siempre había estado sometida al yugo de los hombres: primero del padre y de los hermanos; después, del marido y de los jefes de la tribu. Y ahora tenía allí a un hombre, a un varón, a uno de aquellos amos que tenían sujetas a las mujeres bajo su mando, de día esclavas del trabajo, de noche esclavas del placer. Sentía nacer y crecer en mi corazón un extraño resentimiento contra aquel hombre tendido en mi lecho, con los ojos cerrados, las duras manos abandonadas sobre la capa ajada, sin armas y sin voluntad. El poder del hombre provenía de su fuerza y aquel hombre había perdido una batalla, había perdido su corona, había perdido todo su vigor. Estaba allí, echado sobre las pieles de cabra como un saco de andrajos, sumergido en el sueño, a merced de cualquiera que

hubiera querido quitarle la vida.

Tú sabes que la mujer admiraba al hombre, pero al hombre victorioso, al hombre que mataba a los enemigos con su espada y que daba la vida a nuevos hombres con su semen. Sisara era un vencido, era un fugitivo, había perdido toda su gloria, todo su derecho. Respiraba todavía, pero su respiración parecía el estertor de un viejo, el quejido de un jumento cansado. Era un vencido que ya no podía vivir, que no merecía vivir.

Se me nubló en aquel momento la vista, una oleada de ira imprevista me encendió el alma. Me pareció que habría podido vengar en aquel durmiente, más parecido a un cadáver que a un vivo, mi eterna sujeción al hombre, la eterna esclavitud de todas las mujeres.

Había allí cerca, en tierra, un clavo de la tienda bien afilado. Lo tomé en mis manos, busqué un martillo. La tentación de clavar aquella punta aguda en la cabeza ladeada de Sisara me venció como un mandato divino. Cuando vi salpicar de las sienes los chorros de sangre oscura del vencido, quedé enteramente conmovida por un placer que no había experimentado jamás, ni siquiera entre los brazos de mi esposo.

Yo, mujer débil y sumisa, había podido matar a un guerrero. Un hombre me había hecho brotar la sangre la primera vez que me había entregado a él y ahora mi mano había hecho brotar sangre de la carne de un hombre.

Después vino el despertar y el terror, luego el triunfo y el remordimiento. El pueblo me ensalzaba en su alabanza junto a Débora, pero yo no supe nunca, mientras viví, si gloriarme o avergonzarme de lo que había hecho.

Tampoco hoy lo sé y no podría añadir otras palabras a estas que he dicho. ¿Fue súbita ceguera nacida de un rencor desconocido para mí misma, deseo de fama, o instigación de un espíritu malvado?

Sólo el Señor puede saberlo. En las manos de su justicia entrego mi alma ciega.

YOM TOB

Ángel

¿No eras tú rabino, es decir, custodio y maestro de la Ley? ¿Por qué olvidaste, por lo tanto, una de las primeras prohibiciones de la Ley y manchaste tus manos con la sangre de un amigo?

YomTob

Hasta el último día de mi vida guardé con severa diligencia los mandatos del Señor y todos los preceptos de la Torá, fuesen grandes o pequeños. Hasta el último día, he dicho, porque sólo en aquel día que vio mi muerte y la de tantos de mis hermanos dirigí mi mano contra el hermano más querido y le quité la vida.

Si un hombre del Libro, celoso de la pureza y amante de la paz, no vio refugio más que en el delito, debes pensar que se vio forzado por terribles razones a derramar la sangre aquella. En aquella noche del Gran Sábado me fue impuesta la elección: abandonar a Dios o abandonar la vida. Escogí, para mí y para los demás, la muerte.

Tú sabes que mi pueblo, el pueblo escogido, fue el más combatido y hollado de los pueblos de la tierra. Y, sin embargo, yo viví en un reino y en un siglo que parecieron benignos para los judíos, Los eternos dispersos y perseguidos pudieron imaginarse, por algún tiempo, que habían llegado a una segunda tierra de promisión. Prosperaban los hijos de Abrahán bajo la mano de los reyes normandos. Los pabellones de Jacob se habían convertido, allá arriba, en fuertes palacios de piedra, colmados de toda riqueza porque el Dios de Israel compensaba continuamente con los bienes de la tierra la laboriosidad sagaz y paciente de su pueblo. Pero no duró mucho el sueño, el reparo y el júbilo. El antiguo astro de los cristianos, que parecía apagado, se encendió en furor. Se reanudó la caza de los judíos, sólo culpables de no haber querido abrazar la, herejía nazarena y de ser más adinerados que los gentiles.

En aquel funesto Gran Sábado una aulladora manada de endemoniados enfurecidos se arrojó contra nuestras casas, y entró en ellas a saco y a fuego después de haber degollado a quienes había dentro. Los supervivientes, guiados por mí, se refugiaron en el castillo real, donde la jauría, ebria y sedienta de sangre, nos asedió intimándonos a la rendición: o el bautismo o la muerte en los tormentos. La escasez de armas y de alimentos desaconsejaba la resistencia; la fe prohibía la abjuración. Se dirigieron a mí pidiendo consejo. Respondí que era mil veces mejor renunciar a la vida que a la razón misma de nuestra vida, esto es, al Dios de nuestros padres. Muchos obedecieron inmediatamente mi exhortación. José, jefe de comunidad, degolló con sus manos a Ana, su esposa, y a sus dos hijos. Después me suplicó llorando que le ayudase a morir, ya que, después de aquel espantoso estrago, le temblaban las manos. Dime, tú, si podía negarle aquella gracia después de lo que había dicho, después de lo que había visto. Rogué largamente al Señor que me iluminase, después, volví a un lado la cabeza y atravesé con la daga ensangrentada al más amado de mis hermanos. Otros siguieron el ejemplo, dando y recibiendo la muerte, animados por mi palabra. Al alba, cuando las

mesnadas furiosas de los asaltantes irrumpieron en el castillo, había aún quinientos de los nuestros. Los quinientos fueron asesinados y fui uno de los primeros que cayeron. Por esta horrible razón quité y perdí la vida en una sola noche.

Ahora que infinitos días han devorado a todos los vivientes y a su misma habitación, me parece entender con mayor justicia el delito ajeno y la culpa nuestra. En el tropel de los asesinos había barones deudores que odiaban en nosotros a los acreedores molestos; burgueses que detestaban en nosotros a rivales más afortunados en la caza de la ganancia; plebeyos hediondos dispuestos siempre a la rapiña y al estrago cuando había esperanza de impunidad. Todos, además, estaban instigados por monjes maniáticos que veían en nosotros a los verdugos de Cristo, a los deicidas. Pero la fe era máscara y excusa. Nuestros asesinados estaban impulsados, sobre todo, por la envidia, por el temor y por la avaricia. Tan es verdad que aquella turba homicida, apenas fue degollado el último judío, corrió a la catedral y quemó los papeles donde estaban registradas las deudas de los cristianos hacia mis hermanos. En nombre de aquel Jesús que había condenado las riquezas, sus fieles robaron y usurparon, de aquel modo salvaje, nuestras riquezas.

Pero los cristianos injustos fueron instrumento de una justa pena. También los hebreos tenían culpa. No por haber acaparado el oro de aquel reino, pues Dios no prohibía el lucro debido al ingenio. Otro fue nuestro error. La historia de Israel, durante milenios y milenios, era la prueba de que Dios no quería que se permaneciese mucho tiempo en un mismo lugar. Nuestra gente, nacida de un caldeo errante, había de huir eternamente, de las moradas estables, de los albergues cómodos, las permanencias sedentarias. Los hijos de Israel, llegados desde Asur a Egipto, desde Egipto vueltos a Palestina, de Palestina deportados a Babilonia, luego exilados y dispersos por todas las tierras de la tierra no habían de interrumpir nunca su viaje, detenerse más de lo necesario en las tentaciones de las etapas. No era un pueblo el nuestro, sino una federación de caravanas. Tenía que ser perpetuamente un caminante, un nómada, un migrante, un peregrino. La misma conquista de Canaán no fue más que una peregrinación que duró varios siglos. Nuestro pueblo estaba llamado a ser testigo del verdadero y único Dios y por eso tenía que cruzar todos los límites, dirigirse a todas las ciudades, recorrer todos los caminos. Tenía que presentarse con su libro en todas las patrias, pero no poseer jamás una patria propia. ¡Ay!, pues, de los que se acurrucaban en los tibios albergues permanentes, de los que creían haber encontrado para siempre el calor del nido seguro, de los que se imaginaban haber alcanzado la meta, el reposo. El mismo Jesús, que en esto se conservó fiel a la voluntad divina, no quiso poseer una piedra donde apoyar su cabeza, no se detuvo más que algunas horas en la misma casa, más de algún día en la misma ciudad.

Aquel sempiterno caminar era nuestra condena, pero también nuestra grandeza y nuestra gloria. A los portadores de Dios, llamados a testificar por doquier la verdad, les estaba prohibido detenerse. Esta era la ley no escrita, pero la ley visible y suprema. El que la violó, como nos sucedió con frecuencia, fue atrocemente castigado. Tal fue el irremisible pecado que atrajo la tempestad sobre las cabezas, en apariencia inocentes, de hermanos; hacía demasiado tiempo que se habían establecido y acomodado en aquella isla. Mi culpa no

fue la de haber matado, por su petición, a un amigo decidido a morir por su fe, sino el no haber despertado a los durmientes, no haber incitado a huir a los inmóviles, no haber recordado a los desmemoriados la voluntad del Señor. Por esta culpa y no por la otra merezco pena, si el Altísimo no estima que mi sangre haya extinguido uno y otro delito. De cualquier modo que Él juzgue, sea eternamente bendito el Señor que entre todos los pueblos escogió al mío para dar testimonio de Su Gloria.

## GIANCIOTTO

### Ángel

Giovanni Malatesta, señor de Rimini, los hombres recordaron tu nombre sólo porque mataste a tu esposa y a tu hermano. De tu vida y de tu alma has de responder, pero ante todo, de la sangre que derramó tu espada.

### Gianciotto

Los hombres conocieron mi desventura y mi delito, no otra cosa. A sus ojos fui un marido justamente engañado y una bestia vengativa. Falsas leyendas y poesías más embusteras aún quisieron teñir de blanco y celeste a los dos traidores. Se dijo que Francisca fue engañada antes de las nupcias y que no pudo amar a un hombre cojo y deforme, que se le dio por la fuerza y el engaño. No es verdad. Cojeaba, pero no era un monstruo. Francisca me conocía y Francisca durante siete años me amó. De nuestro amor nació una niña a la que se le puso, como signo de augurio de nuestra unión, el nombre de Concordia. Pablo, mi hermano, no era su primer amor secreto y desilusionado. Pablo tenía también su mujer y era amado por ella. Mi esposa y mi hermano, pues, dejándose arrastrar por una culpable pasión, fueron doblemente adúlteros, doblemente traidores, adúlteros y traidores sin otra excusa que la ceguera del pecado. Y si los plebeyos envidiosos de mi poderío y los poetas indulgentes con las fantasías lujuriosas, les perdonaron a ellos su ceguera ¿por qué no me perdonaron a mí la ceguedad de la ira, la ceguedad de un hombre que se ve arrebatado, juntamente, el afecto de la mujer y la confianza en el hermano? Yo era señor de la ciudad y hubiera podido entregarlo a mi tribunal, que, según la justa y antigua ley, le habría condenado a muerte. Mi error, el único error, fue el haber querido ser yo mismo juez y ajusticiador.

De mi infame fama entre los pueblos el primer autor fue un poeta florentino, desterrado y vagabundo, que en su poema, quizá, por comunidad de pecado —pues también él, por lo que se dijo, fue lujurioso y adúltero—, lloró e hizo llorar sobre el sangriento final de los cuñados condenados. Aquel mismo poeta me colocó en el círculo de los fratricidas, pero yo temo que él encuentre su lugar en el de los maldicientes y calumniadores.



Tengo firme confianza en que ante el tribunal del Dios de la justicia se dará mayor valor al remordimiento de un desgraciado, vilmente traicionado, que a las fábulas lacrimosas de un poeta unas veces demasiado severo y otras demasiado indulgente, con las humanas culpas.

JERÓNIMO OLGIATI

Ángel

Fuiste uno de los muchos que por desahogo del rencor o por avidez de gloria más que por amor al bien de la patria, mataron a un príncipe. ¿Creías que realizabas una obra santa desobedeciendo uno de los primeros mandamientos de Dios?

Jerónimo Olgati

Es verdad que le quité la vida, junto con dos valientes compañeros, al duque Gian Galeazzo que fue execrable tirano de Milán, pero es falso que lo hiciese por mi expresa voluntad. No fui, en aquel acto, más que un brazo movido por voluntad ajena, la víctima de una sugestión.

Has de saber que desde mi adolescencia tuve como maestro de letras a un tal Cola Montano, hombre que me pareció de ilimitada doctrina y de firme ánimo. Estaba totalmente dominado y preso por él, de modo que creía en la verdad de todos sus dichos más que en el mismo Evangelio. Y te confesaré que, obsesionado como estaba por las cosas antiguas y la belleza del estilo, siempre tenía a mano a Cicerón y a Livio y no me cuidaba de echar una mirada a las Sagradas Escrituras.

Fue mi maestro y sólo él quien sugirió, o, más bien, ordenó a mi juvenil fantasía que asesinara al duque, contra el cual, como supe después, tenía sus razones de resentimiento. Fue él quien me puso delante, como cebo y espejuelo, la idea de la fama que conseguiría con la muerte de Gian Galeazzo, imitando así las gestas constantemente glorificadas de Harmodio y de Bruto.

Todos los días nos repetía a mí y a mis compañeros la historia de aquellos magnánimos y no supe escapar de aquella red de elocuentes encantamientos. Poco a poco su alma se transfirió a la mía, su odio se convirtió en odio mío, su voluntad tomó posesión de mi voluntad. Al final ya no era yo, sino un pobre cuerpo débil habitado y gobernado por un

espíritu extraño, casi un obseso en el que hubiese establecido su morada un demonio.

Montano deseaba la muerte de Galeazzo, pero no quería darle muerte con su mano por temor, creo, a su propia muerte. Apenas advirtió que estaba bajo su poder y que haría de todas formas cuanto él anhelaba, huyó de la ciudad, exhortándome hasta el final al tiranicidio. No había necesidad de tales exhortaciones porque yo era todo suyo y no pensaba más que sus pensamientos.

Se llegó así hasta el gran día y figuré también entre los homicidas. Pagué con mi cabeza el delito que no era mío y fue delito inútil porque un tirano tuvo inmediatamente otro tirano detrás. El verdadero culpable, el maestro, se sustrajo durante algún tiempo a la pena que hubiera debido ser enteramente suya, como totalmente suya había sido la idea cuyo ejecutor material fui yo. Pero la condena por los cuatro muertos habidos a causa suya, la alcanzó cinco años después, cuando fue ahorcado en Florencia por orden de Lorenzo el Magnífico.

Pienso que en mí no hubo verdadera culpa y si la debilidad mostrada haciéndome esclavo de otro hombre fue culpa, no es culpa tan grave que pueda creerse que no la he expiado con la pérdida atroz de mi vida y de toda mi esperanza. Has de considerar mi poquísima edad, el poder fascinador que sobre un joven de espíritu Cándido y caldeado podía ejercer un hombre docto con la magia de sus palabras ardientes, un maestro que era para mí más que un maestro, casi un numen que me inspiraba veneración y reverencia. Sólo fui el ejemplo del influjo nefasto que podían tener las letras humanas y las humanas historias, nada más que humanas, sobre las mentes apocadas de los jóvenes.

De Montano y únicamente suya fue la verdadera culpa de que me acusas; sólo a él le corresponde el castigo divino. En cuanto a mí, inclino esta cabeza, que ya fue cortada, ante la Bondad Eterna que todo lo sabe comprender y perdonan

LOPE DE AGUIRRE, MARÍA DE AGUIRRE

Ángel

Tú sabes, Lope de Aguirre, por qué inhumanos excesos a todos pareció infame tu vida. No sólo fuiste uno de los más feroces aventureros que jamás hayan ensangrentado el Nuevo Mundo, sino que traicionaste a tus cómplices, te rebelaste contra tu Rey y llegaste al punto de matar, con tus manos, a tu propia hija. Ella misma está aquí y tiene derecho a hablar. Tú responderás, si quieres, después de que haya hablado la inocente.

María de Aguirre

No creas, padre, que yo quiero acusarte de mi muerte más de lo que te acusaron los hombres, los ángeles y Dios. Pero tampoco tengo fuerza de ánimo para hablar en tu defensa como han hecho otras víctimas. Quisiera poderlo hacer y quizá debiera hacerlo, puesto que para una hija y para una cristiana es obligado el perdón.

Pero no logro olvidar, no logro perdonar. Recuerdo todavía la tarde terrible cuando, escondidos en el bosquecillo cálido, nos sorprendió, en el fondo de la gruta que era nuestro refugio, el estrépito de los soldados que te buscaban y te perseguían. Todos, uno tras otro, te habían abandonado a tu suerte. Los que no habían muerto en la rebelión habían desertado de tu bandera negra. Aun los más arriesgados, en determinado instante, habían sentido horror hacia ti y te habían dejado solo en la derrota y en la huida. Un solo hombre había permanecido a tu lado: el verdugo. Aquel que por voluntad tuya había quitado a tantos la vida, te había permanecido fiel, quizá por reconocimiento, quizá por una bárbara fraternidad de naturaleza.

Con estos dos feroces fugitivos, únicamente avezados a dar muerte, había quedado yo sola, joven inocente, que hasta aquel día sólo había conocido de la vida el temor. Me estrechaba contra ti, aunque temblando, porque sólo de ti podía esperar, en aquella soledad salvaje, una ayuda, una protección. Había en mí, a pesar de todo, una furiosa voluntad de vivir, un furioso terror hacia la muerte.

Y entonces ocurrió lo que tú sabes y que, todavía hoy, me hace estremecer. Apenas te diste cuenta de que los soldados de Paredes se iban acercando a nuestra cueva y que ya no había esperanza de fuga me miraste con una mirada que me heló y me abrazaste con una violencia que aumentó mi espanto. Encomienda tu alma a Dios, me dijiste. Ya no puedo hacer otra cosa por ti que librarte de los dolores de la vida.

Y sin esperar mi respuesta —el terror me cerraba la garganta— alzaste sobre mí tu puñal toledano. Yo me agarraba desesperadamente a tu brazo, despavorida y convulsa, y no sabía ni podía decir palabra. Mi palidez, mi temblor y mis ojos desesperados debían decir lo que la boca no decía.

Pero tú no comprendiste o no quisiste comprender. No tuviste piedad de mi desesperación, no pensaste que era carne tuya, sangre tuya, nacida del único amor de tu vida. Y con tus manos me heriste de muerte y caí entre las piedras, en mi sangre, y ya no cuidaste de mí porque los enemigos se aproximaban.

No quiero juzgarte, no te acuso. Quizás en aquel instante, que era tu agonía, creíste sinceramente que me librabas de los tormentos que habrían correspondido a la hija de un traidor, de un rebelde, de una fiera odiada por todos. Pero ¿estabas cierto de lo que hubiera podido sufrir y gozar? ¿No sabías que la juventud es una suma tal de esperanzas que para vivirla en su plenitud se acepta incluso la amenaza de las miserias y de los suplicios?

No tenía aún dieciocho años, me llamaban hermosa, sentía en mí un deseo escondido, pero mucho más cálido, de amar y de ser amada; el mundo, la vida estaban ante mí como tierras de promisión. Estaba en el umbral, casi a la orilla, estaba en los confines de mi paraíso terrestre, en la víspera de mis victorias y tú, aprovechándote de tu fuerza, de la soledad, de la paternidad, me rechazaste de improviso, hiciste desaparecer camino y jardín, cortaste sin piedad el hilo de una vida que estaba para comenzar.

Hubiera tenido, ciertamente, dolores, afrentas y desgracias, como todos los seres nacidos de mujer, pero a la vez, también habría gozado de la luz del sol, de la belleza de lo creado, de los suaves afanes de la pasión. ¿Qué podías tú saber si yo estaba dispuesta a pagar un solo día de amor y de alegría con mil días de tristezas y de penas?

Yo no te acuso, padre, pues eres blanco de demasiadas acusaciones. No te acuso, pero tampoco consigo perdonarte aquellas heridas que troncharon, en el inicial florecimiento de la juventud, el curso natural de mi destino. Dios logrará, quizá, perdonarte; yo sólo puedo llorar sobre mi suerte y sobre la tuya.

Lope de Aguirre

Hija, tú hablas con el útero, como sucedía con frecuencia a las mujeres, y no puedes comprender las razones del hombre. Has dicho que me perseguían como a una bestia odiada y temida. Era verdad y en mí había mucho de fiera. Yo no podía soportar jefes, ni amos, ni monarcas. Había nacido para mandar y para destruir, no para obedecer y servir. Sólo yo entre todos los españoles, tuve la audacia de dirigir al rey Felipe palabras y acusaciones que todos pensaban y ninguno se atrevía a escribir. Marché al Nuevo Mundo donde esperaba una nueva ley, o mejor aún, mi verdadera ley, la ley de la fuerza. Era un búfalo salvaje que no podía pacer tranquilo en los recintos de los ganaderos regios. Era una fiera, como has dicho, y como bestia amé, odié y maté. Tú eras la única criatura del mundo que me había quedado, lo único que yo era capaz de amar. Sabía qué estragos habrían cometido contigo aquellos que me odiaban y eran fieras como yo; sabía lo que hubiera hecho yo con sus hijas, y como tenía que morir y ya no podía defenderte, me vi obligado a matarte. Cuantas veces había usado de mi espada, mi puñal o mi arcabuz, había gozado. Sólo aquella vez, cuando hube de matarte de aquel modo, como una cordera despavorida y aterrada, sufrí como antes no había sufrido jamás. Pero de lo que hice no siento remordimiento. Créeme, hija, que no podía darte en

aquel día mayor prueba de afecto que el ahorrarte las vergüenzas y las torturas de la vida.

Dios que ve y conoce más que nosotros, borrará quizás algunos de mis delitos en gracia de aquel último dolor.

FRANCISCO CENCI

Ángel

Tú, Beatriz, has de responder de una horrible culpa, quizá de la más horrible que pudiese cometer un hijo de hombre. Has querido la muerte de tu padre. La joven cabeza que el verdugo cortó de su tronco te ha sido ahora restituida, pero aún no te ha sido perdonada la culpa de haber quitado la vida a quien te la dio.

Francisco Cenci

No te irrites contra mi desventurada hija. Fui la víctima de su pecado y no quisiera negarme el derecho de hablar por ella. Mucho me han enseñado los pensamientos del sepulcro y el eterno silencio de los siglos.

Deja que hable, por fin. Recuerda quién fui. Un bastardo de sacerdote corrompido en tiempos corrompidísimos, un violento y prepotente en tiempos de violencia y prepotencia, hambriento de carne y de oro. Tuve dos mujeres y doce hijos y contra todos ellos fui injusto.

Un padre no es padre sólo porque engendró a un hijo en un momento de placer. Se hace verdadero padre, después con el amor, con la temerosa vigilancia, con la ternura cotidiana, con el sacrificio. Quien no sabe ser padre, quien no hace lo que a un padre corresponde, quien no engendra por segunda vez a su criatura en el deleite del amor puro, no merece el nombre de padre, no merece el respeto y el afecto que se debe a un padre. Éste no es padre y con relación a él no se puede hablar de parricidio. Un padre debe dedicarse todos los días a hacer que sus hijos le perdonen la culpa común de haberlos engendrado. Pero si a esta primera culpa añade otras, y no excusables, como la primera, por el ardor de la sangre, no debe extrañarse si los hijos esperan con impaciencia su muerte. ¿Quién de nosotros está seguro de no haber pensado con deseo en la muerte de su padre, aunque fuese óptimo?

Yo fui, por el contrario, un padre infame, un padre indigno del nombre de padre. En vez de amarlos los odiaba, en vez de guiarlos hacia el bien les daba ejemplo de una loca

bestialidad sensual, en vez de ser un protector amoroso era un guardián perseguidor y malhechor.

Sin justa razón encerré a esta hija mía en un castillo solitario, entre montes salvajes, alejada de todo lo que a una joven le agrada y busca. Hubiera debido perdonar la locura de su padre, pero triunfó en ella, por el contrario, aquel espíritu de venganza que le había transmitido juntamente con la vida, y también de este tremendo don me considero responsable. La locura de su padre la contagió y la hizo cruel conmigo.

Fue culpable, pero mucho más grave fue mi culpa que provocó la suya y de ésta también quiero responder ante Dios yo solo. Si fue parricida ante la ley humana no es culpable a mis ojos.

Tenía veinte años, tenía la ferocidad de mi naturaleza, era víctima de una injusticia: ¿por qué admirarse si pensó en mi muerte? Sólo yo la empujé y casi la forcé. Mi fin, más que parricidio, fue suicidio.

Era una bestia libidinosa y no un hombre y mucho menos un padre. Asesinos fueron los que me hirieron y yo homicida como ellos.

¿Y esta infeliz hija mía, que fue perseguida por mí y decapitada por el verdugo, tendría que ser ahora maldita y castigada para siempre? Después de haber sido yo la causa de su padecer terreno sería de este modo responsable también de su martirio eterno. Un pensamiento semejante me aterra y me hiela no obstante mi indignidad. No amé en vida a mi hermosa criatura, sacrificada por mí en la flor de la edad y de la esperanza, pero ahora siento por ella una ternura, mezcla de remordimiento y de anhelo y daría toda mi eternidad por salvarla.

Si mi terrible expiación tiene algún peso a los ojos de Dios, la ofrezco con toda mi alma desesperada, por la salvación de mi Beatriz, por la sonrisa de su perdón.

HALSTEAD

Ángel

Durante largos y largos años hasta la muerte estuviste separado de los demás vivientes, encerrado como un animal nocivo y temido que los hombres no se atrevían a

liberar ni a suprimir. Tenías que expiar un repugnante delito. ¿Lo expiaste verdaderamente? ¿Purificaste tu ánimo?

Ch. Halstead

Te diré todo por orden. A los veinte años era fuerte, sanguíneo, sensual, solitario y tímido. Había deseado a muchas mujeres, pero no había logrado poseer ninguna. En un mediodía de verano encontré, en el bosque de la factoría donde trabajaba, a la hija del dueño: una muchachita de catorce años, delgada, de cabello rojo, temerosa, no bella. Intenté persuadirla; quiso huir, comenzó a gritar, perdí en un momento la conciencia, apreté demasiado fuerte su cuello grácil, la vi abandonarse y caer muerta. Quedé tan estupefacto que no pude huir; la gente que acudió a los gritos, me cogió, me ató; querían matarme inmediatamente. Fui salvado por el mismo padre de la niña, que esperaba mejor venganza, es decir, verme colgado de la horca en la plaza de la ciudad. Los jueces tuvieron en cuenta mi juventud y creyeron ser clementes condenándome a trabajos forzados para toda mi vida.

Todo mi ser en plena lozanía y furor se rebeló, durante los primeros años, contra aquella extirpación violenta de mi humanidad. Me parecía bestialmente injusto que por un impulso de sol y de sangre, por un instante de demencia erótica, tuviese que ser arrancado para siempre de mi destino de hombre, reducido al estado de bruto en un cepo, reducido a no ser más que una máquina de carne con un número en la espalda.

Si los delitos del pensamiento y del deseo son más graves que los materiales yo me hice en poco tiempo uno de los más horribles delincuentes que hubiese durante aquel tiempo en la tierra. Todas mis imaginaciones estaban enrojecidas de estupro y de exterminio. Jamás había poseído una mujer y cada día imaginaba que cogía una a la fuerza, fuese o no virgen, y que me precipitaba sobre ella como un toro furioso. Pensaba, después, en mil venganzas. Hubiera querido degollar a mi patrono, al padre de mi víctima; exterminar a todos los que me habían maltratado el día de mi delito; veía uno a uno a mis jueces en mis manos, con el vientre abierto, la lengua arrancada, arrojados al fuego palpitantes aún. Soñaba con ahogar a traición a mis carceleros y a mis compañeros de pena, todavía más odiosos, aún más odiados.

La justicia humana había sepultado entre paredes a un ser que creía peligroso para la sociedad, pero no había pensado, y mucho menos había logrado, hacerlo mejor; hacerle olvidar su crimen, restituirle, mediante la expiación, una segunda inocencia. Me hice, con el tiempo, todavía más fiera de lo que había sido en el momento de la muerte. Los delitos por mí imaginados y no realizados me engañaban el alma, me quemaban en el corazón los últimos restos de la bondad nativa. Había entrado allí como un leoncillo furioso; me había convertido, en poquísimos tiempo, en un monstruo horrendo.

Pero ni siquiera el furor ni la desesperación del homicida pueden durar. El monstruo, año tras año, aun con tercos retornos, se aplacó; la costumbre del trabajo mecánico, la monotonía cotidiana hizo de mí un autómatas insensato, un maniquí semoviente que no tenía de humano más que algunas facciones del rostro. Un instrumento mudo, de huesos y de nervios que se movía cada vez con más trabajo y que devolvía fatigosamente a la tierra una parte de lo que vorazmente tragaba. Un número, una pavorosa unidad, poco más que nada. Luego, al final, un hoyo en la tierra herbosa, sin nombre ni cruz.

Si debo responder todavía de mi primer acto, que fue extravió imprevisto mucho más que delito querido, tú quizá lo sepas, yo no. A mí me basta haber juzgado a mis jueces, haber condenado a mis enterradores, haber arrojado delante de ti las espinas que me hicieron sangrar con más crueldad.

MARY LAMB

Ángel

Horrible fue tu delito. Mataste a tu madre de una cuchillada en el corazón. Te salvó de la justicia de los hombres la locura; de la justicia de Dios sólo te salvará tu confesión, pues en el origen de toda locura hay siempre una culpa.

Mary Lamb

Culpa, quizá, pero no sólo mía. Si fue horrible mi delito fue también espantosa, como sabes, mi suerte. Mi madre me hizo fea, mi padre me hizo pobre. Con estas dos condenas se me negó toda alegría de la vida, toda esperanza de amor correspondido, de libertad feliz en el mundo enemigo.

¿Podía amar a mi padre? ¿Podía amar a mi madre? Recuerdo, luego, que apenas comenzaba a marchitarse, antes de haber florecido, mi triste juventud, llegué a ser la mártir de mi martirizada familia.

Mi hermano, único compañero y aliento de mi soledad, tuvo que ser recluido en un manicomio; mi padre, por demencia senil, se hizo peor que un niño estúpido y colérico; mi madre quedó clavada por la parálisis. La miseria hacía cada vez más duras estas miserias.

Yo sola tuve que soportar, durante mucho tiempo, todo el peso de esta opresión de la



desgracia. No sólo me estaba vedado el amor, sino que tuve que sostener sola todo el dolor.

Imagina cuál sería mi vida. Tenía que trabajar y coser durante todo el día para ganar algún chelín; y al mismo tiempo, de día y de noche, tenía que asistir a mi padre inconsciente y a mi madre inmóvil.

¿Cómo podía amar a mi padre? ¿Cómo podía amar a mi madre? ¿Acaso no eran ellos quienes, por el desahogo de una fugaz lujuria, me habían llamado al desagradable suplicio de aquella vida? ¿Qué gratitud podía sentir mi corazón hacia aquel padre y hacia aquella madre que me habían creado débil, canija, inquieta, esclava desconsolada de todas las humillantes servidumbres de la desventura?

Recordaba el pasado gris y oscuro, todas las mortificaciones de aquella mediocridad sin luz, insoportable para las almas que no eran vulgares. No siempre los padres pensaban en la felicidad de los hijos. Con mucha frecuencia los hijos eran las víctimas de los que les habían engendrado. Mi padre, caprichoso y colérico, me había atormentado años y años; mi madre sólo había sido para mí una ama fastidiosa más que amorosa protectora. ¿Cómo podía amar a mi padre? ¿Cómo podía amar a mi madre?

Su decadencia física, en vez de inspirarme piedad, aumentaba mi disgusto, mi aversión, mi resentimiento. Y de día en día, en mi alma turbada y extenuada lo mismo que el cuerpo, nació el odio, surgió el deseo frenético de que acabaran aquellos sufrimientos, de que aquellas inútiles vidas se extinguiesen.

Combatí aquel criminal deseo, traté de rechazar y reprimir aquel odio, y quizás esta difícil guerra contra mí misma abatió los últimos refugios de la razón, los últimos frenos del instinto y del afecto, dejó al alma en un instante enteramente oscura.

Y en una tarde de septiembre, después de haber preparado la mesa para la pobre cena, agarré de improviso un cuchillo, intenté matar a mi padre y maté a mi madre. Tenía entonces treinta años y estaba destinada a vivir en aquel pavoroso recuerdo otros cincuenta años todavía.

Maté por locura, pero la primera causa de aquella locura estaba en la debilidad de mi naturaleza y sobre todo en mis víctimas.

Uno solo comprendió mi inocencia y me salvó. Mi hermano menor, que era poeta y, por eso, santo. No sólo me sustrajo a los sordos tribunales de la ciudad, no sólo me perdonó

por haber matado a los que le habían dado la vida, sino que, por tenerme a su lado, renunció al amor, al matrimonio, a los hijos, a la humana simpatía de los más. Había sido para él, en su niñez, casi una madre; fue para mí, mientras viví, más que un padre. Vagábamos de casa en casa, en medio del injurioso compadecimiento de las almas tibias, y fui para mi hermano un obstáculo más en el áspero camino del arte y de la fama.

Y, sin embargo, de cuando en cuando, sentía que le odiaba también a él, mucho más feliz que yo en el mundo de su fantasía, y nacían en mí, nuevamente, impulsos homicidas. Pero antes de que el furor me dominase, cogía una camisa de fuerza y me iba a pedir refugio en el asilo de los dementes y no pedía la salida hasta que no se hubiese serenado de nuevo mi infeliz espíritu.

Mi hermano no quiso, sin embargo, abandonarme nunca. Sólo la muerte pudo separarlo de la asesina de nuestra madre. Y creo que a él se le perdonará todo, aunque hubiese pecado en el mundo.

He dicho todo lo que podía contar para que sea aminorado el horror de mi culpa. Si el Señor quiere leer con ojos paternales en mi corazón acuchillado por la vida, no desespero de su perdón.

## D EIBLE R

Tú sabes cuál fue mi terrible oficio en el mundo. Oficio rehuido, odiado, sangriento. El juez que decretaba la muerte no se atrevía a poner la mano sobre el condenado; era mi mano la que mataba por orden y cuenta de los condenadores.

Era el ejecutor asalariado de la ley que castigaba el homicidio con el homicidio. Era el asesino público y legítimo, no sólo impune, sino remunerado.

Mi conciencia estaba tranquila y el oficio no era, además, demasiado fatigoso. Raramente tenía que encaminarme al trabajo y tenía colaboradores para las faenas más ingratas. Mi principal oficio era el de apretar el botón a fin de que la cuchilla descendiese veloz para separar la cabeza del tronco del asesino. Cuidé siempre de que la máquina estuviese bien dispuesta y mis superiores no tuvieron que quejarse nunca de mi obra.

No es verdad que todos me huyeran. Por otra parte, era por nato raleza inclinado a la soledad y viví apartado, en el campo, la vida del sabio, un poco arañando en mi huerto, un poco leyendo un buen libro o fumando mi pipa.

Leí lo que algunos literatos de ingenio habían escrito sobre el verdugo, pero, en verdad, me hacían sonreír. En mí no encontré ninguno de los sentimientos y pensamientos que aquellos señores, más familia\* rizados con la pena que con la guillotina, imaginaban en sus libros.

No tuve nunca emociones fuertes ni mucho menos remordimientos o temores. Mis clientes eran todos, o casi todos, brutos repulsivos y maléficos, que mostraban en el momento de la muerte aquella vanidosa jactancia que provenía de la insensibilidad más que de la fortaleza de ánimo. Hocicos torvos y tétricos de bestias capturadas, de seres inhumanos que ya hacía tiempo hubieran debido ser expulsados o separados de la vida. Ya se mostrasen en los últimos instantes altivos o atemorizados, no conseguía tener piedad de ellos. Y, sin embargo, una buena novela o una bella música podían conmoverme hasta hacerme llorar.

No sentía tampoco el orgullo de ser el necesario instrumento de la justicia humana, de ser el que podía y debía derramar sangre para venganza de los inocentes, por la seguridad del Estado, por una mística y misteriosa expiación del pecado universal. Nunca me he dejado llevar por semejantes imaginaciones de plumíferos y retóricos. Creía en la utilidad de mi oficio; no me ilusionaba con su divina o satánica majestad. Igual que los soldados, mataba por orden y por deber; no había que avergonzarse ni tampoco que ensoberbecerse.

Un solo pensamiento me atormentaba y me atormenta. ¿Por qué había escogido, precisamente yo, aquel oficio considerado por todos infame? Nadie me había forzado y había en el mundo millares de oficios que daban pan y honor a los hombres. ¿Por qué, pues, había aceptado sin resistir al primer ofrecimiento de un puesto no deseado por nadie? Y en aquel tiempo era joven y fuerte y no tenía hambre. ¿Había, por lo tanto, en mí como en casi todos los hombres un secreto deseo de derramar sangre, de quitar la vida a los demás? Casi todos rechazan o ahogan este deseo; algunos por amor; la mayoría, por temor. Los que no consiguen reprimirlo llegan a ser asesinos o, a veces, verdugos. El verdugo es el más astuto porque satisface aquel feroz instinto y al mismo tiempo escapa a la venganza de la ley y al suplicio del remordimiento. ¿Era yo también, por consiguiente, un homicida en potencia que escogió aquel arte para dar curso, sin riesgo ni temor, a sus instintos de matarife de hombres? ¿Era, acaso, un hipócrita delincuente que, protegido por la impunidad, asesinaba a los demás delincuentes? Sólo el inocente tendría derecho a matar. Pero el que mata aunque sólo sea a los culpables, ¿permanece siempre inocente? ¿La responsabilidad de mis actos era toda ella de los que me mandaban y me pagaban? Y si en mí estaba oculta el alma de un asesino, ¿no hubiera debido sufrir yo también la pena que aplicaba con tanta tranquilidad a los demás asesinos?

Para estas agotadoras dudas no he sabido encontrar nunca respuesta. El Juez infalible, que sabe de mí más que yo, anulará o aumentará mi larga pena.

CARLOS LUIS SAND

Ángel

También tú desobedeciste el gran mandamiento: no matar. No en la guerra o en defensa tuya, sino que mataste a un inerme, bastante más viejo que tú, que no te conocía y que nunca te había ofendido. Los hombres, para castigar tu delito, te mataron, y así el dolor se sumó al dolor, la sangre a la sangre.

Carlos Luis Sand

Fui, sí, un asesino, pero del mismo modo que fue asesino Moisés cuando mató al egipcio, y Judit cuando quitó la vida a Holofernes. El hombre que maté no sólo era un traidor a mi patria, sino la vergüenza impune y la mediocridad triunfante que deshonraban a mi pueblo.

Kotzebue no sólo era un espía al servicio del extranjero, sino el envilecedor y corruptor del espíritu alemán. Más peligroso que los monstruos que destrozan los cuerpos, aquel pernicioso charlatán infestaba los espíritus. Su facilidad y su misma frivolidad innoble le habían procurado fama y fortuna y el teatro se había convertido en el armario de sus venenos. La literatura, que podía ser fuente de salud, se había hecho para Kotzebue cultura de contagio. Toda su obra era el documento abierto de su bajeza de alma. Sus dramas escurridizos una viciosa y frívola sensiblería; sus comedias que rebajaban la sátira hasta la bufonesca calumnia; sus novelas pestilentes y viscosas para uso de los incultos de los burgos y de los suburbios eran una descarada y debilitante infección de la salud espiritual germánica. Aprovechando su facilidad de grafómano y de su malicia de mediano liberto, había logrado que se le leyera y aplaudiese por doquier, esto es, desviar y manchar millares y millares de almas. Este impúdico mercader de frases buscaba, por instinto, la mediocridad y odiaba la grandeza; todas sus carnavalescas saetas estaban dirigidas contra los mayores genios de su tiempo, Y por otra parte, además, más ruso que alemán, precisamente en aquellos años en que mi patria se hallaba dedicada a cicatrizar sus heridas y a recobrar su fuerza, aquel nefasto vagabundo la inundaba con sus falsas lágrimas y con la saliva de sus carcajadas. Pensé que un escritor tiene cura de almas y una gran responsabilidad hacia su pueblo y hacia Dios, Kotzebue era un desertor, un traidor, un envenenador, y merecía cien veces la muerte. Por otra parte, los códigos no tienen sanciones eficaces para los delitos espirituales y yo sacrifiqué mi vida joven para liberar a mis hermanos de aquel portador de peste, de aquel homicida manos blancas.

Pagué con mi cabeza aquella ilegal ejecución y creo que he expiado bastante aquella

locura generosa. El tiempo confirmó mi sentencia \$ Dios reformará la que los hombres pronunciaron contra mí.

## TOM PIPPLE

A ti, que no eres de aquellos malvados jueces que, allá en la tierra, sólo pretendían colgar de la horca, te diré sinceramente que mi arte fue el de carterista. Añadiré, para que se me crea mejor, que algunas veces, en ocasiones oportunas, hice también de violador de cerraduras de casas y de cuadras. Pero puedo gloriarme de que mi trabajo fue siempre limpio y tranquilo y no hubo sangre en mis manos sino cuando, degollé algún polluelo atrapado en los gallineros del campo.

Realmente no podría excusar aquel sistema de vida. No con la ignorancia, pues mi padre era diácono y me dio algo de instrucción y muchos consejos cristianos. No por hambre, ya que de joven hubiera podido procurarme un trabajo honesto y habría ganado bastante más de lo que produjeron mis hurtos, porque debes saber que los pobres ladrones eran robados a mansalva por la infame ralea de los encubridores y cómplices.

Y no escogí aquel oficio por amor al ocio, pues aquel arte tenía también sus trabajos y sus dificultades, y no sólo requería paciencia y astucia, sino delicadeza de mano, vista rápida, destreza de miembros, ligereza de pies. Cuántas largas esperas bajo el sol abrasador o la lluvia heladora, para encontrarse al final con un reloj de poco valor o un bolsillo más menguado que el mío. Por fortuna, una botella de aguardiente y una muchacha de buen corazón bastaban, en aquellos tiempos, para reconfortarme.

Y, sin embargo, no hubiera cambiado mi vida ni siquiera por la de un lord. Creo que me atraía el gusto de la aventura, el estímulo del riesgo, la complacencia del engaño logrado, la ambición de superar o al menos de igualar a los compañeros más famosos y, sobre todo, el dulce sabor de las cosas prohibidas. Un chelín atrapado con maestría me daba mayor contento que una guinea regalada o ganada.

No me inspiraba, sin embargo, ningún pensamiento de rebelión contra el injusto orden del mundo. No condenaba a los ricos ni compadecía a los pobres. No condenaba a los ricos porque me hubiera agradado ser uno de ellos. No compadecía a los pobres porque pensando que eran la mayoría y los verdaderos dueños de la fuerza se dejaban llevar y tener hambre por los menos.

Me reconciliaba conmigo mismo al observar que todos los hombres, ricos o pobres, eran ladrones los unos de los otros y no sólo de metal acuñado. Todos tratan de quitar algo

por la violencia o por la astucia a los próximos y a los lejanos, a los parientes y a los desconocidos.

No hacía más que seguir el universal ejemplo, sin recurrir a la violencia ni al asesinato.

No obstante mi astucia y mi suavidad, los jueces de mi país no me dejaban en paz y al fin me deportaron a una tierra lejana y salvaje donde el clima y la tristeza abreviaron mi vida. Morí todavía joven y, en cuanto era posible, en paz con el Señor.

El Dios que quiso llevar consigo al cielo a un ladrón antes que los Patriarcas y los Profetas no querrá ser inflexible con un robador de lo ajeno superfluo.

ZELIABOV

Ángel

También tú, Zeliabov.

Zeliabov

Ahorra palabras. Lo que quisieras decirme lo sé de memoria. También tú, Zeliabov, has sido homicida en tu corazón, también tú has hecho derramar sangre y aniquilar una vida.

Es cierto, certísimo, enteramente cierto. Yo no estoy aquí para negar, pero tampoco para renegar. Soy yo precisamente quien hizo estallar una bomba contra Alejandro II, emperador de Rusia, pero ni siquiera hoy consigo arrepentirme de aquella muerte deseada por mí.

Tú, súbdito feliz de un dueño amoroso, no puedes imaginarte, quizá, lo que era nuestra vida en aquel tiempo lejano. En mi patria inmensa y rica faltaba el aire, la luz, la felicidad y, a menudo, también el pan. Piensa en los pájaros libres encerrados en una jaula subterránea, piensa en los peces libres del mar confinados en un tenebroso acuario. Aun en invierno el aire parecía bochornoso, aun en verano el sol parecía oscurecido, aun con el amigo fiel o con la mujer amada sentías el respirar de los espías y las amenazas de la muerte. El imperio del Zar era un infierno pobre, donde un pueblo de inocentes condenados sufría

bajo el mando de demonios con uniforme.

Los escasos espíritus generosos que soñaban con la justicia y la libertad eran los más desgraciados de todos, estrujados como estaban entre una multitud de esclavos torpes, humillados e inermes y una chusma de esclavos amos ambiciosos, hipócritas, suspicaces y armados. Y en lo alto, sostenido por sus obesos sacerdotes y sus hinchados generales, el emperador de todas las Rusias, el déspota, el autócrata, símbolo y responsable de aquella universal asfixia.

Aquello no era vida, sino un cotidiano asesinato del alma. Toda pasión noble era motivo de acusación; toda idea atrevida, un delito; toda protesta o lamento, una culpa. No había esperanza de cambiar, por la razón o por la fuerza, aquel horrible enterramiento y ahogo. Sólo se podía hacer una cosa: castigar personalmente al que, con su corona, representaba la suprema autoridad de aquel ilimitado castigo. Su muerte no nos habría liberado, pero su sangre habría podido ser un saludable aviso para su sucesor y sus acólitos. Por esta razón fue decidida y ejecutada la sentencia capital contra el emperador Alejandro.

Pero quiero ser justo aun en contra mía. Reconozco ahora que fui inducido a aquel tiranicidio por una tentación que surgía de un orgulloso titanismo. Piensa, pues. Él, el Zar, era el poderoso, el dueño de todo y de todos. Yo, por el contrario, era un pobre esclavo, desconocido, oscuro, sin derechos y sin autoridad. Y, sin embargo, con mi acto de voluntad, con mi gesto homicida, en un instante podía quitarle a aquel hombre coronado y venerado todo su poder, toda su protervia. Yo, mísero y mínimo, podía hacer de él una carroña inmóvil, buena para encerrarla con su hedor en un mausoleo, un esqueleto helado que ya no pueda mandar a nadie. Fui, siquiera por un solo instante, más fuerte que el invencible jefe de millones de armados, el dueño de la vida de aquel que era dueño de todos. Y estaba dispuesto a pagar con mi armazón destrozado aquel momento de triunfo, aquel minuto maravilloso. Me sentí ese día juez y verdugo de un soberano temido; ese día usurpé el puesto y el oficio de Dios.

No puedo decir más. Sufrí y pequé por amor a la justicia. Hágase justicia, si Él lo quiere, aun en contra de mí.

CHANDRA NATH

Ángel

Tu fe no fue más que el encubrimiento de la manía homicida. La inteligencia que Dios te había dado para proteger la vida la usaste para legitimar el asesinato.

Chandra Nath

Si eres de veras un mensajero del Único Eterno, escúchame.

Ante todo, yo no maté hombres; mis manos no se mancharon nunca de sangre. Sólo fui el compañero de fe y el defensor de aquellos que por una fe sincera y absoluta se sentían impulsados a ofrecer sacrificios humanos. También yo pertenecía a la sociedad secreta de los Thug, también yo adoraba con toda el alma a la diosa Kali, la esposa de Siva el destructor. Sólo ahora estoy cierto de que aquella horrible diosa no era más que la espantosa hija de una fantasía enloquecida y enfurecida. Pero cuando me hallaba vivo en la tierra creía firmemente en la verdad de los dioses creados y venerados por mis padres y deseaba honrarlos y agradecerles, como todos los creyentes han hecho en todos los tiempos. Y entre aquella turba divina me pareció que resultaba necesario conseguir que la tremenda Kali, más que ninguna otra, se nos mostrase propicia. Era la diosa de la destrucción y tú sabes que para los indios el fin máximo de la vida era la negación de la vida. El universo era un engaño de los sentidos; la existencia, un martirio del deseo; la única esperanza, el aniquilamiento en la inefable unidad.

A la diosa Kali, más que cualquier otra destrucción, le agradaba la del hombre, el ser más precioso de la tierra, y sus fieles servidores, los Thug, se arriesgaban de continuo a la infamia y el suplicio, por ofrecerle, obedeciendo a una veneranda tradición, sacrificios humanos.

Pertenecía a la casta brahmánica y me estaba prohibido participar en aquellas secretas matanzas, pero creí que era mi obligación defender ante los tribunales a los Thug que eran, casualmente, descubiertos y procesados.

No has de creer que yo era un pobre hindú, enteramente ignaro fuera de las antiguas mitologías y supersticiones de su pueblo. Había viajado y estudiado en Europa, pero el conocimiento de la civilización cristiana no me había hecho olvidar a mis Thug y renegar de ellos. El vulgo, en su ignorancia, los consideraba vulgares estranguladores. Para mí, que conocía al hombre y su historia, eran sacerdotes y víctimas de aquella universal religión de la sangre que me parecía encontrar en toda la tierra. Me había persuadido de que todo paso de uno a otro estadio de civilización, que todo comienzo de empresas y de instituciones humanas estaba señalado por la sangre de un sacrificio humano.

Leía en la Biblia que Caín, el fundador de las primeras ciudades, había ofrecido a Dios la sangre inocente de Abel; leía que Abrahán, el padre de una nueva nación destinada a engendrar al Salvador del inundo, se había preparado, por obedecer a Dios, a ofrecer en holocausto a su mismo hijo. Leía del rey Codro que, para salvar a Atenas, futura madre de luz



para los hombres, se ofreció como víctima a sus Dioses. Leía que Rómulo, para fundar una de las ciudades más gloriosas del mundo, ofreció a los Dioses, como sacrificio propiciatorio, la sangre de su propio hermano. Leía que Sócrates, el fundador de la filosofía universal, había sido ofrecido en sacrificio a las divinidades de su Patria. Leía que César, el fundador del Imperio romano, había sido muerto, como víctima sacrificial, por la futura fortuna, bajo la estatua de su enemigo. Leía que Pedro de Betsaida, primer pontífice de la Iglesia de Roma, hubo de ser sacrificado en la cruz lo mismo que su Maestro. Leía que el sacrificio cruento del rey Carlos I fue necesario para consagrar los comienzos de la libertad inglesa; que la decapitación del rey Luis XVI consagró la victoria del tercer estado; que la sangre de Lincoln selló la libertad de los esclavos.

Todas estas célebres muertes fueron, si bien se mira, verdaderos y propios sacrificios humanos como auspicios o compensación de grandes hechos. Y estos ejemplos los recordaba a los jueces para defender a mis amigos Thug.

La vida humana, decía, es nuestro bien más querido y precioso. No podemos hacer a Dios ofrecimiento más elevado para obtener o compensarle sus dones. El precio de la sangre es el único pago verdadero concedido al hombre. Pero es necesario que la víctima sea inocente para que el sacrificio tenga pleno valor y sea acepto a Dios, La muerte de un culpable habría sido castigo y no oblación.

Los sacrificios de los Thug eran hijos de la ignorancia y del frenesí, pero el principio era justo, era legítimo y santo. Y no podrá condenarme aquel Dios que para instituir la verdadera fe entre los hombres quiso que fuese sacrificado en la cruz, como víctima divina en favor de la expiación humana, su mismo Hijo. Al Padre de Cristo, que ha decretado la infinita virtud de la sangre inocente, confío con serenidad toda mi esperanza de salvación.

HIMMLER

ÁNGEL

Hiciste condenar a muerte a millares de hombres sin permitirles una sola palabra en su defensa. Pero el Dios que odiaste no es implacable ni siquiera con tus semejantes. Incluso a ti, Himmler, enemigo de la justicia y de la piedad, te es, aquí, permitido hablar en tu disculpa.

Himmler

¿Quieres calmarme o espantarme? Tus palabras no me afectan. La justicia, en la tierra, era la utopía de los miedosos y la piedad el subterfugio de los débiles. Y yo no conocí el temor ni la vileza.

No tuve la fe del Dios de la Cruz, pero tuve una fe y en servirla empleé mi vida y arriesgué mi alma.

No creas que para mí fuese un gran placer exterminar a mis semejantes. Pero tenía una fe absoluta en mi pueblo y en mi jefe. Para que esta fe venciese era preciso suprimir a los adversarios, a los extranjeros, a los traidores, a los intrusos y a los superfluos. Era tiempo de guerra y, por ello, reinado de la muerte. Había que vencer a toda costa y hacerlo rápidamente. No era tiempo de consideraciones, de formalidades y de misericordia. Los enemigos eran muchos, dentro y fuera de mi patria, y para no ser avasallados había que despacharlos al por mayor. Las prisiones y los procesos son tiempo perdido en los días de peligro. Sólo los muertos no se rebelan, sólo los muertos no combaten ya y no molestan. Era urgente suprimir a los bastardos de las razas impuras, diezmar a los prisioneros incómodos y desleales, cerrar para siempre las bocas inútiles. Era una dura tarea, a menudo ingrata y repugnante, pero era necesario, asimismo, que alguien la aceptase. Y yo la asumí por amor a mi fe y acepté la responsabilidad de aquellas indispensables matanzas. Las víctimas, casi todas de otra raza y de otra sangre, no eran, a mis ojos, verdaderas criaturas humanas y, mucho menos, hermanos. Podía sentir disgusto, pero no remordimiento.

Y luego, si me permites alguna palabra todavía, quisiera saber por qué soy acusado de un delito que fue común a todos los hombres en todos los tiempos y en todos los países. Si conoces la historia de la tierra sabrás que una parte de los hombres ordenaba el homicidio y que otra parte, infinita, mataba o intentaba matar.

Los reyes enviaban a la guerra a sus súbditos para matar y ser muertos; los jueces entregaban culpables e inocentes a los verdugos; los verdugos ejecutaban tranquilamente las sentencias de muerte. Todos asesinaban por amor, por venganza, por robo, por juego, por delirio, por exaltación política o religiosa. Y aun aquellos que no mataban con sus manos eran instigadores y cómplices de homicidios. Los ricos con su egoísmo, los soberbios con su prepotencia, los injustos con sus demasías, los demagogos con sus amenazas, los violentos, los escarnecedores, los aprovechados, suscitaban el rencor, el odio, y por eso, pronto o tarde, traían la ruptura de vidas humanas. Casi todos los hombres eran, pues, asesinos o inspiradores de asesinatos. ¿Por qué soy, pues, juzgado como una fiera o un monstruo? ¿Acaso porque mis víctimas fueron numerosas? Pero no es el número lo que importa. El que mata a un solo hombre es tan homicida como el que mata a diez o a cien. ¿Y no se leían en vuestra Biblia himnos de alabanza a Sansón y a David porque habían exterminado a millares de enemigos? Si la causa de Israel es más grata a Dios que la causa de Alemania, condéname a la pena eterna. Sabré, al fin, en qué consiste su famosa justicia y su decantada misericordia.

## GOLDBERG

Antes de ser fulminado por la silla eléctrica fui sometido a proceso —interminable y absurdo proceso— y dije entonces todo lo que podía decir a los jueces imbéciles con la esperanza de haber salvado la vida.

Ahora ya no temo morir ni tengo temor a las penas eternas. El bueno y antiguo Dios que conoce bien a su gentuza y la ha soportado durante tantos millones de años no querrá, al final, presentarse ante nosotros en hábito de verdugo. No creo en su ferocidad; de otra forma se parecería demasiado a los hombres.

Diré, pues, la verdad. Fui, sin remordimiento pero con método, un contratista de delitos, un famoso y honesto empresario de homicidios. En mi país, en América, todo se convertía poco a poco en industria y comercio. El asesinato estaba, sin embargo, abandonado a sí mismo, a la iniciativa individual, a la incerteza del mañana. Mi idea fue dar también un orden y una regla aun a aquello que los hombres llamaban mal cuando les molestaba y necesidad cuando les favorecía.

En aquel tiempo cada año eran muertos, en el mundo, muchos millares de hombres. Lo quisiera yo o no lo quisiera, interviniese o no en los asuntos, aquella sangre se habría derramado igualmente. No puede recaer sobre mi cabeza; yo sólo tuve la iniciativa de aprovecharla racionalmente. La organización era la palabra de orden del siglo. Logré crear una federación de las numerosas bandas que existían en el país, agregarme, poco a poco, aquellos pobres diablos que operaban por cuenta propia en medio de mil peligros, y tuve, así, a mis órdenes una potencia formidable que mantenía circunspecta a la policía y nos procuraba a todos nosotros ingentes ganancias.

Todos nuestros afiliados tenían un estipendio fijo y eran eficazmente protegidos, ellos y sus familiares, contra las persecuciones de la sedicente justicia.

En realidad, sólo se trataba de una rivalidad abierta. Nuestra federación, como el Estado, tenía tribunales y hombres armados; imponía tributos a quienes obtenían beneficios de la corrupción pública: dueños de garitos y de prostíbulos, contrabandistas y hombres políticos. Teníamos nuestros estatutos y nuestros códigos, tal como el Estado legal. Y lo mismo que el Estado, condenaba a muerte a quien no agradaba y se castigaba la desobediencia y la rebelión.

Mi federación de bandas era un estado dentro del Estado. No se hacía nada que no

hiciese el Estado, y, precisamente por ello, el Estado quería nuestra muerte, quería ser él solo el que despojase y suprimiese a los ciudadanos. Los principios y los métodos eran los mismos, pero, sin embargo, el Estado era más fuerte y más rico que nosotros y por eso se arrogaba el título de Estado legítimo y legal.

Fui víctima de esta guerra entre dos Estados rivales; guerra civil más que guerra del derecho contra el delito. El homicidio al por mayor y al por menor era entonces de uso ordinario y constante en toda la tierra, y por eso no podía ser un motivo de acusación contra mí. La traición de un amigo y los celos del poder constituido me llevaron a la muerte. Pero la industria del delito había nacido y floreció aun después de mi desaparición. Creo haber pagado bastante cara mi pasión por los negocios a toda costa. Y Aquel que otorgó gracia a Caín, supongo que no querrá condenar a uno de los infinitos ejecutores de la condena universal que pesaba sobre los hombres-

## LUROEK

Si la extinción voluntaria de las vidas humanas se juzga aquí arriba como un delito, reconozco sin ambages haberlo cometido de un modo fuera de lo común. Más de cuatrocientos mil hombres fueron muertos por obra mía. Y he aquí el cómo y el porqué.

Tú sabes, quizá, que en los tiempos antiguos las naciones de la tierra, aun aquellas que se gozaban de ser civilizadas, se lanzaban unas contra otras para realizar depredaciones y estragos. Se invocaba cualquier pretexto para iniciar la matanza y el saqueo. Los antiguos las llamaban honestamente razias; los bárbaros, más recientes y más hipócritas, las denominaban guerras necesarias para el bien de los pueblos. El hurto y el asesinato fueron siempre los instintos más hondos y los gustos más comunes de los hombres, y cuando tales actos se prohibieron con severas leyes a los particulares, fueron practicados en medida inmensamente mayor por las comunidades históricas. La guerra, en efecto, era hurto al por mayor y homicidio en gran estilo. Sofística y retórica lograban siempre transfigurar en ideales legítimos y sagrados aquellos- impulsos primordiales del hombre.

Mucho antes que yo naciese, esto es, hacia la mitad del siglo veinte\* muchos pueblos reconocieron que ya estaban cansados de aquellas continuas hemorragias y rapiñas. Pensaron que era una necedad salvaje arriesgar la vida para hacer más cómoda la vida y que se podían atraer las riquezas del mundo con medios menos arriesgados y costosos que el hierro y el fuego. Unieron voces y esfuerzos de modo que la guerra fue declarada fuera de ley.

No todas las naciones se resignaron con tal orden. En algunas grandes islas en medio del océano prosperaba un pueblo orgulloso y belicoso que despreciaba la muerte y anhelaba las conquistas más que los otros. Sus victorias le habían hecho temido y obstinado. Siguió

guerreando. La confederación de los pacíficos recurrió varias veces a la guerra a fin de apagar aquel molesto foco de guerras. Quiso demostrar con el empleo de fuerzas superpoderosas que la fuerza no era el derecho. Pero el pueblo vencido, pasando algunos años en curar sus heridas y engendrar nuevas multitudes, volvía de nuevo a hacer la guerra, con la esperanza siempre resurgida de la revancha y de un dominio más extenso. Todas las veces era vencido y derrotado, pero siempre resucitaba más ardoroso y obstinado; diezmado, desesperado, pero siempre armado y enfurecido. La tragedia no llegaba nunca a la catarsis, pero era necesario que tuviese término. El último acto no podía ser más que la muerte violenta de todos los actores

Después de repetidas experiencias de castigo, después de largas batallas de palabras, la alianza de las naciones decidió, por unanimidad, extirpar para siempre de la faz de la tierra aquel polípero de sanguinarias reincidencias. Todos reconocieron que el ansia y la idea de la guerra eran indestructibles en el alma de aquel pueblo, estaban unidas a su naturaleza, fundidas en su sangre. Hubiese sido eternamente el incendiario de los continentes, el escándalo mortífero del mundo. No había más que un camino de salvación para el género humano: la amputación, el exterminio total de aquel pueblo. Para convencer a los sentimentales recalcitrantes fue adoptada, asimismo, la palabra de Cristo: «Si tu ojo derecho es causa de escándalo arrácatelo y arrójalos fuera de ti... Si tu mano derecha es causa de escándalo córtatela y arrójala lejos de ti».

Finalmente, la asamblea suprema de los pueblos decretó que se procediese al gigantesco y metódico exterminio. Las islas fueron rodeadas de naves de modo que nadie pudiese huir; un ejército innumerable acampó en las ciudades inermes y en los pueblos más remotos. Los químicos habían procedido a preparar los medios más seguros, rápidos y piadosos para llevar a cabo, sin derramamiento de sangre y en el menor tiempo posible, aquella hecatombe nunca vista. Había que extinguir en el transcurso de pocos días cerca de setenta millones de hombres, comprendidos mujeres y niños. No tenía que sobrevivir ningún germen de aquella raza. A mí, que era médico y que hacía tiempo había dirigido mis estudios al problema de la muerte suave, me fue asignada una ciudad entera. Las salas de los hospitales donde hasta entonces se había combatido contra la muerte se convirtieron en los grandes centros de la extinción sin dolor. Ejecuté con cuidado y resolución mi ingrato trabajo hasta el final y todos me alabaron. Las víctimas no se mostraron obstinadas ni quejumbrosas, como algunos temían. Ya he dicho que aquel pueblo no tenía ningún temor a la muerte.

La obra fue realizada de modo perfecto y sin que fuese necesario un solo día de más. Innumerables hornos consumieron poco a poco aquella inmensa mortandad.

Cuando partimos, cada isla era un silencioso desierto. Durante diez años, desde aquel día, fue prohibido todo arribo a aquellas tierras de infortunio.

La empresa pareció monstruosa a algún viejo idealista superviviente, pero se consideró fausta y santa por todos los hombres de mente justa. El tumor maligno y maléfico estaba ya extirpado y consumido. El género humano podía respirar, convivir ya en paz.

El holocausto fue enorme, pero compensaba porque era igualmente enorme la salvación de la humanidad de los horrores de la guerra. Con aquel sacrificio de millones fueron acechadas, evitadas y ahorradas billones de muertes.

No acierto a mostrar un remordimiento que no existió ni existe en mí. No me arrepiento de haber prestado mi trabajo para aquel saludable estrago. No pido perdón, pero no espero castigo. Aquel Dios que castigaba a su pueblo cuando no pasaba a filo de espada a todos sus enemigos sabrá comprenderme.

CRUELES

CATILÍNA

Ángel

Los hombres de tu tiempo y de tu ciudad te consideraron un monstruo, asesino de tu hermano y de tu hijo, deseoso del poder supremo aun a costa de traiciones, de matanzas y de incendios. Pero aquí no cuentan las opiniones y los rencores de los hombres, ni tampoco a los monstruos se les niega la última libertad de la defensa. Puedes decir, Sergio Catilina, todo lo que se agita en tu espíritu.

Catilina

Siempre me agradó más el acusar que el defenderme. Pero, después de tan innumerable correr de los siglos, me impulsa al desprecio la vil injusticia de los jueces de mi tiempo. Mi historia fue escrita por mis enemigos, por aquellos que no se hubieran atrevido a respirar y, mucho menos, a escribir si yo hubiese vencido, y es mendaz y difamadora como todas las historias nacidas del miedo y de la venganza.

En los años facinerosos de mi juventud, cuando mi patria se encontraba perturbada por toda clase de guerras, puse también mano en tareas sangrientas, lo mismo que todos los facciosos de mi tiempo y de todos los que siguieron.

Pero más tarde, ante el espectáculo de la miseria del pueblo y de los abusos de los poderosos, me sentí impulsado a pensar un cambio radical en la república que asegurase el poder a los más dignos y la justicia a los míseros. Se ha hablado siempre de una conjuración mía, y también esta palabra es una malvada calumnia. Pensaba, por el contrario, en una verdadera y auténtica revolución que limitase los privilegios de los patricios y que, con la remisión de las deudas y el reparto de tierras, devolviese a la plebe una parte, por lo menos, de los bienes adquiridos con su sangre y su esfuerzo. Se dijo que yo había reunido una banda de desesperados y la hez de la chusma urbana. No es cierto. Llamé, para que se unieran, a los indigentes, a los perseguidos, a los venidos a menos, a los viejos soldados reducidos a la miseria, a los esclavos que buscaban libertad, a los proletarios que buscaban trabajo. Reuní, pues, a todos los que sufrían la injusticia y el hambre, la persecución y la desventura, contra los astutos y ávidos ladrones del Estado y de la riqueza.

No fui un conjurado, no me oculté, sino que permanecí hasta el último día en Roma, y me enfrenté abiertamente, sin temor, con los cómplices del patriciado rapaz. No me odiaban porque fuera un monstruo, sino porque el movimiento encabezado por mí amenazaba quitarles sus cargos, sus honores, sus posesiones. Se dijo que quería destruir la patria, cuando sólo deseaba dispersar la caterva parásita de los acomodados.

Éstos, viendo próxima su ruina, corrieron a los refugios. Me acusaron de toda infamia, persiguieron y mataron a mis amigos, de modo que me vi constreñido a recurrir a la guerra. Aunque gran parte del pueblo, conociendo mis generosos sueños, me era favorable, la suerte de las armas me fue adversa. Pero no acabé como un conjurado bajo la segur, sino en el campo de batalla, después de haber combatido denodadamente al frente de mil soldados.

No contentos con haberme vencido, quisieron cubrir de infamia mi memoria. Si yo hubiese resultado victorioso o si la historia hubiese sido escrita por mis amigos, muy distinta habría parecido a la posteridad mi figura de infeliz vindicador de los infelices. Si fui un monstruo quise, por lo menos en los últimos tiempos, emplear todas las fuerzas de mi alma para la redención de los humildes y de los desventurados.

## CALIGULA

Ángel

Figurabas en las antiguas historias de los hombres como uno de los príncipes más despiadados y feroces que haya soportado la tierra. Ni tu locura ni tu violenta muerte han podido cambiar la sentencia de la historia. De los jueces humanos puedes apelar ante el Juez divino.

Calígula

Te obedezco y pueda escucharme con paterna benignidad el Dios óptimo y máximo.

Cuando me hice dueño del mundo fui acogido por los pueblos como un Dios que hubiese descendido de los cielos llevando consigo todos los dones de los dioses. Durante tres meses consecutivos, después de mi advenimiento, se inmolaron en mi honor innumerables víctimas. Todos los días era venerado entre aras florecidas, entre alegres coros, bajo los arcos y entre las columnas de los foros como un triunfador divino, como un numen con apariencia de hombre.

Piensa que yo entonces sólo tenía veinticinco años y era epiléptico. Aquella apoteosis, inconcebible para un joven que había vivido oscura-mente y como sospechoso en la sombra, me embriagó, me exaltó, tras-tornó mi espíritu. Creí de veras que era un dios, un omnipotente dios terrestre, e hice lo que, a mi juicio, hubiera hecho una divinidad. Comencé haciendo llover oro sobre la plebe, lo mismo que un Júpiter generoso y benéfico, y por todos los medios traté de quitar el dinero a los ricos para distribuirlo a los pobres. Los ricos me odiaron porque les despojaba; los pobres no me lo agradecieron, porque los dones fáciles y rápidos acrecen la insaciabilidad del vulgo.

Un Dios no puede soportar otros poderes por encima del suyo, y por eso quise humillar al Senado, castigar a los tibios adoradores y exterminar a los rebeldes.

Fui llamado con los mismos nombres que los dioses, tuve un culto reconocido, una liturgia consagrada a mi persona, decapité las estatuas de los antiguos númenes para poner sobre ellas mi cabeza, quise que todos se prosternasen ante mí. Las turbas me habían proclamado dios y es justo que un dios sea adorado.

Toda mi política consistía en ensalzar a los humildes y en destruir a los soberbios, como debe hacer un Dios justo.

Muchos gestos y hechos de mi brevísimo imperio eran de loco, pero esta locura había sido obra ajena, de los súbditos delirantes que esperaban de mí la felicidad, de los aduladores de oficio y de ocasión que se sirvieron de mi demencia para holgarse impunemente. La culpa de mis faltas es de ellos más que de un joven enfermo demente. Mis delitos no fueron más que el delito de su idolatría.



Fui un dios fracasado, un dios feroz, pero también un dios benéfico, porque socorría a los miserables y fustigaba a los grandes. Éstos quisieron vengarse y me mataron. Me atravesaron con treinta puñaladas, a traición, mientras conversaba con unos niños. No había reinado ni siquiera cuatro años y aún no tenía los treinta de edad.

Mis víctimas claman justicia contra mí. Piensa, sin embargo, que también yo fui víctima, víctima lamentable: de mi juventud, del mal sagrado, de la infatuación plebeya, de la venganza patricia. Me querían dios, pero como un mortal no puede ser verdadero dios, me convertí en demonio. Y del mal que hice han de responder mis devotos y mis incensadores más que yo. A Dios le pido justicia más que piedad.

## MYRSILOS

### Ángel

Tu vida, Myrsilos, no fue más que injuria contra los dioses, altanería hacia los hombres, desprecio de toda ley y de toda virtud. Robos, estupro y muertes fueron tus gestas. Pretendías tener y gozar a costa del trabajo ajeno y no reconocías otro derecho que la fuerza arrogante e insolente. ¿Jamás hubo en ti, siquiera una vez, un movimiento de piedad hacia tus víctimas?

### Myrsilos

Una vez, sí, sentí en mí una cierta languidez de espíritu, que debía de ser lo que tú llamas piedad: cuando uno de mis compañeros, gallardo y feroz como yo, se dejó atrapar y acobardar por una mujer de Acarnania y por seguirla abandonó la fiera y libre vida del salteador para quedar reducido a marchitarse dentro de los muros de una ciudad. Muchos años habíamos estado juntos por montes y bosques, como hermanos, y aquella traición a él mismo me inspiró más compasión que desdén. Sin embargo, jamás me vino la tentación de seguir el ejemplo de su vida. No creas, pues, que sienta remordimiento por haber gastado mis fuerzas de acuerdo con los naturales instintos de la naturaleza. Los dioses me habían dado vigorosos miembros, corazón impávido y mente lúcida.

Un viejarrón que había sido en su juventud el terror de las campiñas de Etolia y que vivía, temiéndole aún, de los frutos de su valor, me abrió los ojos cuando era yo no más que adolescente. Mira —me dijo— que los hombres son de dos clases: los más son débiles y, por ello, temerosos; los menos son fuertes y, por ello, temerarios. Entre estas dos clases de hombres siempre hubo guerra. Los fuertes emplean, leal y abiertamente, la fuerza; los débiles, no pudiendo usar la fuerza, han recurrido a la astucia y han creado ciertos fantasmas

insidiosos a los que denominan con nombres de virtud, de piedad, de verecundia, de justicia, de humanidad. Pero, si bien miras a sus acciones, advertirás que también ellos quisieran lo mismo que quieren y hacen los fuertes, pero como se sienten de pobre sangre y de bajo espíritu, recurren a la astucia y a las lecciones para impedirnos a nosotros, los fuertes, el libre uso de la fuerza. Aquella tan decantada y venerada virtud no es otra cosa, en ellos, que su incapacidad para ofender y el miedo de ser ofendidos. Hay algunos fuertes que se han dejado embarullar y capar por aquellas fábulas; otros, los más avisados, escupen sobre ellas y viven orgullosamente como hombres y no como perros temblorosos.

El viejo no echó en saco roto sus palabras. No mucho más tarde, fui recibido como alumno y después como compañero de un famoso bandido que reinaba en aquellos lugares. Cuál fue mi vida tú lo sabes, a lo que parece, sin que yo me detenga a contártela. Sólo quiero decirte que fue una vida hermosa, rica en peligros, pero todavía más rica en alegrías.

¿Por qué habría tenido que rebajarme, habiendo nacido para combatir y vencer, a los odiosos trabajos del campo, a los fraudes del comercio? Yo tomaba lo necesario para mi vida donde lo encontraba, y si entre aquellos bienes y mi deseo se interponía un hombre, me veía obligado a abatirlo como se rompe una cáscara o una corteza para comer un fruto. No odiaba a los hombres; a lo más, los desprecié. Obraba, respecto a ellos, como ellos procedían con los animales, que eran despojados o muertos sin misericordia cuando tenían deseo o necesidad de ellos.

Cada vez me persuadí más de que en el mundo sólo contaba la fuerza. Y puesto que era fortísimo, habría sido indigno de esta gran ventura si hubiera alargado neciamente mis manos para que las atasen con aquellas cuerdas de engaño que los débiles descoloridos llamaban, virtudes. ¿Y qué otra cosa hacían, graciosamente, los tiranos de las ciudades? ¿No empleaban ellos también la fuerza, y únicamente la fuerza, contra los enemigos de dentro y los enemigos de fuera? ¿Qué otra cosa eran las conquistas, sino robos desmesurados? ¿Qué eran las fundaciones de colonias, sino actos de bandidaje contra los extranjeros? ¿Qué eran las guerras de los príncipes y de las ciudades, sino matanzas en grande? Y, sin embargo, aquellos tiranos hablaban de leyes, aquellos príncipes fingían honrar la clemencia y la justicia, y castigaban a quienes cometían los delitos impunemente cometidos por los grandes y por las repúblicas. ¿Podía estimarlos y obedecerlos un hombre libre?

También yo ponía como apuesta mi vida. Quien está en todo instante dispuesto a morir tiene derecho a matar. Quien afronta cada día el riesgo de ser hecho prisionero no debe cuidarse de la libertad ajena.

Pero nadie se atrevió a ponerme una mano encima ni a tocarme un cabello. Mi vejez transcurrió feliz, honrada por jóvenes discípulos que me ofrecían generosas porciones de las presas ganadas con su valor. Los dioses, que tal vez descendieron a la tierra en forma de

bandoleros, me protegieron y me protegerán.

ATILA

Ángel

Tú, Atila, pasaste sobre la tierra como un huracán de otoño, feroz y veloz, que todo lo rompe, lo tritura y lo dispersa sin piedad. Un oscuro poder te lanzaba entre las multitudes de los pueblos como una llama maligna entre los árboles de un bosque antiguo, seco por la sed del verano. Tu nombre se convirtió, durante millares de años, en el nombre mismo de la destrucción y de la barbarie.

ATILA

Tú sabes qué nombre se me dio en la tierra: Flagellum Dei. De tal nombre me glorío y semejante nombre será mi salvación en el grao día. Porque fui verdaderamente un látigo en las manos de Dios, un vergajo que se blandió para castigar a los avasalladores, para golpear a los poderosos, para limpiar el mundo de corrompidos y de indignos.

Europa se había convertido ya en la descomposición de un imperio glorioso, explotado por los sucesores de los héroes, en su mayor parte extranjeros, que tenían derecho a la herencia del mismo modo que las hienas del desierto se consideran legítimas propietarias de la carroña que roen.

Dios quiso, en determinado momento, castigar aquellos parásitos ineptos y voraces que se habían establecido sobre el antiguo dominio del César. Y me escogió a mí, bárbaro asiático, como fusta. Y cuando Dios tiene necesidad de un flagelo, de un instrumento de su justicia y de su ira, no puede llamar, para que sea blanda y tierna, a una criatura delicada y pura, a un santo. Tiene, por necesidad, que servirse de un bárbaro, de una fiera de corazón de piedra, de un atrevido salvaje como yo. Y en aquel tiempo fui escogido y cumplí mi deber, sin tener plena conciencia de ello, y fui obediente al que me había enviado entre los pueblos como arma de su enojo. Fui, durante algún tiempo, un instrumento divino, como lo fue antes el agua del diluvio y el fuego de Gomorra, y el haber servido de zurriago en manos del Señor será indicado en este día sobre la balanza de mis culpas.

La hierba que no renacía bajo los cascos de mi caballo no era la hierba sana y destinada a pacer a los corderos, sino la mala hierba que crece entre las ruinas, la ortiga de los escombros, la cizaña que invade los campos de trigo. Mejor el desierto que la podredumbre,

dijo Dios en su corazón. Y me llamó del fondo del Asia, de la gran matriz de los pueblos antiguos y nuevos, y llevé conmigo, sobre los rápidos caballos negros de las estepas, a mis Hunos, de faz achatada, pequeños pero infatigables, dispuestos al robo y al estrago, y con ellos recorrí, a la orden de Dios, el camino del viejo continente degenerado, llevando conmigo los supremos remedios de los pueblos enfermos: el fuego y el hierro. Y con mis Hunos barrí un poco de podredumbre de la faz de la tierra. Y si se necesitase la prueba de que fui, de veras, látigo en manos de Dios, bastará recordar que sólo me detuve en el camino que conduce a Roma, cuando un verdadero hombre de Dios, mejor aún, el mismo Vicario del Hijo de Dios, me salió al encuentro y sin armas ni armados me venció.

El Juez, en el gran día que se avecina, no podrá condenar al pobre bárbaro que fue verga obediente en su puño infalible.

EL-HAKIM

Ángel

Te llamaron todos monstruo, El-Hakim, un monstruo de crueldad frenética e impía, el más odiado y odiado califa que haya reinado en Egipto. ¿Puedes aducir pruebas contra esta condena?

El-Hakim

No sólo pruebas, si quieres, sino razones y argumentos. Me acusaren de haber torturado, matado y despojado a muchos bandidos, y fue verdad. Pero no por los hechos brutos se juzga al hombre, sino más bien por los pensamientos que fueron la causa y el estímulo de aquellos hechos. No olvidemos que yo representaba en la tierra al verdadero y único Dios y que sólo a mí correspondía imitarlo y seguirlo en todas las formas de su terrible poder. ¿Y qué otra cosa hacía Dios, sino torturar de mil maneras a los hombres súbditos suyos, y despojarlos poco a poco, o de un solo golpe, de sus bienes, y, finalmente, quitarles a cada uno de ellos la vida? Si de tal manera trataba Dios a todos los hombres, ¿no me era lícito a mí, que era su vicario y casi su encarnación terrena, emplear el mismo trato con algunos de ellos? Porque si parecieron muchos a la tímida fantasía de los historiadores, eran un pequeño número respecto a la ilimitada multitud de los vivientes.

Nadie podrá negar que Dios se manifestaba todos los días como perseguidor y asesino de los mortales...

El-Fadl

¿Qué esperas, para hacer callar a esta boca que vomita infamias? ¿Quieres saber por mí, por una de sus víctimas, un solo ejemplo de su perfidia? Era, por mi desgracia, uno de sus generales y por él desafié varias veces la muerte. Volvía un día a El Cairo, después de haber derrotado y destruido el ejército de Abu Rakwa, que con su rebelión puso en gran peligro el trono de esta fiera. Orgulloso de mi victoria, entré en el palacio y busqué al Califa para contarle la derrota de sus enemigos, debida a mi valor. Encontré a éste cuando estaba desmenuzando y agujereando el cuerpo de un niño bellísimo que él mismo había matado unos momentos antes con su cuchillo. Aunque yo era un viejo soldado acostumbrado a la sangre y a las matanzas, no pude contener el horror y el escalofrío. Se dio cuenta de ello El-Hakim, la ira y la vergüenza encendieron sus horrendos ojos azules. Inmediatamente me hizo detener por sus negros y entregarme al verdugo. Una hora después el hacha de éste castigaba el delito que había cometido salvando la corona de este demonio.

El-Hakim

No prestes fe a este servidor desvergonzado. ¿Qué derecho tenía él a sorprender mis secretos? ¿Qué importaba la vida de un niño frente a la dignidad y majestad de un Califa? ¿Y podía haber deleite más exquisito para un amador de la muerte que hundir la punta de una cuchilla en la carne limpia y blanda de un jovencuelo virgen que me había ofendido con su belleza?

Bargawan

Calla, maldito; de otro modo me obligarás a que yo también hable. ¿No te acuerdas que después de la muerte de tu padre, Aziz, de gloriosa memoria, fui quien te aseguré, niño inerte de apenas once años, la herencia paterna? ¿No recuerdas cuando, bajo la higuera, posé en tu cabeza el turbante enojado que te hacía dueño de Egipto y persuadí a toda la corte para que te obedeciera? ¿No recuerdas que con la fuerza de mi brazo y de mi mente sostuve tus derechos y tus primeros pasos de rey? Pocos años transcurrieron en paz, pero un día, sin que yo le hubiese dado motivo, éste me hizo asesinar mientras dormía. Era el justo premio de lo que había hecho por él. Fue el primero de sus innumerables delitos. Apenas tenía entonces quince años. Mi sangre fue el primer chorro del río bermejo que durante veinte años enteros inundó y tiñó la infeliz tierra de Egipto.

Éste es el hombre que se atreve a gloriarse de su divinidad y de su inocencia.

El-Hakim

No desvaríes demasiado, Bargawan. El rencor te trastorna el espíritu y no conviene a un sabio turbarse por acontecimientos tan remotos. A mí me correspondía la corona. Era también interés tuyo ayudarme a recogerla y gozaste sus frutos a mis expensas, dueño de mi palacio, de mis mujeres, de mi tesoro. A los quince años me sentía un hombre capaz de gobernarse y de gobernar. Un ayo soberbio y celoso como eras tu me molestaba, era un tropiezo y un estorbo. Cuatro largos años de poder y de placer habían pagado suficientemente tu gesto de protector. No podía poner fin a tu usurpación sino poniendo fin a tu vida.

Seyidet-el-Mulk

Calla, Hakim, no añadas baba de palabras al delirio de tu vida. Es-cúchame. ¿No me reconoces? Soy tu hermana, la que gobernó el reino después de tu desaparición, en nombre de tu hijo.

Sí, éste fue mi hermano y también conmigo fue cruel, puesto que me ofendió en lo que es más querido para una mujer: el honor. Pero, no obstante, fue engendrado por mi padre y quiero defenderlo mejor que él sepa defenderse.

De sus fantasías atroces, de sus sangrientos delirios, no puede responder mi hermano. No fue malvado, sino loco, loco razonador, pero sin luz de verdadera razón. Mil señales lo prueban. Si no hubiese sido Califa hubiera tenido que ser encerrado en una casa de dementes.

Yo lo llamaba, en mi interior, el hombre de las tinieblas. Todos saben que prefería la oscuridad de la noche al esplendor del día. Por decreto suyo la vida del pueblo tenía que comenzar después de la puesta del sol; tiendas y bazares tenían que estar abiertos a la luz de los hachones. Nadie podía manifestarse por las calles durante el día ni atender a sus tareas. Y de noche, montado sobre su asno, recorría las calles de El Cairo para escuchar y espiar, o bien, siempre de noche, vagaba solo por las colinas y por el desierto, orando o especulando sobre los movimientos y las formas de las estrellas. Quiso que fuesen vestidos de negro los cristianos y los hebreos, ahora acariciados, ahora odiados por él. Y entre todos sus soldados amó a los que más se parecían a la noche: los mercenarios negros.

Todo fue en él contradicción y locura. Aunque amaba el placer, ordenó que sus súbditos viviesen como ascetas; prohibió toda bebida, excepto el agua, vedó todo juego y toda fiesta. Aunque era furiosamente inclinado a los placeres amorosos, condenó a todas las mujeres de la ciudad a la segregación. Durante siete años enteros las niñas y las esposas de El Cairo no pudieron atravesar las puertas de sus casas, y se habían anunciado severas penas contra cualquier mujer que se asomase a las ventanas o permaneciese en los balcones.

Persiguió despiadadamente a los cristianos e hizo asolar sus iglesias en todo el reino, pero tuvo siempre consigo ministros y siervos cristianos, que luego los condenaba a muerte, y los sustituía por otros también cristianos. Lo mismo hacía con los ministros musulmanes. Ser llamados a la corte para su servicio quería decir, para aquellos infelices, prepararse para morir.

Pero la prueba máxima de su locura fue la proclamación de su divinidad. Decretó que Dios se había encarnado en Hakim y quiso que todos le adorasen. Encontró locos como él que le reconocieron como omnipotente y hubo quien inició la oración en las mezquitas en nombre de Hakim el Misericordioso, de Hakim el Benigno. Ante aquella loca invocación, fue tal el furor del pueblo que asedió el palacio y poco faltó para que aquel día perdiese el trono y la vida.

Ésta es la verdad sobre mi desgraciado hermano. ¿Quién podría negar que estuvo privado de inteligencia y de sentido, esto es, que fue irresponsable?

El-Hakim

Soy yo quien lo niega. No quiero la impunidad a precio de vergüenza. Tú, hermana, quieres defenderme y me ofendes. Lo que a muchos pareció tiranía y a muchos locura fue, por el contrario, esfuerzo de un genio que los hombres no comprendieron.

Amaba la noche, es verdad, y quería que sólo en las horas de la noche la ciudad viviese. Pero ¿no sabes, quizá, qué clase de vida era aquella? Comercaban y traficaban, es decir, se engañaban el uno al otro y el uno y el otro robaban. O bien copeaban y charlaban para olvidar lo sucio de las almas y la justicia de Dios. Una vida semejante ofendía al sol, que era el ojo del Eterno, la estrella sin mancha forzada a iluminar la suciedad de los pecadores. Así como los hombres se escondían en las tinieblas de las alcobas o de las letrinas para expeler el semen o el excremento, del mismo modo quise que esperasen a la oscuridad nocturna para realizar sus trueques y sus fraudes.

Y por la noche me iba al desierto, porque únicamente cuando el hombre estaba solo se sentía próximo a Dios, y trataba de buscar en los diseños de las constelaciones los designios de la divinidad.

Los hombres están ya tan inclinados al pecado que quise quitarles el estímulo de las tentaciones más comunes. A tal fin, en defensa de su debilidad, prohibí toda bebida embriagadora u obligué a las mujeres a estar encerradas en casa.

Hice morir a mucha gente, es cierto. Pero has de saber que la mayoría eran cristianos y judíos, es decir, enemigos de la verdadera fe, y los demás eran siervos infieles, ladrones y prevaricadores, esto es, enemigos del Estado y del pueblo. Perseguí a los cristianos, pero ví que no eran dignos de tal nombre porque la mayor parte de ellos, con tal de salvar la vida y los bienes, renegaron de Cristo por Mahoma. Y fue precisamente uno de mis ministros cristianos quien firmó el decreto que ordenaba la destrucción de las iglesias de Cristo.

Que yo no era aquel monstruo que dicen lo atestiguó mi pueblo, que aceptó durante veinticinco años mi poder. No fui odiado, nadie atentó contra mi vida, y no por temor, puesto que con frecuencia andaba solo por lugares desiertos. Las rebeliones intentadas contra mí abortaron, las bandas de mis enemigos no hallaron complicidad entre mis súbditos y fueron siempre derrotadas.

Me proclamé Dios. No fue gesto de loco. En todo hombre está oculto, pero vivo, el deseo de ser Dios o igual a Dios. Sólo por timidez y flaqueza de espíritu no se manifiesta. Todos los soberanos, desde los Faraones de Egipto a los Césares de Roma, fueron creídos dioses y venerados como dioses, sin que nadie los declarase locos. Y los místicos de todo tiempo y de toda fe, ¿no pretendieron haber llegado a formar parte de la misma esencia de Dios? Has de saber, finalmente, que durante largos siglos algunas tribus de creyentes se obstinaron en reconocerme e invocarme como su divinidad. Mi deificación no fue, por lo tanto, el sueño efímero de un delirante.

La comprobación suprema de mi prudencia fue la espontánea renuncia al reino. Una noche de febrero me dirigí, como hacía con frecuencia, al desierto para orar, y en la soledad de los desiertos permanecí para siempre. Mi asno gris volvió a El Cairo, pero yo no retorné a mi palacio. No se encontró huella de mí ni mi cadáver fue hallado. Nadie creyó en mi muerte, todos aguardaron durante largos años mi retorno. No volví, aunque vivía, porque no quise volver. Me adentré en las más espesas, solitarias y remotas selvas del África para vivir junto a las fieras y junto a Dios. La vista y la vileza de los hombres habían causado náuseas a mi alma. Reinar sobre un pueblo de sucios piojos con dos piernas, buenos únicamente para aplastarlos, no me producía ningún agrado. Viví hasta la más avanzada vejez, alimentándome de los frutos de aquellas ilimitadas selvas. Los leones me respetaron, inerme y desnudo; los astros lucieron todas las noches sobre mi cabeza; desde lo alto de los cielos Dios protegía al que lo había abandonado todo para vivir solo con Él.

No son éstas, pienso, razones de loco. Pero si una pena me corresponde, venga, igualmente, la pena. Mi alma es de la misma naturaleza que la divina y no tiene temor de ningún suplicio.

CENCIO DI STEFANO



Tan enormes y nefandos fueron mis pecados que no espero misericordia de Dios, a menos que Él acepte la confesión como pena bastante. Y para mí, hombre de fuerza y de orgullo, pronto al desdén y a las armas, es penitencia indecible reconocermé culpable ¡y de qué culpas!

Y tú no oirías salir una palabra de mi boca, acostumbrada sólo a mandar e imprecuar, si yo no tuviese alguna esperanza de que una de aquellas culpas, la considerada por todos como más inexpiable, pueda valerme, por el contrario, como escudo contra la divina venganza.

Me llamaron monstruo, esclavo del demonio, enemigo de Dios y de los hombres. Y reconozco que fui homicida y salteador, adúltero y estuprador y que usé contra los adversarios cualquier medio, no sólo la espada y el veneno, sino también toda forma de insidia y de revancha.

Pero no todo fue delito en mi vida, o, por lo menos, no todo lo que pareció delito era sin culpa ajena y sin provocación. Yo no había nacido para salmodiar en un coro de monjes ni para convertir en junco mis espaldas en las antecámaras de la Curia. Era un romano, un romano de estirpe noble y orgullosa, que conservaba en su índole y en su actitud algún rasgo de la viril fiereza de los romanos de Rómulo y del primer Bruto. Había nacido para gobernar y para combatir, pero en vez de haber nacido entre tumultos y guerras me encontré viviendo en una Roma empobrecida e ingrata, dominada por eclesiásticos simoníacos y por eclesiásticos ambiciosos, unos y otros ávidos y cobardes.

Mi padre fue prefecto de Roma e intentó salvar algún resto del antiguo honor y poder del pueblo romano. Cuando le llegó la muerte me designó para sucederle, pero los clérigos que entonces mangoneaban en la sede de los Césares, como moscones salidos del vientre podrido de un águila muerta, no quisieron. El veto fue pronunciado por el monje Hildebrando, luego Papa, porque había protegido con todas mis fuerzas a su émulo y enemigo Cadalo.

Para vengarme de tal injusticia levanté una torre en el puente que conduce a San Pedro e impuse a todos un peaje. Entonces fui preso, sometido a tortura y condenado a muerte. Pero no se atrevieron a ejecutar la condena y la misma Condesa Matilde, que todo lo podía en el ánimo de Gregorio, se interpuso para que el Papa me otorgase su gracia. Pero esta debilidad suya no amenguó en mi ánimo el ansia de venganza. Cuando Hildebrando rompió con el rey de Germania consideré llegada la gran hora de mi vida. La noche de Navidad irrumpí de improviso, seguido de gente armada, en la basílica donde Gregorio celebraba la misa, lo cogí por el cabello, lo bajé del altar arrastrándolo por toda la iglesia en medio de los devotos despavoridos, y así, molido y ensangrentado como estaba, lo eché como un saco pesado sobre la grupa de mi caballo y corrí hacia una puerta de la ciudad para conducirlo a un

castillo mío en la campiña. El Papa, por astucia o por miedo, callaba. Era pequeño de cuerpo, magro y descarnado. No pesaba detrás de mí más que un cordero. Era feliz llevando a la grupa a quien quería ser el dueño de todos los reyes, mi más cruel enemigo.

Sin embargo, las puertas de la ciudad habían sido cerradas y el pueblo comenzaba a removerse y a rumorear. Me refugié en mi fortaleza de la ciudad y allí eché al Papa, que fue rodeado por mis hermanos, por mis hermanas, por mis secuaces enfurecidos, y todos lanzaron contra él, mudo, contumelias, amenazas y blasfemias. Yo miraba aquel Sumo Pontífice reducido a guiñapo sangriento y, como él, callaba. Aquél era el momento más embriagadoramente feliz de mi vida; un deleite que ningún tormento habría compensado bastante.

Todos, en aquel tiempo, temblaban delante del poder inerme de aquel monje sucesor de Pedro.

Todos temblaban, aun los reyes; incluso el rey de Alemania, que también lo odiaba y tenía ejércitos a su mando. Pero yo no temblaba y lo tenía allí, al señor del mundo, al Vicario de Cristo; lo tenía en mis manos, inerme e impotente, y podía hacer de él lo que hubiera querido. Él me había condenado a muerte y no se había atrevido a colgarme; yo hubiera podido, ahora, cortar su cuello delgado que mostraba los tendones, arrancarle el corazón del pecho, arrojar su cabeza repleta de sueños soberbios a la fosa de una letrina.

Él me juzgaba un monstruo. Pero ¿no era acaso bastante más parecido a mí que cuanto podía imaginar la plebe? También él tenía sed de reinar y durante muchos años había sido creador y dueño de Papas. Luego, cansado de gobernar por persona interpuesta, había repartido dinero entre el pueblo para que le aclamase obispo de Roma ante el féretro del Papa muerto. Y en cuanto al uso de las armas que me reprochaba a mí, recuerda lo que escribió una vez en una carta a un príncipe: Maldito el hombre que impide a su espada derramar sangre. ¿Y no permitió y acaso estimuló el terrible saqueo de Roma realizado por sus amigos los normandos y el horrible estrago de los romanos? Y en cuanto a las costumbres, sólo recordaré que un sínodo de obispos lo acusó públicamente de haber cohabitado con la mujer de otro, esto es, con la famosa Condesa de Toscana.

¿Qué derecho tenía, por lo tanto, de oponerse a mi nombramiento y de juzgarme una fiera?

¿No tenía también sobre sí la suma de sus pecados? Y el más perverso era el de querer colocarse por encima de todos, como supremo rector del universo mundo, de querer que todos los reyes no fueran más que sus vasallos, o mejor aún, sus perros guardianes, preparados a la señal de su látigo de pergamino.

Odiaba a los fuertes y a los grandes; quería que a sus palabras se doblegasen los duros hechos; que su báculo de pastor hiciese bajar las espadas de los caballeros. Quería que todos le obedeciesen, pero sin combatir, sin afrontar con el hierro a los enemigos y a los desobedientes. Odiaba en mí al soldado, al combatiente sin temor que, rehusaba prosternarse ante su cuerpecillo de monje enano y pálido, ante su altanería clerical.

Y ahora estaba en mis manos, en mi poder. Todavía me parece verlo con las mejillas lívidas y las manos inquietas, pero, no obstante, siempre soberbio y silencioso, igual que cuando se sentaba en la cátedra, en San Pedro, durante los pontificales solemnes.

Estaba en mis manos y, sin embargo, no lo maté. Tuve tiempo para matarlo y no lo maté. Ni siquiera sabría decir cuáles fueron las verdaderas razones que me detuvieron para no matarlo. Era la noche de Navidad, en las densas tinieblas las campanas seguían sonando por la natividad del Salvador, de Aquel que había venido a salvar a todos, aun a los malvados. Y quizá me subían al alma, desde el pozo cegado de la infancia, los sentimientos muertos de las Navidades pasadas con mi madre, el recuerdo del niño milagroso que desde la compañía de los ángeles había descendido al pesebre de los animales. Tenía ahora delante de mí al virrey terrestre de Cristo, el Ungido del Señor, el intérprete de la voluntad de Dios.

Y no lo maté.

Y no sé por qué no lo maté. ¿Quizá porque después de su muerte se acabaría todo el placer de la venganza? Mientras permanecía vivo sentía en mi poder al que se erigía en soberano de los príncipes, rector de todo reino, espantajo de los poderosos y de los violentos.

De mí dependía, en aquel instante, su vida y su muerte. Si le hubiese matado inmediatamente no hubiera tenido delante de mí más que un poco de carne fría envuelta en una túnica de lana, pero no a él todo entero con su alma altiva y humillada. Otros pensamientos se agitaban en mi mente: el deseo de arrancarle, como precio de rescate, el tesoro de la Iglesia; la esperanza de poder entregárselo vivo a Enrique y obtener de él, en premio, el cargo de jefe del pueblo romano.

El hecho es que no lo maté. Si le hubiese matado hubiera ahorrado al mundo la vergüenza de Canossa, donde se vio el inaudito escándalo de un rey, de un soldado, de un capitán de ejércitos, arrastrarse en el barro y en la nieve para arrojarse a los pies de aquel tonsurado tenaz que hasta un santo como Pedro Damián le llamó un día San Satanás.

Y yo podía matarlo y no lo maté. Quería el reino de este mundo, a despecho de la

palabra de Cristo, y no lo asesinó. Era mi enemigo capital y no le quité la vida.

Esta victoria sobre mí mismo, en aquel momento supremo en que el Cristo en la tierra estuvo en poder de un nieto de Barrabás, ¿no merece acaso un poco de misericordia? Mis enemigos dijeron que no tuve tiempo. Mintieron. Es verdad que el pueblo comenzó pronto a agitarse en armas bajo mi palacio, pero basta un minuto para matar a un viejo aterrorizado y cansado, que no se defiende ni tiene fuerza para defenderse. Y no me hubiera faltado tiempo para esconderme y huir, dejando a los Romanos el cadáver de su ídolo. Y, sin embargo, permanecí largamente en duda. No supe o no quise matar. El Papa salió vivo, apenas un poco ensangrentado de las garras de su enemigo.

Más tarde, cuando los gregorianos armados rodearon y asaltaron mi casa, el Papa quiso parecer magnánimo a los ojos de la plebe y me salvó de la furia de los suyos, prometiéndome libertad y vida. No era gesto sublime de perdón, como se dijo, sino simple restitución. ¿Acaso en aquellas horas que permaneció indefenso al alcance de mi espada no le había ahorrado la muerte? Había sido el primero en querer mi muerte; por temor de algo peor me había liberado; yo le había cogido entre mis fauces como un león lleva en la boca hasta su cubil a un cordero y no lo había devorado.

El perdón, en él, era deber de seguidor y representante de Cristo; en mí, hombre de violencia y de ímpetu, fue prodigio sobrehumano. Si piensas en la fuerza de mi tentación y en la facilidad de ejecución después del rapto, habrás de reconocer igualmente que merezco alguna consideración de parte del Señor.

Para que mi confesión sea verdaderamente plena y sincera, debo añadir que otra vez, después de la dolorosa infamia de Canossa, intenté apoderarme de Gregorio. Enrique no supo o no quiso ayudarme, y fue tal la agitación de mi furor burlado, que de allí a poco reventé de improviso.

Y debo también confesar que aun en este momento, después de tantos miles de años, siento todavía un punto de remordimiento por no haber sabido cumplir, en aquella noche de Navidad, la empresa tan felizmente encaminada. Pero sólo Dios puede leer en lo turbio y en la inmundicia de mi alma, y si encuentra que un mínimo movimiento de piedad haya detenido en aquellas horas mi brazo, no querrá olvidar que le devolví la vida de su siervo, que ahorré la sangre del que había deseado ver correr la mía.

TAMERLÁN

Ángel

Fuiste, Tamerlán, uno de los más encarnizados perseguidores de pueblos que ensangrentaron la tierra y uno de los más incansables saciadores de la muerte. Tu imperio se extendía desde el Mar Glacial hasta el Mediterráneo y el sonar tan sólo de tu nombre hacía palidecer el rostro de todas las madres.

¿Cómo podrás legitimar tus estragos, ahora que tus conquistas no son más que huellas de polvo después de la tempestad?

Tamerlán

Mis iguales siempre han desdeñado disculparse con el aire y con la lengua. Mi elocuencia consistía en las flechas y mi razón brillaba sobre la punta de mi espada, mi derecho fue trazado en las estepas y en las montañas con letras de incendio. Las chispas que saltaban de los cascos de mis caballos en su carrera fueron mis heraldos; las centellas que surgían del choque y del encuentro de las lanzas iluminaron mi gloria. Mi nombre, Timur, significaba hierro, y ningún martillo logró romperme. Mi sobrenombre, Leng, significaba el cojo, y aunque cojo nadie logró correr más velozmente que yo desde un extremo al otro de los continentes. Cuando la voluntad de un hombre se convierte en fuerza, la fuerza se convierte en potencia y la potencia en superpotencia, no hay lugar para disculpas.

Desde joven supe que el mundo era una enorme cesta llena de oro y de escorpiones. Había que echar los escorpiones para adueñarse del oro. Era un juego, el varonil y embriagador juego de la guerra, el único juego digno de las almas nacidas para vencer. Tú no eres hombre y no puedes imaginarte el deleite de acosar, de derrotar, de perseguir, de exterminar, de aterrar y de someter; el placer de tratar a los pueblos como rebaños de corderos, de tratar a los reyes como a mozos de cuadra, convertir las ciudades en piras y las provincias en desiertos. Mi ejército inmenso recorría la tierra como un huracán de hierro, de gritos y de espanto, barriendo delante de sí los troncos como si fueran briznas de paja y las capitales como si fueran nidos pendientes o colmenas.

El hombre no podía igualarse al creador en la creación, pero podía competir con él en la destrucción. Una selva nómada de lanzas y de antorchas podía cambiar en pocos años la faz del mundo. En los crepúsculos que seguían a las batallas ganadas, a la luz de los fuegos y con el sonar de las trompas, mi pecho se henchía como el de un Dios.

Pero no sólo por juego llevaba mis armas victoriosas más allá de todos los horizontes. La habitación de la estirpe humana era ya demasiado estrecha y yo no podía tolerar que fuese dividida en guaridas y celdas innumerables. ¿Qué eran todos aquellos hormigueros separados, divididos por fronteras de rabia y de soberbia? Si hay un solo Dios en el cielo, como yo creía,

tenía que haber un solo emperador sobre la tierra. Los reyes de las naciones me parecían jeques de tribus salvajes. No era digno del nombre de rey el que no aspiraba a ser el rey del mundo, como Alejandro, como César, como Carlomagno.

Solamente con la guerra se podía reunir a todas las gentes en un solo reino, donde toda guerra hubiera sido imposible. Más para reunir en poco tiempo a todos los hombres bajo la mano de un señor único no había otro medio que el terror. Los hombres eran fieras, pero fieras envilecidas que sólo doblegaba y domaba el miedo. Mi ley fue, pues, el espanto, mi guerra fue semejante a una erupción, a un cataclismo. Las ciudades no sólo fueron saqueadas, sino quemadas; los prisioneros no fueron vendidos como esclavos, sino que sirvieron para levantar montones y colinas de cadáveres que amonestasen a los vencidos. Mis trofeos no fueron cipos o columnas de mármol, sino blancas pirámides de cráneos delante de las murallas abatidas. Túmulos de huesos y llamas de incendios fueron los epígrafes y las proclamas de mis triunfos.

Con tales medios resolutorios adquirí en tres docenas de años un imperio más vasto que los de Nabucodonosor y de Augusto. Si Dios hubiese sido menos avaro de mis días mi dominio no habría tenido otros límites que los océanos. Por vez primera todos los vivientes hubieran obedecido a un solo dueño, al Rey de la Tierra. El Omnipotente sintió celos de mi poder y me mató cuando ya me había decidido a la conquista de China, pero mi nombre no se olvidó y mi sobrehumana empresa se reanudó más de una vez y, finalmente, se llevó a cabo. Mi gloria es la respuesta más valiosa que puedo dar a las calumnias de los débiles y a tu misma pregunta. Dios, que me concedió la fuerza, no querrá ahora castigarme por haberla empleado en reunir a todas sus criaturas en una sola familia.

CALVINO, MIGUEL SERVET

Ángel

A Juan Calvino se le permite hablar, por, última vez, de sí mismo. Conoces las acusaciones: espíritu soberbio, colérico, tiránico, implacable, vengativo. Todos aquellos que, mediante tu dictadura, condenaste a la prisión y a la muerte esperan conmigo tu palabra.

Miguel Servet

En nombre del Dios omnipresente te suplico que dejes hablar a la más famosa víctima del monstruo que está delante de ti. Hablaré en nombre del fuego que destruyó mis carnes, en nombre de sus demás víctimas, en nombre de los perseguidos por odio y de los muertos por venganza. Callé al ir a la pira y callé en medio de las llamas. Deja que libere, por fin, mi

corazón del martirio de aquel silencio.

Éste me hizo morir porque enseñaba, al decir de sus cómplices o, mejor aún, de sus ciegos esclavos, doctrinas peligrosas para la reforma del Cristianismo. Pero no es verdad. Calvino no sólo fue cruel, sino, como son los crueles más peligrosos, hipócrita y embustero. Odió en mí al que se había atrevido a discutir abiertamente contra él, al tenaz refutador y confutador de sus locuras, al temerario que había osado ofender su orgullo de doctor inerrante. Había anhelado e invocado mi muerte bastante antes de que cayese en sus despiadadas manos. Tan es verdad que, aun cuando él era enemigo de Roma y de los papistas, me denunció a la Inquisición y proporcionó las pruebas de una acusación que me hubiera llevado al fuego si no me hubiese salvado fugándome del foso en que había sido encerrado. Tuve, sin embargo, el valor de dirigirme a la ciudad donde él era, a la vez, oráculo y déspota. Fui descubierto, encarcelado, condenado sin piedad. Me dirigí a él mismo pidiendo misericordia, pero hasta el último día este ministro y predicador del Evangelio cerró su corazón a todo impulso de perdón. Su corazón de autócrata fanático era ya un músculo arrugado lleno de sangre venenosa. Toda su compasión hacia mí apenas llegó al cristiano pero platónico deseo de que muriese por el hacha en vez que entre las llamas. Este predicador que ha tenido que comentar el precepto de Cristo sobre el amor hacia los enemigos, no vio en mí al equivocado al que hay que retornar a la verdad, sino tan sólo a un enemigo que exterminar.

Ahora sé con certeza que ambos estábamos en el error y que él se arrogó, únicamente por fe fundada sobre la presunción, el derecho a matarme. Sé también, hoy, que su locura teológica era más grave que la mía. Yo creía que Dios estaba presente como potencia en todas las cosas creadas y que se había revelado plenamente en Cristo como potencia y amor, mientras mi verdugo enseñaba que Dios era un tirano sombrío que a la mayoría de los hombres los impulsaba al mal y a los menos los salvaba sin mérito de ellos por una misteriosa predestinación que hartó más parecía capricho diabólico que sabiduría divina.

Y éste, a imitación de aquel Dios suyo que era la negación de la misma esencia del Evangelio, condenaba sin piedad aun a los inocentes con tal de que hubiesen desafiado, aunque de lejos, su poder y su infalibilidad. Yo era, ciertamente, un hereje, pero él hubiera podido reprimir su rencor pensando en mi vida errabunda y angustiada, en mi desventura, en mis dolencias. Toda mi vida había sido un correr afanoso de ciudad en ciudad, amenazado siempre por la pobreza, por la enfermedad, en peligro continuo de ser encarcelado o abrasado. Habían quemado todos mis libros y poco había faltado en Viena para que hubiese ardidido también mi cuerpo.

Cuando me hallé delante de los sicarios de Calvino parecía —aunque apenas tenía cuarenta y dos años— un viejo pordiosero y caduco que hubiera enternecido hasta la ferocidad de las bestias del desierto. La prisión donde fui colocado era más pestilente que una cuadra, el hambre había descarnado mis mejillas, la disentería, el insomnio, la desesperación,

habían hecho lo demás. Mi rostro era de color de barro seco; mi barba, empapada de lágrimas y de sudor, caía gris y larga sobre el pecho anhelante; mis esbeltas espaldas estaban encorvadas prematuramente; mis piernas sostenían mal un cuerpo exhausto; mis vestidos estaban hechos jirones. Hasta los fieles de Calvino se conmovieron al ver esta miserable persona arrastrada, entre los arqueros, al suplicio. Pero Calvino estaba allí, en la colina de Champel, para cerciorarse con sus ojos de que los haces de la montaña y la tea del verdugo estaban de su parte hasta el final y que su enemigo ya no era más que un poco de ceniza negra en medio de la ceniza azulada de los leños. Y volviendo arriba a Ginebra con uno de sus dignos compañeros, después de mi fin, tuvo corazón para acusarme todavía, de lanzarse contra mí porque en los últimos momentos había encomendado mi alma a Cristo en vez de retractarme de los errores de mi inteligencia ante un hereje. Pero Dios lo castigó aun antes de que fuese a pudrirse bajo tierra con diez años de extenuantes y torturadores males. Diez años de enfermedades dolorosas y asquerosas que se encarnizaron en su cuerpo^ sin que la nueva echase a la vieja, y vengaron mi muerte. Y aunque yo sepa que es pecado este gozarse en el pensamiento del mal que castigó a los que quisieron nuestro mal, sin embargo no logro vencerme ni siquiera después de tantos siglos. También yo fui pecador petulante y altanero, pero no hubiese sido capaz de la fría fiereza que se vio en éste.

Sea duro conmigo Dios justo, pero siempre que descargue su mano sobre aquel que quiso mi muerte y la de muchos otros mucho más inocentes que yo.

Tú, Calvino, hiciste convertir en polvo y barro mi cuerpo, pero por poco. El Dios omnipotente y misericordioso que tú calumniabas me ha resucitado de aquel montón de cenizas, he recubierto nuevamente de carne mi alma; me ha devuelto fuerza y voz para recordarte delante del mundo tu infamia, para pedirte razón de tu delito. En Ginebra, mis jueces eran tus obedientes esclavos; aquí, no eres más que un reo que espera y teme, como nosotros, la sentencia del verdadero Juez. Sólo ahora encontraría fuerzas para perdonarte. ¡Pero no querrá perdonar!' Aquel que imaginaste loco y bárbaro igual que tú.

Ángel

Demasiado te desahogaste, espíritu enloquecido, y ahora tu jactancia quisiera anticipar el juicio divino. ¡Basta, pues! Calvino dobla la cabeza y las rodillas y hace señas con la mano de que no quiere replicar ni defenderse. Él, que habló todos los días de su vida, se humilla ahora hasta querer callar. El Omnipotente anotará en su defensa esta renuncia y este silencio,

IVÁN EL TERRIBLE

Ángel



No hay necesidad de recordarte tus matanzas. Tú mismo, antes de morir, hiciste llenar páginas y páginas de registros con los nombres de tus víctimas, y eran innumerables, tanto que no lograste escribirlos todos. En una sola ciudad, en un mes sólo, más de treinta mil criaturas fueron muertas por orden tuya. Tu imperio se reconocía desde lo alto, en aquellos tiempos, por los charcos de sangre cuajada y por los gritos de los estragos. Tanta era tu ferocidad, que a veces desdeñaste el recurrir a verdugos o a soldados, y muchos hombres, y hasta tu hijo, murieron a tus manos. Quien no te llamó fiera echó la culpa de tu ferocidad a la locura...

### Iván el Terrible

¡No, no fui loco! Quien quiso defenderme me calumnió. Fue, por el contrario, la precoz lucidez de mi mente la causa primordial del desastre que hice con mis súbditos. Quedé huérfano de padre a los tres años y hasta los diecisiete fui humillado y maltratado, siervo de mis mismos siervos. Todos me despreciaban y, más tarde, quien no me despreciaba me odiaba. Me di cuenta, con terror, de que estaba por todas partes circundado de enemigos. Los boyardos me odiaban porque era más poderoso que ellos; los mercaderes, porque había de tener mi parte en sus ganancias; los soldados, porque les quitaba la libertad y el botín de sus saqueos; monjes y sacerdotes, porque no respetaba todos los preceptos de la Escritura y, especialmente, porque fui con ellos liberal, pero no bastante pródigo; el pueblo, porque, como siempre, era pobre y desgraciado y de su pobreza e infelicidad echaba la culpa al Zar.

Toda mi vida fue guerra guerreada contra mis súbditos. Los grandes hubieran querido usurpar mis derechos; los sacerdotes me traicionaban; las ciudades conspiraban con los reyes extranjeros; los comerciantes y soldados, igualmente ávidos de oro, meditaban rebeliones y motines. A mis ojos los hombres se dividían en dos únicas clases: los más, enemigos dignos de que se les matase; los menos, aunque en su corazón, enemigos, que podían servirme para matar a los otros.

Todos los hombres tienen enemigos, pero, más que ningún otro, los soberanos. Todos desean en secreto la muerte de sus enemigos, pero quitarles la vida con la certeza de la impunidad sólo era dado a los soberanos. Y ésta fue mi gran tentación. A menudo, después de haber cedido, tuve asco y miedo de mí mismo, pero la marea de la insidia y del odio subía cada vez más alta por los escalones del trono y había que volver a empezar. Conquisté nuevas provincias, pero nunca pude obtener el afecto de mis súbditos.

### Ángel

¿Por qué no intentaste amarlos? ¿Te agradaba tanto disputar sobre la Biblia y no

recordaste nunca que el Salvador había ordenado a todos, y por consiguiente también a ti, que amasen a los enemigos?

### Iván el Terrible

Jamás pude comprender aquel precepto y, efectivamente, la Iglesia, que conoce la naturaleza de los hombres, nunca lo ha puesto entre los artículos de la fe. Aquel amor puede ser bueno para un Dios que no puede recibir daño de sus enemigos y, sobre todo, está libre del peligro de la muerte. Mas para un hombre, y especialmente para un gobernante de pueblos, es fantasía inconcebible e imposible. Si hubiese comenzado amando a mis enemigos, no hubiese durado en el trono treinta y siete años, ni acaso siquiera treinta y siete días. No me habrían dado tiempo, se habrían arrojado contra mí como perros contra el oso ensangrentado y caído. Probad a besar a un lobo: no cree que tú lo hagas por amor, sino por debilidad y por miedo, y te arrancará los labios piadosos con sus garras.

Tú no tienes idea de qué temple eran los pueblos que me habían correspondido en herencia. Más bestiales que las bestias, animales ahora poetas y ahora locos; jumentos de látigo y de espada. No se les podía desbastar, ni suavizar, ni doblegar, ni reducir a la condición de hombres en modo alguno, aun sobrehumano. Sólo el hierro y el fuego era el lenguaje que entendían aquellos villanos vellosos, sólo la muerte y el temor de la muerte podían domar a aquellos bárbaros. Sólo diezmándolos se podía refrenar, al menos por algún tiempo, la fiereza de aquellas fieras. Comencé a remar sobre aquel pueblo cuando ya hacía setecientos años que habían recibido la palabra del Evangelio, pero vi que en vez de amar a los enemigos eran bastante más inclinados a odiar a los amigos y a los mismos hermanos. Si quise reinar tuve que tratar a mis súbditos del mismo modo que el pueblo primogénito de Dios trató a sus enemigos, pasándolos por filo de la espada. A mí no me correspondía convertir los corazones, sino defenderme de una manada de brutos. Dios, que es más fuerte que yo, ¿no permitió, acaso, las matanzas de Sodoma y de Babilonia, de Samaría y de Jerusalén? Él mismo no encontró remedio más seguro para los pecados de los hombres que la muerte. Si Él es verdaderamente justo no toda la sangre de mis víctimas caerá sobre mí cabeza.

### STENKA RAZINE

#### Ángel

También se te llama a ti, Stenka Razine. También tú has de responder de tus atrocidades y de tus compañeros, de los bandoleros instigados y mandados por ti. Has de responder de las matanzas y de los saqueos, de los incendios y de los estupros ordenados o permitidos por ti en nombre de la libertad y de la justicia.

Stenka Razine

Responderé, no temas, responderé sin temor, delante de ti y delante de Dios. He aguardado siglos infinitos este momento y toda palabra me sube desde la sangre, como las del Evangelio.

Fueron mis asesinos y los escritores al servicio de mis asesinos quienes me presentaron al mundo como un bandido. Yo no fui el jefe <le una banda de ladrones, sino el capitán de un ejército de infelices, de pobres, de oprimidos que se hallaban cansados de estar cargados, hambrientos y pisoteados por los señores injustos y por los ricos. Pero en la tierra, durante aquel tiempo, quien deseaba restaurar la justicia con la espada —y a los sacrificados no se les ofrecía otro medio— era señalado como bandolero.

Si mis secuaces fueron crueles y sanguinarios, acaso más de lo necesario y de lo lícito, has de pensar también en lo que habían sido hasta el día del desquite, y lo que habían soportado y sufrido durante tantos años. Eran, la mayoría, siervos de la gleba, cosacos sin tierra ni «hoza, inocentes perseguidos por causa de la fe, obreros agobiados hasta el hambre sin piedad.

Cada uno de ellos llevaba encima las señales del cansancio y de la miseria, del látigo y del palo, y dentro del alma el recuerdo de los abusos, el rencor de las torturas no merecidas. La ferocidad en los rebeldes era siempre hija de la ofensa reiterada y del silencio forzado.

Piensa, por otra parte, la raza que eran las víctimas de aquella ferocidad. Boyardos ociosos y viciosos, ignorantes y jactanciosos, corpachones repletos de vino y de lujuria, y, luego, mercaderes más ambiciosos que las urracas y más rapaces que los buitres; mujeres ricas en orgullo y pobres de corazón, amasadas de lascivia, de avaricia y de beatería.

De un lado, los usurpadores desde hacía mucho tiempo ofendidos; del otro, los usurpadores desde hacía mucho poseedores. Las crueldades no fueron más que los excesos de una justicia harto tiempo negada y retardada.

Si yo hubiese continuado venciendo habría creado un nuevo orden, una nueva dinastía y aquellos desahogos de los facinerosos hubieran aparecido en la historia como gestas sacrosantas legitimadas por la necesidad. Porque, al fin y al cabo, ¿qué otra cosa hacían en el mundo los poderosos, sino aquellas mismas cosas que a mí se me imputaron como delitos? También ellos, los príncipes, reunían gente armada para conquistar pueblos y saquear ciudades; también ellos ordenaban la muerte de muchos para salvaguardar la

propiedad de unos pocos, de sus cómplices y lacayos.

Todos mataban sobre la faz de la tierra: soldados e insurrectos, malvados y verdugos, ladrones de la calle y devoradores de imperio, amantes y sicarios, hombres de Dios y poseídos de Satanás.

Todo era excusa y pretexto entre los hombres para matarse el uno al otro. El amor de una mujer, el derecho a ofenderse, la orden de la ley, el mandato real, la fe en un Dios distinto o en un distinto modo de servirlo, el afán de adquirir o de salvar el dinero; el miedo, la venganza, los celos, la locura, la desesperación. Había quien mataba por obligación y quien mataba por ganancia, quien mataba por pasión de gloria y quien mataba por juego o por furor, quien mataba ocultamente, por ambición o represalia, y quien mataba a la luz del sol, pagado y alabado, en el campo de batalla o en el tablado del patíbulo.

Eran innumerables los homicidios, y quien no se atrevía a matar con sus propias manos confiaba la ejecución a otros, y en su corazón soñaba y esperaba la muerte ajena.

La tierra, por lo menos en los tiempos en que viví, era abrevada cada día con sangre constantemente nueva. En mi país y en todos los países, los padres mataban a los hijos, los hijos suprimían a los padres, los hermanos envenenaban a los hermanos, los maridos degollaban a las mujeres, las mujeres ahogaban a los maridos, los pobres asesinaban a los ricos, los ricos hacían ahorcar a los pobres, los sacerdotes hacían que fueran a la muerte los herejes, los infieles realizaban matanzas de cristianos, los cristianos se divertían con duelos, riñas, emboscadas y estragos. Y en lo alto de la nación, en las plazas de la capital, tanto el Zar como el verdugo elevaban al cielo sus manos siempre teñidas de rojo.

¿Por qué, pues, tanta indignación contra mí y contra mis compañeros, más vindicadores que asesinos, más sedientos de justicia que de sangre? Sí el homicidio es culpa, nadie podrá salvarse, pues no hubo hombre en el mundo que no haya procurado, o al menos deseado, la •invierte de otro ser humano. Abel murió antes de engendrar. Fuimos todos, por necesidad, hijos y nietos de Caín.

Y el mismo Moisés, el profeta que mereció ver al Eterno cara & i ni a, ¿no mató acaso al egipcio? Y el santo rey David, abuelo de Cristo, hizo matar, acaso, al esposo de Betsabé? Y San Pedro, ¿no intenté eliminar a Maleo? Y San Pablo, ¿no fue cómplice del asesinato de Esteban?

El hombre no podía dejar de matar al hombre. ¿Efecto del pecado «» ley de la vida? ¿Instinto de la naturaleza o instigación de Satanás?

Dios lo sabrá. No podía saberlo, ni puede saberlo un pobre cosaco que mató únicamente por amor a los humildes, a los humillados, y que confía, a despecho de todas las acusaciones enemigas, en el perdón de Aquel que murió para saciar a los sedientos y a las famélicos de justicia.

ROBESPIERRE, LUIS XVI

Ángel

Se te acusa, Maximiliano Robespierre, de ferocidad razonadora, de haber hecho derramar sangre inocente sin necesidad, de haber sido el más hipócrita y despiadado carnicero del pueblo.

Robespierre

Ni siquiera hoy, en la víspera del juicio eterno, tengo remordimiento de lo que hice por la salvación de los hombres. Allá en la tierra, todo bien humano se tenía que comprar con moneda de sangre y no se admitía pago alguno fuera del dolor y de la muerte. No era ley y moneda mía, sino de Aquel que, fuera de las puertas de Jerusalén, la sancionó con su propia sangre.

Mi pueblo estaba enfermo y para sanar tenía necesidad de una abundante sangría. Yo no fui más que uno de los cirujanos dedicados en tal operación, dolorosa para mi corazón, necesaria según mi razón. El mal estaba en los cerebros y había que cortar las cabezas, todas las cabezas que se oponían a los santos derechos del pueblo. Eran cabezas obstinadas de poderosos, cabezas ligeras de vanidosos, cabezas cerradas de ignorantes, cabezas podridas de acomodados, cabezas vanas y superfluas de aprovechados. ¿Qué importan y qué pesan cien mil cabezas frente a la felicidad futura de un pueblo o, más bien, de todo el género humano?

Si de algo me arrepiento es de haber sido demasiado ahorrativo de sangre en aquella operación de cirugía política. Para estar cierto del éxito hubiera debido que decapitar por lo menos un millón de franceses, a fin de impedir para siempre el retorno de la reacción y de la esclavitud.

A mi debilidad se debe, quizás, el fracaso de la revolución que acabó, a pesar de todo, con el triunfo de un tirano corso y con la revancha de los Capetos. Yo había hecho cortar la

cabeza de Luis y de su austríaca, había hecho matar, asimismo, a su hijo, y, sin embargo, la mala estirpe volvió a reinar...

## Luis XVI

Yo fui una de sus víctimas, quizá la más famosa. Y si el recuerdo de mi sangre puede darme algún derecho en este día, concede a un rey la defensa de este regicida.

Si fue culpable como hombre y de su interior no supe ni puedo saber, fue justo como representante del pueblo que me había sido confiado por Dios. Un Rey tiene cura de almas lo mismo que un sacerdote, pero yo fui un Rey inepto, débil, vacilante, es decir, indigno de ser Rey. Pensaba demasiado en mi mujer, en mis adornos, en mis bagatelas, y no lo bastante en el pueblo. No supe ver su miseria, no supe adivinar su ira, no supe amarlo ni domarlo. Cuando la ira estalló yo podía ceder lealmente todo lo que poseía, bienes y derechos, dejar un trono demasiado duro para un frío perezoso. O bien hubiera podido usar la fuerza y, desde el principio, aquellos arroyos de sangre quizás hubieran ahorrado los ríos que brotaron después. Pero no supe ni quise asirme ni a uno ni a otro partido. Humillé a la monarquía ante la plebe sin lograr salvarla, esperando refugio en la traición, en la fuga, en el extranjero. Mi bondad no era más que flaqueza, aquella inercia que empeora los males. Un verdadero monarca debe saber morir al frente de sus soldados o bien debe ceder a tiempo el cetro cuando no tiene fuerzas para apretarlo en su puño y hacer de él un arma. Un verdadero Rey debe ser el padre de su pueblo, es decir, pensar en el sostenimiento y en la felicidad de sus hijos. Yo, por el contrario, me entretenía en las Tullerías o en Versalles, toleraba derroches e injusticias, no sabía resistir a mis ministros ni mandar a mis ejércitos. Dios me había confiado muchos millones de hijos suyos y fui para ellos un distraído y asmático padrastrero. Bien hizo éste, por lo tanto, quitándome de en medio. Pude expiar en parte mis culpas con las humillaciones de la cárcel, pero el verdadero martirio fue para mí un instante sólo y no doloroso, y la muerte me dio aquella gloria que no había sabido merecer con mi vida.

También mi principal condenador sufrió, un poco más tarde, la misma suerte, más infeliz, quizá, que yo. Ya lo perdoné de corazón en el patíbulo, y hoy, ante vosotros, le renuevo mi perdón y suplico con toda mi alma a Cristo, el Dios Mártir, que quiera perdonar, que no descargue su santa mano sobre una cabeza que para saldar sus culpas cayó, lo mismo que la mía, sobre el tablado de la guillotina.

## ROBESPIERRE

No sé qué hacer con tu perdón ni sé qué hacer con tu piedad. Veo, sin embargo, que la meditación del sepulcro te ha hecho vislumbrar algunas verdades y, por fin, te ha mostrado a ti mismo. Tu confesión confirma mi inocencia.

Pero el Ser Supremo, en el cual siempre he creído, nos juzgará a ti y a mí con sentencias no reformables. Con estos ministros suyos hemos empleado demasiadas palabras.

CARLOTA CORDAY, MARAT

Ángel

Eras mujer, eras joven, parecías prudente y gentil y, sin embargo, te dejaste vencer y arrastrar por el furor partidista hasta el punto de apuñalar a traición a un hombre inerme, de manchar con sangre infecta tus manos virginales. ¿Cómo podrás lavarte de semejante delito?

Marat

No quiero que ella se disculpe ante ti. La que me mató sólo será defendida por mí. ¿De qué serviría la muerte si no descubriese al hombre su error? El sepulcro me ha enseñado que toda víctima es un suicida. Éste fue, por lo menos, mi caso.

Quise, en mi juventud, ser médico y soñaba con poder salvar innumerables hombres de la muerte. Pero apenas estalló la gran revolución contra Dios y contra el Rey, me entró una extraña exaltación que fue creciendo cada vez más, hasta convertirse en delirio homicida y manía sanguinaria. Estaba lleno de la idea de que a la salvación de los hombres no se podía llegar más que diezmándolos y por matanzas. Como escritor y como representante del pueblo, fui propugnador e instigador de los más horrendos asesinatos de aquellos años. El mismo que había esperado arrancar los hombres a la muerte se hizo, en poco tiempo, el más despiadado proveedor del verdugo. Ni siquiera tenía la excusa del fervor juvenil, porque me hallaba, en aquel tiempo, en la plenitud de la edad madura y hubiera debido frenar a los violentos más bien que impulsarlos. Por voluntad mía millares de criaturas humanas —sólo culpables de no haber nacido entre la plebe— fueron acortadas, como decía nuestra feroz jerga, con la guillotina.

Esta joven a la que reprochas mi sangre amaba igual que yo la libertad y sólo fue la ejecutora de una justicia más justa que la mía. Se anticipó a la obra del verdugo, que más tarde castigó a mis cómplices, y al castigo del Dios en quien no creía. Ella sabía que, matándome, iba a la muerte, pero quiso sacrificarse por salvar, merced a dos vidas solamente —la suya y la mía—, las otras infinitas vidas que mis furibundas palabras hubieran precipitado en el último suplicio.

Fue error el suyo, pero error generoso y fraterno, y lo pagó heroicamente, pocos días después, con su vida.

Yo no era entonces más que una fiera vieja, enferma y peligrosa. Carlota Corday era bella y apenas tenía veinticinco años, y, no obstante, supo aceptar la suerte virilmente. Su fuerte ánimo la hizo digna de ser vindicadora y mártir. ¿Por qué, pues, quieres acusarla? ¿Y qué mejor defensa podría hacer que ésta que procede de la mente de aquel que sintió en su carne el hielo de su cuchillo? Si tu Dios es realmente el mismo que fue muerto en el Gólgota, no hay necesidad de otras palabras, y estate cierto de que será salva.

Carlota Corday

Nunca hubiera pensado tener, ante el tribunal divino, semejante abogado. Te odiaba aun después de muerto y sólo ahora siento remordimiento de lo que hice aquella fatal mañana de julio. Tus palabras me muestran que bajo la corteza del monstruo asesino había en ti alguna fibra de nobleza y de verdadera grandeza. La muerte ha puesto al desnudo en ti tu antigua alma naturalmente cristiana. Y acaso también en tu ferocidad hacia los grandes había una profunda caridad hacia las multitudes desgraciadas.

Ambos nos equivocamos. La sangre humana no puede ser medicina de las humanas desgracias. Tú y yo matamos y morimos, y, sin embargo, el mundo continuó, después de nosotros, sufriendo y gimiendo.

Pero no puedo aceptar tu defensa si tú no aceptas mi arrepentimiento y mi dolor. Aunque ya esté liberada para siempre de vuestras demencias terrestres, no quiero que nadie me venza en generosidad. Y si tuviese esperanza de que mi oración pudiera ser escuchada, quisiera interceder también por tu salvación. Mi última demanda de perdón al pie de la cruz habría de valer asimismo por ti.

Marat

Acojo y admito tu dolor, aunque no me parezca enteramente justo. Ahora que ambos estamos purificados por nuestra sangre y por nuestro perdón, podemos atrevernos a elevar con fiadad nuestro pensamiento hasta Aquel que también derramó su sangre por nosotros.

GORUP



Durante toda mi vida fui servidor obediente de la justicia y de mi Emperador. Si fui alguna vez cruel con los miserables, aun inocentes; si fui cómplice insensible y solícito de los abusos de los poderosos, no puedo creerme en pecado. Era comisario de policía, esto es, sólo un instrumento pagado y usado por la autoridad suprema. Y tenía que ser dócil y mudo en aquellas manos, lo mismo que unas tenazas en las manos del herrero.

Vi e hice muchas acciones que no le agradaban a mi corazón, pero no podía apartarme, ni resistirme, ni censurar. Hubiera podido renunciar a mi puesto, a mi retribución, a mi categoría. Pero tampoco esto me era posible. Tenía que mantener a una madre vieja, un hermano inválido, una mujer, dos hijos.

Y por otra parte, pensaba en mi interior, por cualquier camino que el hombre escoja en el mundo para vivir entre los hombres, es necesariamente cómplice del mal. Yo tenía, por lo menos, la gran justificación de colaborar en el triunfo de la justicia dentro del orden del Estado.

De todas las culpas cometidas por mandato no debo responder Responderán de ellas ante Dios ministros y príncipes. Yo no tenía parte alguna en la grandeza de mis amos. Mal pagado por quien mandaba, despreciado y atacado por los inocentes y por los delincuentes.

En la sombra gris de los oficios tétricos, era también yo una víctima de la paradoja de todas las comunidades humanas. Defendí la vida de quienes tenían casi repugnancia de mí y mi propia vida estaba de continuo en peligro.

Protegía los bienes y los haberes de aquellos que me ignoraban c me huían y no tenía otra riqueza en el mundo que mi mezquino sueldo.

Para combatir y capturar a los malvados tenía que oponer fuerza a fuerza, engaño a engaño, ferocidad a ferocidad; esto es, para vencer a los delincuentes tenía que hacerme semejante a los delincuentes. Algunas vidas humanas fueron truncadas en aquel tiempo por mis armas; tuve que ser también homicida para salvar a mi Emperador de los golpes de los asesinos.

Se puede decir que por esta continua mortificación y abnegación no recibí compensación alguna: una fría palabra de elogio, un puñado de táleros sobre el sueldo, un dedo de cinta sobre el uniforme.

Mi tristeza de subalterno sacrificado hizo más dura y oscura mi índole ruda y rígida por naturaleza. Dentro de los estrechos límites de mis poderes hubiera podido ser más suave y benigno con los desgraciados que eran conducidos ante mí, hubiera podido conceder pequeñas gracias a los más infelices, sin riesgo para mí. Por el contrario, con el tiempo, me hice más intolerante, más irascible y, con frecuencia, más inhumano. La costumbre del poder y la certidumbre de la impunidad hacía a los servidores de los poderosos cada vez más semejantes a los brutos. El enojo de nuestras humillaciones de condenados a la obediencia muda se desfogaba sobre los desventurados que se hallaban, por lo menos durante algunas horas, a nuestra merced.

Sólo de estas inútiles impiedades me declaro culpable, pues las hubiera debido vencer y no desencadenar mi triste rabia. De todo lo demás, como he dicho, no debo responder: errores no de mí, culpas no mías, sino de aquellos que me empleaban. Me basta, para temer la divina justicia, mi parte de mal.

#### CORO DE LOS SUICIDAS

Henos ante ti, Creador de la vida, los que quisieron apartarse de la vida antes de tiempo.

Si la tierra fue patria, nosotros fuimos los desertores y los expatriados de la tierra.

Si el mundo fue cárcel, fuimos los evadidos y fugitivos de aquella cárcel.

Si el cuerpo fue vestido y estorbo del alma, nosotros arrojamos aquella veste destrozada y sucia, impacientes por recobrar la desnudez del alma liberada.

Los hombres —aquellos mismos hombres que, con frecuencia, nos empujaron con su crueldad a nuestra desesperada resolución— nos llamaron viles. Pero Tú eres Dios y no mides a tus hijos con los desconfiables metros de los hombres.

Y estamos ciertos de que ves y sabes de qué horno de dolores salió la chispa de nuestra culpa.

Nos acusaron de haber rechazado la vida.

Pero nosotros no habíamos rehusado la vida. Tú bien sabes, Señor, que lo nuestro no fue repulsión de la vida.

Hemos rechazado un resto de vida que ya no podía llamarse vida, un despojo de vida más espantoso que la misma muerte.

Hemos rechazado el atroz desgaste y suplicio de la carne, la injusticia de una inminente condena, la infamia de una deshonra no siempre merecida, la amenaza de una esclavitud que no prometía otro camino de rescate, la pérdida y la ausencia de lo que era para nosotros la primera razón de la vida.

Y hubo quien se dio muerte para expiar una culpa no conocida o no castigada por los hombres.

No hemos, no, rechazado la vida. Sólo hemos renunciado a suplicios y vergüenzas que eran negación y destrucción de la misma esencia de la vida.

En todos los seres, por disposición tuya, existía el horror al acabamiento. Si aquel horror fue superado por nosotros, es señal de que el escalofrío de la vida era aún más violento que el escalofrío de la muerte.

Si la vida era don, ¿podía llamarse aún don cuando se había convertido en tinieblas sin claridad y martirio sin remisión?

Tú nos habías concedido aquel don, pero habías pronunciado, también al mismo tiempo, la sentencia de nuestra muerte.

La vida era, sí, un don, pero también una deuda, una deuda no buscada ni querida que sólo se podía extinguir con la muerte.

El que aceptaba la vida tenía que aceptar juntamente la muerte. El fin voluntario hubiese sido verdadera culpa sólo en un pueblo de criaturas inmortales.

Pero ¿fue verdaderamente pecado el haber depuesto algunos momentos antes de su hora un cedazo ya roto y estropeado, destinado de todas formas a caer?

¿Y fue verdadera vileza haber afrontado por propio querer los misterios y los tesoros de la segunda vida?

No todos entre nosotros pensaban que fuese una sola la vida. Los más sabían, por el contrario, que habrían de encontrar, más allá del umbral, un juicio más irrevocable que el humano.

Tú sabes también que no están aquí, entre nosotros, todos aquellos que aceptaron libremente una muerte voluntaria.

Tú recuerdas aquellos héroes que por la salvación de su pueblo se lanzaron conscientemente a la vorágine y a las llamas, en lo más cerrado de la batalla o en las propias manos de los asesinos.

Sócrates podía huir y no quiso; Jesús mismo podía sustraerse a la cruz y no quiso. Si no suicidas, según la letra, ¿no fueron más suicidas aún según el espíritu?

Allá en la tierra no había, frecuentemente, otra elección: matarse o hacerse matar.

No había libertad, verdad, felicidad que no se pagase con la sangre. Y los más grandes ofrecieron voluntariamente su propia sangre como garantía, como resarcimiento de los supervivientes.

Todos los hombres fueron víctimas o suicidas y muchos asesinados no fueron más que suicidas por mano ajena.

¿Qué sentido tendría tu misma Redención si no hubiese sido una- muerte deseada, buscada y querida?

Sólo en Ti confiamos ahora para no ser entregados a una vida más horrenda que aquella de la que huimos.

La recuperación del cuerpo —de aquel cuerpo que devolvimos apresuradamente al fango terrestre como una cubierta insoportable— es ya para nosotros humillación y mortificación, quizás expiación.

No seas más despiadado con nosotros de lo despiadadas que en otro tiempo fueron nuestra vida y nuestra voluntad,

Escucha nuestros gemidos y no recuerdes nuestros errores.

Ningún resucitado podrá cantar el cántico de la eternidad con voz más fuerte y alegre que la nuestra, con nuestra voz exultante de exilados devueltos a la vida.

SUICIDAS

GAURIDASA

Ángel

Tú, mujer, olvidaste que la vida no era propiedad tuya sino un don divino del que no está permitido despojarse como de un vestido de invierno al aproximarse el verano. Todavía joven y sana, renunciaste a la vida por un exceso de amor demasiado humano: sacrificaste al hombre lo que pertenecía a Dios.

Gauridasa

Alegre es el principio de mi historia, triste es el final de ella. No me maldigas, Señor, antes de haberla escuchado.

Has de saber que no fui vendida por mi padre al precio de vacas; que no fui raptada a pesar mío y de mi padre; que no fui embriagada y violada a traición como ocurría a tantas.

Mi matrimonio fue querido por los genios del aire, fue matrimonio querido por recíproco amor. Tenía doce años cuando él me vio y yo le vi y mis miembros temblaron por desearlo y la sangre encendió mi rostro y nubló mi vista. Poco tiempo después me hizo su esposa según los ritos, porque ambos nacimos de la misma casta, de la sagrada casta de los brahmanes.

Fui su compañera ante el altar del sacrificio; fui su alegría en el tálamo; fui, más tarde, la madre de sus hijos, fui feliz, siempre, de ser su esclava dócil y fiel.

Mi esposo era bello, fuerte, amoroso. Sus ojos se parecían a las flores del loto turquesa; sus palabras eran dulces como el murmullo de los juncos bajo la luna; su cabellera lucía como la de Siva.

Pasaron muchos años de felicidad, pero tan veloces que parecieron días. Y he aquí que mi esposo fue llamado por el rey a la guerra y he aquí que retornó victorioso pero herido de maligna herida. Acogí entre mis labios su último aliento que fue suspiro de amor.

Fue preparada la pira para quemar su bello cuerpo dorado. Todos lloraban; sólo yo no lloraba. Me había vestido con mi traje de esposa; tenía en la cabeza y en el pecho las flores que le gustaban a él. Dije adiós a nuestros hijos; les besé por última vez. Cuando las llamas se elevaron me senté sobre la pira, junto a mi esposo, y junto a él fui consumida por el fuego. Nuestras cenizas estaban mezcladas lo mismo que antes estuvieron unidas nuestras almas, como estará unida para siempre nuestra suerte.

Nadie me forzaba a cumplir aquel sacrificio pero todos alababan y admiraban mi propósito de realizarlo. Ninguna ley lo ordenaba, pero tradiciones venerandas lo aconsejaban. Y aunque ninguna viuda jamás hubiese acompañado a su esposo lo hubiese hecho del mismo modo\* porque mi corazón así lo pedía y lo deseaba. ¿Podía vivir sin mi amado? ¿Podía ya denominarse vida el goteo de los días eternos de la ausencia? ¿Cómo puede vivir el árbol cuando se ha cortado su raíz? ¿Cómo puede lucir la lámpara cuando se le ha quitado el aceite?

Había nacido para pertenecer a mi esposo, había vivido para ser parte de su vida. ¿Qué me quedaba sino morir con él, es decir, continuar viviendo con él en su nueva patria?

No me digáis que mi final fue culpable. Yo no ofendía a los Dioses rechazando la vida que me habían dado. No creía en la muerte; quería y conocía la continuación de aquella vida en otro mundo y de otra forma. Sólo rechacé la soledad, recusé la separación de aquel que era para mí un Dios. No fue injuria ni pecado, sino prueba suprema de amor. No creeré nunca en la justicia del Dios que quisiera condenarme.

CHUNG-LI

Fui buen mercader, buen marido, buen padre durante cuarenta años, Después la

desgracia se cebó sobre mi casa. Mi mujer se puso enferma, un hijo marchó a países lejanos y murió de un misterioso mal, una hija quiso casarse con un ladrón que la traicionó y la abandonó, mi negocio, por culpa de las continuas guerras, comenzó a declinar.

Mi vida se había hecho más grave que un mal sueño, mi corazón se había empequeñecido, mi garganta estaba atragantada por los sollozos. Una tarde, un amigo me condujo a una casa un poco alejada de la ciudad, donde se podía fumar opio. Volví allí varias veces, solo, y cada vez más a menudo. Había encontrado en aquella casa mi liberación y mi ruina.

Todos hablaban con desprecio de los fumadores de opio. Unos con aire de escarnio, otros con expresión de piedad. Yo ocultaba mi vicio, pero no podía condenarlo sinceramente.

La vida de los hombres era casi siempre dura, sórdida, enojosa, fatigosa, con frecuencia dolorosa hasta no poder soportarla. ¿Por qué prohibir a los prisioneros sin cárcel, a los condenados sin culpa, a los mártires sin fe, alguna hora de felicidad? Él opio no sólo me hacía olvidar las mordeduras cotidianas del destino, sino que era la puerta azul de un mundo maravilloso, más dulce que cualquier sueño, más acogedor que todos los paraísos prometidos. Era, en aquellas horas, un emperador imperante, un poeta enajenado, un monje en éxtasis, un puente de felicidad lanzado entre lo posible y lo imposible. Cada deseo en aquellas visiones era todo uno con la presencia; y los deseos atormentadores del día quedaban poco a poco sumergidos en el lago profundo y rebosante del estupor. Quien no tenía bastante angustia ni bastante valor para darse muerte huía de la vida con el opio.

Si los Dioses hicieron tan pobre la vida de los pobres, tan infeliz la vida de los infelices, tan inhumana la vida de los humanos ¿podrán castigar a quien intentaba olvidarla, huirla? Aquella felicidad llevaba consigo su castigo: la degradación de todas las facultades del cuerpo y de la mente. Pero aquel embrutecimiento era, a su vez, un bien porque aceleraba el fin del padecer y al mismo tiempo atenuaba el temor a la muerte.

El opio era un veneno, pero un veneno lentísimo, una larga agonía de plácido deleite; un suicidio paradisíaco, el nirvana sin ascesis, una muerte que ayudaba a soportar la vida.

Todos buscaban una defensa contra la vida, una protección, una salvación. Pero no todos podían encontrarlo en la fe, que no se obtiene a voluntad, ni tampoco en el éxtasis filosófico y místico. La gente común sólo podía recurrir a medios comunes, materiales, de aquellos que se pueden comprar y están al alcance de todos. Los denominaban, con fingido horror, venenos y estupefacientes, pero nadie podía prescindir de ellos; eran las medicinas más rápidas contra aquella fiebre enervante y mortal que llamaban vida.

El opio me curó. Concluí en paz y silencio mi oscura jornada. Una noche el calor de la droga se cambió, poco a poco, sin que me diese cuenta de ello, en el hielo del sueño perenne. El Dios justo no podrá condenarme por aquella fuga.

DAIDÓGU IÜZAN

Ángel

La espada y la pluma fueron tus armas y ambas te dieron honor, ¿Por qué, pues, te quitaste la vida con tus manos aun antes de que se marchitase tu juventud?

Daidógu Iúzan

A mí mismo, después de tan larga noche de siglos, me parece misteriosa aquella alegre renuncia a la vida. Sólo puedo decirte cuál era en aquel tiempo mi estado de ánimo y el de mis semejantes.

El pensamiento supremo y dominante de todo samurai era el de la muerte. Yo mismo escribí que la idea de la muerte debía estar presente en el espíritu del samurai a todas horas del día y de la noche, desde el alba al ocaso y desde el ocaso al alba, desde la primera mañana al último crepúsculo de cada año.

El verdadero samurai debía prepararse, con el pensamiento de cada instante, a la muerte y estar pronto, en cada momento, a renunciar a la vida. Cuando un hombre se había liberado del temor a la muerte, y mejor aún, había llegado al deseo de la muerte, sólo entonces podía decirse y sentirse libre, dueño de sí y de los demás. Quien ya no tiene temor alguno de afrontar y aceptar la muerte está por encima de todos, incluso del destino. Puede cumplir hasta el límite extremo su propio deber, desafiar cualquier riesgo, no retroceder ante ningún enemigo, ningún obstáculo, ninguna prueba.

Lo que empobrecía y envilecía la vida, en la mayor parte de los hombres, era el temor a perderla. La liberación de aquel temor significaba la liberación de todo lo que es indigno de un espíritu noble y fiel que aspira a lo sublime. Despreciar la muerte era el camino de la inmortalidad.

Yo, lo mismo que mis compañeros, había llegado a pensar que cada día de mi vida



podía sor' el último y este pensamiento, además de darme el sentido pleno de una divina libertad, acrecía y afinaba mi alegría de vivir. Puede ser la última vez, pensaba, que vea aquel árbol en flor, aquel monte coronado de nieve, la sonrisa de aquella jovencita. Puede ser la última vez que lea este poema, que oiga la voz de mi señor, que huelga el hálito salado del mar. Y cada una de estas cosas, por efecto de aquel pensamiento me parecía infinitamente más dulce y más preciosa. Realmente, quien amaba la muerte se sentía casi un Dios.

Advierte, en fin. Que el amor a la muerte era nuestra única arma, de nosotros los samuráis, para vengar o castigar a nuestro señor. Los samurais eran servidores fieles y obedientes del jefe que habían escogido. Por ninguna cosa del mundo hubieran podido quejarse de él o abandonar-lo aunque él hubiese sido injusto contra ellos o hubiese cometido una culpa cualquiera. Al samurai que quisiera hacerle volver al buen camino o intentase protestar contra su injusticia no le quedaba otro medio que su propia muerte. Se mataba libremente con la sola esperanza de que el señor comprendiese su culpa y se arrepintiese.

Me maté, precisamente, para demostrar mi afecto a mi daimio, Se había enredado en los placeres de corte, en medio de sus mujeres, y permitía que otros se ofendiesen sin cuidarse ya de rechazar las afrentas de nuestros adversarios. Nunca me hubiera atrevido a dirigirle la palabra, vivo, para atraerlo al respeto de su dignidad. Pero podía, quizá, res-tituirlo a sí mismo con mi sangre. Antes de morir tracé con mi pincel lo que no hubiera podido decir mientras estuviese vivo y aquellas palabras le fueron entregadas al mismo tiempo que la noticia de mi suicidio Sólo con aquella resolución podía crear en él su remordimiento y su despertar. Así, pues, no me maté por razones más, por tristeza de amor o por cansancio del alma; me maté por amor hacia aquel que estaba por encima de mí, me maté por la esperanza de que mi muerte hiciese menos indigna la vida de otro.

Si el acto fue error, la intención fue noble y pura. Dios lo supo y lo sabe.

RUSTEM

Angel

No hallo culpa en ti, Rustem, menos en el último día, cuando voluntariamente te dejaste morir.

Dime, pues, por qué quisiste, todavía joven y sin aparente razón, quitarte la vida.

Rustem

Te lo digo inmediatamente: por disgusto, por asco, por invencible horror de todo y de todos. Tuve desde los primerísimos años una sensibilidad tan aguda y una fantasía tan viva que fueron para mí, más que dones, morbos mortales. Desde aquella edad y, cada vez más al crecer, me hacía sufrir increíblemente la suciedad del hombre, mi suciedad y la de mis semejantes. No podía soportar el pensamiento de que de cada orificio de la persona, de cada miembro del cuerpo, de cada poro de la piel, salía o goteaba cada día, cada hora, algún repugnante residuo. Los hombres me parecieron siempre, comenzando por mí, animales excrementicios, fábricas de porquería y de hedor. Todo en nosotros era defecación. No sólo el excremento que llenaba y molestaba los intestinos y que salía por la puerta más vergonzosa del hombre, sino el sudor maloliente que bañaba las carnes, los vestidos, los lechos; la saliva y las flemas que se escupían por la boca; la orina que empapaba y ensuciaba a lactantes y a decrepitos; el moco que goteaba de la nariz; las porquerías que se anidaban en las narices; las legañas que ofuscaban los ojos; el cerumen que trasudaba de las orejas; la caspa que se anexionaba entre los cabellos; los humores que goteaban de las ampollas; la podredumbre que salía de las llagas; la sangre de las hemorragias y de las menstruaciones; las aguas del parto; la bilis que se desbordaba por las fauces en los accesos de rabia; las materias estomagantes del vómito; las fétidas heces de los pies, la suciedad que se recoge en las uñas, la baba de la ira y del esfuerzo. Y me ofendían, aun sólo con imaginarlos, los ruidos pestilentes y las odiosas flatulencias y el hedor del vestido y la fetidez que provenía, aunque no todos la advirtiesen, de los cuerpos más lavados y perfumados.

Todo cuanto salía de aquel alambique de porquería que era el hombre ante mis ojos me causaba escalofrío y asco. Hasta el llanto del dolor y el semen del amor. La imagen de las letrinas escondidas en todas las casas, de las cloacas que ocupaban los subterráneos de todas las ciudades, del estiércol, del abono que se echaba en los campos donde se producía el alimento de los hombres me hacía insoportable la vida. Aun el comer me resultaba penoso cuando pensaba en los cadáveres de los animales degollados y descuartizados y, sobre todo, en las manos sucias que habían tocado y manipulado las viandas. Me mantuve alejado incluso de los famosos placeres del amor porque la mujer, con sus olores y sus flujos, me repugnaba y me parecía que el deleite de un instante se pagaba al precio de repugnantes suciedades. Era, en suma, un extraño e incurable enfermo. Todo me causaba molestia y me producía horror. El polvo, el barro, la basura de las calles; los campos sucios por las heces de los hombres y de los animales; los torrentes donde se vertía la inmundicia de las telas del vecindario; los ríos contaminados por las cloacas, los mataderos y los muladares, los cementerios con su secreta multitud de podridos; hasta el mar que recogía de todas las partes de la tierra restos y carroña. Ya no podía vivir, no podía soportar y tolerar el espectáculo y el pensamiento de esta universal porquería.

Probé a vivir lejos de la ciudad, en medio de las flores, de los perfumes, de graciosas pinturas, sin compañía humana, no haciendo otra cosa que leer versos de poetas y de místicos. Pero la horrible visión de la vida excrementicia me perseguía por doquier, tanto más repulsiva y continua cuanto más me esforzaba por desecharla. Todos los aromas de Saba y todas las rosas de Isahán no hubieran podido defenderme de aquella cotidiana ofensa. Nadie experimentaba mi congoja, me di cuenta de que era distinto de los demás, quizá loco o

maldito. Y cuando me cansé de todas mis tentativas para tolerar la vida y no pude ya resistir la repugnancia me dejé morir de hambre. Nada más puedo decir en mi defensa.

BLYNAS

Ángel

Habías escogido en el mundo el proteger la vida de los demás y luego truncaste voluntariamente la tuya. ¿Por qué te pareció al final tan insoportable el don que antes te había parecido tan precioso?

Blynas

En los primeros años de mi vida fui perseguido por la muerte. Me arrebató a mi madre cuando aún no tenía diez años; poco tiempo después a una hermana; finalmente, a mi padre. Todos los míos morían de enfermedades inusitadas que los médicos no lograban entender ni vencer.

Entonces surgió en mí un rabioso resentimiento contra la muerte que me había arrebatado a traición los seres más necesarios y más queridos para mí. Sentí la vocación y el ansia de combatir frente a frente con la muerte.

A pesar de todas las dificultades —era huérfano y pobre— logré llegar a ser médico y creo que pocos jóvenes se dispusieron a debelar las enfermedades con mi arrebatada resolución. Tenía fe intacta en la ciencia, observaba y estudiaba sin reposo, cada victoria sobre el mal me embriagaba, cada derrota estimulaba mi tenacidad. Tuve en aquel tiempo un gran amor hacia una joven que murió de improviso y misteriosamente. Decidí entonces renunciar a todo afecto humano para consagrar\* me enteramente, hasta la muerte, a la guerra contra la muerte. No es que yo sintiese un verdadero y propio amor por los enfermos que se dirigían a mí. Aquellos pobres cuerpos doloridos sólo eran a mis ojos campos de batalla entre la vida y la muerte y yo era el tenaz aliado de la vida y el violento adversario de la muerte.

Transcurrieron en esta guerra sin cuartel muchos y largos años y con el pasar del tiempo dos espantosos descubrimientos comenzaron a envenenar lentamente mi espíritu. La experiencia cada vez más atenta y vasta hizo nacer en mí, primero la duda, después el temor y luego la certeza de la final impotencia del arte médica. Unos pocos remedios podían ser eficaces para aliviar o retardar alteraciones no mortales, pero cuando el hombre era asaltado por aquellos encubiertos, pero despiadados, males que eran anunciadores y portadores de la

muerte, el médico podía, en algún caso, retardar el fin; en otros, sin quererlo, acelerarlo, pero nunca impedirlo. Mi guerra contra la muerte acababa siempre con la derrota, y no únicamente la mía, sino también la de aquellos que tenían más ingenio que yo.

Y no sólo esto me impulsó a la desesperación. Con el tiempo, mi obstinada manía de buscar por todas partes los indicios y huellas de mi capital enemiga me había dado una lucidez, una segunda vista, que fue, al fin, mi desventura y mi condena.

Esta visualidad me reveló, poco a poco, que todos los hombres, desde los primeros estadios de la vida, eran poseídos, señalados, amenazados por el mal que les conduciría más o menos rápidamente a la muerte. La distinción entre sanos y enfermos, reconocida por todos, no tuvo para mí, desde aquel día, ni valor ni sentido. Todos los hombres, todos sin excepción, eran enfermos. Todos los que mostraban a mi vista, terrible-mente experta, el sello indudable del morbo que ya se había asentado en aquellos cuerpos en apariencia sanos y floridos. Todos, en suma, eran moribundos, próximos a morir, inminentes cadáveres. Mi profética lucidez anticipaba el descubrimiento del enemigo homicida, sabía interpretar indicios y síntomas que escapaban a todos los demás. En la carne de toda criatura humana adivinaba, descifraba, leía la pavorosa sentencia final. Los mismos jóvenes, a pesar de la alegre frescura del rostro, no lograban ocultar a mi implacable clarividencia los signos precursores de la marchitez y de la agonía.

Cada vez más la vista y la compañía de los hombres era para mí un atroz suplicio. Si todos eran ya presas inconscientes de la enfermedad, si la medicina no era más que una ilusión fatigosa de imposible salvación, mi sueño juvenil de victoria y de venganza era un engaño idiota, un redoblamiento de tortura, un instrumento de desesperación. Mi vida, ya consumida por la angustia, me pareció como el debatirse inútil de un demente encadenado. Me sentí vencido, renuncié a la guerra, me rendí. Después de haber combatido en vano contra la muerte reconocí que la suprema sabiduría, la de los santos, consistía en invocarla. Bastó la triple dosis de uno de mis fármacos más potentes para devolverme la paz. Ahora que la muerte está vencida para siempre espero que el Padre de misericordia recuerde mi tremenda y horrenda condición hasta el punto de perdonarme la violencia que usé contra mí mismo.

## WOBBER

Hay pecados más infernales que el mío; temo que ninguno más vergonzoso. Y debo confesar aquí, delante de todos, lo que en la tierra no tuve el valor de manifestar a nadie, ni siquiera al amigo...

Pero ¿tuve, acaso, un amigo? El continuo temor me privó de toda capacidad de afecto. Aun en los más próximos no vi más que enemigos todavía 110 declarados ni descubiertos.

Esta fue mi enfermedad, mi locura, mi culpa. Frente a todos los hombres conocidos y desconocidos, no tuve más que desconfianza y temor.

Demasiado pronto, por fuerza del presentimiento más bien que por razonamiento, se fijó en mí la inextirpable certeza de la malignidad y perversidad de los hombres, de todo hombre, de toda mujer, aun de los que parecían más Cándidos y apacibles. Temía a los lobos por lobos, pero temía aún más a los corderos que, si se enfurecen, son más feroces que los lobos.

Veía en cada criatura humana una fiera egoísta más o menos domesticada y enmascarada. Estaba seguro, por eso, de que yo era para cada uno de ellos un posible rival, un comensal de más, un obstáculo que re-mover, un adversario por necesidad natural. No podía esperar de ellos más que guerra abierta o traición. Cada frente humana ocultaba, a mi parecer, una voluntad de muerte. Mis hermanos me habrían tolerado con tal de que no amenazase su existencia o su felicidad; me hubieran tolerado, pero no amado y más bien hubiera tenido que permanecer en guardia contra la perfidia del mal por el mal, contra la animosidad gratuita, la crueldad por gusto y por juego. No creía en la durabilidad de los hombres y no podía esperar perdones que no fuesen fingidos o transitorios.

Los que manifestaban amarme no me amaban a mí, al verdadero yo que ni siquiera conocían, sino sólo a una fantasía pasajera y, sobre todo, a su utilidad y comodidad. No me amaban; se amaban a ellos mismos sirviéndose de mí como de defensa y espejo. Y casi tenía más miedo de los íntimos que de los desconocidos. La palabra hermano, que neciamente usaban todos, tenía para mí un sentido enteramente opuesto al vulgar: no había odio verdadero más que entre los hombres nacidos de un mismo vientre.

Mi vida era, pues, una continua sospecha, un continuo temor, un continuo ocultarme y retraerme. Cada mañana, al despertar, me admiraba de que no me habían matado durante el sueño, de que aún no había sido despojado, aún no detenido y encarcelado.

Hasta el zumbido del viento en la noche me sobresaltaba como si fuese el estrépito de enemigos que se acercasen a mi casa para quitarme la libertad o la vida. Cada palabra no clara, cada gesto violento, cada fisonomía insólita o torcida hacía que me sobresaltase. Cada paso en el silencio de la noche podía ser el del homicida que me estaba destinado; cada grito, una señal de mi muerte inminente.

A nadie revelé esta miseria mía de continuo temor. Toda confesión hubiese sido injuria y acusación, puesto que yo no reconocía en aquel temor a ningún inocente. Y sabía lo que hubieran dicho: manía persecutoria.

Pero no era manía, no era delirio. Yo no me refería a éste o aquél hombre, sino a todo hombre, al género humano entero, hasta el niño poco antes nacido, hasta el viejo llegado a su última hora. La fiera escondida y despiadada estaba en todos, en todos ellos, y yo veía en todos, siempre, enemigos en acecho, enemigos en descanso, enemigos del mañana, enemigos perezosos, enemigos durmientes, pero nada más que enemigos.

Ésta, mi culpa; pero ésta, también, mi horrible pena. Cada día de la vida no era para mí más que vigilia de temor en una noche de terror. A nadie podía confiarme, en ningún lugar encontrar paz, refugiarme junto a ningún intercesor o protector. Aquel infierno no tenía más que una puerta: el suicidio.

Me quité la vida, pero sólo Dios podría borrar para siempre de mi alma la huella de aquella tortura.

EL ARCHIDUQUE RODOLFO, MARIA VETZERA

ÁNGEL

Naciste de un emperador; estabas destinado a reinar sobre muchos- pueblos. Pero en vez de prepararte para aquella elevada y dura tarea derrochaste lo mejor de tus fuerzas y de tus años en satisfacer tu orgullo y tu lujuria y, al final, te entregaste a una desesperación indigna de un verdadero príncipe y de un verdadero hombre.

Te casaste con una joven a la que no amabas, la traicionaste con mujeres que despreciabas y, por fin, antes de matarte, quisiste matar a una jovencita que te amaba y que tenía dos únicas culpas: haber creído «n tus palabras y haber cedido a tus ansias.

El Archiduque Rodolfo

Si conocieses más a fondo mi vida no serías tan cruel conmigo. Si recordases la terrible herencia que llevaba en mi sangre desde mi nacimiento y el mal que envenenó aquella sangre ya envenenada, tus palabras serían, quizá, más generosas.

No me duelo de haber renunciado a la vida y al reino; no me arrepiento de lo que hice sufrir a una mujer que me fue impuesta por razón de Estado, ni tampoco tengo remordimiento de los dolores que sufrieron por mí un padre demasiado distante y una madre siempre lejana.

Tengo piedad de mi vida inútilmente destrozada y truncada, pero sólo de un acto siento verdaderamente vergüenza y repugnancia: haber querido arrastrar a la fuerza hasta la infamia y la muerte a aquella jovencita que la edad y la pasión convirtieron en una víctima indefensa de mi frenesí. Tenía sólo diecisiete años, estaba intacta y mal vigilada, amó en mí al infeliz más que al príncipe, me amó hasta el punto de dejarme que tomase todo lo suyo: el alma, la virginidad, el honor y la misma vida. Ya era un delito el matarme, pero fue atroz locura matar aquella flor que apenas se abría entonces al sol del mundo.

Creo que en mí no todo fue culpa; creo haber expiado con el dolor lo que fue culpa verdadera. Sólo del infame desastre de aquella inocente no me atrevo a pedir perdón.

María Vetzero

No le escuches, dile que calle. ¿No sientes que todavía está consumido por la fiebre y se atormenta con su mismo delirio?

Soy la que él amó, la que él mató en aquella cálida noche de enero. Y declaro aquí, delante de ti, delante de todos, que no tuvo culpa alguna en mi muerte. Sólo yo comprendí, porque fui la única que lo amó verdaderamente, que él ya no podía ni debía vivir. Y no quise abandonarlo tampoco en la muerte, no quise que muriera en la soledad, como en soledad había vivido, sin la compañía de un corazón que se detuviese junto al suyo. Tenía treinta años, pero continuaba siendo un niño. Tenía miedo a la vida, tenía miedo al amor, tenía miedo a la muerte. No podía dejarlo solo ni siquiera en aquel momento supremo del fin. Tenía que darle valor con mi ejemplo, con mi proximidad, con mi libre voluntad de precederlo y de seguirlo en la noche. Él me amaba; sólo me amó a mí. ¿Cómo podía dejarme con los demás, después de su necesaria muerte, expuesta a todas las tentaciones del olvido y de la felicidad?

No podía dejarlo solo, no quise dejarlo solo. Apenas me aludió a su gran sueño de la muerte de los dos, acepté con alegría, le supliqué que me escogiera para su redención como ya me había escogido para su amor. Mi ofrecimiento era un pecado contra Dios, pero ¿acaso no era Dios quien me había enseñado que es acto divino morir por los desgraciados o, mejor aún, por los culpables?

Y mi Rodolfo era, en verdad, el más infeliz de los hombres. Su madre le había transmitido el germen de la funesta demencia de los Wittelsbach. Luego lo había abandonado, había reanudado su perpetua fuga a través de los mares y de las tierras, acosada por una locura que un día había de entregarla al cuchillo de un loco.

¿Qué ejemplos, qué alientos podía darle aquella madre errabunda, enferma y

desamorada? Estaba lejos, a veces sobre el pecho del rey de Baviera, de Luis el loco, a veces en las garras de la desesperación. Para atenuar sus remordimientos de esposa nómada, fue ella, la emperatriz, quien empujó hasta los brazos de su marido a una actriz plebeya para que hiciese de ella su concubina.

Su padre no era su padre, sino «el augusto procreador», el emperador apostólico, el guardián y el servidor de una corona, rodeado y aprisionado por todos los guardianes de un mosaico roto y de una dinastía condenada. No amaba a su hijo, sino que lo oprimía. Era el sucesor y el antagonista; no lo comprendía, le temía; acaso, contra su propia voluntad, lo odiaba. Padre e hijo eran de naturaleza opuesta. Cada uno de ellos era insufrible para el otro. Nunca se sintieron cercanos, nunca unidos. El padre sólo era un soberano, el hijo poco más que un comparsa.

Rodolfo estaba solo, desesperadamente solo. Su mujer no lo amaba ni podía amarlo. La habían llevado a su lecho, sin preguntárselo, aun antes de que lo conociese. Era para él una conveniencia política, un fante de la corte, no el alma que podía salvarlo.

Él buscó en la baja galantería, en las aventuras callejeras y de taberna un despechado desahogo de su tristeza, de su soledad llena de espectros. Se le mantenía lejos de las cosas del Estado; detestaba a los cortesanos y su fría reverencia; los abrazos comprados lo extenuaban sin alegrarlo. Todo para él estaba perdido excepto la certeza de perderse. Entonces me encontró a mí y yo encontré mi destino. Quise darle toda mi juventud, toda mi carne, toda mi voluntad de amar. Pero ni siquiera estos dones bastaban para hacer que se olvidase de sí mismo y de su inhumana desolación. Tenía necesidad de mi vida y se la ofrecí con alegría. Era un dios que en la hora de su sacrificio tenía derecho a una víctima. Y yo fui aquella víctima y fui feliz pudiendo ofrecerle con mi sangre joven todo mi futuro. ¿Qué habría hecho si no hubiera muerto con él? Habría sufrido viéndolo sufrir, y al final habría encontrado otra compañera de muerte y yo me habría quedado con el dolor de haberlo abandonado, de haberlo perdido para siempre. Otras mujeres habían retrocedido con horror ante la propuesta de la muerte común. Fui más fuerte que ellas porque lo amaba infinitamente más y estaba celosa de quien le hubiese podido amar lo mismo que yo.

No tiene, por lo tanto, culpa ninguna ni hacia el mundo ni hacia mí. De su desesperación tuvo la culpa la naturaleza, la sangre materna, el desamor paterno, las nupcias forzadas, las mujeres venales, los sueños demasiado atrevidos, el mal sagrado de la juventud, el aire pestilente del viejo palacio.

Respecto a mí, no tiene sombra de culpa. Todavía no está curado de su delirio. No tiene necesidad de perdón ni de mí ni de Dios. Yo lo amaba y quise que ya no tuviera nada que pedirme, que no me quedase nada que ofrecerle. La vida era mía. Quise entregársela libremente a quien la merecía por su angustia más que por su amor.



Si mi sacrificio fue culpa, Dios me castigue a mí, no a él. Después de haberle dado mi vida estoy dispuesta a ofrecer por él la inmortalidad.

Ángel

Tu pasión de adolescente ciega, que no ha sido vencida por la muerte, te hace hablar contra ti misma y contra la ley divina. El recuerdo del amor terreno te oculta un amor aún más loco y más perfecto. Tu generosa palabra hará más leve el peso que grava sobre el desgraciado que te mató y se mató. Tú sabes, sin embargo, que no es lícito otorgar un don que nos fue confiado en depósito por Aquel que es único dueño de la vida y de la muerte. Mucho le será perdonado a él porque mucho ha sufrido, mucho te será perdonado a ti porque mucho amaste y amas. No obstante esto, quien ha rechazado la vida ha ofendido al Señor y dador de la vida. Nada es imposible a su piedad, pero el mismo Amor no puede amar a los que lo repudian y huyen lejos de Él.

#### CORO DE LOS CONDENADOS A MUERTE

Somos los ofendidos acreedores del tiempo, acreedores sin esperanza.

Se nos arrebató el consumir hasta el último momento nuestra ración de días.

No nos arrancó la voluntad divina, antes de la hora, a la materna luz del mundo.

No nos amputaron del cuerpo de los vivos, antes de plazo, nuestras manos.

No nos mataron en riña o en batalla, ni por traición de amigo o por venganza de enemigo.

Sino que jueces en estrados y con toga decretaron nuestra separación de la vida.

Y homicidas asalariados e impunes nos entregaron a la muerte ante la vista de todos.

Aún se conocen, en nuestros nuevos cuerpos, las pálidas señales de la condena.

Sombras rojas de la gran cuchilla y del hacha, sombras oscuras de la horca y de la cuerda, sombras de hollín de las llamas, sombras podridas del veneno, sombras violáceas del hierro y del plomo.

Y aún se halla dolida nuestra alma por los rencores de los últimos días, por el terror de los últimos instantes.

Muchos de nosotros habían matado y pagaron vida con vida, sangre con sangre.

Nadie puede repetir hoy la acusación.

Hemos compensado con justa medida. Las partidas están equilibradas.

Nuestra cabeza truncada pagó por aquel pecho atravesado.

Y ahora basta. Nadie tiene ya que exigir.

Muchos de nosotros, sin embargo, no mataron y, sin embargo, fueron muertos por mano del verdugo.

Muchos de nosotros tenían culpas, pero no tales que mereciesen el extremo suplicio.

Culpas, a menudo, de ambición o de flaqueza, de ceguera o de soberbia, de presunción o de estupidez.

Culpas vergonzosas, a veces, pero no irremisibles hasta el punto de merecer la expulsión de la vida.

Debilidades más que culpas, errores más que delitos, oscurecimientos del alma más que meditaciones infamias.

Y, sin embargo, también a aquellos de nosotros que fueron más in-sensatos y desgraciados que malhechores se les dio muerte infame.

Pagaron más de lo justo y ahora esperan por aquella justicia que pareció injusticia aun a los ojos de los hombres, un divino resarcimiento.

No lo piden, no lo exigen, pero con ansiosa fe lo esperan.

Muchos de nosotros, en fin, eran inocentes como podía ser una criatura de la tierra, pero inocentes según la letra de toda ley, inocentes incluso a los ojos de los culpables.

Eran inocentes, eran puros y limpios y, no obstante, fueron condenados sin temblor y ajusticiados sin piedad.

Víctimas ofrecidas a la ira de los príncipes, holocaustos para venganza de los rivales, carnaza echada a la boca rechinante de la plebe.

Pagaron, quizá, por los criminales desconocidos, por los pecadores ocultos.

Expiaron, acaso, los delitos de los padres, las maldades de los hermanos.

Fueron, sin embargo, en la vergüenza de su inmerecido fin, inconscientes redentores.

Y por ello estos inocentes no piden sólo justicia al corazón de Dios.

Ni tampoco puede Dios devolver a estos inocentes los años de sol y de camino que les fueron arrebatados para siempre.

Ninguna felicidad puede restituírnos a nosotros, hostias de la ferocidad humana, las humanas penas y alegrías y fatigas y afectos y revelaciones y pruebas que la vida nos guardaba y que nos fueron quitadas para siempre.

Sólo Dios, por un inconcebible don de su omnipotencia, podría acallar a los ofendidos acreedores del tiempo.

Y todos nosotros, culpables e inocentes, no te suplicamos como a Dios de justicia

sino que apelamos a tu irresistible misericordia, a aquel Amor infinito que es tu misma esencia y ante todo al dolor de tu Hijo inocente que, igual que nosotros, fue condenado al patíbulo.

## 11. COMEDIANTES

ARTISTAS

COMEDIANTES

MARIA DORVAL

ÁNGEL

A ti, María Dorval, no te bastó ser en la vida una apasionada y una pecadora, sino que te serviste de tu ingenio para encarnar ante las multitudes las pasiones y los pecados de la mujer, buscando siempre aplausos, ganancias, fama, admiradores y amantes.

No sólo, pues, tendrás que responder de las culpas cometidas por ti sino también de aquellas que incitaste a cometer, por la seducción del arte, cuando representabas con tal vigor a las pecadoras que las hacías parecer sublimes y casi inocentes.

María Dorval

No entiendo bien lo que quieres decir, porque siempre creí que el genio y el amor, dones supremos de Dios, tienen todos los derechos contra las leyes de los códigos. Pero si debo responder no sólo de mis pecados sino, además, de las culpas de aquellos a quienes supe conmover, estoy dispuesta para aceptar la injusticia con tal de que aquello que a mí, simple criatura humana, me parece justo sea verdaderamente voluntad de Dios.

Mientras tanto, quisiera decirte cuál fue mi extravagante suerte. Nunca pude ser sinceramente, enteramente, yo misma. La mitad de mi vida no fue más que ficción escénica, la otra mitad nada más que preparación para triunfar en aquella ficción.

Hija de comediantes fui sacada a escena todavía niña. Y no pude pensar, desde

aquella edad, más que en estudiar dramas y en representar tragedias. Todos mis años se consumieron en estudiar papeles, en preparar papeles, en recitar papeles de pecadoras y de desgraciadas. Tuve dos maridos y muchos amantes, pero unos y otros fueron actores de teatro o autores de teatro. Eran necesarios colaboradores de mi destino de eterna recitadora. Y así nunca fui una verdadera mujer que vive, en el mal y en el bien, su verdadera vida. Cuando estaba en los escenarios gozaba de mi triunfo, pero representaba creaciones de la fantasía, seres irreales, distintos de mí. Cuando no estaba en el escenario tenía que pensar continuamente en las obras que había de recitar, en las intrigas de las rivales, en el cuidado de mi belleza, necesaria para mi arte, y en los vestidos que más convendrían a la nueva obra, y sonreír a los críticos, a los empresarios, a los directores, a los compañeros, a los autores, a todos aquellos de quienes dependía mi suerte. En mis amores no era actriz, como neciamente se pensó, pero en ellos, en contra de mi deseo, las servidumbres del arte vencieron al afecto. Mi primer marido era un actor; el segundo, periodista y actor de teatro. Mis amantes eran poetas o escritores de comedias o de dramas y yo los amaba, sobre todo, para obtener de su genio nuevas obras maestras y preciosas inspiraciones para mis triunfos sobre las multitudes. Todo en mí estaba sacrificado a la actriz y como actriz tuve que expresar, fingir, encarnar sentimientos que no eran míos.

Viví para mí solamente al final, cuando ya no valía la pena vivir, cuando me vi obligada a dejar la escena y la enfermedad, la pobreza, la infinita tristeza de los recuerdos y de las nostalgias me hicieron desear la muerte como una liberadora. Pequé sin haber gozado, triunfé pero, para acabar con la derrota, morí sin haber vivido.

Tal es la condena que pesa sobre todos los actores, sobre todos aquellos que consumen su vida para recitar la vida ajena, para dar expresión y forma a los fantasmas de los poetas y a las torpes fantasías de los espectadores. Si a esta condena se han de añadir otras habré de inclinar la cabeza, pero quizá no logre sofocar el grito y la protesta de mi alma lacerada.

## ARTISTAS

## FIDIAS

No veo en mi vida otra culpa que el insensato orgullo de haber querido hacer al hombre más hermoso y más grande, más semejante a los Dioses, casi divino.

Fui escultor, pero sólo quise modelar los simulacros de las divinidades. Las imágenes de los dioses y de las diosas tenían forma humana porque nosotros, los griegos, habíamos rechazado los animalescos mitos de los egipcios. Yo traté de sublimar, en aquellas estatuas, la forma y la expresión de la figura humana, crear ejemplares de humanidad tan perfectos,

armoniosos y serenos que los hombres verdaderos, mirándolos, tuvieran que ruborizarse de su imperfección, decadencia y tristeza.

Mis estatuas querían enseñar a los hombres una más asombrada y amorosa reverencia hacia los Dioses, hasta hacerlos más dignos de ellos, más próximos a su sobrenatural modo de ser, es decir, para hacerlos deiformes y casi semidioses.

Mis estatuas, en suma, eran una continua incitación para que el hombre se superase y sobrepasase, saltara sobre su condición humana, se reflejase en aquellos luminosos y nobles rostros para convertirse en hermano y émulo de los númenes. Y por eso dediqué más tiempo y amor a los inmortales aquellos que era más conveniente que imitasen los mortales: a Zeus, en su majestad de padre de todo viviente; Apolo, en el poder de su esplendor intelectual; Atenea, en la luz de su armada sabiduría; Afrodita, en el triunfo de su terrible belleza. En aquellos celestiales, les mostraba a los terrícolas las más beatificantes felicidades del universo: el amor, la sabiduría, la poesía, la paternidad, la soberanía.

Y para que mis estatuas pudieran grabarse mejor en las almas humanas quise que fueran grandísimas, bastante más grandes que lo verdadero, casi gigantescas. Y por la misma razón quise también componerlas en las más duraderas y preciosas materias que la tierra ofrecía. Mi sueño hubiera sido fundir enteramente en oro macizo la imagen del victorioso dios solar, de Apolo, hermano mayor de los artífices, inspirador y colaborador de toda obra grande.

En la embriaguez de mi esfuerzo me parecía justo que el hombre se volviese a modelar en el Dios, que el hombre llegara a ser verdaderamente hijo semejante al Dios. Imaginaba la divinidad como generosa hermandad de todos los vivientes, mortales e inmortales, en la más alta elevación del ser.

Me parecía sumo deber de los Dioses atraer hacia sí a los hombres, hacerles partícipes de sus dones, hacerlos más divinos y, por esto, más dignos de adorarlos. ¿Qué gozo, qué honor podía obtener Zeus siendo temido y venerado por míseros cobardes, ciegos, débiles e ignorantes? Sólo el consciente afecto de sus propios iguales había de ser dulce para los corazones de los Dioses y de los hombres.

Y me parecía, asimismo, que el hombre no podía proponerse un fin más maravilloso que el acercarse conscientemente a los dioses supremos, esforzarse por conquistar aquella belleza, aquella sabiduría y aquel poder que hacía a los númenes superiores al rebaño humano.

Quizá la natural jactancia del ingenio me hizo errar. Acaso parecieron demasiado audaces y sacrílegos mis sueños. Y los Dioses, celosos de que deseara preparar nuevos medios para escalar el Olimpo, quisieron castigarme cruelmente.

Un esclavo que había obtenido de mí el don de la libertad, un discípulo que de mí había aprendido los principios del arte me acusó por dos veces de latrocinio y, cuando fui proclamado inocente de esto, de impiedad. Y para que esta vez tampoco me absolvieran los jueces hizo que en la cárcel donde esperaba el juicio fuese envenenado. Ahora espero el perdón de Aquel que mandó a los hombres que fueran perfectos como es perfecto el Padre que está en los cielos.

DEMADE

ÁNGEL

Eras uno de los muchos señores de la palabra que florecieron en tu país y en tu tiempo, pero dijeron que habías empleado aquel poder con mayor frecuencia en tu propio beneficio que en el de los pueblos. Hombres de tu especie no necesitan que se les invite a hablar y, mucho menos, en su defensa.

Demade

Mis conciudadanos, rencorosos y malvados, me acusaron y me condenaron; la calumniosa queja de la posteridad cubrió de estiércol mi cuerpo desventurado.

No fui, en verdad, el comediante de la virtud ciudadana o la estatua bien arropada de la perfección estoica, como algunos de mis desdeñosos contemporáneos. No oculté ni olvido mis culpas, que fueron muchas y, algunas, vergonzosas. Y una parte, por lo menos, de ellas las pagué cuando Casandro hizo degollar ante mis ojos a un inocente hijo mío antes de que 3a espada macedona me quitase a mí también la vida,

Pero nadie me arrebató ni pudo arrebatarme jamás el placer que probé al experimentar en los hombres el poder de la palabra. No había allí abajo victoria que pudiera compararse a la del orador. El capitán y el príncipe rendían la voluntad de los adversarios y de los reacios, pero con el aparato y el uso de las armas. Al que no se doblegaba le amenazaban o le daban muerte, cómodo y rápido argumento de persuasión.

Pero el orador estaba solo, no tenía ejércitos ni armas a su mando, ni riquezas o reinos que regalar ni castigos con que amenazar. Estaba solo, inerme, frente a un rey o a un pueblo, ambos pavorosos y potentes. No tenía para vencer más que un poco de voz, una garganta frágil, un poco de lucidez de pensamiento y de memoria, unos cuantos miles de vocablos usados. Y, sin embargo, sabía imponer a las turbas la opinión, una hora antes desagradable y molesta; suscitar o aplacar las pasiones, volver a su sitio las voluntades esquivas. Hablé delante de príncipes victoriosos y soberbios, delante de plebes aterrorizadas y turbulentas y siempre supe vencer.

Nadie ha sabido expresar nunca la embriaguez del orador que de improviso siente nacer en sí, en el momento justo, la palabra oportuna, la imagen persuasiva, el apostrofe decisivo e impresionante, y que nota como un pasar y transfundirse de un fluido mágico y divino entre él y los oyentes, y advierte cuando se resisten y cuando se ablandan, y los siente poco a poco ceder, retroceder y confundirse, transformarse y rendirse. Ni el escultor que doblegaba el mármol, ni el héroe que derribaba las fieras, ni el filósofo que se ganaba a los discípulos, ni el enamorado que convencía a la amada nunca podían sentirse tan poseídos y conmovidos por el orgasmo de un difícil triunfo. Más que desbaratar a un enemigo o poseer una mujer. En el primer caso había necesidad de millares de brazos ajenos; en el segundo, era lucha fácil y placer breve.

Este hombrecillo que ves, que se había ganado el pan remando en las naves, pudo vencer con su palabra al vencedor Filipo y al divino Alejandro; consiguió con sus períodos guiar la suerte de un pueblo reputado entonces el más inteligente del mundo. Y no preparaba pacientemente mis discursos a la luz de una lámpara ni los escribía y pulía como el tartamudo Demóstenes, sino que siempre me confiaba a la excitación del ánimo, a la inspiración del momento y mi elocuencia manaba y brotaba y borboteaba vigorosa y rápida, ahora suave y suavisada como un concierto de lira, ahora resuelta y furibunda como un torrente alpino, ahora abrasadora y tonante como la erupción de un volcán. Había nacido orador como se nace poeta y por eso vencí siempre a aquellos que se confiaban al artificio y a la doctrina más que a la naturaleza.

Se me reputó infamia haber aceptado dones y favores de aquellos que alcanzaron utilidad de mi elocuencia. ¿Y acaso no se pagaba a los ejércitos y a sus generales? ¿Y mi palabra no valía, en ciertas ocasiones, más que un ejército y que un estratega? ¿Sólo la espada y no el ingenio había de ser merecedora de premio?

Y puesto que habré de presentarme ante un Dios de amor, añadiré que siempre usé la fuerza de mi elocuencia para restablecer y mantener la paz, para salvar de la matanza a mi ciudad, para evitar a los pobres los horrores de la guerra. Por efecto de mi palabra vencedora se derramó, en mi edad, mucha menos sangre. Hubieran debido ser clementes con mi nombre; fui, por el contrario, vilipendiado como enemigo de la patria y, finalmente, muerto por aquellos mismos en cuyo favor había logrado aquella fama infame.



Del Dios que venció al injusto Zeus espero la justicia que no logré de los hombres.

## STEINBACH

Por mucho que haga no logro recordar los pecados cometidos por mí en la tierra. Quizá no pequé o fueron culpas veniales, culpas comunes a todos los hombres, debidas a debilidad de la carne más que a malicia del espíritu: una muchacha tocada y besada, algún vaso bebido de más en una fiesta, la destemplanza con algún cantero perezoso y faltas semejantes. Dios me perdonará. Dios lo recuerda todo y todo lo puede perdonar. Quizás Él recuerda que este viejo hombrecillo se esforzó con amor toda la vida por una de las más altas y admirables casas del Señor que se construyeron bajo el antiguo cielo.

Una alegría verdaderamente divina me consoló durante todos aquellos años y cuando, después de haber terminado la fachada, llegué a la última punta de la atrevidísima aguja que antes que cualquier otro edificio de la ciudad recibía la sonriente luz del sol, entonces sentí que mi jornada ya había acubado y que el cansado operario tenía derecho a yacer y descansar en el lecho de la sepultura.

La vida, por misericordia de Dios, me había dado más de lo que yo merecía. Cuando los hombres llamaron arquitecto al Creador no fueron, como otras veces, torpes y miopes. Mi arte era, en verdad, el que más exaltaba las almas, nacidas para venerar y crear; en mi siglo, más aún que en el tiempo de los orgullosos griegos que concebían la habitación de los dioses como un armario aumentado o una urna sepulcral rodeada de columnas. En mi edad existía, por el contrario, la voluntad, el anhelo, la locura de la elevación. Agujas, pináculos, campaniles y cúspides, milagros desconocidos para la antigüedad, se levantaban en los cielos, en la esfera de las nubes y de los fulgores, como si quisieran acercarse a las estrellas, último escalón miserable del trono de Dios. En aquella ascensión hacia lo alto había una victoria sobre el peso de la materia que tira hacia abajo, una huida de la humillación de los planos, un desafío a los picos de las montañas, una oración al Altísimo hecha visible por la piedra, un ímpetu de alejarse de la tierra para refugiarse en la luz de Dios.

En nuestras catedrales la dura materialidad de la piedra quedaba reducida a lo puramente necesario: haces de pilastras como abetos de una selva venerable, arcos ligeros, nervaduras sutiles de bóvedas, delgadas agujas perforadas que subían en el azul como tallos deshojados por los vientos y dorados por los soles. Eran nuestras iglesias desquites de! espíritu, conquistas de la luz. Había más vidrios que mármoles y a través de los vivos colores de los rosetones y de los ventanales la serenidad del cielo se convertía en zafiro, el rayo meridiano se cambiaba en oro agudo, el verde de las hojas parecía como loco fuego de esmeraldas.

Era la casa de Dios y tenía que ser más maravillosa que todas las casas de los hombres, más amplia, más solemne, más adornada, bien radicada en el suelo, pero dominadora en el espacio, como un brazo de piedra que se elevase para invocar felicidad y perdón. Tenía que engrandecer, en cuanto nos era posible a nosotros, hombres, la magnificencia de Dios y acoger, iluminar, confortar a los pobres de Dios. Los príncipes tenían sus castillos torreros, los burgueses sus cómodos palacios, los frailes sus espaciosos monasterios, pero los pobres vivían mal amontonados en casuchas y tugurios. La catedral de mi pensamiento había de ser el palacio de los miserables, más suntuoso que el palacio de los emperadores. ¿Acaso no había venido Cristo por los pobres? La iglesia de Cristo tenía que ser, por lo tanto, también la casa de los pobres. Obispos y maestros, caballeros y mercaderes tenían ya todo, bien acomodados donde era fácil reposar y gozar. Los pobres no podían tener otra idea de la grandeza, de la belleza, de la riqueza, sino la de la gran catedral de todos, abierta a todos, donde ya no había separaciones ni privilegios, donde al pordiosero se le dirigen las mismas palabras misteriosas que al rey, donde al andrajoso se le ofrece el mismo alimento divino que al pontífice. Los demás tenían en otras partes fiestas y per-fumes, músicas y libros, estatuas y pinturas. Pero los pobres no poseían otro asilo, lujo, espectáculo y júbilo fuera de los que encontraban dentro de las tibias y maternales paredes de la gran iglesia. La catedral no era para ellos únicamente el palacio, sino también el aula de la escuela, la sala de fiestas, el refugio y el refrigerio de las tristezas, el puerto luminoso en medio de las tinieblas de la ciudad sucia y hostil. Las pinturas de los altares, las imágenes al pie de las pilastras, los bajorrelieves de las puertas de los torreones, las figuras coloreadas de los vitrales, eran enseñanza para los ignorantes, consolación para los afligidos. Los sacerdotes vestidos de seda y oro, lo mismo que los antiguos monarcas, celebraban por ellos también los misterios de la Redención, por ellos ardían velas y lámparas en la selva de columnas, por ellos se difundía el olor del incienso, recuerdo de la cálida patria oriental de Dios en la sombra del septentrión. Para dar voz a sus almas mudas el órgano murmuraba y atronaba, el coro de niños suplicaba y exultaba en las misas solemnes. La catedral era, para los desventurados y pordioseros, una generosa compensación de la miseria de sus tugurios, una fabulosa gruta de maravillas gratuitas, un eco o presentimiento del paraíso deleitoso. En aquellas naves donde luces y sombras combatían sin vencerse jamás, había puesto e igualdad para todos. Allí Dios abría los brazos a los expulsados de los banquetes de la tierra y Cristo ofrecía su carne al hambre de los famélicos.

Ningún otro edificio humano encerraba tanta felicidad, ningún otro merecía amor más vivo y fuerte. Con tales pensamientos y deseos me esforcé hasta la vejez en torno a la inmensa y excelsa fábrica que sólo la muerte me hizo abandonar. Aquella catedral gigantesca y florida que durante tantos siglos se alzó y ennegreció por encima de los tejados de Estrasburgo fue mi sueño y mi tumba, la fuente de toda mi alegría y quizá la tentación de mi soberbia. Pero era la certidumbre de no haber vivido en vano. Los pobres y los afligidos que encontraron un poco de gozo en el palacio que levanté para ellos, pedirán también por la salvación de este viejo arquitecto que encaneció al servicio de Dios y da sus hijos.

SANDRO BOTTICELLI

Toda mi vida la consumí en dibujar y pintar, no tanto por necesidad de ganar como para satisfacción de mi espíritu. Las obras de mi mano fueron en exceso alabadas por los hombres de mi tiempo y de los siguientes, pero creo que nadie supo ni entendió mi tormento interior, debido, en parte, a las condiciones de la época y, en parte, aún mayor a culpa enteramente mía y de ésta, con humildad, quisiera confesarme.

A semejanza de aquellos que se entregaban al arte me sentí extra-ordinariamente atraído por la belleza exterior de las cosas y de las criaturas y tal amor hacia las hermosas apariencias me apartó, más de lo que yo quisiera y supiera, de la contemplación de las cosas y de las personas divinas. Amaba la tierra más de lo que adoraba a Dios.

Es verdad que la tierra era obra de Dios y que reproduciendo las imágenes terrenas podía creer que manifestaba mejor la gloria de Dios, admirablemente reflejada en todas las partes de la creación. Me ocurrió lo que a muchos artífices de mi tiempo, que por inmoderado afecto hacia las formas olvidaron con frecuencia al autor de ellas y la ley que había establecido para la salud de los hombres.

Para ser breve diré que, aun siendo cristiano, sentí y obré como si hubiese nacido pagano. El deleite de los sentidos y el capricho de la fantasía superó con demasiada frecuencia en mis pinturas, al pensamiento del alma y de la eternidad. La suavidad sensual de un rostro de joven o de mujer, la blandura de las carnes y la gracia de los movimientos de los cuerpos, el grato color de una veste o de una joya, la belleza de un pueblo y de un hallazgo, la bien equilibrada armonía de las figuras y de sus actitudes, atraían y conmovían mi mente de modo extraordinario, arrebatában todo mi ser con un poder que no sé expresar con palabras. Eran los tiempos en que se descubrían y resucitaban las antiguas obras maestras y, después de la noche gótica, parecían unidas a una vida más serena, más rica, más feliz. Turbaban los sueños de los jóvenes, eran tentaciones para los más fuertes. Aquel áureo esplendor me venció también a mí y me separó de mí mismo. Creí que el verdadero destino del artista consistía en revelar a los invidentes la inestimable belleza del mundo. Esto me parecía también acto de caridad como lo que trataba de aumentar no sólo la alegría de los hombres, sino la gratitud hacia Aquel que había concedido tanta belleza.

En los últimos años de mi vida, cuando la enfermedad y la espera de la muerte hicieron que me descubriera mejor a mí mismo, reconocí que en mi trabajo había buscado más bien el placer de los sentidos que la iluminación del espíritu. Entonces me di cuenta de que había servido a Satanás persuadido de haber servido a Cristo y que en lugar de fijar constantemente la vista en el fin último me había encantado y gloriado acariciando lo que hubiera debido ser tan sólo el medio y el camino.

Hubo en mí dos almas: una que tendía al cielo y otra enteramente terrena que se

entregaba, demasiado gustosamente, a la alegría mundana. La poesía de Dante y las predicaciones de Savonarola me daban alas y anhelo para elevarme a la altura, al reino que Dios destinaba a los cristianos; pero la vista de las antiguas glorias y los versos de Poliziano me volvían hacia abajo, donde las dulzuras del ver, del vivir, del gozar de manera enteramente humana me alejaban de la oración y de la penitencia, y hacían de mí un hombre para el que Cristo no había venido ni había muerto en vano.

Ésta fue la guerra que se combatió en mi alma mientras duró mi viaje desde el nacimiento hasta la muerte. Estaban ante mi vista dos montes: el Olimpo y el Gólgota. Me sonreían dos sonrisas: la sonrisa de Venus y la sonrisa de la Virgen. Dos divinidades me imperaban: Apolo señor de las musas, y Cristo, señor de los ángeles y de los bienaventurados. Mis pinceles pintaron con igual y diligente caricia sátiros y santos, faunos y querubines, María con su divino hijo y la Primavera con sus ninfas. Pero un hombre que coloreaba gozosamente las desnudeces de Venus ¿era digno de hacer traslucir la castidad de la esposa del Espíritu Santo? ¿Quién se revolvió en la corporeidad pagana podía elevarse a la pureza cristiana? ¿No era, quizá, querer servir a dos señores y traicionar a ambos? ¿No era contaminación y casi sacrilegio?

Si en mis Venas había algo de la melancolía de la Virgen, mis genes no eran ni podían ser enteramente virginales; se parecían demasiado a las mujeres de carne que veía y admiraba en mi ciudad.

No quise ser demasiado pagano, pero no supe ser suficientemente cristiano. Olvidé más de una vez que la pintura debía estar como las demás artes al servicio de la gloria de Dios y de la salvación de sus hijos; no ser juego de líneas y de tintas para el deleite lascivo de los pecadores. Ésta fue mi batalla, ésta mi derrota, ésta mi culpa. Cuando en mis últimos años me sobrevino la conversión y el arrepentimiento era demasiado tarde. También yo, como muchos de aquella edad dividida y perversa, había cedido a las tentaciones de la vanidad, había servido a dos señores, había unido con harta frecuencia el amor sagrado con el amar profano, había traicionado al Creador y Redentor para irme tras el príncipe de este mundo.

Muchos rezaron delante de mis divinas Madres coronadas, pero temo que algunos fueron seducidos por el aura ambigua de mis Venus y de mis efebos e incitados por mis obras a pensamientos pecaminosos.

El no haber tenido fuerza para superar victoriosamente la interna contienda entre Cristo y Lucifer, fue mi culpa, culpa vergonzosa, pero quizás única. ¿Querrá el Omnipotente que sólo por ésta vaya yo confuso entre los malditos?

RAFAEL

Los hombres de mi tiempo y los posteriores, demasiado benévolos conmigo, me consideraron libre de los pecados más comunes. Pero si considero hoy con ojos puros aquella breve y feliz vida he de confesar que tampoco mi alma pudo escapar a la mancha del mal ni a los vicios que eran propios de los jóvenes y de los artífices. Me gocé con los placeres amorosos más de lo que convenía a un pintor de vírgenes y de santos; fui, lo mismo que todo artista, secreta, pero obstinadamente celoso de los rivales y envidioso de los afortunados y famosos; condescendí demasiado con los deseos y los caprichos de los príncipes; porque me agradaba el favor de las cortes y la protección de los grandes no supe apartarme a tiempo de las vanidades del mundo, embriagado como estaba por el universal favor y por mis triunfos.

Pensé, en un tiempo, que estas culpas podrían ser si no borradas, por lo menos aligeradas por mi obra de pintor, que en gran parte estuvo al servicio de Dios y de las casas de Dios. Aun este aliento me llega a faltar hoy si pienso que esta obra fue realizada, no sólo por mi natural ingenio, sino también por mi oculta sensualidad, por mi deseo de alabanza, de triunfos, de ganancia. No inspiró mis pinturas el simple amor de Dios, sino también la seducción del demonio, quiero decir, la lascivia, el orgullo, la avaricia. Pinté en gran número imágenes de la Virgen madre de Cristo, pero mientras dibujaba y coloreaba aquellas suaves facciones, muy rara vez pensé en las divinas alegrías y angustias de aquella inocente, en su sobrenatural destino, en su infinita bondad de mensajera y consoladora del dolor humano. Cada Virgen era para mí un problema pictórico que por amor a la variedad y a la belleza trataba de resolver de modo siempre sabio y gracioso, pero siempre distinto. La Señora no era para mí la Virgen de Nazaret, nacida de nuevo en mi corazón y en mi imaginación de cristiano, sino una criatura enteramente carnal y terrena que me había atraído por la gracia de las expresiones y de los movimientos o por la belleza de la tez o de la mirada. Ya una jovencita graciosa, ya una esposa florida, y hasta una cortesana procaz. Y me agradaba buscar y estudiar nuevas actitudes de los miembros, desusadas uniones de color, más ingeniosas armonías en la composición. Pintaba, en suma, para mi placer y para el de mis compradores, no por hondo impulso del alma enamorada de Dios, por la necesidad de llevar otras almas a Dios por el camino del arte. Podría y querría decir que el buscar la perfección en las imágenes de los seres creados era como revelar la grandeza y benignidad del Creador, pero no tengo ánimo para confiarme a esta presuntuosa excusa. Fui considerado durante muchos siglos el pintor perfecto y casi divino, pero hoy reconozco que mis obras no fueron más que débiles y torpes sombras de la admirable luz de belleza que refulgía en las cosas creadas. El mayor pintor del mundo no pudo ser más que un casi ciego y apurado copista de los milagros del universo.

¿Y de qué me valen hoy, que debo presentarme ante mi verdadero Señor, todas las obras que hice para los señores de la tierra? Aquellas tablas, aquellas telas, aquellas paredes están ya para siempre destruidas y desaparecidas y quizás apenas queda de ellas algún pálido recuerdo en la mente de algún resucitado y no podrían hablar en mi favor, aunque se hubieran salvado, porque estaban demasiado por bajo del modelo divino, demasiado empapadas de carnalidad y de vanidad. Aquel que fue considerado por pontífices y reyes el prodigio de la naturaleza y el príncipe del arte, no es aquí más que una pobre alma implorante y temerosa. En mi vida sobre la tierra me pareció advertir una cierta conformidad, enteramente externa,

con la de Cristo puesto que nací y morí en el día de su Pasión, y viví lo mismo que Él, treinta y tres años. Si cuando con mano temeraria pinté su efigie allí abajo en el mundo, conseguí, acaso, hacer que trasluciese un algo de su humanidad y de su divinidad, a Él me dirijo con aquella esperanza y aquella confianza que nunca se extinguieron en mi espíritu ni siquiera en medio de las magnificencias y de los homenajes del mundo.

## HAENDEL

En verdad no sé de qué culpas he de acusarme o justificarme. Y quizás esta ignorancia, este olvido es mi primer pecado. No me conocí bastante a mí mismo, no investigué en mi alma. Era luterano y, por eso, desacostumbrado al examen de conciencia, contrario a la confesión.

Pero puedo decir que solo una pasión llenó y guio mi vida: la música.

Pasión extenuante, devoradora, consumidora; pasión soberana y dictadora de todo mi aliento. No sufría únicamente de la sed de escuchar música, sino, sobre todo, del hambre de componerla, crearla, darla. En mí larga y, a veces, miserable vida, únicamente soñé con expresar mi espíritu por la música, sólo me propuse traducir todos mis sentimientos y mis pensamientos en obras de música. Durante medio siglo seguido compuse sonatas, conciertos, dramas, oratorios, coros y jamás estaba satisfecho ni nunca me sentí cansado. No fui un hombre, sino sólo un mediador de sonidos, un revelador de armonías, un dispensador de melodías. Allí estaba mi gozo, allí todo mi poder. Me agradaba llamar para que se reunieran a centenares y millares de almas diversas que acudían al cebo del placer sensual, y yo las unía con mi música, en una misma emoción, las sometía a un único sueño, las elevaba a un orden más divino, los hacía a todos semejantes, a todos concordes, a todos mejores. Y esta victoria del arte me parecía, asimismo, obra de misericordia, milagro de caridad.

No quiero mentir: a veces se daba en mí la ambición de la fama y el afán de la ganancia. Pero eran instantes, caídas, infidelidades, motivo de remordimiento. Volví en seguida, enteramente, a mi pasión dominante, a mi vocación. Y por ella, en efecto, renuncié a todo lo que era más querido para las criaturas: renuncié a la familia, a la patria, al amor de las mujeres, a la ayuda de los hijos, a la tranquilidad del descanso, al dinero bien ganado y, por último, incluso a la luz de los ojos.

Me parecía que era una necesidad para los hombres el componer y gozar de la música. Estaba persuadido de que para comunicar algunos sentimientos más raros y elevados, algunos pensamientos más oscuros, pero no por esto menos divinos, no bastaban las palabras de los idiomas comunes, o mejor aún, que el lenguaje ordinario era lazo y traición. La parte superior del alma, la punta extrema, las cimas y las cumbres espirituales solo podían

manifestarse, a mi parecer, por medio de la música. Sólo la música podía decir lo indecible, sólo la música hacía capaz al hombre de responder a Dios en aquel diálogo eterno que, con demasiada frecuencia, era monólogo. Dios mismo hablaba a los hombres con los truenos del cielo, con el fragor del océano, con el murmullo de la brisa, con el susurro de las selvas, con el bramido de los volcanes, con la tumultuosa y convulsa coral de las tempestades. A estas voces divinas el hombre no podía responder con las palabras de cada día, palabras de milésima mano, ajadas, sino solamente con el canto: canto de voces, canto de instrumentos, canto de corazones suplicantes o exultantes. Para expresar toda la felicidad del vivir, toda la maravilla de la creación, todo el ímpetu de la gratitud, todo el desbordamiento de la oración y de la desesperación era necesaria la música y solamente la música.

La música no era, para mí, pasatiempo de salones o lujo de cortes o juego de virtuosos, sino lenguaje insustituible de lo más sublime que hay en el hombre, único idioma para responder, para hablar a Dios. Cuando de improviso me subió del corazón el tema del Aleluya de mi Mesías, sentí que en aquel instante había recibido un don, una cierta palabra de la lengua de los ángeles o que Cristo mismo había hablado misteriosamente en mí.

Al componer mis músicas tuve el presentimiento y a veces la seguridad de acercar el hombre a la Divinidad, de acortar el camino entre la tierra y el cielo. Y por eso no desespero que la música pueda obtenerme el perdón de aquellas culpas que por ella he cometido y olvidado.

## PAGANINI

Angel

Ambicionaste demasiado el dinero, la mujer, la fama. Demasiado poco a Aquel que te concedió el portentoso poder de encantar y arrebatar las almas con la música. Te gustó hacer que se creyera en la leyenda de un pacto tuyo con el diablo y a punto de morir hiciste expulsar a un sacerdote que venía a decirte palabras de consuelo.

Paganini

Piensa, sin embargo, en mi vida consumida y atacada, desde la infancia, por las enfermedades; piensa en mi vida agitada y errante, en medio de tentaciones y de rivales; piensa, sobre todo, en mi alma obsesionada y casi poseída por un demonio, por el despiadado demonio de lo inalcanzable y de lo imposible, que me impulsaba a hacer lo que nadie se había atrevido, hasta aquel tiempo. Pude dar nuevas emociones, nuevas alegrías a los hombres, pude sacudir la torpeza de los espíritus perezosos, enseñar nuevos caminos, ensanchar los

confines y los poderes de la música. Pero no hubiera podido hacer esto si no hubiese sido infeliz, si no hubiese estado siempre perseguido y devorado por la fiebre, fiebre del amor, fiebre de la tisis, fiebre del genio. Y con mi obstinada infelicidad he pagado con usura los fugaces aplausos de las multitudes y aquel poco de gloria que circundó durante algún tiempo mi nombre. Pero es falso que fuese avaro. Es verdad, por el contrario, que atendí, con los frutos de mi afortunada infelicidad, a pobres y artistas. Y también pagué duramente el amor. Tuve muchas mujeres y ninguna esposa. Por culpa de una mujer hasta conocí la cárcel; una sola me dio un hijo y tuve que comprarlo a la madre a peso de plata. Y en cuanto al demonio ¿acaso no es el colaborador más necesario de toda revolución aun en el arte? ¿Y el demonio no podría ser, a veces, acaso a pesar suyo y sin quererlo, un bienhechor de los que buscan lo nuevo, lo inaudito, lo prodigioso?

Los hombres llamaban diabólico todo aquello que supera al mediocre poder de los mediocres. Y yo tenía realmente el poder de arrastrar a las multitudes, de turbar y seducir las almas, de vencer las voluntades adversas, de suscitar tempestades de emociones nuevas y de nuevas desesperaciones y exaltaciones con las frágiles cuerdas de mi violín. Otros hombres obtenían semejantes efectos con otros medios, pero sólo de mí se fantaseaba sobre pactos demoníacos e infernales mientras que sólo puse en práctica la pura magia del dolor y del arte. Y piensa en las tentaciones que me procuraba mi extraño y casi sobrenatural poder.

Yo, deshecho y extenuado, podía, a mi gusto, dominar almas y multitudes; yo, desagradable, podía seducir a la belleza y gozarla; yo, simple y débil mortal, recibía alabanzas y homenajes lo mismo que un dios. Y, sin embargo, no abusé sino raramente de aquel poder sobrehumano que me costó la paz, la felicidad y la vida. Dios, aunque no lo haya conocido y amado bastante, quizá perdone a un desventurado artista que despertó alguna vez en el corazón de los hombres los acordes y los recuerdos del Paraíso.

HOKUSAI

Ángel

También tú, Hokusai, eres llamado para dar cuenta de tu larga vida, a primera vista, inocente. ¿No fuiste, acaso, demasiado fiel al fluido juego de las apariencias hasta perder el sentido y el deseo de lo eterno? ¿No eras, quizás, en tu manía de artista, demasiado espectador y demasiado poco actor en el teatro de la vida?

Hokusai

Ignoro lo que llaman pecado aquí arriba. Gasté toda mi vida en observar, dibujar y



pintar, pero hasta mi extrema vejez fui pobre. Durante sesenta años agucé la vista y el ingenio para representar la vida de los hombres y me faltó tiempo para otras tentaciones y acciones. Tú no puedes imaginarte qué éxtasis me daba a mí, humilde pintor apartado, la imaginación de cualquier forma de la vida, desde el pétalo que se separa ligero de la flor del cerezo y cae lento como mariposa que haya perdido un ala, hasta el hombre que corre entre mil mariposas de nieve en busca de la amada que ha huido. Por este camino llegué a ser hermano de todos los seres y, a su vez, dueño, ya que había sorprendido, en los jeroglíficos de las líneas, sus secretos. Gozaba cotidianamente, infinitamente. ¿Para qué hubiera tenido que pecar?

Quizás una sola acusación podrías dirigirme: haber blasfemado y maldecido, alguna vez, a la Divinidad por la avaricia con que nos medía la vida. La mayoría se extinguían hacia los sesenta años. Poquísimos hombres, señalados como portentos, llegaban a los cien. Yo alcancé casi los noventa y, sin embargo, aunque había estudiado y trabajado constantemente no logré hacer lo que hubiera querido y, sobre todo, no pude alcanzar aquella suprema perfección que sólo pude vislumbrar y codiciar. Tú no puedes tener una idea de lo que era para nosotros, los hombres, una ciencia o un arte. Empresa ardua, fatigosa, penosa, pero sobre todo, larguísima.

Sólo a los cuarenta años comenzábamos a aprender en serio los rudimentos y los elementos de nuestro oficio. Sólo a los cincuenta empezábamos a comprender por qué camino cabía esperar que entendiésemos de veras. Sólo a los sesenta comenzábamos a dar los primeros ensayos dignos, a deletrear los primeros descubrimientos. Sólo a los ochenta se comenzaba de veras a comprender, a saber hacer, a poder enseñar.

Por el contrario, precisamente en aquella edad, aun en los más fuertes, empezaban los achaques seniles, ceguera, sordera, debilidad, parálisis, si ya antes no había sobrevenido la muerte.

Quizá por esta razón, las artes en la tierra permanecieron siempre infantiles e imperfectas; quizá por esto las filosofías jamás supieron decir al hombre la verdad absoluta. Sólo un filósofo que hubiera sobrepasado por muchos años el siglo, en pleno vigor de su espíritu, habría podido alcanzarla y manifestarla.

Yo, por ejemplo, comencé a dibujar a los diecisiete años con gran resolución y apasionamiento, pero sólo cuando estuve cerca de los noventa advertí con infinita alegría e infinito dolor que por fin había aprendido a representar los movimientos y los reflejos de los peces en las transparencias del agua. Poco tiempo después la muerte me arrancó el pincel de la mano.

La brevedad de la vida me pareció avaricia e injusticia de Dios, y por ello le guardé

rencor. Ésta es la única culpa que recuerdo en mi pasado de humilde copista del mundo.

## ROSSINI

De muchos pecados habré de confesarme y sufrir sin que pueda servirme de defensa aquel poco de genio que Dios me concedió, pues también éste lo gasté en servicio de mis debilidades. Y éste es mi remordimiento más cruel: haber dilapidado y, a veces, prostituido lo que en mí había de más divino.

Gula y avaricia, sensualidad y orgullo, poquedad de valor y de fe fueron las enfermedades más constantes de mi pobre alma de artista popular.

Pero quisiera que también Dios, en su compasión infinita por nosotros, los desgraciados, no mirase sólo mis culpas, sino el conjunto de mis infelicidades, que fueron aún mayores.

La leyenda vulgar, en vida y después de ella, me imaginó un satisfecho, un feliz de la tierra, pupilo predilecto de la fortuna. Fue calumnia y calumnia cruel, hija de la imbecilidad y de la envidia. Lo contrario de la verdad. Creo que en mi tiempo no hubo hombre más perseguido que yo por la desgracia o, si queréis, por las penas justas que llevan consigo el ingenio y el pecado.

Los primeros veinte años de mi vida fueron de estudios truncados; y de miseria humillada y errabunda. Siguiéron otros casi veinte años de creación afortunada, pero fueron años también de esclavitud durísima, de trabajo inhumano, de acabamiento del corazón y de los sentidos, de caídas merecidas y de triunfos de algún modo combatidos, amargados, disminuidos. Aquellos veinte años de trabajos forzados, con alternas vicisitudes de felices logros y de vergonzosas chapucerías, me dejaron vacío, exhausto, consumido, destrozado en el cuerpo y en el espíritu, más rico de adversarios que de rendimientos, más cargado de remordimientos que de laureles.

Siguiéron diez años de tortura atroz, diez años de una espantosa enfermedad que era enfermedad del alma más que de los nervios. La vena se había secado, y para un artista de mi condición, más confiado en los favores del estro que en la paciencia del saber, el fin de la inspiración quería decir principio de la desesperación. Fueron años de miseria y de angustia, casi de locura, y tales que me hicieron pagar mil veces las aparentes venturas del tiempo anterior, las conquistas de las mujeres y de los teatros. Tuve el castigo más pérfido que pueda atormentar a un músico. Yo, que lo debía todo a la música, llegué a odiar la música y no podía soportar el escucharla y hasta oír hablar de ella. Después del insufrible purgatorio de

mi juventud, fue éste mi verdadero infierno, y todos los que me acusaron de pereza y de vileza, lo mismo que quienes afirmaban quererme, no pudieron imaginar nunca, ni siquiera de lejos, todo lo que sufrí en aquellos años que me parecieron eternos. Imagina a un hombre que ha basado toda su vida sobre la felicidad y facilidad de crear, que ha sentido brotar en sí, infinitas veces, los cantos de la alegría y de la pasión, de la tristeza y de la malicia, y ha sentido deslizarse desde su imaginación, desbordantes e impetuosos, los ritmos más trepidantes e intrépidos, y los motivos, y los temas y las melodías que embriagan de irresistible dulzura que une y que odia; imagina a este mismo hombre, como me sucedió a mí, que en un instante se da cuenta de que la fantasía ya no le responde, que el estro ha huido, que la sensibilidad se ha vuelto perezosa y obtusa, que no le ha quedado más que la vil habilidad mecánica del oficio, que el espíritu, acostumbrado a volar y a gorjear en los luminosos y cálidos cielos del mediodía, ahora tiene que escarbar entre los cascarones de los huevos rotos como una gallina cansada, y piensa qué caída, qué destrozo, qué terror fue el mío.

Cuando se extinguió en mí hasta la nostalgia del estro, esto es, cuando quedó bien muerto lo que en mí vivía de veras, parecí curado. Pero sobrevinieron otros males, efectos de una juventud desenfadada y de una vejez precoz, de aquellos males dolorosos y mortificantes que parecen ingeniosos refinamientos del demonio para anticipar los tormentos de su infierno.

Los últimos años los consumió una dolorosa decadencia senil, entre divanes chismosos y mesas succulentas. Los pecados primitivos, avaricia, y gula, se hicieron con la edad más dominadores y repulsivos.

Aquel que había sabido transcribir y transmitir algunos de los cantos más divinos que Dios haya dictado a un mortal gastó los restos de su ingenio en chistes que eran a menudo juegos de palabras o chanzas de un cínico tardío. La muerte estuvo precedida del inútil suplicio causado por los cirujanos y fue el doloroso final de una dolorosa vida.

Precarios y engañosos, los remedios de tan obstinada infelicidad. La creación misma, máximo consuelo, era a menudo un martirio porque se veía acosada por las obligaciones, por las órdenes, por los compromisos, por los intereses y los caprichos ajenos. La misma frase teatral era, a veces, más bien injuria que aliento. El público ignorante me admiraba con frecuencia por mis condiciones y cualidades peores; los mismos admiradores no llegaban a comprender cuáles fueran los puntos verdaderos y nuevos de mis óperas. Y los mismos triunfos, cuando existieron, no hacían más que aumentar la manada de los despreciadores, la rabia de los mediocres, la malevolencia agria de los rivales. Mi fecundidad era considerada facilonería, mi búsqueda de la suavidad canora era llamada oratoria y acrobacia vocal, mi riqueza instrumental pasaba por manía de estrépito y de ruido.

Y, sin embargo, sólo con la música conseguía redimirme a mí mismo. No tenía

verdadera fe y, no obstante, logré expresar en el canto la conmovida súplica de los pueblos a Dios; casi desconocía a Cristo, pero supe encontrar acentos desesperados para el dolor de la Virgen; era en la vida todo lo contrario de un espíritu feroz, pero supe hacer que resonara la voz marcial de los héroes; era un temeroso partidario del orden, pero logré hacer que se sintiera el estremecimiento y el ímpetu sagrado de un pueblo en rebelión contra la tiranía. Tales contrastes me hacían pensar que aquellos cantos me eran dados desde fuera, que no me pertenecían; el hombre renegaba con harta frecuencia del artista. Y también esto era pena secreta no menos acerba que las manifiestas.

Escasa compensación tuve en el amor. Me pintaron, en cierto tiempo, cazador de fáciles gracias femeninas, fácil de contentar. En verdad, tuve aventuras galantes más bien que amores verdaderos. Me casé dos veces, primero con una española violenta y fastuosa, luego con una francesa buena administradora de sí y de lo suyo. Ambas fueron antes mis concubinas que mis esposas; ambas vinieron a mí después de haber pasado por muchas manos y por muchas aventuras; ambas, en diverso estilo, vanidosas y molestas. No tuve hijos y, quizá, nadie que fuese amigo verdadero. Y a mí, popular por nacimiento y por temperamento, la protección y la condescendencia de reyes y de príncipes me resultó tedio fatigoso más que lisonja para la vanidad.

Ésta es la vida del feliz, del afortunado, del venturoso Rossini, el benjamín de las bellas, el ídolo de las multitudes, el ornamento de las cortes, gloria del continente y del siglo.

Culpable, ciertamente, y de varios modos pecador, pero más aún atormentado y perseguido por infinitos afanes. Un ser me amó, a un solo ser amé: mi madre. Era todo suyo. Cuando ella murió comenzó también a agonizar el vigor de mi ingenio. Ahora estoy cierto de que su tenaz ternura arrancará al Señor mi perdón.

## DAUMIER

Si el revelar la chabacanería, la ridiculez y la bestialidad de los hombres es pecado, yo fui uno de los más agrios pecadores de mi siglo.

Pero ¿hubo verdaderamente pecado? Vi, en mi tiempo, triunfar a los picaros, a los pillos, a los vanidosos, a los astutos; vi sufrir a los humildes, a los honrados, a los oprimidos. Sufría por esta injusticia y casi me parecía ser cómplice, responsable, también yo, de aquella vergüenza.

Quise entonces que el lápiz, la pluma, el buril, se hiciesen en mi mano armas para el restablecimiento de la justicia. No esperaba cambiar los humanos destinos, pero pude, por lo

menos, hacer reír a millones de hombres ante los hocicos de fiera y las barrigas porcinas de los amos del pueblo. Toda mi arte fue la guerra de los escuálidos contra los hartos, de los débiles contra los poderosos, de los despellejados contra los desolladores.

Fue, a veces, venganza, y, por eso, mezcla de odio; fue, a veces, vilipendio y, acaso, desahogo de inconfesada envidia.

Pero en mi pensamiento la caricatura fue, sobre todo, llamada a la humildad. El hombre era desconocido para sí mismo. Cada uno tenía para su persona y para su alma una indulgencia que nacía del orgullo y lo agigantaba. Quise descubrir con la crueldad del dibujo al innoble, al sátiro, al déspota, al egoísta, al tartufo, ante ellos mismos, para que, al fin, se conocieran. Bastaba acentuar levemente algunos rasgos para mostrarle a cada uno su verdadero rostro, es decir, su verdadera alma. El baboso Don Juan se imaginaba aún que inspiraba el deseo y yo le mostraba su ceño arrugado, repugnante y simiesco. El juez, sobre su escaño, se imaginaba que representaba la majestad de la justicia y yo denunciaba en su hocico de chacal fracasado su hipócrita ferocidad de servidor del poder.

El hombre de Estado hinchaba su pecho y su vientre con la embriaguez de la popularidad y de la vanidad satisfechas, pero yo le ponía frente a su jeta siniestra de criminal atemorizado su corpachón repleto de mentira, su bellaca abyección. La hermosa dama se envanecía de sus gracias y de sus conquistas y yo la amonestaba con la crueldad de mi dibujo que su belleza estaba para declinar, que sus gracias eran melindres de tendera y de comedianta, que no era, en definitiva, más que una prostituta huida del burdel y dominante en aquel gratuito lupanar que era la buena sociedad.

No tenía que recurrir a la deformación pictórica para hacer patente la deformidad espiritual de mis modelos. Bastaba un leve golpe del pulgar, una línea un poco más decidida, una sombra un poco más densa. En cada rostro de hombre se traslucía, para mí, el jabalí o el buitre; en cada rostro de mujer, la bruja o la cortesana.

Gozaba con mis descubrimientos, mi obra se convertía en un acta de acusación para el tribunal del infierno, pero temo que en mi alegría vengadora había algo de sádico.

Sólo puedo añadir en mi disculpa que amé profundamente a aquellos que amaba Jesús: a los pobres, a los andrajosos, a los abandonados, a las víctimas. Y sólo con ellos como defensa querría presentarme al Dios que murió por ellos.

E I F F E L

Fui para algunos el primer arquitecto de una nueva Babel, de una Babel de hierro, que quisiera elevar sus torres metálicas como picas de desafío hacia el cielo.

Confieso cándidamente que jamás hubo en mi mente ningún principio de estas soberbias titánicas o satánicas.

Fui sólo un ingeniero más animoso que otros, que se propuso resolver, con medidas cada vez mayores y con materia nueva, los antiguo» problemas de las construcciones humanas.

Más que imaginador de torres que desafiaban al firmamento, fui un atrevido lanzador de puentes y de viaductos. La famosa torre que hizo famoso mi nombre no fue más que un simple recurso de reclamo para una exposición mundial; la clamorosa enseña de una feria. Mi espíritu estaba educado en la ciencia y abandonaba a los literatos de oficio las fantasías estúpidas sobre el hombre que sueña con escalar la casa de Dios. ¿Qué podían significar mis pobres trescientos metros de altura frente a las cimas del Himalaya y a la distancia de Sirio? Todo lo más un monumento para la humildad humana.

Mi amor más profundo fueron los puentes. El puente que unía las orillas de los ríos, que enlazaba los flancos opuestos de los valles, que superaba abismos y precipicios, que a veces era como una prenda de fraternidad entre dos pueblos distintos y enemigos, tenía a mis ojos una poesía más embriagadora que la buscada en los versos de los poetas. La torre bíblica confundió las lenguas; los puentes eran, por el contrario, símbolo de unión entre los hombres separados por la naturaleza y por la ignorancia.

El uso del hierro me liberó de la pesadez de los pilares macizos, pude lanzar airoas y casi aéreas arcadas, venciendo, casi, la fuerza de la gravedad y la pasividad mineral.

El logro feliz de cálculos cada vez más arriesgados, la solución de problemas cada vez más arduos, las victorias cada vez más decisivas sobre la pesadez de la materia, fueron, durante años y años, mis únicas alegrías. El mucho estudio y el demasiado trabajo me libraron de los pecados más vergonzosos; no siempre, quizá, de los más comunes, como la vanidad y el amor a la ganancia.

Y con gran tristeza pienso que toda la obra de mi vida está destruida. Mis temerarios viaductos, mis atrevidos puentes fueron, poco a poco, consumidos por la herrumbrosa lepra del tiempo y lo que de ellos quedó era chatarra anónima perdida en la disolución terrestre. De mí ya no queda más que una pobre alma insegura y desarmada, que recuerda con temor sus

triunfos y no sabe encontrar en sí mismo un solo acto de amor verdadero para ponerlo en la balanza del Juez.

VAN GOGH

Ángel

Veo, en las lejanas sombras del tiempo, toda tu infelicidad. Pero ¿por qué tú, cristiano, intentaste matar a quien te amaba y, al fin, te mataste?

Van Gogh

Si tienes de lame mi vida no deberías preguntarme nada, sino sólo ayudarme. ¿Para que quieres que haga manar de nuevo la sangre negra de las viejas heridas?

Nací lleno de amor, nací para amar y en todas partes fui mofado y rechazado. Amaba a mi padre y él no me comprendió. Amaba a Úrsula y me rehusó. Amé a otra muchacha y tuvo horror de mí.

Margot me amaba, pero no me fue concedida. Sólo las prostitutas aceptaron mis besos y mi piedad.

Amaba a los pobres, a los infelices, y quise vivir en medio de ellos como apóstol del Dios Amor, pero fui despedido y expulsado por los fariseos cristianos porque me parecía demasiado a los que amaba.

Para huir de la desesperación me precipité en la pintura. Rechazado por las mujeres y por los hombres, me refugié en el amor por la naturaleza. La naturaleza se hacía amar, pero no respondía, no correspondía y a veces se rebelaba.

Someterla a mi poder, trasladarla toda entera al lienzo, con sus luces de paraíso, sus colores esplendorosos, sus candores insostenibles, era para mí demasiado difícil. Los hombres, después de mi muerte, admiraron los desesperados esfuerzos de mi impotencia y los restos miserables de aquel último amor fracasado.

Y de la pintura recibí las poquísimas horas de alegría pura que experimenté en la tierra. Apoderarme del amarillo apagado y quemado de un campo maduro; del verde envenenante de las hierbas y de los cardos; de los azulados y zafíreos de los horizontes; del amarillo agudo y ardiente de los girasoles; del rojo descarado de un paño o de un geranio, era para mí un espasmo de poder fugaz, pero violento.

Me di cuenta, sin embargo, de que también la naturaleza me rechazaba. A pesar de todo mi paciente ímpetu no llegaba a conquistarla, a poseerla entera. También ella con su taciturna impasibilidad, que es más dura que una repulsa, me rechazaba.

Y entonces tú sabes lo que acaece en el débil corazón de los débiles. Cuando todo el amor está encerrado y contenido, el hombre se siente desconcertado, perdido, perseguido, es decir, abandonado, enajenado. Los hombres le llaman loco, lo ahuyentan o lo encarcelan. Así fue de mí.

El amor sepultado fermenta, se descompone, se convierte en odio. El odio quiere destruir a los que no han acogido su amor; el odio quiere sangre. ¡Si tú supieses qué esfuerzo horrible y terrible, qué inhumana lucha en mí contra mí, para no matar a los que vivían cerca de mí! Resistí largamente aquellas tentaciones infernales, pero el trabajo de contener mi brazo homicida era demasiado grande para mis fuerzas. Tenía necesidad de sangre. Por lo menos, una señal, un principio, una primicia de sangre. Volví la mano contra mí mismo. Mi oreja era culpable de escuchar las invitaciones del demonio. La corté y después de haberla cortado la envié como ofrenda de amor a una pobre prostituta a la que muchas veces, después de haber gozado con ella, la había querido matar. Pero no fui liberado de la obsesión. El amor desdeñado y trastornado no se aplaca con un solo sacrificio. Intenté matar a un amigo; fui recluso; intenté matar al médico que me curaba. Comprendí finalmente que debía inmolarme a mí mismo. Para extinguir mi odio no había otro camino que apagar mi vida. Matarme para no matar. Truncar mi vida para salvar las vidas ajenas. Y así hice, a los treinta y siete años, y, apenas realizado el acto irreparable, sentí volver a mí la paz inocente de la niñez. Sabía que iba hacia un Dios que no rechazaría mi amor. Sólo Él, con su rostro ensangrentado, no rechazará al eterno enamorado no amado.

POBRES CORO DE LOS ESCLAVOS

ESCLAVOS [Y SERVIDORES]



## CORO DE LOS INTOCABLES

### POBRES

### CHU LANG

Sólo puedo decirte los pasos de mi vida. En la familia, miseria y hambre. Tuve que huir de un amo que el día entero me hacía transportar piedra y estiércol. En Han-Kan fui, durante algún tiempo, vendedor de semillas. Éramos demasiados y yo era el más pobre. Un amigo me aconsejó que me hiciera soldado. Lo escuché. Nuestro ejército vagaba por las tierras del septentrión, en los confines de los mongoles. Ahora se huía, ahora se saqueaba un pueblo, ahora se caminaba durante días enteros sin saber la razón. No he combatido jamás, sólo he disparado mi fusil para atemorizar a los campesinos. Un día me perdí y caí, por error, en el ejército enemigo. Me acogieron bien, me dieron un vestido nuevo y permanecí con ellos. En realidad, nunca he sabido bien la causa por la que guerreaba mi general. ¿Para defender la patria contra los extranjeros? ¿O más bien por las ambiciones de jefes rivales?

Durante tres años, mal pagado, pasé frío, hambre, fiebre sin saber el porqué, sin honor ni placer. Un lechoncillo robado, un hermoso canto en una noche de luna, una cabaña llena de paja caliente eran nuestras mayores alegrías.

Pero el alimento era escaso. La mayor parte de los días apenas una taza de arroz mal cocido. Una tarde de invierno estaba más abatido y cansado que de costumbre y en vez de seguir a mis compañeros me eché a la orilla de un foso, detrás de un seto de espinos secos. El cansancio se convirtió en sueño y ya no me desperté más. Tenía veintisiete años. No sé en qué país morí. No he vuelto a ver nunca a mis padres. Nadie ha realizado el rito fúnebre por mí. Si ha de comenzar otra vida para mí en el Cielo, que sea un poco menos miserable que aquella que se me asignó en la tierra.

### AHMED

Alá es grande, Alá es misericordioso, Alá lo sabe todo y todo lo ve; aun la vida de su siervo Ahmed en la inmensidad del desierto. Alá conoce y compadece al beduino errante en la infinita soledad de la arena, abrasado por el sol, atormentado por el hambre y la sed, antes cazado por los enemigos.

Él sabe cuál era la suerte del beduino, de su servidor Ahmed. Poseer mujeres, raziar,

combatir, defenderse. En el desierto la ira del sol convierte el día en muerte. Toda mi vida fue nocturna: en el camello para buscar nueva presa y pozo nuevo o en la tienda, en el lecho, con una de mis esposas. Unión, robo, migración, plegaria; nada distinto. No podía contar más que con mi caballo, con mi fusil, con mis hijos. Todos los hombres, menos los de mi sangre y de mi tribu, eran enemigos. Alá me miraba, pero no me socorría porque no podía seguir toda su ley.

La pobreza era mi defensa y mi don. No poseía casi nada: una tienda de pelo, alguna camella, alguna mujer. No tuve casa, no conocí ciudad, no tenía tesoros. Todo en el desierto es precioso, pero efímero.

No poseía nada, pero era libre; más libre que el asceta, más que el rey, más que el rico. Abrasado por el sol, hambriento, sediento, perseguido, pero libre. Libre también de la servidumbre del trabajo. El trabajo es para los seres inferiores, mujeres y esclavos, no para el dueño del desierto. Con gusto pagaba la libertad con la pobreza. Con algún dátíl, un poco de arroz, un poco de leche, vencía el hambre; con la fe en Alá, el miedo. Estaba solo y no estaba solo: bajo la tienda dormían mis hijos, bajo la arena dormían mis padres, en el cielo centelleaban las estrellas para guiar al viandante.

¿Era verdaderamente pecado tomar las cosas que necesitaba sin cuidarse de si tenían o no dueño? El desierto es como el mar: todo es de todos. Todo, aun el hambre, la esperanza y la muerte. ¿Era, acaso, pecado si yo abrazaba cada noche a mis mujeres para tener hijos que me socorriesen en el futuro declinar de mis fuerzas?

Alá veía en la noche mis pecados, pero veía igualmente que mi vida era de sacrificio, de renuncia, de miseria, de peligro, de necesidad, de oración. Alá recuerda la vida de su siervo Ahmed, Alá lee en el corazón de Ahmed y no será severo con él.

## BAROTO

¿Por qué no queréis hacerme recordar mi vida, que fue toda de trabajo y de miseria? Si fuese sacerdote, si fuese abogado, podría decir algo de mi alma, podría defender mi inocencia. Pero no supe leer ni lo impreso ni lo escrito, ni nunca una escuela, nadie me enseñó cómo pensar en el alma.

Viví siempre en lugares silvestres, en los bosques para cortarlos y hacer carbón; lejos de los pueblos, lejos de las casas y de las iglesias. Verano e invierno, siempre al agua y al viento, de día y de noche siempre entre troncos, por los montes arriba; y no había otra mesa que una lastra de piedra, otro lecho que las hojas secas, otro refugio que una choza de césped.

Sólo me daban compañía los pájaros en los árboles, los cascabeles de los mulos y alguna vez los aullidos de los lobos. Poco alivio me prestaban los compañeros, rústicos y desgraciados como yo. Alguna copla de amor, aprendida por casualidad, fue toda mi poesía; algún vaso de vino en las solemnidades, toda mi fiesta; alguna hora con mi mujer, todo mi goce; alguna avemaría y alguna blasfemia, toda mi religión.

Siempre negro, ahumado, destrozado, abandonado en las forestas de los jarales y en las peñas de las cortaduras, sin nadie que pensase en nosotros, excepto el sol que nos quemaba las espaldas y el cierzo que nos cortaba la cara.

No se veía a nadie, excepto, de vez en cuando, al amo brusco y huraño, algún pastor, algún cazador, algún fugitivo de las manos de h justicia. Pero la mayoría pasaban de largo, sin decir nada. Y cuidado con perder de vista los montones de leña y las carboneras.

Cuáles podían ser mis pecados —en aquella vida de bestias— lo puedes saber mejor que yo. Algún estacazo en riña, algún saco vendido a escondidas, alguna imprecación contra los señores y contra el Señor —pecados de necesidad y desesperación—. Poca piedad y misericordia encontré entre los cristianos, mas espero encontrarla ahora aquí, cerca de Cristo. Sólo Él sabrá que mi alma fue menos negra que mi cara.

## TOLMAIC

Nací obtuso y membrudo en un caserío de la montaña, en lugares silvestres y salvajes. Pasé toda mi vida detrás de la manada de puercos de una factoría, zagal mal vestido y mal pagado, sucio y desabrido, huido de todos.

No supe leer, no vi nunca una ciudad, no supe nada fuera de algún canto, de alguna oración, de alguna leyenda. Era fuerte y, sin embargo, de todos tenía vergüenza y temor. Todo el día estaba con mis cerdos, en los bosques y por los caminos, luego entre el dornajo y el establo. Alguno de aquellos animales, casi humano, parecía que se encariñaba, se me acercaba más que los otros, me buscaba con los ojos, me acariciaba con el hocico. Pero luego, al final, también tenía que ser vendido o degollado. Trataba de salvarlo. Me quitaban aun este inconfesado consuelo.

Nunca descendió la luz del afecto sobre mi alma. Tuve una mujer bestial, hembra iracunda que gruñía lo mismo que los cerdos y que apenas me soportaba. Pasaba las noches en un refugio oscuro que tenía más de cubil que de casa. Dos temores me dominaban: el temor del invierno y el temor del infierno.

Foco sabía de Dios, raramente iba a la iglesia, que estaba alejadísima de mi tugurio, pero algunos sermones oídos de joven me habían metido en la cabeza la idea de que Dios era un amo lleno de ira, obligado a asustar a los hombres con la amenaza de los castigos para que no se rebelasen contra su poder. ¡Si no hubiera tenido aquel temor cuántas veces hubiera estuprado, robado, matado!

Ahora he aprendido que Dios no es lo que yo pensaba y presiento en el corazón que querrá perdonar mi vida mísera y ciega.

## ANTERO MAGALL

Escucha también mi historia, si quieres. Es corta y doliente. No tuve tiempo de gozar, ni de comprender, y casi no me di cuenta de que vivía.

Para huir de las asperezas de la montaña nativa, y de mi madre que me odiaba, bajé a las grandes carreteras de Aragón en busca de pan y de ventura. Me aceptaron como picapedrero. Durante meses y años, bajo la crueldad del viento o la ferocidad del sol, usé mi mácete desde el alba a la noche, como una sucia máquina de carne. No sabía pensar ni tampoco me daba cuenta del sufrir. Pasaban los hombres con sus animales cascabeleando y eran para mí como apariciones de sueño. Comía mi pan mal cocido y mi cebolla cruda, agria, bestialmente, como el animal rumia en silencio su pienso. Por la noche caía en la profundidad del sueño como la piedra en un lago negro. Había olvidado todas las oraciones, no hablaba casi nunca. ¿Para qué hablar? No hubiera sabido más que ofender o lamentarme.

Y, sin embargo, llegó también el milagro. Era joven y encontré una muchacha que no me despreció. Habitaba cerca de mi choza. Era pobrísima y de poca salud, pero la gracia de su sonrisa le hacía parecer bella. Le prometí casarme. Poco después enfermó, se convirtió en una pobre enferma que no podía andar. Iba todos los domingos al hospital, quería que la abandonase, que buscase a otra mujer. Pero su bondad era mi único consuelo y esperé a que curase. Salió por fin del hospital delgada, extenuada, un poco encorvada. Parecía ya vieja, daba compasión. Me casé con ella y durante algunas semanas esperé ser feliz. Pero un día me despellejé una mano al manipular en la brecha que tenía que golpear. A la tarde me llevaron a casa con mucha fiebre y delirando. Contra el tétanos no había nada que hacer. Tuve que morir como un desesperado, dejar a mi mujer enferma, toda mi esperanza, sufrir, maldecir, partir para la oscuridad antes de la hora.

Ésta fue mi vida, vida breve, pues apenas tenía treinta años. No había ningún pecado capital: no era perezoso, ni orgulloso, ni envidioso, ni lujurioso, ni glotón, ni iracundo. No había hecho ningún mal. Una sola criatura había sido buena conmigo y yo había unido mi

miseria con su desgracia para endulzar la una y la otra con un poco de amor. Y, sin embargo, también esto pareció un delito y fue castigado con la muerte.

¿Por qué Dios fue tan injusto conmigo? Quizá le había olvidado, pero no le ofendí nunca. No tenía ninguna culpa en mi alma, ningún remordimiento, ninguna deuda que cumplir. Había trabajado siempre con dureza, en el polvo de las carreteras, bajo la ofensa del cielo, por unas monedas, por algún pedazo de pan amargo. ¿Por qué Dios se enojó contra mí? ¿Por qué me persiguió? ¿Por qué me hizo nacer si sólo había de conocer de la vida el sudor y el embrutecimiento?

¿No soy acaso hoy su acreedor? ¿Cómo podrá juzgarme? ¿Con qué derecho podrá condenarme? Soy yo el que espera desde hace centenares de siglos en su umbral. Espero que ilumine, por fin, el atroz misterio de mi desgraciada aparición en el mundo. Espero la justificación de mi inútil y misteriosa tortura. No espero un castigo, sino que pido una compensación divina, un generoso resarcimiento, una indemnización sin fin.

Dile esto a tu despiadado Dios, de parte de una de sus víctimas.

Ángel

El delirio de la agonía te ha perturbado para siempre. Pero Dios perdonará quizá tu pobre desvarío e iluminará tu espíritu ofuscado con su misericordia. Si todo viene de Él y es de Él, ¿cómo puedes tú desbarrar sobre deudas, injusticias y ofensas? ¿Uno de los infinitos átomos del polvillo humano podrá pedir razón al infinito océano que le hizo aparecer un día en la espuma de una ola? ¿No sabes que el grano de cal escondido en las tinieblas de los cimientos no puede juzgar al palacio y a su Rey?

¿Tu inocencia no era ya un altísimo premio?

Tu vida fue breve e infeliz, pero ¿la brevedad no era, acaso, una gracia? Y la infelicidad, ¿no era, quizás, una promesa de beatitud? Tu suerte oscura y triste, ¿no era, quizás, un suave peaje para un invencible júbilo en la gloria de la eternidad? Acaso padeciste para borrar pecados ajenos, es decir, que Cristo te mostró su amor haciéndote semejante a Él.

¿No sabes que Dios no sería Dios si no estuviera más allá y por encima de los ciegos pensamientos de los hombres? Para muchos como tú la muerte les fue luz, para ti, al parecer, duplicación de tu ceguera. Pero no por esto tendrás el poder de perderte. Dios posee fulgor para todos y puede perdonar aun a los que tienen ojos y no ven.

## MARNA

Nací en una ciudad de pescadores al fondo de un fiordo, no sé de quién. No he conocido nunca a mi padre ni a mi madre. El hospicio me confió a una familia de campesinos, gente dura y mísera. Trabajé con ellos hasta los veinte años sin salario y me di cuenta de que me robaban. Entonces me marché a una gran ciudad, como criada en una posada, y de sucia fregona permanecí toda la vida. Cuando tuve más de treinta años un obrero más desagradable y más viejo que yo consiguió poseerme y tuve un hijo. Amor triste y breve.

El hombre desapareció aun antes de que naciese el niño, pero fui lo mismo de feliz. Durante algunos años viví para aquel hijito, única criatura en el mundo que podía llamar mía, que me sonreía. Trabajaba con más gusto que antes y todo lo que ganaba era para él. Pero crecía delgado y débil, enfermo a cada momento. Murió a los catorce años y con él acabó el único resplandor de felicidad que conocí en el mundo.

Me arrastré de casa en casa, de servicio en servicio. Siempre las mismas faenas, siempre los mismos trabajos, las mismas humillaciones. Sin parientes, sin ayudas, sin amistades, sin otra compañía que las patrañas indiferentes o perseguidoras. He pasado años y años en cocinas oscuras, en el fondo de los patios, adonde el sol no llegaba más que en los dos meses de verano, donde no se oía jamás el canto de un pájaro, un sonido de música, sino sólo refunfuños de viejas, imprecaciones de borrachos, chillidos de niños.

Estaba sola en el mundo, sin alegría ni esperanza de ella. Iba de vez en cuando a llevar unas flores a la tumba de mi hijo, pero el cementerio estaba lejos. Llegaba cansada y me marchaba más desconsolada que nunca. Únicamente en aquel muertecito había esperado. Había soñado que hubiera crecido, que hubiera sabido ganarse la vida, que hubiera liberado a su madre de la esclavitud y de la soledad. Y también él se había marchado y todo lo que había hecho por él no había servido para nada. Estaba más sola y desesperada que antes.

Por último, el dolor me había embrutecido de tal modo que sólo el saciar el hambre me despertaba a la vida. Al fin enfermé, fui llevada a un hospital y allí me encontró la muerte, sola y triste como siempre había vivido.

Y ahora ¿qué culpa quieres encontrar en mí? ¿Fue culpa mía si nací hija del pecado? ¿Cuál fue mi culpa si no era bella y no pude tener una vida feliz de esposa como todas las mujeres?

¿Qué culpa tuve, por lo tanto, si un hombre se aprovechó de mí y en vez de hacer lo

que me había prometido, me abandonó?

¿No os parece bastante castigo mi vida desolada y abandonada, vacía y gris, siempre igual, siempre desgraciada?

## K A I R I S

No sé decirte, Señor, cuáles fueron mis pecados en la tierra. Nadie me dijo cuáles eran los pecados, nadie me enseñó a huir de ellos o a vencerlos. La naturaleza me arrojó en medio del mundo, solo y desnudo, pobre e inerme, y sólo me ordenó que viviera. Y yo traté de vivir, únicamente vivir, vivir a toda costa. Nadie me instruyó ni me guio. No poseía otro capital que un cuerpo ágil y sano, un poco de astucia y mucho valor.

Llegué a ser, no sé cómo, un acróbata nómada, uno de aquellos delgados y melancólicos atletas que van de ciudad en ciudad, de feria en feria, para arrancar un poco de pan y de vino a la curiosidad necia o feroz de los hombres. Recorrí toda la tierra, me he dislocado los huesos en todas las plazas del mundo. Tenía que danzar y jugar todos los días para que mi triste carne no se deshiciese. Mantuve mi vida con las fatigas y las bravuras de mi esqueleto.

Era, de cuando en cuando, un poco atleta, un poco bufón, un poco mendicante; ladrón, jamás. Para vivir acepté hacer de domador de osos, de amaestrador de monos, de encantador de serpientes, de prestidigitador de fáciles pruebas.

Vi todos los países y no amé ninguno. No conocí familia, no tuve hijos, olvidé hasta la patria. Era un pedigüeño errante, compadecido y despreciado, pero mi miseria tenía un premio divino: era más libre que un rey.

No tenía casa que me retuviese ligado a una tierra, no tenía oficio que me hiciese rehén forzado de la sociedad, no tenía afectos que me hiciesen pagar la felicidad de un día con la cárcel perpetua del deber. Cada prado era mi jardín; cada posada, mi palacio; cada encrucijada de calles, mi reino; cada hostería, mi paraíso. No tuve más que amores furtivos y serviles, no tuve amigos, sino compañeros de trabajo y de desgracia; viví libre, morí solo.

Sólo una vez, por seguir a una mujer, entré en una iglesia, pero aquella oscuridad, aquel silencio, aquel mal olor a humo y a cerrado no me agradó, y ya nunca puse en ellas el pie. Únicamente en el mar tempestuoso o sobre las cimas ventosas de los montes sentía, a veces, que me asustaba en mi interior y me acordaba de ti, Señor, que habías querido

mandarme a padecer en la tierra.

Pero tampoco ahora sé encontrar palabras para dirigirte una oración. No sé decirte más que esto: haz de mí lo que quieras, Señor, pero concede un poco de reposo a este pobre nómada.

## TORRIBIO

Perdona, Hombre del Cielo, si no hablo tan bien como los demás. No acabo de persuadirme de que me quieras escuchar a mí también, uno de los seres más ignorados y bajos que hubo en el mundo.

No fui más que un pobre mozo de cuerda en un puerto del océano que separaba América de Asia. Había bajado de los montes en busca de fortuna, pero de todo mi yo no quisieron más que la fuerza de los músculos, espalda y brazos. Mi mente era inculta, mi alma se hallaba cerrada, mi corazón se dolía de penas que mis labios no sabían expresar.

¿Qué puedo decirte de mi vida? Vida pobre, vida dura, vida tosca, vida siempre igual y enteramente bestial. Con el sudor salido de mi cuerpo durante tantos años hubiera podido llenar una cuba.

No tenía a nadie. Nunca he ganado lo bastante para tener una casa, una familia. No tenía otros descansos ni placeres que los bodegones y los burdeles. No tuve otras mujeres que fregonas o prostitutas.

Me había enamorado de una joven india, morena y bella, pero feroz como un guepardo. Me rechazó. La amenacé, desesperado, con mi cuchillo y sólo conseguí herirla en un brazo. Se chupó la sangre de la herida y me la escupió a la cara.

Otras cuchilladas he dado a algunos compañeros que me ofendieron con abusos y burlas. Ninguna, sin embargo, fue mortal. Intentaron matarme con una pistola. Logré siempre escapar de las venganzas y las cárceles.

Envejecí solo, triste y orgulloso; jamás quise rebajarme a pedir caridad. Una mañana me encontraron muerto en una bajada a la sombra de una barcaza.



Dios no quiso reconocermme como hijo y me he tomado la revancha y jamás lo he tenido por padre. En las iglesias queapestaban a lodazal, a flores marchitas y a viejas sin lavarse, entré raras veces. Los sacerdotes me causaban horror, las oraciones me parecían gañidos de perros que se encomendaban en vano a un amo distraído y soberbio.

Dios lo tiene todo, yo no poseía nada, ni siquiera a mí mismo. ¿Por qué tenía que ofrecerle también el llanto de mi infinita miseria?

No le pedí nacer ni le he pedido resucitar. Y ni siquiera le pido cuenta de mi vida de animal de carga. Sólo pido que se me deje en paz, por Él, por ti, por todos.

## DOR ANO

Nací pobre a la orilla del mar; morí pobre, en el fondo del mar. He vagado, he trabajado, he padecido toda la vida. Los pecados que haya cometido Dios los sabrá mejor que yo.

Desde joven navegué con patrones, por mares lejanos, en viejos vapores cansados, por cincuenta liras al mes. La vida era trabajosa, peligrosa. La nave se fatigaba y ahogaba entre los bofetones de las borrascas y la calígine de las bonanzas. Fuera de un poco de canto y un poco de vino, no había otro consuelo. Siempre el cielo y el mar, que a menudo se confundían en una nubosidad tumultuosa. Siempre en trance de muerte, separados de la muerte sólo por unas cuantas vigas enmohecidas y un poco de hierro comido por la herrumbre.

No era sólo la necesidad la que me hacía subir y vivir sobre aquellas cáscaras negras y ahumadas; no era sólo aquel puñado de monedas que se deshacía en pocas noches en las tabernas de los puertos. Era, quizás, el ansia de ir lejos que atormenta a cualquiera que haya nacido cerca de la orilla del mar; acaso una vaga esperanza de fortuna y de aventuras; quizás el disgusto del hedor, del fastidio, del encierro de la tierra firme; quizás un maniático deseo de luz abierta, de fuga hacia el infinito.

Pero, luego, también aquella vida me causaba fastidio. Sentí, como todos los animales terrestres, la necesidad de un nido firme y cálido. Tomé mujer, una muchacha más pobre que yo, y trajimos al mundo a otros pobres.

Volví a navegar, a sufrir. Mi esposa se marchitaba, mis hijos crecían; el mundo, a fuerza de recorrerlo, me parecía más pobre y más pequeño. Por fin reuní en mi mano lo

suficiente para comprar una barca de vela del todo para mí. Iba a pescar, casi siempre solo, al mar cercano a mi casa; casi siempre de noche y con cualquier tiempo, pues los peces escaseaban y la familia había de comer.

Una tarde que había mar gruesa y negra quise salir, con intención de costear. Pero el viento de tierra me arrastró hacia lo ancho; se rompió la vela, la barca se hundió, y mi cuerpo cansado no volvió jamás a la orilla.

Antes de ser ahogado por el agua amarga, apenas tuve tiempo de rezar las primeras palabras de las tres Marías. En vida había blasfemado continuamente, sin darme cuenta de ello, como hacen los marineros, pero siempre tuve una gran confianza en la Virgen y a ella me encomendaba siempre en las malas travesías, cuando la tempestad parecía que quisiera destrozarme.

Y si pequé en el mundo y merezco un castigo, me encomiendo ahora también a la Virgen para que detenga el brazo de su Hijo.

#### FIDALMA

Fui allá abajo una pobre mujer ignorante. Viví siempre en los montes, entre gente cerrada y rústica. Quisiera decir muchas cosas de mí que no he dicho a nadie, pero no sé hallar palabras.

También yo tengo mi montón de pecados; los siento sobre mí, me pesan. Pero fui desventurada más que mala; desgraciada, siempre sacrificada. Nací pobre en una casa negra; morí pobre en una casa aún más oscura. Mis padres no tenían tiempo de quererme; tenían diez hijos y se arrastraban durante todo el día escarbando los campos de otros.

Apenas tenía dieciocho años cuando un joven comenzó a lisonjearme y a seguirme. No tenía nadie que pensase en mí; aquel joven estaba enamorado y parecía bueno. No supe resistir. En cuanto me hubo poseído huyó del pueblo. El temor y la vergüenza fueron mi única compañía durante un tiempo que me pareció infinito. Después que nació la criatura, el hombre se arrepintió, volvió a casa y se casó conmigo.

Pero no acabaron los padecimientos. Mi marido era un hombre fuerte y buen trabajador, pero, en todo lo demás, peor que un animal. Nada dispensaba, de nada se compadecía, de nada estaba contento, aullaba encima de mí como un lobo, no me dejaba en paz. Parecía como si quisiera vengar en mí el que hubiera tenido que casarse. Jamás una

caricia, jamás una palabra dulce. Se echaba sobre mí por la noche como un toro enfurecido, pero sin hablar. Tuve siete hijos con grandes dolores y miserias, pero su padre nunca estuvo contento de ellos y me reprochaba continuamente como si la culpa fuera enteramente mía. Uno a uno, murieron cuatro, y parecía como si se gozase de ello. Pero, sin embargo, me acusaba de aquellas muertes, porque no había sido capaz de dar a luz hijos robustos como él.

Por ningún ventanal entraba luz en mi vida: trabajo y enojos, culpas y enfermedades, mortificaciones y fatigas, nada más. Y siempre, durante toda la vida, las mismas faenas, faenas eternas y repugnantes.

Toda la vida lavando trapos sucios. Toda la vida lavando pucheros y platos sucios. Toda la vida limpiando cuartos sucios. Toda la vida soportando las ganas sucias del marido, escuchando las palabras sucias de la gente. Toda la vida revolviendo y rumiando lo sucio que cada uno de nosotros tiene en sí mismo y a su alrededor.

Ningún consuelo, ninguna ayuda, ninguna esperanza. Iba todos los domingos a misa porque todos iban, pero la molestia era mayor que la consolación. Me confesaba, me acusaba, pedía, pero las cosas no marchaban mejor. Mi marido, con la edad, se hacía cada vez más bestial; mis hijos seguían enfermando; los tres que quedaban no eran como mi corazón quería. Todos trabajábamos por nuestro lado, pero no lográbamos escapar de la miseria.

A veces me resignaba. Decía: satisfago mis pecados y al fin de la tornada vendrá la compensación.

Pero a menudo me rebelaba. No estaba contenta de Dios. Me parecía que no era justo conmigo. Decían los sacerdotes que amaba a los pobres y a los desgraciados más que a todos. ¿Por qué, entonces, a mí, inocente, me había puesto junto a aquel hombre áspero y salvaje, sin idea de sentimientos humanos? ¿Por qué me había hecho sufrir con tantos hijos para llevárselos luego, haciéndonos sufrir a mí y a ellos? ¿Por qué me había condenado a vivir, a mí que sentía poseer un alma, entre gente dura y zafia, a consumir todos mis días en la necesidad y en el fango?

No estaba contenta de los hombres. No estaba contenta de Dios. Y, a veces, me desahogaba en mi interior contra los hombres y contra Dios. Éstos, creo, son mis mayores pecados. De estos pecados pedí entonces perdón a Dios, y pido ahora perdón a Dios. Si mis llantos no los ha borrado aún de su libro, hágase su voluntad. Estoy acostumbrada a sufrir, he padecido siempre y seguiré padeciendo.

ÚRSULA

Si me debo confesar otra vez después de muerta, he aquí la verdad^ y la Virgen me es testigo. En mi vida he trabajado como una bestia, desde los seis años en adelante hasta los noventa. He trabajado en los campos, he trabajado en mi casa y en casa de los demás, por la mañana y por la noche, en el lavadero y en el telar; para mí y para los otros he trabajado constantemente y no he tenido tiempo de cometer pecados. A la noche me arrojaba en el lecho como una muerta; durante el día estaba bajo el sol o bajo el agua, o bajo la nieve, de joven y de vieja. No he quitado nunca nada a nadie, he obedecido a mi padre y a mi marido, me he resignado con las miserias y con las desgracias, ni rezado las letanías por los que me han hecho bien.

Todos mis apoyos, marido, hijos, han muerto antes que yo. Me había quedado con un nieto; quiso marchar lejos y acabó su vida en elfondo del mar. Me faltaban seis años para los cien cuando murió y me dejó dos criaturitas que mantener. Me vi obligada a ir por los pueblos para pedir la caridad. La gente decía: eres tan vieja y tan pobre que el Señor pensará en vosotros. Y quizás habrá pensado. Pero, mientras tanto, aquellos días en que no tenía nada que llevar a la boca de aquellos niños me convenía encerrarme en mi cuarto para que no me vieran llorar.

Muchos me ayudaban, pero era preciso que me arrastrase, vieja, decrepita, por el polvo y el barro, para buscar quien me diese una almuerza de harina o un vestido viejo para cubrirme. Era mejor de joven, cuando tenía los brazos bien y trabajaba todas las horas de) día. Pero de vieja, toda agachada, con el corazón fatigado, con las piernas hinchadas, yendo arriba y abajo por las calles para pedir limosna, fue un sufrimiento peor.

He padecido constantemente. El Señor hubiera debido llamarme antes y hacer que descansaran mis pobres huesos bajo la tierra. Ahora me han despertado y no sé qué suerte me tocará. Confío en vos, Virgen Santísima, ayudadme.

Ángel

Vete tranquila, Úrsula, y espera con fe el juicio. Has trabajado, has sufrido, has amado, has rogado y mucho se te perdonará. Tu mísera vida de un siglo tendrá su infinita compensación en la felicidad eterna.

CRISTINA

Ángel

Dime cuál fue tu vida, Cristina Loborrubio.

Cristina

No conocí padre ni madre ni jamás supe quiénes fueran» Fui criada por unos pobres campesinos gallegos con poco pan y mucho trabajo. A los veinte años, con la esperanza de mejor suerte, fui a servir a una ciudad, a Toledo. Pero poco después caí malamente por la escalera oscura de un palacio antiguo. Sufrí casi un año en el hospital; salí de él deforme, con un hombro torcido, derrengada, destrozada para siempre. Comencé a pedir limosna por las calles y tuve la fortuna, después de algunos años de desgraciadísima vida, de ocupar el puesto de una pordiosera enferma, en la puerta mayor de la catedral de Toledo. Las señoras ricas se compadecían de mi pobreza, las señoras hermosas tenían piedad de mi fealdad, las jóvenes me echaban algunas monedas sin mirarme. En los días de gran fiesta también yo era rica, pero ninguna mano me acarició, ningún hombre se dio cuenta de que yo también era mujer. Pasaba largas horas mirando la gente que transitaba, rezando mi rosario, somnolienta al mediodía, soñando en los días y en los pueblos de mi infancia que me habían parecido infierno y ahora me parecían paraíso.

Una tarde de enero me encontraron helada, caída entre mis andrajos negros. Fui echada en la fosa de los pobres y nadie me lloró. Sólo la mendiga que ocupó mi puesto fue tan feliz con mi muerte que dijo por mí un réquiem y un avemaría.

Ángel

Lo que has dicho es verdad, pero no lo has dicho todo. No has dicho que desde el día de tu desgracia has odiado en tu corazón a todos los que estaban cerca de ti, aun a aquellos que te asistían y te beneficiaban. No has confesado que siempre envidiaste a todas las mujeres que te parecieron, y no siempre lo eran, más afortunadas y más felices que tú. No has confesado que maldecías en tu interior a los que te hacían la caridad, y que llegaste hasta el punto de desearles la muerte. No has dicho tampoco que tu sueño constante de pedigüeña fue el dinero y que a menudo soñabas con robar y matar para hacerte rica.

Soportaste la desventura y la pobreza, pero con espíritu de rebelión, con rencor y resentimiento, sin humildad ni resignación; pobre de condición, pero igual que los malos ricos en el ánimo.

Pero, vete en paz; tu vida estuvo tan desierta de toda luz, que mucho te será perdonado porque mucho has sufrido.

## JOE TIMMER

No tuve tiempo de conocer la vida. Y lo poco que probé no me agradaba. Aún no tenía veinte años cuando morí oscuramente después de una vida oscura.

Era huérfano y no sé cómo logré llegar a la adolescencia sin morir de hambre. Hasta los diecisiete años fui un vagabundo, un poco por los campos robando algo en las granjas, un poco en el puerto de Filadelfia, como descargador ocasional. Luego me tomaron a bordo de un barco carbonero, como mozo de estiba. Casi todo el tiempo lo pasaba allá abajo en el vientre de la nave, junto al calor de las máquinas, casi siempre entre la oscuridad y el hedor, entre la polvareda del carbón, entre el fragor de las máquinas. Entre un viaje y otro, alguna borrachera bestial, alguna prostituta marchita. No había tiempo bastante para grandes pecados.

Luego, una noche, me despertaron en mi jergón un gran ruido y unos gritos. Era tiempo de guerra. El viejo carbonero se hundió en pocos minutos. No volví a ver más la luz. Tenía diecinueve años. Nadie me había amado. No había amado a nadie. Raramente he pensado en Dios y sólo para quejarme de Él. Ahora, por fin, tendrá piedad del pobre Joe Timmer.

## CORO DE LOS ESCLAVOS

¿Cómo podrás juzgar, Señor, a estos hijos tuyos que ningún hombre reconoció como hermanos?

¿Cómo podrás condenar a estos hombres que tuvieron forma y alma de hombre, pero que los hombres condenaron a vivir a manera de brutos?

Por voluntad tuya o por crueldad de los hombres, fuimos separados del género humano, rechazados entre las bestias de carga y de matadero.

Si nuestra vida no fue vida de hombres, ¿tienes derecho a castigar nuestras faltas como si valiese también para nosotros la ley impuesta a los seres humanos?

No fuimos mirados, ni tratados, ni amados, como hombres, y no queremos, ahora, ser medidos con la medida de los hombres.

Se nos puso al margen y por debajo de los hombres; somos, pues, injuzgables.

Tú recuerdas bien, oh Dios, cuál fue nuestra suerte; se nos hizo bajar en la escala de los vivientes, marcados a luego como potros y novillos, sujetos con cadena como monos y mastines, atados con sogas como becerros y mulos, encerrados y recluidos en jaulas de piedra como toros o fieras, vendidos en las plazas de los mercados como verracos o caballos, sometidos a los trabajos más homicidas como acémilas y camellos, perseguidos y castigados como fieras, en caso de rebelión y de fuga, obligados a combatir entre nosotros hasta la última gota de sangre, como osos y gallos, para solaz de los ociosos, degollados en holocausto sobre los altares de los ídolos, como puercos o terneros.

Toda nuestra vida fue a imagen y semejanza de los animales y no a imagen y semejanza de Dios, como Tú habías prometido a todo hombre.

Toda nuestra vida fue vida de bestia por ley y capricho y utilidad de nuestros hermanos.

Nada fue nuestro, nada se nos concedió en propiedad, ni siquiera nuestros miembros.

Nada fue nuestro; ni los hijos nacidos de nuestro semen y de nuestro vientre, ni la perrera donde nuestra carroña respirante se acurrucaba por la noche, ni la compañera de desventura que aceptaba nuestro furtivo connubio, ni los capotes mugrientos y gastados que no nos protegían ni del hielo ni del ludibrio.

Nada era nuestro, ni siquiera Tú, oh Dios, que nos habías entregada a la despiadada indiferencia de los hombres y no dabas ninguna muestra de paternal defensa.

Había sí, algo que era nuestro, pero que nadie hubiera querida tener por suyo.

Nuestro el trabajo, nuestra la vergüenza, nuestra la tortura, nuestra la desesperación.

Y no había luz de salvación; todo lo más vislumbres de remisión.

Pocos lograban —gracias a la propia astucia o a la lujuria ajena— hacerse dueños de sus dueños.

Pocos eran restituidos —por gratitud u otros casos de fortuna— a la libertad.

Pocos lograban huir y vivir en las selvas, libres, sí, pero siempre a manera de bestias.

Nuestras rebeliones acababan siempre en matanzas y en refuerzo de cepos, nuestros cuerpos erizados y llagados pendían a millares de las cruces, a lo largo de los caminos, como pendones sangrientos de venganza.

Y casi ninguno de nosotros logró encontrar aquella libertad interior del alma —fruto de pensamiento y de fe— que era la única libertad verdadera permitida al hombre.

Porque nosotros sabemos que ningún mortal podía llamarse libre.

También nuestros amos eran esclavos.

Esclavos de un tirano, esclavos de una mujer, esclavos de una idea, de una pasión, de un pecado, de una ley aceptada para siempre.

Hasta Tú, Señor, eras esclavo: esclavo del orden por Ti creado, esclavo de tu indefectible amor.

Pero todos los demás hombres tuvieron, por lo menos, algún indicio o fantasma de libertad.

La vida de nuestros amos y verdugos tuvo, al menos, aspecto y apariencia de vida humana.

A nosotros se nos quitó para siempre todo privilegio y vestigio de hombre.

Fuimos rebajados a la animalidad; hubimos de sufrir y morir a modo de bestias.



¿Qué quieres demandar a estos hombres separados de la especie humana? Al contrario, nosotros podemos pedirte no sólo perdón, sino resarcimiento.

¿Qué inconcebible y eterna indemnización querrás conceder, oh Dios, a estos millones de infelices casi siempre inocentes que pagaron con 1© servidumbre de los brutos, la felicidad de los libres?

## ESCLAVOS [Y SERVIDORES] SINIB

Fui toda la vida el brazo y el martillo del Hijo de Ra, del gran rey Kefrén, que fue señor del Delta y del Valle, y toda mi vida sudé para construir la pirámide que había de proteger su sagrado cuerpo hasta la resurrección.

Abrasador el sol, pesadas las piedras, escaso el alimento, pavorosas las noches, despiadados los vigilantes. Pero todo lo soporté sin lamentarme durante largos años por temor a la ira del Hijo de Ra.

El sudor me caía de la cabeza rasa hasta ofuscarme la vista; los ojos, inflamados por el sol y heridos por las esquirlas, lloraban lágrimas y sangre; en la espalda desnuda las llagas del látigo y el ardor de los pinchazos hacían más duro el trabajo; y estaba tan extenuado que, a la noche, raramente podía abrazar a mi mujer.

Kefrén, el gran rey, quería que su tumba se terminase antes de su muerte y no nos concedía ningún descanso a nosotros, que éramos los ínfimos entre sus siervos. Todos los días, hasta el ocaso, estaba inclinado cargando ladrillos y cal, o bien cuadrando y cincelandos piedras, o ayudando a los que llevaban agua y arena del río. Ningún descanso para nosotros. Así lo había ordenado mi señor, el Hijo de Ra. Pero en aquella dura vida de trabajo y de esclavitud tenía también un aliento: mi fe en Osírides, la certeza de mi resurrección en un mundo más feliz.

No vi acabado el gran sepulcro del Faraón. Porque el sol, en un mediodía de mitad del verano, me hirió con sus rayos más cruelmente que de costumbre y me mató. Pero mi esperanza de la resurrección se ha realizado por fin. Si tú eres un servidor de Os írides recuérdale al pobre Sinib, que siempre creyó en él y en su madre, que no hizo mal a nadie, que no quitó nada al pobre ni al rico, que no se manchó las manos de sangre, que obedeció siempre a su Rey, que padeció sin quejarse hasta la hora de la muerte.

## PLAUCIO

Aunque fuese esclavo mi vida estuvo muy lejos de ser desgraciada. Mi dueño 110 dejó nunca que me faltase trigo, un capote, un techo. Sólo dos o tres veces fui azotado aunque habría merecido el látigo bastante más a menudo.

Me dieron por mujer a una esclava iliria. Por las noches me acariciaba el cabello, murmuraba mi nombre y, a veces, lloraba. Yo me aprovechaba de su blandura para atormentarla, para probar el gusto, yo esclavo, de tener una esclava obediente y sumisa. Cantaba canciones de su país, en una lengua para mí incomprendible, tristes y dulces como sus ojos. Cogía flores en los campos, pobres flores que a la tarde me ofrecía como si fuese su dios. Y, sin embargo, la traicionaba con otras esclavas que había en la casa. Todos me querían y no sabía por qué.

No merecía, ciertamente, tanta felicidad. Estábamos todo el año en una villa, a media ladera de una bella colina, el aire era saludable, se veía lejos el cabrilleo del mar y nada nos faltaba. Yo trabajaba poco y de mala gana y en cuanto me daba cuenta de que no me veían me recostaba en el borde de un hoyo o de una senda para gozar del ocio y la tibieza del sol. Robaba todo lo que podía, pero nunca me descubrieron. Aunque el amo era bueno conmigo, lo odiaba; no me parecía justo que yo tuviera que pertenecerle lo mismo que un ternero. Más de una vez tuve la tentación de matarlo y sólo me detuvo el temor de la crucifixión. No sabría decir nada más de mi vida ni de mí.

## AYZÉ

No sabría contarte otra cosa que mi vida. Nací en la cima de una montaña, a la vista del mar. No recuerdo de mi patria más que largas temporadas de nieves y de vientos y breves temporadas de flores y de cantos salvajes. En aquel tiempo estaba sana como un halcón, magra como una potranca, saltaba de peña en peña como una cabra y no me daban miedo los novillos ni los pastores jóvenes. Pero en un día de la estación del sol subieron a nuestro pueblo hombres armados que mataron a los viejos y se llevaron a las mujeres. Sólo tenía catorce años y no supe morir. Un gigante de carne oscura me acomodó en la silla de su caballo y me llevó. Llegamos, después de muchos días, a una gran ciudad, junto al mar. El soldado mostró su presa a muchos mercaderes y, al fin, me entregó al que le había ofrecido más monedas. El viejo me puso junto a otras jovencitas de su propiedad y me acompañó pocos meses después, a la capital de los turcos, donde fui vendida a un poderoso Visir. Fui encerrada en un gran harén, en las cercanías del mar, y de aquella gran prisión sólo marché muerta. El Visir no era ya joven, pero sí fiero y vigoroso. Le agradé y durante mucho tiempo me buscó más que a las otras. La llegada de nuevas esclavas me quitó, poco a poco, los privilegios de la favorita. El dueño no me desdénaba, pero tampoco me prefería. Así pasaron algunos años más melancólicos que alegres.

Había en medio de la vivienda de las mujeres un hermoso jardín con plantas de lujo y fuentes. De la naturaleza no vi, en todo aquel tiempo más que el jardín, que apenas tenía cien pasos de largo. Los días eran largos e iguales; las noches eran largas e insomnes. No tenía ya otras alegrías que los bajos placeres de la mesa, del baño caliente, de los perfumes y de las golosinas. Ningún acontecimiento rompía la marcha igual de la vida fuera de los desprecios del Eunuco Negro y de sus criados, los caprichos y las indirectas de mis compañeras, las inesperadas apariciones del Visir con su barba casi blanca y sus manos sudorosas y blandas, que distraídamente me acariciaban los pómulos y la barbilla.

En las eternas horas de ocio pensaba a veces en las bellas montañas de mi niñez, en mi padre asesinado, en los hermanos que ya no había vuelto a ver, y, a veces, también en Dios, que conocía mal y que, a lo que parecía, no se cuidaba de mí ni de mi suerte. Bastaba una música lejana, en aquellos momentos, para hacerme llorar.

Aquella vida de inacción y de reclusión me hizo perezosa y, con el tiempo, gruesa y asmática. Mi haraganería era al final tan grande que durante días enteros sólo dejaba el lecho para el baño y la mesa en común. Las antiguas favoritas envejecidas conmigo, gruesas e indolentes como yo, eran la única compañía en aquella cárcel bochornosa y tediosa. Alguna vez, el más viejo de los eunucos nos contaba las patrañas de Gafar y de Simbas o nos narraba las guerras del Sultán y Los escándalos de la corte.

Llegó la muerte de nuestro Visir y su hijo quiso que las antiguas favoritas de su padre fuesen dedicadas a tejer y a bordar para sus esposas. Y en la gravosa molestia de aquel trabajo forzado acabó mi vida.

Ésta fue mi suerte. Fui poseída violentamente, pero no amada; no pude amar a nadie. Estuve prisionera desde la niñez a la muerte y no conocí otros hombres que los eunucos, otras mujeres que mis compañeras de desventura. No vi en el mundo más que el monte nativo y el harén; no tuve otra alegría desde que fui joven, excepto el canto solitario. No conocí el amor, no conocí la maternidad. No he podido entender nunca si mi vida fue enteramente inocente o fue también culpable. Sólo puedo decir que fue sacrificada y fastidiosa, más digna de animal doméstico que de mujer nacida libre. ¿Por qué misteriosa expiación ha permitido Dios que tantas criaturas humanas, tantas de sus hijas, fuesen de tal modo ofendidas y embrutecidas lo mismo que yo?

## PALILLOS

Toda mi vida fui servidor, pero no supe amar ni odiar a mis amos. Sólo supe padecer y ocultar mi padecimiento.

En mí existía una marioneta resignada, a menudo vencida por la secreta congoja del plebeyo descontento. Pasaba en un mismo día desde las zalamerías del can al rechinar del lobo. Mi vida oscilaba entre la envidia y la reverencia, entre el remordimiento y la intolerancia, la lentitud de la máquina y la fiebre de la rebelión.

Admiré, a veces, a mis señores; casi siempre los desprecié, pero no supe reducir mi corazón ni al verdadero afecto ni a la verdadera aversión. Lo uno y lo otro me hubieran hecho más semejante a ellos, casi su compañero, casi su rival. De un modo o de otro me hubiera elevado por encima de la humilde condición de ejecutor de órdenes, de instrumento inferior. Mi vacilación me tuvo siempre abajo, en el limbo de los subordinados.

Fui secretario y confidente de muchos grandes de la tierra, pero no supe sentir más que el asco de la servidumbre, jamás la dignidad de una tarea libremente aceptada. Me agradaba saber los más celosos secretos, pero sólo para divulgarlos o para rebajar ante mis ojos la grandeza de aquellos que me los confiaban.

Me sentía, a veces, estúpidamente vanaglorioso de las riquezas, de los honores, de la fama de aquellos que pagaban mi palabra y mi pluma, y» sin embargo, gozaba malignamente si la ruina, la desgracia, la impopularidad amenazaban a mis señores.

Fui bastante agudo para descubrir las debilidades de los fuertes y las miserias de los poderosos, pero no bastante generoso para reconocer la alteza del espíritu o la fuerza de la mente, cuando existían, aunque estuviesen acompañadas de vicios y de infamias.

A veces, estaba persuadido de que era mejor que quienes me mandaban, pero no supe nunca manifestar ni probar mi supuesta superioridad ni con palabras ni con hechos. Fui decidido y desdeñoso únicamente con quienes estaban aún más bajo que yo. Me casé con una mujer pobre para tener derecho a desahogar sobre ella los rencores de una vida inútil y amarga. Mi única compensación, necesariamente demasiado rara, fue la traición.

Nunca me he perdonado a mí mismo y no espero que me perdone Aquel que también quiso llevar a los servidores la libertad.

ANTINOO

Ángel

Singularísima fue tu suerte. Primero esclavo, después favorito de un amo del mundo. Después de haber prostituido tu cuerpo lo ahogaste voluntariamente en un río. Finalmente, apenas muerto, fuiste venerado como un dios, con sacerdotes dedicados a tu culto. ¿Puedes decir, Antinoo, la última palabra sobre el misterio de tu vida?

Antinoo

En una sola palabra está el misterio: belleza. También la belleza del cuerpo, como todo don fuera de lo ordinario, era un castigo para los hombres. Si la inusitada deformidad fue tenida como expiación de algún defecto del alma, la insólita belleza era indicio y presagio de desgracia.

Desde niño todos me consideraron bellísimo, pero la armónica perfección de mi persona me llevó, de sacrificio en sacrificio, hasta el supremo.

Fui esclavo, como has dicho, pero la admiración ajena me hizo más esclavo que cualquier otro esclavo. Llegué a ser propiedad del emperador Adriano y su pasión por mí aumentó el peso de mi esclavitud. Innumerables mujeres me envidiaban como si les hubiese arrebatado lo que sólo a ellas pertenecía; otras innumerables mujeres me atormentaban con la persecución de su deseo. Los amigos, los compañeros, los cortesanos, los criados del príncipe, me detestaban, sospechosos del dominio que, a su parecer, había usurpado en el ánimo de Adriano. Nadie, excepto el emperador, me amaba. Pero más que amor era frenesí, y tan desmedido que mi condición de esclavo se hizo todavía más vergonzosa y dolorosa. En algunos momentos imploraba a los dioses que la manía de mi dueño se cambiase en un sentimiento menos opresivo, acaso en indiferencia. Su amor hacia mí era, algunos días, más cruel que el odio.

El favorito de un poderoso era, a veces, dueño del dueño, pero con frecuencia más temeroso aún que el último siervo. Dueño siempre en peligro de perder la gracia del verdadero dueño; esclavo siempre humillado, aun sin querer, por su poseedor; esclavo siempre odiado, aunque fuera ocultamente, por los demás esclavos.

Pero más que toda tortura, otro pensamiento me hacía desgraciado. Sabía muy bien que el encanto imperioso de la belleza está unido a la juventud. Quien sólo tenía la supremacía de la forma exterior, sin la grandeza del genio, no podía esperar un largo reinado. La belleza no era como la sabiduría y la inteligencia, que constantemente florecían y maduraban más con la edad. En mí sólo había un signo de los grandes genios: una sorda y tenaz melancolía. Suficiente, decían, para aumentar mi belleza; demasiado para confiar en un futuro menos triste.

¿Qué mejor podía hacer que quitarme la vida en la plenitud de mi esplendor y de mi poder?

El porvenir no podía ser para mí más que decadencia, marchitez, aflicción, dolor, abandono, desprecio u olvido. Mejor era ser víctima de un sacrificio digno en la hora del triunfo que convertirme, con el tiempo, en ludibrio de los rencores e innoble viejo infamado por los desprecios y por los años.

La ocasión se ofreció pronto. Un mago sirio había dicho al emperador que su salud, ya débil, no resistiría al mal inminente si un joven no ofreciese espontáneamente su vida para salvar la de Adriano.

Decidí inmediatamente truncar mi infelicidad presente y evitar la futura ofreciéndome como víctima sacrificante para la salvación del príncipe. Una noche estrellada, mientras navegábamos lentamente en la barca imperial por la corriente del Nilo, me precipité en las aguas, que me extinguieron y me ocultaron para siempre.

Había dejado una carta para Adriano donde le abría mi alma y las razones de mi acto. Le mostré así a él y a los pueblos que mi naturaleza no era vil, como muchos pensaban, y que me descargaba de la fortuna y del poder para testimoniar mi devoción a aquel que había creído amarme.

Mi muerte, aunque condenada como ofensa a los Dioses, es, quizás, el acto más noble de una vida destinada, no obstante las apariencias, a la abyección y a la desventura.

Aquella muerte voluntaria espero que me valga la reconciliación en una inmortalidad más verdadera.

## EADIL

Llegó, por fin, para mí también, Eadil de Calcedonia, el día de oro de la justicia. El que humille a los que me han humillado, quien abraza a los que me han quemado, quien triture a los que me han devorado, será para siempre mi Dios.

¿Qué mal hacía cuando al lado de mi mujer araba mis campos y pacía mis caballos en la tierra donde había nacido? No pedía nada a nadie, no quitaba nada a nadie; era feliz y libre

como la zorra en el bosque y la trucha en el torrente.

No anduve, como enemigo, en busca de enemigos. Vinieron ellos, a través de los montes del sur, para amenazarme. Vinieron los hombres bajados del mar, los hombres que recorrían el mundo, armados y hambrientos, en busca de pueblos que saquear y de gentes que subyugar. Mi patria no era feraz ni fértil, pero éstos, ansiosos de estrujar y de robar, habían llegado hasta el extremo septentrional impulsados por la insolente insaciabilidad de los salteadores.

Cuando el jefe de mi tribu, Galgaco, llamó a los hombres para la defensa, no fui de los últimos en acudir. Nuestra causa era justa, pero los dioses nos traicionaron y la fuerza de los enemigos superó a nuestro valor. Fui herido y hecho prisionero. En cuanto sané fui llevado por mar a la Galia y vendido en Narbona por muchas monedas, pues era joven, alto y gallardo.

Pero yo, que no había tenido otros amos que a mi padre y a mí mismo, no podía resignarme a ser esclavo. Hui, fui cogido y marcado con fuego. Pero apenas me quitaron las cadenas pude apoderarme de un hacha, maté a mis amos y hui por segunda vez al bosque, donde me hice jefe de otros esclavos fugitivos lo mismo que yo.

Nuestra guerra contra los ladrones del mundo no tuvo piedad. Nos llamaban ladrones a nosotros, a quienes ellos mismos nos habían arrancado de nuestras casas, de nuestro trabajo de paz. ¿Quién les hubiera conocido ni molestado jamás si ellos no hubieran invadido, como bestias rapaces, nuestra patria inocente? La ley del talión era contra ellos suma justicia. Despojábamos a quien robó, encerrábamos en nuestras cuevas a quien nos había recluso en los ergástulos, matábamos a los que nos habían torturado. Nos llamaban bandoleros, pero, en verdad, éramos vengadores y justicieros.

Un día, sin embargo, me alcanzó el dardo de un soldado, fui cogido y crucificado. Desde aquel día espero el resarcimiento de las desgracias, el premio de mis tormentos. Soy ante Dios un acreedor y Él reconocerá el sagrado derecho de Eadil, hombre libre de Calcedonia De otra forma, ¿para qué me habría devuelto carne, vida y palabra?

## LAMPE

No fui más que el humilde servidor de un gran hombre, de un filósofo célebre. No tuve en el mundo otra ambición ni otra alegría que cumplir mi obligación hacia aquel respetable pero extraño y desgraciado señor. Yo me ocupaba de protegerlo de todos los daños y de todos los peligros, de hacer que no sintiera demasiado las aristas y las incomodidades de

la vida. Porque él, el famoso profesor Kant, no sabía ni comprendía nada fuera de sus libros y de sus pensamientos. Fuera de allí era como una marioneta que tuviese en la cabeza un mecanismo de relojería y se ponía en movimiento a la hora exacta, como las figurillas de los relojes, y siempre hacía las mismas cosas todos los días, siempre las mismas.

El pobre hombre no tenía afectos de ningún género: no quería conocer parientes, no tenía mujer, ni hijos, ni siquiera verdaderos amigos. Su único placer, fuera del estudio, era entretenerse una hora en la mesa para beber con gentes de bien, pero que de ordinario tampoco eran profesores ni filósofos. Fuera de aquellos momentos parecía que perteneciese a otro mundo y hasta que hablase otra lengua. Acudí una vez, por curiosidad, a una de sus lecciones y me di cuenta de que pronunciaba discursos absolutamente ininteligibles para los simples cristianos.

Y, sin embargo, sin mí no hubiera sido capaz de vivir. Conocía sus costumbres y sus manías; lo guiaba y lo protegía como si hubiese sido un niño. Era yo quien le preparaba las comidas que apetecía más y digería mejor; era yo quien le cuidaba y lo curaba mejor que los médicos cuando la fiebre y el catarro oscurecían su Razón Pura. No faltaba a ninguna obligación de buen servidor: sin mí hubiese salido con el gabán polvoriento y las botas llenas de barro, sin mí no hubiera tenido su estufa bien caliente, su cama bien hecha, sus plumas bien templadas.

Sin mí no hubiera podido escribir todos aquellos libros que, por lo que se decía, le habían dado a conocer entre los doctos de todo el mundo. Yo no los entendía, pero eran también un poco míos y nadie me conocía o lo reconocía. Sin mí ni siquiera hubiese podido vivir el famoso profesor Kant, y, sin embargo, parecía que no se daba cuenta de mi presencia. No tenía siquiera necesidad de llamarme porque conocía al dedillo su naturaleza y su horario. Me había convertido en un autómeta al servicio de otro autómeta.

Tenía el corazón seco, árido como la pómez. No me dio nunca un tálero más del salario pactado, no me dirigió jamás una palabra amable ni siquiera cuando me veía cansado o triste.

De mí sólo se dio cuenta cuando morí. Descubrió entonces cuán valiosa había sido mi actuación, pues ya no logró nunca encontrar un criado que hiciese lo que yo había hecho con él. Pero el dolor de mi desaparición no significaba afecto hacia mí, sino cosa muy distinta. Algún tiempo después de mi muerte escribió en uno de los cuadernos donde apuntaba sus pensamientos: acordarse de olvidar a Lampe. Tan extrañas palabras fueron el epitafio y el panegírico de quien había salvaguardado su vida y su obra durante más de treinta años.

No le guardo rencor. No era un hombre como los demás, venía quizá de otro planeta,



era acaso de otra especie. Me preguntaba, a veces, si, no obstante la apariencia, era verdaderamente un hombre.

Estoy contento, de todas formas, por haber cumplido enteramente mi deber hacia él y quizás algo más de mi deber. Los buenos servidores, puntuales y fieles, eran necesarios en la sociedad humana; más necesarios, me parece, que ciertos señores y, aun, que ciertos filósofos. También el servir tenía su nobleza y, en algunos casos, su grandeza. Si en estas palabras hubiese soberbia nuestro Señor las perdone junto con mis demás pecados.

## DESSALINES

Ángel

Se dijo de ti que no respetaste a ningún hombre en tu ira ni a ninguna mujer en tu libidine. Eras tan perversamente inhumano que tus mismos secuaces, al fin, te aplastaron como se aplasta a un escorpión enfurecido ¿Qué puedes responder ante esta acusación?

Des salines

Los vencidos no tienen ya con qué dorar los bolsillos y comprar las palabras de los panegiristas y apologistas. ¿Y hubo jamás en la tierra verdadera justicia hacia un negro? Antes de arrojarme de nuevo a la cara el vitriolo fabricado por mis enemigos hubieras podido recorrer con tu pensamiento las jornadas de mi destino. ¿No lo sabes? ¿No lo recuerdas? Nací libre de padres libres en un pueblo de la Guinea, pero aún antes de que fuese admitido en la choza de los ancianos fui cogido, vendido, encadenado, embarcado, enviado lejos a sudar y a sufrir bajo crueles amos. Deberías saber, siervo del Señor, lo que era la vida de los esclavos antes de la gran rebelión. Muchas veces, yo que te hablo, fui azotado hasta derramar sangre y sobre la espalda despellejada se me ponía, a manera de bálsamo, pimienta de Cayena. Infinitas veces mi rostro fue aprisionado por el bozal, por temor a que chupase una caña de azúcar. Y un día, porque no había querido ir con los demás al trabajo, fui clavado por una oreja a la puerta de la cabaña. Durante treinta años, durante treinta larguísimos, eternos y atroces años, soporté lo que podía llamarse, más bien que vida, persecución y desesperación.

Cuando algunos blancos, más locos que generosos, concedieron a los negros derechos y libertad, me lancé a la rebelión como un león desenjaulado se arrojaría sobre una manada de ganado. Mi valor, es decir, la furia de mi voracidad de venganza, me valió el nombramiento de capitán del ejército negro y luego el triunfo de dictador de la isla liberada. Supe vencer a ingleses y franceses y, finalmente, me coroné emperador, como había hecho aquel otro, allá en Europa, dos años antes que yo. Detente ahora y no te admires si aquel que

está ante ti fue trastornado por la embriaguez del orgullo y quizá por el delirio de la locura. Reflexiona un instante. Era negro, es decir, de la raza más envilecida de los hombres, y había logrado vencer los ejércitos de los blancos. Había sido durante treinta años esclavo, es decir, carne de cadena y de látigo, y me había convertido en libre y en regidor de libres. Había tenido que obedecer durante treinta años los mandatos y los caprichos de amos ricos, perezosos y viles, y ahora todo un pueblo me obedecía y temía como a su emperador. ¿A qué otros hombres tocó en suerte una aventura tan deslumbradora? ¿Y cuántos de ellos pudieron salvarse de las tentaciones de la fortuna, del rojo demonio del poder absoluto?

Toda la inmunda miseria de mis treinta años de esclavitud hervía ahora en hambre de riqueza y de goces. Las humillaciones padecidas, la rabia devorada eructaban ahora en vientos de potencia y de prepotencia. Había tenido que renunciar al desahogo de amor en la juventud y ahora toda mujer joven me parecía puerta del paraíso perdido, una presa debida a mi placer. Había visto brotar y correr la sangre de mi cuerpo y ahora tenía la manía y el ansia de ver correr y brotar la sangre ajena.

Tenía, en definitiva, una insaciable necesidad de vengarme, de vengarme contra el pasado, contra el recuerdo y la vergüenza, contra quien tuviese cara y figura de hombre. Mis entrañas estaban envenenadas por el deseo de la venganza; en mi mente no nacía un pensamiento que no tuviese el color de la venganza. ¿Y qué otra cosa nos enseñaban los antiguos amos de Francia, sino que era derecho, deber del hombre vengarse de los tiranos? ¿Y qué otra cosa nos enseñaban los sacerdotes, sino que Dios se vengará por los siglos de los siglos de aquellos que han osado desobedecer sus leyes? ¿Y de qué otro modo puede vengarse plenamente un antiguo esclavo, sino convirtiéndose en tirano? ¿No era el dueño de un pueblo? ¿No era el jefe de una multitud armada? ¿No era, acaso, el emperador? ¿Quién podía frenarme? ¿Quién podía apagar mi fantasía, coser mis labios?

Mientras en la isla hubo blancos pude ofrecer alimento cotidiano a mi apetito de venganza. Pero los blancos se acabaron; la mayoría dentro de las fosas, los otros más allá del mar. No quedaban otras víctimas que mis gentes, los negros. Acostumbrado al mando y a la sangre, no podía desacostumbrarme en un instante. Mando y muerte fueron siempre los juegos más apasionantes de los hombres.

Dos años de tiranía no bastaron para compensar treinta años de suplicio. Pero la embriaguez de la venganza me veló, me cegó, tanto que no vi a tiempo la traición. En una emboscada mi sangre chorreó por última vez de mi carne ferrosa.

¿Y me habéis hecho resucitar, aquí arriba, para condenarme a una esclavitud más espantosa? El gran tirano del mundo no se atreverá ¡a encadenar al emperador Dessalines.

## CORO DE LOS INTOCABLES

He aquí los que todos huyeron, los parias, los leprosos, los expulsados, los rechazados, los inmundos, los últimos, aquellos que a todo hombre sano y señor le inspiraban repugnancia y, a veces, horror.

Todos nos mantenían lejos porque veían en nosotros a los impuros, a los contagiados, a los malditos, los de sangre innoble y envenenada que nadie podía ni debía ni se atrevía a tocar condenados a guarecerse en sus tugurios o a ser encerrados en las leproserías y en los lazaretos para que no ofendieran ni siquiera con la vista y con el aliento a los legítimos usufructuarios de la tierra.

La soledad era nuestro dominio; la humillación, nuestra sola heredad; la vergüenza, nuestro pan; el mal, nuestro único patrimonio. Por las calles de nuestra patria éramos como intrusos mal tolerados, en medio de los trofeos de la vida éramos como muertos indignos hasta de la sepultura.

Y, sin embargo, aunque considerados la basura y la hez del mundo, fue grande nuestro poder sobre aquellos que nos expulsaban de su consorcio.

Grande nuestro poder porque todos tenían temor de nosotros. Estábamos inermes y ante nosotros huían aun los más temerarios hombres de guerra.

Éramos débiles y fuera de la ley, pero ante nosotros huían aún los monarcas y los poderosos.

Éramos humildes y esclavos y, sin embargo, ante nosotros huían aun las mujeres amorosas y los niños inocentes.

Nuestra presencia helaba a los fuertes, nuestra mano tendida y vacía, sucia y llagada, hacía retroceder y temblar toda mano.

Porque también la miseria es una riqueza que da miedo a los ricos y la enfermedad un don que da repugnancia a los incontaminados y la desesperación una fuerza que aterroriza a los valientes. Tú solo, Dios, que eres Amor y Poder, no retiraste tu mano de nosotros y tu Hijo tocó a los intocables, sanó a los leprosos, convocó a su banquete a los deformes y a los mendigos, prometió a los últimos que serían los primeros.

Pero sólo algún imitador tuyo, algún Santo hecho semejante a nosotros, se atrevió a seguir tu ejemplo.

Los demás no esquivaban a los que eran leprosos del alma, antes bien los acariciaban y los abrazaban, no huían de los que estaban agusanados de pecados, sino que los excusaban y los protegían, no huían de los que eran sordos para la caridad, sino que les sonreían y se les acercaban.

Huían únicamente de nosotros, porque en nosotros veían a los necesitados, a los inútiles, a los acreedores que esperan en silencio, a los hermanos bastardos, a los malditos.

Y ahora estamos aquí resucitados, lo mismo que los grandes, en tu presencia con la veste luminosa que Tú nos has querido restituir también a nosotros y los soberbios brahmanes, los presuntuosos fariseos, los feroces hombres de armas, los soberbios mercaderes, todos los grandes y los hartos que allí abajo nos rechazaron sin piedad nos ven con estupor junto a ellos, iguales que ellos en tu luz y quizás en su corazón nos envidian, pues ahora se dan cuenta de que han sido, en la cumbre de su esplendor, más inmundos y abandonados que nosotros.

Si tu divina promesa es válida aún y a nosotros, los últimos, nos llamarás para que seamos los primeros en tu reino acoge nuestra oración, Dios que te llamaste Amor cede a nuestra intercesión y no descargues tu mano de justicia sobre aquellos que estuvieron a veces, allá en el mundo, más muertos que los muertos.

LUJURIOSOS [Y SENSUALES] MUJERES AMOROSAS MUJERES  
DESGRACIADAS

LUJURIOSOS [Y SENSUALES.]

HERODES ANTIPAS

Ángel

¿Eres tú el esposo incestuoso de Herodías y el asesino de los protesta? ¿Qué puedes decir en tu disculpa?

## Herodes Antipas

La verdad del primer punto de acusación no la puedo negar d«2 todo, pero la del segundo, sí. La felicidad y la infelicidad de mi vida tuvieron un solo nombre: Herodías. No fue elección mía, sino imposición de Eros. Yo tenía ya mujer y ella marido, y, sin embargo, sentí, de improviso, que no hubiera podido vivir sin aquella mujer, aunque fuese sobrina mía y esposa de mi hermano. Toda mi sangre la deseaba, todo mi ser se precipitó hacia ella, hermosa, cálida, apasionada, como una parte esencial de mí mismo perdida y encontrada. Esto era el terrible poder de Eros, que se arrojaba sobre el hombre, de improviso/sin que el hombre pudiera defenderse. Y si Dios no nos dio escudo bastante templado para salvarse de aquellos asaltos, ¿cómo podrá condenar a la9 víctimas de la invicta Afrodita? Un solo camino de fuga tenía ante mí para prescindir de Herodías: la muerte, pues sin ella era inconcebible vivir. Pero ¿cuántos mortales fueron héroes hasta el punto de preferir el helado lecho de un sepulcro a las dulzuras de una mujer amada?

¿Piensas que yo, hijo de un idumeo y de una samaritana, educado latinamente en Roma, estaba de veras vinculado como los hebreos a la ley de Moisés?

De todas formas pagué a durísimo precio la posesión de aquella mujer. Por causa de ella tuve que decapitar a Juan el Bautista, al que no hubiera querido matar; por consejo de su ambición corrí a Roma para ser rey y, en vez de ello, perdí el dominio de las provincias, la dignidad de tetrarca, mis bienes y tuve que morir en el destierro sin volver a ver nunca mi patria.

Quien me acuse de la muerte de Juan el Bautista es un desleal embustero. Aunque sabía desde hacía tiempo lo que el profeta pregonaba contra mí y aunque Herodías me había instigado muchas veces para que le hiciese detener, yo no lo habría encerrado nunca en una cárcel porque siempre tuve un temor reverencial hacia los profetas. Jamás di la orden de detener a Juan. Fueron algunos fariseos, despechados por sus invectivas, los que se complacieron en ponerlo en mis manos. Me puse contento por tenerlo cerca de mí; me agradaba interrogarle.

Aquella malaventurada noche de la fiesta prometí a la hija de Herodías lo que me pidiese, pero entendía oro y no sangre; ni siquiera por un momento pensé que pudiera pedir la cabeza de Juan. Hubiera puesto más a gusto a sus pies la mitad de mi reino. Pero estaba atado por mi juramento, hecho en presencia de toda la corte, y no podía rehusar lo que la muchacha, instigada por la madre, había pedido. Grande fue mi dolor, grande el remordimiento. De veras te digo que todavía hoy creo que soy inocente de la muerte de aquel justo.

¿Y qué otros hombres de Dios fueron luego perseguidos por mí? Después de la muerte de Juan oí hablar de un nuevo profeta, Jesús de Nazaret, que anunciaba extraños mensajes y realizaba prodigios inauditos. Decían algunos que era Juan resucitado, y por esta razón traté también de encontrarme con él, porque me hubiera alegrado que fuese verdad lo que contaban y le habría pedido sinceramente perdón por la condena no querida. Pero Jesús no aceptó mis invitaciones y siempre me huyó. Hubiera podido hacerlo conducir por la fuerza a mi presencia porque, al fin y al cabo, era súbdito mío y súbdito desobediente. No quise hacer uso de la fuerza y sólo pude conocer a Jesús el día de su muerte. Cuando Pilatos le hizo comparecer ante mí, me alegré de ello. Esperaba que me dijese alguna palabra profunda, esperaba que hiciese ante mis ojos uno de sus milagros. Fui amargamente desilusionado y beñado. Le interrogué largamente, con paciente benignidad, pero Jesús no quiso proferir palabra. Hubiera tenido justo motivo de desdén y, sin embargo, quise mostrarme con él magnánimo hasta lo último y ordené a los criados que le pusieran una túnica blanca, símbolo de inocencia. No quise condenarlo porque lo consideraba inculpable, a despecho de los bramidos y rugidos judíos, y, por mí vestido cándidamente, lo envié de nuevo a Pilatos, con ánimo tranquilo porque sabía que también el procurador creía en su inocencia. ¿Podía dar testimonio, de un modo más claro, a favor del Hijo del Hombre?

Pero Él mismo había señalado y querido su suerte y no fue posible sustraerlo a la cruz. Pero puedo afirmar que ni una gota de la sangre de Jesús de Nazaret pudo recaer sobre mí.

Si fui castigado por César tuvo la culpa de ello mi doble incestuoso adulterio y el haber cedido demasiado a las instigaciones de Herodías. La primera culpa fue expiada por mí; la segunda, como te he mostrado, es mera calumnia. Puedo afrontar, con alguna esperanza, el último Juicio.

## HARADIAN

¿Qué marca de vergüenza hay señalada en mi página? Ninguna. Mi vida fue transparente como el papiro nuevo que muestra al sol de mayo la clara filigrana de sus nervaduras. Y aunque algún pecado se hubiese introducido furtivamente en el alma desatenta, estoy cierto que le servirá de contrapeso mi virtud cardinal de engendrador incansable.

No he desafiado a Dios, y mucho menos lo he traicionado. Acaso reconozca que he intentado copiarlo, aunque sea como una hormiga alada se parece a un buitre. También a mí se me podía atribuir el nombre divino de padre de los vivientes. Porque mi vocación, nunca contradicha, fue precisamente la paternidad.

Mi padre no tuvo mujer, pero me dejó toda su propiedad, que era inmensa. Yo no recibí del Dios misericordioso ninguna especial aptitud más que la de amar. No sentía ningún

afán de gobernar, matar, divertir o engañar a los hombres. Me sentía impulsado, por el contrario, a crear nuevos hombres, a favorecer en la tierra el cálido florecimiento de la vida, acrecer el pulular de los seres provistos de alma. La ley seguida por mí y la riqueza de mi padre me permitían hospedar en mi casa una legión de esposas. A todas las podía acoger en mi corazón, que era generoso; a todas podía fecundarlas con mi vigor varonil no descaecido por los trabajos de la mente ni por los afanes del ánimo. Mi amplia casa en medio de los jardines de Ispahán centelleaba de pupilas rientes, de gemas radiantes, de alegre concordia.

Los nacimientos eran frecuentes como las fiestas campestres. En un solo año conté dieciocho nacimientos, mies feliz de bocas gritadoras y mamadoras. Cuando tuve cincuenta años la riqueza de mi sangre ascendía a más de doscientos entre hijos e hijas, sin contar los robados, todavía tiernos, por las uñas de la muerte.

Si creyeres que era llevado a esto por el deleite sensual, estarías en un error. Los verdaderos libidinosos son infecundos. Sería un sucio hipócrita si negase que mis esposas—casi todas jóvenes y bellas— me causaban placer. Pero en la mujer yo veía, más que un gusto de voluptuosidad, la promesa de la maternidad.

Experimentaba una alegría física, además de espiritual, al sentirme rodeado de tantas criaturas tiernas, alegres y bien formadas que habían- nacido de mi semilla.

Seguía con vigilante amor el crecimiento de aquellos dones milagrosos. Todo me agradaba en mis hijos: incluso el llanto, incluso los sudores de la fiebre y los gemidos nocturnos. Me gustaba pasar mi mano sobre los cabellos suaves, estrechar aquellas manecitas frágiles, besar aquellos labios húmedos que tenían el rojo casto de la sangre y la blandura perfumada del melocotón. Me embriagaba suavemente pensando que todos aquellos cuerpos morenos, tibios, flexibles, iluminados por el esplendor de la niñez y de la juventud, eran obra mía, vástagos y frutos de mi sangre. De mi voluntad y de mi poder había surgido aquel rebosar de vida en flor, de vida creciente y vencedora.

Si la vida es la obra maestra de Dios y por Él fue concebida y dada, ¿por qué no multiplicarla? ¿No mandó a los Patriarcas el Antiguo de los Días: creced y multiplicaos? La promesa más elevada del Eterno a su pueblo ¿no fue que sus hijos serían numerosos como la arena del mar, como las estrellas del cielo?

Todo el Antiguo Testamento es el alborozo de la prole que puebla los desiertos. El Dios verdadero es un Dios de los padres; odia a los maridos avaros, a los masturbadores, a los homosexuales, a los defraudadores contra la naturaleza. Dios quiere que el germen del hombre santifique el vientre de la mujer y que ellas den a luz nuevos cuerpos que alberguen a nuevas almas inmortales para servir y adorar al Creador. La vida antigua, la vida verdadera y

justa, fue un perenne manar de simiente que inundaba la tierra bajo la vista paternal del fecundador del abismo. Cuando recuerdo los cuatrocientos ojos que me miraban con reverente y confiado afecto, cuando vuelvo a oír las doscientas voces que me llamaban con el sagrado nombre que el mundo da a Dios, tengo la certeza de que los eunucos y los onanistas no serán los que se salven, sino, ante todo, los padres y los multiplicadores de las generaciones, los aliados de la vida contra la muerte. Con esta certeza me prosterno seguro ante el único Padre de los mundos y de los hombres.

## CASANOVA

Tú sabes y todos supieron cuál fue mi vida allá abajo. Aventurero más que literato, charlatán más que filósofo, Pero, sobre todo, cazador y gozador de mujeres, de toda condición y especie, de mujeres vírgenes o prostitutas, monjas o esposas, jovencitas en flor o matronas ya demasiado marchitas.

No amé a ninguna mujer, pero las deseé a todas y todas las que me agradaron pude poseerlas, dóciles y agradecidas. El fin y el acto supremo de la vida humana era, para mí, la unión, y el amor no era a mis ojos más que la efímera alianza de dos cuerpos en ardor.

No ofrecía a las mujeres suspiros o madrigales, sino sólo el aliento ardiente del deseo, el vigor siempre despierto de un cuerpo hermoso. En las mujeres sólo veía máquinas de deleite. Todo lo demás era contorno, guarnición afrodisíaca. Gozaba de la victoria lo mismo que de la posesión, pero ninguna mujer, aunque muy rica de belleza y de brío, me tuvo prisionero. Mi amor no era más que ansía y reconocimiento carnal. Cada mujer era para mí una experiencia nueva, una figura más en mi harén de recuerdos, una comprobación de mi poder erótico.

De este modo viví durante largos años, arrastrado a través de Europa por el calor de mis ansias y de mis fantasías.

Luego vino la expiación. Los últimos treinta años de mi vida no fueron más que vergüenza y suplicio. Perseguido por la miseria y por la policía, mofado y rechazado por las mujeres, me reduje a ser espía errante y parásito mal tolerado.

El que había sido deseado y abrazado por las mujeres más ardientes y elegantes de cinco naciones conoció, por último, la humillación más in-deciblemente humillante: la repulsa de una meretriz de Viena y de una fregona de Bohemia a las cuales me había ofrecido por marido.



Y entonces, espectro encorvado, demacrado y desfigurado, me refugié en el recuerdo de las épocas triunfales, quise volver a saborear en la rumia babosa de la memoria, mis bravatas y fanfarronerías de sátiro afortunado. Escribí aquel sucio libro que me hizo, para siempre, más famoso que infame.

Ahora, enseñado por la muerte, casi tengo repugnancia de mí mismo Creí conquistar y no fui más que el siervo de mi lujuria; me imaginé gozar y ni siquiera obtuve la saciedad. Mi carrera, en apariencia victoriosa, fue toda ella una abdicación.

También yo tenía un alma inmortal y no fui más que una marioneta de la lujuria; poseía un ingenio vivo y lo convertí en un alcahuete de salones y de hosterías; tenía un cuerpo hecho a imagen de Dios y lo envilecí hasta la máxima degradación. Hubiera podido amar, crear, servir, combatir y, por el contrario, arrojé todo el jugo de la vida para dar y experimentar unos millares de sobresaltos espasmódicos, de orgasmos estériles, siempre ansiados, siempre los mismos.

En vez de ser un hombre, es decir, un señor de la tierra que descubre y domina la naturaleza, no fui más que un macho, nada más que un sexo. Había nacido, quizá, semidiós y no llegué a ser más que una fatua bestia.

Aquellos treinta años de fornicaciones vagabundas los compensé con treinta años de infames compromisos, de serviles decadencias, de rabiosas rumias. Pero ahora ¿con qué precio volveré a comprar mi vida perdida, deshojada y liquidada en los lupanares y en las alcobas?

Desconocí o desprecié al Creador, pero no supe amar ni siquiera a una sola de sus criaturas. ¿Cómo podré, por consiguiente, apelar a Aquel que sólo pidió amor?

DE SADE

Ángel

En la tierra figurabas en el libro de las vergüenzas humanas. Aun los pecadores vieron en ti un monstruo, un mestizo de vampiro y de gorila. Concupiscencia y ferocidad se unieron en tu espíritu insensato y sólo la prisión y la locura pusieron un término a tus apologías de sátiro sanguinario.

De Sade

¿Por qué repites el estribillo de mis exagerados difamadores? Tú sabes cómo andaban las cosas entre aquellos temerosos gruñidores que manchaban mi globo nativo. Sufrían alucinaciones y rencores. Veían en cada cuchillito una cimitarra, en cada lagartija un cocodrilo. Comprendían poco y odiaban mucho; odiaban sobre todo a quien tenía la ingenuidad de hablar abiertamente de las cosas que todos hacían secretamente. Me parecían marmotas con las uñas arsenicadas.

Mi lujuria no era superior a la que fermenta en la mayor parte de los hombres; mi crueldad fue bastante más imaginativa e imaginaria que real.

Tuve sólo la equivocación, o mejor, el mérito de desentrañar el verdadero sentido de aquel culto de la naturaleza que florecía en mi tiempo. Todos decían: seguid a la naturaleza, imitad a la naturaleza. La naturaleza es perfecta, es sana, es divina, es salvación, es pureza para los hombres, Y yo me uní al coro y tomé a la naturaleza como maestra. Pero vi muy pronto lo que todos habrían podido ver: que la naturaleza está llena de injusticias, de crueldades, de abusos, de estragos, y que consiste en una continua inmolación de los inocentes. Imitar a la naturaleza significa ser devoradores y asesinos sin reposo ni remordimiento. Lujuria y ferocidad no eran invenciones más, sino fuerzas primigenias y universales en todos los reinos de los vivientes. El hombre, de un modo particular, busca uno de sus placeres propios en hacer sufrir. La cruel dad era el condimento y el contorno de todas las historias de los pueblos, aun de la historia erótica. Tiberio y el señor de Retz vivieron algún siglo antes que yo.

Pero lo que más admira y más me absuelve es el encontrar la crueldad como acompañante de todas las religiones. Los antiguos sacrificios humanos, las guerras de exterminio contra los herejes, los potros y las piras de la Inquisición no han salido, que yo sepa, de mi fantasía. Hasta la religión más suave y amable que hubo en la tierra, la cristiana, no escapaba de la crueldad. Aconsejaba o, por lo menos, toleraba la crueldad de los ascetas hacia su propio cuerpo; pintaba con mal disimulada complacencia las crueldades de los demonios con los condenados del infierno.

La crueldad, por consiguiente, no es siempre un mal en sí misma. El fin podía justificarla.

Ángel

Pero tu fin era abominable. Buscabas un horrible goce en el sufrimiento ajeno. Tus sofismas son velos de voz que no lograrán nunca ocultar tu repugnancia. No fuiste más que un sátiro en delirio y te faltó todo genio excepto el del mal.

De Sade

¿No has pensado nunca que en mí la desesperación fue inmensamente más honda y más fuerte que la maldad? ¿Quién te dice que yo no sufriese más que mis víctimas? Quien no ha comprendido el horror de la insaciabilidad carnal no puede comprenderme. Quien sólo buscaba en la lujuria un desahogo y un placer natural no ha conocido nunca la infernal agonía de aquellos que buscan en la unión lo absoluto de una imposible unidad. La comunión viene de la sangre, es y está en la sangre. Amor y muerte no es un lugar común de poetas, sino una espantosa verdad de la vida. Y el desesperado sólo puede desenfurecerse sobre las criaturas que deseó en vano. Mi tortura fue aliviada por la demencia y encontró su fin con la muerte. Pero ahora he resucitado y no me posee ya la locura. Veo el mal que hice, bastante menor de lo que pareció, pero veo más el mal que me hice a mí mismo. No tengo otra defensa contra la venganza de Dios que mi inaplicada infelicidad.

SACHER MASOCH

Ángel

Se dio tu nombre a una de las más insensatas manías del amor humano porque de tu perversión tomaste la materia para tus obras. Antes de morir conseguiste la liberación de aquel innoble martirio, pero como en toda locura hay un principio de responsabilidad y, por consiguiente, de culpa, ahora te preguntamos de qué modo pudo surgir aquella demencia y apoderarse de tu ánimo y envilecer hasta aquel punto a un poeta,

Sacher Masoch

Fue demencia la mía, vergonzosa e indigna de un héroe del espíritu como hubiera querido ser. Pero eres demasiado severo para mi doloroso pecado. Éste, como otros errores de la mente y de la carne, no fue más que la exageración de una forma de la busca heroica de la felicidad. No todos los hombres buscaron la felicidad en la alegría; muchos, y entre ellos los más altos ejemplos del género humano, la buscaron y la encontraron en el dolor. Piensa en los estoicos que gozaban de la pureza y la fuerza de su conciencia aun en los tormentos; recuerda a los ascetas de todos los tiempos y de todas las religiones que llegaban a la beatitud perfecta a través de la voluntaria tortura del cuerpo. Recuerda a Daniel que canta en el foso de los leones; a los mártires que sonreían estáticos en medio del fuego; a San Francisco que

encontraba la «perfecta alegría» en los malos tratos y en los golpes; en los humillados y ofendidos de Dostoiewski que saboreaban en la misma persecución del destino los más profundos deleites. Todos los santos, todos los poetas, han afirmado las divinas virtudes del sufrimiento, las divinas compensaciones del dolor.

Mi culpa, mi desventura, mi aberración, consistieron en llevar demasiado abajo, hasta el culto bestial, de Eros, aquel instinto heroico de la naturaleza humana, y en el invocado suplicio de mi cuerpo no busqué el sumo bien del espíritu, como los filósofos y los santos, sino un placer frenético de los sentidos. Era la degradación inmunda de una ley sublime. Y esta confesión es, a la vez, excusa y acusación: excusa si miras a la nobleza del primer principio; acusación si juzgas más repugnante el mal que nace de la putrefacción de un bien.

Evita a mi torpe desgracia el recuerdo y la narración de su origen. Te diré solamente que el amor me pareció, desde joven, la guerra cruel entre los dos sexos y que la mujer, al mismo tiempo temible y deseada, me pareció ya feroz como una fiera, ya imperiosa como una emperatriz. Y mi corrompida fantasía amó en ella a la bestia con su pelaje y sus garras, y al mismo tiempo, a la reina con su orgullo y sus caprichos. Después, las dos imágenes se confundieron en una sola, en la de una domadora con su piel y su látigo, leona y tirana a un mismo tiempo, devoradora y fustigante que promete el deleite como premio del terror. Y me convertí así en un miserable asceta al revés. Los antiguos eremitas se flagelaban para vencer las tentaciones de la carne y yo buscaba en los latigazos la satisfacción de mi libidinoso delirio. En mi abyección encontré mi castigo; en el arte busqué un camino de sublimación, pero sólo en la paternidad tuve mi redención. Durante muchos años mi vida terrena fue semejante a un infierno hecho más atroz por horribles placeres, tanto que cualquier condena me parecerá, frente a ello, un refrigerio.

DULCICIO

Ángel

¿No eres tú uno de aquellos que en la vida únicamente buscaron el deleite? Dime ahora lo que pides y esperas en la segunda vida que también para ti será eterna.

Dulcicio

Espero también ahora lo mismo que quise y saboreé en la tierra: la alegría, nada más que la alegría. No puedo pensar que, si ésta fue mi naturaleza y mi victoria, Dios vea en mí un pecador. ¿Acaso no fue Él quien puso al primer hombre en el jardín de toda delicia? ¿No prometió Él mismo, por boca del Salmista, que saciaría a sus fieles con torrentes de placer?

Si Dios es amor no puede ser más que alegría, porque amor es Leticia, deleite de los sentidos, delectación del alma. He creído siempre que el primer deber de todo cristiano era el hallazgo del paraíso terrenal. El paraíso fue perdido por Adán, pero el lugar de su exilio era un nuevo paraíso —a mi juicio— no inferior al primero. Aun el sudor de la frente era una alegría porque estaba compensado por el premio de la mies; aun los dolores del parto eran alegría por estar precedidos por el deleite del abrazo y seguidos por la consolación de los hijos. El más santo de los santos, Francisco, ¿no descubrió, acaso, que el dolor era la verdadera alegría? Cristo en la cruz, ¿no hubo de experimentar una alegría entera mente divina pensando en su corazón que su suplicio era la salvación para los hermanos tan amados por Él?

El olvido era la única causa de la infelicidad humana. Los hombres no se daban cuenta de que eran felices y esta ignorancia era la única desgracia verdadera. Quise ser, en medio de la multitud de adormecidos dolientes, un despierto que gozaba de la vida en todas sus virtudes y poderes, aun en aquellos que parecían amargos y funestos.

La vida era, para mí, el mayor don que Dios me había dado por medio de los que me engendraron, y no quería dejar caer ni una sola gota de ella. Quise saborearla en cada instante, en cada palpitación, en cada esencia, como un muchacho goloso que chupa hasta el último átomo un hermoso fruto maduro.

Si Dios me había dado un cuerpo y este cuerpo tenía cinco sentidos para conocer y poseer los frutos del mundo ¿por qué había de renunciar a los innumerables deleites de la carne? La vida era un vino generoso que podía embriagarme a cada instante: ¿por qué tenía que rechazar los cálices del placer que todos los días me eran ofrecidos por la prodigalidad divina? ¿No tenía dos ojos para distinguir las infinitas bellezas de la naturaleza y de sus criaturas? ¿No tenía dos manos para palpar la suavidad del terciopelo y la Cándida lisura del mármol y del marfil? ¿No tenía dos orificios nasales para aspirar el grato olor de los aromas y de las flores? ¿No tenía dos oídos para alegrarme con las suaves armonías de las voces y de los instrumentos? ¿No tenía dos labios para repetir las más cálidas palabras del afecto y la verdad? ¿No tenía una boca y una lengua para deleitarme con los exquisitos sabores de los alimentos y de las bebidas? ¿No tenía dos piernas para trasladarme allí donde me llamaba el cambio impaciente de mis ansias?

Las alegrías del cuerpo eran inestimables, pero todavía más vivas eran las del espíritu. No sólo viví en la perpetua alegría de los sentidos, sino más aún en el éxtasis de la mente. El descubrimiento de un nuevo poeta, de una verdad insospechada, de un nuevo maestro, de un nuevo amigo, de un problema nuevo, de una nueva fantasía, de toda nueva belleza de lo creado y del arte, fueron para mí inauditos excesos de felicidad añadidos a una suma de felicidades.

El mismo dolor, que nunca faltaba en la vida de cada hombre, para mí estaba siempre acompañado y vencido por la alegría. El tormento de la enfermedad era superado por la certeza de la curación; el tormento de la duda por la esperanza de la certeza; el odio de los semejantes por el aliento de la indefectible revancha; el temor a la muerte por la promesa de la resurrección.

El mal no podía ser más que mera ilusión en un mundo creado por el Sumo Bien. Lo había creado por alegre desbordamiento de su amor, para hacer partícipes a otros espíritus de su divina alegría y de esta alegría tenía que haber huellas y reflejos en cada parte de su obra, aun en las más oscuras, aun en aquellas que podían parecer tenebrosas a los mortales de vida miserable.

Todo esto que allá, en la tierra, parecía mal o desventura, era estimado por mí como medio o camino de un bien y de una fortuna cada vez más grandes. El delito era prenda de redención; el martirio, las arras del triunfo; la tristeza, moneda de peaje para un júbilo soberano; la misma muerte, el paso a una vida más elevada.

Si Dios era de veras amor y nada más que amor, todos los actos de los hombres tenían que refluir y confluir en la alegría, aun los más perversos y espantosos. La traición de Judas había dado comienzo al deleite de los bienaventurados; el homicidio realizado por Moisés había llevado a la alegría de la liberación; el adulterio de David había engendrado la sabiduría de Salomón; la cicuta de Sócrates había suscitado la incomparable fiesta de los diálogos de Platón; el puñal de Bruto había hecho surgir, de la sangre de César, la majestuosa gloria del Imperio.

Todo mal no era, para mí, más que preparación o cumplimiento de un bien cada vez mayor y, por consiguiente, una forma del bien, un efímero aspecto de la alegría. En el universo creado por el amor, todo había que tener, ineluctablemente, término y cumplimiento en la felicidad. El punto final no podía ser más que una reconciliación perfecta, una reintegración del orden de la alegría. Al deleite perenne de la vida terrena tenía que seguir un eterno alborozo en el cielo.

¿Era, acaso, un pecado mi reconocimiento y posesión de los dones de Dios? ¿Fue, pues, una culpa mi exultante confianza en la infinita bondad de Dios hacia los hombres? Su justicia será indeciblemente más amorosa de lo que imaginaron sus farisaicos ministros y no tengo ningún temor por mi suerte.

JARRO

## ANGEL

El sumo bien fue para ti la preparación y la toma de la comida. Hiciste de tu vientre un dios al que ofreciste sin descanso opimos sacrificios de viandas y de bebidas. Para saciar tu bajo deleite olvidaste todos los más altos deberes del hombre. La obediencia a la necesidad la glorificaste en vicio. ¿Por qué camino podrás justificar ahora tu vida?

## Jarro

Eres todo espíritu y no será fácil hacerte comprender que en el hombre, por voluntad divina, aun el placer de la carne podía estar unido al espíritu. Fui pecador, pero no tan infame como tú piensas. Juzgas demasiado inexorablemente mi pecado.

No figuré entre los que sólo pensaban en abarrotar sus tripas con cualquier vianda que caía bajo su mano. No hui de la abundancia que era multiplicación de alegría, pero le antepuse la calidad. No fui el comilón vulgar, no imité a los héroes del mito que satisfacían bestialmente el hambre engullendo un animal en cada comida. Supe escoger, supe gustar, supe distinguir y saborear. La mesa no fue para mí la bruta satisfacción de la necesidad, sino una fiesta de los sentidos y del alma. Aquella servidumbre del cuerpo supe transformarla en arte delicado y en búsqueda sabia, quise sublimarla en belleza. Mi primera finalidad no fue llenar el estómago, sino satisfacer la sensibilidad de órganos más nobles con ayuda de la mente. ¿Dientes firmes, lengua experta, paladar fino no eran, acaso, dones naturales que el hombre, a diferencia de los animales, podía educar? Un banquete podía convertirse en un rito de amor; una cena exquisita podía ser una demostración de la gratitud humana.

Alimentarse no era aquel acto animal que tú imaginas y que la mayoría creía. Era para mí una comunión con la naturaleza, un asumir en sí la esencia de la tierra, un ensimismarse con lo creado, obra y don de Dios.

Mucho más profunda era esta comunión con el mundo cuando estaba acompañada por la comunión con otros hombres, por la alegría de la amistad. Los convites fueron siempre una de las señales de la fraternidad humana. Cristo mismo, aunque bajado del cielo, no desdeñó sentarse a las mesas de los hombres; su vida pública comenzó con las bodas de Caná y se cerró con la última cena.

El deleite carnal era más oculto y egoísta; el deleite de la comida era más cordial y fraterno, menos vergonzoso y más amoroso. El hombre, cuando se había saciado, se hacía más suave y más generoso. La comida tenía, pues, un reflejo saludable sobre el alma; hacía

menos fieras a las bestias humanas.

Inspiraba a los mejores benevolencia y caridad. Yo mismo que te hablo, no sólo gozaba comiendo, sino haciendo comer, y en mi casa se preparaba todos los días una mesa para los que no supieran dónde saciarse.

No debes olvidar, en tu áspera severidad, que los convites de los re-finados no eran sólo el engullimiento de guisos y de vinos, sino también la satisfacción de alegrías infinitamente más puras: la alegría de ver alrededor de uno la alegría de los seres amados, la alegría de escuchar conversaciones agudas y a veces sublimes. Todo lo que unía las almas de los hombres era principio de bien. Todo convite comenzaba y terminaba con la oración. ¿La misa cristiana no era, acaso, la conmemoración de una comida?

Pero yo no quiero ocultar las sombras y la vileza de mi pecado. Re-conozco las culpas de mi glotonería, las complacencias sensuales de mi voracidad. No sólo me agradaba comer, sino que sentía deleite en la contemplación de las cosas destinadas a mi garganta, en la preparación de las viandas, en oler los aromas, los efluvios y los humos sabrosos de las cocinas. Durante largas horas, durante demasiadas horas, estaba inmerso en la feliz pereza de la digestión, en el alegre éxtasis de la embriaguez. El pensamiento, el regusto, la comida de los alimentos me hicieron a menudo descuidado y negligente de mis deberes de padre, de ciudadano, de cristiano, de hombre.

De estas vergonzosas condescendencias con el pecado me confieso y me acuso. Pero te repito que en mí aquel pecado no fue enteramente material y animal. Tuvo también parte en ello el espíritu, que en cierto modo lo redimía. No fui un soez servidor del vientre como tú crees, no fui semejante a los puercos que sólo por instinto tragaban todo lo que encontraba su hocico. Quise elevar el deseo de alimentarse a obra de arte y acto de caridad. Mi vicio, aunque torpe, tuvo también algún reflejo de virtud.

Merezco y espero castigo, pero aquel Dios que condenó al hombre a llenar cada día su estómago y comió con sus discípulos aun después de la resurrección, no será seguramente tan despiadado como quisieran hacer creer tus palabras.

MUJERES AMOROSAS

SAFO

ÁNGEL



¿Quieres decirme, Safo, si hubo algo de verdad en la torpe leyenda que acompañó a tu nombre en los siglos?

Safo

Nada más que soeces calumnias fueron aquellas tardías leyendas, vergonzosas fantasías de hombres negados a comprender el puro amor de la belleza. De tales acusaciones no quiero defenderme, pues la defensa misma tendría sabor de confesión. Sólo quisiera expresar a Dios mi gratitud por la felicidad que me fue dado gozar en la luz del mundo. Él no me concedió aquel don que a las mujeres corrientes parece el mayor: la belleza del cuerpo. Fui de piel aceitunada y de baja estatura, pero no me dolí de esto que a otras hubiera parecido suma desventura porque Dios me colmó de tales dones que pude considerarme la mujer más feliz que hubo en aquel tiempo.

Nací en una isla fértil y risueña en medio del más tranquilo mar que hubiese en la tierra, cerca de la costa del Asia suave y misteriosa. Nací de familia noble y rica; tuve padre distinguido, madre óptima, hermanos excelentes, esposo rico, familia hermosísima, amigos fieles, admiradores apasionados. Pero esta fortuna no era nada en comparación de la que Dios concedió a mi alma. Fui capaz de entender, de sentir, de crear la belleza; me fue dada la gracia de alegrar los corazones con la poesía y con la música, con la danza y con el canto. Mi vida en aquella isla de sol y de frutos, emergida del líquido zafiro como una oferta amorosa del mar a los hijos de la tierra, fue toda ella una fiesta. Las necesidades ordinarias no me daban que pensar; todo era fácil y sencillo en aquella orilla de Eliso. Un racimo de uva recién arrancado del sarmiento, un huevo recién cogido del nido, un pez recién sacado del mar, un puñado de aceitunas ennegrecidas en los mediodías de otoño bastaban para saciar mi hambre. Una clámide blanca como la nieve, un manto de lana ovina lavada por las esclavas en los límpidos torrentes, bastaban para cubrir mis miembros ágiles y sanos. Los días, especialmente de primavera y de verano, los pasaba al descubierto con mis amigas y mis alumnas que escuchaban mis cantos y aprendían a imitarlos. Coronas de flores ceñían nuestras cabelleras, collares de flores caían sobre nuestro pecho. En todo alrededor, en el aire tibio y claro, olor de flores y de hierbas, fragancia de salsedumbre. En los prados, entre la hierba recién nacida, se abrían anémonas y narcisos; las flores de manzano, tiernas y Cándidas, abandonaban sus pétalos en la brisa olorosa; dulces perfumes de eneldo y de tomillo embriagaban nuestra juventud. Yo gozaba de toda forma de aquella pródiga y luciente belleza: en una hoja, en una montaña, en el amarillo de la retama y en el amarillo del oro, en la oscuridad de las violetas y en el flamear de las rosas, en la suavidad de una mejilla joven y en el casto esplendor de la luna, en el claro canto de una muchacha y en la blanca majestad del templo en lo alto de la arbolada colina. Todo era para mí belleza, alegría, revelación, felicidad. Mi vida estaba consagrada a la poesía, que es descubrimiento del mundo y redención del espíritu. También mis amigas poetizaban, también mis discípulas cantaban en competencia conmigo y con los Dioses. Otras jovencitas nos alegraban con la música de los cuerpos de danza, con la luz de su sonrisa, con el calor de su entusiasmo, con la contemplación de su juventud a punto de florecer. Amaba tiernamente a aquellas muchachas

que acudían a mí para aprender el divino arte del canto, el divino sortilegio de la música, el divino alborozo de la poesía. Fui durante largos años reina y maestra de una legión de vírgenes que buscaban perfección y felicidad en el arte; mi casa fue llamada la casa de las musas. Me llamaron enamorada de ellas porque admiraba su gracia, su lozanía, su hermosura, la gentileza de espíritu que nace de la armonía y del esplendor del universo, la docilidad del ingenio áspero, las impetuosas explosiones de un afecto no amortiguado aún por los años y por los afanes. Las amé y fui amada, pero con un amor del todo celestial, hecho de gratitud y de exultación, nacido del común anhelo de la naturaleza y del alma hacia la belleza. Y amo aún a aquellas felices criaturas que tuvieron tanta participación en mi felicidad.

Yo, fea, me consolaba con la visión de la belleza; yo, mortal, resurgía con la contemplación de lo que creía inmortal y hasta transfiguraba el dolor en versos y ritmos; yo, enamorada siempre, sublimaba mi amor en pura delectación de los himnos y de las melodías. Así viví contenta entre seres contentos, a las orillas de un hechizado mar, bajo un cielo puro, entre flores y frutos, entre suaves modulaciones y acordes, en el suave ardor del espíritu. Nada le faltó a mi felicidad. Todos y no sólo mis alumnas me honraban. Mis conciudadanos, orgullosos de mi fama, grabaron mi imagen en las monedas; aun en ciudades lejanas me elevaron estatuas; los más famosos poetas de aquella edad se dirigieron a mí con aladas invocaciones; mis cantos permanecieron durante miles de años en la memoria de los hombres. Hasta la muerte me fue conservado el don de la alegría en la belleza, de la creación poética, de la capacidad de amar lo que es más digno de amor, las maravillas del universo y los prodigios del genio. Esta perenne felicidad la he querido agradecer, después de tanto morir de siglos, al Rey generoso de los nuevos cielos.

## CLEOPATRA

Ángel

Los narradores de las caídas de los reinos vieron en ti una aventurera ansiosa de placeres y de poder, una comediente astuta y sensual, más corrompida que apasionada, seductora y concubina de dos emperadores, fratricida y suicida. Pero ya que vuestros historiadores no siempre fueron justos con los vencidos, di también lo que te parece la verdad de tus culpas.

Cleopatra

Aunque se fantaseó demasiado en torno a mi vida, sin embargo no hubo nadie que comprendiese, mientras viví, ni después, el sentido y el fin de mis famosas aventuras. Lo diré aquí, por fin, y bastará para defenderme, mejor que una lacrimosa súplica.

Todavía muchacha, a los diecisiete años, me convertí en reina, pero tuve que huir a los veinte años, perseguida por los enemigos, y fui puesta de nuevo en el trono por un invasor extranjero al que me ofrecí y que nada podía rechazarme. Comprendí entonces cuál sería para el Oriente y para el mundo la próxima suerte. Una raza de nuevos dueños descendía de una península septentrional, poco antes civilizada, para conquistar y saquear los viejos reinos. Los pueblos más antiguos, refinados y enriquecidos desde hacía milenios, ya no eran capaces de oponerse con las armas, y los belicosos y ávidos Romanos hubieran ensangrentado y devastado las hermosas comarcas del Oriente. Me sentí la heredera de aquella civilización que desde tantos siglos antes florecía en la orillas del Nilo, donde se había mostrado, asimismo, el último esplendor del espíritu helénico, y concebí un audacísimo designio: hacerme dueña, por medio del amor, de los nuevos dueños todavía rudos y belicosos, y convertirlos poco a poco a las finuras, a los refinamientos, a las exquisiteces de nuestro modo y sentido de vida, no fundado ya sobre la atroz pasión de la guerra, sino sobre el sabio culto del placer.

Si los perfumes hubieran superado el acre ardor de las cabalgadas, si la alegría de los banquetes hubiera ocupado el lugar de la bárbara furia de las batallas y el agudo disputar de los filósofos el de las homicidas contiendas del foro, los mismos Romanos hubieran ascendido a una civilización superior, desde un trabajoso a un alegre vivir.

Soñé, en definitiva, la revancha del feliz Oriente contra la hirsuta Roma y, como consecuencia, el retorno de la paz al mundo merced al triunfo de la vida suave y deleitosa sobre la de la violencia y de las armas. Roma había vencido al Oriente con el hierro: el Oriente, personificado por mí, vencería y sujetaría a Roma con la inteligencia, con la belleza, con el lujo y con el placer. Para vencer a Roma bastaba, en aquel tiempo, con someter a los emperadores de sus legiones victoriosas y así lo hice. A los veinte años seduje a César, a los veintiséis a Antonio, Intenté, después de la derrota y la muerte de Antonio, seducir a Augusto y no lo conseguí. Octaviano era demasiado frío y yo estaba entonces próxima a los cuarenta años.

Fui, en cierto modo, imitadora de la antigua Circe, pero no ya sólo para mi utilidad, sino para salvar a los pueblos más civilizados de aquella edad, del azote de la guerra, para vengarlos, para convertirlos de conquistados en conquistadores. Y tampoco pensaba en convertir en bestias a los soberbios guerreros del septentrión; antes bien, quería iniciarlos en los encantos de la vida festiva y fastuosa, en el pleno goce de una sensitiva e intelectual belleza, un poco para hacerlos menos peligrosos, pero, sobre todo, para hacerlos menos rudos y a sus súbditos menos infelices. Si cambiaban la coraza por la túnica de seda purpúrea, la espada homicida por el rollo de papiro o la cítara de marfil, la sangre de las batallas por el vino generoso, yo conseguía la venganza de mi pueblo y alejaba los horrores de la guerra. No por libidine acepté los abrazos de César y de Antonio, sino por la esperanza de un inminente rescate del género humano del dominio de los tiranos del septentrión.

No quiero ni puedo negar que si tal designio se hubiese conseguido habría aumentado mi poder y satisfecho mi orgullo, ni puedo ocultar que la guerra amorosa con los capitanes enemigos tuvo también para mí toda la seducción de un juego lleno de ventajas y de embriagueces. Pero el verdadero secreto y el fin profundo era el que he dicho. Los Romanos se harían semejantes, por obra mía, a los Orientales; Egipto y no Italia se hubiera convertido en sede del Imperio; la deleitosa vida inimitable habría ocupado el lugar de la vida soldadesca; y la guerra ya no hubiese segado la fuerza y la inocencia de los jóvenes. El gran César era ya mío y estaba para volver a Oriente cuando fue desangrado por los puñales de marzo; Antonio se había convertido plenamente a mi ideal y a mi estilo de vida, pero no supo soportar la derrota y se mató; a Octaviano no supe vencerlo y por eso tuve que renunciar a mi benéfico y magnífico sueño y a la vida. Aquella misma serpiente que había seducido a Eva castigó la soberbia de la seductora.

Pero de aquel gran proyecto que intentó mi juvenil imaginación no me avergüenzo, antes bien me glorío, y debiera borrar la memoria de todas las culpas a que tan atrevido intento me condujo.

ELOÍSA

Ángel

Te hiciste famosa, Eloísa, no por la santidad de tu vida monástica, sino por el error y la pasión de tu juventud. Grande fue la culpa y larga la penitencia, pero los hombres no comprendieron nunca si hubo en ti verdadero arrepentimiento o sólo fatigosa resignación.

Eloísa

Nada debes preguntarme a mí. No me toca a mí responder de mi vida, porque mi vida, en verdad, no fue mía. Desde el día en que conocí a Abelardo le di, le confié, todo mi ser, cuerpo y alma, corazón y mente. No tuve otra voluntad que la suya; sólo a él le descubrí los movimientos y los pensamientos más secretos de mi espíritu. Y aunque fue separado de mí por culpa de la maldad de los hombres o de la muerte, viví siempre con él, unida a él en lo íntimo hasta mi último suspiro. Sólo, pues, Abelardo podría responder por mí porque no fui más que una parte de él, una propiedad suya. Pero en el juicio último cada uno de nosotros está solo, como está solo en la hora del nacimiento, como está solo en la hora de la muerte y no puedo callar en esta hora.

Si hablo de Abelardo más que de mí, perdóname. Este hombre fue para mí más que el

padre y la madre, fue todo mi mundo y, aun cuando tiemble al decirlo, mi Dios. Cuando lo conocí era poco más que una niña; él era hermoso, elocuente, animoso, iluminado por el genio y por la gloria. Me fue dado por maestro, vivía en mi casa, me deseaba, ¿cómo hubiera podido resistirlo?

Por él tuve los primeros dolores, por él los primeros deleites. Para mejor evitar las sospechas de mi tutor, me castigaba duramente cuando no sabía repetir bien la lección; luego, en secreto, me besaba y me abrazaba. Quiso, finalmente, que me entregase a él para saciar su lujuria demasiado tiempo contenida. Cuando llegué a ser madre me raptó y me llevó lejos; luego quiso desposarme, después encerrarme en un convento y, finalmente, que me consagrara para siempre a Dios, que hiciese votos solemnes. Fui para él todo: alumna, amante, concubina, mujer. Para mí él lo fue todo: maestro, señor, esposo, hermano, padre, Dios. De él recibí el placer de la carne, la luz de la inteligencia, la revelación del amor, la dulzura de la maternidad, el renombre entre los hombres, la forma y la esencia de toda mi vida. Yo no era más que una imagen de su alma, una criatura de su poder, una llama de su fuego. Él quería y del modo que él quería obraba yo; él ordenaba y yo obedecía. El amor cuando es perfecto no puede ser más que esto: unidad absoluta de dos seres en uno. Para obtenerla era necesario que el más débil, el ser interior, renunciara a su propia persona, a su propia naturaleza, y se ensimismara con el otro. Así lo hice yo siempre, al principio y al fin. Por obediencia al amado hice cosas que me repugnaban, que no hubiera querido hacer. Estaba sometida, pero no ciega ni obtusa. Cedí a sus ansias lujuriosas, yo virgen, sin que él me prometiera el matrimonio. Consentí más tarde en casarme secretamente aunque yo fuese contraria a aquellas nupcias; no ya por mi repugnancia o desafecto, sino por la salvación de su gloria de filósofo y de su dignidad de clérigo. Vivir siempre con él, unida a él, hubiese sido para mí el súnimum de la felicidad, pero sabía que un hombre consagrado al pensamiento, a la enseñanza, a la Iglesia, no debía ligarse a una mujer, no debía decaer y descender del orden del pensamiento, del estado de libertad de aquellos que se dedicaban a las ciencias divinas. Y, sin embargo, su obstinación fue tal que, a despecho de mi instinto y de mi razón, lo acepté como esposo.

Sólo por obediencia a su voluntad me escondí en un monasterio, tomé el velo benedictino, llegué a ser abadesa de una comunidad. Y aun esto lo hice por obedecerlo porque, lo confieso, no había en mí sincera vocación de servir a Dios. No me consagué a Dios por amor a Dios, sino sólo por amor de Abelardo.

Fueron dos errores, tanto las nupcias como los votos, y yo los cometí lúcidamente sabiendo que eran errores. Pero lo amaba, era enteramente suya. ¿Podía oponerme a su voluntad aunque su voluntad fuese locura o delito?

Lo amaba de tal modo que por este mismo amor estaba dispuesta a separarme de él, renunciando al matrimonio. Lo amaba de tal modo que por este mismo amor me resigné a vivir para siempre alejada de él, ofreciéndome a Dios en un monasterio. ¿Qué pruebas

mayores podía darle que separarme de él para obedecerlo y salvarlo? Estábamos tan terriblemente unidos que un solo sacrificio supremo podía redimirnos a mí y a él: la eterna separación. Estábamos unidos en la culpa, pero también en la desventura y yo no podía negarle lo que habría negado incluso a Dios.

Él pensaba que había sido mi ruina; yo pensaba que había sido la causa de la ruina suya. A mí me había quitado el honor, la paz, la libertad, pero por mi culpa él había perdido aquel Cándido nimbo de hombre enteramente espiritual que hubiera debido irradiar su cabeza para siempre. Hubiera debido ser, como maestro de las más elevadas doctrinas, una limpia llama delante de la faz de Dios y se hizo, por el contrario, una pobre lámpara humeante, que se agitaba bajo el soplo de sus enemigos y de sus remordimientos. Hubiera debido ser una especie de ángel fúlgido perpetuamente en el fulgor de los más sublimes conceptos y a mi lado demostró que era también un hombre, nada más que un hombre, un débil hombre sujeto como todos a la carne, a la concupiscencia, a las lágrimas.

Horrenda fue, como todos saben, la venganza de mi tutor Fulberto que lo hizo mutilar bestialmente haciendo que los sicarios le arrancasen lo que hace varón al hombre. Pero su estrago, su vergüenza aumentaron, si hubiese sido posible, mi amor por Abelardo. No amaba en él los miembros, sino la grandeza de su espíritu. Sin embargo, recibió daño y dolor por la tortura que por mi culpa lo afligió, sin culpa mía.

No obstante, nada tengo que reprocharme respecto a él. Si el amor fue la única excelcitud en la que los mortales pudieron gustar el sabor de la inmortalidad, yo observé hasta la última letra la ley infernal y divina del amor. Abelardo me dio alguna hora de éxtasis espiritual y car- sal, pero yo le di a él tocio lo que una mujer, no sólo una hembra, puede dar a un hombre, todo lo que una criatura finita puede dar a otra criatura, todo mi afecto, deseo y querer, toda mi sumisión y adoración, todo lo que poseía, hasta la esperanza de la felicidad eterna, de mi futura salvación.

No soy culpable respecto a él, sino sólo respecto a Dios. En el oculto templo de mi alma no tuve otra divinidad que Abelardo. Abelardo fue mi Señor, mi Redentor. Por obedecerlo prometí a Dios mi vida, pero no renuncié al mundo por amor de Dios, sino por amor del amado. Ésta es mi culpa, éste el más tremendo remordimiento. Durante treinta y cinco años fui monja ejemplar y abadesa del Paracleto, oré, ayuné, medité, seguí humildemente los mandamientos de la santa Iglesia y la regla de mi orden, pero confieso que de nada valieron oraciones y maceraciones. Prelados y pontífices bendijeron mi obra, las hermanas y los fieles me rodearon de respeto, pero yo no pude ser nunca una verdadera hija de Cristo. Me esforzaba por amar a Dios porque Abelardo me había mandado amarlo, pero entre mi alma y el Señor se interpuso siempre la imagen de mi inmortal y único amado. La sombra de él, lejano; de él, sepultado, fue en mí más esplendorosa que el esplendor del Dios que a todos nos rescató con su sangre. Mis labios respetaban el verbo y el himno de su gloria, mis rodillas se atormentaban sobre la piedra de su altar, mis manos unidas se alzaban hacia su

cruz, mi cuerpo mantenía en su nombre el hambre y la continencia, pero en mi corazón otro ser dominaba junto a Él, más que Él, más divino para mí que el mismo Cristo. A Abelardo le perdonaba todo: mi desventura y mi clausura, su degradación, nuestra separación. A Dios no le podía perdonar que hubiese castigado en él y en mí nuestro infinito amor. Creía en Dios sin amarlo, servía a Dios sin entregarme a Él, sin abandonarme plenamente a Él. Si un hombre no puede servir a dos señores, un alma ardiente como la mía no podía darse a dos seres, a una criatura y al Creador. Abelardo me había abandonado y, no obstante, seguí amándolo' más que a mí misma y que a todo; Cristo me llamaba a sí y yo le ofendía con mi rencor, con mi hipocresía, con mi frialdad. He respondido con plena veracidad a tu pregunta. Espero, ahora, con angustia y espanto, la respuesta de Dios.

## KHANSA

Fui una antigua nómada que vivió al borde del gran desierto de Arabia. Nada fue mío, excepto el amor arrebatado de un hombre. Mi esposo era un pobre beduino y no poseía más que un caballo, diez camellos y algunas ovejas, pero era hermoso y fuerte como un príncipe. De joven parecía de veras el hijo de un rey cuando su negra mirada se posaba sobre la última punta del alma y la hacía temblar como tiembla la fronda más alta al soplo del alba. De viejo, con aquella suave nieve hilada que le caía de la cabeza y del rostro, parecía un majestuoso profeta enviado a la tierra para enmudecer a los soberbios. Mi esposo no se humilló jamás bajo el yugo del trabajo. A sus esposas y a sus siervos les estaban confiados los pensamientos y los trabajos que hacen vivir el cuerpo del hombre. Por la mañana salía de la tienda con su cetro de pastor y oraba en silencio, con los ojos entornados, con el rostro iluminado por el sol naciente. Luego, durante todo el día, contemplaba en silencio las vicisitudes del día, las sombras azules de las montañas, las ondas verdes y grises de la estepa, sus animales que pacían y, sobre todo, el cielo ilimitado, desierto sobre el desierto, que escondía a nuestros ojos las ciudades de los ángeles y el fulgor de Dios.

Casi nunca hablaba, raramente andaba. Cabalgaba sobre su caballo negro cuando la tribu se trasladaba buscando otros pastos y precedía a todos, bajo la luz de las estrellas, cuando llegaba la hora de la guerra y de la razia. Las mujeres esperaban bajo las tiendas a los vencedores. Mi esposo volvía siempre, pero a veces su manto de camello estaba empapado en sangre. No se quejaba nunca. Callaba y oraba. Escuchaba gustoso el canto de los poetas, pero cuando se ponía la viva estrella del crepúsculo entraba en la tienda y me abrazaba, me besaba y casi me aplastaba bajo su cuerpo musculoso y cálido. Yo lo esperaba siempre. La mejor comida era para él; para él, el más rico tapete y la más dulce almohada. Tuve de él siete hijos y los amé por amor a él. Algunos muy rieron todavía niños, otros llegaron a ser guerreros, dignos en todo de su padre. Pero a ninguno de ellos lo pude amar como a mi esposo. A me-nudo, al mediodía o en la noche me tendía junto a la tela que separaba mi tienda y desde allí, escondida, contemplaba a mi poderoso dueño, sin moverme. Tampoco él se movía. Su alta figura de rey y de profeta do-minaba sobre el cielo como un árbol sagrado, como una roca de forma humana. Taciturno, solemne, sereno miraba más allá del campo, más allá del desierto, más allá de los montes, como si esperase la apertura de los cielos y fuese necesaria una eterna paciencia silenciosa para que el milagro llegase. No he sabido

nunca adivinar lo que él pensara en aquellas horas infinitas de meditación solitaria. Cuando le preguntaba algo me acariciaba y me sonreía, pero nunca quiso responderme. Tú eres la luz, me dijo una vez, haces ver las cosas, pero tú no puedes verlas.

Cuando murió también se truncó mi vida. En el mismo valle del desierto fueron sepultados nuestros cuerpos que tantas veces se habían unido para crear otros vivientes.

No sé decir otra cosa: perdóname. El ángel del Señor no abandona a los que amaron y si esto es un sueño me despertará para que vea de nuevo a mi rey.

MARIE DE BLOIS

Ángel

Fuiste amada y cantada, cuando eras jovencita, por un gran poeta. Los hombres no supieron otra cosa de ti; ahora podrás decir lo que permaneció oculto para todos en la tierra, los secretos sentimientos de tu alma.

Marie de Blois

No aumentes, señor, mi natural turbación con tus palabras. Tú sabes que fui una pobre muchacha del pueblo que agradó, no sé cómo, a un joven poeta de paso por mi ciudad. Éste se llamaba Ronsard, comenzó a requebrarme y a perseguirme con sus canciones, en las cuales, en verdad, yo no entendía nada o casi nada. No sabía ni leer ni escribir, no sentía pasión por los estudios ni por la poesía, y aquel continuo llover de rimas me halagaba un poco, pero, sobre todo, me molestaba. Él era noble y rico, yo pobre y plebeya. No podía esperar ser su esposa, pero tampoco hubiera querido nunca ser su pasatiempo. Tenía apenas quince años cuando comenzó a enfadarme con sus palabras y yo no comprendía bien lo que quería ni qué fantasías le caldeaban la mente. Me hablaba siempre de una tal Laura que, por lo que parece, había hecho que fuese famoso otro poeta y decía que también yo sería célebre en todo el mundo. Pero, a decir verdad, muy poco me atraía y me agradaba la elevada gloria que me prometía, antes bien, me daba más sospecha que deseo. En vez de aquel continuo llover de versos hubiera deseado un buen matrimonio con un joven acomodado y honrado que no tuviese tantos caprichos inútiles y tantas manías ridículas.

Entre otras cosas, aquel poeta no era tampoco mi sueño de muchacha. Era rubio con los ojos azules, más bien delgado en su persona, más elegante que gallardo y no me agradaba demasiado. Además era sordo y no podía esperar que me oyese sino gritando, pues yo no



sabía escribir.

Y, sin embargo, se quejaba continuamente de mí porque no quería arder en aquel fuego ni consentir en ningún pecado. Me repetía de continuo que debía ser su Musa, su inspiradora, más para mí aquellas palabras eran misteriosas y aquellas pretensiones molestas. ¿Qué ley divina o humana podía obligar a una sencilla y pobre muchacha para que siguiese obediente las frivolidades de un señor ocioso? Debía ir a sus iguales, a las señoras que leían libros y se divertían atormentando a los hombres. Yo no estaba hecha para todas aquellas hechicerías poéticas ni me importaba nada que mi nombre fuese conocido por los desocupados de la corte. Mi familia estaba necesitada y yo tenía que trabajar con mis manos para ayudar a mi madre; todas aquellas cancioncillas rimadas no servían para nada y a lo más para deshonrarme.

Por fortuna, el poeta loco se marchó a otras partes del mundo y me dijeron que se enamoró de otras mujeres. Parece que mi nombre anduvo impreso en libros, pero yo no me cuidé de ello y poco tiempo después, como Dios quiso, fui pedida en matrimonio por un honrado aperador, moreno y apuesto, que igual que yo no sabía leer, pero que me dio seis hijos hermosos y fuertes y largos años de vida tranquila y contenta. No pedía más a Dios, ni fama ni riqueza, sino sólo la paz del alma, la fe en Él, la esperanza de la salvación. En mi poeta no pensé nunca más y si tú no lo hubieses recordado, quizá no hubiera dicho una palabra de él. Pero con gusto le perdono el gran tedio que me causó en mí juventud con sus presagios y el mal que me hizo con la excusa de la pasión y de la gloria.

De mis pecados tendría que decir bastante más, pues fui impaciente en exceso y bastante desdeñosa y, aun dentro de la humildad de mi estado, soberbia a mi modo. De todas mis culpas, aun de aquellas que no recuerdo, pido perdón llorando a Nuestra Señora y a su divino Hijo.

MARIANA ALCOFORADO

Ángel

Recordarás, Sor Mariana, el pecado juvenil que te hizo famosa durante tantos siglos entre los hombres aunque sólo conocieron de ti alguna carta de amor. Pero de tu alma y de tu vida después de aquel pecado nadie supo nada y sólo tú puedes decir, hoy, la palabra que puede salvarte.

Mariana Alcoforado

No he olvidado nunca la miserable aventura de mi juventud, pero he pedido al Señor, hasta el día de mi muerte, para que se olvidasen de ella los hombres. Me imaginaba que más de medio siglo de oración, de penitencia, de silencio hubieran podido sepultar la memoria de aquellos pocos meses de delirio y de vergüenza. Pero la justicia de Dios es más justa que las imaginaciones de una monja indigna y ciega como fui.

Podría decir, en mi disculpa, que a los doce años tan sólo fui obligada por mi padre, por su vanidad terrena, a tomar el velo; que hice los votos a los dieciséis años sin ningún conocimiento ni experiencia de la vida que prometía abandonar. Podría decir que durante diez años fui una buena monja y que, pasada aquella breve locura, fui hasta la muerte una monja ejemplar.

Podría decir que la vida licenciosa de los tiempos, la libertad de que gozaban entonces las religiosas, la inquietud de la sangre hirviendo en la flor de la juventud, la seducción de un hombre joven, hermoso, gentil, extranjero, soldado valeroso, elocuente, justifican la imprevista locura que me derribó y me venció. Durante algunos meses una segunda alma ocupó mi cuerpo y lo dominó sin que ningún poder benigno pudiera socorrerme.

Pero el castigo vino pronto. El seductor francés me abandonó y después de poco tiempo se olvidó de la pecadora desesperada que por él había olvidado a Dios. En la convulsa exaltación que siguió a su fuga, le escribí algunas cartas que, según creo, hubieran hecho volver atrás a cualquier hombre provisto de corazón humano. Pero éste, quiero decir aquel maléfico arrastrador más que amante, no se arrepintió, no intentó jamás volverme a ver y mostró a todos mis desoladas y apasionadas cartas como trofeos de su vanagloria de varón conquistador.

Me di cuenta entonces, con escalofrío, de que había sido víctima de un vulgar encanto. Aquel hombre, como supe luego mejor, no tenía ni corazón ni inteligencia ni delicadeza alguna de espíritu. Permitted que mis cartas se divulgasen impresas para la vana curiosidad de los desocupados y de los enamorados; se casó con una mujer fea, pero rica, que arrastró a la fuerza su mediocridad por el camino de los honores no merecidos. Este fiero hombre de armas debió su fama a una débil mujer y a una mujer astuta su fortuna temporal.

Descubrí entonces su indignidad y mi error. Toda mi pasión, debida a una ceguera demoníaca, desapareció en un momento de mi corazón que supo recobrar, poco a poco, la infinita y pura dulzura del amor divino. Después de haber conocido, en la breve temporada de mi locura, la embriaguez del amor humano pude medir la inmensa distancia que lo separa del amor de Dios, la que hay entre el espasmo de la carne y éxtasis del espíritu. Antes del pecado la ignorancia me precipitaba en la tibieza y la indiferencia. Aquel paréntesis demoníaco me

preparó para gustar más hondamente muy otras embriagueces y ascensiones. Cuando pude, por fin, perdonar a mi cómplice y odiarme a mí misma, conocí el mayor deleite que un viviente puede experimentar sin morir de ello.

Durante más de medio siglo me esforcé por ser enteramente de Cristo, toda transferida y abrasada en Él, y Cristo, al final de mi larga vida me concedió su paz.

## CRISTIANA VULPIUS

Mi pecado —el único de mi vida— fue pecado de amor y quizá también de precipitada pero fructuosa docilidad. Acepté demasiado fácilmente la imprevista y ferviente pasión del gran poeta y viví demasiado tiempo con él como esposa bastante antes de que se uniese conmigo en matrimonio. Quiero decir también, para no ocultar nada, que entre las razones de mi pronto rendimiento figuraba la penosa necesidad. Era huérfana de padre; pobrísima y abandonada mi familia y en casa no entraba más que mi pobre salario de trabajadora en una fábrica de flores artificiales.

Pero mi Wolfgang, cuando lo conocí, era todavía joven y gallardo. Llevaba aún sobre su hermoso rostro el dorado reflejo del sol italiano y sobre los hombros ondeaban a la brisa de julio sus cabellos suaves y rizados. Era, para mí, un gran personaje, un escritor célebre, un dignatario poderoso que hubiera podido ayudar a mi hermano y jamás me hubiese atrevido a ser su amiga o su mujer. No sé qué habría en mí en aquel tiempo; quizá la sana frescura de mi floreciente juventud; quizá la gracia sencilla de una muchacha del pueblo; acaso una clara promesa de alegría en la sangre pura que afloraba a mis mejillas, en el trinar infantil de mi risa, en la azul limpidez de mis ojos inocentes. Aquel día que nos encontramos me deseó, me amó, me acogió en su casa, me cubrió de caricias y de regalos, me tuvo escondida como una presa dulce y preciosa, me cantó en sus versos, hizo de mí la madre de su único hijo y, finalmente, después de largos años serenos y fieles, su esposa hasta mi muerte. No me arrepiento de haberme dejado amar y de haberlo amado y servido. Muchas mujeres tuvo mi Goethe antes y después de mí, más bellas, más cultas, más inteligentes que yo. Y, sin embargo, sólo de mí no pudo prescindir, únicamente conmigo se sentía tranquilo y alegre, plenamente feliz. Era una pobre obrera, ignorante, que a duras penas sabía escribir una carta y él era el poeta más sabio y famoso de su tiempo y, sin embargo, no me despreciaba, no se avergonzaba de mí, antes bien, me mantenía apretada contra su pecho, bien envuelta en su gran corazón y veía en mí la verdadera compañera de su verdadera vida, algo entre la amante y la nodriza, entre el ama de casa y un geniecillo familiar, la única a la que quiso dar su nombre glorioso. Las burguesas y gárrulas damas de la buena sociedad de Weimar en parte me envidiaban y en parte me despreciaban, pero yo daba a mi Wolfgang lo que las señoras resabidas, eruditas, ingeniosas y graciosas no le podían dar: el afecto alegre de un alma sin malicia, el cariño espontáneo y sencillo de una hija de la naturaleza. Yo no era sólo, como él decía, el «tesoro de la alcoba» y la madre de su Augusto, sino más aún, la guardadora atenta y operosa de su casa, la protectora no molesta de su trabajo de creación, su alegre salvadora de

las imprevistas oscuridades del hombre de genio. No podía ayudarle en su obra ni tampoco sabía entenderla toda ella, pero también había algo mío en aquellos cantos, en aquellos libros que él había compuesto tan junto al calor de mi juventud, de mi alegría y de mi admiración. Su amor, con el pasar de los años, se hizo menos arrebatado y menos ciego, pero él no pensó ni una sola vez en abandonarme y mucho menos en arrojarme. Las demás mujeres atravesaban por su vida como viandantes o como ilusiones, pero yo sola permanecí, hasta mi último suspiro, como custodia de su hogar y salvaguardia de su felicidad. El pecado, según dicen, lleva consigo su castigo. Mi pecado, por el contrario, fue el comienzo de una nueva vida de bien, casi una recompensa. Y ni siquiera ahora siento remordimiento de lo que hice, sino nostalgia únicamente de aquel amor que fue la razón y el orgullo de mi vida. Si esta confesión es un segundo y más grave pecado no lo sé, pero ni siquiera para salvarme quiero mentir a los demás ni a mí misma.

### FABRICIA MALORSI

Poco puedo decirte de mí ser en el mundo porque no viví casi nunca para mí, sino casi siempre para los demás. No me quedó tiempo para escuchar las solicitudes del mal ni para examinarme.

Nací sana y pobre, de familia oscura y desgraciada. Desde chiquitina tuve que ayudar a mi madre que tenía otros hijos más pequeños que yo. No tuve tiempo ni medios para estudiar; me casé pronto. Mi marido era bueno, pero de salud enclenque y, durante toda la vida, tuve que cuidar de él, de nuestros hijos y de los parientes. Ahora acudía al padre o a la madre que tenían necesidad de mí, ahora me llamaban para asistir a un hermano, a una hermana, a un tío pobre, a la abuela materna, al suegro enfermo. Mis hijos se casaron, vinieron los nietecillos, yo tenía el cabello blanco y dolores por todas partes, pero debía y podía seguir aquella acostumbrada y fatigosa vida. La familia era extensa, las desgracias estaban siempre dispuestas, las enfermedades perseguían. Uno enfermaba, otro caía, otro tenía necesidad de ayuda, de compañía, y entonces todos estaban acostumbrados a contar conmigo. Tenía que acudir a todo, remediar todo, acudir allí donde se solicitaba mi actuación, siempre en movimiento, siempre cansada. Era la más fuerte de la familia y, según decían, la que tenía más valor y no podía sustraerme a mi tarea. Yo misma los había acostumbrado y no podía abandonarlos. Era vieja, las fuerzas amenguaban, la vista disminuía, el insomnio me atormentaba y me enflaquecía y, sin embargo, no dejé nunca de consagrarme enteramente a mi familia y también, a veces, a los extraños. Una mañana de febrero, al volver de haber velado a una nietecita, tuve que meterme en cama y ya no me levanté más.

En aquella pasión de socorrer y ayudar a todos los míos y de todos los modos, ahora que lo veo, había varios motivos. Un poco de orgullo: tenéis necesidad de mí y, por consiguiente, yo soy superior. Un puco de debilidad: no saber decir que no a nadie, ni siquiera a los que abusaban de mi pasión. Un poco de vanidad: ved qué capaz soy para hacer y para consolar. Un poco de cálculo: la certeza de una compensación en la otra vida.

Pero había, sobre todo, un impulso nativo, avasallador y espontáneo, de gastar mi salud con los enfermos, mi alegría con los abandonados, mi fuerza con los débiles, mi afecto con aquellos que de un modo o de otro los sentía unidos a mi sangre. Y todos aquellos trabajos, alegremente aceptados o buscados, fueron la razón de ser de mi vida, mi única felicidad.

No espero ni pido, por esto, ningún premio. En mi consagración a los demás hubo un poco de egoísmo y mucho instinto; ningún mérito. Era mi naturaleza la que me guiaba y me solicitaba, la naturaleza que me había dado Dios, con sus impetuosos impulsos hacia el bien. El demonio añadió a ella un poco de su veneno, pero sin lograr destruirla; sus mismas tentaciones ayudaron a mis fines. Pero le agradezco a Dios que me crease de aquel modo y que me concediese las únicas alegrías que experimenté en el mundo.

## SARAH

Te reconozco, excelso ángel del Señor. Te apareciste a mí en sueños cuando estaba allí abajo, y una vez también en la iglesia, una tarde que rezaba con los ojos cenados, con más contento que de costumbre. Y me parece haberte hablado, allá abajo, y haberte dicho que agradecieses al Padre excelso, en nombre de la vieja Sarah, toda la felicidad que nos había concedido a los negros.

Si te acuerdas yo había nacido esclava en una granja del Missouri y allí serví al amo del cielo y a mis amos en la tierra durante casi ochenta años. Al Señor toda mi gratitud porque me hizo fuerte y alegre; y sería ingrata si me lamentase de mis amos. Durante algunos años trabajé en la plantación y el trabajo era más bien duro, pero había juventud, había salud; luego, el domingo, estaba la iglesia con sus cantos, y la noche para nuestras danzas. Era todavía joven cuando mi ama vieja quiso que me fuese con ella como niñera. Los niños me gustaban, podía yo ser también niña con ellos y reír y saltar y cantar cuanto me agradase. Nada me faltaba, sonreía a todos, todos me querían, incluso el viejo señor blanco que constantemente regañaba a sus hijos. Estaba siempre dispuesta a lo que me mandasen, siempre alegre; ninguna carga me daba miedo; tres brazas de cotonía encima y un ramo de flores en la cabeza me hacían hermosa; un vaso de ron, una fruta madura, un aire de baile me hacían feliz.

No sentía el peso de la esclavitud. ¿Adonde hubiera ido si hubiese sido libre? ¿Y dónde hubiera encontrado amos tan gentiles, un país tan bello y un pan más sabroso?

El Señor me amaba; los niños me querían; y hubo también un joven que me amó y yo lo amaba. Hubiera sido de locos desear algo mejor. Estaba, luego, segura de que Jesús me

acogería en su paraíso, donde no hay ya negros ni blancos, donde ya no hay esclavos ni amos. Así me lo había prometido el pastor que había leído todos los libros y tenía el cabello blanco. Y yo creía en el pastor porque creía en Dios que ha creado el mundo y luego ha muerto para borrar todos nuestros pecados. Y cuando cantaba los cánticos de mi Señor sentía dentro en mi pecho y en mi vientre una gran dulzura, tan aguda que no podía resistirla y entonces lloraba y también el llanto era bueno, aún más bueno que la risa, y me desagradaba dejar de enjugarme los ojos, porque también los negros aman a Dios con todo el corazón y el corazón de los negros no es negro como su rostro y tiene derecho a su consuelo. Y Dios, a veces, hablaba en mi interior, de improviso, y decía: Sarah, espera, sé paciente, sé buena, goza de tu sol, come en paz tu pan y, luego, un día, subirás donde nacen las estrellas y vendrás junto a mis rodillas.

Y yo le obedecí siempre y he esperado, he esperado con alegría y con fe. Tú eres el ángel del Señor, tú sabes todas las cosas del cielo y de la tierra y no es necesario que te diga otra palabras. Di sólo al Señor que la vieja Sarah ha llegado por fin a sus puertas y que quiere entrar para no dejarlo ya más.

RUTH DIAMOND

ÁNGEL

Dios te concedió la belleza, la gracia, la inteligencia. Pero sus dones sólo los empleaste para excitar la sensualidad de los varones, para estimular las imaginaciones lascivas, para desahogar tu manía de lujo y de fasto.

Dime lo que tu alma pensaba y piensa de aquella fulgurante abyección.

Ruth Diamond

Tus palabras se parecen extrañamente a las de un pastor baptista que, de vez en cuando, venía a pedirme algún centenar de dólares para su congregación. Era una criatura de Dios, lo mismo que tú, y lo quería; por eso compadecía su pedantesca ingenuidad. Él no comprendía absolutamente nada del papel que yo representaba en el mundo junto a tantas compañeras de arte. Estudiaba demasiado las cosas divinas e ignoraba todo de las humanas.

Los hombres tenían hambre de belleza, pero no sabían encontrarla en la vida ordinaria y mucho menos en el arte. Las mujeres verdaderamente perfectas de rostro y de miembros eran extraordinariamente raras y, de ordinario, reservadas a los más ricos. Poquísimos refinados sabían satisfacer su hambre contemplando una estatua griega o una

Virgen italiana. Y he aquí que yo ofrecía a todos, en todas las salas de la tierra, la gracia de mi paso, el óvalo puro de mi rostro, la luz de mi sonrisa, el modelado impecable de mi cuerpo, el ardor de mis miradas y de mis caricias.

El pobre bracero de la Malasia o de Java, el mozo de Hong Kong y de San Francisco, el albañil de Saratov y de Atenas, el minero de Cardiff y de Lima, el contable de Montreal y de Liverpool, toda la pobre y mezquina gente del globo, que vivía en tugurios pobres y mezquinos junto a mujeres rudas y ajadas, que vivía todos los días la misma eterna vida dura y molesta, a la noche, con pocas monedas, podía ser iniciada por mí en el mundo centelleante de la belleza y de la felicidad. A todas aquellas multitudes de esclavos aburridos, mediocres y embrutecidos les daba una pizca resplandeciente de sueño, una sombra fugitiva de ilusión, una oleada cálida de aventura, el escalofrío del deseo, la nostalgia de la juventud, aquel poco de infantil y material poesía que podía ser comprendida por aquellos muchachos eternamente tristes que eran los hombres.

Olvidaban todos los días el amor y yo les enseñaba, con mi rostro de delectación dolorosa, los movimientos de la pasión primitiva y salvaje. Vivían en el desorden y en la suciedad, una vida de fatigas y de renunciaciones y yo abría de par en par ante sus ojos una existencia superior, jovial y suntuosa, donde sólo se encontraban hombres admirables aun en el delito y mujeres suaves aun en la crueldad.

Mis imágenes eran presentadas en todo el mundo, a toda hora, en las metrópolis y en las aldeas, dondequiera que un puñado de criaturas humanas, ansiosas de emociones violentas y de rápidas evasiones, estuviese dispuesto a gastar poco dinero para entrar en una sala oscura para contemplar ansiosamente mis facciones de diosa terrestre, mis movimientos de fiera elegante, mis posturas de enamorada vencida o furibunda. Era, para todos, la amante que no habían logrado seducir, la esposa que no habían podido obtener, la maga de los mediodías demoníacos y de las noches insomnes, la reina que sus ojos no habían podido encontrar jamás, el ideal terreno de todas las magnificencias prohibidas o perdidas.

Daba a todos los que faltaba a todos. Hacía menos triste aquella tristeza, menos tenebrosa aquella tiniebla, menos gélido aquel hielo, menos desesperada aquella inmensa desesperación de los hombres.

Para mantener mi papel, para aumentar mi poder de encanto estaba obligada a triunfar de todas mis rivales, a conquistar todas las imaginaciones, a convertirme en una leyenda, una aparición, un escándalo, un mito. El lujo de mis vestidos y de mis villas, las extravagancias de mis días y de mis noches, mis matrimonios y mis divorcios, mis fugas y mis caprichos, la exhibición de mi cara, de mi carne, de mi alma, era para mí absoluta necesidad, necesidad de reconstruir y restaurar y renovar de continuo mi figura de mujer victoriosa para que todavía pudiese dominar y consolar las almas vacías de los hombres. Las mismas apariencias del

vicio y de la perversión eran defensas para el arte misericordioso con que lograba dar un poco de embriaguez a los lentos, un poco de alegría a los melancólicos, un poco de exaltación a los cotidianos derrotados de la tierra.

Sacrificando mi pudor de mujer y derribando los prejuicios de los puritanos he distribuido un poco de alegría entre los hombres, he disminuido la suma de tristeza que pesaba sobre la vida de las máquinas humanas.

Este fue mi papel en la tierra y no sé por qué habría de avergonzarme de él. Mi belleza se gastó en aliviar la infelicidad de los desgraciados, fue, por lo tanto, instrumento de amor, pero no sólo de bajo y ordinario amor. No temo presentarme ante aquel Dios que me creó bella, ardiente y deseable.

## MUJERES DESGRACIADAS

### ERPILES

Que los Dioses río estén indignados contra mí, aunque a veces me indigné contra ellos, a causa del funesto don de la belleza, principio de todos mis males. La primera etapa de la vida hizo de mí una hetera, libre en apariencia, pero, en verdad, sujeta a la necesidad y, por ello, a los caprichos carnales de los hombres.

Cuando mi juventud estaba para acabar, en los últimos ardores encontré a un hombre que me quiso del todo suya. Se llamaba Aristóteles; era el filósofo más famoso de su tiempo y fue luego considerado entre los celebérrimos hijos de la tierra. Pero a mí no me atrajo ni su doctrina desmedida ni su gloria. Fui tentada por la dulzura de una casa mía, honrada y tranquila. Estaba cansada ya de ser peloteada entre un amante bestial y un amante celoso, entre un mico insaciable y un vejstorio baboso. Aristóteles era de familia rica y de naturaleza débil; estaba segura de haber encontrado un buen nido para la vejez. Y así fui durante larguísimos años la concubina del filósofo de Estagira. Estuvo contento de mí, incluso hizo mis alabanzas en su testamento, pero confieso ahora que su compañía fue para mí una insostenible tortura. Era bella, como te he dicho, y acostumbrada a gozar en medio de cosas bellas. Nunca supe nada de ética ni de lógica y por esto no me niego a reconocer que Aristóteles fuese el gran rey de los filósofos, pero te juro que, como hombre, fue uno de los más desagradables hombres del mundo.

Cuando lo conocí tenía ya unos cincuenta años y parecía ser aún más viejo. Tenía los ojos minúsculos del ratón, las piernas secas de li grulla, la cabeza como una tapadera de marfil viejo enguinaldada con ruines guedejas grises, el vientre le salía hacia fuera como un



odre mal oculto por los vestidos. Era, además, encorvado y tartamudo. Y como padecía del estómago le olía a menudo el aliento.

Estas sus desventuras las hubiera soportado con más ánimo si hubiese habido en él algún calor de afecto. Pero era, te lo juro, nada más que una máquina de aprender y enseñar; sólo una helada fuente de palabras pronunciadas y escritas. Quitando las pocas horas del sueño no hacía más que leer y cuando no leía escribía y cuando no escribía meditaba y cuando no meditaba enseñaba. Leía todo, estudiaba toda clase de objetos, verdaderos o imaginarios, enseñaba toda ciencia, las útiles y las inútiles. No había hierbajo del huerto, rapaz del bosque o fantasma de la mente que no solicitase su ansia de saber y de enseñar.

Hasta cuando yacía conmigo, por la noche, enloquecía por preguntarme, apenas satisfecho su deseo, acerca de mis sensaciones, sobre el grado de mi placer, sobre el recuerdo de los demás hombres qué habían estado conmigo de aquel mismo modo. Decía que me amaba, pero yo me daba cuenta de que no era para él más que una esclava bien dispuesta. Era un cerebro indagador e investigador; nada más. Precioso, quizá, para los hombres, pero inútil e irritante para una mujer que buscase un poco de alegría y un poco de afecto.

Ignoro si también pareció con el mismo aspecto a su primera mujer, pero sé con certeza que a su deseo no le bastaban las mujeres. Decían que había sido el amante del tirano Ermías; de todas formas, en mi tiempo, tenía en casa a un esclavito, muy querido, Mirmice, al que le hacía mil carantoñas entre un libro y otro.

Tuvo de mí un hijo, pero advertí que en vez de mi Nicomaco prefería al hijo de un amigo suyo, que había adoptado y en el que tenía grandes esperanzas.

¡Si por lo menos hubiese sido de ánimo fiero y noble, uno de aquellos héroes que aun no siendo de hermoso aspecto, son admirados por las mujeres! Cuando en Atenas amenazaron con iniciarle un proceso lo vi ponerse lívido y tembloroso, aunque sabía que era inocente. Y fue tal su terror que inmediatamente quiso preparar su huida de la ciudad, cubriendo su temor con una frase jocosa: que quería evitar a los Atenienses un nuevo delito de lesa filosofía. Pero yo que estaba a su lado y entendía su naturaleza, no me dejé engañar por sus argucias. Sabía, por lo demás, cómo había huido del Asia después de la muerte de su mancebo y patrono Ermías y con qué temblor había huido de Pella, cuando se supuso que había tomado parte en la muerte del rey Filipo.

Confieso, pues, que no logré en modo ni momento alguno amar a aquel eterno garrapateador de libros, aquel pedante vendedor de palabras. Se requería todo mi terror hacia la pobreza y el inminente ajamiento de mi belleza para inducirme a tolerar un compañero tan molesto.

Nada me faltaba de cuanto hace cómoda y alegre la vida y, sin embargo, mi corazón sangraba y mi carne se oponía. Más de una vez, mientras roncaba a mi lado durante el sueño, cansado, hartado al fin de sus fantasías, tuve la tentación de apretar con fuerza su cuello delgado con mis manos y de librarme a mí y al mundo de aquel monstruo razonante.

Este es el mísero drama de mi vida. Al principio, estatua de carne para uso de los placeres ajenos; después, como te he demostrado, desgraciadísima. Muchas mujeres me envidiaban por haber logrado casarme con hombre rico y célebre. Estúpida envidia porque a ellas, por lo menos, les fue ahorrado el tedio y el suplicio de estar unidas a un hombre que no era un hombre, sino un libro sostenido por dos estacas, una especie de biblioteca semoviente y parlante. Había nacido muy viva y para vivir, no para mortificarme junto a aquel moribundo mascullador de cosas muertas.

¿Querrán los Dioses condenarme a una pena más dura que la sufrida entre los brazos de Aristóteles?

#### GAYA SULPICIA

Si el odio es entre los pecados el más condenable, condéname a mí aun antes de oírme porque mi vida no fue más que rencor y resentimiento.

Nací en Roma de gente patricia, acostumbrada a poseer y, sobre todo, a mandar. Pero no fui libre nunca; jamás pude disponer de mí según mi querer ni seguir el instinto y la norma de mi naturaleza.

De niña estuve sujeta a la potestad del padre; de esposa, a la potestad del marido; de viuda, a la potestad del primogénito. Nada fue mío, ni siquiera mi vientre que había de dar a luz hombres para la familia y la ciudad, ni siquiera mis hijos que sólo obedecían la voluntad del padre y las leyes de la república. No pude escoger al hombre que me tendría en su potestad porque fue escogido por mi padre; no pude escoger mi destino porque mi suerte estaba señalada, desde mi nacimiento, por las antiguas costumbres, por las costumbres de mi casta, por los mandatos del varón dueño. Sentía, en mí, espíritu viril, atrevimiento de pasiones, deseos de libertad y de dominio y estuve relegada por fuerza hasta la muerte, entre las paredes de una vieja casa, para vigilar las esclavas e hilar lana.

Era, de nombre, señora y matrona, pero en verdad no era más que la primera de las esclavas, esclava más respetada que amada. Mi marido, de humor duro y austero, veía en mí, ante todo, a la que con su propia sangre aumentaba con otras vidas su estirpe. La historia de

mi vida fue la historia de mis partos. Tuve diez hijos, todos varones, y todos, uno a uno me fueron quitados niños aún para entregarlos a los maestros y los magistrados, a fin de que más tarde sirvieran a la patria en paz y en guerra. Dos de ellos murieron combatiendo contra los enemigos de Roma y sólo me fue concedido llorarlos en el silencio nocturno de mi lecho donde los había engendrado con gemidos y sangre. Decían que me amaban, pero su amor fue tibio y lejano como el de su padre. Tenía sed de ternura, pero no tuve más que el óbolo helado de una medida veneración. Mi casa estaba poblada de criaturas vivas, pero tú no puedes imaginar qué continua y dura era la soledad de mi alma. No podía confortarla ni siquiera la religión; religión inhóspita de aldeanos inadapta-dos a la ciudad y de soldados negociantes. Remotos e impasibles, los númenes; fríos magistrados y sacerdotes que no eran más que degolladores de víctimas y declamadores de crímenes.

Quise desahogarme con la poesía y dijeron que componer versos era juego indigno de hija y esposa de hombres consulares. Quise manifestar mi pensamiento sobre las deliberaciones del Senado y me mandaron, con mal velado desprecio, al huso y a la rueca. En los setenta años que viví no tuve una hora de alegría, no tuve una sonrisa de libre afecto, ni reposo, ni consuelo. Siempre sometida a las órdenes, a las tradiciones, a los ritos, a los extraños. Siempre recluida en mi casa, cárcel que los insensatos llamaban palacio, siempre subordinada con vestido de honor, triste sirvienta del altar y del hogar. ¿Qué importaban obsequios y sestercios a una paloma torcaz obligada a una vida de clueca? Había nacido con mente y naturaleza de hombre en cuerpo de mujer; la corteza externa sacrificó y mortificó mi verdadera sustancia. De este funesto antagonismo nació mi odio y del odio mi odiosa infelicidad.

Los romanos se consideraban y se llamaban civilizados; a mí me parecieron bárbaros sin corazón y sin luz; los consideraba enemigos, me sentía enemiga de su misma gloria. Hubiera querido decir yo también mi palabra en el foro y me condenaron a ser hacedora de nuevas criaturas, nodriza de lactantes, tejedora de togas, reina de sucias esclavas, guardiana de la bodega, del fuego y de la cocina.

No pude amar a mí padre que me había cedido a un desconocido, como una nueva ternera a un nuevo boyero; no pude amar a mi esposo que fue conmigo más bien amo y garañón que amante; no pude amar a los altivos parientes de mi stirpe, atentos siempre a disputas, a honores, a procesos, a rapiñas; no pude tolerar a la plebe, hedionda de sudor, de vino y de envidia. Y tú sabes que la mujer odia aquello que no puede amar. Y tú sabes que el odio aparta, sobre todo, de aquellos que viven a tu lado.

Viví, por eso, eternamente sola, en la atroz soledad de mi odio y de mi desesperación. No fui más que un ídolo rodeado de riquezas y de respeto; hubiera querido ser, por el contrario, alma en medio de almas, libre entre libres.

Has sabido, ahora, mi doloroso secreto. Si el tormento mío merece la pena de otros tormentos, lo juzgará aquel Dios que puso a María por encima de Marta.

## LA MOROZOVA

Ángel

No supiste ser en el mundo más que madre y eras madre de un solo hijo, de un hijo demasiado amado que te amaba. ¿Qué tienes, por lo tanto, que llorar? ¿Qué remordimiento puede turbar tu corazón?

### La Morozova

El remordimiento de la maldición que fue mi afecto para mi hijo. La guerra se llevó a mi esposo apenas había nacido aquella criatura. En aquel milagro respirante, único recuerdo y fruto del único amor, puse todos mis consuelos, todas mis esperanzas, la razón de ser de mi vida solitaria.

No quise otro marido, no quise volver a mi familia. No estaba enamorada más que de mi hijo. Era obra mía, de mi sangre y de mi sufrimiento, creí tener sobre él todo derecho, lo consideré propiedad mía frente a todos.

Creció al calor de mi celoso amor y cuando fue mayor lo estreché siempre contra mí como a un niño, como a un niño dócil y sumiso, enteramente mío, solamente mío.

No podía vivir sin él; soñé poder ser toda para él. Cuando llegó a la juventud hubiera querido ocupar en su corazón el lugar de todos los demás seres que hubiera podido amar; ser para él la hermana y el amigo, la amante y la mujer. No hubo verdadero pecado sensual en mi amor, pero sí una inconfesada sensualidad que se satisfacía en las naturales expansiones maternas.

Era hermoso mi hijo. Me parecía el más hermoso de los hombres, un Dios. No podía soportar que nadie se le acercase, lo tocase, que nadie tratase de hacérsele necesario, de penetrar en su corazón. Estaba dispuesta a defender a la criatura de mi propiedad por todos los medios, con las uñas y los dientes como una tigresa, hasta con el delito.

Mi hijo era débil y tierno. Se convirtió sin trabajo en mi víctima. Aislado y recluso por mi amor, que sabía poner al servicio de los celos todas las mañas y hechicerías, no pudo o no supo resistir. También él me amaba y veía en mí toda perfección, toda alegría. Se calentaba con mi fuego, se iluminaba con mi sonrisa. Para no torturarme renunciaba a casi todos los placeres de su edad. Aceptó por mi amor la vida del eremita, casi del prisionero.

A pesar de todo, fue tentado por el amor, por una jovencita que habría sido digna de él. Pero el pensamiento de verlo con otra mujer me ponía frenética y no tuvo el valor de dejarme y reprimió los más naturales instintos de los jóvenes, para no hacerme sufrir.

La muerte me obligó a abandonarlo, casi de improviso, y sólo entonces se descubrió hasta qué punto mi amor había sido funesto para el ser que más había amado en el mundo. Había vivido siempre conmigo y para mí; no tenía experiencia alguna de las cosas ni de los hombres; su naturaleza, que había tenido que reprimir todos los demás afectos, se había desgastado y mutilado, se había contrahecho y empobrecido hasta hacerlo incapaz de vivir entre los demás y con los demás. Todo le inspiraba desconfianza y temor; su timidez multiplicaba los peligros, su inexperiencia lo hacía reactivo y misántropo. Su alma estaba ya demasiado alterada para que pudiese amar a otra mujer y ya no era joven pero sí más fastidioso e ignaro que un niño.

Le engañaron, perdió el poco dinero que le daba seguridad y libertad; enfermó y sintió más cruelmente mi ausencia. Una noche se sintió más abandonado y más desesperado que nunca, sin luz ante los ojos, y delante de un retrato mío se mató.

Éste fue el último y más terrible efecto de mi amor egoísta e insensato. Lo había querido del todo para mí y lo entregué desarmado a la terrible vida. Había esperado salvarlo y por mi culpa fue impulsado a la muerte. Yo, yo sola fui la verdadera asesina de mi hijo. Por haber amado excesivamente mi gozo, le quité a él felicidad y vida, a él, flor de mi sangre, fruto de mi vientre, alma de mi alma.

Éste es mi remordimiento, éste mi llanto. ¿Podrá el Padre perdonar a la filicida?

AIARGARET OREENLA NI)

Mi felicidad y mi desventura tuvieron una sola causa: la belleza. Desde jovencita era célebre en toda la comarca donde habitaba mi madre. A pesar de que había nacido de familia modesta aunque no baja, uno de los jóvenes más ricos de la aristocracia, no obstante todas las dificultades, quiso casarse conmigo. Tenía dieciocho años; la vida desde aquel día fue una fiesta, una ascensión entre encantos, un triunfo. Quise ver todos los países del mundo, por

todas partes todos querían verme, todos me admiraban. Tenía todo lo que una mujer puede desear: perlas orientales y coches de lujo, diamantes y encajes preciosos, los perfumes más caros, los vestidos más elegantes, los criados más expertos, palacios en ciudades y villas en el campo, un parque junto al mar, un marido enamorado, mil cortejadores y, sobre todo, un rostro fresco y esplendoroso, una sonrisa famosa, dos ojos de bacante honesta, un cuerpo tan bien hecho que podía competir con las más perfectas afroditas de los griegos. Los pintores más célebres de aquel tiempo hicieron mi retrato; los periódicos publicaron en grande mi imagen; fui recibida en la corte; en cualquier reunión era la primera de todas, la más mirada, la más envidiada, la más adulada. Era, en definitiva, por la belleza, la gracia y la suntuosidad, una de las más famosas mujeres del mundo. De vez en cuando un escándalo de sociedad, un duelo, el robo de un collar de perlas, los versos de un poeta, una caída de caballo, venían a reavivar mi celebridad.

Nada me faltaba, excepto una verdadera alma. No amaba a nadie y, mucho menos, a mi marido. Me amaba a mí misma, mi cuerpo, mi rostro, mi lujo, mi fama; nada más. Vivía, pensaba, trabajaba, temblaba sólo por mi belleza. Y por ella vinieron mis primeras angustias, Poco a poco, aunque fuese lentamente, mi victorioso esplendor se empañaba, era amenazado por el hastío del tiempo. Las primeras ofensas pude remediarlas: algún cabello blanco, alguna arruga, algún indicio de ligera gordura. Durante algunos años todavía pude reinar sin oposición en todas las salas de Europa y América. Pero llegó lo peor: el óvalo del rostro se deformaba, la garganta se hacía a la vez más turgente y floja, se hinchaba; la nitidez del cuello se sombreaba con levísimos pliegues, los ojos perdían luz; las mejillas se aflojaban. Me espante y corrí a los remedios. El más renombrado, el más charlatán de los doctores de belleza de aquel tiempo me consoló y me martirizó de cien modos durante muchos meses, prometiendo devolverme al mundo más bella que a los veinte años. Cuando salí por fin de la casa, de la oscuridad y de la tortura, me di cuenta de que las arrugas y los pliegues y las hinchazones habían desaparecido, pero que había perdido al mismo tiempo la frescura, la armonía de mis líneas y la gracia, aunque fuese marchita, de mi feliz juventud. Me había hecho fea, dura, petrificada, enemiga. No fui nunca verdaderamente buena —mi dulzura de carácter no había sido más que arma y ficción mundanas—, pero desde aquel día llegué a ser mala. Fui iracunda, odiosa, pérfida. Casi todos me abandonaron, mi gloria se desvaneció en pocos meses como en pocos meses había nacido, y la nostalgia vana y la ira impotente me hicieron todavía más fea. Para desahogar el furor de la derrota, me lancé al juego, pero no tuve fortuna. En pocos años perdí gran parte de lo que poseía. Tuve que vender joyas, cuadros y casas para conservar las últimas apariencias del lujo. Entretanto, mi marido murió, pero como no le había dado hijos dejó el resto de sus riquezas a un sobrino. Quedé viuda, pobre y desesperada. El heredero de mi marido me asignó una escasa pensión vitalicia y pasé largos años, de ciudad en ciudad, en hoteles apenas decentes, sola, molesta, humillada por aquella vida tan distinta de la ascensión triunfante del pasado. Buscaba de hotel en hotel la limosna de un poco de compañía para olvidar el tiempo, jugando o charlando. Nadie me echaba, pero nadie me buscaba. La más famosa belleza de dos continentes constreñida a mendigar una sonrisa, una palabra, una invitación. Maldecía secretamente a Dios por haberme castigado tan cruelmente. Soberbia, engreída, acicalada, pintada, áspera y maligna, me sentaba a menudo sola aparte, siniestra como un espectro, despechada y hostil como una reina destronada que aún no ha perdonado a sus súbditos insurrectos. Me horrorizaba de mí misma y todo el amor que había tenido hacia mi persona se había cambiado en odio. Me

soportaba con un trabajo inmenso y cada vez con mayor trabajo lograba hacer que me tolerasen los demás. La muerte se hizo esperar mucho. Morí sola y sin esperanzas. Sólo en los últimos días volví a murmurar, con mi boca seca y amarga, las oraciones de mi infancia. Me quedó en el corazón, hasta el último instante, el resentimiento contra un Dios que me había hecho demasiado bella y demasiado desgraciada.

## DIOMIRA

No esperes de mí confesiones o defensas. No quiero decir mis culpas y no las diré. El que ha de condenarme lo sabe todo y, por consiguiente, conoce todos mis errores, todas mis caídas. Aquí sólo quiero gritar ante la faz de los hombres y de Dios mi desgracia. Si no quieres escucharme no saldrá una palabra más de mi boca.

## Ángel

¿Y no sabes que no hubo infelicidad donde no hubo un principio o elemento de culpa? Habla, pues: tu lamentación será, a pesar tuyo, una confesión.

## Diomira

No puedo creerte. Nadie me persuadirá de que mi desventura tuviese su raíz en algún pecado. Muchas veces bajé al fondo de mi alma para interrogarla y acusarla, pero no encontré nada que pudiera dar razón de mi destino.

Por nadie fui amada; ésta es la infelicidad injusta de que me duelo. Nadie me amó, fuera de mi madre y de mi padre. Tú sabes que a una mujer no le podía bastar el afecto de sus padres, dulce afecto en la niñez, afecto natural y casi obligado, ternura de protección más que amor. Hubiera querido, como todas las jóvenes, ser amada por un hombre que viese en mí toda su alegría, la criatura creada para él, destinada a vivir con él la mayor parte de la vida. Hubiera querido ser la mujer sin la cual él no hubiera logrado vivir, la amada única y necesaria, dispuesta a gozar y a sufrir con él y que le habría sido siempre amante y esposa, madre y hermana; que le habría dado la flor de su juventud, que habría unido la propia sangre a la suya en el riente don de los hijos, que habría inspirado su ánimo, reanimado su audacia, consolado sus tristezas.

Soñé siempre con este amor y no me fue concedido; busqué siempre a este hombre y no lo conseguí jamás. ¿Por qué me fue negada aquella santa y legítima felicidad concedida, sin embargo, a muchas que no poseían lo que yo poseía?

No creas que fuese malvada de ánimo o deforme de aspecto. Muchas miradas y muchos espejos me dijeron que era bella, de una delicada y espiritual belleza. Pero, sobre todo, palpitaba en mí un corazón henchido de afecto, un alma que deseaba ofrecer todo su amor a quien fuese capaz de entenderlo y de corresponderle. Era como una fresca fontana adonde nadie se acercaba a saciarse, era como una flor recién abierta que en vano difundía en el aire su perfume, era como una luz bajo el celmín que no iluminaba ningún rostro, era como un ruiseñor escondido entre las frondas que cantaba su pasión en la soledad y los pasajeros no le prestaban oídos y se alejaban sin detenerse, era fuego que ardía solitario en la noche y habría podido incendiar un mundo y se le dejó apagar sin que nadie se hubiese calentado en su llama viva.

Ésta fue mi desgracia, mayor y más inhumana que toda otra desgracia. Tú no puedes comprender lo que sufre un alma ansiosa de amor que se dirige obstinada e inútilmente hacia su natural alimento; no puedes comprender la tortura de un corazón ansioso de afecto y que queda eternamente viudo. Piensa en una hiedra que se seca sin haber encontrado su tronco, piensa en una corona que no haya ceñido nunca una cabeza, piensa en una petición apasionada, en una desesperada invocación que jamás haya logrado respuesta

¿Cuál fue, pues, en esta misteriosa tragedia, mi culpa? No creas que yo no haya amado nunca. Más de una vez, en mi breve vida, encontré al hombre que parecía coronar mi sueño virginal. Lo amé en silencio, con toda la violencia de mi ser sediento, y acaso una palidez, un rubor, un temblor de la voz y de la mano, un suspiro y una mirada, revelaron mi secreto. Pero parecía que una obstinada y maligna fatalidad alejaba de mí a los que amaba más. Parecía que una dura muralla de cristal helado se interpusiese entre mí y el objeto de mi deseo.

Acaso esta gélida pared que me aprisionaba fue mi pudor. No era de aquellas que saben manifestar abiertamente, con palabras y con actos, lo que el sentimiento de la mujer tiene de más íntimo y delicado. Hubiera debido atreverme, quizás, a ofrecerme abiertamente. Pero en mi naturaleza, ardiente al par que esquiva y sensible, había una pudorosa timidez que acaso era confundida con retraimiento y altanería. Pero ¿el pudor en una mujer es, acaso, una culpa que merezca ser castigada? Me parecía que las palabras habrían marchitado, empañado y traicionado lo que había de más puro y más bello en mi corazón de amante no amada. No tuve el atrevimiento de descubrirme. Callé siempre y mi púdico silencio no fue comprendido. Y así fui condenada a consumir lentamente mi pasión en un desolado desierto sin esperanza.

Ahora que por primera y última vez he exhalado en palabras mi dolor, diga Aquel que todo lo sabe y todo lo puede si en mi insanable infelicidad tuve parte de culpa. Si algún error manchó mi alma trastornada, ¿no querrá computar Él como pena cumplida la cruel angustia que me laceró hasta la muerte?



## KUNDRANE

¿Por qué quieres que diga delante de todos lo que es ofensa para todos? ¿Cómo podré hacer que comprendan, con palabras sencillas y breves, que mi pecado no fue verdadero pecado, náusea y no verdadero odio?

No falté a ningún deber de la mujer y ejercí honestamente mi arte mientras tuve fuerza para ello. La repulsión venció, al fin, a la necesidad. Pero aquella repulsión ¿fue culpa verdadera del corazón o más bien enfermedad de los nervios o aversión de la mente?

Pero si Dios lo manda, diré toda la verdad. Y que mis hermanos y mis hermanas, antes que Dios, lo perdonen.

Fui allá en el mundo lejano comadrona y durante muchos años presté con resignación mi trabajo a las mujeres que lo solicitaban. La pobreza de mi familia me había impedido profundizar y seguir estudios; mucho más me hubiera gustado ser otra cosa que humilde recogedora de fetos. Había soñado, siendo aún jovencita, admirar a los hombres con mi sabiduría y me había reducido a hacer de criada diplomada de las parturientas.

No es que yo despreciase a la mujer. ¿La juzgaba, por el contrario, bastante superior al hombre y veía en cada mujer no dañada por la esclavitud una predestinación redentora? ¿No era, acaso, la mujer la gran tributaria de su sangre? Los varones sólo daban sangre en la guerra; la mujer sangraba desde la pubertad en adelante, sangraba en la desfloración, sangraba en los partos. Cada mujer me parecía como una herida continuamente abierta y aquella sangre no podía ser solamente un símbolo; creía que era una oferta.

Veía sufrir atrozmente a las mujeres. ¿Por qué sufrían? ¿Por qué habían de pagar unos instantes de deleite con aquel desgarramiento de entrañas y de carnes? ¿Y aquel suplicio era siempre compensado por los frutos de sus vientres?

Padecía una enfermedad que se llamaba pensamiento, y es enfermedad que se agrava con la edad. Al transcurrir el tiempo casi sentí horror de los nuevos vivientes que sacaba o recogía de las vaginas desgarradas. Aquellos cuerpecitos fofos, débiles, estropeados, color de barro y ladrillo, comenzaron a perturbarme. Los veía, allí echados en lo blanco, calvos y arrugados como viejos con faja, ahora llorando y gritando como víctimas, ahora inmóviles e insensibles como cadáveres, a veces más parecidos a monos depilados que a hijos de hombre; revueltos en las heces y en el hedor; todos diferentes y todos de diverso modo nauseabundos. Toda esta carne animada, que venía a sufrir y a morir, conmovedora para las madres pero en

realidad repugnante, me aterraba.

Más insoportable aún se me hacía aquella visión cuando, con la facilidad del pensamiento, anticipaba el futuro destino de aquellos miserables esbozos de humanidad. Éste, decía entre mí, acabará jorobado y perseguido; este otro será muerto antes aun de que florezca; este otro se marchitará en las cárceles o en los campos de guerra. En cada niña me representaba una prostituta o un ama de casa o una fracasada marchita, en todo caso, desgraciada. Y todos aquellos recién llegados estaban condenados a la decadencia de los años, al oscurecimiento del espíritu, a la putrefacción del cuerpo, a la reclusión en el sepulcro. Pocos de ellos serían alegrados por alguna hora de gozo; pocos serían rescatados por algún soplo de genio.

En la vida futura no pensaba porque mis maestros me habían dicho que no podía haber vida más allá de la muerte. Y poco a poco la repulsión se hizo escalofrío, y el escalofrío aversión, y ya no pude tolerar la visión horrible de la sangrienta venida de los vivientes.

Pero esta aversión insuperable hacia el género humano ¿fue desamor culpable o simple lucidez de juicio y reflejo de una dolorosa verdad?

¿No eran, acaso, los hombres pobres brutos débiles y temblorosos entregados a la desventura y a la destrucción? Perdóneme también a mí Aquel que los hizo tan míseros y repelentes.

SABINA

Señor, si quieres condenarme no> me admiraré después de lo que sufrí en la tierra. Aquí y allí estamos destinados a padecer y sea siempre lo que Tú quieras.

Pero ¿por qué nuestra vida era tan breve, tan fugitiva? ¿Por qué no la hiciste un poco menos atormentada, un poco más serena?

Sabes cuál fue mi suerte, la de una pobre mujer ignorante y paciente. Desde los miedos de la infancia a las cadenas de la juventud, a las persecuciones del amor, a los engaños del matrimonio, a las miserias de la decadencia. Pensamientos tristes, constantes preocupaciones: preocupaciones por los padres que envejecen, preocupaciones por el marido que yerra y se equivoca, preocupaciones por los hijos que no crecen a nuestro gusto, que enferman de cuerpo y de espíritu, que desaparecen y olvidan. Y esclava siempre de todos; de los parientes, de los prójimos, de los poderosos, de los superiores y hasta de los subordinados.

Nunca un momento de paz, nunca un día de verdadero bien.

Crecen los hijos y crecen las congojas del ánimo, crecen los nietos y crecen las necesidades y las inquietudes; luego vienen las enfermedades, las carestías, las guerras, las revoluciones, las epidemias, y de todo se resiente una pobre madre que quiere cumplir siempre con su deber hasta el final. De vieja también tenía que pensar en todos, atender a todos, atribularme y suspirar día y noche. No acaba nunca, nadie te comprende ni te ayuda. Cuanto más das, más quieren; cuanto más te afanas, más esperan de tus huesos cansados, de tu corazón agitado y agotado. Con los años las fuerzas decaen y sería necesario que, por el contrario, creciesen de año en año para atender a todo. Mientras tanto, los hijos se alejan, los compañeros más queridos nos abandonan, los dolores se multiplican.

Nunca tuve tiempo para pensar en mí sola. Siempre en el trabajo, siempre en el deber, siempre en el sacrificio. Criar hijos, educarlos, guiarlos, llevar adelante una casa y varias familias, siempre en movimiento, siempre con angustias, siempre llamada por todos.

Rarísimos, en mi larga vida, los placeres: algún sueño en la juventud, alguna velada de amor, alguna sonrisa y aliento de los hijos, alguna escapada al campo y, sobre todo, las horas de oración y de lágrimas en las iglesias oscuras, cuando robaba tiempo a los quehaceres para encomendarme a Ti, Señor, que nos enviaste, no sé por qué, a sufrir en la tierra.

Y ahora también me encomiendo a Ti, con el recuerdo de todas mis fatigas, de todos mis llantos, de todas mis desesperaciones; me encomiendo a tu justicia en nombre de mi dolor.

## TOPACIA

Era una sencilla jovencita, de humilde patria pero de noble familia, más delicada que fuerte, devota de la Virgen. Veía en los hombres a unos seres superiores, perfectos; los adoraba en secreto como si fuesen dioses bajados a la tierra. Me enamoré pronto de un joven que a mi Cándida fantasía pareció más bueno, puro y fuerte de lo verdadero. Era hombre apasionado y me amó con tanta vehemencia e impaciencia que quedé casi espantada de ello.

Nos casamos pronto y tuve en seguida la revelación de mi infelicidad. Hasta aquel día había tenido ideas bastante confusas sobre el amor, que para mí era, sobre todo, admiración por una criatura superior, concordia de sentimientos, de gustos, de sueños, comunidad de vida y de suerte. Mi esposo, por el contrario, era joven y ardentísimo, pero se dio cuenta muy pronto de que despertaba en mí bastante más disgusto que deleite. Aquella conjunción del hombre y de la mujer, aquella violenta y animalesca irrupción en mi carne, aquel abrazo que

parecía la opresión de un ahogo, aquel orgasmo que parecía una agonía, todo me parecía obscuro y repugnante más que sagrado y deseable. Mi marido advirtió aquella repulsión y sufrió por ello. Trató de comprenderme, de respetarme, de transformarme. Yo misma no comprendía bien la naturaleza de aquella desdeñosa resistencia. ¿Era, acaso, una enferma? ¿O bien había en mí la refinada delicadeza de sentir que aquel bestial contacto de mucosas y de humores me parecía, como era en efecto, un desahogo más digno de brutos que de hijos de Dios?

¿Es posible, pensaba, que aquellos seres superiores venerados por mí religiosamente desde la infancia se hagan luego, en la sombra de las habitaciones cerradas, inmundas y repugnantes, lo mismo que los machos cabríos y los gorilas? Los que me habían parecido dioses me parecían ahora fieras en celo. ¿No bastaba para satisfacer el amor vivir juntos alegremente, sin caer en las suciedades de la sensualidad, con tentarse con una mano entre las manos, con una mirada furtiva, con una caricia honesta, a lo más con un beso?

¿Era, acaso, una mujer mal constituida, nacida mal, un monstruo, o bien un raro y precoz ejemplar de una especie más elevada?

Mi frigidez no podía ser efecto de especial aversión hacia mi violador porque amaba sincera y apasionadamente al hombre por mí escogido.

Era de buen ánimo y aunque padeciese inmensamente por mis resistencias y negativas, siguió queriéndome, esperando, quizá, que con el tiempo me haría como las demás mujeres.

El nacimiento de mi primero y único hijo me destrozó sobre toda ponderación y puso en peligro mi vida. Aquella sangrienta aventura aumentó cien veces más mi resistencia a los abrazos.

Nuestro hijo murió todavía lactante; mi marido, después de desesperadas tentativas, se desamoró lentamente, se alejó cada vez más de la casa y, al fin, fue cogido por una mujer enteramente distinta de mí, sensual hasta la vulgaridad, que no le amaba a él solo. Y un día, por razones que nunca he sabido bien, pero ciertamente innobles, aquel a quien había amado con toda el alma y detestado con toda mi carne, fue degollado por un amante de aquella mujer.

Volví a mi casa paterna y ya nunca fui capaz de amar. La experiencia de la vida me persuadió cada vez más que mi adoración por el hombre visto como semidiós sobre el pedestal había sido fetichismo pueril y necia ilusión. Los varones, tratados de cerca,

perdieron para mí todo valor y todo prestigio, el antiguo fanatismo se tornó en repulsión. Y, sin embargo, no pude liberarme de un horrendo remordimiento: un hombre, por mi culpa, se había perdido, había sido muerto y acaso se habría condenado para siempre.

Si fui verdaderamente culpable o más bien víctima junto a mi víctima, lo dirá la divina sentencia que humildemente espero en oración.

## BASKIRCEVA

No quisiera ofenderte, Señor, no quisiera parecerte peor de lo que soy, no quisiera perder el premio que espero. Perdóname, Señor, no puedo prescindir, a pesar de que todo se haya acabado y que la larga permanencia en el sepulcro haya desenvenenado mi rencor, no puedo resistir el impulso de gritar, por última vez, mi resentimiento.

Tú sabes lo que fui en la tierra. Joven, bella, artista, apasionada, desbordada por el deseo de vivir, de crear, de amar, de ser amada, de ser grande, de ser célebre, de ser feliz. Creía en Dios, adoraba la naturaleza, veneraba la grandeza, tenía piedad de los hombres. Leía, escribía, pintaba, amaba, rezaba; quería conservarme pura, soñaba con la gloria. Y en un momento, en esta criatura inocente y ardiente, anida un mal terrible, un germen que se multiplica y roe y que me llevará a la consunción y a la muerte. La muerte a los veinticuatro años, en pleno mediodía de la juventud y de la esperanza.

Conocí pronto mi condena y no quise creer en ella. ¿Es posible que el Padre de Jesucristo sea tan cruel? Lo intenté todo para olvidar, para mentirme a mí misma, para superar aquel terror, para alejar aquella condena. ¿No piensas, Señor, en la desesperación de una criatura joven abrasada por la voluntad de vivir y que sabe con certeza que ha de morir dentro de pocos meses, acaso dentro de pocos días? Apenas vislumbrado el jardín de delicias tendría que dejarlo para siempre; después de sentido el amor me convertiría en cuerpo helado y marchito dentro de la tierra; aun antes de que pudiera ser enteramente dueña del arte tendría que resignarme, al fin, al aniquilamiento. Veía a mi alrededor jovencitas sin gracia, sin ideales, sin entusiasmo, sin apasionamientos, seres grises y mediocres, que, sin embargo, vivían en paz, con salud y sobrevivirían largos años a mi muerte. Y me parecía ser víctima de una demoníaca injusticia y desvariaba e imprecaba y sufría y maldecía al enemigo desconocido y deliraba con imposibles venganzas.

La única vía de salvación me pareció, hacia el final, vivir más ardientemente, consumir en aquellos pocos días demasiado rápidos todas las experiencias y las conquistas de una vida entera. Pero faltaron las fuerzas y la muerte no encontró el último día más que un pobre cuerpo consumido, más que por la tisis, por una martirizadora desesperación. ¿Por qué me concediste, Señor, tantos dones para envenenarme con el temor y arrancármelos antes de

que pudiese gozar plenamente?

Angel

¿Hubieras preferido, entonces, una larga vida en la mediocridad vil, sucia y triste de la mayoría? ¿Por qué no agradeces a Dios que te haya salvado a tiempo de las vergüenzas de la vida ordinaria, de las humillaciones de la decadencia, del envilecimiento de los compromisos y de las derrotas, del marchitarse de la juventud y de la fantasía, del amar y de la fama? ¿Quieres saber lo que hubieras sido si Dios te hubiese dejado aún en la vida? Te habrías casado con un noble que después, con el tiempo, se hubiera mostrado un marido innoble. Habrías perdido hijos en la flor de la edad, y de modo atroz. La pintura te hubiera procurado algún pequeño triunfo durante algunos años, pero la llegada de otras modas hubiera hecho despremiar y olvidar tus obras. Tus mejores amigos te habrían abandonado o habrían desaparecido antes que tú. Al pasar el tiempo hubieras perdido aquella temblorosa virtud de bellas conmociones y de estáticos descubrimientos que fue tu verdadera felicidad en los años de tu matrimonio y te habrías convertido poco a poco en una matrona lamentosa, vanidosa y caprichosa de la que todos hubieran huido.

La muerte a los veinticuatro años ha salvado tu figura, tu esencia, tu alegría. Todos los hombres, durante mucho tiempo, te recordaron joven y desventurada, te admiraron y te amaron. Se acordaron largamente de ti, buscaron tus pinturas, lloraron sobre las páginas de tu diario. Continuaste viviendo, por la infinita misericordia de Dios, en la única forma que era digna de ti, en la luz segura de un recuerdo amoroso.

NUMA HAWA

Ángel

Eras mujer y, no obstante, preferiste la compañía de las fieras a la de los hombres, no sólo por amor de ganancia, sino por femenina vanagloria y por natural inclinación del ánimo a la sensualidad y a la ferocidad.

Nüma Hawa

Dices la verdad, pero no toda. Hubo en mí, desde el comienzo de la adolescencia, un instintivo y tenaz desprecio hacia los hombres. Siempre he tenido la manía de ser más fuerte que ellos en todo. ¿Qué fuerza necesitaba una mujer joven para domar a un varón? Ninguna. Bastaba una sonrisa, una seña procaz, una promesa, un ofrecimiento de placer, en resumen,

un poco de coquetería y demasiada complacencia. Me causó pronto fastidio sujetarme a los hombres, que, apenas saciados, querían cambiarse en amos.

Y quise mostrar a aquellos blanduchos varones de mi tiempo de qué vigor de miembros y de voluntad era capaz una mujer. En pocos años llegué a ser una de las más célebres domadoras del mundo. Y sólo entonces comencé a vivir y encontré la felicidad entre las jaulas malolientes de las casas de fieras. Entre los hombres no había encontrada más que indiferencia y ofensa; de las fieras recibí siempre respeto y afecto.

Cuando descendía, sonrosada y semidesnuda, entre mis leones y mis tigres, bajo el juego ardiente de los focos y de las miradas, sentía ser bastante más que una mujer, aunque fuese una virgen blanca o una adusta ama de casa. No puedes imaginarte mi alegría viendo la ferocidad reprimida, la fuerza bruta dominada por el ojo humano. Cuando ponía mi cabeza en la boca abierta de mi león preferido, me estremecía. No de terror, sino de deleite, y más que en el abrazo.

La mayor parte de los viles sedentarios que pagaban por verme no gozaban de mi arte temerario, sino que, cada noche, esperaban, secretamente, verme destrozada y despedazada. Los hombres eran, por dentro, bastante más feroces que mis fieras. Yo lo sabía y aquella espera siempre fallida de los espectadores aumentaba mi deleite. Cada representación no sólo significaba para mí dinero, sino una victoria sobre la perversidad humana y un triunfo sobre la muerte.

Si en todo esto había pecado, pido humildemente perdón a aquel Dios que creó mansas aun a las fieras y les prometió el señorío del hombre.

## KERSTI

Dios me ha devuelto la vida, pero Él mismo no podrá devolverme la pura y plena felicidad de cuando, niña, crecía en mi campiña nativa. Niña pobre en una campiña pobre; pero, ahora, en el recuerdo, era rica de un paraíso de alegrías. Aun cuando el cielo era enteramente blanco sobre la tierra enteramente blanca y sobre todo el mundo reinaba el furor y el fragor del viento, yo me sentía santamente feliz. El color de mis ojos esperaba el dorado azul de la primavera; el blanco de mis dientes pedía el candor de las flores del manzano; la sangre de mis labios llamaba al rojo de las flores del verano. Todo el universo era mío, como un sueño maravilloso que el niño posee por sí solo, en el secreto de la noche, y no sabe o no quiere repetir a nadie.

Pero aquella felicidad tuvo fin antes de que pudiera reconoced? enteramente y sabérmela decir a mí misma. En casa éramos diez hijos y mi padre era pobre. Apenas estuve en edad de ganar, fui enviada a una hilandería no muy lejos del pueblo, donde comenzó mi suplicio.

La vida era monótona, el trabajo tedioso, las compañeras eran insensatas o susceptibles. El incentivo del cambio y de una mayor ganancia me empujó hacia la gran ciudad lejana. Tan lejana, que ya nunca más pude volver a ver a mi madre ni a mi padre, ni a mis hermanas ni a mis hermanos.

La vida, en la ciudad, era más tentadora, pero infinitamente más sucia y esclava. La fábrica donde trabajaba era inmensa; había millares de obreros y obreras. Me sentía allí dentro como una semilla campestre arremolinada en el polvazo denso de una calle de ciudad. Todo me parecía extraño y enemigo. Las compañeras eran indiferentes o corruptoras; los hombres eran brutos, brutos embrutecidos o brutos tentadores; los patronos, distantes e invisibles, pero crueles.

Pasaba las horas más bellas del día, todos los días, en el mismo sitio, delante de la misma máquina, atenta a los mismos movimientos, envenenada- por una misma infinita melancolía. El salario era escaso; los días libres eran, a veces, más tristes que los pasados en la fábrica. No tenía amistades; tenía sospecha y temor de todos; había perdido el color del rostro, la amplitud de corazón, la feliz limpieza del alma.

Y, sin embargo, hubo un brevísimo espacio de esperanza, una promesa de nueva felicidad. Un joven obrero me amó y lo amé, y habíamos de casarnos en el verano próximo. Un día de marzo los obreros de la fábrica hicieron huelga, hubo tumultos, asaltos y choques. Fui allí para buscar a mi Peter, para inducirlo a salir fuera del peligro. Me encontré cercada entre oleadas de multitud en fuga; los guardias dispararon y caí herida de muerte.

Nadie, ni siquiera Dios, podrá devolverme la felicidad que he per elido, la felicidad que no conocí.

CORO DE LOS CIEGOS MERCADERES [Y USUREROS]

ARTESANOS DIVERTIDORES ATLETAS



## CORO DE LOS CIEGOS

Fuimos condenados a la noche eterna aun antes que ser sumergidos m el horror de la última noche.

Y muchos de nosotros ni siquiera vieron un solo día la figura luciente del mundo,

ni conocieron de la madre nada más que la caricia y la voz y el tibio contorno del rostro y el sol no fue para nosotros más que una sombra apenas menas oscura, un calor benévolo sobre nuestras manos casi inútiles, la muda salutación del ojo de Dios.

Otros vieron apagarse poco a poco, temblorosos y atemorizados, sus míseros ojos enfermos

Y sobre la claridad consoladora de lo creado, se extendió para ello, un velo, al principio, leve como la niebla de una mañana de abril\* después cada vez más espeso, más tupido, más enemigo hasta que la belleza de la tierra y del cielo sólo fue para nosotros un recuerdo descolorido y un desesperado lamento.

Y aquel mundo está ya destruido y desaparecido para siempre; nunca lo vimos ni jamás lo veremos ya.

Y era hermoso con sus cielos cambiantes y sus formas infinitas y sus colores ardientes y delicados que revelaban su origen paradisiáco.

La divina tierra está deshecha con todas sus flores y todas su® esplendorosas criaturas, y jamás la veremos y ya nunca nos será dad# contemplarla, volverla a ver un solo instante, como un piadoso relámpago que interrumpe la crueldad de la noche.

Todos fuimos desgraciadísimos, unos y otros atrocemente castigado» por delitos ignorados.

Desgraciadísimos, los primeros, porque no tuvieron ni siquiera breve imagen de aquellas maravillas que Tú, oh Dios, habías creado para ellos.

Desgraciadísimos, los segundos, porque compensaron duramente, hasta la muerte, la inconsciente felicidad de los primeros años.

Pero ahora, por fin, Tú nos has resucitado en la perfección del ser y, lo mismo que todos, somos videntes.

Y nos volvemos a Ti, Creador de la Luz, para que ilumines nuestra pasada ceguera, para que nos reveles, por fin, el sentido y la justicia de aquella noche terrena, para que inundes con todo el poder de tu esplendor nuestra alma apagada, nuestra espantosa oscuridad.

Nosotros, los ciegos, somos los sedientos de luz, los enamorados de la luz, los buscadores y perseguidores de la luz.

Nadie puede amarte como nosotros, oh Dios, porque Tú eres para nosotros luz increada, luz perpetua, luz letificante.

El amor, para nuestros ojos abiertos al fin, es luz, y Tú, oh Dios, eres amor; y porque eres amor antes que cualquier otra cosa, en las tinieblas del abismo creaste la luz; y porque eres amor tu Hijo, venido a la tierra, fue la luz del mundo y los rostros de tus santos aparecieron circundados de una sobrenatural luminosidad.

Y ahora que tu amor también nos ha devuelto a nosotros para siempre la luz, ahora que nuestros ojos nuevos pueden vislumbrar el fulgor de tu gloria, revélanos a nosotros, que ya no somos desgraciados, la razón de nuestra misteriosa infelicidad.

¿Fue, acaso, castigo de culpas no visibles para los hombres y, quizá, tampoco para nosotros mismos?

¿O fue paternal recurso para quitar las ocasiones de la concupiscencia y hacernos más difícil toda clase de pecado?

¿O quizá fue el elevado precio, pagado antes de la muerte, para volver con seguridad al océano refulgente de tu amor?

Tú solo lo sabes, Tú solo puedes decir la palabra que resolverá para siempre nuestra

duda, que nos hará bendecir nuestra antigua tristeza, nuestra oscura expiación, la palabra que pondrá fin a la ceguera de nuestras almas.

Y entonces nosotros, ciegos, cantaremos con nuestro libertado corazón el más vertiginoso himno que los hombres hayan elevado, oh Dios, al fuego radiante y rutilante de tu amor.

## MERCADERES [Y USUREROS]

### PEDRO DE BERNARDONE

No es necesario que repitas la acusación que de siglos y siglos acompaña a mi nombre, nombre honrado, hecho célebre a golpes de vergüenza. Fui el padre tacaño y bestial que no quería santo a su hijo. Era el medianero del diablo, el traficante avaro que tenía una bolsa en lugar de corazón y dos ducados sobre los ojos para cegarlos. Ésta es la acusación, ésta la calumnia

Yo, mercader honrado en toda feria y ciudad de Italia y de Francia; yo, que todo mi amor y mi esperanza los había puesto sobre la cabeza de mi Francisco, soy, aun después de la muerte, la víctima de mi hijo.

Si aquí impera justicia para todos, aun para los padres desgraciados, incluso para los santos, quiero que también se me escuche a mí, Pedro de Bernardone, el perseguidor de la santidad.

Caí en errores, no en culpa. Y fueron errores de afecto, no de malicia o de depravación. Y el primero fue tomar mujer extranjera, de otra, sangre y de otro país, la cual me dio un solo hijo, extraño para mí extraño para todos, verdadero fruto de la extranjera.

Y el otro error fue el de querer desmesuradamente a aquel hijo y haber satisfecho sin reserva sus deseos y sus manías.

El mundo ha venerado durante millares de años al hijo de mi amor, pero yo no tuve que habérmelas, desde que le tuve cerca, con un santo y sí con un joven divertido y jubiloso, casquivano y pródigo.

Tuve fama de tacaño y, sin embargo, todos saben que mi Francisco fue, durante muchos años, el joven príncipe de la juventud de Asís y no quise que le faltara nada. Mi hijo se desposó con la pobreza después de haber hecho de anfitrión, de mecenas, de caballero y de señor a expensas de las riquezas paternas.

Le gustaban los vestidos adornados y hermosos y los compraba con mis ducados. Le gustaba ostentar caballos de raza, armas de valor y con mis ducados se los procuraba. Le gustaba invitar a los amigos, o, mejor, a sus parásitos, a cenas y a festines, y con mis ducados convidaba espléndidamente lo mismo que un rey. Y, cuidado, que él no ganó casi nada con su trabajo. En la tienda estaba poco o de mala gana. Bastaba que sintiese un acorde de rabel o de arpa, o que un amigo lo llamase, y lo veías huir fuera como un can al silbido, y no lo volvías a ver en toda la tarde y toda la noche.

Yo, que trabajé y di sin hacerme rogar, tengo eterna fama de avaro; mi hijo, que se hizo el grande con mis sudores y despilfarró locamente mi dinero mientras vivió en mi casa, fue considerado por todos el caballero de la pobreza y de la caridad.

Y es verdad que en determinado momento le vino, entre otras cosas, mi manía de hacer grandes limosnas a los pobres, pero siempre, cuidado, con dineros fatigosa y peligrosamente lucrados por mí ultramontes. Nunca he pensado que socorrer a los pobres sea vicio, pero quisiera saber cómo harían los santos para practicar la caridad si no hubiese gente que trabaja, vende y ahorra. A mi hijo, por lo que parece, le vino la vocación de hacer de mendicante, pero para pedir es también necesario que haya gente que posea, gente que se esfuerza para reunir unos pocos bienes, gente rica que puede dar lo superfluo. Si todos hubiesen sido mendicantes, ¿a qué puerta habría podido llamar y obtener pan y moneda? Si todos los hombres hubiesen sido santos, gente que camina, canta, reza y predica, ¿quién habría sembrado el grano, quién habría construido las casas, quién habría hilado y tejido la lana?

Los seguidores de mi hijo vestían, en el peor de los casos, una túnica de mendigos, pero aun para aquellas túnicas se necesita paño, y se requiere quien lo haga, o quien lo transporte, quien lo venda. Mi Francesco despreciaba, en su corazón, mi arte no espiritual, y, sin embargo, sus herederos, sus escolares, sus frailes, siempre han tenido que recurrir a los mercaderes de paño, como yo era, si querían ponerse algo encima para huir del frío y de la vergüenza.

Lacrimosísimas las obras de caridad; nada hay que decir.

Sin embargo, para saciar a los hambrientos eran asimismo necesarios campesinos y carniceros. Más para ayudar a los enfermos y encarcelados, eran también necesarios quienes

batían monedas y quienes honestamente las hacían fructificar. Más para vestir a los desnudos, eran también necesarios cardadores y tejedores y mercaderes de paños.

Y estos desnudos me recuerdan la última ofensa que recibí de mi hijo delante del Obispo y del pueblo de Asís. Yo le había proporcionado durante veinticinco años seguidos vestidos, capotes, capas, armaduras y cabalgaduras de lujo y de pompa, y, además, millares de ducados para solaz suyo y de sus amigos, para sus viajes, para sus caprichos, para sus limosnas. Y él, por toda recompensa, me hizo la afrenta de mostrarse desnudo delante de todos, de arrojarme a la cara la envoltura del vestido roto y sucio, y con ello devolverme todo lo que de mí había recibido y de quedar en paz conmigo y de renegar de mí, incluso, como padre, Renegar de aquel que no sólo le había dado la vida, sino que libremente había subvenido durante cinco lustros a sus necesidades y, sobre todo, de sus vanos y mundanos placeres.

Si él era verdaderamente llamado por Dios a cambiar las almas y volverlas al Evangelio, ¿por qué no comenzó la obra santa con su padre, con el padre que tanto le había amado? Si yo me entristecía y avergonzaba de su nueva locura, ¿por qué no intentó hacerme comprender la verdad que tenía en el corazón, en vez de separarse de mí con tan escandalosa altivez? Si yo lo reputaba loco, como todos lo consideraban y llamaban en la ciudad, ¿por qué no intentó mostrarme con dulzura que el loco era yo y el verdadero sabio él? ¿Por qué, en definitiva, aquel a quien Cristo llamaba para salvar las almas no quiso hacer nada para salvar el alma de su padre ciego que por su amor venció a la avaricia y olvidó la prudencia?

Y no obstante, lo amaba, quizá lo amaba mal, pero lo amaba demasiado. Durante más de veinte años había sido mi orgullo y toda mi esperanza. Quería que sobresaliese y luciese como los nobles, que fuese el primero de la ciudad, que se hiciese doctor o caballero o mercader, lo que le hubiese gustado, con tal de que hiciese honor a mi nombre y a mi casa. Amé siempre a aquel hijo que ya no había de ser mío, lo amé tierna y desesperadamente y no podía tolerar ningún rival en su corazón, ni siquiera a Dios. Pero siempre lo he amado, siempre, y también siento que lo amo ahora como cuando era niño y yo volvía de viajes lejanos y la primera alegría del retorno era estrecharlo fuertemente contra el pecho, apenas entrado en casa, y bañar su rostro con mis besos y alguna lágrima. Y también el último día, cuando renegó de mí, no recogí aquel envoltorio de paños por avaricia, pues eran ya andrajos para la basura, sino para tener todavía algo que había sido suyo y que había cubierto su cuerpo.

¿Por qué no intentó, pues, iluminar antes que a los demás al padre ciego, convertir al padre celoso, calmar al padre herido?

No puedo olvidar que era mi hijo, el primogénito de mi amor, el predilecto de mi alma, y pienso que en su santidad tiene que haber quedado un reflejo mío; poco, apenas un átomo,

una sombra de mi ser, pero, en definitiva, algo que un día formó parte de mí.

Quizás haya todavía un resto de orgullo y de celos en mi amor hacia él, y me da vergüenza de ello. Compadezco mis amargas palabras.

Quería que fuese enteramente para mí; ésta fue mi culpa. Dios quiso, por el contrario, que fuese todo para los hombres, Y me pareció haber sido defraudado de una propiedad mía legítima y no lo comprendí y me revelé. Pero ¿por qué no quiso salvarme a mí también? Perdonó a todos, aun a los ladrones, aun a los lobos, y ¿no querrá tener piedad también de su padre?

Todos los hombres adoran y aman o, por lo menos, admiran a mi hijo. También yo me arrodillo ante él y a él me encomiendo. Perdóneme ya la soberbia y la ira del que fue su padre según la carne y obtenga también para mí el perdón del Padre más verdadero que está en los cielos.

#### JAN VAN DER DOES

También yo hablaré, si quieres, pero no para gemir sobre desolaciones y culpas como hacen la mayoría. Sólo una confesión puedo hacer, y ésta sincerísima: durante mi vida en la tierra no conocí ni dolor ni pecado. No recuerdo llanto ni remordimiento, y mucho menos desesperación o penitencia. De tales cosas supe algo por los libros y por los discursos ajenos; jamás nada por experiencia.

Nací sano y fuerte de buena familia de afortunados comerciantes, Tuve inteligencia bastante despierta para alcanzar honor en los estudios; no suficientemente aguda para caer en las miserias y en las manías de los grandes ingenios. Viví siempre cómodamente y, además, alegremente, de modo que nunca me faltó lo que deseaba.

En mi juventud, no siendo feo ni pobre, gocé de mujeres hermosas de toda nación y condición; después de los treinta años, escogí una esposa bella y rica que no tuvo otro temor en el mundo que el de desagradarme y me sirvió fiel y gozosamente mientras vivió. Tuve de ella tres hijos varones, honrados y obedientes, que me ayudaron en los negocios y no me ocasionaron nunca el menor contratiempo o disgusto.

En las empresas heredadas de mi padre tuve éxitos que superaron mi esperanza. Mis grandes veleros regresaban siempre de la India con buena carga y rica ganancia. Era considerado en la Bolsa de Amsterdam como uno de los comerciantes prudentes y bien

provistos de la ciudad Las faenas del banco y del puerto no me quitaban, sin embargo, la libertad y la oportunidad de divertirme. Me gustaron mucho las flores y tuve un bellissimo jardín en el campo, donde me deleitaba permaneciendo durante la época buena. Tuve hermosos caballos y perros de caza; en casa, abundancia de vajilla de plata, de pinturas y de bebidas. Expansionaba el espíritu con unos pocos amigos, alegres como yo, y no he desdeñado nunca el buen vino de Canarias y el buen ron de las colonias, ni nuestra picante cerveza oscura. De los asuntos públicos me cuidé poco, para huir de molestias y peligros. Todo gobierno era para mí aceptable con tal de que mantuviese la libertad de navegación y la tranquilidad de los comerciantes.

Pertenecí a la Iglesia reformada y raramente falté al servicio divino del domingo, pero no quise ahondar en los misterios de la fe ni requemarme la sangre con controversias doctrinales.

Gocé siempre de un gran apetito y no reputé perdido el tiempo empleado en la mesa y en la cama en buena compañía.

No olvidé, sin embargo, de socorrer a los pobres y de ayudar a los amigos en sus necesidades, pero siempre, se entiende, dentro de los límites de una bien ordenada prudencia. Me deleité con la música y siempre tuve excelentes virtuosos en mis diversiones domésticas. No olvidé tampoco la poesía, pero preferí siempre la jocosa o satírica. Tuve sanísimos el corazón, el hígado y todas las demás vísceras, de modo que viví largamente y tuve salud perfecta hasta el día de mi muerte. La Providencia quiso ahorrarme también los horrores de la enfermedad y de la agonía. Una noche me dormí con más fatiga que de costumbre y por la mañana ya no me desperté. Estaba cerca de los noventa años y todo estaba ya en manos de mis hijos.

Ésta fue mi vida, vida honrada, activa, serena, agradable y con harta frecuencia alegre. No supe ni una sola vez haber incurrido en pecados verdaderos y propios, y por eso mi alma jamás fue turbada por temores y arrepentimientos. Estuve siempre agradecido a Dios por haberme concedido tantos dones y privilegios, por haberme concedido una vida tan feliz, tan distinta de las demás. Y también hoy espero con fe tranquila la sentencia que el Señor pronunciará sobre mí.

RALPH BULLION

Ángel

Responde tú también, Ralph Bullion. Te enriqueciste con el más infame comercio

que hubo en la tierra: comprabas y vendías hombres. Transportabas de un continente a otro dolorosas cargas de carne negra, de trabajo y de látigo. Eran hombres, eran inocentes y, sin embargo, los encadenabas como asesinos, los tratabas peor que a ganado de matadero.

¿No pensaste nunca que también aquellas criaturas pertenecían a Dios y que un día habría podido pedirte cuenta de ellas?

Ralph Bullion

Sabrás que fui, sí, negrero, pero por obediencia y no por vocación. Mi padre se dedicaba a la trata antes de que yo naciese, y apenas fui jovencillo, hacia los dieciséis años, quiso que le acompañase, para tener una ayuda de confianza en sus arriesgados viajes. No todo era fácil en nuestro tráfico. No siempre se conseguía reunir número bastante de jóvenes que mereciesen la pena hacer el viaje, y no todos, a veces apenas la mitad, llegaban en buen estado a los puertos de desembarco y a las ciudades de mercado. La mercancía viva era más costosa y peligrosa que todas las demás. Estaban luego las tempestades, que aumentaban las molestias y los gastos de la travesía; los escrúpulos y las cavilaciones de las autoridades que era preciso calmar con el sonido de esterlinas; los desquites de la chusma; las epidemias de la carga; la obsesión de los corsarios; la reprobación de los puritanos. Era un trabajo que no me agradaba y cuando mi padre murió me retiré de los negocios para vivir tranquilo en Londres, donde podría leer las gacetas, escuchar música, tener mujeres y amigos, vivir, en suma, honrado y en paz, sin estorbos y sin temores.

Se hablaba mucho, entonces, de la abolición de la esclavitud, y conocí en una taberna de moda ciertos moscones de periódico que entre sí se llamaban filósofos y que se desgañitaban para demostrarme el horror de mi antigua profesión. Conocía un poco el mundo, conocía un poco la historia y respondía a aquellos charlatanes de café con los argumentos que mejor sabía. Y ni siquiera hoy me parecen todos dignos de refutarse si por argumentos se entienden razones de hombre y no impulsos y desahogos sentimentales de mujerzuelas.

Decía, por ejemplo, que la esclavitud había permitido el esplendor de las más gloriosas civilizaciones antiguas. Para que surja y florezca una gran civilización, es preciso que los pocos mejores estén libres de los cuidados y de los trabajos materiales; libres para pensar sólo en las cosas del espíritu. Platón no hubiera podido alzarse a los pensamientos más elevados y más bellos si los esclavos no hubiesen sudado antes para proveer de pan de trigo y de vino de uva a su convite.

Ni siquiera el Cristianismo logró abolir la esclavitud, antes bien le añadió formas nuevas y más refinadas. Las antiguas abadías benedictinas eran, en el fondo, comunidades de esclavos con oración, además; y los jesuitas no fueron más que esclavos voluntarios a las



órdenes de sus superiores.

Y la soldadesca mercenaria de los reyes ¿no eran, acaso, turbas de esclavos a los cuales estaba prohibida la fuga y prometida la muerte? Y las multitudes de los obreros atados al patrono por el doble cepo del hambre y de la ley ¿no eran, acaso, esclavos menos cuidados y más exprimidos que los esclavos de Roma y que los negros de América?

Sin una forma cualquiera de esclavitud no era posible la vida civil en el sentido en que la entendían los hombres.

Desde que fueron liberados los esclavos, les decía a aquellas cotorras de gaceta, nos hemos hecho todos esclavos.

La libertad sin independencia absoluta era pura fantasía verbal, y ¿quién podrá en el mundo moderno llamarse independiente? Y ¿no estaba todo el mundo obligado a vender, para vivir, al menos una parte de su tiempo, de su fuerza, de su pensamiento, de su ser?

La esclavitud no era un mero hecho comercial o legal, sino, ante todo, moral. No todos eran comprados, pero nadie era, verdaderamente, dueño de sí mismo.

Añadía, por fin, que aquellos desgraciados negros vendidos por mi padre a los plantadores de Virginia no habrían conocido una vida mucho más cómoda y dulce si hubieran permanecido en sus países a merced de los feroces jefes de tribu y de las fieras de los bosques. Y, en verdad, que eran muy poco distintos, en su aspecto y en su índole, de las bestias salvajes, tanto que no sentían las penalidades y los golpes de fortuna de la misma manera que los hombres verdaderos.

Con estas y semejantes razones replicaba a los locuaces filósofos de la taberna de Londres. Y si el sentido común no está excluido bajo este nuevo cielo, no me parecen razones rechazables.

Confieso que no acierto a experimentar gran remordimiento por lo que hice durante la juventud para ayudar a mi padre en su tráfico. No era, ciertamente, el más bello oficio del mundo, pero ¿cuáles eran, por favor, los oficios humanos y sagrados en cada siglo de la historia humana? ¿Sólo los negreros ganaban con el sufrimiento ajeno? ¿Sólo ellos comerciaban con criaturas humanas? Nuestro Dios mismo, bajado a la tierra para rescatar a los hombres de la esclavitud del pecado, fue vendido por dinero, como un esclavo. No obstante, perdonó a todos, incluso a sus compradores, incluso a sus flageladores.

Acaso Él perdonará también a este negrero de buena fe, que vivió en un siglo civilizado y cristiano y, sin embargo, esclavista.

HÜNNORAT

ÁNGEL

Te aprovechaste de la necesidad o de los vicios de tus hermanos para amontonar dinero sin trabajo, sin ingenio y, sobre todo, sin piedad. Tu tesoro estaba corrompido por el llanto y la sangre y ahora has de responder de aquel dolor y de tu cruel avaricia.

Honnorat

Fui, lo reconozco, uno de aquellos prestamistas de plata que los envidiosos llamaban, con aire de desprecio, usureros. Y no niego que mi arte fue juzgado infame, y no sólo por los pedigüeños y los predicadores. Pero, por lo menos, esperaba encontrar aquí, donde las pasiones humanas han muerto, una más justa comprensión de mi destino.

Recuerda, ante todo, que la mayor parte de aquellos que recurrían a mí eran pecadores viciosos, disolutos sin freno o desordenados imprevisores. Fui su explotador, pero también su castigador y hasta, algunas veces, la víctima de sus engaños.

Piensa, además, que he salvado a muchos del hambre, de la desesperación, de la muerte, a muchos que habían llamado, en vano, a todas las puertas, aun a las de los monasterios y de los presbiterios. A éstos les hacía pagar a elevado precio la cuerda que les sacaba del abismo, pero ¿hay moneda que pueda pagar la prórroga de la muerte?

No creas que yo buscaba el oro para francachelas o suntuosidades. Mi vida era más semejante a la de un penitente que a la de un rico. Ni palacios, ni vestidos suntuosos, ni mesa de fraile glotón. Nada de gastos en juegos, en festines, en mujeres.

Mi mujer era pobre y pobremente vivió; a mis hijos no Oes concedí ni un átomo más de lo necesario. Mi única alegría era la de asistir a la secreta y silenciosa multiplicación de ducados y florines. Tú afirmas que gané sin trabajo, y no dices bien. ¿No te parece gran esfuerzo y gran mérito renunciar a todas las facilidades, a todas las comodidades, a todos los placeres de la vida, para conservar y aumentar el dinero que subvenía a las necesidades

ajenas? Era, en verdad, semejante a un asceta; demoníaco asceta, si quieres, que se hacía, pagar caramente sus renunciaciones, pero, no obstante, siempre asceta. Asceta del oro, de una infame y espantosa divinidad, pero, no obstante, siempre asceta.

A mi muerte dejé la mayor parte de mi riqueza al hospital de mi ciudad. El dinero que había arrancado a los desordenados fue a los enfermos, a los pobres. Había gravado a los disolutos y a los locos para reunir un tesoro destinado a los desgraciados, a los representantes, a los predilectos de Cristo. Ellos intercederán cerca del Juez para que mi sentencia sea más conforme con su misericordia que con mi crueldad

### WILLIAM KELLY

Pertenecí a la familia de los puritanos y evité lo mejor que supe, toda ocasión y tentación de pecado. No siempre, sin embargo, logré conservar mi alma alejada de la impureza del mundo, pero Dios bendijo mis esfuerzos y no fue insensible a mis oraciones.

Aunque fuese un hombre de negocios, respeté con vigorosa vigilancia el reposo sabático del domingo, ordenado por las Escrituras, y me abstuve, en aquel día, no sólo del alcohol y de los placeres de la carne, sino también de los juegos más inocentes.

Siguiendo el consejo del Apóstol me casé y Dios bendijo mi matrimonio con once hijos, pero evité cuanto me fue posible las tinieblas de la lujuria y no tuve otra finalidad, en los contactos con mi mujer, que la procreación de nuevos seres destinados a alabar y honrar al Señor.

No quise bailar nunca ni asistir a representaciones de obras teatrales, casi siempre lascivas, fomentadoras de pensamientos pecaminosos y de vicios vergonzosos. No quise en mi casa servidoras jóvenes y bellas, para alejar de mis hijos —y también de mi fragilidad— las insidias de Satanás. No olvidé un solo día la lectura de la Biblia, sobre todo del Antiguo Testamento, y toda la familia tenía que escuchar todas las noches la lectura de algún capítulo de los libros sagrados. Puedo afirmar que en toda mi larga vida —el Señor me llevó de la tierra a los ochenta y cinco años— dejé el servicio divino apenas cinco o seis domingos, por retenerme graves dolencias.

La mayor parte de mi vida fue dedicada al desenvolvimiento del comercio heredado de mi padre y debo confesar que no siempre logré vencer en la práctica cotidiana las tentaciones de Satanás, tan potentes e insistentes en las especulaciones mercantiles. El comercio estaba fundado, por lo menos en mis tiempos, sobre el engaño y el fraude, y, a veces, era necesario defenderse con la malicia de los malos y con la mentira de los

embusteros. Pero casi siempre conseguí, con ayuda del Señor, calmar mi conciencia y colmar mi casa. El Señor dirigió benignas miradas sobre mi emporio y mis empresas, tanto que en pocos años pude quintuplicar mi capital y llegar a ser uno de los más ricos negociantes de New England. Y esta fortuna fue prueba, a mis ojos, de la divina gracia, porque pensaba, lo mismo que el prudente Benjamín, que era deber del hombre hacerse rico. Quien es rico es necesariamente libre y honrado; quien es honrado y libre es también feliz; quien posee la felicidad tiene una señal cierta del afecto y protección de Dios y está, por eso, seguro de ser también feliz en la vida eterna. La prosperidad en los negocios terrenos era, pues, a mis ojos, promesa y garantía de la salvación de mi alma, de la futura felicidad. Se decía en mi país: quien no tiene no es. Y yo creí firmemente, con el Evangelio, que a quien tiene se le dará también de más. Una buena cuenta en el banco me parecía una buena letra de cambio sobre el Paraíso. Y Dios es deudor que paga puntualmente, como yo hacía, todas sus deudas.

Por eso no me presento aquí, como tantos hermanos y hermanas que esperan conmigo el veredicto divino, triste y temeroso. Me atrevo a decir que me siento un respetuoso acreedor, más bien que un temeroso acusado. Dios no querrá desmentir los claros y manifiestos signos de su favor, que quiso concederme durante mi peregrinación por la tierra.

Ángel

A tu desvergonzada jactancia responderá, como te mereces, Aquel que se llamó Verdad y Vida. Puedo decirte solamente que muchos de tus iguales, aunque menos impúdicos que tú, están ya expiando el orgullo, la avaricia, la hipocresía, la inhumana dureza de su vida sin calor de caridad.

ARTESANOS

CLAUS OHL

Fui un pobre albañil en un pobre pueblo. Larga fue mi vida, pero no fui capaz de salir de mi pequeña patria ni de mi nativa pobreza.

Puse todo mi honor en el trabajo bien hecho, sin engaño ni malicia, Sólo fui llamado para restaurar casas modestas de campesinos o de artesanos, pero empleé en ello todas las jornadas que eran necesarias y no ahorré esfuerzo ni amor para que también aquellos humildes refugios de humildes criaturas quedasen bien hechos, luminosos, armoniosos, acogedores.

Así como el cuerpo, según decían los sabios, era el templo del alma, a mí la casa me pareció también el templo del hombre. En la casa se realizaban, como en la iglesia, los más grandes misterios de la vida. En la casa gozaba el hombre por vez primera del esplendor del sol, en la casa rezaba, en la casa engendraba nuevos cuerpos para nuevas almas, en la casa sufría y se extinguía. Cada casa, a mis ojos, era, en verdad, una pequeña iglesia para el servicio humano de Dios, y la construía religiosamente, cuidando que las piedras fueran sólidas, los ladrillos bien cocidos, las vigas no estropeadas, las habitaciones y las ventanas bien protegidas de los vientos y bien orientadas hacia el sol. Quería que cada casa hecha por mí, aun en su pequeñez y en su pobreza, apareciese alegre y clara, y que sus moradores encontrasen un poco más dulce la vida entre aquellas blancas y sencillas paredes.

Perdonad al viejo artesano que, ni siquiera en esta víspera del gran juicio, sabe olvidar su antiguo y amado oficio. Pero no sé hablar de otra cosa, yo, pobre ignorante que nunca hice mal a nadie y que no conocí otros maestros que mi libro de misa, mi martillo y mi plomada.

Creo que aquí nos llaman para recordar la primera obligación que se enseñó al cristiano; el poco o mucho bien que logramos hacer a nuestro prójimo. Todo lo demás no cuenta aquí arriba. Yo espero, con el ingenio y el amor que empleé en mi arte, haber hecho un poco más alegre la vida de muchos. Sólo este recuerdo constituye mi fuerza ante la justicia de Dios

## DIVERTIDORES

### WILL SUMMERS

No fui más que un pobre bufón de corte. Nada más que un mercenario dedicado a excitar el diafragma del Rey, a provocar su risa. En apariencia, pues, un eructador constante de chanzas, un fármaco contra la hipocondría de los grandes; el más deforme y el más vil de los criados.

Así lo juzgaron los hombres; tal me vieron. Por el contrario, Dios y yo solo sabíamos quién era verdaderamente. Aunque innoble e indigno, era, junto a los amos de la tierra, la verdad disfrazada de locura.

Los hombres odiaban la verdad, pero no podían prescindir enteramente de ella. Sólo la toleraban a briznas, y, mejor aún, si aquellas briznas estaban ocultas en píldoras graciosamente coloreadas.

El bufón de corte, con su vestido de franjas verdes y amarillas, era el caudal de verdad que lograban soportar los príncipes. Pero la verdad da miedo; aparezca, pues, en persona de jorobado y de contrahecho. La verdad no se atreve a ofender a quien está en alto: esté, pues, representada por los enanos. La verdad es, con frecuencia, dolorosa: manifiéstese, pues, por chanzas y agudezas. La verdad es molesta porque es sabia: escóndase, por ello, bajo el jubón variopinto de la locura.

Sólo así disimulada, disfrazada y mortificada era admitida la verdad junto al trono.

Así como que el esqueleto sentado en los banquetes del antiguo Egipto recordaba a los vivientes que todo pasa y muere, del mismo modo a mí me correspondía, en la corte de Enrique VIII, recordar a los grandes que toda grandeza es ridícula y risible miseria. Sus mujeres no eran para mí más que concubinas próximas a morir; su justicia, un asesinato legal; su religión, un apoyo a la tiranía; su majestad, una comedia mal recitada. Pero no podía poner más que una gota de verdad pura en una vasija de agua graciosa. Y estaba obligado a inventar cien subterfugios de humoradas estúpidas para que brillase, en medio de ellas, una chispa de verdad.

Mi vida simulada era casi siempre un padecimiento, a veces un martirio. También yo tenía juicio de hombre y corazón de cristiano, y, sin embargo, tenía que decir y escuchar toda clase de sucias ingeniosidades y de bestiales groserías. En las cenas tenía la obligación de atraer con mis burlas las carcajadas de los bebedores, y entonces aprovechaba la embriaguez de los amos para hacer zumbiar en sus vellosas orejas algunos de los pensamientos que me hervían dentro. Y como la verdad es también libertad, yo, el más desastroso criado de palacio, era el único que podía decir libremente su parecer sin jugarse la vida. Bajo la protección del gorro de cascabeles del bufón, representaba la sátira de la vida, el trastorno de venerandas convenciones, el juicio de Dios obligado a representar el papel del advocatus diaboli. Mi voz, aun cuando recitaba groseras retahílas o torpes salacidades, era siempre, sin embargo, la voz de los esclavos mudos y de los rebeldes que pendían de las horcas.

También yo tuve mis manchas y mis vilezas, y, no obstante, confío en que me será otorgado el perdón por aquel poco de verdad y de justicia que supe mezclar en mi fingida locura.

FOOTIT

Ángel

Humillaste en tu persona la dignidad del hombre, de la criatura predilecta y

consagrada sobre las demás por el Creador. Por ganancia te hiciste semejante a un fantoche despreciable y grotesco, mofado, befado, abofeteado, vilipendiado, para solazar a multitudes que pagaban. Tu rostro —espejo del alma— emplastecido de harina y de tintes, tu disfraz bufonesco, tu voz falsificada con gritos bestiales, tu cuerpo rodando por lo sucio de la pista entre gritos y carcajadas, aquel pobre cuerpo tuyo, sometido a todos los insultos, todo aquel exhibirte en pantomimas obscenas y gestos idiotas, hubiera debido excitar la piedad en los espectadores y en ti la vergüenza.

## Footit

Reconozco que la apariencia de mi arte podría llevar a la condena. Pero si en lo que hice hubo algo culpable a los ojos de Dios, la mayor culpa no fue mía, sino de la naturaleza humana. Tú sabrás seguramente que todo hombre, exceptuando a poquísimos, deseaba en su corazón humillar y befar a sus semejantes. Todos, en mayor o menor medida, más o menos abiertamente, gozaban con las desventuras ajenas. Pero los hombres no siempre podían satisfacer aquellas malignas necesidades. Cada uno, conociéndose a sí mismo, procuraba huir del ridículo y esconder sus propias humillaciones. Y aunque si no siempre lo lograban, los prójimos no siempre podían, sin peligro y vergüenza, reírse de ellos a su placer. Por eso la naturaleza humana requería, exigía, buscaba un desahogo fácil e impune de aquellos malos instintos. Y se tuvieron los bufones, las máscaras, los payasos.

Los brutos satisfechos que acudían al circo para ver mis visajes y escuchar mis chistes, sabían que era vejado y maltratado de broma, que toda la humillante escena era juego y ficción, de modo que podían reír y gozar sin remordimiento viéndome burlado, engañado, tratado a bofetadas y puntapiés, bestialmente escarnecido y ofendido. A los ojos de los espectadores el payaso era la figura del desgraciado, del sacrificado, del desesperado, es decir, de aquellos que los hombres temían y despreciaban secretamente, pero de los cuales, por respetos humanos, no podían burlarse en la vida verdadera. Mi propio aspecto miserable, con la cara blanca de tísico o de espectro, con el pelo enmarañado y rojo que hacía pensar en un loco o en un diablo, todo lo que había en mí de torpe y de desgraciado, de plebeyo y de demoníaco, contribuía al goce de las multitudes. Los hombres, acudiendo a reírse de mí, se liberaban de un peso secreto, aquietaban los remordimientos, mataban el tedio, olvidaban durante unos minutos la dureza y lo trágico de la vida.

Fui, por lo tanto, junto con mis compañeros, un humilde bienhechor de los hombres, la fingida víctima de la crueldad humana, un purificador de ciertas almas tristes y malas. Fui pecador, pero, sin embargo, con mi arte pude, quizás, alejar de modo inocente los pecados de muchos pecadores. Y sobre mi rostro de hombre, ahora que han desaparecido los emplastos y que muestra al desnudo sus arrugas y su verdadera palidez, podrás leer, asimismo, el recuerdo de mi antigua y amarga tristeza.

ATLETAS

VIBIUS URSIO

Ángel

¿Cómo podemos denominarte, Vibius Ursio: homicida asalariado para diversión del pueblo o víctima de la crueldad tuya y ajena?

Vibius Ursio

Llámame como más te agrade; de uno y otro modo, estás fuera de lo justo. No fui homicida, puesto que combatí siempre contra adversarios armados y fieros como yo que podían defenderse y matarme. Y tampoco fui víctima, porque con espontánea voluntad escogí el noble arte del gladiador. Tú sabes que en Roma únicamente los prisioneros de guerra o los esclavos o los condenados podían ser obligados a hacerse discípulos de las escuelas gladiatorias. Yo nací libre y viví inocente; nadie podía imponerme que aceptase aquella dura y peligrosa esclavitud. Tan es verdad, que para ser admitido tuve que prestar solemne juramento de someterme en todo momento y caso a ser tratado como los esclavos.

Fue vocación la mía; no imposición o castigo. Y puedes llamarme, si quieres, soldado en campo cerrado al servicio del emperador y de la ciudad.

Ángel

Tu caso es, entonces, más grave que el de cualquier otro compañero tuyo. Y ahora te pregunto: ¿por qué impulsos o razones elegiste semejante oficio?

Vibius Ursio

No hubo razón sino pasión. La pasión que desde la niñez llenó mi espíritu: el deseo de hacer correr la sangre. Desde niño me desahogaba descuartizando ratones y despanzurrando lagartijas. Llegado a la edad viril me ejercité en las armas y fui incorporado a una legión. Pero en aquel tiempo había paz en todas las provincias del Imperio y no había ocasión de enrojecer la espada. La vida insulsa del campamento alejado de los placeres y de los amigos de la Urbe, la odié muy pronto. Pedí y obtuve ser adscrito a una escuela de gladiadores y en



poco tiempo llegué a destacar, tanto que los maestros me presentaron sin vacilación a los juegos del circo.

Durante largos años combatí valerosa y felizmente sin encontrar nunca la muerte. No hubo jamás necesidad de látigo o de fuego para hacer que me arrojara encima del adversario. Varias veces fui herido\* pero siempre fui perdonado por el pueblo que admiraba mi ímpetu y mi bravura.

Los aplausos me embriagaban, el color y el olor de la sangre me daban una especie de orgasmo heroico que redoblaba mi furor. Ningún acto me parecía más digno de un verdadero hombre que el de quitar a los hombres la vida. ¿Y qué eran los antiguos sacerdotes sino sacrificadores de vidas humanas para alegría de los dioses? ¿Los mismos dioses Marte, Hércules y todos no se gloriaban de derramar sangre? ¿Y no fueron siempre llamados héroes aquellos que enviaron mayor número de enemigos al Erebo? ¿Y qué otra cosa era el emperador sino el comandante de ejércitos, es decir, de hombres adiestrados y destinados a matar? ¿Y los cónsules no iban, acaso, precedidos por la segur homicida? ¿Y el verdugo no estuvo siempre, en todos los Estados, circundado por el aura sagrada de la justicia?

¿Por qué desprecias, entonces, a los gladiadores que para matar se arriesgaban a morir? Inmenso era mi goce al derramar sangre ajena, pero pagué aquel deleite derramando sin ahorrarla también la mía. El asesino era vil y mataba por viles motivos, pero el gladiador era un guerrero leal, que afrontaba la muerte delante de todos, para el placer de todos y especialmente de las mujeres que una fama embustera consideraba más tiernas y suaves que los hombres. La mayoría se embriagaban con el jugo de la vida; las almas fuertes con el licor de la vida. La corona, el dinero, el beso de la mujer eran algo de más, una añadidura a mi éxtasis, que nacía sólo al penetrar con mi espada en los músculos y en las entrañas del adversario, al contemplar las salpicaduras y los arroyos; de néctar cálido y rojo que salían de las venas.

Si los hombres flojos e hipócritas, después de mí quisieron hacer de esta alegría una culpa, no me importa. Ni me da cuidado que quiera repetir la acusación. Habrá también un dios que no sea cobarde para servirme de escudo contra la ferocidad de los viles.

## VIRDIS

Nada puedo decirte de mi alma. En verdad poco advertí, allí abajo, que tenía un alma. Mi verdadero ser, en la tierra, fue siempre mi cuerpo, No pensé más que en la salud, en el robustecimiento, en la protección en la perfección, en la salvación del cuerpo.

Era un atleta; mi moralidad no podía ser más que fisiológica. La máxima virtud consistía, únicamente, en el vigor y en la flexibilidad de mis miembros. Ser bueno, quería decir para mí, para mis compañeros y para mis admiradores «estar en forma», es decir, sentir mis músculos fuertes y bien regados de sangre, dispuestos para el esfuerzo, para el combate, para la victoria. No me atormentaban otros remordimientos que los de una carencia o una decadencia de mi valía. Me reconocía culpable únicamente si, en la víspera de una prueba, había comido alimentos que me estaban prohibidos o había olvidado los necesarios ejercicios diarios o había ido con una mujer. Ahora me doy cuenta de que se trata de lujuria, de pereza, de gula, pero en aquel tiempo tales culpas sólo me parecían traiciones a mi cuerpo y a mi fama.

Era sólo un hermoso animal joven que tenía la obligación de ser más rápido, más pronto, más gallardo que sus compañeros y que sus competidores. Todos mis pensamientos habían de estar consagrados a mi cuerpo, todo cuidado, todo respeto, todo sacrificio.

Había temporadas durante las cuales vivía aislado, en perfecta castidad, sin diversiones ni ayudas, sujeto a una severísima regla; hacía, en resumen, una vida de asceta. Pero con muy diverso fin, con hartamente distinto espíritu. Él quería asegurarse el cielo; yo esperaba conquistar una nueva primacía en el campo o en el estadio, esto es, obtener más aplausos y más ganancias.

En mi alma, como he dicho, no pensaba nunca, ni siquiera recordaba que la poseía. En los días de descanso y de libertad leía novelas o jugaba a las cartas o me divertía con muchachas. Mi pensamiento dominante era salvar, en cualquier día, mi honor de atleta, mi celebridad de jugador sagaz e invencible.

En mis primeros años fui corredor, después futbolista y, finalmente, luchador. Este era mi verdadero destino. Una bárbara y ardiente alegría me abrasaba por entero cuando sentía que otro cuerpo humano semejante al mío cedía ante mi fuerza, se doblegaba y caía bajo la opresión de mis brazos. En aquellos instantes supremos y divinos no era ya un hombre, sino un toro furioso, un león celoso, una fiera que acosa con toda su carne tensa y su sangre furibunda para aniquilar al enemigo o la presa. No he experimentado un deleite igual ni siquiera con la más voluptuosa mujer del mundo.

Dios, quizá condene en mí al ciego pecador, al que olvidó o despreció la luz superior que colocaba al hombre por encima del animal. Pero ¿no es también cierto que nuestro cuerpo fue formado por Él mismo y dado como cosa preciosa? Y el cuerpo tenía, asimismo, sus derechos, su ley, su dignidad, su belleza; también él era divino, también merecedor de servicio y de honra. Sin el cuerpo el espíritu no vive y no esplende, ¿Para qué si no la resurrección de la carne?

Viví solamente para el cuerpo y soy culpable de haberme olvidado del alma. Pero ¿son de veras inocentes los que por manía del alma destruyeron el cuerpo? ¿Y no se usará indulgencia con un pobre atleta que adoró demasiado al templo terreno del espíritu?

## NARCISOS [Y EGOÍSTAS] MEDIOCRES

## NARCISOS [Y EGOÍSTAS]

## FENG-SIAO-CHING

### Ángel

Te imaginas ciertamente la acusación que pesa sobre ti. Recordarás que quisiste ser, a un mismo tiempo, tu divinidad y tu sacerdotisa; recordarás que ante las pinturas que retrataban tu imagen ofrecías per fumes y sacrificios, recitando versos compuestos por ti en alabanza de ti misma. Nadie, excepto el fabuloso Narciso, llegó como tú a aquel exceso de amor hacia sí mismo. Nadie, aunque fuese tan orgulloso que llegase a la locura, se atrevió a tributar culto a su propia imagen y adorar a su propia persona.

### Feng-Siao-Chong

Todo está presente en mi alma y todo lo lamento. Pero tú no recuerdas o no sabes el origen de mi delirio, tú no sabes que yo amaba desesperadamente a un hombre que me amaba, no sabes que por voluntad de una esposa celosa fui encerrada para siempre en un pabellón a orillas del Lago Occidental. Y tú no te imaginas, no puedes imaginarte el desgarrar de aquella separación, de aquella reclusión, de aquella perpetua soledad. Era joven, era bella, estaba enamorada, era castigada y perseguida. ¿Cómo podía permanecer sana mi pobre alma herida? No pensaba más que en él, pero no podía verlo jamás, solamente imaginarlo. El único recuerdo que de él me quedaba era mi cuerpo. Él había admirado, acariciado, contemplado mi cuerpo. Me había dicho que era de belleza admirable, me había tocado con su mano, me había hecho más bella con sus besos. Este cuerpo había sido suyo, había sido su delicia y su propiedad. Admirar, más bien adorarme a mí misma, era el único camino para sentirme todavía cerca de él, unida a él, en comunión con él. Comencé a mirar mi faz reflejada en las aguas verdes y tranquilas del lago y en mi rostro encontraba casi el reflejo de aquel que había sido hechizado por aquellos trazos, que había encontrado la alegría de vivir en aquellos ojos melancólicos, en aquellas mejillas delicadas, en aquella boca entornada y expectante. Luego quise volverme a contemplar en un espejo, pero pensé que aquel rostro amado por él los años

lo estropearían y ofenderían, que ya no sería el mismo que él había visto y ganado su corazón. Entonces me dirigí a un pintor y me hice retratar varias veces en la flor de mi juventud abandonada. Y mirando aquellas imágenes, junto al amor por el amado nació en mí una infinita piedad por la amada infeliz y esta piedad me inspiró algunos versos que durante muchos siglos conservaron la memoria de mi desesperación.

Recitaba aquellos versos dolorosos ante los retratos y crecía en mí la compasión por mí misma. Mis primeros sacrificios fueron de lágrimas. Y sentí la necesidad de consolar a aquella afligida que estaba pintada ante mí y a ella, para aliviar lo acerbo de mi pena, le ofrecí también, a semejanza de lo que se hacía con las diosas de mi pueblo, perfumes, oraciones y sacrificios.

Era demente y acaso culpable. Pero ¿soy, de veras, la única criatura que se haya adorado a sí misma? Las mujeres que no se cansaban nunca de admirar su belleza, los hombres que se complacían en contemplar sus retratos de la juventud, los poetas que exhibían en sus cantos sus tristezas como si fueran acontecimientos cósmicos o pecados de Dios, los escritores que contaban su propia vida de modo tan hábil que perpetuaban el culto hacia su grandeza, los filósofos que consideraban su propio yo como el centro y la esencia del universo ¿no eran, acaso, otros tantos adoradores del propio ser, otros tantos devotos y tal vez beatos de la propia imagen? En mí aquella locura nació de la angustia de una prisión no merecida y tuvo formas ingenuas, pueriles, casi inocentes. Si tu Dios es Dios de justicia, no permitirá que yo sea castigada otra vez todavía.

VALERIO SOFO

Ángel

A los ojos del vulgo antiguo tu vida pudo parecer inocente. Y si embargo, en ti hubo culpa grande y vil: trataste de sustraerte a las penas, a las fatigas, a los dolores, de tus hermanos, de vivir feliz como un Dios en medio de la infelicidad de los hombres.

Valerio Sofio

Si ser feliz es, según tu ley, un delito yo me declaro y me confieso culpabilísimo.

Nací sano, rico y libre. Viví siempre en país tibio y riente, a las orillas del Tirreno, en

Herculano. Habitaba una casa amplia, alegre por sus pinturas y sus aguas, con amenos pórticos de mármol que daban sobre aquel mar divino. No quise lazos de mujer ni molestias de hijos, pero pude gozar sin molestias ni peligro, de esclavas alegres y lozanas, heteras sabias y danzarinas hermosas.

No creas, sin embargo, que yo buscara únicamente los deleites del cuerpo. Buscaba la tranquilidad del ánimo en los filósofos, el goce del corazón en los poetas. Epicuro me había liberado del terror a los Dioses, Antístenes, del miedo a los hombres. No me cuidaba de la cosa pública, no me importaba saber lo que hiciesen Claudio o Vespasiano y hacia qué reino moviesen nuestras legiones.

Naturaleza y literatura bastaban para mis placeres. Todo en el mundo era maravilloso. Cada salida del sol, un descubrimiento; cada puesta, un deleite de la vista; cada tempestad del mar, una fiesta; cada primavera, una embriaguez. Todo matiz de flor, todo canto de pájaro, todo movimiento de fiera o de niña, toda belleza de prado o de selva eran para mi ánimo perpetuos dones de contentamiento.

Poco pensaba en los habitantes del Olimpo, pero sobre todos adoraba a Eros y Apolo. Me deleitaba escribiendo versos y pensamientos. Tenía pocos amigos, pero de naturaleza semejante a la mía, a los cuales gustaban mis vinos y mis poemas. Con frecuencia me iba solo a mi viña o a mi ruidosa bodega o en barca con dos esclavos, a gozar de la frescura y la soledad del mar. Con todos era benigno con tal de que no me oprimiesen con molestias y me ahorrasen el espectáculo y la narración de desventuras. Creo que no faltaba nada a la perfección de mi felicidad.

Un día, mientras estaba dedicado a limar un epigrama, fui golpeado por las piedras del Vesubio, sepultado y ahogado por su ceniza. Fue el primero y último dolor de mi vida. Apenas tuve tiempo de pensar que pagaba en aquel instante toda mi pasada felicidad. Pero la resignación llegó antes que el fin. Había gozado ya toda la juventud; había superado los diez lustros y se acercaba la odiosa vejez. Lo mejor de la vida lo había saboreado y consumido ya y podía agradecer a los Dioses que me ahorrasen la humillación de los achaques seniles y las angustias de una larga agonía.

Tal fue mi vida, todavía hoy dulce para mi memoria. Dices que fui culpable y no quiero contender con los mensajeros del cielo. Pero cándidamente te confieso que no acierto a darme cuenta de mi gran pecado. ¿Acaso Dios es un tirano enojado que mandaba los hombres a la tierra para sufrir como César mandaba los condenados y los gladiadores al circo para morir? ¿No era obra suya la belleza del mundo y el genio de los hombres no era, acaso, don suyo? ¿La tranquila alegría que llenaba mi corazón era, pues, una ofensa a su generosidad y a su majestad? ¿No era su sol el que doraba los racimos de mis vides y los rostros de mis mujeres? ¿Fue culpa mía si Él había creado los cuerpos capaces de deleite y las

almas deseosas de alegría? Jamás creí que Él se alegrara únicamente con lágrimas, con los gemidos, con la sangre de los hombres, de sus hijos.

Pero si mi felicidad, por lo que tú dices, fue error delictuoso, estoy dispuesto a recibir la venganza de tu Dios sin temor, pues Él no podrá quitarme, según imagino, el vivo recuerdo de aquel medio siglo feliz que pasé en medio de los suaves prodigios de la tierra.

Ángel

Tu ceguedad me admira y me entristece.

Dios no te considerará culpable por haber sacado placer de las bellezas del universo y de las creaciones de la inteligencia, sino porque has querido cortar todo vínculo con los demás seres de la tierra, porque no has querido aceptar tu parte en las cargas y las responsabilidades de la vida. No has querido ser esposo, has evitado ser padre, has rechazado la ley del trabajo común, has esquivado tus deberes de ciudadano, tus tareas de hermano y de hombre. Has vivido sólo para ti y para tus placeres. Has querido olvidar que formabas parte, quieras o no, de una gran familia, de una prole divina, de una sociedad necesaria.

Si hubieses estado solo en el mundo no hubieras podido gozar y ni siquiera vivir y, por consiguiente, tenías que corresponder de alguna manera a los beneficios que le llegaban del consorcio humano.

Precisamente porque estabas sano debías socorrer las enfermedades ajenas; precisamente porque eras rico tenías que aliviar la miseria ajena; precisamente porque eras libre debías servir a los débiles; precisamente porque eras feliz tenías la obligación de apartar y amenguar las desgracias ajenas.

No serás castigado por aquello que has hecho —aunque no todo lo que hiciste fuese justo—, sino por lo que no has hecho; no por las alegrías que gozaste, sino por las alegrías que no supiste o no quisiste ofrecer al que padecía.

Ante ti no existía más que tu yo y los derechos y placeres de tu persona; es decir, rechazaste todos los compañeros que Dios te había dado. No debes, pues, admirarte si Dios se viese obligado, no obstante su misericordia, a negarte su premio.

IVANDREM

Ángel

Tú, Wandrem, quisiste reducir a un solo ser todos los seres, a tu propio yo. El mundo te pareció un desierto que tenía por centro y señor a ti mismo. Tu vida fue negación o sometimiento de las vidas ajenas, ausencia de fraternidad y de caridad, es decir, solitario y estéril delito. Tu pecado fue tan natural y total que tomó color de inocencia. ¿Te has despertado ahora de tu sueño inhumano?

Wandrem

Vuestra crueldad me ha desvelado y no acierto aún a consolarme de ser apartado para siempre de mi sueño. Lo llamas culpa y no quiero contradecirte. Pero nunca sabré acusarme ni defenderme de aquella culpa que a mí jamás me pareció culpa, pues fue mi esencia y mi sustancia.

Tuve siempre una fe, la absoluta y dulcísima fe de que Dios había creado el universo para mí, todo para mí, sólo para mí. Tuve la certeza de que mi ego comprendía y poseía el cosmos; tuve la firmísima voluntad de encerrar y resumir el cosmos de mi ego. Puesto que no conocía ni podía esperar que conociese sino mis sensaciones, intuiciones, imaginaciones y pasiones ¿cómo hubiera podido creer que algo o alguien existiese fuera de mí?

Has dicho que he negado la existencia ajena. No es verdad. Los demás hombres eran, necesariamente, partes de mi espíritu, personajes de mi visión. Llegaba hasta amar aquellas sombras que más a menudo se ofrecían a mi mirada, las figuras más armónicamente unidas a mis placeres y a mi dominio. Conocí mujeres que llamaba amantes, hombres que llamaba amigos, niños que llamaba hijos. Pero no olvidé un solo instante que todas estas apariciones me pertenecían lo mismo que mis ojos y mis manos, que eran mis propiedades y, acaso, mis invenciones. Por eso no odié a nadie. ¿Cómo hubiera podido odiar a un elemento o fragmento de mí mismo? El egoísmo perfecto me pareció la condición única del amor universal. Dios ama a todos los hombres porque todos están en Él, puntos reunidos en su esplendor.

En los demás seres, distintos de mí por el juego de la perspectiva, contemplaba distintas fracciones de mí mismo que poco a poco reconocía y recuperaba, como el rayo de sol se encuentra a sí mismo en el espejo multicolor del prisma.

Creo que nadie conoció deleites espirituales más extasiantes que los míos. El mito de Narciso me hacía sonreír; sentía piedad del ingenuo Narciso que se contentaba con su pequeña imagen reflejada en el agua. Yo me encontraba a mí mismo por doquier. En cada

aspecto de la tierra y del cielo gozaba contemplando el reflejo y el eco de mi persona, de mi alma, de mi voluntad feliz y conquistadora. La tierra era mi huella, el cielo era mi espejo. Vivir significó gozar de mí mismo en el mundo: sus sombras eran mis misterios, sus manchas eran mis temores.

Me sentí siempre mío y siempre victorioso, es decir, siempre joven. Y porque fui siempre joven estuve siempre enamorado. Enamorado de todo, como un inocente, como un loco, como un verdadero enamorado. No cometía injusticias porque no había aspecto del universo que no encontrase lugar y reposo en mi corazón. La anémona ajada y fría por el rocío matinal me conmovía lo mismo que el fulgor de Orión en el cielo de agosto. Un pedernal esmerilado por el fulgor del mediodía me resultaba tan maravilloso como la montaña que hería al cielo con su punta inmaculada. Hubiera podido componer mil poemas, pero no escribí ni siquiera un verso. ¿A quién hubiera dirigido mis cantos? ¿No habrían sido ingenuos o superfluos soliloquios?

No hice cosa alguna, sino las necesarias para mi supervivencia, para mi afirmación, para mi alegría.

Una perenne embriaguez me hacía olvidar la soledad; soledad poblada solamente por la irrefutable presencia de Dios. Tuve a veces la tentación de crearme el único autor y habitante del mundo, pero todas las veces la rechacé. Aquella solitaria monarquía hubiese sido demasiado espantosa para mí, no obstante las infinitas fuentes de mi fuerza. La vida tenía un sentido, era un diálogo entre Dios y yo, amoroso diálogo, suavísimo comercio. Le estaba reconocido por el don inmenso que me había hecho, y no acababa de agradecerse. El don era digno de su poder y de mi infinito deseo. Entre Dios y yo nos entendíamos como el hijo único, no turbado por los celos de los hermanos, se entiende a maravilla con el padre que nada le niega.

Este pacto de amor no puede ser abrogado, sino renovado por mi retorno. No puedo concebir que Dios crea, como tú, en una culpa mía. He amado su obra en mí, le he amado a Él en todas las cosas y más allá de todas las cosas. ¿Qué malicia diabólica te hace pensar que Él pueda castigarme?

NILFORSS

Si fue pecado estar solo he de confesarme culpable porque evité, todo lo que pude, la compañía de mis semejantes.

No los odiaba ni los temía, pero sentía que era verdaderamente yo, que era casi feliz,



cuando no veía rostro de hombre, cuando no oía voz o ruido de hombre.

Creo que era naturaleza. Mi padre, durante todo el tiempo que viví con él hasta los dieciocho años, creo que no me habrá dirigido la palabra más de treinta o cuarenta veces. Yo le parecía. No era propiamente melancólico, sino taciturno, encerrado en mis pensamientos, poco sociable, pobre de sentimiento.

Había nacido en un inmenso país de bosques y de lagos, casi desierto, donde había que caminar muchas horas para encontrar una casa. La naturaleza misma llevaba al recogimiento. No se conocía más que un pálido verano, breve pausa entre dos infinitos inviernos.

Apenas fueron mayores mis hermanos abandoné la familia y busqué trabajo en los buques. Había conmigo otros hombres, pero no hablaba casi a ninguno. En el tiempo del descanso me escondía, solo, en la espesura de los árboles y allí fumaba, y pensaba; y me adormecía soñando. No iba nunca a la taberna y aunque era joven no sentía deseo de acercarme a las muchachas. Me parecían, como compañía, las criar turas más insufribles del mundo y la idea de pasar la vida con una de ellas me espantaba. De hecho no tuve nunca mujer.

Durante un cierto tiempo logré, por el contrario, vivir solo en un bosque. Había ganado un poco de dinero, había reunido unas pocas provisiones; me había fabricado por mí mismo una cabaña. Fue el mejor tiempo de mi vida.

Después hube de volver entre los hombres. Logré tener una barca e iba al lago a pescar, siempre solo. Pero no estaba contento. Pensé huir a otras tierras, más allá de los mares; contaban que aún había islas donde no vivía nadie. Cuando hube reunido nuevo dinero marché al puerto más grande que había en mi país con la esperanza de embarcarme. Pasé muchos días en los malecones y los muelles, interrogando a los marineros, a los descargadores, pero nadie sabía decirme por qué parte estaban las islas deshabitadas.

Observaba con atención a la gente que partía y a la que llegaba. Me di cuenta entonces de un hecho curioso. Entre los que subían a las naves la mayoría parecían tristes; entre los que desembarcaban, que volvían, la mayoría estaban alegres y rientes. Y se confirmó en mi mente el pensamiento de que la felicidad se encontraba lejos, más allá de los mares.

Pero no lograba embarcarme y el dinero se acababa. Un piloto me tomó consigo para ayudarme a conducir la barca que iba al encuentro de los buques que llegaban.

Pasaba muchas horas solo en el mar, pero el vocerío y el desorden de la ciudad vecina me turbaban. Volví a mis bosques, más enamorado de la soledad que antes. Logré obtener un puesto de guarda de las pilas de troncos, cerca de un río, y allí transcurrieron, casi siempre solo, los últimos años de mi vida.

Pensaba mucho. Pensaba en los países de sol que se extienden entre uno y otro océano; pensaba en los muertos que callaban, apartados de todos en las fosas de los cementerios; pensaba a veces en Dios.

No odiaba a los hombres, pero no los estimaba. No me agradaban, no respondían a lo que sentía en mí. Me parecían criaturas débiles, frívolas, fastidiosas, que nunca sabían decir las palabras que esperabas, las palabras que te hubieran abierto el corazón. Era peligroso tener a los hombres por enemigos, pero era aún más penoso tenerlos como amigos. No te buscaban a ti, sino algo que les sirviese a ellos, que les divirtiese, que les ayudase a olvidar, a vencer, a vivir. No te amaban y ni siquiera trataban de saber lo que en verdad eras, sino que se acercaban a ti como el niño se acerca al gato, como el hambriento se aproxima a la granja, como el viejo se avecina al fuego.

No sé decir lo que sentía, pero mi instinto, un instinto invencible, me decía continuamente que huyese.

Era cristiano y Jesús me mandaba amarlos. Pero no lo lograba y quizá no me esforcé bastante para soportarlos. Y leía que el mismo Cristo quiso estar solo en el desierto; y leía que en la última noche de su libertad aun los amigos más fieles lo dejaron solo, frente a frente con el pensamiento de la muerte cercana.

Sentía la necesidad de estar lejos de todos. Me sentía feliz únicamente cuando estaba solo, feliz con una felicidad sencilla y ligera, semejante a aquella niebla azul y sutil que el alba descubre sobre las aguas silenciosas de primavera.

Si esta felicidad, si esta soledad, fueron pecados, yo fui, hasta la muerte, pecador. Pero Dios tendrá también piedad de mí, que nunca hice mal a nadie.

MEDIOCRES

## HUANG-SU

No fui, no, un pecador. Ni un grande ni un mediocre pecador. Jamás tuve voluntad o fuerza para pecar. Pero fui, por el contrario, débil, ingenuo, demasiado crédulo y remiso. Mis elecciones fueron otros tantos errores. Mi vida fue toda una equivocación. ¿Se ha dicho que aquí se ha de confesar también la imbecilidad?

Escúchame, tú, que eres paciente como el pico del monte que acoge con el mismo silencio el llanto de las nubes, la sonrisa del sol y el excremento de los pájaros.

Toda mi naturaleza —timidez, indolencia, amor al silencio y a la meditación— me prescribía tener miedo de la vida y salvarme en un monasterio. Estuve muchas veces tentado de tomar el hábito amarillo y la escudilla de madera del monje, pero luego las palabras de los locos que recitan el papel de cuerdos me echaron atrás. Y también, quizá, los estímulos de la sangre joven, la loca ansia de una prole mía. Cuantas veces me encontré en una duda escogí el camino que no hubiera debido escoger. Comencé cuando tenía diecisiete años: decidí por vil estupidez ser comerciante.

Sacrifiqué así las alegrías que hubieran podido darme la soledad, la renuncia, la contemplación. Pero no tuve tampoco la innoble compensación de la prosperidad. No había nacido para calcular y defraudar, y por eso fui siempre un desafortunado, un desesperado comerciante, un comerciante que no sabía comprar ni vender, un comerciante ¡que no sabía comerciar!

Hubiera debido casarme, para ser feliz, con una buena, saludable y sencilla mujer del pueblo que habría sido, quizás, agradecida y obediente. Un estúpido deslumbramiento de los sentidos y de la fantasía hizo que llevara a casa a la hija de un mandarín, presuntuosa, melindrosa, ambiciosa y viciosa. No supe ser un marido, guía firme de la mujer; cedía demasiado, creía demasiado, ignoraba y soportaba demasiado. Tenía una fe insensata en ella y en los que venían a casa, y si en mí nacía una sospecha la rechazaba como una ofensa indigna de mí y de ella. Mi altanera esposa se aprovechó de mi candidez para traicionarme precisamente con un joven que yo creía más virtuoso que los demás y a quien había distinguido y favorecido más que a los otros.

Hubiera podido castigar, hubiera debido vengarme. Pero pensé que pena y venganza habrían añadido males a males, venganza a remordimiento. Pensé que en aquella traición la mayor parte de la culpa era, quizá, mía, que no había sabido vigilar bastante a los dos, ni hacer que mi mujer sintiera mejor mi amor, ni alejar de ella las ocasiones y las tentaciones. ¿Tenía derecho a matar a quien había caído por culpa de mi debilidad?

Mi generoso abandono en la amistad era ridículamente ciego; tan incurablemente ciego que perdí paz, dinero y, finalmente, aun a los amigos. Más grave fue todavía, por sus funestos efectos, mi última ingenuidad. Mi índole contemplativa y más aún mi temperamento, me había llevado a preferir el Taoísmo entre todas las doctrinas de mi país. Era un apóstol, a ratos- perdidos, de la doctrina de «no hacer». A pesar de ello sentí, precisamente en la edad madura, la tentación de seguir el ejemplo confuciano y mezclarme en la política. Logré, no sé cómo, ser el ministro y confidente del príncipe de mi ciudad y esto que a primera vista pareció fortuna fue causa de mi ruina. La ingenua ambición de reformar el Estado en beneficio de los pobres levantó contra mí las pandillas de los ricos; mi incapacidad para vencerlas me procuró el descontento de la plebe a la que había hecho esperar demasiado pronto justicia y alivio. Una camarilla de envidiosos se valió de mi simplicidad de espíritu para hacerme caer en una trampa. El príncipe, viendo que en las alturas me odiaban y que abajo me abandonaban, pensó restaurar su popularidad haciéndome cortar la cabeza en la plaza del mercado. Con aquel tajo decidido y decisivo se cerró mi vida de imbécil, funesta para mí y para quien vivió junto a mí.

¿Soy digno de castigo? ¿Soy digno de consuelo? ¿O soy de aquellos que nacieron por un error y que sólo por equivocación vivieron?

## TAIMUR

Tú sabes cuál fue mi gran pecado y podrías ahorrar este nuevo trabajo a quien acaba de despertar del buen yacer del sueño después de tantos millones de lunas. Mi pecado máximo e inextirpable fue la pereza, pecado grave, pero el menos vergonzoso y peligroso de todos. Aun en mi país de Egipto, donde el ardor del clima y la blandura del vivir fácil inclinaban a largos y felices reposos, parecí a todos un monstruo de pereza. Todavía niño me negué durante largos años frente a mi padre y mi maestro a someterme al inútil trabajo de leer. En cuanto fui dueño de mí mismo y de una pequeña fortuna me encerré en una casita cerca del Nilo, junto con un esclavo y una esclava. Mi vida transcurrió maravillosamente tranquila y alegre. Jamás vinieron a perturbar mi indefensa contemplación negocios públicos, cálculos de comercio, incitaciones del pensamiento, estímulos de las pasiones. Paseaba lentamente a lo largo del río o en mi jardín, fresco por las aguas y por las sombras, observando deshacerse nubes y subir humos, y a los infelices pajarillos en busca de amor y de alimento y a los campesinos, color de tierra, inclinados sobre el suelo, las grandes barcas con las velas caídas que avanzaban despacio, leves y mudas por el agua adormecida. Pero la mayor parte del tiempo la pasaba en casa, echado, ya contemplando las volutas azuladas que manaban de mi narguile, ya saboreando los versos de algún suave poeta antiguo, ya pellizcando con mano distraída frutas y dulces, pero más a menudo adormecido, pero contento con la visión de paraísos remotos, de paraísos imposibles, de paraísos tan perfectos y hermosos que a los hombres no les es permitido ni siquiera desearlos. Venía de vez en cuando un amigo y me entretenía con él cortésmente sobre las palabras del Profeta y sobre las promesas del campo, pero nunca le rogaba que volviese y pocos volvían. No tuve posesiones, ni mujer, ni hijos; no fui soldado y mucho menos aspiré a ser imán o visir. A mi felicidad le bastaba con el ocio. A

las exhortaciones de los parientes, que se sonrojaban con el pensamiento de tener en la familia un gandulón como yo, respondía con una sonrisa. No quería perder, hablando con ellos, tiempo, intelecto y aliento, pero en mi interior respondía victoriosamente. Tenía en la cabeza una filosofía corta, quizá, pero profunda. Todo es inútil, todo acaba, todas las acciones humanas son ridículas o crimonosas, Dios omnipotente ha hecho ya lo que valía la pena hacer y a nosotros nos hace vivir en el séptimo día, el del reposo.

Reconozco hoy mi error y confieso mi culpa. No ayudé a nadie, a nadie amé ni socorrí, no aumenté en nada la herencia de las generaciones, no planté ni siquiera un árbol, no sembré siquiera una flor, no escribí una sola página y con frecuencia no di una limosna a un hambriento por ahorrarme la molestia y el trabajo de sacar la bolsa.

Otras infinitas cosas podría decir, pero no quiero. Una sólo indicaré para mi defensa. La pereza es pecado grande y, sin embargo, es tal que salva de todos los demás, bastante más feos y graves. La ira, para el perezoso, es un alocado dispendio de fuerzas y contraria a la paz; la soberbia exige una continua tensión del espíritu y esfuerzos cotidianos para superar a todos; la lujuria requiere fastidios y fatigas de toda clase; la envidia es una consunción tal que arrastra a los sacrificios de la ambición. Aquellos que se afanan demasiado en los trabajos del mundo hartos a menudo se hacen mal a ellos mismos o a los demás, porque el error es para el hombre inseparable del obrar. Por el contrario, la felicidad paradisiaca de los elegidos era siempre descrita por los místicos como contemplación pura y perenne, sin veleidad alguna de acción. Y, en efecto, una vez que termine la guerra terrena contra las necesidades y contra los semejantes, una vez conquistada la plena y última felicidad ¿qué necesidad hay de obrar? El ocio que en la tierra fue pecado, se hace necesidad en el paraíso a menos que sea mudado en dura pena de infierno. El Dios misericordioso que adoré en mi corazón, aun sin cansarme en genuflexiones y peregrinaciones, me asignará el lugar donde mejor pueda borrar las huellas de mi pecado.

## UDAI SINGH

Tengo vergüenza de mí y de mi antigua vida, ahora que la muerte me ha iluminado. Y, sin embargo, no acierto a callar que, al fin, fui príncipe y también la vergüenza me será computada.

Fui uno de los más poderosos y ricos marajás de la India y hubiera podido ser luz y asilo para muchos que estaban en las tinieblas y en la tempestad. Pero jamás hice nada por nadie, ni siquiera por mí mismo.

Desde la adolescencia se me dio trono, tesoro y amor. Pero dejé todos los cuidados del gobierno a los ministros; fui avaro de mis riquezas; en las mujeres busqué la carne y no el

alma. Mis días fueron todos consumidos en el deleite y en la indolencia perezosa que es el efecto de la voluptuosidad. Muchas vírgenes fueron conducidas a mi lecho; infinitas gemas y monedas acrecieron mi tesoro sin que yo moviese un dedo. Ni siquiera la oración y la meditación me atrajeron; ni jamás hubo necesidad de que yo entrase en guerra como mis padres.

Nada me consolaba porque todo lo poseía. Mis súbditos padecían y trabajaban, pero sólo desde lo alto de mi elefante me dignaba reparar en ellos. Nada hice por ellos, nada por nadie. Si hubo quien recibió de mí alguna alegría eso acaeció sin mi voluntad, pues apenas tenía fuerza para arrastrar desde la aurora al crepúsculo mis jornadas vacías. La poesía me cansaba, la música me aburría, la caza no me atraía. Vacío estaba mi espíritu, vacío mi corazón; el mismo ocio me fatigaba. No me acercaba con gusto a los vivientes, exceptuadas las mujeres que se prestaban a mi placer y los siervos que me presentaban la comida. Y escuchaba desganado a los ministros cuando referían las cosas del Estado.

Sólo por vanagloria y por imitar a mis antecesores hice construir una ciudad nueva, donde nadie, después de mi muerte, quiso vivir y que se convirtió con el tiempo en unas ruinas pobladas sólo por monos.

Cuando hube muerto, cinco de las más bellas concubinas de mi harén me siguieron a la pira.

Y todavía hoy siento horror de mí pensando en aquellas florecientes juventudes inocentes sacrificadas sin razón a mi cadáver.

Mi vida fue del todo y siempre inútil, pues fui poco más que un vientre. Y, no obstante, me correspondieron privilegios, honores, homenajes, tributos, sacrificios, sin que nada pudiera redimir mi inutilidad y aligerar aquella monstruosa y escandalosa injusticia.

Muchos murieron por mí; yo no supe morir por ninguno. Tampoco por mi alma, porque si mi vida fue inútil fue también desgraciada, pues tejida de fastidio y de nada, fue perezosa y bestialmente infeliz, con aquella infelicidad que no puede ser al menos purificación.

No puedo poner a los pies del Eterno más que el peso insoportable de mi desesperada vergüenza.

CHRYSAOR

¿Una vez más he de confesar mis pecados? ¿No sabes que fui primicia de Cristo, pocos años después de su resurrección, y que muchas veces dije en la asamblea de los hermanos de Tesalónica todo lo que ocultaba en mi corazón? ¿He caído, acaso, en nuevas culpas después del día que me dormí en el Señor?

Ángel

Aquí no hablas a los hombres, sino a Dios. Has de dar cuenta de toda tu vida antes y después del bautismo. ¿De qué forma, de qué vigor fue tu fe? ¿Y conseguiste conservarla intacta hasta el último día?

Chrysaor

No me figuraba así el último juicio del Señor; perdona, pues, mi pregunta. Responderé lo mejor que pueda.

Era un pobre frutero de plaza, cerca del puerto de Tesalónica, y hasta los cuarenta años no había conocido más que las duras angustias y míseros placeres de la gentecilla necesitada. Y he aquí que una noche me sucedió que escuché en casa de un amigo judío, las palabras de un hombrecillo enjuto, pero despidiendo fuego, que decía hablar en nombre de un nuevo Dios, de un Dios muerto y resucitado que había vuelto para fundar su reino. Aquellos discursos me parecieron a primera vista hartos misteriosos e increíbles, pero removieron mi sangre y mi espíritu. Volví a la noche siguiente y las demás noches. No podía apartarme de aquel hombre que anunciaba a los pequeños tantas novedades grandes, a los desgraciados tantas alegrías próximas. Supe que se llamaba Pablo, que venía de Asia, que era uno de los apóstoles de Cristo, crucificado en Jerusalén muchos años antes, pero que había de resucitar para vencer a los príncipes del mundo y para fundar un reino más justo y más hermoso.

Las palabras convincentes y desbordantes de Pablo me caían en el alma como gotas de fuego que, en vez de consumir, llevaban refrigerio de consuelo y alimento de esperanza. Un segundo sol surgía para todos los que sufrían y habían sufrido. La vuelta de Cristo sería la revancha irresistible de todos los pobres, de todos los dolientes, de todos los humillados y sacrificados. Delante de Cristo los primeros se convertían en los últimos, los llorosos se alzaban felices, los pecadores arrepentidos eran preferidos a los sabios y a los soberbios, los esclavos eran lo mismo que sus dueños o, quizá, más que ellos en la nueva Jerusalén. Quien creía en su resurrección estaba cierto que resucitaría de entre los muertos, al revestirse de un cuerpo glorioso e Inmortal. Al que creía en el rescate pagado con su sangre le eran perdonadas todas las culpas, toda felicidad le era prometida.

Un pobrecillo como era yo podía, en un futuro inminente, sentarse más alto que los reyes y que los ricos, a la diestra del Padre. Las tristezas y las miserias de mi vida presente encontrarían inaudita compensación en los esplendores de la eternidad. ¿Qué eran, en fin, los viejos dioses en los que había creído tibiamente hasta entonces? Estatuas frías de piedra delante de las cuales los sacerdotes degollaban bestias mudas por cuenta de los señores. Aquellos dioses no hablaban a mi corazón, no se cuidaban de mi destino, sólo me prometían ser, después de la muerte, sombra entre las sombras en la oscuridad del Hades.

Fui así conquistado y bautizado por el apóstol Pablo, creí en Cristo y en su vuelta. Mi vida que antes era como un lento ahondar en el fango del tiempo se hizo una subida hacia el cielo, una perpetua espera de triunfo y de luz. Acudía a todas las reuniones de los hermanos: quien profetizaba en el nombre del Señor, quien se transfiguraba en el éxtasis, quien curaba a los enfermos con el aliento de su boca, quien hablaba a Dios en lenguas desconocidas y jamás oídas.

Tuve yo también mi carisma: el don de interpretar los idiomas desconocidos. Y los jefes de la iglesia me hablaban con dulzura a mí, ignorante y pobrísimo: —Chrysaor, escucha al hermano y repite en griego sus palabras. Entonces concentraba mi mente en el pensamiento del Salvador y aquellos sonidos oscuros y extraños se iluminaban para mí con un significado maravilloso. Inmensa era mi alegría.

Pero todos, lo mismo que yo, esperaban la vuelta de Cristo. Cada mañana y cada noche decían los santos: ¡El Señor viene! ¡El Señor viene! Pero el sol se ponía, el sol despuntaba, pasaban los días, se repetían las estaciones, transcurrían los años y el Señor no aparecía. Yo esperaba de alba en alba que los batientes de los cielos se abriesen de improviso, que sobre las nubes esplendorosas se asomase Cristo para reconocer a los suyos y llevarlos consigo a su reino. Pero los cielos permanecían cerrados y mudos. Quizá nuestros pecados eran causa de la tardanza. En verdad, no todos los nuestros eran puros; había quien fornicaba con mujeres paganas, como antes; había quien negaba ayuda al hermano, había quien abusaba de la caridad de los hermanos para disipar los días en ocio errante y locuaz. También a mí me vencieron más de una vez las tentaciones de la carne. Pero, no obstante, esperaba todavía la venida del Señor, esperaba siempre su triunfo que hubiera sido también el mío. ¿Era posible que los apóstoles del Evangelio se hubiesen engañado o nos hubiesen engañado?

Precisamente por la certeza de un próximo retorno de Cristo glorioso que habría invertido los papeles y trastornado los órdenes en beneficio de los pobres y de los desgraciados, había sido impulsado a entrar en la nueva Iglesia. Aquella vana espera nos ponía a todos nosotros calenturientos y enervados. Aquel cielo donde sólo aparecían o desaparecían nubes de calor o de tempestad, parecía, en algunos momentos, nuestro enemigo. ¿Acaso no escuchaba nadie detrás de aquel alto velo?



Con el pasar de los años aquella fe se hizo en mí más débil, pero el dolor de la espera inútil más fuerte. ¿Tenía, pues, que ser sellado en el seco barro del cementerio antes de haber contemplado con mis ojos de vivo a Dios viviente descender nuevamente del cielo? Y, sin embargo^ como muchos antes que yo, hube de dormirme antes del retorno d^ Cristo y mi agonía fue dolorosa, aunque consolada por la esperanza de la resurrección.

Mi esperanza no ha resultado vana, pero la tristeza y la vacilación de mis últimos días ¿me serán computadas como culpas, me quitarán el derecho de ver por fin a Cristo cara a cara?

Perdona, Jesús, a tu fiel de Tesalónica que, durante tantos años, esperó en oración que bajases del cielo como un relámpago para confortar toda su pena y hacerle subir libre y feliz a tu reino.

SHAMMAY

Ángel

Fuiste uno de aquellos de los que se dijo que parecían sepulcros blanqueados, Cándidos a la vista, pero llenos de podredumbre. Y de tus compañeros se dijo también que colaban el mosquito y se tragaban el camello y que pagaban hasta el último grano del diezmo de la menta y del comino, pero se olvidaban de practicar la justicia y la caridad. ¿Lograrás, tú, aunque doctor de la Ley, borrar la marca de aquellas palabras?

S HAMMAY

Me habían dicho que eras un heraldo del injusto injuriador de los Fariseos y tu invectiva no me asombra, antes bien, acaba de resucitarme. Sepas, pues, que aún en este día me glorío de haber sido un Fariseo o, mejor aún, jefe y maestro de Fariseos. El vilipendio de tu amo no ha, empañado la limpidez de mi alma. No puedo dar valor a las palabras de un Dios que se jacta de haberse rebajado, humillado y enfangado hasta el punto de haber asumido carne y figura de hombre. Un verdadero Dios no se habría encanallado en aquella vil y sangrienta aventura. El verdadero Dios está tan infinitamente por encima y más allá del estado humano que aunque quisiera no podría humanizarse. Su voz es del trueno, su mirada es fulgor insoportable para ojos mortales, su espíritu nunca podrá ser circunscrito y limitado por una prisión de barro rojo. ¿Se ha visto jamás a un emperador del mundo hacerse voluntariamente esclavo, vestir y sufrir como un esclavo, aceptar los hierros y los golpes destinados a los esclavos?

¿Habré de sonrojarme por las contumelias de un loco que por la ambición de parecer Dios fue menos que hombre? ¿Y no sabemos, acaso, que sus seguidores se mancharon precisamente con aquellas culpas que él reprochaba a nosotros? Para obedecer sus enseñanzas, predicaban la pobreza y mientras tanto arrebataban y amontonaban todas las riquezas que podían. Exhortaban al perdón y después, por la diferencia de una jota, perseguían a los mismos hermanos y asesinaban a los inocentes. Aquel sedicente Dios quiso liberar de la Ley a los hombres y no hizo más que llevarlos a la servidumbre del catecismo y de la casuística. En su iglesia, más que en nuestras escuelas, la letra mató al espíritu.

En verdad aquel rebelde soñador no sabía lo que decía. Nos comparó a los Fariseos con las víboras y los sepulcros. Pero las víboras son negras y tienen el veneno en la boca; los sepulcros son blancos por fuera y encierran blancos huesos de muertos honorables. De nuestra boca no salía veneno, sino la palabra de la Ley, que es palabra de Dios. ¿Y era, acaso, culpa en nosotros la búsqueda asidua de la pureza aun en las cosas mínimas? ¿Quién le decía a Él que nuestras obras no correspondían a nuestras lecciones? Él mismo recomendaba que el bien se hiciese en secreto. ¿Seguía Él nuestro obrar aun en la sombra de las casas y de las noches? Yo no fui rico y, sin embargo, atendí siempre a la pobreza de los jóvenes estudiantes, protegí a los abandonados contra los prevaricadores y los extraños, y a los desviados los volví al camino santo. Y era un fariseo Jo mismo que yo, aunque rival mío, aquel patriarca Hillel que solía decir: No hagas a los demás lo que no quisieras que se te hiciese a ti; esta es toda la Ley, el resto no es más que glosa y comentario.

También yo, aunque contrario a la demasiado indulgente relajación de Hillel, sentía y sabía que el espíritu vale más que la letra, que un movimiento espontáneo de amor es más divino que la mera observancia de los preceptos. Pero tu Dios no conocía los seres que pretendía transformar. En el hombre la oleada del amor no henchía más que a pocas almas y aun a esas pocas, raramente y por pocas horas. Pero la vida era larga e implacablemente cotidiana. Sólo una tribu de santos en perpetua incandescencia de espíritu hubiera podido prescindir de la letra y de la norma. La piedad por la Flaqueza y la frialdad de las criaturas ordinarias siempre ha obligado a los conductores de almas —y en primer lugar a los fieles de Cristo— a imponer ritos y preceptos para mantener a las multitudes cerca de Dios. El rito parece gesto enteramente externo, pero es también símbolo, señal, llamada, y puede ser realizado por todos y todos los días. El precepto puede parecer obediencia mecánica, pero crea, sin embargo, hábitos saludables y santos, impide que el alma se pierda en perniciosas distracciones. Pagar el diezmo del comino no basta, pero quien no se doblega a observar la Ley termina robando al prójimo el trigo o la mujer. No todos podían tener en todo instante el ánimo arrebatado y sublimado en Dios, mientras que todos, si son convenientemente guiados, podían cumplir los humildes, pero imprescriptibles deberes mandados por la palabra escrita bajo el dictado del Altísimo.

Me siento, por lo tanto, justificado ante Dios y ante los hombres. Tú no eres hombre ni Dios y no sabes más que repetir las ofensas lanzadas por quien no supo guardar la dignidad de Dios y no supo mostrar la virilidad de hombre.

## SANDERS

Mi vida fue tan escondida y descolorida que recuerdo con esfuerzo, como en un vislumbre, las etapas de mi viaje por la tierra.

Mi niñez, y mi juventud, son para mí como pueblos sumergidos en la niebla, vistos al correr del tren. Me vuelvo a ver sólo como hombre maduro y cabeza de familia, dueño de un pequeño comercio en una pequeña ciudad de provincias. Vendía de todo: pimienta y alfileres, pescado en escabeche y cintas de seda, jabón verde y tarjetas de Navidad.

Mi vida era siempre igual, siempre melancólica, a la sombra poco fragante de mi negocio. Mi mujer estaba enferma de los nervios, mis hijas eran desgarbadas, taciturnas, siempre descontentas. En aquella vida encerrada, en aquel villorrio chismoso pocas eran las ocasiones de pecado: algún encuentro furtivo con las muchachas que venían a mi comercio, algún fraude en el peso o en las cuentas, alguna blasfemia cuando la temporada o la mujer resultaban demasiado insoportables. Pecados mezquinos, ridículos, amargados a menudo con el fastidio de los remordimientos.

Pocas también las alegrías: una buena pipa, una buena comida, una buena novela de aventuras mundanas, una adquisición de mercancías a buen precio. El único deleite verdadero de mi vida era el ver aumentar poco a poco mi peculio. Cada chelín que ponía aparte me parecía una protección, un arma contra el hambre, contra la muerte. Cuando, el domingo en el pío barrio todo estaba en silencio, todo quieto, todo cerrado, todo oscuro, todo triste, me encerraba en el último rincón de mi comercio, solo, en medio de los viejos registros grasientos y de las hileras de facturas, y revisaba en paz las cuentas de la semana, saboreaba golosamente las altas columnas de las cifras, los bonitos totales de las sumas, la perspectiva de los beneficios, las previsiones de los créditos y de los cobros, y gozaba lo mismo que un niño que cuenta y recuenta las monedas de su primera hucha, como una urraca que calienta, con ojos relucientes, el pequeño tesoro que ha puesto junto en su nido.

Eran aquellas las horas mejores, las más cálidas, más alegres de todo el año, de toda la vida.

No es que yo fuese avaro. Mis mujeres gastaban casi todo lo que ganaba sin que se lo reprochase o las frenase. Pero aquellos números alineados en las grandes páginas rayadas de los libros mayores, aquellos alegres balances semanales y mensuales, aquellos optimistas informes de los bancos, me daban un consuelo que se parecía al deleite.

Sólo en aquel día, libre de la algarabía y de la molesta confusión de las compradoras, podía contemplar y gozar de las riquezas de mí almacén: las aplastadas botas del pescado, los variopintos rimeros de cajas, el ejército cabeza abajo de los jamones, el alineamiento argénteo y dorado de las botellas, el geométrico ejército de las cajas de galletas. Y también este espectáculo me confortaba y casi me exaltaba. Me parecía ser el rey de una misteriosa bodega destinada a la alegría de los pueblos, el soberano de una fortaleza armada contra el hambre. La única poesía de mi vida brotaba y florecía en aquella semitiniebla maloliente, en aquellas solitarias tardes de los domingos muertos.

Pero nadie, me amaba y nadie, ni siquiera mis hijas, lloraron mi desaparición de la tierra.

No sé lo que me espera. ¿Fui, sin saberlo, un gran pecador? O ¿sólo uno de los innumerables gusanos condenados a retorcerse sin esperanza en las grietas fangosas de la tierra? ¿Me tocará ahora una dura pena o una prodigiosa compensación?

#### HARRY CALVERT

Nada tengo que reprocharme. Nada hice contra la ley de mi patria ni la moral de mi tiempo. Nunca he ofendido en mí al espíritu de Dios ni su imagen. Fui ciudadano obediente a mi patria y miembro fiel de mi congregación. Siempre he pagado los diezmos a la Iglesia y las tasas al Estado. He asistido siempre al servicio divino de mi parroquia y a todas las ceremonias patrióticas. No he dejado nunca de dar mi voto en las elecciones y siempre he apoyado a los que me parecían hombres sensatos y celosos del orden.

No logrando vencer la carne he seguido el consejo de San Pablo: me casé con una muchacha de buenas costumbres que me dio el consuelo de tres hijas, por mí educadas en el deber y en el trabajo. Soporté los defectos de mis amigos que eran muchos y no me cuidé de las calumnias y las ofensas de los enemigos. Socorrí con dinero y consejos a los necesitados que se dirigían a mí y a nadie despedí desconsolado. Fui respetuoso con los superiores, amable con los subordinados, paciente con la mujer y las hijas. No tuve nunca relaciones ilícitas con mujeres, no me aproveché del dinero público, no fui injusto con el débil, dominé casi siempre el despecho y la ira, me abstuve de diversiones vulgares y de toda ocasión de pecado.

Por más que busco en mi alma y en mi vida no encuentro recuerdos o huellas de culpas. Y he hablado sólo por respeto a ti, que eres un ángel del Señor.

Ángel

¿Crees que no has olvidado nada? ¿Estás, de veras, cierto de haber sido el campeón de los inocentes en un mundo de pecadores?

¿Has oído hablar alguna vez de la soberbia de los falsos justos, de la presunción y de la ceguera de los fariseos? ¿Te has acordado de que una de las señales por las que se reconocían en la tierra a los santos era su continua duda de ser pecadores?

A ti no te faltaron virtudes medianas, devocionales, civiles, pero ignoraste y aún ignoras hoy, las más grandes: la humildad y el amor.

FRANZ MÜLLER

Ángel

De ti nada sabemos ni siquiera nosotros. El inmenso libro de la memoria apenas registra tu nombre; nada dice de tu vida, de tu naturaleza, de tu suerte. Sólo ahora lo sabremos.

Franz Müller

No me extraña lo que me dices. Mi paso por la tierra duró mucho con relación a las unidades humanas de medida, pero todo en la sombra, por un camino tan llano y ordinario que, seguramente, fue inadvertido por el cielo y por la tierra. En nada me destaqué de la norma y de la regla, en ningún momento me salí del surco donde, todos iguales, se maceraban mis años.

Nací de familia ni rica ni pobre, en un pueblo grande que había olvidado el campo, pero que no lograba ni logró nunca convertirse en ciudad.

No era apuesto y no era idiota, pero tampoco deforme y nada de inteligencia fuera de lo común. Fui estudiante mediocre y a los dieciocho años obtuve un empleo modesto en una modesta fábrica de relojes. En aquel puesto permanecí toda mi vida, pero sin que aumentase mucho mi importancia y mis ingresos. A los treinta y dos años, cuando mi madre murió y tuve un pequeño aumento de sueldo, tomé mujer: una suave y sencilla muchacha bastante agradable, pero no rica que sólo aportó como dote su salud, su bondad y su taciturna paciencia. Tuve dos hijos varones, en todo semejantes a mí.

Tuve pocas enfermedades y no graves, pero ningún verdadero amor, ninguna pasión, ninguna aventura. No abandoné nunca mi patria; todos mis placeres consistían en beber un vaso de cerveza en el verano, escuchando un lejano bailable u hojeando un periódico de juegos o de viajes. Tuve dos o tres amigos, o, más bien, viejos compañeros de escuela que veía raramente y que se cuidaban poco de mí; en compensación no tuve enemigos. Mis pecados fueron mediocres y comunes como toda mi vida: alguna mentira, algún movimiento de envidia o de rabia, alguna tentación de adulterio y de hurto, pero cosa débil y fugaz que no tuvo nunca fuerza para pasar al acto. Mi alma se mantuvo siempre en un mecánico equilibrio de deberes y de pensamientos. Jamás un soplo de extravagancia, nunca un relámpago de locura, jamás un ímpetu de entusiasmo y de gozo. De color gris fue mi vida, gris como mi destino, gris lo mismo que una llanura de otoño, color niebla, color bruma, color ceniza, color fastidio. De aquellos setenta años que pasé en la tierra, en mi pequeño nido a trasmano, no me ha quedado en la memoria más que un tenaz sabor y olor de infinito tedio. Sólo le pido a Dios la gracia de no repetir en la eternidad una prueba semejante.

SAMUEL PEPYS

Ángel

Confesaste en vida tus suciedades y latrocinios, todas tus vergüenzas, pero no las confiaste a los oídos de los hombres sino, secretamente, al papel, con una escritura que considerabas indescifrable.

Pero ahora es el momento de confesar a Dios y a los hombres la inmundicia de tu vida con palabras claras y disculparla, si puedes.

Samuel Pepys

Sabes la verdad y no pienso negarla. Sí, fui mentiroso y traidor, libidinoso y adúltero, mendaz y prevaricador. Pero Dios habrá de reconocer que no fui más inmundo que la mayor partí de los que vivieron antes que yo, conmigo y después de mí. ¿Dónde está el hombre que no haya mentido al menos una vez, a los demás o a sí mismo, que no haya deseado el oro ajeno o la mujer ajena, que no haya traicionado la verdad, la amistad o el amor?

Y ¿quién ha hecho al hombre tan frágil, tan inclinado al pecado, tan lleno de sangre y de humores hirvientes y avasalladores? ¿Quién creó aquella semibestia que deseaba, sobre todo, llenar el vientre y satisfacer su lujuria? ¿Lo creó Dios o bien un maléfico adversario de los hombres y de Dios?

Y no creo haber sido uno de los más bajos ejemplares de nuestra mal pensada especie. Había en mí dos naturalezas, dos hombres. Estaba el puerco filisteo que buscaba la carne de mujer, el alegre brillo de las esterlinas, los vinos generosos, los vistosos trajes cargados de galones y todos los demás entretenimientos y solaces del mundo. Pero había también el hombre de juicio y de gusto, que amaba la belleza, la música, la ciencia de los libros y los espectáculos de la naturaleza y también, finalmente, el cristiano que a menudo sentía repugnancia de sus lascivias y oraba al Señor y le pedía perdón de sus infamias.

Pero los cálidos fermentos de la sensualidad, los estímulos de la codicia me arrojaban cada día en las cloacas del pecado. Bajo la seda y el terciopelo de mis vestidos de corte había un cuerpo sanguíneo que deseaba gozar, un corazón inquieto que deseaba honores, fasto y riqueza. Debieras saber, sin embargo, Dios omnipotente, cuantas veces he lucha\* do y he combatido, cuantas veces he frenado mis impulsos, he reprimido mis instintos, he dominado y rechazado mis pasiones.

Si hubiese cedido siempre a los ímpetus y a los estímulos de mi naturaleza hubiera sido el más infatigable estuprador y ladrón del reino. Por el contrario, con el tiempo, me convertí en un serio y honesto caballero, presidente de la sociedad para las ciencias, honorable pilar de la sociedad distinguida.

Dios debería tener en cuenta mi guerra feroz contra la naturaleza que Él mismo me dio. Todas mis culpas, aun siendo numerosas y oprobiosas, fueron quizá la milésima parte de las que mi sangre y mi espíritu me hubieran llevado a cometer si no las hubiese domado vigorosamente. Esta es la gran victoria de mi vida y diría, si no temiese parecer soberbio, mi nobleza y mi grandeza. Gasté bastante más trabajo para dominar a la fiera que había en mí que el soportado por algunos santos para alcanzar la santidad.

Si mis culpas merecen castigo, mis batallas contra mí mismo merecen premio. Y aunque me sienta todavía sucio e indigno, confío que en la balanza de Dios la merced compensará la pena.

HISTORIADORES CORO DE LOS POETAS POETAS [Y ESCRITORES]

## HISTORIADORES

### ABENJALDUN

Consumí mi vida y afligí mi alma para satisfacer una curiosidad tan tenaz como inútil: la curiosidad por el pasado de las gentes humanas.

Muchos tenían la curiosidad del espacio y peregrinaron de puerto en puerto y de reino en reino con la vana esperanza de encontrar la verdad o la fortuna. Yo tuve, por el contrario, la curiosidad, no menos funesta, de peregrinar de milenio en milenio, a través de las migraciones y las revoluciones de los pueblos.

Investigué en los papeles de los anales y en las memorias de los antiguos de qué modo habían florecido y desaparecido las naciones, por qué camino habían crecido y desaparecido los imperios. Y después de haber fatigado ojos y mente en compilar una historia universal de los hombres me sentí, al fin, sumergido en una irreparable tristeza, hecha de desánimo y de remordimiento; una verdadera agonía intelectual que me conmovió hasta la hora de la muerte.

La verdad de las cosas ciertas, por mí con tanta impaciencia y con tanta paciencia buscada, acababa en la revelación de la definitiva inutilidad de todo movimiento de los rebaños humanos.

La tierra me parecía como una ilimitada pradera salpicada de penachos de tiendas y de cabañas por donde los rebaños erraban a la ventura, ahora más apiñados, ahora más espaciados, conducidos por pastores rapaces y belicosos, ya en perpetuo camino en busca de pozos y de pastos, ya perezosos y descuidados en las estancias abundantes, pero fétidas y cerradas.

Un bullir de anhelantes, un chocar de armados, un sucederse de invasiones y dispersiones, de imprevistas subidas y de prolongados hundimientos. Los nómadas asaltaban y expoliaban a los sedentarios; luego, ablandados por las riquezas, perdían las antiguas virtudes y eran, a su vez, vencidos y destruidos por nuevas hordas hambrientas, salidas de los desiertos y de las estepas. Los cabalgadores adustos abatían a los pueblos agricultores; los hombres del mar se asentaban en las islas más lejanas, las viejas naciones refinadas se deshacían bajo el peso de las viejas glorias y bajo los choques de los bárbaros.



Una oscura aldea de cabreros y de boyeros se hacía en pocos siglos dueña de tres continentes; una oscura tribu de camelleros se convertía a los pocos decenios en dueña de diez reinos y de veinte provincias; un imperio milenario que al parecer había de durar eternamente se desmoronaba sobre sí mismo después de tres batallas; una monarquía que se decía destinada a dominar la tierra se hundió vergonzosamente, de improviso, en la traición y en la sangre.

De los despojos de los imperios en putrefacción nacían, como gusanos engordados por la carroña, numerosos Estados pequeños que, poco a poco, se federaban para formar un imperio más florido que el antiguo, que luego, a su vez, era arruinado por nuevas fuerzas en busca de sol y de tierra. Una pequeña república se extendía a expensas de las vecinas más débiles, hasta formar un vasto reino unido; pero luego rebeliones y conquistas fragmentaban el nuevo Estado y lo hacían más estrecho y humilde de lo que había sido en su primer asomo a la historia.

Algunas naciones, destruidas y desaparecidas durante siglos y milenios, resurgían con nuevo poder, flameaban todavía durante una breve o prolongada época; luego eran, una vez más, abismadas en la derrota y en el olvido.

Ningún triunfador triunfaba más de un día; aun para las naciones eran breves las épocas de dominación y acaecía, con el tiempo, que se convertían en colonias de las que antes fueron tributarias suyas. La justicia era desconocida para la historia. Pueblos heroicos y ricos en ingenio eran reducidos a la esclavitud por pueblos de brutos ávidos y violentos; de los grandes que habían dado la civilización al mundo apenas se salvaba el nombre; los semigrandes o semifieras que habían llevado los pueblos a la desgracia vivían durante milenios en la memoria y en las leyendas. Metrópolis famosas eran incendiadas y luego cubiertas por la arena de la soledad; se fundaban ciudades nuevas, que después de algunos siglos de esplendor desaparecían sin dejar vestigio alguno. Una misma provincia, en el giro de pocos soles, cambiaba diez veces de dueño; el coloso de ayer se convertía, por un cambio de suerte, en ludibrio de sus mercenarios.

Nada era estable, nada seguro, nada duradero. Las conquistas eran efímeras lo mismo que los resurgimientos: todo imperio se hundía para dar lugar a una carnada de déspotas efímeros o a un nuevo imperio llamado igualmente a la ruina. Veías a una nación esforzarse siglos enteros para conseguir su unidad y luego bastaba una empresa arriesgada, la avidez de un rival más afortunado, para deshacerla y desmenuzarla de nuevo, para arrojarla en el lazareto de los países vencidos.

Para ningún pueblo había certeza de salvación y permanencia. Toda arquitectura política tenía forzosamente que reducirse a escombros; todo sabio equilibrio político llevaba, en sí, el principio de las guerras y de las subversiones; ninguna tribu podía esperar el

sustraerse a la decadencia y a la ruina. Pensaba con inmensa tristeza en toda la sangre, el llanto y el sudor que se había exprimido a millones y millones de hombres para engrandecer aquellos Estados, para defender o resucitar aquellos reinos y aquellas repúblicas. Sangre derramada en vano, llanto vertido en vano, sudor corrido en vano. Pensaba en los millones y millones de hombres que habían padecido hambre y miseria, persecuciones y azotes para construir aquellos edificios soberbios y caducos. Pensaba en los mártires martirizados, en los ejércitos diezmados y destrozados, en las ciudades incendiadas, en las multitudes apaleadas y dispersas, en los milagros de tenacidad, de temeridad y de ingenio para que brillase, durante pocos lustros o breves siglos, una bandera que caería al fin, como todas las demás, en la fosa de la ignominia.

Todo el amor y el dolor de los pueblos siempre había sido inútil. También las naciones, lo mismo que los individuos, eran transitorias y pasajeras; también los imperios habían de caer, todos, uno a uno, como las hojas en otoño y las generaciones de los hombres.

Entonces comprendí que mi obra era inútil lo mismo que las vicisitudes que narraba y que mi curiosidad podía conducir al desesperado desprecio de toda experiencia humana. De esta dolorosa contemplación sólo me liberó la misericordia de la muerte.

## CORO DE LOS POETAS

A Ti entonamos un canto de oración, a Ti que fuiste el primero y el más poderoso de los poetas, a Ti que creaste para alegría de los hombres el himno del cielo, el poema de la tierra, el drama de la vida, a Ti que dictas a los inspirados, que nos concediste el milagro del lenguaje, el descubrimiento de la belleza y la revelación de los misterios manifiestos sólo a unos pocos.

No olvides, en la infinita gloria de tu amor, a estos tus hijos que a través de una lágrima vieron reflejada tu luz, que en el hálito de la brisa comprendieron la respiración de tu pecho.

También nosotros, nosotros más que todos, tenemos necesidad de una mano que nos alivie, de una sonrisa de paz que nos acaricie, de un perdón que nos libere de la pátina escamosa que envolvió nuestras almas en exilio.

También sobre nosotros, aunque asumidos en tu gracia, grava el peso de las culpas

como capas endurecidas por los inviernos y encostradas por la suciedad.

La mayoría de nosotros fueron, como sabes, decoradores y medianeros del pecado.

Nuestras obras que más fuertemente encantaron a los hombres fueron cantos de guerra y cantos de amor.

El poder del brazo del hombre que mata a los hermanos, la potencia del cuerpo de la mujer que turba las almas fueron los temas eternos de nuestros versos.

Fuimos, pues, persuasores y glorificadores de estragos, pregoneros y blandidos de lujuria.

En vez de elevar todos los corazones hacia Ti, en vez de llevar hasta Ti, sobre las alas armoniosas de nuestra armonía, las mentes olvidadizas de tus primogénitos fueron exaltados los que exterminaron a las criaturas por Ti creadas a tu semejanza, aquéllos que el apetito del deleite alejó de tu faz.

Los que entre nosotros no invitaron al beso y a la espada cayeron en la languidez del lamento, se enervaron en las complacencias de la confesión rimada.

Fueron, en definitiva, exhibidores y vendedores de las delicuescencias de su propia alma, fueron los salmistas vanagloriosos de su solitario yo, rey sin pudor de un reino sin caridad.

Parecía que a los mudos les dijeran: ved qué noble y qué puro es el corazón de poeta, ved cómo está lleno de espinas, atravesado de injustas cuchillos, henchido de sangre generosa y de llanto inmerecido.

Parecía que dijeran: somos las víctimas inocentes de los Dioses y del Hado, el blanco de la suerte maligna, los hombres de dolores que sólo el dolor puede consolar.

Pero recuerda también, Señor, que, aun en la culpa aseamos la redención nuestra y la ajena.

Después que hemos reconocido ante Ti la vergüenza de los pecados permite que la disculpa siga a la acusación.

Nuestros poemas de guerra no fueron solamente exaltaciones del fratricidio, sino, al mismo tiempo, apoteosis de la clemencia, de la piedad, de la angustia, del martirio de los héroes.

Nuestros poemas de amor no sólo fueron invitaciones al deleite sensual sino que, a menudo, señalaron en la adoración de la mujer el estímulo para toda grandeza del ánimo, el rayo celeste que guiaba hacia tu esplendor.

Nuestros poemas de melancolía y de desesperación no fueron sólo vanas expansiones de espíritus heridos, sino que consolaron las tristezas infinitas de los hombres y con la dulzura de aquellos versos de dolo; hicieron más ligeros los dolores ajenos.

A nosotros nos lo deben tus hijos más ciegos, si han podido vislumbrar, aunque sea por breves instantes, la indecible maravilla del universo por Ti creado.

Aquellos que en las estrellas sólo veían las señales de los nautas; que en los campos sólo veían mieses que segar; que en los caballos y en las ovejas sólo veían bestias de carga o para ordeñar; que en las florea sólo veían heno para el pesebre o promesas de frutos; que en las montañas sólo veían canteras de piedras o bastiones que & atravesar; que en los cuerpos tiernos y acerbos de las vírgenes sólo veían esperanzas d« placer carnal, aprendieron a ver, gracias a nosotros, la belleza de los cielos estrellados y de los campos floridos, la majestad aérea de los montes y la silvestre belleza de los árboles, aquel reverbero de origen divino que esplende en la gracia de los animales y en la mirada de los inocentes.

Si el mundo con todos sus misterios y sus fulgores es la primera de tus revelaciones, nuestra poesía fue, a veces, la primera apertura di tu revelación.

Nosotros, más que los otros hijos de Adán, conservamos alguna sombra y memoria del paraíso perdido.

Nosotros, más que todos los otros, sentimos ser desterrados de aquel antiguo recinto de felicidad y a menudo nuestros cantos no dieron más que la nostalgia de la patria en un principio destinada por Ti al hombre, una desesperada tentativa del imposible retorno a las puertas del Edén, una súplica a los querubines ígneos y resplandecientes que custodian su umbral.

Y Tú, Señor, sólo a nosotros y a los santos, concediste percibir, al menos desde lejos, aquellas puertas vedadas, fijar el ojo estupefacto en aquellos invisibles ventanales que tu misericordia quiso dejar sólo para nosotros, en los muros de la separación.

Si a los santos les concediste en el éxtasis un preguiso de la última unión, a nosotros nos otorgaste el privilegio de ser poseídos, siendo dignos, de tu mismo espíritu

Alguno de nosotros sintió en su corazón la potencia de tu voz, alguno de nosotros fue tocado, durante un momento, por las chispas que volaron de la zarza ardiente o del carbón encendido que abría la boca de los profetas.

Fuimos también nosotros, en los raptos del estro, como escolares atónitos que trazan fatigosamente sobre la hoja efímera las palabras del maestro, tan fúlgidas que resultan oscuras al mismo que casi en sueños las escribe.

Como en las grandes aguas corrientes de los ríos se buscaban las pepitas de oro nacidas de las rocas profundas, en nuestras páginas los hombres pudieron encontrar algún deslumbre y fragmento de la verdad, de tu verdad.

Y fuimos, entonces, como los niños de las comarcas fabulosas, que encontraban en el suelo piedras preciosas y se entretenían con ellas, in-conscientes, como si sólo fueran trozos de guijarros relucientes.

Si se nos otorgó un don semejante no te admiraré, Señor, que nuestros hermanos más pobres vieran y soportaran nuestro orgullo.

Teníamos el presentimiento y, a veces, la certeza de ser los vehículos, los escribas, los intérpretes, los reveladores de la divinidad y Tú perdonarás, como perdonaron los hombres, la soberbia que fue la carga más que la aureola de nuestra pequeña grandeza humana.

Tú sabes hasta qué extremo y con qué dureza fue castigado en nosotros aquel pecado.

Los menos indignos de escucharte tuvieron que confesar la indigencia de la palabra frente al inmenso tumulto del corazón y de la fantasía.

Muchos de nosotros se parecían a un niño que después de haber pasado el día en la vistosidad florida de los jardines del sol, entre florestas de rosales y vallas de narcisos, volviese por la tarde a su casa oscura con un manojito de ranúnculos apagados, marchitos.

De la gran vendimia del Universo y del alma, la mayoría no supieron expresar más que algunos vasos de vino turbio que no siempre producía embriaguez a los sedientos de poesía.

Atroz fue esta condena y, sin embargo, no fue sola.

Desgracias y desventuras fueron las únicas compañeras fieles en el breve viaje desde el albergue estrecho de la cuna al albergue estrecho del ataúd.

El amor engañó, la amistad traicionó, la necesidad envileció, la melancolía separó, los llamados no respondieron, la fama no llegó o llegó tarde o fue envenenada por los enemigos, la locura descompuso, la muerte llegó precoz o violenta.

Pareció, a juzgar por nuestras pobres vidas, que la poesía fuese un don que se había de pagar cien veces o un delito que expiar con los tormentos.

No sólo en nombre de estas desgracias, invocamos, Señor, tu clemencia.

La alegría del canto estaba unida a la aflicción de la existencia como los dos labios de una misma boca.

Los fulgores de tu luz, aunque raros, encendieron nuestras almas más que los relámpagos nocturnos a las nubes de la tempestad.

Una sola hora de éxtasis creador fue redención de una vida entera de miseria.

También Tú, Señor, fuiste poeta, el más admirable e incomprendido de todos los poetas.

El universo fue tu inimitable e insuperable canto, escrito con cifras de estrellas, con imágenes de vivas figuras, con ritmos de leyes, con rimas de símbolos y de enigmas.

Nos sentimos, pues, tus hermanos, aunque sea con aquella presuntuosa fraternidad de alados con que una libélula del foso puede jactarse ante el águila de las montañas.

Pero te pedimos piedad como hombres, como débiles entre los débiles, no ya como poetas.

El más elevado canto resulta balbuceo de mudos en la inacabable armonía de los cielos, nuestros papeles y nuestras coronas ya no son más que granos de negra ceniza salidos del sepulcro de la tierra.

Recuerda tan sólo, Señor, que fuimos hombres entre los hombres^ pero hombres más desarmados frente a las tentaciones, más sujetos a la corrupción.

No mires, oh Dios, aquel hálito descendido de Ti que nos hizo gloriosos y dolorosos, sino mira sólo al latido de nuestros corazones de exilados perpetuos que soñaron, a veces, el murmullo de los ríos que corrían en tu paraíso y el susurrar de las hojas del Árbol de la Vida.

## POETAS [Y ESCRITORES]

### EURÍPIDES

Si apartar a los hombres de las engañosas ilusiones que hacían menos tétrica la vida fue culpa, yo me confieso culpable.

Los poetas, misericordiosos enfermeros, se dedicaban a embriagar a los hombres con el vino mielado de las ilusiones; yo quise, por el contrario, desembriagarlos.

Te diré cómo llegué a soportar tan odiosa misión. Mi padre quiso hacer de mí un atleta, pero pronto me hastié de un arte casi todo fundado sobre la materialidad del cuerpo. Me hice pintor pero también la pintura me causaba tedio, porque tenía por campo propio sólo las apariencias exteriores del mundo. Me volví entonces, por contraste, hacia la filosofía, que me abrió los ojos de la mente y me introdujo en la pavorosa y dolorosa verdad de la vida. En el primer entusiasmo del descubrimiento, hubiera querido liberar a los hombres de aquellos

deleitosos pero vergonzosos errores. Me di cuenta, sin embargo, de que la abstracta dialéctica y la jerga de iniciados de la filosofía atraían escasos adeptos y menos aún a los rudos espíritus que tenían necesidad de ser iluminados.

Todos, por el contrario, incluso las mujeres e incluso la plebe, acudían a los teatros. A través de las ficciones escénicas era posible llegar a los oídos y a los corazones de las multitudes, acostumbrarlas al acerbo, pero saludable, amor de lo verdadero.

Más de noventa obras escribí para los teatros de Grecia y merced a mis fábulas cantadas y recitadas intenté descubrir la horrible faz verdadera de la vida. Bajo la máscara del actor trágico quise quitar la máscara a los hombres y a los dioses. También a los dioses porque el dolor y el pecado no estaban únicamente en la tierra. Los dioses estaban celosos de los hombres, se divertían persiguiéndolos y engañándolos; sancionaban leyes que eran los primeros en violar. No eran, con frecuencia, más que lujuriosos y caprichosos verdugos.

Ni eran más santos los héroes, ahora favoritos, ahora víctimas de los dioses. También los héroes sanguinarios y lascivos, monstruos de jactancia y de ferocidad, ya víctimas furiosas de las pasiones o ya entregados a injusto desastre, más que redentores se mostraban como peligrosos para ellos mismos y para los demás.

En los príncipes no descubría más que soberbia y engaño; en los ricos, nada más que avaricia de riquezas; en los pobres; acritud de envidia; en las mujeres, necedad y traición, en todos egoísmo, mentira y vileza.

Afrodita y Ares llevaban a la boca del Hades las manadas humanas. La máxima parte de los hombres soñaban únicamente en matar hombres y poseer mujeres. Ríos de sangre, de espermatozoides y de llanto salían sin cesar de los cuerpos de los hombres.

Los hombres no eran más que brutos salvajes malamente desbastados y, en algún aspecto, más crueles. Mostré a los pueblos padres y madres que mataban a sus hijos, esposos que aceptaban de la esposa inculpable el sacrificio de la vida, mujeres que hacían degollar al marido después de haberle deshonrado, héroes que se regodeaban con la sangre de los inocentes.

La religión no era más que ceremonial supersticioso inspirado por el temor; la poesía un lenitivo y sedante de la tristeza humana; el pensamiento un cuchillo envenenado en las viejas llagas.



Ésta era la vida tal como se me mostraba en su pavorosa y angustiosa verdad, tal como la mostré en mis tragedias y en mis dramas.

Y con esta dura lección la enseñaba no mediante razonamientos y conceptos, sino por figuras vivas de vivientes famosos, fui entendido de todos y, por entendido, odiado. Los hombres, al menos en mi tiempo, se rebelaban contra la verdad, porque con demasiada frecuencia tenía la lividez viscosa y espesa del fango. Aplaudían y premiaban a los poetas que los consolaban con el canto adulatorio en los horrores de la noche y siempre les mostraban divinos a los dioses, magnánimos a los héroes, clementes a los príncipes, castas a las mujeres, amorosas a las madres y a las hermanas.

Mi tristeza pareció injuria a la majestad del género humano; mi voluntad de redimir de los fantasmas de lo falso, un atentado a la paz de los hombres.

Fui ridiculizado y rehuido. Llevé vida apartada y triste; las únicas horas serenas las pasaba en una gruta de Salamina, delante del mar abierto y desierto, donde ningún espectáculo o sonido humano me contristaba, y donde aliviaba la amargura del amigo componiendo mis obras.

Pero la obstinada enemistad de los espectadores y de todos los ciudadanos me impulsó a dirigirme en voluntario exilio a un reino septentrional donde encontré muerte atroz.

En Atenas era traspasado por las saetas de los cómicos; en Macedonia fui destrozado por los perros del rey.

Te he dicho cuál fue mi propósito y cuál mi destino. Quien tiene su asiento por encima de ti juzgará si fui un enemigo de los hombres o un mártir de lo verdadero.

SOTADES

Ángel

Tú, Sotades, prostituías tu ingenio de poeta fabricando afrodisíacos y aguijones. Lujuria e injuria fueron tus musas y tus armas. Pero tu muerte atroz —que fue venganza más que justicia— te hace lícita una última defensa.

## Sotades

No quiero defender mis versos lascivos, juegos de juventud en un país en un tiempo que juzgaban legítima e inocente toda forma de lujuria.

Mi fama y mi desventura fueron debidas, como tú sabes, a mis sátiras que mordían a los poderosos de Grecia y de Egipto. No eran, sin embargo, injurias ni calumnias, sino verdades vergonzosas claramente dichas. No era un rabioso que para morder inventa, sino solamente un temerario. La vanidad literaria y el rencor plebeyo me hicieron olvidar que los grandes de la tierra temen la verdad más que los simples mortales. Todos, en Alejandría, afirmaban y contaban cada día las mismas cosas que sólo yo tenía el valor de escribir y de presentar con mi nombre.

Era, en mí, avasalladora la necesidad de instigar a los corrompidos, de descubrir los vicios de los hipócritas, de castigar con la palabra a aquellos príncipes que todo se lo creen permitido. El gran puerto egipcio era todo un mercado, un matadero y un burdel, desde el palacio real hasta el tabuco del último cargador. Yo no era más virtuoso que los demás, pero el hervir y fermentar de aquel fastuoso estercolero me causaba una enorme gana de vomitar, de escarnecer, de arañar, de llegar a las manos. Sentía la necesidad de señalar al fauno en celo bajo el manto del rey; al recaudador pirata bajo las insignias del cortesano y del capitán; de descubrir a las rameritas desnudas bajo las túnicas de las matronas, la cara del asesino bajo el rostro del ministro o del sacerdote.

El espectáculo del engaño triunfante, de la prevaricación impune, y del rufianismo premiado excitaba mi bilis de poeta nacido más para ladrar que para lamer. Cuando veía, a la caída del sol, por el gran camino del istmo, a las meretrices reales que mostraban la suavidad de las carnes serviles en la suavidad de la seda de Oriente, y los mesnaderos de la corte que arrastraban en el coche sus carnes marchitas y podridas ocultas por las togas enjovadas, y los obesos mercaderes de toda raza que, después de haber vendido cuerpo y alma y honor y virginidad de las hijas, no sabían qué otra cosa vender e iban balanceándose a las fiestas con la esperanza de olvidar su triste avidez, corría a grabar en el verso aquellas imágenes de ignominia.

Quizá había en mí un poco de la envidia del pobre, del estupor del provinciano, de la malicia del artista que gustoso hace lo que mejor alcanza. Pero había también la indignación del poeta que sabe ver y ex-presar con mayor fuerza que los mediocres. El poeta, a mi juicio, no había de ser tan sólo el ornamento del convite, el divertidor de los ociosos, el copero de bálsamos para la melancolía y el destilador de filtros para el olvido, sino también la voz de las víctimas mudas, el vengador de los humildes, el fustigador de los poderosos, el denunciador de las vergüenzas y de las vilezas.

La cárcel no pudo hacerme callar. Intenté huir de Alejandría, pero un amigo, o mejor, servidor del rey Filadelfo me alcanzó, me encerró en una caja de plomo y me arrojó al mar. Se dijo, para justificar aquel delito, que mis obras no contenían más que obscenidad y difamación. La desidiosa tradición repitió en los siglos la acusación y fue para mí perpetua calumnia la tacha de calumniador.

Si el Dios que ha derrotado y depuesto a los viejos dioses ama la justicia más que el voluble Zeus, tengo la esperanza de salir salvo de este extremo juicio. La insolencia de mi espíritu detractor y mordaz merece el perdón de Aquel que flageló acerbamente con sus palabras a los rectores y a los maestros de su pueblo.

VALMIKI

Ángel

De ti, Valmiki, recibió la muerte un hombre de tu casta, un brahmán. Y mientras duró tu juventud tu vida fue vida de ladrón y de asesino. ¿Estás seguro de que tu penitencia de eremita y tu gloria de poeta hayan pagado hasta la última gota la sangre inocente que derramaste?

Valmiki

Mis delitos, antes de que yo muriese, fueron perdonados y cancelados por Siva, el señor de fe vida y de la muerte y me admiro de que un Dios para mí desconocido vuelva a pedirme razón de ellos. Pero si éste es tu deseo responderé que de nada tuve temor, mientras viví, excepto de la ira de los dioses.

¿No sabes que fui abandonado, todavía niño, por mi padre y que fui recogido por los nómadas de las montañas, bárbaros sin ley que despreciaban todo arte humano y vivían sólo de la rapiña? De ellos sólo aprendí a robar y, cuando era necesario, a matar.

Durante largos años creí que aquella fuese la más natural y legítima vida de los hombres, y no me propuse otra cosa que superar a mis maestros en vigor y destreza.

Maté, es verdad, a un brahmán, pero desde aquel día tuvo comienzo mi redención. Vigilaba su cuerpo herido en un sendero del bosque, para estar seguro de que no se salvase,

pero aquel santo, antes de expirar, reconoció en mí a un hermano, me reveló la ley divina del sacrificio, me habló de Siva el omnipotente, y me pidió la promesa de que abandonaría aquella vida de sangre y de infamia. Por vez primera desde que nací, mis ojos se abrieron, vieron, supieron; juré lo que el moribundo quiso.

Durante años y años viví en una cabaña solitaria, lejos de toda voz y presencia de hombre, castigando el cuerpo, purificando el alma. Mi devoción a Siva me salvó. Tuve de improviso, en el dulce primer candor- de un alba, la fulgurante certeza de que mi pasado de vergüenza se había deshecho por voluntad del dios, como la gloria del sol aleja y destruye las nubes en un mediodía de primavera.

No supe vencer la tentación de dejar la soledad. Me parecía que podía ya volver a bajar, así limpio y redimido, a los reinos de los hombres, a las ciudades que crecían a orillas de los ríos, en torno a los palacios de los príncipes. Tan incoercible era mi nueva felicidad que mi alma se sintió llena y vencida por la música de cantos nunca hasta entonces cantados.

En las cortes de los reyes todos quisieron escuchar mis cantos, los cantos que narraban las desventuras y las victorias de Rama. En los años de mi penitencia había meditado mucho sobre el destino de los hombres y ahora otra tentación me venció: revelar a todos cuán digna de llanto era nuestra suerte. En mi gran poema, celada por las melodías de las fábulas para los sencillos, pero no para los sagaces, deposité aquella dolorosa revelación. Imité a los dioses que hacían caer una lluvia de flores sobre los campos de batalla para ocultar la sangre y los cadáveres. Mostré que toda la desgracia del hombre viene de la mujer: una madrastra celosa y una esposa raptada fueron principio de inmensos dolores, de horribles estragos. Y todavía más: el hombre era odiado y combatido por los demonios y por los hombres, pero en su revancha no era socorrido por sus semejantes, sino tan sólo por los dioses y por los brutos, únicamente por los seres superiores o inferiores a él.

Ésta fue mi secreta enseñanza: todo beso de mujer se paga con la vida y cuesta la vida a innumerables inocentes; el hombre es el perpetuo enemigo del hombre, el hombre traicionado y atacado encuentra alianza y amistad más bien entre los simios que entre sus hermanos. La vida del universo era toda ella guerra, nada más que guerra: guerra de los monstruos contra los hombres, guerra de los dioses contra los dioses. Todo ser vivía sólo para matar.

Si esta revelación fue calumnia e injuria, confieso que no he expiado bastante en la antigua vida una ofensa semejante contra la divinidad. Pero ¿fue verdaderamente ficción, error de un poeta? ¿Y tu Dios querrá castigarme si deposité entre el follaje del canto, el fruto amargo de la verdad?

ACCIUS

Ángel

En ti el orgullo fue aún más poderoso que el ingenio. Porque representabas en versos los afanes y los delitos de los héroes presumías que eras grande lo mismo que los más grandes y llegaste a poner, tú mismo, en el templo de las Camenas una estatua tuya gigantesca junto a las de tus dioses. ¿Qué piensas ahora de aquella loca jactancia?

Accius

Dices la verdad, pero no dices todo.

Mi soberbia fue culpa, pero nació del instinto más divino de mi alma, del instinto y del amor a la grandeza. Mi soberbia no fue más que la venganza y el desquite contra las injusticias de la naturaleza y del destino.

Nací esclavo, de familia de esclavos y quise subir, merced a la poesía, más alto que mis antiguos dueños. A ellos les fue concedida la nobleza del nacimiento, a mí la del ingenio natural y de los trabajos del estudio.

Nací canijo y bajo de estatura, pero quise que de mí quedase en el bronce, a los ojos de los hombres, una imagen más conforme con la elevación de mi espíritu y la gallardía de mi obra.

Aquellos protervos apresadores de pueblos sólo me consideraban como un arañador de papiros, pero quise mostrarles con mis tragedias que el poeta, con el tumulto de las pasiones y la vehemencia de las palabras, tenía iguales poderes: eternizaba la memoria de los reyes, suscitaba el entusiasmo de las multitudes.

En un siglo y en una ciudad donde no se estimaba más que la espada del capitán y la vara del magistrado quise hacer que se tuviese análoga reverencia por el estilo del escritor. No tanto quería exaltarme a mí cuanto al arte que era mío y no sólo mío, aquel arte que es don del cielo e imperio del espíritu.

La pasión del espíritu me hizo escoger la epopeya y la tragedia, el canto y el drama de

los Dioses, de los príncipes, de los héroes, de los dueños de los hombres. Tuve repugnancia por la comedia que retrata innoblemente las ridiculeces de la gente vulgar para solaz de la plebe. La tragedia me pareció la única obra digna de la nobleza del hombre inspirado por Dios; la tragedia del hombre que a la persecución del destino y a la fuerza de los enemigos opone la dignidad y el ímpetu de los magnánimos. El poeta trágico me pareció superior a los mismos protagonistas de sus obras; los héroes matan a los vivos; los poetas hacen resucitar a los muertos; los héroes pasan y serían olvidados si el poeta no les hiciese decir las vigorosas palabras que no dijeron, si no esculpiese sus imágenes en la memoria de la posteridad. El poeta vivía siempre sobre las cimas, entre gestas sobrehumanas y pensamientos sublimes y sabía transportar hasta aquellas cimas aun a los mediocres, a los tímidos, a los temerosos, a los fríos. Merecía, pues, ser honrado y venerado por los hombres. Los cuales son, sin embargo, celosos y reacios respecto a los héroes desarmados; por eso me vi obligado a recordar con mi orgullo su deber.

De mi soberbia me arrepiento, pero no de las causas que la hicieron nacer y crecer.

## LUCRECIO

Sepas que no hablaré para defenderme. Toda apología es principio de confesión o de imploración, únicamente digna, por lo tanto, de la vileza de los débiles. Y aunque fuera tan vil que me humillase hasta semejante vergüenza, de nada podría defenderme, ya que no reconozco culpa alguna en mi vida. Uno solo fue mi pecado: el de ser hombre. Y ni siquiera éste fue mío.

Quiero, por el contrario, expresar una vez más ante la divinidad —si tú eres de veras ministro de un dios— toda mi desesperación por haber sido hombre.

En mi tiempo no vi más que estragos fratricidas y salvajes tumultos por el ansia de poder y de ganancia. Derramar sangre para recoger oro: ésta fue la feroz agricultura practicada entonces por los descendientes de la hez de Rómulo. Oro para procurarse el poder; poder para aumentar el oro; oro para comprar conciencias de hombres y abrazos de mujeres. En lo alto, los esclavos de la ambición y de la lujuria; abajo, las turbas de los esclavos de aquellos esclavos.

Aquella vida me repugnó y me horrorizó. Dirigí a otras cosas mi ánimo. Me pareció entonces que sólo dos cosas en el mundo eran dignas de ocupar el alma de un hombre ni bárbaro ni abyecto: la conciencia de la realidad y el amor de la mujer. En una puse mi causa; en la otra mi esperanza. Y hacia ambas me arrojé con el impetuoso arrebato y la fuerza intacta de la juventud.

Epicuro y otros maestros griegos me introdujeron con atrevida mano en el corazón del universo y me descubrieron todos sus movimientos y aspectos. Aquel saber me procuró, al principio, una especie de éxtasis, pero al proseguir la reflexión me llenó de melancolía y angustia. El hombre, agregado efímero de átomos ciegos, apareció por un momento en el teatro de la tierra para sufrir y hacer sufrir y, al fin, caía en el nada eterno. No existía felicidad en la vida y no podía concebirse otra vida ni otra felicidad después de nuestra primera aparición fugaz. Los dioses eran fantasmas creados por los vivientes atemorizados, o, si existían, no se cuidaban de nosotros, o, todo lo más, se mofaban de nosotros. El conocimiento de la verdad conducía, pues, a una desesperada resignación.

Aún más tremendo era el amor. Una fuerza superpoderosa y ciega impulsaba a los seres a desearse y a unirse, pero una breve experiencia demostraba que ningún deleite puede saciar, que ninguna pasión ni unión logra la ansiada unidad de los amantes, que el amor es perpetua servidumbre y perpetuo desengaño. El vehemente enamorado se des-posa y se esclaviza, pero permanece eternamente solo; y únicamente en el delirio de la libidine se imagina y finge aquellas bellezas y gracias que lo hacen esclavo insaciado. El amor, en definitiva, es dolorosa insatisfacción, humillante tiranía, engaño de los sentidos alterados por la fiebre. A pesar de todo, nadie podía sustraerse a la violencia de Venus. El amor parecía a todos necesario, pero era, de hecho, imposible. Al primer paladeo parecía el placer sumo, pero luego se mostraba la más atroz de las condenas.

¿Has comprendido ahora cuál fue mi suerte? La vida de la mayoría me repugnaba como vana riña de fieras. La filosofía me revelaba el último nada de la tierra y del género humano; el amor me atormentaba en una agotadora desesperación. Todas las puertas del destino estaban cerradas, toda lámpara se apagaba. ¿Qué otra cosa podía anhelar sino el consuelo del fin, qué otra cosa podía hacer sino truncar una vida que no veía otra salvación que la muerte?

La posteridad ignorante imaginó que me había matado en un acceso de furor, una de aquellas explosiones de locura que nacían de un filtro amatorio que me había propinado una mujer. En estas fantasías había una sombra de verdad. Todo joven era víctima del filtro amatorio que la naturaleza había depositado en su sangre desde el primer día de su nacimiento. Y es verdad que yo podía parecer loco a los locos que vivían bajo la ley de la razonable locura de la vida mediocre. Mis accesos de furor no eran más que el efecto de una sabiduría, de aquella funesta sabiduría que a unos pocos felices infelices les hace descubrir la nada del universo y la imposibilidad del amor. Mi fabulosa demencia era, en verdad, un doble pesar; pesar de toda ilusión en el presente y pesar de toda esperanza en el futuro.

Y ahora, cualquiera que pueda ser mi suerte, no diré de mí ninguna otra palabra. Sólo deseo a tu Dios que su remordimiento sea más doloroso y aflictivo que mi desesperación.

## CAEDMON

Ángel Blanco del Rey de los Cielos, escúchame también a mí, el último de los cantores de Dios, el último de los hombres. ¿Cómo podrás indicarme mi último camino si no conoces o no recuerdas el primer sello de mi primera vida?

Temo que no seas tú el divino visitante que en aquella noche en primavera me despertó, apareció ante mí y me llenó de luz y de palabras. Pero era uno de tus hermanos, un músico del Paraíso, un confidente del Eterno. Y yo lo vi y lo escuché y lo obedecí, yo, el desconocido, el mísero vaquero del monasterio de Whitby.

Estaba ya para cruzar el umbral de la vejez y no había leído ningún poema ni había cantado ningún canto, porque nadie me había enseñado a leer o a trazar escrituras y siempre vagaba por los prados desiertos, por las colinas, lejos de los mercados y de los pueblos, solo con mis animales y mis pensamientos oscuros.

Y una noche, la víspera de Pascua, dormía, como de costumbre, cerca de mis vacas y dormía tranquilo en aquella habitual tibieza sin soñar. Y he aquí que, de improviso, me despertó y veo que un esplendor nuevo, más fuerte que toda luz, ilumina las vigas y la paja y las bestias echadas y las paredes desnudas y las piedras mojadas y el pesebre hondo y mi zurrón de piel junto a mi bastón. Y en medio de todo el esplendor que llenaba toda la cuadra, vi un esplendor más vivo, en forma de joven, y sus ojos parecían rayos de estrella en campo de oro. Y el joven me miraba como nadie me había mirado, con protección de amor, y yo me sentí enteramente otro, todo inflamado, y como si me hubiese vuelto niño, en una tierra jamás vista. Finalmente, el ángel habló y dijo: —Cántame un canto. —Y yo no pensé siquiera en responderle: —No soy un cantor, no sé cantar, soy un viejo pastor que nunca supo de letras. —Me pareció, por el contrario, que el corazón se llenase de nueva sangre, de nuevo espíritu y por mis labios arrugados salió un cántico nuevo, gozoso cántico de agradecimiento y de oración, un himno a Dios.

El ángel sonrió y sonriendo desapareció. Y poco a poco la luz se debilitó, languideció, se apagó. Pero en mi alma jamás se extinguió el fuego del canto y toda la noche repetí las palabras del himno, para que no desapareciese también él como el ángel, y no me pareció indigno del Creador que lo había inspirado. A la mañana siguiente, que era la mañana de Pascua, no saqué a mi rebaño, y después de haber oído, llorando, la misa, entré en el monasterio y conté a un monje mi visión. Quiso que le repitiese el himno al Señor y quedó estupefacto. Llamó a todos sus compañeros para que me escuchasen y todos creyeron que el



ángel de Dios había querido darme a mí, el último de los siervos, el don del canto armonioso. Y desde aquel día quisieron que vistiese la túnica de los monjes y que viviese con ellos, en el monasterio y no en las cuadras, aunque yo no era capaz de deletrear la primera línea del Salterio.

Pero la vena del canto no enmudeció nunca en mi alma y no soñaba ni anhelaba otra cosa que hablar en verso, para que también el pueblo supiese y gozase los hechos de Dios, sus gestas y sus promesas, sus prodigios y sus decretos, desde la Creación del cielo y de la tierra hasta el triunfo de la Jerusalén celestial. Los monjes me decían, poco a poco, lo que el Libro contenía, y yo, el vaquero ignorante y cano, lo cantaba todo en versos y rimas que me conmovían también a mí por la dulzura de los sonidos y el vigor de los conceptos.

No sacaba de mí mismo la fuerza de aquellos cantos, sino que alguien me dictaba y yo sólo era la voz de Aquel que, por un divino capricho de la Gracia, había querido arrancarme tan impetuosamente de mi antiguo silencio. Y como Dios mismo me había concedido aquel don no quise cantar más que a Dios y a su Hijo unigénito y a la Madre de su Hijo y a los Profetas que lo anunciaron y a los Apóstoles que lo acompañaron.

Se llegaban a mí caballeros y damas y decían: — ¿Por qué no cantas también, Caedmon, un canto de amor? ¿Por qué no refieres la belleza de las flores y de las muchachas, la fuerza y la muerte de los antiguos héroes?

Pero yo respondía: —Dios me ha dado este poder y sólo puedo cantar la belleza y la fuerza de Dios. ¿Y qué amor conocéis o buscáis que sea más grande que el amor de Dios?

Y así, cantando constantemente la historia y la gloria de Dios, consumí el resto de los años que Dios quiso concederme y nadie fue más feliz que yo en aquel tiempo, sobre la infeliz tierra. Y el Señor quiso mostrar, en mi humilde y desconocida persona, que hay un crisma nuevo junto a los transmitidos a los sacerdotes, el crisma de la poesía, el ministerio del canto de alabanza y de memoria, el alma amante que se derrama en música y palabra. Y ya no tuve jamás envidia de ningún hombre, excepto de los santos.

Y querría mostrar a Dios mi gratitud cantando todavía, para siempre, el irresistible júbilo de su gloria junto a sus ángeles, en competencia con sus ángeles. Y si encuentra en mí, pecador, una raíz de soberbia y quiere castigarme con el fuego, aun en el fuego cantaré la misericordia de su justicia. Y será el canto más hermoso: el canto del condenado agradecido.

## VILLON, MARIA DE MONTCORBIER

### Ángel

Delante de muchos tribunales de la tierra tuviste que justificarte y defenderte, Francisco Villon. Éste es el último. Tu vida se consumió entera entre las tabernas, los burdeles y las cárceles; fuiste glotón, lujurioso. Sólo la poesía te salvó de tu infamia, pero no te salvará, quizá, de la última condena.

### María de Montcorbier

Ángel bendito de Dios, concédeme a mí, que fui su madre, implorar a la Virgen y a los Santos su salvación. Yo no fui allá abajo, en el mundo, más que una pobrecilla y vieja mujer, ayuna de letras, y este hijo mío era, por el contrario, maestro de las artes, más sabio y elocuente que los doctores de París. Pero yo siempre rogué a Dios por él; siempre sufrí por el mal que hacía y que sufría; lo he recordado siempre en mis oraciones a la Señora del Cielo. Espero que la Virgen tenga en cuenta mis lágrimas y mis desesperaciones, y me ayudará a salvar del fuego a este desgraciado fruto de mi carne.

Conozco todos los pecados que cometió en la tierra mi Francisco y me han arrancado el corazón como si también me correspondiese una parte de aquellas culpas. Salió de mi vientre, lo alimenté con mi sangre y con mi leche. Tuve siempre horror al pecado, no quité a nadie ni una moneda ni una uña de la mano, siempre fui devota de la Santísima Trinidad, del Arcángel Miguel, de todos los Santos del cielo. ¿De quién ha sacado, pues, el veneno que lo llevó a tantos delitos?

Lo eduqué en el temor de Dios. Cuando mi esposo murió confié esta criatura a un santo sacerdote para que lo guiase en los estudios. ¿Qué podía hacer si no consumirme y padecer?

Di al mundo un angelito sonriente y el mundo lo transformó en diablo desencadenado. ¿Por qué habéis tolerado, Virgen Santísima, este milagro infernal?

Perdona a una pobre madre que llora. No niego sus delitos, pero no sé resignarme a perderlo para siempre. ¿Quién habría pensado, cuando era niño, que cometería crímenes merecedores del hacha o de la horca? Nadie lo ha conocido como yo ni lo ha amado igual que yo. Lo he visto tierno, inerme, inocente; lo he visto llorar de rodillas para rezar el

Padrenuestro y el Avemaría junto a su camita, lo he visto ayudar a misa blanco y puro como un querubín en la iglesia de nuestra parroquia. Aquella boca que vomitó blasfemias y palabras infames ha besado mi boca con todo el puro amor de la niñez; aquella boca obscena la he visto palpar con los labios sonrosados y temblorosos mientras se encomendaba a Jesús. Aquella mano que mató y robó la he visto hacer la señal de la cruz y entregar limosna al pobre, la he sentido acariciar mi rostro marchito. Aquel miembro de su lujuria furiosa era una fuentecilla con su rubio surtidor. Sobre aquel cuello que hubiera debido estar atado y apretado por la cuerda de los verdugos vi crecer los primeros pelitos rubios y vi caer los primeros ricillos leves y me agradaba besarlos por la noche, cuando ponía en el lecho al único fruto de mis entrañas.

Tened piedad de una madre desesperada que en su vida no tuvo otras dulzuras ni otro consuelo fuera de la oración. Tened piedad de los pecados de mi hijo pecador. Quizás el demonio entró en él, quizá los malos compañeros lo extraviaron, quizás alguna mala mujer le envenenó el alma, quizás algún enemigo le echó una maldición para que se perdiese.

Tened piedad de él; perdona, Cristo, también a este ladrón que debía haber sido sacrificado a tu lado. No fue sólo un bellaco, no fue sólo un asesino. Fue también un poeta y cantó a la Virgen bendita, cantó a su pobre madre abandonada y torturada, cantó a sus compañeros de pecado y desventura que pendían, al viento de enero, en las tinieblas de las noches, negros y espantosos, desfigurados por los pájaros del cielo. En mi infeliz hijo hubo mucho mal, pero perduró siempre una chispa de fe, de piedad, de esperanza, de amor. Perdónale Tú, Señor del cielo y de la tierra, perdónale Tú, que enviaste a tu Hijo a morir por nosotros. Escucha por última vez la oración de esta vieja madre infeliz. La condena de mi hijo sería también la mía. Si yo merezco gracia, debes, Padre de infinita bondad, otorgar gracia también a él, sino la beatitud de tu reino estaría oscurecida y turbada para mí por los espasmos del infierno. Pídelo también tú, María dulce. También tú fuiste madre, sufriste por tu Hijo inocente más de lo que yo haya sufrido y sufra por mi hijo pecador. ¡Oye, Madre del asesinado, la última súplica de la madre de un asesino!

PEDRO ARETINO

Ángel

Tú que pretendías enseñar a un pintor de tu tiempo cómo se debe representar el juicio último, eres llamado a responder ahora de los pecados cometidos por tu pluma y por tu lengua. De tu cuerpo sólo te serviste para gozar; del ingenio, sólo para morder o adular. Si fuiste, a veces, el flagelo de los príncipes, fuiste también, y con más frecuencia, el incensario

de los poderosos y el afrodisíaco de los fornicadores.

Habla, si quieres, pero sé breve y olvida las prolijidades de tu verbosa retórica.

Pedro Aretino

Te obedezco. No quiero disimular ni excusar mis culpas, sino mostrar tan sólo el principio de ellas. Viví en un tiempo en el cual, más que en otros, únicamente contaba la fuerza y el engaño y todos querían gozar y reinar. Aunque yo era un bastardo de pocos bienes y de pocos estudios, decidí figurar entre los que gozaban y reinaban. Y para tal conquista escogí, en lugar de la espada, la pluma.

Me di cuenta en seguida de que la mayor parte de los hombres no eran más que animales vanidosos, temerosos e hipócritas y que sería fácil ser mantenido y honrado por ellos si supiera, con la fuerza de las palabras, acariciarlos y asustarlos. Las pasiones dominantes de estos animales me parecieron el orgullo y la lujuria, y de estas pasiones me serví para dominarlos. A colmillazos y con incensamientos hice tributarios míos a príncipes y ricos; con los libros sobre placeres amorosos me conquisté el favor de los libidinosos; esto es, de turbas innumerables. De tal modo, con la sola arma del ingenio y de la palabra también yo reiné sobre los hombres, también yo fui reconocido y reverenciado como un monarca. Y si fui llamado infame por los competidores también fui denominado «divino», lo mismo que Dante y que Miguel Ángel.

Mi señorío no costó sangre a los pueblos, como el de los otros príncipes, sino únicamente oro, y aquel oro se le quitó a los que tenían mucho y sin excesivo trabajo. Vengué a todos mis hermanos, los escritores, que habían tenido que sufrir en la indigencia o humillarse en la servidumbre, y en un siglo de hierro me impuse a los reinantes armados con el poder del ingenio, que es un relámpago del sol divino.

Si hubiese encontrado en el mundo hombres buenos y santos, también habría empleado las artes del afecto y de la religión para ser entre ellos uno de los primeros. En vez de esto, encontré lo contrario y no tuve tiempo ni fuerza bastantes para cambiarlos. Por no servir y para no morir, tuve que adaptarme a aquellas malas costumbres y fundar mi libertad sobre su bestial y corrompida naturaleza. Por salvarme en la tierra estoy perdido para siempre si no me socorre Aquel que quiso revestirse de carne humana en la morada de los hombres.

T ASSO

Todos saben que fui en la primera vida desgraciadísimo; pocos han adivinado las verdaderas razones de aquella perpetua y acerba infelicidad.

Quiso Dios que yo naciese hijo de poeta y poeta. Fue gracia grande y, al mismo tiempo, principio de toda desgracia. Porque, desde la adolescencia, estuve poseído, como es propio de los poetas, de un desmedido deseo de placeres y de gloria. Mi padre, desterrado y casi mendigo, poco podía ayudarme, tanto que hube de buscarme un señor y hacerme cortesano, como se acostumbraba en aquellos tiempos. Tuve dos señores y ambos inferiores a mí en ingenio y en ánimo, y no sabían hacerse perdonar la injusta desigualdad de la suerte con la justa generosidad de afectos y de dones.

Comenzó entonces mi martirio. Tenía que alabar en versos la castidad de una princesa perdida; las divinas bellezas de una princesa enfermiza y canija; las virtudes de una dama voraz y adúltera; la piedad de un cardenal toda ira y lascivia; la grandeza y valentía de un príncipe traidor y cobarde. A tal desgracia me condenó la cruel pobreza; a poner mi arte al servicio de la mentira. Y este doloroso contraste entre la necesidad y la sinceridad fue el primer principio de la turbación de mi ánimo.

Hubiera podido consolarme el afecto verdadero de una mujer, pero las que intenté amar o me desdeñaron para correr a más ricas nupcias o se otorgaron demasiado fácilmente por vicio o por capricho a mis apetitos juveniles. Tuve fama como poeta del amor y, sin embargo, en medio siglo que duró mi vida puedo decir que jamás conocí un amor grande y verdadero, sino únicamente insatisfechas fantasías o diversiones sensuales. Y también este doloroso contraste entre las exigencias del corazón y las respuestas de la vida aumentó mi disposición hacia el humor melancólico. A pesar de mi dolorosa situación, logré terminar un poema del cual esperaba gloria y fortuna. En él glorificaba con arte que me agradó y agradó, la victoria de la fe sobre los infieles y la antigua estirpe de mis señores. Tenía poco más de treinta años, en la plenitud de las fuerzas y de los anhelos. Hubiera querido inmediatamente la admiración de los pueblos, la gratitud visible y tangible del duque, mi señor; el amor de las mujeres, la libertad. Nada de lo que esperaba vino. No sólo el príncipe fue avarísimo de alabanzas y de dones, sino que se mostró casi celoso de mi obra, y no me defendió como hubiera debido cuando fui insultado y agredido por un enemigo mío.

Frente a tanta injusticia, comencé a dudar hasta de la justicia divina, y como Dios no podía, por definición, ser injusto, llegué al punto de no creer ya en Él, ni en su creación, ni en su encarnación.

Pero hube de reprimir este doble rencor que me envenenaba el espíritu: rencor contra el príncipe ingrato, rencor contra la divinidad olvidadiza y muda. La ira de Dios, no obstante mis dudas, me aterraba con la idea de la condenación; la ira del príncipe, no obstante mi resentimiento, me hacía temer la expulsión de la corte y el hambre. Hubei de soportar, hube

de simular, hube de mentir, hube de reprimir y sofocas mi orgulloso despecho. No podía prescindir del Padre que está en los cielos ni del señor que estaba en la tierra: deliraba, fingía, sufría, callaba. Imagina mi suplicio. Pedía al Señor, reverenciaba al príncipe y, sin embargo, mi corazón era el infierno, porque me parecía que uno y otro poco se cuidaban de mí y de mi obra. Este continuo y duro «esfuerzo para frenar los impulsos que me hubieran llevado a la rebelión agotó mis fuerzas, alteró mi mente, turbó para siempre mi alma. Pude vencer las tentaciones de la incredulidad, pero no pude contener, al fin, mi furor contra el príncipe. Éste, en vez de comprender y perdonar, quiso vengarse en seguida y durante siete años me tuvo miserablemente encarcelado, con el pretexto de mi locura. Y, en verdad, si no propiamente loco, me había vuelto, en ocasiones, frenético, pero este frenesí había nacido en mí por todas aquellas contrariedades que he dicho y, especialmente, de la última: tener que obedecer y adular a un señor indigno.

El encarcelamiento agravó mi estado, tanto que en algunos momentos parecí un pobre alucinado delirante. Pero aquella locura no era continua, de modo que no tenía siquiera el mísero alivio de la inconsciencia.

En la cárcel, y después que fui liberado, seguí componiendo obras en verso y en prosa, pero ya no encontré la feliz inspiración de la juventud. Durante todos los años que transcurrieron entre la prisión y el sepulcro fui vagando continuamente por todas las comarcas de mi patria, en busca de un pan que no siempre se me otorgaba, de un poco de afecto que raramente me confortó, de un aire que fuese benigno para mis enfermedades, de una paz que nunca, en ningún lugar, me fue dado encontrar. Pobre, casi mendigo, perseguido por la fortuna, corroído por la tisis y por la inquietud, eterno peregrino, quejumbroso, de tierra en tierra, el resto de mis años no fue más que una agonía demasiado larga y fatigosa. Cuando apenas un nuevo Papa quiso proveer dignamente a mi vida y se disponía a concederme en el Capitolio el lauro de los poetas, la muerte me arrebató para demostrarme hasta el fin que no había nacido para la felicidad. Y ni siquiera la fama, combatida mientras permanecí vivo, pudo consolarme de mi vida esclava y mentirosa por necesidad, de mi vida sin certeza y sin amor. Mi soberbia y mi sensualidad fueron atrocemente castigadas en la tierra. Al Rey del Universo no le pido más que un poco de reposo junto al esplendor de sus ángeles.

## SHAKESPEARE

¡No me hagáis recordar la tierra! Los placeres que allí encontré fueron tan preciosos que sólo los superaron en intensidad los afanes que me persiguieron en aquel globo riente como el jardín de los dioses y pavoroso como una landa de desterrados y dispersos. Su recuerdo me turba siempre. Me punza la nostalgia si pienso en las alegrías demasiado breves; despierta mi angustia si vuelve a mi memoria la persecución que me oprimió durante casi toda la vida.

De los pecados no sé. También yo estaba hecho de blanda tierra y de vieja culpa, como todos los hombres, y tuve asaltos de sensualidad hirviente, de incontenida soberbia, quizá de vergonzosa avaricia y, a veces, dudé si la bestia del abismo había ocupado el lugar de Dios en el gobierno del mundo.

Pero mis pecados no fueron nunca tan graves como la condena a que fui sometido desde mi adolescencia campesina. Tú, bienaventurada criatura del cielo, quizá no puedes comprender qué quiere decir para sima criatura humana estar llamado a ser el portavoz de los mudos, el resucitador de los muertos, el intérprete de la historia, el eco del pasado, el mensajero de las almas no resignadas al silencio y al destino. En mi persona sentía agitarse un pueblo entero de almas que luchaban por volverse a asomar al sol de la vida merced a mi obra. Y era asediado, asaltado, tentado por multitudes de criaturas desconocidas, remotas, que esperaban de mí el consuelo de una resurrección fugaz y al mismo tiempo eterna.

Quizá te es desconocida esta mísera y sublime condición del poeta, En medio de los hombres es como un rey que puede conceder la gracia de la vida; como un nigromante que invoca de las negras sombras a inocentes y reos; como un músico que debe entonar cantos de furor o de dulzura para aquellos que no han sabido extraer los misteriosos tesoros escondidos en cada uno de nosotros. En torno a mi mente siempre había una poblada corona de seres de toda clase que me pedían que les devolviese movimiento y palabra. Eran los muertos, eran los vencidos, eran los sacrificados, eran jovencitas bajadas al sepulcro demasiado pronto, condenados que querían gritar su inocencia, dementes que querían descubrir la verdadera razón de su locura, amantes que querían murmurar de nuevo y eternamente las extrañas y suaves paradojas de la pasión. Los sentía a todos alrededor de mí, impacientes, temblorosos, a veces hasta imperiosos. Se apretaban en torno de mi alma como mendigos a la puerta del rico misericordioso, ya como revoltosos bajo los muros de un castillo real, ya como prisioneros que buscan libertad y espectros que quieren reencarnarse a la luz del sol y de la poesía. A muchos les acogía, a muchos les oía y les daba sentimientos y palabras en mis palabras. Pero la multitud crecía cada vez más y no daba descanso. Acudían de todas las regiones del universo y de todas las épocas del tiempo. Desde las cavernas de Grecia y desde las plazas de Roma, desde los ríos de Egipto y desde las selvas de Ibernia, desde los palacios de Italia y desde los castillos de Francia\* desde las islas posadas como flores de piedra sobre el verdor del mar. Acudían reinas con lágrimas y pastoras destilando gracia, soldados feroces y prelados astutos, eremitas y villanos, capitanes y mártires, verdugos y malhechores, caballeros y sicarios, frailes y aldeanos, vírgenes dignas de los altares y mujeres dignas del lupanar, asesinos y asesinados, por igual trastornados y ensangrentados. Me solicitaban incluso los monstruos de la leyenda, las hadas de las selvas, las criaturas de la fábula, los espíritus del aire y los pájaros del cielo, las fieras del desierto y las flores salvajes que orlan los ríos soñolientos.

Ya no vivía para mí, sino para ellos; no me quedaba tiempo para vivir mi vida, sino para representar su vida. Todos aquellos que se arrepentían de no haber sabido dejar huella de sí en la memoria de los hombres, todos aquellos que deseaban fijar para siempre el bronco de la poesía, su drama, el grito final de su suerte gozosa o desventurada, todos aquellos que

querían liberarse, aunque fuese por unos instantes, de la gris inmensidad del olvido, todos los que no habían sabido expresarse, manifestarse, revelarse, me pedían un instante de vida, una esperanza de inmortalidad. Querían aprovechar mi sangre para resucitar, querían que yo fuese ante el mundo el actor y embajador de sus vicisitudes y de sus pasiones.

Ya no era yo; estaba condenado a ser únicamente el gran empresario de la comedia y de la tragedia de la vida.

Durante muchos y muchos años satisfací como pude a centenares de aquellos violentos solicitantes y tuve alguna compensación en las alegrías de la creación y en el renombre. Pero las almas asediadas se agolpaban cada vez más numerosas a mis puertas, se amotinaban por entrar, reñían entre sí por precederse, se mostraban más importunas y petulantes. Y aquellas alegrías fueron superadas por el dolor. Dolor por el pesar de los excluidos, pues yo, aunque escritor fecundo, no podía llamar a la escena de la vida a todas aquellas larvas implorantes. Dolor por la insuficiencia de mi genio para decir todo lo que los postulantes me sugerían; para representarlos con aquella perfección de luz que ellos hubieran querido; porque me di cuenta de que el arte es siempre, en definitiva, un espléndido fracaso. Dolor, finalmente, por el descubrimiento que iba haciendo, a través de tantas almas, de las secreto suciedades y torturas de la vida humana. Descubrí que el amor, aun el más puro, es mezcla siempre de mentira y de animalidad; que el poder de los poderosos se paga siempre, por ellos y por los demás, con sangre y con lágrimas; que el pecado tiene sus excusas y la pureza sus manchas; que la razón tiene sus absurdos y la locura, casi siempre, su inaudita razón. Descubrí que los pobres sufren, que los grandes sufren, que los perseguidos sufren, que amantes y odiantes sufren, que aún los sabios sufren y más duramente que los demás. Y, al fin, fui superado y enmudecido por este universal dolor descubierto por mí en los seres que quisieron convertirse a la fuerza en personajes de mis obras. Dolores ocultos, no sospechados, no confesados, dolores sin remisión ni rescate. Y en el último drama imaginé una isla donde un mago que fue príncipe se ha refugiado junto a la belleza inocente, pero no es servido por hombres, sino por un ángel y por un bruto. Fue aquel mi testamento y mi despedida de mi fatigado y doloroso oficio de poeta.

Pero tampoco la soledad, ni siquiera el silencio, me salvaron de la persecución. Los insatisfechos, los rechazados, los desengañados rodeaban mi retiro campestre como antes habían circundado mi teatro y mi casa en la capital de mi reino. Me suplicaron, me tentaron, me increparon hasta el último día de mi vida. Se dijo de mí, después de mi muerte, que, imaginando tantas criaturas en mis dramas, había sido un émulo del Creador. Estupidez de ignorantes. Los pocos fantasmas que hice hablar en mis papeles —en aquellos papeles ahora consumidos por el tiempo y por el fango— no fueron más que un exiguo manojo frente al inmenso ejército que pidió a mi fantasía un reverbero de falaz eternidad. Y ésta fue la verdadera tragedia del melancólico escritor de tragedias que los hombres llamaron Shakespeare.



## QUEVEDO

Ángel

Fuiste, según dicen, uno de los más festivos autores de tu patria y te serviste del humor gracioso para mostrar a los hombres sus feas imágenes en el espejo de la verdad. Lo que hiciste a los demás debes Macártelo ahora a ti mismo y mostrar toda la verdad de tu ser.

Quevedo

Verdaderamente no sé qué pueda o deba decir de mí mismo. Hay todavía en mi mente tal estruendo de voces contrapuestas, tal sacudida de jactancias y de vergüenzas, que no logro encontrar el cabo de mi vida para siempre perdida. Me parecería descaro el alabarme, locura el acusarme, necedad el defenderme.

Había en mí tal mezcolanza y confusión de flores y de espinas, de aromas y de hedores, de llama y de ceniza, de santo frenesí y de baja concupiscencia, que sólo el Padre Omnipotente podrá discernir con justicia las verdaderas facciones de mi alma confusa.

Quise serlo todo en mi época de luz. Erudito y filósofo, versificador y poeta de teatro, moralista e historiador, hombre de espada y hombre de Estado, secretario de príncipes y conspirador, ya fantástico en soledad, ya diplomático en campo, a veces enteramente abandonado en la divina voluntad, otras inquisidor mordaz de los vicios, de los pecados, de los caprichos, de los engaños, de los misterios de los hombres. Fui homicida y fugitivo, casi eremita y casi ministro, ahora en las borrascas y en las pompas de las cortes, ahora en la sepulcral clausura de los confinados; dos veces confidente y favorito de los grandes; dos veces depuesto y enviado al destierro; dos veces salvado por milagro del hierro de los sicarios y de los esbirros.

Cuando no estaba atareado en los manejos de la política, escribía, escribía sin reposo, escribía obras de todos los temas y de todos los estilos, mezclaba citas e imaginaciones, improvisaba estrofas y comentarios, destilaba venenos y elixires poéticos. Escribí vidas de santos y vidas de malandrines, tratados de moral estoica y de ascética cristiana, apologías personales y relaciones históricas, novelas lúbricas y visiones bufonescas, comedias y romances, libros de teología y caprichos de locura, y escrita apenas la última palabra de una obra, preparaba inmediatamente otra, y si dejaba la pluma del poeta, en seguida empuñaba la del secretario.

Jamás tuve paz, descanso o respiro. Pero en todas las situaciones de la vida estaba descontento e inquieto, de ninguna actividad estaba plenamente satisfecho; ninguno de mis innumerables libros me parecía digno de alabanza y de inmortalidad.

Siempre ansioso, siempre melancólico, siempre caprichoso; nunca verdaderamente sereno y feliz. Por todas partes parecía que la suerte me acosaba para otro sitio, cada hora una voz interna me llamaba a otras playas, a otros peligros, a otros pensamientos y destinos. Si manejaba las almas por cuenta de mi señor sentía el ansia imprevista de estar en mis amados campos con mis amados libros; si era condenado al exilio y a la vida eremítica, me consumía la nostalgia de la navegación, de las conjuras, del gran juego de los reinos. Y en esta perpetua agitación espiritual, en este corrosivo descontento de los días, gasté rabiosamente los cincuenta y cinco años de mi estancia terrena. Alguna obrilla mía permaneció en las bibliotecas de mi pueblo, pero mientras viví de nada estuve seguro, de nada me sentí satisfecho. Y nunca he logrado comprender si fui malvado o bueno, si feliz o desventurado, si mi aparición entre los hombres sirvió de ayuda o de daño. Creí en Dios, pero únicamente lo que basta para ruborizarse de no ser digno de Él; amé el arte, pero sólo lo suficiente para advertir que no podría llegar a la altura de los gigantes; me apasionó la vida, pero sólo hasta el punto de descubrirme su bestialidad y su final vanidad.

Todavía hoy no sabría decir quién sea yo. Nada más oscuro a mis ojos que aquel ser que allá abajo llevó el nombre de Francisco de Quevedo y Villegas A Dios remito mi causa. Sólo Dios podrá resolver aquel tortuoso enigma que fue mi alma.

## MILTON

De muchos pecados estuve manchado, lo mismo que todos los hijos de Adán, pero el más grave, el más enraizado, el más poderoso en mí fue la soberbia.

Por soberbia me alineé con los rebeldes que destronaron y decapitaron a mi Rey; con el pretexto de la libertad cedía a la vanidosa manía de los hombres de pluma, que se complacían en blasfemar, censurar, insultar, reprochar públicamente a los rectores y reinantes de Los pueblos.

Por soberbia me incliné ocultamente por Satanás en mi poema, porque en mí había más bien ansia de venganza que amor, y Satanás era a mis ojos la rebelión, el desafío, la revancha, es decir, el desencadenamiento del orgullo.

Por soberbia abandoné en mi corazón la fe en la redención, pareciéndome que el hombre fuese humillado al obtener la salvación de un Dios en vez que de sus propias fuerzas.

Canté por eso el Paraíso Perdido con la mal velada intención de consolar al hombre de aquella pérdida.

El Paraíso Terrenal era físico, material y sede de una felicidad obligatoria y sin méritos. Adán no podía, en su primer estado, ni obrar, ni producir, ni aventurarse, ni arriesgarse o vencer. Su felicidad era, en el fondo, epicúrea y casi pasiva. La expulsión del Paraíso Terrenal fue para Adán, según mi orgulloso concepto, ventura más que desventura. Así pudo dirigirse a la búsqueda de otro Paraíso, no ya exterior, sino completamente interior; no ya don gratuito de lo Alto, sino fruto de su voluntad, de su trabajo, de su propio genio; el Paraíso de la sabiduría humana, del pensamiento, del arte, de la poesía. La Caída fue para el hombre el verdadero principio de su ascensión, de su personal y voluntaria redención. Y por eso no sentí y no amé profundamente a Cristo, que había venido a interrumpir y acaso a comprometer la redención, enteramente humana, del hombre.

En estos pensamientos mi soberbia de insurrecto humanista se complacía sin saciarse nunca. Y tuve la ceguera de los soberbios, incluso la corporal.

Sólo hoy una flecha de luz me ha traspasado el alma y a pesar de que la humildad sea para mí nueva y grave, pido protección a Aquel que me había hecho nacer cristiano y poeta y que yo no supe amar bastante.

## DE FOE

Fui allí abajo, en el infecto planeta que Dios aniquiló por fin, hombre oculto y falaz. Aquí no tengo necesidad, para salvarme, de hacer de tartufo puritano ni de abogado que miente para encubrir sus miserias y salvarse del collar de cuerda enjabonada. No quiero ni puedo esconder nada. Diré, por fin, toda la verdad y nada más que la verdad. De un gran bloque de mentiras me libró la piedra sutil del sepulcro. Ahora, por vez primera, respiro libremente el aura de la plena sinceridad. Me siento feliz pudiendo arrojar mis vestidos y disfraces terrenos, mis innobles disimulos, todos los falsos nombres y los falsos pudores y rubores de mi vida desgraciada.

Aquí es lo contrario de lo que sucedía en la tierra inmunda: se salva aquí arriba el que confiesa abiertamente toda culpa y toda vergüenza. Allí abajo había que mentir o morir.

Siento un cierto deleite reconociendo que fui insolvente, libertino, libelista, espía, arribista y negociante, intrigante y cambiachaquetas, hipócrita y venal, y justamente fui perseguido y después castigado con la cárcel y con la picota.

De una sola cosa creo que me puedo gloriarse: de haber puesto ante el hocico de mis contemporáneos la relación verídica de su vida fingida y porcina.

A los sesenta años, ya rico de miserable experiencia, comencé a escribir libros, historias de aventuras que tuvieron inesperada fortuna. Y entonces me vengué a mi modo de aquella bestial raza humana que había favorecido y estimulado mi perversidad y que para vivir me había constreñido a que aceptase los oficios más infames.

En mis novelas quise decir a todos cuál era, bajo los trapos de la respetabilidad, su verdadera naturaleza. Sólo escribí vidas de prostitutas, de ladrones, de filibusteros, de rufianes, de rateros, de aventureros charlatanes, de cortesanas fastuosas, de apestados y de locos. La gente se divertía creyendo que, por diversión, ponía ante la vista las suciedades del bajo mundo del vicio. Pero se equivocaban. Mi juego era otro. Quería dar a entender con aquellos novelescos pretextos de vidas desordenadas que toda la vida humana no es más que un estercolero, un lupanar, una liga de mala vida. Los grandes no eran, para mí, más que aventureros afortunados; los honorables comerciantes no otra cosa que filibusteros; las bellas damas de la buena sociedad nada distinto de las prostitutas; los prudentes y venerandos burgueses nada más que apestados clandestinos.

No lo entendieron ni entonces ni luego, pero toda mi obra no fue más que una completa condena de la especie humana, la picota para toda condición de hombres. La llave de todos mis libros es el más famoso y menos comprendido: la historia del hombre que vivió feliz durante muchísimos años en una isla solitaria ayudado tan sólo por un pobre salvaje, lejos de todos los demás hombres y del hedor mortífero de aquella civilización.

Éste es el único desquite de mi repugnante vida: haber sentido, al final, repugnancia de la humanidad y haber intentado que todos la sintieran. Si esta náusea final puede ser un atenuante para la futura sentencia podrá juzgarlo Aquel que lee, mejor que nosotros, en nuestras almas.

VOLTAIRE

Ángel

De todo te quisiste reír y hacer reír; de todos te quisiste burlar, hasta del Hijo de Dios

y de la vida de los hombres. No hubo cosa grande, elevada, noble, santa, que no intentases abatir o, por lo menos, ensuciar. Pareciste casi una maligna arpía befiéndose y defecándose sobre la civilización de su tiempo, y si éste era corrompido, no trataste de sanarlo, sino que le añadiste marchitez y podredumbre. Y, sin embargo, algunos actos de tu vida y algunos pensamientos de tus obras no parecían actos y pensamientos de un hombre sin corazón y sin luz. De tu palabra esperamos luz sobre tu alma.

Voltaire

Mi vida pareció, a los ojos perezosos de la posteridad, befa, juego, veneno. Para mí, por el contrario, fue venganza, revancha y resarcimiento. Nací pobre, ambicioso, sensual e irreverente. Mis primeros patrocinadores fueron una mujer galante y un abate libertino. Traté de hacerme amplio con el ingenio y con el espíritu y obtuve algún triunfo en los teatros y en las alcobas, pero muy pronto me di cuenta de que mi humor corrosivo y mi mordacidad me habrían llevado a la ruina y acaso a una muerte oscura y precoz. Por un epigrama fui encerrado casi un año en prisión; por haber osado rebatir las palabras de un noble fui apaleado hasta derramar sangre. Desde aquel momento comprendí que hubiera tenido que renunciar a mi naturaleza o alzar a mi alrededor una buena fortaleza. Mi fuerza estaba toda en la argucia y en la chanza, y los de mi condición, para afirmarse en su propia personalidad, han de ser siempre las ideas y las castas dominantes: la risa es ya un principio de insurrección. Y yo no hubiera podido vivir sin el desahogo de la sátira, de la invectiva, de la parodia, sin el pinchazo de alfiler y el golpe de hacha. Tanto más cuanto que los poderes de mi tiempo eran obstáculos y contenciones para mi ser: la Iglesia se oponía a mi libertad de opiniones y de costumbres; la nobleza me consideraba como un plebeyo divertido, pero de clase inferior; el despotismo se ayudaba de una y otra para castigarme. Pensé entonces en vengarme de la Bastilla, de los apaleos y del exilio, de tal modo que con el tiempo hiciese caer a clérigos, a nobles y tiranos. Más para llegar a esta alegre revancha era necesario que yo estuviese seguro y comprendí que en aquel lugar del mundo y de la historia para ser libre y permanecer impune había que hacerse famoso, hacerse rico, hacerse temer de los enemigos y proteger de los poderosos. Con mis tragedias y mis historias alcancé muy extensa fama; con mis especulaciones obtuve la riqueza y pude ganarme amigos y clientes con mi liberalidad; con mis sacudidas punzantes y graciosas esparcí el terror en toda la república literaria; con mis calculadas y, a menudo forzadas, lisonjas, obtuve la amistad de los monarcas y de los poderosos. La celebridad y el dinero fueron los primeros bastiones de mi fortaleza, y, no contento, puse allí de guardia el favor de los potentados y el temor de los inermes. Y así provisto, así protegido, así defendido y acorazado, pude dar por fin libre ira a mi ingenio corrosivo y destructor, a mi demonio satirizante y burlesco, a mi odio contra Cristo, la Iglesia, la Monarquía y la nobleza. Si mis bufonadas juveniles no hubiesen sido castigadas de un modo tan humillante para un espíritu orgulloso y sensible, creo que hubiera llegado a ser un poeta brillante y cortesano, no el sardónico demoledor de los cimientos del siglo. El resentimiento, el rencor, el roer de la humillación y de la venganza llevaron al prisionero de la Bastilla a ser el feudatario de Fernay; a la víctima de los palos de Rohat?

a convertirse en favorito de los reyes, en el monarca intelectual de Europa; al

desterrado perseguido a hacerse enemigo de Dios, que había creado un mundo tan absurdo, infinitamente ridículo e infinitamente doloroso. Las heridas causadas a mi orgullo cambiaron el curso, el color, el sentido de mi vida; el corazón se secó, la inteligencia se hizo más árida, el ansia escarnecedora se hizo más frenética. Tomé gusto al juego, me complací con el poder logrado, pero la amargura interior no desapareció nunca, antes bien, con el tiempo, se corrompió en sarcástica desilusión despechada. Los hombres veían en mí un libertador de las inteligencias, un portador de luces y yo no era más que un esclavo de mi naturaleza y de mi venganza y un viejo cínico pesimista que por haber huido del eterno sol se entretenía, en su noche, con los fuegos artificiales de su desesperada argucia senil.

Ésta es mi verdadera historia y no la escrita por los amigos demasiado Cándidos y por los enemigos demasiado benévolos.

No pude ser cristiano y no lo quise. Dios era para mí un relojero paciente y no un Padre amoroso; la caridad me pareció filantropía debida a prodigalidad rediviva, la misma generosidad hacia los inocentes condenados un recurso polémico y apostólico, no un movimiento espontáneo de compasión y de afecto.

Quiera Dios pensar en el desgraciado origen de mis culpas, en aquel escaso bien que creo haber hecho a los hombres y en esta mi triste confesión. No pido ni espero otra cosa. Haberlo ignorado abajo en la vida será el tormento de mi eternidad.

## KLINGER

Fui gran pecador contra mí mismo, contra el fuego que Dios me había confiado. Fui, por vileza o vanidad, traidor a mi juventud. Irrumpí en la vida a manera de volcán y me hice, poco a poco, semejante al pantano.

La pobreza y la oscuridad me hicieron poeta y rebelde; los celos y el desdén me obligaron a ser servidor de un déspota, hombre de corte, esposo modelo, guardián de jóvenes, un hipócrita con librea. Desde los treinta años en adelante acepté todo lo que me causaba repugnancia y horror a los veinte.

En mi juventud soñé con ser un héroe de la libertad, un asaltador de todas las viejas potestades, un destructor de ídolos, un violador de todas las leyes, un agresor de todas las bajas verdades de los mediocres. Todo era, en mí, fermento de insurrección, furor de destrucción, ansia de ideas y de empresas excelsas, tumulto de pasiones descabelladas e insolentes. Me parecía ser un titán digno y decidido a deshacer y rehacer el universo, a iniciar una nueva raza de hombres, un nuevo camino de vida, una nueva edad del pensamiento.

Sentía en mí la fuerza de un Demiurgo constructor de mundos, el ímpetu de un semidiós destructor de todos los ídolos. Temblaba en mi corazón la obsesión de los insurrectos divinos; era asaltado todos los días por la convulsiva exaltación de la rebelión universal. Sentía náuseas de la mediocridad, odiaba toda forma de mal y de servidumbre. La tierra me parecía un estercolero; hubiera querido ser el Hercules de aquella inmensa cuadra. Soñaba con poder disolver y purificar todo en el fuego, en la incandescencia del genio, de la poesía, de la rebelión, aun a costa de ser consumido, como el antiguo gigante, por las llamas.

Pero de este rugiente horno de promesas y de fantasías no salieron más que ahumadas marionetas de barro, protagonistas palabreros de pobres tragedias fracasadas. Había soñado ser un creador más poderoso que Shakespeare y hube de darme cuenta de que sólo era un delirante imitador de Goethe. A Goethe le debía muchísimo: el calor de la amistad, el consejo y el ejemplo; durante algunos años viví de su dinero. Lo quería, creía quererlo, y, en verdad, una parte de mí lo quería sin darme cuenta de que otra parte de mi alma lo odiaba. Un día, en Weimar, para exhibir mi destreza de tirador, clavé en el muro, a manera de blanco, un retrato de Goethe. Aquel día mi amor descubrió mi odio y supe hasta qué punto era débil el titán y abyecto el héroe.

Hubiera podido salvarme, hubiera podido emprender otras obras, avivar mi fuego, seguir con espíritu más atento mi vocación. Por el contrario, fui vil: los celos y el desengaño hicieron de mí un infiel, un renegado, un vergonzoso renunciador.

El lobo que había hecho temblar a todo el ganado del pueblo con los aullidos de su hambre aceptó ser un perro de pastor y de guarda, que en el calor de su cama se mordía rabiosamente las pulgas para olvidar la humillación y los desollones de la cadena.

Había nacido para la poesía y me convertí en un hombre de espada, había nacido para la rebelión y fui el subordinado asalariado del zar de Rusia, había nacido para la libertad y acabé mi vida como pedante y colérico guardián de un colegio de jóvenes. Había dado la consigna de una vasta revolución espiritual —Tempestad y Asalto— y al final me encontré que era víctima del vivir tranquilo y el apóstol de la obediencia. La ira generosa de la adolescencia leonina se agrió y se hizo ironía; el sueño de renovar la humanidad se apagó en el estéril descontento de la hipocresía. El cadáver de mi juventud fracasada y traicionada recitó la comedia de la vida hasta casi los ochenta años. Largo e ignominioso suicidio de aquel yo primero, que era mejor que yo.

Todas las demás culpas me serán condonadas, excepto ésta.

SCHILLER

No me arrepiento de mis pecados —pues toda la vida obedecí siempre el más alto deber, aunque fuese duro—, sino sólo de mis sueños. Y si quieres que lo diga todo, aun a costa de adoptar apariencia de orgullo\* so, confieso que ni siquiera de aquellos sueños me arrepiento. Fueron sueños absurdos, quizá, pero nobles y puros, los únicos sueños que no deshonraron al hombre. La divinidad quiso que yo naciese poeta, es decir, felicísimo y desgraciadísimo por capaz simultáneamente de exaltadoras ilusiones y de torturantes desilusiones. Como poeta sufrí la miseria y bajeza de los hombres, pero esperaba proporcionar remedio a ello, o por lo menos alivio, con mi arte.

Soñaba poder preparar, con mis tragedias, el advenimiento de una humanidad superior, menos infecta que aquella en la que me había hallado viviendo. Para tal empresa era necesaria la poesía. El pensamiento lleva a la frialdad, la ciencia a la desesperación. Le tocaba al poeta romper, de vez en cuando, con sus saetas de fuego, la calígene de la indiferencia, las costras de la mediocridad. Los hombres se adaptaban» con demasiada frecuencia a la vileza de las conveniencias y de las convenciones, y sólo el poeta —el poeta trágico— podía sacudirlos y despertarlos, recordar a los perezosos que la verdadera vida, la única que merece ser vivida, es guerra perpetua, guerra sin cuartel contra nuestra naturaleza, guerra santa contra el propio tiempo.

Toda guerra del hombre tenía, por fuerza, que acabar con la derrota. La vida no era, como después se ha visto, más que una inmensa conjura de ilusiones y por eso tenía que llegar, para todos, la hora del despertar y de la derrota. La tragedia, en mi pensamiento, era la vacunación contra el inevitable e irreparable destino. La tragedia mostraba cuál había sido siempre la terrible suerte de los héroes, y por eso habituaba al hombre a pensar en su propio fin, en su decadencia, en su destrucción.

La tragedia histórica, tal como la pensé y la quise, ponía en plena luz los grandes ejemplos de la humanidad muerta con la esperanza de crear, a través de aquellos ejemplos de rebelión y de viril atrevimiento, un porvenir más elevado.

Es decir, mis tragedias no eran atrevimientos literarios realizados, por lucro o vanagloria, sino tentativas de crear un mundo nuevo, de suscitar generaciones cada vez más divinamente humanas, destinadas; también a un fin más consciente, más libres, más valientes, más heroicas.

Ésta fue mi ilusión, que resultó vana como todas las ilusiones; éste fue mi sueño, que fue desmentido por la innoble realidad, como todos los sueños. Mis tragedias fueron



aplaudidas, traducidas, comentadas en todos los países, pero la humanidad nueva anhelada por mí, la humanidad de héroes llamados a la catástrofe aunque rescatados del terror\* la humanidad de mis más generosos e ingenuos sueños no llegó nunca a la tierra. Mi ideal fue comprendido por muy pocos, por muchísimos fue escarnecido. El género humano continuó helándose, apoltronándose en la razonada cobardía, rebajándose, en el nivelamiento irresistible operado en el siglo, después de mi muerte, por los odiadores de todo héroe. También yo tuve, como los protagonistas de mis tragedias, mi derrota, póstuma derrota, pero no menos amarga.

No me ruborizo, sin embargo, por la derrota, ni tengo remordimiento de mi sueño de poeta. Aunque una sola criatura se hiciera menos vil y menos desgraciada en virtud de mis versos —y tengo la certeza de que no fue una sola—, mi vida no ha sido inútil para los hombres. Con ánimo tranquilo y fe segura espero ahora el último juicio.

### TOM BROWN

No supe defender, sino acusar tan sólo; no quise alabar, sino sólo satirizar. Y tampoco la segunda vida ha cambiado mi primera naturaleza. Sé que tengo pecados en demasía, pero estaría más dispuesto a considerarlos que a encubrirlos.

En nada tuve fe, ni siquiera en mí mismo. Vendí mi alma no al mejor, sino al primer postor, comercí con mi doctrina, con mi inteligencia, con mi pluma. Para ganar dinero que gastar en tabernas y burdeles puse en berlina o salpiqué de veneno a todos los adversarios de los alquiladores o pagadores de mi ingenio.

Pero la mayor culpa, a menos que sea mi gloria más grande, fue la de no dar importancia alguna a la vida, de no tomarla de ningún modo en serio. También tuve, en mi juventud, alguna veleidad de fe y de ilusión. La experiencia precoz de los hombres de arriba y de abajo me persuadió de que la vida humana consistía enteramente en diversiones. Los hombres querían divertirse, olvidar la suerte miserable que los había arrojado sobre el planeta para sufrir inútilmente y morir oscura y perennemente.

Cada hombre, a una cierta edad, escogía su juego, su recreo, su diversión, su pasatiempo. Muchos se divertían con la ilusión del poder y los entretenimientos de los hombres; muchos con la carrera y la caza de las riquezas, otros con el deporte de la guerra y el torneo a las conquistas. Los más delicados se contentaban con recitar la comedia de la gloria o de jugar con los dados de la ciencia y de la sabiduría. No hablo luego de los más locos, que buscaban su solaz en las payasadas de la política o en la gallina ciega del amor.

Los pequeños se contentaban con míseras diversiones, la gente ordinaria con diversiones triviales, la raza de los orgullosos con absurdas y ridículas diversiones. Aun la devoción de los beatos, el fanatismo de los sectarios, la exaltación de los místicos, el furor de los poetas no eran más que formas más estúpidas o refinadas de la universal manía de la diversión.

Pero tampoco las diversiones lograban hacer felices a los hombres o sólo lo conseguían por breves horas o días. Todos aquellos juguetes cómicos o serios cansaban, desilusionaban, traicionaban. Pasaban aquellos insensatos de uno a otro, pero ninguno escapaba, por fin, a la náusea y a la desesperación.

¿Fue pecado contra Dios esta visión mía de la vida humana? Pero ¿no ha hecho comprender el mismo Dios que las obras de la tierra no son más que pajas en las orillas de los torrentes o juegos de arena en los confines de las tempestades? Y en un momento determinado ha venido a romper y destruir todos aquellos juguetes y a mostrar que sólo una cosa sería tenía la vida: su fin.

También yo intenté apagar y olvidar el alma con las diversiones y escogí las más comunes, las más bajas, las más innobles. Hasta el juego de la poesía se convirtió en mis manos en vehículo y arma del mal.

Pero dime tú, si lo sabes, ¿por qué Dios confirió a los hombres una naturaleza y una condición tales que sólo la diversión podía ayudarles a soportar la una y la otra?

## HÓLDERLIN

Tú sabes cuán espantosa condena tuve en vida. Imaginé durante veinte años que era el poeta más grande de la tierra y, por el contrario, anduve a tientas durante cuarenta años por las tinieblas de la demencia. Soñé que era un divino mensajero del cielo en la tierra, un resucitador de mundos muertos, un creador de almas nuevas, un cantor de cánticos nunca oídos, y fui desterrado al balbuceo de la impotencia, al furor del inútil delirio, a la mendicidad del vegetar solitario y decrepito, miserable cadáver de un dios asesinado. Mi cuerpo sobrevivió durante cuarenta años a mi alma. No tenía otro don que la palabra y quedé mudo. Desgracia mayor no podía corresponder a un poeta.

Pero ahora que la muerte ha extinguido el orgullo, ahora que la resurrección ha vencido a la oscuridad de la locura, reconozco que la desgracia no me castigó sin culpa.

En la juventud estuve destinado a ser sacerdote de Cristo, pero cuando llegó el momento de aceptar el pastora do, como había prometido, me eché atrás; quise ser poeta, sólo poeta, poeta totalmente humano y pagano. Rehusé servir al ajusticiado del Gólgota para cantar a los dioses, los mitos y las fantasías del Olimpo. El castigo no se hizo esperar. No había querido servir al Redentor y tuve que humillarme convirtiéndome en casi criado, como preceptor de iletrados sordos y soberbios. No había querido vivir predicando el Evangelio de la caridad y fui obligado a mendigar sustento y vestido a una madre viuda y pobre a la que había desobedecido y desilusionado. Fui esclavo por amor a la libertad, usurpador por amor a la poesía.

La poesía era para mí la más elevada vocación y misión del hombre, el único mensaje que podía llegar desde los reinos celestiales a la tierra para dar luz y alegría a sus desgraciados habitantes. La poesía era tan necesaria que no iluminaba sólo a los mortales, sino a los mismos Dioses. Sin la revelación del poeta, los Dioses mismos, los creadores del universo, no habrían podido llegar a tener conciencia de la infinita belleza del mundo creado por ellos.

Los Dioses tenían necesidad del poeta, pero el poeta tenía necesidad de los Dioses porque sólo de ellos podía descender la luz y el fuego de verdad que hacía proféticas y mágicas las palabras humanas. Veía, pues, en mí a un auxiliar de la divinidad y un mesías de la humanidad, el mediador necesario entre los Superiores y los Efímeros, el descubridor y transformador de la naturaleza y de la sobrenaturaleza, un demiurgo armonioso, un rey de lo visible y de lo invisible, menos que dios, pero más que titán.

Era yo mismo y vivía sólo en las horas del estro, cuando escuchaba los himnos que germinaban en mi interior y de los cuales detenía alguna sílaba en mis versos. Mi felicidad en aquellos momentos estaba por encima de toda alegría humana, era indecible y casi insoportable. Ser el Escriba del Eterno, el maestro del género humano, la comunicación y el vínculo entre dos esferas distintas. Este pensamiento me embriagaba de un sagrado orgullo, me compensaba de todas mis temporales miserias.

En aquel orgasmo enteramente espiritual abandonaba mi patria real para trasladarme a una Grecia ideal, que nadie conocía ni había conocido jamás; olvidaba a Cristo y su martirio para comulgar con los profetas de la Antigüedad que antes de Él habían buscado la redención en la muerte voluntaria.

Pero aquellas embriagueces las pagaba con un despertar desolado. La mujer que amaba y era para mí guía hacia el cielo se alejó para siempre en la noche y me dejó más solo. El mismo cielo, de repente, me pareció más lejano.

Toda mi obra de poeta me pareció un gemido de niño en la sombra, un balbuceo de presentimientos que no lograba extenderse en discurso irrecusable. Había como un techo de opacidad entre mí y la plena lucidez del Empíreo.

Acaso no era digno de ser el intérprete de los números. Sufría y me debatía como un evadido ante la última puerta cerrada. Si los Dioses, pensaba, habían de hablar con mi boca, era preciso que estuviese dispuesto a recibir, sin humanos escarnios, aquellas inefables revelaciones. Tenía, pues, que matar en mí lo racional, el intelecto terreno y petrificante, aquello que hacía a la criatura demasiado vergonzosa-

D'ANTHÉS, PUSKIN

ÁNGEL

Un ratero de salón con galones y espuelas, un jactancioso y descarado seductor; no fuiste otra cosa en el mundo. Aquellos pecados te llevaron a una culpa peor: hicieron de ti un homicida. Y tu víctima no fue un inútil semejante a ti, sino uno de los más ardientes poetas que entonces había en el mundo.

D'Anthés

Maté a Puskin, es verdad, pero en un duelo leal de caballeros, delante de testigos y no como asesino en acecho o en riña. Puskin había insultado varias veces a mi padre adoptivo y a mí; yo era inocente y él lo sabía o debía saberlo. Y, sin embargo, por aquella muerte fui castigado y siempre sentí el remordimiento de ella...

Puskin

No le creas, no le escuches. Aun aquí, aun en este instante, este moscardón de la buena sociedad quiere engañar a los demás y quizá también a sí mismo.

De mi muerte sólo se arrepintió porque tuvo que dejar su graduación y el teatro de sus revoloteos de falda en falda. Y no es verdad que fuera inocente, o, por lo menos, él hacía todo para que no se le creyese inocente, como si quisiera dejarme en ridículo o deshonrarme. Pero

estas son miserias demasiado humanas, demasiado terrenas, y quisiera dejarlas caer de mí como la serpiente dejaba caer, al comienzo de la primavera, su manchada y lúrida cubierta invernal.

Éste no fue inocente, éste me hizo sufrir indeciblemente, éste me quitó la vida y, sin embargo, quisiera perdonarle, quisiera olvidar sus innobles culpas para recordar únicamente las mías. Quisiera rogar a ojos que perdone también a este vil fantoche mundano, porque, en verdad, si él no fue inocente, tampoco yo lo fui, y quizá mis pecados son más repugnantes que los suyos, porque a mí Dios me había concedido el genio y la poesía, y a él sólo una elegante imbecilidad.

También yo, lo mismo que él, fui, casi toda la vida, un amante de fiestas y de reuniones, de damas y de juegos y de orgías. También yo, lo mismo que él, malgasté las fuerzas de la divina juventud en los ocios y diversiones, en las intrigas mundanas, en los escauceos galantes, en las aventuras de corte y de alcoba. Y también yo, lo mismo que él, fui cortejador indiscreto y adúltero impune.

Que él llevase tal vida, él, oficial de la guardia, sin otro amparo ni horizonte, podía perdonarse; no yo. Y, sin embargo, después de algún feliz recurso a la soledad y al trabajo, me arrojaba por gusto o por debilidad en aquella vida vana y vergonzosa. Había escogido, vencido por el sortilegio de su belleza, una esposa que deseaba más bien ser admirada en las veladas de baile que adorada por su poeta en la casa solitaria, y el temor de perderla fue mi pérdida y la suya.

D'Anthés me odiaba y me provocó con la esperanza de quitarme la vida, pero debo confesar, asimismo, que el desafío lo hice yo y que deseaba ardientemente matarlo. Antes de dirigirme al lugar del duelo era ya homicida en mi corazón y, sólo mi muerte me salvó de convertirme de hecho en homicida.

En verdad éste fue, sin quererlo, mi salvador. Yo no tenía muy grandes razones para estimarme. Mis ambiciones mundanas y literarias me habían obligado a contraer deudas y las deudas me habían forzado a recurrir a la caja del Zar y al tesoro del Estado. Siempre había amado y cantado la libertad, pero poco a poco había traicionado mi alma y mi misión. Mientras mis cantos de rebelión generosa inflamaban los corazones de los jóvenes contra el zarismo, yo había aceptado un empleo en el Ministerio, una pensión de historiador imperial, la protección personal del Zar, de aquel mismo a quien yo consideraba, en el secreto del alma, un odioso degollador de mi pueblo.

Aún quedaba en mí la luz y la voluntad de la poesía. Pero creo que mi muerte me salvó a tiempo de la ignominia de la decadencia. Poesía y juventud eran una sola cosa, por lo menos en mi pensamiento, y yo estaba próximo a los cuarenta años y había levantado ya, en la noche de mi patria, aquellos fuegos artificiales de palabras y de imágenes que fueron considerados, en aquel oscuro fragmento del sol, obras maestras. Si hubiese vivido más tiempo no hubiera podido lanzar más altos mis gritos apasionados y mis sueños de bárbara nostalgia y mis flechas de oro envenenado. Aquellas poesías que a mi romántica soberbia parecían diamante, se convertirían, poco a poco, en los opacos pedazos de vidrio que coronaban los muros de mi cárcel.

Había abdicado la libertad, me había hecho esclavo de un autócrata y de una mujer, aun la poesía habría desertado pronto de mi corazón. Era mejor morir en el mediodía todavía soleado de mi vida, del arte y de la gloria.

Querría, por ello, perdonar a mi asesino; quisiera, por lo menos, que no le fuese computada en la sentencia mi muerte. La culpa mayor fue mía y de aquel pistoletazo él sólo obtuvo el castigo y yo nada más que bien.

Era, sí, un poeta, es decir, un hombre consagrado al espíritu, y precisamente por esto no hubiera debido ser semejante a mi asesino hubiera debido seguir otros caminos, no consumirme y derrocharme en su mundo, despreciar sus manejos de fatuo galanteador y las vanas calumnias de la calle. Hubiera debido librarme de los malhadados cepo« que libremente había aceptado y volverme sólo poeta en la selvática

hospitalidad de las montañas o de las estepas y encontrar allí al Dios antes renegado, reconquistar allí la libertad perdida y aquellas desesperaciones solitarias que son más fecundas que todos los triunfos en medio de la manada.

En aquel tiempo estaba cegado por demasiadas concupiscencias y no vi. No supe redimir mi ingenio, y por eso fui acosado hacia la muerte. Éste no fue más que el casual y vulgar ejecutor de una condena desconocida entonces para él y para mí. Pido para su gesto la absolución; para mí nada pido, pues no puedo implorar el perdón de Aquel a quien allí abajo no quise seguir ni rogar.

## POE

Tuve un solo pecado: no supe ser feliz. Nunca, ni siquiera un día, ni siquiera una hora. La misma creación, gozo de los poetas más doloridos, era para mí angustia más que

redención.

Cuál fue la causa primera de mi infelicidad lo sé ahora: tuve siempre miedo a la vida. Vivir en medio de aquel misterioso universo, junto a aquellos pavorosos seres que se llamaban mis hermanos, no era para mí sólo un problema, sino un motivo continuo de espanto. Sensibilísimo y enfermo desde los primeros años, sacudido y maltratado por la desdicha y la miseria hasta el final, la vida de todos, la realidad cotidiana, eran para mí perpetua causa de terror.

Me parecía que estaba siempre suspendido en el confín de dos reinos, que era un niño enfermo unido de un modo incomprensible a un espectro nostálgico. El niño tenía miedo de las tinieblas; el espectro de la luz. Uno y otro aspiraban a la muerte y, al mismo tiempo, la temían. La vida era para mí la alucinación, la enemiga, la condena. Todas las veces que intentaba concertarme con ella resultaba herido y rechazado; me parecía ser un ángel que quisiera sentarse a un banquete de monstruos.

Ni siquiera el amor logró salvarme porque la mujer es una de las más perfectas encarnaciones de la vida y yo tenía un indecible temor de la vida. Todas las mujeres que he creído amar huían o morían. Sólo cuando habían muerto me parecían mías, amantes eternas, las únicas que podría amar un hombre exilado de la vida.

Para liberarme de mis visiones terroríficas, de mis sugerencias, de las tentaciones de mi razón delirante estaba forzado a escribir por un genio, dueño más colérico y duro que un demonio. Durante toda la vida escribí poemas, cuentos, fantasías, novelas, tratados, ensayos, pero apenas me imaginaba haber exorcizado con la poesía la persecución de los espantos, otras alucinaciones, otras obsesiones, otras fantasías macabras y fúnebres asaltaban sin tregua mi pobre alma extenuada. Y entonces recurría con la última esperanza de la desesperación, al socorro de los licores, que odiaba. Ellos, sin embargo, me daban aquella exaltación que precipita en el espanto y en el horror, y, a veces, la poesía tenía que defenderme de los espantos del alcohol.

El terror que siempre había experimentado ante la vida me impulsaba a destruir en mí, una después de otra, las razones y las fuerzas de la vida, es decir, me aproximaba cada día a la muerte, extenuando el cuerpo y torturando el alma. Pero la muerte causaba también temor a lo poco de humano que quedaba en mí y así entre estos alternos temores —temor a la vida y temor a la muerte—, ahora despavorido hasta la demencia, ahora consternado hasta el embrutecimiento, acabé de consumir aquella vida que no era vida, sino más bien ansia y horror de la muerte.

Éste es mi pecado, que fue, asimismo, mi diario castigo; ésta mi terrorífica infelicidad.

Las fantasías escritas por mí en aquellos tormentos me dieron un poco de fama, a los hombres un poco de alegría y alguna repugnancia. No en gracia de aquellos delirios ya incinerados pido gracia al Señor, sino en nombre del atroz y feroz destino que hizo de mí, en la tierra, un espíritu que sólo tuvo de la vida lo poco que era necesario para que sufriese.

## GOGOL

Me acuso de no haber sabido amar bastante a los hombres; me acuso de haberlos despreciado en mi corazón, de no haber resistido a la tentación de representarlos en toda su bufonesca, pero entristecedora bajeza de ánimo. No supe compadecer, no supe soportar, no quise perdonar lo bastante. Mi repugnancia se convirtió en alegría de figurista satírico en vez de sublimarse en piedad del que socorre.

Pasé mi juventud en la ilusión poética, entre el pueblo de los campos; la última parte de la vida en el arrepentimiento y en la oración, en medio de la plebe de las ciudades.

Entre uno y otro tiempo quise ser el malicioso y mordaz denunciador de las debilidades, de las ficciones, de las vergüenzas, de las bestialidades de los hombres. Era poeta y con el pretexto de representar la verdad y de corregir el vicio desfogaba mi oscuro resentimiento hacia los hombres, mi disgusto, mi repugnancia.

Tan fuerte es la malevolencia del hombre hacia sus compañeros de pecado y de desventura que, precisamente, mis obras de aquel tiempo me dieron la mayor fama. Y especialmente el poema que llamé Las Almas Muertas, donde me divertí dibujando y coloreando retratos tan crueles que parecían caricaturas.

Pero no todos comprendieron el sentido subterráneo de mi obra. Las almas muertas del título eran las de los siervos de la gleba difuntos.

En realidad yo quería mostrar, bajo la esgrima de la narración humorística, que todas las almas humanas son para venderse, que todas las almas están muertas.

Y si recapacito en la repelente vulgaridad de tantos brutos con veste humana, en la innoble materia de tantas almas, en la inverecunda servidumbre de tantos seres, puedo comprender si no excusar, la repugnancia de un corazón sensible y fantástico como era el mío. Muchas almas, sí, eran de mercado, muchísimas semimuertas.



Pero Cristo quiso salvarme de esta culpable repugnancia hacia las criaturas por Él creadas y rescatadas. Fui como peregrino a su sepulcro y al volver a mi patria arrojé al fuego la segunda parte de mi poema, todavía más amarga y acerba que la primera. La muerte que poco después me libró de toda recaída, abrevió mi remordimiento, pero no extinguió mi culpa hacia los hombres, la culpa irremisible de no haberlos amado hasta el punto de compadecerlos en vez de escarnecerlos.

## HEBBEL

Nadie, entre los que están aquí, comprende como yo el sentido y la grandeza de este diálogo. La vida comenzó con un drama y ahora concluye con un drama todavía más misterioso y terrible. Inmensa, innumerable es la turba que tienes delante. Dos solos son, en verdad, los protagonistas de la tragedia; dos antagonistas: Dios y el hombre. Dios pide cuentas al hombre de la vida que le concedió; pero el hombre, aun cuando calle, pide razón de su propia condena, de su propia derrota, de su propia infelicidad.

Los hombres ahora no se rebelan contra Dios, no lo blasfeman, no sabrían odiarlo, pero también quisieran saber, al fin, por qué necesidad tuvieron que nacer y por qué fueron creados tan débiles, tan discordes en sí, tan desgraciados.

Este es el único acto de la suprema tragedia, del último e infinito drama, el que vislumbé en mis noches desesperadas, pero que no me atreví a escribir.

Porque yo fui en la vida poeta, autor de dramas y desde aquel tiempo tuve, en relámpagos, la revelación de la íntima y perenne tragedia del universo. Puedo, por ello, ser ahora una clara voz que hable a Dios en nombre de todos los hombres.

Entonces, allí en la tierra, no vi más que algún episodio de la tragedia humana; ahora puedo dominarla y expresarla toda. Y no temo dirigirme directamente a Dios. ¿Acaso no me hizo semejante a Él? ¿No puso en mi alma una chispa de su fuego? ¿Y no es más digno de Él, creador y padre, que aquella chispa se convierta en llama en vez de quedar casi apagada por la pesada ceniza de la mediocridad?

Aquel drama lo vi, sobre todo, siendo poeta, en los héroes que intentaron alzarse por encima de la multitud de su tiempo, de su condición y destino. El héroe, para mí, era el que quería destacarse del conjunto, de la colectividad, de lo común, del todo, para conquistar su propia forma, para distinguirse y separarse del gris fatigoso de lo ordinario. Para adquirir, sin embargo, su propia individualidad, para hacerse independiente del todo el héroe tenía que querer y obrar. Y aquí comenzaba el drama porque el fruto de todo obrar era, en la vida, error

y dolor, pecado. Querer elevarse por encima de la humildad del nivel terreno era culpa; el héroe estaba en pecado y su pecado sólo podía ser expiado por la desesperación y la muerte. El cordero que se separa del rebaño es considerado enemigo lo mismo que el lobo; se hace por necesidad semejante al lobo y como el lobo debe ser muerto. Esta era la ley de la sociedad humana, ley no escrita y, por consiguiente, la más inmutable e inflexible.

Tú ves ahora cuál era la trágica antinomia que aterraba y destrozaba a todo hombre digno de este nombre.

Únicamente quien actuaba persiguiendo la grandeza podía decirse verdaderamente vivo, pero todo héroe tenía que pagar su grandeza —y el mismo deseo de hacer a los demás más grandes— con la derrota. O era muerto o caía en una vida que, para él, se parecía a la muerte; solo, escarnecido, no comprendido, no seguido, no amado. El pecado tenía su venganza y, juntamente, su cancelación. Sólo muriendo el héroe, esto es, el verdadero hombre, se hacía puro porque venía a reunirse con el todo del que se había separado.

No saqué entonces todas las consecuencias de este pavoroso descubrimiento de la universal tragedia. Las veo ahora con despiadada lucidez, con aquella pureza de visión que, con las demás purezas, otorga la muerte.

Si sólo la muerte restituye la integridad perdida, quiere decir que la vida es, por sí misma, inmundicia y decaimiento.

Si toda acción atrevida y fuerte, aun desbordante de generosidad, de amor, lleva por necesidad al dolor y a la culpa, quiere decir que la vida misma, en su raíz, en su esencia, es pecado. No existen pecados independientes, capitales o veniales, sino un pecado único, el vergonzoso pecado de existir. Hay un solo pecado verdaderamente mortal y es la vida que tú, oh Dios, nos quisiste dar, antes que nadie pudiera desearla o pedirla.

¿Por qué, pues, si la vida es angustia, si la vida es mal, si la vida es, por sí misma, culpa, tanto que hasta la tentativa de vivirla plenamente es considerado delito y castigado como el más atroz de los delitos, por qué quisiste, oh Dios, crear la vida? Y ¿por qué la creaste tan contradictoria y nefasta? Y ¿por qué te agradó llenar la tierra con esta infinita multitud de criaturas miserables e inquietas, torturantes y torturadas, que sólo con el final de la vida podían esperar purificación y salvación? ¿Por qué quisiste separar estos fragmentos de tu inefable unidad? ¿Fue la creación una debilidad tuya, una caída tuya, un error tuyo? Pero ¿un Dios capaz de error y de caída puede llamarse verdaderamente Dios?

¿Quienquiera que hubiese hecho a los hombres aquel espantoso don no hubiera

debido llamarse adversario? Y, sin embargo, nosotros hemos llamado adversario a tu antagonista, Satanás, el rebelde. Y te hemos llamado Padre y nos hemos dirigido a Ti con amor, olvidando que habías mandado a sufrir y a morir en la tierra precisamente a Aquel que pro-clamaste tu único Hijo.

Pero nosotros no te acusamos, Señor. Sabemos lo infinita que es la distancia entre la inteligencia divina y la mente humana. Pero ahora que la vida terrena, con todo su llanto y su sangre, ha terminado, ahora que la tragedia universal ha encontrado en la resurrección y en el juicio su catarsis, nosotros te preguntamos, oh Dios, por qué superdivina necesidad creaste la vida, por qué fin para nosotros incognoscible fuiste movido a crear a los hombres. Si no nos abres a nosotros, víctimas, este doble misterio, aun esta nueva carne y la inmortalidad nos parecerán crueles obstinaciones de la antiquísima condena.

Cual sea la suerte que me reserves a mí, criatura predestinada a quien durante medio siglo la persiguió el dolor y la consoló la poesía, no me importa. He hablado en nombre de los mudos y sólo pido que Tú respondas, ahora que los siglos se han acabado, a su silenciosa y eterna pregunta.

## DOSTOIEWSKI

Ahora que veo libremente, a tan gran distancia de tiempo, mi vida y mi alma, siento escalofrío por mis tinieblas y me conforto con mi luz.

Ningún hombre creo que fue más combatido que yo por fuerzas extremas opuestas. Mi alma fue el oscuro campo de guerra entre un viboral de demonios prisioneros y una legión de ángeles mutilados.

Parecía que dentro de mi espíritu se debatiese una paloma evangélica contra las insidias de una serpiente nunca victoriosa y jamás vencida.

Habitaban, en suma, dentro de mí un criminal y un santo: un criminal mal domado y un santo fallido. Cuando recapacito y reviso mis pecados —no sé si imaginados o reales— me horrorizo. Fui parricida, estuprador, asesino, adúltero, jugador, cruel. La perversidad me atraía irresistiblemente como el puerco es atraído por el fango y el perro por su vómito. A veces al pensamiento siguió el acto; con más frecuencia la voluntad nefanda se extinguió en la impudicia de las palabras y en la obra de la fantasía. La literatura me salvó. Si yo no hubiese llegado a ser un escritor habría sido uno de los más desgraciados delincuentes de mi tiempo y la pena de muerte, que en el último instante se había alejado milagrosamente de mí, hubiese sido la conclusión natural de mis gestas.

Volqué en los personajes de mi imaginación la turbia espuma de mi maldad, la obsesión de mis deseos homicidas, el refluir de mi libidine, el delirio de mi orgullo reprimido, la hez de mi vileza y de mi hipocresía. No pude liberarme enteramente del cieno interior que me sofocaba, pero fui salvado de lo peor.

Porque juntamente con aquel enredo de males había en mí, en algunos momentos, todavía más fuerte, una sed de amor perfecto e infinito, un ansia anhelante de sacrificios imposibles, un apetito extraordinario de bondad, de afecto, de renuncia, de humildad y de humillación. Si aquellos momentos hubiesen durado y llegado a ser sustancia cotidiana de mi naturaleza, si hubiesen estado seguidos por actos efectivos, por actos visibles hubiera podido ser, quizá, el santo de mi siglo. Pero aquella misma literatura que me salvó del delito fue el obstáculo para mi santidad. Mis libros me sacaron del infierno, pero fueron también el peso que me detuvo en el camino del cielo. Destrozado y dividido por aquellos terribles extremos no pude ser más que un infeliz enfermo y un artista afortunado.

Mi corazón triturado y molido por aquellos conflictos sin reposo no podía descansar en la quietud de la mediocridad. En ciertas horas aspiraba sólo al dolor, a los sufrimientos más agudos, a las humillaciones más inhumanas, al exasperado deleite del martirio. Hubiera querido ser pisoteado, insultado, precipitado sobre el muladar de Job, en la cueva del leproso, en el precipicio de todas las humanas caídas, y hubiera querido tomar sobre mí todas las penas de los hombres, todo el dolor de los inocentes y las hirvientes fiebres de los perseguidos y de los ajusticiados.

En otros momentos, por el contrario, mi alma se perdía en el éxtasis de una felicidad increíble e imposible, en el raptó de una reconciliación universal, en la visión de una perpetua edad de oro, de un mar de zafiro donde brotaban islas de esmeralda pobladas por criaturas jóvenes, bellas, eternamente felices.

Atenazado y herido por el golpear de estos inconciliables extremos no pude ser, en toda mi vida, más que un pobre mendigo vergonzoso y orgulloso. Y pedí al arte un poco de reposo, a los hombres un poco de afecto, a los demonios un poco de tregua, a la patria un poco de gloria, a los amigos un poco de pan, a Dios un poco de piedad. Hoy aquí soy también un pordiosero que pide caridad, pero la espera sólo de Aquel que conoció, lo mismo que yo, la Transfiguración y la Flagelación.

DUCASSE

Ángel

Escribiste un solo libro porque la muerte te enmudeció antes de llegar al fin de tu juventud, pero en aquel libro hay ofensa y desafío para la razón, la virtud, el amor, Dios y todo lo que los hombres y los ángeles veneran. ¿Puedes decirme las razones de tu horrible frenesí?

Dücasse

No quisiera hablar contigo. En la tierra me desilusionaron demasiado las personas interpuestas, los representantes, los mensajeros. Quisiera ver, por fin, a Dios cara a cara, aunque su fulgor hubiese de aniquilarme de nuevo.

Querría decirle a Él sólo mis viejos tormentos, mis obsesiones, mis alucinaciones y mis desesperaciones. Toda mi vida fue guerra entre Él y yo; guerra nacida del amor y acabada en el delirio. No podía prescindir de Él y no conseguía poseerlo, tenerlo prisionero; lo perseguía y apenas me parecía haberlo cogido he aquí que huía todavía más lejos de mí y mostraba su otra faz: la que nadie ha podido describir, y luego se deshacía.

¿Qué puedes comprender tú, pobre ujier celestial, de estos duelos secretos entre un alma y Dios, de estas cazas invisibles, de estas internas persecuciones?

Quiero hablar con Él, con Él sólo, y obtener, por fin, de su boca la respuesta a todas mis pavorosas preguntas: la palabra que ponga fin para siempre a mi inquietud dolorosa.

Quería creer en Dios y en algunos momentos me parecía creer sinceramente en Él. Pero inmediatamente nacía en mí el sentimiento o, mejor aún, el terror de que Dios no creyese lo bastante en mí. No podía admitir que fuese hijo del hombre y de la mujer. Cierto que me había creado Él. Pero no estaba siempre a mi lado, como un padre junto al hijo; no se cuidaba bastante de mi vida miserable, de mi perpetua angustia, de mi suerte. Era la suya una presencia hecha de perpetuos abandonos. Había en la tierra, en una antigua ciudad llamada por los hombres Roma, una gran pintura en un techo que representaba la creación. En una de aquellas pinturas se veía a Dios que, después de haber creado el sol, volvía las espaldas y volaba hacia otros puntos del incompleto universo, mostrando sus divinos talones. Así vi siempre a Dios en la corta juventud que fue la víspera de mi muerte.

Para detener al amado es necesario amar, decían, y yo espoleaba y acosaba a mi corazón para que amase a Dios.

Sin embargo, para amar es necesario comprender, y se comprende perfectamente lo que nosotros mismos hacemos. Dios ha hecho a los hombres y por eso los comprende plenamente y puede amarlos. Pero ¿cómo puede el hombre comprender a Dios? El hombre no es el creador de Dios y Dios es tan misterioso e inaccesible para las inteligencias humanas que no es pensable penetrar en su pensamiento, vislumbrar su verdadera figura. Los místicos y teólogos más elevados que vivieron entre los hombres concluyeron afirmando siempre la incognoscibilidad de Dios. Pero si no podemos conocerlo y comprenderlo no podemos tampoco amarlo y quizá ni siquiera podremos darnos cuenta de su amor.

Todo en Él me parecía inconcebible o absurdo. A los ojos ciegos del hombre Él aparece más allá de lo verdadero y de lo falso, de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal. Castiga en Adán la simplicidad de espíritu y el deseo de fraternidad; en Caín premia, con la intangibilidad el fratricidio; en Noé ama al futuro ebrio impúdico; en Abrahán protege al embustero y al proxeneta; en Jacob el engaño contra el hermano; en Moisés al ladrón y al homicida; en Pedro al temeroso y renegado.

Todo lo que Él dice es un enigma para la inteligencia; todo lo que Él hace trastorna y desencaja nuestra loca razón.

Meditaba con frecuencia en torno a sus mandamientos y cuanto más ahondaba más me perdía. El Hijo ha dicho: —Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto. Pero ¿es, en verdad, concebible para los hombres la imitación total del Padre? Invitaba a la obediencia, al temor, a la adoración. Pero Dios no tiene a nadie por encima de Él, no obedece, no teme, no adora a nadie. Y tampoco puede adorarse a sí mismo. Dios, en efecto, es el gran ateo, el único ateo legítimo y justificado. Él dijo al hombre: —No matarás. Pero Él mismo ha condenado a muerte a todas las criaturas vivientes y sólo ahora nos ha devuelto la vida. Él ha dicho además: —Amad a los enemigos, no os venguéis. Y, sin embargo, Él mismo ha castigado atrocemente al pueblo reo de rebelión y ha perseguido durante milenios a los asesinos de su Hijo. Y, finalmente, dijo por boca del Cristo: —No juzguéis. Pero luego anunció que vendría a juzgar a todos los muertos y a todos los vivos.

¿Cómo era posible, por lo tanto, imitar a un Dios que por su misma esencia se sustrae a los mandatos que impone a los hombres?

He aquí las anhelantes preguntas que quisiera dirigir a Dios, a Él sólo, al único Padre que puede responder, que puede aquietar los extravíos de sus hijos. Infinitas respuestas quisiera pedirle y estoy cierto de que Él tendrá compasión de mi eterna espera, de mi exaltada voluntad de amar.

Únicamente a Él le abriré del todo mi corazón. Tú no puedes responderme, no puedes

aplacarme. A ti no te diré nada. Condúceme, te lo suplico, a su presencia y verás cómo Él pone su mano de luz sobre mi joven cabeza imaginadora.

HENRI BECQUE

Ángel

Querías representar, sobre las tablas de los teatros, la vida verdadera, pero de la vida sólo hiciste que se vieran las infamias y las derrotas. Tus mujeres eran todas sexo y falsía; tus hombres, todo mentira y rapacidad. Imaginaste, quizá, ser el educador, pero fuiste más que el calumniador de tu tiempo. Si la culpa fue de tu miseria o de tu soberbia sólo tú puedes decirlo.

Henri Becque

No haces más que repetir lo que siempre dijeron los enemigos de mi obra, esto es, los enemigos de la verdad. Tú sabes que los hombres buscaban, pero temían la verdad. Aceptaban la verdad sobre la naturaleza, pero soportaban mal la verdad sobre la naturaleza humana. Odiaban, sobre todo, la verdad crudamente dicha, representada sin halagos sentimentales, sin aguachamientos hipócritas, sin las vestiduras de la retórica. Preferían las amables miniaturas a los despiadados aguafuertes.

Quise ser el pintor honesto de una sociedad deshonesto, el pintor verdadero de una casta embustera, el pintor doloroso de un pueblo epicúreo, el pintor desesperado de un mundo condenado.

No había en mí la ávida complacencia de los que mostraban el mal casi como un triunfo de inconsciente venganza. Era el primero en sufrir por mis comedias; aquella acritud que existía dentro había ulcerado ya mi alma; pintaba aquellos hombres avariciosos y aquellas mujeres viciosas con la esperanza de inspirar en los espectadores el asco del mal, la nostalgia del bien. En las llamadas clases elevadas, en la burguesía entonces dominante, los corrompidos corruptores reinaban y se multiplicaban. Tuve la ilusión de salvarlos de lo peor forzándolos a restregar los hocicos bestiales en sus excrementos. Pero el deforme, el decrepito, el leproso no quieren espejos a su alrededor y, mucho menos, espejos públicos. Y condenaron mi teatro y me tildaron de cínico, de pesimista, de desgraciado envidioso que desahogaba contra los demás el rencor de su propia miseria.

Y es verdad que fui pobre y perseguido por la suerte, pero puedo proclamar delante de

todos que mi visión de la vida no fue el reflejo de la tristeza de mi vida. No había necesidad de una revelación de la des-ventura para darse cuenta de que el infinito mal vencía al rarísimo bien para describir que la mayor parte de los hombres eran ladrones y la mayor parte de las mujeres ramera con careta.

No niego, sin embargo, que el amargo deleite de la sátira haya ocupado, a veces, el puesto del amor a la verdad. Confieso que gozaba imaginando las escenas más odiosas de mis comedias, cincelando los golpes más cínicos, grabando con palabra ácida y seca los retratos morales de mis repugnantes héroes.

A los artistas limpios caídos en una ciudad de fango y de estiércol no les quedaba otro consuelo que la indignación.

Propuse la verdad como medicina; si a alguno le pareció veneno no fue mía la culpa. Y si en mí hubo orgullo fue sólo el necesario a todo artista para salir del silencio, aquel orgullo que daba Satanás, pero que, a veces, podía retornarnos a Dios.

RIMBAUD

Ángel

Toda tu vida fue un intento de suprimir en ti la inocencia. Toda su obra un acto de acusación contra ti mismo. Ahora estás llamado a defenderte contra ti. Te escuchará Aquel que te hablaba y que temías escuchar.

Rimbaud

¿No me debatía, acaso, bajo el peso de su maldición? Me había hecho poeta y, por consiguiente, peligroso para los hombres y para mi propia alma. Un poeta, para mí, no era el señor bien vestido que pone reunidas rimas y versos como el farmacéutico alinea sus frascos en las vitrinas, bajo las luces encendidas de la publicidad y del comercio.

El poeta, para mí, tenía que ser un revelador, un iluminado, un profeta, el guía de los mundos invisibles, es decir, de los verdaderos, más allá de los sentidos ordinarios y de las



infames apariencias.

Para que el poeta sea lo que verdaderamente debe ser, y no un miserable ensartador de palabras para uso de profesores, ha de cambiar su alma, trastornar su vida, exaltar sus sentidos, exasperar sus pasiones, romper todas las barreras, ser semejante a un proscrito, un hereje, un enajenado, un mártir. El poeta ha de desarraigarse, desencajarse de la vida ordinaria. Debe hacerse lo contrario del hombre normal, moral, legal, social y ponerse resueltamente fuera de los temores y de las vilezas cotidianas, de los parapetos y de los esquemas. Ha de buscar a los contrarios, aun a los más asquerosos y criminales, a fin de poner su espíritu en aquel clima de excitación, de terror, de entusiasmo, de éxtasis, de consciente y desesperado delirio que sólo puede inspirar aquella poesía o, mejor, la alta magia que anhelosamente buscaba. Para hacerme lo contrario del odiado homo vulgaris quise corromperme, quise perderme. Odié la familia, negué la patria, viví en el desorden y en la miseria, desprecié a la mujer, acepté el alcohol, la sodomía, la vida errante, la mendicidad, el delito. No por moda romántica o por demencia, sino por un fin que estaba bien claro para mi mente: poner mi espíritu en condiciones tan inusuales, innaturales, inhumanas que pudiera escuchar voces jamás oídas, que pudiera crear un arte sobrenatural que estuviese más allá de la misma poesía.

Mi vida fue inmundada y delictiva, a veces bestial y loca, pero era el tumor que había de formar la perla, el estiércol que había de alimentar los lirios de otro paraíso.

El poeta, acuérdate, es un mártir voluntario que se arriesga al desprecio de los hombres y a la pérdida del alma con tal de ofrecer a quien lo desprecia una segunda revelación, con tal de descubrir los ocultos sentidos del universo donde fulgura más la sabiduría de Dios. Quería transfigurar lo creado con mi obra, redimir a los hombres, inducirlos a la tentación de lo impensado y de lo sublime, hacer que trascienda a la poesía el conocimiento y la oración misma.

No obstante las vergüenzas, las perversiones infernales y todos los riesgos buscados y aceptados, no logré destilar de mi alma el licor que hubiera debido dar al género humano una nueva revelación y una embriaguez suprema. Renegué de la poesía, destruí los libros, quise abandonar la patria y Europa. Después de aquel atroz fracaso no podía ni debía permanecer entre los civilizados que odiaba. Escogí el partido del exilio y de la barbarie. Marché al África a vender fusiles a los negros, esto es, para armar a la barbarie libre y sincera contra la barbarie triste y mendaz de los blancos.

Pero un derrotado fugitivo en ningún estado de la vida puede ser feliz. La muerte me libró pronto del asco de mí mismo y de la intolerancia del existir. Mi inocencia estaba perdida y mi condenación había sido vana. Si mi vida no inspira a Dios ningún remordimiento concédame aquella visión beatificante que fue la oscura hambre de toda mi vida.

## CORO DE LOS DESTERRADOS

Ahora que todos hemos sido expulsados de la primera patria, ahora que todos estamos esperando en los umbrales de la patria verdadera, de la patria eterna, ahora que todos somos, al mismo tiempo, desterrados y regresados, escucha, Señor, la plegaria de los expulsados y de los emigrados, de aquellos que fueron arrojados por la fuerza de la tierra natal, de aquellos que el honor o el amor o el temor echó fuera del nido de los padres y de los hijos de aquellos que tuvieron que vivir como extranjeros en medio de extranjeros, alimentados por el amargo pan extranjero de aquellos que sólo llevaron consigo al exilio la quemazón de la ofensa, la tentación de la nostalgia, el refrigerio del llanto.

Una sola cosa era la misma en la patria ajena, siempre la misma y la nuestra: tu sol, aquel sol que iluminaba las cabezas de los hijos lejanos, que calentaba el tejado de la casa perdida.

Pero el sol no bastaba a quien estaba condenado a la noche de la angustia, a la gelidez del abandono.

Todo nos parecía extraño y bárbaro: el cielo más oscuro, el idioma más duro, los rostros más severos, los corazones más cerrados.

Éramos como mendigos, aunque no fuéramos pobres: mendigos que demandaban un refugio, una sonrisa, una palabra, con frecuencia también una esclavitud pagada y un pedazo de pan.

Éramos como árboles desarraigados del tibio suelo donde habían quedado trozos de raíces que sangraban, éramos como árboles heridos, sacudidos por el viento de la desventura, que perdían las hojas, que ya no tenían flores.

Amargura, rencor, ansia, engañaban y envenenaban nuestra sed, las imágenes de los rostros besados por última vez consolaban y amargaban el suplicio de la lejanía, el tormento de la separación.

Te imploramos, oh Dios, en nombre de las torturas oscuras y duras de nuestros

espíritus truncados.

Nuestra plegaria debiera ser la de todos aquellos a los que se les dio y se les quitó la vida.

Porque todos, como tú sabes, fueron desterrados, los que entonces lo supieron y los que sólo ahora lo saben.

Ningún hombre habitó siempre en su verdadera patria y muchos no la conocieron nunca.

Todos eran extrañados y deportados; unos con el alma y el cuerpo, otros, los más, con el alma sola.

No hubo hombre que no soñase con estar en otra parte, allí donde sentía la llamada de sus raíces, la voz remota de los conciudadanos abandonados.

Hubo quien, en el tiempo, se sentía exilado del siglo muerto o futuro que le parecía hecho para él.

Hubo quien se sentía exilado en el espacio, colocado en medio de un pueblo que no era de su sangre, que no respondía a las virtudes de su misma alma.

Todos los hombres fueron, por eso, errantes y nómadas, con la persona y con el pensamiento, con la esperanza siempre desengañada y siempre resurgida de volver a encontrar, por fin, su propia estirpe y su propio clima.

En el corazón de cada hombre estaba el temor y el puyazo del exilio.

Todos estaban apegados a la dulzura antigua e infantil de la patria y todos sentían, por lo menos un día, la necesidad y el estímulo de abandonarla.

Todos los hombres fueron desterrados, aun aquellos que no cruzaron jamás los muros de la ciudad donde habían nacido.

El primer hombre fue también el primer exilado y a sus nietos les dejó junto al peso de la culpa, el peso de la nostalgia de un paraíso desconocido y perdido.

Tú mismo cuando quisiste rescatar a los hombres, tuviste que dejar el cielo y probar como nosotros el exilio en la tierra.

En Ti, exilado divino, que por amor abandonaste la fulgidez del Empíreo por la oscuridad del pesebre de Belén, ponemos toda nuestra esperanza, nosotros que, en medio de la infinita multitud de los desterrados, fuimos los desterrados más evidentes y más dolientes, nosotros que fuimos arrancados del vientre de aquella segunda madre que es la patria, nosotros a quienes la violencia de los déspotas, la ira de las plebes, la venganza de los adversarios, el rencor de los injustos, el hambre y la sed de justicia nos arrancaron de improviso del amor de los amados, de todo lo que une un corazón al propio mundo.

Si Cristo ha pagado con su exilio todo exilio, si ante el retornado Adán fueron humilladas las espadas ardientes de los querubines, si todos tus hijos son ahora llamados para hacer valer sus títulos de condonación y de gracia, no te olvides, Señor, de estos tus hijos que más que ningunos otros padecieron el martirio del universal exilio.

La vida misma del universo no fue más que un exilio de la perfección eterna de su creador, y por eso el camino del mundo y del hombre no es más que una vuelta del exilio, un retorno a su principio, a su primero y único Padre.

Tú sólo eres la patria, la patria luminosa y amorosa que nadie querrá dejar jamás.

Aunque en nuestras almas hubo sombra o llaga de pecado evítanos el último exilio, el más espantoso exilio, la eterna separación de tu eterna Presencia.

## CORO DE LAS MADRES

He aquí, Señor, delante de Ti a la infinita turba de las criaturas que aceptaron tu condena de las madres que, para expiar la culpa de la madre de los vivientes, parieron con dolor de aquellas que, con su propia sangre y su propio sufrimiento, hasta la última noche, transmitieron la vida.

Los varones crearon todo lo que en el mundo pareció bello y grande, pero nosotras, en el más cálido refugio de nuestro cuerpo, hemos creado a los creadores.

Todo el género humano es hijo de nuestra carne y de nuestro dolor

Aun los más protervos conquistadores y dominadores salieron, sangrientos y gimientes, de nuestro seno.

Fuimos dóciles cómplices del pecado de los hombres, pero ni siquiera los santos más seráficos y Cándidos hubieran podido nacer sin nuestro deleite y nuestra tortura.

Para dar vida a nuevos hombres la nuestra estuvo siempre en peli gro; a menudo la perdimos.

No todas las que están delante de Ti, Padre, llegaron a ser madres por voluntad de amor.

Hubo mujeres que concibieron por obediencia, por temor, por inconsciencia, por violencia.

Pero todas amaron, aun las filicidas, los frutos de su vientre.

En muchas de nosotras hubo traición, olvido, abandono, ceguera y vileza, en todas nosotras hubo sombra o principio o peso de pecado.

Pero Tú, Señor, Tú que hiciste padecer tanto a una madre hecha de tierra como nosotras, dirige tus ojos sólo a nuestros afanes y a nuestro: dolores.

Si el hombre fue condenado por ti a derramar su sudor sobre la tierra, nosotras fuimos condenadas, por culpa del hombre, a derramar sudor de sangre y lágrimas de congoja.

Lo mismo que a la madre de Caín y a la madre de Cristo, a la mayor parte de nosotras, antes de nuestra muerte, se nos quitaron las flores de nuestra vida.

Los arrebataron, a la mayoría, otras mujeres más jóvenes que fueron a su vez castigadas con el suplicio gozoso de la maternidad.

Pero de nuestro amor, contra la natural ley del amor, los arrancó fe muerte.

Los mataron los contagios, los mataron las fieras, los mataron los enemigos, los mataron los cataclismos, los mataron los verdugos.

Acuérdate, Cristo, de que la mayor parte de las madres se vieron robar por la muerte alguno de aquellos a quienes habían dado la vida.

Fueron miserablemente tragados por las aguas de los mares y de los ríos, cayeron desde las escarpaduras de las montañas, fueron alcanzados por el rayo del cielo o por el odio de los bárbaros. Innumerables los que perecieron víctimas del odio, del fuego, de la furia de los elementos y de las pasiones, innumerables los separados de los vivos por haber defendido la patria o por haber ofendido la justicia innumerables aquellos que, temerosamente, arrojaron el don de Dios, el don de la madre y se quitaron con sus propias manos la vida.

Tú, también, oh Dios, fuiste Hijo; Tú, también, dejaste en llanto a tu madre terrena.

Piensa, Cristo, en nuestras fatigas y en nuestra aflicción, no olvides nuestras ardientes heridas, nuestras infinitas tristezas. Todos aquellos muertos, todos aquellos asesinados habían habitado en la tibia oscuridad de nuestras entrañas.

Los habíamos sentido estremecerse en nuestro seno habían mamado de nuestros pechos nuestra sangre convertida en leche, habíamos enjugado su primer llanto y nos habían dirigido su primera e inocente sonrisa divina. Nuestras manos los habían acariciado y limpiado por vez primera los primeros besos de sus labios húmedos y tiernos habían sido para nuestra boca habían dado a nuestros pies sus primeros pasos, habían confiado a nuestros oídos sus primeras penas, las tristezas y los sueños pueriles.

Sobre sus cabezas se habían posado nuestras manos, las primeras, para gozar la dulzura de sus rizos y arreglárselos.

Y sobre su sueño había velado el tembloroso esplendor de nuestros ojos.

No eran sólo fruto de nuestro vientre, sino frutos de nuestra voluntad, de nuestro esfuerzo, de nuestra alma.

¿Por qué, oh Dios, permitiste que nos fuesen arrebatados y deshechos por la envidiosa muerte?

¿No era más justo que esperase antes nuestro retorno a la tierra? ¿Por qué no has tronchado la rama antes de arrancar los vástagos? En nombre de nuestra inefable aflicción, en nombre de nuestra injusta orfandad.

Te pedimos, Señor, misericordia para nuestros hijos muertos, para nuestros hijos asesinados.

Eran hijos de la culpa y fueron, lo mismo que nosotras, culpables y condenables.

Pero Tú, Señor, borra sus pecados con la ayuda de nuestras lágrimas. Te ofrecemos aflicciones a cambio de sus delitos, llanto a cambio de sangre.

No cierres el corazón, Cristo, a nuestras voces de intercesión. Tú también quisiste que las dolorosas y las adoradoras fueran tus compañeras en el gran sacrificio del rescate.

Todos nuestros hijos, por tu voluntad, han resucitado. Todos están, aquí, ahora, cerca de nosotras, los perdidos y los supervivientes, los inmundos y los puros, los homicidas y los

suicidas.

Todos, toda la ilimitada hijuela de nuestro amor y de nuestro dolor y sólo nuestra prole, entera, es lo que permanece del viejo universo. Todo lo que el hombre formó y construyó ya está consumido y deshecho.

Las estatuas más bellas de nuestras mismas obras son polvo olvidado y destruido, los edificios más orgullosos y majestuosos, las máquinas más titánicas, las pinturas más divinas ya no son más que ceniza aniquilada en los abismos.

Pero permanecen, solas, nuestras obras, los cuerpos de los hombres contruidos y coloreados en nuestros senos, únicamente permanecen, después del fin de todo, las figuras salidas de nuestra matriz.

Y por este triunfo final de todas las madres te damos gracias a Ti, hijo de la Virgen, hijo de la Madre, hijo del hombre e hijo de Dios, y porque amaste nuestro sufrimiento y ahora has querido nuestro desquite te pedimos una última gracia, un último triunfo, la plenitud de tu piedad, no para nosotras, Cristo, sino para aquellos que salieron gritando de nuestra carne lacerada.

Ya fuimos elevados por tu infinita generosidad, Padre de toda alegría, a tu reino.

Nada tenemos que pedir para nosotros mismos y, sin embargo, nuestra felicidad no es plena, no es perfecta.

Pensamos en los que esperan tu juicio, en los que temen la sentencia, en los que saben que merecen tu condena.

Sufren, Padre, y son asimismo nuestros hermanos y el sufrimiento de ellos turba y ensombrece nuestra felicidad.

Vivieron también sobre la tierra, lo mismo que nosotros, vistieron carne semejante a la nuestra, conocieron las miserias y las luchas que nosotros conocimos; estuvieron, algunos, unidos a nosotros por el afecto y por la sangre, asociados a nosotros en las tentaciones y en las desgracias; son nuestros hermanos, Señor, y algunos hemos amado y ahora amamos también a los que allá en el mundo nos parecía odiar.



Son semejantes a nosotros, Padre de los justos y de los injustos, y quizá sólo por fortuna casual o por sobrenatural protección no estamos también abajo con ellos, unidos en el mismo temor y en el mismo dolor.

La sombra de su padecer habita nuestra alma, amengua nuestra exultación.

Si fueron pecadores fueron también desgraciados y ahora son desesperados.

Muchos fueron castigados por los hombres; todos encontraron en ellos mismos el castigo, todos, por lo menos en parte, han expiado.

Porque tú sabes, tú que hasta en el más escondido rincón lees los corazones de los hombres, que todo delito es castigo.

Perdónalos también a ellos, Padre del Flagelado. ¡Perdónalos a todos!

Blasfemaron aquellos que llamaron injusticia hacia los justos tu misericordia para los injustos.

Si nuestra súplica, la plegaria de los que siempre te obedecieron, puede pesar en tu balanza cuanto un átomo de polvo, cuanto una lágrima de niño.

¡Escucha la oración de los absueltos, oye la súplica de los salvados!

Toda tu familia terrena fue como una inmensa foresta plantada por tus manos.

Vino el rabioso turbión del mal y trastornó con su hálito y su bramido toda la humana selva.

Algunos arbustos, más humildes y bajos, se doblaron bajo el ímpetu infernal, pero no fueron tronchados ni arrancados.

Pero los viejos robles de gran altura fueron arrasados y machacados por la furia de los

rayos.

Y, sin embargo, los unos y los otros, arbolillos y encinas, vinieron todos de tu divino vivero.

Los arbustos que quizá debieron a su debilidad la salvación, interceden ahora por los gigantes de la selva, heridos y doblegados, pero siempre hermanos nuestros.

El perdón que les concedas no será ofensa contra nosotros, sino nuevo premio, porque nuestras almas serán libradas del pensamiento que las turba.

No nos niegues esta gracia, esta prueba suprema y extrema de tu amor; este retorno de todos los hijos que habían huido, que se habían perdido en los páramos de la vida; esta llamada de paz que será el cumplimiento y el coronamiento de tu Redención.

Nuestra felicidad será mucho mayor cuando sepamos que tu amor ha liberado a nuestros hermanos de toda infelicidad y que en tu universo, donde los exilados en la tierra conocieron tantos delitos y temores, no queda ya una lágrima en los ojos, un remordimiento en los corazones, un agujón en las carnes, ningún temblor, ningún dolor en ninguna criatura nacida de tu voluntad; sino que en todas partes, en todo punto del ser, en todo espíritu, resplandezca para siempre la irradiación del éxtasis eterno.

Ya fuimos elevados por tu infinita generosidad, Padre de toda alegría, a tu reino.

Nada tenemos que pedir para nosotros mismos y, sin embargo, nuestra felicidad no es plena, no es perfecta.

Pensamos en los que esperan tu juicio, en los que temen la sentencia, en los que saben que merecen tu condena.

Sufren, Padre, y son asimismo nuestros hermanos y el sufrimiento de ellos turba y ensombrece nuestra felicidad.

Vivieron también sobre la tierra, lo mismo que nosotros, vistieron carne semejante a la nuestra, conocieron las miserias y las luchas que nosotros conocimos; estuvieron, algunos, unidos a nosotros por el afecto y por la sangre, asociados a nosotros en las tentaciones y en

las desgracias.

Son nuestros hermanos, Señor, y algunos hemos amado y ahora amamos también a los que allá en el mundo nos parecía odiar.

Son semejantes a nosotros, Padre de los justos y de los injustos, y quizá sólo por fortuna casual o por sobrenatural protección no estamos también abajo con ellos, unidos en el mismo temor y en el mismo dolor.

La sombra de su padecer habita nuestra alma, amengua nuestra exultación.

Si fueron pecadores fueron también desgraciados y ahora son desesperados.

Muchos fueron castigados por los hombres; todos encontraron en ellos mismos el castigo, todos, por lo menos en parte, han expiado.

Porque tú sabes, tú que hasta en el más escondido rincón lees los corazones de los hombres, que todo delito es castigo.

Perdónalos también a ellos, Padre del Flagelado. ¡Perdónalos a todos!

Blasfemaron aquellos que llamaron injusticia hacia los justos tu misericordia para los injustos.

Si nuestra súplica, la plegaria de los que siempre te obedecieron, puede pesar en tu balanza cuanto un átomo de polvo, cuanto una lágrima de niño escucha la oración de los absueltos, ¡oye la súplica de los salvados!

Toda tu familia terrena fue como una inmensa foresta plantada por tus manos.

Vino el rabioso turbión del mal y trastornó con su hálito y su bramido toda la humana selva.

Algunos arbustos, más humildes y bajos, se doblaron bajo el ímpetu infernal, pero no

fueron tronchados ni arrancados.

Pero los viejos robles de gran altura fueron arrasados y machacados por la furia de los rayos.

Y, sin embargo, los unos y los otros, arbolillos y encinas, vinieron todos de tu divino vivero.

Los arbustos que quizá debieron a su debilidad la salvación, interceden ahora por los gigantes de la selva, heridos y doblegados, pero siempre hermanos nuestros.

El perdón que les concedas no será ofensa contra nosotros, sino nuevo premio, porque nuestras almas serán libradas del pensamiento que las turba.

No nos niegues esta gracia, esta prueba suprema y extrema de tu amor; este retorno de todos los hijos que habían huido, que se habían perdido en los páramos de la vida; esta llamada de paz que será el cumplimiento y el coronamiento de tu Redención.

Nuestra felicidad será mucho mayor cuando sepamos que tu amor ha liberado a nuestros hermanos de toda infelicidad y que en tu universo, donde los exilados en la tierra conocieron tantos delitos y temores, no queda ya una lágrima en los ojos, un remordimiento en los corazones, un aguijón en las carnes, ningún temblor, ningún dolor en ninguna criatura nacida de tu voluntad; sino que en todas partes, en todo punto del ser, en todo espíritu, resplandezca para siempre la irradiación del éxtasis eterno.

NOTICIAS SOBRE LOS PERSONAJES HISTORICOS

Para una más inmediata inteligencia se ha considerado oportuno compilar estas breves noticias relativas a los personajes históricos o legendarios, a veces famosísimos y de todos conocidos, con más frecuencia oscuros y mínimos.

No se pretende haber logrado identificar a todos los personajes a los que corresponde algún dato exiguo en el registro de la historia universal. La prodigiosa erudición de Papini, estimulada por su gusto de sorprender aun al lector más atento y mejor provisto, se ha desenfrenado, ciertamente, más allá de los límites que nos ha sido posible definir. Mientras tanto, referencias exactas de diversa naturaleza —en la crónica contemporánea tanto como en la cultura más elevada—, se pueden hallar bastante fácilmente en el nombre mismo de ciertos personajes medio reales y medio imaginarios. Además, no será difícil que lectores especializados en una o en otra materia puedan llevar más adelante nuestra línea de demarcación entre historia y fantasía.

ABENJALDUN (Túnez, 1332 - El Cairo, 1406). —Célebre historiador árabe, proveniente de familia árabe-española de antigua tradición musulmana. Desempeñó cargos públicos (estuvo al servicio del rey de Granada, después fue juez supremo en El Cairo), encargos políticos y diplomáticos en todo el mundo árabe (fue embajador en la corte de Castilla), participó como plenipotenciario en la desafortunada expedición contra Tamerlán en los primeros años del siglo xv. Su fama es debida a la gran historia universal y, especialmente, a los prolegómenos de la misma, insigne ejemplo de crítica histórica, donde con mente agudísima estudia las profundas razones del desarrollo de las sociedades y de las civilizaciones.

ACCIO, Lucio (170-86 a. de C.).—Es el último gran poeta trágico romano después de Pacuvio. Sintió fuertemente la superioridad espiritual dada por la cultura y por la poesía aun a quien como él proviniese de familia de esclavos, De su orgullo en tal sentido dejó testimonio en haber querido colocar él mismo en el templo de las Cámenes su propia estatua de bronce de tamaño mayor que el natural. Autor, además, de tragedias (conocemos más de cuarenta títulos de ellas y fragmentos de unos 700 versos) y de obras críticas.

ACKERMANN, Luisa (1813-1890). —Poetisa francesa, nacida de ira padre volteriano. Viuda a los tres años de matrimonio, el dolor la arraigó en un escepticismo ateo y amargamente pesimista. Llevó a la poesía femenina francesa una nota virilmente austera. El género humano le parecía el héroe de un drama que se desarrolla en un rincón perdido del universo, obediente a leyes ciegas, ante la naturaleza indiferente, con la nada como solución». En sus versos parafraseó páginas de Pascal; algunos la han comparado con Leopardi.

ADONIAS (hacia 1018 - después del 970 a. de C.).—Hijo de David, cuando su padre era ya viejo intentó asegurarse con un golpe de mano la sucesión del trono. Eran sus

cómplices Joab, antes comandante del ejército, y Abiatar, sumo sacerdote, y a punto de ser proclamado rey en la fuente de Rogel, Betsabé, predilecta entre las mujeres de David, reveló todo al anciano para favorecer a su hijo Salomón. El profeta Natán exhortó a David para que consagrara en seguida a Salomón como su sucesor, lo cual ordenó David ejecutarlo al sacerdote Sadoc en Guijón. Adenias, atemorizado, huyó al ver fracasado su intento e imploró misericordia. Logró salvar la vida, pero muerto David y habiendo pedido desposarse con Abisag, la última concubina del rey muerto, Salomón, sospechoso de nuevas maquinaciones, lo hizo matar. La historia está narrada en XI Samuel 9 3-4, y I Reyes, 1-2.

ADRIANO IV, Papa desde 1154 a 1159. —Único Papa inglés. Recién elegido se alió con Barbarroja prometiéndole la corona imperial a cambio de su ayuda contra los normandos de Sicilia que invadían las tierras de la Iglesia y contra los romanos organizados en municipio democrático. Tuvo elevadísima conciencia de la dignidad pontificia y gran habilidad política.

AGRIPINA (16-59 d. de C.).—Hija de Germánico y de Agripina llamada la mayor (que tuvo fama en su tiempo de severa honestidad de costumbres), fue el personaje más señalado de la crónica escandalosa de la corte imperial y de Roma. Su vida fue una cadena de delitos por celos, por venganza, por ambición sin límites. Es cierto que sobre todas las pasiones prevalecía en ella la del poder. Habiendo logrado ser la esposa del emperador Claudio, puso un límite a las desenfundadas orgias del palacio imperial y se comportó con plena dignidad de emperatriz. Entre otras cosas, llamó a Séneca del destierro para confiarle la educación de su hijo. Éste, aclamado emperador después de la muerte de Claudio, se sustrajo bien pronto al influjo de su madre haciéndola, por fin, dar muerte para quedar enteramente libre.

AGUIRRE, Lope de (vasco, 1518-1561). —Animador en el Perú de la banda de aventureros rebeldes contra el gobierno español, llamada Marañona, dirigió a Felipe II una famosa carta llena de insultos, amenazas y consejos. Ordenó inmensas matanzas de enemigos. Con sus tropas atravesó el Amazonas y el Orinoco hasta la Isla Margarita. Abandonado de los suyos fue, por fin, encontrado por los soldados de García de Paredes, en compañía, únicamente, de su hija y del verdugo. A aquélla la mató con su «para ahorrarle los sufrimientos de la vida».

ALCOFORADO, Mariana (1640-1723).—Portuguesa, monja franciscana a los doce años por voluntad de su padre. Tenía veintiséis cuando conoció a un capitán francés, Nicole Bouton, conde de Saint Léger, acuartelado con sus tropas en la ciudad del convento de Mariana. La pasión fue ardentísima entre ambos, pero Bouton volvió pronto a Francia, olvidado de la monja que la había sacrificado sus votos (hizo carrera y en las guerras de Luis XIV alcanzó el grado de mariscal). La abandonada y trastornada Mariana escribió al amante cinco cartas, entre 1667 y 1668, que han quedado, en la versión francesa, como documento, quizá sin comparación, entre los más admirables de la literatura amorosa por la ingenuidad y sinceridad del análisis, por la complejidad de introspección psicológica, por poder de

expresión. Publicadas el 1669 en París, con el título de *Lettres Portugaisea*, se difundieron rápidamente, dando lugar a dudas sobre la identidad de su autora; dudas, por lo demás, ya desaparecidas todas por recientes y positivas investigaciones en el convento de Mariana, donde ella permaneció y murió después de muchos decenios de sufrimiento y de penitencia.

ALEJANDRO III de Macedonia, el Grande o Magno (356-323 a. de C.). Juvenil deseo de gloria, excepcional vigor y destreza física (dominio Bucéfalo), magnanimidad generosa (moderación respecto a Atenas y Esparta vencidas, concesiones a los pueblos sometidos, respecto a las tradiciones y a los cultos locales), extraordinario genio militar e impetuoso heroísmo (sus intervenciones decisivas en las batallas de Issos y de Arbela contra los persas), violencia de pasiones (muerte de su amigo Clito), fascinación de la empresa llevada hasta la India fabulosa. Tales son los elementos históricos esenciales de la leyenda de Alejandro que dominó extensamente en el Medievo. En Egipto, fundada Alejandría, visitó el santuario de Amón en el desierto y fue saludado por los sacerdotes como hijo de Dios, conforme le correspondía, en cuanto a señor de Egipto. No obstante ciertas reducciones de historiadores modernos, su figura permanece entre las que han impreso un nuevo e imprevisible curso a la historia humana, dando vida, por la difusión de la espiritualidad griega, a la civilización que por él fue denominada alejandrina.

ALFONSO, rey de Castilla y de León, llamado el Sabio (1221-1284). - El amor a la cultura (de ahí el sobrenombre) lo distinguió entre todos los príncipes de su tiempo. Bajo él culmina la función mediadora ejercida por España entre la ciencia oriental árabe y judía y la europea. Por su mandato —y con su directa colaboración— fueron traducidas al castellano obras astronómicas y literarias árabes, y fueron redactadas por dos astrónomos judíos las famosas Tablas alfonsinas. En su corte coincidieron, también, poetas; él mismo fue autor de las *Cantigas a la Virgen*. Políticamente sus vacilaciones y sus ambiciones le ocasionaron muchas amarguras. Tuvo escasa fortuna en sus operaciones contra los árabes que retenían aún buena parte de España; ninguna en la candidatura a la corona imperial. Su segundo hijo, Sancho, sublevó el pueblo y fue depuesto por las Cortes. No obstante el apoyo del Papa, el viejo rey invocó la ayuda del sultán mahometano de Marruecos. Murió poco después.

AMIEL, Enrique-Federico (Ginebra, 1821-1881). —Familia de rígida religiosidad calvinista. Al quedar huérfano y solo en el mundo, realizó rápidamente sus estudios, viajó por varios países de Europa y permaneció en la Universidad de Berlín. Aceptada una cátedra en Ginebra, pasó el resto de su vida entre la enseñanza y el estudio, con pocos amigos, soltero, manteniendo, sin embargo, relaciones con algunas mujeres muy afectas a él> sobre todo con Fanny Mercier, a la que dejó, al morir, *droits de veuve*, sobre sus papeles inéditos y que publicó por vez primera una selección del *Journal intime*, la obra que le daría gloria. En vida había publicado alguna colección lírica y traducciones poéticas y algún artículo literario, poco destacado. El Diario queda, por el contrario, como uno de los mayores testimonios de su tiempo y una especie de modelo para toda tentativa de introspección psicológica.

ANIBAL (247-183 a. de C.).—Según la leyenda, su padre le había hecho jurar, siendo aún niño, odio eterno a los romanos. Conquistó España y en ella a Sagunto, aliada de los romanos. De aquí la guerra (II púnica). Con una marcha y una serie de victorias capaces de impresionar los ánimos como una fatalidad inexorable, atravesó los Pirineos y los Alpes, recorrió Italia arrollando en la lucha varias veces a los romanos. Fueron terribles y famosas las derrotas del Trasimeno y de Cannas. Su habilidad estratégica, genialidad en sus estratagemas y astucia táctica y rapidez de movimientos, lo hacían invencible en el plan militar, pero no se atrevió a asaltar Roma, prácticamente aislada dentro de Italia invadida. La lenta y agotadora contraofensiva romana, apoyada en el dominio de los mares> culminó en el contra desembarco en Africa y en la derrota de Zama. Establecida la paz, gobernó Cartago con enérgica austeridad y pericia administrativa. Luego, acusado de intentar acuerdos con Estados de Oriente, fue desterrado. Se envenenó para no caer en manos de sus enemigos de toda la vida.

ANITO (450-d. del 395 a. de C.).—Hombre político ateniense, intervino en los acontecimientos que produjeron la caída del gobierno de los Treinta Tiranos uniéndose, al fin, con Trasíbulo. Restaurada la democracia fue grande su poder. Anteriormente había logrado, corrompiendo a los jueces, que lo absolvieran en un proceso por traición. Se le recuerda, sobre todo, por haber inspirado y sostenido con autoridad el proceso contra Sócrates, iniciado oficialmente por Meleto. Suya es la acusación de corrupción de los jóvenes, suya la propuesta de condena a muerte. En su juventud había sido discípulo de Sócrates. Platón lo introdujo entre los interlocutores del Menón. Luego, desterrado de Atenas, marchó a Heraclea, donde, según se dice, murió lapidado.

ANTINOO—Nacido en Bitinia (Asia Menor), probablemente a principios del siglo ii d. de C., un 27 de noviembre, según sabemos por las celebraciones religiosas instituidas para conmemorar su natalicio. La singular belleza del joven —su rostro en las muchas representaciones plásticas que de él quedan está siempre velado por una profunda melancolía— ejerció su fascinación, no sólo sobre el emperador que lo retuvo a su lado, sino sobre todo su tiempo. Durante el viaje de Adriano a Egipto (130), Antinoo murió todavía jovencísimo, sin que esté bien cierto el modo. Se han referido, en efecto, diversas versiones del hecho, desde una caída accidental en el Nilo, hasta un sacrificio voluntario como homenaje de prácticas mágicas para apartar de Adriano un peligro mortal. Después de la muerte lo fueron tributados honores divinos.

ARETINO, Pedro (Arezzo, 1492 - Venecia, 1556). —De humilde origen, pronto logró afirmarse en Roma, sobre todo por la prontitud descarada y violenta para flagelar con mordaces golpes a todos los notables, lo cual lo hacía temido. Se trasladó a Venecia cuando el aire de Roma se le hizo irrespirable y peligroso (le ocasionó alguna puñalada) por la hostilidad general. Viviendo sin hacer política y, por consiguiente, en armonía con el gobierno, pudo conseguir allí grandes riquezas y honores con el único instrumento de la pluma y de las consiguientes exigencias a los poderosos de todas clases exaltados o acusados por él, según los dones recibidos. Tuvo así a sus pies a todos los grandes de su tiempo, que buscaban el tenerlo amigo como una especie de divinidad que era necesario tener propicia.



Fue llamado flagelo divino. Autor de versos, de prosas sagradas (escritas para complacer las tendencias contra reformistas), de cartas (en las que corre un aire moderno, precursor del periodismo y de la crítica de arte), de obras pornográficas (interesantes para la historia de las costumbres) y de comedias. Fue amigo del Ticiano, que pintó un famoso retrato suyo.

ARNALDO DE BRESCIA (finales del siglo xi - 1155). —Ya en su ciudad natal había participado en las agitaciones contra el obispo-conde y contra el clero mundanizado. Condenado al destierro por el II Concilio lateranense (1139), fue, en Francia, decidido sostenedor de Abelardo en la contienda con San Bernardo. Condenado de nuevo en el Concilio de Sens (1142), expulsado de Francia, volvió a Roma en 1145, peregrino penitente, precisamente en el período de la sublevación comunal contra el gobierno pontificio. Comenzó a predicar pretendiendo reformar las costumbres según el ideal evangélico. Sostenía la pobreza absoluta del clero y la separación rigurosa del poder espiritual del temporal. Aun sin declarada voluntad de Arnaldo, su movimiento ascético-religioso y el político realizado a la sazón en la ciudad acabaron por confundirse y la preeminente personalidad de Arnaldo hizo que se le considerase jefe del Municipio. Consecuencia inmediata de la alianza entre Barbarroja y Adriano IV fue la detención y la condena a muerte de Arnaldo. Fue ahorcado y quemado y las cenizas arrojadas al Tíber para impedir que sus seguidores lo venerasen como un mártir.

ATENAGORAS (segunda mitad del siglo II d. de C.).—Uno de los primeros apologistas cristianos. A los emperadores Marco Aurelio y Cómodo está dirigida su Súplica por los cristianos (fecha, por consiguiente, entre el 176, año en el que Marco Aurelio proclamó a su hijo emperador y el 180 en que murió). Es una defensa de la nueva religión frente a las infamantes acusaciones entonces corrientes. Escribió también un libro Sobre la Resurrección. Ambas obras están dirigidas a los intelectuales paganos y tienden a esclarecer las posibles convergencias entre el pensamiento pagano más elevado y el cristianismo.

ATILA. —Rey de los hunos desde el 434 al 453 d. de C., quizás el más famoso de los jefes bárbaros, considerado y temido por sus contemporáneos (probablemente, en parte a lo menos, de modo equivocado) como un tirano sanguinario y desleal, ciego subvertidor y destructor (pero representado en las leyendas góticas como prudente soberano, protector de los débiles). Unificó las poblaciones hunas bajo su mando y las lanzó por el camino de la expansión: hacia los Balcanes a expensas del Imperio oriental; hacia Occidente, hasta la Galia, donde fue contenido y obligado a retirarse por el general romano Aecio (batalla de Mauriacus [Campos Cataláunicos], 451). Bajando después a Italia asedió y destruyó Aquileya, llegó hasta Pavía, pero retrocedió luego ante el Papa León I que le indujo a no avanzar más. Razones políticas y militares pesaron ciertamente sobre la decisión de Atila, pero la leyenda se apoderó del episodio y exaltó al pontífice inerme que detiene al poderosísimo conquistador bárbaro con el auxilio de los ángeles. Asimismo la muerte de Atila, sobrevinida poco después, fue objeto de leyendas contrapuestas.

AUCLERC, Gabriel Andrés (nacido en Argenton en el Berry hacia la mitad del siglo XVII, muerto en Bourges en 1815). —Abogado, durante la revolución predicó seriamente la restauración del paganismo, vistió la toga de los antiguos pontífices, adoptó el nombre de Quintus Nantius y celebró ritos paganos en su casa. A pesar de su insistencia tenacísima no tuvo ningún seguidor y su gesto quedó como una extravagancia arqueológica. Corrió la voz de que antes de morir había reconocido su error.

BACON, Francisco (Londres, 1561-1626). Padre y tío, políticos gobernantes; madre cultísima. El ambiente familiar le señalaba ya su doble camino. En 1584 entraba en los Comunes y allí se afirmaba. En 1597 publicaba con gran éxito los Ensayos y era nombrado consejero de la corona. En 1601 sostuvo la acusación contra el conde de Essex, antiguo favorito de la reina Isabel y su íntimo amigo. Realizada la ejecución, por orden de la reina escribió una apología del juicio y de la condena suscitando muchas perplejidades sobre la rectitud de su conducta. Protegido por Jacobo I y por Jorge Villiers, después duque de Buckingham, favorito del rey, hizo rápida carrera y desempeñó elevados cargos de gobierno y obtuvo la dignidad de Par con el título de barón de Verulam. En 1621 estalló el escándalo de los tribunales de justicia que Bacon, como Lord Canciller, presidía. La documentada denuncia de corrupción presentada por los Comunes fue reconocida verdadera por Bacon. Fue condenado a graves penas, luego reducidas, por apoyo del rey, a la sola interdicción para los cargos públicos. Su@ \$ últimos años los empleó todos en las investigaciones científicas. En cuanto a su pensamiento, fundándose en el axioma scientia est potentia, quiso instaurar un nuevo método de investigación científica con el que sustituir al aristotélico tradicional.

BASKIRCEVA, María (1860-1884). —Pintora rusa, tuvo en su brevísima vida éxito notable. Sus cuadros se encuentran en el Museo de Luxemburgo, en París y en Amsterdam. Escribió también un diario en francés de publicación póstuma, feliz expresión de una muchacha enamorada de la vida, ingenua y refinada, llevada por la tuberculosis a una exaltación febrilmente lúcida.

BECQUE, Enrique (París, 1837-1899). —De modesta familia burguesa, pésimo estudiante, pasó de un empleo a otro, llevando una vida de miseria. Su primera comedia agradó a Sardou que la hizo representar con notable éxito (1868). A continuación, éxitos y fracasos se alternan hasta que en 1882 *Les corbeaux*, escritos después de unos reveses en la Bolsa y desengaños de amor, representados en la Comedia francesa al cabo de once negativas, le dan celebridad, pero no la riqueza, de modo que, no obstante varias colaboraciones periodísticas y nuevos éxitos teatrales, vivió siempre miserablemente en una triste habitación, solo. *Les corbeaux*, juntamente con *La Parisienne*, señalaron el advenimiento del naturalismo al teatro.

BLOIS, María de (siglo XVI).—La reforma literaria de Ronsard y del grupo de la Pléyade por él encabezado, tomó en cierta medida la dirección propia, del amor del poeta —ya afectado de sordera— hacia esta jovencita campesina que él cantó en sus *Amours*. El

episodio, no demasiado conocido, acaeció en torno a 1542.

BOECIO, Severino (Roma, 480-524/25). —Bajo Teodorico obtuvo cargos públicos y favores; ello no obstante, le era hostil. Acusado de tramar acuerdos secretos con Bizancio, parece que fue encerrado en la torre del baptisterio de Pavía, en donde compuso su escrito más célebre, el de *consolatione philosophiae*, uno de los libros más leídos, más traducidos, más imitados de todas las literaturas, fundado sobre un eclecticismo en el que coinciden las más diversas corrientes del pensamiento antiguo, sin huellan de pensamiento cristiano, no obstante la profesión religiosa del autor. La condena a muerte fue ejecutada; es incierto dónde y cómo. Fue llamado el último de los romanos y el primero de los escolásticos. Su vastísima obra resultó el enlace fundamental entre la cultura clásica y el medievo.

BOTTICELLI, Sandro (1445-1510). —Discípulo de Filippo Lippi. El mundo encantado de su riquísima obra pictórica expresa admirablemente la espiritualidad de la Florencia de la segunda mitad del Cuatrocientos; discusión entre el esplendor de las fiestas mediceas y la melancolía de una sutil insatisfacción; oscilante, precisamente como Sandro, entre el Magnífico y Savonarola. Murió olvidado, envuelto en la crisis que señaló el paso al nuevo siglo. Pero sus telas, en primer lugar la Primavera y el Nacimiento de Venus, figuran hoy entre las más célebres de la pintura de todos los tiempos y de todos los países.

BRANT, Sebastián (Estrasburgo, 1457-1521). —Humanista alemán; tuvo cargos políticos y diplomáticos; publicó las obras de Virgilio, de Petrarca y de algunos Padres de la Iglesia, escribió obras jurídicas y poesías latinas traducidas por él mismo al alemán. Pero la obra que lo hizo célebre es el poema satírico didáctico *Das Narrenschiff* (La nave de los locos), escrito en dialecto alsaciano, en el que se describe y se ponen en berlina, bajo un dibujo alegórico, los vicios y las debilidades de los hombres, combatidos no tanto en nombre de una ley moral cuanto con el arma del ridículo.

BROWN, Tomás, más conocido por Tom (1663-1704). —Poeta satírico inglés, «de graciosa memoria», como decía Addison. Autor de gran número de ensayos y poemitas satíricos, epigramas, cartas, diálogos, en los que la erudición se une, vivificándose, a un espíritu cáustico y humorístico. Por su conducta fue expulsado de la Universidad de Oxford. En Kingston, para huir de la miseria, abrió una escuela, pero no era un oficio hecho para él. Puso su ingenio al servicio de quien le pagaba mejor. Sus obras completas fueron publicadas, póstumamente, en 1707-1708.

BRUNO, Jordano (Ñola, 1548 - quemado en el Campo de las Flores en Roma, 1600). —Ingresado a los once años en la Orden Dominicana, ordenado sacerdote, arrojó la túnica y huyó no pudiendo soportar sus rigores intelectuales. Ya, en efecto, las muchas lecturas le habían abierto nuevos y apasionantes horizontes. Si mató realmente a su hermano de Orden que le delató a la Inquisición, es suceso que permanece oscurísimo. Vagó primero por Italia,

después por Francia, Inglaterra (donde escribió sus obras mayores, los diálogos italianos) y Alemania. Volvió a Italia, a Venecia, allí llamado por un patricio, Mocénigo, deseoso de hacerse docto con el arte de la memoria, la nemotécnica, que Bruno anunciaba. El alumno denunció a su maestro al Santo Oficio. Trasladado a Roma el proceso se arrastró siete años. Bruno rehusó tenazmente retractarse y se le condenó a ser quemado. En la lectura de la sentencia dijo a los jueces: «Tembláis vosotros al pronunciarla, quizá más que yo al recibirla». Su pensamiento encontró en las nuevas perspectivas anti aristotélicas de la infinidad del universo el resorte más entusiasta y en la búsqueda de una religión universal, superior a las religiones positivas, su fin más tenaz.

BYRON, Jorge (Londres, 1788 - Missolongi, en Grecia, 1824). —Las graves taras de la familia, descendiente de los normandos, se dejaron sentir también en Byron, comenzando por la deformidad del pie derecho. En Cambridge se mostró pronto extravagante, desenfrenado, combativo. De 1806 es la primera colección de versos; de 1809 el primer viaje a España y a Levante, del cual nació el Childe Harold que le procuró inmediata fama. El éxito creció conforme publicaba otras obras, pero si la sociedad elevada lo aclamaba, se difundía también la hostilidad entre el público burgués, en el plano político, moral y religioso, hasta que por sus desordenes matrimoniales tuvo que dejar Inglaterra, colocado ya al margen también de la aristocracia. Estuvo en Ginebra con Shelley, después en Italia, encontrando por doquier aventuras femeninas de diverso orden y escribiendo nuevas obras. Odiaba la Santa Alianza y en 1823 marchó a Grecia con lo» revolucionarios de aquel país. Fue acogido con honores reales; murió poco después de enfermedad. El cadáver, trasladado a Londres, fue saludado por una multitud enorme y con renovada publicidad.

CAEDMON (siglo vil d. de C.).—Poeta anglosajón, que sólo conocemos a través de las historias del venerable Beda. Humilde boyero en el monasterio de Whitby, recibió, ya viejo, el don de la poesía en una visión divina que le inspiró un maravilloso canto en alabanza del Señor. Los Superiores, Informados del milagro, lo admitieron en la Orden y desde entonces tradujo a la lengua vulgar, en verso, historias del Antiguo y del Nuevo Testamento que los hermanos le leían, poco a poco, a él, iletrado. Beda recoge en latín los nueve versos del himno cantado durante la visión» A Caedmon se atribuyeron luego numerosos poemas, pero es cierto que son de autores diversos.

CAIN. —Primer hijo de Adán y Eva. La narración de la muerte de Abel se lee en el Génesis, IV, 1-17.

CALIGULA, Cayo, Julio, César, Germánico, llamado (12-41 d. de C.).— Hijo de Germánico, siguió a su padre en las campañas militares y debió el sobrenombre con que es conocido al calzado de ordenanza (coliga)\* Sucedió a Tiberio en el trono imperial el año 37 sin haber tenido un serio aprendizaje político. Por eso cedió fácilmente a las sugerencias absolutistas no menos que a la costumbre oriental de hacerse adorar como dios. Trató de apoyarse en el pueblo contra el Senado. Pero se hizo cada vez más feroz, probablemente

epiléptico y loco. De las diversas conjuras organizadas contra él, la tercera, dirigida por el tribuno Querea, tuvo, por fin, éxito.

CALVINO, Juan (1509-1563). —Nacido en Picardía, en Noyon, estudió en París y frecuentó ambientes descontentos, o, más bien, luteranos. De 1533 es su primera manifestación pública de reformador. En 1535 publica la *Institutio christianae religionis*. Va errante por Europa (estuvo también en Italia, en la corte de los Este de Ferrara), hasta que se detiene definitivamente en Ginebra en 1541 y logra, en breve tiempo, reorganizar 1.ª ciudad, imponiendo un yugo despiadado, hasta la inspección de la vida íntima de cada uno, con penas severísimas para los pecadores. Centenares de personas fueron procesadas y condenadas. Apagada en sangre toda oposición, Calvino domina totalmente la ciudad, que se internacionaliza jorjue allí se reúnen los reformados de todos los países. La doctrina de Calvino acentúa hasta los últimos extremos algunos caracteres fundamentales del luteranismo, y, entre otras cosas, afirma una rigurosa predestinación de todos los hombres.

CARLOS V, Habsburgo, emperador (Carlos I como rey de España) (1500-1558). —Hijo de un príncipe de Habsburgo y de Juana la Loca, heredera de España, una serie de muertes prematuras reunió en su cabeza, a los veinte años, las coronas de España, Alemania y el Imperio; un dominio inmenso, y de ahí el dicho popular de que en sus tierras, comprendidas las colonias de ultramar, nunca se ponía el sol. Pero este Imperio universal que pareció renovar la unidad medieval, tuvo vida efímera. Carlos hubo de afrontar la tenaz hostilidad de Francia, amenazada en su seguridad, de donde la interminable serie de guerras, nunca, por otra parte, decisivas; las tendencias particularistas en el interior, especialmente españolas; el incendio religioso político antiunitario, desencadenado por la rebelión luterana; finalmente, el peligro turco, cada vez más amenazador en el Mediterráneo y en los Balcanes hasta en Hungría. El fracaso general de su política se manifestó en la doble abdicación que volvía a dividir sus Estados (España a su hijo Felipe, Alemania y el Imperio a su hermano Fernando). Vivió sus últimos años en un monasterio.

CASANOVA, Juan Jacobo (Venecia, 1725 - Dux, Bohemia, 1798). —Hijo de actores educado despreocupadamente, pronto libertino, jugador, aventurero. Anduvo por Europa; de regreso a Venecia, detenido por impiedad, magia y masonería; quince meses en los Plomos y luego la famosa evasión. En París dirige la lotería real, recibe encargos diplomáticos, viaja por doquier, gana, juega, va a la cárcel, huye, desaparece y constantemente seduce mujeres. Espía de Venecia, luego echado por un libelo escandaloso. La muerte lo cogió al lado del conde de Waldstein, que lo había tomado como secretario. Tuvo ingenio versátil, escribió también una novela que anticipa las de Verne; vivacísimo el libro sobre la fuga de los Plomos. Las *Mémoires*, escritas en francés, publicadas por primera vez en alemán por la casa Brochhaus en 1822, en buena parte verídicas, si se quita la abundancia de episodios eróticos, constituyen un precioso cuadro de la vida privada del siglo dieciocho.

CATILINA, Lucio Sergio (108-63 a. de C.).—Patricio, entre los más activos colaboradores de Sila, la «conjura» que más tarde se produjo bajo mi nombre nos ha sido referida por historiadores de la parte adversa (Salustio, Cicerón), y aparece, así, más que otra cosa, una audaz y rufianesca explosión anarquista. Cicerón supo denunciar con habilidad anticipadamente lo que todavía se andaba preparando, valiéndose de acusaciones infamantes, acaso calumniosas. Obligó así a Catilina para que huyera de Roma y sorprendió en una sola noche, con procedimiento sumario, a los notables implicados que quedaron en la ciudad. En la batalla decisiva en los montes de Pistoya, entre las tropas regulares y las colecticias de Catilina, éstas llevaron, naturalmente, la peor parte, aunque, por lo demás, no dejaron de combatir valerosamente, comenzando por Catilina, caído en el campo.

CATON, Marco Porcio, llamado el Censor, ya sea por el rigor extremo con que en el 184 a. de C. ejerció en Roma aquel cargo, y sea para distinguirlo del Uticense, que vivió más de un siglo después (321-149 antes de Cristo) —Una de las figuras más singulares de la antigua Roma, cuya austeridad y severidad de costumbres exaltó y defendió contra las tendencias más libres llegadas de Grecia, después de la guerra con Aníbal. Famosa es su larga lucha contra Escipión el africano, jefe de la nobleza inclinada al nuevo estilo de vida. Durante toda su vida acusó y fue acusado continuamente, intentó procesos y los sufrió. Obsesionado por el poder cartaginés, quería a toda costa su total destrucción (cada discurso político suyo, cualquiera que fuese su tema, terminaba siempre con la frase famosa: *Setera censo Cartaginés ese dependan*). Viudo, se casó a los ochenta años con la hija de su cliente Salomeo. Exaltado con elevadísimos elogios por Cicerón y por Livio, no estuvo, por lo demás, exento de culpas (avaricia sórdida, aversión hacia la cultura, ciegos prejuicios).

CATULIO, Gayo Valerio. —Veronés, vivió treinta años, o poco más, entre el 87 y el 54 a. de C. Residía con frecuencia en la península de Sirmión, sobre el lago de Garda, exaltada en sus cantos. Uno de los máximos poetas de la latinidad, expresó en sus composiciones líricas los motivos más secretos del corazón, ya delicados o ya violentos: el arrebatado amor por Lesbia, la rebelión y el odio por sus traiciones, la resignación que se hace plegaria, la ira y el desdén que vuelven a brillar en epigramas, con frecuencia, semejantes a invectivas plebeyas.

CELESTINO V, Papa del 29 de agosto al 13 de diciembre de 1294 (Pedro Angeleri [?], Isernia, 1215 - Alatri, 1296).—Contemplativo y eremita por natural vocación, jefe de los grupos de franciscanos espirituales, sensible a las profecías joaquinistas, debió la elección de pontificio —más que a la fama de santidad que rodeaba sus eremitorios sobre visille y el monte Morrone— a la prolongada vacante del trono papal a la Imposibilidad de un acuerdo entre los cardenales, divididos por las rivalidades entre las poderosas familias de los Orsini y de los Colonna, y a la influencia del rey de Nápoles, Carlos II de Anjou. Su casi inmediata abdicación (única en la historia del Papado) suscitó no menos inmediatas discusiones para establecer los verdaderos motivos de la misma. Parece que a Celestino quiere aludir, según la mayoría de los comentaristas, desde sus contemporáneos, el famoso verso del -gran rrlflutolia- gran renuncia] del Infierno de Dante. Se sospechó que el cardenal Caetani, inmediatamente elegido después de la abdicación (Bonifacio VIII), no era extraño a la

decisión de Celestino. De cualquier modo, procedió a hacerlo detener después que había huido de Roma y lo encerró en un castillo. Canonizado por Clemente V en 1313.

CENCI, Beatriz (1577-1599). —Su padre, Francisco, nacido en 1549; era hijo natural de un monseñor: cruel, violento, sensual, se hizo culpable de torpes delitos. Casado a los catorce años, tuvo doce hijos, la mayor parte de los cuales murieron trágicamente en tierna edad, víctimas de sus maquinaciones. Confinó a su hija Beatriz y a su segunda mujer, Lucrecia, en el castillo de Petrella Salto, entre Rieti y Aquila. Beatriz, semejante por naturaleza al padre, no se resignó y con la complicidad del castellano, convertido en su amante, así como del hermano primogénito Jacobo, preparó la muerte del padre. Simulada una desgracia, la verdad fue, sin embargo, descubierta en seguida y todos los culpables o muertos o pro-cesados. Nada pudo la defensa in extremis de Beatriz, fundada sobre la falsa acusación de estupro por parte del padre, y las condenas, también por intervención del Papa Clemente VIII, fueron severísimas. Torturado y descuartizado Jacobo, decapitadas Beatriz y Lucrecia en la plaza del puente del Santo Ángel ante una inmensa multitud, en gran parte con-movida por la suerte de Beatriz, que tenía aún el aspecto de niña. Siguieron violentas polémicas en pro y en contra de la condena. Floreció toda una literatura sobre el tema.

CENCIO DI STEFANO (siglo XI d. de C.).—Noble romano, jefe de la oposición al poder temporal del Pontífice. Hijo del prefecto de la ciudad, muerto el padre, aspiró a sucederle, pero triunfó el otro candidato, y entonces Cencio —hombre facineroso, reo de los peores delitos— se hizo fuerte sobre el puente de Adriano, a la entrada de la ciudad leonina, e impuso un peaje a los que pasaban. Partidario de Cadalo, obispo de Parma, elegido antipapa de Alejandro II, con el nombre de Honorio II (1061). Intentó un golpe audaz contra Gregorio VII. En la noche de Navidad de 1075, mientras el Papa celebraba la Misa en Santa María la Mayor, irrumpió en la iglesia a la cabeza de unos armados y raptó al Papa, llevándolo prisionero a su torre. Pero el pueblo se sublevó en favor del pontífice. Cencio, viéndose perdido, imploró misericordia a Gregorio y obtuvo el perdón de la vida a condición de ir en peregrinación a Jerusalén, lo que no hizo, sino que se encerró en su castillo de la campiña romana. Parece que Cencio antes del atentado había informado de ello a Enrique IV invitándolo a asumir el gobierno de Roma. Dirigiéndose a encontrarse con el emperador en la alta Italia, para ponerse a su servicio, murió en Pavía, en los días de Canossa (1077).

CLEÓN. —Se lee en Tácito, Anales, XV, 45: «Contaron algunos historiadores que por orden de Nerón un liberto de Séneca, llamado Cleón, se disponía a envenenarlo y que Séneca se había salvado o porque el liberto había traicionado la orden recibida o por su propia desconfianza...»

CLEOPATRA (69/68-31 a. de C.).- -Última reina de Egipto, de la dinastía de los Tolomeos. Subió al trono el año 51 y mostró pronto gran energía y voluntad de mando. De aquí la oposición de la corte que la obligó a huir hacia Oriente. La intervención de César (48) le restituyó el trono y consolidó su poder. Famoso es el modo cómo Cleopatra llegó por vez

primera hasta César, dentro de un envoltorio de alfombras. Tuvo un hijo del dictador romano, llamado Cesarión. Hasta los idus de marzo, estuvo en Roma. Regresada a Egipto, victorioso Antonio en Filipos, fue a su encuentro, conquistándolo con su fascinación de reina greco-oriental y de mujer refinadísima. El sueño de una monarquía universal inspirada por ella debió de parecerle próximo a realizarse. Del grave escándalo y turbación de los romanos fue expresión Octaviano. La guerra declarada contra Cleopatra se resolvió en la batalla de Accio. Al penetrar Octaviano en Egipto nada pudieron sobre él las artes de Cleopatra. Habiéndose suicidado Antonio, también se mató Cleopatra de un modo misterioso. La versión oficial habló del áspid llegado a la prisionera en una cesta de higos.

CLODIA. —Hermana de Publio Clodio, tribuno de la plebe en Roma; esposa en el 63 a. de C. de Q. Metelo Celer, muerto inesperadamente el 59. Sospechosa de esta muerte por su conducta escandalosa. Cicerón, mortal enemigo del hermano de Clodia, describió con sombríos colores en la oración Pro Caélio (pues Clodia le había acusado por venganza) sus corrompidas y abyectas costumbres. Su identificación con la Lesbia cantada por Catulo —que nos refiere por vez primera Apuleyo, escritor del siglo ii d. de C. — parece cierta, aun cuando no falten hoy todavía aquellos que la niegan.

CORDAY, Carlota (1768-1793). —Pasó su juventud en Normandía, primero en la abadía de la Santísima Trinidad en Caen, donde leyó muchísimo; luego, suprimidas por la revolución las casas de los religiosos, en casa de una pariente. Partícipe de la oposición girondina a los excesos del Terror, concibió el propósito de liberar a la patria y a la humanidad de uno de los mayores responsables de aquellos excesos, Marat. Provista de un adecuado pretexto llegó a París el 11 de julio de 1793 y logró hacerse recibir en seguida, exactamente en el baño, por la urgencia de las revelaciones sobre la rebelión girondina en Caen que estaba en situación de hacer. Lo mató clavándole un cuchillo en el pecho. Condenada, afrontó la guillotina con viril decisión. Entre los antepasados de su familia estaba Corneille, con un famoso verso con el que terminó su carta despidiéndose de su padre: *Le crime fait la honte et non pas Véchafaud.*

CONSTANTINO I, emperador, llamado el Magno (hacia 280-337). — Hijo del emperador Constancio Cloro y de Elena, más tarde convertida y santa (famosa por la búsqueda de lugares y recuerdos de la vida de Jesús, a ella se debe, según la tradición, el hallazgo de la Cruz). De notables virtudes militares, no conoció más que victorias. En el transcurso de las negociaciones y de las luchas entre los diversos Augustos y Césares, hizo condenar a muerte a Maximiano (o le obligó a suicidarse), con cuya hija, Fausta, se había desposado. Del 312 es la decisiva campaña contra Majencio, concluida con la victoria del Puente Milvio. Antes de la batalla, Constantino habría tenido la visión que lo convenció para poner la cruz en sus enseñas. Del 313, el edicto de tolerancia dado en Milán que liberaba a los cristianos de las catacumbas y de las persecuciones. Condenó a muerte, posteriormente, a Licinio, Augusto de Oriente, después de haberle garantizado la vida, y fue único señor de todo el Imperio. Tuvo influencia determinante en el Concilio de Nicea, que condenó la herejía arriana. Oscura es la tragedia familiar en la que murieron, por orden de Constantino, su esposa Fausta e hijo Crispo. Fue bautizado sólo en el lecho de muerte.



CRISTIANA, o más comúnmente Cristina, Wasa, reina de Suecia (1626-1689). —Hija del gran rey Gustavo Adolfo, recibió una educación vastísima. Los favorables comienzos de su reinado (la paz de Westfalia consagraba en 1648 las victorias de su padre) la exaltaron desmedida-mente: gastos excesivos (también por llamar a Estocolmo a los hombres de mayor cultura de su tiempo, entre ellos a Descartes), intrigas y voz de su conversión al catolicismo, excitaron al pueblo contra ella. Abdicó en 1654 y marchó a Roma, donde hizo solemnemente la profesión de fe prescrita por el Concilio de Trento. Amante del joven cardenal Azzolino, trabajó con la Francia de Mazzarino para obtener la corona de Nápoles, influyó en la elección de los Papas, de modo que Azzolino pudo ser secretario de Estado con Clemente IX. En vano apoyó el Papa su candidatura para el trono de Polonia. Suecia no quiso admitirla de nuevo en su patria. Mayores satisfacciones obtuvo del lado de la cultura. Tuvo parte notable en el movimiento literario de su tiempo y en su palacio romano de la Lungara surgió la Arcadia. Famosas su biblioteca y su pinacoteca.

CROMWELL, Oliverio (1599-1658). —Jefe de la oposición parlamentaria contra Carlos I Estuardo en Inglaterra; luego, artífice de las victorias sobre el rey en la guerra civil; posteriormente, animador de las dramáticas vicisitudes que culminaron en el proceso y en la condena capital de Carlos. Sometió con sangrientas represiones Irlanda y Escocia, violó el Parlamento haciendo expulsar de él, manu militari, a los diputados; se convirtió en el árbitro supremo del país, con el título de Lord Protector. Puritano, privó a los católicos y anglicanos de toda libertad de culto. En política exterior dio impulso fortísimo a la expansión inglesa. Con el Acta de Navegación hirió de muerte al tráfico marítimo de la poderosa Holanda y echó la base del dominio sobre los mares. Renovadas oposiciones en el interior le indujeron a disolver, en 1658, el Parlamento, elegido asimismo en régimen de dictadura militar, con las famosas palabras: «Que Dios sea juez entre vosotros y yo». Después de su muerte, tanto en la opinión pública (ultrajes a su tumba y al cadáver, estatua en Westminster) como entre los historiadores, encontró extrema disparidad.

CURIO DENTADO. —Cónsul varias veces en Roma entre 290 y 270 a. de C.; logró repetidamente el triunfo por haber vencido definitivamente a los samnitas, por haber debelado a los sabinos, por haber derrotado a Pirro en Benevento. Entre las generaciones siguientes, Curio representó el tipo ideal del romano antiguo, austero, Incorruptible, rigidísimo en el cumplimiento del deber. Ennio hubo de escribir de él: quem nemo ferro potuit superare nec auro, Quedó como famoso el episodio de los embajadores samnitas, que vieron desdeñosamente rechazados sus regalos de oro.

DARWIN, Carlos (1809-1882). —Encaminado por su padre hacia la carrera eclesiástica, la abandonó por el estudio de la naturaleza, que lo apasionaba extraordinariamente. Tomó parte, como naturalista, en la famosa expedición científica del Beagle, el navío que exploró durante cinco años las costas de América meridional y los mares del Sur. Sobre las experiencias y observaciones realizadas en aquel viaje, fundó sus investigaciones sobre el origen de las especies, completándolas luego con el estudio de las variaciones en los animales y en las plantas. Nació así la teoría de la evolución, que tanta

importancia adquiriría posteriormente, tanto en el campo científico como filosófico. Trabajó entusiásticamente toda la vida, con desinterés, no movido por la necesidad. Su primitiva fe se había apagado en un vago agnosticismo.

DAUMIER, Honorato (Marsella, 1808 - Valmondois, Seine-et-Oise, 1879). —Litógrafo, pintor y escultor francés, conoció también la prisión, bajo Luis Felipe, por sus caricaturas de los hombres de gobierno, más candentes y punzantes que un violento artículo polémico. Comentó su época burguesa —política, costumbres, crónica— con un vigor realista y una potencia satírica excepcionales. En la segunda parte de su vida prevaleció el pintor, pero con mucho menor éxito. Su poder de representación —en temas recogidos de la vida cotidiana no menos que de la leyenda sólo fue intuido y afirmado por Corot y otros pocos artistas. Murió solitario y olvidado.

DE FOE, Daniel (1660-1731). —Escritor, comerciante y político inglés. Viajó mucho, participó en la lucha política en favor de Orange, llevó una vida fastuosa y dispendiosa, de modo que su hacienda se hundió. Ejerció el espionaje en favor del gobierno, pasó de una especulación a otra. Detenido y condenado a prisión y a la picota por un libelo engañoso. Fundó, en 1704, un periódico, *The Review*, del que publicó posteriormente una edición escocesa con crónica local, anticipándose así al periodismo moderno. A los sesenta años publicó *Robinson Crusoe*, *La necesidad de dinero*, el afán de los libros de viajes y de aventuras de delincuentes lo impulsaron a escribir novelas de este género. Presentaba a los editores un resumen, establecía primero el número de páginas y firmaba los contratos. Fueron vidas de filibusteros, de prostitutas, de malhechores, interesantes por la natural eficacia del estilo y por la fuerza de la experiencia vivida. De conducta nada ejemplar, no obstante su puritanismo, por el criterio de ventaja personal, aun en el matrimonio.

DEMADES (380-319 a. de C.).—Orador y hombre político ateniense, rival de Demóstenes, hecho prisionero en la batalla de Queronea, con su ingenio y su elocuencia conquistó al vencedor, Filipo de Macedonia, y desarrolló una obra de mediación para la paz. La misma política observó con Alejandro, y siempre con éxito. Después de la muerte de éste fue blanco de diversas acusaciones. Caído en desgracia también en la corte macedónica, se le hizo matar juntamente con su hijo Demeas, por Casandro, hijo de Antipatro, el gran general de Alejandro. La elocuencia de Demades resultaba eficazísima tanto en las negociaciones diplomáticas como ante el pueblo. Improvisaba siempre y jamás escribió nada.

DESSALINES, Jean-Jacques (1758-1806). —Haitiano, esclavo, participó en la insurrección de 1791, conquistó la libertad personal, hizo rápida carrera militar bajo los franceses revolucionarios. En 1797 era general y combatió valerosamente contra los ingleses. Pero Napoleón quiso restablecer la esclavitud en la isla y estalló la guerra. Dessalines la condujo con decisión extrema hasta la ferocidad; pudo entonces valerse de la ayuda inglesa y acabó por echar a los franceses y hacerse proclamar por los negros gobernador general vitalicio. Exterminó entonces implacablemente a todos los franceses que quedaron y juró

odio eterno al nombre francés y excitó a los suyos a la venganza. En 1805 se hizo proclamar emperador de Haití con el título de Jacobo I. La bárbara ferocidad de su carácter se manifestó también contra sus propios fieles, los cuales se sublevaron y lo mataron en una emboscada, a las puertas de Puerto Príncipe.

DINDORF, Carlos Guillermo (Leipzig, 1802-1883). —Filólogo clásico entre los más grandes de su tiempo, publicó a Homero, Esquilo, Sófocles, Aristófanes, Esquino, Isócrates, Demóstenes, Jenofonte. En la colección Didot cuidó, además de los poetas dramáticos, también de Herodoto, Luciano y parte de Flavio Josefo. Publicó, además de numerosísimos trabajos» menores, la colección completa de los escolios de la *Ilíada*. Fue profesor en Leipzig y en Berlín entre 1828 y 1833, año en que renunció a la cátedra para dedicarse exclusivamente a su trabajo.

DON CARLOS (1546-1568). —Hijo de Felipe II y de su primera esposa, debe su fama, quizás innmerceda, a la pintura y a la poesía, que idealizaron su figura, como si personificase los valores de la libertad moderna contra el autoritarismo del padre. Tuvo carácter bizarro, violento, contradictorio, rebelde. Es seguro que odió mortalmente a su padre. Encarcelado por razones no bien comprobadas (se habló tanto de sus contactos con los rebeldes flamencos como de los celos de Felipe II respecto a su tercera esposa Isabel), se entregó a excesos y extravagancias de toda clase. Se sospechó que el rey le había hecho matar, y la muerte de la reina, sobrevenida pocas semanas después, alimentó la leyenda de los amores entre ésta y su hijastro y de la venganza del rey.

DORVAL, María (1798-1849).—De la familia bretona de los Delaunay, cómicos de provincia, comenzó a recitar de niña, se casó a los dieciséis años con el actor Dorval, y, más tarde, en segundas nupcias, con un periodista. Entre sus amantes, De Vigny, abandonado, después, por Alejandro Dumas. Conoció un éxito inmenso y, por lo que dice Jorge Sand, fue una de las más grandes actrices y una de las mujeres más notables del siglo. Encarnó las grandes heroínas del teatro romántico.

DOSTOIEWSKI, Teodoro (1821-1881). —Uno de los mayores genios proféticos del 1800. Tenía veintitrés años cuando la crítica más autorizada y el público lo saludaron como «nuevo Gogol» por su primera novela *Pobre gente*; veintisiete, cuando habiéndose acercado a los ambientes del socialismo utópico, detenido y condenado a muerte, le llegó el indulto un instante antes de que su cuerpo pendiese de la horca; treinta y uno, cuando volvía de la «casa de los muertos», la Siberia de los trabajos forzados, con inmenso enriquecimiento de tremenda experiencia. Nació así el nuevo escritor que dedicará todo el resto de su obra al problema de la presencia de Cristo en el mundo moderno y a las trágicas antinomias que se derivan de ello. Vuelto a Petrogrado en 1859, participó en dos revistas, *El Tiempo* y *ha Época*; viajó por el extranjero, dominado por la pasión del juego y enfermo de epilepsia. Con las *Memorias del subsuelo* (1864) y *Crimen y castigo* (1866), se tiene no sólo el nacimiento del nuevo grandísimo escritor, sino de toda una orientación espiritual que tendrá gran desarrollo

en el futuro.

DRACÓN (segunda mitad del siglo VII a. de C.).—Se sabe poquísimo de él; la única noticia verdaderamente segura se refiere a su obra de legislador. Sus leyes tenían fama de gran rigor, tanto que se decía que habían sido escritas con sangre. El más pequeño hurto parece que era castigado con la muerte. Aún hoy, draconiano, de uso admitido, tiene el significado de extremadamente severo.

DUCASSE, Isidoro (Montevideo, 1846-París, 1870). - Poeta francés, más conocido bajo el seudónimo de Comte de Lautrámont. Hijo de un funcionario del Consulado francés en Uruguay, fue a París por razón de sus estudios, que interrumpió, dándose a la literatura. Llevó una vida solitaria, dominado por sus grandiosas y delirantes fantasías. Entre 1868 y 1869, salen sus Chants de Moldoror. En los últimos meses de su vida frecuentaba los ambientes revolucionarios, donde pronunciaba discursos inflamados. Murió inesperadamente en circunstancias que han permanecido misteriosas. Desesperación y rebelión, en un clima de satanismo, son los temas esenciales de sus Cantos, que tuvieron gran influencia más tarde, especialmente sobre los surrealistas, y se consideran como un texto anticipador de la nueva poesía francesa, que encontraría en Rimbaud su más alta expresión.

EIFFEL, Alejandro Gustavo (Dijón, 1832 - París, 1923). —Constructor de obras metálicas, especialmente puentes y viaductos, atrevidísimos para su tiempo. Suya es la famosa torre de 300 metros de altura que domina, con su nombre, el panorama de París, erigida en 1889 con motivo de la Exposición Universal. Complicado en los escándalos políticos y financieros relacionados con la construcción del canal de Panamá, fue absuelto en el tribunal de casación. Estudió los problemas de la resistencia del aire y organizó un magnífico laboratorio experimental, cuya actividad fue utilísima para el desarrollo de la aviación.

EL-HAKIM. —Califa egipcio de la dinastía Fatimita, desde 996 a 1021. Los edictos dados, su comportamiento personal, su final misterioso, lo hace el personaje más extraño y difícil de la historia musulmana. Sus extravagancias tenían, sin embargo, por objeto la aplicación rigurosa de los preceptos islámicos y la consolidación de la herejía escita. Espíritu atormentado por su propia fe, enfurecido por el deseo de imponerla a los demás, sus caprichosos y crueles edictos pretendían moralizar la vida del pueblo. Prohibió a los hombres las tabernas y el juego del ajedrez; a las mujeres, salir de casa (los zapateros no podían confeccionar botas femeninas). A partir de 1008, persiguió cruelmente a judíos y cristianos y ordenó la destrucción de millares de sinagogas e iglesias, entre otras, la del Santo Sepulcro. En 1014, impuso la conversión al Islam o el éxodo forzoso de Egipto. En los últimos años se declaró encarnación divina y misioneros fidelísimos a él proclamaron la nueva doctrina. Surgió así la secta de los drusos, que venera a El-Hakim. Salió para un paseo nocturno y ya no volvió más. Se dijo que se habían hallado sus vestidos ensangrentados, pero muchos se negaron a creer en su muerte y esperaron su vuelta,

ELOISA (1101-1164). —Nada sabemos de la familia de Eloísa. Sólo no» es conocido su tío Fulberto, canónigo de Notre Dame de París, que la tuvo a su lado y confió su educación a Abelardo, ya célebre. Entre maestro y alumna se desencadenó pronto una violenta pasión. Eloísa hubo de huir a Bretaña, donde tuvo un hijo; Abelardo se casó con ella en secreto. Pero Fulberto se vengó atrocemente, mutilando al gran dialéctico al modo de Orígenes. Eloísa entró en el monasterio de Paráclito, en Argenteuil, y pronunció los votos solemnes. Comenzó entonces la conocidísima correspondencia (algunos dudan si no sería enteramente elaborada por Abelardo), que continuó hasta la muerte de él, que se había hecho también monje en la Abadía de San Dionisio. Este epistolario reúne la intensidad de la pasión con la sabiduría cultural y auténtica piedad religiosa. Eloísa sobrevivió a su marido durante veintidós años, honrada por prelados y Papas. Sus despojos mortales fueron unidos a los de Abelardo; todavía hoy, en el cementerio del Péré Lachaise, su tumba es común.

EPICURO (alrededor del 342-270 a. de C.).—Abrió su escuela en Atenas hacia el 306 y daba sus lecciones en el jardín. Más que maestro de doctrina, fue ejemplo de vida serena y paz interior. Tuvo gran número de discípulos, incluso mujeres. Venerado por todos como hombre «divino», salvador y libertador de la humanidad del temor a los dioses y a la muerte. Sus obras —numerosísimas— se han perdido casi todas. En el gran poema de Lucrecio (vide Lucrecio) *De rerum natura* (siglo I a. de Cristo) se encuentra una elevadísima exaltación de Epicuro y la exposición de su pensamiento. El epicureísmo tuvo amplísima difusión y fortuna, tales que compitió durante varios siglos con el mismo Cristianismo. Por una deformación no rara en la historia, epicúreo, sólo mucho más tarde adquirió el sentido corriente; al principio, por el ejemplo de su fundador y de sus discípulos, significó, por el contrario, vida ascética, renuncia al mundo de los sentidos y de las pasiones.

EP1PANES (filósofo griego del siglo n d. de C.).—Hijo del hereje cristiano Carpócrates, murió a los diecisiete años, pero no sin haber expresado su pensamiento fundado sobre la negación más radical de las leyes y de la propiedad, como fuentes únicas del mal y de la culpa. Suscitó gran admiración entre sus contemporáneos, tanto que los habitantes de Cefalonia y de Samos le levantaron templos y lo veneraron como un dios.

EPICTETO (50-125 d. de C.).—Frigio de nacimiento, llegó a Roma como esclavo. Pudo enseñar, pero luego fue obligado a marcharse por el edicto del emperador Domiciano, que expulsaba de Italia a todos los filósofos (94). Vivió, hasta su muerte, en Epiro. De él nos quedan, además del famoso *Manual*, traducido al italiano por Leopardi, cuatro de los ocho libros originarios de *Discursos*, recogidos por uno de sus discípulos, Arriano. Su pensamiento vuelve al cuadro tradicional del estoicismo.

ERPILES (siglo IV a. de C.).—Hetera griega, en la segunda parte de su vida convivió largo tiempo con Aristóteles, cuya primera esposa, Plicíades, había muerto. El gran filósofo y sabio, entre los más grandes de toda la historia del mundo, tuvo de Erpiles un hijo, Nicómaco,

al cual dedicó uno de sus libros de Ética.

EURIPIDES (480-406 a. de C.).—Según una antigua tradición, nació en Salamina el mismo día de la batalla en la que Esquilo combatió y que Sófocles, jovenzuelo, celebró cantando el peán. Tuvo extensa educación, despreció la gimnástica y el atletismo, y también la pintura, en la que, sin embargo, alcanzó, por lo que se dice, buenos resultados. Mantuvo estrechas relaciones con filósofos y sofistas; fue amigo de Sócrates. Las desventuras conyugales se refirieron como causa de su amargo pesimismo sobre la vida en general y sobre las mujeres en particular. Se alejó de Atenas ya viejo, en el año 408; la causa no es conocida. También es oscura su muerte, sobre la que florecieron leyendas. Según la más difundida, habría sido devorado por unos perros. A diferencia de los otros dos mayores trágicos, obtuvo, en vida, escaso y combatido éxito. Aristófanes, en sus comedias, se burlaba de él. Pero, a partir del siglo siguiente, durante toda la edad alejandrina, en el Renacimiento y hasta en Racine, fue el poeta más popular, más imitado, más representado y aclamado. Nuestro tiempo ha invertido las perspectivas y ha reconocido a Esquilo, con Aristófanes, el mayor de los trágicos, griegos.

FASANI, Raniero. —Fraile eremita que vivió en el siglo xiii, el primero de los suscitadores que conocemos del movimiento de los Disciplinantes. Se tienen poquísimas noticias de él y, aun éstas, adulteradas por excesos milagrosos. Es cierto que entre 1258 y 1268 recorría las calles de Perusa y de la comarca vestido de saco, ceñido de cuerdas, con la «disciplina» en la mano, incitando a la penitencia y flagelándose, seguido de una turba creciente de fanáticos. El pueblo se organizó en una asociación llamada de los «disciplinantes de Cristo». Desde Perusa el movimiento se propagó por Italia septentrional y el resto de Europa hasta Polonia.

FATIMA, hija de Mahoma y mujer de Allí, su primo y cuarto Califa. —Murió pocos meses después que su padre. La leyenda le atribuyó después excepcionales virtudes de humildad, de pobreza, de ascetismo (se ha hablado de posibles influjos del culto cristiano de María).

FIDIAS (siglo v a. de C.).—El más grande de los escultores griegos, famosísimos y celebrados en toda la Antigüedad quizá como ningún otro artista. Su vida, sin embargo, permanece relativamente incierta y sus obras —la mayor parte de ellas destruidas— sólo se pueden conocer a través de monedas y descripciones de escritores. Prefería las obras colosales. Amigo de Pericles, coordinó los trabajos para la Acrópolis de Atenas, de modo que a él, sobre todo, director de los diversos artistas que colaboraron en la empresa, se debe aquel admirable complejo y su mayor joya, el Partenón. Los enemigos de Pericles trataron de herir a éste en su gran protegido. Acusado de robar el oro y el marfil destinados a la gran estatua de Atenea Pártenos, parece que logró demostrar su inocencia; fue acusado entonces de impiedad por haber reproducido su efigie y la de Pericles en el escudo de la diosa. Encarcelado, murió en la prisión, de enfermedad o de veneno. Pero las noticias sobre todas estas vicisitudes

permanecen oscuras y contradictorias.

FELIPE II, Habsburgo, Rey de España (1527-1598). —Hijo de Carlos V, bajo él alcanzó España, con la paz de Cateau Cambresis (1559), el predominio europeo. Gobernó con rigidísimo absolutismo centralizado. Convencido de que el Rey recibía de Dios potestad incluso sobre las almas de sus súbditos. Mantuvo bajo su propia inspección aun a la Iglesia, apoyó y desarrolló la Inquisición (con gravísimas consecuencias para la economía española). Su obra de defensor de la fe culminó en la victoria de Lepanto (1571), tan celebrada como pobre en resultados duraderos. La insurrección de Flandes acentuó la hostilidad franco-inglesa. La guerra contra Inglaterra acabó con el desastre de la Armada Invencible (1588); Flandes obtuvo la independencia; la conversión de Enrique [V al catolicismo (París bien vale una Misa) impedía todo posterior aprovechamiento de las luchas religiosas en Francia. La decadencia española estaba ya presente antes de la muerte de Felipe II.

FLAMINIO, Tito Quincio (229-174 a. de C.). Patricio romano, cónsul el año 198, derrotó a Filipo V de Macedonia, proclamó la independencia griega en 196. Supo aprovechar hábilmente en favor de Roma las disensiones internas de Grecia. Catón, censor el año 184, le hirió gravemente con la destitución de su hermano Lucio, del Senado, por indignidad. Pero no sólo este motivo personal lo separó de Catón, sino todo el planteamiento político, desde su declarada simpatía por Grecia y por el imperialismo de Escipión hasta su actitud favorable hacia la nobleza y aversión respecto a la plebe rural.

FOOTIT. —Llevó este nombre un conocidísimo clown inglés, entre finales del siglo diecinueve y primeros años del nuestro.

FREDEGUNDA (siglo VI d. de C.).—Terrible y turbia figura de Reina de los Francos, que murió el año 597. No dudó frente a ningún delito con tal de obtener sus fines, más familiares y dinásticos que políticos. Sus hechos nos son conocidos a través de la poesía de Venancio Fortunato y la Historia Francorum, de Gregorio de Tours.

GALILEI, Galileo (1564-1642). —A los veintiocho años obtuvo la cátedra de Matemáticas de Padua; la polémica antiaristotélica se desató pronto, alimentada por los descubrimientos permitidos por el anteojo construido por el mismo Galileo. Se unió, fuera del matrimonio, con Marina Gamba, de la que tuvo tres hijas: la mayor, Virginia, luego Sor María Celeste, muerta a los treinta y cuatro años, de la que nos quedan 124 cartas a su padre, bastante notables. Llegado a Toscana invitado por el Gran Duque, se adhirió públicamente al sistema copernicano y planteó de un modo revolucionario la relación entre la Escritura y la ciencia. De aquí la intervención del Santo Oficio y la prohibición de ocuparse de la doctrina copernicana. Galileo acepto pero después de dieciséis años pasados en una fecunda actividad de científico, de filósofo y escritor, en 1632 publicó el Dialogo de massimi sistemi. Llamado al Santo Oficio fue condenado a la abjuración, a la cárcel y a la prohibición de escribir.

Luego de que abjuró, la cárcel le fue conmutada por el confinamiento de Andreti. Los últimos años, forzados, fueron dolorosos por la ceguera y por la muerte de la hija amada.

HERODES. En vida, caído en desgracia de Calígula, fue privado de su poder y condenado a destierro perpetuo en Lyon o en los Pirineos adonde lo siguió Herodías. No nos es conocido su fin. (No ha de confundirse con Herodes el Grande).

HIMLER, Heinrich (Múnich, 1900 - Lüneburg, 1945).—Organizador de las S. S. [Secciones de Asalto] nacistas, aun antes de que Hitler subiese al poder, Jefe de la Policía en la Alemania hitleriana, Ministro del Interior en 1943. En las últimas semanas de la guerra intentó, sin éxito, que se aceptase la rendición ante los angloamericanos separadamente de los rusos. Capturado por los ingleses en mayo de 1945, logró suicidarse con cianuro de potasio, huyendo así del proceso de Núremberg, que hubiese tenido en él al imputado más importante como directo responsable de los campos de exterminio.

HIPÓLITA. —Figura mítica de amazona. Interviene tanto en el mito de Heracles (que la mataría para arrebatarle el cinturón de Ares), como en el de Teseo (qué habría sido su esposo).

HOKŪSAI (1730-1819). —Pintor, dibujante y grabador japonés, comenzó jovencísimo a grabar estampas de paisajes y de flores. Su nombre de nacimiento era Katsushika; en el arte, adoptó varios, tomando el de Hokusai, bajo el cual se hizo famoso, hacia 1797. Tanto a través de la Ilustración como a través de obras enteramente originales, su arte fue madurando cada vez más. Usó sobre todo la impresión coloreada. En Europa se hizo célebre sobre todos los artistas de su país por obra de E. Goncourt. A él mirarán los impresionistas.

HOLDERLUM, Federico (1770-1843),--Poeta lírico alemán, entre los mejores, especialmente después de la publicación, realizada en 1916, de "Himnos y fragmentos". Compañero de estudios de Hegel y Scheiling en Tubinga, con una intensísima participación espiritual recíproca. Conoció también a Goethe y Schiller. Por el amor hacia Sussetta Gontard, idealizada en la figura de Diotima, en *Hyperion*, nace el poeta de potente originalidad. Helenismo y cristianismo deben, para él, armonizarse en unidad, pero se mantienen el ánimo dividido y combatido entre amores, o, más bien, cultos inconciliables. El iluminismo de tu tiempo no logra apagar el pro fundo impulso, religioso que lo mueve. En 1802 muere Sussetta. La tensión espiritual en Holderlin aumenta desmesuradamente; y sólo podrá descargarse en la elevación mística o en la locura. Holderlin conocerá una y otra. La poesía va asumiendo cada vez más el carácter de una visión alucinada en un lenguaje liberado de los vínculos lógicos. «Dios y el canto hechos una sola cosa», escribe. Errante, al mismo tiempo, su vida; se hace preceptor en Burdeos para vivir, pero deja el puesto y



atraviesa Francia a pie. En 1804 la cohesión de su espíritu se ha roto. Durante cuarenta años vivirá en la inconsciencia.

INOCENCIO III, Papa desde 1198 a 1216 (Lotario de Siega donde había nacido en 1160-1161). —Después de Gregorio VII y antes (le Bonifacio VIII, máximo defensor teórico y práctico del ideal teocrático, o sea de la supremacía del Vicario de Cristo sobre todos los poderes terrenos. Obtuvo, en efecto, señalados (aunque efímeros) éxitos en sus intervenciones en toda la política europea. Su obra de reforma de la Iglesia culminó en el gran Concilio lateranense de 1215 (el más importante, por las decisiones tomadas, de todo el Medioevo) y en el primer reconocimiento concedido a las Órdenes mendicantes de Santo Domingo y de San Francisco. Menos afortunada su acción en favor de una nueva Cruzada que hizo, que fue la cuarta, es decir, aquella que, más que más que todas sirvió miras temporales especialmente de Venecia). Combatió hasta el exterminio a los herejes, cataros y albigenses pero las correspondientes campañas militares escaparon a su dominio y se convirtieron en guerras de conquista y rapiña; Autor de diversas obras; famoso el *De contemptu mundi*.

IVAN IV, el Terrible (1530-1584). —Dejó una huella ya no borrada en la historia de su país extendiendo el poder del gran ducado de Moscú a toda Rusia y asumiendo por vez primera el título de Zar. A los tres años murió su padre y a los ocho, su madre; gobernaron los boyardos en lucha entre sí, que poco y mal se cuidaban del heredero niño. Pero bien pronto éste afirmó su poder de modo cada vez más grave y exclusivo, y adquirió, al mismo tiempo, nueva conciencia de la misión y responsabilidad del soberano. Sostuvo guerras victoriosas contra los tártaros y llevó el dominio moscovita hasta el Mar Negro, más allá de los Urales y hasta el Báltico. En un momento crítico para las armas rusas se valió de la mediación del Papa. Destrozó la aristocracia de los boyardos con sangrientas persecuciones. En 1581 golpeó con un bastón a su hijo mayor con tanta violencia que lo mató. Sincero sentimiento religioso, ingenio seguro y profunda cultura teológica, genio diplomático y sentido moderno del Estado, se unieron en él a oscuras pasiones irrefrenables.

JAEL. —En el Antiguo Testamento, en el libro de los Jueces, IV, 17-22, se lee la narración de la muerte alevosa de Sisera por parte de Jael. Tuvo así cumplimiento la profecía de Débora, que, incitando a Barac a la lucha contra los cananeos, le había predicho que Yavé pondría al general enemigo en manos de una mujer.

JARRO (Volterra, 1849 - Florencia, 1915). —Seudónimo de Julio Pió cini. Crítico dramático durante más de treinta años, de la «Nazione», de Florencia. Autor de novelas por entregas, de libros de anécdotas teatrales y de biografías de actores. Era famosa su glotonería, que pasó también a la literatura con los cuatro «Almanaques gastronómicos» («El arte de comer bien, con recetas, meditaciones, bromas, historietas culinarias, etc.») que Jarro compiló desde 1912 hasta su muerte.

JULIO II, Papa desde 1503 a 1513 (Juliano de la Rovere, Albissola, 1445). —El nombre escogido aludía a César, o sea a la voluntad de realizar una obra de restauración y de conquista. No puede olvidarse la actividad de reforma interna de la Iglesia, pero sin comparación más imponente la encaminada a robustecer el poder temporal de Estado entre Estados (aunque sea como garantía de la independencia espiritual) y el esplendor externo, a través de la cultura y las artes, de las cuales fue inteligente promotor. Participó, incluso personalmente (famoso su comportamiento en el asedio de Mirándola), en la guerra, primero contra Venecia y luego contra los franceses (con el célebre grito de « ¡Fuera los bárbaros! »). Encargó para sí a Miguel Ángel un gigantesco monumento sepulcral (nunca terminado), así como la bóveda de la Sixtina; al Bramante, la nueva iglesia de San Pedro; a Rafael, las Estancias Vaticanas.

JUSTINO I, emperador de Oriente (hacia 450-527). —Macedón, de familia campesina, llegó a Constantinopla bajo el reinado de León I. Entró en la guardia palatina y llegó a ser comandante jefe de la misma. Por su posición y por su fervor religioso, fue aclamado emperador el año 518. Según el historiador Procopio, era analfabeto e inepto para el gobierno. Persiguió a los herejes y mejoró las relaciones con la Iglesia romana. Antes de morir asoció al trono a su sobrino Justiniano.

KHUNRATH, Enrique (1560-1605). —Alquimista alemán, estudió Medicina en Basilea y la ejerció en Hamburgo y en Dresde. Se glorió de poseer «el secreto de la piedra filosofal». Sus escritos son oscuros, pero no carecen de interés para la historia de la alquimia.

KLINGER, Federico Maximiliano (1752-1831). —De humilde origen, participó vivamente de las aspiraciones para el despertar alemán proclamadas por Hamann y Herder, y las tradujo pronto en algunas tragedias de extrema tensión pasional y revolucionaria, entre las cuales la titulada *Urtum und Drang* (Tempestad y asalto) daría el nombre al movimiento literario. Breve fue su amistad con Goethe. No tenía aún treinta años cuando obtuvo un puesto de oficial en el ejército ruso. El tumulto juvenil pronto desapareció con la disciplina militar, tanto que recorrió rápidamente la carrera hasta los grados más elevados y entró en la corte. Desde 1803, fue superintendente en la universidad alemana de Dorpat, en Estonia, donde permaneció hasta su muerte.

LAIS. —Este nombre lo han llevado varias heteras griegas, a menudo confundidas una con otra. La más célebre es ésta, que vivió en Corinto durante los siglos v-iv a. de C. Tuvo entre sus adoradores a todo el gran mundo de la cultura y de la política. El primero en ser afectado por su belleza fue Apeles, el gran pintor ateniense, que encaminó a la joven por el camino de hetera, dándole la educación necesaria, según la costumbre del tiempo. La fama de su belleza y de su inteligencia se extendió por toda Grecia. Parece que acostumbraba a decir: «No sé qué se entiende por austeridad de los filósofos; vienen a llamar a mi puerta tan

a menudo como los demás hombres». La narración del traslado a Tesalia con su amante Hipóloco y de la muerte por parte de las mujeres celosas, parece referirse más bien a otra Lais, nacida en Sicilia y llegada a Corinto algunos decenios antes.

LAMB, Mary (1765-1847). —Hermana de Carlos, poeta, crítico y ensayista inglés, a quien la unió, además del afecto, un profundo entendimiento; escribieron en colaboración algunas obras para muchachos (famosos los *Tales from Shakespeare*). La locura fue hereditaria en la familia (tampoco el hermano estuvo enteramente inmune de ella); en un ataque, en septiembre de 1796, mató a su madre con un cuchillo tomado de la mesa puesta e hirió al padre. Por la devoción heroica de su hermano, que asumió la responsabilidad de tenerla consigo, le fueron evitados el proceso y el manicomio criminal. Vivieron largamente unidos, alternándose los períodos de normalidad, en los que trabajaban juntos, con aquellos otros en que la enfermedad recobraba su dominio.

LAMPE, Martín (siglo XVIII). —Antiguo soldado prusiano, fue el servidor fiel de Manuel Kant. La proverbial regularidad mecánica de la vida del filósofo de Koenigsberg tuvo en Lampe su puntual y vigilante custodio, desde el despertar a las cinco de la mañana hasta los 14 grados constantes de temperatura en casa.

LIU LING (ni siglo d. de C.).—Es el primero de un grupo de siete poetas, conocido en la historia de la literatura china con el nombre de Bosquecillo de Bambú. Bebedor excepcional, se hacía acompañar constantemente por un criado con el vino y por otro con una azada para que pudiera ser enterrado inmediatamente en el mismo lugar donde le hubiera cogido la muerte.

LUCRECIO, Tito Caro (probablemente 99-55 a. de C.).—Su vida ha permanecido misteriosa: incierto su origen, la fecha y el lugar del nacimiento y de la muerte. San Jerónimo nos da la noticia, bastante probable, de que *De rerum natura* se publicó póstumamente (e incompleta) por Cicerón; y la otra, bastante dudosa, de que estaba afectado de locura intermitente ocasionada por un filtro amoroso y que, en un acceso del mal, se mató por su propia mano. Poeta entre los mayores de todas las literaturas, expuso en su poema, que nos ha llegado entero, la doctrina de Epicuro (vida de Epicuro).

LUIS XVI, rey de Francia (1754-1793). —Contrajo matrimonio con María Antonieta Habsburgo, hija de la emperatriz María Teresa. Subió al trono en 1774. Sencillo y honesto, se propuso reprimir la anarquía disipadora de la corte, viniendo a coincidir con los deseos populares. Pero las grandes esperanzas quedaron pronto fallidas. No obstante sus buenas intenciones, Luis quedó siempre por bajo de la misión, ciertamente gravísima, que la situación imponía. Vacilante, débil, no siguió nunca hasta el fondo una política determinada. Así con Turgot, así con Necker, sus ministros. Convocados los Estados Generales, continuó frente a la Asamblea su actitud contradictoria, sufriendo la Influencia reaccionaria de la corte,

donde se comenzaba a esperar en la ayuda extranjera y a tramar para ello. La fuga fracasada de Varennes desacreditó a Luis; su oposición a las leyes contra los emigrados y los sacerdotes refractarios fue el pretexto para los extremistas. El 10 de agosto de 1792, el pueblo, tumultuoso, imponía la detención; el 21 de septiembre, la Convención, recién elegida, proclamaba la caída de la monarquía; el proceso, decidido el 3 de septiembre y desarrollado entre el 27 y el 6 de enero de 1793, concluía con la condena a muerte, votada el 16 (387 votos;\* contra 334) y ejecutada el 21.

MAHOMA (nacido en La Meca entre el 570 y el 580 y muerto en Medina el 632). —Fundador de la religión y del Estado musulmanes El Corán es el libro sagrado que contiene sus revelaciones.

En el primer período de su vida, antes de la hégira, o fuga a Medina (622), su inspiración fue exclusivamente religiosa y no implicaba en modo alguno la guerra contra el Judaísmo y el cristianismo, con los cuales tenía, más bien, muchos puntos de contacto, comenzando por el monoteísmo. Pero la oposición de los notables de La Meca, la ciudad santa del antiguo paganismo árabe, lo llevó al terreno político y militar con la fundación del nuevo Estado en Medina. La oposición doctrinal de los judíos allí residentes le impulsó, a pesar suyo, a perseguirlos, hasta su completa y cruel supresión. Mahoma fue exaltado o denigrado casi siempre en modo excesivo. Las contiendas entre las mujeres celosas (mientras vivió su primera mujer, Cadisa, fue monógamo y de conducta correctísima) llenaron las leyendas. Rechazó siempre hacer milagros y, en verdad, su milagro consiste, históricamente, en haber hecho de tribus paupérrimas y nómadas un pueblo férreamente unido que se lanzó, durante siglos, a la conquista del mundo en nombre de una fe religiosa.

MAINLANDER, Felipe (seudónimo de Felipe Batz) (1841-1876). — Alemán, seguidor de Schopenhauer, ejerció el comercio hasta que se mató en lo que hoy se llamaría un suicidio metafísico. Había expuesto su concepción pesimista (más extremosa, que la, de **mu** maestro, ya que, a diferencia de éste, admitía, o más bien propugnaba, el suicidio) en la obra *La filosofía de la redención*.

MALDONADO, Rodrigo (Siglos XV-XVI). —Consejero de la Corona española y gobernador de Salamanca, formó parte de la Comisión que examinó la propuesta de Colón. De esta Comisión poco se sabe y el tema ha sido Amplificado por la leyenda. Parece que estuvo, sobre todo, compuesta por prelados y dignatarios de la corte, doctos en teología o hábiles políticamente pero no competentes desde el punto de vista científico. Esta es, por lo menos, la tesis de los historiadores favorables a Colón. De los comisarios sólo nos son conocidos Maldonado y Hernando de Calavera; prior del monasterio del Prado, confesor de la Reina Isabel y luego obispo de Ávila, De Maldonado tenemos una relación — escrita muchos años después— en la que se dice que la Comisión, compuesta por letrados, doctos y marinos, discutió únicamente de las nuevas tierras que descubrir y que estuvo unánime en no considerar verosímil lo que decía Colón. Hay el hecho, sin embargo, de que nunca se emitió una sentencia decididamente negativa; se limitó a prolongar las cosas, sin pronunciarse.

MAQUIAVELO, Nicolás (1469-1527).- Por las funciones públicas desarrolladas en la administración de la república, a partir de 1498, inmediatamente después de ser quemado Savonarola, le quedó el nombre de *secretario florentino*. Vuelto los Médici en 1512, fue arrojado del cargo y confinado, además de procesado y torturado por sospechas de participación (acusación que resultó sin fundamento) en la conjura de los Coli y Capponi. El confinamiento en San Casiano le dio ocasión y facilidad para escribir sus obras más importantes. Es célebre la descripción, en su carta a un amigo, de la duplicidad de su jornada, de día, entre villanos en la taberna; con los grandes hombres de la Antigüedad, por la tarde, en su estudio. Volvió a alguna actividad pública después de 1520, pero por poco tiempo, pues lo arrebató la muerte. Sobre su pensamiento se han expuesto juicios o interpretaciones totalmente opuestos, más a menudo de severa condena moral, encerrada en el término maquiavelismo, de uso corriente. De todas formas, Maquiavelo permanece como un enigma sólo en parte descifrado.

MARAT, Juan Pablo (1743-1793). —Médico, vivió en Inglaterra, publicó obras científicas, filosóficas y políticas que suscitaban polémicas entusiastas en los liberales, preocupadas en los conservadores. Vuelto a Francia al con den no de la Revolución, se dedicó al periodismo y fundó «L'Ami du Peuple», donde comenzó a denunciar los peligros y las tentativas contrarrevolucionario». Sus opúsculos incendiarios y extremistas suscitaban tu oposición de la asamblea, que ordenó la supresión del periódico y la destrucción de su Imprenta. Escapó de la detención dos veces, refugiándose en Inglaterra. Abiertamente filojacobino en el periodo de la supremacía girondina, su periódico fue el principal instigador de los desastres de septiembre. Diputado de París en la Convención, entre los más violentos sostenedores del proceso y de la condena del Rey, con la caída de los girondinos alcanzó la cúspide del poder. Muerto por Carlóta Corday (*vide* Carlota Corday).

MATATÍAS (siglo II a. de C.).—Sacerdote de Israel en el pueblo de Modín, inició la rebelión contra Antíoco IV Epifanes, que quería desarraigar el tradicional culto) hebreo y había profanado el altar de los holocaustos con el ofrecimiento de sacrificios a Júpiter Olímpico. Invitado a celebrar actos Idolátricos por los mensajeros del rey, Matatías mató al enviado real y a un judío apóstata. Obligado a huir y a vivir clandestinamente, convocó a los fieles y dio comienzo a las guerrillas contra los judíos renegados y las tropas sirias. Murió un año después de estos hechos, encomendando a sus cinco hijos el encargo de continuar la empresa y designó a Judas como jefe militar. Será la guerra de los Macabeos, sobrenombre de los hijos de Matatías, que parece se ha de referir a un término judío que significa martillo. Noticias en I Macabeos, 2.

MESLIER, Juan (1664-1729, según Voltaire, 1678-1733). —Sacerdote célebre por su incredulidad. Se hizo amar de sus feligreses (Etrépigny, en las Ardenas) por su bondad y su justicia. No temía atacar desde el púlpito los abusos de los poderosos. Después de su muerte se encontró un escrito suyo titulado *Mon testament*, en el cual «rendía, por fin, testimonio a la verdad que no se había atrevido a decir en la vida», sobre los errores, los abusos, las vanidades, las locuras y la malicia de los hombres. Fue Voltaire quien lo publicó por vez primera y se sirvió de él en varias de sus obras como argumento de violenta polémica

contra la Iglesia católica. Nació así la sospecha de que el párroco Meslier sólo fuese una invención suya.

MILAREPA (Siglo XI). —Mago, poeta, eremita tibetano, tuvo dos vidas: una, mundana, cargada de culpas, y otra, religiosa, fundada sobre el aniquilamiento de los sentidos y la renuncia a cualquier felicidad terrena. Su memoria permanece todavía bastante viva en el Tíbet.

MILTON, Juan (1608-16-47). —Poeta inglés que vivió en el siglo de la revolución. Ya en Cambridge, en los estudios universitarios, había experimentado cómo el orden establecido —en aquel caso los programas de enseñanza— resultaba inadecuado para las nuevas exigencias. No participó en la vida pública, pero prosiguió estudiando en la hacienda paterna, en el campo; declaró que se preparaba para adquirir la inmortalidad y que el mundo no le rendía aún el tributo de honor que le correspondía. Viajó por Francia e Italia y fue el primero, entre los ingleses, que estudió a Dante. Vuelto a su patria, participa con una serie de opúsculos en las polémicas religiosas, en sentido presbiteriano. Se casó inesperadamente, pero al cabo de un mes su esposa volvía a casa de sus padres. Escribió entonces cuatro libros en favor del divorcio. Amenazado, escribió otra obra en defensa de la libertad de imprenta. Exaltó la república y la ejecución del rey. Ciego desde 1651, sacó de ello un motivo de autoexaltación, como especial gracia de Dios, por El predestinado a grandes obras. Combatirá todavía por la república después de la muerte de Cromwell, sosteniendo un puritanismo extremista. Tolerado por los monárquicos vencedores, realiza su obra maestra, El Paraíso perdido, en 1667.

MOLAY, Jacques de (1243-1314). —Último Gran Maestre de la Orden de los Templarios. Ésta había llegado, entre el siglo XIII y el XIV, a la cima de la potencia económica (con los templarios se había iniciado el gran tráfico bancario y en sus castillos se custodiaban los tesoros de reyes y de príncipes) y de la influencia política (a través de las empresas mili" tares, las vastísimas posesiones territoriales, el mismo poderío económico). Su ostentosa independencia frente a la Iglesia y el Estado determinó un fácil acuerdo entre Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, y el Papa Clemente V (ya en Aviñón y, por consiguiente, bajo la directa «protección» del rey). Llamado con un pretexto a Francia desde Chipre, donde residía, Molay fue detenido a traición en 1307 y sometido al escandaloso proceso de herejía que Dante selló con versos famosos (Purgatorio, XX, 92 y sigs.) y que determinó la supresión de la Orden. Obligado por la tortura a confesar las culpas más infamantes, ante la hoguera se retractó valerosamente, citando al Rey y al Papa ante el tribunal de Dios. La muerte en el mismo año de uno y de otro pareció reforzar la convicción pública de que había sido víctima de una enorme injusticia.

MONALDESCHI, Juan. —Descendiente de noble familia de Orvieto, fue gran escudero y amante de Cristina de Suecia. Durante las intrigas para obtener la corona de Nápoles, la ex reina vino a poseer una, carta en la que Monaldeschi, fingiendo que fuese otro

el autor de ella, revelaba las miras y los planes secretos de aquélla. Le fueron concedidas dos horas de plazo para poder confesarse, después de lo cual fue muerto por orden de «u amante.

MONOD, Guillermo (Copenhague, 1800 - París, 1896). —Miembro de familia de teólogos calvinistas franceses, fue pastor en San Quintín y en Lausana, luego en Argel, Rúan, París. Excomulgado por el consistorio Calvinista, por haberse adherido a la Iglesia evangélica libre fundada por su padre, Juan.

MONTAIGNE, Miguel Eyquem, señor de (1533-1592). —Familia enriquecida en el comercio y noble; educación humanista desde niño (conoció antes el latín que el francés); magistrado, dejó la vida pública a los treinta y ocho años para dedicarse enteramente a los estudios en el castillo paterno. Los famosos Ensayos fueron publicados por primera vez en 1580. Inmediatamente después, viajó durante más de un año por Italia, Suiza y Alemania. Dos veces alcalde de Burdeos, en el período más áspero de la guerra civil, mostró prudencia y habilidad; católico, no desmintió nunca su fe. La segunda y la tercera edición de los Ensayos, ampliadas, son de 1588 y de 1595. Escribió de sí mismo: «Mi alma está siempre en noviciado y de prueba». Su espiritualidad y su pedagogía sin íntimamente modernas en cuanto tienen en el yo su propio centro. Su «no tomar partido» anticipa la disponibilidad de Gide.

NAPOLEÓN I, Bonaparte (Ajaccio, 1769- Santa Elena, 1821). —Primer Cónsul de la República en 1799, Emperador de los franceses en 1804, dominó durante quince años Europa. La resistencia española, el desastre de Rusia, el poderío marítimo inglés, llevaron, por fin, a la total caída de Waterloo y de Santa Elena. Pero, no obstante la derrota y el destierro, a pesar de la restauración, Napoleón había contribuido ya poderosamente a difundir por doquiera los fermentos culturales y políticos madurados por la Revolución. Vencido y victorioso con aquella contradicción insuperable que pareció acompañar todo su destino.

NIETZSCHE, Federico Guillermo (1844-1900) —Testigo entre los más destacados de su tiempo, lúcido profeta, del nuestro y de sus catástrofes que se debatió en una trágica lucha interior sin reposo, que acabó en la locura (después de 1888). Filólogo de excepcional talento, dejó la Universidad por enfermedad, vagó por Italia y Austria, sin episodios externos de relieve, solo con su drama, exclusivamente, rigurosamente espiritual. Este dramatismo se proyecta tanto en los aspectos paradójicos de su obra (entre otros, en su violenta destrucción de toda fe y de toda religión, él, religioso por naturaleza), como en las contradicciones de su fortuna. En efecto, ha sido considerado como precursor de doctrinas y de hombres, que sólo a través de deformaciones y equivocadas interpretaciones se pueden referir a él.

NUMA HAWA. —Escribe el mismo Papini en *Pasado remoto* (pag. 21) «Venía a menudo al Parterre, la famosa domadora Numa Hawa, poco mujer, seria y carnosa, fajada

con dificultad por una malla rosa salpicada de lentejuelas oscilantes, que, de cuando en cuando, se asomaba a la entrada llevando al cuello, a manera de collar, una enorme serpiente boa, o acompañada por un gorila gruñiente, vestido con un gabancillo rojo. Estaba enamorado de aquel maduro pero hermoso marimacho, compromiso ochocentista entre una amazona y una valquiria, de la cual se contabais gestas increíbles».

OLGIATI, Jerónimo (siglo XV). —Discípulo del humanista Cola Montano (Nicolás Capponi de Gaggio Montano), educado y exhortado por éste a emular el amor a la libertad y el odio contra los tiranos, de los grandes ejemplos de la Antigüedad, Armodio y Aristogitón, asesinos de Hiparco, hijo de Pisístrato; Bruto y Casio, asesinos de César. Tomó parte con Gian Andrea del Lampugnani y Carlos Olgiati en la muerte del duque Galeazzo Sforza (1476). Condenado, por ello, a la pena capital. Cola Montano tuvo la misma suerte que Lorenzo el Magnífico en 1481.

OMAR, segundo Califa del Islam (del 634 al 644). —Primer contradictor acérrimo de Mahoma, se convirtió al islamismo naciente por una imprevista iluminación en el momento en que hería con la espada a su hermana, que se había hecho musulmana. Bajo su mando se realizó la primera oleada de las prodigiosas conquistas árabes. En el año 637 entró en Jerusalén. A él se debe, asimismo, la primera organización del Imperio islámico; fue quien instituyó el nuevo calendario a partir de la hégira (huida de Mahoma desde La Meca a Medina), fijada el 15 de julio del 622. La historiografía musulmana exalta su piedad y su justicia. Asesinado en la mezquita de Medina por un persa no convertido. Una tenaz tradición sostenía que había ordenado al general victorioso en Egipto que incendiase la biblioteca de Alejandría y que, durante seis meses, los baños de la ciudad fueran calentados con los libros de la misma

OTON III, emperador de la dinastía de Sajonia y rey de Alemania (980-1002). —Bajo la influencia de varias; personalidades, pero sobre todo, de Gerberto d'Aurillac, monje francés elegido Papa con el nombre de Silvestre II, no ajeno a las tendencias místicas concibió un vasto programa, más visionario que ambicioso, de restauración universal romana, tanto religiosa como política. Puso fin a los desórdenes anti papales de Roma con la captura y la muerte de Crescencia. Más que su abuelo, Otón I, volvía su mirada a Carlomagno. Ya aumentaban las nubes sobre su horizonte con una nueva insurrección de Roma, y la princesa bizantina con la que pretendía unirse (para poder unir también el Imperio de Oriente en su persona) no había llegado todavía, cuando, a los veintiún años, murió de imprevista enfermedad, quizá de viruela.

PAGANINI, Nicolás (Génova, 1782 - Niza, 1840). —Encaminado por su padre, cargador de puerto, al estudio del violín, alcanzó con exponencial precocidad tanto una habilidad portentosa con el instrumento, como una ardiente vena de compositor. Tuvo vida aventurera, escasa salud, éxito inmenso, pero no exento de contradicciones. De sus amores el único verdaderamente conocido es el de la cantante Antonia Bianchi, de la cual, en Palermo,



tuvo un hijo, Aquiles, Llamado por Metternich a Viena, estuvo en casi todas las capitales europeas. A veces, su aspecto físico suscitaba prevenciones y comprometía el éxito, pero el entusiasmo y la admiración acababan por prevalecer. Las extrema dificultades de algunos pasajes de sus obras nos confirman el juicio de sus contemporáneos sobre su asombrosa técnica de virtuoso capaz de tocar toda una, pieza sobre una sola cuerda, con efectos singularísimos. Nació así la leyenda de sus virtudes diabólicas. Vuelto a Italia, hubo de disminuir cada vez más su trabajo por la agravación de la tuberculosis que lo llevó a la muerte.

PEDRO DE BERNARDONE (siglos XII-XIII) —Rico comerciante de telas, en Asís, oriundo, quizás, de los Moriconi de Luca, se dirigía a menudo a Francia, para su comercio. Mientras estaba de viaje le nació un hijo, cuyo Hombre de Juan, dado por la madre, quiso cambiarlo por el de Francisco (francés), entonces bastante raro. Era el año 1182, aquel hijo gallardo, generoso, elegante, inteligente, valeroso en la lucha, destaca entre sus contemporáneos, despilfarra las riquezas paternas en lujos, fiestas, locas limosnas, con 01 disgusto, pero más con el orgullo complacido del padre. Muy distinto era el destino de aquel hijo que se le presentara delante, un día de 1206, extenuado y desfigurado, vestido de penitente, entre la mofa de la plebe. Despechado por la humillación encolerizado por lo que consideraba culpable extravagancia, lo engorro debajo de una escalera. Poco después (abril de 1207), en presencia del obispo, padre e hijo están frente a frente, abiertamente en contra, y Francisco para significar su renuncia a toda posesión terrena, se despoja de los vestidos que lleva y se los devuelve a su padre.

PEPYS, Samuel (1633-1703).—Debe su notoriedad al diario escrito, desde 1660 a 1669, en lenguaje cifrado, para propia diversión, sin ambiciones literarias, donde, junto con una viva pintura de su tiempo (la restauración de los Estuardos) se encuentra la ingenua confesión de su vanidad, de sus debilidades, de su placer de vivir. Desde el momento en que había tomado toda precaución para que nunca fuese leído por nadie» anota todo con sinceridad absoluta. De humilde empleado ascendió rápidamente en la carrera administrativa por su habilidad en los negocios, capacidad de organizador, sensibilidad para las reformas requeridas por los tiempos; fue considerado el modelo del funcionario civil. Los cargos más elevados que desempeñó son el de secretario del Almirantazgo y presidente de la Royal Society. Con la revolución de 1688, acabó su vida pública. El diario fue publicado parcialmente por vez primera casi dos siglos después, en 1825, y juzgado en seguida con entusiasmo por Walter Scott. La publicación íntegra (excepto algunos pasajes considerados impublicables) sólo se realizó en 1893-1899,

PICO DE LA MIRANDOLA, Juan (1463-1494).—Entre los más destacados intérpretes del humanismo, dotado de una prodigiosa erudición, trató con singular originalidad el tema del hombre, en el cuadro del ideal común en su tiempo, de una síntesis universal de inspiración platónica. Con la famosa oración De hominis dignitate (es excelente la versión contemporánea de Bruno Cicognani) se proponía inaugurar en Roma una gran disputa con los doctos de todos los países sobre todo el saber humano, resumido en 900 tesis. Pero encontró la oposición de la Curia y las tesis fueron condenadas como heréticas. Escapó

a la detención y vivió en Florencia bajo la protección de Lorenzo el Magnífico, hasta que fue absuelto por Alejandro VI. Habiéndose acercado a Savonarola, fue envenenado traidoramente por un sicario de los enemigos del fraile.

PITT, William (1708-1778). — Su obra tuvo influencia determinante en la formación del Imperio británico en su tiempo, aun (cuando participase directamente en el gobierno durante períodos relativamente breves y sólo fuese Primer Ministro durante dos años, más bien cuando su parábola comenzaba a declinar. Ministro de la Guerra durante la guerra de los Siete Años, desde la difícilísima situación inicial supo suscitar tal conjunto de energías, que llevó a Inglaterra al triunfo de 1763 (tratado de París), La gran oleada de aprobación popular, que se había impuesto incluso a la desconfianza del rey Jorge III, le abandonó por múltiples acusaciones de clientelismo cuando fue Primer Ministro en 1766, tanto que hubo de dimitir en 1768 y se retiró a la vida privada. Previó, pero sin ser escuchado, la tormenta que estaba para desencadenarse en las colonias americanas. Los acontecimientos demostraron que había visto con exactitud. Viejo y enfermo, tomó aún la palabra en el Parlamento con la antigua vehemencia, pero un ataque apoplético lo hirió mientras hablaba.

POE, Edgar Allan (Boston, 1809 - Baltimore, 1849).- Hijo de actores, conoció desde niño las miserias de una vida errante, pero la impresión mayor la tuvo con la muerte de su madre, tuberculosa, pocos meses después de la del padre, cuando aún no tenía tres años. Adoptado por una familia escocesa, los Allan, fue con ellos a Inglaterra y allí estuvo algunos años en un colegio. Tenía ya casi diez cuando volvió a América. Comenzó pronto a escribir versos, después de las primeras y precoces experiencias amorosas, y entre ellos los famosos: «Yo no he logrado amar sino allí donde la muerte mezclaba su aliento con el de la belleza >. En la Universidad de Virginia bebía y jugaba, hasta que rompió con los padres adoptivos. Expulsado de West Point. Habiendo ganado un concurso por una narración, fue redactor y colaborador de varios periódicos; en 1840 aparecía su primera colección de narraciones. La enfermedad y la muerte de su mujer (tuberculosa como la madre) fueron para él una obsesión; aumentaron sus desórdenes y sus excesos alcohólicos. Con la fama llegó también la muerte por delirium tremens en el hospital, después de que fue recogido en una taberna. El éxito de Poe en Europa fue debido a la traducción de Baudelaire.

POMPADOUR, Jeanne Antoinette Poisson, Marquesa de (1721-1764). — Bella, culta y elegante (da nombre a un estilo de decoración), logró introducirse en la corte de Versalles y conquistar al rey Luis XV, organizando sus diversiones, las fiestas y los espectáculos. Odiada por el pueblo, que veía en ella, dominadora del soberano, la causa de la ruina de Francia. En efecto, la política exterior del país, dirigida prácticamente por la Pompadour y basada en la alianza con Austria, tuvo por resultado la derrota de 1763, y, al fin, la pérdida de la guerra de los Siete Años. Protegió a filósofos y artistas como Montesquieu, Rousseau, Voltaire, y promovió la continuación de la Enciclopedia.

PRISCA o Priscila (último tercio del siglo n d. de C.). Profetisa seguidora de

Montano, iniciador del montañismo o «herejía frigia.» por la región donde tuvo origen. Por Pepucia, la ciudad santa del movimiento, los adeptos fueron llamados también pepucianos. Montano se proclamó revelador del Paráclito anunciado por Juan en el cuarto Evangelio. La doctrina ortodoxa de la Iglesia sostiene, por el contrario, que el Espíritu Santo se ha manifestado ya enteramente en Pentecostés, Las revelaciones de los montañistas acaecían en forma de violencia estática; su predicción se concretó en un extremismo ascético (ayuno, renuncia al matrimonio). La herejía, no obstante la rápida desaparición de los fundadores (Montano y Prisca habían muerto ya en el 178), se difundió ampliamente y entre los seguidores más famosos está Tertuliano.

PUSKIN, Alejandro (1799-1837).—Viviendo desde niño en una atmósfera literaria (la familia, de rancia nobleza estaba en relación con los mayores escritores de su tiempo), desarrolló rápidamente su genio poético. En el liceo imperial de Zarskoie Selo se nutrió de ideas e ideales liberalizantes. Ingresado en la administración estatal y en la buena sociedad de Petrogrado, hubo de alejarse de ella, para evitar males mayores, por sus composiciones líricas, que reflejaban ideas de tal género. Fue a Odesa y Besarabia con el séquito de un general y allí escribió sus primeras obras importantes. Confinado, siempre por razones políticas, pudo trabajar con facilidad y alcanzar su plena madurez. Escribió composiciones líricas, poemas, dramas, cuentos. Con el nuevo Zar, Nicolás I, obtuvo la libertad, se casó con Natalia Gonciarova y, después de un período de interrupción, volvió a escribir con renovado aliento, estimulado por la amistad de Gogol y de los mejores. De la corte le llegó el encargo de escribir una historia de Pedro el Grande. Fundó una revista, El Contemporáneo. Las intrigas mundanas en torno a su mujer y la envidia de los literatos le amargaron los últimos años. El emigrado francés barón D'Anthes, oficial de la guardia, cortejaba a la mujer de Puskin; un infame libelo anónimo hizo que Puskin desafiase a D'Anthes en duelo. Herido gravemente, moría dos días después.

QUEVEDO VILLEGAS, Francisco de (1580-1645). —Los estudios literarios y teológico-filosóficos le proporcionaron un sólido patrimonio cultural sobre el que se basará su multiforme actividad. Escribió lírica mitológica y novela picaresca, composiciones burlescas y humorísticas (los famosos Sueños), trabajos de exégesis filosófica, meditaciones místicas, memoriales políticos, de modo que su obra, en la edición póstuma de 1648, pudo ser ordenada en nueve Musas. Abierto y generoso, pero impulsivo, tuvo no pocos incidentes en su vida pública; entre otras cosas, mató a un desconocido en defensa de una mujer. Estuvo en Italia, dependiente del virrey de Sicilia, y desarrolló una amplia actividad diplomática que lo llevó a arriesgadas empresas y complicidades para disgregar en su interior a los Estados enemigos de España. Pudo escapar apuradamente de los ataques de Saboga y de Venecia, que veían en él un peligroso agitador. Muero el virrey; su protector, y siéndole muy hostil el duque de Olivares, Primer Ministro fue desterrado y denunciado a la inquisición. Logró volver al favor de la Corte y fue secretario de Felipe IV. Pero, nuevamente detenido y abandonado, pudo experimentar personalmente la decadencia espiritual de su patria por él intuida, descrita y marcada.

RAFAEL, Sanzio (Urbino, 1483-Roma 1520). —Quizás el más elevado representante

del ideal de perfecta armonía humana y de florida belleza serena al que se dirigió su tiempo. En aquel ideal se resolvió todo problema interior, todo drama espiritual; de aquí la apacible dulzura, la suavidad sin interrupciones de sus representaciones pictóricas. En la excelencia de su arte fue durante su vida, y aún hoy, el pintor más popular, capaz de despertar entusiasmos hasta la adoración.

RAZIN, Stepan (Stenka).—Cosaco, hacia el 1667 organizó una rebelión de cosacos, de campesinos, de bateleros del Volga, Con su banda impedía el tráfico y saqueaba ciudades y pueblos. Su influencia se hizo sentir en todo el sudeste de Rusia y el poder central fue ampliamente afectado; aun en las zonas más alejadas se propagó un cierto fermento. El movimiento se fue transformando así en una verdadera y propia guerra civil, cuando la presión de las tropas regulares y una tremenda carestía entre 1670 y 1671 lo hicieron fracasar. Razin cayó prisionero, condenado a muerte y fue ajusticiado en Moscú el 24 de septiembre de 1671. En los cantos populares permaneció vivo el recuerdo de la rebelón y de la figura de Razin.

RICARDO III, de York, rey de Inglaterra (1452-1485). Sus atroces delitos y sus múltiples infamias son argumento de una tragedia de Shakespeare, hoy hecho popular por la película de Sir Lawrence Ollvier. En las oscuras vicisitudes de la guerra civil de las Dos Rosas, su figura destaca con sombría grandeza. Hermano de Eduardo IV, se ganó sus simpatías de modo que, a su muerte, éste recibió en custodia a sus dos pequeños hijos. Mediante detenciones arbitrarias, muertes e intrigas, se hizo proclamar rey. El odio universal provocó el acercamiento de las familias rivales de los Lancaster y de los York. Enrique Tudor, conde de Richmond, condujo desde Francia un ejército que, en Bosworth, derrotó las, mucho más numerosas pero poco convencidas, tropas de Ricardo, el cual cayó en la lucha.

RIMBAUD, Arturo (1854-1891). —Precocísimo, rebelde por naturaleza, huye de casa a los dieciséis años; detenido, huye de nuevo. Envía versos a Verlaine, que lo llama a su lado. Vivieron juntos, miserablemente, vagabundos. Rimbaud, intolerable frente a todo vínculo, dejó varias veces al compañero, que, desesperado, lo hiere de un tiro en Bruselas, en 1873 publica *Une saison en enfer*; luego, el brusco cambio de vida y el abandono de la poesía. Va al África y actúa de traficante de armas para los negros, sin pensar ya en la literatura, cuidando sólo de su provecho. En 1891, le aqueja un cáncer en la rodilla. Llevado a Marsella, con una pierna amputada, muere después de haberse convertido al catolicismo. Su obra de poeta, que apenas duró tres años, ha dejado una huella de grandísimo alcance en toda la poesía moderna.

ROBESPIERRE, Maximiliano (1758-1794). —Abogado, diputado en los Estados generales de 1789, de temperamento frío y rígido, profundamente convencido de su fe democrática, aun cuando mediocre orador, logró imponerse tanto en la asamblea como entre los jacobinos, de los cuales fue presidente. Elegido representante de París en la Convención, el proceso y la condena del Rey tuvieron en él el promotor más encendido e implacable.

Alma de la insurrección contra los girondinos, dirigió durante el Terror el Comité de Salud Pública, prácticamente dictador. En una situación desesperada, logró hacer frente, con fanática energía, a los enemigos exteriores e interiores, sacrificando, sin dudar, a sus mismos amigos, Dantón, Hébert y sus seguidores. En julio de 1794, disminuido el peligro en las fronteras, la Convención se coaligó contra él, y el 27 (9 de termidor) se alzó y lo hizo detener. Al día siguiente subió a aquella guillotina que por orden suya había cortado varios miles de cabezas francesas.

RODOLFO de Habsburgo, archiduque de Austria (1858-1889). —único hijo varón del emperador Francisco José y de Isabel Wittelsbach de Baviera. La herencia materna de taras psicopáticas, su temperamento fantástico y exuberante, el conflicto con su padre demasiado distinto de él, el amor a los viajes (dejó recuerdo de ello en algunos libros), su matrimonio con una princesa belga, querido sólo por razón de Estado, las aventuras galantes de que hablaba toda Viena, su actitud crítica en política con simpatías declaradamente liberales y autonomistas, su frenesí por el progreso, su racionalismo y anticlericalismo; éstos son los rasgos esenciales de una existencia desarraigada de todas las normas de la situación. Exenuación psíquica y física, complicaciones políticas graves (se había comprometido con la oposición húngara) y, en fin, el amor desesperado y desinteresado de la baronesita María Vetzera (de apenas diecisiete años), precipitaron la tragedia que se consumó en el pabellón de caza de Mayerling en la madrugada del 30 de enero de 1889. La corte de Viena hizo para sofocar o, por lo menos, atenuar el escándalo, de modo que durante mucho tiempo se creyó en el delito de un guardabosque por venganza pasional.

ROSAS, Juan Manuel (1793-1877). —Argentino, al frente de tropas reclutadas especialmente entre los gauchos, tuvo parte determinante en las luchas entre federalistas y unitarios que ensangrentaron la América meridional después de su emancipación de España. Dictador de la confederación argentina durante diecisiete años, exterminó a los unitarios mediante una verdadera y propia caza del hombre. Contra él combatió también, en Uruguay, Garibaldi. Vencido y depuesto en 1852 se embarcó para el destierro en Inglaterra.

ROSSINI, Joaquín (Pesaro, 1792 - París, 1868). —De familia humilde, pronto encaminado hacia la música y el teatro, donde ya trabajaban su padre y su madre. Conoció las cuestiones prácticas del oficio antes que las artísticas. De aquí, más tarde, su capacidad de adaptación realista a las situaciones, sin desdeñosas repulsas o pretensiones. Mucho antes de los veinte años, sin haber realizado estudios normales, ya componía y representaba. En el término de pocos meses se abrió el acceso a los mejores teatros italianos y al entusiasmo del público. Buscado y aclamado inmediatamente también en el extranjero. Contratos a plazo fijo, imposiciones de los empresarios, caprichos de las cantantes, dominaron en estos años su fecundísima y febril actividad de autor de óperas. En 1822 se casó con Isabel Colbran, pero la vida conyugal no le favoreció. De 1829 es la primera parte de Guillermo Tell. El silencio que siguió (ya no escribió más que el Stabat Mater y la Petite Messe) ha apasionado siempre a los biógrafos sin que se haya encontrado una solución unívoca y satisfactoria de ello. Se separó de su mujer y se unió con Olimpia Pélissier. Honrado siempre, siempre en apariencia sonriente y pronto a la frase de ingenio, pero en realidad angustiado por múltiples motivos, el

primero de los cuales su decadente salud, residió en Bolonia, Florencia y, finalmente, en París. Do» Intervenciones quirúrgicas no sirvieron para salvarlo de la muerte.

ROTRUDE (774-829). —Segunda hija del emperador Carlomagno y de Ildegarda, noble sueva, muerta de parto en el 783, apenas de 25 años, después de haber dado a su marido 4 hijos y 5 hijas. De Rotrude se sabe que estudió teología, que hubiera debido casarse, obedeciendo planes políticos con el emperador de oriente Constantino VI, pero el matrimonio fracasó y su padre Carlomagno no consintió nunca otras uniones. Rotrude se casó secretamente con Rorgon, conde de Mans, del que tuvo un hijo, Luis, más tarde abad de Saint-Denis y canciller de Carlos el Calvo.

SACHER MASOCH, Leopoldo (1836-1895).—Polaco, de Leopoli, abandonó la enseñanza por la literatura y residió casi toda su vida cerca de Graz. En sus novelas ha representado individuos afectados por la particular perversión que, por él, se ha llamado masoquismo.

SADE, Donatien-Alphonse François; conde, más comúnmente conocido como marqués de (París, 1740 - Charenton, 1814). —En su vida, indiscutiblemente disoluta —también fueron aumentados los aspectos escandalosos por la sugestión que ejercitaron sus escritos—, fue varias veces detenido y procesado por excesos sexuales, sevicias, sodomía, envenenamiento; condenado, a muerte en contumacia. Se evadió varias veces de la cárcel escribió un libelo contra Napoleón y Josefina, acabó su vida en un manicomio. Ateo exaltador de la naturaleza concebida de modo pesimista como instinto del; mal, sus novelas manifiestan una imaginación extremadamente perversa, monstruosamente obscena, pero vivacísima. De su nombre vino el término corriente de sadismo, con el que se denomina un capítulo especial de la patología sexual.

SAFO (siglo VI a. de C.).—Nació y vivió casi siempre en la Isla de Lesbos, en el mar Egeo. Su poesía —que nos ha llegado casi toda en fragmentos, a veces mínimos (un solo verso, o aún menos) con un conjunto de unos 500 versos, más o menos lagunosos— alcanza las más elevadas cimas de la lírica griega. En la ciudad de Mitilene, en su Isla nativa, educaba en la danza, el canto y la poesía, a un grupo de niñas, según la costumbre de las mujeres nobles, cultas y ricas de su tiempo. Mucho se ha hablado de amores pervertidos, durante siglos, pero sin ningún fundamento seguro. Sus contemporáneos la veneraron; toda su poesía tiene un acento de tersa y milagrosa purezas. Fue la comedia ática de los siglos siguientes la que se fijó en Safo y se valió ampliamente de la leyenda (ejemplo, la de Faon y del salto de la roca de Leucade).

SALOMON (siglo X a. de C.).—Tercer rey de Israel, después de Saúl y David, desde el 970 al 932. La historia de su reino está narrada en I Reyes, 1-11 y en II *Paralipomenos*, 1-9. Mostró pronto su sabiduría (que ha pasado a ser proverbial y es recordada también por el

evangelista San Mateo, XII, 42), su pasión por el lujo ostentoso (San Mateo, VI, 29) y las grandes manifestaciones solemnes, su concepción teocrática simbolizada por el gran conjunto arquitectónico Templo-Palacio, hecho construir por él. La fama de sabio justifica que se atribuya a Salomón, además de los Proverbios, también otros libros canónicos del Antiguo Testamento (Cantar de los cantares, Eclesiastés, Sabiduría) y de los Salmos y de las Odas que figuran bajo su nombre, obras redactadas, por el contrario, mucho más tarde. En el Eclesiastés se encuentra la famosa sentencia: Nihil novi sub solé. Su vida privada contempló una progresiva decadencia; acogió en su harén a mujeres extranjeras e idólatras para complacer a las cuales favoreció en Jerusalén y en sus alrededores los cultos paganos, en los que participó él mismo.

SAND, Carlos Luis.—Asesino de Augusto Kotzebue (1761-1819), escritor y dramaturgo alemán, famosísimo y tan aclamado en su tiempo, en toda Europa, como sólo conocido hoy para los historiadores. Agente secreto del Zar Alejandro I en Alemania, después de la Restauración, publicista político y literario violentamente antiliberal y antirromántico, Kotzebue se hizo el blanco más evidente y más odiado de los ambientes juveniles alemanes, en los que volvían a florecer los ideales suscitados por el período napoleónico para una nueva Alemania libre de los yugos externos e internos. En aquellos ambientes fue donde maduró el delito, realizado con un puñal por el estudiante Sand, el 23 de marzo de 1819, en Mannheim. Procesado y condenado a muerte, su gesto tuvo amplias consecuencias en cuanto que fue considerado por Metternich y por el Zar como la prueba de una conjura revolucionaria contra la Santa Alianza.

SAVONAROLA, Jerónimo (Ferrara, 1452 - Florencia, en el patíbulo de la plaza de la Señoría, 1498).—No está comprobado el episodio de la repulsa desdeñosa de una joven Strozzi, solicitada por él como esposa. Entró a los veintitrés años en la Orden Dominicana, en Bolonia. En 1482 llegó al convento de San Marcos, en la Florencia de Lorenzo el Magnífico. Su ardiente predicación contra los vicios dominantes en la ciudad, sus profecías de próximas desgracias y ruinas impresionaron al pueblo y le unieron a todos los enemigos de los Medici. La llegada de Carlos VIII, rey de Francia, en 1494, pareció cumplir las profecías de Savonarola. Su influencia fue decisiva para los nuevos ordenamientos republicanos que la ciudad se dio, proclamando rey a Cristo. Los motivos estrictamente religiosos, ascéticos y penitenciales se mezclaron con las razones políticas, y éstas atrajeron hacia Savonarola la hostilidad cada vez más violenta de los partidarios de los Medici que testificaron falsamente contra él cerca del Papa Alejandro VI. Por la excomunión se llegó pronto a la detención, al proceso sumario y a la condena. Además de las famosas Predicaciones, otras numerosas obras. Desde el punto de vista doctrinal, Savonarola permaneció siempre dentro de la más rigurosa ortodoxia. No han faltado y no faltan tentativa» para su beatificación.

SCHILLER, Juan Cristóbal Federico (1759-1805).—Poeta entre los mejores del período áureo de la literatura alemana. A los dieciocho años escribió la primera tragedia, en el clima del *Sturm und Drang*, representada con inmenso éxito, pero bajo nombre falso, por ser Schiller militar. Descubierto y detenido dejó la vida de las armas y se dedicó enteramente al trabajo de escritor. Mantuvo íntima amistad con Goethe. Es autor, también, de poesía lírica

y de ensayos histórico-críticos. Motivos esenciales del teatro schilleriano son el sueño de una humanidad superior y la exaltación de la libertad individual (pero coordinada con la afirmación de la responsabilidad moral; sobre Schiller tuvo gran influencia la Crítica de la razón, pura kantiana).

SÉNECA, L. Anneo (Córdoba, probablemente, 8 a. de C. - 65 d. de C.). Todavía niño fue llevado a Roma donde estudió, especialmente, filosofía. Se encaminó hacia la vida pública, mientras iba adquiriendo fama como escritor. Calígula, celoso de este éxito, quería hacerlo matar, pero fue disuadido de ello por una cortesana. Envuelto en las intrigas palaciegas después de la muerte de Calígula, acusado de adulterio (parece que equivocadamente, en el hecho), fue confinado en Córcega donde permaneció durante ocho años. Lo reclamó Agripina para confiarle la educación de su hijo Nerón y para servirse de su consejo. De entonces en adelante, su vida está ampliamente narrada por Tácito, que pone al desnudo sus muchos compromisos entre ambición y conciencia. Muerto Claudio, el preceptor se convirtió en el ministro del ex alumno, ahora emperador, y acumuló una fortuna inmensa con medios no honestos. Después del matrimonio (vedi Agripina) que Séneca aprobó y la muerte del prefecto Burro, amigo de Séneca, el poder de éste declina y crece, por el contrario, el odio de Nerón, fomentado por muchos enemigos del filósofo, hasta que le llegó la orden de abrirse las venas, como cómplice de la conjura de los Pisones. Escribió tragedias, epigramas, la sátira contra Claudio, obras filosóficas, las 124 cartas morales a Lucilio. En la tradición cristiana de los primeros siglos y, después, a lo largo del medievo, Séneca se consideró modelo de vida moral, hasta se le consideró santo (San Jerónimo), y se alimentó la leyenda de sus relaciones con San Pablo (se redactó un epistolario apócrifo). Su muerte fue ínter-pretada como un episodio del martirologio y entró en la Leyenda Aurea.

SERVET, Miguel (1511-1553). —Desde la católica España nativa, puesto ya en contacto en Tolosa con ambientes reformados, elaboró una doctrina teológico-filosófica inspirada en el neoplatonismo panteísta y misticista difundido en su tiempo. Negaba resueltamente la Trinidad y esto bastaba para ponerle también en contra a los protestantes. Como estudioso de medicina chocó en París con la Sorbona. Llevó una vida errante por Europa a menudo bajo nombre falso. No pudo publicar sino clandestinamente, con sólo sus iniciales, su obra capital, *Christianismi restitutio*. Calvino, que ya lo había considerado como enemigo declarado de la fe, inmediatamente descubrió en él al autor del libro y quiso castigarlo sirviéndose de la Inquisición. Detenido, logró escapar. Pero yendo a Italia pasó por Ginebra. Reconocido y detenido, se le condenó a ser quemado vivo, como hereje. No se retractó nunca. La impresión fue enorme aun en el mundo protestante. Calvino negó solemnemente haber proporcionado documentos decisivos a la Inquisición.

SHABRATAI SEBI (Esmirna, 1626 - Dulcigno, 1676). —Hacia la mitad del siglo xvii se había difundido en muchas comunidades judías la esperanza del advenimiento del Mesías. Shabratai Sebi, ya dedicado en su juventud a la piedad y al ascetismo, se convenció de que era el esperado y como tal se presentó al pueblo. Excomulgado por los rabinos de Esmirna, encontró en otras partes adeptos y admiradores y pudo volver a la ciudad natal (1665), acogido como Rey y Mesías. Todo el mundo judío fue sacudido en aquellos meses



por entusiasmos y esperanzas. Las autoridades turcas, impresionadas, detuvieron a Shabratai Sebi y, frente a la persistente agitación, lo condenaron a muerte, dejándole la salvación abierta a condición de que abjurase de la fe judaica y se convirtiese al Islamismo. Hizo esto.

SHAKESPEARE, Guillermo (1564-1616).—Procedía de una familia de agricultores del Avon. Biografía llena de lagunas e incertidumbres, con diversos problemas discutidos y no resueltos, hasta la teoría extrema y ya estimada enteramente arbitraria, según la cual Francisco Bacon sería el verdadero autor de los dramas que figuran bajo el nombre de Shakespeare. Uno de los más grandes poetas de todas las literaturas. Actor y empresario, también, fundó el famoso teatro del Globo. Su última obra parece que es la *Tempestad*, fábula indulgente y serena—casi calma después de la tempestad—distinta, en su concepción de la vida, de la que domina en las más oscuras tragedias.

SHELLEY, Percy Bisshe (1712-1832). —De familia noble y rica, estudió en Oxford, de donde se le expulsó por el opúsculo titulado *La necesidad del ateísmo*. Escribió también otras obras de carácter político; las primeras grandes composiciones líricas vienen más tarde, partir de 1815. Autor, asimismo, de dramas y de una *Defensa de la poesía*, en la que expone su teoría estética. Todavía muy joven desapareció en el Golfo de Spezia, durante una excursión en barca, por una tempestad. El cuerpo, recuperado una semana después, fue quemado en la playa y llevado a Roma (el corazón se llevó a Inglaterra).

SIXTO V, Papa desde 1585 a 1590 (Félix Peretti, Grottammare, 1520). De familia pobrísima, de la Orden de los Menores conventuales, llevó al pontificado la energía excepcional de una naturaleza «terrible», cuyos modos bruscos y violentos denunciaron siempre su procedencia campesina. En pocos años desarrolló una actividad febril, tanto para la reforma espiritual de la Iglesia como para devolverle plena independencia política (entabló negociaciones con Enrique IV de Francia, hugonote, para sustraerse a la hegemonía española), como, finalmente, para la reorganización del Estado pontificio. Logró deshacer el bandolerismo y «limpiar» el país de esta plaga, con inflexibles condenas. Siguiendo un programa moralizador y purificador, infligió rigurosísimas penas, incluso de muerte, a los reos de delitos comunes o contra las costumbres.

SOTADES (Siglo IV-III a. de C.).—Poeta satírico alejandrino, del que sabemos muy poco. Probablemente es uno mismo con el filósofo cínico de igual nombre. En su producción, de la cual sólo nos han llegado unos pocos fragmentos, se mezclaban elementos morales y obscenos, sobre todo, se encuentran la descarada parodia de poemas y mitos antiguos no menos que la sátira mordaz de las costumbres de los poderosos. Tolomeo II Filadelfo lo hizo encarcelar porque había ridiculizado sus nupcias con su hermana Arsinoe, según la costumbre faraónica. Fugitivo, fue vuelto a detener por Patroclo, almirante de Filadelfo, y arrojado al mar. Tuvo mucho ascendiente con los romanos.

STEINBACH, Erwin von (aproximadamente, 1244-1318). —Arquitecto y escultor alemán, así llamado por la ciudad de Badén en la que nació. En 1276 comenzó a trabajar en la catedral de Estrasburgo, cuya torre, en gran parte de madera, había sido destruida por el fuego. La gran obra no estaba aún acabada a la muerte de Steinbach y fue continuada por sus hijos, según los dibujos del padre que se conservan todavía en el Museo de la ciudad.

STEPHENSON, Jorge (1781-1848). —Hijo de un minero, no pudo tener instrucción alguna y comenzó a trabajar a los siete años. Aprendió a leer y a escribir a los dieciocho, asistiendo a una escuela nocturna. Desempeñó diversos oficios y mientras tanto estudiaba mecánica; en la mina donde trabajaba se le presentó pronto ocasión de darse a conocer al reparar una bomba que nadie lograba hacer que funcionase. En 1812 era promovido ingeniero. Dos años después construyó la primera locomotora; en JK15, la primera lámpara de seguridad para los mineros; en 1810, los primeros ralles. En 1823 fue encargado de la construcción del primer ferrocarril, inaugurado en 1825. Después de haber participado en la construcción de casi todos los ferrocarriles ingleses y del continente, dimitió en 1840 en favor de su hijo Roberto y se retiró al campo.

STIRNER, Max, seudónimo de Johann Chaspar Schmidt (Bayreuth, 1806-Berlín, 1856). —Su obra más famosa es *El único*, publicada en 1845, traducida por primera vez al italiano en 1902, en la cual, con gran agudeza y rigurosa coherencia se destruían todos los ideales religiosos, morales, sociales e incluso lógicos, proclamando la incondicionada soberanía del individuo, del único. El pensamiento de Stirner se convirtió en la biblia de todos los movimientos anarquistas.

STRAUSS, David (alemán, 1808-1874). —Hegeliano de izquierda, con-vencido, su obra, con mucho, más famosa es la *Vida de Jesús*, publicada en 1835-1836, que suscitó inmediatamente escándalo y éxito. En ella, Strauss interpreta los actos narrados en el Evangelio según los principios y cánones de la filosofía hegeliana, negándoles todo carácter sobrenatural.

SWEDENBORG, Manuel (Estocolmo, 1688 - Londres, 1772). —Desde joven conoció estados de fortísima tensión psíquica, hasta el límite de la conciencia. Estudió ciencias en Upsala y en Londres, con Newton; desempeñó cargos públicos en su patria bajo Carlos XII; publicó obras científicas en las que se encuentran descubrimientos sensacionales para su tiempo, siempre, por lo demás, embebidas de espíritu y perspectivas teosóficas, dirigidas a dar una interpretación unitaria de la materia y del espíritu. Científico y místico se entrelazan continuamente. Una serie de sueños y de visiones culminó en la gran visión de Cristo durante la Pascua de 1744 que abre un período de experiencias visionarias y alucinadoras. Swedenborg se retira de su cargo a un eremitorio, donde lleva vida ascética y comenta las Escrituras bajo la dictadura de espíritus angélicos con los que está en contacto. En 1757, en una visión, asiste a un juicio universal. Fundó una nueva iglesia, swedenborgiana, que aún subsiste, y escribió el libro canónico de la misma, *Vera Christi*

religio, publicado en Amsterdam en 1771.

TAMERLAN (forma occidentalizada de Timur Leng, 1336-1405). —Es dudoso que descendiese realmente de Gengis Khan. Como quiera que sea renovó sus gestas. Se lanzó victorioso desde el Asia central hasta Georgia, Anatolia (destruyó Esmirna), Siria, la India (tomó y saqueó Delhi). Se propuso conquistar la China, pero murió en el Sir-Daria, recién comenzada la expedición. Musulmán ortodoxo, no obstante la ferocidad de los saqueos que aterrorizaron a todo el Oriente y conmovieron al Occidente, protegió la cultura y transformó Samarcanda de un humilde pueblo en una espléndida capital.

TASSO, Torcuato (Sorrento, 1544 - Roma, 1595). —Conoció desde muy joven el ambiente de las cortes y la necesidad de subordinar la inspiración a los deseos de protectores y señores. En 1565 se halla en Ferrara, al lado de los Este, y los primeros años trabaja intensamente, ya con elevada fama de poeta. De 1573 es la Aminta, de 1575 la Jerusalén libertada. Pero comienzan las dudas religiosas, las tentativas para alejarse de los Este, los síntomas del mal, los celos, las sospechas. Por escrúpulos de ortodoxia que le atormentan, mantiene estrechas relaciones con Roma, que el duque Alfonso no ve con buenos ojos por razones político-religiosas. En 1576 huye para no sufrir los cuidados por la locura que se le viene manifestando. De ahora en adelante es un peregrinar sin descanso, pero vuelto por segunda vez a Ferrara, el duque lo hace recluir, durante siete años, en el hospital de Santa Ana. Sobre esta reclusión, ciertamente demasiado dura, la leyenda construyó detalles horribles. Mientras tanto, se multiplican las ediciones abusivas e inexactas del poema, y las polémicas, entre exaltaciones desmesuradas y negaciones excesivas. En 1586 es libertado y reanuda su peregrinación sin meta, llamando a todas las puertas. En Roma, junto a Clemente VIII, termina la Jerusalén conquistada. Muere en el monasterio de San Onofre.

TEODORICO (aproximadamente, 454-526).- Rey de los ostrogodos, de acuerdo con Zenón, emperador de Oriente, desde la Panonia llegó a Italia para «liberarla» de Odoacro, en el 488. Repetidamente victorioso en las batallas (la de Verona pasó a la leyenda) se desembarazó, por fin, de Odoacro matándolo en Rávena. Siguió una larga paz; la última pausa en que volvieron a florecer la cultura y las artes, antes del eclipse del alto medievo. Teodorico buscó la convivencia entre bárbaros y romanos, confiando a los unos las armas y a los otros el gobierno ciudadano. En la última parte de su vida se hizo suspicaz e intolerante. Dispar es el Juicio de sus contemporáneos: exaltado por la leyenda germánica, execrado por las leyendas católicas (era hereje arriano) y romanas. Famoso es su mausoleo en Rávena.

THUTMOSE in, Faraón de la XVIII dinastía (1496-1442 a. de C.).— Es el más glorioso de los soberanos egipcios. Hijo de Thutmose II (1498- 1496), pero de una concubina llamada Ese, de modo que la reina viuda usurpó el poder durante más de veinte años. Victorioso en numerosas campañas militares, conquistó Siria y llegó hasta el Eufrates.

TORQUEMADA, Tomás de (aproximadamente, 1420-1498).—Dominico, confesor de Fernando el Católico y de Isabel de Castilla, soberanos de España, Inquisidor general, desarrolló una acción implacable contra todos los no católicos, pero sobre todo contra los judíos hasta obtener del rey, en 1492, que fueran expulsados de Castilla y Aragón. Su nombre ha quedado como símbolo de la Inquisición en su aspecto más extremo, persecutorio más que riguroso, y, en general, de la intransigencia y de la intolerancia religiosa.

VALMIKI (probablemente, siglo III-II a. de C.).—Poeta Indio, legendario, a quien se atribuye el núcleo fundamental del Ramayana, el poema épico que narra la gesta de Rama, el mayor y más popular de los héroes nacionales hindúes, sobre cuyo significado histórico o mitológico todavía se halla dividida la crítica. Lo que sabemos de Valmiki se debe a la tradición: nacería de familia brahmánica, abandonado por sus padres siendo aún niño, le recogerían unos montañeses salvajes que le enseñaron a matar y a robar. Posteriormente se convirtió, entregándose a severa ascesis en un eremitorio solitario. Valmiki es considerado en la historia de la poesía hindú el primer poeta de arte. En el Ramayana el héroe, cuando está a punto de ser consagrado en el trono, es desterrado por las intrigas de una de las mujeres de su padre el rey, Instigada por una sierva jorobada y pérfida. Durante el exilio un demonio le rapta engañosamente a su fidelísima esposa Sita. Se sigue una terrible lucha en que Rama, a la cabeza de un ejército de monos, logra vencer reconquistando esposa y trono.

VAN GOGH, Vicente (Groot Zundert, Holanda, 1853 - Auvers sur Oise, 1890).—Uno de los mayores genios de la pintura moderna. Su existencia trágica y dolorosa se halla estrechamente unida a su arte dominado por una especie de furor cromático. Empleado por la familia con un comerciante de cuadros, se enamoró de la hija de la dueña de la casa, en Londres. Ésta tenía ya novio, pero durante algún tiempo le dio esperanzas. Dejado el comerciante, perdidos otros empleos, quiso ser pastor evangélico como su padre, pero su rigor ascético era interpretado por éste como extravagancia culpable. Terminada desgraciadamente otra pasión amorosa, se unió a una mujer bebedora. Durante sus últimos seis años la pintura dominó su vida con una actividad febril, en París y luego en Arlés, donde tuvo como compañero, por algún tiempo, a Gauguin. En 1888 estalló la locura, de la cual ya se habían manifestado algunos síntomas. Amenazó a Gauguin con la navaja de afeitar, se cortó una oreja y la llevó, envuelta, a una casa de mala vida. En el hospital y en el manicomio continuó pintando. Llevado a Auvers sur Oise al doctor Gachet, amigo de los impresionistas, cuando comenzaban los primeros éxitos y las primeras ventas se mató de un tiro de revólver.

VILLON, Francisco (1431-antes del 1489).—Es el primero de los grandes líricos de la literatura francesa. De familia humilde, perdido el padre, fue confiado por la madre, María Montcorbier, a un eclesiástico, Guillermo de Villón (de aquí el nombre que le ha hecho famoso). Realizó sus estudios en la universidad de París hasta el grado de maestro de artes (1452). Las pocas noticias que después se tienen acerca de su vida hablan sólo de delitos y de infamias: formaba parte de una banda de malhechores; mató en 1455 a un sacerdote en una riña; cómplice en un robo con escalamiento y fractura en la facultad de teología del Colegio de Navarra; vagaba por Francia viviendo de sus habilidades; amnistiado de la cárcel por la subida al trono de Luis XI; complicado en nuevos delitos y condenado a muerte en París, en

1462, pero conmutada la pena por la expulsión de la ciudad. La primera edición de sus poesías apareció en 1489 cuando ya había muerto, sin que se sepa ni el lugar ni el tiempo. Su obra maestra es el Testament, poema de cerca de 2.000 versos en el que están insertas célebres composiciones líricas magníficas como la *Ballade des dames du temps jadis*, la balada de los ahorcados o la dedicada a su madre.

VOLTAIRE, Francisco María Arouet de (1691-1778). — La excelente educación humanista de los jesuitas y su natural ingenio le valieron, siendo aún muchacho, las simpatías de la buena sociedad de París, en la cual le introdujo el abate Chateaufort, y especialmente de la famosa Ninon de Lenclos. Sus golpes ingeniosos, sus epigramas le suscitaron, sin embargo, muchas hostilidades. Un caballero de Rohan le hizo apalea; Voltaire le desafió, pero el noble lo hizo encerrar en la Bastilla (donde ya había estado una vez). Permaneció en Inglaterra (donde asimiló los jugos más vivos de la tradición empirista y deísta y de las libertades políticas y religiosas) y, en varias ocasiones, en la Prusia de Federico II, que tuvo por él gran admiración y quiso tenerlo en su corte de Potsdam; alternando con estancias en Francia, primero en Lorena en casa de la marquesa de Chatelet, mujer de ingenio viril, y luego en la corte, después de haber obtenido gran crédito cerca de la Pompadour; pasó la última parte de su vida en su rico feudo de Ferney, junto a Ginebra, espléndidamente aislado y glorificado como ¡supremo apóstol de la tolerancia, corifeo de la nueva cultura iluminista, reinando, se dijo, sobre reyes y príncipes con la nueva soberanía de la opinión y de la cultura, Filósofo, historiador, novelista, poeta trágico, épico, burlesco, epigramático, lírico, su nombre se hizo símbolo de la Incredulidad radical y de definitiva negación de todo lo sobrenatural.

VULPITJS, Cristina (Weimar, 1765-1816). —De familia pobre, conoció a Goethe, en 1788, al presentarle una petición en favor de su hermano en el parque de Weimar. Criatura sencilla, se diría que primitiva, inspiró al poeta, regresado de Italia, una intensa y perdurable pasión, fiel y ardientemente correspondida por ella. En 1789 nació su hijo Augusto. El matrimonio sólo se celebró casi veinte años más tarde, en 1806.

YANG CHU (Siglo IV a. de C.).—Filósofo chino, profesó un ateísmo materialista en el que exaltaba el egoísmo absoluto. Sostenía que las privaciones son inútiles limitaciones, predicaba la desenfrenada obediencia a los instintos y a los sentidos. «No sacrifiques un cabello de tu cuerpo aunque de éste dependiese la salvación del universo», he aquí la paradójica fórmula de su egoísmo elevado a ideal.

YOM TOB, de Joigny (Siglo XII). —El episodio conocido con el nombre de matanza de York, sucedió en esta ciudad inglesa entre el 16 y 17 de marzo de 1190 siendo rey Ricardo I Corazón de León. Todos los detalles son rigurosamente históricos. El nombre del rabino significa en hebreo «día bueno».

ZELIABOV, A. I. (1846-1881). —Procedía de una familia de siervos de la gleba, pero logró adquirir una vasta cultura y hacerse brillante orador. Defendió la acción terrorista directa y provocó una escisión en el partido «Tierra y Libertad», entre el partido Narodnaja Volja (Voluntad del pueblo) de donde saldrían los socialistas revolucionarios, y el partido del «Reparto de las tierras» del que derivaron los socialdemócratas. Zeliabov fue el inspirador de todos los atentados menores que precedieron al realizado contra el Zar Alejandro II el 13 de marzo de 1881. La policía lo detuvo algunos días antes y se dio la alarma. El Zar, no obstante el aviso en contra del Jefe de su Gobierno Loris Melikof, quiso salir del Palacio para una revista militar, precisamente en el momento en que acababa de firmar el decreto en que daba una Constitución a Rusia. Una primera bomba arrojada entre los caballos dejó al Zar ileso; una segunda, que hizo explosión mientras atendía a los heridos, lo alcanzó mortalmente. El proceso sumario terminó con cinco condenas a muerte y entre los condenados figuraban Zeliabov y Sofía Perovskaia.

## INDICE CRONOLÓGICO

### DE LA COMPOSICIÓN DE LOS CAPITULOS

(De las agendas del autor)

1941

Septiembre

24. Coro de los Ángeles.

25. Cavernícola.

26. Ray Das.

27. Ricardo III.

27. (Vuelvo a copiar Nuevo Cielo y Nueva Tierra.)

28. Baskirceva.

Octubre

4. Luis XVI y Robespierre.

5. Alejandro Magno.

6. Cristina.

7. Byron.

8. Celestino V.

9. Glafira, mujer de Pedro

10. Sansón y Dalila

12. Constantino Magno.

13. Ogarita.

13. Atiia.

14. Shelley.
14. Tersite.
15. Epicuro.
16. Plaucio.
16. Fredegunda.
16. Úrsula.
17. Rafael, sandallero de Tarragona.
18. Aretino.
18. Wang-Siv.
19. Luisa Ackermann.
19. Coro de los Ángeles Rebeldes
20. Dostoiewski.
21. Mariana Alcoforado.
21. Pascal.
22. Adonías y Salomón.



23. Chu-Lang.
23. Joe Timmer.
24. María Lazaref.
25. Nefer.
25. Darwin.
26. Catilina.
26. Elifaz.
27. Torquemada.
28. Cornelia Testarsa.
28. Milton.
29. Sixto V.
30. Jan Van der Does.
31. Francisco y Beatriz Cenel,

#### Noviembre

1. Raniero Fasani.
2. Shakespeare.

3. Giglia di Vezzano.
4. Shabratai Sebl.
4. María Dorval.
5. Paganini.
6. Agripina.
6. Carlos V.
7. Gyula Erdos.
8. Coro de los Inocentes. 8. Cristina, Monaldeschi.
10. Rafael.
11. Lutero.
12. Cristina Vulpius.
13. Marna.
13. Rustem.
14. Sánchez de Carrión.
16. Maquiavelo.

16. Franz Müller.
17. Footit.
18. Oleno Caleno.
19. Servet y Calvino.
20. Ayzé.
20. Aurelia Valeria.
21. Coro de los Ciegos. 23. Esquilo.
23. Rembrandt.
25. El Hallag.
25. Villon y su madre.
26. OTsure.
28. Margaret Greenland.
29. Galileo.
29. Colón.
29. Esopo.
30. Los Resucitados.

## Diciembre

1. Savonarola.
6. María de Agreda.
7. Safo.
8. Cromwell.
9. Stephenson.
12. Harfagri.
13. Voltaire.
14. Platón.
16. Coulange.
17. Sacher Masoch.
19. Feng Siao Ching.
21. Taimur.
22. Fabricia Malorsi.
23. Napoleón.

24. Felipe y Don Carlos.

26. Stirner.

27. Cleopatra.

30. Emperador Justino.

31. Steinbach.

1942

Enero

11. Iván el Terrible.

17. Visarión.

20. Mauro Wiss.

21. Orlanda. 23. Caín y Abel.

26. Marat y Carlota Corday

27. Harry Calvert.

28. César y Bruto.

10. C. L. Sand.

11. Pico de la Mirándola.

## Febrero

1. Ducasse.
2. La Pompadour.
3. Olimpio Sargiani.
4. Rimbaud.
5. Makareff.
7. Coro de los Condenados a Muerte.
8. David Strauss.
10. Inocencio III.
11. Julio II.
15. Numa, Hawa.
15. Montaigne.
16. Poe.
18. Sung Mei.
19. Monico.

22. Van Gogh.

23. Lisa.

Marzo

7. Ismail Atar.

8. Afraate.

15. Rosmini.

17. Marie de Blois.

Abril

26. Nietzsche.

27. Annie Hopeland.

28. Rockefeller.

29. Dindorf.

Mayo

6. Nicocreonte y Anasarco.

7. James Temple.

8. Fritz Schnabel.

7. Omer Kerem.

8. Khansa.

10. Antero Magall.

29. Blynas.

Junio

1. Temuscev.

1. Epicteto.

4. Quevedo.

5. Gobel.

8. De Foe.

9. Demade.

10. GogoL

11. Marx.

11. Haendel.



12. Zoro.

20. Francis Bacon.

22. Tasso.

Julio

13. Dho-Luan.

13. Rodacilla.

15. Ninián.

16. Narasvat.

18. Ilianof.

31 Chandra Nath.

Agosto

3. Valerio Sofo.

4. Philippe Rompart

8. Doris.

8. Sabina.

12. Deibler.

12. Sara.
14. Tubango.
16. Kuzma.
17. Fridugiso.
17. Birgitte.
19. Boecio y Teodorlco.
20. Mainliinder.
21. Coro de los Homicidas.
22. Topacia.
24. Coro de los Derrotados
25. Antistene.
9. Serapión.
10. Samuel Pepys.
11. Alfonso el Sabio. 31. Ahmed.

Septiembre

1. Calígula.
  
1. Honnorat.
  
3. Ornar.
  
4. Gwendolen.
  
5. Krudy.
  
7. Coro de las Madres
  
8. Giulitta.
  
8. Tolmaic.
  
8. Jourdan.
  
9. De Sade.
  
14. Anito.
  
23. Sebastián Brant.
  
24. Halstead.

Octubre

7. Rodolfo y María Vetzera
  
10. Coro de los Intocables.

13. Ossienko.

14. Sotade.

15. Lope de Aguirre.

17. Fichte.

20. Daidogu Juzan.

22. Udai Sing.

31. Cicerón.

Noviembre

4. Harding.

5. Morozova.

5. Kauris.

7. Coro de los Monarcas.

Diciembre

29. Klinger.

31. Drugail.

1943

Enero

1. Gorup.
3. Zayas.
5. Accius.
6. Gautier de Caussy.
8. Sanders.
10. Pirro.
12. Fidas.
14. Hokusai.
15. Grete Sulger.
16. William Kelly.
17. Claus Ohl.
17. Mary Lamb.
19. Wolfart.
20. Coro de los Campesinos.

21. Sardonio.

6. Puskin y D'Anthés.

7. William Pitt.

27. Henry Becque.

28. Viridis.

Febrero

7. Aníbal.

13. Weyerdonk.

14. Tiberge.

15. Ruth Diamond.

17. Leonovis.

18. Wambé.

19. Daumier.

Marzo

11. Curio Dentato.

12. Phanjas.

13. Rafelsen.

Abril

9. Eiffel

11. Coro de los Ateos»

Mayo

5. Devadatta.

5. Kheiser.

6. Goldberg.

6. Jane Welsh.

8. Amiel.

9. Rubió.

Junio

1. Quintus Aucker.

2. Casanova.

3. Will Summers.

4. Niztubar.
4. Dorianò.
5. Ralph Bullion.
6. Stenka Razine.
7. Jacques Dornan.
8. Radhaswami.
9. Regina Olsen.
10. Petersdorf.
11. Radulf.
12. Plmenov.
15. Pedro de Bernardone.
16. Fidalma.
17. Khunrath.
29. Tom Pipple.
30. Enthydlkos.



15. Chung-Li.

16. Liburne.

17. Nilforss.

### Julio

3. Selivanof.

8. Coro de las Enamoradas.

9. Sindaner.

12. Esmond.

13. Torribio.

13. Eloinde.

14. Rosas.

15. Holzer.

16. Thierry de Jaudun.

### Agosto

1. Thutmose.

5. Obradovic.

7. Palillos.

8. Hebbel.

10. Liu-Ling.

11. Emelina.

13. Reimar.

Septiembre

15. Gichtel.

16. Tsing-Si.

16. Tom Brown.

24. Uriotay.

27. Sollogub.

28. De Ferrari.

Octubre

4. Gulliaume Monod.

9. Njudoth.

13. Haller.
14. Dunski.
23. Rossini.
26. Cencio di Stefano.

#### Noviembre

27. Nezahualcoyotl.
30. Baroto.
10. Mosadés.

#### Diciembre

1. Wobber.
3. Feodosia.
4. Hipólita.
5. Schiller.
6. Abenjaldun.
10. Lampe.
11. Velthur.

12. Swedenborg.

13. Alcatheo.

20. Milarepa.

21. Caedmon.

22. Wunda.

23. Simonescu.

29. Dauryll.

30. Samuel Naar.

31. Kersti.

1944

Enero

11. Fulgosa.

11. Jabit.

13. Huzal.

14. Bauerle.

16. Jeremías.
17. Ruth.
18. Coro de los Esclavos
19. Ipuwer.
21. Otón HI.
22. Nabucodonosor.

#### Febrero

17. Jean Mesller.
22. Kundrano.
25. Mutumbal.

#### Marzo

8. Gaddiel.
9. Ilushum.
10. Fercore.
17. Maghayana.
18. Dracon.

20. Eurípides.

24. Yang-Chu.

29. Athasir.

Abril

8. Gauridasa.

11. Gautasp.

14. Lais.

24. Myrsilos.

25. Takewara.

18. Valmiki.

19. Coro de los Suicidas.

20. Lucrecio.

21. Matatías.

Mayo

19. Shammay.

25. Erpiles.

30. Tuan-Ling.

31. Tevtmar.

Junio

1. Catón.

3. Herodes Antipas.

10. Dessalines.

11. Haradián.

Agosto

14. Gaius Rheso.

18. Saltmaisses.

22. Séneca.

24. Chrysaor.

25. Prisca.

26. Atenágoras.

27. Materno.

28. Eadil.

29. Eliezer Ben Mar,

30. Jingo Togo.

30. Epífanos.

31. Junio Crispo.

Septiembre

1. Antinoo.

2. Vibius Ursio.

27. Feodorof.

28. Maglorio.

30. Rotrude.

Octubre

2. Coro de los Sacerdotes.

20. Disypatos.

21. Coro de los Desesperados



17. Máximo de Chipre.

19 Mahoma.

23. Harimendra.

22. Huang-Su.

23. Wagner.

24. Ronaldus.

25. Glabas.

31. Wenisbarkar.

Noviembre

3. Serlon de Wilton.

4. Hilduino.

6. Arnaldo de Brescia,

8. El-Hakim.

9. Bermonde.

12. Yom Tob.

14. Eloísa.

17. Dhermakirti.

23. Jacques de Molay.

24. Husnin Sangiar.

25. Tamerlán.

26. Gianna de Vanni.

28. Holmaus.

Diciembre

1. Guitamonda

12. Eliondaus.

13. Albimon.

14. Dlomira.

15. Noffo de Vanni.

18. Coro de los Poetas.

23. Rabuino.

30. Salvaje.

1945

Enero

16. Jael.

26. Laiput Ray.

27. Coro de los Jefes de Guerra.

Febrero

8. Venusio.

9. Maldonado.

11. Paulo VII.

12. Coro de los Filósofos.

13. Dulcido.

14. Jerónimo Olglatl.

15. Sandro Botticelli.

20. Umanski.

22. Khandamitra.

Mayo

3. Rodlanez.
4. Coro de loa Pastores.
6. Wandrem.
5. Versiero.
15. Moisés.
17. Jarro

#### Junio

17. Li-Hoang.
21. Brunoy.
23. Wiloraln.

#### Julio

4. Caya Sulpicia.
6. Coro de los Locos.
11. Cleomenes.
12. Ar sino Ge

14. Cloe.
15. Upavasa.
17. Gripus.
20. Clodia y Catulo.
21. Tebenis.

#### Septiembre

6. Corrario.

#### Marzo

13. Gu-Mé.
13. Casandra.
14. Akh-en-Aton.

1951

#### Octubre

10. Caín.
11. Gianclotto.
15. Svayasuri.

Abril

18. Melisandro.

22. Hölderlin.

23. Diaprés.

24. Coro de los Navegantes.

25. Soudreau.

25. Onán.

1952

26. Coro de los Exilados.

Noviembre

22. Zeliabov.

23. Himmler.

24. Patruda.

27. Luroek.

Febrero

16. Ki-ya-koa,

#### NOTA

En la página IX se fija el año 1908 como fecha del comienzo de la composición del Informe sobre los hombres, siguiendo cuanto el mismo Papini escribe en su Diario (véase págXVII). Es necesario notar, sin embargo, que según algunas cartas a Soffici (publicadas por Ridolfi en su Vida de Giovanni Papini) esa fecha habría de anticiparse hasta 1907.

